

Hermann Hesse
Obras Seleccionadas

-ooOoo-

"El credo al que me refiero no es fácil de expresar en palabras. Podría explicarlo así: creo que, a pesar de su aparente absurdo, la vida tiene sentido, y aunque reconozco que este sentido último de la vida no lo puedo captar con la razón, estoy dispuesto a seguirlo aun cuando signifique sacrificarme a mí mismo. Su voz la oigo en mi interior siempre que estoy realmente vivo y despierto. En tales momentos intentaré realizar todo cuanto la vida exija de mí, incluso cuando vaya contra las costumbres y leyes establecidas. Este credo no obedece órdenes ni se puede llegar a él por la fuerza. Sólo es posible sentirlo". Dicho queda.

—Mi Credo, Hermann Hesse

Índice

§ Demian	2
Los Dos Mundos	4
Caín	12
El Mal Ladrón	20
Beatrice	28
El Pájaro Rompe el Cascarón	37
La Lucha de Jacob	44
Frau Eva	53
El Principio del Fin	63
§ El Último Verano de Klingsor	67
Alma de Niño	68
Klein y Wagner	82
El Último Verano de Klingsor	116
§ Siddhartha	140
El Hijo del Brahman	141
Con Los Samanas	145
Gotama	150
Despertar	154
Kamala	156
Entre Los Hombres Niños	162
Sansara	166

En el Rio	170
El Barquero	175
El Hijo	181
Om	185
Govinda	188
§ El Lobo Estepario	193
Anotaciones de Harry Haller	194
Tractat del Lobo Estepario	202
Siguen las Anotaciones de Harry Haller	213
Los Inmortales	252
§ Relatos	281
Juegos de Sombras	282
El Cuento del Sillon de Mimbre	286
Sueño de Flautas	288
Noticia Curiosa de Otra Estrella	292
El Camio Difsil	300
Una Sucesión de Sueños	303
Faldum	309
Iris	318
Conversación con la Estufa	326
La Metamorfosis de Píctor	328
Rastro de un Sueño	331
Entre los Masagetas	338
El Rey Yu	341
El Salto	344
Los Dos Hermanos	346
La Ejecución	348

La Fábula de los Ciegos	349
La Leyenda del Rey Indio	350
Leyenda China	352
Parábola China	353
La Conversión de Casanova	354
Augusto	358
El Poeta	368
Alma de Niño	372
El Caballero Sobre el Hielo	386
Acerca de los Besos	388
Carta de un Adolescente	392
Amor	395
Víctima del Amor	398
La Petición de Mano	401
Lo Que Vio el Poeta al Anochecer	411
La No Fumadora	414
Chagrin D'Amour	418
El Alumno de Latín	421
Hans Amstein	436
Julio	444
La Primera Aventura	463
La Marmolería	466
En Aquel Atardecer de Verano	480
Bella es la Juventud	484
El Aprendizaje de Hans Dierlamm	501
Taedium Vitae	514
El Bello Sueño	524
La Novia	527

El Ciclón	531
Las Mutaciones de Píktor	539
Dentro y Fuera	542
El Lobo	548
Si La Guerra Dura Dos Años Más	550
El Imperio	554
Si La Guerra Dura Cinco Años Más	557

Hermann Karl Hesse

Hermann Karl Hesse nació en Calw, localidad ubicada en Baden-Wurtemberg, donde transcurrieron los tres primeros años de su vida (hasta 1880) y tres años de colegio (1886 a 1889).

En su juventud hizo grandes viajes por Italia y también por la India, los cuales serían determinantes en gran parte de la temática que se presenta en sus obras. En la India su abuelo y su padre habían sido misioneros. Su educación estuvo dividida entre Alemania y Suiza de 1881 a 1886; estudió en un colegio de humanidades, abandonándolo dos años después.

Los siguientes años fueron más conflictivos: con quince años, en 1892, intentó suicidarse, quedando tras esto a cargo de un teólogo y pasando posteriormente por una institución de salud mental y otra «para jóvenes problemáticos». Cumplió su educación básica en 1893, pasando a intentar aprender el oficio de librero, luego el de mecánico relojero y finalmente volver a trabajar como librero. Los problemas psicológicos que lo aquejaron en diversos períodos de su vida se ponen de manifiesto, para el que sabe ver y escudriñar lo no dicho, en diversos pasajes de su obra. Hesse mismo se sometió a psicoterapia, con un discípulo de Jung. Y la psicología de este egregio y emancipado alumno de Freud campea en toda su obra. De un modo bastante manifiesto en *Demian*.

En 1895 comenzó a trabajar en su oficio en una librería de Tübingen (o Tubinga) especializada en teología, filología y leyes. Con escaso interés por el contacto social, Hesse pasaría su tiempo libre leyendo y escribiendo para periódicos locales, publicando su primer poema a finales de 1896.

Emancipado económicamente en 1898 de sus padres, Hesse continuaría publicando aunque con escaso éxito. La confianza de su editor y las subsiguientes publicaciones derivarían en su primer éxito en 1903: *Peter Camenzind*.

Un fuerte giro a su vida sucedió tras algunos problemas con sus críticas a la Primera Guerra Mundial en 1914. Demonizado por la prensa y abandonado por sus amigos tras la publicación de un ensayo en el que pedía a Alemania que no cayera en el nacionalismo, se encontró en medio de un conflicto político que junto con su fracaso matrimonial y la muerte de su padre, acabó por llevarle en 1919 a Suiza, nacionalidad que adquirió en 1921.

Como muchos de sus personajes, Hesse tuvo a lo largo de su vida problemas con las mujeres. Su primer matrimonio con Maria Bernoulli, que le dio tres hijos, terminó trágicamente por los problemas mentales de su esposa. El segundo matrimonio aparentemente no pasó de ser una breve aventura con Ruth Wenger, terminando a los pocos meses. Finalmente se casó con Nion Dolbin en 1931 y se mantuvo a su lado durante el resto de su vida.

Murió de una hemorragia cerebral mientras dormía, a la edad de 85 años.

Demian

Quería tan sólo intentar vivir lo que tendía a brotar espontáneamente de mí.

¿Por qué había de serme tan difícil?

Los Dos Mundos

Comienzo mi historia como un acontecimiento de la época en que yo tenía diez años e iba al Instituto de letras de nuestra pequeña ciudad.

Muchas cosas conservan aún su perfume y me conmueven en lo más profundo con pena y dulce nostalgia: callejas oscuras y claras, casas y torres, campanadas de reloj y rostros humanos, habitaciones llenas de acogedor y cálido bienestar, habitaciones llenas de misterio y profundo miedo a los fantasmas. Olores a cálida intimidad, a conejos y a criadas, a remedios caseros y a fruta seca. Dos mundos se confundían allí: de dos polos opuestos surgían el día y la noche.

Un mundo lo constituía la casa paterna; más estrictamente, se reducía a mis padres. Este mundo me resultaba muy familiar: se llamaba padre y madre, amor y severidad, ejemplo y colegio. A este mundo pertenecían un tenue esplendor, claridad y limpieza; en él habitaban las palabras suaves y amables, las manos lavadas, los vestidos limpios y las buenas costumbres. Allí se cantaba el coral por las mañanas y se celebraba la Navidad. En este mundo existían las líneas rectas y los caminos que conducen al futuro, el deber y la culpa, los remordimientos y la confesión, el perdón y los buenos propósitos, el amor y el respeto, la Biblia y la sabiduría. Había que mantenerse dentro de este mundo para que la vida fuera clara, limpia, bella y ordenada.

El otro mundo, sin embargo, comenzaba en medio de nuestra propia casa y era totalmente diferente: olía de otra manera, hablaba de otra manera, prometía y exigía otras cosas. En este segundo mundo existían criadas y aprendices, historias de aparecidos y rumores escandalosos; todo un torrente multicolor de cosas terribles, atrayentes y enigmáticas, como el matadero y la cárcel, borrachos y mujeres chillonas, vacas parturientas y caballos desplomados; historias de robos, asesinatos y suicidios. Todas estas cosas hermosas y terribles, salvajes y crueles, nos rodeaban; en la próxima calleja, en la próxima casa, los guardias y los vagabundos merodeaban, los borrachos pegaban a las mujeres; al anochecer las chicas salían en racimos de las fábricas, las viejas podían embrujarle a uno y ponerle enfermo; los ladrones se escondían en el bosque cercano, los incendiarios caían en manos de los guardias. Por todas partes brotaba y pululaba aquel mundo violento; por todas partes, excepto en nuestras habitaciones, donde estaban mi padre y mi madre. Y estaba bien que así fuera. Era maravilloso que entre nosotros reinara la paz, el orden y la tranquilidad, el sentido del deber y la conciencia limpia, el perdón y el amor; y también era maravilloso que existiera todo lo demás, lo estridente y ruidoso, oscuro y brutal, de lo que se podía huir en un instante, buscando refugio en el regazo de la madre.

Y lo más extraño era cómo lindaban estos dos mundos, y lo cerca que estaban el uno del otro. Por ejemplo, nuestra criada Lina, cuando por la noche rezaba en el cuarto de estar con la familia y cantaba con su voz clara, sentada junto a la puerta, con las manos bien lavadas sobre el delantal bien planchado, pertenecía enteramente al mundo de mis padres, a nosotros, a lo que era claro y recto. Pero después, en la cocina o en la leñera, cuando me contaba el cuento del hombrecillo sin cabeza o cuando discutía con las vecinas en la carnicería, era otra distinta: pertenecía al otro mundo y estaba rodeada de misterio. Y así sucedía con todo; y más que nada conmigo mismo. Sí, yo pertenecía al mundo claro y recto, era el hijo de mis padres; pero adondequiera que dirigiera la vista y el oído, siempre estaba allí lo otro, y también yo vivía en ese otro mundo aunque me resultara a menudo extraño y siniestro, aunque allí me asaltaran regularmente los remordimientos y el miedo. De vez en cuando prefería vivir en el mundo prohibido, y muchas veces la vuelta a la claridad, aunque fuera muy necesaria y buena, me parecía una vuelta a algo menos hermoso, más aburrido y vacío. A veces sabía yo que mi meta en

la vida era llegar a ser como mis padres, tan claro y limpio, superior y ordenado como ellos; pero el camino era largo, y para llegar a la meta había que ir al colegio y estudiar, sufrir pruebas y exámenes; y el camino iba siempre bordeando el otro mundo más oscuro, a veces lo atravesaba y no era del todo imposible quedarse y hundirse en él. Había historias de hijos perdidos a quienes esto había sucedido, y yo las leía con verdadera pasión. El retorno al hogar paterno y al bien era siempre redentor y grandioso, y yo sentía que aquello era lo único bueno y deseable; pero la parte de la historia que se desarrollaba entre los malos y los perdidos siempre resultaba más atractiva y, si se hubiera podido decir o confesar, daba casi pena que el hijo pródigo se arrepintiese y volviera. Pero aquello no se decía y ni siquiera se pensaba; existía solamente como presentimiento y posibilidad, muy dentro de la conciencia. Cuando imaginaba al diablo, podía representármelo muy bien en la calle, disfrazado o al descubierto, en el mercado o en una taberna, pero nunca en nuestra casa.

Mis hermanas pertenecían también al mundo claro. Estaban, así me parecía a mí, más cerca de nuestros padres; eran mejores, más modosas y con menos defectos que yo. Tenían imperfecciones y faltas, pero a mi me parecía que no eran defectos profundos; no les pasaba como a mí, que estaba más cerca del mundo oscuro y sentía, agobiante y doloroso, el contacto con el mal. A las hermanas había que respetarlas y cuidarlas como a los padres; y cuando se había reñido con ellas se consideraba uno, ante la propia conciencia, malo, culpable y obligado a pedir perdón. Porque en las hermanas se ofendía a los padres, a la bondad y a la autoridad. Había misterios que yo podía compartir mejor con el más golfo de la calle que con mis hermanas. En días buenos, cuando todo era radiante y la conciencia estaba tranquila, era delicioso jugar con las hermanas, ser bueno y modoso con ellas y verse a sí mismo con un aura bondadosa y noble. ¡Así debía sentirse uno siendo ángel! Era la suma perfección que conocíamos; y creíamos que debía ser dulce y maravilloso ser ángel, rodeado de melodías suaves y aromas deliciosos como la Navidad y la felicidad. ¡Y qué pocas veces seguíamos aquellos momentos y aquellos días! En los juegos -juegos buenos, inofensivos, permitidos- yo era de una violencia apasionada, que acababa por hartar a mis hermanas y nos llevaba a la riña y al desastre; y cuando me dominaba la ira, me convertía en un ser terrible que hacía y decía cosas cuya maldad sentía profunda y ardientemente mientras las hacía y decía. Luego venían las horas espantosas y negras del arrepentimiento y la contrición, el momento doloroso de pedir perdón hasta que surgía un rayo de luz, una felicidad tranquila y agradecida, sin disensión, que duraba horas o instantes.

Yo iba al Instituto de letras. El hijo del alcalde y el del guardabosques mayor eran compañeros míos de clase y a veces venían a mi casa; eran chicos salvajes pero que pertenecían al mundo bueno y permitido. A pesar de ello, mantenía amistad estrecha con chicos vecinos, alumnos de la escuela de primera enseñanza a quienes generalmente despreciábamos. Con uno de ellos he de empezar mi relato.

Una tarde en que no teníamos clase -andaba yo por los diez años- vagaba con dos chicos de esta vecindad cuando se nos unió un chico mayor, más fuerte y brutal que nosotros, de unos 13 años, alumno de la escuela e hijo de un sastre. Su padre era un bebedor crónico y toda la familia tenía mala fama. Yo conocía bien a Franz Kromer; le tenía miedo y no me gustó que se uniera a nosotros. Tenía ya modales de hombre e imitaba los andares y la manera de hablar de los jóvenes obreros de las fábricas. Bajo su mando descendimos a la orilla del río, junto al puente, y nos ocultamos a los ojos del mundo bajo el primer arco. La estrecha orilla entre la pared arqueada del puente y el agua, que fluía lentamente, estaba cubierta de escombros, cacharros rotos y trastos, ovillos enredados de alambre oxidado y otras basuras. Allí se encontraban de vez en cuando cosas aprovechables; bajo la dirección de Franz Kromer nos pusimos a registrar el terreno para traerle lo que encontrábamos. Franz Kromer se lo guardaba o lo tiraba al agua. Nos llamaba la atención sobre objetos de plomo o zinc, y luego se lo guardaba todo, hasta un viejo peine de concha. Yo me sentía muy cohibido en su compañía; y no porque supiera que mi padre me prohibiría tratarme con él si se enteraba, sino por miedo a Franz mismo. Sin embargo, estaba contento de que me aceptara y me tratara como a los demás. Franz daba las órdenes y nosotros obedecíamos como si aquello fuera una vieja costumbre, aunque en verdad era la primera vez que estaba con él.

Por fin nos sentamos en el suelo. Franz escupía al agua, haciéndose el hombre; escupía por el colmillo y daba siempre en el blanco. Se inició una conversación y los chicos empezaron a fanfarronear de sus hazañas escolares y sus travesuras. Yo me callaba, pero temía llamar la atención con mi silencio

y despertar la ira de Kromer. Desde un principio mis dos compañeros se habían apartado de mí y unido a él. Yo era un extraño entre ellos y sentía que mis vestidos y mi manera de comportarme les provocaban. Era imposible que Franz me aceptara a mí, niño bien y alumno del Instituto; los otros dos chicos -yo me daba cuenta- renegarían de mí en el momento decisivo y me dejarían en la estacada.

Por fin, de puro miedo que tenía, empecé también a contar. Me inventé una historia de ladrones y me adjudiqué el papel de héroe principal. Les conté que en un huerto cerca del molino había robado por la noche, con la ayuda de un amigo, un saco de manzanas; pero no de manzanas corrientes sino de reinetas y verdes doncellas de las mas finas. Huyendo de los peligros del momento me refugié en aquella historia, ya que inventar y narrar me resultaba fácil. Tiré de todos los registros con tal de no terminar en seguida y quizás enredarme en cosas peores. Uno de nosotros, seguí contando, tenía que hacer de guardia mientras el otro, subido en el árbol, tiraba las manzanas. El saco pesaba tanto que al final tuvimos que abrirlo y dejar allí la mitad del contenido; pero al cabo de media hora volvimos por el resto.

Al terminar mi relato esperé algún aplauso; al fin y al cabo, había entrado en calor dejándome arrastrar por la fantasía. Sin embargo, los dos chicos mas pequeños se quedaron callados, a la expectativa, y Franz Kromer, observándome con ojos escrutadores, me preguntó en tono amenazador:

- ¿ Eso es verdad?

-Sí -contesté.

-¿De veras?

-Sí, de veras -aseguré, mientras el miedo me ahogaba.

-¿Lo puedes jurar?

Me asusté mucho, pero dije en seguida que sí.

-Entonces di: lo juro por Dios y mi salvación eterna.

Yo repetí:

-Por Dios y mi salvación eterna.

-Bien -dijo, y se apartó de mí.

Yo pensé que con esto me dejaría en paz; y me alegré cuando se levantó, poco después, y propuso regresar. Al llegar al puente dije tímidamente que tenía que irme a casa.

-No correrá tanta prisa -rió Franz-, llevamos el mismo camino.

Franz seguía caminando lentamente y yo no me atreví a escaparme, porque en verdad íbamos hacia mi casa. Cuando llegamos y vi la puerta con su grueso picaporte dorado, la luz del sol sobre las ventanas y las cortinas del cuarto de mi madre, respiré aliviado. La vuelta a casa. ¡Venturoso regreso a casa, a la luz, a la paz!

Abrí rápidamente la puerta, dispuesto a cerrarla detrás de mí, pero Franz Kromer se interpuso y entró conmigo. En el zaguán fresco y oscuro, que recibía sólo un poco de luz del patio, se acercó a mí y, cogiéndome del brazo, dijo:

-Oye, no tengas tanta prisa.

Le miré asustado. Su mano atenazaba mi brazo con una fuerza de hierro. Me pregunté qué se propondría y si quizá me quería pegar. Si yo gritara ahora, pensé, si gritara fuerte, ¿bajaría alguien tan de prisa como para salvarme? Pero no lo hice.

-¿Qué pasa? -pregunté-. ¿Qué quieres?

-Nada especial. Quería preguntarte algo. Los otros no necesitan enterarse.

-¡Ah, bueno! ¿Qué quieres que te diga? Tengo que subir.

-Tú sabes a quién pertenece el huerto junto al molino, ¿verdad? -dijo Franz muy bajo. -No lo sé. Creo que al molinero.

Franz me había rodeado con el brazo y me atrajo a sí de tal manera que tenía que mirarle a la cara muy de cerca. Sus ojos tenían un brillo maligno, sonreía torvamente y su rostro irradiaba crueldad y poder.

-Oye, pequeño, te diré de quién es el huerto. Hace tiempo que sé lo del robo de las manzanas y que el propietario ha prometido dos marcos al que le diga quién robó la fruta.

-¡Santo Dios! -exclamé-. ¿Pero no irás a decírselo?

Me di cuenta de que no serviría de nada apelar a su sentido del honor. Perteneía al «otro» mundo; para él la traición no era un crimen. Lo sabía perfectamente. En estas cosas la gente del «otro» mundo no era como nosotros.

-¿No decir nada? -rió Kromer-. Amigo, ¿crees que falsifico monedas y que puedo fabricar de dos marcos cuando quiera? Soy bastante pobre, no tengo un padre rico como tú; y si puedo ganarme dos marcos aprovecho la ocasión. Quizá me dé aún más. Me soltó de pronto. Nuestro zaguán no olía ya a paz y a seguridad. El mundo se desmoronó a mi alrededor. Me denunciaría; yo era un delincuente. Se lo dirían a mi padre y quizá vendría hasta la policía a casa. Me amenazaban todos los horrores del caos; todo lo feo y todo lo peligroso se alzaba contra mí. Que en realidad yo no hubiera robado, carecía de importancia. Y además había jurado. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Me brotaron las lágrimas. Se me ocurrió que podría pagarle mi rescate y busqué desesperadamente en mis bolsillos. Ni una manzana, ni una navaja: no tenía nada. Entonces me acordé de mi reloj, un viejo reloj de plata que no funcionaba y que yo llevaba por llevar. Había pertenecido a nuestra abuela. Lo saqué rápidamente.

-Kromer -dije-, escucha, no me denuncies, no estaría bien. Toma, te regalo mi reloj, no tengo otra cosa. Te lo puedes quedar. Es de plata, y la maquinaria es buena; tiene sólo un pequeño fallo, pero se puede arreglar.

Kromer sonrió y tomó el reloj con su manaza. Miré aquella mano y me di cuenta de lo brutal y hostil que me era, de cómo amenazaba mi vida y mi paz. -Es de plata -dije tímidamente.

-Me importa tres pitos tu plata y tu reloj -dijo con profundo desprecio-. Arréglalo tú. -¡Pero, Franz! -grité, temblando y temiendo que se fuera-. ¡ Espera, toma el reloj! ¡Es de plata, de verdad, y no tengo otra cosa!

Me miró fría y despectivamente.

-Bueno, ya sabes dónde voy a ir. O también se lo puedo decir a la policía. Conozco bien al sargento. Se volvió para salir y yo le retuve por la manga. Aquello no podía suceder. Hubiera preferido antes morir que tener que soportar todo lo que pasaría si él se iba.

-Franz -imploré ronco de excitación-, ¡no hagas tonterías! Es sólo una broma, ¿ no? -Sí, una broma; pero puede salirte muy cara.

-Dime lo que tengo que hacer, Franz. Haré lo que sea.

Me miró de arriba abajo guiñando los ojos y volvió a reírse.

-¡No seas tonto! -dijo con falsa amabilidad-. Tú sabes tan bien como yo de qué se trata. Puedo ganarme dos marcos, y yo no soy un rico como tú para tirarlos. Tú lo sabes. Eres rico, tienes hasta un reloj. No necesitas más que darme esos dos marcos, y todo irá sobre ruedas.

Ahora comprendí la lógica. Pero ¡dos marcos! Para mí era tanto y tan imposible como diez, cien o mil marcos. Yo no disponía de dinero. Tenía una hucha, que estaba en el cuarto de mi madre, en la que había algunas monedas, de las visitas de los tíos y de otras ocasiones parecidas. Aparte de esto, no tenía nada. Por entonces no me daban aún dinero para mis gastos.

-No tengo nada -dije tristemente-. No tengo dinero. Pero te daré todo lo que tengo: un libro de indios, y soldados, y una brújula. Ahora te los bajo.

Kromer sólo torció su boca agresiva y peligrosa y escupió en el suelo.

-No digas estupideces -dijo en tono imperativo-. Puedes guardarte todas tus porquerías. ¡Una brújula! Mira, no hagas que me enfade y dame el dinero. -¡Pero si no tengo! No me dan nada. ¡No tengo la culpa!

-Bueno, tú tráeme mañana los dos marcos. Te espero después del colegio en el mercado. Asunto terminado. Si no me traes el dinero, ¡prepárate!

-¿Pero de dónde voy a sacarlo? ¡Por Dios, si no lo tengo!

-En tu casa hay dinero de sobra. Arréglatelas como puedas; así que mañana después del colegio. Y te aseguro que si no me lo traes...

Me lanzó una mirada terrible, escupió otra vez y desapareció como una sombra.

No podía subir a casa. Mi vida estaba destrozada. Pensé escaparme para no volver más o tirarme al río; pero no eran ideas claras. Me senté a oscuras en el último peldaño de la escalera, me hice un

ovillo y me entregué a mi desgracia. Allí me encontró llorando Lina, cuando bajó a coger leña con una cesta.

Le pedí que no dijera nada y subí. En el perchero, junto a la puerta de cristal, colgaban el sombrero de mi padre y la sombrilla de mi madre; el hogar y la ternura me salían al encuentro en aquellos objetos, y mi corazón les saludó agradecido y suplicante, como el hijo pródigo a las viejas estancias de la casa paterna. Pero todo aquello ya no me pertenecía; era el mundo claro de los padres y yo me había hundido profunda y culpablemente en el torrente desconocido. Me había enredado en la aventura y el pecado, me amenazaba el enemigo, y me esperaban peligros, miedo y vergüenza. El sombrero y la sombrilla, el viejo suelo de ladrillo, el gran cuadro sobre el armario del pasillo, y desde el cuarto de estar la voz de mis hermanas mayores: todo aquello me resultaba más querido, más delicado y valioso que nunca, pero ya no era un consuelo y un bien seguro, sino un vivo reproche. Esto ya no era mío; yo no podía participar más de su alegría y tranquilidad. Llevaba en las botas barro que no podía limpiar en el felpudo, y traía conmigo sombras de las que el mundo del hogar nada sabía. Cuantos secretos y temores había yo tenido, habían sido un juego y una broma comparado con lo que traía hoy a estas habitaciones. El destino me perseguía; hacia mí se tendían unas manos de las que mi madre no podía protegerme y de las que nada debía saber. Que mi delito fuera hurto o mentira -¿no había jurado por Dios y mi salvación?- importaba poco. Mi pecado no era esto o aquello; mi pecado era haber dado la mano al diablo. ¿Por qué había ido con ellos? ¿Por qué había obedecido a Kromer en vez de a mi padre? ¿Por qué había inventado la historia del robo? ¿Por qué me había vanagloriado de un delito como si se tratara de una hazaña? Ahora el diablo me tenía agarrado por la mano; ahora el enemigo me perseguía.

Por un momento no sentí miedo por el día siguiente sino la terrible certidumbre de que mi camino iba cuesta abajo, hacia las tinieblas. Sentía claramente que a mi delito seguirían forzosamente otros, que mi presencia ante mis hermanas, mi saludo y mis besos a mis padres eran mentira porque yo llevaba en mí un destino y un secreto que escondía ante ellos.

Durante un instante tuve un destello de confianza y esperanza al ver el sombrero de mi padre. Podía decirle todo y aceptar su sentencia y su castigo; podía hacerle mi confidente y mi salvador. Esto sólo significaría una penitencia, como lo había hecho muchas veces, una hora difícil y amarga, un pedir perdón arrepentido y contrito.

¡Qué dulce me parecía aquello! ¡Cómo deseaba hacerlo! Pero era imposible. Sabía que no lo haría. Sabía que ahora guardaba un secreto, una culpa que tenía que llevar yo solo. Quizá me encontraba ahora en un momento crucial; quizás iba a pertenecer desde ahora al mundo de los malos, a compartir secretos con los malvados, a depender de ellos, a obedecerles y a convertirme en uno de ellos. Había jugado a ser hombre y héroe y ahora tenía que soportar las consecuencias.

Me gustó que, al entrar, mi padre se fijara en mis zapatos mojados. Aquello distraería su atención; así no se daría cuenta de lo peor y yo podía cargar con una reprimenda que en secreto trasladaba a la otra culpa. Al mismo tiempo surgió en mí un extraño y nuevo sentimiento lleno de espinas. ¡Me sentía superior a mi padre! Sentí durante un momento cierto desprecio por su ignorancia; su reprensión por las botas mojadas me parecía mezquina. «¡Si tú supieras!», pensaba yo como un criminal al que interrogan por un panecillo robado, mientras él tiene asesinatos sobre su conciencia. Era un sentimiento feo y repulsivo pero muy fuerte y con un profundo encanto y que me encadenaba con fuerza a mi secreto y a mi culpa. Quizá, pensaba yo, Kromer ha ido ya a la policía y me ha denunciado; los nubarrones empiezan a amontonarse sobre mi cabeza y aquí me tratan como a un chiquillo.

De toda esta vivencia, de cuanto va relatado hasta aquí, constituyó este momento lo más importante y perdurable. Fue el primer resquebrajamiento de la divinidad del padre, el primer golpe a los pilares sobre los que había descansado mi niñez y que todo hombre tiene que destruir para poder ser él mismo. Estos acontecimientos, que nadie ve, forman la línea interior y esencial de nuestro destino. El desgarrón cicatriza y se olvida, pero en el interior del ser continúa existiendo y sangrando. A mí mismo me dio en seguida miedo del nuevo sentimiento, y me hubiera tirado al suelo para besar a mi padre los pies y pedirle perdón. Pero no se puede pedir perdón por algo esencial; y eso lo siente y sabe un niño tan profundamente como un sabio.

Tenía necesidad de pensar sobre este asunto y trazar caminos para el día siguiente; pero no pude

hacerlo. Me pasé toda la tarde intentando acostumbrarme al ambiente transformado que reinaba en nuestro cuarto de estar. El reloj y la mesa, la Biblia y el espejo, la librería y los cuadros se despedían de mí; con el corazón helado, me veía obligado a contemplar cómo mi mundo y mi vida feliz y buena se transformaban en pasado y se desligaban de mí. Me veía sujeto por nuevas y absorbentes raíces al mundo extraño y tenebroso. Descubrí el gusto de la muerte; y la muerte sabe amarga porque es nacimiento, porque es miedo e incertidumbre ante una aterradora renovación.

Por fin, llegó la hora de acostarme. Pero antes, como último purgatorio, tuve que aguantar las oraciones de la noche, en las que se cantó una de mis oraciones preferidas. Yo no canté; cada tono era como hiel y veneno para mí. Tampoco recé con ellos; y cuando mi padre pronunció la acción de gracias y terminó con las palabras:

«Tu espíritu esté con nosotros», un impulso me apartó de su comunidad. La gracia de Dios estaba con todos ellos pero no conmigo. Me fui a mi cuarto aterido y profundamente cansado.

En la cama, después de un rato, cuando el calor y la seguridad me envolvían cariñosamente, mi corazón volvió otra vez a la angustia, revoloteando temeroso en torno a lo que había pasado. Mi madre acababa de darme las buenas noches, como siempre; sus pasos aún resonaban en la habitación y el resplandor de su vela aún refulgía en la puerta entreabierta. «Ahora -pense-, ahora vendrá otra vez. Se ha dado cuenta de todo. Me dará un beso, me preguntará con bondad y comprensión y entonces podré llorar. Se me derretirá el hielo que tengo en la garganta, la abrazaré y se lo diré todo. Entonces, todo volverá a la normalidad. ¡Será la salvación!» Cuando la rendija de la puerta volvió a quedar a oscuras, estuve un rato escuchando, convencido de que tenía que suceder así por fuerza.

Luego volví a mis penas y me enfrenté con mi enemigo. Le veía claramente. Tenía guiñado un ojo, su boca reía brutalmente y, mientras yo le miraba, seguro de que no podía escapar, él crecía y se hacía cada vez más horrible y sus ojos malvados lanzaban destellos diabólicos. Estuvo junto a mí hasta que me dormí; y entonces no soñé con él ni con las cosas de aquel día sino que mis padres, mis hermanas y yo íbamos en una barca y nos rodeaba la paz y la luz de un día de vacaciones. En medio de la noche me desperté, con el sabor de la felicidad aún en la boca; todavía veía brillar los trajes blancos de mis hermanas bajo el sol. Pero me precipité desde aquel paraíso a la realidad y de nuevo me encontré, cara a cara, con el enemigo de los ojos malvados.

Por la mañana, cuando mi madre entró presurosa diciendo que era tarde y preguntándome por qué estaba aún en la cama, tenía yo muy mala cara. Al preguntarme si me pasaba algo, vomité.

Parecía que con aquello ganaba algo. Me gustaba estar un poco enfermo y pasarme una mañana entera en la cama, tomando manzanilla y escuchando cómo mi madre arreglaba el cuarto de al lado y Lina recibía al carnicero en el pasillo. Una mañana sin colegio era algo maravilloso y legendario. El sol jugueteaba en la habitación, pero no era el mismo sol contra el que se bajaban las cortinas verdes en el colegio. Sin embargo, todo aquello no tenía hoy el sabor de otras veces y me sonaba a falso.

¡Ojalá me hubiera muerto! Pero sólo me sentía un poco mal, como muchas veces me había sentido, y con eso no se arreglaba nada. Sí; me salvaba del colegio, pero no me salvaba de Kromer, que me esperaba a las once en el mercado. El cariño de mi madre no me consolaba; me molestaba y me dolía. Me hice el dormido y me puse a pensar. No había salida: a las once tenía que estar en el mercado. A las diez me levanté y dije que estaba mejor. Me contestaron, como siempre en estos casos, que me volviera a la cama y que si no tendría que ir al colegio por la tarde. Dije que iría de buena gana al colegio. Ya tenía trazado un plan.

Sin dinero no podía presentarme a Kromer. Tenía que hacerme con la hucha, que al fin y al cabo me pertenecía. No contenía dinero suficiente, eso ya lo sabía; pero algo era, y un presentimiento me decía que mejor era eso que nada y que así Kromer se apaciguaría.

Tuve una sensación malísima al entrar en calcetines en el cuarto de mi madre para sacar la hucha de su escritorio. Pero no era una sensación tan insoportable como la de ayer. Los latidos del corazón casi me ahogaban, y no me fue mejor cuando descubrí en el zaguán que la hucha estaba cerrada. Era fácil abrirla: sólo había que romper una fina rejilla de hojalata; pero me dolió hacerlo porque con ese acto había cometido realmente un robo. Hasta ahora sólo había goloseado terrones de azúcar y fruta. Esto, sin embargo, era robar, aunque fuera mi dinero. Me di cuenta de que había dado un paso más hacia Kromer y su mundo, de que iba poco a poco cuesta abajo, pero me obstiné en ello. ¡Al diablo

todo! Ahora no podía volverme atrás. Conté el dinero con miedo. En la hucha hacía mucho ruido, pero ahora en la mano era una miseria: 65 céntimos. Escondí la hucha bajo la escalera y con el dinero en la mano salí de la casa, con una sensación totalmente nueva... Arriba alguien me llamaba, o eso me pareció; eché a andar de prisa.

Aún tenía mucho tiempo por delante y fui dando rodeos por las callejas de una ciudad transformada, bajo nubes nunca vistas, ante edificios que me observaban y entre personas que sospechaban de mí. En el camino me acordé de que un compañero mío había encontrado un día un táler en el mercado de ganado. De buena gana hubiera rezado para que Dios hiciera un milagro y me permitiera un descubrimiento así. Pero yo no tenía derecho a rezar. Además, eso no hubiera arreglado la hucha rota.

Franz Kromer me vio venir de lejos, pero se acercó lentamente y como si no me viera. Cuando llegó a mime hizo un gesto para que le siguiera, bajó por la Strohgassee, cruzó el puente y siguió caminando hasta que se detuvo cerca de un edificio en construcción, ya en las afueras. Nadie estaba trabajando en la obra; los muros se levantaban desnudos, sin ventanas ni puertas. Kromer echó un vistazo a su alrededor y entró por una puerta. Yo le seguí. Se paró detrás de un muro, me llamó y tendió la mano.

-¿Qué, lo traes? -preguntó fríamente.

Saqué el puño del bolsillo y dejé caer mi dinero en la palma de su mano. Antes de que hubiera caído la última moneda, ya lo había contado.

-Son sesenta y cinco céntimos -dijo, y me miró.

-Sí -contesté tímidamente-. Es todo lo que tengo; no es bastante, ya lo sé. Pero es todo. No tengo más.

-Te creía más listo -me replicó casi con bondad-. Entre hombres de honor tiene que haber orden. No quiero aceptar nada de ti que no sea justo, tú lo sabes. ¡Toma tus perras! El otro, ya sabes quién, no intentará regatear conmigo. Ese paga.

-¡Pero no tengo más! Son todos mis ahorros.

-Eso es cosa tuya. Pero vamos, no quiero hacerte daño. Me debes aún un marco y treinta y cinco céntimos. ¿Cuándo me los vas a dar?

-Los tendrás, Kromer. ¡Seguro! Aún no sé cuándo, pero quizá tenga pronto dinero, mañana o pasado. Comprenderás que no puedo decírselo a mi padre.

-A mí eso no me importa. Pero ya sabes que no quiero hacerte daño. Yo podía tener ese dinero antes del mediodía, y ya sabes que soy pobre. Tú tienes trajes bonitos y te dan mejor comida que a mí. Pero no voy a decir nada. Esperaré un poco. Pasado mañana te llamaré por la tarde, y me lo traes. ¿Conoces bien mi silbido? Me silbó una señal que ya había oído muchas veces.

-Sí -dije-, ya sé.

Se marchó como si yo no tuviera nada que ver con él. Aquello había sido un negocio y nada más.

Hoy todavía me asustaría el silbido de Kromer si lo oyera inesperadamente. Desde aquel día lo tuve que escuchar muchas veces; me daba la impresión de oírlo constantemente, sin cesar. No había lugar, juego, trabajo o pensamiento adonde no llegara ese silbido que me esclavizaba y que era mi destino. A menudo bajaba yo en las tardes suaves y multicolores de otoño a nuestro pequeño jardín, que tanto me gustaba, y un extraño impulso me llevaba a los juegos infantiles de épocas pasadas; jugaba a ser un niño más pequeño de lo que yo era y que aún era bueno, libre, inocente y protegido. En medio de los juegos sonaba desde cualquier parte el silbido de Kromer, siempre esperado pero siempre terriblemente inquietante e inoportuno, rompiendo la paz, destruyendo mis pensamientos. Entonces tenía que salir y seguir a mi verdugo a sitios apartados y feos, justificarme ante él y escuchar sus amenazadoras peticiones de dinero. Todo esto duraría unas semanas, pero a mí me pareció que fueron años, una eternidad. Raras veces conseguía dinero: de vez en cuando, alguna perra que robaba en la cocina, cuando Lina dejaba allí la bolsa de la compra. Kromer siempre me reñía y me hundía en su desprecio, diciendo que yo quería engañarle y estafarle, que era yo quien le robaba lo suyo y le hacía desgraciado. Nunca, en toda mi vida, he sentido la desdicha tan cerca del corazón; nunca he sentido mayor desesperanza ni mayor dependencia.

Había llenado la hucha de fichas de jugar y la había vuelto a dejar en su Sitio. Nadie preguntó por ella. Pero también aquello podía venírseme encima cualquier día. Más que al silbido brutal de Kromer temía yo a mi madre cuando se acercaba a mi suavemente:

¿vendría acaso a preguntarme por la hucha?

Como muchas veces me presentaba ante mi verdugo sin dinero, éste empezó a atormentarme y a utilizarme de otra manera. Me hacía trabajar para él. Me obligaba a hacer en su lugar los recados que le encargaba su padre, o me mandaba a hacer algo difícil como saltar diez minutos a la pata coja o colgar a un transeúnte un monigote en la espalda. Estos suplicios se prolongaban muchas noches en los sueños y yo me despertaba empapado de sudor.

Durante un tiempo caí enfermo. Durante el día vomitaba a menudo y tenía frío; por la noche, sin embargo, tenía fiebre y sudores. Mi madre se daba cuenta de que algo no iba bien y me demostraba un cariño tan grande que me martirizaba, ya que no podía corresponderle con franqueza.

Una vez mi madre me trajo un trocito de chocolate a la cama. Aquello era un recuerdo de años pasados, cuando solía recibir estas pequeñas sorpresas si había sido bueno. Me dolió tanto el recuerdo que sólo pude mover la cabeza. Ella me preguntó qué me pasaba y me acarició el pelo. Sólo pude responder: «Nada, nada. No quiero que me des nada.» Dejó el chocolate en la mesilla y salió de la habitación. Cuando al día siguiente me quiso interrogar sobre lo sucedido, hice como si no me acordara de ello. Un día trajo al médico, que me hizo un reconocimiento y me recetó abluciones frías por la mañana.

Mi estado durante aquel tiempo era una especie de desquiciamiento. En medio de la paz ordenada de nuestra casa yo vivía atemorizado y torturado como un fantasma; no participaba en la vida de los demás y raras veces me olvidaba de mí mismo. Con mi padre, que muchas veces me interrogaba irritado, me mostraba frío y hermético.

Caín

La salvación de mis penalidades vino de una manera totalmente inesperada y fue acompañada al mismo tiempo de algo nuevo que ha estado actuando hasta hoy en mi vida.

En nuestro colegio había ingresado hacía poco un nuevo alumno. Era hijo de una viuda rica, que había venido a vivir a nuestra ciudad, y llevaba un brazalete negro en la manga. Iba a una clase superior a la mía y tenía unos años más; pero a mí como a todos, me llamó en seguida la atención. Este alumno tan sorprendente parecía mucho mayor de lo que en realidad era. A nadie le daba la impresión de que fuera un chico. Entre nosotros se movía extraño y maduro, como un hombre, como un señor más bien. No era popular, no participaba en los juegos y menos en las peleas; únicamente su tono seguro y decidido frente a los profesores nos gustaba. Se llamaba Max Demian.

Un día, como solía ocurrir en nuestro colegio, instalaron a otra clase en nuestra espaciosa aula, por no sé qué motivos. Esta clase era la de Demian. Nosotros, los pequeños, teníamos Historia Sagrada, y los mayores debían hacer una redacción. Mientras nos explicaban la historia de Caín y Abel, yo miraba de reojo la cara de Demian, que me fascinaba de manera extraña, y observaba aquel rostro seguro, inteligente y claro inclinado sobre su trabajo con atención y carácter. No parecía en absoluto un alumno haciendo sus deberes, sino un investigador dedicado a sus propios problemas. En el fondo no me resultaba simpático; al contrario, sentía algo contra él: me resultaba superior y frío, demasiado seguro de sí mismo. Sus ojos tenían la expresión de los adultos -que nunca gusta a los niños-, un poco triste y con destellos de ironía. Pero yo me sentía obligado a mirarle constantemente, me gustara o no; sin embargo, cuando él me dirigía la mirada, yo apartaba los ojos asustado. Si hoy recuerdo el aspecto que tenía Demian entonces, puedo decir que era diferente de todos los demás en cualquier sentido y que tenía una personalidad muy definida; por eso mismo llamaba la atención, aunque él hacía todo lo posible por pasar inadvertido, comportándose como un príncipe disfrazado que se encuentra entre campesinos y se esfuerza en parecer uno de ellos.

Al terminar las clases, salió detrás de mí. Cuando los demás se dispersaron, me alcanzó y saludó. También este saludo resultaba muy adulto y cortés, aunque imitara nuestro tono de colegiales.

-¿Vamos un rato juntos? -me preguntó con amabilidad.

Me sentí muy halagado y dije que sí. Entonces le expliqué dónde vivía.

-¡Ah! ¿Allí? -dijo sonriendo-. Conozco esa casa. Sobre vuestra puerta hay una cosa muy curiosa que me ha interesado desde que la vi.

No supe al principio a lo que se refería y me asombró que conociera mi casa mejor que yo. Debía referirse al escudo que campeaba sobre el portón; con el paso del tiempo se había desgastado y había sido pintado varias veces; creo que no tenía nada que ver con nosotros y nuestra familia.

-No sé lo que es -dije tímidamente-. Me parece que es un pájaro o algo parecido. Debe de ser muy antiguo. Dicen que la casa perteneció antiguamente a un convento.

-Puede ser -asintió él-. Obsérvalo bien; esas cosas suelen ser muy interesantes. Creo que el pájaro es un gavián.

Seguimos adelante, yo muy aturdido. De pronto, Demian se rió, como si se le hubiera ocurrido algo muy divertido.

-Hoy he asistido a vuestra clase -dijo-. Sobre la historia de Caín, el que llevaba un estigma en la frente, ¿no? ¿Te gusta?

No, pocas veces me gustaba lo que tenía que estudiar. Sin embargo, no me atrevía a decirlo, porque era como si estuviera hablando con una persona mayor. Contesté que la historia me gustaba.

Demian me dio unas palmaditas en el hombro.

-No necesitas fingir, amigo. Pero esa historia es verdaderamente muy rara, mucho más que la mayoría de las que se tratan en clase. El profesor no ha dicho mucho; sólo lo habitual sobre Dios y el pecado, y todo eso. Pero yo creo...

Se interrumpió sonriendo y me preguntó:

-Oye, ¿pero esto te interesa? Pues yo creo -continuó- que la historia de Caín se puede interpretar de manera muy distinta. La mayoría de las cosas que nos enseñan son seguramente verdaderas, pero se pueden ver desde otro punto de vista que el de los profesores y generalmente se entienden entonces mucho mejor. Por ejemplo, no se puede estar satisfecho con la explicación que se nos da de Caín y la señal que lleva en su frente. ¿No te parece? Que uno mate a su hermano en una pelea, puede pasar; que luego le dé miedo y se arrepienta, también es posible; pero que precisamente por su cobardía le recompensen con una distinción que le proteja y que inspire miedo, eso me parece muy raro.

-Sí, es verdad -dije interesado. El asunto empezaba a intrigarme-. ¿Pero cómo vas a interpretar si no la historia?

Me dio una palmada en el hombro.

-¡Muy sencillo! El estigma fue lo que existió en un principio y en él se basó la historia. Hubo un hombre con algo en el rostro que daba miedo a los demás. No se atrevían a tocarle; él y sus hijos les impresionaban. Quizás, o seguramente, no se trataba de una auténtica señal sobre la frente, de algo como un sello de correos; la vida no suele ser tan tosca. Probablemente fuera algo apenas perceptible, inquietante: un poco más de inteligencia y audacia en la mirada. Aquel hombre tenía poder, aquel hombre inspiraba temor. Llevaba una «señal». Esto podía explicarse como se quisiera; y siempre se prefiere lo que resulta cómodo y da razón. Se temía a los hijos de Caín, que llevaban una «señal». Esta no se explicaba como lo que era, es decir, como una distinción, sino como todo lo contrario. La gente dijo que aquellos tipos con la «señal» eran siniestros; y la verdad, lo eran. Los hombres con valor y carácter siempre les han resultado siniestros a la gente. Que anduviera suelta una raza de hombres audaces e inquietantes resultaba incomodísimo; y les pusieron un sobrenombre y se inventaron una leyenda para vengarse de ellos y justificar un poco todo el miedo que les tenían. ¿Comprendes?

-Sí, eso quiere decir que Caín no fue malo. Entonces, ¿toda la historia de la Biblia es mentira?

-Sí y no. Estas viejas historias son siempre verdad, pero no siempre han sido recogidas y explicadas como debiera ser. Yo pienso que Caín era un gran tipo y que le echaron toda esa historia encima sólo porque le tenían miedo. La historia era simplemente un bulo que la gente contaba; era verdad sólo lo referente al estigma que Caín y sus hijos llevaban y que les hacían diferentes a la demás gente.

Yo estaba asombrado.

-¿Y crees que lo del asesinato no fue tampoco verdad? -pregunté emocionado.

-¡Oh, sí! Seguramente es verdad. El más fuerte mató a uno más débil. Que fuera su hermano, eso ya se puede dudar. Además, no importa; a fin de cuentas, todos los hombres son hermanos. Así que un fuerte mató a un débil. Quizá fue un acto heroico, quizá no lo fue. En todo caso, los débiles tuvieron miedo y empezaron a lamentarse mucho. Y cuando les preguntaban: «¿Por qué no le matáis?», ellos no contestaban, «porque somos unos cobardes», sino que decían: «No se puede. Tiene una señal. ¡Dios le ha marcado!» Así nació la mentira. Bueno no te entretengo más. ¡Adiós!

Dobló por la Altgasse y me dejó solo, sorprendido como jamás en toda mi vida. Nada más desaparecer, todo lo que me había dicho me pareció increíble. ¡Caín un hombre noble y Abel un cobarde! ¡La señal que llevaba Caín en la frente era una distinción! Era absurdo, blasfemo e infame. Y Dios, ¿dónde se quedaba? ¿No había aceptado el sacrificio de Abel? ¿No quería a Abel? ¡Qué tontería! Y empecé a pensar que Demian me había tomado el pelo y quería ponerme en ridículo. ¡Qué chico más inteligente y qué bien que hablaba! Pero no, no podía ser.

De todos modos, nunca había recapacitado tanto sobre una historia, fuera o no de la Biblia. Y hacía tiempo que no olvidaba tan por completo a Franz Kromer, durante horas, una tarde entera. En casa leí la historia otra vez, tal como estaba en la Biblia. Era breve y clara. Resultaba una insensatez buscarle una interpretación especial y misteriosa. ¡Así cualquier asesino podría declararse elegido de

Dios! No, era absurdo. Lo fascinante era la manera tan ligera y graciosa con que Demian sabía decir las cosas, como si todo fuera tan natural. Y además, ¡con qué mirada!

Sin embargo, algo había en mí mismo que no estaba en orden sino en franco desorden. Yo había vivido en un mundo claro y limpio, había sido una especie de Abel, y ahora me encontraba metido en el «otro» mundo. Había caído tan bajo y, sin embargo, no tenía en el fondo tanta culpa. ¿Qué había sucedido? En ese momento me vino un recuerdo que casi me cortó la respiración. En aquella tarde aciaga, que dio comienzo a mi actual desgracia, había ocurrido aquello mismo con mi padre; durante un momento fue como si le hubiera desenmascarado y despreciado a él, a su mundo y a su sabiduría. Sí, en aquel momento yo, que era Caín y llevaba una marca en la frente, pensé que esa marca no era una vergüenza sino una distinción y que yo era superior a mi padre, superior a los buenos y piadosos precisamente por mi maldad y mi desgracia.

Entonces no comprendí estas cosas con mente clara, pero las intuí en una llamarada de sentimientos, de extrañas emociones, que me dolían pero me llenaban de orgullo.

¡De qué manera tan extraña había hablado Demian de los valientes y de los cobardes! ¡Cómo había interpretado la señal en la frente de Caín! ¡Y cómo habían brillado sus ojos, sus extraños ojos de hombre! Se me ocurrió que Demian mismo era un Caín. ¿Por qué le defendía si no se sentía semejante a él? ¿Por qué tenía aquel poder en la mirada? ¿Por qué hablaba tan despectivamente de los «otros», los cobardes, que son en verdad los piadosos, los elegidos de Dios?

Con estos pensamientos no acababa de llegar a ninguna conclusión. Una piedra había caído en el pozo: el pozo era mi alma joven. Durante mucho tiempo esta historia de Caín, con el homicidio y la «señal», fue el punto de partida de mis intentos de conocimiento, duda y crítica.

Observé que también los otros condiscípulos se preocupaban mucho de Demian. No comenté con nadie nuestra conversación sobre la historia de Caín, pero Demian parecía interesar también a los otros. En todo caso, surgieron muchos rumores sobre el «nuevo». ¡Si aún los pudiera recordar todos!; cada uno de esos rumores le caracterizaría, cada uno se podría interpretar. Sólo recuerdo que primero se dijo que la madre de Demian era muy rica. Se decía, también, que nunca iba a la iglesia, y tampoco su hijo. Que eran judíos, opinaba uno, pero que también podían ser mahometanos.

Se contaban verdaderas leyendas sobre la fuerza física de Max Demian. Desde luego, era el más fuerte de su clase; y cuando uno le retó a una pelea y le llamó cobarde porque no quería aceptarla, Demian le humilló horriblemente. Los que presenciaron la escena decían que Demian le había cogido con una mano por la nuca y apretado con tanta fuerza que el otro se puso pálido y abandonó la lucha. Durante días no había podido mover el brazo. Una tarde hasta se dijo que había muerto. De Demian se afirmaban las cosas más insólitas, que eran creídas durante unos días. Todo era muy raro y excitante. Al cabo del tiempo todos se cansaron del tema. Pero en seguida surgieron nuevos cuentos entre los chicos, que afirmaban que Demian tenía relaciones íntimas con chicas y que «lo sabía todo».

Mientras tanto, mi asunto con Franz Kromer seguía su curso fatal. No llegaba a librarme, porque yo me sentía atado a él aunque me dejara tranquilo unos días. En mis sueños estaba a mi lado como una sombra; y lo que no me hacía en la realidad, se lo permitía mi fantasía en mis sueños, en los que me convertí en su esclavo. Acabé por vivir más en estos sueños que en la realidad -siempre he soñado mucho- y por perder fuerza y vida con estas sombras. Entre otras cosas soñaba a menudo que Kromer me maltrataba, que me escupía y se arrodillaba sobre mí; y, lo que era peor, que con su tremenda influencia me inducía a cometer crímenes terribles. El más espantoso de ellos, del que me desperté como enloquecido, era una tentativa de asesinato contra mi padre. Kromer afilaba un cuchillo. Estábamos escondidos entre los árboles de un paseo esperando a alguien, yo no sabía a quién; pero cuando apareció una persona y Kromer me indicó, apretándome el brazo, que era aquella a quien tenía yo que apuñalar, vi que era mi padre. Entonces me desperté.

Con todo esto, pensaba mucho en Caín y Abel pero poco en Demian. Volvió a aparecer, es curioso, también en sueños. Yo volvía a soñar con malos tratos y violencias; pero esta vez, en lugar de Kromer, era Demian el que se arrodillaba sobre mí. Pero -y esto era nuevo y me impresionó profundamente- todo lo que había sufrido bajo Kromer con angustia y repulsión lo sufría a gusto bajo Demian, con un sentimiento mezcla de placer y temor. Este sueño lo tuve dos veces; después, Kromer volvió a su lugar.

Lo que vivía en estos sueños y lo que vivía en la realidad no puedo ya separarlo con exactitud. En

todo caso, mi ruin relación con Kromer siguió su curso y no terminó cuando, por fin, le pagué la suma debida a costa de una serie de pequeños hurtos. Ahora Franz conocía esos hurtos, porque siempre me preguntaba de dónde sacaba el dinero; de esta forma me tenía más que nunca en sus manos. A veces me amenazaba con contarle todo a mi padre; y entonces el miedo no era más grande que el profundo pesar de no haberlo hecho yo desde un principio. No obstante, a pesar de lo mal que me sentía, no me arrepentía del todo; al menos, no siempre. A menudo sentía que todo tenía que ser necesariamente así, que sobre mí pesaba un maleficio y que era inútil querer romperlo.

Probablemente mis padres sufrían también con esta situación. Yo estaba poseído por un espíritu extraño; ya no cabía en nuestra comunidad, que tan unida había estado y a la que solía añorar desesperadamente como un paraíso perdido. Me trataban, sobre todo mi madre, más como a un enfermo que como a un malvado; pero mi verdadera situación la veía claramente reflejada en el comportamiento de mis dos hermanas, que era cariñoso, pero que me hacía muy desdichado. La conducta de mis hermanas me hacía ver claramente que yo era una especie de poseído, más digno de compasión que de reproche, pero a fin de cuentas en manos del mal. Sabía que rezaban por mí, de manera diferente que antes; y sabía que era inútil. Sentía ardientemente el deseo de descargarme, la necesidad de una verdadera confesión; y presentía, sin embargo, que no podría explicar o decir todo ni a mi padre ni a mi madre. Sabía que escucharían con cariño, que me tratarían con cuidado y hasta me compadecerían; pero no me comprenderían del todo y aquello se juzgaría como una especie de desliz, siendo como era el propio destino.

Ya sé que muchos no creerán que un niño de casi once años pueda sentir esto. Para ellos no escribo mi historia: se la cuento a los que conocen mejor al ser humano. El hombre adulto, que ha aprendido a convertir una parte de sus sentimientos en pensamientos, echa de menos éstos en el niño y cree que las vivencias tampoco han existido. Pero yo no he sentido nunca en mi vida nada tan profundamente, ni he sufrido nunca tanto como entonces.

Un día de lluvia fui citado por mi verdugo en la plaza del castillo, y allí permanecí esperándole, hurgando con los pies en la hojarasca

mojada que aún caía de los árboles negros y goteantes. Yo no traía dinero pero había apartado dos trozos de pastel que llevaba conmigo, para por lo menos poder entregarle algo a Kromer. Ya me había acostumbrado a esperarle así en cualquier esquina, a veces un rato largo, y lo aceptaba como quien acepta lo inevitable.

Por fin apareció Kromer. Esta vez se entretuvo poco. Me dio unos cuantos puñetazos en las costillas, se rió, se comió el pastel y me ofreció incluso un cigarrillo húmedo que yo rechacé. Estaba más amable que de costumbre.

-Oye -dijo al marcharse-, que no se me olvide: podrías traerte la próxima vez a tu hermana, a la mayor. ¿Cómo se llama?

No comprendía. Tampoco di contestación. Sólo le miré desconcertado.

-¿Qué te pasa? ¿No entiendes? ¡Que traigas a tu hermana!

-Pero Kromer, eso es imposible. No puedo hacerlo; además, ella no vendría.

Estaba seguro de que se trataba otra vez de un pretexto para martirizarme. Así acostumbraba a hacer; me exigía algo imposible, me daba un susto, me humillaba, y luego lentamente se avenía a un compromiso. Entonces yo me tenía que rescatar con dinero y obsequios.

Pero esta vez era completamente diferente. Casi no se enfadó ante mis negativas.

-Bueno -dijo sin darle importancia-, ya lo pensarás. Quiero conocer a tu hermana, ya nos las arreglaremos. Te la traes de paseo y yo me hago el encontradizo. Mañana te llamaré y hablaremos sobre ello.

Cuando se marchó, empecé a darme cuenta de lo que significaba su plan. Yo era aún un niño, pero sabía de oídas que los chicos y las chicas, cuando eran un poco mayores, podían hacer entre sí cosas misteriosas, indecentes y prohibidas. Y entonces yo... De pronto, me di cuenta de lo monstruoso que era aquello. Decidí no hacerlo jamás. Pero no me atrevía casi a pensar en lo que sucedería, en cómo se vengaría Kromer. Comenzaba un nuevo suplicio; aún no era bastante lo ya pasado.

Desesperado, crucé la plaza desierta, con las manos en los bolsillos. ¡Nuevos tormentos, nueva esclavitud!

De pronto, me llamó una voz fresca y grave. Me asusté y eché a correr. Alguien corría detrás de mí y una mano me sujetó suavemente. Era Max Demian. Me rendí.

-¿Eres tú? -dijo vacilante-. ¡Qué susto!

Me miró de una manera que nunca me había parecido tan penetrante, tan adulta y tan sensata como en aquel momento. Hacia mucho que no habíamos hablado.

-Lo siento -dijo con sus modales correctos y tan peculiares-. Pero, oye, ¿no debe uno asustarse así! -Sí..., pero puede ocurrir.

-Eso parece. Mira, si te sobresaltas de esa manera ante alguien que no te ha hecho nada, ese alguien empieza a reflexionar, se extraña, se intriga. Ese alguien piensa que eres demasiado asustadizo, y se dice: «eso pasa sólo cuando se tiene miedo». Los cobardes tienen siempre miedo; yo creo que tú no eres un cobarde, ¿verdad? Claro que tampoco un héroe. Hay cosas y también personas que te asustan. Y eso no debe ser. No, nunca hay que tener miedo de los hombres. Tú no me tienes miedo a mí, ¿no? ¿O quizá sí?

-Oh, no, en absoluto.

-¿Lo ves? Pero hay personas de las que tienes miedo.

-No sé... ¡Déjame!, ¿qué quieres de mí?

Demian seguía a mi lado, aunque yo había acelerado el paso pensando en huir. Sentía su mirada sobre mí.

-Suponte -continuó- que yo te quiero ayudar. Desde luego, no tienes por qué temerme. Me gustaría hacer un experimento contigo; es divertido, y además aprenderás algo, lo que nunca esta de más... Verás, de vez en cuando me ensayo en el arte de leer los pensamientos. No se trata de brujería; pero cuando no se sabe cómo se hace, resulta muy extraño. Se puede desconcertar mucho a la gente. Vamos a probar contigo. Bueno, yo te tengo simpatía, me intereso por ti, y me gustaría descubrir cómo eres por dentro. Para ello ya he dado el primer paso. Te he asustado: eres, pues, asustadizo. Hay cosas y personas que te asustan. ¿Por qué? No es necesario tener miedo de nadie. Si se teme a alguien, es porque ese alguien tiene poder sobre uno. Por ejemplo, se ha cometido algo malo y otro lo sabe; entonces, esa persona tiene poder sobre ti. ¿Comprendes? ¿Está claro, no?

Le miré aturdido. En lo que decía había seriedad e inteligencia, como siempre; pero ninguna ternura, sino más bien severidad, justicia o algo parecido. No supe qué decir. Me parecía tener un mago ante mí.

-¿Comprendes? -me preguntó otra vez.

Asentí con la cabeza. No podía decir nada.

-Ya te dije -continuó- que resulta muy raro esto de leer los pensamientos, pero tiene una explicación completamente normal. Por ejemplo, podría decirte con exactitud lo que pensaste de mí cuando te conté la historia de Caín y Abel. Pero, vamos, esto no viene a cuento. Incluso creo posible que hayas soñado conmigo. Dejémoslo. Eres un chico inteligente. ¡Los demás son tan tontos...! De vez en cuando me gusta charlar con un chico sensato, en el que pueda confiar. ¿Te parece bien?

-Desde luego. Aunque no comprendo...

-Sigamos con nuestro experimento. Hemos descubierto que el muchacho 5. es asustadizo. Teme a alguien; probablemente comparte con ese alguien un secreto que le resulta incómodo. ¿Es así, más o menos?

Como en el sueño, sucumbí a su voz y a su influjo. Asentí. ¿No hablaba por él una voz que sólo podía salir de mí mismo? ¿Que lo sabía todo? ¿Que sabía todo mejor y con más claridad que yo?

Demian me dio una fuerte palmada en la espalda.

-Entonces, estoy en lo cierto. Ya me lo imaginaba. Ahora, otra pregunta: ¿sabes cómo se llama el chico que se marchó hace un rato?

Me quedé aterrado. Mi secreto, violado, se retorció dolorosamente en mí interior, no queriendo salir a la luz.

-¿Qué chico? No había ningún chico aquí, solamente yo. Se echó a reír. -Dilo, anda -dijo riendo-. ¿Cómo se llama?

Murmure:

-¿Te refieres a Franz Kromer?

Asintió satisfecho.

-¡Bravo! Eres un gran chico. Nos haremos buenos amigos. Ahora tengo que decirte una cosa: ese Kromer, o como se llame, es una mala persona. Su cara me dice que es un golfo. ¿Qué te parece a ti?

-¡Oh, sí -suspiré-, es malo! ¡Es un demonio! ¡Pero que no se entere! ¡Por Dios, que no se entere! ¿Le conoces? ¿Te conoce él a ti?

-Tú, tranquilo. Se ha marchado y no me conoce..., al menos todavía. Pero me gustaría conocerlo. ¿Va a la escuela?

-Sí.

-¿A qué clase?

-A la quinta. ¡Pero no le digas nada! Por favor, no le digas nada, te lo suplico.

-No te asustes, que no pasará nada. Probablemente no tendrás muchas ganas de contarme algo más de ese Kromer, ¿verdad?

-¡No puedo! ¡No! ¡Déjame!

Permaneció en silencio un rato.

-Es una pena -prosiguió-, podríamos haber continuado el experimento. Pero no quiero martirizarte. Te darás cuenta de que ese miedo que te produce no es bueno, ¿verdad? Un miedo así nos va destrozando, hay que liberarse de él. Tienes que hacerlo sí quieres convertirte en un hombre. ¿Comprendes?

-Sí, tienes toda la razón..., pero no puede ser. No sabes...

-Ya has visto que algo sé, más de lo que tú creías. ¿Acaso le debes dinero? -Sí, eso también, pero no es lo más importante. ¡No puedo decírtelo, no puedo!

-¿No te serviría de nada sí yo te diera todo el dinero que le debes? Podría muy bien dártelo.

-No, no. No es eso. Y te ruego que no digas a nadie nada. ¡Ni una palabra! -Confía en mí, Sinclair. Ya me contarás un día tus secretos... - ¡Nunca! ¡Jamás! - grité violentamente.

-Como tú quieras. Sólo pienso que quizá más adelante me cuentes más cosas. ¡Voluntariamente, por supuesto! ¿No irás a creer que yo voy a actuar como el mismísimo Kromer?

-¡Oh, no! ¿Pero no sabes nada de todo esto?

-Nada. Únicamente pienso sobre ello. Y nunca haré lo que hace Kromer, puedes creerme. Además, a mí no me debes nada.

Nos llamamos un rato y me tranquilicé un poco. Pero lo que sabía Demian cada vez me parecía más misterioso.

-Me voy a casa -dijo, y se apretó más su abrigo bajo la lluvia-. Aún quería decirte otra cosa, ya que hemos ido tan lejos: deberías librarte de ese tipo. Sí no puedes de otra manera, mávalo.

Me impresionaría y me gustaría que lo hicieras. Yo te ayudaría. El miedo me asaltó de nuevo. Recordé de pronto la historia de Caín. Aquello empezaba a ser terrible y empecé a llorar silenciosamente. Había demasiados enigmas a mí alrededor.

-Bueno, bueno -sonrió Max Demian-, anda, vete a tu casa. Ya lo arreglaremos. Aunque matarlo sería lo más sencillo. En estos casos, lo más sencillo es siempre lo mejor. No estás tú en buenas manos con tu amigo Kromer.

Al llegar a casa me pareció que había estado fuera un año. Todo tenía otro aspecto. Entre Kromer y yo había surgido algo como un futuro, como una esperanza. ¡Ya no estaba solo! Y ahora me di cuenta de lo espantosamente solo que había permanecido durante semanas y semanas con mi secreto. Enseguida volví a pensar lo de tantas veces: que una confesión a mis padres me aliviaría pero no me redimiría por completo. Casi me había confesado a otro, a un extraño; y el presentimiento de liberación volaba hacia mí como un fuerte perfume.

De todos modos, mi miedo no había aún desaparecido ni mucho menos. Estaba preparado para largas y horribles disputas con mi enemigo. Por eso me pareció muy raro que todo transcurriera con tanta tranquilidad, calma y secreto.

El silbido de Kromer delante de mi casa no se oyó durante un día, dos, tres, una semana. No me atrevía a creerlo; y en mi fuero interno estaba alerta, no fuera a aparecer de pronto, precisamente cuando menos lo esperaba. ¡Pero no apareció! Desconfiando de la nueva libertad, no terminaba de creerlo. Hasta que por fin me encontré con Franz Kromer en la calle. Bajaba por la Seilergasse, justo

a mi encuentro. Al verme se estremeció, torció la cara en una mueca terrible y se volvió sin más para no tener que encontrarse conmigo.

Aquello fue para mí un momento indescriptible. ¡Mi enemigo huía de mí! ¡ Mi verdugo me tenía miedo! La alegría y la sorpresa me traspasaron por completo.

Por aquellos días volví a ver a Demian, que me esperaba a la puerta del colegio. -¡Hola! -dije.

-Buenos días, Sinclair. Quería saber cómo te va. Supongo que Kromer te deja ahora tranquilo.

-¿Es cosa tuya? Pero ¿cómo lo has conseguido? No lo comprendo. ¡Ha desaparecido por completo!

-Muy bien. Y por si acaso se le ocurre volver -creo que no lo hará, pero es un caradura-, dile entonces que se acuerde de Demian.

-Pero ¿cómo te las has arreglado? ¿Te has peleado con él, le has pegado?

-No, eso no me gusta. Sólo he hablado con él, como he hecho contigo, y le he explicado que sería mucho mejor para él que te dejara en paz. -¿No le habrás dado dinero?

-No, querido. Ese camino ya lo has intentado tú.

Se separó de mí, aunque yo intenté preguntarle más cosas. Me quedé con el viejo y confuso sentimiento que Demian me inspiraba, mezcla extraña de agradecimiento y recelo, admiración y miedo, simpatía y repulsa.

Me propuse verle pronto, para hablar más con él de todo y también de la historia de Caín.

No llegué a hacerlo.

La gratitud es una virtud en la que no tengo ninguna fe, y pedírsela a un niño me parece un error; así que no me sorprende demasiado la total ingratitud que demostré a Max Demian. Hoy tengo la certeza de que hubiera enfermado y me hubiera estropeado para toda la vida si él no me hubiera liberado de las garras de Kromer. Ya entonces sentí aquella liberación como el acontecimiento más grande de mi joven vida; pero al libertador mismo, cuando hubo llevado a cabo el milagro, lo dejé a un lado.

Como he dicho, la ingratitud no me resulta extraña. Sólo me sorprende la falta de curiosidad que demostré. ¿Cómo era posible que yo siguiera viviendo un solo día con tranquilidad sin intentar acercarme a los misterios con que Demian me había puesto en contacto? ¿Cómo podía dominar el deseo de oír más cosas sobre Caín, sobre Kromer y la lectura de pensamientos?

Es incomprensible, pero así fue. Me vi de pronto liberado de unas redes diabólicas; el mundo se me ofrecía de nuevo luminoso y alegre; ya no me asaltaban los miedos y las angustiosas palpitaciones. El maleficio estaba roto; ya no era un condenado sometido a terribles torturas, sino otra vez un colegial, como antes. Mi naturaleza intentaba volver con toda rapidez al equilibrio y a la tranquilidad y se esforzaba sobre todo en apartar y olvidar todo lo feo y amenazador. Mi memoria olvidó con fantástica rapidez toda la historia de mi culpa y mis miedos, sin dejar aparentemente una cicatriz o una huella.

También comprendo hoy que olvidara a mi salvador con la misma rapidez. Del valle de lágrimas de mi condenación, de la espantosa esclavitud a Kromer huí con todos los instintos y las fuerzas de mi alma maltrecha a refugiarme allí donde me había sentido feliz y tranquilo: al paraíso perdido que se volvía a abrir, al mundo claro de los padres y de las hermanas, a la fragancia de la pureza, a la gracia del Dios de Abel.

El mismo día de mi breve conversación con Demian, cuando me convencí del todo de mi recobrada libertad y ya no temí las recaídas, hice lo que tantas veces y tan ardientemente había deseado: confesé. Fui a mi madre, le enseñé la hucha con el cierre roto y llena de fichas en lugar de dinero, y le conté cómo me había encadenado por mi propia culpa a un malvado verdugo durante largo tiempo. Ella no comprendió todo; pero vio mi hucha, mi mirada transformada, oyó mi voz y sintió que yo había sanado, que su hijo le había sido devuelto.

Y entonces celebré con elevados sentimientos la fiesta de mi reintegración, la vuelta al hogar del hijo pródigo. Mi madre me condujo ante mi padre; se repitió la historia, interrumpida por preguntas y exclamaciones de asombro. Mis padres me acariciaban la cabeza y suspiraban, aliviados de su preocupación. Todo era maravilloso, todo era como en los cuentos, todo se resolvía en una fantástica armonía.

En ella me refugié con verdadero apasionamiento. No me saciaba de comprobar que había conseguido otra vez mi paz y la confianza de mis padres. Me convertí en un niño modelo. Jugaba más que

nunca con mis hermanas y durante los rezos me unía a las entrañables y viejas canciones y plegarias con el sentimiento del que ha sido liberado de las culpas. Lo hacía de todo corazón; en aquello no había engaño.

Sin embargo, las cosas no estaban en orden. Y aquí está la razón que explica mi ingratitud hacia Demian de una manera satisfactoria. ¡ Debía haberme confesado a él! La confesión habría resultado menos decorativa y emocionante, pero hubiera sido para mí más fructífera. Ahora yo me agarraba con todas mis raíces a mi antiguo mundo paradisiaco; había vuelto a él, y fui acogido con clemencia. Demian no pertenecía a este mundo, no encajaba en él. Además, también él -de otro modo que Kromer- era un seductor que me unía al mundo malo y corrupto; ahora que volvía a ser Abel, yo no quería traicionar a Abel y ayudar a ensalzar a Caín.

Hasta aquí, el proceso exterior. El interior, sin embargo, era otro; me sentía liberado de las garras de Kromer y del diablo, pero no por mi propia fuerza o mérito. Había intentado caminar por los caminos del mundo, pero éstos habían resultado demasiado inseguros para mí. Ahora que una mano amiga me había salvado, yo huía, sin echar una mirada atrás, al regazo de mi madre y a la seguridad de una infancia protegida y piadosa. Me hice más joven, dependiente e infantil de lo que en verdad era. Me sentí obligado a sustituir la dependencia de Kromer por otra nueva, pues era incapaz de andar solo. Elegí con mi ciego corazón la dependencia de mis padres, del viejo y querido «mundo de luz», del que ya sabía que no era el único. De no haberlo hecho así, tendría que haberme decidido por Demian y haberle confiado todo. Me pareció justificarme por la desconfianza que me inspiraban sus extraños pensamientos; en el fondo, no era más que miedo. Porque Demian me hubiera exigido más que los padres, mucho más; él hubiera intentado hacerme más independiente, con estímulos y reprimendas, con burlas e ironía. Si, eso lo sé yo; nada hay más molesto para el hombre que seguir el camino que le conduce a sí mismo.

Sin embargo, no pude evitar que medio año más tarde, en un paseo con mi padre, surgiera la pregunta de por qué algunas gentes opinaban que Caín era mejor que Abel. Se quedó muy sorprendido y me explicó que era una interpretación bastante antigua que databa de los primeros tiempos del cristianismo; se había enseñado en determinadas sectas, entre ellas la llamada de los «cainitas». Naturalmente, esta disparatada teoría no era más que un intento del demonio para destruir nuestra fe; porque si creemos en el derecho de Caín y en la falta de derecho de Abel, entonces resulta que Dios se ha equivocado y que el Dios de la Biblia no es el único verdadero sino un Dios falso. En realidad, esto es lo que habían predicado los cainitas. Pero esta herejía había desaparecido hacía mucho y le sorprendía que un compañero mío hubiera llegado a saber algo de ella. De todos modos, me aconsejó seriamente que olvidara aquellos pensamientos.

El Mal Ladrón

Se podrían contar cosas hermosas, delicadas y amables de mi infancia, de mi seguridad junto a los padres, del amor filial y de la vida apacible, caprichosa en aquel ambiente suave, cariñoso y diáfano. Pero sólo me interesan los pasos que di en la vida para llegar a mí mismo. Todos los bellos momentos de reposo, los islotes de felicidad y los paraísos cuyo encanto conocí quedan en la lejanía resplandeciente y no deseo volver a pisarlos.

Por eso, al evocar mi juventud, hablaré sólo de lo nuevo que me salió al encuentro, impulsándome adelante y desarraigándome.

Las acometidas vinieron una y otra vez del «otro mundo», y siempre trajeron consigo miedo, violencia y remordimiento. Siempre fueron turbulentas y pusieron en peligro la paz en que yo hubiera querido vivir constantemente.

Vinieron los años en los que volví a descubrir que en mi interior latía un instinto que en el mundo permitido y diáfano había que disimular y ocultar. Como a todo ser humano, también a mí me asaltó el lento despertar del sentimiento del sexo, como un enemigo destructor, como la tentación, lo prohibido y el pecado. Lo que mi curiosidad buscaba, lo que suscitaba sueños, placer y miedo -el gran misterio de la pubertad- no encajaba en absoluto dentro de la felicidad mimada de mi paz infantil. Yo hice como todos. Llevé la doble vida del niño que ya no es un niño. Mi conciencia habitaba en el mundo familiar y permitido; mi conciencia negaba el nuevo mundo que surgía. Pero al margen de aquél, yo vivía en sueños, instintos y deseos subconscientes sobre los que construía puentes la conciencia, cada vez más atemorizada porque el mundo infantil se desmoronaba. Como casi todos los padres, tampoco los míos colaboraron en el despertar de los instintos vitales, de los que nunca se hablaba. Sólo colaboraban con un cuidado infatigable en mis esfuerzos desesperados por negar la realidad y seguir viviendo en un mundo infantil, que cada día era más irreal y más falso. No sé si los padres pueden hacer mucho en estos casos, y no hago a los míos ningún reproche. Acabar con mi problema y encontrar mi camino era sólo cosa mía; y yo no actué bien, como la mayoría de los bien educados.

Todos los hombres pasan por estas dificultades. Para el hombre medio es éste el punto en que las exigencias de su propia vida entran en colisión dramática con las circunstancias, el punto en que tiene que luchar más duramente por alcanzar el camino que conduce hacia adelante. Muchos viven tal morir y renacer, que es nuestro destino, sólo en ese momento de su vida en que el mundo infantil se resquebraja y se derrumba lentamente, cuando todo lo que amamos nos abandona y, de pronto, sentimos la soledad y la frialdad mortal del universo que nos rodea. Muchos se estrellan para siempre en este escollo y permanecen toda su vida apegados dolorosamente a un pasado irrecuperable, al sueño del paraíso perdido, que es el peor y más nefasto de todos los sueños.

Volvamos a nuestra historia. Las sensaciones y los sueños con que se me anunció el fin de mi infancia no son tan importantes como para relatarlos. Lo importante fue el «mundo oscuro»; el «otro mundo» había vuelto a aparecer. Lo que un día significó Franz Kromer se hallaba ahora en mí mismo. Y con esto, y también desde fuera, consiguió el «otro mundo» poder sobre mí.

Habían pasado ya varios años desde la historia con Kromer. Aquella época dramática y culpable de mi vida parecía estar muy lejana y haberse disuelto en la nada como una corta pesadilla. Franz Kromer hacía mucho tiempo que había desaparecido de mi vida, y apenas si me fijaba en él cuando me lo encontraba alguna vez en la calle. Sin embargo, la otra figura importante de mi tragedia, Max Demian, no llegó a desaparecer ya nunca de mi horizonte. Durante mucho tiempo se mantuvo muy

al margen, visible pero pasivo. Lentamente fue acercándose, irradiando otra vez su fuerza y haciendo sentir su influjo.

Intento recordar lo que sabía de Demian en aquel tiempo. Puede ser que no hablara con él ni una vez durante un año o más. Yo lo evitaba y él no me importunaba en absoluto. Quizá me saludaba cuando alguna vez nos encontrábamos. Me parecía entonces que en su amabilidad había un leve destello de sarcasmo o de irónico reproche; pero probablemente eran imaginaciones mías. La aventura que yo había vivido con él y el extraño ascendiente que había ejercido sobre mí parecían como olvidados, tanto por su parte como por la mía.

Busco su imagen; y ahora que reflexiono sobre él recuerdo que permanecía siempre allí y que yo me daba cuenta de ello. Lo veo ir al colegio, solo o entre algunos alumnos mayores; y lo veo extraño, solitario y silencioso, caminando entre ellos como un astro, rodeado de su atmósfera propia, viviendo según sus propias leyes. Nadie le quería. Nadie tenía trato íntimo con él, excepto su madre; y tampoco ella parecía tratarle como a un niño sino como a un adulto. Los profesores procuraban dejarle tranquilo. Era un buen alumno, pero no intentaba gustar a nadie; y de vez en cuando oíamos algún rumor sobre una respuesta, un comentario o una réplica que había dado a algún profesor, en un tono difícilmente superable por su áspera provocación y su ironía.

Cierro los ojos y me parece ver su imagen. ¿Dónde fue? Sí, ahora vuelvo a recordar. Fue en la calle, frente a nuestra casa. Le vi allí un día, con un bloc en la mano, dibujando. Estaba copiando el viejo escudo con el pájaro tallado que campeaba sobre el portal de nuestra casa. Yo me encontraba en la ventana, escondido detrás de la cortina y le observaba. Con profundo asombro vi su rostro atento, distante y despejado, vuelto hacia el escudo. Era el rostro de un investigador o de un artista, inteligente y lleno de voluntad, extrañamente despejado y distante, con ojos llenos de experiencia.

De nuevo lo veo. Fue un poco más tarde, en la calle; estábamos a la salida del colegio, agrupados en torno a un caballo caído. El caballo, aún enganchado a su carro, yacía resoplando angustiada y lastimeramente por los ollares dilatados y sangrando de una herida invisible, mientras el polvo blanco de la carretera se iba tiñendo lentamente de oscuro. Cuando aparté los ojos de aquel espectáculo, con una sensación de malestar, vi el rostro de Demian. No se había acercado; se mantenía en segundo término, con aquel aire de siempre, tranquilo y elegante. Su mirada estaba fija en la cabeza del caballo y tenía de nuevo una atención profunda y silenciosa, casi fanática pero desapasionada. No pude apartar los ojos de él y sentí entonces, lejos, en el subconsciente, algo muy especial.

Observé el rostro de Demian y descubrí no sólo que no tenía cara de niño, sino que su rostro era el de un hombre; y aún más, me pareció ver o sentir que tampoco era la cara de un hombre, sino algo distinto. Era como si en aquel rostro hubiera algo femenino. Durante un instante no me pareció ni masculino, ni infantil, ni viejo, ni joven, sino milenario, fuera del tiempo, marcado por otras edades diferentes a la que nosotros vivimos. Los animales suelen tener esa expresión, o los árboles, o las estrellas. Yo no lo sabía; aunque entonces no sentía exactamente lo que ahora puedo formular como adulto, sí sentía algo parecido. Quizás era guapo, no sé si me gustaba o me repelía; tampoco aquello estaba claro. Yo sólo veía una cosa. que era diferente a nosotros, como un animal, como un espíritu, o como una pintura. No sé bien cómo era; pero sí que era distinto, inexplicablemente distinto a todos nosotros.

Los recuerdos no me dan más datos; y probablemente éstos estén determinados en parte por impresiones posteriores.

Pasaron varios años antes de que mi relación con él volviera a ser más estrecha. Demian no había recibido la confirmación en la Iglesia con los chicos de su curso, como lo hubiera exigido la tradición del colegio, y esto dio lugar automáticamente a rumores. Se empezó a decir que era judío, o más bien que era pagano; otros opinaban que tanto él como su madre carecían de toda religión o que pertenecían a una fabulosa y peligrosa secta. En relación con esto creo haber oído también que Demian vivía con su madre como con una amante. Lo más probable es que Demian hasta entonces hubiera crecido sin una determinada confesión y que aquello le hiciera temer dificultades en el futuro. En todo caso, su madre decidió que fuera confirmado, dos años más tarde que sus compañeros; y así sucedió que durante unos meses fue mi compañero en la clase preparatoria para la confirmación.

Durante algún tiempo me mantuve alejado de él por completo; no quería tener nada que ver con

él. Lo encontraba rodeado de demasiadas habladurías y misterios, pero sobre todo me molestaba la sensación de compromiso hacia él que tenía desde la historia de Kromer. Y precisamente entonces estaba yo muy ocupado con mis propios secretos. La clase preparatoria para la confirmación coincidió para mí con la aclaración definitiva de los problemas sexuales; y, a pesar de mi buena voluntad, mi interés por la enseñanza religiosa se veía muy mermado por este hecho. Los temas de que hablaba el pastor quedaban muy lejos de mí, en un mundo irreal, tranquilo y venerable: quizás eran muy bonitos e importantes, pero no eran nada actuales o interesantes; y aquellas otras cosas que me preocupaban lo eran precisamente en grado máximo.

Esta situación hizo que creciera por un lado mi indiferencia hacia las clases y aumentara por otro mi interés por Max Demian. Algo parecía unirnos. Me voy a esforzar en seguir este hilo con la mayor exactitud. Que yo recuerde, la cosa empezó en una clase, muy temprano por la mañana, cuando la luz del aula aún estaba encendida. Nuestro profesor de religión hablaba de la historia de Caín y Abel. Yo no atendía, estaba adormilado y apenas escuchaba. Entonces el cura empezó a hablar en voz alta e insistente del estigma de Caín. En ese momento sentí una especie de contacto o llamada; y, levantando los ojos, vi a Demian que se volvía hacia mí desde las primeras filas de pupitres con una mirada penetrante y significativa, cuya expresión lo mismo podía ser burlona que grave. Me miró sólo un instante; y, de pronto, me fijé con toda atención en las palabras del párroco. Le oí hablar de Caín y del estigma sobre su frente, y tuve en lo más profundo la conciencia de que las cosas no eran como él las decía, que también se podían interpretar de otra manera y que era posible una crítica.

En este momento se estableció de nuevo contacto entre Demian y yo. Y es curioso: apenas surgió en el alma aquella sensación de concordancia con él, se reflejó también, como por arte de magia, en el espacio. No sé si lo consiguió él o si fue pura casualidad; yo entonces creía firmemente en las casualidades. A los pocos días, Demian había cambiado de sitio y vino a sentarse delante de mí durante las clases de religión. (Aún recuerdo con qué placer aspiraba yo, en el aire viciado de hospicio de aquella aula repleta, el perfume fresco y suave de jabón que exhalaba su nuca.) Y unos días después volvió a cambiar de lugar y se sentó junto a mí, y allí permaneció durante todo el invierno y la primavera.

Las clases de la mañana se habían transformado por completo. Ya no eran adormecedoras y aburridas. Me hacían ilusión. A veces escuchábamos los dos al pastor con la mayor atención; y una mirada de mi vecino bastaba para que me fijara en una historia curiosa, en una frase extraña, y otra mirada, muy especial, bastaba para alertarme y despertar en mí la crítica y la duda. Pero muchas veces éramos malos alumnos y no oíamos nada de la clase. Demian era siempre muy correcto con los profesores y con los compañeros; nunca hacía tonterías de colegial, nunca se le oía reír ruidosamente o charlar, nunca provocaba las reprimendas del profesor. Sin embargo, en voz baja, y más por señas y miradas que por palabras, supo hacerme partícipe de sus propios problemas. Estos eran en parte muy curiosos.

Me dijo, por ejemplo, qué compañeros le interesaban y de qué manera les estudiaba. A algunos les conocía muy bien. Un día me dijo antes de clase:

-Cuando te haga una señal con el dedo, fulano o mengano se dará la vuelta para mirarnos o se rascará la cabeza.

Durante la clase, cuando apenas me acordaba ya de aquello, Max me hizo una señal muy ostensible con el dedo; miré rápidamente hacia el alumno señalado y le vi en efecto hacer el gesto esperado, como movido por un resorte. Yo insistí en que Max hiciera el experimento con el profesor, pero no quiso. Sin embargo, una vez llegué a clase y le conté que no había estudiado la lección y que confiaba en que el pastor no me preguntara. Entonces Demian me ayudó. El cura buscaba a un alumno para que le recitara un trozo del catecismo, y su mirada vacilante se posó sobre la expresión culpable de mi rostro. Se acercó lentamente y alargó un dedo hacia mí; ya tenía mi nombre en los labios cuando de pronto se puso inquieto y distraído, empezó a dar tirones de su alzacuello, se acercó a Demian, que le miraba fijamente a los ojos, pareció que quería preguntarle algo, y finalmente se apartó bruscamente, tosió un rato y llamó a otro alumno.

Poco a poco, en medio de aquellas bromas que tanto me divertían, me di cuenta de que mi amigo, a menudo, también jugaba conmigo. A veces, yendo al colegio, presentía de pronto que Demian me seguía y, al volverme, le encontraba efectivamente allí.

-¿Puedes conseguir, de verdad, que otro piense lo que tú quieres? -le pregunté.

Me respondió amablemente con la tranquilidad y objetividad de su madurez adulta:

-No -dijo-, eso no es posible. No tenemos una voluntad libre, aunque el párroco haga como si así fuera. Ni el otro puede pensar lo que quiere, ni yo puedo obligarle a pensar lo que quiero. Lo único que puede hacerse es observar atentamente a una persona; generalmente se puede decir luego con exactitud lo que piensa o siente y, por consiguiente, también se puede predecir lo que va a hacer inmediatamente después. Es muy sencillo; lo que ocurre es que la gente no lo sabe. Naturalmente se necesita entrenamiento. Entre las mariposas hay, por ejemplo, cierta especie nocturna en la que las hembras son menos numerosas que los machos. Las mariposas se reproducen como los demás animales: el macho fecunda a la hembra, que pone luego los huevos; si capturas una hembra de esta especie -y esto ha sido comprobado por los científicos- los machos acuden por la noche, haciendo un recorrido de varias horas de vuelo. Varias horas, ¡imagínate! Desde muchos kilómetros de distancia los machos notan la presencia de la única hembra de todo el contorno. Se ha intentado explicar el fenómeno, pero es imposible. Debe de tratarse de un sentido del olfato o algo parecido, como en los buenos perros de caza, que saben encontrar y perseguir un rastro casi imperceptible. ¿Comprendes? Ya ves, la naturaleza está llena de estas cosas, y nadie puede explicarlas. Y yo digo entonces: si entre estas mariposas las hembras fueran tan numerosas como los machos, éstos no tendrían el olfato tan fino. Lo tienen únicamente porque lo han entrenado. Si un animal o un ser humano concentra toda su atención y su voluntad en una cosa determinada, la consigue. Ese es todo el misterio. Y lo mismo ocurre con lo que tú dices. Observa bien a un hombre y sabrás de él más que él mismo.

Estuve a punto de pronunciar las palabras «adivinación de pensamiento» y recordarle con ellas la historia de Kromer, que quedaba tan lejana. Pero con respecto a ese asunto sucedía algo muy raro entre nosotros: ni él ni yo hacíamos nunca la más mínima alusión a que hacía unos años él había intervenido de una manera tan decisiva en mi vida. Era como si nunca hubiera habido nada entre nosotros o como si cada uno contara con que el otro hubiera olvidado lo pasado. Sucedió incluso que nos encontramos una o dos veces con Franz Kromer yendo por la calle pero no intercambiamos ni una mirada ni pronunciamos palabra alguna sobre él.

-¿Cómo explicas lo de la voluntad? -pregunté-. Dices que no tenemos libre albedrío, pero también aseguras que uno no tiene más que concentrar su voluntad sobre un objetivo para conseguirlo. Ahí hay una contradicción. Si no soy dueño y señor de mi voluntad, tampoco puedo concentrarla libremente sobre esto o aquello.

Me dio unas palmadas en el hombro. Siempre lo hacía cuando alguna ocurrencia mía le gustaba.

-Así me gusta, que me preguntes -exclamó riendo-. Siempre hay que preguntar, que dudar. Verás, es muy sencillo. Si una de esas mariposas, por ejemplo, quisiera concentrar su voluntad sobre una estrella, o algo por el estilo, no podría hacerlo. Así, ni lo intenta siquiera. Elige como objetivo sólo lo que tiene sentido y valor para ella, algo que necesita, algo que le es imprescindible. Por eso logra lo increíble; desarrolla un fantástico sexto sentido, que ningún animal excepto ella posee. Nosotros tenemos un radio de acción más amplio y más intereses que un animal. Pero también estamos limitados a un círculo relativamente estrecho y no podemos salir de él. Yo puedo fantasear sobre esto o aquello, imaginarme algo -por ejemplo, que me es indispensable ir al Polo Norte, o algo por el estilo- pero sólo puedo llevarlo a cabo y desearlo con suficiente fuerza si el deseo está completamente enraizado en mí, si todo mi ser está penetrado de él. En el momento en que esto sucede e intentas algo que se te impone desde dentro, la cosa marcha; entonces puedes enganchar tu voluntad al carro, como si fuera un buen caballo de tiro. Si yo, por ejemplo, me propusiera conseguir que nuestro pastor no volviera a llevar gafas, no lo lograría. Sería un puro juego. Pero cuando me propuse en el otoño que me cambiara de pupitre, lo logré fácilmente. De pronto apareció un chico que me precedía en la lista alfabética y que había estado enfermo hasta entonces; como alguien tenía que cederle el sitio, fui yo quien lo hizo porque mi voluntad estaba decidida a aprovechar inmediatamente la ocasión.

-Sí -dije-, a mí también me produjo una sensación muy extraña aquello. Desde el momento en que empezamos a interesarnos el uno por el otro te fuiste acercando a mí cada vez más. Pero, ¿cómo sucedió? Al principio no conseguiste sentarte a mi lado; durante algún tiempo ocupaste el banco delante del mío. ¿Cómo sucedió aquello?

-De la manera siguiente: yo mismo no sabía con exactitud a dónde quería trasladarme. Sabía

únicamente que quería estar sentado más atrás. Me lo dictaba mi deseo de acercarme a ti pero no lo sabía conscientemente. Al mismo tiempo, tu voluntad también actuaba tirando de mí, ayudándome. Hasta que no estuve sentado delante de ti no me di cuenta de que mi deseo estaba realizado solamente en parte; me di cuenta de que lo que deseaba era estar junto a ti.

-Pero entonces no entró ningún alumno nuevo en nuestra clase.

-No, pero yo hice simplemente lo que me apetecía y me sente por las buenas a tu lado. El chico con el que cambié de Sitio sólo se extrañó y me dejó hacer. El cura notó una vez que allí se había producido un cambio; en general cada vez que tiene que dirigirse a mí, algo le inquieta oscuramente: sabe muy bien que me llamo Demian y que yo, con un apellido empezando con la letra D, no debo estar detrás, entre la 5. Pero eso no llega a su conciencia porque mi voluntad se lo impide y porque yo le pongo obstáculos. El buen hombre se da cuenta de que hay algo que no funciona, me mira y empieza a devanarse los sesos. Pero tengo un remedio muy sencillo. Siempre le miro fijamente a los ojos. La mayoría de la gente no lo resiste. Todos se ponen muy inquietos. Cuando quieras conseguir algo de alguien, le miras inesperadamente a los ojos con firmeza; si ves que no se intranquiliza, puedes renunciar a tu deseo:

no vas a conseguir nada de él. Yo no conozco más que una persona con la que me falle el sistema.

-¿Quién? -pregunté rápidamente.

Me miró con los ojos levemente guiñados, como cuando pensaba intensamente. Luego los apartó y no dio ninguna respuesta. A pesar de la curiosidad tan fuerte que sentía, no pude repetir la pregunta.

Creo, sin embargo, que se refería a su madre. Parecía vivir con ella en una confianza total. Sin embargo, nunca me hablaba de ella, ni me llevaba a su casa. Yo apenas la conocía.

En aquella época intenté algunas veces imitarle y concentrar mi voluntad sobre un deseo con toda intensidad para conseguirlo. Eran deseos que me parecían bastante apremiantes. Pero no lograba nada. Nunca me atreví a hablar de ello con Demian. Lo que yo deseaba no hubiera podido confesárselo; y él tampoco preguntaba.

Mi fe religiosa había sufrido entretanto bastante deterioro; sin embargo, mis pensamientos, influenciados por Demian, se diferenciaban de aquellos de mis compañeros que habían llegado al escepticismo total. Había unos cuantos que ocasionalmente dejaban caer frases sobre lo ridículo e indigno que era creer aún en Dios y en historietas tales como la Santísima Trinidad y la Inmaculada Concepción, y que opinaban que era una vergüenza seguir contando todavía semejantes patrañas. Yo no pensaba así en absoluto. Aun en los casos de duda, conocía a través de las experiencias de mi niñez la realidad de una vida piadosa como la que llevaban mis padres, y sabía que no era indigna ni falsa. Es más: seguía sintiendo el mayor respeto por lo religioso. Pero Demian me había acostumbrado a considerar e interpretar los relatos y dogmas religiosos con más libertad y personalidad, con más fantasía; por lo menos yo seguía siempre con agrado las interpretaciones que él me proponía, aunque muchas me parecieran demasiado extremistas, como la historia de Caín. Una vez, sin embargo, llegó a asustarme durante la clase de religión con una teoría aún más atrevida. El profesor había hablado del Gólgota. El relato bíblico de la Pasión y Muerte del Salvador me había impresionado mucho ya desde niño; cuando mi padre nos leía en Viernes Santo la historia de la Pasión, yo vivía profundamente emocionado en ese mundo dolorosamente hermoso de Getsemani y del Gólgota, pálido y fantasmal pero tremendamente vivo. Cuando escuchaba La Pasión según San Mateo, de Bach, el sombrío y poderoso fulgor del dolor que irradiaba aquel mundo misterioso me inundaba con estremecimientos místicos. Aun hoy esta música y el Actus tragicus son para mí la quintaesencia de la poesía y la expresión artística.

Al final de aquella clase, Demian me dijo muy pensativo:

-Hay algo, Sinclair, que no me gusta. Vuelve a leer la historia y analízala bien; verás que tiene un sabor falso. Me refiero a los dos ladrones. ¡Es grandioso el cuadro de las tres cruces erguidas allá, sobre la colina! ¿Para qué nos vienen con la historia sentimental del buen ladrón? Primero fue un criminal y cometió Dios sabe cuántos delitos; después se desmorona y celebra verdaderos festines de arrepentimiento y contrición. ¿Me puedes decir qué sentido tiene ese arrepentimiento a dos pasos de la tumba? No es más que la típica historia de curas, dulzona, falsa y sentimentalona con fondo muy edificante. Si hoy tuvieras que escoger de entre los dos hombres a uno como amigo, o tuvieras que decidirte por uno para darle tu confianza, seguro que no elegirías a ese converso llorón. No, elegirías al

otro, que es todo un hombre y tiene carácter; le importa tres pitos la conversión, que, dada su situación, no puede ser más que palabrería, y sigue su camino hasta el final, sin renegar en el último momento cobardemente del demonio que le había ayudado hasta entonces. Es un carácter; y los hombres con carácter quedan siempre malparados en la Biblia. Quizá fuera un descendiente de Caín; ¿tú que crees?

Me quedé consternado. Había creído estar totalmente familiarizado con la historia de la Pasión y ahora descubría con qué poca personalidad, imaginación y fantasía la había escuchado y leído. Sin embargo, el nuevo pensamiento de Demian me sonaba muy mal y amenazaba conceptos cuya existencia me creía obligado a salvar. No, no se podía jugar así con las cosas, incluso con las más sagradas. El, como siempre, notó inmediatamente mi resistencia, antes de que yo dijera algo.

-Ya sé -dijo resignado-, es la eterna historia. ¡El caso es no ser consecuente! Pero te voy a decir una cosa: éste es uno de los puntos en los que aparecen con toda claridad los fallos de nuestra religión. El Dios del Antiguo y Nuevo Testamento es, en efecto, una figura extraordinaria; pero no es lo que debe representar. Él es lo bueno, lo noble, lo paternal, lo hermoso, y, también, lo elevado y lo sentimental. ¡De acuerdo! Sin embargo, el mundo se compone de otras cosas; y éstas se adjudican simplemente al diablo, escamoteando y silenciando toda una mitad del mundo. Se venera a Dios como padre de la vida, negando al mismo tiempo la vida sexual, sobre la que se basa la vida misma, declarándola diabólica y pecaminosa. No tengo nada en contra de que se venere al Dios Jehová. ¡En absoluto! Pero opino que deberíamos santificar y venerar al mundo en su totalidad, no sólo a esa mitad oficial, separada artificialmente. Por lo tanto, deberíamos tener un culto al demonio junto al culto divino. Sería lo justo. O si no, habría que crear un dios que integrara en sí al diablo y ante el que no tuviéramos que cerrar los ojos cuando suceden las cosas más naturales de la vida.

Demian -en contra de su costumbre- se había acalorado; mas en seguida volvió a sonreír y dejó de acosarme.

Sus palabras dieron en el misterio de mis años infantiles, misterio que sentía en cada momento y del que no había dicho ni una palabra a nadie. Lo que dijo Demian sobre Dios y el demonio, sobre el mundo oficial y divino frente al mundo demoníaco silenciado, correspondía a mi propio pensamiento, a mi mito, a mi idea de los dos mundos o mitades, la clara y la oscura. El descubrimiento de que mi problema era el de todos los seres humanos, un problema de toda vida y todo pensamiento, se cernió de pronto sobre mí como una sombra divina y me llenó de temor y respeto al ver y sentir que mi vida y mis pensamientos más íntimos y personales participaban de la eterna corriente del pensamiento humano. El descubrimiento no fue alegre, aunque sí alentador y reconfortante. Era duro y áspero, porque encerraba en sí responsabilidad, soledad y despedida definitiva de la infancia.

Revelando por primera vez en mi vida un secreto tan íntimo, conté a mi amigo los conceptos, tan arraigados desde mi infancia, de los «dos mundos»; y él se dio cuenta en seguida de que, en lo más profundo, yo aceptaba sus razonamientos. Pero no era su estilo aprovecharse de ello. Me escuchó con más atención que nunca, mirándome fijamente a los ojos, hasta que tuve que apartar los míos porque volví a sorprender en su mirada aquella extraña intemporalidad casi animal, aquella inconcebible antigüedad.

-Ya hablaremos otro día -dijo con cuidado-. Veo que piensas más de lo que puedes expresar. Claro que si es así te darás cuenta también de que nunca has vivido completamente lo que piensas; y eso no es bueno. Sólo el pensamiento vivido tiene valor. Hasta ahora has sabido que tu «mundo permitido» sólo era la mitad del mundo y has intentado escamotear la otra mitad, como hacen los curas y los profesores. ¡Pero no lo conseguirás! No lo consigue nadie que haya empezado a pensar.

Sus palabras me llegaron al alma.

-Pero -exclamé casi gritando- hay cosas verdaderamente feas y prohibidas; ¡no puedes negarlo! Están prohibidas y tenemos que renunciar a ellas. Yo sé que existen el crimen y los vicios; pero porque existan no voy yo a convertirme en un criminal.

-Hoy no agotaremos el tema -me tranquilizó Max-. Desde luego, no vas a asesinar o violar muchachas, no. Pero aún no has llegado al punto en que se ve con claridad lo que significa en el fondo «permitido» y «prohibido». Has descubierto sólo una parte de la verdad. Ya vendrá el resto, no te preocupes. Por ejemplo: desde hace un año sientes en ti un instinto, que pasa por «prohibido», más fuerte que todos los demás. Los griegos y muchos otros pueblos, en cambio, han divinizado este instinto

y lo han venerado en grandes fiestas. Lo «prohibido» no es algo eterno; puede variar. También hoy cualquiera puede acostarse con una mujer si antes ha ido al sacerdote y se ha casado con ella. En otros pueblos es de otra manera. Por eso cada uno tiene que descubrir por sí mismo lo que le está prohibido. Se puede ser un gran canalla y no hacer jamás algo prohibido. Y viceversa. Probablemente es una cuestión de comodidad. El que es demasiado cómodo para pensar por su cuenta y erigirse en su propio juez, se somete a las prohibiciones, tal como las encuentra. Eso es muy fácil. Pero otros sienten en sí su propia ley; a esos les están prohibidas cosas que los hombres de honor hacen diariamente y les están permitidas otras que normalmente están mal vistas. Cada cual tiene que responder de sí mismo.

De pronto, como si se arrepintiera de haber hablado tanto, enmudeció. Ya entonces intuía yo de forma aproximada lo que Demian sentía cuando actuaba así; pues aunque solía exponer sus ideas de una manera muy agradable y aparentemente ligera, detestaba «hablar por hablar», como me dijo un día. Notaba en mí que, junto al auténtico interés, había demasiado juego, demasiado placer en el parloteo intelectual; en una palabra, falta de absoluta seriedad.

Al volver a leer las últimas palabras que he escrito: «absoluta seriedad», recuerdo otra escena que viví con Max Demian en aquellos tiempos aún semiinfantiles y que me impresionó vivamente.

Se acercaba la fecha de nuestra confirmación. Las últimas clases de religión trataban de la comunión. El pastor dio mucha importancia al tema, cuidó mucho sus explicaciones y consiguió que en estas últimas clases hubiera un cierto ambiente de unción religiosa. Sin embargo, precisamente entonces mis pensamientos se concentraban en otra cosa: en la persona de mi amigo. Esperando la confirmación, que se nos explicaba como solemne acogida en la comunidad de la Iglesia, yo pensaba constantemente que el valor de aquel medio año de enseñanza religiosa no estaba en lo que había aprendido sino en la proximidad e influencia de Demian. No me preparaba a ser recibido en la Iglesia, sino en algo muy distinto: en una orden del pensamiento y de la personalidad que tenía que existir sobre la tierra y cuyo enviado o emisario consideraba yo a mi amigo.

Intenté rechazar aquella idea porque sería vivir, a pesar de todo, la ceremonia de la confirmación con cierta dignidad, que me parecía poco compatible con mis nuevos pensamientos. Pero fue en vano: el pensamiento estaba ahí y lentamente se fue uniendo al de la cercana ceremonia religiosa. Estaba dispuesto a celebrarla de manera distinta a los demás. Para mí iba a significar la entrada en un mundo ideológico que me había sido revelado por Demian.

En aquellos días volví a discutir vivamente con él; fue antes de una clase de religión. Mi amigo estaba distante y no se animaba ante mis palabras, que seguramente eran muy sabihondas y pretenciosas.

-Hablamos demasiado. -dijo con desacostumbrada seriedad-. Las palabras ingeniosas carecen totalmente de valor. Sólo le alejan a uno de sí mismo. Y alejarse de uno mismo es pecado. Hay que saber recogerse en sí mismo por completo, como las tortugas.

Poco después entramos en clase. Comenzó la lección y yo me esforcé en atender. Demian no intentó distraerme. Al cabo de un rato empecé a sentir a mi lado, donde estaba él sentado, algo extraño: un vacío, un frío o algo parecido, como si el lugar que ocupaba se hubiera quedado desierto. Cuando aquella sensación empezó a hacerme insoportable, volví la cabeza.

Vi a mi amigo sentado muy derecho y correcto, como siempre. Sin embargo, tenía un aspecto totalmente diferente al acostumbrado; algo que yo desconocía irradiaba de él y le rodeaba. Creí que tenía cerrados los ojos, pero luego vi que los mantenía abiertos; estaban fijos, no miraban, no veían. Estaban dirigidos hacia dentro, hacia una remota lejanía. Demian estaba completamente inmóvil y parecía que no respiraba; su boca parecía como esculpida en madera o mármol, su rostro pálido, de una palidez uniforme, era como de piedra, y sólo su pelo castaño tenía vida. Sus manos descansaban delante de él, sobre el pupitre, inertes y quietas como objetos, como piedras o frutas, pálidas e inmóviles; pero no blandamente, sino como firme y segura protección de una intensa y oculta vida.

Aquel espectáculo me hizo temblar. «¡Está muerto!», pensé y estuve a punto de gritar. Pero sabía que no lo estaba. Fascinado, no podía apartar los ojos de su rostro, de aquella pálida y pétrea máscara, sintiendo que aquel era el verdadero Demian. Lo que solía aparentar cuando iba y hablaba conmigo no era más que una parte de Demian, aquel que durante un rato representaba un papel, plegándose y amoldándose para dar gusto. Pero el verdadero Demian tenía este aspecto pétreo, ancestral, animal, bello y frío, muerto y al mismo tiempo rebosante de una vida fabulosa. ¡Y en torno suyo el vacío

silencioso, el éter, los espacios siderales, la muerte solitaria!

«Ahora se ha sumergido del todo en sí mismo», pensé estremecido. Nunca me había sentido tan solo. Yo no participaba de él; estaba fuera de mi alcance, más lejos que si se encontrara en la isla más lejana del mundo.

No podía comprender cómo nadie, excepto yo, se daba cuenta. ¡Todos tenían que verle, todos tenían que estremecerse! Pero nadie se fijó en Demian. Seguía erguido como una estatua, rígido como un ídolo -según me pareció entonces-, mientras una mosca se posaba sobre su frente y recorría lentamente su nariz y sus labios, sin que él reaccionara con el más leve gesto.

¿Dónde se encontraba en esos instantes? ¿Qué pensaba, qué sentía? ¿Se hallaba en un paraíso o en un infierno?

No me fue posible preguntárselo. Cuando al final de la clase le volví a ver vivir y respirar, nuestras miradas se cruzaron y constaté que era el de antes. ¿De dónde venía? ¿Dónde había estado? Parecía cansado. Su rostro tenía otra vez color, sus manos se movían; su pelo castaño, sin embargo, parecía ahora sin brillo y como cansado.

En los días que siguieron intenté varias veces en mi dormitorio un nuevo ejercicio: me sentaba muy derecho en una silla, inmovilizaba los ojos, me quedaba completamente quieto y esperaba a ver cuánto tiempo podía aguantar y qué sensaciones tenía. Pero sólo conseguí cansarme y que 105 párpados me escocieran fuertemente.

Poco después fue la confirmación, de la que no me ha quedado ningún recuerdo importante.

Después, todo cambió. La niñez fue derrumbándose a mi alrededor. Mis padres empezaron a mirarme un poco desconcertados. Mis hermanas me resultaban muy extrañas. Un vago desengaño deformaba y desteñía los sentimientos y las alegrías a que estaba acostumbrado. El jardín ya no tenía perfume, el bosque no me atraía; el mundo a mi alrededor parecía un saldo de cosas viejas, gris y sin atractivo; los libros eran papel y la música ruido. Así van cayendo las hojas de un árbol otoñal, sin que él lo sienta; la lluvia, el sol o el frío resbalan por su tronco, mientras la vida se retira lentamente a lo más íntimo y lo más recóndito. El árbol no muere, espera.

Se había decidido que después de las vacaciones iría a otro colegio, por vez primera, lejos de casa. A veces, mi madre se acercaba a mí con especial ternura, despidiéndose ya por adelantado y esforzándose en llenar mi corazón de amor, nostalgia y recuerdo. Demian estaba de viaje. Yo estaba solo.

Beatrice

Al terminar las vacaciones, salí para St sin haber vuelto a ver a mi amigo. Mis padres me acompañaron, dejándome, con toda clase de cuidados, en una pensión internado para colegiales regida por un profesor del Instituto. Se hubieran quedado helados de espanto si hubieran sabido a qué cosas me exponían.

El problema seguía siendo si, con el tiempo, podría yo llegar a ser un buen hijo y un ciudadano útil o si mi naturaleza me empujaría por otros caminos. Mi último intento de ser feliz a la sombra del hogar y dentro del espíritu paterno había durado mucho; a veces lo había conseguido, pero al final fracasé por completo.

El extraño vacío y la soledad que por primera vez sentí durante las vacaciones después de la Confirmación -luego se me haría muy familiar este vacío, este aire enrarecido- no desaparecieron tan deprisa. La despedida del hogar no me costó gran esfuerzo; casi me avergoncé de no estar más triste. Mis hermanas lloraban sin motivo; yo no podía. Estaba asombrado de mí mismo. Siempre había sido, en el fondo, un niño sentimental y bueno. Ahora estaba completamente transformado. El mundo exterior me era completamente indiferente, y, durante días, no hacía más que escucharme a mí mismo y los torrentes misteriosos y oscuros que fluían dentro de mí. Había crecido mucho en el último medio año y me asomaba al mundo como un muchacho larguirucho, delgado e inmaduro. La gracia del niño había desaparecido del todo; yo mismo sentía que así no se me podía querer, y tampoco yo me quería nada a mí mismo. Muchas veces echaba de menos a Max Demian; pero no pocas también le odiaba y le reprochaba el empobrecimiento de mi vida, que soportaba como una fea enfermedad.

En el internado al principio no me querían ni estimaban. Primero me tomaron el pelo, después se apartaron de mí, considerándome un cobarde y un solitario antipático. Me volqué en mi papel, exagerándolo, y me encastillé en una soledad rencorosa que hacia fuera tenía todas las apariencias de un desprecio muy viril del mundo mientras en el fondo sucumbía a devoradores ataques de melancolía y desesperación. En las clases pude ir tirando con los conocimientos acumulados en casa; mi curso estaba un poco retrasado en comparación conmigo y me acostumbré a tratar a mis compañeros con cierto desprecio, como si fueran niños.

Las cosas siguieron así un año y más; tampoco las primeras vacaciones en casa trajeron nada nuevo; volví a marcharme contento al colegio.

Era a principios de noviembre. Yo había cogido la costumbre de dar cortos y pensativos paseos, hiciese el tiempo que hiciese, en los que solía disfrutar de una especie de placer, lleno de melancolía, de desprecio al mundo y a mí mismo. Una tarde húmeda y nebulosa divagaba yo por los alrededores de la ciudad. Fi ancho paseo del parque, completamente desierto, invitaba a pasear por él; el camino estaba cubierto de hojas caídas, en las que yo hundía los pies con oscura voluptuosidad. Olía a humedad amarga, y los árboles lejanos surgían de la niebla, fantasmagóricos, grandes y sombríos.

Al final del paseo me paré indeciso, con los ojos clavados en la hojarasca negra, respirando con ansia el aroma mojado de descomposición y muerte, al que algo en mí respondía y saludaba. Oh, qué insípida me resultaba la vida!

De uno de los caminos laterales salió alguien con capa flotante; yo quería seguir andando, pero el recién llegado me llamó.

-¡Eh! ¡Sinclair!

Se acercó. Era Alfons Beck, el mayor del internado. A mí me resultaba simpático y no tenía nada

contra él, excepto que siempre me trataba, como a todos los más pequeños, de una manera irónica y paternal. Todos le considerábamos como el más fuerte; decían que tenía dominado al director del internado y era el héroe de muchas leyendas escolares.

-¿Qué haces tú por aquí? -me gritó jovialmente, en el tono que adoptaban los mayores cuando se dignaban hablar con nosotros-. ¡Apuesto a que estás haciendo versos!

-Ni pensarlo -negué bruscamente.

Beck soltó una carcajada y echó a andar junto a mí, charlando como yo no estaba ya acostumbrado a hacerlo.

-No creas que no lo comprendo, Sinclair. Tiene un no sé qué caminar así en la niebla al atardecer, con pensamientos otoñales. Comprendo que se caiga en la tentación de hacer versos. Sobre la naturaleza que muere y sobre la juventud perdida que se le parece. Como Heinrich Heine.

-No soy tan sentimental -me defendí.

-Bueno, bueno ¡déjalo! Pero con un tiempo así creo que es mejor buscar un lugar recogido donde se pueda tomar un vasito de vino o algo por el estilo. ¿Te vienes conmigo un rato? Precisamente estoy completamente solo. O ¿quizá no te apetece? No quiero pervertirte amigo, a lo mejor eres un niño modelo.

Poco después nos encontrábamos en un tabernucho de las afueras de la ciudad, bebiendo un vino dudoso y entrechocando los vasos de vidrio grueso. Al principio aquello no me gustaba demasiado, pero al menos era algo nuevo. Al poco rato, bajo el efecto del vino, me volví muy locuaz. Era como si en mi interior se hubiese abierto una ventana y el mundo entrara resplandeciente. Cuánto tiempo hacía que mi alma no se desahogaba hablando! Me puse a fantasear y de pronto saqué a relucir la historia de Caín y Abel.

Beck me escuchaba complacido. ¡Por fin alguien a quien yo daba algo! Me golpeaba en el hombro y me llamaba «chico del demonio»; y a mí se me hinchaba el corazón del placer de dejar correr generosamente todos los deseos acumulados de hablar y comunicarme, de ser reconocido por alguien y de valer algo a los ojos de uno mayor que yo. Cuando me dijo que era un «pillastre genial», sus palabras me inundaron el alma como un vino dulce y embriagador. El mundo ardía con nuevos colores, los pensamientos me venían de cien mil fuentes audaces, sentía llamear en mí el fuego y el ingenio. Hablamos de los profesores y de los compañeros y a mime dio la impresión de que nos entendíamos estupendamente. Hablamos sobre los griegos y los paganos. Beck quería a toda costa que le hiciera confidencias sobre aventuras amorosas. Pero en ese terreno yo no podía seguir la conversación; no había vivido nada y nada podía contar. Y lo que había sentido, construido y fantaseado en mi cabeza, lo llevaba ardiendo en el alma y no se hubiera disuelto o hecho comunicable sólo con el vino. Beck sabía mucho más de las chicas que yo, y escuché con la cara encendida sus cuentos. Me enteré de cosas increíbles; cosas que nunca hubiera creído posibles se hacían reales y parecían normales. Alfons Beck, con sus dieciocho años, tenía ya alguna experiencia. Entre otras, que la relación con las chicas jóvenes tenía sus pegas; no querían más que carantoñas y galanterías, y eso estaba bien pero no era lo verdadero. De las mujeres se podía esperar mucho más. Las mujeres eran más razonables. Por ejemplo, la señora Jaggelt, la de la tienda de cuadernos y lapiceros; con ésa se podía uno entender; y las cosas que habían sucedido detrás del mostrador no eran para contarlas.

Yo estaba fascinado y aturdido. Yo, desde luego, no hubiera podido enamorarme de la señora Jaggelt precisamente; pero, a fin de cuentas la historia era increíble. Parecía que había posibilidades -por lo menos para los mayores- que yo nunca hubiera imaginado. Sin embargo, también había algo falso en todo aquello; me sabía a menos y a más vulgar de lo que, según mi opinión, debía ser el amor; pero era la realidad, era la vida y la aventura. Ami lado tenía a uno que lo había vivido y a quien parecía natural.

Nuestra conversación había bajado de nivel, había perdido algo. Yo no era ya el niño genial; ahora sólo era un chico escuchando a un hombre. Pero aun así, comparado con lo que había sido mi vida desde hacía meses y meses, resultaba maravilloso y paradisíaco.

Además fui dándome cuenta lentamente de que todo lo que estaba haciendo, desde estar en la taberna hasta el tema de nuestra conversación, estaba prohibido terminantemente, saboreaba al menos el espíritu rebelde de la situación.

Recuerdo con todo detalle aquella noche. Al volver los dos a casa, tarde, bajo los faroles mortecinos, en la noche fresca y mojada, iba borracho por primera vez en mi vida. No era nada grato, sino muy desagradable; y, sin embargo, hasta esto tenía algo, un atractivo, una dulzura: era la rebelión y la orgía, la vida y el espíritu. Beck se portó muy bien conmigo, aunque iba enfadado y me regañaba por novato. Me llevó casi en brazos hasta el internado, donde consiguió que entráramos, sin ser descubiertos, por una ventana abierta.

Al despertar de la borrachera, tras un breve y mortal sueño, me sobrevino una desesperada tristeza. Me erguí en la cama, aún con la camisa del día anterior -mi ropa y mis zapatos andaban tirados por el suelo y olían a tabaco y a vomitona-, entre dolores de cabeza, vértigo y una sed abrasadora; en mi alma surgió una imagen con la que hacía tiempo que no me enfrentaba. Vi mi ciudad natal y la casa de mis padres, a mi padre y a mi madre, a mis hermanas, el jardín; mi dormitorio tranquilo y acogedor, el colegio y la Plaza Mayor; vi a Demian, las clases de religión. Y todo era diáfano y estaba como bañado en luz; todo era maravilloso, divino y puro; y todo -en ese momento me daba cuenta- me había pertenecido hasta hacía unas horas, me había estado esperando, y ahora, sólo ahora, en este momento, había desaparecido: ya no me pertenecía, me excluía, me miraba con asco. Todo el amor y el cariño que me habían dado mis padres, remontándome hasta los más lejanos y dorados paraísos de la infancia, cada beso de mi madre, cada Navidad, cada mañana de domingo, clara y piadosa, cada flor del jardín... todo estaba destrozado. ¡Yo había pisoteado todo con mis pies! Si ahora hubieran aparecido unos esbirros y me hubiesen agarrado y conducido al patíbulo, por descastado y sacrílego, habría estado de acuerdo, les hubiera seguido con gusto y me hubiera parecido justo y bien.

Así era yo en el fondo. ¡Yo, que despreciaba a todo el mundo! ¡Yo, que sentía el orgullo de la inteligencia y compartía los pensamientos de Demian! Así era yo: una infame basura, borracho y sucio, asqueroso y grosero, una bestia salvaje dominada por horribles instintos. Este era yo, el que venía de los jardines donde todo es pureza, luz y suave delicadeza, el que había disfrutado con la música de Bach y los bellos poemas. Aún me parecía escuchar con asco y con indignación mi propia risa, una risa borracha, descontrolada, que brotaba estúpidamente a borbotones. Así era yo.

A pesar de todo, constituía casi un placer sufrir estos tormentos. Había vegetado tanto tiempo, ciego e insensible, y mi corazón había callado tanto tiempo, empobrecido y arrinconado, que esta autoacusación, este horror, todo este sufrimiento espantoso del alma, eran un alivio. Eran al menos sentimientos, sentimientos ardientes en los que latía un corazón. Desconcertado, sentí en medio de la miseria algo así como una liberación y una nueva primavera.

Sin embargo, visto desde fuera, iba yo decididamente cuesta abajo. La primera borrachera dejó pronto paso a otras nuevas. En nuestro colegio se iba mucho de juerga a las tabernas, y yo era uno de los más jóvenes entre los asiduos. Pronto dejé de ser considerado como un chiquillo al que se tolera y me convertí en un cabecilla, famoso y atrevido cliente de las tabernas. Volvía a pertenecer por completo al mundo oscuro, al demonio; y en ese mundo me consideraban un tipo sensacional.

A todo esto, yo me sentía muy mal. Vivía en una orgía autodestructiva y constante; y mientras mis compañeros me consideraban un cabecilla y un jabato, un muchacho valiente y juerguista, mi alma atemorizada aleteaba llena de angustia en lo más profundo de mi ser. Recuerdo que al salir de una taberna un domingo por la mañana me brotaron las lágrimas al ver a unos niños jugando en la calle, limpios y alegres, recién peinados y vestidos de domingo. Y mientras yo me divertía y a menudo, en torno a una mesa sucia en tabernas de baja estofa, asustaba a mis amigos con mi inaudito cinismo, tenía en el fondo del corazón un gran respeto por todo aquello que ridiculizaba y en mi interior me arrodillaba ante mi alma, ante mi pasado, ante mi madre, ante Dios.

Que yo nunca me compenetrara con mis compañeros, que permaneciera solitario entre ellos, tenía su explicación. Yo era todo lo juerguista y todo lo cínico que los demás brutos de nuestro grupo deseaban, y tenía ingenio y valentía en mis pensamientos y palabras sobre los profesores, el colegio, los padres, la Iglesia. También aceptaba los chistes obscenos y hasta me animaba a hacer alguno. Pero nunca acompañaba a mis compinches cuando iban en busca de las chicas. Me encontraba solo y lleno de un profundo deseo de amor, un deseo desesperado, en tanto que mis palabras eran las de un libertino redomado. Nadie era en este punto tan vulnerable y tímido como yo. Y cuando veía pasear a las muchachas jóvenes, arregladas y limpias, alegres y graciosas, me parecían maravillosos sueños de

pureza, demasiado buenos y puros para mí.

Durante una temporada tampoco pude entrar en la papelería de la señora Jaggelt porque nada más mirarla me ponía colorado, recordando lo que Alfons Beck me había contado de ella.

Cuanto más solitario y extraño me sentía en aquella compañía, más trabajo me costaba separarme de ella. Verdaderamente no sé ya si el beber y fanfarronear me gustaron alguna vez demasiado; nunca llegué a acostumbrarme a la bebida y siempre sufrí sus penosas consecuencias. Era todo como una obligación. Yo hacía lo que creía que debía hacer; de otra forma, no hubiera sabido qué hacer conmigo mismo. Tenía miedo de los arrebatos, terriblemente intensos, de ternura y timidez a que tendía constantemente. Tenía miedo de los suaves pensamientos amorosos que me asaltaban.

Lo que más echaba de menos era un amigo. Había uno o dos compañeros que me resultaban simpáticos; pero como pertenecían al grupo de los buenos y mis vicios hacía tiempo que no eran ningún secreto, me evitaban. Todos me consideraban un perdido irremisible, bajo cuyos pies se tambaleaba ya el suelo. Los profesores conocían mis trastadas; ya había sido castigado varias veces: mi expulsión definitiva del colegio era algo que todos esperaban. Yo también lo sabía; además, hacía tiempo que no era un buen alumno y que me limitaba a seguir mal que bien las clases, con la convicción de que aquello no podía seguir así mucho tiempo.

Hay muchos caminos por los que Dios puede llevarnos a la soledad y a nosotros mismos. Este fue el camino por el que me condujo entonces a mí. Fue como una pesadilla. A través de basura y viscosidad, sobre vasos de cerveza rotos y en noches enteras de cinismo, me veo a mí mismo, soñador hechizado, arrastrándome desasosegado y atormentado por un camino sucio y feo. Hay sueños así en los que de camino al castillo de la princesa encantada uno queda empantanado en barrizales y callejas llenas de malos olores y basuras. Así me sucedió a mí. De esta manera tan poco refinada, aprendí a estar solo y a levantar entre mi infancia y yo una puerta cerrada por guardianes implacables y resplandecientes. Esto fue un principio, un despertar de la nostalgia de mí mismo.

Aun me asusté cuando mi padre, alarmado por las cartas del director de la pensión, apareció por primera vez en St. y se enfrentó inesperadamente conmigo. Cuando vino por segunda vez, hacia fines del invierno, yo ya estaba endurecido e indiferente; le dejé que me riñera, que me rogara y que me recordara a mi madre. Al final se irritó mucho y dijo que si no cambiaba permitiría que me expulsaran del colegio ignominiosamente y me metería en un correccional. ¡A mí qué me importaba! Cuando partió, me dio pena de él; no había conseguido nada ni había encontrado un camino hasta mí; en algunos momentos, llegué a pensar que le estaba muy bien empleado.

Me tenía sin cuidado lo que iba a ser de mí. A mi modo, extraño y poco agradable, me encontraba en disensión con el mundo y lo expresaba metido en las tabernas y fanfarroneando. Esa era mi manera de protestar, con la que yo mismo me destrozaba; a veces me planteaba la cuestión en los siguientes términos: si el mundo no necesita gente como yo, si no sabe darles otro papel mejor y no puede emplearles en empresas superiores, entonces la gente como yo se irá a pique. Muy bien, que el mundo cargue con eso.

Las vacaciones navideñas de aquel año fueron bastante tristes. Mi madre se asustó al verme. Había crecido aún más y mi rostro delgado tenía un aspecto gris y demacrado, con rasgos cansados y párpados enrojecidos. La primera sombra de bigote y las gafas que llevaba desde hacía poco me hacían más extraño a sus ojos. Mis hermanas retrocedieron entre risitas. Todo fue muy enojoso: enojosa y amarga la conversación con mi padre en su despacho, enojoso saludar a los parientes, enojosa sobre todo la Nochebuena. Aquél había sido siempre el gran día de nuestra casa, la noche de la fiesta y el amor, de la gratitud, de la renovación de la alianza entre mis padres y yo. Esta vez todo resultó agobiante y embarazoso. Como siempre, mi padre dio lectura al Evangelio de los pastores «que cuidan sus rebaños en el campo»; como siempre, mis hermanas contemplaron deslumbradas sus regalos. Pero la voz de mi padre tenía un tono desgarrado y su rostro parecía envejecido y abrumado. Mi madre estaba triste y a mí todo me resultaba desagradable y penoso: los regalos y las felicitaciones, el Evangelio y el árbol de Navidad. Las pastas navideñas olían dulces y exhalaban nubes de recuerdos más dulces aún. El árbol de Navidad despedía su perfume, hablando de cosas que ya no existían. Yo deseaba intensamente que llegara el fin de la noche y de las fiestas.

Y así prosiguió todo el invierno. El claustro de profesores me acababa de amonestar de nuevo y

me amenazaba con la expulsión. Aquella situación no iba a durar mucho. Por mí...Sentía un especial rencor contra Max Demian. Durante todo este tiempo no le había vuelto a ver. Al principio de mi estancia en St. le había escrito dos veces pero sin recibir respuesta; por eso no fui a visitarle tampoco durante las vacaciones.

En el mismo parque donde había encontrado en el otoño a Alfons Beck, vi al comenzar la primavera, precisamente cuando los matorrales empezaban a ponerse verdes, a una muchacha que me llamó la atención. Yo había salido a pasear solo, lleno de pensamientos y preocupaciones desagradables porque mi salud estaba debilitada y además me encontraba constantemente en apuros económicos: debía ciertas cantidades a mis compañeros, tenía que inventar gastos necesarios para que me mandaran algo de casa, y había dejado acumular en varias tiendas cuentas de cigarros y cosas por el estilo. No es que estas preocupaciones fueran muy profundas; cuando mi estancia en el colegio tocara a su fin y yo me suicidara o fuera encerrado en un correccional, pensaba, todas estas minucias tampoco tendrían ya mucha importancia. Sin embargo, vivía constantemente cara a cara con estas cosas tan feas y sufría. Aquel día de primavera encontré en el parque a una muchacha que me atrajo mucho. Era alta y delgada, iba vestida elegantemente y tenía un rostro inteligente, casi de muchacho. Me gustó en seguida. Pertenecía al tipo de mujer que yo admiraba y empezó a ocupar mi fantasía. No sería mucho mayor que yo, pero estaba más hecha; era elegante y bien definida, casi ya una mujer, y tenía un aire de gracia y juventud en el rostro que me cautivo.

Nunca había conseguido acercarme a una chica de la que estuviera enamorado, y tampoco esta vez lo conseguí. Pero la impresión que me hizo fue más profunda que todas las anteriores y la influencia de este enamoramiento sobre mi vida fue decisiva.

De pronto volvió a alzarse ante mis ojos una imagen sublime y venerada. ¡Ah! ¡Ninguna necesidad, ningún deseo en mí tan profundo y fuerte como el de venerar y adorar! Le puse el nombre de Beatrice, nombre que conocía, sin haber leído a Dante, por una pintura inglesa cuya reproducción guardaba: una figura femenina, prerrafaelista, de esbeltos y largos miembros, cabeza fina y alargada y manos y rasgos espiritualizados. Mi joven y bella muchacha no se le parecía del todo, aunque tenía esa esbeltez un poco masculina que tanto me gustaba y algo de la espiritualidad del rostro.

Nunca crucé con Beatrice ni una palabra. Sin embargo, ejerció en aquella época una influencia profundísima sobre mí. Colocó ante mí su imagen, me abrió un santuario, me convirtió en un devoto que reza en un templo. De la noche a la mañana dejé de participar en las juergas y correrías nocturnas. De nuevo podía estar solo. Recobré el gusto por la lectura, por los largos paseos.

Esta súbita conversión me hizo blanco de todas las burlas. Pero ahora tenía algo que querer y venerar; tenía otra vez un ideal, la vida volvía a rebosar de intuiciones y misteriosos presagios; y aquello me inmunizaba. Volvía a encontrarme a mí mismo, aunque como esclavo y servidor de una imagen venerada.

No puedo recordar aquel tiempo sin cierta emoción. Otra vez intentaba reconstruir con sincero esfuerzo un «mundo luminoso» sobre las ruinas de un período de vida desmoronado. Otra vez vivía con el único deseo de acabar con lo tenebroso y malo en mi interior y de permanecer por completo en la claridad, de rodillas ante unos dioses. Al menos, el «mundo luminoso» de ahora era mi propia creación; ya no trataba de refugiarme y cobijarme en las faldas de mi madre y en la seguridad irresponsable. Era un nuevo espíritu de sumisión, creado y exigido por mí mismo, con responsabilidad y disciplina. La sexualidad bajo la que sufría y de la que siempre iba huyendo, se vería purificada en este fuego y convertida en espiritualidad y devoción. Ya no habría nada oscuro ni feo; se acabarían las noches en vela, las palpitaciones del corazón ante imágenes obscenas, el escuchar tras puertas prohibidas, la concupiscencia. En su lugar levantaría yo mi altar con la imagen de Beatrice; y, al consagrarme a ella, me consagraría al mundo del espíritu y a los dioses. La parte de vida que arrebatava a las fuerzas del mal, la sacrificaba a las de la luz. Mi metano era el placer, sino la pureza; no la felicidad, sino la belleza y el espíritu.

Este culto a Beatrice transformó del todo mi vida. Todavía ayer un cínico precoz, era ahora sacerdote de un templo, con el deseo de convertirme en un santo. No sólo renuncié a la mala vida, a que me había acostumbrado, sino que intenté cambiar en todo e imbuir de pureza, nobleza y dignidad hasta el comer, el beber, el hablar y el vestir. Empezaba la mañana con abluciones frías, que en un principio

me costaron gran esfuerzo de voluntad. Me comportaba seria y dignamente, andaba muy derecho, con paso lento y parsimonioso. Para un espectador todo aquello debía resultar ridículo; para mí, era puro culto divino.

Entre las nuevas actividades con que yo intentaba expresar el espíritu nuevo que me animaba, hubo una que adquirió gran importancia para mí. Empecé a pintar. Todo comenzó porque la pintura inglesa de Beatrice, que yo poseía, no se parecía del todo a aquella muchacha. Quería pintarla para mí. Con una alegría y una esperanza totalmente nuevas reuní en mi cuarto -hacía poco que tenía uno propio- papel, colores y pinceles y preparé paleta, vasos, platillos y lápices. Los finos colores de temple en sus pequeños tubos me entusiasmaban. Había entre ellos un verde fogoso que aún me parece ver resplandecer en el pequeño cuenco de porcelana blanca.

Empecé con cuidado. Pintar un rostro era difícil; preferí ensayarme antes con otros temas. Pinté ornamentos, flores, pequeños paisajes imaginarios, un árbol junto a una ermita, un puente romano con cipreses. A veces me perdía del todo en aquel juego, feliz como un niño con su caja de colores. Por fin, comencé a pintar a Beatrice.

Los primeros dibujos fracasaron y los tiré. Cuanto más intentaba imaginarme el rostro de la muchacha, a la que solía ver por la calle, menos lo conseguía. Por fin renuncié a ello y me puse a dibujar simplemente un rostro, siguiendo a mi fantasía y las direcciones que surgían del pincel y los colores. Resultó un rostro imaginario y no me disgustó. Seguí inmediatamente haciendo nuevos ensayos. Cada dibujo era más elocuente, se aproximaba más al tipo deseado, aunque no a la realidad.

Me fui acostumbrando más y más a trazar líneas con pincel soñador y a llenar superficies que no correspondían a modelo alguno y que resultaban un tanteo caprichoso del subconsciente. Un día pinté, casi sin darme cuenta, un rostro que me decía más que los anteriores. No era el rostro de aquella muchacha ni pretendía serlo. Era otra cosa, algo irreal pero no menos valioso. Parecía más una cabeza de muchacho que de muchacha; el pelo no era rubio sino castaño, con un matiz rojizo; la barbilla enérgica y firme contrastaba con la boca, que era como una flor roja: el conjunto resultaba un poco rígido, con algo de máscara, pero impresionante y lleno de vida secreta.

Cuando contemplé mi obra terminada, me hizo una extraña impresión. Me parecía una especie de ídolo o máscara sagrada, medio masculina, medio femenina, sin edad, a la vez enérgica y soñadora, tan rígida como misteriosamente viva. Este rostro me decía algo, me pertenecía, me exigía. Y además tenía un parecido con alguien, no sabía con quién.

El retrato acompañó durante un tiempo todos mis pensamientos, compartiendo mi vida. Lo guardaba en un cajón para que nadie lo encontrara y pudiera burlarse de mí. Pero cuando me hallaba a solas en mi cuartito, sacaba el retrato y conversaba con él. Por la noche lo sujetaba con un alfiler a la pared, frente a mi cabecera, y lo contemplaba hasta dormirme; y por la mañana le dedicaba mi primera mirada.

Precisamente en aquel tiempo volví a soñar mucho, como cuando era pequeño. Me parecía no haber soñado hacía años. Ahora volvían los sueños, una especie nueva de imágenes entre las que aparecía frecuentemente el retrato pintado, viviendo y hablando, amistoso u hostil, a veces deformado hasta la mueca y otras increíblemente bello, armonioso y noble.

Y una mañana, al despertar de uno de aquellos sueños, de pronto le reconocí. Me miraba con un gesto muy familiar, parecía llamarme por mi nombre, parecía conocerme como una madre, parecía estar esperándome desde tiempos inmemoriales. Con el corazón palpitante, contemplé la pintura, el pelo castaño y espeso, la boca blanda, casi femenina, la frente firme, extrañamente clara -con aquel color se había secado la pintura- y sentí cada vez más cerca el reconocimiento, el reencuentro, la certeza.

Salté de la cama, me planté delante del retrato y lo miré de cerca, directamente a los ojos, dilatados, verdosos y fijos, uno de los cuales, el derecho, estaba más alto que el otro. Y de pronto éste parpadeó, parpadeó leve pero perceptiblemente. En este parpadeo reconocí al retratado... ¡Cómo pude haber tardado tanto! Era el rostro de Demian.

Más tarde comparé muchas veces mi obra con los verdaderos rasgos de Demian, tal como los recordaba. No eran los mismos, aunque sí parecidos. A pesar de todo, era Demian.

Un atardecer, al principio del verano, el sol entraba oblicuo y rojo por mi ventana, que daba al oeste. Mi habitación iba quedando en la penumbra. Entonces se me ocurrió sujetar el retrato de

Beatrice, o de Demian, al marco de la ventana y observar cómo lo atravesaba la luz del crepúsculo. El rostro desapareció, sin contornos; pero los ojos enmarcados de rojo, la claridad de la frente y la boca intensamente roja ardían profunda y violentamente sobre la superficie blanca. Permanecí sentado delante de él durante largo rato, aún después de haberse apagado los colores. Y lentamente intuí que no se trataba de Beatrice ni de Demian, sino de mí mismo. El retrato no se me parecía -yo sentía que tampoco era necesario- pero representaba mi vida, era mi interior, mi destino o mi demonio.

Así sería mi amigo si volvía a encontrar uno. Así sería mi amada si alguna vez tenía una. Así sería mi vida y mi muerte; éste era el tono y el ritmo de mi destino.

Durante aquellos días empecé una lectura que me impresionó más hondamente que todo lo que había leído hasta entonces. Tampoco más adelante he vivido tan intensamente un libro, excepto quizá Nietzsche. Era un tomo de Novalis con cartas y sentencias, muchas de las cuales no comprendía pero que me atraían y fascinaban enormemente. Una de ellas me vino en aquel momento a la memoria y la escribí con la pluma al pie del retrato:

«Destino y sentimiento son nombres de un solo concepto.» Ahora lo comprendía.

Aún volví a encontrar a menudo a la muchacha que yo llamaba Beatrice. Ya no sentía ninguna emoción al verla pero sí una suave simpatía, una intuición: «Estás unida a mí, pero no tú, sino tu retrato; eres una parte de mi destino.»

Nuevamente volví a sentir con fuerza la nostalgia de Max Demian. No sabía nada de él desde hacía años. Le había visto una sola vez durante las vacaciones. Ahora me apercibo de que he omitido este breve encuentro en mis anotaciones; y veo que lo he hecho por vergüenza y amor propio. Tengo que repararlo. Una vez, en las vacaciones, iba yo paseando por mi ciudad natal con la cara hastiada y siempre algo cansada de mi época de juergas, balanceando mi bastón y mirando con descaro a los burgueses con sus rostros de siempre, aburridos y despreciables, cuando me vino al encuentro mi antiguo amigo. Me sobresalté al verle. Automáticamente tuve que pensar en Franz Kromer. ¡Ojalá hubiera olvidado Demian aquella historia! Era muy desagradable estar en deuda con él; aunque, en el fondo, había sido una estúpida historia de niños, al fin y al cabo yo no dejaba de estar en deuda con él.

Pareció esperar a que yo le saludara; y cuando lo hice lo más tranquilo posible, me tendió la mano. Otra vez su apretón de manos ¡firme, cálido y, sin embargo, distante y viril!

Me miró atentamente a la cara y dijo:

-Has crecido, Sinclair.

Él me pareció el mismo, tan maduro y tan joven como siempre.

Se unió a mí y dimos un paseo. Hablamos de muchas cosas sin importancia; pero nada sobre el pasado. Recordé que le había escrito varias veces, sin recibir contestación. ¡Ojalá hubiera olvidado también las estúpidas cartas! El no habló de ellas.

Entonces aún no existía Beatrice ni el retrato; me encontraba en mi época de disipación. En las afueras de la ciudad le invité a entrar conmigo en una taberna. Me acompañó. Yo encargué con mucha jactancia una botella de vino, llené los vasos, brindé con él y me mostré muy familiarizado con las costumbres estudiantiles. El primer vaso lo vacié de un tirón.

-¿Vas mucho a la taberna? -me preguntó.

-Pues sí -contesté con desgana-; ¿qué va uno a hacer? En fin de cuentas, es lo más divertido.

-¿Tú crees? Puede ser. Desde luego, la embriaguez, lo báquico, tienen su misterio. Pero me parece que la mayoría de la gente que anda sentada en las tabernas no tiene idea de eso. Me da la impresión que precisamente el meterse en las tabernas es algo muy adocenado. ¡Lo bueno sería pasar la noche entera con antorchas encendidas, en una verdadera orgía desenfundada! Pero eso de tomar un vasito tras otro no creo que sea muy interesante, ¿no? ¿O acaso puedes imaginarte a Fausto sentado noche tras noche en la taberna?

Yo bebí y le miré con hostilidad.

-Bueno, no todos somos Fausto -respondí secamente.

Me miró un poco sorprendido.

Luego se echó a reír con la frescura y la superioridad de siempre. ¡Bah! ¿Para qué discutir? En todo caso, es probable que la vida de un borracho y libertino sea más animada que la del ciudadano

intachable; y además -he leído una vez- el libertinaje es la mejor preparación para el misticismo. Siempre son hombres como San Agustín los que se convierten en profetas. También él fue antes un disoluto y un hombre de mundo.

Yo sentía desconfianza y no quería dejarme dominar por él. Así contesté muy indiferente:

-¡Sí, cada cual según su gusto! A mí, si quieres que te sea sincero, no me interesa ser profeta o algo parecido.

Demian me lanzó una mirada inteligente con ojos ligeramente entornados.

-Querido Sinclair -dijo lentamente-, no tenía intención de molestarte. Además, ninguno de los dos sabemos con qué fin vacías ahora tu vaso. Pero aquello que tienes en tu interior, aquello que conforma tu vida, silo sabe; y es bueno tener conciencia de que en nosotros hay algo que lo sabe todo, lo quiere todo y lo hace todo mejor que nosotros. Pero, perdona, tengo que irme a casa.

Nos despedimos brevemente. Yo me quedé muy malhumorado, vacié aún la botella y, al marcharme, me encontré con que Demian había pagado. Aquello me molestó aún más.

Mis pensamientos se concentraron en este pequeño suceso; y Demian los ocupaba todos. Las palabras que pronunció en aquella taberna de las afueras de la ciudad me volvieron a la memoria, frescas e indelebles. «Y es bueno tener conciencia de que en nosotros hay algo que lo sabe todo.»

¡Qué ganas tenía de ver a Demian! No sabía nada de él ni estaba a mi alcance. Sólo sabía que probablemente estaría estudiando en la Universidad y que su madre había abandonado nuestra ciudad al terminar él sus estudios en el colegio.

Evoqué todos mis recuerdos de Max Demian, remontándome hasta mi aventura con Kromer. ¡Cuántas cosas, de las que había dicho entonces, volvieron a surgir! Y todas tenían aún sentido, eran actuales, me concernían. También lo que me había dicho, en nuestro último y poco grato encuentro, sobre el libertinaje y la santidad, surgió con toda claridad en mi alma. ¿No era exactamente lo que me había pasado a mí? ¿No había vivido yo en la embriaguez y en el lodo, aturdido y perdido hasta que un nuevo instinto vital había despertado en mí precisamente lo contrario: el ansia de pureza, la nostalgia de la santidad?

Fui siguiendo mis recuerdos mientras caía la noche. Fuera llovía. También en mis recuerdos oía caer la lluvia, bajo los castaños, el día que Demian me preguntó qué me pasaba con Franz Kromer y acertó mi secreto. Una a una fueron saliendo las conversaciones camino del colegio y durante las clases de religión. Al final recordé mi primera entrevista con Max Demian. ¿De qué había tratado?

Aunque no me acordaba bien, tenía tiempo y me sumí totalmente en mis pensamientos. Volví a precisar mis recuerdos. Habíamos estado parados delante de nuestra casa, después de que él me había comunicado su opinión sobre Caín. Había hablado del viejo y borroso escudo que campeaba sobre nuestro portal; y me había dicho que el escudo le interesaba, que había que fijarse bien en estas cosas. Por la noche soñé con Demian y con el escudo, que cambiaba de forma constantemente.

Demian lo sostenía entre sus manos; unas veces era pequeño y gris, otras imponente y colorido, pero, según me explicaba él, siempre era el mismo. Al final me instó a comer el escudo. Cuando lo hube tragado, sentí un temor terrible de que el ave heráldica reviviera en mí, me llenara del todo y empezara a devorarme las entrañas. Lleno de terror, me desperté.

Era aún noche cerrada. Me despabilé y oí que Ja lluvia caía dentro de la habitación. Me levanté a cerrar la ventana y pisé algo blanquecino que había caído en el suelo. Por la mañana vi que era mi pintura. Estaba en el suelo, mojada, y se había arrugado. La puse a secar entre dos secantes dentro de un libro pesado. Cuando fui a verla al día siguiente, se había secado y también había cambiado. La boca roja había palidecido y parecía más fina. Era la boca de Demian.

Me puse a hacer un nuevo dibujo del ave heráldica. No recordaba muy bien su verdadero aspecto; sabía que muchos detalles ya no se reconocían, porque el escudo era viejo y había sido pintado varias veces. El pájaro estaba posado sobre algo: una flor, un cesto, un nido o una copa de árbol. No me importaba demasiado y comencé a pintar lo que recordaba claramente. Por un impulso indeterminado comencé en seguida con colores fuertes. La cabeza era en mi dibujo amarilla. Fui pintando según el humor que tuviera y acabé al cabo de unos días.

Resultó un ave de rapiña con una afilada y audaz cabeza de gavián, con medio cuerpo dentro de una bola del mundo oscura, de la que surgía como de un huevo gigantesco, sobre un fondo azul.

Mientras más miraba mi obra, más me parecía que era el escudo coloreado que había visto en mi sueño.

No me hubiera sido posible escribir una carta a Demian, aunque hubiese sabido su dirección. Pero, guiado por la vaga intuición que determinaba todos mis actos, decidí mandar el dibujo del gavilán, llegara o no a sus manos. No puse nada encima, ni siquiera mi nombre; recorté cuidadosamente los bordes, compré un sobre grande y escribí sobre él la antigua dirección de mi amigo. Luego, lo eché al correo.

Se aproximaba un examen y yo tenía que estudiar más que de costumbre, para el colegio. Desde que había abandonado aquella conducta despreciable, los profesores me habían acogido otra vez con benevolencia. Tampoco era ahora un buen alumno; pero ni yo ni nadie se acordaba ya de que medio año antes todos habían dado como probable mi expulsión del colegio.

Mi padre volvió a escribirme en el tono de antes, sin reproches ni amenazas. Pero yo no sentía la necesidad de explicarle a él o a quien fuera cómo se había producido aquel cambio. Era pura casualidad que hubiera coincidido con los deseos de mis padres y profesores. El cambio no me acercó más a los compañeros; no me acerco a nadie: sólo me hizo más solitario. Pero me impulsaba hacia Demian, hacia un destino lejano. Yo mismo no lo sabía, pues me encontraba en el centro de la corriente. Todo había comenzado con Beatrice; pero desde hacía tiempo vivía con mis dibujos y mis pensamientos sobre Demian en un mundo tan irreal que la había perdido totalmente de vista, incluso en mis pensamientos. No hubiera podido contar a nadie una palabra de mis sueños, esperanzas y transformaciones interiores, aunque hubiera querido.

Pero, ¿cómo lo iba a querer?

El Pájaro Rompe el Cascarón

El pájaro de mi sueño se puso en camino, en busca de mi amigo. Del modo más extraño me llegó su respuesta.

Un día, después del recreo, encontré en clase, sobre mi pupitre, un papel metido en mi libro. Estaba doblado como era costumbre entre nosotros cuando los compañeros se enviaban recados secretos durante la clase. A mí me sorprendió que alguien me mandara uno, pues yo no mantenía esta clase de comunicación con ningún compañero. Pensé que sería una invitación a participar en alguna broma escolar en la que yo no tomaría parte, y dejé el papel -sin haberlo leído- en el libro. Durante la clase, por casualidad, volvió a caer en mis manos. Jugué un rato con él, lo desdoblé distraídamente y encontré unas pocas palabras escritas. Eché un vistazo y tropecé con una de ellas; me asusté y seguí leyendo, mientras mi corazón se contraía ante el destino como invadido por un repentino frío.

«El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer, tiene que destruir un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas.»

Después de haber leído varias veces estas líneas, quedé sumido en hondos pensamientos. No cabía duda, era la respuesta de Demian. Nadie podía saber nada del pájaro, excepto él y yo. ¡ Había recibido mi dibujo! Había comprendido y me ayudaba a interpretar. ¡¿Pero qué relación tenía todo aquello?! Y sobre todo, ¿qué significaba Abraxas? Yo no había oído ni leído nunca ese nombre. «El dios es Abraxas.»

La clase pasó sin que me enterara de nada. Dio comienzo la siguiente, la última de la mañana. La daba un joven ayudante que acababa de salir de la universidad y que nos gustaba porque era muy joven y no se daba importancia ante nosotros.

Bajo su dirección leímos a Herodoto. Esta lectura pertenecía a las pocas asignaturas que me interesaban, pero esta vez estaba ausente. Había abierto el libro mecánicamente, pero, sumergido en mis reflexiones, no seguía la traducción. Por cierto, había hecho ya varias veces la experiencia y era verdad lo que Demian dijo una vez durante la clase de religión: lo que se desea con bastante fuerza, se consigue. Si durante la clase estaba yo intensamente dedicado a mis propios pensamientos, podía estar tranquilo; el profesor me dejaba en paz. Pero si estaba distraído o adormilado, le tenía de pronto ante mí, como me había pasado ya otras veces. Sin embargo, cuando uno pensaba de verdad y estaba absorto, estaba protegido. También había probado a mirar fijamente a los ojos, y me había dado resultado. En la época de mi amistad con Demian no lo conseguí; mas ahora presentía que con la mirada y los pensamientos se podía hacer mucho.

Estaba yo muy lejos de Herodoto y del colegio cuando de pronto la voz del doctor Follen me traspasó la conciencia como un rayo y me despertó sobresaltado. Oí su voz: se encontraba muy cerca de mí, y casi creía que había pronunciado mi nombre. Pero no se fijaba en mí. Respiré aliviado.

Entonces volví a oír su voz, que pronunciaba claramente una palabra: «Abraxas».

El profesor prosiguió su explicación, cuyo comienzo se me había escapado: «No debemos imaginarnos que las doctrinas de aquellas sectas y comunidades místicas de la Antigüedad eran tan ingenuas como parecen desde el punto de vista de una interpretación racionalista. La Antigüedad no conocía el concepto de la ciencia, en el sentido actual. En cambio, había una actividad muy desarrollada en el campo de las verdades filosófico-místicas. En parte esto degeneraba en magia y superficialidad, que seguramente condujeron más de una vez a engaños y crímenes. Pero también la magia tenía un origen noble y pensamientos profundos, como la doctrina de Abraxas, que puse antes como ejemplo. Se cita

este nombre en relación con fórmulas mágicas griegas y se le considera a menudo el nombre de un hechicero, al estilo de los que hoy tienen los pueblos salvajes. Pero parece que Abraxas significa mucho más. Podemos pensar que es el nombre de un dios que tiene la función simbólica de unir lo divino y lo demoníaco.»

El pequeño y sabio profesor siguió hablando, suave e insistentemente, mientras nadie le hacía mucho caso. Como el nombre no volvió a aparecer, mi atención volvió a concentrarse en mis propios pensamientos.

«Unir lo divino y lo demoníaco», resonaba aún en mi mente. Aquí podía yo empalmar mis reflexiones; el tema me resultaba familiar por las conversaciones que había tenido con Demian en el último tiempo de nuestra amistad. Demian había dicho que venerábamos a un Dios que representaba sólo a una mitad del mundo arbitrariamente separada -el mundo oficial, permitido, «claro»-, pero que se debería llegar a poder venerar la totalidad del mundo; por lo tanto, había que tener un dios que fuera a la vez demonio o había que instaurar junto al culto de dios un culto al diablo. Ahora resultaba que Abraxas era el dios que reunía en sí a Dios y al diablo.

Durante un tiempo intenté con mucho empeño seguir la pista, pero no avanzaba nada. Estuve incluso revolviendo toda una biblioteca en busca de Abraxas. Sin embargo, mi carácter no estuvo nunca muy inclinado a este método de búsqueda directa y consciente, en la que uno, de momento, se encuentra solo con verdades que son como piedras en la mano.

La imagen de Beatrice, que tanto y tan intensamente me había ocupado, se fue perdiendo lentamente, alejándose de mí, acercándose más y más al horizonte, haciéndose borrosa, lejana, pálida. Ya no satisfacía a mi alma.

La extraña existencia que yo llevaba, ensimismado como un sonámbulo, empezó a tomar un rumbo distinto. El deseo de vivir floreció en mí, o más bien el deseo de amor; el instinto sexual, que durante un tiempo se había disuelto en la adoración de Beatrice, reclamaba nuevas imágenes y metas. Seguía sin permitirme ninguna satisfacción; y más que nunca me era imposible engañar mi deseo y esperar algo de las muchachas con las que mis amigos buscaban su felicidad. Empecé a soñar otra vez; y más aun durante el día que durante la noche. Imágenes, ideas, deseos brotaban en mí y me apartaban del mundo exterior, hasta el punto de tener un trato más verdadero y vivo con los sueños, con las imágenes y sombras, que con el mundo verdadero que me rodeaba.

Un sueño determinado, un juego de la fantasía que aparecía una y otra vez, cobró una significación especial. Este sueño, el más importante y perdurable de mi vida, era aproximadamente así: yo regresaba a mi casa sobre el portal relucía el pájaro amarillo sobre fondo azul- y mi madre salía a mi encuentro; pero al entrar y querer abrazarla no era ella sino una persona que yo no había visto nunca, alta y fuerte, parecida a Max Demian y al retrato que yo había dibujado pero algo distinta y, a pesar de su aspecto impresionante, totalmente femenina. Esta figura me atraía hacia sí y me acogía en un abrazo amoroso, profundo y vibrante. El placer y el espanto se mezclaban; el abrazo era culto divino y a la vez crimen. En el ser que me estrechaba anidaban demasiados recuerdos de mi madre, demasiados recuerdos de mi amigo Demian. Su abrazo atentaba contra las leyes del respeto; y, sin embargo, era pura bienaventuranza. Muchas veces me despertaba con un profundo sentimiento de felicidad; otras, con miedo mortal y conciencia atormentada, como si despertara de un terrible pecado.

Poco a poco, y de manera inconsciente, se fue estableciendo una relación entre estas imágenes íntimas y la indicación que me había llegado del exterior sobre el dios que debía buscar. La relación se fue haciendo cada vez más estrecha y más profunda y comencé a darme cuenta de que en mi sueño invocaba a Abraxas. Placer mezclado con espanto, hombre y mujer entrelazados, lo más sagrado junto a lo más horrible, la culpa más negra palpitando bajo la más tierna inocencia: así era mi sueño de amor, así era también Abraxas. El amor ya no era un oscuro instinto animal, como, aterrado, lo había sentido yo al principio: ni tampoco era la piadosa adoración que había ofrendado a la figura de Beatrice. Eran las dos cosas, esas dos cosas y muchas más: ángel y demonio, hombre y mujer, hombre y animal, bien supremo y hondo mal. Pensé que estaba predestinado a vivir aquello, que mi destino era probarlo. Sentía deseos y miedo; pero siempre lo tenía presente, dominante.

En la primavera siguiente iba a dejar el colegio para ir a la universidad, aunque todavía no sabía a cuál ni tampoco a que facultad. Sobre mi labio superior crecía un pequeño bigote; ya era un hombre

hecho y derecho y, sin embargo, estaba completamente desorientado. Sólo había una cosa segura en mí: la voz de mi interior, mi sueño. Sentía el deber de seguir ciegamente sus imperativos, aunque me costaba mucho esfuerzo y me revelaba a diario contra ellos «¿Quizás estoy loco? -pensaba muy a menudo-, ¿quizá no soy como los demás hombres?» Sin embargo, era capaz de hacer todo lo que hacían los demás. Con un poco de aplicación y trabajo podía leer a Platón, resolver problemas de trigonometría o seguir un análisis químico. Pero había una cosa de la que no era capaz: arrancar la meta vital que se ocultaba oscuramente en mi interior y plasmarla ante mis ojos, como lo hacían todos aquellos que sabían perfectamente que iban a ser profesor o juez, médico o artista, cuánto tardarían en llegar y qué ventajas tendrían. Yo no podía. Quizá también llegaría yo un día a algo; pero ¿cómo iba a saberlo? Quizá tuviese que buscar y buscar durante años, sin llegar a nada, sin alcanzar ninguna meta. Quizá llegase a una meta, pero a una meta horrible, peligrosa y mala. Yo sólo intentaba vivir lo que pugnaba por salir de mí mismo; ¿por qué resultaba tan difícil?

Muchas veces intenté pintar la poderosa imagen amorosa de mi sueño, pero nunca lo conseguí. De haberlo logrado, se la hubiera enviado a Demian. ¿Dónde estaba? No lo sabía. Sólo sabía que estaba unido a mí. ¿Cuándo volvería a verle?

La paz amable de las semanas y meses bajo la influencia de Beatrice se había esfumado. Entonces creí que había encontrado una isla y una paz. Así solía sucederme: cuando una situación me resultaba agradable, cuando un sueño me hacía bien, empezaba a secarse y a perder su fuerza. Era inútil añorarlos. Ahora vivía en un fuego de deseos insatisfechos y en una tensa espera que a veces me volvían loco por completo. La imagen de la amada de mis sueños surgía a menudo ante mis ojos con diáfana claridad, más viva que mi propia mano. Yo le hablaba, lloraba ante ella, renegaba de ella. La llamaba madre y me arrodillaba entre lágrimas; la llamaba amada y presentía su beso, que todo lo colmaba; la llamaba demonio y prostituta, vampiro y asesino. Me inspiraba los sueños más tiernos y las más salvajes obscenidades; para ella nada era demasiado bueno o demasiado agradable, demasiado malo o demasiado bajo.

Pasé todo aquel invierno sacudido por una tormenta interior, difícil de describir. Estaba acostumbrado a la soledad; no me molestaba. Vivía con Demian, con el gavilán, con la imagen de mi sueño que era mi destino y mi amada. Aquello me bastaba para vivir, porque estaba dirigido hacia la grandeza y la lejanía y me conducía a Abraxas. Pero ninguno de estos sueños, ninguno de mis pensamientos me obedecía; no podía hacerles surgir o darles color cuando yo quería. Ellos venían y me asaltaban; me dominaban y determinaban mi vida.

Hacia fuera estaba protegido. No tenía miedo de los hombres; y mis compañeros, que lo habían descubierto ya, me mostraban un secreto respeto que me hacía sonreír. Si me lo proponía, podía poner al descubierto los pensamientos de la mayoría de ellos, dejándoles en algunas ocasiones admirados; pero me lo proponía muy pocas veces, casi nunca. Estaba siempre muy preocupado conmigo mismo. Deseaba desesperadamente vivir de una vez algo de la vida, dar algo de mi persona al mundo, entrar en relación y lucha con él. A veces, cuando caminaba por las calles al anochecer y no podía regresar a casa hasta media noche, creía que en aquellos momentos encontraría a mi amada, que aparecería tras la próxima esquina, que me llamaría desde la próxima ventana. Todo esto solía parecerme angustiioso e insoportable y pensaba que algún día acabaría quitándome la vida.

En aquella época encontré un extraño refugio. Por «casualidad», como suele decirse. Pero esas casualidades no existen. Cuando alguien necesita algo con mucha urgencia y lo encuentra, no es la casualidad la que se lo proporciona, sino él mismo. El propio deseo y la propia necesidad conducen a ello.

En mis paseos por la ciudad había oído una o dos veces música de órgano en una pequeña iglesia de las afueras, pero nunca me había detenido a escucharla. Al volver a pasar por allí, me paré a oír aquella música y reconocí que era de Bach. Me acerqué a la puerta, que encontré cerrada; y como la calleja estaba casi desierta, me senté en un poyo junto a la iglesia, me subí el cuello del abrigo y me puse a escuchar. El órgano no era grande pero sonaba bien y alguien tocaba de una manera muy especial, con una expresión muy personal de voluntad e insistencia que sonaba como una oración. Tuve la sensación de que quien tocaba sabía que la música guardaba un tesoro y se esforzaba, afanaba y preocupaba por él como si se tratara de su propia vida. Técnicamente no entiendo mucho de música; pero desde muy

niño he comprendido instintivamente esta expresión del alma y he sentido siempre la música como la cosa más natural en mí.

El músico tocó después algo más moderno; podía ser de Reger. La iglesia estaba casi oscura y sólo salía un suave fulgor a través de la ventana más cercana. Esperé a que la música terminara y paseé un rato de arriba abajo hasta que vi salir al organista. Era un hombre aún joven pero mayor que yo, fuerte y achaparrado. Echó a andar con pasos rápidos, enérgicos, un poco violentos, y desapareció.

Desde aquel día me pasé más de un atardecer sentado delante de la iglesia o paseando de arriba abajo. Una vez encontré la puerta abierta y estuve media hora sentado en un banco, tiritando de frío pero muy feliz, mientras el organista tocaba arriba, alumbrado por una pálida luz de gas. En su música no sólo le oía a él; me parecía que todo lo que tocaba estaba relacionado entre sí, que formaba un conjunto misterioso. Reflejaba fe, entrega y piedad; pero no la de los beatos y los curas, sino la de los peregrinos y mendigos del Medievo; piedad unida a una entrega absoluta a un sentimiento de la vida que sobrepasa a todas las confesiones. Los maestros anteriores a Bach y los antiguos italianos eran interpretados con devoción. Y todos decían lo mismo, todos expresaban lo que el músico llevaba en el alma: nostalgia, profunda comprensión del mundo y vehemente separación de él, ardiente preocupación por la propia alma oscura, exaltación de la entrega y profunda curiosidad por lo maravilloso.

Un día seguí disimuladamente al organista a la salida de la iglesia y le vi entrar en una pequeña taberna, muy lejos ya, en las afueras de la ciudad. No pude resistir la tentación y entré tras él. Le vi por primera vez claramente. Estaba sentado en un rincón del pequeño local, con un sombrero negro en la cabeza y una jarra de vino delante. Su rostro era como yo me había imaginado. Era feo y un poco salvaje, inquieto e intenso, terco y voluntarioso; alrededor de la boca, sin embargo, tenía un gesto blando e infantil. La virilidad y la fuerza se hallaban concentradas en los ojos y la frente; la parte inferior del rostro era suave e inacabada, incontrolada y hasta blanda; la barbilla, llena de indecisión formaba un contraste adolescente con la frente y la mirada. Me gustaban mucho los ojos castaños, llenos de orgullo y hostilidad. Sin decir nada me senté frente a él. No había nadie más en la taberna. Me lanzó una mirada fulminante como si quisiera echarme. Yo no me inmuté y seguí mirándole hasta que masculló irritado:

-¿Por qué me mira tan fijamente? ¿Quiere algo de mí?

-No quiero nada de usted -respondí-, ya me ha dado usted mucho. Arrugó la frente.

-¿Es usted melómano? La melomanía me parece estúpida. No me dejé intimidar.

-Le he estado escuchando muchas veces, en la iglesia de las afueras -dije-. Desde luego, no quiero molestarle. Pensé que encontraría en usted algo, algo especial, no sé bien qué. Pero no me haga caso. Puedo seguir escuchándole en la iglesia.

-Siempre cierro con llave.

-El otro día se olvidó de hacerlo y estuve dentro. Otras veces suelo quedarme fuera, sentado en el poyo.

-¿Ah sí? La próxima vez puede entrar; hace más calor dentro. No tiene más que llamar a la puerta. Pero con fuerza, y no mientras yo esté tocando. Y ahora, ¿qué es lo que me quería decir? Es usted joven, probablemente un colegial o estudiante. ¿Es usted músico?

-No. Me gusta la música, pero sólo como la que usted toca; música absoluta, en la que se siente que el hombre golpea las puertas del cielo y del infierno. Creo que me gusta tanto la música porque es poco moral. Todo lo demás lo es; y yo busco algo que no lo sea, la moral hace sufrir. No sé explicarme bien. ¿Sabe usted que tiene que haber un Dios que sea Dios y demonio a un tiempo? He oído decir que existe uno.

El músico echó hacia atrás el sombrero de ala ancha y se sacudió el pelo oscuro de la amplia frente. Me miró atentamente por encima de la mesa con el rostro inclinado hacia mí.

En voz baja y tensa preguntó:

-¿Cómo se llama ese dios que usted dice?

-Por desgracia no sé apenas nada de él; en realidad, sólo el nombre. Se llama Abraxas.

El músico miró en torno suyo con desconfianza, como si alguien pudiera oírlos. Luego se acercó más a mí y murmuró:

-Ya me lo imaginaba. ¿Quién es usted?

-Soy alumno del Instituto.

-¿Cómo ha sabido usted de Abraxas?

-Por casualidad.

Dio tal golpazo sobre la mesa que su vaso de vino se derramó.

-¡Casualidad! ¡No diga estupideces, muchacho! ¡No se llega por casualidad a conocer a Abraxas, para que se entere! Yo le contaré más cosas sobre él. Yo sé algo de él. Calló y corrió hacia atrás su silla. Yo le miraba expectante, pero él hizo una mueca. -Aquí no. Otro día. ¡Tome!

Metió la mano en el bolso de su abrigo, que no se había quitado, y sacó unas castañas asadas que echó sobre la mesa.

Yo no dije nada, las tomé y empecé a comerlas muy satisfecho.

-Bien -murmuró al cabo de un rato-. ¿Cómo ha sabido usted de... él? Yo no dudé en contárselo.

-Estaba solo y desorientado -dije-; entonces recordé a un amigo de otros tiempos, que sabe muchas cosas. Yo había pintado un pájaro, saliendo de una bola del mundo. Y se lo envié. Después de algún tiempo, cuando había perdido casi las esperanzas, cayó en mis manos un papel en el que se decía: «El pájaro rompe el cascarón. El cascarón es el mundo. Quien quiera nacer tiene que destruir un mundo. El pájaro vuela hacia Dios. El dios se llama Abraxas.»

No contestó nada. Seguíamos pelando nuestras castañas y comiéndolas con el vino. -¿Tomamos otra jarra?

-Gracias. No me gusta beber.

El se rió un poco decepcionado.

-¡Como quiera! A mí me pasa todo lo contrario. Me quedo todavía un rato. ¡Váyase, si quiere!

Cuando le acompañé la vez siguiente después de ensayar, no estuvo muy comunicativo. Me condujo por una calle antigua hasta un viejo e imponente caserón. Subimos a una habitación grande, un poco oscura y descuidada, donde nada, excepto un piano, recordaba la música, en tanto que un gran estante de libros y un escritorio daban un aire de sabiduría a la estancia.

-¡Cuántos libros tiene usted! -exclamé admirado.

-Una parte es de la biblioteca de mi padre, con el que vivo. Sí, vivo con mis padres; pero no puedo presentárselos porque mis amistades gozan en esta casa de poca estimación. Soy un hijo perdido, ¿sabe? Mi padre es un hombre tremendamente honrado, un insigne pastor y predicador de nuestra ciudad. Y yo, para que esté claro, soy su hijo, que tenía talento y prometía mucho pero que se ha descarriado y se ha vuelto bastante loco. He estudiado teología, pero abandoné esa horrible facultad antes de la licenciatura. Aunque, bien mirado, sigo dentro de mi carrera en lo que se refiere a mis estudios particulares. Aún siguen pareciéndome muy importantes e interesantes los dioses que la gente se ha inventado en cada época. Ahora soy músico y parece que me van a dar pronto un puesto de organista. Entonces estaré otra vez en el seno de la Iglesia...

Miré hacia las librerías; y, al débil resplandor de la lámpara de la mesa, encontré títulos griegos, latinos, hebreos. Mientras tanto mi amigo se había tumbado en el suyo, junto a la pared, y manipulaba allí en la oscuridad.

-Venga acá -dijo al cabo de un rato-, vamos a filosofar un poco; es decir, vamos a cerrar el pico y a pensar tumbados.

Encendió una cerilla y prendió fuego al papel y la leña que había en la chimenea, delante de la que estaba echado. Las llamas se elevaron mientras él azuzaba y alimentaba cuidadosamente el fuego. Me tumbé junto a él sobre la alfombra descolorida. Sus ojos estaban clavados en el fuego, que también a mí me atraía; y los dos permanecimos durante más de una hora callados, boca abajo frente al fuego crepitante, observando cómo llameaba y ardía, cómo se achicaba y se retorecía, oscilaba y chisporroteaba hasta convertirse en un silencioso y perdido montón de brasas.

-La adoración del fuego no ha sido la mayor tontería que se ha inventado -murmuró una vez mi acompañante.

Excepto esto, ninguno de los dos dijo una palabra. Yo estaba pendiente del fuego con ojos fijos; me sumergía en sueños y silencio, y vi figuras en el humo e imágenes en la ceniza. De pronto me sobresalté. Mi compañero había echado un trozo de resma al fuego; de repente brotó una pequeña y delgada llama, en la que vi el pájaro con la cabeza amarilla de gavián. En las brasas agonizantes

refulgían hilos dorados y ardientes formando redes, aparecían letras y dibujos, recuerdos de rostros, animales, plantas, gusanos y culebras. Cuando me desperté y miré a mi amigo, lo vi con la barbilla apoyada sobre los puños, concentrado en la ceniza, con mirada fanática y fervorosa.

-Tengo que irme -dije muy bajito.

-Pues váyase. Adiós.

No se levantó; y como la lámpara estaba apagada, tuve que buscar a tientas el camino de salida de aquella casa embrujada, a través del cuarto oscuro, y de pasillos y escaleras, en la oscuridad. Ya en la calle, me volví a mirar la fachada del viejo caserón. En ninguna ventana había luz. Una pequeña placa dorada relucía en la puerta a la luz del farol de gas. «Pistorius, Párroco», leí en ella.

Una vez en casa, al encontrarme en mi cuarto después de cenar, me di cuenta de que no había averiguado nada sobre Abraxas ni sobre Pistorius y que apenas habíamos intercambiado diez palabras. A pesar de ello, estaba muy satisfecho de la visita. Para la próxima vez mi nuevo amigo me había prometido una pieza exquisita de música de órgano antigua: un pasacalle de Buxtehude.

Sin darme cuenta, había recibido del organista Pistorius la primera lección mientras permanecí tumbado con él delante de la chimenea en su sombría celda de ermitaño. La contemplación del fuego me había reconfortado; había consolidado y ratificado inclinaciones que siempre había sentido, pero que nunca había cultivado. Poco a poco fui viendo claro, al menos parcialmente; ya desde niño me había gustado contemplar las formas extrañas de la naturaleza, no observándolas simplemente sino entregándome a su propia magia, a su profundo y barroco lenguaje. Las raíces largas y fosilizadas de los árboles, las vetas coloreadas de la piedra, las manchas de aceite flotando sobre el agua, las grietas en el cristal: todas estas cosas habían ejercido antaño una gran fascinación sobre mí, sobre todo el agua y el fuego, el humo, las nubes, el polvo y, especialmente, las manchas de colores que veía girar al cerrar los ojos. En los días posteriores a mi visita a Pistorius, empecé a acordarme de esto. Porque noté que una cierta fuerza y alegría, y la intensificación de la conciencia de mí mismo que sentía desde aquel día, se debían simplemente a la larga contemplación del fuego. ¡Qué sedante y reconfortante era!

Entre las pocas experiencias que he realizado en el camino hacia mi verdadera meta vital se cuenta la contemplación de esas imágenes. La entrega a las formas irracionales, barrocas y extravagantes de la naturaleza produce en nosotros un sentimiento de concordancia entre nuestro interior y la voluntad que las ha producido. Nos sentimos tentados a creerlas caprichos nuestros, creaciones propias; vemos vacilar y disolverse la frontera entre nosotros y la naturaleza, y adquirimos conciencia de un estado de ánimo en el que no sabemos si las imágenes en nuestra retina provienen de impresiones exteriores o interiores. En ningún otro momento descubrimos con tanta facilidad la medida en que somos creadores, en que nuestra alma participa constantemente en la recreación de la vida. Una misma divinidad indivisible actúa en nosotros y en la naturaleza; y si el mundo exterior desapareciera, cualquiera de nosotros sería capaz de reconstruirlo, porque los montes y los ríos, los árboles y las hojas, las raíces y las flores, todo lo creado en la naturaleza, está ya prefigurado en nosotros: proviene del alma, cuya esencia es eterna, y escapa a nuestro conocimiento, pero que se nos hace patente como fuerza amorosa y creadora.

Algunos años después encontré confirmada esta observación en un libro de Leonardo de Vinci, en el que se comentaba lo sugestivo e interesante que era contemplar un muro en el que había escupido mucha gente. Delante de aquellas manchas sobre el muro húmedo, Leonardo había sentido lo mismo que Pistorius y yo delante del fuego.

En nuestro siguiente encuentro, el organista me dio una explicación.

-Acostumbramos a trazar límites demasiado estrechos a nuestra personalidad. Consideramos que solamente pertenece a nuestra persona lo que reconocemos como individual y diferenciador. Pero cada uno de nosotros está constituido por la totalidad del mundo; y así como llevamos en nuestro cuerpo la trayectoria de la evolución hasta el pez y aun más allá, así llevamos en el alma todo lo que desde un principio ha vivido en las almas humanas. Todos los dioses y demonios que han existido, ya sea entre los griegos, chinos o cafres, existen en nosotros como posibilidades, deseos y soluciones. Si el género humano se extinguiera con la sola excepción de un niño medianamente inteligente, sin ninguna educación, este niño volvería a descubrir el curso de todas las cosas y sabría producir de nuevo dioses, demonios, y paraísos, prohibiciones, mandamientos y Viejos y Nuevos Testamentos.

-Bien -objeté yo-, ¿dónde queda entonces el valor del individuo? ¿Para qué nos esforzamos si ya

llevamos todo acabado en nosotros mismos?

¡Alto! -exclamó violentamente Pistorius-. Hay una gran diferencia entre llevar el mundo en sí mismo y saberlo. Un loco puede tener ideas que recuerden a Platón, y un pequeño y devoto colegial del Instituto de Herrnhut puede recrear las profundas conexiones mitológicas que aparecen en los gnósticos o en Zoroastro. ¡Pero él no lo sabe! Mientras no lo sepa es como un árbol o una piedra; en el mejor de los casos, como un animal. En el momento en que tenga la primera chispa de conciencia, se convertirá en un hombre. ¿No irá usted a creer que todos esos bípedos que andan por la calle son hombres sólo porque anden derechos y lleven a sus crías nueve meses dentro de sí? Muchos de ellos son peces u ovejas, gusanos o ángeles; otros son hormigas, y otros abejas. En cada uno existen las posibilidades de ser hombre; pero sólo cuando las vislumbra, cuando aprende a hacerlas conscientes, por lo menos en parte, estas posibilidades le pertenecen.

De este género solían ser nuestras conversaciones. Raras veces me proporcionaban algo totalmente nuevo, algo sorprendente. Todas, sin embargo, hasta la más banal, daban suave pero insistentemente, en el mismo punto; todas me ayudaban a formarme, todas me ayudaban a quitarme una piel, romper el cascarón; y de cada conversación sacaba la cabeza más alta, más libre, hasta que mi pájaro amarillo sacó su hermosa cabeza de ave de rapiña del destruido cascarón del mundo. A menudo nos contábamos nuestros sueños, a los que Pistorius sabía dar una interpretación. Ahora recuerdo un caso curioso. Tuve una vez un sueño en el que volaba; pero de manera tal que me sentía lanzado por los aires con un gran impulso, que no controlaba. La sensación de aquel vuelo era grandiosa, pero pronto se convertía en angustia al verme arrebatado hacia alturas peligrosas sin poder evitarlo. Entonces descubrí que podía regular mis subidas y bajadas conteniendo o soltando el aire de los pulmones.

A esto Pistorius dijo:

-El impulso que le hace a usted volar es nuestro patrimonio humano, que todos poseemos. Es el sentimiento de unión con las raíces de toda fuerza. Pero pronto nos asalta el miedo. ¡Es tan peligroso! Por eso la mayoría renuncia gustosamente a volar y prefiere caminar de la mano de los preceptos legales o por la acera. Usted no. Usted sigue volando, como debe ser. Y entonces descubre lo maravilloso; descubre que lentamente se hace dueño de la situación, que a la gran fuerza general que le arrastra corresponde una pequeña fuerza propia, un órgano, un timón. ¡Esto es estupendo! Sin él, uno se perdería sin voluntad por los aires, como hacen por ejemplo los locos. Los locos tienen unas intuiciones más profundas que la gente de la acera, pero no tienen la clave ni el timón y se despeñan en el abismo. Usted, sin embargo, Sinclair, logra bandearse. ¿Y cómo? ¿No lo sabe acaso? Lo hace con un nuevo órgano, con un regulador de la respiración. Y ahora puede usted ver lo poco «personal» que es su alma en el fondo. ¿Por qué no se inventa ese regulador? ¡No es nuevo! Es algo prestado, existe desde hace siglos. Es el órgano del equilibrio en los peces, la vesícula natatoria.

En efecto, existen todavía hoy unas pocas especies raras de peces que usan como pulmón la vesícula natatoria, que en ciertas ocasiones les sirve de verdad para respirar. ¡Justo, pues, el pulmón que usted utilizaba en su sueño!

Pistorius incluso me trajo un tomo de zoología y me enseñó el nombre y dibujos de aquellos peces tan primitivos. Con un curioso escalofrío, sentí viva en mí una función de primarias épocas evolutivas.

La Lucha de Jacob

No puedo resumir en pocas palabras lo que el extraño músico Pistorius me enseñó sobre Abraxas. Lo más importante que aprendí de él fue a dar un nuevo paso en el camino hacia mí mismo. Yo era entonces, con mis dieciocho años, un chico poco corriente, precoz en unos sectores y muy retrasado y desorientado en otros. Cuando me comparaba con los demás, me sentía unas veces orgulloso y satisfecho de mí mismo pero otras deprimido y humillado. Unas veces me consideraba un genio, otras un loco. No conseguía compartir las alegrías y la vida de mis compañeros, y me hacía reproches y cábalas como si estuviera irremediabilmente separado de ellos y se me negara la vida.

Pistorius, que era un extravagante declarado, me enseñó a tener valor y respeto de mí mismo. Él me dio ejemplo encontrando siempre algo valioso en mis palabras, sueños, fantasías y pensamientos, que tomaba siempre en serio y discutía con interés.

-Me ha dicho usted que le gusta la música porque no es moral. De acuerdo. ¡Entonces, no tiene usted que empeñarse en ser moralista! No debe compararse con los demás; y si la naturaleza le ha creado como murciélago, no pretenda ser un avestruz. A veces se considera raro, se acusa de andar por otros caminos que la mayoría. Eso tiene que olvidarlo. Mire al fuego, observe las nubes; y cuando surjan los presagios y comiencen a hablar las voces de su alma, entréguese usted a ellas sin preguntarse primero si le parece bien o le gusta al señor profesor, al señor padre o a no sé qué buen Dios. Así uno se estropea, desciende a la acera y se convierte en fósil. Querido Sinclair, nuestro dios se llama Abraxas, y es dios y diablo; abarca el mundo oscuro y el claro. Abraxas no tiene nada que objetar a ninguno de sus pensamientos, a ninguno de sus sueños. No lo olvide. Le abandonará el día en que sea normal e intachable.

Le olvidará y se buscará una nueva olla donde cocer sus ideas. El extraño sueño de amor era el más fiel de entre todos mis sueños. ¡Cuántas veces se repitió! Soñaba que entraba en nuestra vieja casa por el portal, bajo el escudo, y que quería abrazar a mi madre; y que en su lugar encontraba entre mis brazos a una mujer grande, medio hombre, medio madre, que me inspiraba miedo pero hacia la que me sentía ardientemente atraído. Me sentía incapaz de contar este sueño a un amigo. Me lo guardaba, aunque le hubiera revelado todo lo demás. Era mi rincón, mi secreto, mi refugio.

Cuando estaba deprimido, rogaba a Pistorius que me tocara el pasacalle del viejo Buxtehude. Entonces me sentaba en la iglesia oscura, al anochecer, absorto en aquella extraña y ferviente música que se perdía en sí misma y se escuchaba a sí misma, que me hacía bien y me disponía aún más a dar la razón a las voces del alma.

A veces nos quedábamos un rato en la iglesia cuando la música del órgano había callado, contemplando cómo la tenue luz entraba y se perdía por las altas ventanas ojivales.

-Parece absurdo -dijo Pistorius- que yo haya sido estudiante de teología y hasta haya estado a punto de hacerme cura. Pero el error que cometí sólo fue de forma. Mi vocación y mi meta es ser sacerdote. Unicamente me contenté demasiado pronto y me puse a disposición de Jehová antes de haber conocido a Abraxas. ¡Ah, cada religión tiene su belleza! La religión es alma pura, y da lo mismo que uno comulgue como los cristianos o que peregrine a la Meca.

-Entonces -opiné yo- podía usted haber sido sacerdote.

-No, Sinclair, no. Hubiera tenido que mentir. Nuestra religión se practica hoy como si no lo fuera. Simula que es obra de la razón. En último caso hubiera podido ser sacerdote católico; pero protestante, ¡nunca! Los pocos creyentes verdaderos -conozco algunos- se atienen generalmente a la letra; a ellos

no les podría decir, por ejemplo, que Cristo para mí no es un hombre, sino un héroe, un mito, una gigantesca sombra en la que la humanidad se ve proyectada a sí misma contra muro de la eternidad. Y a los demás, a los que van a la iglesia a oír palabras sensatas, para cumplir un deber, para no perderse algo y por otras razones parecidas, a éstos, ¿qué les podría haber dicho? ¿Convertirlos? ¿Usted cree? Pero a mi eso no me interesa. El sacerdote no quiere convertir a nadie; quiere únicamente vivir entre creyentes, entre sus iguales, y quiere ser portador y expresión del sentimiento que forja a nuestros dioses.

Se interrumpió y luego siguió:

-Nuestra nueva fe, para la que hemos elegido el nombre de Abraxas, es hermosa, querido amigo. Es lo mejor que tenemos. ¡ Pero está aún en mantillas! Aún no le han crecido las alas. ¡ Ah!, una religión solitaria no es verdadera. Tiene que convertirse en comunitaria; tiene que tener sus cultos, sus bacanales, sus fiestas y sus misterios...

Se quedó pensativo y abstraído.

-¿No se pueden celebrar los misterios a solas o en un círculo muy pequeño? - pregunté vacilante.

-Se puede -asintió-. Yo los celebro desde hace mucho tiempo. He celebrado cultos que me acarrearían años de cárcel si se descubrieran. Pero sé que esto no es aún el camino verdadero.

De pronto me dio un golpe en el hombro, asustándome.

-Muchacho -dijo con vehemencia-, también usted celebra misterios. Sé que tiene usted sueños de los que nada me dice. No los quiero conocer. Pero le digo una cosa: ¡vivalos todos, viva esos sueños, eríjales altares! No es lo perfecto, pero es un camino. Ya se verá si nosotros, usted y yo y algunos más, somos capaces de renovar el mundo. Pero debemos renovarlo en nosotros mismos, día a día; si no, nada valemos. ¡ Piense en ello! Usted tiene dieciocho años, Sinclair, y no corre detrás de las prostitutas; usted debe tener sueños de amor, deseos de amor. Quizá son de tal especie que le asustan. ¡No los tema! ¡Son lo mejor que posee! Créame. Yo he perdido mucho por haber amordazado mis sueños cuando tenía su edad. Eso no debe hacerse. Cuando se conoce a Abraxas, ya no se debe hacer. No hay que temer nada ni creer ilícito nada de lo que nos pide el alma.

Asustado, objeté:

-¡Pero no se puede hacer todo lo que a uno le apetece! ¡No se puede matar a un hombre porque a uno le resulta desagradable!

Se acercó más a mí:

-En determinadas circunstancias se puede hasta eso. Pero la mayoría de las veces se trata de un error. Yo no digo que usted haga todo lo que le pase por su mente. No. Pero tampoco debe usted envenenar las ideas, reprimiéndolas y moralizando en torno a ellas, porque tienen su sentido. En vez de clavarse a sí mismo o a otro en una cruz, se puede beber vino de una copa con pensamientos elevados, pensando en el misterio del sacrificio. Se puede también, sin estas ceremonias, tratar los propios instintos, las llamadas tentaciones de la carne, con amor y respeto; entonces nos descubren su sentido porque todas tienen sentido. Cuando se le vuelva a ocurrir algo muy aberrante o pecaminoso, Sinclair, cuando desee de pronto matar a alguien o cometer no sé qué monstruosidad inconmensurable, piense un momento que es Abraxas el que está fantaseando en su interior. El hombre a quien quiere matar nunca es fulano o mengano; seguramente es sólo un disfraz. Cuando odiamos a un hombre, odiamos en su imagen algo que se encuentra en nosotros mismos. Lo que no está dentro de nosotros mismos no nos inquieta.

Nunca había dicho Pistorius nada que me llegara tan hondo. No pude contestar nada. Lo que me había impresionado vivamente era la coincidencia de estas palabras con las de Demian, que yo llevaba en mi alma desde hacía años. Los dos no se conocían y los dos me decían lo mismo.

-Las cosas que vemos -dijo Pistorius con voz apagada- son las mismas cosas que llevamos en nosotros. No hay más realidad que la que tenemos dentro. Por eso la mayoría de los seres humanos vive tan irrealmente; porque cree que las imágenes exteriores son la realidad y no permiten a su propio mundo interior manifestarse. Se puede ser muy feliz así, desde luego. Pero cuando se conoce lo otro, ya no se puede elegir el camino de la mayoría. Sinclair, el camino de la mayoría es fácil, el nuestro difícil. Caminemos.

Unos días más tarde, después de haberle esperado dos veces en vano, le encontré por la noche en la calle. Apareció por una esquina solo, empujado por el frío viento nocturno, dando traspiés y completamente borracho. No quise hablarle. Pasó junto a mí

sin verme, con ojos alucinados y muy solos, como si siguiera una llamada misteriosa desde lo desconocido. Le seguí hasta el final de una calle. Pistorius se alejaba, como arrastrado por un hilo invisible, con paso fanático y a la vez descoyuntado como un fantasma. Entristecido, volví a casa, a mis sueños sin remedio.

«¡Así renueva él el mundo en su interior...!», pensé; pero en seguida me di cuenta de que aquel era un pensamiento bajo y moralizante. ¿Qué sabía yo de sus sueños? Quizá caminara en su borrachera por un camino más cierto que yo con mis miedos.

En los recreos entre las clases había advertido que un compañero al que nunca había hecho mucho caso buscaba mi compañía. Era un chico pequeño de aspecto débil, delgado, con pelo fino y rojizo, que tenía algo especial en su mirada y en su comportamiento. Una tarde, cuando yo volvía a casa, me esperó en la calle, me dejó pasar, corrió detrás de mí y se quedó parado delante de la puerta de mi casa.

-¿Quieres algo de mí? -le pregunte.

-Quería solamente hablar contigo -dijo tímidamente-. Por favor, acompáñame un poco.

Le seguí y noté que estaba muy excitado y expectante. Sus manos temblaban. -¿Eres espiritista? -preguntó de golpe.

-No, Knauer -dije riendo-. Ni por asomo. ¿Cómo se te ha ocurrido? -¿Pero eres teósofo, verdad?

-Tampoco.

- ¡Oh, no te cierres así! Intuyo que en ti hay algo especial. Se te ve en los ojos. Estoy seguro de que tienes trato con los espíritus. ¡Y no pregunto por curiosidad, Sinclair! Yo mismo estoy buscando, ¿sabes?; ¡y me siento tan solo!

-Anda, cuéntame -le animé-. Desde luego, no sé nada de espíritus; pero vivo en mis sueños y tú lo has notado. El resto de la gente también vive en sueños, pero no en los propios. Ahí está la diferencia.

-Sí, quizá -murmuró-. Lo que importa es qué clase de sueños se vive. ¿Has oído hablar de la magia blanca?

Tuve que responder que no.

-Pues consiste en aprender a dominarse. Así se hace uno inmortal y adquiere poderes mágicos. ¿No has hecho nunca ejercicios de esos?

A mis preguntas interesadas sobre esos ejercicios contestó con evasivas misteriosas, hasta que decidí marcharme. Entonces empezó a hablar.

-Verás, cuando, por ejemplo, quiero dominarme o concentrarme, hago uno de esos ejercicios. Pienso en algo: una palabra, un nombre o una figura geométrica. Pienso intensamente, con todas mis fuerzas, e intento imaginármelo dentro de la cabeza hasta que lo siento dentro. Me lo imagino en la garganta y así sucesivamente, hasta que estoy saturado de ello. Entonces me siento firme y ya nada consigue sacarme de mi equilibrio.

Comprendí más o menos lo que quería decir. Pero me daba cuenta de que algo más le inquietaba; estaba extraordinariamente agitado y nervioso. Intenté facilitarle las preguntas y pronto me expuso su verdadero problema.

-Tú eres casto, ¿verdad? -me preguntó temeroso.

-¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a lo sexual?

-Sí, sí. Yo hace dos años que lo soy, desde que conozco algo de esa magia. Antes me dedicaba a un vicio... ya sabes. ¿Tú nunca has estado con una mujer? -No -dije-. Aún no he encontrado la que busco.

-Pero si la encontraras y creyeras que era la verdadera, ¿te acostarías con ella? -Pues claro. Suponiendo que ella no tuviera nada en contra -dije con algo de sarcasmo.

-¡Oh, estás completamente equivocado! Sólo se pueden desarrollar las fuerzas interiores si uno es completamente casto. Yo lo soy desde hace dos años. Dos años y algo más de un mes. ¡Es tan difícil! ¡A veces no puedo casi soportarlo!

-Oye, Knauer, yo no creo que la castidad sea tan importante.

-Ya sé -protestó-, eso es lo que dicen todos. Pero no lo hubiera esperado de ti. El que quiera andar por el camino superior de la espiritualidad, tiene que mantenerse puro. ¡No cabe duda!

-Bueno, pues hazlo. Pero no entiendo por qué un hombre que reprime su sexo va a ser más «puro» que cualquier otro. ¿O es que tú puedes eliminar lo sexual de todos tus pensamientos y sueños?

Me miró desesperado.

-¡No, claro que no! ¡Pero, Dios mío, debiera ser así! Por la noche tengo sueños que no podría contármelos ni a mí mismo. ¡Sueños horribles, créeme!

Me acordé de lo que me había dicho Pistorius. Pero, aunque consideraba válidos sus consejos, no podía transmitirlos; no sabía dar un consejo que no proviniera de mi propia experiencia y que yo mismo no me atreviera a seguir consecuentemente. Me quedé

callado y me sentí humillado por no saber dárselo a alguien que venía a pedírmelo.

-¡Lo he intentado todo! -lloriqueaba Knauer junto a mí-. He hecho todo lo que se puede hacer, con agua fría, con nieve, con gimnasia, con carreras. Pero no sirve de nada. Todas las noches me despierto sobresaltado por sueños en los que no debo pensar. Y lo peor es que lentamente voy perdiendo todo lo que he aprendido intelectualmente. Ya casi no consigo concentrarme o dominarme; a veces me paso la noche entera en vela. No voy a poder aguantarlo mucho tiempo. Si al final no puedo luchar, si cedo y me ensucio otra vez, voy a ser más miserable que los que nunca han luchado siquiera. Lo comprendes, ¿verdad?

Asentí, pero no tenía nada que añadir a eso. Empezaba a aburrirme. Me asusté de mí mismo porque su miseria y su desesperación, tan patentes, no lograban hacerme una impresión más profunda. Sólo sentía que no podía ayudarle.

-Entonces ¿tú no sabes decirme nada? -dijo por fin, agotado y triste-. ¿Nada en absoluto? Tiene que haber un camino. ¿Cómo lo solucionas tú?

-Yo no sé decirte nada, Knauer. En este caso, uno no puede ayudar a los demás. A mí tampoco me ha ayudado nadie. Tienes que recapacitar sobre ti mismo y hacer lo que brote verdaderamente de tu ser. No hay otra solución. Si no te encuentras a ti mismo, creo que no encontrarás tampoco a ningún espíritu.

El pobre chico me miró desilusionado y súbitamente mudo. Luego su mirada refulgió con odio, me hizo una mueca y gritó:

-¡Ah, menudo hipócrita estás tú hecho! ¡También tú tienes tu vicio, ya lo sé! Te haces el sabio y en secreto estás en la misma basura que yo y que todos. ¡Eres un cerdo! ¡Un cerdo como yo! ¡Todos somos cerdos!

Eché a andar y le dejé. Me siguió aún dos o tres pasos; luego se quedó atrás, se volvió y se alejó corriendo. Me invadió un sentimiento mezcla de compasión y asco y no me pude librar de él hasta que llegué a casa y pude rodearme en mi cuarto de mis dibujos, entregándome con ardiente fervor a mis propios sueños. En seguida surgió el del portal y el escudo, el de mi madre y el de la mujer desconocida; y vi tan claros los rasgos de la mujer que comencé a dibujar su retrato aquella misma noche.

Cuando a los pocos días estuvo terminado, lo colgué al anochecer en la pared de mi cuarto, puse la lámpara delante y me quedé delante de él como ante un espíritu con el que tenía que luchar hasta conseguir una solución definitiva. Era un rostro parecido a Demian, y en algunos rasgos parecido a mí. Uno de los ojos estaba más alto que el otro; su mirada flotaba sobre mí con fijeza pensativa, llena de fatalidad.

Permanecí delante de él; y del esfuerzo interior me fui quedando helado hasta el corazón. Interrogaba al retrato, le acusaba, le acariciaba, le adoraba; llamándole madre, amada, prostituta y perdida, Abraxas. Recordé las palabras de Pistorius. ¿O eran las de Demian? No podía recordar cuándo fueron pronunciadas pero creí estar oyéndolas de nuevo. Eran palabras sobre la lucha de Jacob con el ángel de Dios y aquella frase: «No te dejaré hasta que me hayas bendecido.»

El rostro, iluminado por la lámpara, se transformaba a cada invocación. Se volvía luminoso y claro, y luego oscuro y negro; cerraba los párpados pálidos sobre los ojos muertos y los volvía a abrir lanzando miradas ardientes. Era mujer, hombre, muchacha; era un niño pequeño, un animal; se disolvía en una mancha, volvía a crecer y a aclararse. Por fin cerré los ojos, impulsado por una poderosa voz interior; y entonces vi el retrato dentro de mí, más grandioso y más potente. Quise arrodillarme delante de él;

pero estaba tan dentro de mí que no pude separarlo de mí mismo, como si se hubiera asimilado por completo a mi yo.

Escuché un oscuro y tumultuoso bramido como de vendaval de primavera y me puse a temblar preso de un indescriptible sentimiento nuevo de miedo y vivencia. En mi alma destellaban estrellas y se volvían a apagar; los recuerdos de mi primera y olvidada infancia fluían apretados ante mis ojos. Pero mis recuerdos, que parecían repetir toda mi vida hasta lo más íntimo, no acababan ni ayer ni hoy; seguían, reflejaban un futuro, me arrancaban del día presente hacia nuevas formas de vida cuyas imágenes eran terriblemente claras y cegadoras pero de las que no pude recordar ninguna.

Por la noche me desperté de un profundo sueño. Me encontré aún vestido sobre la cama. Encendí la luz con la sensación de tener que recordar algo muy importante; pero nada sabía ya de las horas anteriores. Al encender la luz aparecieron lentamente los recuerdos. Busqué el retrato, pero ya no estaba en la pared ni tampoco sobre la mesa. Entonces me pareció recordar que lo había quemado. ¿O había soñado que lo había quemado con mis propias manos y me había comido luego las cenizas?

Una terrible inquietud se apoderó de mí. Me puse el sombrero, atravesé la casa y la calle como arrastrado por un impulso; anduve y anduve por calles y plazas como arrastrado por un torbellino; escuché delante de la iglesia de mi amigo, sumida en la oscuridad, buscando y buscando sin saber qué, llevado por un oscuro instinto. Pasé por un arrabal, donde estaban los prostíbulos; aquí y allá brillaba alguna luz. Más allá se alzaban edificios en construcción y montones de ladrillos, cubiertos en parte por nieve grisácea. Errando como un sonámbulo por aquel desierto, me acordé de la casa en construcción de mi ciudad natal a la que Kromer, mi verdugo, me había arrastrado para ajustar cuentas por primera vez. En la noche gris se levantaba ante mis ojos una casa en construcción parecida a aquella, esperándome con su negro portal. Una fuerza me obligaba a entrar; quise alejarme, tropezando con la arena y los escombros, pero la fuerza era irresistible: tuve que entrar.

Dando traspies sobre vigas y ladrillos rotos entré tambaleándome en el desolado recinto. Olía vagamente a humedad fría y a piedra. Había un montón de arena, un manchón blanquecino; el resto estaba a oscuras. Me llamó una voz espantada:

-¡Sinclair! ¡Por Dios! ¿De dónde sales?

Junto a mí emergió de la oscuridad una silueta humana, un chico pequeño y delgado como un fantasma y con cabellos erizados; reconocí a mi compañero Knauer.

-¿Cómo has venido hasta aquí? -me preguntó enloquecido de excitación-. ¿Cómo has podido encontrarme?

No comprendí lo que quería decir.

-No te he buscado -dije aturdido; cada palabra me costaba esfuerzo y salía trabajosamente entre mis labios torpes y helados.

Me miró desconcertado.

-¿No me has buscado?

-No. Algo tiraba de mí. ¿Me has llamado tú? ¡ Seguro que me has llamado! ¿Qué haces aquí? ¡Si es de noche!

Me rodeó desesperadamente con sus brazos delgados.

-Sí, de noche. Pronto amanecerá. ¡Oh Sinclair, tú no me has olvidado! ¿Podrás perdonarme?

-¿Perdonarte, qué?

-¡Oh, me porté tan mal contigo!

En aquel momento me vino a la memoria nuestra conversación. ¿Cuántos días habían transcurrido desde entonces? ¿Cuatro, cinco? Me daba la impresión de que había pasado una eternidad. De pronto me di cuenta de todo. No sólo de lo ocurrido entre nosotros, sino también de por qué había venido yo a aquel lugar y de lo que Knauer había querido hacer.

-¿Querías suicidarte, Knauer?

Se estremeció de frío y de miedo.

-Sí, quería. No sé si hubiera podido. Quería esperar hasta el amanecer.

Le conduje afuera. Los primeros rayos de luz de la mañana, horizontales y fríos, brillaban mortecinos en el aire gris.

Le llevé un trecho cogido del brazo.

-Ahora te vas a casa y no dices a nadie nada. Te has equivocado de camino, ¿comprendes? No somos cerdos como tú crees. Somos seres humanos. Creamos dioses y luchamos con ellos; y ellos nos bendicen.

Seguimos caminando en silencio y nos separamos. Cuando llegué a casa era de día.

Lo mejor que me ofreció aquel tiempo en St. fueron las horas que pasé con Pistorius junto al órgano o frente al fuego de la chimenea. Leímos juntos un texto griego sobre Abraxas; él me leyó unos fragmentos de una traducción de los Vedas y me enseñó a recitar la sagrada «Om». Sin embargo, no fueron estas sabidurías las que me impulsaron hacia adelante, sino más bien todo lo contrario. Lo que me hacía bien era avanzar en mi interior, la creciente confianza en mis propios sueños, pensamientos e intuiciones; y también la conciencia creciente del poder que llevaba en mí mismo.

Con Pistorius me entendía en todos los sentidos. No necesitaba más que pensar intensamente en él para que apareciera o me llegara un saludo suyo. Podía preguntarle cualquier cosa como a Demian, sin necesidad de que estuviera delante: no necesitaba más que imaginármelo y dirigirle mis preguntas en forma de intensos pensamientos. Toda la fuerza psíquica vertida en la pregunta me

volvía convertida en respuesta. Pero no era la persona de Pistorius la que me imaginaba ni la de Max Demian, sino el retrato soñado y dibujado por mí; era esta imagen andrógina de mi demonio, mitad hombre, mitad mujer, a la que tenía que invocar. Ahora no vivía ya solamente en mis sueños y sobre el papel, sino en mí como una imagen ideal, como potenciación de mí mismo.

Mis relaciones con Knauer, el suicida frustrado, tomaron un matiz curioso y a veces casi cómico. Desde aquella noche en la que yo le había sido enviado, iba detrás de mí como un criado o un perro fiel, intentando unir su vida a la mía y siguiéndome ciegamente. Acudía a mí con las preguntas y los deseos más raros; quería ver espíritus, aprender la cábala; y no me quería creer cuando le aseguraba que yo no sabía nada de esas cosas. Me creía capaz de todo. Era curioso que muchas veces viniera con sus preguntas tontas y raras precisamente cuando yo mismo tenía algún problema que resolver, y que sus caprichosas ocurrencias y preocupaciones me dieran a menudo la clave y el impulso para solucionar las mías. Con frecuencia su presencia me molestaba, y yo le ordenaba que se marchara con tono autoritario; pero al mismo tiempo sentía que también él me había sido enviado, que también él me devolvía doblado lo que yo le daba, que también él era como un guía o más bien un camino para mí. Los libros y escritos absurdos que me traía y en los que él buscaba su salvación me enseñaron más de lo que yo podía imaginar en aquel momento.

Más adelante Knauer desapareció de mi vida sin pena ni gloria. Con él no hubo necesidad de explicaciones; pero con Pistorius, sí. Con Pistorius me sucedió algo muy extraño al final de mi época de colegio en St. Tampoco los hombres bondadosos se libran de entrar a lo largo de su vida una o varias veces en conflicto con las bellas virtudes de la piedad y de la gratitud. Cada hombre tiene que dar una vez el paso que le aleja de su padre, de su maestro; cada cual tiene que probar la dureza de la soledad, aunque la mayoría de los hombres aguanta poco y acaba por claudicar. De mis padres y de su mundo, el mundo «claro» de mi niñez, me había separado sin lucha; lenta y casi imperceptiblemente me había alejado de ellos. Aquello me dolía, y durante las visitas a casa me amargaba las horas; sin embargo, no llegaba hasta el corazón: se podía soportar.

Pero en los casos en los que no ha sido la costumbre sino el más íntimo impulso el que nos ha llevado a ofrecer amor y veneración, cuando hemos sido discípulos y amigos de todo corazón, el momento de reconocer que la corriente dominante en nosotros se aparta de la persona querida es amargo y terrible. Cada pensamiento que rechaza al amigo y al maestro se vuelve con aguijón venenoso contra nuestro propio corazón; cada golpe de defensa nos da en la propia cara. A quien creía actuar según una moral válida se le aparecen las palabras «infidelidad» e «ingratitude» como vergonzosos reproches y estigmas; el corazón aterrado huye temeroso a refugiarse en los amados valles de las virtudes infantiles. Me costaba trabajo comprender que también esta ruptura ha de ser llevada a cabo, que también hay que cortar este lazo.

Poco a poco un sentimiento fue negándose en mí a reconocer a mi amigo Pistorius incondicionalmente como guía. Su amistad, su consejo, su consuelo y su presencia había sido lo mejor que yo había tenido en los meses más difíciles de mi adolescencia. A través de él Dios me había hablado. De su boca habían salido mis sueños, clarificados e interpretados. Él me había dado el valor de aceptarme a mí

mismo. Y ahora sentía una creciente resistencia contra Pistorius. Creí oír demasiadas enseñanzas en sus palabras, y sentí que captaba solamente una parte de mi ser.

No hubo riña, ni discusión entre nosotros, ni ruptura, ni siquiera una explicación. Le dije una sola palabra, en el fondo inocente, pero que precisamente en aquel momento rompió toda nuestra ilusión en mil pedazos multicolores.

El presentimiento de que esto sucedería me venía obsesionando desde hacía tiempo, y se transformó en certidumbre un domingo en su vieja habitación de sabio. Estábamos tumbados en el suelo frente al fuego; él hablaba sobre los misterios y formas de religión que estudiaba y en los que meditaba y cuyo posible futuro le preocupaba. Sin embargo, a mí todo ello me parecía más curioso e interesante que esencialmente vital. Me sonaba a erudición, a búsqueda fatigosa entre las ruinas de mundos pretéritos. Y, de pronto, sentí aversión contra esta manera de ser, contra este culto a la mitología, contra este rompecabezas de viejas doctrinas religiosas.

-Pistorius -dije súbitamente, con una explosión de maldad que a mí mismo me asustó y sorprendió-, debiera usted contarme algún sueño, un sueño verdadero que haya tenido por la noche.

Sabe, eso que me está ahora contando es... ¡tan arqueológico! Nunca me había oído hablar así; en seguida me di cuenta, con vergüenza y angustia, de que la flecha que le había disparado, hiriéndole en el corazón, provenía de su propio arsenal, de que los reproches que a menudo le había oído hacerse irónicamente a sí mismo se los lanzaba yo ahora afilados con malicia.

Pistorius se percató de mi intención inmediatamente y se quedó callado. Le observé con el corazón en un puño y vi cómo se ponía profundamente pálido.

Después de un largo silencio, colocó un leño en el fuego y dijo muy tranquilo:

-Tiene usted razón, Sinclair, es usted muy inteligente. Procuraré no molestarle con arqueologías.

Habló muy sereno pero yo percibí perfectamente el dolor de la herida. ¿Qué había hecho?

Estuve a punto de echarme a llorar; quise volverme hacia él con cariño, pedirle perdón, confirmarle mi amistad, mi profunda gratitud. Me acudieron a la mente palabras llenas de emoción; pero no pude pronunciarlas. Me quedé tumbado, mirando al fuego y callado. El tampoco habló. Y así permanecimos los dos, mientras el fuego se consumía y se desmoronaba; y con cada llama que se extinguía sentí que algo hermoso y profundo que nunca más volvería se apagaba y volatilizaba.

-Creo que me ha comprendido mal -dije por fin entre dientes con voz seca y ronca-. Estas estúpidas palabras sin sentido salieron mecánicamente de mi boca, como si las estuviera leyendo en un serial del periódico.

-Le comprendo perfectamente -dijo Pistorius-. Tiene usted razón. -Se interrumpió, luego siguió lentamente.- En la medida que un hombre puede tener razón contra otro hombre.

«¡No, no! -clamaba algo en mí-, no tengo razón.» Pero no pude decir nada. Sabía que con mi corta frase había puesto al descubierto su debilidad esencial, su problema y su herida. Había tocado el punto, en que él desconfiaba de sí mismo. Su ideal era «arqueológico»; Pistorius buscaba mirando hacia atrás, era un romántico. Y de pronto comprendí que lo que Pistorius había sido para mí no podía serlo para él mismo, y que tampoco podía darse a sí mismo lo que él me había dado. Me había enseñado un camino que le sobrepasaba y dejaba atrás, también a él, al guía. ¡Dios sabe cómo surgen semejantes palabras! Yo no me había propuesto nada, ni había tenido ni idea de la catástrofe que iba a provocar. Había dicho algo cuyo alcance no conocía en el momento de expresarlo; había cedido a una pequeña ocurrencia, un poco maliciosa, y ésta se había convertido en fatalidad. Había cometido una pequeña y desconsiderada grosería que se había convertido para él en una sentencia.

¡Cómo deseé aquel día que Pistorius se hubiera enfadado o defendido, que me hubiera gritado! Pero no lo hizo; yo lo tuve que resolver todo solo conmigo mismo. Pistorius hubiera sonreído si hubiese podido; pero no pudo, y por eso me di cuenta de lo hondo que le había herido.

Pistorius, al recibir en silencio el golpe que yo, su indiscreto e ingrato discípulo, le asestaba, al darme la razón y reconocer mis palabras como su destino, me obligó a odiarme a mí mismo, al mismo tiempo que centuplicaba las proporciones de mi imprudencia. Al descargar el golpe había creído dar a un hombre fuerte y alerta; pero se trataba de un hombre callado y paciente, indefenso, que se rendía en silencio.

Estuvimos aún un largo rato tumbados ante el fuego que se extinguía; cada figura en las cenizas ardientes, cada brasa que se rompía, me traía a la memoria horas felices, hermosas y fecundas, aumentando más y más mi culpa y mi deuda frente a Pistorius. Finalmente, no pude resistir más; me levanté y me fui. Permanecí mucho tiempo delante de su puerta, en la escalera oscura, delante de la casa, esperando que quizá viniera detrás de mí. Por fin me marché y anduve horas y horas por la ciudad y las afueras, el parque y el bosque, hasta que se hizo de noche. Aquella noche sentí por primera vez el estigma de Caín sobre mi frente.

Lentamente comencé a reflexionar. Mis pensamientos empezaban acusándome y defendiendo a Pistorius; pero acababan siempre en lo contrario. Mil veces estuve a punto de arrepentirme y retirar mis precipitadas palabras; pero éstas habían sido verdad. Entonces conseguí comprender a Pistorius y reconstruir ante mis ojos su sueño: el de ser sacerdote, predicar la nueva religión, instaurar nuevas formas de fervor, de amor y adoración, crear nuevos mitos. Pero esto no era su fuerza ni su misión. Le gustaba demasiado permanecer en el pasado; conocía demasiado bien lo pretérito, sabía demasiadas cosas de Egipto, India, Mitra y Abraxas. Su amor estaba atado a imágenes que el mundo ya conocía y él sabía, en el fondo mejor que nadie, que lo nuevo debía ser diferente, que debía brotar de suelo virgen y no de los museos y de las bibliotecas. Su misión era quizás ayudar a los hombres a encontrarse a sí mismos, como me había ayudado a mí, pero no era darles lo insólito: los dioses nuevos.

En estos momentos tuve una certeza fulminante: cada uno tenía una «misión», pero ésta no podía ser elegida, definida, administrada a voluntad. Era un error desear nuevos dioses, y completamente falso querer dar algo al mundo. No existía ningún deber, ninguno, para un hombre consciente, excepto el de buscarse a sí mismo, afirmarse en su interior, tantear un camino hacia adelante sin preocuparse de la nieta a que pudiera conducir. Aquel descubrimiento me conmovió profundamente; éste fue el fruto de aquella experiencia. Yo había jugado a menudo con imágenes del futuro y soñado con papeles que me pudieran estar destinados, de poeta quizá, de profeta, de pintor o de cualquier otra cosa. Aquellas imágenes no valían nada. Yo no estaba en el mundo para escribir, predicar o pintar; ni yo ni nadie estaba para eso. Tales cosas sólo podían surgir marginalmente. La misión verdadera de cada uno era llegar a sí mismo. Se podía llegar a poeta o a loco, a profeta o a criminal; eso no era asunto de uno: a fin de cuentas, carecía de toda importancia. Lo que importaba era encontrar su propio destino, no un destino cualquiera, y vivirlo por completo. Todo lo demás eran medianías, un intento de evasión, de buscar refugio en el ideal de la masa; era amoldarse; era miedo ante la propia individualidad. La nueva imagen surgió terrible y sagrada ante mis ojos, presentida múltiples veces, quizá pronunciada ya otras tantas, pero nunca vivida hasta ahora. Yo era un proyecto de la naturaleza, un proyecto hacia lo desconocido, quizás hacia lo nuevo, quizás hacia la nada; y mi misión, mi única misión, era dejar realizarse este proyecto que brotaba de las profundidades, sentir en mí su voluntad e identificarme con él por completo.

Había probado mucha soledad. Pero ahora presentí que había una soledad más profunda, y que ésta era inevitable.

No hice ningún intento por reconciliarme con Pistorius. Seguimos siendo amigos pero la relación había cambiado. Hablamos una sola vez del asunto; mejor dicho, habló él. Dijo:

-Yo quise ser sacerdote, como usted sabrá. Hubiera querido ser sacerdote de la nueva religión que presentimos. No podré serlo jamás, lo sé; y lo sé desde hace mucho tiempo sin atreverme a reconocerlo. Tendré que servir a Dios de otra manera, quizá mediante el órgano o quién sabe cómo. Pero tengo que sentirme rodeado de algo que considere bello y sagrado: música de órgano, misterio, símbolo y mito; lo necesito y no pienso renunciar a ello. Eso es mi punto débil. Porque a veces, Sinclair, sé que no debía tener esos deseos, que son un lujo y una debilidad. Sería más grande y más justo si me ofreciera al destino sin ambiciones. Pero soy incapaz; es lo único que no puedo hacer. Quizás usted pueda hacerlo un día. Es muy difícil; es lo único verdaderamente difícil que existe, muchacho. He soñado muchas veces con ello, pero no puedo, me da miedo: no puedo existir tan desnudo y solo; también yo soy un pobre perro débil que necesita un poco de calor y comida y sentir de vez en cuando la proximidad de sus semejantes. El que no tiene ningún deseo excepto su destino, ése no tiene ya semejantes, está solo en medio del universo frío que le rodea. ¿Comprende usted?, como Jesús en Getsemani. Ha habido mártires que se han dejado crucificar a gusto; pero tampoco ellos eran héroes, no estaban liberados;

también ellos deseaban algo que les resultara amable y familiar, y tenían modelos e ideales. Quien desee solamente cumplir su destino, no tiene modelo, ni ideales, nada querido y consolador. Este es el camino que habría que seguir. La gente como usted y como yo está muy sola; pero, al fin y al cabo, nosotros tenemos nuestra amistad, tenemos la satisfacción secreta de rebelarnos, de desear lo extraordinario. También hay que renunciar a eso cuando se quiere seguir el camino consecuentemente. Tampoco se puede querer ser revolucionario, ni mártir, ni dar ejemplo. Sería inimaginable.

Sí, era inimaginable; pero se podía soñar, presentir, intuir. Algunas veces, en momentos tranquilos, sentía algo de aquello. Y concentraba la mirada en mí mismo, contemplando mi destino en los ojos abiertos y fijos. Que estuvieran llenos de sabiduría o de locura, que irradiaran amor o profunda maldad, daba lo mismo. No había posibilidad de elección o deseo. Sólo existía la posibilidad de desearse a sí mismo, de desear el propio destino. Hasta este punto me había servido Pistorius de guía durante un trecho.

En aquellos días anduve como loco, con la tempestad desatada en mi interior; cada paso significaba un peligro; no veía nada más que la oscuridad abismal que se abría ante mis ojos y a la que conducían, perdiéndose en ella, todos los caminos que había conocido hasta entonces. En mi mente vislumbraba la imagen de un guía que se parecía a Demian y en cuyos ojos estaba escrito mi destino.

Escribí sobre un papel: «Mi guía me ha abandonado. Estoy en plena oscuridad. No puedo andar solo. ¡Ayúdame!»

Quería mandárselo a Demian, pero no lo hice. Cada vez que lo iba a hacer me parecía una estupidez carente de sentido. Pero me aprendí de memoria la pequeña oración y la repetía a menudo en mi mente; me acompañaba siempre. Y empecé a intuir lo que era rezar.

La época escolar tocaba a su fin. Mi padre había planeado que hiciera un viaje de vacaciones antes de mandarme a la Universidad. A qué Facultad, no lo sabía aún. Decidieron que estudiara un semestre de filosofía. Hubiera estado también de acuerdo con cualquier otro estudio.

Frau Eva

Durante las vacaciones fui un día a la casa en que había vivido hacía años Max Demian con su madre. Por el jardín paseaba una anciana; me dirigí a ella y averigüé que la casa le pertenecía. Pregunté por la familia Demian y, aunque la recordaba muy bien, no sabía dónde vivía ahora. Al ver mi interés, me invitó a entrar; sacó un álbum encuadernado en cuero y me enseñó una fotografía de la madre de Demian. Yo apenas la recordaba. Al ver la pequeña fotografía, mi corazón casi dejó de latir. ¡Era la imagen de mi sueño! Era ella, la gran silueta de mujer, un poco masculina, parecida a su hijo, con rasgos maternos, rasgos de sinceridad, rasgos de profunda pasión, bella y atractiva, bella e inasequible, demonio y madre, destino y amada. ¡Era ella!

Me sentí traspasado por un asombro salvaje al descubrir que mi imagen soñada vivía sobre la tierra. ¡Aquella mujer que llevaba los rasgos de mi destino existía! ¿Dónde estaba? ¿Dónde? Era la madre de Demian.

Poco después emprendí mi viaje. ¡Un extraño viaje! Iba desasosegado de un lugar a otro, siguiendo mis impulsos, siempre en busca de aquella mujer. Había días en los que encontraba personas que me la recordaban, que se le parecían, que me arrastraban tras de sí por calles, por ciudades desconocidas, por estaciones, por trenes, como en un sueño enmarañado. Había otros días en los que me daba cuenta de lo inútil que era mi búsqueda; entonces me sentaba apático en un parque, en el jardín de un hotel, en una sala de espera, concentrado en mí mismo e intentando revivir en mi interior la imagen amada. Pero la imagen se había hecho ya borrosa y huidiza. No podía dormir; únicamente en el tren, atravesando paisajes desconocidos, lograba dormirme a ratos. Una vez, en Zurich, me siguió una mujer, guapa y un poco descarada. Yo apenas la miré y seguí adelante como si no existiera. Hubiera preferido morir instantáneamente antes que dedicarle a otra mujer ni un minuto de interés.

Yo notaba que mi destino tiraba de mí; sentía que la consumación estaba ya próxima y me enloquecía de impaciencia viendo que no podía precipitarla. Una vez en una estación -creo que fue en Innsbruck- vi pasar en la ventanilla de un tren que salía una figura que me recordó a ella y durante varios días me sentí profundamente desdichado. Otro día volvió a aparecer la imagen en un sueño; desperté con una sensación de vergüenza y vacío ante la insensatez de mi búsqueda y volví directamente a casa.

Un par de semanas más tarde me matriculé en la Universidad de H. Todo me desilusionó. Las clases de historia de la filosofía a las que yo asistía me parecían tan insulsas y mecánicas como la vida que llevaban los jóvenes estudiantes. Todo estaba cortado por el mismo patrón; todos hacían las mismas cosas. La acalorada alegría en los rostros juveniles tenía un aspecto vacío e impersonal. Pero yo era libre, disponía de todo el día y vivía tranquila y cómodamente en una casa antigua fuera de la ciudad. Sobre mi mesa tenía unos tomos de Nietzsche. Con él vivía, sintiendo la soledad de su alma, presintiendo el destino que le empujaba inexorablemente; sufría con él y era feliz de que hubiera existido un hombre que había seguido tan consecuentemente su camino.

Una noche paseaba yo por la ciudad barrida por el viento otoñal, escuchando cantar a los estudiantes en las tabernas. Por las ventanas abiertas salía en densas nubes el humo del tabaco, así como canciones ruidosas y rítmicas pero desangeladas y uniformes.

Parado en una esquina, escuchaba; en dos tabernas resonaba en la noche a un tiempo la alegría ensayada de la juventud. Por todas partes aquel compañerismo, aquellas pandillas sentadas en las tabernas, aquel eludir el destino, la evasión al calor del rebaño. Dos hombres pasaron lentamente a mi espalda y oí un jirón de su conversación.

-¿Verdad que es igual que la cabaña de adolescentes en un pueblo de negros? Y todo igual, hasta los tatuajes, siguen de moda. ¿Ve usted?: esto es la joven Europa.

La voz me sonó conocida y como una singular advertencia. Seguí a los dos hombres por la calle oscura. Uno de ellos era japonés, pequeño y elegante. A la luz de la farola pude ver el brillo de su cara amarilla y sonriente. Volvió a hablar el otro.

-Bueno, tampoco en Japón, en su país, estarán mejor. Las gentes que no siguen a la manada son muy pocas en todas partes. Aquí también hay algunos.

Cada palabra me hizo estremecer de sobresalto gozoso. Conocía al hombre que hablaba. Era Demian.

En el viento de la noche les seguí por las callejas oscuras, escuchando sus conversaciones y disfrutando del sonido de la voz de Demian. Tenía el antiguo sonido, la antigua y hermosa seguridad, la misma tranquilidad; y seguía teniendo poder sobre mí. Ahora todo marchaba bien. Le había encontrado.

Al final de una calle de las afueras, el japonés se despidió y abrió un portal. Demian volvió sobre sus pasos. Yo me había parado y le esperaba en medio de la calle. Con el corazón palpitante le vi venir a mi encuentro, erguido y elástico, con un impermeable oscuro y un bastón colgado del brazo. Llegó hasta mí sin alterar su caminar acompasado, se quitó el sombrero y mostró su rostro despejado tan familiar, con la boca decidida y aquella luz peculiar de su ancha frente.

-¡Demian! -exclamé.

Me tendió la mano.

-¡Por fin, Sinclair! ¡Te esperaba!

-¿Sabías que estaba aquí?

-No, no lo sabía exactamente, pero te esperaba con toda seguridad. Hasta esta noche no te he visto; nos has venido siguiendo todo el tiempo.

-Entonces ¿me has reconocido inmediatamente?

-Naturalmente. Has cambiado, pero llevas la señal.

-¿La señal? ¿Qué señal?

-Antes lo llamábamos el estigma de Caín; supongo que lo recordarás. Es nuestro estigma. Tú siempre lo has llevado; por eso me hice tu amigo. Pero ahora se ha acentuado.

-No lo sabía. O sí, sí lo sabía. Una vez dibujé un retrato tuyo, Demian, y me quedé asombrado porque se parecía también a mí. ¿Era eso el estigma?

-Sí, eso es el estigma. Me alegro de que estés por fin aquí. También mi madre se alegrará.

Me sobresalté.

-¿Tu madre? ¿Está contigo? Ella no me conoce.

-¡Oh!, sabe algo de ti. Te reconocerá aunque yo no le diga quién eres. Hace tiempo que no sabemos nada de ti.

-Quise escribir muchas veces, pero no podía. Desde hace un tiempo presentí que te iba a encontrar pronto. Lo esperaba cada día.

Me cogió del brazo y echó a andar a mi lado. La tranquilidad que emanaba de su persona fue inundándome lentamente. Empezamos a charlar como antes. Recordamos la época del colegio, las clases de religión, y también aquel encuentro aciago durante las vacaciones; pero tampoco en esa ocasión hablamos del lazo más antiguo y estrecho que existía entre nosotros: la aventura con Franz Kromer.

Sin darnos cuenta nos encontramos en medio de un diálogo extraño y lleno de presagios. Siguiendo la conversación de Demian con el japonés, hablamos de la vida estudiantil; y de este tema pasamos a otro que parecía muy lejano. Sin embargo, en las palabras de Demian se fundían ambos íntimamente.

Habló del espíritu de Europa y del signo de nuestra época. Por todas partes -dijo- se extienden el grupo y la manada, por ningún lado la libertad y el amor. El espíritu de corporación, desde las asociaciones estudiantiles y los coros hasta las naciones, no es más que un producto de la necesidad. Es una solidaridad por miedo, temor y falta de imaginación; en su fondo está carcomida y vieja, a punto de desintegrarse.

-La solidaridad -dijo Demian- es algo hermoso. Pero lo que vemos florecer por ahí no es solidaridad. Volverá a renacer del conocimiento del individuo por los individuos y durante algún tiempo transformará el mundo. La que hoy existe no es más que espíritu gregario. Los hombres se unen porque tienen

miedo los unos de los otros; los señores se asocian, los trabajadores se asocian, los sabios se asocian. ¿Y por qué tienen miedo? Sólo se tiene miedo cuando se está en disensión consigo mismo. Tienen miedo porque nunca se han reconocido a sí mismos. ¡Una sociedad de hombres que tienen miedo de lo

desconocido que anida en ellos! Todos se percatan de que sus leyes de vida no funcionan ya, de que viven según los viejos códigos y que ni su religión ni su moral corresponden a lo que necesitamos. Durante cien años y más, Europa no ha hecho más que estudiar y construir fábricas. Todos saben con exactitud cuántos gramos de pólvora se necesitan para matar a un hombre; pero no saben cómo se reza a Dios, no saben siquiera cómo se pasa un rato divertido. ¡Mira las tabernas de los estudiantes! O un lugar de diversión donde se reúne gente rica. ¡Desesperante! Querido Sinclair, de esto no puede salir nada alegre. Los hombres que se apiñan acobardados están llenos de miedo y de maldad; ninguno se fía del otro. Son fieles a unos ideales que han dejado de serlo y apedrean a todo el que crea otros nuevos. Presiento graves conflictos. Vendrán, créeme, vendrán pronto. Naturalmente, no «mejorarán» el mundo. Que los obreros maten a los empresarios, o que Rusia y Alemania disparen una sobre otra, nada altera la situación; sólo cambian los dueños. Pero no será completamente en vano. Hará patente la miseria de los ideales actuales; se saldarán las cuentas con los dioses de la Edad de Piedra. Este mundo, tal como es ahora, quiere morir, quiere sucumbir y lo conseguirá.

-¿Y nosotros? -pregunté.

-¿Nosotros? ¡Oh!, quizá sucumbamos con él. También nos pueden matar. Sólo que con eso no acabarán con nosotros. En torno a lo que quede de nosotros, o en torno a los que sobrevivan entre nosotros, se agrupará la voluntad del futuro. Y se mostrará la voluntad de la humanidad, que nuestra Europa ahogó con su feria de técnica y ciencia. Entonces se demostrará que la voluntad de la humanidad no se identifica nunca, en ningún lado, con las sociedades actuales, los Estados, las naciones, las asociaciones y las Iglesias. Porque lo que la naturaleza quiere hacer del hombre, está escrito en cada individuo, en ti y en mí. Estaba escrito en Jesucristo y está escrito en Nietzsche. Cuando las sociedades actuales se derrumben, habrá sitio para estas corrientes, las únicas importantes, que naturalmente pueden variar cada día.

Llegamos ya muy tarde a un jardín junto al río.

-Vivimos aquí -dijo Demian-, ven pronto a vernos. Te esperamos.

Feliz emprendí mi largo camino a casa en la noche fresca. Aquí y allá regresaban a sus casas estudiantes ruidosos y tambaleantes. Con frecuencia había sentido la discrepancia entre su absurda alegría y mi vida solitaria, a veces con una sensación de envidia

y otras con sarcasmo. Pero nunca había sentido con tanta tranquilidad e intensidad lo poco que aquello me importaba, lo lejano y remoto que me resultaba aquel mundo. Me acordé de algunos funcionarios de mi ciudad natal, señores de edad, honorables, que evocaban las juergas de sus años estudiantiles como si se tratara de un paraíso perdido y veneraban la «libertad» de aquellos años como pudieran hacer los poetas u otros románticos con su infancia. ¡Por todas partes lo mismo! Por todas partes buscaban la «libertad» y la «felicidad» en el pasado, de puro miedo a verse confrontados con su propia responsabilidad y con su propio camino. Pasaban unos años entre borracheras y juergas; luego se sometían y convertían en señores muy serios al servicio del Estado. Sí, nuestra sociedad estaba corrupta; y esta estupidez estudiantil aún era menos estúpida y peligrosa que otras muchas más.

Cuando llegué a mi apartada casa y me metí en la cama estas ideas desaparecieron y todo mi pensamiento se concentró en la gran promesa que aquel día me había deparado. Cuando yo quisiera, mañana mismo, vería a la madre de Demian. ¡Que los estudiantes siguieran emborrachándose y tatuándose las caras, que el mundo estuviera corrupto y a punto de hundirse! ¡Ami qué me importaba! Yo sólo esperaba que mi destino viniera al encuentro en una nueva imagen.

Dormí profundamente hasta muy entrada la mañana. El nuevo día amaneció para mí como uno de esos días festivos y solemnes que no había vivido yo desde las Navidades en la infancia. Estaba lleno de profunda intranquilidad pero sin ningún miedo. Había comenzado un día muy importante para mí; y veía y sentía el mundo que me rodeaba como transformado, expectante, lleno de ideas y festivo. Hasta la suave lluvia de otoño era bella, silenciosa y festiva, llena de música serena y alegre. Por primera vez en mi vida el mundo exterior coincidía perfectamente con mi mundo interior. Cuando esto sucede es fiesta para el alma y merece la pena vivir. Ninguna casa, ningún escaparate, ningún rostro en la calle

me molestaba; todo era como tenía que ser, pero sin el aspecto vacío de lo cotidiano y acostumbrado: era naturaleza expectante, preparada respetuosamente a recibir al destino. Así había visto yo de niño el mundo en las mañanas de las grandes fiestas, en Navidad y en Pascua. No creía que el mundo pudiera ser aún tan hermoso. Me había acostumbrado a vivir replegado en mí mismo y me había hecho a la idea de que había perdido el sentido por lo que pasaba fuera, de que la pérdida de los colores luminosos estaba inevitablemente unida a la pérdida de la infancia y que había que pagar la libertad y madurez del alma con la renuncia a ese suave resplandor. Ahora descubría emocionado que todo aquello había estado sólo tapado y oscurecido y que era posible también, como hombre libre que ha renunciado a la felicidad de la infancia, ver refulgir el mundo y disfrutar de la visión infantil.

Llegó el momento en que me encontré de nuevo ante el jardín, en cuya puerta me había despedido de Max Demian la noche anterior. Detrás de los altos y grises árboles estaba escondida una casita, clara y acogedora; detrás de una cristalera crecían plantas y flores, y por las ventanas se distinguían paredes oscuras con cuadros y librerías. La puerta se abría directamente a un pequeño y cálido saloncito. Una vieja criada con delantal blanco me introdujo y me quitó el abrigo.

Me dejó solo en el saloncito. Miré en torno mío y en seguida me sentí trasladado a mi sueño. Arriba, en la pared de madera oscura, sobre una puerta, colgado en un marco negro y protegido por un cristal un cuadro muy conocido para mí: el pájaro con la cabeza amarilla de gavilán, saliendo del cascarón del mundo. Emocionado, permanecí inmóvil; sentí una extraña alegría mezclada con dolor, como si en ese momento todo lo que había hecho y vivido hasta ahora volviera a mí en forma de respuesta o consumación. Como un relámpago pasó ante mis ojos una multitud de imágenes: la casa paterna con el viejo escudo de piedra sobre el portal; Demian, aún un chiquillo, dibujando el escudo: yo mismo, también un niño, bajo la nefasta influencia de mi enemigo Kromer; yo de joven, en mi cuarto de colegial, dibujando en mi mesa el pájaro de mis sueños con el alma enredada en la red de sus propios hilos. Y todo lo vivido hasta este momento resonaba en mi interior, era aceptado, afirmado y aprobado.

Con los ojos llenos de lágrimas contemplé mi dibujo y me encontré leyendo en mi propia alma. Bajé la mirada: bajo el dibujo del pájaro, en el marco de la puerta abierta había aparecido una mujer alta, vestida de oscuro. Era ella.

No fui capaz de articular ni una palabra. La hermosa y respetable dama me sonrió con un rostro que, como el de su hijo, no tenía edad e irradiaba una viva voluntad. Su mirada era la máxima realización, su saludo significaba el retorno al hogar. En silencio le tendí las manos. Ella las tomó con manos firmes y cálidas.

-Usted es Sinclair. En seguida le he reconocido. ¡Bienvenido!

Su voz era grave y cálida. Yo la bebí como un vino dulce y, levantando los ojos, los dejé descansar en sus rasgos serenos, en los negros y profundos ojos, sobre la boca fresca y madura, sobre la frente aristocrática y despejada que llevaba el estigma.

-¡Qué dichoso soy! -le dije, y besé sus manos-. Me parece haber estado toda mi vida de viaje y llegar ahora a mi patria.

Ella sonrió maternal.

-A la patria nunca se llega -dijo amablemente-. Pero cuando los caminos amigos se cruzan, todo el universo parece por un momento la patria anhelada.

Expresaba así lo que yo había sentido en mi camino hacia ella. Su voz y también sus palabras eran muy parecidas a las de su hijo y, sin embargo, diferentes. Todo en ella era más maduro, más cálido y más natural. Pero lo mismo que Max nunca dio la impresión de ser un chico, tampoco ella parecía madre de un hijo mayor: tan joven y dulce era el resplandor de su rostro y de su pelo, tan tersa y lisa era su piel dorada, tan floreciente su boca. Se erguía ante mí más grandiosa que en mi sueño; y en su proximidad era la felicidad, su mirada el cumplimiento de todas las promesas.

Esta era, pues, la nueva imagen en la que se mostraba mi destino; no severa o desoladora, sino madura y sensual. No tomé ninguna decisión, no hice ninguna promesa; había llegado a la meta, a un mirador desde el que el camino se mostraba amplio y maravilloso, dirigido hacia países de promisión, sombreado por los árboles de la felicidad próxima, refrescado por cercanos jardines del placer. Ya podía sucederme lo que fuera; era feliz de saber que esta mujer existía en el mundo, feliz de beber su voz y respirar su proximidad. Que se convirtiera en madre, amada o diosa, no importaba, con tal de que

existiera, con tal de que mi camino condujera cerca del suyo.

Hizo un gesto hacia mi cuadro.

-Nunca le ha dado a nuestro Max una alegría mayor que cuando le envié este cuadro -dijo pensativa-. También a mí me alegró. Le esperábamos; y cuando llegó el cuadro, supimos que estaba ya de camino hacia nosotros. Cuando usted era un niño, Sinclair, vino mi hijo un día del colegio y me dijo: hay un chico que lleva el estigma sobre la frente. Tiene que ser mi amigo. Era usted. No ha tenido un camino fácil, pero nosotros confiábamos en usted. Una vez, durante las vacaciones en casa, tuvo un encuentro con Max. Entonces tendría usted unos dieciséis años. Max me lo contó.

Yo la interrumpí:

-¡Oh! ¿Por qué se lo ha dicho a usted? ¡Yo pasaba entonces el peor momento de mi vida!

-Sí. Max me dijo: Sinclair tiene ahora que superar lo más difícil. Está intentando refugiarse en la masa; hasta se ha convertido en cliente asiduo de las tabernas. Pero no lo conseguirá. Su estigma está escondido pero arde en secreto. ¿No fue así?

-¡Oh, sí! Así fue exactamente. Entonces encontré a Beatrice y por fin apareció un guía. Se llamaba Pistorius. Me di cuenta de por qué mi infancia había estado tan ligada a Max, de por qué no podía liberarme de él. Querida señora, querida madre, en aquellos días creí muchas veces que tenía que quitarme la vida. ¿Es el camino tan difícil para todos?

Me pasó la mano por el pelo, suavemente como el aire.

-Siempre es difícil nacer. Usted lo sabe; el pájaro tiene que luchar por salir del cascarón. Reflexione otra vez y pregúntese: ¿fue tan difícil el camino? ¿Fue sólo difícil? ¿No fue también hermoso? ¿Hubiera usted conocido uno más hermoso y más fácil?

Negué con la cabeza.

-Fue difícil -dije como en sueños-, fue difícil hasta que apareció el sueño. Ella asintió y me miró intensamente.

-Sí, hay que encontrar el sueño de cada uno, entonces el camino se hace fácil. Pero no hay ningún sueño eterno; a cada sueño le sustituye uno nuevo y no se debe intentar retener ninguno.

Me sobrecogí profundamente. ¿Era aquello un aviso? ¿Era ya una advertencia? Pero no me importaba; estaba dispuesto a dejarme conducir por ella y no preguntar por la meta.

-No sé -dije- lo que ha de durar mi sueño. Quisiera que fuera eterno. Bajo la imagen del pájaro me ha salido a recibir el destino, como una madre, como una amada. A él le pertenezco y a nadie más.

-Mientras su sueño sea su destino, debe serle fiel -concluyó ella gravemente.

Se apoderó de mí la tristeza y el deseo ardiente de morir en aquella hora mágica. Sentí brotar las lágrimas incontenibles y arrasadoras: ¡cuánto tiempo hacía que no lloraba! Bruscamente me aparté de ella, me acerqué a la ventana y miré con ojos ciegos por encima de las flores. A mi espalda oí su voz, tranquila y sin embargo tan llena de ternura, como un vaso de vino colmado hasta el borde.

-Sinclair, es usted un niño. Su destino le quiere. Un día le pertenecerá por completo, como usted lo sueña, si usted le es fiel.

Me había serenado y volví de nuevo el rostro hacia ella. Me tendió la mano.

-Tengo unos pocos amigos -dijo sonriendo-, muy pocos amigos íntimos que me llaman Frau Eva. Usted también me llamará así, si quiere.

Me condujo a la puerta, abrió e hizo un gesto hacia el jardín. -Ahí encontrará a Max.

Bajo los altos árboles permanecí aturrido y emocionado, no sé si más despierto o más sumergido que nunca en mis sueños. La lluvia goteaba suavemente de las ramas. Entré lentamente en el jardín, que se extendía a lo largo de la orilla del río. Por fin encontré a Demian. Estaba en un pequeño cobertizo abierto, con el pecho descubierto, boxeando contra un saco de arena. Me detuve asombrado. Demian tenía un aspecto magnífico. El amplio pecho, la cabeza masculina y firme; los brazos levantados, con sus músculos tensos, eran fuertes y potentes; los movimientos surgían de la cintura, los hombros y los brazos como fuentes.

-¡Demian! -exclamé-. ¿Qué estás haciendo?

Él rió alegremente.

-Me estoy entrenando. He prometido al pequeño japonés una pelea, y él es ágil como los gatos y naturalmente tan astuto como ellos. Pero no podrá conmigo. Es una pequeña, muy pequeña, humillación

que le debo.

Se puso la camisa y la chaqueta.

-¿Has visto ya a mi madre?

-Sí. Demian ¡qué madre más maravillosa tienes! ¡Frau Eva! El nombre le va perfectamente; ¡es como la madre de todas las criaturas!

Me miró un momento a la cara, muy pensativo.

-¿Ya conoces su nombre? Puedes estar orgulloso. Eres el primero a quien se lo ha dicho en el primer momento.

Desde aquel día empecé a entrar y salir en la casa como un hijo y un hermano, pero también como un enamorado. Cuando cerraba la verja detrás de mí, cuando veía aparecer a lo lejos los altos árboles del jardín, me sentía rico y dichoso. Fuera quedaba la «realidad»: las calles y las casas, los hombres y las instituciones, las bibliotecas y las aulas; dentro, sin embargo, reinaba el amor y el alma, el cuento maravilloso y el sueño. Pero no vivíamos en absoluto cerrados al mundo; a menudo vivíamos en nuestros pensamientos y conversaciones en medio de él, sólo que en otro campo: no estábamos separados de la mayoría por barreras, sino por una manera diferente de ver las cosas. Nuestra labor era formar una isla dentro del mundo, quizá dar ejemplo, en todo caso vivir la anunciación de otra posibilidad de vida. Yo, solitario tanto tiempo, conocí la comunión que es posible entre seres que han conocido la completa soledad. Nunca más me sentí atraído a los banquetes de los dichosos, ni a las fiestas de los alegres; nunca más tuve envidia o nostalgia de la amistad de los demás. Y, lentamente, fui iniciado en el misterio de los que llevan «el estigma».

Nosotros, los marcados, parecíamos con razón extraños, incluso locos y peligrosos. Habíamos despertado, o estábamos despertando, y nuestro empeño estaba dirigido a una mayor conciencia; mientras que el empeño y la búsqueda de los demás iba a subordinar, cada vez con más fuerza, sus opiniones, ideales y deberes, su vida y su felicidad, a los del rebaño. También entre aquellos había empeño, y fuerza y grandeza. Pero mientras nosotros, los marcados, creíamos representar la voluntad de la naturaleza hacia lo nuevo, individual y futuro, los demás vivían en una voluntad de permanencia. Para ellos la humanidad -a la que querían con la misma fuerza que nosotros- era algo acabado que había que conservar y proteger. Para nosotros, en cambio, la humanidad era un futuro lejano hacia el que todos nos movíamos, cuya imagen nadie conocía, cuyas leyes no estaban escritas en ninguna parte.

Además de Frau Eva, Max y yo, pertenecían a nuestro círculo, más o menos íntimamente, otros que también buscaban. Algunos iban por caminos determinados y tenían metas especiales. Entre ellos había astrólogos y cabalistas, también un discípulo de Tolstoi, y toda clase de seres sensibles, tímidos y vulnerables, adeptos a nuevas sectas, practicantes de ejercicios indios y vegetarianos. Con ellos no teníamos espiritualmente nada en común, excepto el respeto que cada uno tributaba al sueño vital de su semejante. Estaban más cerca de nosotros los que investigaban en el pasado el afán de la humanidad en busca de dioses y nuevos ideales. Estos traían libros, nos traducían textos antiguos, nos enseñaban reproducciones de viejos símbolos y mitos, y también cómo todo el patrimonio ideal de la humanidad hasta nuestros días había consistido en sueños subconscientes, en sueños en los que la humanidad seguía a tientas las intuiciones de sus posibilidades futuras. Así recorrimos el maravilloso y multiforme laberinto de dioses de la antigüedad hasta los albores del amanecer cristiano. Conocimos las confesiones de los solitarios y las transformaciones de las religiones en la transmisión de un pueblo a otro. De todo lo que fuimos reuniendo resultó una crítica de nuestro tiempo y de la Europa actual, que con un esfuerzo tremendo había dado al hombre nuevas y poderosas armas pero que había caído por fin en una profunda y estremecedora desolación del espíritu. Había ganado el mundo pero había perdido su alma en la empresa.

También había defensores y adeptos de determinadas creencias y doctrinas. Había budistas que querían convertir a Europa, discípulos de Tolstoi y de otras confesiones. Nosotros, en nuestro círculo más íntimo, escuchábamos todo y aceptábamos estas doctrinas simplemente como símbolos. Nosotros, los marcados, no debíamos preocuparnos por la estructuración del porvenir. Cada confesión, cada doctrina salvadora, nos parecía de antemano muerta y sin sentido. Sólo concebíamos como deber y destino el que cada cual llegara a ser él mismo, que viviera entregado tan por completo a la fuerza de la naturaleza en él activa que el destino incierto le encontrara preparado para todo, trajera lo que

trajera.

Presentíamos, claramente expresado o no, que se aproximaba ya una nueva aurora y un derrumbamiento de lo presente. Demian me decía a veces:

-Lo que se avecina es inimaginable. El alma de Europa es un animal que ha estado atado demasiado tiempo. Cuando esté libre, sus primeros movimientos no serán los más amables. Pero los caminos y los rodeos carecen de importancia con tal de que salga a la luz del día la verdadera miseria del alma que ha sido negada y ha estado adormecida durante tanto y tanto tiempo. Ese será nuestro momento; entonces nos necesitarán no como guías o nuevos legisladores -porque nosotros no viviremos las nuevas leyes- sino como seres dispuestos a seguir y a acudir donde el destino nos reclame. Mira, todos los hombres son capaces de hacer lo increíble cuando están amenazados sus ideales. Pero ninguno está dispuesto cuando se presenta un nuevo ideal, un nuevo movimiento de expansión quizá peligroso y misterioso. Los pocos que estaremos preparados seremos nosotros. Por eso estamos marcados, como estaba marcado Cain, para despertar miedo y odio y sacar a la humanidad de su idílica estrechez hacia lejanías de peligro. Todos los hombres que han influido en el curso de la humanidad fueron, sin excepción, capaces y eficaces porque estaban dispuestos a aceptar el destino. Lo mismo Moisés que Buda, Napoleón o Bismarck. Nadie puede elegir la corriente a la que sirve ni el centro desde el que es gobernado. Si Bismarck hubiera comprendido a los socialdemócratas y se hubiera amoldado a ellos, hubiese sido un hombre sabio, pero no un hombre del destino. Así pasó con Napoleón, César, Loyola, ¡con todos! Hay que imaginarse todo esto desde un punto de vista ideológico e histórico. Cuando las transformaciones de la corteza terrestre arrojaron a los animales acuáticos a la tierra y a los animales terrestres a las aguas, fueron los ejemplares preparados a aceptar el destino los que pudieron amoldarse a lo nuevo e inesperado y salvar así su especie. No sabemos si tales ejemplares eran los que antes habían destacado como conservadores o, por el contrario, como originales y revolucionarios. Estaban preparados y por eso salvaron su especie para nuevas evoluciones. Eso es lo que sabemos. Por eso queremos estar preparados.

Frau Eva asistía con frecuencia a estas conversaciones pero nunca hablaba de esta forma. Era para cada uno de nosotros, cuando exteriorizábamos nuestros pensamientos, un oyente atento, un eco lleno de confianza, de comprensión; parecía que todos los pensamientos manaban de ella y volvían a ella. Estar a su lado, oír de vez en cuando su voz y participar en la atmósfera de madurez y espiritualidad que la rodeaba era para mí la felicidad.

Ella notaba en seguida cuándo se producía en mí un cambio, una confusión o una renovación. Me parecía que los sueños que yo tenía al dormir eran inspiraciones suyas. Muchas veces se los contaba y le resultaban comprensibles y naturales; no había dificultades que ella no siguiera con su clara intuición. Durante un tiempo tuve sueños que eran como reproducciones de nuestras conversaciones del día. Soñaba que todo el mundo estaba revolucionado y que yo, solo o con Demian, esperaba tenso el gran destino. Este permanecía oculto pero llevaba los rasgos de Frau Eva: ser elegido o rechazado por ella era el destino.

A veces me decía sonriente:

-Su sueño no está completo, Sinclair, ha olvidado usted lo mejor.

Y podía suceder que yo volviera a recordar nuevos fragmentos y no pudiera comprender cómo antes los había olvidado.

De vez en cuando me sentía inquieto y los deseos me atormentaban. Creía no poder resistir verla junto a mí sin estrecharla entre mis brazos. También esto lo notaba en seguida. Una vez estuve varios días sin aparecer; por fin volví confuso y ella me condujo a un lado y me dijo:

-No debe usted entregarse a deseos en los que no cree. Sé lo que desea. Pero tiene que saber renunciar a esos deseos o deseárselos de verdad. Cuando llegue a pedir con la plena seguridad de que su deseo va a ser cumplido, éste será satisfecho. Sin embargo, usted desea y al mismo tiempo se arrepiente de ello con miedo. Hay que superar eso. Voy a contarle una historia.

Y me contó la historia de un muchacho enamorado de una estrella. Adoraba a su estrella junto al mar, tendía sus brazos hacia ella, soñaba con ella y le dirigía todos sus pensamientos. Pero sabía, o creía saber, que una estrella no puede ser abrazada por un ser humano. Creía que su destino era amar a una estrella sin esperanza; y sobre esta idea construyó todo un poema vital de renuncia y de sufrimiento silencioso y fiel que habría de purificarle y perfeccionarle. Todos sus sueños se concentraban

en la estrella. Una noche estaba de nuevo junto al mar, sobre un acantilado, contemplando la estrella y ardiendo de amor hacia ella. En el momento de mayor pasión dio unos pasos hacia adelante y se lanzó al vacío, a su encuentro. Pero en el instante de tirarse pensó que era imposible y cayó a la playa destrozado. No había sabido amar. Si en el momento de lanzarse hubiera tenido la fuerza de creer firmemente en la realización de su amor, hubiese volado hacia arriba a reunirse con su estrella.

-El amor no debe pedir -dijo-, ni tampoco exigir. Ha de tener la fuerza de encontrar en sí mismo la certeza. En ese momento ya no se siente atraído, sino que atrae él mismo. Sinclair: su amor se siente atraído por mí. El día que me atraiga a sí, acudiré. No quiero hacer regalos. Quiero ser ganada.

Un tiempo después me contó otra historia. Se trataba de un enamorado que amaba sin esperanza. Se refugió por completo en su corazón y creyó que se abrasaba de amor. El mundo a su alrededor desapareció; ya no veía el azul del cielo ni el bosque verde; el arroyo ya no murmuraba, su arpa no sonaba; todo se había hundido, quedando él pobre y desdichado. Su amor, sin embargo, crecía; y prefirió morir y perecer a renunciar a la hermosa mujer que amaba. Entonces se dio cuenta de que su amor había quemado todo lo demás, de que tomaba fuerza y empezaba a ejercer su poderosa atracción sobre la hermosa mujer, que tuvo que acudir a su lado. Cuando estuvo ante él, que la esperaba con los brazos abiertos, vio que estaba transformada por completo; y, sobrecogido, sintió y vio que había atraído hacia sí a todo el mundo perdido. Ella se acercó y se entregó a él: el cielo, el bosque, el arroyo, todo le salió al encuentro con nuevos colores frescos y maravillosos; ahora le pertenecía, hablaba su lenguaje. Y en vez de haber ganado solamente una mujer, tenía el mundo entero entre sus brazos y cada estrella del firmamento ardía en él y refulgía gozosamente en su alma. Había amado y, a través del amor, se había encontrado a sí mismo. La mayoría ama para perderse.

Mi amor hacia Frau Eva era el único sentido de mi vida. Pero ella cambiaba cada día. A veces creía sentir con seguridad que no era su persona por la que se sentía atraída mi alma, sino que ella era un símbolo de mi propio interior que me conducía más y más hacia mí mismo. A menudo oía palabras de ella que me parecían respuestas de mi subconsciente a preguntas acuciantes que me atormentaban. Había momentos en los que me devoraba el deseo y besaba los objetos que habían tocado sus manos. Y lentamente fueron superponiéndose el amor sensual y el amor espiritual, la realidad y el símbolo. Podía suceder que en mi habitación pensara en ella con tranquila intensidad y sintiera su mano en mi mano y sus labios en los míos. Otras veces estaba con ella, miraba su rostro, le hablaba, escuchaba su voz y no sabía si era realidad o sueño. Comencé a intuir de qué modo se puede poseer un amor eternamente. A veces, leyendo un libro, descubría una nueva idea; era como un beso de Frau Eva. Me acariciaba el pelo y me dedicaba una sonrisa cálida y perfumada, y yo tenía la misma sensación de haber dado en mí un paso adelante. Todo lo que me era importante y definitivo, adquiriría su figura. Ella podía transformarse en cada uno de mis pensamientos, y cada uno de mis pensamientos en ella.

Había temido las vacaciones de Navidad, que pasé en casa de mis padres, porque creía que iba a ser un tormento vivir dos semanas enteras lejos de Frau Eva. Pero no lo fue. Era una delicia estar en casa y pensar en ella. Cuando volví a H. pasé aún dos días sin ir a su casa para disfrutar de aquella seguridad e independencia de su presencia física. También tenía sueños en los que mi unión con ella se realizaba en nuevas formas simbólicas. Ella era un mar en el que yo desembocaba. Era una estrella y yo otra que caminaba hacia ella; y nos encontrábamos, nos sentíamos atraídos mutuamente, permanecíamos juntos, girando dichosamente el uno en torno al otro en órbitas próximas y armónicas.

Cuando volví a verla, le relaté este sueño.

-El sueño es hermoso -dijo tranquilamente-, hágalo realidad.

Ya casi en la primavera hubo un día que nunca olvidaré. Entré en el salón; una ventana estaba abierta y en el aire tibio flotaba el pesado perfume de los jacintos. Como no vi a nadie, subí por la escalera a la habitación de Max Demian. Llamé suavemente a la puerta y entré sin esperar respuesta, como acostumbraba a hacer. La habitación estaba oscura, las cortinas cerradas. La puerta del cuartito en el que Max Demian había instalado un laboratorio químico estaba abierta. Desde allí llegaba la luz clara y blanca del sol primaveral a través de las nubes. Yo creí que no había nadie y corrí las cortinas.

Vi a Max Demian sentado en un taburete, cerca de la ventana tapada, acurrucado y extrañamente transformado. Como un rayo me traspasó la idea de que ya lo había visto otra vez. Sus brazos pendían inmóviles, las manos descansaban sobre su regazo; su rostro, echado ligeramente hacia adelante, con

los ojos fijos, estaba vacío y muerto; en sus pupilas brillaba un pequeño y duro reflejo, como un pedazo de cristal. La cara pálida estaba ensimismada y sin otra expresión que la de una tremenda rigidez. Parecía la máscara milenaria de un animal en el portal de un templo. No parecía respirar.

Los recuerdos me inundaron; así, exactamente así, le había visto ya una vez, hacía muchos años, cuando yo aún era un chico. Como ahora, sus ojos estaban vueltos hacia dentro, sus manos inmóviles, una junto a otra, una mosca le había paseado por la cara. Y entonces, hacía quizá seis años, había tenido el mismo aspecto, tan joven y tan intemporal; ni un rasgo de su cara era hoy diferente.

Sobrecogido por un repentino miedo, salí de la habitación y bajé las escaleras. En el salón encontré a Frau Eva. Estaba pálida y parecía cansada; nunca la había visto así. Una sombra pasó por la ventana, y el sol blanquecino e hiriente desapareció de pronto.

-Estuve en la habitación de Max -musité agitado-, ¿ha sucedido algo? Está dormido o ensimismado, no lo sé. Ya le he visto una vez así.

-No le habrá despertado, ¿verdad? -preguntó inquieta.

-No, no me ha oído. Volví a salir en seguida. Frau Eva, dígame, ¿qué le pasa? Ella se pasó la mano por la frente.

-Esté tranquilo, Sinclair, no le pasa nada. Se ha retirado. No tardará en volver.

Se puso en pie y salió al jardín, a pesar de que empezaba a llover. Intuí que no debía acompañarla. Permanecí en el salón, dando paseos de arriba abajo en medio del perfume embriagador de los jacintos, contemplando el dibujo de mi pájaro sobre la puerta y respirando con angustia la siniestra sombra que llenaba esta mañana toda la casa. ¿Qué era? ¿Qué había pasado?

Frau Eva volvió pronto. Las gotas de lluvia brillaban en su pelo negro. Se sentó en su sillón. El cansancio la inundaba. Me acerqué a ella; me incliné y besé las gotas que temblaban en su pelo. Sus ojos estaban claros y serenos, pero las gotas me supieron a lágrimas.

-¿Quiere que vaya a ver cómo está? -murmuré.

Ella sonrió débilmente.

-No sea usted niño, Sinclair -me amonestó en voz alta, como para romper el sortilegio-. Váyase ahora y vuelva más tarde. Ahora no puedo hablar con usted.

Me fui hacia las montañas, alejándome de la casa y de la ciudad. La lluvia fina y oblicua me daba en la cara; las nubes pasaban muy bajas y pesadas, como bajo la presión del miedo. En el valle no se movía el aire; en las alturas parecía que estaba desatada la tormenta. De vez en cuando, el sol rompía descolorido y cegador entre las nubes grises.

Entonces apareció sobre el cielo una nube ligera y amarilla; se agolpó contra el muro de nubarrones grises; y en pocos momentos el viento formó con el amarillo y el azul una imagen, un gigantesco pájaro, que se despegaba del caos azul y desaparecía con amplios aletazos en el cielo. En ese momento se desencadenó la tormenta y la lluvia cayó a torrentes mezclada con granizo. Un trueno breve, inverosímil y terrible, crepité sobre el paisaje azotado; un poco más tarde volvió a romper el sol y sobre las cercanas montañas, más allá del bosque marrón, brilló mortecina e irreal la pálida nieve.

Cuando volví al cabo de unas horas a casa, mojado y despeinado, el mismo Demian me abrió la puerta. Me condujo a su habitación; en el laboratorio ardía una llama de gas; había papeles en desorden. Parecía haber trabajado.

-Siéntate -me invitó-, estarás cansado. Ha hecho un tiempo horrible. Se ve que has dado un buen paseo. Ahora traen el té.

-Hoy sucede algo -comenté vacilante-, no puede ser sólo la pequeña tormenta. Me miró inquisitivamente:

- ¿Has visto algo?

-Sí. Vi durante un instante claramente una imagen en las nubes. -¿Qué imagen?

-Era un pájaro.

-¿El gavián? ¿Seguro? ¿El pájaro de los sueños?

-Sí. Era mi gavián. Era amarillo y gigantesco y desapareció volando en el cielo azul. Demian respiró hondamente.

Llamaron a la puerta. La vieja criada trajo el té.

-Sírvete, Sinclair, por favor. No has visto el pájaro por casualidad, ¿verdad? -¿Por casualidad? ¿Se ven acaso esas cosas por casualidad? -No. Significa algo. ¿Sabes qué?

-No. Presiento que significa conmoción, un paso adelante en el destino. Creo que nos atañe a todos. Demian paseaba agitado de un lado a otro.

-Un paso en el destino -exclamó-. Lo mismo he soñado yo esta noche; y mi madre tuvo ayer un presentimiento que le decía ~ mismo. Yo he soñado que subía por una escalera, a lo largo de un tronco o de una torre. Al llegar arriba vi el país en llamas; era una gran llanura con ciudades y pueblos. Aún no te lo puedo explicar del todo, no lo veo muy claro.

-¿Y ese sueño lo refieres a ti? -pregunté.

-¿A mí? Pues claro. Nadie sueña cosas que no se refieren a él. Pero no me atañe a mi solo, tienes razón. Yo distingo bien los sueños que me anuncian movimientos de mi alma y los otros, muy raros, en los que se presagia el destino de toda la humanidad. He tenido pocas veces sueños de éstos, y nunca uno del que pudiera decir que ha sido una profecía y que se haya cumplido. Las interpretaciones son demasiado vagas. Pero de una cosa sí estoy seguro. He soñado algo que no sólo me atañe a mí. Porque es semejante a otros sueños antiguos que he tenido y de los que es continuación. De éstos, Sinclair, brotan los presentimientos, de que ya te he hablado. Que nuestro mundo está corrupto, ya lo sabemos; esto no sería un motivo suficiente para profetizarle su destrucción o algo parecido. Pero desde hace varios años he tenido sueños de los que he sacado la conclusión o el presentimiento -o como quieras llamarlo- que me hacen intuir que se acerca la destrucción de un mundo viejo. Primero fueron atisbos imprecisos y lejanos; pero cada vez se han ido haciendo más concisos y potentes. Aún no sé más que se avecina algo grande y terrible que me concierne. Sinclair, vamos a vivir lo que hemos discutido más de una vez. El mundo quiere renovarse. Huele a muerte. No hay nada nuevo sin la muerte. Es más terrible de lo que yo había pensado.

Le miré aterrado.

-¿No me puedes contar el final de tu sueño? -pregunté tímidamente. Sacudió la cabeza.

-No.

La puerta se abrió y entró Frau Eva.

-¿Qué hacéis ahí? ¡No iréis a estar tristes!

Tenía un aspecto fresco y nada fatigado. Demian le sonrió y ella se acercó a nosotros como la madre a los niños asustados.

-Tristes, no, madre; sólo hemos meditado un poco sobre los nuevos signos. Pero no tienen que preocuparnos. Lo que tenga que venir, vendrá de pronto; y entonces sabremos lo que necesitamos saber.

Me sentía muy mal; y cuando me despedí y atravesé solo el salón, el perfume de los jacintos me pareció marchito, insípido y fúnebre. Una sombra se había cernido sobre nosotros.

El Principio del Fin

Conseguí quedarme aún durante el verano en H. En vez de permanecer en la casa, pasábamos el día en el jardín, junto al río. El japonés, que por cierto había perdido la pelea con Demian, se había marchado; también el discípulo de Tolstoi faltaba. Demian tenía ahora un caballo y salía a montar todos los días con asiduidad. Yo estaba a menudo con su madre, a solas.

A veces me asombraba la paz de mi vida. Estaba tan acostumbrado a estar solo, a renunciar, a debatirme trabajosamente con mis penas, que estos meses en H. me parecían una isla de ensueño en la que me estaba permitido vivir tranquilo y como hechizado entre cosas y sentimientos bellos y agradables. Sentía que aquello era el preludio de la nueva comunidad superior en que nosotros pensábamos. Pero poco a poco me fue invadiendo la tristeza ante tanta felicidad, pues comprendía que no podía ser duradera. No me estaba concedido vivir en la abundancia y el placer; mi destino, era la pena y la inquietud. Sabía que un día despertaría de aquellos hermosos sueños de amor y volvería a estar solo, completamente solo en el mundo frío de los demás, donde me esperaba la soledad y la lucha, y no la paz y la concordia.

Entonces me acercaba con ternura redoblada a Frau Eva, dichoso de que mi destino aún tuviera aquellos hermosos y serenos rasgos. Las semanas de verano pasaron rápida y ligeramente. El semestre se aproximaba a su fin. La despedida era inminente; no debía pensar en ella y tampoco lo hacía, disfrutando, por el contrario, de los maravillosos días como la mariposa de la flor. Aquello había sido mi época de felicidad, la primera realización plena de mi vida y mi acogida en aquella unión; ¿qué vendría después? Tendría que volver a luchar, a sufrir nostalgias, a estar solo.

En uno de aquellos días sentí con tanta fuerza este presentimiento que mi amor a Frau Eva ardió, de pronto, en llamas dolorosas. ¡Dios mío, qué pronto dejaría de verla, de oír su paso firme y bueno por Ja casa, de encontrar sus flores sobre mi mesa! ¿Qué había conseguido? ¡Había soñado y me había mecido en aquel bienestar, en vez de luchar por ella y atraerla a mí para siempre! Todo lo que ella me había dicho hasta aquel momento sobre el verdadero amor me vino a la memoria: mil palabras sutiles levemente amonestadoras, mil llamadas veladas, quizá promesas. ¿Qué había hecho yo con ellas? ¡Nada! ¡Nada!

Me planté en medio de mi habitación, concentré toda mi conciencia y pensé en Frau Eva. Quería concentrar las fuerzas de mi alma para hacerle sentir mi amor, para atraerla hacia mí. Tenía que venir y desear mi abrazo; mi beso tenía que explorar insaciable sus labios maduros de amor.

Permanecí en tensión hasta que empecé a quedarme frío desde las puntas de los dedos. Sentía que irradiaba fuerza. Por un momento algo se contrajo fuerte e intensamente en mi interior, algo claro y frío. Tuve por un momento la sensación de llevar un cristal en el corazón y supe que aquello era mi yo. El frío me inundó el pecho.

Al despertar del tremendo esfuerzo, noté que algo se acercaba. Estaba muy fatigado, pero dispuesto a ver entrar a Frau Eva en la habitación, ardiente y radiante.

Se oyó el galope de un caballo a lo largo de la calle, sonó cercano y duro, cesó de pronto. Me precipité a la ventana. Abajo Demian bajaba de su caballo. Bajé corriendo:

-¿Qué sucede, Demian? ¿No le habrá pasado nada a tu madre?

No escuchó mis palabras. Estaba muy pálido y el sudor le corría a ambos lados de la frente, sobre las mejillas. Ató las riendas de su caballo sudoroso ala verja del jardín, me cogió del brazo y echó a andar conmigo calle abajo.

-¿Sabes ya lo que ha pasado?

Yo no sabía nada.

Demian me apretó el brazo y volvió el rostro hacia mí con una extraña mirada, oscura y compasiva.

-Si, amigo, la cosa va a estallar. Ya sabes que hay graves tensiones con Rusia... -¡Qué! ¿Hay guerra? Nunca creí que fuera a ocurrir.

Demian hablaba muy bajo, aunque no había nadie en los alrededores.

-Aún no se ha declarado. Pero hay guerra. Seguro. Desde aquel día no te he vuelto a molestar con mis visiones, pero ya he tenido tres nuevos avisos. Así que no será el fin del mundo, ni un terremoto, ni una revolución. Será la guerra. ¡Ya verás qué impacto! La gente estará entusiasmada, todos están deseando empezar a matar. Tan insípida les resulta la vida. Pero verás, Sinclair, cómo esto es sólo el principio. Seguramente será una gran guerra, una guerra monstruosa. Pero también será sólo el principio. Lo nuevo empieza, y lo nuevo será terrible para los que están apegados a lo viejo. ¿Qué vas a hacer?

Yo estaba consternado; todo aquello me sonaba extraño e inverosímil. -No sé. ¿Y tú?

Se encogió de hombros.

-En cuanto movilicen, me incorporaré. Soy oficial.

-¿Tú? ¡No lo sabía!

-Si. Fue una de mis adaptaciones. Ya sabes que nunca me gusto llamar la atención y que siempre me he esforzado en ser correcto. Creo que dentro de ocho días estaré en el frente.

-¡¡Dios mío!!

-No tienes que tomarlo por la tremenda. En el fondo no me va a hacer ninguna gracia ordenar que disparen sobre seres vivos, pero eso no tiene importancia. Ahora todos entraremos en la gran rueda. Tú también. Te llamarán a filas.

-¿Y tu madre, Demian?

Ahora volví a acordarme de lo que había pasado un cuarto de hora antes. ¡Cómo se había transformado el mundo! Había concentrado todas mis fuerzas para conjurar la imagen más dulce; y ahora, de pronto, el destino me salía al encuentro tras una máscara amenazadora y terrible.

-¿Mi madre? ¡Ah! Por ella no tenemos que preocuparnos. Está segura, más segura que nadie en este momento sobre el planeta. ¿Tanto la quieres? -¿Lo sabías, Demian?

Se rió alegre y abiertamente.

-¡Eres un niño! Claro que lo sabía. Nadie ha llamado aún a mi madre Frau Eva sin quererla. A todo esto, ¿qué ha sucedido? Nos has llamado a ella o a mí, ¿verdad? -Sí, he llamado... he llamado a Frau Eva.

-Ella lo ha notado. De pronto me mandó marchar, me dijo que tenía que venir a verte. Acababa de contarle las noticias de Rusia.

Volvimos y ya no hablamos más. Demian soltó su caballo y monto.

En mi cuarto me di cuenta de lo agotado que estaba por las noticias de Demian, pero aún más por el esfuerzo anterior; ¡Frau Eva me había oído! ¡La había alcanzado con mis pensamientos en medio del corazón! Hubiera venido ella misma... si no... ¡Qué extraño y qué hermoso era todo en el fondo! Y ahora vendría la guerra. Ahora sucedería lo que habíamos discutido tantas y tantas veces. Y Demian había intuido lo que estaba pasando. ¡Qué extraño! El raudal de la vida ya no pasaría delante de nosotros, sino por nuestros corazones. Aventuras y violencias nos llamarían; y ahora o muy pronto llegaría el momento en que el mundo que quería transformarse nos necesitaba. Demian tenía razón; no se podían tomar las cosas por la tremenda. Lo único que resultaba curioso era que yo iba a compartir con los demás un asunto tan individual como el destino. ¡Pero, adelante! Estaba preparado. Por la noche, al pasear por la ciudad, la excitación bullía por todos los rincones. Por todas partes una palabra: «¡Guerra!» Fui a casa de Frau Eva y cenamos en el jardín. Yo era el único invitado. Nadie habló ni una palabra sobre la guerra. Más tarde, antes de despedirme, Frau Eva me dijo:

-Querido Sinclair, me ha llamado usted hoy. Ya sabe por qué no he acudido. Pero no lo olvide; ahora conoce usted la llamada y siempre que necesite usted a alguien que lleve el estigma, llame usted.

Se levantó y echó a andar delante de nosotros por la oscuridad del jardín. Alta y majestuosa caminaba, enigmática, entre los árboles silenciosos, mientras brillaban sobre su cabeza, pequeñas y

delicadas, millares de estrellas.

Llegó el final. Las cosas siguieron un curso rápido. Pronto estalló la guerra y Demian partió hacia el frente, muy extraño con su uniforme y su capote gris. Yo acompañé a su madre a casa. Pronto me despedí también yo de ella. Me besó en los labios y me apretó un momento contra su pecho, mientras sus grandes ojos refulgían cercanos y firmes en los míos.

Todos los hombres estaban hermanados. Hablaban de la patria y el honor; pero era el destino al que por un instante todos miraban al rostro desnudo. Hombres jóvenes salían de los cuarteles y subían a los trenes; y en muchos rostros vi el estigma -no el nuestro una señal hermosa y honorable que significaba amor y muerte. También a mí me abrazaron gentes a las que no había visto nunca; yo lo comprendía y les correspondía gustoso. Era una embriaguez la que les impulsaba, no una aceptación del destino; pero era una embriaguez sagrada y provenía de la breve y definitiva confrontación con el destino.

Era ya casi invierno cuando llegué al frente.

Al principio, a pesar de la impresión que me causaron los tiroteos, estaba decepcionado. Siempre me había preguntado por qué tan pocos hombres vivían por un ideal. Ahora descubrí que muchos, casi todos los hombres, eran capaces de morir por un ideal; pero tenía que ser un ideal colectivo y transmitido, y no personal, y libremente elegido.

Con el tiempo vi que había subestimado a los hombres. A pesar de que el servicio y el peligro compartido les igualaba, vi a muchos, vivos y moribundos, acercarse gallardamente al destino. Muchos tenían, no sólo durante el ataque sino siempre, esa mirada firme, lejana y un poco obsesionada que nada sabe de metas y que significa la entrega total a lo monstruoso. Creyeran u opinaran lo que fuera, estaban dispuestos, eran utilizables, de ellos se podría formar el futuro. No importaba que el mundo se obstinara rígidamente en los viejos ideales de la guerra, en el heroísmo y el honor, ni que las voces de aparente humanidad sonaran tan lejanas e inverosímiles: todo ello se quedaba en la superficie, al igual que la cuestión de los fines exteriores y políticos de la guerra. En el fondo había algo en gestación. Algo como una nueva humanidad. Porque había muchos -más de uno murió a mi lado- que habían comprendido que el odio, la ira, el matar y aniquilar no estaban unidos al objeto de la guerra. No, el objeto y los objetivos eran completamente casuales. Los sentimientos primitivos, hasta los más salvajes, no estaban dirigidos al enemigo; su acción sangrienta era sólo reflejo del interior, del alma dividida, que necesitaba desfogarse, matar, aniquilar y morir para poder nacer. Un pájaro gigantesco luchaba por salir del cascarón; el cascarón era el mundo y el mundo tenía que caer hecho pedazos.

Una noche de primavera yo hacía guardia delante de una granja que habíamos ocupado. Un viento flojo soplaba en ráfagas caprichosas; por el alto cielo de Flandes corrían ejércitos de nubes entre las que se asomaba la luna. Había estado muy inquieto todo el día por algo que me preocupaba. Ahora, en mi puesto oscuro, pensaba intensamente en las imágenes gigantescas y oscilantes, pensaba con fervor en las imágenes que constituían mi vida, en Frau Eva, en Demian. Apoyado contra un álamo contemplaba el cielo inquieto en el que las manchas claras, misteriosamente dinámicas, se transformaban en grandes y palpitantes secuencias de imágenes. Sentía, por la extraña intermitencia de mi pulso, por la insensibilidad de mi piel al viento y a la lluvia, por la luminosa claridad interior, que cerca de mí había un guía.

En las nubes se veía una gran ciudad de la que salían millones de hombres que se extendían en enjambres por el amplio paisaje. En medio de ellos apareció una poderosa figura divina, con estrellas luminosas en el pelo, alta como una montaña, con los rasgos de Frau Eva. En ella desaparecían las columnas de hombres como en una gigantesca caverna. La diosa se acurrucó en el suelo; el estigma relucía sobre su frente. Un sueño parecía ejercer poder sobre ella; cerró los ojos y su gran rostro se contrajo por el dolor. De pronto lanzó un grito agudo y de su frente saltaron estrellas, miles de estrellas relucientes que surcaron en fantásticos arcos y semicírculos el cielo negro.

Una de las estrellas vino vibrante hacia mí; parecía buscarme. Explotó rugiendo en mil chispas, me levantó del suelo y volvió a estamparme contra él. El mundo se

desmoronó con ruido atronador en torno mío. Me hallaron junto al álamo, cubierto de tierra y con muchas heridas.

Estaba tendido en una cueva, mientras los cañones retumbaban sobre mí. Me encontré luego en un carro, dando tumbos por campos desiertos. La mayor parte del tiempo dormía o estaba inconsciente.

Pero mientras más profundamente dormía, más vivamente sentía que algo me atraía, que una fuerza me dominaba. Estaba tumbado en una cuadra sobre paja. Todo estaba a oscuras.

Alguien me pisó la mano. Pero mi alma quería proseguir su camino, que la atraía con fuerza cada vez mayor. Volví a encontrarme en un carro y más tarde sobre una camilla o una escalera, y cada vez me sentía más imperiosamente llamado; no sentía más que el ansia de llegar por fin.

Llegué a mi destino. Era de noche, estaba completamente consciente; unos momentos antes había sentido poderosamente el deseo y la atracción. Ahora me encontraba en una sala tumbado en el suelo, y pensé que era allí de donde me habían llamado. Miré a mi alrededor; junto a mi colchoneta había otra y un hombre sobre ella.

Se irguió un poco y me miró. Llevaba el estigma en la frente. Era Max Demian.

No pude hablar; tampoco él pudo, o quizá no quiso. Sólo me miraba atentamente. Sobre su rostro daba la luz de un farol que pendía en la pared sobre su cabeza. Me sonrió.

Estuvo un largo rato mirándome con fijeza a los ojos. Lentamente acercó su rostro al mío, hasta que casi nos tocamos.

-¡Sinclair! -dijo con un hilo de voz.

Le hice un gesto con los ojos, para darle a entender que le oía. Sonrió otra vez, casi con compasión.

-¡Sinclair, pequeño! -dijo sonriendo.

Su boca estaba ahora muy cerca de la mía. Continuó hablando muy bajo. -¿Te acuerdas todavía de Franz Kromer? -preguntó.

Le hice una señal, sonriendo también.

- ¡Pequeño Sinclair, escucha! Voy a tener que marcharme. Quizá vuelvas a necesitarme un día, contra Kromer o contra otro. Si me llamas, ya no acudiré tan toscamente a caballo o en tren. Tendrás que escuchar en tu interior y notarás que estoy dentro de ti, ¿comprendes? ¡Otra cosa! Frau Eva me dijo que si alguna vez te iba mal, te diera el beso que ella me dio para ti... ¡Cierra los ojos, Sinclair!

Cerré obediente los ojos y sentí un beso leve sobre mis labios, en los que seguía teniendo un poco de sangre, que parecía no querer desaparecer nunca. Entonces me dormí.

Por la mañana me despertaron para curarme. Cuando estuve despierto del todo, me volví rápidamente hacia el colchón vecino. Sobre él yacía un hombre extraño al que nunca había visto.

La cura fue muy dolorosa. Todo lo que me sucedió desde aquel día fue doloroso. Pero, a veces, cuando encuentro la clave y desciendo a mi interior, donde descansan, en un oscuro espejo, las imágenes del destino, no tengo más que inclinarme sobre el negro espejo para ver mi propia imagen, que ahora se asemeja totalmente a él, mi amigo y guía.

El Último Verano de Klingsor

Alma de Niño

A veces actuamos, vamos de un sitio a otro, hacemos esto o aquello y todo resulta fácil, ingrátido, incluso gratuito. Todo podría ser distinto, naturalmente. En otras ocasiones, sin embargo, nada podría ser diferente de como es, nada gratuito ni fácil; cada uno de nuestros gestos está ya determinado, marcado por el destino.

Los actos de nuestra vida considerados buenos y sobre los que nos gusta hablar pertenecen a ese primer tipo, al «fácil»; los olvidamos con rapidez. Los otros, de los que raramente hablamos, no los olvidamos nunca, nos pertenecen más y su sombra cubre todos los días de nuestra vida.

La casa paterna, grande y clara, se halla en una calle luminosa. Se entra por una puerta alta. Pero, apenas dentro, te apresa el frío, la penumbra, el aire húmedo, pétreo. Nos recibe un sombrío vestíbulo alto y silencioso. El suelo de ladrillos rojos conduce, en ligera pendiente, hacia la escalera situada al fondo, en el claroscuro. Mil veces pasé por esta puerta sin prestarle atención, sin fijarme ni en el pasillo, ni en las baldosas, ni en la escalera. De todas formas constituye el paso a otro mundo, a «nuestro» mundo. El vestíbulo huele a piedra, es tenebroso; la escalera conduce de la fría oscuridad a la luz, arriba, a la luminosa felicidad. Pero siempre antes que todo está el vestíbulo y las lúgubres sombras. Algo del padre, algo de su majestad y poder, algo de culpabilidad y castigo. Mil veces lo crucé riendo. Pero en algunas ocasiones, al entrar, inmediatamente sentía sofoco, opresión, miedo; en seguida buscaba la escalera liberadora.

Un día, tenía yo once años, llegué de la escuela. Era uno de esos días en que el destino está al acecho en cada rincón, en que fácilmente puede pasar algo. En semejantes días parece que cada perturbación y trastorno de nuestra alma se refleja en el mundo circundante y lo altera. Miedo y desasosiego oprimen el corazón y buscamos - y encontramos— la presunta causa fuera de nosotros. Consideramos mal hecho el mundo y tropezamos por doquier con resistencias.

Así era aquel día. Desde temprano sentía opresión. ¿Quién sabe por qué? Tal vez por una pesadilla. Me oprimía un sentimiento de mala conciencia, a pesar de que no había hecho nada especial. Por la mañana la cara de mi padre tenía una expresión de dolor, estaba llena de mudos reproches; la leche del desayuno resultó insípida, fría. En la escuela no tuve, realmente, problemas, pero de pronto todo tenía un sabor desesperante, apagado y desalentador. A ello se unía la sensación, que ya conocía, de impotencia y desazón, sensación que nos dice que el tiempo es infinito y que nosotros seremos pequeños y débiles eternamente. Siempre estaremos en esa estúpida y hedionda escuela. Años y años. La vida, toda, es absurda y repugnante.

Aquel día incluso me enfadé con mi mejor amigo. Hacía poco que había hecho amistad con Oskar Weber, hijo de un maquinista, sin saber a ciencia cierta lo que en él me atraía. En una ocasión se jactó de que su padre ganaba al día siete marcos y yo le repliqué, al azar, que el mío ganaba catorce. Se dejó impresionar sin hacer ninguna objeción. Así comenzó todo. Unos días después Weber y yo fundamos una asociación. Hicimos un fondo común con el que más tarde pensábamos comprar una pistola. La pistola estaba en el escaparate de una ferretería. Era un arma maciza con dos cañones azulados. Weber había calculado que con sólo ahorrar en serio una temporada podríamos comprarla. Dinero siempre había, él lo recibía con frecuencia, para sus gastos, o a veces lo encontraba en un callejón, o hallaba cosas de valor como herraduras, pedazos de plomo que se vendían bien. En seguida aportó unas monedas y me convenció de que nuestro plan era perfectamente posible y realizable.

Mientras aquel mediodía penetraba en el vestíbulo de mi casa y me sumergía en la fría y cavernosa

atmósfera, entre oscuras advertencias de mil cosas incómodas y odiosas, mis pensamientos estaban ocupados en Oskar Weber. Sentía que no le quería, a pesar de que su rostro bondadoso, que recordaba el de una lavandera, me era simpático.

Lo que me atraía en él no era su persona, sino otra cosa: su manera de ser que se reflejaba en todas sus hazañas, un cierto modo de vivir audazmente, una desenvoltura ante el peligro y la adversidad, una seguridad en las pequeñas cosas prácticas de la vida, con el dinero, con las tiendas, con los talleres, con las mercancías y los precios, con la cocina y la ropa. Los muchachos como Weber, a quienes los golpes de la escuela no parecían doler y que se hacían amigos de cocheros, criados y obreras, estaban en el mundo de otra manera, más seguros; eran, como quien dice, adultos. Sabían cuánto ganaba su padre y sabían, sin duda, otras muchas cosas de las que yo no tenía ninguna experiencia. Se reían de expresiones y de chistes que yo no entendía. Y reían de un modo inalcanzable para mí, de forma grosera y cruda, pero indiscutiblemente «adulta» y «varonil». No servía de nada el que yo fuera más inteligente que ellos, que supiera más en la escuela. Como no servía de nada ir mejor vestido, peinado y más limpio. Al contrario, estas diferencias les favorecían. Muchachos como Weber podían penetrar sin ninguna dificultad en este mundo que flotaba ante mis ojos, en fantástico claroscuro, mientras que para mí estaba excesivamente cerrado y cada una de sus puertas debía ser conquistada a fuerza de crecer, de infinitos años de escuela, de exámenes y ardua educación. Naturalmente tales muchachos encontraban además herraduras, dinero, trozos de plomo, recibían una cantidad para sus gastos y propinas y regalos, y, de cualquier modo, prosperaban.

Presentía que mi amistad con Weber, nuestro fondo común, eran sólo nostalgia de «aquel mundo». Lo que realmente apreciaba en Weber era su gran secreto, gracias al cual estaba más cerca de los adultos que yo, con mis sueños; vivía en un mundo sin velos, desnudo, robusto. Y presentía la decepción: no conseguiría arrebatarse su secreto ni la llave mágica para entrar en la vida.

Acababa de dejarle. Sabía que iba a casa, ancho y corpulento, silbando alegre sin preocuparle ninguna nostalgia ni pensamiento. Si tropezaba con chicas de servicio y obreros, y veía su vida enigmática, tal vez prodigiosa, tal vez criminal, no se sentía ante ningún enigma o misterio, ante ningún peligro, ante nada salvaje ni emocionante, sino ante algo natural, conocido y familiar para él como el agua. Así era. Y yo, en cambio, siempre me quedaría al margen, solo e inseguro, lleno de presentimientos, pero sin certeza.

Aquel día la vida sabía a desesperación, a insipidez; el día tenía algo de lunes, a pesar de ser sábado, olía a lunes, tres veces más largo y tres veces más aburrido que los demás días. Esta vida era condenada y antipática, falaz y asquerosa. Los adultos actuaban como si el mundo fuera perfecto y ellos semidioses, y nosotros, los chicos, sólo heces y escoria. ¡Qué maestro! Uno sentía aspiración, ambición, tomaba decisiones honradas y apasionadas encaminadas al bien: para aprender los verbos irregulares griegos o para conservar limpio el traje, para obedecer a los padres o para soportar callada y heroicamente todos los dolores y humillaciones. Sí, uno siempre vuelve a levantarse, ardiente y devoto, para consagrarse a Dios y para ir por la senda ideal, limpia y noble hacia la altura, para ejercer la virtud, para sufrir silenciosamente el mal, para ayudar a los demás. ¡Ah, soportar! Siempre quedaba un arranque, un intento y el corto vuelo. Siempre volvía a pasar algo, después de unos días o después de unas horas, que no debería pasar, algo miserable, triste y humillante. ¡Siempre, dejando las firmes y nobles determinaciones y promesas, se recaía inevitablemente en el pecado y la infamia! ¿Por qué uno comprendía tan perfecta y profundamente la belleza y corrección de los buenos propósitos y los sentía en el corazón, mientras que toda la vida —adultos incluidos—apestaba a rutina y estaba siempre dispuesta a dejar triunfar lo sórdido y lo vulgar? ¿Cómo era posible que por la mañana de rodillas sobre la cama, o por la noche ante velas encendidas, uno se uniese con sagrado juramento a lo bueno y a lo divino, llamase a Dios y declarase la guerra para siempre a todos los vicios, y quizá sólo un par de horas más tarde pudiese traicionar miserablemente este juramento sagrado con una risa seductora o con una tonta broma de colegial escuchada con complacencia? ¿Por qué era así? ¿Era distinto para los otros? ¿Los héroes, los romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos habían sido todos distintos, mejores, más perfectos, sin malos instintos, equipados con algún órgano que a mí me faltaba, que les impedía caer del cielo a lo vulgar, de lo sublime a lo deficiente y mísero? ¿Desconocían los héroes y los santos el pecado original? ¿Quizá lo santo y lo noble sólo era posible de forma reducida, rara

y selecta? ¿Pero por qué había nacido en mí, si no era ningún elegido, esta inclinación hacia lo bello y noble, este anhelo salvaje y sollozante de pureza, bondad y virtud? ¿No era para escarnio? ¿En el mundo de Dios podía ser que un hombre, un muchacho, tuviese al mismo tiempo elevados sentimientos y malos instintos y hubiese de sufrir y desesperar, como una figura desgraciada y cómica, para dar gusto al Dios espectador? ¿Sucería así? ¿Y no era el mundo entero una burla diabólica, digna de desprecio? ¿No era Dios un monstruo, un loco, un bufón necio y repugnante? ¡Ah, mientras yo pensaba esto con dejo de lujuria rebelde, mi inquieto corazón me castigaba ya temblando por la blasfemia!

¡Qué claramente vuelvo a ver ante mí, después de treinta años, aquella escalera con las altas y sucias ventanas que se abrían a la pared vecina y que daban tan poca luz, con los fregados peldaños de abeto y los rellanos y la barandilla de madera dura y lisa que yo había pulido- con mis infinitos descensos a toda velocidad. Queda tan lejos la infancia y en suma me parece tan incomprensible y fabulosa; sin embargo, recuerdo perfectamente todo el dolor y la discrepancia que ya entonces, en plena felicidad, existía en mí. Todos estos sentimientos ya estaban en el corazón del niño, idénticos a los que han quedado: duda en el propio valor, vacilación entre la autovaloración y la cobardía, entre la idealización despreciativa del mundo y la vulgar sensualidad. E igual que entonces, más tarde y centenares de veces, vi en esos rasgos de mi ser tanto despreciable enfermedad como perfección. A veces creo que Dios quiere llevarme por este camino angustioso haría un especial retiro y ahondamiento, y otras veces sólo hallo los síntomas de una mezquina debilidad de carácter, de una neurosis, que en la vida arrastran penosamente millares de almas.

Si tuviera que reducir todos los sentimientos y sus angustiosas contradicciones a un sentimiento fundamental y designarlo con un solo nombre, no sabría más palabra que la de miedo. Era miedo, era miedo e inseguridad lo que sentía todas aquellas horas de interrumpida felicidad infantil: miedo al castigo, miedo a la propia conciencia, miedo a los impulsos de mi alma que consideraba prohibidos y criminales.

También aquel día, en el momento que subía la escalera, me sobrecogió este sentimiento de miedo; la escalera se iluminaba al acercarme a la puerta de cristal. El miedo empezaba con una angustia en el bajo vientre que subía hasta el cuello y allí se convertía en sofoco o en náuseas. Siempre sentía simultáneamente, como ahora, una penosa vergüenza, una desconfianza ante todo espectador, un ansia de estar solo y escondido.

Con aquel mísero y maldito sentimiento, un verdadero sentimiento de delincuente, llegué al corredor y a la habitación. Me decía: hoy el diablo anda suelto, pasará algo. Lo captaba como el barómetro registra los cambios de presión, con irremediable pasividad. ¡Ah, volvía de nuevo lo indecible! El demonio rondaba sigilosamente por casa, el pecado original roía el corazón; detrás de cada pared había un espíritu colosal e invisible, un padre y un juez.

Aún no sabía nada, todo era pura sospecha, presentimiento, corrosiva desazón. En tales situaciones, cuando se estaba enfermo, lo mejor, en general, era vomitar y meterse en cama. Muchas veces pasaba sin dolor, venía la madre o la hermana, me daban té y me sentía rodeado de amorosos cuidados; podía llorar o dormir, para despertar luego sano y contento en un mundo completamente distinto, redimido y claro. Mi madre no estaba en la sala de estar y en la cocina sólo había la criada. Decidí ir a ver a mi padre. Una pequeña escalera conducía a su despacho. Aunque también tenía miedo de él, a veces era bueno dirigirse a él, a quien uno tenía que pedir tanto perdón. Era más sencillo y más fácil hallar consuelo en la madre, pero con el padre el consuelo era más valioso, significaba una paz con la recta conciencia, una reconciliación y una nueva alianza con las fuerzas del bien. Después de terribles escenas, investigaciones, confesiones y castigos, a menudo salía del despacho de mi padre bueno y limpio, castigado y amonestado naturalmente, pero lleno de nuevos propósitos, gracias a la unión de fuerzas frente al mal hostil. Decidí ir a ver a mi padre y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que llevaba al despacho. Esta pequeña escalera con su olor peculiar y con el sonido seco de los peldaños de madera huecos y ligeros, era, más que el vestíbulo, un camino significativo y una puerta del destino; muchas idas importantes me habían llevado por estos peldaños, centenares de veces había arrastrado por ellos miedo y tormento moral, obstinación e ira feroz, y no pocas veces había obtenido la salvación y una nueva seguridad. La planta baja de nuestra vivienda era el lugar de la madre y del hijo, allí flotaba una atmósfera inofensiva; arriba vivían el poder y el espíritu,

había el tribunal y el templo, el «reino del padre». Algo angustiado, como siempre, giré el anticuado picaporte y entreabrí la puerta. Aspiré el olor del despacho paterno: olor a libros y a tinta, diluido por el aire azul de las ventanas entreabiertas, cortinas limpias, blancas, un hilo perdido de perfume de agua de Colonia, y sobre la mesa de escribir una manzana. Pero la habitación estaba vacía.

Entré con un sentimiento mitad de decepción y mitad de alivio. Amortigué mis pasos y anduve de puntillas, tal como teníamos que andar ahí arriba con frecuencia cuando el padre dormía o tenía dolor de cabeza. Apenas recordé ese andar silencioso y tuve palpitaciones, volví a sentir con más fuerza la angustiosa presión en el bajo vientre y en la garganta. Seguí adelante de puntillas y angustiado, paso a paso; ya no era un visitante inocente ni un suplicante, sino un intruso. Muchas veces, en ausencia de mi padre, me había colado a escondidas en sus dos habitaciones, había espiado y escudriñado su reino secreto y dos veces había robado algo de dentro.

Recordé este detalle e inmediatamente lo supe: la desgracia estaba aquí, pasaría algo; hacía ahora lo que estaba prohibido. ¡Ni hablar de huir! Pensaba en ello, pensaba con impaciencia y fervor en escapar escaleras abajo a mi cuarto o al jardín, pero sabía que no lo haría, no podría hacerlo. Deseaba interiormente que mi padre se moviese en la habitación contigua, que entrase y rompiese toda la horrible fascinación que me arrastraba y encadenaba diabólicamente. ¡Que venga! ¡Que venga, aunque me riña, pero que venga antes de que sea demasiado tarde!

Tosí para indicar mi presencia y como no recibí ninguna respuesta, llamé en voz baja: «¡Papá!» Todo estaba silencioso, numerosos libros callaban en las paredes, un batiente de la ventana se movía al viento y arrojaba un precipitado reflejo del sol sobre el suelo. Nadie me salvaba y dentro de mí mismo no había ninguna libertad para actuar de otra forma a como el demonio quería. El sentimiento de ser un delincuente me contrajo el estómago y me heló las puntas de los dedos; mi corazón aleteaba angustiosamente. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Sólo sabía que sería algo malo.

Estaba junto a la mesa de escribir, cogí un libro y leí un título inglés que no comprendía. Odiaba el inglés, que mi padre hablaba siempre con mi madre cuando no querían que les comprendiésemos o cuando se peleaban. En una bandeja había toda clase de objetos, mondadientes, plumas, alfileres. Cogí dos plumas y me las metí en el bolsillo, Dios sabe por qué, ni las necesitaba ni carecía de plumas. Sólo lo hice para seguir la presión que me estaba sofocando, que me empujaba a hacer el mal, a perjudicarme a mí mismo, a cargar con la culpa. Eché un vistazo a los papeles de mi padre; vi que había una carta empezada y leí estas palabras: «nosotros y los niños, gracias a Dios, estamos muy bien», y los caracteres latinos de su escritura me parecieron ojos.

Luego, sin hacer ruido y de puntillas, entré en el dormitorio. Allí estaba la cama de hierro del padre, sus zapatillas marrones debajo. Sobre la mesilla de noche había un pañuelo. Aspiré el aire del padre en la fría y clara habitación: su retrato se erigía claramente ante mí. El respeto profundo y la rebeldía luchaban en mi agobiado corazón. Por unos momentos le odié y recordé con malicia y con maligna satisfacción cómo los días en que le dolía la cabeza yacía en su cama, largo y estirado, con un paño mojado sobre la frente, gimiendo de vez en cuando. Sospeché que él, el poderoso, tampoco tenía una vida fácil, que también él, el venerable, conocía la duda en sí mismo y la inquietud. Tan pronto como se desvaneció mi extraño odio, le siguieron la compasión y la ternura. Pero entretanto había abierto un cajón de la cómoda. Había ropa apilada y una botella de agua de Colonia que le gustaba; quise olería, pero la botella estaba aún sin abrir y bien tapada; la volví a dejar en su sitio. A su lado encontré una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz; me metí unas cuantas en la boca. Me invadió una cierta decepción y desilusión, y al mismo tiempo me alegré de no haber encontrado ni cogido nada más.

Cuando ya había renunciado, tiré de otro cajón con el sentimiento algo aliviado y con el propósito de volver a dejar en su sitio las dos plumas robadas. Quizás era posible volver atrás, arrepentirse, corregirse y redimirse. Quizá tenía más fuerza sobre mí la mano de Dios que toda tentación. ..

Eché una rápida mirada por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Ah, si hubiera habido calcetines o camisas o periódicos viejos! Pero allí había precisamente la tentación y en pocos segundos volvió el calambre y el hechizo del miedo; mis manos temblaban y mi corazón palpitaba vertiginosamente. En una caja india o exótica, trenzada con corteza de árbol, vi algo sorprendente, en cualquier caso seductor: una corona entera de higos secos azucarados.

La tomé en la mano, era prodigiosamente pesada. Luego saqué dos o tres higos, me metí uno en la boca y los demás en el bolsillo. Así pues, todo el miedo y toda la aventura no habían sido en vano. De aquí ya no podía obtener ninguna salvación, ningún consuelo. Y no quería salir con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más, casi no se notó. Después otros. Cuando mis bolsillos estuvieron llenos, la corona había quedado reducida a la mitad. Arreglé los higos restantes colocándolos más espaciados, de manera que pareciese que faltaban menos. Sobresaltado cerré violentamente el cajón y salí corriendo por las dos habitaciones, bajé las escaleras y llegué a mi cuarto donde permanecí de pie, apoyado en mi pequeño pupitre; se me doblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

Poco después sonó la campanilla de la comida. Con la cabeza vacía y lleno de desilusión y hastío, metí los higos en mi estantería de libros, los escondí detrás y fui a la mesa. En la puerta del comedor me di cuenta de que tenía las manos pegajosas. Me las lavé en la cocina. En el comedor les encontré a todos esperando. Dije de prisa «Buenos días». Mi padre bendijo la mesa y yo me incliné sobre la sopa. No tenía hambre y me costaba tragar cada sorbo. A mi lado estaban sentadas mis hermanas, enfrente mis padres, todos resplandecientes, alegres y respetables; sólo yo, miserable criminal, solo e indigno, temiendo cualquier mirada amistosa, con el sabor de los higos aún en la boca. ¿Había cerrado la puerta del dormitorio de arriba? ¿Y el cajón?

Era mi desgracia. Me hubiera dejado cortar las manos a cambio de que los higos estuvieran otra vez en la cómoda. Decidí tirarlos, llevármelos a la escuela, regalarlos. ¡Que se marchasen, que no tuviera que verlos nunca más!

—Tienes mala cara hoy —dijo mi padre por encima de la mesa. Miré fijamente mi plato y sentí su mirada sobre mi rostro. Lo notaría. Lo notaba todo siempre. ¿Por qué me atormentaba? Por mí podía llevarme fuera y matarme—. ¿Te pasa algo? —volví a oír su voz. Mentí y dije que tenía dolor de cabeza—. Debes echarte un poco después de comer —dijo—. ¿Cuántas clases tenéis esta tarde?

—Sólo gimnasia.

—Bien, hacer gimnasia no te perjudicará. ¡Pero también debes comer! ¡Haz un esfuerzo! ¡Ya pasará!

Miré de reojo. La madre no decía nada, pero yo sabía que me miraba. Tragué la sopa, luché con la carne y la verdura, bebí agua dos veces. No sucedió nada más. Me dejaron en paz. Al terminar, mi padre dijo la oración de acción de gracias: «Señor, te damos las gracias por tu benevolencia y tu eterna bondad»; un corte corrosivo me separó otra vez de las claras, sagradas y confiadas palabras y de todos los que estaban sentados a la mesa; las arrugas de mis manos eran mentiras y mi actitud devota era blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre pasó su mano por mi cabello y la dejó un instante sobre mi frente para ver si estaba caliente.

¡Qué amargo era todo aquello!

Una vez en mi habitación permanecí de pie ante la estantería. La mañana no había mentido, todos los presagios se habían cumplido. Había sido un día desgraciado, el peor que jamás había vivido. Nadie podía soportar uno peor. De existir un día peor era necesario suicidarse. Lo mejor era el veneno, o colgarse. Era preferible estar muerto que vivir. Todo era tan falso y desagradable. Reflexionando distraído eché mano a los higos ocultos y me comí algunos sin darme cuenta.

Me llamó la atención nuestra hucha, estaba debajo de los libros, en la estantería. Era una caja de puros que yo había cerrado con clavos; en la tapa había abierto una tosca ranura con la navaja para meter las monedas. Estaba mal cortada y salían astillas. Ni esto sabía hacer bien. Tenía compañeros que podían hacerlo con mucha maña, paciencia y de forma tan impecable que parecía cepillado por un carpintero. Pero yo siempre era chapucero, me apresuraba y no dejaba nada bien acabado. Lo mismo sucedía con mis trabajos en madera, lo mismo con mi escritura y mis dibujos, lo mismo sucedía con mi colección de mariposas y con todo. No tenía solución. Estaba ahora aquí y había vuelto a robar, peor que nunca. Aún tenía las plumas en mi bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué las había tenido que coger? ¿Por qué uno tenía que hacer lo que no quería?

En la hucha sonaba una sola moneda, la moneda de diez pfennigs de Oskar Weber. Desde entonces no habíamos echado nada más. ¡También esta historia de la hucha era una de mis operaciones! Nada servía, todo salía mal. Y lo que empezaba, en seguida se atascaba. No quería saber nada más de aquella hucha.

En días como hoy el rato entre el almuerzo y la escuela era desagradable y duro de pasar. En los días buenos, días tranquilos, sosegados y agradables, era una hora bonita y deseada. Leía un libro de indios en mi habitación o regresaba a todo correr, terminada la comida, al patio de la escuela donde siempre encontraba a algunos compañeros emprendedores y entonces jugábamos, gritábamos y corríamos y nos acalorábamos hasta que el toque de campana nos devolvía a una «realidad» totalmente olvidada. ¿Pero en los días como hoy, con quién quería uno jugar y cómo podía acallar el demonio en el pecho? Yo lo veía venir. Hoy tal vez no, pero la próxima vez, quizá pronto. Entonces mi destino estallaría por completo. Sólo faltaba una pequeñez, un diminuto suplemento de miedo, de mal y de perplejidad, entonces se produciría la explosión, vendría el gran sobresalto. Un día, exactamente un día como hoy, me hundiría por completo en el mal, haría algo atroz y decisivo con obstinación y furia. Debido a la absurda intolerancia de esta vida, sería algo atroz, pero liberador, que pondría fin para siempre al miedo y al tormento. Desconocía qué sería. Pero muchas veces por mi cabeza habían pasado fantasías y obsesiones desconcertantes sobre esta cuestión, imágenes del crimen con que me vengaría del mundo y al mismo tiempo me descubriría y me aniquilaría a mí mismo. A veces prendía fuego a nuestra casa: enormes llamas volarían a través de la noche, casas y calles serían pasto del fuego, toda la ciudad lanzaría llamas colosales contra el cielo negro. En otros momentos el crimen de mis sueños consistía en vengarme en mi padre, un asesinato, un horrible homicidio. Entonces me comportaría como aquel criminal, el único criminal de verdad que había visto conducir por las callejas de nuestra ciudad. Se trataba de un ladrón al que habían detenido y llevaban al juzgado municipal, esposado, un sombrero hongo ladeado sobre la cabeza, con un gendarme delante y otro detrás. Aquel hombre al que llevaban por la calle, a través de una enorme masa de curiosos, acompañado de maldiciones, bromas maliciosas y malos deseos expresados a voces, aquel hombre no se parecía en nada al pobre diablo huraño que se veía a veces por la calle acompañado de policías y que en la mayoría de los casos era tan sólo un pobre artesano ambulante que había pedido limosna. No, aquél no era ningún artesano, ni parecía indefenso, ni tosco, ni llorón; no recurría a una sonrisa tímida y bobalicona, como ya había visto en otras ocasiones; aquél era un verdadero delincuente que llevaba un sombrero algo abollado sobre su cráneo altanero y firme, estaba pálido y sonreía despectivo, y el pueblo, que le insultaba y escupía, se convertía en gentuza y chusma ante él. Yo mismo había gritado entonces: «¡Carne de horca!», pero después vi su andar orgulloso, erguido, vi cómo llevaba las manos esposadas delante, el sombrero hongo sobre su cabeza enérgica y maliciosa, igual que una fantástica corona, y cómo sonreía. Y entonces callé. Igual que aquel delincuente, yo también sonreiría y mantendría la cabeza erguida, cuando me llevasen al tribunal y al cadalso; y si la gente me empujaba y me lanzaba gritos de burla, yo no diría ni sí ni no, simplemente callaría y les despreciaría.

Y si se me ajusticiaba y mataba, cuando llegase al cielo ante el juez eterno, no iba a doblegarme ni someterme en absoluto. ¡Oh no, aunque le rodearan todos los coros de ángeles y de él brotase toda la santidad y dignidad! ¡Él iba a querer condenarme, dejarme consumir en el fuego! ¡Pero yo no me disculparía, no me humillaría, no le pediría perdón, no me arrepentiría! Si él me preguntaba: «¿Has hecho tal cosa y tal otra?», le diría: «Ya lo creo que lo he hecho y, más aún, está bien que lo haya hecho y si pudiera lo volvería a hacer. He matado, he incendiado casas, porque me divertía y porque quería mofarme de ti y enojarte. Sí, Dios, te odio y te escupo a los pies. Me has atormentado y maltratado, has hecho leyes que nadie puede respetar, has inducido a los adultos a que nos ensucien la vida a nosotros, los jóvenes.»

Si lograba imaginarme todo esto de manera completamente clara y lograba creer firmemente que iba a actuar y hablar así, me sentía téticamente bien por unos momentos. Pero en seguida volvían las dudas. ¿No flaquearía, no me dejaría intimidar, no cedería? Y, si lo hacía todo tal como era mi obstinada voluntad, ¿no hallaría Dios una salida, alguna superioridad, alguna patraña, como los adultos y poderosos que siempre lograban llegar triunfantes al final, avergonzarle a uno, no tomarle en serio, humillarle bajo la maldita máscara de la benevolencia? Naturalmente que terminaría así.

Mis fantasías iban y venían, me hacían ganar a Dios con rapidez, me elevaban a criminal inflexible y me volvían a arrojar al fondo, al niño débil y sin energía.

Estaba ante la ventana y miraba el pequeño patio interior de la casa vecina en el que se apoyaban los arbotantes de la casa y donde en un minúsculo jardín verdeaban unas cuantas plantas. De repente,

en el silencio de la tarde, oí resonar varias campanadas; firme y serenamente penetraron en mis sueños, primero una campanada clara, exacta, y luego otra. Eran las dos y, asustado, pasé del miedo de los sueños al de la realidad. Empezaba nuestra hora de gimnasia y, aunque saliese volando sobre mágicas alas y me precipitase en la sala de gimnasia, llegaría tarde de todas formas. ¡Otra desgracia! Pasado mañana habría amonestación, injurias y castigo. Mejor sería no ir. Quizá con una buena excusa, sutil y creíble... Pero en aquel momento no se me ocurría ninguna, a pesar de lo maravillosamente que el maestro me había educado para mentir. Ahora ya no estaba en condiciones de mentir, de encontrar, de construir. Mejor era quedarse fuera toda la hora. ¡Qué importaba si a una gran desgracia ahora se sumaba otra pequeña!

Pero la campanada me había despertado y había paralizado mis sueños de fantasía. De repente me sentía muy débil, mi habitación me parecía terriblemente real: el pupitre, los cuadros, la cama, la librería, todo estaba cargado de estricta realidad, todo eran gritos del mundo en el que uno debía vivir y que para mí hoy se había convertido en un mundo hostil y peligroso. ¿Por qué? ¿No había faltado a la hora de gimnasia? ¿Y no había robado miserablemente y había colocado los condenados higos en la estantería antes de comérmelos? ¡Qué me importaba ahora el criminal, Dios y el juicio final! Ya llegaría todo a su tiempo, pero ahora, ahora, en este instante, estaba lejos y eran tonterías, nada más. Había robado y a cada instante podía descubrirse el delito. Quizá ya se había descubierto, quizá mi padre ya había abierto aquel cajón, allí arriba, y se hallaba ante mi infame acción, ofendido y enojado, y pensaba de qué forma podía castigarme. Posiblemente ya venía hacia mí y, si no huía en seguida, dentro de unos minutos ya tendría ante mí su serio rostro con gafas. Pues él, naturalmente, sabía en seguida que yo era el ladrón. En nuestra casa no había más delincuente que yo, mis hermanas nunca harían una cosa semejante, Dios sabe por qué. ¿Pero para qué necesitaba mi padre tener escondidas en su cómoda aquellas ristras de higos?

Ya había abandonado mi habitación y me había largado por la puerta trasera de la casa y a través del jardín. La hierba yacía bajo el claro sol y las mariposas revoloteaban por el caminito. Ahora todo parecía malo y amenazador, mucho peor que esta mañana. ¡Oh, todo aquello ya lo conocía yo y pensaba que nunca había sentido nada tan angustioso! Todo me miraba desde su trivialidad, desde su tranquila conciencia, la ciudad y el campanario, el césped y el camino, las flores y las mariposas; todo lo que es bonito y alegre, todo lo que se mira con placer, ahora era extraño y maligno. Era como cuando se pasa por sitios conocidos, pero se tiene miedo. Ahora podía volar sobre el prado la mariposa más rara y posarse a mis pies: no significaría nada, no interesaría, no consolaría. Ahora el soberbio cerezo podía ofrecer sus ramas rebosantes, no tendría ningún valor, no produciría ningún placer. Ahora sólo existía una cosa: huir de mi padre, del castigo, de mí mismo, de mi conciencia; fugitivo y desamparado. Inexorable e inevitablemente sucedió todo lo que tenía que suceder.

Corrí desamparado, huí cuesta arriba hasta el bosque, por el monte de robles hasta el molino, pasé por la fuente y seguí cuesta arriba, bosque a través. Aquí habíamos hecho nuestros últimos campamentos de indios. Aquí, el año pasado, cuando mi padre estuvo de viaje, habíamos celebrado la Pascua los niños acompañados por mi madre, habíamos escondido los huevos por el bosque y en el musgo. Aquí, un día de vacaciones, había construido un castillo con mis primos; aún se conservaba la mitad. ¡Por doquier restos de antaño, por doquier la imagen de otro yo distinto al de hoy! ¿Había sido yo así? ¿Tan alegre, tan contento, tan agradecido, lleno de compañerismo, tan cariñoso con mi madre, sin miedo, inconcebiblemente feliz? ¿Lo había sido? ¿Y cómo había podido convertirme en un ser tan distinto, tan malo, tan lleno de miedo, tan destruido? Todo seguía como siempre; el bosque y el río, los helechos y las flores, el castillo y los hormigueros, y en cambio todo estaba envenenado y devastado. ¿No había ningún camino para regresar adonde estaba la felicidad y la inocencia? ¿Ya no podía ser nunca más como había sido? ¿No volvería jamás a reír, a jugar con mis hermanas, a buscar huevos de Pascua?

Corrí y corrí, con sudor en la frente, y tras de mí corría mi culpa y corría la gran sombra monstruosa de mi padre, el perseguidor.

Junto a mí se deslizaban los senderos, se hundían las lindes de los bosques. Me detuve en un altozano, me tumbé a un lado del camino, sobre la hierba, tenía palpitations, seguramente debido a la carrera que había hecho monte arriba; pronto estaría mejor. Veía abajo la ciudad y el río, veía

el gimnasio donde se terminaba la clase y los chicos se dispersaban, veía el ancho tejado de mi casa. Allí estaba el dormitorio de mi padre y el cajón en el que faltaban los higos. Allí estaba mi pequeña habitación. Allí, cuando regresase, sería juzgado. Pero ¿y si no regresaba?

Sabía que regresaría. Siempre se regresaba, siempre. Siempre terminaba así. Uno no podía largarse, no podía volar a África o a Berlín. Uno era pequeño, no tenía dinero ni a nadie que le ayudase. ¡Si todos los niños se unieran y se ayudaran mutuamente! Éramos muchos, había más niños que padres. Pero no todos los niños eran ladrones y criminales. Había pocos como yo. Quizá yo era el único. Pero no, sabía que a veces ocurrían cosas como las mías. Un tío mío también había robado de niño y había hecho muchas cosas que yo sabía por una conversación de mis padres que había oído a escondidas, sí, a escondidas que es como uno tiene que escuchar todas las cosas interesantes. ¡Pero todo esto no me servía de nada, y si aquel mismo tío estuviera aquí, tampoco me ayudaría! Ahora era muy gordo y adulto, era pastor, y seguro que defendería a los adultos y a mí me abandonaría. Así eran todos. Con nosotros, los niños, todos eran en parte falsos y mentirosos, representaban un papel, se presentaban diferentes a como eran. La madre quizá no, o menos.

¿Y si no regresaba más? Podía pasar algo, podía romperme el pescuezo o ahogarme, o ponerme bajo un tren. Entonces todo parecería distinto. Me llevarían a casa y todo el mundo estaría callado y horrorizado, y lloraría; a todos les daría lástima y ya no se hablaría más de los higos.

Sabía muy bien que uno puede quitarse la vida a sí mismo. Y pensaba que yo también lo haría un día, más tarde, cuando las cosas fueran muy mal. Hubiera ido bien estar enfermo, pero no solamente con tos, sino realmente enfermo de muerte, como cuando tuve la escarlatina.

Mientras tanto había pasado la hora de gimnasia hacía rato, y también la hora en que se me esperaba en casa para tomar el café. Ahora tal vez me llamaban y me buscaban en mi habitación, en el jardín, en el patio. Pero si mi padre ya había descubierto el robo, no me buscaría porque sabría la razón.

No podía seguir más tiempo tumbado. El destino no me olvidaba, iba tras de mí. Reanudé la carrera. Llegué hasta un banco del parque del que pendía otro recuerdo, otro más, que había sido bonito y querido, pero que ahora quemaba como el fuego. Mi padre me había regalado una navaja y nos fuimos juntos a pasear, contentos y en buena armonía; él se había sentado en este banco mientras yo quería cortar una vara de avellano. Y entonces se me rompió la hoja del cuchillo nuevo. Regresé junto a mi padre, aterrado, quería ocultárselo, pero en seguida mi padre me preguntó por la navaja. Me sentía muy desgraciado por el cuchillo y por las palabras de reproche que esperaba. Pero mi padre había sonreído, me había tocado el hombro ligeramente y me había dicho: «¡Qué lástima, pobre muchacho!» ¡Cuánto le había querido entonces, dentro de mí le pedí perdón fervorosamente! ¡Y ahora, al recordar el rostro de mi padre, su voz, su compasión de entonces, me preguntaba qué clase de monstruo era yo que había afligido tan a menudo a este padre, le había mentido y hoy le había robado!

Cuando regresé a la ciudad, cerca del puente superior y lejos de nuestra casa, ya había empezado el crepúsculo. De una tienda, tras cuya puerta de cristal ardía ya la luz, llegó corriendo un muchacho que se detuvo de pronto y me llamó por mi nombre. Era Oskar Weber. Nadie podía llegar en un momento más inoportuno. De todas formas, por él supe que el maestro no había notado mi ausencia en la clase de gimnasia. ¿Dónde había estado?

—En ningún sitio —dije—, no me encontraba bien.

Yo estaba taciturno y huraño, y después de un rato, que para mí fue escandalosamente largo, le dije que me estaba cargando. Entonces él se enojó.

—Déjame en paz —dije fríamente—, puedo volver solo a casa.

—¡Ah, sí! —dijo entonces—. ¡Yo puedo ir tan solo como tú, tonto de Fratz! ¡No soy tu perro de aguas, para que lo sepas! ¡Pero antes quisiera saber qué pasa con nuestra hucha! Yo he metido una moneda de diez pfennigs y tú nada.

—Tu moneda puedes volver a tenerla hoy mismo si tanto te preocupa. Así no tendré que volverte a ver más. ¡Como si yo te hubiera quitado algo!

—El otro día bien la cogiste —dijo con ironía, pero dejando una puerta abierta para la reconciliación.

Pero yo me había acalorado y enfadado, todo el miedo y la perplejidad acumulados en mí estallaban en viva cólera. ¡Weber no tenía qué decirme! Frente a él yo tenía razón, frente a él yo tenía la conciencia

tranquila. Y necesitaba a alguien ante quien poder pavonearme, ante quien poder estar orgulloso y seguro. Todo lo que había en mí de desordenado y tenebroso fluía salvajemente hacia esta salida. Hice lo que hasta entonces había evitado con tanto cuidado: me mostré como un hijo de papá, le di a entender que yo no perdía nada renunciando a la amistad de un chico de la calle. Le dije que ya se le había terminado el comer bayas en nuestro jardín y el jugar con mis cosas, Me sentía enardecer y reanimarme: tenía un enemigo, un adversario, alguien que era culpable, alguien a quien poder agarrar. Todos mis impulsos vitales se reunían en este furor redentor, oportuno, liberador, en el feroz placer ante el enemigo que esta vez no vivía en mí mismo, sino que estaba enfrente, me miraba con ojos asustados, al principio, y enojados luego; oía su voz, despreciaba sus reproches y podía sobrepujar sus injurias.

Durante el creciente intercambio de palabras, muy rápido, bajamos el oscuro callejón; desde alguna puerta nos seguían con la mirada. Toda la ira y el desprecio que yo sentía contra mí mismo se volvían contra el desgraciado Weber. Cuando me amenazó con denunciarme al profesor de gimnasia, sentí un verdadero placer: se colocaba en la injusticia, se hacía ruín. Me fortalecía.

Cerca de la calle Metzger comenzamos a pegarnos; algunas personas se quedaban mirándonos. Nos pegamos al estómago, a la cara; nos dimos patadas. Por un instante lo había olvidado todo, tenía razón, no era un delincuente; el entusiasmo de la lucha me hacía feliz y, aunque Weber era más fuerte, yo era más ágil, listo, rápido y fogoso. Nos calentamos y nos pegamos con furia. Con un golpe desesperado me rompió el cuello de la camisa y sentí una fría corriente de aire sobre mi piel ardiente.

En medio de los golpes, los forcejeos, las patadas, apretones y abrazos, no cesábamos de hostigarnos, injuriarnos y anonadarnos con palabras que cada vez eran más apasionadas, insensatas y malignas, más poéticas y fantásticas. En esto también era yo el más agudo, original, inventivo. Él decía «perro», yo respondía «puerco perro». Él gritaba «canalla», yo replicaba «satán». Ambos sangrábamos, pero no sentíamos nada. Nuestras palabras acumulaban deseos y encantos maléficos; nos enviábamos mutuamente a la horca, deseábamos tener cuchillos para clavarlos en el pecho del contrincante y hurgar en sus entrañas, insultábamos nuestros nombres, a nuestras familias, a nuestros padres.

Fue la primera y única vez que he luchado así, con entrega total a la guerra, hasta el fin, con absoluta crueldad, contundencia, injuria. Muchas veces había oído con horrorizado placer estas blasfemias e insultos vulgares y primitivos. Ahora los gritaba como si los utilizase desde pequeño. Las lágrimas me brotaban de los ojos y la sangre de la boca. El mundo, sin embargo, era encantador, tenía sentido; era bello vivir, pegar, sangrar y hacer sangrar.

Jamás he sido capaz de recordar el final de esta lucha. En algún momento terminó, me quedé solo. En la tranquila oscuridad reconocí calles y casas, me encontraba cerca de la mía. Lentamente huyó la pasión, lentamente cesó la efervescencia y la ira, y la realidad penetró poco a poco en mi sensibilidad. Primero por los ojos. La fuente. El puente. Sangre en mi mano, el traje roto, los calcetines caídos, dolor en la rodilla, en un ojo. Mi gorra. Todo llegaba a pedazos, se hacía realidad y me hablaba. De repente me sentí profundamente cansado, me temblaban las rodillas y los brazos, me apoyé en una pared.

Allí estaba mi casa. ¡Gracias a Dios! Sólo sabía que allí había refugio, paz, luz, alivio. Jadeando abrí el alto portón.

Una vez dentro, con el olor a piedra y a fría humedad, me inundó el recuerdo, centuplicado. ¡Oh, Dios! Olía a estrechez, ley y responsabilidad, a padre y a Dios. Había robado. No era un héroe herido que regresaba a casa después de la batalla. No era un pobre niño que llegaba a casa para encontrar el calor y la compasión de la madre. Era un ladrón, un delincuente. Arriba no había ningún refugio para mí, ni cama, ni descanso, ni comida ni cuidados, ni consuelo ni olvido. Me esperaba la culpa y el tribunal.

En el corredor, con la oscuridad del atardecer, y en la escalera cuyos peldaños subí penosamente, respiré, creo que por primera vez en mi vida, el aire frío, la soledad, el destino. No veía ninguna salida, no tenía ningún plan, tampoco miedo, sólo el frío y crudo sentimiento de que «tiene que ser». Subí agarrado a la barandilla, ante la puerta de cristal sentí el deseo de permanecer un instante en la escalera, de tomar aliento, tranquilizarme. No lo hice, no tenía sentido. Tenía que entrar. Al abrir la puerta pensé: «¿Qué hora debe de ser?»

Penetré en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, habían terminado de comer, aún

había un plato con manzanas. Eran cerca de las ocho. Nunca había llegado tan tarde a casa, nunca había faltado a la cena.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —gritó mi madre. Comprendí que estaba preocupada por mí. Se me acercó corriendo y se detuvo espantada cuando vio mi cara y mi traje sucio y roto. Yo no decía nada ni miraba a nadie, pero percibí claramente que mis padres se comunicaban con la mirada. Mi padre callaba, se dominaba, sentía, sin embargo, su cólera. Mi madre me cogió por su cuenta, me lavó la cara y las manos, me puso esparadrapo. Después me dio de comer. Me envolvían la compasión y los cuidados; estaba sentado en silencio, profundamente avergonzado; sentía el calor y lo saboreaba con mala conciencia. Después me mandaron a la cama. Di la mano a mi padre sin mirarle.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre vino a verme. Cogió mis ropas de la silla y puso otras; el día siguiente era domingo. Después, con tacto, empezó a preguntarme y yo tuve que contarle mi riña. Naturalmente lo encontró muy mal, pero no me reprendió. Se mostró un poco sorprendida de que por esto estuviera tan abatido y asustado. Luego se marchó.

Y pensé que estaba convencida de que todo iba bien. Me había peleado, me habían golpeado hasta hacerme sangre, pero mañana todo se habría olvidado. De lo otro, del verdadero motivo, no sabía nada. Se había apenado, pero estaba serena y cariñosa. Era muy probable que mi padre tampoco supiera nada.

Me asaltó un terrible sentimiento de decepción. Ahora notaba que, desde el instante en que penetré en nuestra casa, sólo tenía un deseo ardiente y devorador. Sólo había pensado, deseado, esperado que estallase por fin la tormenta, que se me juzgase, que lo terrible se convirtiera en realidad y terminara así el horrible miedo. Estaba preparado y dispuesto a todo. Deseaba ser duramente castigado, golpeado y encerrado. ¡Que no me dieran de comer! ¡Que me maldijeran y me repudiaran! ¡Con tal de que terminase el miedo y la tensión!

En lugar de todo esto, estaba ahí, tumbado, disfrutaba de cariño y de cuidados, me trataban amistosamente. No había sido juzgado por mis delitos; de nuevo podía esperar y temer. Me habían perdonado el traje roto, la ausencia, la cena perdida, porque estaba cansado y sangraba y les daba lástima, pero, sobre todo, porque no sospechaban lo otro, porque sólo conocían mi travesura, pero no mi delito. ¡Me iría mucho peor cuando todo se supiera! Tal vez me enviarían, como habían amenazado otras veces, a un reformatorio, donde se comía pan duro, donde uno tenía que cortar leña y limpiar botas en su tiempo libre, donde había grandes dormitorios con vigilantes que te pegaban con un bastón y te despertaban a las cuatro de la mañana con agua fría. ¿O me entregarían a la policía?

Pero, de todas formas, fuese como fuese, volvía a disponer de un tiempo de espera. Aún tenía que soportar el miedo, andar con mi secreto a cuestras, temblar ante cualquier mirada o paso; no podía mirar a nadie a la cara.

¿O era posible que mi robo nunca se descubriera? ¿Que todo quedase como estaba? ¿Que hubiese padecido tanto miedo y tormento en vano? ¡Oh, si sucediera esto, si fuera posible lo impensable, lo maravilloso, entonces quisiera empezar una vida totalmente nueva, quisiera dar gracias a Dios y hacerme digno de Él viviendo hora tras hora completamente limpio y sin mancha! Lo que ya antes había intentado, y había fracasado, ahora sucedería, ahora mi propósito y mi voluntad eran fuertes. ¡Ahora sí, después de tanta angustia, de este infierno lleno de tortura! Todo mi ser se impregnaba de esta idea y la absorbía fervientemente. Aunque llovía, el futuro se abría azul y soleado. Por fin me dormí con estas fantasías. Dormí toda la noche sin preocupaciones.

Al día siguiente era domingo y, aún en la cama, noté, como sabor de una fruta, el peculiar sentimiento de domingo, confuso, pero delicioso, tal como lo conocía desde que había empezado a ir a la escuela. La mañana del domingo era algo bueno: dormir, sin escuela, la perspectiva de un buen almuerzo, ningún olor a maestro ni a tinta, una gran cantidad de tiempo libre. Esto era lo principal. Tan sólo más débilmente sonaban otros tonos extraños, sosos: ir a la iglesia o a la escuela dominical, pasear con la familia, tener cuidado del traje bonito. Por ello, el sabor y el perfume limpio, bueno y exquisito, se adulteraban un poco y se descomponían. Era como si se comieran dos platos a la

vez, budín con caldo, que no encajaban por completo, o como los caramelos y pasteles que le regalaban a uno en una cajita y tienen un fatal saborcillo a queso o a petróleo. Uno los comía y eran buenos, pero nada era completo ni extraordinario y uno tenía que cerrar un ojo. Así, más o menos, era la mayoría de

los domingos, especialmente cuando tenía que ir a la iglesia o a la escuela dominical, lo que no pasaba siempre por fortuna. El día libre llegaba, pues, con un gustillo a deber y a aburrimiento. Y durante los paseos con la familia, aunque muchas veces podían ser bonitos, en general solía pasar algo: había pelea con las hermanas, uno iba demasiado aprisa o demasiado despacio, uno se ensuciaba el traje con resina; casi siempre había algún problema.

Bien, podía venir lo que fuese. Me sentía bien. Desde ayer había pasado mucho tiempo. No había olvidado mi acción infame, por la mañana ya se me presentó de nuevo, pero había pasado tanto tiempo desde entonces que el espanto se había alejado y hecho irreal. Ayer había expiado mi culpa, aunque sólo fuese por los remordimientos de conciencia. Había pasado un día malo, lamentable. Ahora volvía a inclinarme por la confianza y la candidez y no me sentía preocupado. El asunto no estaba completamente liquidado, aún provocaba cierta amenaza y ciertos escrúpulos, como sucedía con cada deber y cuidado en los bellos domingos.

A la hora del desayuno todos estábamos contentos. A mí me habían dejado escoger entre la iglesia y la escuela dominical. Preferí, como siempre, la iglesia. Allí, al menos, se le dejaba a uno en paz y podía dejar volar sus pensamientos; además el solemne y elevado recinto con sus ventanas multicolores era, en general, bonito y venerable. Y si uno miraba con ojos distraídos hacia el órgano, a lo largo de la oscura y profunda nave, veía a menudo imágenes maravillosas; los tubos del órgano que se elevaban en las tinieblas parecían a veces una ciudad reluciente con centenares de torres. Además, cuando la iglesia no estaba llena, podía leer tranquilamente un libro de cuentos.

Aquel día no cogí ninguno ni pensé en escabullirme del oficio, como había hecho en otras ocasiones. Habían resonado tantas cosas en mi interior desde ayer por la tarde, que tenía buenos y rectos propósitos y había decidido comportarme amable y dócilmente con Dios, con mis padres y con el mundo. Incluso se había desvanecido por completo mi cólera contra Oskar Weber. Si hubiera venido, le habría recibido con los brazos abiertos.

Empezó el servicio divino, canté con todos; se trataba del himno Pastor de tus ovejas que habíamos aprendido de memoria en la escuela. Me llamó la atención comprobar que un versículo cantado lenta y prolongadamente, como se hace en la iglesia, tenía un aire completamente distinto del mismo versículo leído o recitado. Leído, un verso era completo, tenía sentido, constaba de frases. Cantado, sólo constaba de palabras, las frases no se realizaban, no tenían ningún sentido, pero en cambio las palabras, las palabras aisladas, cantadas y muy prolongadas, cobraban una vida muy fuerte, independiente. Sí, muchas veces sólo eran sílabas, algo completamente absurdo en sí, que en el canto se independizaba y tomaba forma. El versículo Pastor de tus ovejas que no siente sueño, por ejemplo, aquel día se cantaba en la iglesia sin ninguna relación ni sentido, uno no pensaba en nada. Pero no era aburrido. Palabras sueltas, por ejemplo, «o-ve-jas», resultaban tan extrañamente llenas y bonitas que uno se mecía en ellas. También el «siente» sonaba misterioso y grave, recordaba a «vientre» y a cosas oscuras, sensibles, poco conocidas, que uno tiene en las entrañas. ¡Además, el órgano!

Luego llegó el pastor de la ciudad y dijo el sermón, que siempre era tan incomprensiblemente largo. Uno escuchaba de manera tan especial, que oía el sonido de la voz flotando como campanadas, luego percibía palabras sueltas, claras y agudas, unidas a su sentido, y uno se esforzaba por seguir las, mientras duraban. Si al menos hubiera podido sentarme en el coro, en lugar de estar entre los hombres de la tribuna. En el coro, donde me había sentado durante los conciertos de la iglesia, uno se hundía en macizas sillas aisladas; cada una de ellas era un pequeño edificio sólido y encima había una bóveda muy atrayente, vasta y reticular, y arriba en la pared estaba pintado en colores suaves el sermón de la montaña; las vestiduras azules y rojas del Salvador sobre el cielo azul pálido resultaban tiernas y agradables de mirar.

A veces crujía la sillería de la iglesia, lo que me producía una profunda aversión; las sillas estaban pintadas con un barniz amarillo, triste, en el que uno siempre se quedaba un poco pegado. De vez en cuando, arriba, zumbaba una mosca que se lanzaba contra alguna de las ventanas, cuyos arcos tenían pintadas flores azulgranas y estrellas verdes. Y de improviso se terminaba el sermón y yo me echaba hacia adelante para ver desaparecer al pastor por la estrecha y oscura escalera de tubo. La gente volvía a cantar tomando aliento, muy fuerte, y se ponía en pie y salía en masa. Eché la moneda de cinco pfennigs en la caja de ofrendas; aquel sonido de hojalata cuadraba mal con la solemnidad. Me dejé

arrastrar hacia el portal por la oleada humana que me empujó al aire libre.

Ahora llegaba el momento más bonito del domingo, las dos horas entre la iglesia y el almuerzo. Había cumplido mi deber. Después de estar mucho tiempo sentado, ansiaba moverme, jugar o pasear, leer un libro. Era completamente libre hasta el mediodía, en que, en general, había algo bueno de comer. Contento, anduve hacia casa, lleno de alegres pensamientos y sentimientos. El mundo estaba en orden, en él se podía vivir. Pacífico, atravesé el vestíbulo y la escalera al trote.

En mi habitacioncita brillaba el sol. Miré mis cajas de gusanos de seda que el día antes había descuidado, encontré un par de crisálidas nuevas, puse agua fresca a las plantas.

La puerta se movió.

Al principio no reparé en ello. Tras un instante noté un silencio extraño. Me volví. Allí estaba mi padre. Estaba pálido y parecía atormentado. El saludo se me quedó en la garganta. ¡Comprendí que lo sabía! Estaba allí. Empezaba el juicio. ¡Nada había mejorado, nada se había expiado, nada se había olvidado! El sol palideció y la mañana de domingo se marchitó.

Arrancado de todos los cielos, yo miraba fijamente a mi padre. Le odiaba. ¿Por qué no vino ayer? Ahora yo no estaba preparado para nada, no tenía nada dispuesto, ni siquiera arrepentimiento ni sentimiento de culpabilidad. ¿Y para qué necesitaba tener higos arriba, en su cómoda?

Fue a mi estantería, metió la mano detrás de los libros y sacó algunos higos. Quedaban pocos. Me miró con una pregunta muda, penosa. No pude decir nada. El pesar y la terquedad me ahogaban.

—¿Qué sucede? —dije entonces.

—¿De dónde has sacado estos higos? —preguntó con una voz contenida y suave que me era amargamente odiosa.

Empecé a hablar en seguida. A mentir. Conté que había comprado los higos a un pastelero, toda una ristra. ¿De dónde procedía el dinero? El dinero procedía de una hucha que yo tenía junto con un amigo. Los dos habíamos metido todas las monedas que recibíamos de vez en cuando. Por lo demás, aquí estaba la hucha. Traje la caja con la ranura. Ahora no había dentro más que una moneda de diez pfennigs, porque precisamente ayer habíamos comprado los higos.

Mi padre escuchó con rostro tranquilo y contenido que no me engañaba.

—¿Cuánto costaron los higos? —preguntó con voz demasiado baja.

—Un marco sesenta.

—¿Y dónde los compraste?

—En la pastelería.

—¿En cuál?

—En Haager.

Hubo una pausa. Yo seguí sosteniendo la caja del dinero con dedos temblorosos. Todo en mí estaba frío y helado. Preguntó con una amenaza en la voz:

—¿Es cierto?

Yo volví a hablar de prisa. Sí, naturalmente que era cierto, y mi amigo Weber había entrado en la tienda, yo sólo le había acompañado. El dinero era casi todo de él, de Weber; mío había muy poco.

—Coge tu gorra —dijo mi padre—, vamos a ir juntos a la pastelería Haager. Vamos a comprobar si es verdad.

Intenté sonreír. Entonces el frío me llegó hasta el corazón y el estómago. Me adelanté y en el corredor cogí mi gorra azul. Mi padre abrió la puerta encristalada; él también había cogido su sombrero.

—Un momento —dije—, tengo que ir al retrete en seguida.

Asintió. Fui al retrete, cerré. Estaba solo, por un momento estaba en seguridad. ¡Oh, si muriese ahora! Permanecí dentro un minuto o dos. No sirvió de nada. No moría. Resistía. Abrí la puerta y salí. Bajamos la escalera.

Cuando cruzamos la puerta de casa, se me ocurrió una idea salvadora y dije rápidamente:

—Pero hoy es domingo y Haager no abre.

Era una esperanza que duró dos segundos. Mi padre dijo con serenidad:

—Entonces iremos a su casa. Vamos.

Nos fuimos. Enderecé mi gorra, metí una mano en el bolsillo e intenté ir junto a él como si no pasara nada especial. Aunque sabía que toda la gente me miraba, que era un delincuente conducido,

intenté, sin embargo, disimularlo de mil maneras. Me esforcé por respirar de forma sencilla y leve; no era necesario que nadie viese cómo se contraía mi pecho. Me veía obligado a poner cara ingenua, a fingir trivialidad y seguridad. Me subí un calcetín sin que fuese necesario hacerlo. Y sonreía aunque sabía que esta sonrisa parecía terriblemente necia y artificial. En mi interior, en mi garganta y en mis entrañas, se había instalado el diablo y me ahogaba.

Pasamos por delante de la fonda, junto a la herrería, junto a los coches de alquiler, junto al puente del ferrocarril. Allí arriba me había peleado la tarde pasada con Weber. ¿Aún me dolía el rasguño del ojo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Seguía andando sin energía. Bajamos por la calle de la estación. ¡Qué buena e inofensiva era ayer esta calle! ¡No pensar! ¡Adelante! ¡Adelante!

Estábamos muy cerca de la casa de Haager. En estos minutos había imaginado cien veces la escena que me esperaba allí. Ya llegábamos. Era el momento.

Pero no pude resistirlo. Me detuve.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi padre.

—Yo no entro —dije en voz baja.

Me miró. Él lo sabía desde el principio. ¿Por qué había hecho yo toda la comedia con tanto esmero? No tenía ningún sentido.

—¿No compraste los higos en casa de Haager? —preguntó.

Meneé la cabeza negativamente.

—¡Ah! Bueno —dijo con aparente tranquilidad—. Entonces podemos irnos a casa.

Se comportaba cortésmente, me respetaba en la calle, ante la gente. Había muchas personas por el camino, a cada momento saludaban a mi padre; ¡Qué comedia! ¡Qué tormento absurdo, necio! No podía agradecerle esta indulgencia. ¡Lo sabía todo! Y me dejaba danzar, dejaba que realizara mis inútiles piruetas, como si dejara bailar a un razón cogido en la trampa, antes de ahogarlo. Ojalá me hubiera pegado en la cabeza con un bastón, desde un principio, sin preguntarme nada, sin interrogarme; hubiera sido, en el fondo, mejor que esta tranquilidad y justicia con que me cercaba, cogido en mi necia sarta de embustes, y me asfixiaba lentamente.

Tal vez hubiera sido mejor tener un padre más rudo que no uno tan distinguido y justo. Un padre como aparecía en las historietas y folletines, que apalea a sus hijos cuando está iracundo o borracho, que no tiene razón. Aunque la paliza duela, al menos uno puede encogerse interiormente de hombros y despreciarle. Con mi padre no se podía, era demasiado distinguido, irreprochable, no se equivocaba jamás. Ante él uno era siempre pequeño y miserable.

Con los dientes apretados marché delante de él, a casa, a mi habitación otra vez. Él seguía tranquilo y frío. Lo parecía, al menos. Pues, en realidad, estaba muy enfadado y yo lo notaba claramente. Empezó a hablar en su forma acostumbrada.

—Sólo quisiera saber para qué sirve esta comedia. ¿Puedes decírmelo? En seguida supe que toda tu bonita historia era falsa. ¿Por qué las excusas? ¿No me tendrás, en serio, por tan tonto como para creerte?

Seguía mordiéndome los dientes y me entró el hipo. ¡Si quisiera callarse! ¡Como si yo mismo supiera por qué inventé esta historia! ¡Como si supiera por qué no podía confesar mi delito, ni pedir perdón! ¡Como si supiera por qué robé estos estúpidos higos! ¿Es que lo había querido, lo había hecho a conciencia, con premeditación y fundamento? ¿No me dolía? ¿No sufría, en el fondo, más que él?

Esperaba con la cara tensa, llena de penosa paciencia. Tras un momento la situación fue completamente clara para mí mismo, en mi subconsciente, pero no hubiera podido explicarlo, como hoy, con palabras. Era ésta: había robado porque había llegado a la habitación de mi padre desconsolado y, con gran decepción, la encontré vacía. Yo no hubiera querido robar. Al no encontrar al padre, sólo quise espiar, fisgar. Esto era todo. Pero allí estaban los higos y robé. Me arrepentí inmediatamente y estuve atormentado todo ayer y con dudas. Deseé morir, me condené, hice nuevos y buenos propósitos. Pero hoy sí, hoy era distinto. Ayer soporté este arrepentimiento y todo lo demás, pero ahora estaba en ayunas y sentía una resistencia inexplicable, muy fuerte, ante mi padre y ante todo lo que él esperaba obtener de mí.

Hubiera podido decírselo y me hubiera comprendido. Pero también los niños, por muy superiores en inteligencia que sean a los adultos, están perplejos y solos ante el destino.

Abrumado por la obstinación y el enorme dolor, seguí callado, le dejé hablar sabiamente y vi con pena y con extraña malicia cómo todo fracasaba y empeoraba sin cesar, cómo sufría él, cómo estaba decepcionado y apelaba vanamente a todo lo mejor que había en mí.

Cuando preguntó: «¿Entonces has robado tú los higos?», sólo pude asentir con la cabeza. Y cuando quiso saber si lo sentía, no hice más que afirmar débilmente. ¡Cómo podía él, el gran hombre sabio, preguntar tan tontamente! ¡Como si no me hubiera dolido! ¡Como si él no hubiera podido ver cuánto me dolía y me revolvía el corazón toda la historia! ¡Como si yo hubiera podido alegrarme algo de mi hazaña y de los miserables higos!

Quizá por primera vez en mi vida infantil sentí, en el límite del entendimiento y de la conciencia, cómo dos personas muy próximas, que se quieren, no se comprenden y pueden atormentarse y martirizarse, y cómo toda la conversación, toda la voluntad de ser inteligente, toda la razón, sólo consiguen inyectar veneno, nuevos tormentos, nuevos pinchazos, nuevos errores. ¿Cómo era posible? Pero era posible, sucedía. Era absurdo, era demencial, risible y dudoso. Pero así era.

¡Basta de esta historia! El domingo concluyó con mi encierro en el desván. El duro castigo perdió parte de su horror por circunstancias que, naturalmente, eran mi secreto. En el oscuro y abandonado desván hallé una caja medio llena de libros viejos que no eran en ningún caso apropiados para niños. Conseguí luz para poder leer apartando una teja. Por la noche de aquel triste domingo mi padre consiguió tener una breve conversación conmigo poco antes de ir a dormir. Nos reconciamos. Una vez en la cama, tuve el convencimiento de que mi padre me había perdonado completamente. Más que yo a él.

Klein y Wagner

1

Friedrich Klein se quedó completamente ensimismado en el tren, después de los rápidos acontecimientos y la excitación de la huida y del paso de la frontera; tras un torbellino de tensiones y de incidentes, de emociones y peligros. Estaba aún profundamente asombrado de que todo hubiera ido bien. El tren corría con extraño ajetreo hacia el Sur — ahora ya no tenía prisa — ; arrastraba velozmente a los pocos viajeros por lagos, montes, cascadas y otras maravillas naturales, a través de ensordecedores túneles y sobre puentes que se balanceaban suavemente. Todo era extraño, bello y algo absurdo, imágenes de libros escolares y de tarjetas postales, paisajes que uno recuerda haber visto alguna vez y que no le interesan. Eso era el extranjero del que ahora él formaba parte; no existía retorno a casa. La cuestión del dinero estaba solucionada, lo tenía allí, lo llevaba consigo, todos los billetes de mil los llevaba guardados en el bolsillo interior.

Sin cesar se repetía la idea agradable y tranquilizadora de que ahora ya no podía pasarle nada, de que al otro lado de la frontera y con su pasaporte falso se hallaba seguro, a salvo de cualquier persecución. Pero esa hermosa idea era como un pájaro muerto por un niño. No vivía, no abría los ojos, caía como plomo de las manos, no daba ningún placer, ningún brillo, ninguna alegría. Era extraño; aquel día le había sorprendido varias veces ver que no podía pensar en lo que quería, que no tenía ningún dominio sobre sus pensamientos, que éstos corrían como querían y que, a pesar de su resistencia, se detenían preferentemente en las ideas que le atormentaban. Era como si su cerebro fuese un caleidoscopio en el que una mano extraña cambiase las imágenes. Quizá se debía tan sólo al largo insomnio y a la excitación; había estado mucho tiempo nervioso. En cualquier caso era horrible y si no lograba recuperar pronto cierta tranquilidad y alegría, se volvería loco.

Friedrich Klein palpó el revólver en el bolsillo de su abrigo. Este revólver era otra pieza que pertenecía a su nuevo equipo, a su nuevo papel, a su nueva máscara. En el fondo era fastidioso y repugnante arrastrar consigo todo esto, llevarlo incluso durante el tenue y envenenado sueño: un crimen, papeles falsos, dinero escondido, el revólver, el nombre supuesto. Sabía a historia de ladrones, a un romanticismo barato y nada le importaba a él, a Klein, al buen hombre. Era pesado y fastidioso, y no tenía nada de aliviador ni emancipante, como había esperado.

¡Dios mío! ¿Por qué había cargado él con todo, un hombre de cerca de cuarenta años, conocido como buen empleado y ciudadano tranquilo e inofensivo con tendencias cultas, padre de familia? ¿Por qué? Notaba que debía existir un instinto, una presión y un impulso de suficiente fuerza para conducir a un hombre como él hasta lo imposible. Si al menos él lo supiese, si pudiese conocer esta presión e instinto, si volviese a haber orden en sí mismo, sólo entonces podría aliviarse un poco. Se irguió bruscamente, se apretó las sienes con los pulgares y se esforzó por pensar. Le salió mal, su cabeza, era como de cristal y estaba minada por la zozobra, el cansancio y el insomnio. Nada le ayudaba. Debía meditar. Debía buscar y hallar, debía volver a conocer un centro en sí mismo, conocerse y comprenderse a sí mismo. De lo contrario la vida no podría soportarse. Penosamente rebuscaba los recuerdos de aquel día, como quien recoge con unas pinzas pedacitos de porcelana para pegarlos a una vieja caja. Sólo existían diminutos fragmentos, ninguno tenía relación con los demás, ninguno se refería por su estructura y color a la totalidad. ¡Qué recuerdos! Veía una cajita azul de la que extraía con mano temblorosa el sello oficial de su jefe. Veía al viejo de la caja que le pagaba el cheque con billetes marrones y azules.

Veía una cabina telefónica en cuya pared se apoyaba con la mano izquierda para sostenerse, mientras hablaba por el auricular. Mejor dicho, él no se veía, veía a un hombre que hacía todo esto, una persona desconocida que se llamaba Klein y que no era él. Veía cómo esta persona quemaba cartas, escribía cartas. Le veía comer en un restaurante. Le veía —¡no, no era ningún desconocido, era él, era Friedrich Klein en persona!— de noche inclinado sobre la cuna de un niño dormido. ¡No, había sido él mismo! ¡Cuánto dolía volver a recordar! ¡Cuánto dolía ver el rostro del niño dormido, oír su respiración y saber que ya nunca más vería reír y comer esta boquita, que ya nunca más le besaría! ¡Cuánto dolía! ¡Por qué aquel Klein se hacía tanto daño a sí mismo!

Logró reunir los pedacitos. El tren se detuvo, estaban en una estación desconocida, chocaron portezuelas, en las ventanillas oscilaron maletas, letreros en azul y amarillo proclamaban: ¡Hotel Milán-Hotel Continental! ¡Debía fijarse? ¿Era importante? ¿Había algún peligro? Cerró los ojos y se quedó aturdido durante un largo minuto y en seguida se despertó sobresaltado, abrió los ojos y estuvo alerta. ¿Dónde estaba? La estación seguía allí. ¡Alto! ¿Cómo me llamo? Por milésima vez hizo la prueba. Es decir: ¿cómo me llamo? Klein. ¡No, al diablo! Basta con Klein. Klein ya no existía. Palpó en el bolsillo interior donde llevaba el pasaporte.

¡Qué cansado era todo eso! ¡Si uno supiera qué pesado es ser criminal! Contrajo las manos por el esfuerzo. Todo ello no le importaba en absoluto: Hotel Milán, estación, mozos de cuerda, podía abandonarlo todo tranquilamente. No, se trataba de otra cosa, de algo importante. ¿De qué?

Medio dormido —el tren arrancó de nuevo—, volvió a sus pensamientos. Era muy importante. Se trataba de saber si aún debía soportar la vida mucho tiempo. ¿O quizás era más fácil poner fin a todo este absurdo tan fatigoso? ¿No llevaba veneno consigo? ¿El opio? ¡Ah, no! Se acordó de que no había conseguido veneno. Pero tenía el revólver. Perfecto. Muy bien. Magnífico.

«Muy bien» y «magnífico» dijo en voz alta. De pronto oyóse hablar, se asustó, vio su desfigurado rostro reflejado en la ventana, extraño, grotesco y triste. ¡Dios mío —se gritó interiormente—, Dios mío! ¿Qué hacer? ¿Para qué seguir viviendo? Penetrar con la frente en esta pálida figura grotesca, precipitarse contra este turbio y estúpido cristal, aferrarse a él y cortarse el cuello. Dar con la cabeza en las traviesas, con un ruido ronco y sonoro, ser arrollado por las ruedas de muchos vagones, todo junto: tripas y cerebro, huesos y corazón —también los ojos—, y ser triturado en la vía, convertido en nada, borrado. Esto era lo único deseable, lo único que todavía tenía sentido. Se durmió con la nariz pegada al cristal mirando, absorto y desesperado, su imagen reflejada. Quizás unos segundos, quizás horas. Su cabeza daba golpes de un lado a otro, pero él no abría los ojos.

Despertó de un sueño cuyo último fragmento le quedó en la memoria. Estaba sentado, así lo soñó, en el asiento delantero de un automóvil que iba muy de prisa y de forma bastante temeraria por una ciudad cuesta arriba y cuesta abajo. Junto a él había alguien sentado que conducía el coche. En el sueño él daba un golpe en el vientre a esta persona, le arrancaba el volante de las manos y conducía él mismo de forma desenfrenada y angustiada, a campo traviesa, rozando apenas caballos, ventanas, árboles, hasta el punto que saltaban chispas ante sus ojos.

Despertó de este sueño. Su cabeza se había despejado. Se rió de las imágenes del sueño. El golpe en el vientre estaba bien, lo imitaba con gusto. Entonces empezó a reconstruir el sueño y a meditar en él. ¿Cómo había pasado volando por entre los árboles! ¿Quizá venía del viaje en tren? ¡Pero, en realidad, el conducir, a pesar del peligro, había sido un placer, una dicha, una salvación! Sí, era mejor conducir uno mismo y hacerse trizas, que ir siempre guiado y conducido por otro.

¿Pero a quién había dado aquel golpe en sueños? ¿Quién era el chófer desconocido que iba sentado junto a él, al volante del automóvil? No podía recordar ningún rostro, ninguna figura, tan sólo una sensación, un vago y oscuro sentimiento... ¿Quién podía ser? Alguien a quien él respetaba, a quien concedía poder sobre su vida, a quien soportaba y a quien, sin embargo, odiaba secretamente, a quien dio el golpe en el vientre. ¿Quizá su padre? ¿O uno de sus jefes? ¿O era el fin?

Klein abrió los ojos. Había encontrado un cabo del hilo perdido. Volvía a saberlo todo. El sueño estaba olvidado. Había algo muy importante. ¡Ahora lo sabía! Ahora empezaba a saber, a presentir, a oler porqué estaba aquí sentado en el rápido, porqué ya no se llamaba Klein, porqué tenía dinero escondido y papeles falsos. ¡Al fin, al fin!

Sí, así era. Ya no tenía ningún sentido ocultárselo. Todo había sucedido por culpa de su mujer, sólo

por culpa de su mujer. ¡Qué bien que ahora lo sabía por fin!

Partiendo de esta noción pensó en dar un vistazo a amplios trechos de su vida, que desde hacía tiempo se había desmoronado en simples pedazos sin valor. Echó una mirada retrospectiva sobre un largo trecho recorrido, sobre toda su vida matrimonial, y el trecho le pareció una calle larga, cansada, desierta, donde un hombre solo arrastraba pesadas cargas en medio del polvo. Detrás, en alguna parte, más allá del polvo, sabía que se escondían las verdes y brillantes cimas de la juventud. Sí, una vez había sido joven, pero no como todos. Había tenido grandes sueños y había exigido mucho de la vida y de sí mismo. Pero desde entonces no había habido más que polvo y cargas, una calle larga, calor y rodillas cansadas, sólo una soñolienta y envejecida nostalgia esperando en el seco corazón. Ésa había sido su vida.

Miró por la ventana y se sobresaltó. Se le aparecieron imágenes insólitas. Bruscamente se dio cuenta de que estaba en el Sur. Maravillado, se incorporó, se asomó a la ventana.

Otro velo cayó y el enigma de su suerte se aclaró un poco. ¡Estaba en el Sur! ¡Veía verdes terrazas de frondosas vides, murallas de color dorado oscuro medio derruidas, como en los viejos grabados, exuberantes árboles rosados! Ante sus ojos pasó una pequeña estación con un nombre italiano parecido a *ogno* u *ogna*.

Klein quería seguir leyendo en su destino. Dejaba su matrimonio, su empleo, todo lo que había sido su vida y su patria hasta entonces. ¡Y se dirigía al Sur! Sólo entonces comprendió porqué, en plena persecución, en el delirio de su fuga, había escogido como meta aquella ciudad con nombre italiano. Lo había hecho con una guía de hoteles y, por lo visto, de forma confusa y al azar; del mismo modo hubiera podido decir Amsterdam, Zürich o Malmö. Tan sólo ahora ya no existía azar. Estaba en el Sur, había atravesado los Alpes. De esta forma realizaba el deseo más ardiente de su juventud, de aquella juventud cuyos recuerdos se habían apagado y extraviado en la larga calle desierta de una vida sin sentido. Una fuerza desconocida había dispuesto que se cumpliesen sus dos deseos más fervientes: el ansia por el Sur, hacía tiempo olvidada, y el anhelo, secreto y nunca expresado clara y libremente, de huir y de liberarse de la esclavitud y del polvo de su matrimonio. Aquella disputa con su jefe, aquella sorprendente ocasión de sustraer dinero, todo lo que le había parecido tan importante, se desplomaba en pequeños azares. Ellos no le habían guiado. Habían ganado aquellos dos grandes deseos de su alma; todo lo demás había sido sólo el medio para obtenerlos.

Klein se asustó mucho de esta nueva evidencia. Se sintió como un niño que, jugando con cerillas, ha prendido fuego a una casa. Y ardía. ¡Dios mío! ¿Y de qué le servía? ¿Es que si viajaba hasta Sicilia o Constantinopla, rejuvenecería veinte años?

Entretanto el tren corría. Le salía al encuentro una aldea tras otra, de extraña belleza. Un alegre libro de dibujos con todos los bonitos objetos que se espera del Sur y que se conoce por las postales: puentes de piedra bellamente arqueados sobre arroyos y oscuros peñascos, muros de viñedos ribeteados por pequeños helechos, altos y esbeltos campanarios, fachadas de iglesias pintadas de varios colores o sombreadas por pórticos con ligeros y nobles arcos, casas de color rosa y soportales macizos del más fresco azul, mansos castaños, negros cipreses esparcidos por doquier, cabras trepando por el monte; las primeras palmeras, pequeñas y recias, frente a una mansión. Todo era curioso y bastante inverosímil, pero sobre todo resultaba bonito y parecía anunciar un cierto consuelo. Existía este Sur, no era una fábula. Los puentes y los cipreses habían llenado sus sueños de juventud; las casas y las palmeras decían: ya no estás en lo viejo, aquí empieza lo verdaderamente nuevo. El aire y el sol parecían aromatizados y con mayor fuerza, la respiración más fácil, la vida más posible, el revólver más superfluo, el ser destruido sobre los raíles menos urgente. Parecía posible un intento, a pesar de todo. La vida quizá podía soportarse.

Le invadió otra vez el agotamiento, ahora se abandonó más fácilmente y durmió hasta el anochecer. Le despertó el nombre sonoro de su pequeña ciudad. Precipitadamente descendió. Un empleado con el nombre de «Hotel Milano» en la gorra se le dirigió en alemán; encargó una habitación y pidió la dirección. Soñoliento y vacilante salió del vestíbulo de cristal y pasó de la ebriedad a la tibia noche.

«Algo así me he imaginado que era Honolulu», pensó. Un paisaje fantástico agitado le zarandeó de forma extraña e inconcebible. La colina descendía abrupta ante él, abajo la ciudad estaba encadenada; echó un vistazo perpendicular a las plazas iluminadas. De todas partes brotaban escarpadas y abruptas

montañas como panes de azúcar surgiendo de un lago en el que se reflejaban innumerables faroles del muelle. Un funicular se sumergía en la ciudad como un cubo en el pozo, medio en serio, medio en broma. En algunas de las altas cimas ardían ventanas iluminadas, ordenadas hasta la cúspide en caprichosas hileras, peldaños y constelaciones. Por encima de la ciudad sobresalían los tejados del gran hotel. En sus oscuros jardines flotaba el viento cálido de la tarde, casi veraniego, lleno de polvo y de perfume. De la oscuridad confusamente resplandeciente del agua subía una charanga acompañada y ridícula.

Era igual que aquello fuese Honolulu, México o Italia. Era desconocido, era un mundo nuevo, un aire nuevo. Y, aunque le desconcertaba y le angustiaba interiormente, auguraba también embriaguez y olvido, nuevas y desconocidas sensaciones.

Una calle parecía llevar al campo; vagó por ella, pasando por delante de depósitos y camiones; llegó junto a pequeñas casas de arrabal donde voces potentes gritaban en italiano. En el patio de una taberna sonaba estridente una mandolina. En la última casa se oía la voz de una muchacha, un olor a armonía le oprimió el corazón; con satisfacción pudo comprender muchas palabras y fijarse en el refrán:

*Mama non vuole, papa ne meno,
Come faremo a fare l'amor?*

Sonaba igual que en los sueños de su juventud. Inconscientemente siguió calle adelante, maravillado penetró en la cálida noche donde cantaban los grillos. Había un viñado y se detuvo embelesado: fuegos artificiales, una rueda de lucecitas verdes llenaban el aire y la perfumada y alta hierba, miles de estrellas fugaces se balanceaban ebriamente. Era un enjambre de luciérnagas que, lenta y silenciosamente, hacían de fantasmas en la cálida noche palpitante. El aire veraniego y la tierra parecían gozar fantásticamente en figuras luminosas y en mil pequeñas constelaciones que se movían. El forastero permaneció mucho rato entregado al hechizo y olvidó la angustiada historia de este viaje. ¿Existía todavía una realidad? ¿Había todavía negocios y policía? ¿Todavía jueces e informes? ¿Había una estación a diez minutos de aquí?

Lentamente el fugitivo, que había pasado de la vida a la fantasía, regresó a la ciudad. Los faroles se encendían. Algunas personas le gritaban palabras que no entendía. Árboles gigantes estaban llenos de flores, una iglesia de piedra colgaba sobre el despeñadero con altas terrazas; claras calles, interrumpidas por peldaños, fluían hacia la ciudad como arroyos de montaña.

Klein encontró su hotel. Y al entrar, en el vestíbulo y la escalera excesivamente daros y sobrios, desapareció su borrachera y volvió la angustiada timidez, su huida, su estigma. Confuso, pasó ante las miradas atentas y escrutadoras del conserje, del camarero, del chico del ascensor, de los huéspedes; se refugió en un aburrido rincón del restaurante. Con voz débil pidió el menú y atentamente, como si aún fuera pobre y tuviera que ahorrar, leyó los precios de todos los platos y encargó uno barato; se animó artificialmente con media botella de Burdeos, que no le gustó, y se alegró de encontrarse por fin tras la puerta cerrada de su pequeña y sórdida habitación. En seguida se durmió, durmió ávida y profundamente, pero sólo dos o tres horas. En plena noche se despertó.

Desde el abismo de lo desconocido, miraba absorto la hostil oscuridad. No sabía dónde estaba. Tenía la sensación abrumadora y culpable de que había olvidado algo importante. A tientas pulsó el interruptor y encendió la luz. La pequeña habitación surgió extraña, triste y absurda. ¿Dónde estaba? Los sillones de felpa le miraban disgustados. Todo le miraba con aire frío y desafiador. Se halló ante el espejo y leyó en su rostro lo olvidado. Sí, sabía. Antes no había tenido nunca este rostro, ni estos ojos, ni estas arrugas, ni estos colores. Era un rostro nuevo. Ya le había llamado la atención una vez ante otro espejo, durante la agitada representación de aquel día absurdo. No era su rostro, el rostro bueno, tranquilo y algo tolerante de Friedrich Klein. Era un rostro marcado por el destino con nuevos rasgos, más viejo y también más joven que el anterior, enmascarado y maravillosamente inspirado. A nadie le gustaban tales rostros.

Se hallaba, pues, sentado en la habitación de un hotel en el Sur, con el rostro marcado. En casa dormían los niños que había abandonado. Nunca más les vería dormir, nunca más les vería despertarse, nunca más oiría sus voces. No volvería a beber en el vaso de aquella mesilla de noche, en la que había el periódico de la tarde y un libro junto a la lamparita. Y detrás, en la pared, encima de la cama, las fotografías de sus padres, y todo, todo. En lugar de esto, aquí, en un hotel extranjero, miraba en el

espejo la cara triste y angustiada del criminal Klein. Y los muebles de felpa miraban torva y fríamente. Y todo era distinto. Nada estaba en orden. ¡Si su padre hubiese vivido aún!

Desde su juventud Klein no se había abandonado jamás a sus sentimientos de forma tan directa y solitaria, jamás había estado en el extranjero, nunca se había sentido tan desnudo y vertical bajo el sol inexorable del destino. Siempre había estado ocupado en algo, en algo que no era él mismo, siempre había tenido que ocuparse del dinero, del ascenso en la oficina, de la paz en casa, de problemas escolares y de enfermedades infantiles. Siempre le rodeaban los grandes y sagrados deberes del ciudadano, del marido, del padre; había vivido en defensa de éstos y a su sombra, a ellos se había sacrificado y gracias a ellos su vida había cobrado justificación y sentido. Ahora, de repente, pendía desnudo en el universo, solo frente al sol y a la luna; notaba el aire de su alrededor enrarecido y glacial.

¡Y lo extraordinario era que ningún cataclismo le había llevado a esta situación inquietante y muy peligrosa, ningún dios ni ningún diablo, sino él solo, él mismo! Su propia acción le había lanzado aquí, le había colocado en medio de la extraña inmensidad. Todo había nacido y crecido en él mismo, en su propio corazón se había desarrollado el destino: crimen y rebelión, huida de los deberes sagrados, salto al universo, odio a su mujer, fuga, aislamiento y quizá suicidio. Otros podían haber caído también en el mal y el hundimiento por motivos como el fuego o la guerra, por accidente o por mala voluntad de otros. Él, en cambio, el criminal Klein, no podía alegar nada semejante, no podía decir nada, ni hacer responsable a nadie, a lo sumo quizás a su mujer. Sí, ella, en realidad ella podía y debía ser invocada y hecha responsable. Podía señalarla con el dedo si alguna vez se le exigían cuentas.

Creció en él una gran cólera y de pronto le invadió una aglomeración ardiente y mortal de ideas y hechos. Recordó el sueño del automóvil y el golpe que había dado en el vientre de su enemigo.

Lo que ahora recordaba era una sensación o una fantasía, un estado de ánimo raro y morboso, una tentación, una loca veleidad, o como se le quiera llamar. Era la imagen o visión de un terrible acto sangriento que cometía matando a su esposa, a sus hijos y a sí mismo. Ahora, mientras el espejo seguía mostrándole su rostro de criminal marcado y loco, pensaba que varias veces había imaginado este cuádruple asesinato, varias veces, desesperado, había intentado defenderse de esta horrible y absurda visión. Exactamente entonces le parecía que le habían empezado los pensamientos, los sueños y las situaciones inquietantes, que, más tarde, con el tiempo, le habían conducido a la estafa y a su fuga. Tal vez no había sido sólo la descomunal aversión a su mujer y a su vida conyugal la que le había expulsado de casa, sino el miedo de que un día pudiese perpetrar ese horrible crimen: matar a todos, sacrificarles y verles yacer en su propia sangre. Además esta imagen tenía antecedentes. A veces había tenido como un ligero mareo al que uno cree que debe abandonarse. ¡En cambio, la imagen, el asesinato, procedía de una fuente especial! ¡Era incomprensible que no lo viera hasta ahora!

Cuando tuvo por primera vez la idea obsesiva de la muerte de su familia y se horrorizó de esta visión diabólica, le asaltó, no sin cierta ironía, un pequeño recuerdo. Era éste: años atrás, cuando su vida aún era inocente, casi feliz, comentó con sus compañeros el horrible crimen de un maestro de escuela del sur de Alemania, llamado W. (no recordaba exactamente el nombre) que había degollado a toda su familia de una forma terrible y sangrienta y que después se había dado muerte a sí mismo. Se trataba de saber hasta qué punto podía hablarse de responsabilidad en un acto de tal clase y, en general, si se podía comprender y explicar una explosión tan horrible de monstruosidad humana. Él, Klein, se había excitado mucho y se había mostrado extremadamente violento con un compañero que intentaba explicar todo asesinato psicológicamente; él sostuvo entonces que ante un crimen tan monstruoso un hombre decente no podía tener más actitud que la indignación y la repugnancia; un hecho de esa naturaleza sólo podía nacer en el cerebro de un demonio, y para un criminal de este tipo ningún castigo, ninguna condena, ninguna tortura era bastante rigurosa ni dura. Aún hoy recordaba perfectamente la mesa a la que estaban sentados y la mirada sorprendida y algo crítica que le habían dirigido los demás compañeros tras este arranque de indignación.

La primera vez que se vio a sí mismo, en una espantosa fantasía, como asesino de los suyos, se estremeció ante la idea y recordó en seguida aquella conversación sobre el parricida W. Y, aunque hubiese querido jurar que entonces había expresado sinceramente sus verdaderos sentimientos, ahora resonaba en su interior una voz espantosa que se mofaba de él y le gritaba: ya entonces, ya entonces, años atrás, en la conversación sobre el maestro W. habías comprendido lo más íntimo de aquella

acción, lo habías comprendido y aprobado, y tu violenta indignación y tu excitación se debieron a que lo que había en ti de filisteo e hipócrita no te dejaba admitir la voz del corazón. El terrible castigo y la tortura que deseaste a aquel asesino, y la indignada injuria con que calificaste su acción, en el fondo, iban dirigidos contra ti mismo, contra el germen de crimen que indudablemente llevabas ya entonces. Tu gran excitación en toda aquella conversación, en realidad se debió a que te veías a ti mismo sentado, acusado de un hecho sangriento; intentabas salvar tu conciencia mientras acumulabas acusación y sentencia. Como si, con esta furia contra ti mismo, pudieses castigar o acallar una secreta criminalidad.

Klein había ido lejos con sus pensamientos. Sentía que se trataba de algo importante para él, de su propia vida. Pero resultaba indeciblemente penoso hilvanar y ordenar estos recuerdos y pensamientos. Un estremecedor presentimiento de la última noción, redentora, le produjo cansancio y repugnancia ante su situación. Se levantó, se lavó la cara, anduvo descalzo de un lado para otro hasta que sintió escalofríos y entonces pensó en dormir.

Pero el sueño no acudía. Yacía entregado inexorablemente a sus sensaciones, a sus sentimientos puramente horrendos, dolorosos y humillantes: el odio a su mujer, la compasión para consigo mismo, la perplejidad, la necesidad de explicar, disculpar, consolar. Y como no se le ocurría ningún consuelo y el camino a la comprensión le llevaba, de forma profunda y despiadada, a las más ocultas y peligrosas espesuras de sus recuerdos, y el sueño se negaba a volver, permaneció el resto de la noche en un estado tan horrible como nunca había experimentado. Todos los sentimientos repugnantes que en él luchaban se reunían en un miedo terrible, asfixiante, mortal. Una diabólica pesadilla oprimía su corazón, crecía hasta el límite de lo insostenible. ¡Hacía tiempo que ya sabía lo que era miedo, desde hacía años, desde las últimas semanas! ¡Días! ¡Pero nunca lo había sentido tan aferrado a su garganta! Debía pensar en cosas menos importantes, en una llave olvidada, en la cuenta del hotel; debía crear montañas de preocupaciones y de penosas esperas. El saber si esta sórdida habitacioncilla le costaría más de tres francos y medio por noche y si, en este caso, debía permanecer allí más tiempo, le mantuvo en vilo durante una hora, le hizo sudar y le produjo palpitaciones. Sabía perfectamente que estos pensamientos eran absurdos. Para consolarse se hablaba de forma razonable y tranquilizadora, como a un niño obstinado; contaba con los dedos la total inconsistencia de sus preocupaciones. ¡Pero era en vano, completamente en vano! Tras este querer consolarse y animarse se traslucía más bien algo de mofa sangrienta, de mero aspaviento teatral, como ocurrió con el asesino W. Estaba muy claro que el miedo a la muerte, este horroroso sentimiento de estrangulación, de ser condenado a angustiada asfixia, no procedía de la preocupación por un par de francos o por algo parecido. Detrás de esto acechaba lo peor, lo más grave. ¿Pero qué? Tenían que ser cosas que tuviesen relación con el sangriento maestro de escuela, con sus propios deseos de asesinar y con todos sus males y trastornos. ¿Pero cómo resolverlo? ¿Cómo hallar el motivo? En su interior no había un solo trozo que no sangrase, que no estuviese enfermo, podrido, hipersensible. Notó que no podría soportarlo mucho tiempo. Si seguía así, noche tras noche, se volvería loco o se suicidaría.

Haciendo un esfuerzo se sentó en la cama e intentó vaciar el sentimiento de su situación para acabar con él. Pero siempre era igual: estaba sentado solo y desamparado, con la cabeza delirante y una presión dolorosa en el corazón, aferrado al miedo a la muerte, enfrentado al destino como un pájaro ante la serpiente, consumido por el temor. El destino —ahora lo sabía— no venía de cualquier parte, nacía en su propio interior. Si no encontraba ningún medio contra él, ya que le devoraba, estaría destinado a verse perseguido paso a paso por el miedo, por este miedo horrible; a verse desposeído de su corazón, paso a paso, hasta llegar al borde de lo que sentía ya cerca.

¡Cómo deseaba poder comprender, quizá sería la salvación! No había llegado ni mucho menos a descubrir su situación hasta el fin ni lo que le había ocurrido. Sabía tan sólo que estaba en el comienzo. Si ahora pudiese hacer un enorme esfuerzo y abarcar, ordenar y reflexionar sobre todo ello con exactitud, quizás encontrase el hilo. Todo cobraría un sentido y una fisonomía, entonces quizá sería soportable. Pero este esfuerzo, este autoanimarse era demasiado para él, era superior a sus fuerzas, sencillamente no podía. Cuanto más esfuerzo hacía por pensar, peor; en lugar de recuerdos y explicaciones sólo hallaba en él agujeros vacíos, no se le ocurría nada y, en cambio, le perseguía otra vez el miedo torturante; quisiera haber olvidado lo importante. Se inquietó y rebuscó en sí mismo, como un viajero nervioso

que revuelve todas sus bolsas y maletas en busca del billete que quizá tiene en el sombrero o en la mano. ¿Pero cuál era el remedio, él quizá?

Antes, hacía una hora, o tal vez más, ¿no había pensado algo, no había hecho algún descubrimiento? ¿Qué había sido, qué? Estaba lejos y no lo volvía a encontrar. Desesperado, se dio un puñetazo en la frente. ¡Dios del cielo, déjame encontrar la llave! ¡No me dejes perecer así, de forma tan miserable, tan estúpida, tan triste! Hecho trizas, como nubes en plena tormenta, todo su pasado huía de él, millones de imágenes, mezcladas y superpuestas, que recordaban algo de forma desfigurada y burlona. ¿Qué? ¿Qué?

De pronto encontró el nombre de «Wagner» en sus labios. ¡Qué inconscientemente pronunció: «Wagner, Wagner»! ¿De dónde procedía este nombre? ¿De qué pozo? ¿Qué quería? ¿Quién era Wagner? ¿Wagner?

Se aferró al nombre. Por fin tenía una tarea, un problema que era preferible que flotar en lo amorfo. Así pues, ¿quién es Wagner? ¿Qué importa Wagner? ¿Por qué mis labios, los deformados labios de mi rostro de asesino, pronuncian ahora, de noche, el nombre de Wagner? Se calmó. Se le ocurrieron toda clase de cosas. Pensó en Lohengrin y en la relación poco clara que tenía con el músico Wagner. A los veinte años le había gustado apasionadamente. Más tarde su entusiasmo se enfrió y con el tiempo le había encontrado una serie de objeciones y reparos. Había criticado mucho a Wagner y quizás esta crítica no estaba dirigida tanto contra el propio Richard Wagner, como contra su propia admiración por él. ¿Había caído de nuevo en la trampa? ¿Había vuelto a mentir, un pequeño embuste, una inmundicia? Sí, aparecían una tras otra. ¡La intachable vida del empleado y esposo Friedrich Klein no había sido completamente impecable, completamente limpia, a cada paso había algo que ocultar! Sí, de acuerdo, lo mismo había pasado con Wagner. Friedrich Klein había jugado y odiado duramente al compositor Richard Wagner. ¿Por qué? Porque Friedrich Klein no podía perdonarse que de joven hubiese estado loco por este mismo Wagner. Porque juventud, exaltación y Wagner, todo, le recordaba penosamente lo perdido, porque se había dejado atrapar por su mujer a la que no amaba, o no mucho, no lo bastante. ¡Ah, y tal como procedía contra Wagner, el empleado Klein también lo hacía con muchas otras personas y cosas! ¡Era un buen hombre el señor Klein, y tras su honradez sólo escondía suciedad y porquería! ¡Ah, si quisiera ser honrado, cuántos pensamientos secretos hubiera tenido que ocultarse! ¡Cuántas miradas a chicas bonitas por la calle, cuánta envidia a las parejas de enamorados que encontraba cuando se dirigía de la oficina hacia su mujer, a casa! Y luego la idea de asesinato. Y el odio, también válido para él, contra aquel maestro de escuela...

De repente se estremeció. ¡Otra cosa que encajaba! ¡El maestro de escuela y asesino también se llamaba Wagner! ¡Aquí estaba el meollo! Wagner, así se llamaba aquel siniestro, aquel loco asesino que había liquidado a toda su familia. ¿Toda su vida había estado tal vez ligada a ese Wagner? ¿No le había seguido por doquier esta sombra maldita? Ahora, gracias a Dios, había vuelto a encontrar el hilo. Sí, en otros tiempos, en los buenos tiempos ya lejanos, había echado pestes, se había indignado y encolerizado contra ese Wagner y le había deseado los mayores castigos. Y después, sin embargo, él mismo, sin pensar más en Wagner, había tenido los mismos pensamientos y había visto varias veces, en sueños, cómo mataba a su mujer y a sus hijos.

¿Y no era realmente comprensible? ¿No era eso? ¿No se podía concluir fácilmente que la responsabilidad ante la existencia de los hijos era insoportable, tan insoportable como la propia esencia y existencia que uno sentía como error, culpa y tortura?

Suspirando abandonó este pensamiento. Ahora le parecía completamente seguro que, cuando conoció por primera vez aquel homicidio wagneriano, ya entonces lo había comprendido y aprobado en su interior, aprobado naturalmente sólo como posibilidad. Ya entonces, cuando aún no se sentía desgraciado ni su vida estaba frustrada, ya entonces, años atrás, cuando aún le parecía querer a su mujer y creía en su amor, ya entonces en su fuero interno había comprendido al maestro de escuela Wagner y había estado secretamente de acuerdo con su acción. Todo lo que dijo y opinó entonces había sido sólo la opinión de su mente, no de su corazón. Su corazón —aquella raíz íntima, origen del destino— había tenido siempre otra opinión, había comprendido y aprobado el crimen. Siempre habían existido dos Friedrich Klein, uno visible y otro oculto, uno empleado y otro criminal, uno padre de familia y otro asesino.

Pero en aquella época había estado de parte del «mejor» yo, del empleado y persona decente, del esposo honorable y ciudadano honrado. Nunca había aceptado la secreta opinión de su interior, nunca le había conocido. ¡Y, sin embargo, esta voz interior le había guiado sin darse cuenta y le había convertido finalmente en fugitivo e infame!

Agradecido, se aferraba a estas ideas. Había un poco de lógica, algo de razón. Pero no le bastaba, lo importante seguía siendo oscuro. Había conseguido una cierta claridad, una cierta verdad. Y lo que importaba era la verdad. ¡Si al menos no volviese a perder el hilo!

Delirando, agotado, en inquieto duermevela, entre el pensamiento y el sueño, volvió a perder el hilo por centésima vez y por centésima vez lo volvió a encontrar. Hasta que amaneció y el ruido de la calle penetró por la ventana.

2

Por la mañana Klein recorrió la ciudad. Pasó ante un hotel con un jardín que le gustó, entró, vio las habitaciones y alquiló una. Sólo al regresar miró el nombre de la casa y leyó: Hotel Continental. ¿No le era familiar este nombre? ¿No lo había oído antes? ¿Igual que Hotel Milán? De todas formas, pronto renunció a esforzarse. Se sentía satisfecho en la atmósfera de libertad, de juego y de propia importancia que parecía invadir su vida.

Poco a poco volvía el encanto de ayer. Era estupendo estar en el Sur, pensó con alivio. Había sido una buena decisión. Sin todo esto, sin el adorable y general encanto, sin este tranquilo vagar y poder olvidarse de uno mismo, hubiera estado prisionero, hora tras hora, de la temible fuerza de los pensamientos. Se hubiera desesperado. En cambio, así lograba vegetar durante horas con un agradable cansancio, sin obsesiones, sin miedo, sin pensar. Esto le hacía bien. Era formidable que existiese este Sur y que él se lo hubiese prescrito. El Sur aligeraba la vida. Consolaba. Aturdía.

También ahora, a pleno día, el país le parecía inverosímil y fantástico, las montañas estaban tan cerca, eran tan escarpadas, tan altas, como si las hubiese inventado un pintor algo excéntrico. Pero todo lo próximo y pequeño era bonito: un árbol, un pedazo de orilla, una casa de alegres y bonitos colores, una tapia, un pequeño trigal bajo unos sarmientos, pequeño y cuidado como un jardín. Todo era agradable y simpático, alegre y expansivo, respiraba salud y confianza. Uno podía amar este pequeño, simpático y cómodo país, con sus risueñas personas. Poder amar algo, ¡qué alivio!

Con la apasionada voluntad de olvidar y perderse, arrastrando aún su sufrimiento, flotó huyendo del acechante sentimiento de angustia. Se entregó a aquel mundo desconocido. Vagó por el campo, por la amable tierra de campesinos, cultivada con esmero. No le recordó el campo y el campesino de su patria; pensó en Hornero y en los romanos; halló algo de antiguo, refinado y, sin embargo, primitivo, una inocencia y madurez que el Norte no tiene. Las pequeñas capillas y las imágenes de santos, pintadas y medio desnudas, que los niños adornan con flores campestres y que abundan por los caminos, le pareció que tenían el mismo sentido y que surgían del mismo espíritu que los temples y santuarios de los antiguos que en cada bosquecillo, manantial y montaña veneraban a la divinidad, y cuya alegre religiosidad olía a pan, a vino y a salud. Regresó a la ciudad, recorrió arcadas resonantes, se agotó sobre el áspero empedrado, miró con curiosidad tiendas abiertas y talleres, compró periódicos italianos sin leerlos y finalmente, cansado, fue a parar a un magnífico parque junto al lago. Por allí paseaban bañistas que se sentaban a leer en los bancos. Viejos y enormes árboles se inclinaban, como enamorados de su reflejo, sobre el agua verdeoscura, cubriéndola. Había plantas increíbles, zumaques, alcornos y otras rarezas arrogantes o tímidas, o llorosas junto a la orilla llena de flores. Y en la otra orilla, a lo lejos, flotaban luces blancas y rosadas de aldeas y caseríos. Se sentó en un banco, meditabundo, y cuando estaba a punto de adormilarse, le despertó un andar firme y elástico. Con botas altas pardorrojizas, con falda corta sobre finas medias caladas, pasó una mujer, una muchacha fuerte, firme, muy erguida y provocadora, elegante, altiva, un rostro frío con los labios pintados y un pelo alto y tupido de un amarillo claro, metálico. Su mirada le rozó un segundo al pasar. Una mirada segura y escrutadora, como la del portero y la del botones en el hotel; y siguió adelante indiferente.

Es verdad —pensó Klein—, ella tiene razón. No soy una persona en quien fijarse. Una mujer así no le mira a uno. Sin embargo, en el fondo le dolió su mirada corta y fría, se consideraba tasado y desdeñado por alguien que sólo veía superficie y fachada, y de la profundidad de su pasado le salían

aguijones y armas para defenderse contra ella. Ya había olvidado que un vistazo le había cautivado y que su fino pie, su andar elegante y seguro, su tersa pierna con finas medias de seda le habían hecho feliz. Se había extinguido el olor de su vestido y el fino perfume que recordaba su pelo y su piel. Se había desmenuzado el hálito de sexo y de posibilidad de amor que le había rozado. En su lugar llegaba un tropel de recuerdos. ¡Cuántas veces había visto a seres así, jóvenes, personas seguras y provocadoras, prostitutas o mujeres frívolas! ¡Cuántas veces le había molestado su desvergonzada provocación, le había irritado su seguridad, le había repugnado su frío y brutal exhibicionismo! ¡Muchas veces, de paseo o en restaurantes de la ciudad, había compartido la indignación de su mujer contra tales mujeres poco femeninas y medio prostitutas! Extendió las piernas malhumorado. ¡Aquella mujer le había estropeado su buena disposición! Se sentía enojado, irritado y dañado; sabía que si la del pelo rubio volvía a pasar y le volvía a examinar, entonces él enrojecería y se consideraría insuficiente e inferior con su traje, su sombrero, sus zapatos, su cara, pelo y barba. ¡Al diablo! ¡Aquel pelo rubio! Era falso, en ninguna parte del mundo había un cabello tan rubio. Además iba pintada. ¡Cómo podía una persona prestarse a pintarse así la cara! Tales personas iban por el mundo como si les perteneciese, poseían porte, seguridad, insolencia; estropeaban la alegría de las personas decentes.

Con los sentimientos de repugnancia, enojo y confusión, volvía a hervir un torrente de pasado, y de pronto una idea: ¡piensas en tu mujer, le das la razón, te subordinas de nuevo a ella! Por un instante le desbordó el sentimiento: soy un asno; me sigo contando entre las «personas decentes» y ya no lo soy; pertenezco, como aquella rubia, a un mundo que ya no es mi mundo anterior ni un mundo decente. En mi mundo de ahora ya no significan nada decente o indecente, cada uno intenta vivir para sí su dura vida. Sintió por un momento que su desprecio por la rubia era tan superficial y falso como su antigua indignación contra el maestro de escuela, el asesino Wagner, y también como su aversión por el otro Wagner cuya música le pareció demasiado sensual en otra época. Por unos instantes su pensamiento oculto, su yo extraviado, abrió los ojos y le dijo con su mirada penetrante que toda la indignación, todo el disgusto, todo el desprecio eran un error y una niñería, y recaían sobre el pobre ser indignado y desdenoso.

Este sapientísimo buen sentido también le dijo que él, aquí, estaba ante otro misterio cuya interpretación era importante para su vida, que aquella prostituta o dama de mundo, que aquel aroma de elegancia, seducción y sexo, no le eran de ninguna manera antipáticos ni ofensivos; que se había imaginado e impuesto tales juicios por miedo al animal o al demonio que podía descubrir en él, si alguna vez liberaba su moral y civismo de trabas y disfraces. Fulminantemente le estremeció algo parecido a la risa, una risa burlona; en seguida calló. Volvió a vencer la angustia. Era inquietante comprobar cómo cada despertar, cada excitación, cada pensamiento le herían infaliblemente donde era más débil y sensible al sufrimiento. De nuevo se hallaba en medio de este sentimiento: se trataba de su vida fracasada, de su mujer, de su crimen, de su desesperación ante el futuro. Volvió el miedo, el sapientísimo Yo se hundió como un suspiro que nadie oye. ¡Oh, qué tormento! ¡No, la rubia no tenía la culpa! Y todo lo que había sentido contra ella no le dolía a ella, sino a él mismo.

Se levantó y echó a andar. Muchas veces había creído que llevaría una vida bastante solitaria, y con cierta vanidad se había atribuido una filosofía de la resignación; entre los amigos, además, pasaba por un erudito, un lector y un esteta. ¡Dios mío, nunca había estado solo! Había hablado con los compañeros, con su mujer, con los niños, con toda la gente posible; los días pasaban y las preocupaciones se hacían soportables. E incluso cuando había estado solo, no había sido una auténtica soledad. Tenía las opiniones, los miedos, las alegrías, los consuelos de muchos, de todo un mundo. Siempre había existido comunidad alrededor y dentro de él; e incluso en la soledad, en la desgracia y en la resignación siempre había pertenecido a un grupo y a una multitud, a una asociación protectora, al mundo de los decentes, de los formales y de los honrados. Ahora, en cambio, ahora probaba la soledad. Todas las flechas caían sobre él, todos los motivos de consuelo resultaban absurdos, toda evasión ante el miedo le trasladaba al mundo con el que había roto y que le había destrozado, derribado. Todo lo que había de bueno en su vida ya no existía. Debía buscarlo en sí mismo, nadie le ayudaría. ¿Y qué hallaba en sí mismo? ¡Ah, desorden y desequilibrio!

Un automóvil, al que dejó pasar, desvió sus pensamientos, les dio nuevos elementos; sintió vacío y vértigo en su atormentado cerebro. «Automóvil», pensó o dijo, y no sabía qué significaba. Cerrando

los ojos un instante en una sensación de flaqueza, volvió a ver una imagen que parecía conocida, que recordaba, que proporcionaba nueva sangre a sus pensamientos. Se vio sentado en un coche, al volante. Era un sueño que había tenido alguna vez. Había derribado al conductor y se había apoderado del volante; había sido una especie de liberación y de triunfo. En alguna parte existía un alivio difícil de encontrar. Pero existía. Existía, aunque sólo fuese en la fantasía o en el sueño, la benéfica posibilidad de conducir completamente solo su coche, de arrojar burlonamente del coche a cualquier otro conductor. Y, aunque el coche diese saltos, subiese a las aceras, chocase contra casas y contra personas, era, sin embargo, delicioso y mucho mejor que viajar con un chófer desconocido, mucho mejor que seguir siendo un niño eternamente. ¡Un niño! Tenía que reír. Recordó que de niño había maldecido y odiado su nombre, Klein1. Ahora ya no se llamaba así. ¿No era importante, una alegría, un símbolo? Había dejado de ser pequeño; ahora ya no le llevaban otros.

En el hotel, con la comida bebió un buen vino suave que encargó al azar y cuyo nombre retuvo. Había pocas cosas que le ayudasen a uno, pocas que consolasen y aligerasen la vida; era importante conocer estas pocas cosas. Este vino era una de ellas; el aire y el país meridionales eran otras. ¿Qué más? ¿Existían más? Sí, la meditación también era consoladora, le hacía bien a uno y le ayudaba a vivir. ¡Pero no cualquier forma de pensar! ¡Oh no! Existía un pensar que era tortura y desvarío. Existía un pensar que revolvía dolorosamente lo inmutable y sólo conducía al hastío, al miedo y a la saciedad de la vida. Había otro pensar que uno debía buscar y aprender. ¿Era en realidad un pensar? Era una situación, un estado interior que duraba sólo unos instantes y que una intensa voluntad de pensar sólo conseguía destruirlo. En esta situación, deseable, uno tenía ideas, recuerdos, visiones, fantasías, conocimientos de diversa índole. El sueño del automóvil era de esta clase, de esta buena y reconfortante clase, como el súbito recuerdo del asesino Wagner y de aquella conversación que había tenido años atrás sobre él. También lo era la extraña idea con el nombre de Klein. Con estos pensamientos, con estas ideas el miedo y el atroz malestar eran sustituidos por una seguridad resplandeciente; era entonces cuando todo estaba bien, la soledad era fuerte y orgullosa, se dominaba el pasado, las horas próximas no conocían el espanto.

¡Tenía que conseguir estos pensamientos, comprender, aprender! Estaba salvado si conseguía encontrar en sí mismo pensamientos de aquella clase, cultivarlos y provocarlos. Meditaba. No sabía cómo se había deslizado por la tarde; las horas se le fundieron como en sueños y quizá durmió realmente. Sus pensamientos giraban continuamente alrededor de aquel misterio. Reflexionaba mucho y con gran esfuerzo sobre su encuentro con la rubia. ¿Qué significaba ella? ¿Cómo podía ser que este fugaz encuentro, el rápido cruce de una mirada con una mujer desconocida, bonita, pero que le había sido antipática, se convirtiese durante muchas horas en fuente de pensamientos, de sensaciones, de excitaciones, recuerdos, mortificaciones, acusaciones? ¿Cómo podía ser? ¿Les pasaba también a los demás? ¿Por qué durante un minúsculo instante le había encantado la figura, el andar, las piernas, los zapatos y las medias de la rubia? ¿Por qué le había desilusionado tanto su fría mirada calculadora? ¿Por qué esta fatal mirada no sólo le había decepcionado y despertado del corto hechizo erótico, sino que también le había ofendido, indignado y rebajado ante sí mismo? ¿Por qué había lanzado al aire, contra esta mirada, palabras en voz alta y recuerdos que pertenecían a su pasado, palabras que ya no tenían ningún sentido, argumentos en los que ya no creía? Había pronunciado juicios de su mujer, palabras de sus compañeros, pensamientos y opiniones de su antiguo Yo, del ex ciudadano y empleado Klein, contra aquella dama rubia y contra su mirada antipática; había necesitado justificarse con todos los medios imaginables frente a esta mirada y había tenido que reconocer que sus medios no eran más que viejas monedas que ya no valían. ¡Y de todas estas largas y penosas reflexiones únicamente le había quedado congoja, inquietud y el triste sentimiento de la propia culpa! Pero por un sólo momento había vuelto a sentir aquel estado tan deseado; interiormente había expulsado por un instante todas aquellas reflexiones penosas de su cabeza y había sabido. Durante unos segundos había sabido: mis pensamientos sobre la rubia son estúpidos e indignos, el destino está sobre ella como sobre mí, Dios la quiere como me quiere a mí.

¿De dónde procedía aquella voz benévola? ¿Dónde podía uno encontrarla, atraerla de nuevo, en qué rama se asentaba aquella rara y huraña ave? Esta voz decía la verdad y la verdad era alivio, cura, refugio. Esta voz surgía cuando uno estaba a solas con el destino en el corazón y se amaba a sí mismo;

era la voz de Dios o era la voz del propio, del verdadero Yo interior, más allá de todas las mentiras, disculpas, comedias.

¿Por qué no podía oír siempre esta voz? ¿Por qué la verdad se le escurría como un espectro que sólo puede verse fugazmente y que desaparece en cuanto se le mira directamente? ¿Por qué veía esta puerta de la fortuna abierta y, en cambio, cuando quería entrar se cerraba?

Al despertarse de un ligero sueño, cogió un librito de Schopenhauer que estaba sobre la mesa y que casi siempre le acompañaba en los viajes. Lo abrió y leyó una frase: «Cuando miramos hacia atrás el camino recorrido, y pensamos especialmente, aunque no siempre lo comprendemos, cómo hemos podido hacer esto o dejar de hacer aquello, parece como si una fuerza extraña hubiese guiado nuestros pasos. Goethe dice en Egmont: el hombre cree guiar su vida, dirigirse él mismo, y su interior es arrastrado irresistiblemente hacia su destino». ¿No había algo que le interesaba a él? ¿Algo que estaba relacionado íntimamente con sus actuales pensamientos? Siguió leyendo ansioso, pero no encontró nada más; las líneas y las páginas siguientes le dejaron indiferente. Dejó el libro, cogió el reloj de bolsillo y lo encontró parado; se levantó y miró por la ventana, parecía anochecer. Se sintió algo fatigado, como después de un duro esfuerzo mental, pero no extenuado de forma desagradable e infructuosa, sino cansado de forma inteligente, igual que si hubiera hecho un trabajo satisfactorio. He dormido una hora más, pensó, y se colocó ante el armario de luna para peinarse. ¡Se sentía extrañamente libre y bien, y en el espejo se vio sonreír! Su pálido rostro fatigado, que desde hacía mucho tiempo sólo veía demudado, rígido y enajenado, mantenía una suave y amable sonrisa. Maravillado sacudió la cabeza y se sonrió a sí mismo. Bajó al restaurante donde ya se cenaba en algunas mesas. ¿No hacía un momento que había comido? Daba igual, tenía muchas ganas de volver a hacerlo en seguida y encargó una buena comida tras consultar al camarero.

—¿El señor quiere ir quizás esta noche a Castiglione? —le preguntó el camarero al servirle la comida—. Va una lancha del hotel.

Klein¹ le dio las gracias meneando negativamente la cabeza. No, tales actividades del hotel no eran para él. ¿Castiglione? Ya había oído hablar de ello. Era un lugar de diversión con una casa de juego, algo parecido a un pequeño Montecarlo. Santo Dios, ¿qué tenía que hacer él allí?

Mientras le traían el café, cogió una pequeña rosa blanca del jarrón de cristal que tenía delante y se la puso en el ojal. De una mesa cercana le llegó el aroma de un cigarro recién encendido. Exacto; él también quería fumar un buen cigarro.

Luego se paseó indeciso por delante del edificio. Le hubiera gustado volver a aquel rincón rústico, donde la noche pasada había experimentado por vez primera la dulce realidad del Sur en el canto de la italiana y en la danza chispeante de la luciérnaga. Pero se dirigió al parque, junto al agua tranquila y oscura, junto a los árboles exóticos. Si volvía a encontrar a la dama del pelo rubio, ya no le enojaría ni avergonzaría su mirada fría. ¡Por lo demás, cuán inimaginablemente largo había sido el día! ¡En este Sur ya se sentía como en su propia casa! ¡Cuánto había vivido, pensado, experimentado!

Paseó por una calle, envuelto en una suave brisa de noche veraniega. Mariposas nocturnas giraban frenéticamente alrededor de los faroles encendidos, personas diligentes cerraban tarde sus negocios y colocaban barras de hierro delante de las tiendas, muchos niños retozaban todavía y correteaban por entre las pequeñas mesas del bar, donde se bebía café y limonada, en plena calle. Una imagen de la Virgen en una hornacina sonreía a la luz de unas velas encendidas. También en los bancos junto al lago había vida, se reía, se discutía, se cantaba y sobre el agua flotaban barcas con remeros en mangas de camisa y muchachas con blusas blancas.

Klein halló fácilmente el camino del parque, pero el portalón estaba cerrado. Más allá de la verja de hierro estaban las silenciosas tinieblas del arbolado, extrañas y llenas de noche y de sueño. Miró hacia dentro largo rato. Luego sonrió; sólo entonces supo el secreto deseo que le había empujado a aquel lugar, frente a la puerta de hierro cerrada. No importaba. Prescindiría del parque.

Se sentó tranquilamente en un banco junto al lago y se quedó mirando el pueblo flotante. A la clara luz de un farol desdobló un periódico italiano e intentó leer. No lo comprendía todo, pero le divertía cada frase que podía traducir. Poco a poco, pasando por alto la gramática, empezó a fijarse

¹ «Klein» significa pequeño en alemán. (*N. del t.*)

en el sentido y, con cierta sorpresa, encontró que el artículo era un insulto violento y furioso contra su pueblo y su patria. ¡Qué raro es todo esto!, pensó. ¡Los italianos escribían sobre su pueblo igual como los periódicos de su país habían hecho siempre sobre Italia, tan sentenciosos, tan indignados, tan infaliblemente convencidos de la propia justicia y de la injusticia extranjera! También resultaba curioso que este periódico, con su odio y su cruel diatriba, no lograra indignarle ni enfurecerle. ¿O sí? No. ¿Para qué indignarse? Todo ello constituía la manera de ser y de hablar de un mundo al que ya no pertenecía. Podía ser el mundo bueno, el mejor, el justo; pero ya no era el suyo.

Dejó el periódico sobre el banco y siguió andando. En un jardín cientos de luces de colores brillaban sobre rosales densamente florecidos. La gente entraba, él la siguió; una taquilla, camareros, una pared con anuncios. En medio del jardín había una sala sin paredes, sólo un gran toldo del que colgaban innumerables lámparas multicolores. Muchas mesas medio ocupadas llenaban la sala al aire libre; al fondo resplandecía un pequeño tablado de colores llamativos: plata, verde y rosa. Al pie del escenario estaban sentados los músicos, una pequeña orquesta. En la cálida noche multicolor la flauta respiraba de forma rápida y clara, el oboe sonaba intenso y túrgido, el violoncelo sombrío y cálido. En el escenario un hombre cantaba arias cómicas; su pintada boca reía con rigidez; en su cabeza calva y afligida relucía la abundante luz.

Klein no había buscado nada semejante. Sintió cierta decepción y la vieja timidez de sentarse solo entre una multitud alegre y elegante; le pareció que el espectáculo artístico encajaba mal en la noche perfumada. Se sentó, sin embargo. Al poco rato la luz de tantas bombillas multicolores se amortiguó, flotando como un velo mágico sobre la sala al aire libre. La musiquilla se inflamaba tierna e íntimamente, mezclada con el perfume de tantas rosas. La gente estaba sentada, apacible y engalanada, con un buen humor sosegado; sobre tazas, botellas y copas de helado flotaban rostros brillantes, en un dulce halo, bañados por la suave luz multicolor. Resaltaban los tornasolados sombreros femeninos y los helados amarillos y rosas, así como los vasos con refrescos rojos, verdes y amarillos.

Nadie escuchaba al cómico. El pobre viejo seguía indiferente y solitario sobre su escenario y cantaba lo que había aprendido; la deliciosa luz caía sobre su pobre figura. Terminó su canción y pareció contento de poder marcharse. En las primeras mesas aplaudieron dos o tres personas. El cantante se retiró y en seguida apareció en la sala. Atravesó el jardín y tomó asiento en una de las primeras mesas, junto a la orquesta. Una joven dama le ofreció un vaso de agua de Seltz; para ello se levantó un poco y Klein la miró. Se trataba de la desconocida del pelo rubio.

Entonces, en alguna parte, sonó con estridencia un timbre largo, se produjo un movimiento en la sala. Muchas personas salieron sin sombrero y sin abrigo. También la mesa próxima a la orquesta se vació; la rubia salió con los demás; su pelo brillaba en el resplandor del jardín. En la mesa sólo quedó el viejo cantante. Klein tuvo un arranque y se dirigió hacia él. Saludó amablemente al viejo que sólo inclinó la cabeza.

—¿Puede decirme qué significa ese timbre? —preguntó Klein.

—Es el descanso —contestó el cómico.

—Y ¿adonde se ha marchado toda la gente?

—A jugar. Ahora hay media hora de pausa y mientras tanto se puede jugar, al otro lado, en el Kursaal.

—Gracias. No sabía que aquí también había una casa de juego.

—No vale la pena. Sólo es para niños, la mayor apuesta es de cinco francos.

—Muchas gracias.

Saludó con el sombrero y se dio la vuelta. Le pareció que podía preguntarle al viejo sobre la rubia. La conocía. Vaciló con el sombrero en la mano. Luego volvió a su sitio.

¿Qué es lo que quería en realidad? ¿Qué le importaba ella? Sintió que, a pesar de todo, le importaba. Sólo era timidez, cierta ilusión, una inhibición. Una ligera ola de malhumor creció en él, una tenue nube que se cernía pesada; ahora volvía a ser tímido, esclavo; y se sentía enojado consigo mismo. Era mejor que se marchara a casa. ¿Qué hacía aquí, entre gente tan alegre? No era como ellos.

Le molestó que el camarero le presentase la cuenta. Se enfadó.

—¿No puede esperar a que le llame?

—Perdone, pensé que el señor quería marcharse. A mí nadie me reembolsa si un cliente se larga.

Le pagó la bebida y dejó una buena propina.

Cuando abandonaba la sala, vio que la rubia regresaba del jardín. Esperó y la dejó pasar junto a él. Caminaba erguida, con energía y, al mismo tiempo, ligera como si ándase sobre plumas. Su mirada le rozó, fría, sin reconocerle. Él vio su rostro claramente iluminado, un rostro tranquilo e inteligente, firme y pálido, un poco indiferente, la boca pintada de color rojo-sangre, los ojos grises muy vigilantes, una bella oreja bien modelada en la que brillaba una piedra alargada de color verde. Llevaba un vestido de seda blanco, su cuello esbelto se hundía en sombras opalinas y estaba adornado con una fina cadena de piedras verdes.

La miró interiormente excitado y con cierta impresión discrepante de nuevo. Había en ella algo que seducía, que hablaba de dicha y de ternura, que olía a carne y a cabello, a cuidada belleza. Pero, al mismo tiempo, había algo que repugnaba, que parecía injusto, que anunciaba desengaño. Era la vieja timidez, inculcada y largamente cultivada en su vida ante lo que él creía femenino, ante la consciente exhibición de lo bello, ante el abierto recuerdo del sexo y de la lucha amorosa. Sintió que la disonancia residía en sí mismo. Volvía a Wagner, volvía el mundo de lo bello, pero sin orden ni disciplina, el mundo del viajero, sin disimulo, sin timidez, sin mala conciencia. Había un enemigo dentro de él que le negaba el paraíso.

En la sala los camareros habían cambiado las mesas de sitio y habían dejado un espacio libre en el centro. Parte del público no había regresado.

«Quédate», le gritó un deseo de hombre solitario. Presintió qué noche le esperaba si regresaba en seguida. Una noche como la anterior, posiblemente peor. Dormiría poco, con pesadillas, desesperación y mortificación, además de la voz del instinto, el recuerdo de la cadena de piedras verdes sobre el pecho blanco, color perla. Quizás había llegado pronto, demasiado pronto, el instante en que la vida ya no puede soportarse. Y él sentía apego a la vida, bastante. Sí, era cierto. ¿Hubiera estado aquí de lo contrario? ¿Hubiera dejado a su mujer, hubiera quemado las naves tras él, hubiera empleado todo el dispositivo maligno, todas esas heridas en su propia carne, y, en fin, hubiera viajado hasta el Sur, si no tuviese apego a la vida, si no hubiese en él deseo y futuro? ¿No lo había sentido hoy de forma clara y maravillosa, al beber el buen vino, ante el portal cerrado del parque, en el banco junto al muelle?

Se quedó y encontró sitio en una mesa junto a la del cantante y la rubia. Había allí seis personas, con ella siete, y era evidente que se sentían como en su casa, que formaban parte de este espectáculo y de esta fiesta. Les miraba continuamente. Entre ellos y los parroquianos de este jardín había familiaridad; la gente de la orquesta también les conocía, iban y venían de su mesa, gastaban bromas, tuteaban al camarero y le llamaban por su nombre. Se hablaba alemán, italiano y francés mezclados.

Klein contemplaba a la rubia. Ella seguía seria y fría, aún no la había visto reír, su rostro parecía invariable. Notaba que los de su mesa la respetaban, hombres y mujeres le hablaban en un tono de amistosa consideración. Oyó su nombre: Teresina. Pensó si era guapa, si realmente le gustaba. No pudo decirlo. Eran indudablemente bellos su porte y su figura, incluso extraordinariamente bellos, su postura en la silla y el movimiento de sus manos muy cuidadas. En cambio, en su rostro y en su mirada le preocupaba e irritaba la tranquila frialdad, la seguridad y la calma del semblante, su rigidez de máscara. Parecía una persona que tiene su propio cielo y su propio infierno, que nadie puede compartir con ella. En esta alma que parecía muy dura, áspera y quizás orgullosa, e incluso mala, en esta alma también debían arder el deseo y la pasión. ¿Qué clase de sensaciones buscaba, cuáles le gustaban y cuáles rehuía? ¿En qué consistían sus debilidades, sus angustias, su secreto?

¿Qué aspecto tenía cuando reía, cuando dormía, cuando lloraba, cuando besaba?

¿Por qué desde mediodía ella ocupaba sus pensamientos, por qué había de observarla, estudiarla, temerla, enfadarse con ella sin saber siquiera si le gustaba?

¿Quizás era su meta y su destino? ¿Le atraía hacia ella una fuerza secreta igual como le había atraído al Sur? ¿Un instinto innato, una línea del destino, un eterno impulso inconsciente? ¿Su encuentro con ella estaba predestinado? ¿Sucería fatalmente?

Con gran esfuerzo oyó, entre la charla de varias voces, un fragmento de su conversación. Oyó que ella decía a una bonita joven flexible y elegante, de ondulado pelo negro y cara tersa: «Quisiera jugar otra vez de verdad, no aquí que sólo ganas para bombones, sino en Castiglione o en Montecarlo.» Y después, a la respuesta de su interlocutora, añadía: «No, usted no sabe en absoluto lo que es. Tal vez

no sea hermoso, ni inteligente, pero es irresistible.»

Ahora sabía algo de ella. Le complacía haberla espiado y sorprendido. Por una pequeña ventana iluminada, él, el extranjero, había podido lanzar una breve mirada observadora & su alma desde fuera, como un centinela. Ella tenía deseos. Estaba atormentada por el deseo de algo que era excitante y peligroso, de algo en lo que uno podía perderse. Le gustaba saberlo. ¿Y qué pasaba con Castiglione? ¿No había oído hoy hablar de ello? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Era igual, ahora no podía pensar. Tal como ya le había pasado varias veces en estos extraños días, había tenido la sensación de que todo lo que hacía, oía, veía y pensaba, estaba lleno de dependencia y de necesidad, de que un guía le conducía, de que largas y lejanas series causales producían efecto. Eso estaba bien.

De nuevo le recorrió una sensación de felicidad, una sensación de tranquilidad y de seguridad espiritual, que resultaba maravillosamente deliciosa para quien conoce el temor y el miedo. Recordó una conversación de su adolescencia. Los muchachos de la escuela habían hablado entre ellos de cómo hacían los equilibristas para poder andar sobre la maroma tan seguros y sin miedo. Y uno había dicho: «Si trazas una raya con tiza en el suelo de la habitación, resulta exactamente tan difícil andar sobre esta raya como hacerlo sobre la maroma más delgada. Y uno lo hace tranquilamente porque no existe ningún peligro. Si te imaginas que es una simple raya de tiza y el aire el suelo, entonces puedes andar seguro sobre cualquier maroma.» Aquello le gustó. ¡Qué bonito era! ¿En él no era al revés? ¿No le sucedía a él que ya no podía andar tranquilo ni seguro sobre ningún suelo llano porque lo tomaba por una maroma?

Interiormente estaba contento de que pudieran ocurrírsele tales cosas reconfortantes, de que yacieran en él y aparecieran de vez en cuando. Uno llevaba en su propio interior lo que importaba; nadie podía ayudarle desde fuera. Uno lo podía todo si no estaba en guerra consigo mismo, si vivía con amor y confianza en sí mismo. Entonces no sólo podía bailar sobre la maroma, sino que también podía volar.

Por un momento, olvidándolo todo, introdujo estas sensaciones en las blandas y escabrosas sendas del alma tanteando en sí mismo, como lo haría un cazador o explorador; había apoyado la cabeza en su mano, con aire ausente. En aquel instante vio a la rubia y ésta le miró. Su mirada no se detuvo mucho rato, pero él se fijó atentamente en su cara y cuando ella le devolvió la mirada, sintió algo de estima, algo de interés e incluso de simpatía en ella. Esta vez su mirada no le hizo daño, no le dolió. Esta vez notó que ella le veía a él, no su traje y sus modales, su peinado y sus manos, sino lo verdadero, lo misterioso de él, lo único, lo divino, el destino. Se arrepintió de todas las cosas amargas y desagradables que había pensado de ella. Pero no, no había nada de que disculparse. Todas las cosas desagradables y disparatadas que había pensado y sentido contra ella habían sido golpes contra él mismo, no contra ella. No, estaba bien así.

De pronto le sobresaltó la música que empezaba de nuevo. La orquesta entonó un baile. Pero la escena seguía vacía y oscura, mientras las miradas de los espectadores se dirigían al cuadro vacío que había entre las mesas. Adivinó que se iba a bailar.

Al alzar la vista vio que en la mesa contigua se levantaban la rubia y un elegante joven imberbe. Se rió de sí mismo cuando se dio cuenta de que también sentía hostilidad contra aquel joven que poseía —a regañadientes lo admitió— elegancia, buenos modales y un pelo y un rostro bellos. El joven ofreció su mano a la muchacha y la llevó al espacio vacío. Apareció una segunda pareja. Bailaron un tango con elegancia, seguridad y gusto. Él no entendía de esto, pero en seguida vio que Teresina bailaba maravillosamente. Vio que hacía algo que comprendía y dominaba, que residía en ella y le salía de forma natural. El joven de pelo negro y ondulado también bailaba bien, se adaptaban uno al otro. Su danza mostraba a los espectadores sólo cosas agradables, claras, sencillas y simpáticas. Sus manos se enlazaban ligera y suavemente, sus rodillas, sus brazos, sus pies y sus cuerpos realizaban la delicada y vigorosa labor con docilidad y alegría. Su danza expresaba felicidad, belleza, lujo, elegancia y arte de vivir. También expresaba amor y sexualidad, pero no salvaje y ardiente, sino un amor lleno de naturalidad, ingenuidad y encanto. Al bailar mostraban a los ricos, a los turistas, la belleza que poseía su vida y que aquellos no podrían expresar ni experimentar nunca sin su ayuda. Estos bailarines consumados, profesionales, ofrecían a la buena sociedad un substitutivo. Los miembros de esta buena sociedad, que no bailaban ni bien ni ágilmente, que no podían disfrutar realmente del agradable juego

de la vida, hacían que aquellos jóvenes les mostrasen la belleza de su danza. Pero eso no era todo. No sólo podían contemplar ligereza y sereno dominio de la vida, sino que se les recordaba además la naturaleza e inocencia de las sensaciones y de los sentidos. Ellos, que tenían una vida apresurada y artificial o corrompida y repleta, que oscilaba entre el trabajo y el placer desordenado y la forzada penitencia en un sanatorio, miraban sonriendo, impresionados tonta y secretamente por el baile de estos jóvenes hermosos y ágiles, miraban como se mira la querida primavera de la vida, un paraíso lejano, perdido, del que se habla a los niños sólo en los días de fiesta, en el que uno ya apenas cree, pero en el que sueña por las noches con ferviente ansiedad.

Y entonces, durante el baño, en la mirada de la rubia se produjo un cambio que Friedrich Klein observó con franco entusiasmo. De manera paulatina, imperceptible, como el color rosa sobre un cielo matutino, apareció en su rostro frío y serio una sonrisa que aumentaba progresivamente y se hacía cálida. Sonreía como si el baile ahuyentase su fría personalidad y la inundase de calor y de vida. El bailarín también sonreía, igual que la segunda pareja. En los cuatro rostros brillaba una sonrisa encantadora, aunque parecía falsa e impersonal. La de Teresina era la más bella y misteriosa, nadie sonreía como ella, tan inaccesible por fuera, tan floreciente por dentro, en su propia felicidad. Lo veía con profunda emoción, le conmovía como el descubrimiento de un tesoro oculto.

«¡Qué cabello tan maravilloso tiene!», oyó que alguien decía en voz baja. Pensó que él había criticado y dudado de este maravilloso cabello rubio.

Se terminó el tango. Klein vio que Teresina permanecía un instante junto a su bailarín. Éste aún mantenía su mano izquierda a la altura del hombro. Vio cómo desaparecía lentamente el encanto del rostro de ella. La gente aplaudió y siguió con la vista a las dos parejas que regresaban a su mesa con paso ligero.

El siguiente baño, que empezó tras una corta pausa, fue ejecutado por una sola pareja, por Teresina y su bello acompañante. Era un baile de fantasía, de complicada composición, casi una pantomima que cada bailarín bailaba sólo para sí y que se convertía en baile de dos únicamente en radiantes y unánimes puntos culminantes y en el galopante final,

Teresina, con los ojos llenos de felicidad, pasaba volando con soltura y fervor; seguía con sus ingrátidos miembros las evoluciones de la música; en la sala se produjo un silencio y todos los miraban fascinados. El baile terminó con un violento torbellino en el que el bailarín y la bailarina sólo se tocaban con las manos y las puntas de los pies y giraban en círculo de forma báquica.

En esta danza se tenía la sensación de que ambos bailarines, en sus ademanes y pasos, al separarse y volverse a unir en un constante perder y recobrar el equilibrio, reproducían sensaciones que todos desean profunda y secretamente, pero que sólo unos pocos afortunados experimentan tan simple, intensa y libremente: la alegría íntima de los hombres sanos, el aumento de esta alegría en el amor a los demás, el fiel acuerdo con la propia naturaleza, la confiada entrega a los deseos, sueños y juegos del corazón. Por un instante a muchos les apenaba que existiese tanta discrepancia y conflicto entre su vida y sus impulsos, que su vida no fuera ningún baile, sino un penoso jadeo bajo las cargas que, al fin y al cabo, ellos mismos se habían impuesto.

Mientras seguía el baile, Friedrich Klein recorría su vida pasada como si fuera un túnel oscuro y largo. Al otro lado, al sol y al viento, estaba lo perdido, verde y brillante, la juventud, la sensibilidad intensa y simple, la fiel disposición a la felicidad. Todo ello volvía a estar extrañamente cerca, sólo a un paso, invocado y reflejado por la magia.

Con la íntima sonrisa del baile en el rostro, Teresina pasó ante él. Le inundó la alegría y le embelesó la pasión. Cuando la llamó, ella le miró íntimamente, aún dormida, el alma llena aún de felicidad, la dulce sonrisa aún en los labios. Él también le sonrió a ella, vislumbrando una próxima felicidad tras la oscura sombra de tantos años perdidos.

Él se levantó en seguida y le tendió la mano, como un viejo amigo, sin decir palabra. La bailarina cogió su mano y por un instante la retuvo firmemente sin detenerse. Él la siguió. En la mesa del artista le hicieron sitio. Se sentó junto a Teresina y vio brillar las alargadas piedras verdes sobre la clara piel de su cuello.

No tomaba parte en la conversación de la que comprendía muy poco. Detrás de la cabeza de Teresina veía, a la luz estridente de los fanales, perfilarse los tallos de rosa llenos de oscuros capullos, rodeados

por alocadas luciérnagas. Cesaron sus pensamientos, no había nada en que pensar. Los capullos de rosa oscilaban ligeramente en la brisa nocturna; Teresina estaba sentada a su lado; en su oreja pendía destellante la piedra verde. El mundo estaba en paz. Entonces Teresina puso su mano sobre el brazo de él.

—Tenemos que hablar. No aquí. Recuerdo haberle visto en el parque. Mañana estaré allí a la misma hora. Ahora estoy cansada y tengo que acostarme pronto. Mejor será que se marche antes de que mis amigos le den un sablazo. Entonces pasó un camarero y ella le detuvo:

—Eugenio, el señor quiere pagar.

Pagó, le dio la mano, cogió su sombrero y se dirigió hacia el lago sin una idea determinada. Era imposible irse a su habitación del hotel. Siguió el camino del lago hacia el pueblo, salió a las afueras, hasta donde se terminaban los bancos de la orilla y las construcciones. Se sentó en el muelle y cantó para sí, sin voz, fragmentos de una canción desaparecida de los años de juventud. Hasta que tuvo frío y las escarpadas montañas cobraron una hostil singularidad. Entonces regresó con el sombrero en la mano.

Un soñoliento portero nocturno le abrió la puerta.

—Llego un poco tarde —dijo Klein y le dio un franco.

—¡Oh, estamos acostumbrados! Usted no es el último. La lancha de Castiglione no ha regresado todavía.

3

La bailarina ya estaba allí cuando Klein acudió al parque. Caminaba por el jardín con su paso elástico y se detuvo ante él, junto a la sombreada entrada de un bosquecillo.

Teresina le examinó atentamente con sus ojos gris claro, su rostro estaba serio y algo impaciente. Mientras andaba empezó a hablar en seguida.

—¿Puede decirme qué pasó ayer? ¿Cómo fue que nos cruzamos en el camino? He meditado sobre ello. Ayer le vi dos veces en el jardín Kursaal. La primera vez usted estaba en la salida y me miró; parecía aburrido o enfadado, y cuando le vi, pensé: a ese hombre ya le encontrado en el parque. No fue una buena impresión y me esforcé por olvidarle inmediatamente. Luego le vi otra vez, un cuarto de hora más tarde. Estaba sentado en la mesa contigua y de repente parecía completamente distinto. Al principio no me di cuenta de que era usted el mismo que había encontrado antes. Y luego, después de mi baile, se levantó ante mí y me asió la mano, o yo a usted, no sé exactamente. ¿Cómo pudo ser? Usted debe saber algo. Espero que no haya venido para hacerme declaraciones de amor.

Ella le miró imperiosamente.

—No lo sé —dijo Klein—. No he venido con intenciones determinadas. La amo desde ayer, pero no es necesario hablar de ello.

—Sí, hablemos de otra cosa. Ayer, por un instante, hubo entre nosotros algo que me preocupó y me asustó, como si tuviéramos algo semejante o en común. ¿Qué es? Y lo principal: ¿qué transformación sufrió usted? ¿Cómo podía ser que usted tuviera aspectos tan completamente distintos en el plazo de dos o tres horas? Parecía una persona que ha experimentado cosas muy importantes.

—¿Qué parecía? —preguntó puerilmente.

—¡Oh! Primero parecía un señor mayor, acongojado, desagradable. Parecía un filisteo, un hombre que ha vivido descargando sobre otros la cólera de su propia incapacidad.

Él escuchaba con gran interés y asentía vivamente. Ella continuó:

—Y luego, más tarde, es difícil de describir. Estaba sentado un poco inclinado hacia delante. Cuando casualmente llamé su atención, aún pensé en el primer segundo: ¡Señor, qué aspecto tan triste tiene este filisteo! Había apoyado la cabeza sobre su mano y parecía de repente muy extraño; parecía como si usted fuera la única persona en el mundo, como si le fuera completamente indiferente lo que pudiera sucederle a usted y a los demás. Su rostro era como una máscara, horriblemente triste, horriblemente indiferente.

Calló, parecía buscar palabras, pero no añadió nada más.

—Tiene usted razón —dijo Klein humildemente—. Lo ha visto con tanta claridad que debería sorprenderme. Usted ha leído en mí como en un libro. Pero, en realidad, es natural y justo que usted viera todo esto.

—¿Por qué natural?

—Porque usted, de manera algo distinta, expresaba exactamente lo mismo bailando. Cuando baila y también en muchos momentos, Teresina, es usted como un árbol o una montaña, o una fiera, o una estrella, completamente introvertida y sola, no quiere ser nada más que lo que es, esté bien o mal. ¿No es lo mismo que usted vio en mí? Ella le contempló sin responder. —Es usted una persona rara —dijo luego titubeando—. ¿Y cómo es esto? ¿Es usted realmente como aparentaba? ¿De verdad le da igual todo cuanto pueda sucederle?

—Sí, sólo que no siempre. A veces tengo miedo. Pero luego el miedo se marcha, y todo es indiferente. Entonces uno es fuerte. Indiferente no es la definición exacta: todo es delicioso y agradable, sea lo que sea.

—Por un momento creí incluso posible que usted fuese un criminal.

—Tampoco eso es imposible. Es incluso probable. Mire usted, Teresina, se dice un «criminal» y por ello se entiende que uno hace algo que otros le han prohibido. Pero él, el criminal, sólo hace lo que está en él. Ve usted, ése es el parecido entre nosotros dos: de vez en cuando hacemos lo que está en nosotros. Eso es lo único raro. La mayoría de las personas no lo saben. Yo tampoco lo sabía; decía, pensaba, hacía, vivía sólo lo ajeno, sólo lo aprendido, sólo lo bueno y justo, hasta que un día se acabó. No podía más, debía marcharme, lo bueno ya no era bueno, lo justo ya no era justo, la vida ya no era soportable. Pero, sin embargo, quisiera soportarla, la quiero aunque cause tantos tormentos.

—¿Quiere decirme cómo se llama y quién es usted?

—Soy el que usted ve ante sí, no otro. No tengo ningún nombre ni ningún título, ni tampoco ningún oficio.

Tuve que abandonarlo todo. Conmigo sucede que, después de una larga vida honrada y laboriosa, un día, no hace mucho, me caí del nido y ahora debo perecer o aprender a volar. El mundo ya no me importa, ahora estoy completamente solo.

Algo perpleja preguntó:

—¿Ha estado en algún manicomio?

—¿Loco, quiere decir? No. Aunque también eso es posible. —Estaba distraído, los pensamientos le retenían por dentro. Con incipiente inquietud siguió—: Cuando uno habla de ello, incluso lo más simple se convierte en complicado e incomprensible. ¡No debemos seguir hablando de esto! Se habla sólo cuando uno no quiere comprenderlo.

—¿Qué quiere usted decir? Yo quiero comprender de verdad. ¡Créame! Me interesa mucho.

Él sonrió abiertamente.

—Sí, sí. Usted quiere hablar de esto. Ha experimentado algo y ahora quiere comentarlo. ¡No hay remedio! Hablar es el camino seguro para no comprender nada, para hacerlo todo superficial y aburrido. ¡Usted no quiere comprenderme a mí ni tampoco a sí misma! Usted sólo quiere tranquilizarse ante la advertencia que ha sentido. Quiere suprimirnos a mí y a la advertencia para encontrar la etiqueta con que poder clasificarme. Lo intenta con la de criminal y la de enfermo mental, quiere saber mi situación y mi nombre. Pero todo esto aleja de la comprensión. Todo esto es falso, señorita; es una mala sustitución del comprender, es una evasión ante el deseo de comprender, ante el deber de comprender.

Se interrumpió, se pasó la mano crispada por los ojos, luego pareció que se le ocurría algo alegre, volvió a sonreír.

—Mire. Cuando usted y yo sentimos por un momento lo mismo, no dijimos nada, ni preguntamos nada, ni tampoco pensamos nada; nos dimos la mano al mismo tiempo. Y estuvo bien. Pero ahora, ahora hablamos y pensamos y explicamos y todo se ha hecho extraño e incomprensible. ¡Tan sencillo como era! A usted le resultaría tan fácil comprenderme como yo la comprendo a usted.

—¿Cree comprenderme bien?

—Sí, naturalmente. No sé cómo vive usted. Pero vive como lo he hecho yo y como lo hace la mayoría, en la oscuridad y lejos de sí mismos, tras cualquier fin, deber, propósito. Lo hacen casi todos los hombres. Por esto el mundo entero está enfermo y se hundirá. Pero a veces, por ejemplo al bailar,

se olvida de su proyecto o de su deber y vive de forma completamente distinta. Siente como si estuviera sola en el mundo o como si al día siguiente pudiera estar muerta, y entonces surge todo lo que realmente es usted. Cuando baila contagia incluso a los demás. Ése es su secreto.

Durante un trecho ella anduvo más de prisa. En un alero sobre el lago se detuvieron.

—Es usted singular —dijo ella—. Puedo comprender algunas cosas. ¿Pero qué quiere realmente de mí?

Bajó la cabeza y pareció por un momento triste.

—Está acostumbrada a que uno quiera siempre obtener algo de usted. Teresina, no quiero nada de usted que no quiera usted misma y haga con gusto. Puede serle indiferente que yo la ame. No es ninguna suerte ser amado. Cada persona se ama a sí misma y, sin embargo, se está torturando durante toda su vida. No, ser amado no es ninguna suerte. ¡Pero amar, esto sí que es una suerte!

—Con gusto le daría cualquier placer, si pudiera —dijo Teresina lentamente, como compasiva.

—Puede hacerlo, si me permite cumplir algún deseo suyo.

—¡Ah, qué sabe usted de mis deseos!

—En efecto, usted no debería tener ninguno. Ya tiene la llave del paraíso: es su baile. Pero yo sé que sí tiene deseos, y me gusta. Sabe, aquí hay uno a quien le gustaría cumplir cada uno de sus deseos.

Teresina reflexionó. Sus ojos vigilantes se agudizaron y se enfriaron. ¿Qué podía saber él de ella? Como no halló nada, empezó con cuidado:

—Mi primer ruego sería que fuese sincero. Dígame quién le ha contado algo de mí.

—Nadie. No he hablado nunca de usted con nadie. Lo que sé, y es muy poco, lo sé por usted misma. Ayer le oí decir que desea jugar una vez en Castiglione.

Su rostro se estremeció.

—Así que usted me ha espiado.

—Sí, naturalmente. He comprendido su deseo. Porque usted no siempre está de acuerdo consigo misma, busca excitación y aturdimiento.

—¡Oh, no! No soy tan romántica como usted cree. En el juego no busco emoción, sino simplemente dinero. Quisiera por una vez ser rica o vivir con desahogo, sin tener que venderme para ello. Eso es todo.

—Suenan bien y, sin embargo, no lo creo. ¡Pero, como quiera! En el fondo usted ya sabe perfectamente que no necesita venderse nunca. ¡No hablemos de ello! ¡Pero si quiere tener dinero, sea para jugar o no, tome el mío! ¡Tengo más del que necesito, creo, y no le doy ningún valor!

Teresina se retractó de nuevo.

—Apenas le conozco. ¿Cómo voy a tomar dinero suyo?

Él se sacó el sombrero como atacado por un dolor y calló.

—¿Qué le pasa? —gritó Teresina.

—Nada, nada. ¡Permítame que me vaya! Hemos hablado demasiado. Uno no debería hablar nunca tanto.

Y se marchó, sin haberse despedido, rápidamente y como agitado por la desesperación, a través de la arboleda. La bailarina le siguió con la mirada, invadida por varios y contradictorios sentimientos, francamente maravillada de él y de sí misma.

No huyó por desesperación, sino tan sólo a causa de la tensión insoportable; estaba harto. Se le había hecho imposible decir una palabra más, oír una palabra más; tenía que estar solo, necesariamente tenía que estar solo, pensar, escuchar, escucharse a sí mismo. Toda la conversación con Teresina le había extrañado y sorprendido. Las palabras habían salido involuntariamente, le había acometido, como un ataque, la imperiosa necesidad de comunicar sus experiencias y pensamientos, de formularlos, de expresarlos, de llamarlos por su nombre. Estaba sorprendido de cada palabra que había dicho, y sentía cada vez más cómo trataba de convencerse de algo que ya no era ni sencillo ni justo, cómo intentaba en vano explicar lo incomprensible; se le hizo insoportable y tuvo que callar.

En cambio, ahora, cuando intentaba recordar el último cuarto de hora, comprendía que esta experiencia había sido afortunada y provechosa. Era un progreso, una salvación, una confirmación.

El carácter dudoso que para él tenía el mundo habitual le había fatigado y atormentado terriblemente. Había comprobado el prodigio de que la vida cobra mayor significado cuando los sentidos y

los conceptos nos extraviaban. Pero siempre le volvía a asaltar la penosa duda de que estas experiencias fueran realmente esenciales, de que fueran algo más que pequeñas ondulaciones casuales en la superficie de un corazón cansado y enfermo, veleidades, pequeñas oscilaciones nerviosas. Ayer por la noche y hoy había visto que su experiencia era real. Había brotado de él, y le había cambiado, había atraído hacia él a otra persona. ¡Su aislamiento estaba roto, volvía a amar, había alguien a quien quería servir y complacer, podía sonreír de nuevo, reír incluso!

Le recorrió esa oleada como si fuese dolor y voluptuosidad, se estremeció ante tal sensación, la vida resonaba en él como una resaca, todo era incomprensible. Abrió bruscamente los ojos y vio: árboles en una calle, copos plateados en el lago, un perro corriendo, ciclistas; y todo era extraño, fabuloso y casi demasiado bonito, todo era como si lo hubiese arrebatado de la flamante caja de juguetes de Dios, todo para él solo, para Friedrich Klein. Y él mismo estaba allí sólo para sentir palpar en él este torrente de maravilla, dolor y alegría. Por doquier había belleza, incluso en cualquier montón de basura del camino; por doquier había profundo sufrimiento, por doquier estaba Dios. Sí, Dios. Desde tiempos inimaginables, cuando era muchacho, le había sentido y le había buscado con el corazón, cuando pensaba «Dios» y «omnipresencia». ¡Corazón, no estalles de tanta abundancia!

Otra vez, de todos los pozos olvidados de su vida afloraron innumerables recuerdos que habían quedado libres: de conversaciones, de sus esponsales, de trajes que había llevado de niño, de mañanas de vacaciones cuando era estudiante; y se ordenaban en círculos alrededor de algunos puntos centrales: alrededor de la figura de su mujer, alrededor de su madre, del asesino Wagner, de Teresina. Se le ocurrían citas de escritores clásicos y refranes latinos que le habían impresionado en su época escolar, e insensatos versos sentimentales de canciones populares. La sombra de su padre estaba al fondo; revivió la muerte de su suegra. Todo lo que, por los ojos y las orejas, de hombres y de libros, con placer o con dolor, había penetrado en él y estaba en él sumergido, parecía estar de nuevo ahí, todo a la vez, revuelto y mezclado, sin orden, pero lleno de sentido, importante, pletórico de significado, sin desperdicio.

La afluencia se convirtió en tormento, un tormento que no se distinguía de la voluptuosidad más intensa. Su corazón latía aprisa, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Comprendió que estaba cerca de la locura, pero sabía que no se volvería loco; miraba el nuevo mundo espiritual de la locura con el mismo asombro y embeleso con que miraba el pasado, el lago, el cielo: aquí también todo era mágico, agradable y significativo. Comprendió porqué los pueblos refinados consideraban la locura como algo sagrado. Lo comprendió todo, todo le hablaba, todo se le abría. ¡No había palabras y resultaba falso y desesperado querer imaginar y pensar cualquier cosa en palabras! Uno sólo tenía que estar abierto, preparado; entonces cada cosa, el mundo entero podía penetrar por un camino infinito, como en el arca de Noé, dentro de uno mismo, y uno lo poseía, lo comprendía y se fundía con él.

La tristeza le atenazó. ¡Oh, si todos los hombres supieran esto, lo experimentarían! ¡Cuánto se viviría, cuánto se pecaría, cuán ciega y desmesuradamente se sufriría! ¿No se enfadó ayer con Teresina? ¿No odiaba ayer a su esposa, la acusaba y la hacía culpable de todo el sufrimiento de su vida? ¡Qué triste, necio y desesperado! Todo era, en cambio, tan simple, tan bueno, tan razonable cuando se veía desde dentro, cuando tras cada cosa se veía la esencia, a él, a Dios.

Aquí el camino penetraba en nuevos jardines de ideas y en bosques de imágenes. Dirigió su sentimiento actual hacia el futuro, centenares de sueños felices, para él y para todos, centelleaban. Su vida pasada, absurda, perdida, no debía ser defendida ni acusada, ni juzgada, sino renovada y convertida en lo contrario, llena de sentido, de alegría, de bien, de amor. La gracia que experimentaba debía volver a brillar y seguir actuando. Le venían a las mientes versículos de la Biblia y todo lo que sabía de hombres piadosos y santos. Todos habían empezado siempre así. Habían seguido el mismo camino duro y tenebroso que él, cobardes y llenos de miedo hasta el momento del cambio y de la iluminación. «Tened miedo en el mundo», había dicho Jesús a sus discípulos. Pero quien había superado el miedo, ya no vivía en el mundo, sino en Dios, en la eternidad.

Así lo habían aprendido todos, todos los sabios del mundo entero, Buda y Schopenhauer, Jesús, los griegos. Había una sola sabiduría, una sola creencia, un solo pensamiento: el saber de Dios en nosotros. ¡Cómo se había falseado y tergiversado esto en la escuela, en la iglesia, en los libros y en la ciencia!

Con amplios aletazos el espíritu de Klein voló por el ámbito de su mundo interior, de su saber, de su formación. También aquí, como en su vida externa, el bien estaba junto al bien, el tesoro junto

al tesoro, la fuente junto a la fuente, pero cada cosa para sí, aislada, muerta y sin valor. Pero con el destello de la ciencia, con la iluminación bruscamente palpitaba también el orden, el sentido y la forma a través del caos, empezaba la creación; la vida y la energía saltaban de un polo al otro. Versículos de la más remota contemplación eran evidentes, lo oscuro se aclaraba, y la certeza se convertía en credo místico. También este mundo se hacía vivo y apasionante. Las obras de arte que había amado en sus años juveniles, resonaban con nuevo encanto. Veía que la enigmática magia del arte se abría con la misma llave. El arte no era más que la contemplación del mundo en estado de gracia, de iluminación. El arte era mostrar a Dios tras cada cosa.

El bienaventurado cruzaba enardecido el mundo, cada rama de árbol participaba de su éxtasis, tendía noblemente hacia lo alto, colgaba íntima, era símbolo y revelación. Ligeras nubes violetas se deslizaban sobre el espejo del lago, estremeciéndose en tierna dulzura. Cada piedra yacía plena de sentido junto a su sombra. El mundo nunca había sido tan hermoso, profundo y sagrado, tan digno de amor; al menos desde los años misteriosos, legendarios de la primera infancia. «Así no llegaréis a ser como los niños», recordó y sintió: soy de nuevo niño, he entrado en el reino de los cielos.

Cuando empezó a sentir cansancio y hambre, se halló lejos de la ciudad. Se acordó de dónde venía, lo que había ocurrido y que se había marchado sin despedirse de Teresina. En el pueblo próximo buscó una posada. Le atrajo una pequeña taberna de pueblo con una mesa de madera en el jardín, bajo un cerezo. Pidió comida, pero no tenían más que vino y pan. Pidió una sopa, o huevos, o jamón. Nada, no había nada de eso. Aquí nadie comía tales cosas en estos tiempos de carestía. Primero habló con la tabernera, después con la abuela que estaba sentada en el peldaño de la puerta remendando ropa. Se sentó en el jardín, bajo la densa sombra del árbol, con pan y vino rojo, agrio. En el jardín vecino, ocultas tras unos matorrales y ropa tendida, oyó las voces de dos muchachas que cantaban. De pronto una palabra de la canción le llegó al corazón sin que pudiera retenerla. De nuevo se repetía la estrofa, era el nombre de Teresina. La canción, un cuplé medio cómico, hablaba de una Teresina. Comprendió:

*La sua mamma alla finestra
Con una voce serpentina:
Vieni a casa, Teresina,
Lasc'andaré quel traditor!*

¡Teresina! ¡Cuánto la quería! ¡Qué delicioso era amar!

Apoyó la cabeza sobre la mesa y se aletargó, se adormilaba y volvía a despertarse varias veces, muchas veces. Anocheceía. La tabernera se colocó delante de la mesa, maravillada del cliente. Éste sacó dinero y pidió otro vaso de vino; le preguntó por aquella canción. Ella estuvo amable, le trajo vino y permaneció de pie junto a él. Él se hizo recitar toda la canción de Teresina; le gustó especialmente el verso que decía:

*lo non sono traditore
E ne meno lusinghero,
lo son' figlio d'un rico signore,
Son'venuto per fare l'amor.*

La tabernera opinó que ahora podría comer una sopa; ella de todas formas la hacía para su marido a quien estaba esperando.

Comió sopa de verduras con pan. El tabernero llegó a casa. En los tejados de ladrillos de la aldea refulgía el sol tardío. Pidió una habitación, le ofrecieron una, una alcoba con gruesas y desnudas paredes de piedra. La tomó. Nunca había dormido en una alcoba así, parecía el aposento de un drama de bandidos. Paseó por la aldea de noche, encontró aún un tenducho abierto, consiguió comprar chocolate y lo repartió entre los niños que jugueteaban en gran número por la calle. Corrieron tras él, los padres le saludaban, todo el mundo le daba las buenas noches y él las devolvía, saludaba a todos, mayores y jóvenes, a los que estaban sentados en los umbrales y en las escaleras de las casas.

Pensó con placer en su alcoba de la fonda, en aquel primitivo y cavernícola parador, donde la vieja cal de los grises muros se desconchaba y donde no había nada inútil colgado en las paredes desnudas,

ni cuadros ni espejos, ni tapices ni cortinas. Recorrió la aldea de noche como a través de una aventura, todo relucía, todo estaba lleno de secretas promesas.

Al regresar a la hostería, desde la sala vacía y oscura de la entrada vio luz por la rendija de una puerta, fue hacia allí y se encontró en la cocina. El cuarto le pareció una cueva fantástica, la poca luz que había fluía sobre el rojo suelo de piedra y se perdía, antes de alcanzar las paredes y el techo, en un cálido resplandor; de la campana de la chimenea, enorme y muy negra, parecía derramarse un manantial inagotable de oscuridad.

Allí estaba la mujer con la abuela, ambas estaban sentadas en cuclillas, pequeñas y endebles sobre humildes taburetes bajos, con las manos sobre las rodillas. La tabernera lloraba. Nadie hizo caso del recién llegado. Se sentó junto a una mesa en la que había restos de verdura. Un cuchillo romo brillaba con tono plomizo; al resplandor de la luz relucía, en la pared, una vasija de color terroso. La mujer lloraba, la vieja canosa le murmuraba algo en dialecto; comprendió paulatinamente que había habido una riña en casa y que el hombre había vuelto a marcharse después de la disputa. Preguntó si le había pegado, pero no obtuvo respuesta. Empezó a consolarla. Le dijo que su marido volvería muy pronto seguramente. La mujer respondió cortante: «Hoy no y mañana quizá tampoco». Él renunció, la mujer se irguió un poco; estaban sentados sin hablar, el llanto había cesado. La sencillez del suceso que no se comentaba le pareció maravillosa. Se había discutido, se había sufrido, se había llorado. Ahora había pasado, uno estaba tranquilamente sentado y esperaba. La vida seguiría. Como con los niños. Como con los animales, únicamente no hablar, no complicar lo simple, no volver el alma hacia fuera.

Klein invitó a la abuela a hacer café para los tres. Las mujeres resplandecieron. La anciana colocó en seguida ramas secas en la chimenea. Al arder, las ramas y el papel crepitaban; las llamas chisporrotearon al instante. A la luz del fuego vio el rostro de la tabernera iluminado desde abajo, algo acongojado y, sin embargo, sosegado. Ella miraba el fuego y sonreía; se levantó de repente, fue lentamente al grifo y se lavó las manos.

Estaban los tres sentados en la mesa de la cocina y bebían él caliente café negro, acompañado de un viejo aguardiente. Las mujeres se animaron; contaban cosas y preguntaban, reían de la forma trabajosa e incorrecta en que hablaba Klein. A él le parecía que estaba aquí desde hacía mucho tiempo. ¡Maravilloso! ¡En estos últimos días todo parecía tener su lugar! Periodos enteros de tiempo y trozos de vida hallaban sitio en una tarde, cada hora parecía sobrecargada de vitalidad. Por unos segundos sintió relampaguear el temor; el cansancio y el desgaste de la vitalidad podían asaltarle de forma centuplicada y agotarle de la misma manera que el sol seca una gota en la roca. En estos instantes tan intensos, en ese extraño relámpago, viose vivir él mismo; en su cerebro, en oscilaciones aceleradas, sintió y vio que un aparato indeciblemente complicado, delicado y costoso, vibraba ante un trabajo multiplicado por mil igual como un mecanismo de reloj muy sensible tras un cristal, al que basta una partícula de polvo para alterarlo.

Le contaron que el tabernero invertía su dinero en negocios inseguros, que estaba mucho tiempo fuera de casa y que por todas partes mantenía relaciones con mujeres. No tenían niños. Mientras Klein se esforzaba por encontrar palabras italianas para hacer preguntas sencillas e informarse, tras el cristal seguía trabajando el delicado mecanismo infatigable, febril, incluyendo en seguida cada momento vivido en sus deducciones y ponderaciones.

Se levantó temprano para ir a dormir. Dio la mano a las dos mujeres, a la vieja y a la joven, que le miró intensamente, mientras la abuela luchaba con un bostezo. Luego subió a tientas por la oscura escalera de piedra, con peldaños asombrosamente altos, hasta su alcoba. Encontró agua preparada en una tinaja, se lavó la cara, por un momento echó de menos el jabón, las zapatillas, el camisón de dormir; aún permaneció un cuarto de hora en la ventana, apoyado en la cornisa de granito, se desnudó completamente y se tendió en la dura cama, cuya tosca ropa le encantaba y despertaba un torrente de deliciosas imágenes campestres. ¿No era esto lo único justo: vivir siempre así, en un cuarto con cuatro paredes de piedra, sin el ridículo engorro de los tapices, de los adornos, de los muebles superfluos, sin todos los accesorios exagerados y, en el fondo, bárbaros? Un techo sobre la cabeza, contra la lluvia, una sencilla manta encima, contra el frío, un poco de pan y vino o leche, contra el hambre, por la mañana el sol para despertarse, por la tarde el crepúsculo para dormirse. ¿Necesitaba el hombre algo más?

Pero apenas había apagado la luz, la casa, la alcoba y la aldea se desvanecieron. Volvía a estar junto

al lago con Teresina y hablaba con ella. Sólo con gran esfuerzo podía recordar la conversación de hoy y dudaba de lo que le había dicho realmente, incluso de si toda la conversación no había sido más que un sueño y una quimera. La oscuridad le hacía bien. ¿Sabía Dios dónde se despertaría mañana? Un ruido en la puerta le sobresaltó. El picaporte giró suavemente, un delgado hilo de luz penetró titubeante por la rendija. Sorprendido al principio, pero lúcido inmediatamente, miró hacia la puerta. Ésta se abrió del todo. Era la posadera con una luz en la mano, descalza, silenciosa.

Le miraba intensamente y le rió y abrió los brazos, profundamente asombrado, irreflexivo. Ella, entonces, se le acercó. Su cabello negro yacía junto a él sobre la áspera almohada.

No hablaron. Enardecido por su beso, la atrajo hacia sí. La repentina proximidad y el calor de un ser humano en su pecho, el fuerte brazo ajeno alrededor de su nuca le excitó extrañamente. ¡Le era tan desconocido aquel calor, era tan doloroso y nuevo aquel calor y aquella proximidad! ¡Había estado tan solo, muy solo, demasiado solo! ¡Abismo y ardiente infierno se habían abierto entre él y el mundo! Y ahora había venido a él una persona extraña,

Con una callada confianza y necesidad de consuelo, una pobre mujer abandonada. Se colgaba de su cuello, daba, tomaba y sorbía con ansia las gotas de deleite de la vida mezquina. Ebria y al mismo tiempo tímida, buscaba su boca, jugaba con tristes y cariñosos dedos entre los suyos, frotaba la mejilla con la suya. Se enderezó sobre su pálido rostro y la besó en sus dos ojos cerrados y pensó: ella cree que toma y no sabe que da, huye de su soledad y ni sospecha la mía. Tan sólo entonces se dio cuenta que había estado toda la tarde sentado junto a ella ciego; tenía largas y delgadas manos, hermosos hombros y un rostro lleno de miedo al destino y de ciega sed infantil, y poseía una cierta ciencia miedosa del pequeño y dulce camino y de la práctica de la ternura.

Vio también, y le entristeció, que él mismo seguía siendo un muchacho y un principiante en el amor, resignado a un largo; paciente matrimonio, tímido y, sin embargo, culpable, ansioso y lleno de mala conciencia. Mientras besaba ávidamente la boca y el pecho de la mujer, mientras sentía todavía la mano de ella cariñosa y casi maternal en sus cabellos, experimentó de antemano desengaño y opresión en el corazón, sintió que el mal regresaba: el miedo. Le invadió un sentimiento cortante y frío y el temor de que él, en su esencia, no era apto para el amor, que el amor sólo le podía proporcionar tormento y un encanto maldito. Antes de que cesara la breve tormenta del placer, en su alma se abrió la inquietud y la desconfianza, la repugnancia por haber sido poseído en lugar de poseer y conquistar. Presintió el asco.

La mujer desapareció silenciosamente con su vela. Klein estaba tendido en la oscuridad y, en medio de la satisfacción del apetito, llegaba el momento que ya había temido antes, horas antes en breve y fulgurante presentimiento, el terrible instante en que la riquísima música de su nueva vida sólo encontraba cuerdas cansadas y desafinadas; el placer debía pagarse repentinamente con cansancio y miedo. Con palpitations sintió que todos los enemigos estaban al acecho: insomnio, depresión, pesadilla.

La áspera sábana quemaba su piel; pálido, miró la noche por la ventana. ¡Era imposible permanecer aquí y resistir indefenso el inminente tormento! ¡Ah, otra vez volvía la culpa, el miedo, la tristeza y la desesperación! Todo lo superado, lo pasado regresaba. No había salvación.

Se vistió rápido, a oscuras; buscó sus botas polvorientas ante la puerta. Despacio, sin hacer ruido, bajó y salió de la casa. Con fatigadas piernas que flojeaban, corrió por la aldea y por la noche, desesperado, escarnecido por sí mismo, perseguido por sí mismo, odiado por sí mismo.

4

Klein, con rabia y desesperación, luchó con su demonio. Lo que sus afortunados días le habían traído de novedad, conocimiento y salvación, en la ebria prisa del pensamiento y la clarividencia de los últimos días, había subido como una ola cuya altura parecía irreversible, pero que en realidad ya empezaba a declinar. Ahora yacía de nuevo en el valle, en las sombras, debatiéndose todavía, esperando aún, escondido y profundamente herido. Durante un solo día, un día corto y resplandeciente había logrado ejercer el arte sencillo que conocen todas las plantas. Durante un pobre día se había amado a sí mismo, se había sentido uno y entero, no dividido en partes enemigas, se había amado y en sí había amado al mundo y a Dios. Y sólo le había satisfecho el amor, la aprobación y la alegría. ¡Si ayer le hubiera

atracado un ladrón, si un policía le hubiera detenido, todo hubiera sido aprobación, sonrisa, armonía! Y ahora, en plena felicidad, había vuelto a caer y se había hecho pequeño. Se juzgaba a sí mismo, aunque en su interior sabía que todo juicio era falso y disparatado. El mundo, que un feliz día había sido diáfano y rebosante de Dios, volvía a ser duro y pesado, y cada cosa tenía su propio sentido, y cada sentido contradecía los demás. ¡El entusiasmo de este día le había abandonado! ¡Hubiera querido morir! El sagrado entusiasmo había sido un momento de humor, lo de Teresina una ilusión y la aventura en la taberna una dudosa y sucia historia.

Ya sabía que este sentimiento asfixiante de miedo sólo desaparecía si dejaba de reprenderse, de criticarse a sí mismo, de hurgar en las heridas, en las demás heridas. Sabía que todo el dolor, la necedad y el mal se convertirían en lo contrario si conseguía reconocerlo como Dios, si lo seguía hasta sus raíces más profundas, que pasaban muy por encima del dolor y del placer, del bien y del mal. Lo sabía. Pero contra esto no podía hacer nada, el espíritu maligno estaba en él, Dios volvía a ser una palabra bonita y lejana. Se odiaba y despreciaba, y este odio se le presentaba involuntaria e inevitablemente en un momento dado, de la misma manera que en otros momentos se le presentaba el amor y la confianza. ¡Y así había de ser siempre! Siempre conocería la gracia y la bienaventuranza, y después siempre lo opuesto, y su vida no seguiría nunca el camino que su propia voluntad le dictara. Como un juguete, como un corcho flotante sería golpeado constante y eternamente. Hasta que todo terminase, hasta que un día una ola se encabritase y la muerte o la locura le arrastrasen. ¡Ojalá fuera pronto!

Los pensamientos que desde hacía mucho tiempo le eran tan amargamente familiares, se repetían forzosamente: miedos inútiles, acusaciones inútiles; reconocer su absurdidad era sólo un tormento más. Se repetía una imagen que recientemente (a él le parecía que habían pasado meses) había tenido durante el viaje: ¡con qué placer se arrojaría de cabeza al tren! Seguía ansioso aquella imagen, la respiraba como aire puro. La cabeza delante. ¡Todo hecho astillas y pedazos, triturado, arrollado bajo las ruedas y aniquilado sobre los raíles! Su mal iba corroyendo profundamente estas visiones. Oía, veía, saboreaba con aprobación y voluptuosidad la profunda destrucción de Friedrich Klein. Sentía desgarrados, esparcidos, triturados su corazón y su cerebro, su dolorida cabeza partida, los ojos vaciados, el hígado estrujado, los riñones molidos, el pelo arrancado, los huesos, rodillas y barbilla pulverizados. Era eso lo que había querido sentir el homicida Wagner cuando bañó en sangre a su mujer, a sus hijos y a sí mismo. Era exactamente eso. ¡Oh, le comprendía tan bien! Él también era Wagner, era un hombre con buenas dotes, capaz de sentir lo divino, capaz de amar, pero demasiado agobiado, demasiado meditabundo, demasiado fácil de cansar, demasiado consciente de sus defectos y enfermedades. ¿Qué podía hacer en el mundo una persona así, un Wagner, un Klein? Teniendo siempre ante los ojos el abismo que le separaba de Dios, sintiendo siempre que la desgarradura del mundo atravesaba su propio corazón, cansado, consumido por el eterno impulso hacia Dios que irremediamente terminaba en una recaída. ¿Qué otra cosa podía hacer un Wagner, un Klein, sino extinguirse, él y todo lo que pudiera recordarle, y arrojarse al oscuro regazo desde donde el mundo mortal de las creaciones siempre empujaba a lo inimaginable? ¡No, no había otra posibilidad! Wagner debía irse, Wagner debía morir, Wagner debía ser borrado del libro de la vida. Quizá fuera inútil matarse, quizá fuera ridículo. Quizás era completamente cierto lo que los ciudadanos, en aquel otro mundo del más allá, decían del suicidio. Pero para las personas en tal situación, ¿había algo que no fuera ridículo? No, nada. Siempre era mejor tener el cráneo bajo las ruedas del tren, sentir cómo estalla y sumergirse voluntariamente en el abismo.

Anduvo sin descanso, con las rodillas vacilantes, varias horas. Estuvo un rato sobre las vías de una línea de ferrocarril adonde le había llevado el camino, incluso se adormeció con la cabeza sobre el hierro; cuando despertó había olvidado lo que quería, se levantó y echó a correr de nuevo, tambaleándose, con dolores en las plantas de los pies y la cabeza aturdida; se cayó alguna vez; le arañó alguna espina; a ratos corría como si flotase, otros apenas podía poner un pie tras otro.

«¡Ahora me lleva el diablo!», cantó con voz ronca. ¡Madurar! ¡Asarse bajo los tormentos, tostarse al fin como el hueso del melocotón, para estar maduro, para poder morir!

En medio de aquella oscuridad interior brotó una chispa a la que se agarró con todo el fervor de su alma desgarrada: ¡era inútil matarse! Matarse ahora no tenía ningún valor, era inútil extirparse y destrozarse miembro a miembro. En cambio era bueno y consolador sufrir, fermentar bajo el tormento

y el llanto, forjarse a golpes y con dolor. Luego uno podía morir y sería una buena muerte, hermosa e inteligente, la más feliz de este mundo, más que una noche dé amor: cauterizado y plenamente entregado al retorno, al regazo, a la extinción, a la salvación, al nuevo nacimiento. Sólo una muerte así, una muerte madura, buena y noble, tenía sentido, sólo ella era salvación, sólo ella era regreso. El ansia lloraba en su corazón. ¿Dónde estaba el camino pequeño y difícil, dónde la puerta? Estaba preparado, lo ansiaba con cada contracción de su cuerpo tembloroso de fatiga, de su alma agitada por la mortal angustia.

Cuando la mañana clareó en el cielo y el plumizo lago se despertó al primer y frío rayo plateado, la presa se hallaba en un pequeño bosque de castaños, sobre el lago y la ciudad, entre helechos altos y exuberantes, húmedos de rocío. Con ojos apagados, pero sonrientes, contemplaba el fantástico mundo. Había alcanzado la meta de su instintiva odisea: estaba tan muerto de cansancio que su angustiada alma callaba. ¡Y, sobre todo, la noche estaba lejos! Había librado un combate, el peligro había pasado. Agotado, se dejó caer como un muerto entre helechos y raíces, la cabeza en la hierba; el mundo se fundió ante sus sentidos que fallaban. Con las manos aferradas a la tierra, el pecho y el rostro cara al suelo, se abandonó hambriento al sueño, como si fuera su último deseo.

En un sueño, del que más tarde sólo recordaba algunos fragmentos, vio lo siguiente: en un portal que parecía la entrada de un teatro, colgaba un gran letrero con un título gigantesco; decía (esto era impreciso) o bien «Lohegrin» o bien «Wagner». Entró por este portal. Dentro había una mujer que se parecía a la tabernera de la noche pasada, pero también a su propia mujer. Su cabeza estaba desfigurada, era demasiado grande, y su rostro se había convertido en una máscara grotesca. Le embargó una fuerte repugnancia ante esta mujer, le clavó un cuchillo en el cuerpo. Pero otra mujer, como un reflejo de la primera, se abalanzó sobre él por detrás, vengadora, le clavó sus uñas afiladas y duras en el cuello y trató de estrangularle.

Al despertar de este profundo sueño vio maravillado árboles encima de él. Estaba entumecido por el duro lecho, pero refrescado. Con una leve inquietud el sueño resonaba en él. ¡Qué raro, ingenuo y oscuro juego de la fantasía!, pensó sonriendo un momento cuando recordó la puerta con la invitación a entrar al teatro «Wagner». ¡Qué idea representar así su relación con Wagner! El duende del sueño era brutal, pero genial. Dio en el clavo. ¡Parecía saberlo todo! ¿El teatro con el título de «Wagner» no era él mismo, no era la invitación a penetrar en sí mismo, en el desconocido país de su auténtico interior? Wagner era él mismo, Wagner era el asesino y la presa; pero Wagner también era el compositor, el artista, el genio, el seductor, la inclinación a la alegría de vivir, la voluptuosidad, el lujo; Wagner era el nombre colectivo de todo lo reprimido, lo hundido, lo perdido en el antiguo empleado Friedrich Klein. ¿Y «Lohengrin» no era también él mismo, Lohengrin, el caballero errante con un misterioso objetivo cuyo nombre no podía preguntarse? Lo demás era confuso, la mujer con la terrible cabeza enmascarada y la otra con las uñas; la cuchillada en el vientre le recordó algo también, esperaba encontrarlo. La atmósfera de asesinato y de peligro de muerte era extraña y estaba profundamente mezclada con la de teatro, máscaras y juego.

Al pensar en la mujer y el cuchillo vio ante sí su antiguo dormitorio. Tuvo que pensar en los niños. ¡Corno había podido olvidarlos! Pensó en cómo por la mañana saltaban de sus camas en camisón de dormir. Tuvo que pensar en sus nombres, sobre todo en Elly. ¡Oh, los niños! Lentamente le brotaron lágrimas que se deslizaron por su rostro ajado. Meneó la cabeza, se levantó con esfuerzo y empezó a limpiar su arrugado traje de hojas y de tierra. Sólo entonces recordó claramente aquella noche, la fría alcoba de piedra en el merendero, la desconocida mujer sobre su pecho, su huida, su ajetreada excursión. Vio este fragmento pequeño y deformado de vida como un enfermo mira su mano atrofiada, el eczema en su pierna.

Con una tristeza serena, aún con lágrimas en los ojos, se dijo en voz baja: «Dios mío, ¿qué te propones hacer aún conmigo?» De los pensamientos de la noche sólo resonaba en él una voz ansiosa de madurez, de regresar, de poder morir. ¿Era largo aún su camino? ¿La patria estaba aún lejos? ¿Aún tenía que soportar muchas, muchas dificultades, sufrir lo inimaginable? Estaba dispuesto a ello, se ofrecía, su corazón estaba abierto: ¡destino, máteme!

Fue andando despacio a través de praderas y viñedos hacia la ciudad. Fue a su habitación, se lavó y se peinó, se cambió de ropa. Se fue a comer, bebió un poco del buen vino y sintió que el cansancio

se disolvía en los entumecidos miembros y que se encontraba bien. Se informó de cuándo se bailaba en el Kursaal y se dirigió allí a la hora del té.

Teresina estaba justamente bailando cuando él entró. De nuevo vio la peculiar y resplandeciente sonrisa de baile en su rostro y se alegró. La saludó cuando ella regresaba a su mesa y se sentó.

—Quisiera invitarle, esta noche, a ir a Castiglione conmigo —dijo él en voz baja.

Ella reflexionó.

—¿Hoy mismo? —preguntó—. ¿Corre tanta prisa?

—También puedo esperar. Pero sería agradable. ¿Dónde puedo esperarla?

Ella no resistió la invitación ni su risa infantil, de raro encanto, que por unos momentos apareció en su rostro solitario y arrugado, como un alegre tapiz multicolor colgado en la última pared de una casa destruida por el fuego.

—¿Dónde estuvo usted? —preguntó ella curiosa—. Ayer desapareció tan de repente. Y cada vez tiene un aspecto distinto, hoy también. ¿Es usted, quizá, morfínmano?

Él rió de forma extrañamente agradable y distante, su boca y su barbilla parecían de un muchacho, mientras sobre la frente y los ojos seguía invariable la corona de espinas.

—Por favor, recójame hacia las nueve en el restaurante del Hotel Esplanade. Creo que hacia las nueve sale una lancha. Pero, dígame, ¿qué ha hecho desde ayer?

—Creo que estuve paseando todo el día, y también toda la noche. Tuve que consolar a una mujer en una aldea, porque su marido se había marchado. Y luego me esforcé mucho por aprender una canción italiana que habla de una Teresina.

—¿Qué canción es?

—Empieza: Su in cima di quel boschetto.

—Por amor de Dios, ¿ya conoce esa canción callejera también? Sí, ahora está de moda entre las vendedoras.

—¡Oh! La encuentro muy bonita.

—¿Y consoló usted a una mujer?

—Sí, estaba triste. Su marido se había marchado y le era infiel.

—¿Sí? ¿Y cómo la consoló?

—Vino a mí para no estar sola. La besé y se acostó conmigo.

—¿Era hermosa?

—No lo sé, no la vi bien. ¡No, no se ría de esto! Era todo tan triste.

Ella rió sin embargo.

—¿Qué cómico es usted! Bien, ¿y no ha dormido nada? Se le ve en la cara.

—Sí. Dormí varias horas en un bosque allí arriba.

Ella con la vista siguió su dedo que señalaba el techo del salón.

—¿En una taberna?

—No, en el bosque. En los arándanos. Ya están casi maduros.

—Es usted un extravagante. Pero he de bailar. El director ya está dando golpes. ¿Dónde está usted, Claudio?

El bello y moreno bailarín ya estaba detrás de su silla. Empezó la música. Al terminar el baile él se marchó.

Por la noche fue a recogerla puntualmente. Se alegró de haberse puesto el smoking, pues Teresina se había vestido de gran fiesta, de color violeta con muchos encajes, y parecía una princesa.

Una vez en la orilla no condujo a Teresina al barco de línea, sino a una bonita lancha motora que había alquilado para la noche. Subieron; en el camarote entreabierto había mantas preparadas para Teresina, y flores. Tras un fuerte viraje la rápida lancha salió roncando del puerto.

Fuera, en medio de la noche y del silencio, dijo Klein:

—¿Teresina, no es una verdadera lástima que vayamos ahora allí, entre tantas personas? Si lo desea, sigamos adelante, sin meta, cuanto nos plazca, o vayamos a cualquier aldea bonita y tranquila, bebamos un vaso de vino del país y escuchemos cómo cantan las muchachas. ¿Qué opina usted?

Ella calló, pero él vio en seguida la desilusión en su rostro. Rió.

—Bien, era una idea mía, perdone. Ha de estar alegre y hacer lo que la divierta; no tenemos otro programa. En diez minutos estamos en la otra orilla.

—¿No le interesa en absoluto el juego? —le preguntó ella.

—Veremos, primero debo probarlo. Su sentido me resulta un poco confuso todavía. Se puede ganar y perder dinero. Creo que hay sensaciones más fuertes.

—El dinero que se juega no es necesario que sea simple dinero. Para cada uno es un símbolo. Uno no gana o pierde dinero, sino todos los deseos y sueños que aquél significa para él. Para mí significa libertad. Si tengo dinero, nadie puede ya mandarme. Vivo como quiero. Bailo cuando, donde y para quien quiero. Viajo adonde quiero.

Él la interrumpió.

—¡Qué infantil es usted, querida señorita! Esa libertad sólo existe en su imaginación. Mañana es usted rica, libre e independiente; pasado mañana se enamora de un hombre que le quita el dinero o le corta el cuello por la noche.

—¡No diga usted esas cosas tan horribles! Si yo fuera rica quizá viviría más sencillamente que ahora, pero lo haría porque me gustaría, voluntariamente y no por fuerza. ¡Odio la obligación! Y mire, cuando coloco mi dinero en el juego, todos mis deseos están contenidos en cada pérdida y en cada ganancia; está en juego todo lo que valoro y ansío y eso produce una sensación que de otra forma no se consigue fácilmente.

Klein la miraba mientras hablaba, sin fijarse mucho en sus palabras. Sin saberlo, comparó el rostro de Teresina con el de aquella mujer que había soñado en el bosque. Sólo se dio cuenta de ello cuando la lancha entró en la bahía de Castiglione, pues el aspecto del letrero de hojalata con el nombre de la estación le recordó vivamente el letrero del sueño en el que estaba escrito «Lohengrin» o «Wagner». Aquel letrero era exactamente igual, igual de grande, gris y blanco, igual de iluminado. ¿Era ésta la escena que le esperaba? ¿Iría aquí hacia Wagner? También pensó que Teresina se parecía a la mujer del sueño, mejor dicho a las dos mujeres del sueño; a una la había matado con un cuchillo, la otra le había estrangulado con las uñas. Un escalofrío le recorrió la piel. ¿Tenía todo esto alguna relación? ¿Volvería a ser arrastrado por espíritus desconocidos? ¿Y adonde? ¿Hacia Wagner? ¿Al asesinato? ¿A la muerte?

Al desembarcar, Teresina le cogió del brazo. Así atravesaron el pequeño bullicio multicolor del embarcadero, cruzaron la aldea y llegaron al casino. Allí todo adquiría aquel destello, encantador y a la vez fatigoso, aquella inverosimilitud que siempre tienen las reuniones de personas codiciosas cuando se encuentran perdidas lejos de las ciudades, en tranquilos paisajes. Los edificios eran demasiado grandes y demasiado nuevos, la luz excesiva, las salas demasiado lujosas, las personas demasiado animadas. Entre los grandes y oscuros trazos montañosos y el amplio y suave lago estaba colgado el enjambre, pequeño y denso, de personas codiciosas y hartas, apiñadas angustiosamente como si no estuvieran seguras de su duración, como si a cada momento pudiera suceder algo que las hiciera desaparecer. De las salas, donde se comía y se bebía champaña, brotaba una cálida música de violín. En la escalinata, entre palmeras y fuentes, brillaban a la par matas de flores y vestidos de mujer, pálidos rostros masculinos sobre abiertas americanas, criados azules con botones dorados, activos, serviciales y expertos, fragantes mujeres con rostros meridionales, pálidas y ardientes, bonitas y enfermizas, y recias mujeres nórdicas, rollizas, arrogantes y confiadas, señores mayores sacados de un libro de Turguenev o de Fontane.

Klein se sintió enfermo y cansado en cuanto entraron. En la gran sala de juego sacó del bolsillo dos billetes de mil.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Quiere que juguemos juntos?

—No, no, no es conveniente. Cada uno irá por su cuenta.

Le dio un billete y le rogó que le guiase. En seguida se colocaron en una mesa de juego. Klein puso su billete sobre un número, la ruleta dio vueltas. No comprendía nada de todo aquello, sólo vio que su apuesta desaparecía. Va deprisa, pensó satisfecho, y quiso sonreír a Teresina. Pero ella ya no estaba a su lado. Vio que estaba de pie junto a otra mesa y que cambiaba su dinero. Se dirigió hacia allí. Ella parecía ensimismada, preocupada y tan ocupada como una ama de casa.

La siguió a una mesa de juego y la observó. Conocía el juego y lo seguía con gran atención. Colocaba pequeñas cantidades, nunca más de cincuenta francos. Algunas veces ganaba. Metía billetes en su bolso

bordado con perlas, volvía a sacar billetes.

—¿Cómo va? —le preguntó él.

A ella, susceptible, no le gustaba que la molestasen.

—¡Oh, déjeme jugar! Ya lo haré bien. Pronto cambió de mesa; él la siguió sin que ella le viera. Como estaba muy atareada y no recurría nunca a sus servicios, se retiró a un sofá de piel, junto a la pared. La soledad se abatió sobre él. Volvió a sumergirse en reflexiones sobre su sueño. Era muy importante comprenderlo. Quizá no volvería a tener tales sueños, quizás eran, como en los cuentos, advertencias de los buenos espíritus: se le llamaba o avisaba dos o tres veces; si continuaba ciego, entonces el destino seguía su curso y ninguna fuerza amiga podía intervenir. De vez en cuando miraba a Teresina, tan pronto la veía sentada a una mesa, como de pie. Su pelo rubio brillaba entre los fracs.

¡Cuánto le duran los mil francos!, pensó molesto, yo iría más de prisa.

Una vez ella le saludó con la cabeza. Otra vez, una hora más tarde, ella se le acercó, le encontró absorto y le puso la mano sobre el brazo: —¿Qué hace? ¿No juega? —Ya he jugado. —¿Perdió? —Sí. No era mucho. —He ganado algo. Tome de mi dinero. —Gracias, basta por hoy. ¿Está contenta? —Sí, es bonito. Bien, me vuelvo. ¿O quiere regresar ya a casa?

Volvió a jugar. Él veía relucir su pelo entre los hombros de los jugadores. Le llevó una copa de champaña y él también bebió una. Luego fue a sentarse de nuevo en el sofá de piel junto a la pared.

¿Qué pasaba con las dos mujeres del sueño? Se parecían a su propia mujer y también a la mujer de la taberna de pueblo y también a Teresina. No había conocido a otras mujeres desde hacía años. A una mujer la había matado, horrorizado por su deformado e hinchado rostro. La otra le había atacado por detrás y había querido estrangularle. ¿Qué era cierto? ¿Qué era significativo? ¿Había herido él a su mujer, o ella a él? ¿Destruiría él a Teresina, o ella a él? ¿No podía amar a una mujer sin hierirla o ser herido por ella? ¿Era ésta su maldición? ¿O era algo general? ¿A todos les pasaba igual? ¿Todo amor era así?

¿Y qué le unía a esta bailarina? ¿La amaba? Había amado a muchas mujeres que nunca lo habían sabido. ¿Qué le unía a esta mujer que estaba allí y se dedicaba al juego de azar como si fuese un asunto serio? ¿Qué infantil era en su afán, en su esperanza! ¡Qué sana, ingenua y hambrienta de vida era! ¡Qué comprendería si conociese su anhelo más profundo, su deseo de muerte, su nostalgia por extinguirse, por regresar al seno divino! Quizás ella le amaría, en seguida, quizá viviría con él. ¿Pero sería distinto a como había sido con su mujer? ¿No seguiría él siempre solo con sus sentimientos más íntimos?

Teresina le interrumpió. Se detuvo de pie junto a él y le dio un fajo de billetes.

—Guárdeme esto hasta después.

Al cabo de un rato, no sabía si era largo o corto, ella volvió y le pidió que le devolviese el dinero.

—¡Pierde! —pensó él—. ¡Gracias a Dios! Confío en que termine.

Poco antes de medianoche ella regresó, alegre y un poco acalorada.

—Ahora sí que lo dejo, ¡Pobre, debe de estar cansado! ¿Vamos a comer un poco antes de regresar a casa?

En un comedor tomaron huevos con jamón y fruta y bebieron champaña. Klein se espabiló y se puso alegre. La bailarina estaba cambiada, contenta y con una ligera y deliciosa embriaguez. Miraba y volvía a saber que era hermosa y que llevaba un vestido bonito, notaba las miradas de los hombres que conversaban en las mesas vecinas. Incluso Klein notó el cambio, la veía rodeada de encanto y de graciosa seducción, en su voz oía de nuevo el sonido de la provocación y del sexo, veía de nuevo sus manos blancas y su cuello de nácar.

—¿Ha ganado usted mucho? —preguntó él riendo.

—No está mal, aunque no es el gran premio. Unos cinco mil.

—Es un buen principio.

—Sí, la próxima vez seguiré adelante. Pero aún no sale como debiera. Tiene que venir de una vez, no de gota en gota.

Él quiso decir: «Entonces no puede apostar con cuentagotas, sino de golpe», pero en lugar de esto brindó por la gran suerte y siguieron riendo y bromeando.

¡La muchacha era tan hermosa, sana y sencilla en su alegría! Una hora antes estaba sentada a la mesa de juego, rígida, preocupada, cejijunta, de mal humor, calculadora. Ahora parecía como si

no tuviese ninguna preocupación, como si no supiera nada de dinero, juego, negocios, como si sólo conociera la alegría y el lujo, el flotar sin pena sobre la superficie de la vida. ¿Todo esto era cierto, auténtico? Él mismo reía, también estaba alegre, pretendía alegría y amor, y, sin embargo, en él había alguien que no creía en todo esto, que lo miraba todo con desconfianza y con sarcasmo. ¿Era diferente a las demás personas? ¡Ah, uno sabía tan poco, tan desesperadamente poco de los hombres! En las escuelas uno había aprendido cien fechas de ridículas batallas y nombres de viejos reyes ridículos, y diariamente uno leía artículos sobre el gobierno o sobre los Balcanes, pero uno no sabía nada de los hombres. Cuando una campana no sonaba, cuando una chimenea no echaba humo, cuando se paraba la rueda de una máquina, en seguida uno sabía dónde había que buscar, y lo hacía con afán, y encontraba la avería y sabía cómo tenía que remediarlo. Pero, dentro de nosotros, se desconocía el resorte secreto que da sentido a la vida, lo único vivo en nuestro interior, lo único capaz de sentir placer y dolor, de desear la felicidad, de experimentar la felicidad; no se sabía nada, absolutamente nada de él, y cuando enfermaba no había ningún remedio. ¿No era absurdo?

Mientras bebía y reía con Teresina, en otras regiones de su alma se agitaban estas preguntas, tan pronto consciente como inconscientemente. Todo era dudoso, todo flotaba en la incertidumbre. Si hubiera sabido una sola cosa: esa inseguridad, esa necesidad, esa desesperación en medio de la alegría, ese tener que pensar, ese tener que preguntar ¿existía también en las demás personas, o sólo en él, en el estrafalario Klein?

Halló lo que le diferenciaba de Teresina; ella era distinta, era infantil y primitivamente sana. Esta muchacha, como todas las personas, como él mismo había hecho antes, confiaba siempre de forma instintiva en el futuro, en el mañana, en el pasado mañana, en la continuación. De lo contrario, ¿hubiera podido jugar y tomar el dinero tan en serio? Y él lo sentía profundamente; en esto él era completamente distinto. Para él detrás de cada sensación y pensamiento estaba abierta la puerta que conducía a la nada. Tenía miedo a muchas cosas, al absurdo, a la policía, al insomnio, miedo a la muerte. Pero, sin embargo, deseaba y esperaba al mismo tiempo todo lo que le producía miedo; anhelaba ardientemente y sentía curiosidad por el mal, por la caída, por la persecución, por la locura y la muerte.

—Cómico mundo —se dijo para sí. Y no se refería al mundo de su alrededor, sino a esta esencia íntima. Abandonaron la sala y el edificio charlando y llegaron hasta la dormida orilla del lago, bajo la pálida luz de los faroles. Allí tuvieron que despertar a su barquero. La lancha tardó un rato en zarpar. Estaban uno junto a otro, embrujados por el paso repentino de la luz abundante y de la multicolor vida del casino a la oscura tranquilidad de la orilla nocturna; escapaban de las risas fogosas y ya les intimidaban la fría noche, la proximidad del sueño, el temor a la soledad. Ambos sentían lo mismo. De improviso se cogieron de las manos, sonrieron confusos y turbados en la oscuridad, jugaron con dedos palpitantes. El barquero les llamó, subieron y se sentaron en la cabina. Con un movimiento brusco atrajo hacia sí la cabeza rubia y se entregó al desenfrenado ardor de sus besos.

Resistiéndose un momento, ella se enderezó y preguntó:

—¿Volveremos pronto aquí?

En plena excitación amorosa él tuvo que reír disimuladamente.

Ella pensaba ante todo en el juego, quería volver y continuar.

—Cuando quieras —dijo él condescendiente—. Mañana, pasado mañana y siempre que quieras.

Cuando él notó sus dedos jugando en su nuca, recordó la terrible impresión que tuvo en sueños cuando la mujer vengativa le clavaba las uñas en el cuello.

—Ahora debería matarme de golpe, eso estaría bien —pensó él—, o yo a ella.

Mientras acariciaba su pecho él reía en sus adentros. Le hubiera sido imposible diferenciar el placer del dolor. Incluso su placer, su hambriento deseo de abrazar a esta hermosa mujer apenas podía distinguirse del miedo; la deseaba como el condenado desea el hacha. Había las dos cosas: el ardiente placer y la desconsolada tristeza, ambas ardían, palpitaban en estrellas delirantes, ambas calentaban, ambas mataban.

Teresina se sustrajo con agilidad de una caricia demasiado atrevida, agarró sus dos manos, acercó sus ojos a los de él y susurró como ausente:

—¿Qué clase de persona eres? ¿Por qué te amo? ¿Por qué algo me atrae hacia ti? Tú ya eres viejo y no eres guapo. ¿Cómo puede ser? Oye, creo que eres un criminal. ¿No lo eres? ¿Tu dinero no es

robado? Él intentó desasirse.

—¡No hables, Teresina! Todo dinero es robado, toda fortuna es injusta. ¿Es esto importante? Todos somos delincuentes, todos somos criminales, aunque sólo sea porque vivimos. ¿Es esto importante?

—¿Qué es importante? —se estremeció ella. —Es importante que bebamos esta copa —dijo Klein lentamente—, es lo único importante. Tal vez no vuelva. ¿Quieres venir a dormir conmigo, o puedo venir a tu casa?

—Ven a mi casa —dijo ella quedamente—. Tengo miedo de ti y, sin embargo, tengo que estar a tu lado. ¡No me reveles tu secreto! ¡No quiero saber nada!

Al pararse el motor ella se despertó, se desprendió de sus brazos. Pasó su mano por el cabello y el vestido de forma purificante. La lancha se acercó despacio al embarcadero, las luces de los faroles brillaban en el agua negra. Bajaron.

—¡Alto, mi bolso! —gritó Teresina a los diez pasos. Regresó corriendo al embarcadero, saltó a la lancha, halló su bolso con el dinero encima de la almohada, arrojó uno de los billetes al desconfiado barquero que la estaba mirando, y corrió a los brazos de Klein que la esperaba en el muelle.

5

El verano había comenzado repentinamente, en dos días ardientes había transformado el mundo, ahondado los bosques, hechizado las noches. El sol se abría paso, ardiente, hora tras hora, recorría rápido su semicírculo de fuego; las estrellas le seguían apremiantes, bullía una fiebre de vida y una prisa silenciosa y ávida impulsaba el mundo.

Una tarde el baile de Teresina en el Kursaal fue interrumpido por una furiosa tormenta. Las luces se apagaron, caras enloquecidas se contraían al blanco resplandor de los rayos, las mujeres chillaban, los camareros vociferaban, las ventanas crujían.

Klein había llevado inmediatamente a Teresina a la mesa donde estaba sentado junto al viejo artista.

—Estupendo —dijo—. Vámonos. ¿No tienes miedo?

—No. No tengo miedo. Pero no debes venir conmigo. Hace tres noches que no duermes y tienes un aspecto atroz. Llévame a casa y después vete a dormir a tu hotel. Toma un veronal, si lo necesitas. Vives como un suicida.

Se fueron. Teresina llevaba un abrigo que le había prestado un camarero. Se marcharon en medio del viento, de los rayos y del torbellino de polvo, por calles desiertas. Los truenos estallaban claros y alegres y resonaban en la noche agitada. De repente se desencadenó la lluvia, rebotando sobre el empedrado, cayendo cada vez con más fuerza sobre la densa vegetación estival como un sollozo liberador.

Llegaron a casa de la bailarina empapados. Klein no se marchó a su hotel. Ni siquiera hablaron de ello. Entraron en el dormitorio jadeando, se quitaron riendo sus empapadas ropas; por la ventana fulguraba la luz deslumbradora de los rayos y las acacias se agitaban bajo el viento y la lluvia.

—No hemos vuelto a Castiglione —bromeó Klein—. ¿Cuándo iremos?

—Volveremos a ir, puedes creerme. ¿Te aburres?

La atrajo hacia sí; ambos ardían y el brillo de la tormenta llameó en su caricia. A ráfagas entraba por la ventana el aire fresco con el amargo olor a vegetación y el gusto insípido de tierra. Tras la lucha amorosa, en seguida les rindió el sueño. Sobre la almohada yacía su demacrado rostro junto al de ella, fresco; su escaso y seco pelo junto al de ella, espléndido. Ante la ventana se apagaban las últimas llamas de la tormenta nocturna, la tempestad se había cansado y disipado, se dormía, una silenciosa lluvia se deslizaba tranquilamente por los árboles.

Poco después de la una Klein se despertó. No podía dormir más. Se despertó de una pesada y sofocante pesadilla con la cabeza confusa y los ojos doloridos. Estuvo un rato tumbado, inmóvil, los ojos abiertos, reflexionando. ¿Dónde estaba? Era de noche, alguien respiraba a su lado. Era Teresina.

Lentamente se levantó. Volvía al tormento, de nuevo tenía que permanecer hora tras hora tumbado, con el corazón lleno de dolor y miedo, solo, tenía que sufrir inútiles sufrimientos, pensar inútiles pensamientos, preocuparse por inútiles preocupaciones. De la pesadilla que le había despertado, surgían sentimientos sucios y penosos, repugnancia y horror, hastío, desprecio de sí mismo.

A tientas buscó la luz y la encendió. La fría claridad cayó sobre la blanca almohada, sobre las sillas llenas de ropa, el hueco de la ventana colgaba oscuro en la estrecha pared. Sobre el rostro de Teresina caían sombras, mientras que su nuca y su cabello brillaban.

También había contemplado a su mujer así en otro tiempo, también había estado tumbado junto a ella sin dormir, envidiando su sueño, como ofendido por su respirar satisfecho y tranquilo. Nunca se abandonaba uno tan totalmente a su prójimo como cuando dormía. De nuevo, como ocurría tan a menudo, se le presentó la imagen de Jesús sufriendo en el huerto de Getsemaní, cuando quería atenzarle el miedo a la muerte, mientras sus discípulos dormían, dormían.

Con cuidado se acercó la almohada en la que descansaba la cabeza dormida de Teresina. Ahora veía su rostro, tan extraño durmiendo, tan entregado a sí misma, tan lejano a él. Un hombro y el pecho estaban desnudos, bajo la sábana se dibujaba suavemente su vientre a cada respiración. Le parecía cómico que en las palabras amorosas, en las poesías, en las cartas de amor siempre se hablara de los dulces labios y de las mejillas, pero jamás del vientre y de los pies. ¡Embuste! ¡Embuste! Observaba detenidamente a Teresina. Con este bello vientre, con este pecho y estos brazos y estas piernas blancos, sanos, fuertes, cuidados, le seduciría aún muchas veces y le abrazaría y obtendría placer de él; y luego descansaría y dormiría satisfecha, profundamente, sin dolor, sin miedo, sin presentimientos, bella, apática y tonta como un sano animal que duerme. Y él estaría tumbado junto a ella, en vela, con los nervios en tensión y el corazón lleno de tormento. ¿Muchas veces aún? ¿Muchas veces aún? ¡Oh, no, no muchas veces más, quizá nunca más! Klein se sobresaltó. ¡Lo sabía: nunca más!

Suspirando hurgó con los pulgares las cuencas de sus ojos, donde se localizaba ese dolor diabólico, entre los ojos y la frente. Seguro que Wagner, el maestro Wagner, también había sentido este dolor. Seguro que durante varios años había sentido este dolor monstruoso y lo había soportado y sufrido. Y en su tortura, en su inútil tortura había creído madurar y acercarse a Dios. Hasta que un día no pudo soportarlo más, igual como él, Klein, tampoco podía soportarlo más. ¡El dolor era lo de menos, lo insoportable era los pensamientos, los sueños, las pesadillas! Entonces, una noche, Wagner se había levantado y había visto que no tenía ningún sentido, ninguno más, el ir coleccionando muchas noches como aquella, atormentadoras; así uno no iba hacia Dios. Y fue a buscar el cuchillo. Quizá fue inútil, quizá fue insensato y ridículo por parte de Wagner asesinar. No podía comprenderlo quien no conociese sus tormentos, quien no hubiese padecido su sufrimiento.

Él mismo, no hacía mucho tiempo, había degollado en sueños a una mujer, porque su desfigurado rostro le había resultado insoportable. La verdad era que todo rostro que uno amaba quedaba desfigurado, de forma irritante y cruel, cuando ya no miraba, cuando callaba, cuando dormía. Uno lo miraba a fondo y no veía en él nada de amor, como tampoco encontraba amor en su propio corazón si lo miraba a fondo. Era solamente sed de vivir y miedo. Y uno huía del miedo, del necio miedo infantil al frío, a la soledad, a la muerte, e iba hacia otra persona, se besaban, se abrazaban, mejilla contra mejilla, pierna entre pierna, y echaban al mundo nuevos seres. Así sucedía. Así había llegado él a su mujer en otro tiempo. Así había venido hacia él la mujer de la taberna en una aldea, en otro tiempo, al principio de su viaje, en una desnuda alcoba de piedra, descalza y silenciosa, impulsada por el miedo, por el ansia de vivir, por la necesidad de consuelo. También así había ido él hacia Teresina, y ella hacia él. Siempre era el mismo instinto, el mismo afán, la misma equivocación. Siempre era el mismo engaño, el mismo dolor terrible. Uno creía estar cerca de Dios y sostenía a una mujer en los brazos. ¡Uno creía haber logrado la armonía y sólo había cargado su culpa y su miseria sobre una futura criatura lejana! Uno tenía en sus brazos a una mujer, besaba su boca, acariciaba su pecho y engendraba con ella un niño; y un día el niño, sorprendido por la misma suerte, también se tumbaría junto a una mujer y también despertaría de la borrachera y vería el abismo con ojos doloridos y lo maldeciría todo. ¡Era insoportable seguir pensando hasta el fin!

Observó con mucha atención el rostro de la durmiente, los hombros, el pecho, el pelo rubio. Todo esto le había embelesado, le había engañado, le había seducido, todo le había hecho creer en el placer y la felicidad. Ahora todo había acabado, ahora saldarían cuentas. Había entrado en el Teatro Wagner y había descubierto por qué todos los rostros, una vez disipado el engaño, eran tan desfigurados e insoportables.

Klein se levantó de la cama y fue en busca de un cuchillo. Al pasar junto a Teresina rozó sus

largas medias marrón claro; en un santiamén recordó cuándo la vio por primera vez en el parque y cómo le habían seducido su manera de andar, sus zapatos y sus medias ceñidas. Rió en voz baja, maliciosamente, y cogió la ropa de Teresina, pieza a pieza, la manoseó y la dejó caer al suelo. Luego volvió a buscar, olvidando el qué por momentos. Su sombrero estaba sobre la mesa, lo cogió distraído, lo hizo girar, notó que estaba mojado y se lo puso. Estaba de pie junto a la ventana, miraba la oscuridad exterior, oía cantar la lluvia. Parecía el sonido de tiempos perdidos. ¿Qué querían de él la ventana, la noche, la lluvia?, ¿qué le importaban las viejas imágenes de su infancia?

De pronto se detuvo. Había cogido una cosa que estaba sobre una mesa y la miraba. Era un espejo pequeño, ovalado y plateado. Desde el espejo le miraba su rostro, el rostro de Wagner, un rostro extraviado, desfigurado con profundos surcos sombríos, un rostro con los rasgos destruidos y borrosos. Últimamente le sucedía muy a menudo verse de improviso en un espejo. Ahora, en cambio, le parecía como si no se hubiera mirado en un espejo desde hacía muchos años. Eso también parecía pertenecer al Teatro Wagner.

De pie se miró largamente en el espejo. El rostro del antiguo Friedrich Klein estaba acabado y gastado; había cumplido; la ruina se leía en cada arruga. Este rostro tenía que desaparecer, tenía que ser borrado. Este rostro era muy viejo, había muchas cosas reflejadas en él, demasiadas. Por esa faz había pasado mucha mentira y engaño, mucho polvo y mucha lluvia. Una vez había sido liso y hermoso, en otro tiempo él lo había amado y cuidado y le había enorgullecido; a veces también lo había odiado. ¿Por qué? Ambas cosas ya no se podían comprender.

Y ahora, ¿por qué estaba aquí, de noche, en esta pequeña habitación extraña, con un espejo en la mano y un sombrero mojado en la cabeza? ¡Un extraño payaso! ¿Qué le sucedía? ¿Qué quería? Se sentó en el borde de la mesa. ¿Qué había querido? ¿Qué buscaba? ¿Estaba buscando algo, estaba buscando algo muy importante? Sí, un cuchillo.

De repente, enormemente impresionado, dio un salto corrió a la cama. Se inclinó sobre la almohada, vio dormir a la muchacha del pelo rubio. ¡Aún vivía! ¡Aún no lo había hecho! El horror le inundó. ¡Dios mío, estaba allí! Sucedió lo que había visto siempre en sus horas terribles. Estaba allí. ¡Él, Wagner, estaba de pie y en la cama una durmiente! ¡Buscaba un cuchillo! No, no quería. ¡No, él no estaba loco! ¡Gracias a Dios, él no estaba loco! Todo estaba en orden.

Recobró la calma. Lentamente se puso los pantalones, la chaqueta, los zapatos. Todo estaba en orden.

Cuando quiso acercarse otra vez a la cama, sintió algo blando bajo sus pies. La ropa de Teresina estaba en el suelo, las medias, el vestido gris claro. Lo recogió todo con cuidado y lo colocó en una silla.

Apagó la luz y salió de la habitación. Fuera caía una lluvia fría y silenciosa. No había luz en ninguna parte, ni un alma, ni un ruido, sólo la lluvia. Levantó el rostro y dejó que la lluvia corriera por su frente y sus mejillas. No había cielo. ¡Qué oscuro estaba! Le hubiera gustado mucho ver una estrella.

Tranquilamente anduvo por las calles mojadas de lluvia. No encontró a nadie, ni siquiera un perro. El mundo estaba muerto. En la orilla del lago fue recorriendo las barcas; las habían sacado del agua y atado firmemente con cadenas. Tan sólo en las afueras encontró una que estaba atada simplemente con una cuerda, fácil de soltar. Deshizo la cuerda y metió los remos dentro. Se alejó rápidamente del muelle; flotaba en un tono gris, un gris como no había visto nunca; en el mundo sólo existía gris, negro y lluvia, lago gris, lago húmedo, lago gris, cielo húmedo, todo sin fin.

Lejos, en medio del lago, retiró los remos. Había llegado el momento y estaba contento. En otras ocasiones, cuando la muerte le parecía inevitable, siempre había retrasado la decisión, la había aplazado para el día siguiente, y, de nuevo, había intentado seguir viviendo. Pero ahora no ocurría nada de eso. Su pequeña barca era él, era su vida artificialmente segura, limitada, pequeña. A su alrededor el vasto gris era el mundo, era Todo y Dios. No resultaba difícil dejarse caer en él, era fácil, era alegre.

Se sentó al borde de la barca, con los pies colgando sobre el agua. Se inclinó poco a poco hacia delante, siguió inclinándose hasta que, detrás suyo, la barca escapó ágilmente. Estaba en el Todo.

En el breve instante en que aún vivió se sucedieron más experiencias que en los cuarenta años que había recorrido hasta llegar a este fin.

Empezó así: cuando cayó, cuando flotó por un instante entre la barca y el agua, vio que intentaba

un suicidio, una chiquillada, algo que, de hecho, no era malo, pero sí cómico y bastante insensato. El «pathos» del deseo de muerte y el «pathos» de la misma muerte se dispararon a la vez: no había nada. La muerte ya no era necesaria ahora. Era deseada, hermosa y bienvenida, pero ya no era necesaria. Desde el momento, desde la fracción de segundo en que con toda su voluntad, con toda la renuncia de su voluntad, con toda la entrega, se había dejado caer del bote en el regazo de la madre, en los brazos de Dios, desde aquel instante la muerte ya no tenía ninguna importancia. Era todo tan fácil, tan asombrosamente fácil, no había ningún abismo, ninguna dificultad. ¡Todo el arte consistía en dejarse caer! Aparecía como el fruto de su vida a través de toda su existencia: ¡dejarse caer! Si uno lo había hecho una vez, se había abandonado, lo había dejado a su buen criterio, había capitulado, había renunciado a todo apoyo y a cualquier suelo firme bajo sus pies y obedecía total y únicamente al impulso de su propio corazón, entonces todo estaba ganado, todo estaba en orden; ningún miedo, ningún peligro.

Se había conseguido lo grande, lo único: ¡se había dejado caer! El haberse dejado caer en el agua y en la muerte no era estrictamente necesario, igual hubiera podido dejarse caer en la vida. Pero no tenía importancia. Viviría, volvería. Pero entonces ya no necesitaría el suicidio ni todos esos extraños rodeos, ninguno de esos penosos y dolorosos disparates, puesto que habría superado el miedo.

¡Qué maravilloso pensamiento: una vida sin miedo! Vencer el miedo era la felicidad, la solución. Durante su vida había padecido mucho tiempo miedo y ahora, cuando la muerte le atenazaba el cuello, no sentía ningún miedo, ningún terror, sólo risa, salvación, comprensión. De repente supo lo que era miedo y que sólo lo vencía quien lo descubría. Se tenía miedo a mil cosas, al dolor, a los jueces, al propio corazón, al sueño, miedo al despertar, a la soledad, al frío, a la locura, a la muerte, sobre todo a ella, a la muerte. Pero todo era máscara y disfraz. En realidad sólo se temía una cosa: el dejarse caer, el paso a la incertidumbre, el pequeño paso que cruza todas las seguridades existentes. Y el que una vez, una sola vez, se había entregado, el que había tenido una vez la gran fe y se había abandonado al destino, éste se había liberado. Ya no pertenecía a las leyes terrenales, había caído en el universo y giraba en la danza de los astros. Así era. Era tan sencillo que cualquier niño podía entenderlo, podía saberlo.

No pensaba esto como se piensan las ideas, lo vivía, lo sentía, lo palpaba, lo olía, y lo saboreaba. Gustaba, olía, veía, comprendía lo que era la vida. Veía la creación del mundo, y veía el ocaso del mundo, ambos como dos ejércitos enfrentados, siempre en marcha, sin llegar jamás al fin. El mundo nacía continuamente y continuamente moría. Cada vida era un soplo lanzado por Dios. Cada muerte era un soplo sorbido por Dios. El que había aprendido a no resistir, a dejarse caer, moría fácilmente, fácilmente nacía. El que resistía, tenía miedo, moría con dificultad, nacía de mala gana.

Mientras se hundía en la gris oscuridad de la lluvia sobre el lago nocturno vio reflejado y representado el círculo del Universo: el sol y las estrellas nacían y morían incesantemente, coros de hombres y de animales, de espíritus y de ángeles reunidos cantaban, callaban, gritaban; hileras interminables de seres convergían, cada uno desconociéndose y odiándose a sí mismo, y odiándose y persiguiéndose en los demás. Todo lo que anhelaban era la muerte, la tranquilidad; su fin era Dios, regresar a Dios y permanecer en Él. Este fin producía miedo porque era un error. ¡No existía la permanencia en Dios! ¡No existía ninguna tranquilidad! Sólo existía el eterno, feliz y sagrado ser-aspirado y ser-espchado, la creación y la destrucción, el nacimiento y la muerte, la partida y el regreso, sin pausa, sin fin. Sólo existía un arte, una doctrina, un misterio: dejarse caer, no oponerse a la voluntad de Dios, no aferrarse a nada, ni al bien ni al mal. Entonces uno estaba salvado, se liberaba del dolor, del miedo. Sólo entonces.

Su vida se extendía ante él como un paisaje con bosques, valles y aldeas, visto desde la cresta de una alta montaña. Todo había ido bien, todo había sido fácil. Había surgido de su miedo, de su resistencia al tormento y a la confusión, a la horripilante aglomeración y a los espasmos de lamentos y miseria. No había una sola mujer sin la que no se pudiera vivir. ¡No había nada en el mundo que no fuera tan hermoso, tan deseable, tan dichoso como su contrario! Vivir era bienaventurado y bienaventurado era morir, en cuanto uno flotaba solo en el universo. No había tranquilidad externa, ni en el cementerio, ni en Dios, ningún mago podía romper la eterna cadena de nacimientos, la infinita hilera de soplos divinos. Pero había otra tranquilidad que debía encontrarse en nuestro propio interior. Decía: ¡Déjate

caer! ¡No resistas! ¡Muere a gusto! ¡Vive a gusto!

Todas las acciones de su vida estaban ante él, todos los rostros de sus amores, todos los cambios de su sufrimiento. Su mujer fue pura e inocente como él mismo; Teresina sonreía con aire infantil. El asesino Wagner, cuya sombra se extendía tan ampliamente sobre la vida de Klein, le sonreía fijamente y su sonrisa explicaba que la acción de Wagner también había sido una vía para la salvación, un soplo, un símbolo, y que muerte, sangre y horror no eran cosas que existieran realmente, sino sólo valoraciones de nuestras almas autoatormentadas. Klein había vivido años de su vida con el crimen de Wagner. Entre la reprobación y la aprobación, la condena y la admiración, la abominación y la imitación de este crimen se habían creado cadenas infinitas de torturas, de miedo, de miseria. Cientos de veces, lleno de miedo, había presenciado su propia muerte, se había visto morir sobre el cadalso, había sentido el corte de la hoja de afeitar en el cuello y la bala en la sien. Y ahora, cuando realmente llegaba a la tan temida muerte, ¡era tan fácil, era tan sencillo, era alegría y triunfo! En el mundo no había nada que temer, nada era terrible. Sólo con la ilusión nos creábamos todo este temor, toda esta pena; sólo en nuestra propia alma angustiada surgía el bien y el mal, el valor y la futilidad, el deseo y el temor.

La figura de Wagner se perdía en la lejanía. Él no era Wagner, ya no lo era, no existía ningún Wagner, todo había sido un engaño. ¡Ahora Wagner podía morir! Él, Klein, viviría.

El agua le inundó la boca y bebió. De todas partes, a través de todos sus sentidos entraba agua, todo se diluía. Fue aspirado, succionado. Junto a él, apiñadas a él, tan apretadas como las gotas de agua, flotaban otras personas, flotaba Teresina, flotaba el viejo cantante, flotaba su antigua mujer, su padre, su madre y su hermana, y muchos miles de personas, y también cuadros y casas, la Venus de Tiziano y la catedral de Estrasburgo, todo flotaba, compacto, en un monstruoso torrente, impelido por la necesidad, cada vez más veloz, enfurecido. Y al encuentro de este gigantesco, monstruoso y enfurecido torrente de figuras venía otro torrente monstruoso, enfurecido, un torrente de rostros, piernas, vientres, animales, flores, pensamientos, asesinatos, suicidios, libros escritos, lágrimas lloradas, espeso, lleno, ojos de niño y rizos negros y cabezas de pescado, una mujer con un largo cuchillo en el ensangrentado vientre, un joven que se le parecía, con la cara llena de santa pasión: ¡Era él, a los veinte años, aquel desaparecido Klein de entonces! ¡Qué bien! ¡Ahora comprendía que no había tiempo! Lo único que existía entre la vejez y la juventud, entre Babilonia y Berlín, entre el bien y el mal, entre el dar y el tomar, lo único que llenaba el mundo de diferencias, de valoraciones, penas, conflictos, guerras, era el espíritu humano, el joven, impetuoso y cruel espíritu humano en la situación de la juventud embravecida, todavía lejos de la ciencia, lejos de Dios. Inventaba contrastes, inventaba nombres. Algunas cosas las calificaba de bonitas, otras de feas, unas buenas, otras malas. Un pedazo de vida se llamaba amor, otro crimen. Ese espíritu era así, joven, insensato, cómico. Uno de sus descubrimientos era el tiempo. ¡Refinado invento, un instrumento para atormentarse aún más el alma y para hacer el mundo variado y difícil! El hombre siempre estaba separado de todo lo que ansiaba por el tiempo, sólo por el tiempo, ¡ese descubrimiento infernal! Era uno de los apoyos, una de las muletas que debía abandonarse en primer lugar para ser libre.

La corriente de imágenes que Dios había absorbido y la otra que había expelido en dirección opuesta seguían fluyendo. Klein veía seres que resistían la corriente, que se rebelaban en medio de terribles espasmos, y se provocaban tormentos horribles: héroes, criminales, locos, pensadores, amantes, religiosos. Vio a otros como él, arrastrados rápida y fácilmente en la íntima voluptuosidad de la entrega, de la comprensión, dichosos como él. Con el canto de los bienaventurados y con el eterno grito de los infelices se edificaba, en el vértice de ambas corrientes cósmicas, una transparente esfera o cúpula de sonidos, una catedral de música en medio de la cual Dios estaba sentado; era una clara estrella, brillante, invisible por su luminosidad, una esencia de luz sumergida en la música del coro universal, en eterno oleaje.

Héroes y pensadores salían de la corriente cósmica, profetas, precursores.

—Mira, éste es Dios y su camino conduce a la paz —gritó uno, y muchos le siguieron.

Otro hizo saber que los caminos de Dios llevaban a la lucha y a la guerra. Se le llamó luz, se le llamó noche, padre, madre. Uno lo consideró como reposo, otro como movimiento, como fuego, como frío, como juez, como consolador, como creador, como destructor, como indulgente, como vengador. Dios mismo no se calificaba. Quería ser calificado, quería ser amado, quería ser alabado, maldecido,

odiado, adorado. La música del coro universal era su templo y era su vida, pero no le importaba con qué nombre se le considerase, si se le quería o si se le odiaba, si en Él se buscaba reposo y sueño, o danza y frenesí. Todos podían buscar. Todos podían encontrar.

Klein percibió ahora su propia voz. Cantaba. Cantaba con voz nueva, potente, clara, sonora; cantaba fuerte y alto la alabanza de Dios, el elogio de Dios. En el vertiginoso flotar, entre millones de criaturas, cantaba él, un profeta y un precursor. Su canto resonaba potente, la bóveda de sonidos se elevaba. Dios, radiante, estaba sentado en su interior. La inmensa corriente le arrastró hacia allí.

El Último Verano de Klingsor

NOTA PRELIMINAR

El último verano de su vida lo pasó el pintor Klingsor —contaba cuarenta y dos años de edad— en tierras meridionales, cerca de Pampambio, Careno y Laguno, lugar que le gustaba desde hacía tiempo y que había visitado con frecuencia. Allí surgieron sus últimos cuadros, aquellas paráfrasis Ubres de las formas del mundo de los fenómenos, aquellos raros, brillantes, pero tranquilos cuadros soñolientos con árboles encorvados y casas llenas de plantas, cuadros que los expertos prefieren a los de su época «clásica». Su paleta ya presentaba entonces pocos colores, muy brillantes: amarillo y rojo cadmio, verde veronés, esmeralda, cobalto, violeta-cobalto, bermellón francés y granza.

La noticia de la muerte de Klingsor sorprendió a sus amigos a finales de otoño. Algunas de sus cartas habían manifestado presentimientos o deseos de muerte. Por ello corrió el rumor de que se había suicidado. Rumor tan poco consistente como otras habladurías que circulaban y que resultan comprensibles tratándose de un nombre tan discutido. Se decía que Klingsor había enloquecido desde hacía meses. Un escritor poco perspicaz intentó explicar lo paradójico y extático de sus últimos cuadros por esta supuesta locura. Más fundamento que esta charlatanería tiene la leyenda, rica en anécdotas, sobre su inclinación a la bebida. Esta inclinación existía realmente aunque nadie la nombraba por su nombre, excepto el propio artista. En determinados momentos, y especialmente en los últimos meses de su vida, el beber con abundancia no sólo le proporcionaba alegría, sino que buscaba en la embriaguez consuelo a su dolor y a su tristeza, sentimientos que a menudo le resultaban insoportables. Li Tai Pe, autor de profundas canciones báquicas, era su poeta preferido; en sus borracheras muchas veces se llamaba a sí mismo Li Tai Pe y a uno de sus amigos le llamaba Thu Fu.

Sus obras sobreviven. En el pequeño círculo de sus íntimos perdura, sobre todo, la leyenda de su vida y de aquel último verano.

Klingsor

Aquel verano se presentaba excitante y animado. Los calurosos días eran larguísimos y llameaban como banderas ardientes. A las cortas y bochornosas noches de luna seguían las cortas y bochornosas noches de lluvia; las resplandecientes semanas deliraban como sueños, rápidas y pobladas de imágenes.

A medianoche, tras un paseo nocturno, Klingsor estaba en el estrecho balcón de piedra de su taller. Ante él se hundía profunda y vertiginosamente el viejo jardín, una aglomeración compacta de copas de árbol, palmeras, cedros, castaños, ciclamos, hayas, eucaliptos, llenos todos de enredaderas, lianas, glicinas. Sobre la negrura de los árboles brillaban pálidamente las grandes hojas metálicas de las magnolias de verano, gigantescas, blancas flores semiabiertas, grandes como la cabeza de un hombre, pálidas como la luna y el marfil, con un íntimo perfume de limón que ascendía de forma penetrante. De una imprecisa lejanía llegaba una lánguida música, tal vez una guitarra, tal vez un piano; no podía precisarse. De pronto en el patio gritó un pavo real, dos, tres veces; desgarró la noche boscosa con el sonido corto, desagradable y seco de su voz atormentada, como si el canto de todos los animales del mundo brotase de forma colosal y estridente de las profundidades. La luz de las estrellas se derramaba sobre el valle; en lo alto del bosque surgía una ermita abandonada, blanca, encantadora y antigua. Lago, montañas y cielo se fundían a lo lejos.

Klingsor estaba en mangas de camisa, con los desnudos brazos apoyados en la barandilla del balcón. Leía, malhumorado, con ardientes ojos, la escritura de las estrellas sobre el pálido cielo y la de las luces suaves sobre el negro e informe nubarrón de los árboles. El pavo real le hizo recordar. Sí, era otra vez de noche, tarde, y hubiera tenido que dormir a cualquier precio, a todo trance. Tal vez si realmente durmiera durante una serie de noches, seis u ocho horas a fondo, tal vez conseguiría rehacerse, los ojos volverían a ser dóciles y pacientes, el corazón se tranquilizaría y el sueño no dolería. Pero este verano se iba terminando, este ardiente e increíble sueño de verano. Con él se habían derramado miles de copas no bebidas, se habían roto miles de miradas de amor no realizado, se habían borrado miles de imágenes irrecuperables.

Colocó la frente y los doloridos ojos sobre el antepecho de hierro. Le refrescó por un momento. Dentro de un año, o tal vez antes, estos ojos estarían ciegos y el fuego de su corazón extinguido. Nadie podía resistir mucho tiempo vida tan ardiente, ni siquiera él, Klingsor, el de las diez vidas. Nadie podía consumir día y noche, durante mucho tiempo, toda su luz, todo su fuego; nadie podía arder perpetuamente, día y noche; cada día largas horas de trabajo apasionado, cada noche largas horas de pensamientos enfebrecidos, siempre en tensión, siempre creando, siempre con todos los sentidos y los nervios lúcidos y despiertos, como un castillo tras cuyas ventanas resonara sin ce-música y ardieran miles de cirios, día tras día, noche tras noche. Todo iba a terminar. Había gastado muchas energías, había quemado mucha luz, había consumido mucha vida.

De pronto se enderezó y se echó a reír. A menudo había sentido algo semejante, a menudo lo había pensado, lo había temido. En todas las épocas buenas, fructíferas y creadoras de su vida, incluso en su juventud, había vivido así, había quemado la vela de su existencia por los dos extremos, con un sentimiento alegre unas veces, desconsolado otras, de rabioso derroche, de combustión, con un ansia desesperada de apurar totalmente la copa y con un profundo y disimulado miedo al fin. Con mucha frecuencia su vida había transcurrido así: vaciar la copa, arder en llamas. En ocasiones estos periodos habían terminado suavemente, como un profundo e inconsciente sueño invernal. En otras había sido terrible, desolación absurda, dolor infinito, médicos, triste renuncia, triunfo de la debilidad. Y la verdad era que cada vez el fin de una época fructífera resultaba peor, más triste, más destructor. Pero siempre había sobrevivido y, tras semanas o meses de tormento y aturdimiento, venía la resurrección, el nuevo ardor, la nueva erupción del fuego subterráneo, nuevas obras apasionadas, nueva embriaguez de vida. Ocurría así y se olvidaba y enterraba el miserable intervalo de tormento y negación. Así estaba bien. Pasaría, como había pasado tantas veces.

Con una sonrisa en los labios pensó en Gina a quien había visto por la tarde; sus pensamientos afectuosos habían jugado con ella durante todo el camino de regreso a casa. ¡Era tan hermosa y cálida en su inexperto y miedoso ardor! Juguetón y afectuoso se dijo a sí mismo, como si lo murmurase al oído de ella:

—¡Gina! ¡Gina! ¡Cara Gina! ¡Carina Gina! ¡Bella Gina!

Entró en la habitación y encendió la luz. De un desordenado montón de libros cogió un volumen rojo de poesías; le gustaba un poema, un fragmento, que le parecía hermosísimo, afectuoso. Buscó hasta encontrarlo.

*¡No me abandones en la noche, en el dolor,
Tú, mi preferida, tú mi cara de luna!
¡Oh, tú, mi fuego, mi vela,
Tú, mi sol y mi luz!*

Saboreó con delectación el oscuro vino de estas palabras. ¡Qué bonito, qué íntimo y delicioso! «¡Oh, tú, mi fuego, mi vela!» Y «¡Tú, mi cara de luna!»

Sonriente anduvo de un lado a otro ante el balcón; recitó los versos, llamó a la lejana Gina: «¡Oh, tú, mi cara de luna!» La ternura oscureció su voz.

Abrió la carpeta que había llevado consigo durante toda aquella larga jornada de trabajo. Cogió el bloc de los bocetos, el pequeño, su predilecto, y buscó en las últimas hojas, las de ayer y hoy. Allí estaba la cima de la montaña con las profundas sombras de los peñascos. La había modelado como una caricatura, la montaña parecía gritar, aullar de dolor. Allí estaban el pequeño pozo de

piedra, semicircular, en la pendiente del monte; el arco amurallado lleno de sombras negras; encima, un granado en flor, rojo como la sangre. Todo únicamente para que él lo leyera, escritura cifrada comprensible sólo para él, apunte apresurado del momento, recuerdo arrancado a cada instante, en el que concordaban nueva y poderosamente la naturaleza y el corazón. Y ahora esbozos de colores, de mayor dimensión; blancas hojas con luminosos planos de pintura a la aguada: la villa roja en el bosquecillo, encendida como un rubí sobre terciopelo verde; el puente de hierro de Castiglia, rojo sobre montaña verde-azul y a su lado el muelle violeta, las calles rosadas. Luego la chimenea de la fábrica de ladrillos, rojos cohetes delante del verde —claro y frío— arbolado, un indicador de camino azul, un cielo violáceo con espesas nubes, como aplastadas. Esta hoja estaba bien, podía dejarse. La entrada al establo era una pena, el color castaño delante del cielo de acero estaba bien, hablaba, sonaba, pero sólo estaba terminado a medias. El sol se había reflejado en la hoja y le había producido un intenso dolor en los ojos. Después, durante mucho rato, se estuvo bañando el rostro en un arroyo. Pero el canela delante del azul metálico estaba allí, estaba bien, no estaba falseado o malogrado en el más mínimo tono, en la más pequeña vibración. Sin el *caput mortuum* no se hubiera conseguido. Aquí, en este terreno, radicaba el misterio. Las formas de la naturaleza, su situación en el espacio, su grosor y su delgadez podían dislocarse. Se podía renunciar a estos honrados instrumentos con que se imita a la naturaleza. También se podían falsear los colores, se podían intensificar, diluir, transformar de mil maneras distintas. Pero si se quería recomponer con colores un pedazo de naturaleza, sucedía que la pareja de colores complementarios se hallaba exactamente en idéntica relación y tensión que en la naturaleza. Uno estaba determinado, seguía siendo naturalista aunque cogiese el naranja en lugar del gris o el grana en lugar del negro.

Había malgastado otro día. El rendimiento había sido escaso: la hoja con la chimenea de la fábrica y el tono morado sobre la otra hoja y, quizás, el boceto con el pozo. Por la mañana, con el cielo encapotado, había ido a Carabbina. Allí estaba la galería con las lavanderas. Podía llover de nuevo. Se quedó en casa y empezó el cuadro del arroyo al óleo. ¡Y ahora a la cama! Ya había transcurrido otra hora.

En el dormitorio se quitó la camisa y se echó agua sobre los hombros; el líquido chasqueó al caer sobre el rojo suelo de piedra. Saltó a la cama y apagó la luz. Por la ventana veía el pálido Monte Salute. Miles de veces Klingsor había leído en sus formas desde la cama. Llegó de la profundidad del bosque un grito de lechuza; profundo y cavernoso como el sueño, como el olvido.

Cerró los ojos y pensó en Gina y en la galería con las lavanderas. ¡Dios del cielo, tantos miles de cosas esperaban, tantos miles de copas estaban llenas! ¡En el mundo no había nada que no se tuviera que pintar! ¿Por qué existía el tiempo? ¿Por qué siempre esa estúpida sucesión y ninguna simultaneidad efervescente, saciadora? ¿Por qué estaba ahora, de nuevo, solo en la cama, como un viudo, como un anciano? En toda la corta vida uno podía disfrutar, podía crear, pero siempre cantaba una canción después de otra, nunca se oía toda la sinfonía, con todas sus cien voces e instrumentos al mismo tiempo.

Tiempo atrás, a los doce años, Klingsor había sido el de las diez vidas. En aquella época entre los muchachos había un juego de bandoleros. Cada uno de los bandoleros tenía diez vidas de las que perdía una cada vez que el perseguidor le tocaba o le alcanzaba con una flecha. Uno aún podía salvarse y escaparse con seis, con tres e incluso con una sola vida, pero con la décima estaba todo perdido. Él, Klingsor, sin embargo había puesto todo su orgullo en vivir con todas sus diez vidas y consideraba una deshonra escapar con nueve o con siete. Así había sido de niño, en aquel tiempo increíble en que nada en el mundo era imposible, en que nada en el mundo era difícil, en que todos querían a Klingsor, en que Klingsor mandaba a todos, en que todo pertenecía a Klingsor. Lo había seguido haciendo así y siempre había vivido con diez vidas. Y aunque nunca se podía lograr la saciedad, la plena sinfonía efervescente, su canción tampoco había sido a una sola voz, ni pobre, siempre había tenido un par de cuerdas más en su música que los demás, un par de hierros más en el fuego, un par de táleros más en la bolsa, un par de caballos más en el coche. ¡A Dios gracias!

¡Qué pleno y palpitante sonaba el oscuro silencio del jardín, igual que la respiración de una mujer dormida! ¡Cómo gritaba el pavo real! ¡Cómo ardía el fuego en el pecho! ¡Cómo latía el corazón, y gritaba y padecía y se regocijaba y sangraba! Realmente era un buen verano el de Castagnetta. Vivía feliz en sus viejas y nobles ruinas; feliz contemplaba desde lo alto las espaldas de oruga de los cien

castañares. Era bonito bajar de este viejo y noble mundo de bosques y castillos y observar el alegre y multicolor juguete y pintarlo en toda su viveza: la fábrica, el ferrocarril, los tranvías azules, la columna de anuncios en el muelle, los orgullosos pavos reales, mujeres, curas, automóviles. ¡Qué bella, torturadora e incomprensible era aquella sensación en su pecho, aquel ansia, aquel anhelo trémulo por cada retazo de color de la vida, aquella dulce y salvaje obligación de mirar y de crear y, al mismo tiempo, oculta, semiescondida, la íntima sensación de lo infantil e inútil de sus acciones!

La corta noche de verano se derritió delirante, de la verde profundidad del valle ascendía el vapor, la savia hervía en centenares de miles de árboles, cientos de miles de sueños brotaban en el ligero dormir de Klingsor, su alma vagaba por la sala de los espejos de su vida, donde todas las imágenes se multiplicaban, cada vez con un nuevo aspecto y un nuevo significado, y cada vez contraían nuevas relaciones entre ellas como si en un cubilete se agitara continuamente un firmamento de estrellas.

Hubo una imagen entre las muchas que soñó que le encantó y conmovió: estaba en un bosque y en su regazo tenía a una mujer pelirroja, una morena se apoyaba en su hombro, otra estaba de rodillas ante él, sostenía su mano y le besaba los dedos. Por doquier le rodeaban mujeres y muchachas, algunas niñas todavía, con largas y delgadas piernas, otras en plena floración, otras maduras con los rostros marcados por el saber y la fatiga. Todas le amaban y todas querían ser amadas por él. Entonces estalló la guerra y el fuego entre las mujeres, la pelirroja agarró con mano rápida el pelo de la morena y la tiró al suelo, pero ella misma también fue derribada; unas se lanzaban contra las otras, todas gritaban, se empujaban, mordían, se hacían daño y sufrían. Sonaban risas, gritos furiosos y aullidos de dolor se mezclaban y enlazaban, la sangre manaba por doquier, las uñas se clavaban sanguinariamente en la fina carne.

Con una sensación de dulce melancolía y congoja Klingsor se despertó unos minutos; sus ojos muy abiertos miraban fijamente el vano de la pared. Ante su mirada permanecían los rostros espasmódicos de las mujeres. A muchas de ellas las conocía y las llamaba por sus nombres: Nina, Hermine, Elisabeth, Gina, Edith, Berta. Y con la voz ronca de dormir decía:

—¡Niñas, terminad! ¡Vosotras me engaños, me engaños, no deberíais despedazaros entre vosotras, sino a mí, a mí!

Louis

Louis el Cruel había caído del cielo, apareció inesperadamente. Era un viejo amigo de Klingsor, el viajero, el caprichoso, que vivía en el tren y su taller estaba en la mochila. Aquel día cayeron del cielo horas buenas, soplaron vientos propicios. Pintaron juntos en el monte de olivos y en Cartago.

—En realidad, ¿tiene algún valor toda esta pintura? —dijo Louis en el monte de olivos, tumbado sobre la hierba, desnudo y con la espalda roja del sol—. Uno sólo pinta a faute de mieux, querido. Si siempre tuvieras en tu regazo a la muchacha que te gusta y en el plato la sopa que deseas, no te atormentarías con bagatelas tan absurdas. La naturaleza tiene diez mil colores y nosotros nos hemos empeñado en reducir la escala a veinte. Eso es la pintura. Nadie está nunca contento y uno aún tiene que ayudar a que los críticos se alimenten. En cambio, una buena sopa marsellesa de pescado, caro mío, con un poco de vino templado de Borgoña, después una escalopa milanesa y de postre peras y gorgonzola y un café turco, ¡eso son realidades, señor mío!, ¡eso son valores! ¡Qué mal se come aquí, en vuestra Palestina! Dios mío, quisiera estar en un cerezo y que las cerezas brotasen de mi boca y que justo encima mío, en la escalera, estuviera la morena ardiente que hemos encontrado esta mañana temprano. ¡Klingsor, deja de pintar! Te invito a una buena comida en Laguno, pronto va a ser hora de comer.

—¿Vale la pena? —preguntó Klingsor parpadeando.

—La vale. Sólo que antes debo ir a toda prisa a la estación. Es que, lo confieso francamente, he teleografiado a una amiga diciéndole que estoy a punto de morir; es posible que esté aquí hacia las once.

Entre risas, Klingsor rompió el estudio que había empezado.

—Tienes razón, joven. ¡Vayamos a Laguno! Ponte la camisa, Luigi. Aquí las costumbres son muy ingenuas, pero por desgracia no puedes ir desnudo a la ciudad.

Fueron a la ciudad, entraron en la estación. Llegó una mujer bonita. Comieron bien en un restaurante y Klingsor, que en sus meses de vida campestre había olvidado todo esto, se quedó asombrado de que todavía existiesen tales cosas, queridas y agradables cosas: truchas, jamón asalmonado, espárragos, Chablis, Dole de Valais, Benedictino. Después de comer, los tres subieron en un funicular por la empinada ciudad; pasaron entre casas, por delante de ventanas y jardines colgantes; era muy bonito. No se apearon y volvieron a descender, y de nuevo arriba y abajo. El mundo era bello y extraordinario, multicolor, algo dudoso, algo inverosímil, pero sin embargo maravilloso. Klingsor estaba un poco tímido, aparentaba sangre fría, no quería enamorarse de la bella amiga de Luigi. Fueron de nuevo a un café, pasearon por un vacío parque meridional, se tumbaron junto al agua, a la sombra de enormes árboles. Vieron muchas cosas que deberían ser pintadas: casas rojas de piedras preciosas sobre un verde intenso, zumaques cubiertos de azul y ocre.

—Has pintado cosas agradables y divertidas, Luigi —dijo Klingsor—, y todas me gustan mucho: astas de bandera, payasos, circos; pero la que prefiero es una mancha en tu cuadro del carrusel nocturno. ¡Sabes, sobre la marea violeta y lejos de toda luz ondea muy arriba en la noche una pequeña bandera fresca, rosa claro, tan bonita, tan limpia, tan terriblemente sola! Es como un poema de Li Tai Pe o de Paul Verlaine. En esta pequeña y estúpida bandera rosa está todo el dolor y la resignación del mundo y también toda la risa que provoca el dolor y la resignación. Te agradezco mucho que hayas pintado esta banderita que justifica tu vida. —Ya sé que te gusta.

—A ti también te gusta. Mira, si no hubieras pintado cosas como ésta, todas las buenas comidas, vinos, mujeres y cafés no te servirían para nada, serías un pobre diablo. Pero así, eres un rico diablo y eres un tipo a quien uno aprecia. Ves, Luigi, yo a menudo pienso como tú: todo nuestro arte es una simple sustitución, una sustitución penosa y que uno paga diez veces demasiado cara, de una animalidad perdida, de un amor perdido. Pero, sin embargo, no es así. Es completamente distinto. Se sobrevalora lo físico si se considera lo espiritual como una mera sustitución de lo físico ausente. Lo físico no es ni pizca más valioso que el espíritu, como tampoco lo es al revés. Lo mismo da, todo es igual de bueno. Es exactamente idéntico abrazar a una mujer o escribir un poema. Como lo importante es el amor, el ardor, la ternura, entonces da igual que seas monje en el Monte Athos o calavera en París.

Louis miró con ojos burlones.

—¡Joven, no te quites ningún adorno!

Los dos, junto con la hermosa mujer, vagaron por la comarca. Ambos tenían una mirada aguda. Era su fuerza. En las pequeñas ciudades y aldeas de los alrededores vieron Roma, Japón, vieron los Mares del Sur pero volvieron a destruir sus ilusiones con dedos juguetones; su capricho encendía estrellas en el cielo y las volvía a apagar. Hacían que sus juegos de artificio atravesaran las exuberantes noches; el mundo era burbujas de jabón, era ópera, era alegre locura.

Louis, el pájaro, deambulaba sobre su bicicleta por las colinas, iba de un lado a otro, mientras Klingsor pintaba. Algunos días los sacrificaba Klingsor, luego se sentaba fuera, obstinado y trabajaba. Louis no quería trabajar. Súbitamente Louis se marchó con su amiga, y escribió una postal desde muy lejos. De pronto reapareció cuando Klingsor ya lo daba por perdido; se presentó a la puerta con el sombrero de paja y la camisa abierta, como si nunca se hubiera marchado. Y Klingsor volvió a beber la copa más dulce de su juventud: la bebida de la amistad. Tenía muchos amigos, muchos le querían, a muchos se había dado, a muchos había abierto su impulsivo corazón, pero sólo dos aún oyeron de sus labios, durante este verano, la vieja llamada del corazón: Louis el pintor y el poeta Hermann, llamado Thu Fu.

Louis pasaba muchos días en el campo, en su silla de pintor, a la sombra de los perales y de los ciruelos, pero no pintaba. Estaba sentado y pensaba; tenía un papel clavado en el caballete y escribía, escribía mucho, escribía muchas cartas. ¿Son felices las personas que escriben tantas cartas? Louis el despreocupado escribía intensamente, su mirada quedaba penosamente prendida del papel durante horas. Estaba ensimismado. Por eso le quería Klingsor.

Klingsor actuaba de otra manera. No podía callar. No podía ocultar su corazón. A sus amigos más íntimos les hablaba de las secretas penas de su alma, pocos las conocían. A veces tenía miedo, melancolía, a veces estaba preso en el pozo de las tinieblas, a veces descomunales sombras de su vida anterior caían sobre sus días y los ensombrecían. Entonces le gustaba ver la cara de Luigi. Entonces se

le confiaba.

Pero Louis no veía con gusto estas debilidades. Le atormentaban, pedían compasión. Klingsor se acostumbró a mostrar su corazón al amigo y comprendió demasiado tarde que de esta manera le perdía.

Louis empezó a hablar otra vez de marcharse. Klingsor sabía que podría retenerle algunos días, tres, cinco, pero que un día, de pronto, le enseñaría la maleta preparada y se marcharía para no volver en mucho tiempo. ¡Qué corta era la vida, qué irreparable era todo! A los pocos amigos que comprendían plenamente su arte y cuyo arte era próximo y parecido al suyo los había asustado y molestado, los había disgustado y enfriado con su tonta debilidad y comodidad; meramente por la necesidad pueril e indecorosa de no tener que esforzarse ante un amigo, de no conservar una actitud ante él. ¡Qué tonto y qué pueril había sido! Así se reprendía Klingsor, demasiado tarde.

Durante los últimos días, rondaron juntos por los dorados valles. Louis tenía muy buen humor, viajar era un placer vital para su corazón de pájaro. Klingsor participaba. De nuevo habían encontrado el viejo tono ligero, juguetón y burlón, que ya no abandonaron más. Una tarde se sentaron en el jardín de la taberna. Encargaron pescado frito, arroz con setas y echaron marrasquino sobre los melocotones.

—¿Adonde vas a ir mañana? —preguntó Klingsor.

—No lo sé.

—¿Irás a casa de aquella hermosa mujer?

—Sí. Quizá. ¿Quién puede saberlo? No preguntes tanto. Ahora, para terminar, vamos a beber un buen vino blanco. Yo voto por un Neuchâtel.

Bebieron. De improviso Louis gritó:

—Es magnífico partir, viejo lobo de mar. Muchas veces, cuando estoy sentado cerca de ti, como ahora, por ejemplo, de repente me vienen a la cabeza tonterías. Me imagino que aquí están sentados los dos pintores que tiene nuestra querida patria, y siento una horrible sensación en las rodillas, como si los dos fuésemos de bronce yuviéramos que estar en un monumento cogidos de la mano, sabes, como Goethe y Schiller. Al fin y al cabo ellos no tienen ninguna culpa de tener que estar eternamente de pie y cogidos de la mano de bronce, y de que se nos hayan hecho poco a poco tan fastidiosos y odiosos. Quizá fueron tipos realmente sutiles y muchachos encantadores; hace tiempo leí una obra de Schiller, verdaderamente bonita. Y ahora se le ha convertido en esto, en un animal famoso y que ha de estar junto a su hermano siamés, una cabeza de yeso junto a la otra. Y uno ve que sus obras reunidas forman corro y son explicadas en las escuelas. Es espantoso. Imagínate dentro de cien años a un profesor predicando a los estudiantes de bachillerato: Klingsor, nacido en 1877, y su contemporáneo Louis, llamado el Glotón, renovaron la pintura, liberaron el color del naturalismo; en un examen más detallado esta pareja de artistas se divide en tres periodos claramente discernibles... Antes prefiero arrojarme bajo una locomotora, hoy mismo.

—Sería inteligente, los profesores irían a parar bajo el tren.

—No existen locomotoras tan grandes. Ya sabes lo mezquina que es nuestra técnica.

Las estrellas ya se habían levantado. De pronto Louis chocó su vaso con el de su amigo.

—Bien. Brindemos y bebamos. Luego me sentaré en mi bicicleta y adieu. ¡Sin largas despedidas! El tabernero ya está pagado. ¡A tu salud, Klingsor!

Brindaron, vaciaron los vasos, Louis se subió a la bicicleta, agitó el sombrero y se marchó. Noche, estrellas, Louis estaba en China. Louis era una leyenda.

Klingsor sonrió tristemente. ¡Cuánto quería a aquella ave de paso! Permaneció mucho rato sobre la grava del jardín de la taberna, mirando la calle vacía.

El Día de Carenno

Juntamente con los amigos de Barengo y con Agosto y Ersilia, Klingsor emprendió una excursión a Carenno. Salieron por la mañana temprano, marcharon en medio de flores de intenso perfume y de temblorosas telarañas cubiertas aún de rocío que jalonaban el camino. Atravesaron el cálido y escarpado bosque hacia el valle de Pampambio, donde en las amarillas calles dormían deslumbradoras casas, aturcidas por el día canicular, inclinadas y medio en ruinas. En el seco riachuelo, blancos sauces

colgaban con pesadas alas sobre los prados dorados. La caravana multicolor de amigos navegaba por los caminos rosáceos a través del vaporoso valle: los hombres de blanco y amarillo, en seda y lino, las mujeres de blanco y rosa; la maravillosa sombrilla verde veronés de Ersilia centelleaba como una alhaja en una sortija mágica.

El doctor se lamentó melancólicamente con voz bondadosa.

—Es una lástima, Klingsor, sus magníficas acuarelas se volverán blancas dentro de diez años. Estos colores que usted prefiere, no resisten.

Klingsor:

—Sí, y lo que es peor, sus hermosos cabellos castaños, doctor, dentro de diez años serán grises, y un poco más tarde nuestros lindos y alegres huesos yacerán en algún hoyo. Por desgracia, también sus hermosos y sanos huesos, Ersilia. Muchachos, no queramos comenzar a ser razonables en la vida tan tarde. Hermann, ¿cómo dice Li Tai Pe? Hermann, el poeta, se detuvo y recitó:

*La vida pasa como un relámpago,
cuyo brillo apenas hay tiempo de ver
Aunque la tierra y el cielo se paren,
qué veloz vuela el tiempo sobre el rostro del hombre.
¡Oh, tú, que estás ante una copa llena y no bebes!
Dime, ¿a quién esperas todavía?*

—No —dijo Klingsor—, me refiero al otro verso, el de los cabellos que por la mañana aún eran negros. Al punto Hermann dijo el verso:

*Por la mañana aún relucían tus cabellos como negra seda,
por la tarde la nieve ya se ha posado en ellos.
¡Quien no quiera soportar su cuerpo vivo muriendo,
que agite la copa y desafíe, como a un amigo, a la Luna!*

Klingsor rió fuerte, con voz algo ronca.

—¡Viva Li Tai Pe! Tenía idea, sabía todo. Nosotros también sabemos todo, él es nuestro viejo hermano inteligente. Le hubiera gustado este día embriagador, como el de hoy. Sería hermoso que en una tarde así muriese Li Tai Pe en una barca sobre un río tranquilo. Veréis como hoy todo será maravilloso.

—¿Qué clase de muerte tuvo Li Tai Pe sobre el río? —preguntó la pintora.

Pero Ersilia interrumpió con su hermosa voz profunda.

—¡No, basta! ¡A quien diga otra palabra sobre la muerte y sobre el morir, no le querré más! Finisca adesso, brutto Klingsor!

Klingsor se acercó a ella riendo.

—¡Cuánta razón tiene usted, bambina! Si digo otra palabra sobre morir, puede pegarme con la sombrilla en los dos ojos. ¡Pero, en serio, hoy es un día maravilloso, queridos amigos! Hoy canta un pájaro que es de leyenda; ya le oí por la mañana. Hoy sopla un viento mágico, el niño celestial despierta a las princesas durmientes y sacude el entendimiento de las cabezas. Hoy florece una flor legendaria y azul; sólo florece una vez en la vida y quien la cuida obtiene la gloria.

—¿Quiere decir algo con esto? —preguntó Ersilia al doctor. Klingsor la oyó.

—Quiero decir que este día no vuelve jamás y a quien no lo coma, lo beba, lo saboree, lo respire, no se le ofrecerá por segunda vez en toda la eternidad. Nunca brillará el sol como hoy; hoy hay una constelación en el cielo, una relación con Júpiter, conmigo, con Agosto y Ersilia y con todos nosotros que nunca jamás volverá en mil años. Por esto, porque lleva suerte, quisiera ir un rato a su izquierda y llevar su sombrilla de color esmeralda; bajo su luz mi cabeza parecerá un ópalo. Pero usted también debe contribuir y cantar una canción, una de las más bonitas que sepa.

Tomó del brazo a Ersilia, su rostro afilado se suavizó a la sombra verdeazulada de la sombrilla de la que estaba enamorado, le encantaban sus vivos y dulces colores.

Ersilia empezó a cantar:

*Il mio papa no vuole
Ch'io spos'un bersaglier.*

Se le unieron varias voces. Siguieron cantando hasta llegar a un bosque, hasta que la cuesta se hizo demasiado empinada; el camino iba por una especie de escalera escarpada, por entre helechos, hacia la gran montaña.

—¡Qué maravillosamente lineal es esta canción! —alabó Klingsor—. El papa está contra los amantes, como sucede siempre. Ellos cogen un cuchillo bien afilado y matan al papa. Fuera con él. Lo hacen por la noche, no les ve más que la Luna que no les traiciona, y las estrellas que son mudas, y el buen Dios que ya les perdonará. ¡Qué bonito y sincero es esto! A un poeta actual se le apedrearía por una cosa así.

Trepaban por el angosto sendero del monte, a la sombra juguetona de los castaños. Cuando Klingsor alzó la vista, vio las delgadas pantorrillas de la pintora que brillaban rosadas a través de las medias transparentes. Miró hacia atrás y el turquesa de la sombrilla se arqueó sobre la negra cabeza de Ersilia. Iba vestida de seda violeta, la única figura oscura entre todas.

Junto a un caserío, azul y naranja, encontraron manzanas verdes caídas sobre la hierba, frescas y ácidas; las probaron. La pintora habló entusiasmada de una excursión que hizo por el Sena, en París, antes de la guerra. ¡Sí, París y el feliz pasado!

—No volverá nunca jamás.

—Ni debe volver —gritó el pintor violentamente y meneó furiosamente la recia cabeza de gavián—. ¡Nada debe volver! ¿Para qué? ¿Qué clase de deseos infantiles son éstos! La guerra ha convertido todo lo anterior, incluso lo más estúpido, lo más superfluo, en un paraíso. Bien. Era hermoso París y Roma y Arles. ¿Pero es el hoy y el aquí menos hermoso? El paraíso no es París ni el tiempo de paz, el paraíso está aquí arriba, en la montaña; dentro de una hora estaremos en él y encontraremos al buen ladrón al que se dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» Salieron de la sombra salpicada de luz que el bosque proyectaba sobre el sendero y pasaron a la ancha carretera que, cálida y luminosa, conducía a lo alto en grandes espirales. Klingsor, con los ojos protegidos por unas gafas verdeoscuro, iba el último y a menudo se rezagaba para ver el movimiento de las figuras y sus constelaciones de colores. No había llevado nada para trabajar, adrede, ni el pequeño cuaderno de apuntes. Muchas veces permanecía quieto, emocionado por las imágenes. Su enjuta figura, blanca sobre la carretera rojiza, se destacaba solitaria al borde del bosquecillo de acacias. El verano caía ardiente sobre la montaña, la luz fluía perpendicular hacia abajo, los colores exhalaban cientos de vapores desde la profundidad. Sobre las montañas cercanas de tonos verdes y rojos con aldeas blancas, aparecían sendas azuladas. Más lejos otros caminos más luminosos y más azules y en último término los picos cristalinos e irreales de las montañas nevadas. Por encima del bosque de acacias y castaños sobresalía libre y poderosa la cresta rocosa y la cumbre agreste del Salute, de tonos rojizos y violeta claro. Lo más bello de todo eran las personas; parecían flores bajo una luz tamizada de verde; la sombrilla esmeralda brillaba como un enorme escarabajo, debajo el negro cabello de Ersilia, luego la blanca y esbelta pintora de rostro sonrosado, y todos los demás. Klingsor les sorbía con ojos sedientos, pero sus pensamientos estaban junto a Gina. No la volvería a ver hasta dentro de una semana. Estaba sentada en un despacho de la ciudad y escribía a máquina. Sólo lograba verla raras veces y nunca sola. Él la amaba, precisamente a ella que no sabía nada de él, que no le conocía, que no le comprendía; para ella él sólo era una rara y exótica ave, un famoso pintor extranjero. Era extraño que su deseo estuviese pendiente precisamente de ella, que ninguna otra copa amorosa le saciase. No estaba acostumbrado a rondar mucho tiempo a una mujer. A Gina la rondaba para estar una hora a su lado, para sostener sus dedos delgados y pequeños, para meter su zapato debajo del de ella, para depositar un rápido beso en su nuca. Pensaba mucho en esto, ya que para él mismo era un curioso enigma. ¿Era el viraje? ¿La edad? ¿Era simplemente la mutación de los catorce a los veinte años?

Habían alcanzado la cresta del monte y al otro lado se ofrecía a la vista un nuevo mundo: elevado e irreal, el Monte Gennaro, formado por pirámides y conos agudos y puramente escarpados, detrás el sol oblicuo; y todas las mesetas, relucientes como el esmalte, flotando sobre sombras de un violeta profundo. Aquí y allí el aire vibrante y, perdido en el fondo infinito, el pequeño brazo de mar azul,

tranquilo y fresco tras las verdes llamas del bosque.

Sobre la cresta montañosa una diminuta aldea: una propiedad señorial con una pequeña vivienda, cuatro o cinco casas más de piedra, pintadas de azul y rosa, una capilla, una fuente, cerezos. El grupo se detuvo al sol junto a la fuente, Klingsor siguió adelante, atravesó el arco de un portal y entró en un sombreado caserío; en la parte de arriba había tres casas azuladas, con pocas ventanas, en el centro hierba y guijarros, una cabra, ortigas. Una cría corrió al verle. Él la llamó y sacó chocolate del bolsillo. La niña se detuvo, lo cogió, lo acarició lo comió; era tímida y hermosa, una pequeña morena con ojos asombrosamente negros, con piernas delgadas, desnudas y brillantes.

—¿Dónde vives? —le preguntó. Ella corrió hasta una puerta cercana que se abría en la hilera de casas. Una mujer surgió de un oscuro portal de piedra, como de una cueva prehistórica. Era su madre y también cogió chocolate. Un cuello moreno salía de un sucio vestido, un rostro ancho y firme, tostado por el sol, hermoso, boca gruesa, ojos grandes, de un encanto dulce y agreste; madre e hija evocaban clara y calladamente un lejano origen oriental. La saludó con gesto seductor, ella retrocedió sonriendo y colocó a la niña entre los dos. Él siguió adelante, decidido a volver. Quería pintar a esa mujer, o ser su amante, aunque sólo fuera una hora. Lo era todo: madre, niño, amante, animal, madonna.

Lentamente regresó junto a sus amigos, con el corazón lleno de sueños. La finca principal parecía cerrada y vacía. En sus muros estaban incrustadas viejas y rugosas balas de cañón. Una graciosa escalera conducía a través de la maleza a un bosquecillo y a una colina. En lo alto había un monumento, un busto barroco y solitario, vestido de Wallenstein, con tirabuzones y perilla rizada. Una atmósfera fantasmal y fantástica se extendía por el monte, bajo la luz brillante del mediodía; algo extraordinario acechaba, el mundo estaba afinado en otro tono lejano. Klingsor bebió en la fuente, llegó volando una mariposa y sorbió en las gotas salpicadas sobre el borde de caliza.

Después de la cresta el sendero seguía adelante, bajo castaños, bajo nogales, soleado, sombreado. En un recodo, una ermita vieja y amarilla; en la hornacina, restos de viejas pinturas, una cabeza de santo angelical e infantil, un pedazo de vestidura roja y marrón, el resto estaba desmenuzado. A Klingsor le gustaban mucho las pinturas antiguas, cuando aparecían de improviso, le gustaban este tipo de frescos, le gustaba que esas hermosas obras volviesen al polvo y a la tierra.

Más árboles, vides, calles calurosas y cegadoras, otro recodo. Allí estaba su objetivo, repentino e inesperado: un pórtico oscuro, una iglesia alta y grande de piedra roja, un lugar lleno de sol, polvo y paz que clamaba alegre y confiadamente al cielo, césped ardiente que crujía bajo los pies, la luz del mediodía que rebotaba en las deslumbrantes paredes, una columna, una figura encima, invisible debido al torrente de sol, una balastrada de piedra alrededor de una ancha plaza sobre el azul infinito. Más allá la aldea, Carenno, muy antigua, estrecha, tenebrosa, sarracena; sombrías cuevas de piedra bajo tejas marrones descoloridas, callejuelas agobiadoramente estrechas y oscuras y, de pronto, pequeñas plazuelas chillando al blanco sol; África y Nagasaki; encima el bosque, debajo el azul despeñadero, arriba nubes blancas, gruesas y satisfechas.

—¡Es cómico! —dijo Klingsor— ¡El tiempo que se necesita para conocer un poco de mundo! Una vez, cuando fui a Asia, hace años, pasé de noche con el rápido a seis kilómetros de aquí, quizá diez, y no sabía nada. Entonces iba a Asia y en aquel momento necesitaba hacerlo. Pero todo lo que hallé allí, también lo encuentro hoy aquí: selva, calor, hermosas gentes, extrañas y tranquilas, sol, santuarios. ¡Se necesita tanto tiempo para aprender a visitar en un solo día tres continentes! Aquí están. ¡Bienvenida, India! ¡Bienvenida, África! ¡Japón!

Los amigos conocían a una joven que vivía allí arriba. Klingsor se alegró mucho de la visita a la desconocida. Él la llamaba reina de las montañas, título de una misteriosa narración oriental de un libro de su adolescencia.

Impaciente, la caravana atravesó la azul garganta sombreada de la calleja; nadie, ningún ruido, ninguna gallina, ningún perro. Pero en la penumbra de una ventana Klingsor vio una silenciosa figura, una hermosa muchacha de ojos negros, con un pañuelo rojo en su pelo azabache. Su mirada, que acechaba calladamente a los extranjeros, se encontró con la suya, se miraron durante una larga respiración, hombre y muchacha, a los ojos, plena y gravemente, dos mundos extraños unidos por un instante. Entonces los dos se sonrieron rápida e íntimamente, el eterno saludo del sexo, la ansiosa, dulce y vieja enemistad. Con un simple paso hacia la esquina de la casa el extranjero se había esfumado,

quedaba en el arcano de la muchacha, imagen junto a muchas imágenes, sueño junto a muchos sueños. El pequeño agujijón punzó el corazón nunca saturado de Klingsor, vaciló un instante y pensó en volver atrás; Agosto le llamaba, Ersilia empezaba a cantar. Un muro sombreado desaparecía a lo lejos, había una pequeña y clara plaza, silenciosa y deslumbrante bajo el mediodía encantado, con dos palacios amarillos, pequeños balcones de piedra, postigos cerrados, espléndido escenario para el primer acto de una ópera.

—Llegada a Damasco —dijo el doctor—. ¿Dónde vive Fátima, la perla de las mujeres?

La respuesta llegó de forma sorprendente del pequeño palacio. De la fresca penumbra que se percibía tras el balcón entreabierto, brotó un sonido extraño, otro y de nuevo diez veces, luego una octava más alta, otras diez veces; estaban afinando un piano, un piano que cantaba, lleno de sonido en medio de Damasco.

Ahí debía ser, ahí vivía ella. Pero la casa parecía no tener portal, sólo el muro amarillorroso con dos balcones. Encima, en el revoque de la fachada, una vieja pintura: flores en azul y rojo y un papagayo. Aquí hubiera sido necesaria una puerta pintada. Cuando se golpease tres veces en ella y se pronunciase la palabra mágica de Salomón, se abriría el portalón pintado y un perfume de aceites persas recibiría al viajero; tras varios velos la reina de las montañas aparecería sentada en el alto trono. Sobre los peldaños las esclavas se inclinarían a sus pies, el papagayo pintado volaría al hombro de su dueño, chillando.

Encontraron una puerta diminuta en una callejuela adyacente; una potente campanilla, mecanismo diabólico, sonó con estridencia; una escalera abrupta, estrechísima, conducía arriba.

Era imposible imaginar cómo había llegado el piano a esta casa. ¿Por la ventana? ¿Por el tejado?

Un gran perro negro acudió precipitadamente, seguido por otro, como un pequeño león rubio. Mucho ruido. Los peldaños crujían. Al fondo el piano cantaba por undécima vez el mismo sonido. De una habitación pintada de color rosa brotaba una luz suave. Ruido de puertas. ¿Había un papagayo allí?

De pronto apareció la reina de las montañas, flor esbelta, enérgica y flexible, toda de rojo, llama ardiente, retrato de juventud. Ante los ojos de Klingsor se disiparon cien imágenes queridas y surgió la nueva, radiante. En seguida supo que la pintaría, no al natural, sino el destello que había recibido de ella, la poesía, el acento áspero y amable: juventud, rojo, rubio, amazona. La miraría durante una hora, quizá más. La miraría andar, sentarse, reír, bailar, quizá la oiría cantar. El día era completo, había encontrado su sentido. Lo que pudiese aún ocurrir era regalo, abundancia. Siempre era así: la aventura nunca llega sola, la anuncia el vuelo de los pájaros, la preceden mensajeros, augures, la mirada oriental, animal, de la madre bajo aquella puerta, la bella morena de la aldea en la ventana y...

En un segundo sintió, palpitante: «¡Si fuera diez años más joven, diez cortos años, ella podría tenerme, agarrarme, meterme en el bolsillo! ¡No, eres demasiado joven, tú, pequeña reina roja, eres demasiado joven para el viejo hechicero Klingsor! Te admirará, te aprenderá de memoria, te pintará, dibujará para siempre la canción de tu juventud; pero no hará ninguna peregrinación a tu alrededor, no subirá ninguna escalera hacia ti, no cometerá ningún asesinato ni tocará ninguna serenata ante tu bonito balcón. No, desgraciadamente no hará nada de esto, el viejo pintor Klingsor, el viejo cordero. No te amará, no te mirará como mira a la oriental, a la morena de la ventana que, tal vez, no es más joven que tú. Para ella no es demasiado viejo; sólo para ti, reina de las montañas, roja flor de monte. Para tí, clavel de piedra, es demasiado viejo. A ti no te basta el amor que Klingsor pueda ofrecerte, entre un día de trabajo y una tarde llena de vino rojo. Cuando haga tiempo que te hayas desvanecido, mis ojos te captarán mejor, esbelto mimbres. Te conocerán mejor.»

A través de habitaciones embaldosadas y de arcos abiertos se llegaba a una sala en la que figuras de estuco, barrocas y salvajes, se retorcían sobre altas puertas y alrededor de delfines pintados en un oscuro friso; caballos blancos, amercillos rosas nadaban en un mar de leyenda densamente poblado. Un par de sillas y en el suelo las piezas del desmontado piano. No había mucho más en la gran habitación. Dos seductoras puertas conducían a los pequeños balcones, sobre el radiante escenario de ópera; en frente, se ufanaban los balcones del palacio vecino, con figuras pintadas. Un grueso cardenal rojo flotaba como una carpa dorada al sol.

No se marcharon. En la sala deshicieron las provisiones; cubrieron una mesa. Llegó el vino, ex-

traño vino blanco del norte, ideal para evocar multitud de recuerdos. Habían ahuyentado al afinador de pianos. El descuartizado instrumento callaba. Klingsor, pensativo, miró las desnudas entrañas de cuerda; luego cerró la tapa suavemente. Le dolían los ojos, pero en su corazón cantaba el día de verano, cantaba la madre sarracena, cantaba azul y turgente el sueño de Carenno. Comía y brindaba con los demás, hablaba alegremente, pero, además, trabajaba: su mirada rodeaba el clavel de piedra, la flor de fuego, como el agua rodea al pez. Un cronista activo estaba en su cerebro y anotaba formas, ritmos, movimientos, con exactitud matemática.

Charla, risas llenaron la sala vacía. Inteligente y benévolo reía el doctor, profunda y amablemente Ersilia, fuerte e infernal Agosto, ligera como un ave la pintora. El poeta hablaba con cordura, Klingsor, burlón, observaba. Un poco tímida, la princesa roja iba entre sus huéspedes, delfines y caballos. Estaba en todas partes, se detenía junto al piano, se acurrucaba sobre un almohadón, cortaba pan, ofrecía vino con mano inexperta, de muchacha. La alegría resonaba en la fría sala, los ojos brillaban negros y azules; ante los altos balcones luminosos estaba el mediodía deslumbrador.

El noble vino fluyó, claro, en los vasos. Era un adecuado contraste con la sencilla comida fría. La claridad del vestido de la reina fluyó brillante por la elevada sala. Claras y alertas, le seguían las miradas de todos los hombres. Desapareció. Volvió. Se había puesto una pañoleta verde. Desapareció y volvió. Se había puesto un pañuelo azul en la cabeza.

Después de comer, cansados y saciados, pero alegres, se marcharon al bosque. Se rumbaron en la hierba. Las sombrillas brillaban. Bajo los sombreros de paja ardían los rostros. El sol, resplandeciente, quemaba. La reina yacía roja sobre la hierba verde. Su fino cuello surgía de las llamas. Su alto zapato se ajustaba a su esbelto pie; Klingsor, a su lado, la estudiaba, la leía, se llenaba de ella, igual que, de muchacho, había leído la historia mágica de la reina de las montañas y se había llenado de ella. Descansaban, dormían, charlaban. Luchaban con las hormigas. Creían oír serpientes. Cáscaras de castaña se prendían en los cabellos de las mujeres. Se pensaba en los amigos ausentes que hubieran armonizado con estas horas. No eran muchos: Louis el Cruel, amigo de Klingsor, pintor de carruseles y circos; su espíritu fantástico flotaba sobre el grupo.

La tarde transcurrió como un año en el paraíso. A la despedida todos rieron mucho, Klingsor se llevó todo en su corazón: la reina, el bosque, el palacio y la sala de los delfines, los dos perros y el papagayo.

Al bajar de la montaña con los amigos, paulatinamente se sintió invadido por la alegría y el entusiasmo que sólo le asaltaba raras veces, cuando abandonaba voluntariamente el trabajo. Cogido de la mano de Ersilia, de Hermann, de la pintora, bajaba la soleada calle bailando, entonaba canciones, se divertía ingenuamente con chistes y juegos de palabras, reía completamente entregado. Se adelantó a los demás corriendo y se escondió en una emboscada para asustarles.

Por de prisa que fueran, el sol iba aún más de prisa y en Palazetto ya se sumergía tras la montaña. Abajo, en el valle, ya anochecía. Habían perdido el camino y habían subido demasiado, estaban hambrientos y cansados. Tenían que abandonar el plan que habían tramado: ir campo a través hasta Barengo, comer pescado en la taberna de la aldea marinera.

—Queridos amigos —dijo Klingsor, que se había sentado sobre un muro junto al camino—, nuestros planes eran realmente muy bonitos y una buena cena en casa de pescadores o en el Monte d'Oro me dejaría ciertamente muy satisfecho. Pero no vamos a ir tan lejos, al menos yo. Estoy cansado y tengo hambre. De aquí no doy un paso que vaya más lejos del próximo Grotto, que evidentemente no está lejos. Allí hay vino y pan, con esto basta, ¿Quién viene conmigo?

Fueron todos. Encontraron el Grotto; en una pequeña tenaza en la montaña escarpada había bancos y mesas de piedra a la sombra de los árboles, el tabernero trajo vino fresco de la bodega cavada en la roca; había pan. Se sentaron sin hablar y comieron, contentos de descansar por fin. Tras los altos árboles el día se apagaba, la montaña azul se oscurecía, las calles rojas empalidecían, y se oía abajo, en las calles nocturnas, el motor de un coche y el ladrido de un perro, en el cielo comenzaban a surgir estrellas y en la tierra luces, difíciles de distinguir unas de otras.

Klingsor estaba sentado feliz, tranquilo, miraba la noche, se llenaba lentamente de pan negro, vaciaba en silencio la jarra azulada de vino. Una vez saciado, empezó de nuevo a charlar y a cantar, se mecía al ritmo de la canción, jugaba con las mujeres, olía el perfume de sus cabellos. El vino le pareció

bueno. Viejo seductor, fácilmente proponía seguir adelante, bebía vino, lo ofrecía, brindaba de forma encantadora, pedía más vino. Sortilegios multicolores, símbolos de la vanidad, brotaban lentamente de las jarras azuladas de arcilla, recorrían el mundo, daban color a las estrellas y a la luz.

Estaban sentados en lo alto, en columpios suspendidos sobre el abismo del mundo y de la noche, como pájaros en jaulas de oro, sin patria, sin peso, frente a las estrellas. Ellos, los pájaros, cantaban canciones exóticas, dejaban correr la imaginación de sus ebrios corazones por la noche, por el cielo, por el bosque, por el incierto y encantado universo. Contestaron las estrellas y la luna, el árbol y la montaña, Goethe estaba allí sentado y Hafis; olía ardientemente a Egipto e íntimamente a Grecia, Mozart sonreía, Hugo Wolf tocaba el piano en la noche perdida.

Estalló un estrépito terrible, la luz relampagueó: debajo de ellos, en el corazón de la tierra, volaba un tren con cien ventanas de luz deslumbradora, atravesando la montaña y la noche; encima de ellos, en el cielo, resonaban las campanas de una iglesia invisible. La media luna subía acechante sobre la mesa, miraba su reflejo en el vino oscuro, arrancaba de las tinieblas la boca y los ojos de una mujer. Sonreía y seguía subiendo, cantaba a las estrellas. El espíritu de Louis el Cruel se acurrucaba sobre un banco, solitario, y escribía cartas.

Klingsor, rey de la noche, con alta corona en el pelo, respaldado en un asiento de piedra, dirigía la danza del mundo, daba el compás, llamaba a la luna, dejaba que desapareciese el tren. Se había marchado como una constelación que cae en los confines del cielo. ¿Dónde estaba la reina de las montañas? ¿No sonaba un piano en el bosque, no gruñía a lo lejos el pequeño león desconfiado? ¿No había llevado ella un pañuelo azul en la cabeza? ¡Eh, viejo mundo, ten cuidado no te derrumbes! ¡Acá, bosque! ¡Hacia allí, montaña negra! ¡Mantened el compás! ¡Estrellas, sed azules y rojas como en la canción popular!; «¡Tus ojos rojos y tu boca azul!»

Era bonito pintar, pintar era un juego bonito y agradable para niños buenos. Era distinto, difícil y más pesado, dirigir las estrellas, el compás de la propia sangre, seguir los círculos de colores de la propia retina en el mundo, hacer que vibre la propia alma al viento de la noche. ¡Basta contigo, montaña negra! ¡Conviértete en nube, vuela a Persia, llueve en Uganda! ¡Ven, espíritu de Shakespeare, cántanos tu ebria canción burlesca de la lluvia que cae cada día!

Klingsor besó una pequeña mano de mujer, se recostó sobre un delicioso seno femenino que respiraba. Debajo de la mesa un pie jugaba con el suyo. No sabía ni qué mano, ni qué pie, sintió cariño a su alrededor, nuevamente sintió viejos encantos y lo agradeció, aún era joven, aún estaba lejos del final, de él aún emanaba resplandor y seducción, ellas aún le amaban, las buenas mujercitas tímidas aún contaban con él.

Él seguía floreciendo. Con voz baja, cantarina, empezó a contar una prodigiosa epopeya, la historia de un amor, o mejor dicho de un viaje a los Mares del Sur, donde en compañía de Gauguin y de Robinson había descubierto la isla del Papagayo y había fundado el estado libre de la isla afortunada. ¡Cómo habían brillado los mil papagayos a la luz de la tarde, cómo habían reflejado sus azules colas en la bahía verde! Sus gritos y el grito plurivocal del gran mono le saludaron como un trueno, a él, a Klingsor, cuando proclamó su estado libre. Le había encargado al blanco Kakadu la construcción de un baño, y con el gruñón cálao había bebido vino de palma en pesadas copas de coco. ¡Oh, luna de antaño, luna de las noches felices, luna sobre la cabaña de estacas en el cañaver! Ella se llamaba Kül Kalüa, la tímida princesa morena, esbelta y de largas articulaciones; andaba por el bosque de bananeros, brillante como la miel, bajo el succulento techo de las hojas gigantes, con ojos de corza en el suave rostro, ardor de gata en la espalda fuerte y flexible, salto de gata en el tobillo elástico y en la pierna nervuda. Kül Kalüa, niña, pasión antigua e inocencia infantil del sagrado Sudeste, mil noches te tumbaste sobre el pecho de Klingsor, y cada una de ellas era nueva, era más íntima, más dulce que todas las anteriores. ¡Oh, fiesta del genio de la tierra, en la que bailaba ante el Dios la doncella de la isla del Papagayo!

Sobre la isla, sobre Robinson y Klingsor, sobre la historia y los oyentes se abovedaba la blanca noche de estrellas, la montaña se hinchaba, como un vientre y un pecho que respiran suavemente, bajo los árboles, las casas y los pies de los hombres; la húmeda luna bailaba con delirios sobre el hemisferio del cielo secundada por las estrellas en la silenciosa danza salvaje. Hileras de estrellas estaban ensartadas, como resplandeciente cuerda del funicular hacia el paraíso. El bosque primitivo se

oscurecía maternalmente, el fango del antiguo mundo respiraba decadencia y procreación, la serpiente y el cocodrilo se deslizaban, se desbordaba el torrente de creaciones.

—Volveré a pintar —dijo Klingsor— mañana mismo. Pero no estas casas, esta gente y estos árboles. Pintaré cocodrilos y estrellas de mar, dragones y culebras color púrpura, y todo en evolución, en transformación, ansioso de convertirse en persona, ansioso de ser estrella, lleno de nacimiento, lleno de descomposición, lleno de Dios y de muerte.

En medio de sus suaves palabras y a lo largo de las ebrias y revueltas horas sonaba la voz profunda y clara de Ersilia, cantaba tranquilamente para sí misma la canción del bel mazzo di fiori. De su canción emanaba paz. Klingsor la oía como si estuviera en una isla lejana, flotando en el mar, más allá del tiempo y de la soledad. Puso su jarra de vino vacía boca abajo, no volvió a llenarla. Escuchó. Un niño cantaba. Una madre cantaba. ¿Qué era uno, un tipo perdido y malvado, bañado en el fango del mundo, un vagabundo y carroña, o era un niño pequeño y tonto?

—Ersilia —dijo con respeto—, eres nuestra estrella.

Agarrándose a ramas y raíces, atravesaron cuesta arriba el escarpado bosque en tinieblas y reaparecieron más lejos buscando el camino de regreso. Habían llegado a la linde del bosque, habían entrado en el campo, el estrecho camino por el maizal olía a noche y a regreso, la mirada de la luna se reflejaba en la hoja de maíz, huyendo a través de hileras de vid. Ahora cantaba Klingsor, en voz baja, cálidamente, cantaba mucho, en alemán y en malayo, con y sin palabras. En su suave cantar derramaba abundancia acumulada, igual como una pared sombreada a la tarde esparce la luz que ha recogido durante el día.

Aquí se despidió uno de los amigos, y allí otro, desvaneciéndose por el pequeño sendero a la sombra de la vid. Cada uno iba por su lado, cada uno existía para sí mismo, cada uno buscaba el regreso, cada uno estaba solo bajo el cielo. Una mujer besó a Klingsor al darle las buenas noches, su boca aspiró ardientemente en la de él. Giraban, se fundían todos. Cuando Klingsor subió solo la escalera hacia su casa, aún seguía cantando. Cantaba y alababa a Dios y a sí mismo, ensalzaba a Li Tai Pe y ensalzaba el buen vino de Pampambio. Como un ídolo, descansó sobre las nubes de la afirmación.

—Por dentro —cantaba— soy como una bola de oro, como la cúpula de una catedral, en la que uno está de rodillas, reza. Dios irradia desde la pared, en otra imagen sangra el Salvador, sangra el corazón de María. Nosotros también sangramos, nosotros los demás, nosotros los extraviados, nosotros estrellas y cometas, siete y catorce espadas atraviesan nuestro pecho feliz. Te quiero a ti, mujer rubia y morena, quiero a todos, incluso a los filisteos; sois pobres diablos como yo, sois pobres niños, semidioses impertinentes como el borracho Klingsor. ¡Salve, querida vida! ¡Salve, querida muerte!

Klingsor a Edith

Querida estrella del cielo de verano:

¡Qué bien me has escrito y con cuánta razón! Tu amor me llama con dolor, como una eterna pena, como un eterno reproche. Pero vas por buen camino sí me confiesas a mí y a ti misma cada sensación de tu corazón. ¡No califiques ningún sentimiento de pequeño, de indigno! Todos son buenos, muy buenos, incluso la envidia, incluso los celos, incluso la crueldad. Nosotros sólo vivimos de nuestros pobres, bellos y magníficos sentimientos, Y cada vez que somos injustos con algo, apagamos una estrella.

No sé si amo a Gina. Lo dudo. No haría ningún sacrificio por ella. Después de todo no sé si puedo amar. Puedo desear y puedo buscarme en las demás personas, sondear en busca de eco, ansiar un espejo, puedo buscar placer, y todo ello puede parecer amor.

Nosotros dos, tú y yo, vamos por el mismo laberinto, por el jardín de nuestros sentimientos, que, en este desagradable mundo, se han quedado insatisfechos. Y cada uno a su manera nos vengamos de ello en el horrible mundo. Pero queremos realizar alguno de los sueños, porque sabemos cuán rojo y dulce sabe el vino del sueño.

Sólo ven claramente sus sentimientos y la «trascendencia» y consecuencia de su actuación las personas buenas, seguras, que creen en la vida y que no dan ningún paso que no puedan seguir aprobando mañana y pasado mañana. Yo no tengo la suerte de contarme entre ellas. Siento y actúo como alguien que no cree en el mañana y que considera cada día como el último.

Querida y esbelta mujer, intento sin fortuna expresar mis pensamientos. ¡Son siempre tan muertos los pensamientos que se expresan! ¡Dejémosles vivir! Noto profundamente, y te lo agradezco, que me comprendes, que algo en ti me es afín. No sé cómo se puede anotar esto en el libro de la vida, no sé si nuestros sentimientos: amor, voluptuosidad, gratitud, compasión, son maternos o infantiles. A veces considero a las mujeres como viejas libertinas expertas, y otras veces como muchachuelas. A veces me seduce con más fuerza la mujer más inocente, otras veces la más lasciva. Todo lo que debo amar es bello, es sagrado, es infinitamente bueno. No se puede medir el porqué, cuánto tiempo, ni en qué medida.

No te quiero sólo a ti, tú lo sabes, ni tampoco quiero sólo a Gina; mañana y pasado mañana querré otras imágenes, pintaré otras imágenes. Pero no me arrepentiré de ningún amor que haya sentido, ni de ninguna sabiduría o tontería que haya cometido por su causa. A ti te quiero quizá porque te pareces a mí. A otras las quiero porque son tan distintas de mí.

Es tarde, la luna está sobre el Salute. ¡Cómo ríe la vida, cómo ríe la muerte! Arroja esta tonta carta al fuego y arroja al fuego

a tu Klingsor.

La Música del Ocaso

Había llegado el último día de julio; el mes favorito de Klingsor. La gran época festiva de Li Tai Pe se había gastado, no volvería jamás; los girasoles chillaban en el jardín, dorados en el azul. Junto con el fiel Thu Fu, este día Klingsor peregrinó por un rincón que le gustaba, arrabales abrasados, calles polvorientas bajo altas arboledas, chozas pintadas de rojo y naranja en la orilla arenosa, camiones y cargadores de barcos, largos muros violeta, gente pobre y multicolor. Aquella tarde se sentó en el polvo en las afueras de un arrabal y pintó los toldos de colores y los carros de un tiovivo; estuvo sentado en cuclillas, en el bordillo de la acera, ante un campo tostado, sin árboles, y se sintió arrastrado por los fuertes colores de los toldos. Se agarró firmemente al lila desteñido de la franja de un toldo, al verde y rojo de los pesados carros vivienda, a los armazones pintados en blanco y azul. Hurgó furiosamente en el cadmio, salvajemente en el fresco y suave cobalto; trazó las rayas de color granza sobre el cielo amarillo y verde. Otra hora más, o quizá menos, y se terminaría, llegaría la noche. Y mañana ya empezaba agosto, el mes ardiente y febril que mezcla en su copa tanto temor a la muerte y tanta angustia. La guadaña estaba afilada, los días declinaban, la muerte reía escondida en el oscuro follaje. ¡Cadmio, suena y resuena fuerte! ¡Vanagloriate en voz alta, exuberante granza! ¡Ríe con fuerza, amarillo limón! ¡Vamos, montaña azul oscuro de la lejanía! ¡Junto a mi corazón vosotros, extenuados árboles gris-verde! ¡Qué cansados estáis, cómo dejáis caer vuestras ramas rendidas y dóciles! ¡Y yo os bebo, fantasmas propicios, finjo ante vosotros duración e inmortalidad, yo, el más perecedero, el más incrédulo, el más triste, que teme más que todos vosotros a la muerte! Julio se ha consumido, pronto se consumirá agosto; de repente en una mañana llena de rocío el gran espectro nos hará temblar al salir del amarillo follaje. De repente noviembre barrerá el bosque. De pronto el gran espectro reirá, de pronto se nos helará el corazón, de pronto se nos caerá de los huesos la querida carne rosada, el chacal aullará en el desierto, el ronco alimoche cantará su maléfica canción. Una maldita hoja de la gran ciudad traerá mi fotografía y debajo estará escrito: «Excelente pintor, expresionista, gran colorista, murió el día dieciséis de este mes.»

Lleno de odio, trazó un surco de azul de París entre los verdes carros de los gitanos. Lleno de rencor trazó un borde amarillo cromo sobre el recantón. Lleno de profunda desesperación puso bermellón en un punto vacío, exterminó el blanco retador, luchó por la continuación hasta sangrar; con verde claro y amarillo de Nápoles clamó al Dios inexorable. Gimiendo, arrojó más azul en el insípido verde polvo; suplicante, encendió luces interiores en el cielo vespertino. La pequeña paleta llena de colores limpios, sin mezcla, extraordinariamente luminosos, era su consuelo, su torre, su arsenal, su breviario, su cañón que dispararía después de su mala muerte. El púrpura era la negación de la muerte, el bermellón era la mofa de la putrefacción. Su arsenal era bueno, su pequeña y valiente tropa estaba reluciente, los

rápidos disparos de sus cañones resonaban brillantemente. No había remedio, todo disparo era en vano, pero, sin embargo, disparar era bueno, era dicha y consuelo, era vida aún, era aún triunfo.

Thu Fu había ido a visitar a un amigo que vivía allí, entre la fábrica y el embarcadero, en su castillo encantado. Vino y trajo consigo al astrólogo armenio.

Klingsor, con el cuadro terminado, respiró profundamente cuando vio a su lado los dos rostros, el buen pelo rubio de Thu Fu, la barba negra y la boca sonriente con dientes blancos del mago. Con ellos vino también la sombra, larga y oscura, con los ojos muy retraídos en las profundas cavidades. ¡Bien venido seas tú también, sombra querida!

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó Klingsor a su amigo.

—El último día de julio, ya lo sé.

—Hoy he hecho un horóscopo —dijo el armenio— y he visto que esta tarde me traerá alguna cosa. Saturno está inquietante, Marte neutral, Júpiter domina. Li Tai Pe, ¿no nació usted en julio?

—Nací el dos de julio.

—Lo pensaba. Sus estrellas están confusas, amigo mío, sólo usted mismo puede aclararlas. Le rodea la fertilidad como una nube que está a punto de reventar. Extrañas están sus estrellas, Klingsor, usted debe notarlo.

Li recogió sus utensilios. El mundo que había pintado estaba apagado, apagado el cielo amarillo y verde, ahogada la bandera azul claro, asesinado y marchito el hermoso amarillo. Estaba hambriento y sediento, tenía la garganta llena de polvo.

—Amigos —dijo afectuosamente—, pasemos juntos esta tarde. Ya no volveremos a estar reunidos los cuatro; no lo leo en las estrellas, está escrito en mi corazón. Mi luna de julio ha pasado, sus últimas horas arden oscuras, en la profundidad llama la gran madre. Nunca el mundo fue tan bello, nunca uno de mis cuadros fue tan hermoso; relampaguea, suena la música del ocaso. Queremos cantar a coro la dulce música angustiosa, vamos a estar aquí reunidos, beber vino y comer pan.

Junto al tiovivo, cuyo toldo había sido retirado y el artilugio preparado para la noche, había una pequeña taberna a la sombra: unas mesas bajo los árboles y una criada coja que servía. Se quedaron aquí. Se sentaron en una mesa de madera, se trajo pan y se escanció vino en las tazas de arcilla. Bajo los árboles ardían luces, más allá empezó a sonar el organillo del tiovivo, con violencia lanzaba su estridente música en medio de la noche.

—Hoy quisiera vaciar trescientas copas —gritó Li Tai Pe y brindó con la sombra—. ¡Salve, sombra, constante soldado de plomo! ¡Salve, amigos! ¡Salve, luces eléctricas, focos y resplandecientes lentejuelas del tiovivo! ¡Ojalá estuviera aquí Louis, el pájaro fugaz! Quizá ya está en el cielo volando hacia nosotros. Quizá vuelva mañana, el viejo chacal, y ya no nos encuentre y ría y plante luces y astas de bandera sobre nuestra tumba.

Callado, el mago fue y trajo más vino; sus dientes blancos sonreían alegremente en su boca roja.

—La melancolía —dijo lanzando una mirada a Klingsor— es una cosa que uno no debería llevar consigo. Es tan fácil, es cuestión de una hora, una hora escasa, pero intensiva, con los dientes apretados, luego uno ha terminado con la melancolía para siempre.

Klingsor miraba atentamente su boca, sus dientes claros y brillantes que en una hora ardiente habían ahogado y mordido la melancolía. ¿También él podía hacer lo que había podido hacer el astrólogo? ¡Oh, dulce y corta mirada a jardines lejanos: vida sin miedo, vida sin melancolía! Sabía que estos jardines le eran inaccesibles. Sabía que le estaba determinada otra cosa, que Saturno le miraba de otra manera, que Dios quería cantar otras canciones en sus cuerdas.

—Cada uno tiene sus estrellas —dijo Klingsor lentamente—, cada uno tiene su creencia. Yo sólo creo en una cosa: en el ocaso. Vamos en coche sobre el precipicio y los caballos se han asustado. Estamos en el ocaso, todos nosotros, debemos morir, debemos volver a nacer, para nosotros ha llegado el gran viraje. Por doquier es igual; la gran guerra, la gran transformación en el arte, la gran derrota de los estados del oeste. En nuestra vieja Europa ha muerto todo lo que era bueno para nosotros y nos pertenecía; nuestro buen juicio se ha convertido en equivocación, nuestro dinero es papel, nuestras máquinas ya sólo pueden disparar y explotar, nuestro arte es suicidio. Vamos hacia abajo, amigos, así está determinado, el tono de Tsing Tse es bueno.

El armenio sirvió vino.

—Como usted quiera —dijo—. Uno puede decir que sí y puede decir que no, es un simple juego de niños. La caída es algo que no existe. Para que hubiera caída y subida tendría que haber abajo y arriba. Pero abajo y arriba no existen, sólo están en el cerebro del hombre, en el país de las ilusiones. Todos los antagonismos son ilusiones: blanco y negro es una ilusión, muerte y vida es una ilusión, bueno y malo es una ilusión. Es cuestión de una hora, una hora ardiente con los dientes apretados y uno ha vencido al reino de las ilusiones.

Klingsor escuchó su buena voz.

—Yo hablo de nosotros —contestó—, hablo de Europa, de nuestra vieja Europa que durante dos mil años creyó ser el cerebro del mundo. Esto se hunde. ¿Crees que no te conozco, mago? Eres un enviado de Oriente, un enviado a mí también, quizás un espía, quizás un general disfrazado. Estás aquí porque aquí empieza el fin, porque presientes aquí la caída. Pero nosotros nos hundimos con gusto, sabes, nos morimos con gusto, no oponemos resistencia.

—También puedes decir: con gusto volveremos a nacer —rió el asiático—. A ti te parece ocaso, a mí quizá me parece nacimiento. Ambas cosas son ilusión. El hombre que cree en la tierra como en el disco fijo bajo el cielo, ve y cree ascensión y caída. ¡Y casi todos los hombres creen en el disco fijo! Las mismas estrellas no conocen encima ni debajo.

—¿No han caído estrellas? —exclamó Thu Fu.

—Para nosotros, para nuestros ojos.

Llenó las tazas, siempre escanciaba él, era servicial y además sonreía. Se fue con la jarra vacía a buscar más vino. La música del tiovivo sonaba estridente.

—Vayamos al otro lado, es tan bonito —pidió Thu Fu, y allí fueron, estuvieron junto a las pintadas barreras, en el

brillo punzante de lentejuelas y de espejos vieron girar con brío el tiovivo, vieron a cien niños con los ojos ávidos de brillo. Por un momento Klingsor sintió profunda y alegremente lo primitivo de esta máquina que gira, de esta música mecánica, de estas imágenes y colores llamativos y salvajes; espejos y columnas de adorno, todo tenía los rasgos de curandero y chamán, de magia y antiquísima ratonera, y en el fondo todo el brillo brutal y salvaje no era más que el brillo brusco de la cuchara de hojalata, que el lucio toma por un pececillo, que le atrae y engaña.

Todos los niños tenían que ir en el tiovivo. Thu Fu dio dinero a todos los niños, la sombra invitó a todos los niños. Les rodearon en grupos, se colgaron de ellos, les suplicaron, les agradecieron. Una muchacha rubia y bonita, de doce años, a la que le daban todo, dirigía cada vuelta. Al resplandor de las luces su corta falda ondeaba graciosamente alrededor de sus bellas piernas de adolescente. Un chico lloraba. Unos muchachos se peleaban. Los platillos chocaban junto al órgano, echaban fuego al compás, opio al vino. Los cuatro permanecieron largo rato en el tumulto.

Luego volvieron a sentarse bajo el árbol, el armenio sirvió vino en las tazas, alimentaba el ocaso, sonreía vivamente.

—Hoy vamos a vaciar trescientas copas —cantaba Klingsor; su cráneo quemado brillaba moreno, sus carcajadas resonaban fuertes. La melancolía postró un gigante sobre su estremecido corazón. Brindó, ensalzó el ocaso, el querer morir, el tono de Tsing Tse. La música del tiovivo resonaba con estrépito. Pero dentro de su corazón yacía el miedo, el corazón no quería morir, el corazón odiaba la muerte.

De pronto sonó una segunda música furiosa en la noche, estridente, impetuosa, que procedía de la casa. En la planta baja, junto a la chimenea, cuya cornisa estaba llena de botellas de vino bien colocadas, restallaba un piano mecánico, una ametralladora, brutal, precipitada, infernal. Desde tonos desafinados gritaba la pena; el ritmo agobiaba con la pesada apisonadora de sus disonancias gimientes. El pueblo estaba allí, luz, ruido, los mozos y las muchachas bailaban, también la criada coja, también Thu Fu. Bailaba con la muchachita rubia, Klingsor miraba como su corto vestido de verano ondeaba ligera y graciosamente alrededor de sus delgadas y bonitas piernas, el rostro de Thu Fu sonreía amablemente lleno de amor. En el rincón de la chimenea estaban sentados los otros, que habían regresado del jardín, cerca de la música, en medio del alboroto. Klingsor veía sonidos, oía colores. El mago cogió botellas de la chimenea, las abrió, las ofrecía. Su sonrisa avivaba su moreno rostro inteligente. La música retumbaba terriblemente en la sala baja. El armenio fue abriendo lentamente una brecha en la hilera de botellas viejas que había sobre la chimenea, como un ladrón de templos quita los utensilios del altar cáliz tras

cáliz.

—Eres un gran artista —susurró el astrólogo a Klingsor, mientras llenaba su taza—. Eres uno de los mayores artistas de esta época. Tienes razón de llamarte Li Tai Pe. Pero tú, Li Tai, eres una persona acosada y pobre, atormentada y angustiada. Has entonado la música del ocaso, estás sentado cantando en tu casa en llamas, que tú mismo has incendiado, y no te sientes bien así, Li Tai Pe, aunque vacíes cada día trescientas copas y brindes con la luna. No te sientes bien así, te duele mucho, cantor del ocaso. ¿No quieres detenerte? ¿No quieres vivir? ¿No quieres subsistir?

Klingsor bebió y le respondió susurrando con su voz algo ronca.

—¿Puede torcerse el destino? ¿Existe la libertad de la voluntad? ¿Puedes tú, astrólogo, cambiar la dirección de mis estrellas?

—Yo no puedo guiarlas, sólo interpretarlas. Sólo tú puedes guiarte a ti mismo. Existe la libertad de la voluntad. Se llama magia.

—¿Por qué debo cultivar la magia, si puedo cultivar el arte? ¿No es bueno el arte?

—Todo es bueno. Nada es bueno. La magia suprime las ilusiones. La magia suprime aquella pésima ilusión que nosotros llamamos «tiempo».

—¿No lo hace también el arte?

—Lo intenta. ¿Te basta tu julio pintado, que tienes en la carpeta? ¿Has suprimido el tiempo? ¿No temes el otoño, el invierno?

Klingsor suspiró y calló, bebió en silencio, en silencio el mago llenó su taza. El desenfrenado piano mecánico bramaba locamente, entre los bailarines flotaba el rostro angelical de Thu Fu. Julio se terminaba.

Klingsor jugaba con las botellas vacías sobre la mesa, las colocaba en círculo.

—Éstos son nuestros cañones —exclamó—, con estos cañones destrozamos el tiempo, destrozamos la muerte, destrozamos la miseria. Yo he disparado contra la muerte también con colores, con el verde ardiente, con el bermellón llamativo, con el dulce grana. Muchas veces la he alcanzado en el cráneo, la he cazado en los ojos, blanco y azul. A menudo la he ahuyentado. La volveré a encontrar, la venceré, la engañaré. Mira al armenio, vuelve a abrir otra botella y nos dispara el sol apresado el verano pasado en la sangre. El armenio también nos ayuda a matar a la muerte, el armenio tampoco conoce otra arma contra la muerte.

El mago trajo pan y comió.

—Contra la muerte no necesito ninguna arma, porque la muerte no existe. Pero existe una cosa: miedo a la muerte. Uno puede curarlo, contra él existe un arma. Es cosa de una hora dominar el miedo. Pero Li Tai Pe no quiere. Li ama la muerte, ama su miedo a la muerte, su melancolía, su miseria, sólo el miedo le ha enseñado todo lo que puede y todo lo que nos hace quererle.

Brindó con ironía, sus dientes relucían, su rostro estaba cada vez más alegre, parecía desconocer la pena. Nadie respondió. Klingsor disparó con el cañón de vino contra la muerte. Ante las puertas abiertas de la sala estaba la muerte, enorme, que hinchaban las personas, el vino y la música de baile. Enorme era la muerte delante de las puertas, se agitaba ligeramente junto a la acacia, acechaba en el jardín sombrío. Fuera todo estaba lleno de muerte, lleno de muerte, sólo aquí, en la estrecha y resonante sala, aún se luchaba, se luchaba magnífica y audazmente contra el negro asediador que lloriqueaba cerca de la ventana.

El mago miró irónicamente por encima de la mesa, irónicamente llenó las tazas. Klingsor ya había roto muchas tazas, pero él le daba cada vez otra nueva. El armenio también había bebido mucho, pero se mantenía erguido igual que Klingsor.

—¡Déjanos beber, Li! —se rió en voz baja—. Tú amas la muerte, te gusta caer, te gusta morir. ¿No lo dijiste así o estoy equivocado, o a mí y a ti mismo nos has engañado? ¡Déjanos beber, Li, déjanos caer!

La cólera invadió a Klingsor. Se levantó, estaba erguido, derecho, el viejo gavilán de cabeza afilada, escupió en el vino, arrojó al suelo su taza llena. El vino rojo salpicó la sala, los amigos palidieron, los extraños reían.

Callado y sonriente, el mago trajo una nueva taza, la llenó, sonriente, la ofreció a Li Tai. Li sonreía y él también. En su rostro desfigurado se deslizó la sonrisa como un rayo de luna.

—¡Muchachos —gritó—, dejad hablar a este forastero! Sabe muchas cosas, el viejo zorro, viene de un escondido y profundo vientre. Sabe mucho, pero no nos entiende. Es demasiado viejo para comprender a los niños. Es demasiado sabio para comprender a los locos. Nosotros, los mortales sabemos más de la muerte que él. Nosotros somos personas, no estrellas. ¡Mirad mi mano que sostiene una pequeña taza azul llena de vino! Puede mucho, esta mano, esta mano morena. Ha pintado con muchos pinceles, ha arrancado de las tinieblas nuevos pedazos de mundo, y los ha presentado a los hombres. Esta mano morena ha acariciado la barbilla de muchas mujeres, ha seducido a muchas muchachas; la han besado; sobre ella han caído lágrimas, Thu Fu le ha dedicado un poema. Esta querida mano, amigos, pronto estará llena de tierra y de gusanos, ninguno de vosotros la volverá a tocar. Bien, precisamente por esto la quiero. Quiero mi mano, quiero mis ojos, quiero mi blanco y tierno vientre, los quiero con pesar y con mofa y con gran ternura, porque todos ellos deben secarse y pudrirse tan pronto. ¡Sombra, oh tú, oscuro amigo, viejo soldado de plomo sobre la tumba de Andersen, también sucederá lo mismo contigo! ¡Brinda conmigo, nuestros queridos miembros y entrañas deben vivir!

Brindaron, la sombra sonrió tenebrosamente desde sus profundos ojos hundidos. Y súbitamente algo recorrió la sala, como un viento, como un espíritu. De improviso la música se había callado, de golpe, como si se hubiera extinguido; los bailarines se habían esparcido, tragados por la noche, y la mitad de las luces se habían apagado. Klingsor miró hacia las negras puertas. Fuera estaba la muerte. Él la veía. La olía. Como las gotas de lluvia en el follaje de la carretera, así olía la muerte.

Li apartó de su lado la taza, retiró la silla y salió lentamente de la sala, al oscuro jardín y más allá, en las tinieblas, bajo los relámpagos, solo. El corazón le pesaba en el pecho, como la losa sobre una tumba.

Anochecer de Agosto

Al atardecer llegó Klingsor muy cansado —había pintado toda la tarde al sol y al viento en Manuzzo y Veglia— al bosque sobre Veglia, a un pequeño y dormido Canvetto. Logró llamar a una anciana tabernera que le trajo una taza de arcilla llena de vino; se sentó sobre una cepa de nogal ante la puerta y deshizo la mochila, dentro encontró aún un pedazo de queso y algunas ciruelas, y tomó su cena. La anciana se sentó a su lado, blanca, encorvada y desdentada; arrugado cuello y ojos tranquilos. Contó la vida de su pueblo y de su familia, la guerra y la carestía y el estado de los campos, el vino y la leche y lo que cuestan; habló de los nietos muertos y de los hijos emigrados. Todas las épocas y constelaciones de esta pequeña vida campesina quedaban desplegadas clara y amablemente, ásperas en su pobre belleza, llenas de alegría y de preocupaciones, llenas de miedo y de vida. Klingsor comió, bebió, descansó, escuchó, preguntó por los niños y por los animales, por el cura y por el obispo, alabó con amabilidad el miserable vino, ofreció la última ciruela, dio la mano, deseó buenas noches y, apoyado en el bastón y cargado con la bolsa, siguió cuesta arriba, despacio, hacia el bosque, en busca de albergue.

Eran las doradas horas tardías, por doquier aún ardía la luz del día, la luna ya brillaba y los primeros murciélagos flotaban en el aire trémulo. La linde del bosque estaba iluminada por la última luz. Apacible. Claros troncos de castaños ante negras sombras. Una cabaña amarilla reflejaba suavemente la luz absorbida durante el día, ardía dulcemente como un topacio amarillo; los pequeños caminos, rosa y violeta, llevaban por campos, viñas y bosques, de vez en cuando alguna rama amarilla de acacia, el cielo occidental, dorado y verde, sobre los azules montes aterciopelados.

¡Oh, poder trabajar aún ahora, en el último cuarto de hora encantado del maduro día de verano que nunca volverá! ¡Qué indescriptible era todo, qué tranquilo, bueno y pródigo, qué lleno de Dios!

Klingsor se sentó en la fresca hierba, extendió mecánicamente la mano para coger el lápiz y dejó caerla sonriendo. Estaba muerto de cansancio. Sus dedos palpaban la hierba seca, la blanda tierra seca. ¡Cuánto faltaba aún para que se terminase este querido y excitante juego! ¡Cuánto tiempo aún para tener la mano y la boca y los ojos llenos de tierra! Aquel día Thu Fu le había enviado un poema que recordaba y lo dijo lentamente para sí:

*Del árbol de la vida
caen las hojas.*

*Una tras otra.
 ¡Oh, mundo multicolor y vacilante!
 ¡Cómo sacias y fatigas,
 cómo embriagas!
 Perderé pronto aquello que hoy aún brilla.
 El viento silbará sobre mi oscura tumba.
 La madre se inclina sobre el niño.
 Quiero ver sus ojos de nuevo,
 su mirada es mi estrella.
 Todo lo demás puede irse,
 desvanecerse.
 Todo muere,
 y muere de buen grado.
 Queda, sólo, la eterna madre,
 nuestro origen.
 Sus dedos juguetones escriben,
 en el aire,
 nuestro nombre. Fugaz.*

Así estaba bien. ¿Cuántas vidas, de las diez que poseía, le quedaban? ¿Tres? ¿Dos? En cualquier caso le quedaba más de una, más de una honrada y vulgar vida cosmopolita y burguesa. Había hecho mucho, había visto mucho, había pintado mucho papel y mucha tela, había despertado amor y odio en muchos corazones, había sido escándalo en el arte y en la vida; había sido un viento fresco en el mundo. Había amado a muchas mujeres, había destruido muchas tradiciones y cosas sagradas; había osado lo nuevo. Había vaciado muchas copas, aspirado un sinfín de días y noches estrelladas, había ardido bajo muchos soles, había nadado en muchas aguas. Y ahora estaba sentado aquí, en Italia, India o China. El caprichoso viento de estío movía la copa de los castaños. El mundo era bueno y perfecto. Ya no importaba si conseguiría pintar cien cuadros o diez; si viviría diez veranos o uno solo. Se había cansado. Cansado. Todo muere, todo muere de buen grado. ¡Querido Thu Fu!

Era hora de regresar a casa. Vacilaría en la habitación, recibiría el viento a través del balcón. Encendería la luz y desharía sus bocetos. El interior del bosque con mucho amarillo cromo y azul de China era, quizá, bueno. Alguna vez daría un cuadro. Ya era hora, pues, de levantarse.

Sin embargo, permaneció sentado, con el viento en el pelo, en la sucia y agitada chaqueta, con sonrisa y dolor en el corazón de la tarde. El viento soplaba suave y débil, suave y silenciosamente se tambaleaban los murciélagos en el pálido cielo. Todo muere, todo muere de buen grado. Sólo queda la eterna madre.

También podía dormir aquí, al menos una hora. Hacía calor. Puso la cabeza sobre la mochila y miró el cielo. ¡Qué bello es el mundo, cómo sacia y cansa!

Unos pasos resonaron en la montaña, fuertes. Suelas ligeras de madera. Entre helechos y retamas apareció una figura, una mujer. Los colores de su vestido no podían distinguirse. Se acercaba con paso rápido y regular. Klingsor se levantó de un salto y gritó buenas noches. Ella se asustó un poco y se detuvo. Él la vio de frente. La conocía, aunque no sabía de dónde. Era bonita y morena, sus firmes y bellos dientes brillaban con claridad.

—¡Caramba! —exclamó y le dio la mano. Sintió que algo le unía a esta mujer, algún pequeño recuerdo. —¿Nos conocemos?

—*Madonna!* ¡Usted es el pintor de Castagnetta! ¿Me ha reconocido?

Sí, ahora sabía. Era una campesina de Tavernne. Una vez, junto a su casa, en el ya sombrío y confuso pasado de este verano, había pintado durante algunas horas, había sacado agua de su pozo, había dormido una hora a la sombra de la higuera y, finalmente, había obtenido de ella un vaso de vino y un beso.

—No ha vuelto más —se quejó ella—. Y me lo había prometido. —En su voz profunda sonaban la travesura y la provocación. Klingsor respondió vivaz:

—¡Ecco, tanto mejor que hayas venido a mí! ¡Qué suerte tengo, precisamente ahora que estaba tan solo y triste!

—¿Triste? No diga mentiras, señor, usted bromea. No se le puede creer ni una palabra. Bien, debo seguir adelante.

—¡Oh! Entonces te acompaño.

—No es su camino ni es necesario. ¿Qué puede pasarme?

—A ti nada. A mí. Puede llegar alguien que te guste. Iría contigo y besaría tu querida boca, tu cuello y tu hermoso pecho, en lugar de hacerlo yo. No puede ser.

Había puesto la mano alrededor de su nuca y ya no la soltó.

—¡Estrella, mi pequeña! ¡Tesoro! ¡Mi pequeña y dulce ciruela! Muérdeme o te como yo.

Besó a la mujer en la boca fuerte y abierta. Se inclinaba hacia atrás. Forcejeaba, pero cedió. Rió, intentó liberarse. Sacudió la cabeza. La mantenía junto a él, su boca sobre la de ella, su mano en su pecho. Su pelo olía, como el verano, a heno, a retama, a helecho, a zarzamora. Un momento, al tomar aliento a fondo, levantó la cabeza y vio que en el cielo brillaba la primera estrella, pequeña y blanca. La mujer calló, su rostro estaba serio, suspiró, puso su mano sobre la de él y la apretó fuertemente contra su pecho. Él se inclinó suavemente y apretó el brazo en las corvas, que ya no continuaron resistiendo. La acostó en la hierba.

—¿Me has amado? —preguntó ella, como una muchachita—. Povera me!

Bebieron la copa, el viento pasaba sobre su cabello y se llevaba su aliento.

Antes de despedirse buscó en la mochila, en los bolsillos de su chaqueta, algo que regalarle. Encontró una pequeña tabaquera de plata, aún medio llena de tabaco. La vació y se la dio.

—¡No se trata de ningún regalo, evidentemente! —aseguró él—. Sólo un recuerdo para que no me olvides.

—Yo no te olvido —dijo ella—. ¿Volverás?

Se entristeció. La besó en los dos ojos, con lentitud.

—Volveré —dijo.

Durante un rato oyó, inmóvil, resonar sus pasos sobre suelas de madera, monte abajo, sobre la pradera, a través del bosque, sobre la tierra, la roca, el follaje, las raíces. Se había marchado. El bosque, en la noche, era negro. El viento soplaba tibio sobre la tierra apagada. Alguna cosa, tal vez un hongo, tal vez un helecho mustio, olía fuerte y amargamente a otoño.

Klingsor no podía decidirse a regresar. ¿Para qué subir la montaña, para qué ir a su habitación con todos los cuadros? Se estiró en la hierba y miró las estrellas y, finalmente, se durmió. Avanzada la noche, el grito de un animal o un golpe de viento o el frío rocío le despertó. Subió a Castagnetta, encontró su casa, su puerta, su habitación. Había cartas y flores. Habían venido amigos de visita.

Estaba muy cansado; a pesar de ello, según la vieja y tenaz costumbre, deshizo sus cosas, miró sus bocetos a la luz de la lámpara. El interior del bosque era hermoso, la hierba y la roca resplandecían frescas y deliciosas como una cámara del tesoro, oscura pero atravesada por un rayo de luz. Había sido una buena idea trabajar sólo con el amarillo cromo, el naranja y el azul y dejar el verde cinabrio. Miró la hoja durante mucho rato.

Pero ¿para qué? ¿Para qué todas las hojas llenas de color? ¿Para qué todo el esfuerzo, todo el sudor, todo el corto y ebrio afán de crear? ¿Había salvación? ¿Había tranquilidad? ¿Había paz?

Extenuado, casi desnudo, se hundió en la cama, apagó la luz, intentó dormir y susurró para sí los versos de Thu Fu:

El viento silbará sobre mi oscura tumba.

klingsor Escribe a Louis el Cruel

Caro Luigi! Hace mucho tiempo que ya no se oye tu voz. ¿Vives aún a la luz? ¿Roe el buitre tu osamenta?

¿Has hurgado alguna vez con una aguja de hacer media en un reloj de pared parado? Yo lo hice una vez y he comprobado que de repente la maquinaria estuvo poseída por el demonio. El tiempo rechinó, las

manecillas hacían carreras alrededor de la esfera, con un ruido lúgubre giraban locamente, prestissimo, hasta que todo se interrumpió bruscamente y el reloj entregó el alma. Exactamente igual nos sucede aquí: el sol y la luna corren acosados como corredores de Amor; los días se suceden rápidamente, el tiempo se escapa como por un agujero. Afortunadamente el final también será repentino y este mundo ebrio se extinguirá en lugar de caer en un compás burgués.

Estos últimos días he estado demasiado ocupado para que pudiera pensar algo (¡qué cómico suena, sin embargo, cuando uno dice una frase como ésta: «para que pudiera pensar algo»!). Pero por la tarde te encuentro a faltar. Entonces suelo sentarme en cualquier parte del bosque, en una de las muchas bodegas, y bebo el querido vino tinto que, en realidad, la mayoría de las veces no es bueno, pero que, sin embargo, ayuda a soportar la vida y estimula el sueño. Algunas veces me he dormido incluso en la mesa, en el Grotto, en medio de las risas de la gente del país. He comprobado que no siempre se está tan mal con mi neurastenia. A veces hay amigos y muchachas y empleo mis dedos en plastificar miembros femeninos. Se habla de sombreros y de tacones. Y de arte. A veces se logra alcanzar una buena temperatura, entonces gritamos y reímos toda la noche y la gente se alegra de que Klingsor sea tan calavera. Hay aquí una mujer muy guapa. Cada vez que la veo me pregunta por ti.

El arte que ambos cultivamos depende, como diría un profesor, cada vez más estrechamente del objeto (estaría bien hacer jeroglíficos). Nosotros seguimos pintando, aunque con escritura un tanto libre, bastante excitante para el burgués, las cosas de la «realidad»: personas, árboles, ferias, trenes, paisajes. Con ello nos sujetamos aún a los convencionalismos. «Reales» llama el burgués a las cosas que todos o unos pocos perciben y describen. Tengo la intención, tan pronto como haya pasado este verano, de pintar durante cierto tiempo sólo fantasías, sobre todo sueños. Con ello sucederá, en parte, algo que te es grato; será locamente divertido y maravilloso, como en la historia de Collofino, el cazador de liebres de la catedral de Colonia. Si notara también que el suelo pierde consistencia bajo mis pies y que ya no ansío los años y las acciones futuras, quisiera todavía asir, para siempre, algunos cohetes de este mundo. Un comprador de cuadros me escribió hace poco que veía con admiración cómo en mis últimos trabajos yo experimentaba una segunda juventud. Algo de esto es cierto. Me parece que en realidad sólo este año he empezado a pintar. Pero lo que experimento, más que una primavera es una explosión. Es asombroso ver cuánta dinamita hay todavía en mí. La dinamita no se ha hecho para arder en una cocina.

Querido Louis, muchas veces me he alegrado, en secreto, de que seamos dos viejos libertinos tan conmovedoramente pudorosos y que nos guste tirarnos mutuamente los platos a la cabeza cuando alguno deja traslucir sus sentimientos. ¡Que siga así, viejo erizo!

Estos días hemos celebrado en aquel Grotto, junto a Barengo, una fiesta con pan y vino. Nuestro canto sonó espléndido en el alto bosque, a medianoche. Las antiguas canciones romanas. Se necesita tan poco para ser feliz cuando uno se hace viejo y empieza a sentir frío en los pies: de ocho a diez horas de trabajo al día, un litro de Piamontés, media libra de pan, un Virginia, un par de amigas y, por supuesto, calor y buen tiempo. Nosotros lo tenemos, el sol funciona excelentemente, mi cráneo está tostado como el de una momia.

Muchos días tengo la sensación de que mi vida y mi trabajo acaban de empezar, pero otras veces tengo la sensación de que he trabajado duramente ochenta años y que tengo derecho al descanso, a la fiesta. Todos llegamos un día al fin, Louis, también yo, también tú. Sabe Dios lo que te estoy escribiendo. Se me nota algo indispuerto. Son hipocondrías, tengo mucho dolor en los ojos. A veces me persigue el recuerdo de un trabajo que leí hace años sobre desprendimiento de retina.

Si miro hacia abajo desde mi balcón, que tú conoces, entonces me resulta evidente que aún debemos seguir activos durante un buen tiempo. El mundo es indeciblemente bonito y diverso desde este alto balcón verde. Resuena noche y día, me grita y me llama, y siempre salgo corriendo y le arrebato un pedazo, un pedazo diminuto. El verde paisaje de aquí, con el seco verano, se ha hecho extraordinariamente luminoso y rojizo; nunca hubiera pensado que volvería a utilizar el rojo inglés y el siena. Se aproxima el otoño, rastrojeras, vendimia, cosecha del maíz, bosques rojos. De nuevo voy a participar en todo esto, día a día, y a pintar un centenar de estudios. Pero luego, siento que haré camino hacia dentro y de nuevo, como hice cuando era joven, pintaré exclusivamente del recuerdo y de la fantasía, haré historias y tramaré sueños. Debo hacerlo.

Un gran pintor parisiense a quien un joven artista le pedía consejo, le dijo: «Joven, si quiere ser un pintor no olvide que ante todo debe comer bien. En segundo lugar es importante la digestión. ¡Procure tener una evacuación regular! Y en tercer lugar: ¡tenga siempre una bonita amiga!» Sí, debería suponerse que yo he aprendido estos principios del arte y que, aquí, apenas pueden faltarme. Pero este año, ¡caramba!, ni estas simples cosas me van bien. Como poco y mal, muchas veces sólo pan en todo el día, a veces estoy preocupado con mi estómago (te lo digo a ti, ¡la cosa más inútil que puede preocuparle a uno!) y tampoco tengo una verdadera amiga, sino que me dedico a cuatro o cinco mujeres. Estoy por igual agotado y hambriento. Le falta algo al reloj y desde que hurgué con la aguja vuelve a correr realmente, pero rápido como el demonio, y rechina de modo extraño! ¡Qué fácil es la vida cuando se está sano! Nunca has recibido una carta larga de mí, excepto quizás en la época en que discutíamos sobre las paletas. Quiero terminar, son cerca de las cinco, empieza la luz bella. Te saluda tu

Klingsor.

Posdata:

Me acuerdo de que te gustaría tener un pequeño cuadro mío, el más chino, el que hice con la choza, el camino rojo, los árboles dentados de color verde veronés y con la lejana ciudad de juguete al fondo. Ahora no puedo enviártelo, ni sé tan sólo dónde estás. Pero te pertenece. En todo caso quería decírtelo.

Klingsor Envía un Poema a su Amigo Thu Fu (De los Días en que Pintaba su Autorretrato)

*Estoy sentado, de noche, en el bosquecillo.
Al viento.
El otoño corroe la rama que canta.
El tabernero, gruñendo, corre a la bodega
a llenar mi botella vacía.*

*Mañana, mañana me despellejará la pálida muerte.
Su guadaña chirriante en mi roja carne.
Sé desde hace tiempo que está al acecho,
feroz enemigo.
Canto durante la noche, para burlarme de ella.
Baluzco mi ebria canción en el bosque cansado.
Para reírme de su amenaza
canto y bebo.*

*Mucho hice y sufrí, viajero de largo camino.
Al anochecer me siento, bebo y espero inquieto
a que la reluciente hoz
separe la cabeza del corazón palpitante.*

El Autorretrato

Los primeros días de setiembre, después de muchas semanas de un sol inusualmente ardiente y seco, llovió. Klingsor pintó en la sala de altas ventanas de su palazzo en Castagnetta su autorretrato, que hoy está expuesto en Frankfurt.

Este bello cuadro, terrible y, a la vez, encantador, su última obra realizada totalmente, se sitúa al final de su creación de aquel verano, al final de una época de trabajo enormemente ardiente, delirante, como su punto culminante, su coronación. A muchos les ha extrañado que todos los conocidos de

Klingsor le reconocieran en seguida y sin ninguna duda, a pesar de que jamás un retrato ha estado tan alejado de todo parecido naturalista.

Como todas las obras tardías de Klingsor, este autorretrato podía mirarse desde distintos puntos de vista. Para algunos, especialmente para los que no conocían al pintor, el cuadro es ante todo un concierto de colores, un maravilloso tapiz, equilibrado, tranquilo y noble a pesar del colorido. Otros ven en él el último intento, audaz y desesperado, de liberarse de lo concreto: un rostro pintado como un paisaje, los cabellos recuerdan follaje e hileras de árboles, las cuencas de los ojos grietas en las rocas. Dicen que el cuadro recuerda la naturaleza, como algunas lomas recuerdan la cara de un hombre, como algunos troncos de árbol recuerdan manos y brazos humanos, de lejos, como una alegoría. Muchos, sin embargo, por el contrario, sólo ven en esta obra el objeto, el rostro de Klingsor, descompuesto e interpretado por él mismo con inexorable psicología; una gigantesca confesión, una confesión sin miramientos, a gritos, que conmociona, sacude. Otros, entre los que se encuentran algunos de sus más acerbos críticos, ven en este cuadro precisamente un producto, un indicio de la presunta locura de Klingsor. Comparan la cabeza del cuadro con el original, en fotografía, y encuentran en la deformación y exageración de las formas elementos negroides, degenerados, atávicos, bestiales. Muchos de estos críticos destacan lo fantástico, fetichista de este cuadro, ven en él una forma de autoadmiración maniaca, una blasfemia y autoadoración, una forma de megalomanía religiosa. Todos estos puntos de vista y otros muchos son válidos.

Durante el tiempo que trabajó en este cuadro, Klingsor no salió, excepto de noche, para beber; comía sólo pan y fruta que le llevaba la patrona. No se afeitaba y tenía un aspecto terrible con sus hundidos ojos bajo la quemada frente. Pintaba sentado y de memoria; sólo de vez en cuando iba al espejo, grande, pasado de moda, colgado en la pared norte, con zarcillos de rosa pintados en ella. Sacudía la cabeza, abría los ojos, hacía una mueca.

Muchos, muchísimos rostros veía tras el rostro de Klingsor en el gran espejo entre los estúpidos zarcillos de rosas, muchos rostros pintaba en su cuadro: rostros de niño, dulces y asombrados, sueños de joven, llenos de ensueño y de ardor, burlones ojos de alcohólico, labios de sediento, de perseguido, de hombre que sufre, de buscador, de libertino, de enfant perdu. Construyó la cabeza de forma majestuosa y brutal, un ídolo de la selva virgen, un Jehová celoso, enamorado de él mismo, un espantajo, ante el cual se sacrificaba a hijos primogénitos y a mujeres jóvenes. Éstos eran algunos de sus rostros. También eran rostros del que cae, del que se hunde, del que acepta su declive: crecía musgo sobre su cráneo. Los viejos dientes estaban torcidos, la piel apergaminada y en las arrugas había costra y moho. Y esto precisamente es lo que algunos amigos prefieren del cuadro. Dicen: es el Hombre, ecce homo, cansado, ansioso, salvaje, infantil, hombre refinado de nuestra época tardía, el hombre europeo moribundo, que quiere morir; refinado por cada anhelo, enfermo por cada vicio, entusiasmado por la conciencia de su decadencia, preparado para todo progreso, maduro para cualquier retroceso, todo ardor y también todo fatiga, el destino y el dolor producen, como la morfina, veneno; aislado, socavado, vetusto, Fausto y Karamazov al mismo tiempo, animal y sabio, completamente desnudo, sin ambición, despojado, lleno de miedo infantil ante la muerte y lleno de cansada disposición para morir.

Y más allá, más al fondo, detrás de todos estos rostros dormían rostros más viejos, más profundos, más lejanos, prehumanos, animales, vegetales, pétreos, tal como el último hombre de la tierra recuerda, en el instante antes de la muerte, como en un sueño, todas las realizaciones de su tiempo pasado y de su juventud.

Klingsor vivía aquellos atormentados días como en trance. Por la noche se llenaba de vino y luego permanecía, con la vela en la mano, ante el espejo, observaba el rostro, el irónico y triste rostro del borracho. Una de aquellas tardes tenía en su casa una amante, sobre el diván del estudio. Mientras la abrazaba, desnuda, volvió su mirada al espejo. Vio junto al pelo de ella su desfigurado rostro, lleno de lujuria, de asco ante la lujuria, con ojos enrojecidos. Le dijo que volviera al día siguiente. Pero había captado la aversión y no volvió.

Por la noche dormía poco. Se despertaba a menudo, angustiado por alguna pesadilla, la cara sudorosa, salvaje y harto de vivir, saltaba de la cama al poco rato, se miraba de hito en hito en el espejo del armario, leía el desierto paisaje de estas destrozadas formas, sediento, lleno de odio, o sonriente, malicioso. Tuvo un sueño en el que se veía torturado, le clavaban agujas en los ojos, le

arrancaban la nariz con ganchos; dibujó la torturada cara, con las agujas en los ojos, a carbón, en la cubierta de un libro; después de su muerte encontramos este extraño trabajo. Atacado por una repentina neuralgia se dirigió encorvado a un silla, rió y gritó de dolor y puso su deformada cara ante el espejo, observó las contracciones, se mofó de las lágrimas.

Pintó en este cuadro no sólo su rostro, o sus mil rostros, sus ojos y labios, el corte crispado de su boca, las grietas de su frente, las expresivas manos, los dedos convulsos, el sarcasmo de la razón, la muerte en los ojos. Pintó, además, su vida, con esa escritura voluntariosa, llena, concisa y palpitante; pintó su amor, su fe, su duda. Pintó también grupos de mujeres desnudas, arrastradas por el viento como pájaros, víctimas propiciatorias del ídolo Klingsor, y un adolescente con rostro de suicida, lejanos templos y bosques, un viejo Dios barbudo, poderoso y necio, un pecho de mujer atravesado por un puñal, mariposas con rostros en las alas, y al final del cuadro, cerca del caos y de la muerte, un fantasma gris que clava un dardo pequeño como una aguja en el cerebro del propio Klingsor.

Después de haber pintado durante horas, la inquietud le dominaba, se movía sin tregua y trémulo por la habitación, las puertas se cerraban tras él, tiraba las botellas del armario, los libros de las estanterías, los manteles de las mesas, se tumbaba en el suelo, se asomaba a la ventana y aspiraba profundamente, buscaba otros dibujos y fotografías y llenaba el suelo, las mesas, la cama y las sillas de la habitación con papeles, cuadros, libros, cartas. Todo volaba caótico y triste cuando el viento y la lluvia entraban por la ventana. Encontró, en medio de tantas cosas, fotografías de su niñez, una fotografía de cuando tenía cuatro años, vestido con un claro traje de verano, con rubios cabellos y un dulce rostro. Encontró imágenes de sus padres, fotografías de sus novias de antaño. Todo le interesaba, le excitaba, le atormentaba, todo le arrastraba de un lado a otro, se apoderaba de todo para arrojarlo después, hasta que se estremecía de nuevo. Lo colgaba de su tabla de madera y seguía pintando. Abría profundos surcos en el terreno escabroso de su retrato, edificaba el amplio templo de su vida para expresar con fuerza la eternidad de su existencia, con sollozos su fragilidad, con afecto su cómica alegoría, con ironía su condena a la descomposición.

Se levantó otra vez de un salto, ciervo acosado, y corrió, con trote de cautivo, por su habitación. Le dominó la alegría y un profundo arrebató de creación como una húmeda y regocijadora tormenta, hasta que el dolor volvió a arrojarle al suelo y le tiró a la cara pedazos de su vida y de su arte. Rezó ante su cuadro y le escupió. Estaba loco como está loco todo creador. Pero en la locura de su creación hizo todo lo que su obra exigía, con una infalible lucidez, como un noctámbulo. Sintió, crédulo, que en esta cruel lucha por su retrato no sólo realizaba el rostro y el balance de un individuo, sino de lo humano, general y necesario. Sentía que estaba de nuevo ante un deber, ante el destino, y que todo el miedo, la huida, las náuseas y el vértigo que había sentido antes, eran sólo miedo y huida ante ese deber. No tuvo más miedo, no hubo huida ya, ahora sólo quedaba el marchar hacia delante, sólo impulso y acicate, victoria y muerte. Venció y se hundió, sufrió y rió, se abrió paso a mordiscos, mató y murió, dio a luz y nació.

Un pintor francés quiso visitarle, la patrona le condujo al vestíbulo, el desorden y la suciedad imperaban por doquier. Llegó Klingsor, colores en las mangas, colores en la cara, gris, sin afeitarse. Cruzó la habitación con largos pasos. El forastero le transmitió saludos de París y Ginebra, le expresó su admiración. Klingsor giraba por la habitación, no parecía oír. El forastero, perplejo, calló y empezó a marcharse, pero entonces Klingsor se le acercó, le

puso su mano llena de pintura en el hombro, le miró a los ojos.

—Gracias —dijo lentamente, con dificultad—, gracias, querido amigo. Trabajo, no puedo hablar. Se habla demasiado, siempre. No se enfade usted conmigo, salude a mis amigos, dígalos que les quiero.

Y desapareció de nuevo.

El cuadro lo colocó, al final de estos días atormentados, en la vacía cocina, que cerró. No lo enseñó nunca. Después se tomó unas pastillas de veronal y durmió un día y una noche sin parar. Después se lavó, se afeitó, se puso ropa limpia, fue a la ciudad y compró fruta y cigarrillos para regalárselos a Gina.

Siddhartha

El Hijo del Brahman

A la sombra de la casa, al sol de la orilla del río, junto a las barcas, a la sombra de los sauces, a la sombra de las higueras, creció Siddhartha, el hijo hermoso del brahmán, el joven Falke, junto con Govinda, su amigo, el hijo del brahmán. El sol quemó sus claras espaldas a la orilla del río, al bañarse, al hacer las abluciones sagradas, al realizar los sacrificios sagrados. Sus ojos negros se cubrían de sombras en el bosque, sagrado, en el juego infantil, escuchando los cantos de la madre, en los sacrificios divinos, en las lecciones de su padre, el sabio, en las conversaciones con los doctos. Hacía tiempo que Siddhartha tomaba parte en las conversaciones de los sabios, se ejercitaba en la polémica con Govinda en el arte de la meditación, en el servicio de la introspección. Ya comprendía la palabra de las palabras, para pronunciar silenciosamente el Om, pronunciarlo hacia afuera con la espiración, con alma concentrada, con la frente nimbada por el resplandor de los espíritus que piensan con diafanidad. Ya comprendía en el interior de su alma las enseñanzas de Atman, indestructible, unido al universo.

El corazón de su padre estaba lleno de alegría por el hijo, el inteligente, el sediento de ciencia, en el que veía formarse un gran sabio y un gran sacerdote, un príncipe entre los brahmanes.

En el pecho de su madre saltaba el contento cuando le veía caminar, cuando le veía sentarse y levantarse; Siddhartha, el fuerte, el hermoso, el que andaba sobre sus piernas esbeltas, el que la saludaba con toda dignidad.

El amor se conmovía en los corazones de las jóvenes hijas de los brahmanes cuando Siddhartha pasaba por las calles de la ciudad, con la frente luminosa, con los ojos reales, con las estrechas caderas.

Pero más que todas ellas le amaba Govinda, su amigo, el hijo del brahmán. Amaba los ojos de Siddhartha y su encantadora voz, amaba su andar y la completa dignidad de sus movimientos, amaba todo lo que Siddhartha hacía y decía, y amaba, sobre todo, su espíritu, sus altos y fogosos pensamientos, su ardiente voluntad, su elevada vocación. Govinda sabía. "Este no será un brahmán cualquiera ni un perezoso oficiante en los sacrificios, ningún avaricioso comerciante de conjuros milagrosos, ningún vano y vacío orador, ningún malvado y astuto sacerdote, ni tampoco un buen cordero, un estúpido cordero en el rebaño de los muchos." No, y tampoco él, Govinda, quería ser un brahmán como uno de los cien mil que hay. Quería seguir a Siddhartha, el amado, el magnífico. Y si Siddhartha llegaba un día a ser dios, si algún día tenía que ir hacia el Esplendoroso, Govinda quería seguirle como su amigo, como su acompañante, como su criado, como su escudero, como su sombra.

De esta forma amaban todos a Siddhartha. A todos causaba alegría, era un placer para todos.

Pero él, Siddhartha, no se causaba alegría, no era un placer para sí mismo. Vagando por los senderos rosados del huerto de higueras, sentado a la sombra azul del bosque de la contemplación, lavando sus miembros en el baño diario de la expiación, sacrificando en el sombrío bosque de mangos, en la inmensa dignidad de sus gestos, querido de todos, siendo la alegría de todos, no tenía, sin embargo, ninguna alegría en el corazón. Le venían sueños y enigmáticos pensamientos de las fluyentes aguas del río, de las refulgentes estrellas de la noche, de los ardientes rayos del sol; le venían sueños e intranquilidades del alma con el humo de las hogueras de los sacrificios, de las exhalaciones de los versos del Rig-Veda, destilados gota a gota por los maestros de los viejos brahmanes.

Siddhartha había empezado a alimentar dentro de sí el descontento. Había empezado a sentir que el amor de su padre y el de su madre, y hasta el amor de su amigo Govinda, no le harían feliz para siempre y en todos los tiempos, ni le tranquilizarían ni le satisfarían. Había empezado a sospechar que su venerado padre y sus otros maestros, que los sabios brahmanes ya le habían enseñado la mayor parte

y lo mejor de su ciencia, que ya habían vaciado en su vaso expectante todo su contenido, y el vaso no estaba lleno, el espíritu no estaba saciado, el alma no estaba tranquila, el corazón no estaba silencioso. Las abluciones estaban bien, pero eran agua, no borraban los pecados, no aplacaban la sed del espíritu, no aliviaban las penas del corazón. Los sacrificios eran excelentes, así como las invocaciones de los dioses. Pero ¿era esto todo? ¿Daban felicidad los sacrificios? ¿Y qué había de los dioses? ¿Era cierto que Prajapati había creado el mundo? ¿No era él el Atman, El, el Único, el Todo y Uno? ¿No eran los dioses formas creadas como tú y yo, sujetas al tiempo, perecederas? ¿Era, pues, bueno, era justo, era una acción tan llena de sentido sacrificar a los dioses? ¿A quién otro había que hacer sacrificios, a quién otro rendir culto más que a El, al Único, a Atman? ¿Y dónde encontrar a Atman, dónde moraba El, dónde latía su Corazón eterno sino en el propio yo, en lo más íntimo, en lo indestructible que cada uno lleva en sí? Pero ¿dónde estaba este yo, este íntimo, este último? No era carne y hueso, no era pensamiento ni conciencia, como enseñaban los más sabios. ¿Dónde estaba, pues? ¿Dónde? ¿Adónde dirigirse? ¿Al yo, a mí, a Atman? ¿Había otro camino que mereciera la pena buscarlo? ¡Ah, nadie le mostraba este camino, nadie lo conocía, ni el padre, ni los maestros y sabios, ni las santas canciones de los sacrificios! Todo lo sabían los brahmanes y sus libros santos; ellos lo sabían todo, por todo se habían preocupado, por la creación del mundo, por la conversación, el alimento, el inspirar y el espirar, la ordenación de los sentidos, los hechos de los dioses. Sabían infinitamente mucho; pero ¿de qué valía saber todo esto si ignoraban el Uno y lo Único, lo Más Importante, lo Único Importante?

Cierto que muchos versos de los libros sagrados, que los Upanishadas del Sama-Veda, hablaban de este Más Íntimo y Último en versos magníficos. "Tu alma es todo el mundo", estaba allí escrito, y escrito estaba también que el hombre que duerme en el sueño profundo se acerca a su Más Íntimo y habita en Atman. En estos versos se encerraba una ciencia maravillosa, todo el saber de los más sabios estaba aquí concentrado en mágicas palabras, puro como la miel recolectada por las abejas. No, no era de despreciar el cúmulo de conocimientos reunidos y conservados aquí por toda una serie de generaciones de sabios brahmanes. Pero ¿dónde estaban los brahmanes, dónde los sacerdotes, dónde los sabios o penitentes, que habían logrado no simplemente saber, sino vivir, toda esta ciencia profundísima? ¿Dónde estaba el conocedor que habiendo reposado en Atman durante el sueño mostrara sus maravillas durante la vigilia, la vida, el andar, el hablar y las acciones? Siddhartha conocía a muchos venerables brahmanes, a su padre ante todos, el puro, el sabio, el más venerable. Su padre era digno de admiración, serena y noble era su conducta, pura su vida, sabía su palabra, sutiles y profundos pensamientos habitaban en su frente; pero también él, el que tanto sabía, ¿vivía feliz? ¿Tenía paz? ¿No era también un buscador, un sediento? ¿No tenía que estar siempre buscando en las fuentes sagradas y beber en ellas como un sediento, en los sacrificios, en los libros, en los diálogos de los brahmanes? ¿Por qué había de afanarse cada día en la purificación, él, el incensurable? ¿No estaba Atman en él, no manaba en su corazón la fuente ancestral? ¡Había que buscar esta fuente ancestral en el propio yo, había que apropiársela! Todo lo demás era vagar, inquirir, errar.

Así eran los pensamientos de Siddhartha, esta era su sed, estos sus dolores.

Recitaba a menudo para sí estas palabras de una Chandogya-Upanishada: "En verdad, el nombre del brahmán es Satyam; cierto que quien sabe esto entra a diario en el mundo celestial." El mundo celestial brillaba cercano a menudo, pero nadie lo había alcanzado del todo, nadie había apagado la última sed. Y de todos los sabios y sapientísimos varones que él conocía y cuyas enseñanzas había recibido, ninguno de todos ellos había alcanzado del todo el mundo celestial que había de aplacarles la eterna sed.

-Govinda- dijo Siddhartha a su amigo-, Govinda, querido, ven conmigo bajo el banano, procuremos meditar.

Se iban bajo el banano, se sentaban en el suelo: aquí, Siddhartha, veinte pasos más allá, Govinda. Mientras se sentaba, dispuesto a recitar el Om, Siddhartha repetía murmurando estos versos:

Om es el arco; la flecha, el alma;
Brhama es de la flecha el blanco,
que debe alcanzar infaliblemente.

Cuando hubo transcurrido el tiempo acostumbrado de ejercicios de meditación, Govinda se levantó. Había llegado la noche, era hora de las abluciones vespertinas. Gritó el nombre de Siddhartha.

Siddhartha no respondió. Siddhartha estaba ensimismado, sus ojos miraban fijamente a un punto muy lejano, la punta de su lengua asomaba un poco entre los dientes, parecía no respirar. Estaba sentado, completamente extasiado, pensando en Om; su alma, como flecha, había partido hacia Brahma.

Una vez pasaron por la ciudad de Siddhartha unos samanas, ascetas peregrinos, tres secos y apagados hombres, ni viejos ni jóvenes, con las espaldas polvorientas y ensangrentadas, casi desnudas, abrasadas por el sol, rodeados de soledad, extraño y enemigo del mundo, extranjeros y chacales hambrientos en el reino de los hombres. Tras ellos soplaba ardiente un perfume de serena pasión, de servicio destructor, de despiadado ensimismamiento.

Por la noche, después de la hora de examen, habló Siddhartha a Govinda:

-Mañana temprano, amigo mío, Siddhartha se irá con los samanas. Quiere ser un samana.

Govinda palideció, pues había oído aquellas palabras y en el rostro inmóvil de su amigo leía la decisión, imposible de desviar, como la flecha que partió silbando del arco. En seguida, y a la primera mirada, Govinda conoció que Siddhartha iniciaba ahora su camino, que su destino principiaba ahora, y con él, el suyo también. Y se puso pálido como una cáscara de banana seca.

-¡Oh Siddhartha!-exclamó-, ¿te lo permitirá tu padre?

Siddhartha miró a lo lejos, como quien despierta. Con la rapidez de una saeta, leyó en el alma de Govinda, leyó la angustia, leyó la resignación.

-¡Oh Govinda! -dijo en voz baja-, no debemos prodigar las palabras. Mañana, al romper el día, tengo que iniciar la vida de los samanas. No hablemos más de ello.

Siddhartha entró en el cuarto donde su padre estaba sentado sobre una estera de esparto, y se colocó a su espalda, y allí estuvo hasta que su padre se dio cuenta de que había alguien tras él. Habló el brahmán:

-Eres tú, Siddhartha? Di lo que tengas que decir.

Habló Siddhartha:

-Con tu permiso, padre mío. He venido a decirte que deseo abandonar tu casa mañana e irme con los ascetas. Es mi deseo convertirme en un samana. Quisiera que mi padre no se opusiera a ello.

El brahmán calló, y calló tanto tiempo, que en la ventana se vio caminar a las estrellas y cambiar de forma antes que se rompiera el silencio en la habitación. Mudo e inmóvil, permanecía el hijo con los brazos cruzados; y las estrellas se movían en el cielo. Entonces habló el padre:

-No es propio de brahmanes pronunciar palabras enérgicas e iracundas. Pero mi corazón está disgustado. No quisiera oír por segunda vez este ruego de tu boca. El brahmán se levantó lentamente. Siddhartha estaba mudo, con los brazos cruzados.

-¿A qué esperas? -preguntó el padre.

Habló Siddhartha:

-Ya lo sabes.

El padre salió disgustado del cuarto; disgustado, se acercó a su cama y se tendió en ella.

Al cabo de una hora, como el sueño no viniera a sus ojos, el brahmán se levantó, paseó de un lado para otro, salió de la casa. Miró al interior por la pequeña ventana del cuarto y vio en él a Siddhartha, con los brazos cruzados, inmóvil. Su túnica clara resplandecía pálidamente. Con el corazón intranquilo, el padre volvió a su lecho.

Una hora más tarde, como el sueño no viniera a sus ojos, el brahmán se levantó de nuevo, paseó de aquí para allá, salió delante de la casa, vio salir la luna. Miró al interior del cuarto por la ventana, allí estaba Siddhartha, inmóvil, con los brazos cruzados; en sus piernas desnudas relumbraba la luz de la luna. Con el corazón preocupado, el padre se volvió a la cama.

Y volvió pasada una hora, y volvió pasadas dos horas, miró por la ventana, vio a Siddhartha en pie, a la luz de la luna, a la luz de las estrellas, en las tinieblas. Y volvió a salir de hora en hora, silencioso, miró dentro del cuarto, vio inmóvil al que estaba en pie; su corazón se llenó de enojo, su corazón se llenó de intranquilidad, su corazón se llenó de vacilaciones, se llenó de dolor.

Y en la última hora de la noche, antes que viniera el día, volvió de nuevo, entró en el cuarto, vio en pie al joven, que le pareció grande y como extraño.

-Siddhartha -dijo-, ¿a qué esperas?

-Ya lo sabes.

-¿Vas a estarte siempre así, en pie, esperando, hasta que sea de día, hasta que sea mediodía, hasta que sea de noche?

-Estaré en pie, esperando.

-Te cansarás, Siddhartha.

-Me cansaré.

-Tienes que dormir, Siddhartha.

-No dormiré.

-Te morirás, Siddhartha.

-Moriré.

-¿Y prefieres morir antes que obedecer a tu padre?

-Siddhartha siempre ha obedecido a su padre.

-Entonces, ¿renuncias a tu propósito?

-Siddhartha hará lo que su padre le diga.

El primer resplandor del día penetró en la estancia. El brahmán vio que las rodillas de Siddhartha temblaban ligeramente. Pero en el rostro de Siddhartha no vio ningún temblor; sus ojos miraban a lo lejos. Entonces conoció el padre que Siddhartha ya no estaba con él, ni en la patria, que ya le había abandonado.

El padre tocó las espaldas de Siddhartha.

-Irás al bosque -dijo- y serás un samana. Si en el bosque encuentras la felicidad, vuelve y enséñame a ser feliz. Si encuentras la decepción, entonces vuelve y juntos ofrendaremos a los dioses. Ahora ve y besa a tu madre, dile adónde vas. Para mí aún hay tiempo de ir al río y hacer la primera ablución.

Quitó la mano de encima del hombro de su hijo y salió. Siddhartha se tambaleaba cuando intentó caminar. Se impuso a sus miembros, se inclinó ante su padre y fue junto a su madre para hacer lo que su padre había dicho.

Cuando a los primeros albores del día abandonó la ciudad, todavía silenciosa, lentamente, con sus piernas envaradas, surgió tras la última choza una sombra, que allí estaba agazapada, y se unió al peregrino. Era Govinda.

-Has venido -dijo Siddhartha, y sonrió.

-He venido -dijo govinda.

Con Los Samanas

En la noche de aquel día llegaron junto a los ascetas, los descarnados samanas, y les ofrecieron acompañamiento y obediencia. Fueron admitidos.

Siddhartha regaló su túnica a un pobre brahmán en la calle. No traía puesto más que un paño a la cadera y un lienzo sucio de tierra y descosido, colgado de los hombros. Comió solo una vez al día, y nunca alimentos cocidos. Ayunó quince días, ayunó veintiocho días. Le disminuyó la carne en los muslos y en las mejillas. Sueños ardientes flameaban en sus ojos agrandados, en sus dedos secos crecían las uñas, y en el mentón, una barba seca e hirsuta. Su mirada se volvió fría como hielo cuando se encontraba con una mujer; su boca se contraía en una mueca de desprecio cuando pasaba por una ciudad con gentes bien vestidas. Vio negociar a los comerciantes, vio ir a la caza a los príncipes, a los doloridos llorar a sus muertos, a las hetairas ofrecerse lascivas, a los médicos afanarse por sus enfermos, a los sacerdotes señalar el día de la siembra, amar a los amantes, a las madres callar a sus hijos; y todo esto no era digno de las miradas de sus ojos, todo era mentira, todo era pestilente, todo olía a engaño, todo falseaba los sentimientos, la dicha y la belleza, y todo era inconfesada putrefacción. El mundo sabía amargo. La vida era sufrimiento.

Había una meta ante Siddhartha, una sola: vaciarse, vaciarse de sed, vaciarse de deseo, vaciarse de sueño, vaciarse de alegría y dolor. Morir para sí mismo, no ser más un yo, encontrar la paz en el corazón vacío, estar abierto al milagro por la introspección: esta era su meta. Cuando todo el yo estuviera vencido y muerto, cuando cada anhelo y cada impulso callara en el corazón, entonces debería despertar el Ultimo, lo más íntimo del ser, que no es ya el Yo, el gran misterio.

Silencioso estaba Siddhartha en pie bajo los perpendiculares rayos del sol, ardiendo de dolores, ardiendo de sed, y así permanecía hasta que ya no sentía dolor ni sed. Silencioso estaba en pie bajo la lluvia; las gotas de agua caían de su pelo sobre los hombros llenos de frío, sobre las heladas caderas y piernas, y así permanecía el penitente hasta que los hombros y las piernas dejaban de sentir frío, hasta que callaban, hasta que quedaban quietos. En silencio, estaba agachado entre los espinos, la sangre brotaba roja de la piel ardiente, el pus, de las úlceras, y Siddhartha permanecía rígido, permanecía inmóvil, hasta que la sangre dejaba de brotar, hasta que nada le punzaba, hasta que nada le quemaba.

Siddhartha estaba sentado muy derecho y aprendía a contener la respiración, aprendía a regularla, aprendía a suprimir el alentar. Aprendía, empezando por la respiración a aquietar los latidos del corazón, a espaciarlos, hasta suprimirlos casi.

Adoctrinado por el más anciano de los samanas, Siddhartha ejercitaba el ensimismamiento, ejercitaba la meditación. Si una garza volaba sobre el bosque de bambúes, Siddhartha tomaba la garza en el alma, volaba sobre el bosque y la montaña, se convertía en garza, comía pescados, pasaba hambres de garza, hablaba con graznidos de garza, moría muerte de garza. Si un chacal aparecía muerto al borde del arenal, el alma de Siddhartha se deslizaba dentro del cadáver, se convertía en un chacal muerto, yacía en la arena, se hinchaba, olía mal, se corrompía, era despedazado por las hienas, era desollado por los buitres, se convertía en esqueleto, se volvía polvo, se esparcía por la campiña. Y el alma de Siddhartha regresaba, estaba muerta, estaba corrompida, estaba esparcida como el polvo, había gustado la turbia embriaguez de los remolinos, atormentado por una nueva sed como un cazador en el puesto; esperaba conocer dónde terminaría el remolino, dónde estaba el fin de las causas, dónde empezaba la eternidad sin dolores. Mataba sus sentidos, mataba sus recuerdos, se salía de su yo para introducirse en mil formas extrañas: era animal, carroña, piedra, árbol, agua, y al despertar se volvía

a encontrar a sí mismo; luciera el sol o la luna, volvía a ser un yo, giraba en remolinos, sentía sed, vencía la sed, volvía a sentir sed otra vez.

Mucho aprendió Siddhartha entre los samanas; aprendió a andar muchos caminos fuera de su yo. Recorrió el camino del ensimismamiento por el dolor, por el voluntario sufrir, y venciendo al dolor, al hambre, a la sed, a la fatiga. Recorrió el camino del ensimismamiento por la meditación, por el vacío del pensamiento de los sentidos de toda imagen. Aprendió a andar estos y otros caminos, perdió mil veces su yo, permaneció horas y días hundido en el No-Yo. Pero aunque estos caminos partían del yo, su meta estaba siempre en el mismo Yo. Si Siddhartha huyó mil veces de su Yo, si permanecía en la nada, en la bestia, en la piedra, el regreso era inevitable, insoslayable la hora en que se volvían a encontrar, bajo el resplandor del sol o de la luna, a la sombra o bajo la lluvia, Siddhartha y su yo, y volvía a sentir el tormento del remolino impuesto.

Junto a él vivía Govinda, su sombra; seguía su mismo camino, se imponía los mismos trabajos. Raramente hablaban entre sí más de lo que exigían sus tareas y servicio. A veces iban juntos por las aldeas, mendigando el alimento para sí y sus maestros.

-¿Qué te parece, Govinda? -solía preguntar Siddhartha durante estas correrías implorando la caridad-. ¿Crees que vamos por buen camino? ¿Habremos de alcanzar la meta?

Respondía Govinda:

-Hemos aprendido mucho, y seguiremos aprendiendo. Tú llegarás a ser un gran samana, Siddhartha. Todo lo has aprendido en seguida, los viejos samanas te admiran con frecuencia. Llegarás a ser un santo, ¡oh Siddhartha!

Hablaba Siddhartha:

-A mí no me parece así, amigo mío. Lo que he aprendido hasta ahora entre los samanas, ¡oh Govinda!, lo hubiera podido aprender pronto y con facilidad. En cualquier taberna de barrio de burdeles, entre carreteros y jugadores de dados, hubiera podido aprenderlo, amigo mío.

Hablaba Govinda:

-Siddhartha se burla de mí. ¿Cómo hubieras podido aprender ensimismamiento, el contener la respiración, la insensibilidad ante el hambre y el dolor, entre aquellos miserables?

Y Siddhartha decía en voz baja, como si hablara para sí:

-¿Qué es el ensimismamiento? ¿Qué es el abandono del cuerpo? ¿Qué es el ayuno? ¿Qué la contención del aliento? Es la huida del yo, es un breve alejarse del tormento del ser Yo, es un corto embotamiento frente al dolor y la falta de sentido de la vida. La misma huída, el mismo breve embotamiento encuentra el boyero en el mesón cuando bebe su vino de arroz o la leche de coco fermentada. Entonces no siente ya su Yo, ya no siente el dolor de la vida, entonces encuentra un breve embotamiento. Encuentra, dormitando sobre su taza de vino de arroz, lo mismo que Siddhartha y Govinda encuentran cuando se evaden de sus cuerpos, tras largos ejercicios, y permanecen el No-Yo. Así es, ¡oh Govinda!

Habló Govinda:

-Eso dices, ¡oh amigo!; pero sabe que Siddhartha no es ningún boyero, ni un samana, un bebedor. Cierto que el que bebe encuentra fácilmente el embotamiento, cierto que con facilidad halla la evasión y el descanso; pero vuelve pronto del sortilegio y vuelve a encontrarlo todo como antes, no se ha hecho más sabio, no ha adquirido conocimientos, no ha subido más alto ni un peldaño.

Y Siddhartha habló con una sonrisa:

-No lo sé, no he sido nunca bebedor. Pero que yo, Siddhartha, en mis ejercicios y éxtasis solo encuentro breves embotamientos y que estoy tan lejos de la sabiduría y de la liberación como cuando era niño en el vientre de la madre, eso lo sé bien, Govinda, eso lo sé muy bien.

Y otra vez, cuando Siddhartha y Govinda salieron del bosque para pedir por las aldeas algo de comer para sus hermanos y maestros, empezó Siddhartha a hablar, y dijo:

-¿Estaremos, ¡oh Govinda!, en el buen camino? ¿Nos vamos acercando al conocimiento? ¿Nos acercamos a la redención? ¿O no estaremos quizá caminando en círculo, nosotros, que pensábamos salir de él?

Habló Govinda:

-Mucho hemos aprendido, Siddhartha; mucho nos queda por aprender. No caminamos en círculo, vamos hacia arriba, el círculo es una espiral, hemos subido ya muchos escalones.

Respondió Siddhartha:

-¿Qué edad crees tú que tendrá nuestro samana más anciano, nuestro venerado maestro?

Habló Govinda:

-Quizá tenga sesenta años.

Y Siddhartha:

-Tiene sesenta años y no ha alcanzado el Nirvana. Tendrá setenta y ochenta, y tú y yo seremos igual de viejos y seguiremos ejercitándonos, seguiremos ayunando y meditando. Pero no alcanzaremos el Nirvana, ni él ni nosotros. ¡Oh Govinda!, creo que ninguno de todos los samanas que hay alcanzará quizá el Nirvana. Encontramos consuelos, encontramos embotamientos, aprendemos habilidades con las que nos engañamos. Pero lo esencial, la senda de las sendas no la encontramos.

-¡No pronuncies -dijo Govinda- tan terribles palabras, Siddhartha! ¿Cómo es posible que entre tantos hombres sabios, entre tantos brahmanes, entre tantos severos y venerables samanas, entre tantos hombres sabios, santos e introvertidos, ninguno encuentre el Camino de los Cantinos?

Pero Siddhartha respondió con una voz que tenía tanto de triste como de irónica:

-Pronto, Govinda, tu amigo dejará esta senda de los samanas, por la que tanto ha caminado contigo. Padezco sed, ¡oh Govinda!, y en este largo camino del samana no ha menguado en nada mi sed. Siempre he tenido sed de conocimientos, siempre he estado lleno de interrogaciones. He preguntado a los brahmanes, año tras año, y he preguntado a los Vedas, año tras año. Quizá, ¡oh Govinda!, hubiera sido tan bueno, tan prudente, tan sano, haber preguntado al rinoceronte o al chimpancé. He empleado mucho tiempo y todavía no he llegado al fin para aprender esto, ¡oh Govinda!: ¡que nada se puede aprender! Yo creo que no hay esa cosa que nosotros llamamos "aprender". Hay solo, ¡oh mi amigo!, una ciencia que está por todas partes, que es Atman; está en mí y en ti y en cada ser. Y de esta forma empiezo a creer que esta ciencia no tiene enemigos más encarnizados que los sabios y los instruidos.

Entonces, Govinda se paró en el camino, levantó la mano y habló:

-¡No atormentes, Siddhartha, a tu amigo con semejantes palabras! En verdad que ellas angustian mi corazón. Y piensa solamente en qué queda la santidad de la oración, la dignidad de los brahmanes, la religiosidad de los samanas, si fuera como dices, que no hay nada que aprender. ¿Qué sería, entonces, ¡oh Siddhartha!, de lo que en la tierra tenemos por santo, por venerable y máspreciado?

Y Govinda recitó para sí un verso de una Upanishada:

Quien meditando, con el alma purificada, se hunde en Atman, no puede describir con palabras el gozo de su corazón.

Pero Siddhartha callaba. Reflexionaba sobre las palabras que Govinda le había dirigido, y pensaba cada frase hasta el fin.

"Sí -decía para sí, con la cabeza humillada-, ¿qué queda de todo lo que nos parecía santo? ¿Qué queda? ¿Qué se conserva?" Y movió la cabeza.

Una vez, cuando ambos jóvenes llevaban viviendo unos tres años con los samanas y habían tomado parte en todas sus prácticas, llegó hasta ellos por diversos caminos y rodeos una noticia, un rumor, una leyenda: había aparecido uno, llamado Gotama, el Sublime, el Buda, el cual había vencido en sí el dolor del mundo y había sujetado la rueda de las reencarnaciones. Recorría los campos enseñando a las gentes, rodeado de jóvenes, sin poseer nada, sin patria, sin mujer, envuelto en el manto amarillo de los ascetas, pero con la frente radiante, como un bienaventurado, y los brahmanes y los príncipes se inclinaban ante él y se convertían en discípulos suyos.

Esta leyenda, este rumor, esta fábula, resonaba por todas partes, exhalaba su aroma aquí y allá; en las ciudades hablaban de él los brahmanes; en el bosque, los samanas; cada vez penetraba más el nombre de Gotama, el Buda; en los oídos de los jóvenes, para bien y para mal, en alabanzas y en injurias.

Como cuando en una comarca reina la peste y se difunde la nueva de que hay un hombre, un sabio, un perito, cuya palabra y aliento basta para librar a cualquiera de la epidemia, e igual que este rumor atraviesa todo el país y todos hablan de ello, muchos creen, muchos dudan, pero muchos también son los que se ponen al punto en camino para ir en busca del Sabio, del Salvador, así recorrió la región aquella nueva, aquella perfumada leyenda de Gotama, el Buda, el Sabio de la descendencia de Sakya. Según los creyentes, poseía los más altos conocimientos, recordaba su encarnación anterior,

había alcanzado el Nirvana y ya no volvería a entrar en el círculo ni se hundiría en la turbia corriente de la transmigración. Se decían de él cosas increíbles y maravillosas: que había hecho milagros, que había vencido al demonio, que había hablado con los dioses. Pero sus enemigos y los incrédulos decían que este tal Gotama era un embaucador, que pasaba los días en una vida de delicias, que despreciaba los sacrificios, que carecía de instrucción y no conocía ni los ejercicios ni la mortificación.

Dulcemente sonaba la leyenda de Buda; estas nuevas exhalaban cierto encanto. El mundo estaba enfermo, la vida era difícil de soportar, y ved que aquí parece brotar una fuente, aquí parece oírse la llamada de un mensajero llena de consuelo, dulce, llena de nobles promesas. Por todas partes donde resonaba el rumor de Buda, por toda la India, escuchaban los jóvenes, sentían añoranza, alentaban esperanzas, y entre los hijos de los brahmanes de las ciudades y aldeas cualquier peregrino era muy bien recibido si traía noticias de él, del Sublime, del Sakyamuni.

También había llegado hasta los samanas del bosque, hasta Siddhartha, hasta Govinda, la leyenda, lentamente, a gotas, cada gota preñada de esperanzas, cada gota llena de dudas. Hablaban poco de ello, pues el anciano de los samanas era poco amigo de esta leyenda. Había sabido que aquel pretendido Buda había sido antes un asceta y había vivido en el bosque, y luego se había entregado a la buena vida y a los placeres del mundo y no daba mucha importancia a este Gotama.

-¡Oh Siddhartha!- dijo un día Govinda a su amigo-. Hoy estuve en la aldea y un brahmán me invitó a entrar en su casa, y en su casa estaba el hijo de un brahmán de Magadha, el cual ha visto con sus propios ojos al Buda y ha escuchado sus enseñanzas. En verdad que entonces sentí un dolor en el pecho, y pensé para mí: "¡Ojalá pudiera yo también, ojalá pudiéramos ambos, Siddhartha y yo, conocer la hora en que recibiéramos lección de la boca de aquel bienaventurado!" Di, amigo, ¿no podríamos ir nosotros también a su encuentro y escuchar de los labios del Buda la lección?

Habló Siddhartha:

-Siempre, ¡oh Govinda!, he pensado que Govinda permanecería entre los samanas, siempre he creído que su meta era llegar a los sesenta o a los setenta, practicando siempre las reglas y ejercicios que adornan a los samanas. Pero mira: yo conocí poco a Govinda, sabía poco de su corazón. De modo que ahora quieres, mi fiel amigo, tomar la senda y llegar hasta allí donde el Buda enseña su doctrina.

Habló Govinda:

-Te gusta bromear. ¡Puedes bromear cuanto quieras, Siddhartha! Pero ¿no te ha venido en gana, no ha despertado en ti el deseo de escuchar esta doctrina? ¿Y no me has dicho en otra ocasión que no seguirías por más tiempo el camino de los samanas?

Sonrió Siddhartha a su manera, con lo que el tono de su voz adquirió un matiz de tristeza y una sombra de mofa, y dijo:

-Bien has dicho, Govinda, bien has dicho y bien has recordado. Sin embargo, también deberías recordar lo otro que a mí me oíste, es decir, que estoy cansado y desconfío de todas las doctrinas y enseñanzas y que es poca mi fe en las palabras de los maestros que llegan hasta nosotros. Mas, ¡ea, querido!, estoy dispuesto a escuchar aquellas enseñanzas, aunque creo de todo corazón que el mejor fruto de ellas ya lo hemos saboreado.

Habló Govinda:

-Tu buena disposición regocija mi corazón. Pero dime, ¿cómo es posible que antes de escuchar la doctrina del Gotama hayamos gustado ya sus mejores frutos?

Habló Siddhartha:

-¡Gocemos de este fruto y esperemos lo demás, oh Govinda! Pero este fruto que ya hemos de agradecer al Gotama, ¡consiste en que nos llama para sacarnos de entre los samanas! Si nos ha de dar otras cosas y algo mejor, ¡oh amigo!, esperemos en ello con corazón tranquilo. Aquel mismo día dio a conocer Siddhartha al anciano de los samanas su decisión de dejarlos. Se lo dio a conocer con la cortesía y humildad que conviene a un joven y a un alumno. Pero el samana se llenó de enojo al ver que los dos jóvenes querían abandonarlos, y habló descompuestamente y profirió groseros insultos.

Govinda estaba asustado y perplejo, pero Siddhartha se inclinó sobre el oído de Govinda y susurró:

-Ahora quiero demostrar al viejo que he aprendido algo entre ellos.

Mientras se acercaba al samana, con el alma concentrada prendió la mirada del anciano con la suya, le hechizó, le hizo callar, se apropió de su voluntad, le impuso la suya, le ordenó que hiciera

silenciosamente lo que le pedía. El anciano quedó mudo, sus ojos miraban fijamente, su voluntad estaba paralizada, sus brazos pendían inertes, estaba sin fuerzas, preso en el encanto de Siddhartha. Pero los pensamientos de Siddhartha se habían apoderado de los del samana, y este debía hacer todo lo que el otro le ordenara. Y así, el anciano se inclinó varias veces, hizo ademán de bendecirlos una y otra vez y pronunció, vacilante, una pídada oración de despedida. Y los jóvenes respondieron agradecidos a las inclinaciones, a los votos de ventura, y salieron de allí saludando. Por el camino, dijo Govinda:

-¡Oh Siddhartha!, has aprendido con los samanas más de lo que yo creía. Es muy difícil, difícilísimo, hechizar a un viejo samana. En verdad que si te hubieras quedado allí habrías aprendido pronto a caminar sobre las aguas. -No codicio el andar sobre el agua- dijo Siddhartha-. Que los viejos samanas se den por contentos con semejantes artes.

Gotama

En la ciudad de Savathi todos los niños conocían el nombre del Sublime Buda, y todas las casas estaban dispuestas a llenar las escudillas de los jóvenes de Gotama, los mudos mendicantes. Cerca de la ciudad estaba la residencia preferido de Gotama, el bosque Jetavana, que el rico comerciante Anathapindika, un rendido adorador del Sublime, había regalado a este y a los suyos.

A esta comarca les habían traído los relatos y respuestas que dieron a los dos jóvenes ascetas cuando preguntaban por la residencia de Gotama. Y cuando llegaron a Savathi, en la primera casa que se detuvieron a pedir, les ofrecieron comida, y comieron, y Siddhartha preguntó a la mujer que le trajo la comida:

-Quisiéramos saber, bondadosa señora, dónde vive el Buda, el Venerado, pues somos dos samanas del bosque que venimos en busca del Perfecto para verle y escuchar de su boca la doctrina.

Habló la mujer:

-En verdad que habéis acertado con el camino, samanas del bosque. Sabed que en Jetavana, el jardín de Anathapindika, está el Sublime. Allí podréis pasar la noche, peregrinos, pues hay bastante sitio para los innumerables romeros que llegan hasta aquí para escuchar su doctrina.

Entonces, Govinda, lleno de alegría exclamó:

-¡Qué gozo! ¡De este modo hemos alcanzado nuestra meta y el final de nuestro camino! Pero dinos, madre de los peregrinos, ¿conoces tú al Buda? ¿Le has visto con tus propios ojos?

Habló la mujer:

-Muchas veces he visto al Sublime. Muchos días le he visto pasar por las calles, silencioso, con su túnica amarilla, o alargar la escudilla en las puertas de las casas para recibir la limosna y retirarse de allí con la escudilla llena.

Govinda escuchaba encantado, y quiso seguir preguntando y oyendo. Pero Siddhartha le exhortó a seguir andando. Dieron las gracias y se fueron, y no necesitaron preguntar apenas por el camino, pues no eran pocos los peregrinos y monjes de la comunidad de Gotama que se encaminaban hacia el Jetavana. Y llegaron allí de noche, y aquello era un continuo llegar de gentes que gritaban pidiendo albergue, que todos recibían. Los dos samanas, acostumbrados a la vida del bosque, encontraron pronto un abrigo tranquilo, y en él descansaron hasta la mañana.

A la salida del sol contemplaron con asombro la gran cantidad de creyentes y curiosos que habían pernoctado allí. Por todos los caminos del magnífico parque paseaban monjes vistiendo túnicas amarillas, otros estaban sentados bajo los árboles, aquí y allá, sumidos en la meditación o conversando de cosas espirituales. El sombrero jardín parecía una ciudad, lleno de gentes que pululaban como hormigas. La mayoría de los monjes salieron con las escudillas a implorar la caridad por la ciudad para la comida del mediodía, la única que hacían al día. También el Buda mismo, el Iluminado, solía hacer por la mañana el recorrido mendicante.

Siddhartha le vio, y en seguida le reconoció, como si un dios se lo hubiera mostrado. Le vio: un hombre sencillo con una capucha amarilla, con la escudilla de las limosnas en la mano, caminando silencioso.

-¡Míralo! -dijo Siddhartha en voz baja a Govinda-. Ese es el Buda.

Govinda miró atentamente al monje de la capucha amarilla, que no parecía diferente en nada de los cien otros monjes. Y pronto le reconoció también Govinda: este es. Y le siguieron le observaron.

El Buda siguió su camino, humilde, abismado en sus pensamientos. Su rostro no era ni alegre ni triste, y parecía que les sonreía. Sonreía con una sonrisa velada, tranquila, silenciosa, semejante a la de un niño sano. Caminaba, llevaba el capillo y echaba el paso como todos sus monjes, como estaba prescrito. Pero su rostro y su paso, su mirada baja, su mano caída, y sobre todo los dedos de aquella mano caída, hablaban de paz, hablaban de perfección, no buscaba nada, no anhelaba nada, respiraba suavemente en una inmarchitable paz, en una inmarchitable luz, en una intangible paz.

Así caminaba Gotama hacia la ciudad para recoger las limosnas, y los dos samanas le reconocieron solamente en la perfección de su paz, en la quietud de su figura, en la que no había ningún deseo, ningún anhelo, ningún esfuerzo, solo luz y paz.

-Hoy escucharemos la doctrina de su boca- dijo Govinda.

Siddhartha no respondió nada. Sentía poca curiosidad por aquella doctrina, no creía que pudiera enseñarle nada nuevo; sin embargo, igual que Govinda, había conocido una y otra vez el contenido de aquella doctrina del Buda, aunque por informes de segunda y tercera mano. Pero miraba atentamente la cabeza del Gotama, los hombros, los pies y aquella mano caída, y le parecía que cada miembro de cada dedo de aquella mano era una doctrina que hablaba, respiraba, exhalaba y despedía resplandores de verdad. Este hombre, este Buda, era verdadero hasta en los gestos de su último dedo. Este hombre era santo. Nunca había reverenciado tanto Siddhartha a un hombre, nunca había amado tanto a un hombre como a este.

Ambos siguieron al Buda hasta la ciudad y regresaron silenciosos, pues habían decidido ayunar aquel día. Vieron volver a Gotama, le vieron comer en corro con sus jóvenes -lo que comía no hubiera saciado a un pájaro- y le vieron dirigirse a la sombra de un bosquecillo de mangos.

Pero al atardecer, cuando cedió el calor y todo era viviente en el campamento, y todos se reunieron, escucharon la predicación del Buda. Oyeron su voz, la que también era perfecta, extraordinariamente reposada, llena de paz. Gotama explicaba la doctrina del dolor, del futuro del padecer, del camino para la supresión del sufrir. Sus palabras fluían serenas y claras. Dolor era la vida, el mundo estaba lleno de dolor, pero se había encontrado la redención del dolor: encontraba la redención el que seguía el camino del Buda.

Con dulce, pero firme voz hablaba el Sublime, enseñaba las cuatro proposiciones esenciales, enseñaba los ocho senderos, pacientemente recorría el acostumbrado camino de la doctrina, el ejemplo, la repetición, y su voz se cernía clara y tranquila sobre los oyentes, como una luz, como un cielo estrellado.

Cuando el buda -ya se había hecho de noche- terminó su charla, salieron de las filas muchos peregrinos y pidieron la admisión en la comunidad, se refugiaron en su doctrina. Y Gotama les aceptó, y dijo:

-Bien habéis comprendido la doctrina, bien ha sido anunciada. Seguidla y caminad hacia la santidad para preparar el fin de todo dolor.

Y ved que Govinda también salió al frente, el tímido Govinda y dijo:

-Yo también me refugiaré en el Sublime y en su doctrina.

Y pidió ser admitido en la comunidad de jóvenes, y fue recibido.

En cuanto el Buda se retiró a descansar, Govinda se volvió hacia Siddhartha y dijo vehemente:

-Siddhartha, no me está permitido hacerte ningún reproche; ambos hemos oído al Sublime, ambos hemos escuchado su doctrina. Govinda ha oído la doctrina y se ha refugiado en ella. Pero tú, venerable hermano, ¿no quieres andar también el sendero de la redención? ¿Vacilas? ¿Quieres esperar aún?

Siddhartha despertó como de un sueño cuando oyó las palabras de Govinda. Se le quedó mirando a la cara. Luego habló en voz baja, con mucha seriedad:

-Govinda, amigo mío, acabas de dar el paso decisivo, ahora has elegido tú el camino. Siempre, ¡oh Govinda!, has sido mi amigo, siempre has caminado tras de mí. A menudo he pensado: "¿No dará Govinda alguna vez un paso solo, sin mí, por propia voluntad?" Mira: ahora te has portado como un hombre y has elegido por ti mismo tu senda. ¡Ojalá la sigas hasta el fin, oh amigo mío! ¡Ojalá encuentres la redención!

Govinda, que no había comprendido aún enteramente, repitió con un tono de impaciencia su pregunta:

-Habla, ¡te lo ruego, amigo mío! ¡Dime cómo es posible que tú, mi docto amigo, no vengas a refugiarte junto al sublime Buda!

Siddhartha puso su mano en el hombro de Govinda:

-Ya has oído mi voto, ¡oh Govinda! Lo repetiré: ¡Ojalá sigas la senda hasta el fin! ¡Ojalá encuentres la redención!

En este momento conoció Govinda que su amigo le había dejado, y empezó a llorar.

-¡Siddhartha!- gritó, sollozando.

Siddhartha le habló amistosamente:

-¡No olvides, Govinda, que ahora perteneces a los samanas de Buda! Has renunciado a tu patria, a tus padres, a tu futuro y bienes, has renunciado a tu propia voluntad, a la amistad. Así lo quiere la doctrina, así lo quiere el Sublime. Así lo has querido tú mismo. Mañana, ¡oh Govinda!, te dejaré.

Aún pasearon un buen rato los dos amigos por el bosque, luego se tendieron en el suelo, pero no encontraron el sueño. Y Govinda no hacía más que instarle a que le dijera por qué no se había refugiado en la doctrina de Gotama, qué faltas encontraba en aquella doctrina. Pero Siddhartha se negó a hacerlo, y dijo:

-¡Date por contento, Govinda! La doctrina del Sublime es buena, ¿cómo habría de encontrar en ella ninguna falta?

Al amanecer de la mañana siguiente, un discípulo de Buda, uno de sus monjes más ancianos, recorrió el bosque llamando a todos aquellos que habían aceptado la doctrina para vestirles la túnica amarilla e instruirles en las primeras lecciones y deberes. Entonces Govinda se levantó, abrazó una vez más al amigo de su juventud y se unió al cortejo de los novicios.

Pero Siddhartha se quedó paseando por el bosque lleno de sus pensamientos.

Allí le encontró Gotama, el Sublime, y cuando le saludó reverente y vio que la mirada del Buda estaba llena de bondad y calma, el joven cobró ánimos y pidió permiso al Sublime para dirigirle la palabra. El Sublime, con un gesto mudo, le dio autorización para ello.

Habló Siddhartha:

-Ayer, ¡oh Sublime!, tuve la dicha de escuchar tu maravillosa charla. Junto con mi amigo he venido de lejos para conocer tu doctrina. Mi amigo se ha quedado con los tuyos, se ha refugiado en ti. Pero yo continuaré mi peregrinaje.

-Sea como gustes- dijo el Sublime cortésmente.

-Demasiado atrevidas son mis palabras- prosiguió Siddhartha-, pero no quisiera dejar al Sublime sin haberle comunicado mis pensamientos con toda sinceridad. ¿Querría el venerable Buda concederme unos instantes? El Sublime le autorizó con un gesto mudo.

Habló Siddhartha:

-Una cosa, ¡oh venerable maestro!, me ha admirado de tu lección. Todo en ella es enteramente claro, todo en ella es concluyente. Muestras el mundo como una cadena completa, nunca interrumpida; como una cadena eterna, soldada con causas y efectos. Nunca se ha visto esto tan claro, nunca ha sido representado de manera tan irrefutable; ciertamente que el corazón de todo brahmán ha de latir con más fuerza y amor cuando contemple el mundo a través de tu doctrina, viéndolo enteramente concatenado, sin lagunas, claro como un cristal, no dependiendo de la casualidad ni de los dioses. Si es bueno o malo, si la vida es en sí dolor o alegría, está por dilucidar, y es posible que no sea cosa muy esencial aclararlo, pero la unidad del mundo, la interdependencia de todo suceso, lo grande y lo pequeño circundado por la misma corriente, por la misma ley de las causas, del ser y del morir, todo esto resplandecía en tu hermosa lección, ¡oh Perfecto! Pero, según tu doctrina, esta unidad y consecuencia de todas las cosas se rompe sin embargo en un punto, a través de una laguna insignificante irrumpe en este mundo de unidad algo extraño, algo nuevo, algo que antes no estaba y que no puede ser señalado y probado: es tu teoría sobre el vencimiento del mundo, de la redención. Con esta pequeña laguna, con esta pequeña interrupción, se rompe de nuevo la eterna ley del mundo. Te ruego me perdones que formule esta objeción.

Gotama le ha escuchado en silencio, inmóvil. Luego habló el Perfecto con su voz bondadosa, con su atenta y clara voz:

-Has escuchado la lección, ¡oh hijo de brahmán!, y te felicito por haber meditado tanto sobre ella. En ella has encontrado una laguna, una falta. Ojalá sigas meditando sobre esta doctrina. Pero tú, que estás ansioso de saber, ten cuidado con la espesura intrincada que son las opiniones y con las discusiones. Las opiniones carecen de fundamento, pueden ser hermosas u odiosas, prudentes o insensatas, cualquiera puede aceptarlas o rechazarlas. Pero la doctrina que has escuchado de mis labios no es mi opinión, y su meta no es aclarar el mundo a los ansiosos de saber. Su fin es otro; su fin es la redención del dolor. Esto es lo que Gotama enseña, no otra cosa.

-No te enojés conmigo, ¡oh Sublime! -dijo el joven-. No te he dicho esto para buscar una controversia contigo. Tienes razón cuando dices que las opiniones sirven de poco. Pero permíteme que añada esto otro: no he dudado ni un momento de ti. No he dudado ni un momento que eres Buda, que has alcanzado la meta, la más alta, hacia la cual se encaminan tantos miles de brahmanes e hijos de brahmanes. Tú has encontrado la redención de la muerte. La has logrado por tu propia búsqueda, en tu propio camino, pensando, meditando por el conocimiento, por inspiración. ¡No la has alcanzado por una doctrina! ¡Y yo creo, oh Sublime, que a nadie se le puede procurar la redención por una doctrina! ¡A nadie podrás, oh Venerable, decir ni comunicar por palabras o por una doctrina lo que te sucedió en el momento de tu transfiguración!

Gran contenido el de la doctrina del transfigurado Buda, bien enseña a vivir rectamente y a evitar el mal. Pero esta doctrina tan clara, tan venerable, no contiene una cosa: no contiene el misterio que el mismo Sublime ha experimentado, él solo entre cientos de miles. Por esto continuaré mi peregrinación, no en busca de otra doctrina mejor, pues sé que no la hay, sino para abandonar todas las doctrinas y todos los maestros y para alcanzar solo mi meta o morir. Pero siempre pensaré en este día, ¡oh Sublime!, y en la hora en que mis ojos vieron un santo.

Los ojos del Buda miraron tranquilamente a tierra, su rostro impenetrable relumbraba sereno, lleno de resignación.

-¡Ojalá tus pensamientos- dijo el Venerable lentamente- no caigan en el error! ¡Ojalá alcances tu meta! Pero dime: ¿no has visto el tropel de mis samanas, de mis numerosos hermanos, que han buscado refugio en mi doctrina? ¿Y crees tú, samana forastero, crees tú que les estaría mejor abandonar mi doctrina y volver a la vida del mundo y del placer?

-Lejos de mí tal pensamiento-exclamó Siddhartha-. ¡Ojalá perseveren todos en tu doctrina, ojalá alcancen todos su meta! ¡No me pertenece juzgar la vida de los demás! Solo la mía, yo solo he de elegir, yo solo he de rehusar. Los samanas buscamos la redención del yo, ¡oh Sublime! ¡Si yo fuera ahora uno de tus jóvenes, oh Venerable, tendría miedo a que me sucediera que solo en apariencia, solo engañosamente, quedara mi yo en paz y liberado, de que sin embargo siguiera viviendo en la verdad y se hiciera más grande, pues entonces yo tendría la doctrina, tendría mi sucesión, tendría mi amor hacia ti, tendría la comunidad de los monjes hecha a mi yo.

Gotama miró con una media sonrisa, con incommovible resplandor y amistad, al forastero a los ojos y le despidió con un gesto apenas perceptible.

-Cuerdo eres, ¡oh samana! -dijo el Venerable-. Sabes hablar cuerdamente, amigo mío. ¡Guárdate de la demasiada cordura!

El Buda se alejó de allí, y su mirada y su media sonrisa quedaron grabadas para siempre en el recuerdo de Siddhartha.

"Todavía no he visto yo a ningún hombre que mire así, que sonría así, que se siente y ande así -pensaba-. Así me gustaría a mí poder mirar y sonreír, poder andar y sentarme, tan libre, tan majestuosa, tan oculta, tan clara, tan infantil y misteriosamente. Tan verdaderamente solo aparece y camina el hombre, que ha penetrado en lo más íntimo de sí mismo. Pues bien: yo también intentaré penetrar en lo más íntimo de mí mismo."

"Vi a un hombre -pensaba Siddhartha-, al único ante el cual podía bajar la mirada. Ante ningún otro bajaré mis ojos, ante ningún otro. Ninguna doctrina me seducirá ya, no habiéndome seducido la doctrina de este hombre."

"El Buda me ha robado -pensó Siddhartha-, me ha robado, pero me ha regalado mucho más. Me ha robado un amigo, el cual creía en mí y ahora cree en él, el cual era mi sombra y ahora es la sombra de Gotama. Pero me ha regalado a Siddhartha, a mí mismo."

Despertar

Cuando Siddhartha abandonó el bosquecillo en el que quedaba el Buda, el Perfecto, en el que quedaba Govinda, sintió que en aquel bosque deba también su vida pasada y se separaba de él. Este sentimiento, que le llenaba por entero, le dio que pensar mientras caminaba lentamente. Pensó profundamente, como si se dejara ir al fondo en unas aguas profundas, hasta los fundamentos de este sentimiento, hasta allí donde descansan las causas, pues el conocer las causas le parecía que era pensar, y solo por este medio se convertirían los sentimientos en conocimiento y no se perderían, sino que se haría real y empezaría a brillar lo que hay en ellos.

Mientras caminaba lentamente, Siddhartha meditó. Comprobó que ya no era un joven, sino un hombre. Comprobó que algo se había desprendido de él, como la piel vieja de una serpiente, que ya no había en él algo que le había acompañado y había poseído durante toda su juventud: el deseo de tener maestros y de escuchar a los maestros. Al último maestro que había encontrado en su camino, al más alto y sabio maestro, al Santo, al Buda, también lo había abandonado, había tenido que separarse de él, no había podido aceptar su doctrina.

El pensador iba caminando lentamente y se preguntaba: "¿Qué es lo que esperabas aprender en las lecciones y en los maestros y no pudieron enseñarte, a pesar de lo mucho que te instruyeron?" Y halló: "Lo que yo quería aprender era la esencia y el sentido del yo. Quería vencer y librarme del yo. Pero no podía vencerlo, sino engañarlo, no podía huir de él, sino solamente ocultarme ante él. ¡En verdad que nada ha ocupado tanto mi pensamiento como este mi yo, este enigma de mi vivir, de que yo sea uno, separado y diferenciado de todos los demás, de que yo sea Siddhartha! ¡Y de ninguna cosa en el mundo sé menos que de mí mismo, de Siddhartha!"

El pensador se detuvo en su lento caminar, retenido por este pensamiento, y pronto surgió de este uno nuevo, un pensamiento que rezaba: "Si no sé nada de mí, si Siddhartha es para mí tan extraño y desconocido, se debe a una sola causa: yo tenía miedo de mí, ¡huía de mí mismo! Buscaba a Atman, buscaba a Brahma, tenía la intención de desmenuzar mi yo para buscar en su interior el germen, el Atman, la vida, lo divino, el último fin. Pero me perdía."

Siddhartha abrió los ojos y miró en derredor, una sonrisa iluminaba su rostro, y una profunda sensación de despertar de un largo sueño le recorrió todo el cuerpo hasta la punta de los pies. Y pronto volvió a correr, corrió veloz, como un hombre que sabe lo que tiene que hacer.

"¡Oh -pensó, respirando hondamente-, ahora no quiero dejar escapar a Siddhartha! Ya no quiero empezar mi pensar y mi vida con Atman y con el dolor del mundo. Ya no quiero matarme y despedazarme para encontrar un misterio entre las ruinas. Ya no me enseñarán ni el Yoga-Veda, ni el Atharva-Veda, ni los ascetas, ni ninguna otra doctrina. Quiero aprender en mí mismo, quiero ser discípulo, quiero conocerme a mí mismo, quiero conocer el secreto de Siddhartha."

Miró en torno a sí, como si viera el mundo por primera vez. ¡El mundo era hermoso, el mundo era policromo, el mundo era extraño y misterio! Aquí era azul; allí, amarillo; más allá, verde; el cielo y el río fluían; las montañas y el bosque estaban inmóviles, todo era hermoso, mágico y lleno de misterio, y en medio de todo esto, él, Siddhartha, el que había despertado en el camino hacia sí mismo. Todo esto, el amarillo y el azul, el río y el bosque, penetraba por primera vez en Siddhartha a través de los ojos, ya no era el encantamiento de Mara, ya no era el velo de Maya, ya no era la multiplicidad insensata y casual del mundo visible, despreciable para el brahmán que piensa profundamente, que desdeña la multiplicidad, que busca la unidad. El azul era azul, el río era río, y aunque en el azul y en el río y en

Siddhartha vivía oculto lo singular y divino, el arte y el sentido divino era precisamente el que había puesto aquí el amarillo, el azul; allá, el cielo, el bosque, y en medio, a Siddhartha. El sentido y el ser no estaban por ahí tras de las cosas, sino que estaban en ellas, en todas.

"¡Cuán sordo y torpe he sido! -pensó el caminante-. Cuando uno lee un escrito cuyo sentido quiere penetrar, no desprecia los signos y letras ni lo llama engaño, casualidad y corteza baladí, sino que lo lee, lo estudia con cariño, letra por letra. Pero yo, que quise leer el libro del mundo y el libro de mi propio ser, he despreciado los signos y las letras por amor de un sentido presentido de antemano, he motejado de engañoso al mundo visible, he llamado a mi ojo y a mi lengua fenómenos casuales y despreciables. No, esto ha pasado, he despertado, he despertado de verdad y hoy he nacido."

Mientras Siddhartha pensaba todo esto, se detuvo varias veces, de repente, como si hubiera una serpiente ante él en el camino.

De pronto comprendió también muy claramente que él, que en realidad había despertado o era como un recién nacido, debía empezar de nuevo y enteramente desde el principio su vida. Cuando en esta misma mañana dejó el bosque de Jetavana, el bosque de aquel Sublime, ya despierto, ya en camino hacia sí mismo, tenía intención y le parecía natural y evidente volver a sus años de ascetismo, en su patria y junto a su padre. Pero ahora, en este momento en que se hallaba detenido, como si hubiera una serpiente en el camino, despertó también a este convencimiento: "Ya no soy el que antes era, ya no soy asceta, ya no soy sacerdote, ya no soy brahmán. ¿Qué puedo hacer entonces en casa y junto a mi padre? ¿Estudiar? ¿Hacer sacrificios? ¿Practicar el ensimismamiento? Todo esto ha pasado ya, todo esto ya no está en mi camino"

Siddhartha permaneció inmóvil, y durante un instante, durante una inspiración, su corazón se heló, lo sintió helarse en el pecho como un animalillo, como un pájaro o una liebre cuando ve cuán solo está. Ha carecido de patria durante años y no lo ha sentido. Ahora lo siente. Antes, aun en los éxtasis más profundos, seguía siendo hijo de su padre, seguía siendo brahmán, un religioso. Ahora no era más que Siddhartha, el despertado, nada más. Respiró profundamente, y por un instante sintió frío y se estremeció. Nadie estaba tan solo como él. Ningún noble que no pertenecía a los nobles, ningún comerciante que no pertenecía a los comerciantes y buscaba refugio entre ellos, compartía su vida, hablaba su lenguaje. Ningún brahmán, que no contaba entre los brahmanes y vivía con ellos; ningún asceta, que no encontraba refugio en el estado de los samanas, y hasta el habitante más solitario de un valle no era uno ni estaba solo, también le rodeaban circunstancias, pertenecía a una clase que eran para él una patria. Govinda era monje, y mil monjes eran sus hermanos, llevaban su vestido, creían su credo, hablaban su lenguaje. Pero él, Siddhartha, ¿a qué clase pertenecía? ¿Qué vida había de compartir? ¿Qué lenguaje hablaría?

Desde ese instante en que el mundo se fundía a su alrededor, en que estaba tan solo como una estrella en el cielo, desde este instante Siddhartha surgió de la frialdad y del desaliento más yo que antes, más concentrado. Se daba cuenta de que esto era el último estremecimiento del despertar, el último espasmo del nacimiento. Y pronto volvió a caminar, raudo e impaciente, no hacia casa, no hacia el padre, no hacia atrás.

Kamala

Siddhartha aprendió muchas cosas nuevas a cada paso que dio por su camino, pues el mundo había cambiado y su corazón estaba encantado. Veía salir el sol sobre las montañas y ponerse tras las lejanas playas rodeadas de palmeras. Por la noche veía en el cielo las estrellas guardando su orden eterno, y la hoz de la luna navegando como un barco en el azul. Veía árboles, estrellas, bestias, nubes, arcos iris, rocas, hierbas, flores, arroyos y ríos, relámpagos de rocío en los matorrales al amanecer, altas montañas lejanas azules y pálidas, pájaros cantores y abejas, vientos que soplaban plateando los campos de arroz. Todo esto, múltiple y abigarrado, había existido siempre; siempre habían brillado el sol y la luna, siempre había susurrado el río y la abeja, pero en los primeros tiempos todo esto no había sido para Siddhartha más que un velo ligero y engañoso ante los ojos, observado con desconfianza, destinado a ser traspasado por los pensamientos y a ser destruido, porque no era un ser, pues el ser está más allá de lo visible. Pero ahora sus ojos liberados se detenían de esta parte de acá, veía y conocía lo visible, buscaba una patria en este mundo, no buscaba el ser, no apuntaba a ningún más allá. Bello era el mundo cuando se le miraba así, sin buscar nada, tan sencilla e infantilmente. Bella la Luna y las montañas, bello el arroyo y la ribera, el bosque y las rocas, la cabra y la cetonia, la flor y la mariposa. Bello y amable era caminar así por el mundo, tan infantilmente, tan despierto, tan accesible a lo próximo, tan sin desconfianza. El sol quemaba en la piel de otra forma, la sombra del bosque refrescaba de modo distinto, el agua de los arroyos y cisternas sabía de otra manera, como la calabaza y las bananas. Breves eran los días; cortas, las noches; las horas pasaban raudas como una vela en el mar; bajo la vela, un barco lleno de tesoros, lleno de alegrías. Siddhartha vio un pueblo de simios caminando por la alta bóveda del bosque y escuchó un canto salvaje y codicioso. Siddhartha vio un carnero que perseguía a una oveja, con la que se apareó. En un charco cubierto de juncos vio al sollo cazar su cena, haciendo huir ante él al tropel de pececillos plateados, revolviendo el agua con sus movimientos impetuosos.

Todo esto había siempre así, y no lo había visto; nunca había estado allí. Ahora sí estaba en ello, le pertenecía. Por sus ojos pasaban luces y sombras; por su corazón, estrellas y luna.

Siddhartha recordó también por el camino todo lo que había experimentado en el jardín Jetavana, la doctrina que en él escuchó, la del divino Buda, la despedida de Govinda, la conversación con el Sublime. Sus propias palabras, las que dirigió al Sublime, volvían a su recuerdo, palabra por palabra, y comprendió con asombro que había dicho allí cosas que entonces no sabía de cierto: su tesoro y misterio, el del Buda, no era la doctrina, sino lo inexpresable y no enseñable que sintió en el momento de su transfiguración; esto era precisamente lo que él empezaba a sentir. Ahora debía sentirse a sí mismo. Ya hacía mucho que sabía que su ser era Atman, un ser eterno como Brahma. Pero nunca había encontrado realmente este ser, porque había querido atraparlo con la red del pensamiento. También estaba seguro de que el cuerpo no era este ser propio, ni el juego de los sentidos, ni tampoco el pensamiento ni la razón, ni la ciencia aprendida, ni el arte adquirido, ni sacar conclusiones e hilar nuevos pensamientos de lo ya pensado. No, tampoco este mundo del pensamiento estaba de este lado ni conducía a ninguna parte si se mataba el yo accidental de los sentidos y se alimentaba, en cambio, el yo accidental del pensamiento y del saber. Tanto los pensamientos como los sentidos eran cosas hermosas; tras ellas estaba oculto el último significado; importaba escuchar a las dos, jugar con las dos, ni despreciarlas a ambas ni sobreestimarlas: escuchar las voces secretas de su interior. No quería aspirar a nada que no le mandaran aspirar las voces, no quería permanecer junto a nada que no le hubieran aconsejado las

voces. ¿Por qué había estado en otro tiempo Gotama, en el momento de los momentos, sentado bajo el Bo, donde le alcanzó la iluminación divina? Había oído una voz, una voz en su propio corazón, que le ordenaba buscar descanso bajo este árbol, y había pospuesto las mortificaciones, los sacrificios, las abluciones u oraciones, el comer y el beber, el dormir y el soñar, y había obedecido a la voz. Obedecer así, no las órdenes exteriores, sino solamente la voz, estar así dispuesto, esto era lo bueno, esto era lo necesario y no lo otro.

La noche en que durmió en la choza de paja de un barquero, a la orilla del río, Siddhartha tuvo un sueño: Govinda estaba ante él, vestido con una túnica amarilla de asceta. Govinda aparecía muy triste, y le preguntó: "¿Por qué me has abandonado?" Entonces abrazó a Govinda, y cuando le atrajo hacia sí y le besó, Govinda se convirtió en una mujer, cuya túnica se entreabrió mostrando un pecho henchido, sobre el que descansó Siddhartha y del que bebió leche dulce y fuerte. Aquella leche sabía a mujer y a hombre, a sol y a bosque, a bestias y a flores, a todas las frutas, a todos los placeres. Aquella bebida emborrachaba y hacía perder el conocimiento. Cuando Siddhartha despertó, brillaba el pálido río a través de la puerta de la cabaña, y en el bosque se oía profundo y armonioso el canto oscuro del búho.

Y cuando rompió el día, Siddhartha rogó a su huésped, el barquero, que le llevara sobre el río. El barquero le llevó en su balsa de bambúes sobre el río, que brillaba rojizo con el arrebol de la aurora.

-Es un río muy hermoso-dijo Siddhartha a su acompañante.

-Sí-dijo el barquero-, un río muy hermoso, yo lo amo sobre todas las cosas. Le he escuchado con frecuencia, con frecuencia he mirado en sus ojos, y siempre he aprendido algo de él. Se puede aprender mucho de un río.

-Te doy gracias, mi bienhechor -dijo Siddhartha cuando desembarcó en la otra orilla-. No tengo nada que regalarte, querido, ni dinero para pagarte el pasaje. Soy un hombre sin patria, un hijo de brahmán, un samana.

-Ya lo veo -dijo el barquero-, y no esperaba de ti ni dinero ni regalos. Ya me lo darás otra vez.

-¿Tú crees? -preguntó Siddhartha, regocijado.

-Ciertamente. También eh aprendido esto del río: ¡todo vuelve! Tú también, samana, volverás un día. Ahora, ¡que te vaya bien! Ojalá tu amistad sea mi recompensa. Acuérdate de mí cuando ofrendes a los dioses.

Se separaron, sonriendo, Siddhartha se regocijó pensando en la llaneza y amistad del barquero. "Es como Govinda -pensó, sonriendo-. Todos los que me encuentro en mi camino son como Govinda. Todos son agradecidos, aunque son ellos los que tienen derecho al agradecimiento. Todos son sumisos, todos son inclinados a la amistad, están dispuestos a obedecer, poco a pensar. Los hombres son como niños."

Al mediodía atravesó una aldea. Ante las chozas de barro jugaban los niños con semillas de calabaza y conchas, gritaban y se peleaban, pero todos huyeron atemorizados al ver al samana. Al otro extremo de la aldea, el camino cruzaba un arroyo, y a la orilla del arroyo había una mujer joven lavando la ropa. Cuando Siddhartha la saludó, levantó la cabeza y le miró con una sonrisa, viendo Siddhartha brillar sus ojos. Pronunció una bendición sobre ella, como era costumbre de los caminantes, y preguntó qué distancia había hasta la ciudad. Ella entonces se levantó y se acercó a él, refulgiéndole graciosamente la húmeda boca en el rostro joven. Cambió algunas bromas con él, le preguntó si había comido y si era verdad que los samanas duermen solos en el bosque por la noche y no pueden tener ninguna mujer a su lado. Luego puso ella su pie izquierdo en el derecho de él e hizo un movimiento, como el que hace la mujer cuando provoca al hombre a aquella manera de gozar amoroso que los libros sabios llaman "trepar al árbol". Siddhartha sintió que la sangre le hervía, y como recordara en aquel instante el sueño pasado, se inclinó un poco sobre la mujer y besó los botones morenos de sus pechos. Al levantar los ojos vio su rostro que sonreía lleno de deseo y sus ojos empujados suplicando con vehemencia.

También Siddhartha sentía deseos ardientes y que la fuente del sexo se movía; pero como todavía no había tocado nunca a una mujer, vaciló un momento, mientras sus manos estaban ya dispuestas a asir las de ella. Y en este instante escuchó estremecido la voz de su interior, y la voz decía no. Entonces desapareció del rostro sonriente de la joven mujer todo encanto y no vio nada más que la húmeda mirada de una hembra ardiente. La acarició amistoso la mejilla, se apartó de ella y desapareció con

pies ligeros por entre un bosquecillo de bambúes, dejándola desilusionada.

En este día llegó por la noche a una gran ciudad, y se alegró, pues anhelaba la compañía de las gentes. Había vivido mucho tiempo en el bosque, y la choza de paja del barquero, en la que había pasado la noche, era el primer techo que le cobijaba desde hacía mucho tiempo.

Delante de la ciudad, junto a un bello bosquecillo cercado, encontró el caminante un pequeño séquito de criados y criadas cargados con cestos. En medio, en una silla de manos muy adornada que traían entre cuatro, venía sentada sobre cojines rojos y bajo un toldillo de colorines una mujer, la señora. Siddhartha se detuvo a la entrada del parque de recreo, miró a los criados, a las criadas, los cestos, la silla, y en la silla, a la dama. Bajo unos cabellos muy rizados y muy negros vio un rostro luminoso, muy delicado, muy discreto, una boca roja como un higo recién abierto, unas cejas cuidadas y pintadas formando un arco alto, unos ojos negros sensatos y despiertos, un cuello esbelto y blanco emergiendo de entre unas telas verdes y doradas, unas manos finas y largas con pulseras de oro en las muñecas.

Siddhartha vio cuán hermosa era, y su corazón sonrió. Se inclinó profundamente cuando la silla estuvo cerca, y al incorporarse la miró a la cara; leyó por un instante en los ojos prudentes y muy arqueados, respiró un aroma que no conocía. La señora inclinó la cabeza sonriendo un memento, y desapareció dentro del jardín, y los criados, tras ella.

"Entro con buenos augurios en la ciudad", pensó Siddhartha. Se le ocurrió entrar en el jardín, pero examinó su figura y comprendió que no era extraño que los criados y criadas le hubieran mirado con desprecio, con desconfianza, rechazándole.

"Todavía soy un samana -pensó-, todavía soy un asceta y un mendigo. No puedo seguir así, así no puedo entrar en el jardín." Y sonrió.

Al primer hombre que pasó por el camino le interrogó sobre aquel parque y le preguntó el nombre de la dama, y supo que aquel era el jardín de Kamala, la famosa cortesana, y que tenía, además del jardín, una casa en la ciudad.

Luego entro en la ciudad. Ahora tenía un objetivo.

Siguiendo su plan vagó por la ciudad, recorrió sus calles, se detuvo en las plazas, descansó en la escalinata de piedra del río. Al anochecer hizo amistad con un mozo de barbería, al que había visto trabajar a la sombra de una arquería, al que volvió a encontrar pidiendo a la puerta de un templo de Visnú, al que contó la historia de Visnú y Laksmi. Pasó la noche tendido junto a los botes del río, y muy de mañana, antes que los primeros parroquianos vinieran a la barbería, se hizo afeitar y cortar el pelo por su amigo, se peinó y se ungió el cabello con un fino aceite. Luego se bañó en el río.

Cuando la hermosa Kamala se retiró al atardecer a su jardín, a la puerta estaba Siddhartha, se inclinó y recibió el saludo de la cortesana. Al último criado del cortejo le hizo una seña y le rogó que hiciera saber a su señora que un joven brahmán deseaba hablarla. A poco regresó el criado, pidió al que esperaba que le siguiera, lo condujo en silencio hasta un pabellón donde reposaba Kamala en un diván y le dejó a solas con ella.

-¿No eres tú el que ayer me saludó ahí afuera?- preguntó Kamala.

-Sí, ayer te vi y te saludé.

-Pero ¿no tenías ayer una barba y largos cabellos y polvo en el pelo?

-Bien lo observaste, todo lo viste. Viste a Siddhartha, el hijo del brahmán, que dejó su patria para convertirse en un samana y que ha sido samana durante tres años. Pero ahora he dejado esta senda y he llegado a esta ciudad, y lo primero que encuentro antes de entrar en ella eres tú. Es decir, ¡que he venido a ti, oh Kamala! Eres la primera mujer a la que hablo sin bajar los ojos a tierra. Nunca más abatiré la mirada cuando me encuentre con una mujer hermosa.

Kamala sonreía y jugaba con su abanico de plumas de pavo real. Y preguntó:

-¿Y solo para decirme esto ha venido a mí Siddhartha?

-Para decirte esto y para darte gracias por ser tan bella. Y si no te desagrada, Kamala, quisiera rogarte que fueras mi amiga y maestra, pues no sé nada de este arte en el que tú eres maestra.

Kamala se echó a reír.

-¡Nunca me ha sucedido, amigo, que un samana viniera del bosque a mí y quisiera que yo le enseñara! ¡Nunca me ha sucedido que un samana de largos cabellos viniera a mí con unos harapos en

torno a las caderas! Muchos jóvenes vienen a mí, y entre ellos, muchos hijos de brahmanes, pero vienen con hermosos vestidos, traen finos zapatos, tienen perfumado el cabello y dinero en la bolsa. Así son, samana, los jóvenes que se acercan a mí.

Habló Siddhartha:

-Ya empiezo a aprender de ti. Ayer también aprendí algo. Me quité la barba, me peiné, unté mis cabellos con aceite. Poco es lo que me falta, hermosa: vestidos finos, zapatos elegantes, dinero en la bolsa. Mira, Siddhartha se ha propuesto cosas más difíciles que estas y las ha alcanzado. ¿Cómo no va a conseguir lo que ayer se propuso: ser tu amigo y aprender de ti las alegrías del amor? Me encontrarás dócil, Kamala; he aprendido cosas más difíciles que las que tú has de enseñarme. Así que dime: ¿no te basta Siddhartha como es, con aceite en el pelo, pero sin vestidos, sin zapatos, sin dinero?

Kamala exclamó, riendo:

-No, querido; no basta eso. Debe tener vestidos, vestidos hermosos, y zapatos, zapatos lindos, y mucho dinero en la bolsa, y regalos para Kamala. ¿Te enteras, samana de los bosques? ¿Te has dado cuenta?

-Me he dado cuenta muy bien -exclamó Siddhartha-. ¡Cómo no darse cuenta de lo que viene de una boca así! Tu boca es como un higo recién abierto, Kamala. También mi boca es roja y fresca, te gustará; lo has de ver. Pero dime, hermosa Kamala, ¿no tienes temor del samana de los bosques, que viene a aprender el amor?

-¿Por qué he de tener temor de un samana, de un simple samana de los bosques, salido de entre los chacales y que no sabe todavía lo que son las mujeres?

-¡Oh!, el samana es fuerte y no teme a nadie. Podría forzarte, hermosa muchacha. Podría raptarte. Podría hacerte mal.

-No, samana, eso no me causa temor. ¿Ha tenido miedo nunca un samana o un brahmán de que alguien pudiera venir y robarle su sabiduría, su piedad y su profundidad de espíritu? No, pues todo esto le pertenece, y solo da parte a quien él quiere y cuando quiere. Así es y lo mismo sucede con Kamala y con las alegrías del amor. ¡Bella y roja es la boca de Kamala, pero intenta besarla contra la voluntad de Kamala y no alcanzarás ni una gota de dulzura de sus labios, que saben dar tantas dulzuras! Eres dócil, Siddhartha, así que aprende esto: el amor se puede mendigar, comprar, recibirlo regalado, encontrarlo en la calle, pero no se puede robar. Te has trazado un camino falso. No; sería una pena que un joven tan apuesto como tú quisiera obrar así.

Siddhartha se inclinó, sonriendo.

-Sería una verdadera pena, Kamala, ¡tienes razón! Sería una pena grandísima. No, ¡no se ha de perder ni una gota de dulzura de tu boca, ni de la mía! Quedamos en que Siddhartha volverá cuando tenga lo que le falta: vestidos, zapatos, dinero. Pero dime, noble Kamala, ¿no podrías darme un consejo?

-¿Un consejo? ¿Por qué no? ¿Quién no querrá dar un consejo a un pobre, a un ignorante samana, que viene de entre los chacales del bosque?

-Amada Kamala, aconséjame: ¿dónde iré para alcanzar cuanto antes estas tres cosas?

-Amigo, eso lo sabe cualquiera. Debes hacer lo que has aprendido, y exigir por ello dinero, vestidos y calzado. De otra forma, el pobre nunca llegará a tener dinero. ¿Qué sabes hacer?

-Sé pensar. Sé esperar. Sé ayunar.

-¿Nada más?

-Nada más. También sé hacer versos. ¿Quieres darme un beso por una poesía?

-Te lo daré si me gusta. ¿Cómo dice ese verso?

Siddhartha recitó este poema, después de haber pensado un momento:

En su sombrero vergel entra la hermosa Kamala,

A la puerta del jardín está el bronceo samana.

Al ver esta flor de loto, profundamente se inclina,

Kamala le responde con una sonrisa.

El joven piensa: mejor que ofrendar a los dioses

Es ofrendar a la hermosa Kamala.

Kamala aplaude ruidosamente, y las pulseras de oro acompañan sus palmadas con tintineos armoniosos.

-Bellos son tus versos, bronceo samana, y en verdad que no pierdo nada si te doy un beso por ellos.

Le atrajo hacia sí con los ojos; él inclinó su rostro sobre el de ella, y puso su boca sobre la otra boca, que parecía un higo recién abierto. Kamala le besó largamente, y con profundo asombro sintió Siddhartha cómo le enseñaba, cuán sabia era, cómo le dominaba; le rechazó, le volvió a atraer a sí, y siguióse una serie de besos, todos diferentes unos de otros. Respirando profundamente se incorporó; parecía en aquel momento un niño asombrado de la profusión de ciencia y conocimientos que se ofrecían a sus ojos.

-Tus versos son muy hermosos -exclamó Kamala-; si yo fuera rica te daría montones de oro por ellos. Pero te va a ser difícil ganar con tus versos todo el dinero que necesitas. Pues necesitas mucho dinero para ser amigo de Kamala.

-¡Cómo sabes besar, Kamala!- balbució Siddhartha.

-Sí, lo hago bastante bien; por eso no me faltan vestidos, zapatos, pulseras y otras bellas cosas. Pero ¿qué va a ser de ti? ¿No sabes otra cosa más que pensar, ayunar y rimar?

-Conozco también los cantos de los sacrificios -dijo Siddhartha-, pero no quiero volver a cantarlos. Sé también muchos conjuros, pero no quiero volver a pronunciarlos. He leído manuscritos...

-Alto -interrumpióle Kamala- ¿Sabes leer? ¿Sabes escribir?

-Sí. Y muchos también.

-La mayoría no saben. Yo tampoco. Es una suerte que sepas leer y escribir. También podrás valerte de los conjuros.

En este momento llegó corriendo una criada y susurró al oído de la señora un recado.

-Tengo visita -dijo Kamala-. Marcha en seguida, Siddhartha; nadie debe verte aquí, ¡tenlo muy presente! Mañana volveré a recibirte.

Ordenó a la criada que diera una túnica blanca al piadoso brahmán. Sin darse cuenta de nada, Siddhartha se vio llevado de allí por la criada, introducido en una casa del jardín, obsequiado con una túnica, conducido a la espesura y rogado insistentemente que saliera cuanto antes del parque.

Lleno de contento hizo lo que le pedían. Acostumbrado a moverse en el bosque, salió silenciosamente del jardín saltando la cerca. Muy contento regresó a la ciudad, con la túnica enrollada bajo el brazo. En un mesón donde entraban muchos viajeros se colocó a la puerta, pidió silenciosamente de comer y recibió un trozo de pastel de arroz. "Quizá mañana -pensó- no tenga que pedir de comer."

El orgullo se apoderó de él de repente. Ya no era ningún samana, era indigno andar pidiendo. Dio el trozo de pastel de arroz a un perro y se quedó sin comer.

"Sencilla es la vida que aquí llevan -pensó Siddhartha-. No tiene dificultades. Todo era difícil, penoso y al fin desesperanzador cuando todavía era samana. Ahora todo es fácil, fácil como la lección de besos que Kamala me dio. Necesito dinero y vestidos, casi nada, pequeñeces que no me quitarán el sueño."

Anduvo preguntando por la casa de Kamala, y allí se encontró al día siguiente.

-Todo va bien -dijo ella saliéndole al encuentro-. Te esperan en casa de Kamaswami, el comerciante más rico de esta ciudad. Si le agradas te dará un empleo. Sé prudente, bronceo samana. He logrado que otro le hablara de ti. Sé amistoso con él, es muy poderoso. ¡Pero no sean tan modesto! No quiero que seas su criado, sino su igual; de lo contrario no estaré contenta de ti. Kamaswami empieza a ser viejo y comodón. Si le agradas te confiará muchas cosas.

Siddhartha le dio gracias y sonrió, y cuando Kamala se enteró de que no había comido nada ni ayer ni hoy, mandó traer pan y frutas, y le regaló.

-Has tenido suerte -dijo al despedirle-; una puerta tras otra van abriéndose ante ti. ¿Cómo puede ser esto? ¿Tienes un talismán?

Dijo Siddhartha:

-Ayer te dije que sabía pensar, esperar y ayunar; pero te pareció que esto no servía para nada. Pero sirve de mucho, Kamala, ya lo verás. Comprobarás que el estúpido samana aprendió muchas cosas en el bosque que vosotros no sabéis. Anteayer era yo un mendigo harapiento, ayer ya besé a Kamala, y pronto seré un comerciante y tendré dinero y todas esas cosas en las que pones tanta estima.

-Sí -dijo ella-. Pero ¿qué sería de ti sin mi? ¿Qué serías si Kamala no te ayudara?

-Querida Kamala -dijo Siddhartha, y se irguió-; cuando me llegué a ti en el parque di el primer paso. Era mi intención aprender el amor junto a aquella hermosa mujer. Desde el momento en que tomé aquella determinación sabía también que lo conseguiría. Sabía que me ayudarías; lo supe al recibir tu primera mirada a la puerta del jardín.

-¿Y si yo no hubiera querido?

-Quisiste. Mira, Kamala: cuando arrojas una piedra al agua se va al fondo por el camino más corto. Así sucede cuando Siddhartha se propone algo. Siddhartha no hace nada, espera, piensa, ayuna, pero avanza a través de las cosas del mundo, como la piedra a través del agua, sin hacer nada, sin moverse; es empujado, se deja caer. Su meta le atrae, pues no deja penetrar nada en su alma que pueda entorpecerle el camino hacia su meta. Esto es lo que Siddhartha aprendió junto a los samanas. Esto es lo que los necios llaman sortilegio, y creen que el sortilegio es obrado por los demonios. Los demonios no hacen nada, no hay demonios. Todos pueden obrar prodigios, todos pueden alcanzar su meta si saben pensar, si saben esperar, si saben ayunar.

Kamala le escuchaba. Le gustaba su voz, le gustaba la mirada de sus ojos.

-Quizá sea así como dices, amigo. Pero quizá sea también porque Siddhartha es un guapo mozo, porque su mirada agrada a las mujeres, por lo que la dicha viene a su encuentro.

Siddhartha se despidió con un beso.

-Ojalá sea así, maestra mía. Ojalá te agrade por siempre mi mirada. ¡Ojalá me venga siempre la dicha de ti!

Entre Los Hombres Niños

Siddhartha fue a casa del comerciante Kamaswami, una vivienda suntuosa, y unos criados le introdujeron en una habitación adornada con costosos tapices, donde esperó al amo de la casa.

Kamaswami entró; era un hombre vivo, ágil, de pelo recio y canoso, de ojos cautos, prudentes, de boca codiciosa. Se saludaron amistosamente amo y huésped.

-Me han dicho- empezó a decir el comerciante- que eres un brahmán, un hombre instruido, pero que buscas un empleo en casa de un comerciante. ¿Es que has caído en la pobreza, brahmán, para verte obligado a solicitar un empleo?

-No -dijo Siddhartha-, no he caído en la pobreza, ni he estado nunca en ella. Sabrás que vengo de los samanas, con los que he vivido mucho tiempo.

-Si vienes de los samanas, ¿cómo puedes dejar de estar en la pobreza? ¿Es que los samanas no carecen de todo?

-Yo carezco de todo -dijo Siddhartha-, es como tú piensas. Ciertamente que carezco de todo. Sin embargo, carezco de todo voluntariamente; por eso no estoy en la pobreza.

-¿Y de qué quieres vivir si no tienes nada?

-Todavía no he pensado en ello, señor. He vivido en la pobreza más de tres años, y nunca he pensado en de qué vivir.

-Entonces es que has vivido de la hacienda de otro.

-Posiblemente. También los comerciantes viven de los bienes de los demás.

-Bien hablado. Pero no toma lo de los otros de balde; les da a cambio sus mercancías.

-Así es como debe ser en realidad. Todos toman, todos dan; así es la vida.

-Pero permite: si tú no tienes nada, ¿qué puedes dar?

-Cada cual da lo que tiene. El guerrero da fuerza; el comerciante da mercancías; el maestro, enseñanzas; el labrador, arroz; el pescador, peces.

-Muy bien. ¿Y qué es lo que tú tienes para dar? ¿Qué es lo que tú has aprendido, qué es lo que sabes?

-Yo sé pensar. Yo sé esperar. Yo sé ayunar.

-¿Eso es todo?

-¡Creo que eso es todo!

-¿Y para qué sirve? Por ejemplo, ¿para qué sirve el ayunar?

Para mucho señor. Cuando un hombre no tiene nada de comer, ayunar es lo más razonable que puede hacer. Por ejemplo, si Siddhartha no hubiera aprendido a ayunar, hoy tendría que aceptar cualquier trabajo en tu casa o en cualquier otra parte, pues el hambre le hubiera obligado a ello. Pero, de esta forma, Siddhartha puede esperar tranquilamente, no conoce la impaciencia, no conoce la necesidad, puede dejarse sitiado largo tiempo por el hambre y puede reírse de todo. Por esto es bueno ayunar, señor.

-Tienes razón, samana. Espera un momento.

Kamaswami salió y volvió con un rollo de papel, que alargó a su huésped, mientras le preguntaba.

-¿Sabes leer esto?

Siddhartha examinó el rollo, en el que estaba escrito un contrato, y empezó a leer su contenido.

-Perfectamente -dijo Kamaswami-. ¿Y querías escribirme algo en esta hoja?

Le dio una hoja y un estilo, y Siddhartha escribió en ella y se la devolvió:

Kamaswami leyó:

-Escribir es cosa buena, pero mejor es pensar. La prudencia es buena, pero la paciencia es mejor.

-Escribes muy bien -elogió el comerciante-. Tenemos que hablar de muchas cosas. Te ruego que por hoy seas mi huésped.

Siddhartha dio gracias y aceptó, y vivió en la casa del comerciante. Le trajeron vestidos y zapatos, y un criado le preparaba a diario el baño. Dos veces al día le servían una comida magnífica, pero Siddhartha solo comía una vez al día, y no comía carne, ni bebía vino. Kamaswami le habló de su negocio, le enseñó los almacenes y la tienda, le mostró las cuentas. Siddhartha aprendió muchas cosas nuevas, escuchaba mucho y hablaba poco. Y recordando las palabras de Kamala, no se subordinó nunca al comerciante, le obligó a que le tratara como a su igual, y mejor que a su igual. Kamaswami dirigía su negocio con atención y muchas veces con apasionamiento, pero Siddhartha lo consideraba todo como un juego, cuyas reglas se esforzaba en aprender, pero cuyo contenido no le rozaba el corazón.

No llevaba mucho tiempo en casa de Kamaswami cuando ya tomó parte en el negocio de su amo. Pero a diario, a las horas que ella le marcaba, visitaba a la hermosa Kamala, bien vestido, bien calzado, y pronto pudo llevarla regalos. Mucho le enseñó su boca roja y discreta. Mucho le enseñó su mano delicada y suave. A él, que en amor era todavía un muchacho y por esto estaba inclinado a arrojarle ciego e insaciable al placer como a un abismo, le enseñó a fondo la lección de que no se puede encontrar placer sin dar placer, y que cada gesto, cada caricia, cada contacto, cada mirada, cada trocito del cuerpo tiene su secreto, que prepara la dicha para despertar al iniciado. Le enseñó que los amantes después de una fiesta de amor no pueden separarse uno de otro sin admitirse mutuamente, sin estar vencido igual que él ha vencido, para que no aparezca la saciedad o el vacío en ninguno de los dos y el maligno sentimiento de haber abusado o de que han abusado de él. Pasó horas maravillosas junto a la hermosa y prudente artista, fue su discípulo, su amante, su amigo. Aquí, junto a Kamala, estaba el valor y el sentido de su vida actual, no en el comercio de Kamaswami.

El comerciante le encargó la redacción de cartas y contratos y se acostumbró a discutir con él los negocios más importantes. Pronto se dio cuenta de que Siddhartha entendía muy poco de arroz y algodón, de fletes y mercados, pero sí de que tenía buena mano y de que le superaba en calma e indiferencia y en el arte de saber escuchar e influir en las gentes extrañas.

-Este brahmán- dijo una vez a un amigo- no es un verdadero comerciante, ni lo será nunca; no pone su alma en el negocio. Pero posee el secreto de aquellas personas a las que el éxito sonríe siempre, ya por haber nacido bajo buena estrella, ya por sortilegio, ya por algo que ha aprendido entre los samanas. Siempre parece estar jugando con el negocio, nunca lo acepta en su interior, nunca le domina, nunca teme al fracaso, nunca le preocupa la pérdida.

El amigo aconsejó al comerciante:

-Dale un tercio de las ganancias en los negocios que inicie para ti; pero que pague también un tercio de las pérdidas cuando las haya. Con esto pondrá más celo en los asuntos.

Kamaswami siguió el consejo. Pero Siddhartha se preocupó poco de ello. Si ganaba, lo aceptaba con indiferencia; si había pérdida, sonreía y decía:

-¡Eh, mira, esto no ha ido muy bien!

En realidad parecía que los negocios le tenían sin cuidado. Una vez viajó a una aldea para comprar una cosecha de arroz. Pero cuando llegó ya habían vendido el arroz a otro almacenista. Sin embargo, Siddhartha se quedó varios días en aquel pueblo, convidó a los aldeanos, regaló monedas de cobre a sus hijos, asistió a una boda y regresó muy satisfecho del viaje. Kamaswami le hizo algunos reproches por no haber regresado en seguida, por haber malgastado el dinero. Siddhartha respondió:

-¡Déjate de regaños, querido amigo! Nunca se logra nada con ellos. Si te he causado una pérdida, yo la pagaré. Estoy muy contento de este viaje. He conocido a mucha gente, me he hecho amigo de un brahmán. Los niños han cabalgado sobre mis rodillas, los labradores me han enseñado sus tierras, nadie me ha tratado como a un comerciante.

-¡Muy bonito todo eso! -gritó Kamaswami, malhumorado-; sin embargo, tú eres un comerciante, creo yo! ¿O es que solo viajaste por capricho?

-Efectivamente- dijo, sonriendo Siddhartha-, he viajado por capricho. ¿Por qué si no? He conocido hombres y comarcas, he gozado de amistades y confianzas, he encontrado amigos. Mira, querido, si

yo hubiera sido Kamaswami, al ver que la compra había fracasado, me hubiera vuelto con premura y lleno de enojo, y hubiera perdido tiempo y dinero en realidad. De esta forma, en cambio, he aprendido, he gozado de paz, no he molestado a los demás ni a mí mismo con enojos y premuras. Y si alguna vez vuelvo por allí para comprar quizá una cosecha venidera, o con cualquier otro motivo, todos me recibirán amistosamente y con calor, y me alabaré de no haberme mostrado antes malhumorado. Así que déjalo estar, amigo, y no te disgustes reprendiéndome. Si llega el día en que veas que Siddhartha te perjudica, di una palabra y Siddhartha se irá por su camino. Per hasta entonces deja que vivamos contentos los dos.

Vanos fueron también los intentos de hacer ver a Siddhartha que estaba comiendo su pan, el del comerciante. Siddhartha comía su propio pan, mejor dicho, ambos estaban comiendo el pan de los demás, el pan de todos. Nunca prestaba oídos Siddhartha a las preocupaciones de Kamaswami, y Kamaswami las tenía en abundancia. Si una operación amenazaba ruina, si un envío se extraviaba, si un deudor no podía pagar, nunca pudo Kamaswami convencer a su socio de que era útil pronunciar palabras de preocupación o de cólera, tener arrugas en la frente, dormir mal. Cuando Kamaswami le dijo una vez que todo lo que sabía lo había aprendido de él, le contestó:

-¡No digas tonterías! De ti no he aprendido otra cosa que el precio de un cesto de pescado o el tanto por ciento que debe rentar un dinero prestado. Esa es toda tu ciencia. Contigo no he aprendido a pensar, querido Kamaswami; antes bien, procura tú aprenderlo de mí.

En realidad no tenía el alma en el negocio. Los negocios eran buenos y le daban dinero para Kamala, y le traían más de lo que necesitaba. Por lo demás, Siddhartha no sentía simpatía y curiosidad más que por los hombres, cuyos negocios, trabajos, preocupaciones, diversiones y locuras habían sido antes para él cosas tan extrañas y lejanas como la Luna. Fácilmente logró hablar con todos, vivir con todos, aprender de todos, pero estaba convencido de que había algo que le separaba de ellos: su cualidad de samana. Veía vivir a los hombres de una manera infantil o bestial que le agradaba y despreciaba al mismo tiempo. Les veía afanarse, les veía sufrir y envejecer por cosas que le parecían enteramente indignas de este precio, por el dinero, por pequeños goces, por pequeños honores, los veía disputar entre sí e injuriarse. Los veía quejarse de dolores, de los que el samana se reía, y sufrir por privaciones que un samana no sentía.

Siempre estaba dispuesto a recibir todo lo que estos hombres le traían. Bienvenidos eran para él los comerciantes que le ofrecían lino, bienvenidos los que estaban llenos de deudas y venían a contraer otra, bienvenidos los mendigos que se pasaban más de una hora contándole la historia de su pobreza, y ninguno de los cuales era tan pobre como un samana. A los ricos comerciantes extranjeros no los trataba ni mejor ni peor que al criado que le afeitaba, y al vendedor ambulante, del que se dejaba engañar en unas monedas al comprarle bananas. Cuando Kamaswami se le acercaba para lamentarse de sus contrariedades o para hacerle reproches por una operación le escuchaba con interés, se admiraba de él, intentaba comprenderle, le daba un poco la razón, todo lo que le parecía imprescindible, y le dejaba para atender al primero que venía en su busca. Pues eran muchos los que venían a él; muchos, para tratar con él; muchos, para engañarle; muchos, para sondearle; muchos, para excitar su compasión; muchos para oír su consejo. El daba consejo, se compadecía, regalaba, se dejaba engañar un poco, y todo este juego y la pasión que todos los hombres ponían en este juego ocupaban su pensamiento tanto como en otro tiempo habían entretenido a los dioses y a Brahma.

De cuando en cuando sentía en el fondo del pecho una voz apagada, mortecina, que amonestaba quedamente, que se quejaba débilmente, tanto que apenas la entendía. Después se daba cuenta por un momento de que llevaba una vida extraña, que hacía cosas pomposas, que no eran más que un juego, que estaba demasiado alegre y a veces sentía paz, pero que la propia vida se deslizaba sin embargo a su lado y no le rozaba. Como un jugador juega con su pelota, así jugaba él con sus negocios, con los hombres que le rodeaban, los contemplaba, se divertía con ellos; con el corazón, con la fuente de su ser, nunca estaba en nada de esto. La fuente manaba en alguna parte, lejos de él, manaba y manaba invisible; no tenía nada que ver con su vida. Y a veces se sobrecogía ante estos pensamientos y deseaba que le fuera concedido a él también el poder compartir la infantil actividad del día con pasión y con el corazón, vivir de verdad, trabajar de verdad, gozar y vivir de verdad, en lugar de estar allí sólo como simple espectador.

Pero siempre volvía junto a la hermosa Kamala, aprendía el arte de amar, practicaba el culto del placer, donde más que en parte alguna es una misma cosa el dar y recibir; charlaba con ella, aprendía de ella, le daba consejos y los recibía. Ella le comprendía mejor que Govinda le había comprendido en otro tiempo, era semejante a él.

Una vez le dijo:

-Eres como yo, eres distinta a la mayoría de las gentes. Eres Kamala, no otra, y dentro de ti hay una paz y un refugio en el que penetras a veces y puedes estar a solas contigo misma, como yo también suelo hacer. Pocos hombres tienen esto, y, sin embargo, todos podrían tenerlo.

-No todos los hombres son juiciosos- dijo Kamala.

-No-dijo Siddhartha-, no consiste en eso, Kamaswami es tan juicioso como yo, y no obstante no tiene un refugio dentro de sí. Otros lo tienen, los que en espíritu son semejantes a los niños. La mayoría de los hombres, Kamala, son como hojas que caen del árbol, revolotean en el aire, vacilan y caen al suelo. Pero otros, unos pocos, son como estrellas que recorren un camino fijo, no las alcanza el viento y llevan en sí su propia ley y su propio rumbo. Entre todos los sabios y samans que he conocido no encontré más que uno de estos y no le puedo olvidar. Es aquel Gotama, el Sublime, el profeta de aquella doctrina. Miles de jóvenes escuchan cada día su doctrina, siguen a diario sus preceptos, pero todos ellos son hojas desprendidas, no llevan en sí mismos la doctrina y la ley.

Kamala le observó con una sonrisa.

-Otra vez vuelves a hablar de él-dijo, vuelves a tener pensamientos de samana.

Siddhartha calló, y se entregaron al juego del amor, uno de los treinta o cuarenta juegos distintos que Kamala sabía. Su cuerpo era flexible como el del jaguar y como el arco del cazador; quien había aprendido de ella el amor, era perito en muchos deleites y conocía muchos secretos. Mucho tiempo estuvo jugando con Siddhartha: le sedujo, le rechazó, le forzó, le abrazó, se alegró de su maestría, hasta que le venció y descansó agotado a su lado.

La hetaira se inclinó sobre él, le miró largamente a la cara, a los ojos fatigados.

-Eres el mejor amante que he tenido-dijo pensativa-. Eres más fuerte que los otros, más tratable, más complaciente. Bien has aprendido mi arte, Siddhartha. Cuando sea vieja quiero tener un hijo tuyo. Y, sin embargo, querido, sigues siendo un samana; sin embargo, no me amas, no amas a nadie. ¿No es así?

-Es posible-dijo Siddhartha, fatigado-. Soy como tú. Tú tampoco amas. ¿Cómo podrías si no practicar el amor como un arte? Los seres de nuestra clase quizá no pueden amar. Los hombres infantiles lo pueden; este es su secreto.

Sansara

Hacía tiempo que Siddhartha venía viviendo la vida del mundo y del placer sin pertenecer a ella. Sus sentidos, a los que durante los años ardientes del samana había matado, habían vuelto a despertar, había gozado de la riqueza, del placer, del poderío; sin embargo, había seguido siendo con el corazón un samana, como Kamala, la inteligente, había adivinado. Su vida seguía asentada en el arte de pensar, de esperar, de ayunar; los hombres infantiles del mundo seguían siendo extraños para él, como él lo era para ellos.

Los años pasaban y Siddhartha apenas se daba cuenta. Se había hecho rico; hacía tiempo que poseía una casa y una servidumbre propias, y una quinta fuera de la ciudad, junto al río. Las gentes le querían, venían a él cuando necesitaban dinero o consejo, pero nadie había intimado con Siddhartha, excepto Kamala.

Aquel alto y luminoso estar despierto, que en otro tiempo, en los albores de su juventud había experimentado, en los días que siguieron al sermón de Gotama, después de la separación de Govinda, aquella tensa esperanza, aquel orgulloso aislamiento sin doctrinas ni maestros, aquella flexible disposición para escuchar la voz divina en el propio corazón, se habían convertido poco a poco en recuerdos, se habían hecho perecederos; lejana y mansa susurraba la fuente bendita, que antes había manada próxima, que antes había susurrado dentro de él. Era cierto que lo que había aprendido con los samanas, con Gotama, con su padre el brahmán, había permanecido mucho tiempo en él: vida frugal, alegría en el pensar, las horas de meditación, secretos conocimientos de sí mismo, del eterno yo, que no es cuerpo ni conciencia. Mucho de aquello había quedado en él, pero aquellas cosas habían ido desapareciendo unas tras otras y se habían cubierto de polvo. Como el torno del alfarero, una vez puesto en marcha gira mucho tiempo y va disminuyendo su velocidad lentamente hasta inmovilizarse, así giró por mucho tiempo en el alma de Siddhartha la rueda del ascetismo, la rueda del pensar, la rueda del discernimiento, y siguió girando siempre, pero lenta y vacilante, próxima a detenerse. Lentamente, como penetra la humedad en el tronco del árbol moribundo, hinchándole y pudriéndole, así había penetrado en el alma de Siddhartha el mundo y la indolencia; lentamente fueron pudriendo su alma, volviéndola pesada, fatigándola, adormeciéndola. En cambio, sus sentidos se habían vuelto más vivos, habían aprendido mucho, habían experimentado mucho.

Siddhartha había aprendido a llevar un negocio, a ejercer el poder sobre los hombres, a gozar con las mujeres; había aprendido a llevar hermosos vestidos, a mandar a los criados, a bañarse en aguas perfumadas. Había aprendido a comer platos cuidadosamente preparados, pescado, también carne y aves, especias y confitería, y a beber vino, que nos vuelve perezosos y nos hace olvidar. Había aprendido a jugar a los dados y al ajedrez, a contemplar a las bailarinas, a dejarse llevar en una silla, a dormir en un blando lecho. Pero siempre se había sentido diferente de los demás y superior a ellos; siempre los había mirado con un poco de mofa, con un poco de orgulloso desprecio, con aquel desprecio precisamente que siempre siente un samana hacia las gentes del mundo. Si Kamaswami estaba enfermo, si estaba enojado, si se sentía ofendido, si le atormentaba con sus preocupaciones de comerciante, Siddhartha lo consideraba todo con orgullo. Lenta e imperceptiblemente, al venir el tiempo de la recolección o la época de las lluvias, su orgullo se apaciguaba, se acallaba su sentimiento de superioridad. Solo lentamente, en medio de su creciente enriquecimiento, Siddhartha había recogido algo del modo de ser de los hombres-niños, algo de su infantilismo y de su angustia. Y sin embargo los envidiaba, los envidiaba tanto más cuanto más se parecía a ellos. Los envidiaba por lo único que a él le faltaba y

ellos poseían, por la importancia que querían dar a su vida, por el apasionamiento de sus alegrías y angustias, por la mezquina, pero dulce dicha de su eterno enamoramiento. Estos hombres estaban siempre enamorados de sí mismos, de sus mujeres, de sus hijos, de los honores o del dinero, de sus planes o de sus esperanzas. Pero él no aprendió esto de ellos, esto precisamente no, esta alegría o esta locura infantiles; aprendió de ellos precisamente lo desagradable, lo que él mismo despreciaba. Con mucha frecuencia le sucedía que, a la mañana siguiente de una velada en sociedad, se atardaba en el lecho y se sentía descontento y fatigado. Sucedió que se ponía irascible e impaciente si Kamaswami le aburría con sus cuitas. Sucedió que reía demasiado alto cuando perdía a los dados. Su rostro era siempre más prudente y espiritual que el de los demás, pero sonreía raras veces, y tomaba alguna de aquellas expresiones que tanto suelen verse en las caras de la gente adinerada; aquellas expresiones del descontento, de la enfermedad, del mal humor, de la indolencia, del egoísmo. Lentamente se fue apoderando de él la enfermedad del alma de los ricos.

Como un velo, como una fina niebla fue cayendo sobre Siddhartha la fatiga, lentamente, cada día un poco más tupido, cada mes un poco más sombrío, cada año un poco más pesado. Como un vestido nuevo envejece con el tiempo, pierde con el tiempo sus hermosos colores, aparecen las manchas, surgen las arrugas, se deshilacha en los dobleces y empiezan a aparecer aquí y allá tazaduras, así le ocurrió a la nueva vida de Siddhartha; la vida que inició después de la separación con Govinda, envejeció, perdió con los años los colores y el brillo, se acumularon sobre ella las arrugas y las manchas, y ocultos en el fondo, mirando ya odiosamente hacia fuera, esperaban la decepción y el asco. Siddhartha no lo notaba. Solo se daba cuenta de que aquella clara y segura voz de su interior, que antes estaba despierta en él y siempre le había guiado en sus tiempos esplendorosos, ahora estaba muda.

El mundo le había atrapado; el placer, el ansia, la pereza, y últimamente también aquel lastre que él siempre había tenido por el más insensato y al que había despreciado y escarnecido más: la codicia de bienes. También le tenían cogido la propiedad, la posesión y la riqueza; ya no eran estas para él un juego y una frivolidad, sino cadenas y hierros. Por un extraño y sutil camino había venido Siddhartha a caer en esta última dependencia insultante: por el juego a los dados. Desde el momento mismo en que había dejado de ser en su corazón un samana, Siddhartha empezó a jugar con furor y pasión por ganar dinero y joyas, afición que había adquirido en otro tiempo, creyéndola una inofensiva costumbre de los hombres-niños. Era un temido jugador; pocos se arriesgaban a enfrentársele por ser muy elevadas sus posturas. Jugaba por una necesidad de su corazón: el perder y el derrochar el maldito dinero le causaba una alegría colérica; de ninguna otra manera más clara y burlona podía mostrar su desprecio de la riqueza, del ídolo de los comerciantes. Jugaba fuerte y despiadado, odiándose a sí mismo, despreciándose a sí propio, embolsaba miles, tiraba miles, perdía el dinero, perdía las joyas, perdía una casa, volvía a ganar, volvía a perder. Aquella angustia, aquella angustia temerosa e inquietante que sentía al arrojar los dados, al hacer una de aquellas posturas tan elevadas, le satisfacía ya agradaba y procuraba renovarla siempre, acrecentarla siempre, hacerla cada vez más excitante, pues solo en esta sensación sentía algo así como un gozo, algo así como una borrachera, algo así como una vida realzada en medio de su vida saciada, indiferente, insípida. Y después de cada gran pérdida pensaba en nuevas riquezas, se entregaba al comercio, exigía severamente el pago de las deudas, pues quería seguir jugando, quería seguir derrochando, quería seguir mostrando a la riqueza todo su desprecio. Siddhartha perdió la calma en las pérdidas comerciales, perdió la paciencia ante los pagadores morosos, perdió la bondad de corazón ante los pordioseros, perdió el gusto de regalar y prestar el dinero al solicitante. El, que perdía diez mil en una postura y se reía de ello, era en la tienda severo y minucioso, ¡soñaba a menudo con el oro! Y todas las veces que despertaba de este odioso embrujamiento, todas las veces que se miraba al espejo de la pared de su dormitorio, viéndose envejecer y afearse; todas las veces que le acometía el asco y la vergüenza, volvía al placer del juego, al ensordecimiento del placer, del vino, y de allí, al ansia de amontonar riqueza. En este insensato círculo se movía fatigándose, envejeciendo, enfermando.

Entonces tuvo un sueño admonitorio. Había estado al atardecer con Kamala en su hermosa quinta. Se habían sentado bajo los árboles, y durante la conversación, Kamala había pronunciado unas palabras reflexivas, palabras tras las cuales se ocultaba la tristeza y la lasitud. Le había pedido que hablara de Gotama, y no se cansaba de oírle ensalzar la tranquilidad y la belleza de su boca, la bondad de

su sonrisa, la majestuosidad de su andar. Después de haber hablado un buen rato del sublime Buda, Kamala suspiró y dijo:

-Algún día, quizá muy pronto, yo también iré en pos de ese Buda. Le regalaré mi parque y me refugiaré en su doctrina.

Pero luego le había incitado, le había atraído al juego del amor con doloroso ardor, entre mordiscos y lágrimas, como si quisiera exprimir las últimas y dulces gotas de aquel gozo vano y pasajero. Nunca había sido tan evidente para Siddhartha la semejanza del placer con la muerte. Luego estuvo tendido a su lado, y el rostro de Kamala reposó muy cerca del suyo, y en sus ojos y en las comisuras de su boca leyó claramente, como no lo había leído nunca con tanta claridad, un receloso escrito, un escrito de finas líneas, de suaves surcos; un escrito que recordaba el otoño y la vejez, y que Siddhartha mismo, que ya estaba en los cuarenta, tenía canas entre sus cabellos negros. En el rostro bello de Kamala estaba escrito el cansancio, cansancio de haber recorrido un largo camino, que no tenía ningún alegre final, cansancio y un comenzar a marchitarse, y una inquietud secreta, no confesada, quizá no pensada tampoco: temor a la vejez, temor al otoño, temor de tener que morir. Se despidió de ella suspirando, con el alma llena de disgusto y de secreto desasosiego.

Luego, Siddhartha pasó la noche en casa, rodeado de bayaderas, bebiendo vino, fingiendo ser superior a sus iguales, lo que ya no era; bebió mucho vino, y mucho después de la medianoche se fue a la cama, cansado, y, sin embargo, excitado, próximo al llanto y a la desesperación; esperó mucho tiempo y en vano que viniera el sueño, con el corazón lleno de una aflicción que nunca creyó poder soportar, lleno de un hastío del que se sentía traspasado como del tibio y dulzón gusto del vino, de la música demasiado dulce y melancólica, de las sonrisas demasiado blandas de las bailarinas, del perfume demasiado dulce de sus cabellos y pechos. Pero más que todas estas cosas, estaba asqueado de sí mismo, de su cabello oloroso, del aliento vinoso de su boca, del somnoliento cansancio y disgusto de su piel. Como cuando uno que ha comido y bebido demasiado devuelve entre fatigas, pero se alegra del alivio que siente, así deseaba el desvelado librarse, en una oleada de asco, de estos deleites, de estas costumbres, de toda esta vida insensata y hasta de sí mismo. Cuando ya clareaba y empezaba a despertar la primera actividad en la calle, delante de su casa de la ciudad, se quedó traspuesto y atrapó por unos momentos el sueño. Y soñó:

Kamala tenía en una jaula de oro un extraño pájaro cantor. Con este pájaro soñó. Soñó que este pájaro se había quedado mudo, el pájaro que en otros tiempos siempre cantaba por las mañanas, y como le sorprendiera este silencio, se acercó a la jaula y miró al interior de ella: allí estaba el pajarillo, muerto y tieso en el suelo. Lo sacó fuera, lo meció un momento en la mano y luego lo arrojó a la calle, y en el mismo momento se estremeció terriblemente y sintió un dolor en el corazón, como si con aquel pajarillo muerto hubiera arrojado de sí todo lo bueno y de valor que tenía dentro.

Al despertar sobresaltado de este sueño, sintióse sumido en profunda tristeza. Le parecía que había llevado una vida despreciable e insensata; en las manos no le había quedado nada vivo, nada apreciable o digno de conservarse. Estaba solo y vacío, como un náufrago en la orilla.

Siddhartha se retiró, sombrío, a una quinta de placer, que le pertenecía; cerró las puertas, se tendió bajo un mango, sintió la muerte en el corazón y el horror en el pecho; vio y sintió que algo moría en él, se marchitaba e iba a su fin. Poco a poco reunió sus pensamientos y volvió a recorrer el camino de su vida, desde los primeros días que podía recordar. ¿Cuándo había sentido una dicha, un verdadero placer? ¡Oh!, sí, muchísimas veces lo había experimentado. En sus sueños de adolescente lo había gozado, cuando alcanzaba la alabanza de los brahmanes, cuando, dejando atrás a los de su edad, recitando los versos sagrados, discutiendo con los sabios, se había ganado el puesto de ayudante en los sacrificios. Entonces había sentido en su corazón: "Un camino se abre ante ti, hacia el cual eres llamado; los dioses te esperan." Y otra vez, de joven, cuando la meta cada vez más alta de toda meditación le sacó y arrastró del tropel de aspirantes al Nirvana, cuando corría entre dolores en torno al sentido de Brahma, cuando cada nuevo conocimiento solo hacía que encender nueva sed, cuando, en medio de la sed, en medio de los dolores, volvió a sentir: "¡Adelante! ¡Adelante! ¡Has sido llamado!" Percibió aquella voz cuando dejó su patria y eligió la vida de los samanas, y otra vez, cuando abandonó a los samanas para ir hacia aquel Perfecto, y cuando dejó a este para correr hacia lo incierto. ¡Cuánto tiempo hacía que no oía esta voz, cuánto tiempo que no alcanzaba una cima, qué llano y yermo su camino,

cuán largos años sin un fin elevado, sin sed, sin exaltación, contentándose con pequeños placeres, y, sin embargo, siempre insatisfecho! Todos estos años se había esforzado, sin saberlo, en ser un hombre como todos estos, como estos niños, y con ello su vida había sido más miserable y pobre que la de ellos, pues sus fines no eran los de él, ni sus preocupaciones; todo este mundo de los hombres como Kamaswami había sido solamente un juego para él, una danza que se contempla, una comedia. Solo Kamala le era amada, solo ella tenía un valor para él. Pero ¿seguía siéndolo? ¿La necesitaba todavía? ¿O era ella la que le necesitaba a él? ¿Estarían representando una comedia sin fin? ¿Era necesario vivir para esto? ¡No, no era necesario! Esta comedia se llamaba Sansara, un juego de niños, un juego encantador para ser jugado una vez, dos, diez veces. Pero ¿toda una vida?

Entonces Siddhartha se dio cuenta de que el juego había llegado a su fin, de que ya no podía seguir jugándolo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, por fuera y por dentro, y sintió que algo había muerto.

Todo aquel día lo pasó sentado bajo el mango, pensando en su padre, pensando en Govinda, pensando en Gotama. ¿Tuvo que abandonar todo esto para convertirse en un Kamaswami? Siguió sentado allí cuando ya había cerrado la noche. Al mirar hacia arriba, vio las estrellas y pensó: "Aquí estoy sentado bajo mi mango, en mi quinta." Sonrió un poco. ¿Era necesario, pues, era verdad, no era una comedia insensata que él poseyera un mango, un jardín?

También aquello acabó, también murió esto en él. Se levantó, se despidió del mango y del jardín. Como había pasado todo el día sin comer, sintió un hambre terrible, y pensó en su casa de la ciudad, en su cuarto y en su cama, en la mesa con sus manjares. Sonrió, fatigado; se sacudió y se despidió de todas estas cosas.

En aquella misma hora abandonó Siddhartha su jardín, abandonó la ciudad y no volvió nunca más. Kamaswami le hizo buscar mucho tiempo, creyendo que habría caído en manos de los ladrones. Kamala no le hizo buscar. Cuando supo que Siddhartha había desaparecido, no se maravilló. ¿No lo había esperado siempre? ¿No era un samana, un apátrida, un peregrino? La última vez que estuvieron juntos lo había sentido, y se alegraba en medio del dolor de la pérdida, de haberle atraído tan íntimamente hacia su corazón aquella última vez, de haberse sentido penetrada y poseída una vez más tan enteramente por él.

Cuando recibió la primera noticia de la desaparición de Siddhartha, se acercó a la ventana, donde, en una jaula de oro, tenía un pájaro cantor. Abrió la puerta de la jaula, sacó el pajarillo y lo dejó volar. Se quedó mirándolo volar largo rato. Desde aquel día no volvió a recibir a ningún visitante más, y mantuvo cerrada su casa. Pero al poco tiempo tuvo la certeza de que estaba embarazada de la última unión con Siddhartha.

En el Río

Siddhartha caminaba por el bosque, lejos ya de la ciudad, y solo sabía que ya no podía volver atrás, que la vida que había llevado estos últimos años había terminado y la había apurado hasta la saciedad. El pájaro cantor de su sueño había muerto. Muerto estaba el pájaro cantor de su corazón. Se había hundido profundamente en el sansara, había sorbido por todas partes hastío y muerte, como un cisne sobre agua, hasta saciarse. Saciado estaba de fastidio, de miseria, de muerte; ya no había en el mundo nada que le pudiera atraer, alegrar o consolar.

Deseaba ardientemente no saber ya nada de sí, gozar de paz, estar muerto. ¡Si viniera un rayo y le fulminara! ¡Si apareciera un tigre que le despedazara! ¡Si hubiera un vino, un veneno, que le aturdiera, que le hiciera olvidar y dormir sin ningún despertar! ¿Había alguna suciedad con la que no se hubiera emporcado, algún pecado o locura que no hubiera cometido, alguna tristeza del alma que no se hubiera echado encima? ¿Era posible seguir viviendo? ¿Era posible seguir respirando, sentir hambre, volver a dormir, volver a acostarse con una mujer? ¿No había concluido para él aquel círculo? ¿No se había cerrado?

Siddhartha llegó al gran río del bosque, al mismo río que, siendo joven y viniendo de la ciudad de Gotama, atravesó con el barquero. A sus orillas se detuvo, vacilante. El cansancio y el hambre le habían debilitado. ¿Y por qué había de seguir caminando? ¿Adónde iría? ¿Hacia qué meta? No, ya no había ninguna meta, ya no había más que el profundo y doloroso deseo de arrojar de sí todo aquel sueño desordenado, de escupir aquel vino insípido, de poner fin a esta vida lamentable y llena de ignominia.

Sobre la orilla del río se encorbaba un árbol, un cocotero, en cuyo tronco se apoyó Siddhartha de espaldas, rodeó con los brazos el tronco y miró hacia las verdes aguas, que se deslizaban a sus pies; miró hacia arriba y se halló enteramente poseído del deseo de dejarse caer en ellas. Un horrible vacío se reflejó en las aguas, en respuesta al horrible vacío de su alma. Sí, había llegado a su fin. Ya no había para él otra cosa que anularse, que romper la imagen malograda de su vida y arrojarla sonriendo burlescamente a los pies de los dioses. Este era el gran crimen de que se acusaba: ¡la muerte, la destrucción de la forma, que odiaba! ¡Ojalá le comieran los peces a este perro de Siddhartha, a este cuerpo insensato, echado a perder y marchito; a esta alma relajada y profanada! ¡Ojalá le devoraran los peces y los cocodrilos, ojalá le destrozaran los demonios!

Con rostro desfigurado miraba a las aguas, vio reflejado en ellas su rostro, y escupió. Con profundo cansancio, soltó los brazos del tronco del árbol, se enderezó un poco para caer verticalmente, y cayó con los ojos cerrados en busca de la muerte.

Entonces surgió de las apartadas regiones de su alma, del pasado de su vida fatigada, un son. Era una palabra, una sílaba, que pronunció para sí, sin conciencia, con voz balbuciente. Era el viejo principio y final de todas las oraciones brahmánicas, el sagrado "Om", que significaba tanto como "el Perfecto" o "la Consumación". Y en el instante en que el sonido "Om" hirió el oído de Siddhartha, su adormecido espíritu despertó de repente, y reconoció la locura de su acción.

Siddhartha se estremeció profundamente. ¡Así estaba, tan perdido, tan confuso y abandonado de todo conocimiento, que había podido salir en busca de la muerte y había dejado alentar dentro de sí este deseo, este deseo infantil: encontrar la paz anulando su cuerpo! Lo que no habían logrado en todos los tormentos de estos últimos tiempos, todas las decepciones, todas las desesperanzas, lo alcanzó en el momento en que el Om penetró en su conciencia: que se reconociera en su miseria y en su error.

"¡Om! -dijo para sí-. ¡Om!"

Y recordó todo lo que había olvidado de Brahma, de la indestructibilidad de la vida, de la divinidad.

Pero todo esto no duró más que un instante, que un relámpago. Siddhartha se desplomó al pie del cocotero, puso su cabeza sobre las raíces del árbol y cayó en un profundo sueño.

Un sueño profundo y libre de ensueños, como no lo había tenido en mucho tiempo. Cuando al cabo de muchas horas despertó, le parecía que habían transcurrido diez años; oyó el suave deslizarse de las aguas, no supo dónde estaba ni quién le había traído aquí; abrió los ojos, miró con extrañeza los árboles y el cielo sobre él, y recordó dónde estaba y cómo había llegado hasta aquí. Pero necesitó para esto un buen espacio de tiempo, y el pasado le parecía envuelto en un velo, infinitamente lejano, infinitamente indiferente. Solo sabía que había abandonado su vida anterior (en el primer momento de recobrar la conciencia, esta vida pasada le parecía una lejana encarnación, como un temprano nacimiento de su yo actual), que lleno de hastío y aflicción había intentado quitarse la vida, pero que junto a un río, bajo un cocotero, le había venido a los labios la sagrada palabra Om, luego se había adormecido y ahora miraba al mundo como un hombre nuevo. Pronunció en voz baja la palabra Om, con la que se había adormecido, y le pareció que aquel largo sueño no había sido otra cosa que un prolongado y profundo coloquio con Om, un pensar en Om, una sumersión en Om, un penetrar enteramente en Om, en lo Sin Nombre, en lo Perfecto.

¡Que sueño tan prodigioso aquel! ¡Nunca le había refrescado tanto un sueño, renovado y rejuvenecido! ¡Quizá estaba realmente muerto y había reencarnado bajo una nueva forma. Pero no, se reconocía, reconocía sus manos y sus pies, conocía el paraje en que se encontraba, conocía este yo en su pecho, a este Siddhartha voluntarioso, extravagante; pero este Siddhartha había cambiado, sin embargo, estaba renovado, notablemente despierto, gozoso y lleno de curiosidad.

Siddhartha se incorporó, entonces se vio sentado frente a un hombre, un hombre extraño, un monje de amarilla túnica, con la cabeza afeitada, en postura de estar meditando. Examinó al hombre, que no tenía cabellos ni barba, y a poco reconoció en aquel monje a Govinda, el amigo de su juventud; Govinda, el que había buscado refugio junto al sublime Buda. Govinda había envejecido, él también, pero su rostro seguía teniendo los antiguos rasgos, que hablaban de celo, de fidelidad, de anhelo, de inquietud. Pero cuando Govinda, al sentir sus miradas, abrió los ojos y le miró, Siddhartha se dio cuenta de que Govinda no le reconocía. Govinda se alegró de encontrarle despierto, se comprendía que llevaba allí mucho tiempo sentado, esperando a que despertara, aunque no le había reconocido.

-He dormido -dijo Siddhartha-. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-Has dormido- respondió Govinda-. No es bueno dormir en semejante sitio, donde abundan las serpientes y en una senda frecuentada por todas las fieras del bosque. Yo, ¡oh señor!, soy un discípulo del sublime Gotama, el Buda, del Sakyamuni; venía peregrinando por este camino con unos cuantos de los nuestros, te vi tendido y durmiendo en un lugar donde es peligroso dormir. Intenté despertarte, ¡oh señor!, y entonces vi que tu sueño era muy profundo; me retrasé de los míos y me senté frente a ti. Y luego me parece que yo también me he dormido, en vez de velar tu sueño. He cumplido mal mi tarea, la fatiga me rindió. Pero ahora que ya has despertado, déjame marchar para que pueda reunirme con mis hermanos.

-Te agradezco, samana, que hayas velado mi sueño -habló Siddhartha-. Amables sois los discípulos del Sublime. Ahora ya puedes marchar.

-Me voy, señor. Que el señor siga bien.

-Gracias, samana.

Govinda hizo el ademán de saludo y dijo:

-Adiós.

-Adiós, Govinda- dijo Siddhartha.

El monje se detuvo.

-Perdona, señor, ¿de qué conoces mi nombre?

Siddhartha sonrió.

-Te conozco, Govinda, de la choza de tu padre, y de la escuela de los brahmanes, y de los sacrificios, y de nuestra ida junto a los samanas, y de aquella hora en que tú buscaste refugio en el Sublime en el bosquecillo de Jetavana.

-¡Tú eres Siddhartha!- exclamó Govinda en voz alta-. Ahora te reconozco, y no comprendo cómo no he podido hacerlo antes. Sé bienvenido, Siddhartha; grande es mi alegría al volver a verte.

-Yo también me alegro de ello. Has sido el vigilante de mi sueño, te doy gracias por ello otra vez, aunque no necesitaba ningún celador. ¿Adónde vas, oh amigo?

-A ninguna parte. Nosotros los monjes siempre estamos de camino, mientras no llueve; siempre andamos de pueblo en pueblo, vivimos según nuestra regla, enseñamos la doctrina, aceptamos limosnas, seguimos nuestro camino. Siempre así. Pero tú, Siddhartha, ¿a dónde vas?

Habló Siddhartha:

También a mí me ocurre lo propio, amigo. No voy a ninguna parte. Estoy de camino solamente. Peregrino.

Govinda habló:

-Dices que peregrinas, y te creo. Pero perdona, ¡oh Siddhartha!, no pareces un peregrino. Llevas vestidos de rico, calzas zapatos como una persona de calidad, y tu pelo, que huele a aguas perfumadas, no es el cabello de un peregrino ni el cabello de un samana.

-Querido, bien lo observas todo, todo lo ven tus ojos. Pero yo no he dicho que sea un samana. Digo que peregrino. Y así es: voy peregrinando. -Peregrinas- dijo Govinda-. Pero pocos peregrinan en semejante vestido, pocos con semejante calzado, pocos con semejantes cabellos. Nunca he encontrado un peregrino semejante en mis muchos años de peregrinaje.

-Te creo, Govinda. Pero ahora, hoy, has tropezado con un peregrino así, con estos zapatos, con este vestido. Recuerda, querido: pasajero es el mundo de las formas, pasajero, muy pasajeros, son nuestros vestidos, y lo que cubre nuestros cabellos, y hasta nuestros cabellos y cuerpo mismos. Traigo vestidos de rico, como bien has observado. Los traigo porque he sido rico, y traigo el pelo como la gente mundana y voluptuosa por haber sido uno de ellos.

-Y ahora, Siddhartha, ¿qué eres?

-No lo sé; sé tan poco sobre esto como tú. Estoy de camino. Era un rico y ya no lo soy, y no sé lo que será mañana.

-¿Has perdido tu riqueza?

-La he perdido, o ella a mí. La he perdido o me la han robado. Rápidamente gira la rueda de la fortuna, Govinda. ¿Qué se ha hecho del brahmán Siddhartha? ¿Qué del samana Siddhartha? ¿Qué del rico Siddhartha? Rápidamente cambia lo perecedero, Govinda, bien lo sabes.

Govinda miró largamente al amigo de su juventud, con duda en los ojos. Luego le saludó como se saluda a la gente principal, y siguió su camino.

Siddhartha le siguió con la mirada, sonriendo; amaba cada vez más a este fiel, a este angustiado. ¡Y cómo podría dejar de amar a nadie después de este sueño maravilloso, traspasado como estaba por el Om! En esto precisamente consistía el encanto operado en él por el sueño y el Om, en que todo lo amaba, en que sentía un alegre amor por todo lo que veía. Y precisamente por esto ahora le parecía que si antes había estado tan enfermo era porque no había podido amar a nada ni a nadie.

Siddhartha siguió con la mirada al monje que se alejaba, con rostro sonriente. El sueño le había fortalecido, pero el hambre le atormentaba mucho, pues hacía dos días que no comía nada, y estaba muy lejos el tiempo en que sabía resistir el hambre. Con pena y, sin embargo, también con risas pensó en aquel tiempo. Entonces, ahora lo recordaba, se había vanagloriado delante de Kamala de tres cosas, era capaz de tres habilidades nobles e invencibles: ayunar, esperar, pensar. Aquel había sido su tesoro, su poder su fuerza, su más firme báculo; había aprendido aquellas tres artes en los activos y penosos años de la juventud, no en otra época. Y ahora le habían abandonado, ya no era capaz de realizar ninguna de las tres: ni ayunar, ni esperar, ni pensar. ¡Las había trocado por lo más miserable, por lo más perecedero, por el placer de los sentidos, por el buen vivir y la riqueza! En realidad, mal le había ido en todo. Y ahora, así le parecía, se había convertido en un verdadero hombre-niño.

Siddhartha reflexionó sobre su situación. Le costó trabajo pensar: en el fondo, no tenía ninguna gana de ello, pero hizo un esfuerzo.

"Ahora -pensó-, puesto que todas estas cosas pasajeras se han desprendido de mí, me encuentro de nuevo bajo el sol, como estuve de niño: nada es mío, nada puedo, nada sé, nada he aprendido. ¡Qué raro es todo esto! ¡Ahora, que ya no soy joven, cuando mi pelo empieza a encanecer, cuando empiezan

a abandonarme las fuerzas, ahora empiezo de nuevo, ahora empiezo a ser niño!" Otra vez hubo de reír. ¡Sí, qué extraño era su Destino! Volvió atrás con él, y se encontró vacío y desnudo y estúpido en el mundo. Pero no sintió pena por ello, no, sino que le vinieron ganas de reír, ganas de reírse de sí mismo, ganas de reírse de este mundo extravagante e insensato.

"¡Me iré contigo aguas abajo!", dijo para sí, sonriendo, y al decirlo posó su mirada sobre el río, y vio al río caminar también aguas abajo, siempre peregrinando aguas abajo, contento y cantarín. Esto le agradó mucho, y sonrió amistosamente al río. ¿No era este el río en el que quiso ahogarse una vez hace cien años, o es que lo había soñado?

"Mi vida era extraña en verdad -pensaba-; tomó caprichosos rodeos. De niño solo me ocupé de los dioses y de los sacrificios. De joven, de ascetismos, de pensar y meditar; busca a Brahma, reverenciaba lo eterno en Atman. De hombre me fui tras los penitentes, viví en el bosque, padecí calores y fríos, aprendí a pasar hambre, aprendí a matar el cuerpo. Milagrosamente encontré el conocimiento en la doctrina del gran Buda, sentí circular dentro de mí, como mi propia sangre, la ciencia de la unidad del mundo. Pero también me aparté del Buda y de la gran ciencia. Fui y aprendí junto a Kamala el placer del amor, aprendí junto a Kamaswami a comerciar, amontoné el oro, derroché el dinero, aprendí a amar a mi estómago, aprendí a adular a mis sentidos. Tuve que emplear muchos años en perder el espíritu, en olvidar otra vez el pensar, la unidad. ¿No es como si yo, lentamente, dando un gran rodeo, me hubiera convertido de hombre en niño, de pensador en hombre-niño? Y, sin embargo, esta camino ha sido muy bueno, y sin embargo no ha muerto en mi pecho el pájaro. Pero ¡qué camino! He tenido que pasar por un sin fin de estupideces, por multitud de vicios, por muchísimos errores, por numerosos ascos y decepciones y penas, solamente para volver a ser niño y poder empezar de nuevo. Pero así tenía que ser; mi corazón decía sí, y mis ojos sonreían. He tenido que soportar la desesperación, he tenido que hundirme hasta el pensamiento más insensato de todos, el pensamiento del suicidio, para poder alcanzar la gracia, para volver a sentir a Om, para poder volver a dormir como es debido. He tenido que ser un loco para volver a encontrar en mí a Atman. He tenido que pecar para poder seguir viviendo. ¿Adónde puede llevarme aún mi camino? Este camino es extravagante, discurre en meandros, quizá se cierra en círculo. Pero vaya como vaya, quiero recorrerlo."

Milagrosamente sintió en su pecho hervir la alegría. "¿Por qué -preguntaba a su corazón- por qué tienes esta alegría? ¿Procede de este largo sueño, de este buen sueño que me ha hecho tanto bien? ¿O de la palabra Om, que pronuncié? ¿O quizá de que me he liberado, de que he realizado mi fuga, de que al fin vuelvo a ser libre y estoy como un niño bajo el sol? ¡Oh, qué deliciosa huida! ¡Oh la alegría de volver a la libertad! ¡Qué puro y hermoso es aquí el aire! ¡Qué gusto da respirar! Allí, de donde vengo, allí huele a unguentos, a especias, a vino, a abundancia, a pereza. ¡Cómo odiaba yo este mundo de los ricos, de los glotones, de los jugadores! ¡Cómo llegué a odiarme a mí mismo por haber permanecido tanto tiempo en este mundo espantoso! ¡Cómo me he odiado, cómo me he envenenado, apenado, envejecido y maleado! ¡No, nunca más volveré a creer, como antes solía hacer con gusto, que Siddhartha era prudente! ¡Pero el haber acabado con aquel odiarme a mí mismo y con aquella vida insensata y yerma me ha hecho mucho bien, me agrada, he de elogiarlo! ¡Te alabo, Siddhartha! ¡Después de tantos años de insensatez has vuelto a tener un arranque genial, has hecho algo, has oído cantar en tu pecho al pájaro y le has seguido!"

Así se alababa, tenía alegría dentro de sí, escuchaba curioso a su estómago, que gruñía de hambre. Ahora tenía un poquito de dolor, un poquito de miseria, y así sentía que en estos últimos tiempos y días había bebido y devuelto, había comido hasta la desesperación y la muerte. Así está bien. Todavía hubiera podido permanecer mucho tiempo junto a Kamaswami, ganar dinero, malgastarlo, cebar su vientre y dejar secar su alma; hubiera podido seguir viviendo mucho tiempo en este infierno grato y bien acolchado, pero no hubiera llegado esto: el momento del desconsuelo completo y de la desesperación, aquel momento supremo en que se inclinó sobre las aguas del río y estaba dispuesto a aniquilarse. Por haber sentido esta desesperación, este profundo hastío, y por no haber sucumbido bajo ellos, por seguir estando vivos en él el pájaro, la alegre fuente y la voz, por eso sentía esta alegría, por esto reía, por esto resplandecía su rostro bajo los cabellos encanecidos.

"Es bueno -pensaba- saborear por sí mismo todo lo que ha sido necesario aprender. Que el placer mundano y la riqueza no son cosa buena ya lo aprendí de niño. Hace tiempo que lo sabía, pero hasta

ahora no lo he experimentado. Y ahora lo sé, lo sé no solo con el recuerdo, sino con los ojos, con el corazón, con el estómago. ¡Venturoso de mí que lo sé!"

Reflexionó mucho tiempo sobre su transformación, escuchó al pájaro, que cantaba de alegría. ¿No había muerto este pájaro dentro de él? ¿No había sentido su muerte? No, algo distinto había muerto en él, algo que ya hacía tiempo había deseado que muriera. ¿No era aquello que en otro tiempo, en sus años ardientes de penitencia, había querido matar? ¿No era su yo, su pequeño, su receloso, su orgulloso yo, con el que había luchado tantos años, al que había vencido tantas veces, el que después de aniquilado volvía siempre a resurgir, prohibiéndole toda alegría, haciéndole sentir temor? ¿No era cierto que hoy, al fin había encontrado su muerte, aquí, en el bosque, en este río apacible? ¿No era por esta muerte por lo que ahora era como un niño, tan lleno de confianza, tan sin temor, tan lleno de alegría?

También ahora comprendía Siddhartha por qué siendo brahmán, siendo penitente, había luchado en vano con este yo. ¡El saber demasiado le había impedido vencerlo, la mucha mortificación, el mucho obrar y el mucho esforzarse! Había vivido lleno de orgullo, siempre el más cuerdo, siempre el más celoso, siempre un paso delante de los demás, siempre el prudente y el espiritual, siempre el sacerdote o el sabio. En este sacerdocio, en este orgullo, en esta espiritualidad se había encastillado su yo, allí estaba firmemente asentado y crecía, mientras él creía matarlo con ayunos y penitencias. Ahora lo veía, y veía también que la voz interior había tenido razón, que ningún maestro le había podido liberar. Por esto hubo de salir al mundo, hubo de perderse en el placer y el poder, en la mujer y el dinero; hubo de convertirse en un comerciante, en jugador, en bebedor y en codicioso, hasta que dentro de él murieron el sacerdote y el samana. Por eso hubo de soportar estos años odiosos, el hastío, el vacío, la insensatez de una vida yerma y perdida hasta el fin, hasta la amarga desesperación, para que también pudiera morir el sensual Siddhartha, el ambicioso Siddhartha. Había muerto; un nuevo Siddhartha había despertado del sueño. También él llegaría a ser viejo, también tenía que morir alguna vez; Siddhartha era perecedero, perecedera era toda forma. Pero hoy era joven, era un niño, el nuevo Siddhartha, y estaba lleno de alegría.

Estando en estos pensamientos, escuchaba sonriente a su estómago, oía agradecido a una abeja zumbar. Miró alegre, la corriente, nunca le había agradado tanto el agua como ahora, nunca había comprendido tan recia y bellamente la voz y la parábola del agua corriente. Le parecía que el río le quería decir algo singular, algo que él no sabía aún, que aún le estaba esperando. En este río había querido suicidarse Siddhartha, y en él se había ahogado hoy el viejo, el desesperado Siddhartha. Pero el nuevo Siddhartha sentía un profundo amor hacia este caudal, y determinó en su interior no abandonarlo tan pronto.

El Barquero

"En este río quiero vivir -pensó Siddhartha-. Es el mismo que atravesé en mi ida hacia los hombres-niños. Entonces, un amable barquero me pasó el río, quiero ir junto a él. En su choza se inició para mí una nueva vida, que se ha hecho vieja y ha muerto. ¡Ojalá que mi camino, que mi nueva vida encuentre allí su principio!"

Miró delicadamente la corriente, sus transparentes linfas verdes, las cristalinas líneas de su dibujo lleno de misterios. Vio ascender del fondo perlas luminosas, vio flotar sobre sus espejos una pompas que reflejaban el azul del cielo. Con mil ojos le miraba el río, con sus verdes, con sus blancos, con sus cristales, con su celeste azul. ¡Cómo amaba esta agua, cómo le encantaban, cuán agradecido estaba a ellas! Oía hablar a la voz en su corazón, que despertaba de nuevo y le decía: "¡Ama a esta agua! ¡Permanece junto a ellas! ¡Aprende de ellas!" ¡Oh, sí, él quería aprender de ellas, quería escucharlas! Quien comprendiera a esta agua y sus misterios, le parecía que llegaría a comprender muchas otras cosas, muchos misterios, todos los misterios.

Pero de todos los misterios del río, hoy no veía más que uno, que había conmovido su alma. Vio que esta agua corría y corría, corría sin cesar, y sin embargo siempre estaba allí, siempre era la misma y, no obstante, ¡siempre era nueva! No lo comprendía, solo sentía moverse los presentimientos, los recuerdos lejanos, las voces divinas.

Siddhartha se levantó, era insoportable el hambre que sentía. Prosiguió su camino, resignado, por el sendero de la orilla, en contra de la corriente, escuchando el rumor del agua y las voces de su estómago.

Cuando llegó al lugar del pasaje, allí estaba la barca y el mismo barquero que en otro tiempo había trasbordado al joven samana; Siddhartha le reconoció, aunque él también había envejecido mucho.

-¿Quieres pasarme el río?- preguntó.

El barquero, asombrado de ver solo a un señor tan principal y caminando a pie, le recibió en la barca y desatracó.

-Hermosa vida has elegido- dijo el pasajero-. Debe de ser bello vivir en esta agua y deslizarse sobre ellas.

El remero se inclinó sonriendo:

-Sí que es bello, señor, como dices. Pero ¿no es hermosa toda vida, no es hermoso todo trabajo?

-Posiblemente, sí. Pero yo te envidio por la tuya.

-¡Ah!, pronto perderías el gusto por ella. Esto no es para gente bien vestida.

Siddhartha sonrió.

-Es la segunda vez que han reparado en mis vestidos en este día, es la segunda vez que son mirados con desconfianza. ¿Querrías quedarte con ellos? Me pesan mucho. Además, has de saber que no tengo dinero para pagarte el pasaje.

-El señor bromea- sonrió el barquero.

-No bromeo, amigo. Mira: ya en otra ocasión me pasaste el río por caridad. Hazlo hoy también, y quédate con mis vestidos en pago de tu estipendio.

-¿Y quiere el señor continuar su camino sin vestidos?

-¡Ah!, preferiría no seguir adelante. Me gustaría más, barquero, que me dieras un delantal viejo y me retuvieras a tu servicio, como aprendiz, pues antes habrías de enseñarme a manejar un barco.

El barquero se quedó mirando al forastero.

-Ahora ya sé quién eres- dijo, al fin-. Dormiste una noche en mi choza hace mucho tiempo, es posible que haga más de veinte años, y te pasé el río, y nos despedimos como buenos amigos. ¿No eras tú un samana? Lo que no recuerdo es tu nombre.

-Me llamo Siddhartha, y era un samana la última vez que me viste.

-Entonces, se bien venido, Siddhartha. Yo me llamo Vasudeva. Espero que hoy también seas mi huésped y que dormirás en mi cabaña, y que me contarás de dónde vienes y por qué te pesan tanto esos hermosos vestidos.

Habían llegado a la mitad del río y Vasudeva se afianzó en los remos para vencer la corriente. Trabajaba reposadamente, la mirada puesta en la proa, con sus brazos robustos. Siddhartha iba sentado y le miraba, y recordaba que ya la otra vez, en aquel último día de su época de samana, había brotado el amor en su corazón hace este hombre. Aceptó agradecido la invitación de Vasudeva. Cuando llegaron a la otra orilla le ayudó a amarrar el bote a las estacas; luego el barquero le rogó que entrara en la choza, le ofreció pan y agua, y Siddhartha comió con placer, y comió también con gusto del fruto del mango que Vasudeva le dio.

Después, al ponerse el sol, se sentaron sobre un tronco, junto a la orilla, y Siddhartha refirió al barquero su vida y su alcurnia, como lo había visto hoy ante sus ojos, en aquella hora de desesperación. Su relato duró hasta bien entrada la noche.

Vasudeva le escuchó con toda atención. Se enteró de su genealogía, de su niñez, de todo lo que aprendió, de todo lo que buscó, de todas sus alegrías, de todas sus calamidades. Esta era una de las virtudes mayores del barquero: la de saber escuchar como pocos. El orador se dio cuenta de que Vasudeva recibía sus palabras tranquilo, abierto, esperando, sin perder ninguna, sin esperar ninguna con impaciencia, sin elogiarlas ni censurarlas, limitándose a escuchar. Siddhartha sentía cuán placentero es tener un oyente así, volcar en su corazón la propia vida, los propios anhelos, los propios dolores.

Cuando Siddhartha estaba teminando su relato, cuando habló del árbol junto al río y de su profunda caída, del sagrado Om y de que al despertar del sueño había sentido un amor muy grande por el río, el barquero redobló la atención, enteramente entregado a la narración, con los ojos cerrados.

Pero cuando Siddhartha calló, y después de un largo silencio, dijo Vasudeva:

-Es lo que yo pensaba. El río te ha hablado. También se te muestra propicio, también te habló. Eso es bueno, muy bueno. Quédate conmigo, Siddhartha, amigo mío. En otro tiempo tuve mujer, pero ya hace tiempo que murió, y desde entonces vivo solo. Ahora puedes vivir tú conmigo; hay sitio y comida para los dos.

-Te lo agradezco -dijo Siddhartha-, te lo agradezco y acepto. Y también te doy gracias, Vasudeva, por haberme escuchado con tanta atención. Pocos son los hombres que saben escuchar, y pocos he encontrado que lo hagan como tú. Tendré que aprender también esto de ti.

-Lo aprenderás-dijo Vasudeva-, pero no de mí. El río es el que me ha enseñado a escuchar; tú también lo aprenderás de él. Lo sabe todo, todo se puede aprender de él. Mira, hoy has aprendido de las aguas que es bueno tender hacia abajo, hundirse, buscar el fondo. El rico y culto Siddhartha quiere ser remero, el sabio brahmán Siddhartha aspira a convertirse en barquero: esto también te lo ha enseñado el río. También aprenderás lo demás.

Siddhartha habló después de una larga pausa:

-¿Y qué es lo demás, Vasudeva?

Vasudeva se levantó.

-Se ha hecho tarde-dijo-, vamos a dormir. No puedo decirte qué es lo "demás", oh amigo. Tú lo aprenderás; quizá ya sepas lo que es. Mira, yo no soy ningún letrado, no sé hablar, no sé pensar. Yo no sé más que escuchar y ser piadoso, no he aprendido otra cosa. Si yo supiera hablar y enseñar sería quizá un sabio, pero no soy más que un barquero, y mi tarea es transportar gentes sobre este río. He pasado a muchos miles, y para todos ellos mi río no era más que un impedimento en su camino. Ellos viajaban por dinero y por negocios, para asistir a una boda, para hacer una peregrinación, y el río estaba en su camino, y para eso estaba allí el barquero: para que los pasara prontamente al otro lado. Unos pocos entre miles; unos pocos, cuatro o cinco, han dejado de considerar el río como un impedimento en su camino, han escuchado su voz, le han obedecido, y el río es sagrado para ellos como ha sido para mí. Y vayamos a descansar, Siddhartha.

Siddhartha se quedó con el barquero y aprendió a manejar el barco, y cuando no había que hacer nada en el río trabajaba con Vasudeva en el arrozal, recogía leña, recolectaba bananas. Aprendió a labrar un remo, aprendió a reparar la barca y a trenzar cestos, y estaba contento con todo lo que había aprendido, y los días y los meses pasaban velozmente. Pero el río le enseñó mucho más de lo que pudiera enseñarle Vasudeva. Constantemente le estaba enseñando. De él aprendió ante todo a escuchar, a escuchar con tranquilo corazón, con el alma abierta, esperanzada, sin pasión, sin deseo, sin prejuicios, sin opinión.

Vivía amistosamente junto a Vasudeva, y a veces cambiaban entre sí unas palabras, pocas y bien meditadas. Vasudeva era poco amigo de hablar; pocas veces conseguía Siddhartha hacerle entrar en conversación.

-¿Has aprendido tú también-le preguntó una vez- aquel secreto del río que dice que no hay tiempo? El rostro de Vasudeva se distendió en una clara sonrisa.

-Sí, Siddhartha-dijo-. Así es, como tú dices: que el río es igual en todo su recorrido, en sus fuentes como en su desembocadura, en la cascada, en el vado, en el rápido, en el mar, en la montaña, por todas partes igual, y para él no hay más que presente, sin futuro sombrío.

-Eso es-dijo Siddhartha-. Y cuando lo aprendí contemplé mi vida y vi que era también un río, y que el Siddhartha mozo y el Siddhartha hombre y el Siddhartha viejo solo estaban separados por sombras, no por realidades. Tampoco había pasado en los anteriores nacimientos de Siddhartha, como no habría futuro cuando muriera y volviera a Brahma. Nada ha sido, nada será; todo es, todo tiene ser y presente.

Siddhartha habló con entusiasmo. Estaba encantado de lo que había aprendido. ¡Oh!, ¡no era tiempo de dolor, tiempo de atormentarse y llenarse de temor, no se había orillado y vencido en el mundo todo lo difícil, todo lo enemigo, en cuanto se había logrado vencer al tiempo? Había hablado con entusiasmo, pero Vasudeva le sonrió, radiante, e hizo gestos aprobatorios, acarició con la mano el hombro de Siddhartha y se volvió a su trabajo.

Y otra vez, cuando el río se desbordó a causa de las lluvias y mugía reciamente, dijo Siddhartha:

-¿No es verdad, oh amigo, que el río tiene muchas voces, muchísimas voces? ¿No tiene la voz de un rey, de un guerrero, de un toro, de un ave nocturna, de una parturienta, de un sollozante y mil otras voces?

-Así es -respondió Vasudeva-; todas las voces de las criaturas están en su voz.

-¿Y sabes tú -prosiguió Siddhartha- qué palabra pronuncia si te es dado escuchar al tiempo todas esas diez mil voces?

El rostro de Vasudeva sonrió venturosamente, se inclinó sobre Siddhartha y pronunció en sus oídos la sagrada palabra Om. Y esta era precisamente la que Siddhartha había escuchado.

Y de ven en vez, su sonrisa era más parecida a la del barquero, casi era igual de radiante, casi igual traspasada de dicha, luminosa igualmente en mil arrugas, tan infantil, tan anciana. Muchos caminantes, cuando veían a los dos barqueros, los creían hermanos. Con frecuencia se sentaban juntos en la orilla sobre el tronco de árbol, callaban y escuchaban el rumor del agua, para ellos no era la del agua, sino la voz de la vida, la voz del que es, del ser eterno. Y a veces sucedía que ambos, escuchando al río, pensaban en la misma cosa, en una conversación de días atrás, en uno de sus pasajeros, cuyo rostro y destino les preocupaba; en la muerte, en su infancia, y que ambos a una, en el mismo instante, cuando el río les había dicho algo bueno, se miraban uno a otro, pensando los dos en lo mismo, regocijados los dos por la misma respuesta a la misma pregunta.

Emanaba de la barca y de ambos barqueros algo que muchos de los pasajeros percibían. Sucedió con bastante frecuencia que algún viajero, después de haber mirado al rostro de cualquiera de los dos barqueros, empezaba a relatar su vida, refería sus penas, confesaba sus maldades, pedía consuelo y consejo. Sucedió a veces que uno pedía permiso para pasar una noche con ellos y escuchar al río. Sucedió también que acudían muchos curiosos, a los que habían contado que en aquel pontón vivían dos sabios o magos o santos. Los curiosos formulaban muchas preguntas, pero no obtenían contestación alguna, y no encontraban ni encantadores, ni sabios; solo veían dos viejos hombrecillos que parecían ser mudos y algo extravagantes y tímidos. Y los curiosos se reían y se divertían al comprobar cómo se esparcía este rumor infundido entre el pueblo insensato y crédulo.

Los años pasaban y nadie los contaba. Una vez llegaron unos monjes peregrinos, discípulos de Gotama, el Buda, que rogaron les pasaran en la barca, y los barqueros supieron por ellos que volvían a toda prisa junto a su maestro, pues se había propagado la noticia de que el Sublime estaba enfermo de muerte y pronto moriría por última vez en este mundo, para alcanzar la redención. No mucho después llegó un nuevo tropel de peregrinos, y luego otro y otro, y todos los monjes y los demás viajeros no hablaban de otra cosa que de Gotama y de su próxima muerte. Y como si se tratara de una concentración militar o de asistir a la coronación de un rey, los hombres acudían de todas partes, formando hileras interminables como de hormigas; llegaban como empujados por un sortilegio al lugar donde el gran Buda esperaba su muerte, donde había de realizarse el prodigio de que el sumo Perfecto de toda una época de la Tierra se fuera a la Gloria.

Mucho pensó Siddhartha en este tiempo en el sabio moribundo, en el gran maestro, cuya voz exhortó a pueblos enteros y despertó a cientos de miles de gentes, cuya voz él también había escuchado en otro tiempo, cuyo rostro santo había contemplado con veneración en otro tiempo también. Pensó amistosamente en sí mismo, en el camino de su perfección, y recordó sonriendo las palabras que el Sublime le dirigiera siendo un joven todavía. Fueron unas palabras, así se lo parecía, orgullosas y llenas de cordura; sonriendo las recordó. Se sabía muy allegado a Gotama, aunque no había podido aceptar su doctrina. No; el que busca de verdad la verdad no puede aceptar ninguna doctrina, al menos el que quiera encontrarla de verdad. Pero el que la ha encontrado puede sancionar toda doctrina, todo camino, toda meta, pues ya nada le separa de los mil otros que viven en la eternidad, que respiran la Divinidad.

En una de aquellas tardes en que cruzaron el río tantos peregrinos hacia el Buda moribundo, pasó por allí Kamala, la más hermosa de las cortesanas de otro tiempo. Hacía mucho que se había retirado de su vida anterior, había regalado su parque a los monjes de Gotama, había buscado refugio en su doctrina, contaba entre las amigas y bienhechoras de los peregrinos. Acompañada del joven Siddhartha, su hijo, se había puesto en camino al saber la próxima muerte de Gotama, vestida sencillamente y a pie. Se había puesto en camino hacia el río con su hijito, pero el muchacho se cansó pronto, quería volver a casa, quería descansar, quería comer, lloraba y pataleaba. Kamala tenía que detenerse con frecuencia, estaba acostumbrado a imponer su voluntad, tenía que darle de comer, tenía que consolarle, tenía que reñirle. No comprendía por qué había de realizar con su madre esta penosa peregrinación hacia un lugar desconocido, hacia un hombre extraño, que era santo y que estaba muriendo. Aunque se muriera, ¿qué le importaba al muchacho?

Los peregrinos no estaban lejos de la barca de Vasudeva cuando el pequeño Siddhartha obligó a su madre a hacer un nuevo alto. También Kamala estaba cansada, y mientras el muchacho trepaba a un banano, se sentó en el suelo, cerró un poco los ojos y descansó. Pero de pronto lanzó un grito lamentable, el niño la miró horrorizado y vio que estaba mortalmente pálida y que de entre sus vestidos salía una culebra negra que la había mordido.

Corrieron presurosos en busca de socorro y llegaron cerca de la barca, pero Kamala cayó a tierra, sin poder incorporarse ya más. El muchacho gritó lastimeramente mientras besaba y abrazaba a su madre, la cual le acompañó en sus gritos de socorro. Vasudeva los oyó, acudió presuroso, cogió en brazos a la mujer, la llevó hasta la barca, el muchacho les siguió, y pronto estuvieron los tres en la choza, donde Siddhartha estaba encendiendo el fuego. Este miró a los recién llegados; primero el rostro del muchacho, que le recordó prodigiosamente el pasado. Luego vio a Kamala, a la que reconoció en seguida, aunque esta seguía inconsciente en los brazos del barquero, y entonces comprendió que aquel era su propio hijo, cuyo rostro tanto le había impresionado, y el corazón latió con fuerza en su pecho.

Lavaron la herida de Kamala, pero ya estaba negra y su cuerpo hinchado; le dieron a beber un brebaje salúfero y volvió en sí. La tendieron en la cama de Siddhartha, y este permaneció inclinado sobre aquella a la que tanto había amado en otro tiempo. A Kamala le parecía estar soñando, y miró sonriente aquellos rostros amigos, se fue dando cuenta lentamente de su estado, recordó la mordedura, llamó angustiada su hijo.

-Está a tu lado, no te inquietes-dijo Siddhartha.

Kamala le miró a los ojos. Habló con lengua pesada, paralizada por el veneno.

-Has envejecido mucho, querido-dijo-, tienes el pelo blanco. Pero pareces enteramente aquel joven

samana que, sin vestidos y con los pies llenos de polvo, se acercó a mi jardín. Te pareces a él mucho más que cuando nos dejaste a Kamaswami y a mí. Te pareces a él en los ojos, Siddhartha. ¡Ah!, yo también envejecí; ¿me recuerdas aún?

Siddhartha sonrió:

-Te reconocí en seguida, amada Kamala.

Kamala señaló a su niño y dijo:

-¿Le reconoces también a él? Es tu hijo.

Sus ojos se enturbiaron y cerraron. El muchacho lloró. Siddhartha le sentó en sus rodillas, le dejó llorar, acarició sus cabellos, y al ver el rostro del niño recordó una oración brahmánica aprendida de pequeño. Lentamente, con voz cantarina, empezó a recitarla; las palabras fluían del pasado y de la infancia. Y con este cantar la criatura se tranquilizó, hiñó de cuando en cuando y se durmió. Siddhartha le acostó en la cama de Vasudeva. Vasudeva estaba en el fogón y cocía arroz. Siddhartha le dirigió una mirada que él le devolvió sonriendo.

-Se morirá-dijo Siddhartha en voz baja.

Vasudeva asintió con la cabeza; sobre su rostro amistoso jugueteaba el reflejo del fuego del hogar.

Kamala volvió en sí otra vez. El dolor descomponía su rostro; los ojos de Siddhartha leyeron el dolor en su boca, en sus mejillas pálidas. Lo leía tranquilo, atento, esperando, sumergido en su dolor. Kamala lo sentía; su mirada buscó los ojos de él.

-También veo-dijo-que tus ojos han cambiado. Son ahora muy distintos. ¿En qué reconozco que eres Siddhartha? Lo eres y no lo eres.

Siddhartha no dijo nada; sus ojos miraban silenciosos los de ella.

-¿Lo has logrado?-preguntó Kamala-. ¿has encontrado la paz?

El sonrió y puso su mano entre las de ella.

-Lo veo-dijo-. Yo también la encontraré.

-Ya la has encontrado- susurró Siddhartha.

Kamala seguía mirándole a los ojos invariablemente. Pensaba que había querido peregrinar hacia Gotama para contemplar el rostro de un ser perfecto, para respirar su paz, y que en vez de encontrarse con Gotama había dado con Siddhartha, y era igual, enteramente igual que si hubiera llegado a ver al otro. Quería decirle todo esto, pero su lengua ya no obedecía a su voluntad. Le miraba silenciosamente, y él veía apagarse la vida en sus ojos. Cuando el último dolor quebró el brillo de sus ojos, cuando el último estremecimiento recorrió sus miembros, cerró los párpados de la muerta con los dedos.

Allí permaneció sentado un largo rato mirando el rostro como adormecido. Largo rato estuvo contemplando su boca, su boca vieja y fatigada, con los labios que habían adelgazado, y recordó que en otro tiempo, en la primavera de sus años, había comparado aquella boca con un higo abierto. Permaneció mucho tiempo junto a la muerta, leyendo en el pálido rostro, en las fatigadas arrugas; se reconoció en sus rasgos, vio su propio rostro reclinado así, igualmente pálido, igualmente apagado, y vio su rostro y el de ella cuando eran jóvenes, con aquellos labios rojos, con los ojos ardientes, y la sensación del presente y de la simultaneidad le atravesó enteramente, junto con el sentimiento de la eternidad. Sintió profundamente, más profundamente que otras veces, la indestructibilidad de cada vida, la eternidad de cada instante.

Cuando se incorporó, Vasudeva le tenía preparado un poco de arroz, Pero Siddhartha no quiso comer nada. En el establo donde estaba la cabra, ambos viejos se prepararon un lecho de paja y Vasudeva se echó a dormir. Pero Siddhartha salió fuera y se sentó delante de la choza, escuchando al río, repasando el pasado, conmovido y envuelto por todos los tiempos de su vida. Y de cuando en cuando se levantaba, se acercaba a la puerta de la casa y escuchaba si el niño dormía.

Muy de mañana, mucho antes de que apareciera el sol, salió Vasudeva del establo y se acercó a su amigo.

-No has dormido-dijo.

-No, Vasudeva. Aquí he estado sentado, escuchando el río. Muchas cosas me ha dicho, me ha llenado profundamente de pensamientos saludables, con pensamientos de la unidad.

-Has sufrido un dolor, Siddhartha; y sin embargo veo que no hay tristeza en tu corazón.

-No, querido. ¿Cómo podría estar triste? Yo, que fui rico y feliz, soy ahora más rico y venturoso. Me ha sido regalado mi hijo.

-Bien venido tu hijo a mi casa. Pero ahora pongámonos al trabajo, porque hay mucho que hacer. Kamala ha muerto en el mismo lecho donde murió mi mujer. Levantaremos una pira en la misma colina donde en otro tiempo se alzó la de mi mujer.

Mientras dormía el niño levantaron la pira.

El Hijo

Tímido y lloroso asistió el muchacho al entierro de su madre; sombrío y tímido escuchó decir a Siddhartha que le saludaba como a hijo y que se quedaría a vivir con él en la choza de Vasudeva. Permaneció sentado todo el día en la colina de los muertos, pálido, sin querer comer, cerrada la mirada, cerrado el corazón, defendiéndose y resistiéndose contra el destino.

Siddhartha le cuidaba y le dejaba a su libre albedrío, respetando su dolor. Siddhartha comprendía que su hijo no le conocía, que no le podía amar como a un padre. Lentamente vio y comprendió también que aquel muchacho de once años estaba muy mimado, que había crecido en medio de la opulencia, que estaba acostumbrado a los manjares más finos, a un lecho blando, a mandar a los criados. Siddhartha comprendió que aquel niño entristecido y mimado no podía hacerse de pronto y voluntariamente a convivir con un extraño y a vivir en la pobreza. No le forzó a nada; hacía muchos trabajos por él, buscaba para él los mejores bocados. Pensaba ganarse al niño con amistosa paciencia.

Se consideró rico y feliz cuando llegó a él el niño. Pero como el tiempo pasara y el muchacho siguiera mostrándose extraño y sombrío, como demostrara tener un corazón orgulloso y terco, como no quisiera hacer ningún trabajo, ni respetar a los ancianos, como se dedicara a robar la fruta a Vasudeva, Siddhartha empezó a comprender que con su hijo no había venido a él la dicha y la paz, sino el dolor y las preocupaciones. Pero le amaba y prefería los dolores y preocupaciones del amor que la dicha y la paz sin el muchacho.

Desde que el joven Siddhartha llegó a la choza, los viejos se habían repartido el trabajo. Vasudeva había vuelto a realizar solo el oficio de barquero, y Siddhartha, para estar junto al hijo, se había encargado de la choza y del campo.

Mucho tiempo, muchos meses esperó Siddhartha a que su hijo le comprendiera, a que aceptara su amor, a que le correspondiera quizá. Largos meses esperó Vasudeva observando lo que ocurría, y esperó en silencio. Un día en que el joven Siddhartha había atormentado mucho a su padre con su obstinación y caprichos y le había roto dos platos de arroz, Vasudeva tomó aparte a su amigo por la noche y le dijo:

-Perdóname, pero quiero hablarte con corazón amigo. Veo que te atormentas, veo que tienes una gran pena. Tu hijo, querido, te causa muchos sinsabores, igual que a mí. Este pajarito está acostumbrado a otra vida, a otro nido. No ha huido de la ciudad, como tú, asqueado de las riquezas y de aquella vida, sino que ha tenido que dejar todo aquello en contra de su voluntad. He preguntado al río, oh amigo, le he preguntado muchas veces. Pero el río se ríe, se ríe de mí, se ríe de ti y de mí. Se ríe de nuestra necesidad. Las aguas quieren correr hacia las aguas, la juventud hacia la juventud; tu hijo no está en el sitio donde pueda prosperar. ¡Pregunta tú también al río, escúchalo!

Siddhartha miró preocupado al rostro de su amigo, en el cual había muchas arrugas de durable serenidad.

-¿Es que tendré que separarme de él? -preguntó en voz baja, confundido-. ¡Déjame pensarlo algún tiempo, querido! Mira, estoy luchando por él, aspiro a conquistar su corazón, quiero ganarlo con amor y con amistosa paciencia. También el río le hablará a él alguna vez; también él es llamado.

La sonrisa de Vasudeva floreció más calurosa.

-Oh, sí, él también ha sido llamado, él también pertenece a la vida eterna. ¿Pero sabemos tú y yo para qué es llamado, hacia qué camino, hacia qué acciones, hacia qué sufrimientos? No serán pequeños sus dolores, pues su corazón es ya orgulloso y duro; mucho tiene que padecer, mucha ha de extraviarse,

muchas injusticias ha de hacer, cometerá muchos pecados. Dime, amigo mío: ¿no educas a tu hijo? ¿No le fuerzas? ¿No le golpeas? ¿No le castigas?

-No, Vasudeva, no hago nada de eso.

-Ya lo sabía. No le fuerzas, no le pegas, no le ordenas, porque sabes que la blandura es más fuerte que la dureza, el agua más fuerte que la roca, el amor más fuerte que la violencia. Está muy bien, te alabo. Pero, ¿no es un error por tu parte creer que no le fuerzas, que no le castigas? ¿No le tienes atado con tu amor? ¿No le avergüenzas a diario y se lo haces más grave con tu bondad y paciencia? ¿No obligas a este muchacho orgulloso y mimado a vivir en una choza con dos ancianos que no comen otra cosa que bananas y para los que un plato de arroz es un manjar delicioso, cuyos corazones son viejos y reposados y tienen otro ritmo que el del niño? ¿No está forzado con todo esto?

Siddhartha miró compungido a tierra. Luego preguntó en voz baja:

-¿Qué crees que debo hacer?

Habló Vasudeva:

-Llévale a la ciudad, llévale a la casa de su madre; todavía habrá allí criados, dáselo a ellos. Y si no hay nadie allí llévale a un maestro, no por la instrucción, sino para que se relacione con otros muchachos, con muchachas, con el mundo, que es el suyo. ¿No has pensado en esto?

-Lees en mi corazón- dijo Siddhartha, entristecido-. He pensado en ello con frecuencia. Pero mira, ¿cómo he de entregarlo al mundo no teniendo un corazón puro? ¿No se volverá sensual?, ¿no se perderá en el placer y en el poderío?, ¿no caerá en los mismos errores de su padre?, ¿no se perderá enteramente, quizá en el sansara?

La sonrisa del barquero resplandeció más clara; tocó delicadamente el brazo de Siddhartha y dijo:

-¡Pregunta al río sobre ello, amigo! ¡Escúchale reírse de eso! ¿Crees tú de verdad que cometiste tantas locuras para ahorrárselas a tu hijo? ¿Y podrás proteger a tu hijo del sansara? ¿Con qué? ¿Con lecciones?, ¿con oraciones?, ¿con advertencias? ¿Has olvidado, querido, aquella historia aleccionadora de Siddhartha, el hijo del brahmán, que aquí mismo me contaste una vez? ¿Quién protegió al samana Siddhartha contra el sansara, contra el pecado, contra la codicia, contra la locura? ¿Fueron bastante a defenderle la piedad de su padre, las advertencias de sus maestros, su propia ciencia y su propia virtud? ¿Qué padre o qué maestro le pudo preservar de vivir la vida, de mancharse con la vida, de cargarse con sus pecados, de ahogarse con amargas bebidas, de encontrar su camino? ¿Crees tú, querido, que este camino le es ahorrado a nadie? ¿Quizá a tu hijito, porque le amas y quieres ahorrarle dolores y decepciones? Pero aunque murieras por él diez veces no podrías evitarle la parte más insignificante de su destino.

Nunca había pronunciado Vasudeva tantas palabras. Siddhartha le dio gracias amablemente, entró en la choza preocupado y no pudo conciliar el sueño. Vasudeva no le había dicho nada que no hubiera pensado él mismo. Pero aquel consejo era irrealizable. Más fuerte que aquellas razones era su amor por el hijo, su ternura, su angustia de perderle. ¿Había puesto nunca tanto corazón en ninguna cosa; había amado a nadie así tan ciegamente, tan dolorosamente, tan vanamente y, sin embargo, con tanta felicidad?

Siddhartha no podía seguir el consejo de su amigo, no podía desprenderse de su hijo. Se dejaba mandar por el muchacho, se dejaba despreciar por él. Callaba y esperaba. Empezaba a diario la muda lucha de la amabilidad, la guerra silenciosa de la paciencia. También Vasudeva callaba y esperaba amistosamente, prudentemente, bondadosamente. Ambos eran maestros en la paciencia.

Una vez, como el rostro del niño le recordara el de Kamala, Siddhartha rememoró unas palabras que esta le dirigió en los tiempos de la juventud. "Tú no puedes amar", le había dicho, y él le había dado la razón y se había comparado con una estrella, y a los hombres-niños con las hojas marchitas, y, sin embargo, había sentido también en aquellas palabras un reproche. En realidad nunca se había perdido ni entregado enteramente a otro ser, nunca se había olvidado tanto de sí mismo, ni había cometido las locuras del amor por culpa de otro; nunca había podido hacerlo, y esto era, como entonces le pareció, la gran diferencia que le separaba de los hombres-niños. Pero ahora, desde que estaba allí su hijo, él también, Siddhartha, se había vuelto un hombre niño que padece por causa de otro, que ama a otro, perdido en un amor, que se ha vuelto loco por causa de un amor. Más tarde sintió también una vez en la vida esta fuerte y extraña pasión; sufrió con ella, sufrió lamentablemente, y sin embargo era dichoso,

se sentía renovado por algo, se sentía enriquecido en algo.

Bien sabía que este amor, este ciego amor hacia su hijo era una pasión, algo demasiado humano, un verdadero sansara, una turbia fuente, un agua oscura. No obstante sentía al mismo tiempo que no carecía de valor, que era necesario, que procedía de su propio ser. También este gozo quería ser expiado, también estos dolores querían ser paladeados, también estas locuras querían ser cometidas.

Entre tanto, el hijo le dejaba cometer sus locuras, le embaucaba, le dejaba humillarse a diario ante sus caprichos. Este padre no tenía nada que le encantara y nada que él pudiera temer. Era un buen hombre, un padrazo, bondadoso, quizá demasiado piadoso, quizá un santo; pero todo esto no eran singularidades que pudieran atraer al hijo. Este padre le aburría, este padre que le tenía preso en su miserable choza le aburría, y la más odiosa astucia de este viejo socarrón era que le devolvía sonrisas por sus travesuras, amabilidades por sus insultos, bondad por maldad. El muchacho hubiera preferido que le amenazara, que le maltratara.

Llegó un día en que el sentir del joven Siddhartha se reveló abiertamente contra su padre. Este le había encargado que saliera a recoger leña, pero el muchacho no se movió de la choza, obstinado y furioso, pateando el suelo, apretando los puños y arrojando a la cara de su padre frases llenas de odio y desprecio.

-¡Ve tú a buscarla!-gritó echando espuma por la boca-. Yo no soy tu criado. Ya sé que no me pegarás; no te atreves a hacerlo. Ya sé que quieres castigarme a todas horas y empequeñecerme con tu piedad e indulgencia. ¡Quieres que yo llegue a ser como tú: tan piadoso, tan apacible, tan sabio! Pero yo, óyelo bien, aunque te duela, ¡prefiero ser un ladrón de caminos y un asesino e irme a los infiernos antes de parecerme a ti! ¡Te odio; tú no eres mi padre, aunque hayas sido el amante de mi madre!

El furor y el odio le hacían proferir terribles insultos contra su padre. Luego escapó corriendo de la choza y no volvió hasta muy entrada la noche.

Pero a la mañana siguiente desapareció. Con él desapareció también una cestita tejida con mimbres teñidas de dos colores, en la que los barqueros guardaban las monedas de cobre y plata que recibían como precio del pasaje de los viajeros. También había desaparecido el bote; Siddhartha lo descubrió al otro lado del río. El muchacho había huido.

-He de seguirle- dijo Siddhartha, que temblaba de pena desde que oyera a su hijo dirigirle aquellos insultos del día anterior-. Un niño no puede andar solo por el bosque. Perecería. Tendremos que armar una balsa, Vasudeva, para atravesar el río.

-Tendremos que armar una balsa-dijo Vasudeva- para recuperar nuestra barca que el joven nos ha robado. Pero a él deberías dejarlo marchar, amigo; ya no es un niño y sabrá arreglárselas. Busca el camino de la ciudad y hace bien, no olvides esto. Ha hecho lo que tú deberías haber hecho. Con esto procura seguir su camino. Ah, Siddhartha, te veo sufrir, pero sufres unas penas de las que uno se podría reír, de las que tú mismo pronto te reirás.

Siddhartha no respondió. Empuñó el hacha y empezó a construir una balsa con bambúes, y Vasudeva le ayudó a atar los palos con cuerdas de fibras. Luego subieron a ella, la empujaron hasta la otra orilla, deslizándose a favor de la corriente.

-¿Para qué has traído el hacha?-preguntó Siddhartha. Vasudeva dijo:

-Pudiera ser que se hubieran perdido los remos de nuestra barca.

Pero Siddhartha adivinó lo que su amigo pensaba. Pensaba que el muchacho habría tirado al agua los remos, o los habría destrozado, para vengarse o para impedir que le persiguieran. Y, efectivamente, la barca no tenía remos. Vasudeva señaló el fondo de la barca y miró sonriendo al amigo, como si quisiera decirle: "¿Sabes lo que quiere decirte tu hijo? ¿No ves que no quiere ser perseguido?" Pero no lo dijo con palabras. Se puso a labrar unos nuevos remos. Siddhartha se despidió para ir en busca del huido. Vasudeva no se lo impidió.

Cuando Siddhartha llevaba un buen rato caminando por el bosque le vino el pensamiento de que su búsqueda era inútil. "O el muchacho, pensaba, ya había llegado a la ciudad o, si aún estaba en camino, se mantendría oculto de su perseguidor." Y como siguiera pensando halló también que no estaba preocupado por su hijo, que sabía muy bien que su hijo ni había perecido, ni le amenazaba peligro alguno en el bosque. No obstante corrió sin parar, no ya para salvarle, sino por el deseo de volver a verle, quizá por última vez. Y corriendo llegó hasta la ciudad.

Cuando alcanzó la amplia carretera que conducía a la ciudad se detuvo a la puerta de la quinta que perteneció en otro tiempo a Kamala, donde la vio por primera vez sentada en la silla de manos. El pasado surgió en su alma, volvió a verse allí, joven, como un barbudo samana, medio desnudo, con el cabello lleno de polvo. Siddhartha se detuvo allí mucho tiempo mirando por la puerta entreabierta del jardín, viendo pasearse bajo los árboles a los monjes de amarilla túnica.

Allí estuvo un buen rato rememorando la historia de su vida pasada. Largo tiempo estuvo mirando a los monjes, pero en vez de verlos a ellos vio al Siddhartha de aquel tiempo, vio a la joven Kamala paseando bajo los altos árboles. Claramente se vio a sí mismo, cómo fue recibido por Kamala, cómo recibió su primer beso, cómo miró orgulloso y despectivo hacia su bahmanismo, cómo inició su vida mundana lleno de orgullo y deseos. Vio a Kamaswami, vio a los criados, vio los festines, los jugadores de dados, los músicos, el pájaro canoro de Kamala en la jaula; volvió a vivir todo esto, respiró el sansara, volvió a sentirse viejo y fatigado, sintió otra vez el hastío, sintió otra vez el deseo de aniquilarse, sanó una vez más como el santo Om.

Después de haber permanecido mucho tiempo a la puerta del Jardín, Siddhartha pensó que el deseo que le había traído hasta ciudad era un deseo insensato, que no podía ayudar en nada a su hijo, que no podría hacerle volver. Sentía profundamente en su corazón el amor hacia el huido, como una llaga, y sentía al propio tiempo que aquella llaga no se la habían dado para escarbar en ella, sino para que sangrara y resplandeciera.

Pero le entristeció que, en aquella hora, la llaga no sangrara ni resplandeciera. En el lugar de la meta del deseo que le había traído hasta aquí halló el vacío. Triste se dejó caer al suelo, sintió morir algo en su corazón, sintió el vacío, no vio ya alegría alguna, ningún fin. Estaba hundido en sus reflexiones y esperó. Esto había aprendido en el río: esperar, tener paciencia, escuchar. Y allí estaba escuchando, sentado en el polvo de la carretera, escuchando su corazón cómo latía fatigado y triste, esperando una voz. Así permaneció muchas horas escuchando, no vio ya más imágenes, se hundió en el vacío, dejóse caer sin descubrir un camino. Y cuando sintió arder la llaga pronunció en voz baja el Om, sintióse sumergido en el Om. Los monjes del jardín le vieron, y como llevara allí sentado varias horas y el polvo empezara a cubrir sus cabellos, uno se llegó hasta él y puso delante de Siddhartha dos bananas. El anciano lo miró.

De este envaramiento le sacó una mano que le tocó en el hombro. Pronto reconoció este contacto delicado y honesto y volvió en sí. Se levantó y saludó a Vasudeva, que le había seguido. Y cuando miró al rostro amigo de Vasudeva, a las diminutas arrugas iluminadas por una sonrisa, a los ojos alegres, sonrió también. Vio ahora las dos bananas delante de él, las recogió, dio una al barquero y se comió la otra. Después se volvió silencioso hacia el bosque con Vasudeva, atravesó el río en la barca y entró en casa. Ninguno habló de lo que hoy había sucedido, ninguno pronunció el nombre del muchacho, ninguno habló de su huida, ninguno habló de la llaga. Siddhartha se tendió en su lecho, y cuando, al cabo de un rato, Vasudeva se acercó a ofrecerle un tazón de leche de coco, le halló dormido.

Om

La llaga ardió mucho tiempo. Siddhartha tuvo que pasar el río a muchos caminantes que traían consigo un hijo o una hija, y a ninguno de ellos veía sin envidiarlos, sin que pensara: "Cientos, miles de personas poseen el más preciado tesoro. ¿Y por qué yo no? Hasta los malos, hasta los ladrones y asesinos tienen hijos, y los aman, y son amados por ellos, y yo no." Así pensaba, tan simplemente, tan sin razón; se había vuelto semejante a los hombres-niños.

Ahora veía a los hombres de diverso modo que antes, menos ladinos, menos orgullosos y, por tanto, más calurosos, más curiosos, más interesados por sus semejantes. Cuando pasaba el río a los caminantes en la forma acostumbrada, hombres-niños, negociantes, soldados, mujeres, ya no le parecían gentes extrañas como antes; los comprendía, los comprendía y compartía no solo sus pensamientos y puntos de vista, sino también los impulsos y deseos que impelían sus vidas; sentía como ellos. Aunque estaba cerca de la perfección y le apenaba su última desgracia, le parecía que todos aquellos hombres-niños eran sus hermanos; sus vanidades, codicias y ridiculeces perdían para él lo que tenían de ridículo, se habían vuelto más comprensibles, más dignos de ser amados, y hasta más dignos de estimación. El ciego amor de una madre hacia su hijo, el estúpido y ciego orgullo de un padre presumido por su único hijito, la ciega y salvaje tendencia a adornarse y a agrandar a los hombres de una mujer joven y vanidosa; todos estos impulsos, todas estas niñerías, todos estos anhelos y codicias simples, insensatos, pero monstruosamente fuertes, vivos, operantes, ya no eran para Siddhartha ninguna niñería; veía que los hombres vivían por ellos, por ellos trabajaban, viajaban, hacían la guerra, lo sufrían todo, todo lo soportaban, y por ellos podía amarlos, veía la vida, lo viviente, lo indestructible, el Brahma en cada una de sus pasiones, en cada uno de sus actos. Estos hombres eran dignos de ser amados y admirados por su ciega fidelidad, por su ciega reciedumbre y tenacidad. Nada les faltaba, en nada les aventajaba el sabio y el pensador más que en una futilidad, en una sola cosa: en que tienen conciencia de la unidad de toda vida. Y Siddhartha dudaba muchas veces si este saber, estos pensamientos, merecían ser estimados tanto o si no serían más que una niñería del hombre pensador, del hombre-niño pensador. En todo lo demás, los hombres del mundo y el sabio eran de la misma condición; con frecuencia eran muy superiores a él, como en muchas ocasiones podían parecer superiores las bestias a los hombres, en su tenaz y recto obrar impuesto por la necesidad.

Lentamente fue floreciendo y madurando en Siddhartha la conciencia de lo que era en realidad la ciencia, de lo que era en realidad la sabiduría, de lo que era en realidad la meta de su larga búsqueda. No era otra cosa que una disposición del alma, una facultad, un arte secreto, de poder pensar en cada momento, en medio de la vida, en la idea de la unidad, de poder sentir y respirar la unidad. Floreció lentamente en él, resplandeció en las facciones del rostro infantil de Vasudeva: armonía, conciencia de la eterna perfección del mundo, sonrisas, unidad.

Pero la herida seguía ardiendo; con amargura y añoranza pensaba Siddhartha en su hijo, alimentaba su amor y ternura en su corazón, dejaba que el dolor le mordiera y cometió todas las locuras del amor. Aquella llama no se apagaba.

Y un día en que la llaga ardía poderosamente, Siddhartha se fue al río, empujado por la añoranza; montó en la barca con intención de ir a la ciudad y buscar a su hijo. El río se deslizaba blandamente, era la estación seca, pero su voz sonaba extrañamente: ¡se reía! Se reía claramente. El río reía, se reía claramente del barquero. Siddhartha se detuvo, se inclinó sobre el agua para escuchar mejor, y en las mansas aguas vio reflejado su rostro, y en aquel retrato había algo que le hacía recordar algo

olvidado, y haciendo un esfuerzo de imaginación lo encontró: este rostro se parecía a otro que en otro tiempo había conocido, amado y hasta temido. Se parecía al rostro de su padre, al rostro del brahmán. Y recordó cómo siendo joven había obligado a su padre a permitirle irse con los penitentes, cómo se despidió de él, cómo se fue y no volvió más. ¿No había sufrido su padre el mismo dolor por él que ahora él sufría por su hijo? ¿No hacía ya mucho tiempo que su padre había muerto, solo, sin haber vuelto a ver a su hijo? ¿No debía él esperar este mismo destino? ¿No era esto una comedia, una extraña cosa, esta repetición, este correr en un círculo nefasto?

El río se reía. Sí, así era; se repetía lo que no había sido sufrido hasta el fin y solucionado; sufriría siempre los mismos dolores. Pero Siddhartha volvió a empuñar los remos y bogó hacia la choza, pensando en su padre, pensando en su hijo, sintiendo que el río se reía de él, en desacuerdo consigo mismo, abocado a la desesperación, y no menos dispuesto a reírse en voz alta de sí y de todo el mundo. ¡Ah!, ya no florecía la llaga, ya se rebelaba su corazón contra el destino, ya no irradiaba su dolor alegría y victoria. Sin embargo, sintió esperanzas, y en llegando a la choza, sintió un irrefrenable deseo de abrir su pecho a Vasudeva, de mostrarle todo al maestro de los oyentes, de decirse todo.

Vasudeva esta sentado en la choza y tejía un cesto. Ya no conducía la barca, sus ojos empezaban a debilitarse, y no solo sus ojos, sino también sus brazos y manos. Solo permanecían inmutables y florecientes la alegría y la benevolencia de su rostro.

Siddhartha se acercó al anciano y empezó a hablar lentamente. Habló de lo que nunca habían hablado, de su ida a la ciudad aquella vez, de la ardiente llaga, de su envidia al ver a los otros padres felices, de su conocimiento de la locura de semejantes deseos, de su lucha inútil contra ellos. Todo lo relató, todo lo dijo, aun lo más penoso; todo se dejó decir, todo se dejó mostrar; pudo referirlo todo. Descubrió su llaga, refirió también su huida de hoy, su marcha por el río, una escapada infantil; su intención de llegarse hasta la ciudad, y cómo el río se había reído.

Mientras hablaba, y habló mucho; mientras Vasudeva le escuchaba con rostro sereno, Siddhartha sintió que su oyente le escuchaba con más atención de costumbre, que sus dolores, sus angustias, le penetraban, que sus secretas esperanzas le traspasaban, volvían a él desde el otro lado. Mostrar su llaga a este oyente era como bañarla en río hasta que se enfriara y fuera una sola cosa en el río. Mientras hablaba, mientras le informaba y se confesaba, Siddhartha sintió que aquel no era Vasudeva, que aquel no era un hombre que le escuchaba, que aquel oyente inmóvil embebía su confesión como un árbol la lluvia, que aquel ser inmóvil era el mismo río, el mismo Dios, el mismo Eterno. Y cuando Siddhartha cesó de pensar en sí y en su llaga, se apoderó de él la noción de cambio operado en Vasudeva, y cuanto más pensaba en ello, tanto menos milagroso le parecía, tanto más comprendía que todo estaba en orden y era natural que Vasudeva desde hacía mucho tiempo, casi desde siempre, había sido siempre así, que él mismo no se había dado cuenta de ello, y que él no era muy distinto del otro. Sentía que miraba ahora al viejo Vasudeva como el pueblo mira a los dioses, y que aquello no podía durar; empezó a despedirse de Vasudeva con el corazón. Y siguió hablando.

Cuando terminó de hablar, Vasudeva levantó su mirada afable y algo fatigada hacia él; no habló, le lanzó una oleada de silencioso amor y serenidad, de comprensión y entendimiento. Cogió la mano de Siddhartha, le llevó hasta la orilla del río, se sentó con él en tierra y sonrió a las aguas.

-Le has oído reír-dijo-. Pero no lo has oído todo. Escuchemos y oirás algo más.

Prestaron atención. Claramente se oía el polifono canto del río. Siddhartha miró a las aguas, y sobre ellas distinguió unas figuras: vio a su padre, solo, entristecido por el hijo; se vio a sí mismo, solo trabado por los lazos de la añoranza del hijo lejano; vio a su hijo, solo también, precipitándose por el camino ardiente de sus jóvenes deseos, cada cual dirigido hacia su fin, todos sufriendo. El río cantaba con su voz dolorosa, cantaba vehemente, corría vehemente hacia su destino, su voz sonaba quejumbrosa.

-¿Oyes?-preguntó Vasudeva, con una mirada muda. Siddhartha asintió.

-¡Escucha mejor!-susurró Vasudeva.

Siddhartha se esforzó en escuchar con más atención. La imagen del padre, su propia imagen, la imagen de su hijo, se fundían unas con otras; también apareció la imagen de Kamala y se fundió, y la imagen de Govinda, y otras imágenes, y todas sobrenadaban en las aguas, formando un río, añorantes, codiciosas, sufrientes, y la voz del río sonaba anhelante, llena de dolor, llena de intranquilo deseo. El río

caminaba hacia su término; Siddhartha veía el río formado por él y los suyos y todos los hombres que había visto antes, todas las olas y aguas, apresurarse dolorosamente hacia sus fines, muchos fines, hacia la cascada, el lago, la torrentera, el mar, y todos los fines eran alcanzados, y a cada uno le sucedía otro, y las aguas desprendían vapores que ascendían hacia el cielo, ya fuera fuente, arroyo, río, esforzándose de nuevo, corriendo de nuevo. Pero la voz anhelante había cambiado. Seguí sonando dolorosamente; pero otras voces se le unían, voces de alegría y dolor, voces buenas y malas, rientes y tristes, cientos de voces, miles de voces.

Siddhartha escuchó. Escuchaba ahora con toda atención, enteramente vació, absorbiéndolo todo; sentía que al fin había aprendido a escuchar. Ya otras muchas veces había oído todo esto, todas aquellas voces en el río; pero hoy sonaban de modo distinto. Ya no sabía distinguir aquellas numerosas voces, ni las alegres de las llorosas, ni las infantiles de las de los hombres; pertenecían a todos juntos, lamentos del que añora, risas del sabio, gritos del colérico y gemidos del moribundo; todo era uno, todo entremezclado y enredado mil veces. Y todo junto, todas las voces, todos los fines, todos los anhelos, todos los dolores, todos los goces, todo lo bueno y lo malo, todo junto formaba el mundo. Todo ello formaba el río del acaecer, la música de la vida. Y aunque Siddhartha escuchaba atentamente este río, esta canción a mil voces; aunque no oía el dolor ni la risa, aunque no acordaba su alma a ninguna voz ni penetraba con su yo en ellas, sino que escuchaba el todo, percibía la unidad, y la gran canción de las mil voces venía a concentrarse en una sola palabra, que se llamaba Om: la perfección.

-¿Oyes?-volvió a preguntar la mirada de Vasudeva. La sonrisa de Vasudeva resplandecía luminosamente; sobre todas las arrugas de su viejo rostro se cernía esta sonrisa, como sobre todas las voces del río flotaba el Om. Su sonrisa resplandecía luminosa cuando miró al amigo, y luminosamente brilló también en la cara de Siddhartha la misma sonrisa. Su llaga florecía, su dolor lanzaba destellos, su yo se había fundido en la unidad.

En esta hora cesó Siddhartha de luchar con el Destino, cesó de padecer. En su rostro floreció la serenidad del saber, al que no se opone ninguna voluntad, que conoce la perfección, que está de acuerdo con el río del devenir, con la corriente de la vida, lleno de compasión, lleno de gozo compartido, entregado a la corriente, perteneciente a la unidad.

Cuando Vasudeva se levantó de su asiento en la orilla, cuando miró a Siddhartha a los ojos y vio brillar en ellos la serenidad del saber, le tocó el hombro suavemente con la mano, como tenía por costumbre, y dijo:

-He estado esperando esta hora, querido. Ha llegado ya, déjame ir. He esperado mucho tiempo este instante, he sido mucho tiempo el barquero Vasudeva. Ya basta. ¡Adiós, choza, adiós, río; adiós, Siddhartha!

Siddhartha se inclinó profundamente ante el que se despedía.

-Lo esperaba-dijo en voz baja-. ¿Te vas al bosque?

-Me voy al bosque, me voy hacia la Unidad-dijo Vasudeva, radiante.

Se alejó, radiante; Siddhartha le siguió con la mirada. Le miraba alejarse con profunda alegría; con profunda seriedad contempló su paso lleno de paz, su cabeza llena de resplandores, su figura llena de luz.

Govinda

Govinda permaneció algún tiempo, con otros monjes, durante un descanso en la finca de recreo que la cortesana Kamala había regalado a los discípulos de Gotama. Oyó hablar de un viejo barquero, que vivía en el río a una jornada de distancia y que era tenido por sabio. Cuando Govinda reemprendió el camino, eligió el que pasaba por la choza del barquero, curioso por conocerle. Aunque siempre había vivido según la regla, aunque los monjes de su edad y de su discreción le miraban con respeto, en su corazón no se había extinguido la intranquilidad y el afán de buscar.

Llegó al río, rogó al viejo que le pasara al otro lado, y cuando bajaron de la barca, dijo al anciano:

-Muchas amabilidades has tenido para con nosotros los monjes y peregrinos; a muchos de nosotros has llevado en tu barca. ¿No eres tú también, barquero, uno que anda buscando el recto sendero?

Habló Siddhartha, sonriendo con los ojos ancianos:

-¿Andas buscándolo tú también, ¡oh venerable!, a pesar de tus años y del hábito de monje de Gotama que llevas?

-Es cierto que soy viejo-habló Govinda- para andar buscando, pero no he dejado de hacerlo. Nunca cesaré en la búsqueda, ese es mi parecer. Tú también, me parece, has buscado. ¿Quieres decirme algo, honorable anciano?

Habló Siddhartha:

-¿Qué puedo yo decirte, venerable amigo? ¿Quizá que buscas demasiado? ¿Qué por tanto buscar no encuentras nada?

-¿Cómo es eso?-preguntó Govinda.

-Cuando alguien busca-dijo Siddhartha-, suele ocurrir fácilmente que sus ojos solo ven la cosa que anda buscando, que no puede encontrar nada, que no deja entrar nada dentro de él, porque siempre está pensando en la cosa buscada, porque tiene un fin, porque está poseído por este fin. Buscar significa tener un fin. Pero encontrar quiere decir ser libre, estar abierto a todo, no tener un fin. Tú venerable, quizá eres en realidad un buscador, pero aspirando a tu fin no ves muchas de las cosas que están cerca de tus ojos.

-Sigo sin entenderte-dijo Govinda-. ¿Qué quieres decir?

Habló Siddhartha:

-En otro tiempo, ¡oh venerable!, hace muchos años, estuviste otra vez en este río, y encontraste en sus orillas un durmiente, y te sentaste junto a él para velar su sueño. Pero no le reconociste, ¡oh Govinda!

Asombrado, como un encantado, el monje miró a los ojos del barquero.

-¿Eres Siddhartha?-preguntó con voz tímida-. ¡Tampoco te he reconocido esta vez! ¡Te saludo con todo el corazón, Siddhartha; cordialmente me alegro de volver a verte! Has cambiado mucho, amigo. ¿Y te has hecho barquero?

Siddhartha sonrió afablemente.

-Sí, un barquero. Muchos deben cambiar mucho, Govinda; deben llevar toda clase de vestimentas, y uno de esos soy yo, querido. Se bien venido, Govinda, y quédate esta noche en mi choza.

Govinda pasó la noche en la choza y durmió en el lecho que había sido antes de Vasudeva. Muchas preguntas hizo al amigo de su juventud, mucho hubo de contarle Siddhartha de su vida.

A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de continuar la peregrinación, Govinda preguntó, no sin vacilaciones:

-Antes de partir, Siddhartha, permíteme que te haga una pregunta más. ¿Tienes una doctrina? ¿Tienes una fe o una ciencia que seguir para que te ayude a vivir y a hacer el bien?

Habló Siddhartha:

-Ya sabes, querido, que cuando era joven, cuando vivíamos entre los penitentes del bosque, solía desconfiar de las doctrinas y de los doctrinarios y solía volverles las espaldas. Sigo siendo igual. Sin embargo, he tenido desde entonces muchos maestros. Una hermosa cortesana fue mucho tiempo mi maestra, y un rico comerciante fue mi maestro, y algunos jugadores de dados. Una vez también lo fue un joven Buda caminante; se sentó junto a mí, una vez que me quedé dormido en el bosque, durante una peregrinación. También de él aprendí, también le estoy agradecido, muy agradecido. Pero donde más he aprendido es en este río y de mi antecesor, el barquero Vasudeva. Era un hombre muy sencillo, no era ningún pensador, pero sabía lo necesario; era tan bueno como Gotama, era un perfecto, un santo.

Dijo Govinda:

-Me parece, Siddhartha, que, como siempre, bromeas un poco. Ya sé, y te creo, que nunca has seguido a un maestro. Pero ¿no has encontrado por ti mismo, aunque no sea una doctrina, algunos pensamientos, algunos conocimientos, que te sean propios y te ayuden a vivir? Si pudieras hablarme de ellos, me llenarías el corazón de ventura.

Habló Siddhartha:

-Sí, he tenido pensamientos y conocimientos a veces. He sentido en mí, durante una hora o durante todo un día, muchas veces la ciencia como se siente la vida en el corazón. Muchos eran pensamientos, pero me sería difícil comunicártelos. Mira, Govinda mío: este es uno de los pensamientos que he encontrado: La sabiduría no es comunicativa. La sabiduría que un sabio intenta comunicar suena siempre a necesidad.

-¿Bromeas?-preguntó Govinda.

-No bromeo. Digo lo que he hallado. Se pueden transmitir los conocimientos, pero la sabiduría no. Se la puede encontrar, se la puede vivir, se puede ser arrastrado por ella, se puede hacer con ella milagros, pero no se la puede expresar y enseñar. Esto era lo que ya de pequeño sospeché muchas veces, lo que me apartó de los maestros. He encontrado un pensamiento, Govinda, que podrás tomar a broma o por sandez, pero que es mi mejor pensamiento. Es el que dice: "¡Lo contrario de cada verdad es igualmente cierto!" O sea, una verdad solo se deja expresar y cubrir con palabras cuando es unilateral. Unilateral es todo lo que puede ser pensado con pensamientos y dicho con palabras; todo unilateral, todo parcial, todo carece de integridad, de redondez, de unidad. Cuando el sublime Gotama, enseñando, hablaba del mundo, lo dividía en sansara y nirvana, en mentira y verdad, en dolor y liberación. No hay otra solución, no hay otro camino para el que quiere enseñar. Pero el mundo mismo, el que existe a nuestro alrededor y dentro de nosotros, no es unitario. Un hombre nunca es enteramente sansara o enteramente nirvana, nunca es un hombre enteramente santo o enteramente pecador. Parece que es así, porque estamos debajo del poder del engaño de que el tiempo es algo real. Pero el tiempo es una cosa ficticia, Govinda, lo he comprobado muchas veces. Y si el tiempo no es real, el breve espacio de tiempo que parece haber entre el mundo y la eternidad, entre el dolor y la bienaventuranza, entre el mal y el bien, también es un engaño.

-¿Cómo es eso?-preguntó Govinda, angustiado.

-Escúchame, Govinda, ¡escúchame bien! El pecador, como yo o como tú, es pecador, pero antes volverá a ser otra vez Brahma, habrá de alcanzar antes el nirvana, habrá de ser antes Buda. Y ahora mira: ¡este antes es una ilusión, es una parábola! El pecador no está en camino de convertirse en Buda, no está realizando un desenvolvimiento, aunque nuestro pensamiento no sepa representarse la cosa de otro modo. No, en el pecador está hoy y siempre el futuro Buda, su destino está todo entero en él, tú puedes adorar al Buda oculto, en ti, en todo el que existe. El mundo, amigo Govinda, no es imperfecto o en camino de perfecciones lentamente: no, es en cada momento perfecto, todo pecado trae en sí la gracia, todo niño lleva ya en sí al anciano; todo mamoncillo, la muerte; todo moribundo, la vida eterna. A ningún hombre le es posible ver cuánto ha progresado otro hombre en su camino; Buda espera en los ladrones y jugadores de dados, en el brahmán espera el ladrón. En la meditación profunda hay la posibilidad de anular el tiempo, de ver la vida pretérita, la presente y la futura, simultáneamente, y

todo esto es bueno, perfecto; todo es Brahma. Por esto, todo lo que es me parece bueno, así la muerte como la vida, el pecado como la santidad, la cordura como la insensatez; todo debe ser así, todo necesita solamente mi aprobación, mi consentimiento, mi amable comprensión; de esta forma es bueno para mí, nunca puede dañarme. He aprendido en mi cuerpo y en mi alma que necesito mucho el pecado, que necesito el placer, el deseo de los bienes, la vanidad, y necesito la ignominiosa desesperación para aprender a renunciar a toda resistencia, para aprender a amar al mundo, para no volverlo a comparar con cualquiera de los mundos deseados o ensoñados por mí, con cualquiera de las formas de perfección pensadas por mí, sino dejarlo como es, amarlo tal cual es y pertenecer gustosamente a él. Estos son, ¡oh Govinda!, algunos de los pensamientos que se me han ocurrido.

Siddhartha se agachó cogió una piedra del suelo y la sopesó en la mano.

-Esto-dijo, jugando con ella- es una piedra, y con el tiempo será quizá tierra, y de tierra se convertirá en planta, o en animal o en hombre. En otro tiempo yo hubiera dicho: "Esta piedra es simplemente piedra, carece de valor, pertenece al mundo de Maya; pero porque puede convertirse quizá en el ciclo de las transmutaciones, en cuerpo y alma, le doy también valor." Así habría pensado antes quizá. Pero hoy pienso así: esta piedra es piedra, es también animal, es también Dios, es también Buda, no la reverencio y amo porque puede convertirse en esto y lo otro, sino porque lo es todo por siempre jamás, y precisamente por esto, por ser piedra, por ahora se me aparece como piedra; por esto precisamente la amo y veo valor y sentido en cada una de sus vetas y poros, en sus amarillos y grises, en su dureza, en el sonido que produce cuando la golpeo, en la humedad o sequedad de su superficie. Hay piedras que al tacto parecen como de aceite o jabón; y otras como hojas, otras como arena, y cada cual es distinta y reza el Om a su manera, cada una es Brahma, pero al mismo tiempo es piedra, aceitosa o jabonosa, y esto es precisamente lo que me agrada y me parece maravilloso y digno de adoración. Pero no quiero hablar más de esto. Las palabras no benefician en nada al sentido oculto, lo que es siempre igual debe ser siempre algo distinto cuando se lo expresa, se debe falsear un poco, se debe presentar de un modo un poco extravagante. Si, y esto también es muy bueno y me agrada mucho, con esto también estoy muy de acuerdo: que lo que para un hombre tiene mucho valor y está lleno de cordura, para otro siempre suena a sandez.

Govinda escuchaba silencioso.

-¿Por qué me has dicho lo de la piedra?-preguntó, vacilante, después de una pausa.

-Lo dije sin intención. O quizá porque amo a la piedra y al río y a todas estas cosas que vemos y de las cuales podemos aprender. Yo puedo amar a una piedra, Govinda, y también a un árbol o a un trozo de corteza. Pero no puedo amar las palabras. Por eso las doctrinas no son para mí, no tienen dureza, no tienen peso ni color, ni aristas, ni olor, ni gusto; no tienen más que palabras. Quizá sea esto lo que te impide encontrar la paz, quizá sean las muchas palabras. Pues también son simples palabras redención y virtud, sansara y nirvana. No hay ninguna cosa que sea nirvana; solo hay la palabra nirvana.

Habló Govinda:

-El nirvana, amigo, no es solo una palabra. Es un pensamiento.

Siddhartha prosiguió:

-Un pensamiento, ciertamente. He de confesarte, querido, que no hallo mucha diferencia entre pensamiento y palabra. Dicho con más claridad, no espero mucho de los pensamientos. Espero más de las cosas. Aquí, en esta barca, por ejemplo, había un hombre, mi antecesor y maestro, un santo varón que ha creído muchos años en el río, casi en nada. Ha notado que la voz del río le hablaba, de ella aprendió, ella le educó y enseñó; el río era un dios para él; durante muchos años ignoró que cada viento, cada nube, cada pájaro, cada escarabajo es tan divino y tan sabio y puede enseñar tanto como el reverenciado río. Cuando este santo varón se fue al bosque, lo sabía todo; sabía más que tú y que yo, sin haber tenido maestros, sin libros, solo por haber creído en el río.

Govinda dijo:

-Pero todo eso que tú llamas cosas, ¿es algo real, algo sustancial? ¿No será solo un engaño de Maya, no será más que imagen y apariencia? Tu piedra, tu árbol, tu río, ¿son, pues, realidades?

-Eso tampoco me preocupa mucho-dijo Siddhartha-. Las cosas pueden ser apariencia o no, yo también lo seré entonces, y siempre serán mis iguales. Esto es lo que las hace ser amadas y dignas de veneración para mí: que son mis iguales. Por esto puedo amarlas. Y esto forma una doctrina de la que

puedes reírte: el amor, ¡oh Govinda!, me parece ser el motivo de todo. Examinar el mundo, explicarlo, despreciarlo, es posible que sea tarea de los grandes pensadores. Pero a mí solo me queda poder amar al mundo, no despreciarlo, no odiar ni al mundo ni a mí; poder observarle a él y a mí y a todos los seres con amor y admiración y respeto.

-Esto lo comprendo bien-dijo Govinda-. Pero precisamente esto es lo que el sublime reconoce como engañoso. Exige bondad, indulgencia, padecimiento, pero no amor; nos prohíbe encadenar nuestro corazón con el amor por las cosas terrenales.

-Ya los sé-dijo Siddhartha; su sonrisa resplandecía áurea-. Ya lo sé, Govinda. Y mira: ya estamos en medio de la espesura de las opiniones, en una batalla de palabras. Pues no puedo negar que mis palabras sobre el amor está en contradicción, en aparente contradicción con las palabras del Gotama. Precisamente por esto desconfío tanto de las palabras, pues sé que esta contradicción es aparente. Sé que soy una sola cosa con Gotama. ¡Cómo, entonces, no ha de conocer El el amor; El, que ha conocido la existencia humana en su caducidad, en su nulidad, y, sin embargo, amó tanto a los hombres que empleó toda una larga y penosa vida en ayudarlos, en instruirlos! También en él, también en tu gran maestro, amo más la cosa que las palabras; sus acciones y su vida son más importantes que sus discursos, son más importantes sus ademanes que sus opiniones. Veo su grandeza no en sus discursos ni en sus pensamientos, sino en sus actos, en su vida.

Los dos ancianos permanecieron largo tiempo en silencio. Luego habló Govinda, en tanto se inclinaba como despedida.

-Te doy gracias, Siddhartha, por haberme comunicado tus pensamientos. Son, en parte, extraños; no todos los he comprendido en seguida. Sea como sea, te lo agradezco, y te deseo días tranquilos.

Pero pensó secretamente para sí: "Este Siddhartha es un hombre extraordinario; tiene pensamientos extraños, su doctrina suena a demencia. No suena así la doctrina del sublime, que es pura, clara, comprensible; que no contiene nada loco o risible. Pero las manos y pies de Siddhartha, sus ojos, su frente, su alentar, su sonrisa, su saludo, su paso, me parecen distintos a sus pensamientos. Nunca, desde que nuestro sublime Gotama penetró en el nirvana, he encontrado un hombre ante el cual haya dicho: "¡Este es un santo!" Solo él, este Siddhartha, me lo ha parecido. Su doctrina puede aparecerme extraña, sus palabras pueden sonar alocadas, pero su mirada y sus manos, su piel y sus cabellos, todo en él respira pureza, expande paz, irradia serenidad y dulzura y santidad, lo que no he visto en ningún otro hombre desde la última muerte de nuestro sublime maestro."

Mientras Govinda pensaba así, y en su corazón nacía la contradicción, volvió a inclinarse ante Siddhartha a impulsos del amor. Se inclinó profundamente ante el que seguía sentado con toda tranquilidad.

-Siddhartha-dijo-, hemos envejecido. Difícilmente volverá ninguno de nosotros a ver al otro bajo esta forma. Veo, querido, que has encontrado la paz. Reconozco que yo no la he encontrado. Dime algo más, venerable, ¡dame algo que yo pueda coger y comprender! Dame algo para el camino. Con frecuencia, mi camino es difícil, tenebroso, Siddhartha.

Siddhartha calló y le miró con su sonrisa tranquila. Govinda le miró fijamente a la cara, con angustia, con ansia. En sus ojos aparecía escrito el dolor y el eterno buscar, el eterno no encontrar.

Siddhartha le miró y sonrió.

-¡Inclínate sobre mí!-susurró al oído de Govinda-. ¡Inclínate más sobre mí! ¡Así, más cerca! ¡Muy cerca! ¡Bésame en la frente, Govinda!

Pero mientras Govinda, admirado e impulsado, sin embargo, por un gran amor y los sentimientos, obedecía sus palabras, inclinándose sobre él y rozando su frente con los labios, le sucedió algo maravilloso. Mientras su pensamiento estaba ocupado todavía con las palabras prodigiosas de Siddhartha, mientras se esforzaba en vano y con cierta resistencia en pensar más allá del tiempo, en imaginarse el nirvana y el sansara como una sola cosa, mientras luchaban dentro de él cierto desprecio para las palabras del amigo con un inmenso amor y reverencia, sucedióle esto:

Dejó de ver el rostro de su amigo Siddhartha, y en su lugar vio otros rostros, muchos, una larga serie, un caudaloso río de rostros, cientos, miles de ellos, que llegaban y pasaban, y sin embargo, todos parecían permanecer, aunque se renovaban y cambiaban continuamente, y todos eran Siddhartha. Vio el rostro de un pez, de una carpa, con las fauces dolorosamente distendidas; un pez moribundo, con

los ojos quebrados; vio el rostro de un niño recién nacido, rojo y lleno de arrugas, predispuesto al llanto; vio el rostro de un asesino, al que vio clavar un cuchillo en el vientre de un hombre; vio en el mismo segundo a este criminal, arrodillado y cargado de cadenas, ofreciendo el cuello al verdugo, que le decapitó de un golpe de espada; vio los cuerpos desnudos de hombres y mujeres entregados a furiosas luchas de amor; vio cadáveres extendidos, quietos, fríos, vacíos; vio cabezas de animales, de cerdos, de cocodrilos, de elefantes, de toros, de pájaros; vio dioses, Krischnas, Agnis; vio todas estas figuras y rostros en mil relaciones entre ellas, ayudándose mutuamente, amándose, odiándose, destruyéndose, volviendo a nacer; cada una era un deseo de morir, un apasionado y doloroso testimonio de caducidad, y sin embargo, ninguno moría, solo se transformaba, volvía a nacer, recibía siempre un nuevo rostro, sin que mediara tiempo alguno entre uno y otro rostro, y todas estas figuras y rostros descansaban, fluían, se engendraban, flotaban y discurrían unos sobre otros, y sobre todo ello había contantemente algo sutil, incorpóreo, pero existente, como un fino cristal o hielo, como una piel transparente, una campana, forma o máscara de agua, y esta máscara sonreía, y esta máscara era el rostro sonriente de Siddhartha, que él, Govinda, en este mismo instante rozaba con los labios. Y de esta forma, Govinda vio esta sonrisa de la máscara, esta sonrisa de la unidad sobre las figuras que pasaban, esta sonrisa de la simultaneidad sobre los mil nacimientos y muertes; esta sonrisa tranquila, fina, impenetrable, quizá bondadosa, quizá burlesca, sabia, múltiple, de Gotama, el Buda, como él mismo la había visto cien veces con reverencia. Así sonreían los que habían alcanzado la perfección, como él bien sabía.

No sabiendo ya el tiempo que había transcurrido, si aquella visión había durado un segundo o cientos de años, no sabiendo si aquello era propio de Siddhartha o de Gotama, o del yo y tú; herido en lo más íntimo como por una saeta divina, cuya punzada sabía dulce; íntimamente encantado y redimido, Govinda permaneció todavía un momento inclinado sobre el rostro de Siddhartha, que acababa de besar, que acababa de ser escenario de todas las figuras, de todo ser y existir. El rostro estaba inmutable; después de haberse vuelto a cerrar bajo la superficie la profundidad de las mil arrugas, sonreía tranquilo, sonreía suave y delicadamente, quizá muy bondadoso, quizá muy burlesco, exactamente como había sonreído el sublime.

Govinda se inclinó profundamente, corrieron las lágrimas, de las que no se dio cuenta, por su viejo rostro; como un fuego ardió el sentimiento del más íntimo amor, de la más humilde veneración, en su corazón. Se inclinó profundamente hasta tierra, ante el sedente inmóvil, cuya sonrisa le recordaba todo lo que había amado en la vida, lo que en su vida había sido de valor y santo.

El Lobo Estepario

Anotaciones de Harry Haller

Sólo para locos

El día había transcurrido del modo como suelen transcurrir estos días; lo había malbaratado, lo había consumido suavemente con mi manera primitiva y extraña de vivir; había trabajado un buen rato, dando vueltas a los libros viejos; había tenido dolores durante dos horas, como suele tenerlos la gente de alguna edad; había tomado unos polvos y me había alegrado de que los dolores se dejaran engañar; me había dado un baño caliente, absorbiendo el calorcillo agradable; había recibido tres veces el correo y hojeado las cartas, todas sin importancia, y los impresos, había hecho mi gimnasia respiratoria, dejando hoy por comodidad los ejercicios de meditación; había salido de paseo una hora y había visto dibujadas en el cielo bellas y delicadas muestras de preciosos cirros. Esto era muy bonito, igual que la lectura en los viejos libros y el estar tendido en el baño caliente; pero, en suma, no había sido precisamente un día encantador, no había sido un día radiante, de placer y Ventura, sino simplemente uno de estos días como tienen que ser, por lo visto, para mí desde hace mucho tiempo los corrientes y normales; días mesuradamente agradables, absolutamente llevaderos, pasables y tibios, de un señor descontento y de cierta edad; días sin dolores especiales, sin preocupaciones especiales, sin verdadero desaliento y sin desesperanza; días en los cuales puede meditarse tranquila y objetivamente, sin agitaciones ni miedos, hasta la cuestión de si no habrá llegado el instante de seguir el ejemplo del célebre autor de los Estudios y sufrir un accidente al afeitarse.

El que haya gustado los otros días, los malos, los de los ataques de gota o los del maligno dolor de cabeza clavado detrás de los globos de los ojos, y convirtiendo, por arte del diablo, toda actividad de la vista y del oído de una satisfacción en un tormento, o aquellos días de la agonía del espíritu, aquellos días terribles del vacío interior y de la desesperanza, en los cuales, en medio de la tierra destruida y esquilada por las sociedades anónimas, nos salen al paso, con sus muecas como un vomitivo, la humanidad y la llamada cultura con su fermentado brillo de feria, ordinario y de hojalata, concentrado todo y llevado al colmo de lo insoportable dentro del propio yo enfermo; el que haya gustado aquellos días infernales, ése ha de estar muy contento con estos días normales y mediocres como el de hoy; lleno de agradecimiento se sentará junto a la amable chimenea y con agradecimiento comprobará, al leer el periódico de la mañana, que no se ha declarado ninguna nueva guerra ni se ha erigido en ninguna parte ninguna nueva dictadura, ni se ha descubierto en política ni en el mundo de los negocios ningún chanchullo de importancia especial; con agradecimiento habrá de templar las cuerdas de su lira enmohecida para entonar un salmo de gratitud medurado, regularmente alegre y casi placentero, con el que aburrir a su callado y tranquilo dios contentadizo y mediocre, como anestesiado con un poco de bromuro; y en el ambiente de tibia pesadez de este aburrimiento medio satisfecho, de esta carencia de dolor tan de agradecer, se parecen los dos como hermanos gemelos, el monótono y adormilado dios de la mediocridad y el hombre mediocre algo encanecido que entona el salmo amortiguado.

Es algo hermoso esto de la autosatisfacción, la falta de preocupaciones, estos días llevaderos, a ras de tierra, en los que no se atreven a gritar ni el dolor ni el placer, donde todo no hace sino susurrar y andar de puntillas. Ahora bien, conmigo se da el caso, por desgracia, de que yo no soporto con facilidad precisamente esta semisatisfacción, que al poco tiempo me resulta intolerablemente odiosa y repugnante, y tengo que refugiarme desesperado en otras temperaturas, a ser posible por la senda de

los placeres y también por necesidad por el camino de los dolores. Cuando he estado una temporada sin placer y sin dolor y he respirado la tibia e insípida soportabilidad de los llamados días buenos, entonces se llena mi alma infantil de un sentimiento tan doloroso y de miseria, que al dormecino dios de la semisatisfacción le tiraría a la cara satisfecha la mohosa lira de la gratitud, y más me gusta sentir dentro de mí arder un dolor verdadero y endemoniado que esta confortable temperatura de estufa. Entonces se inflama en mi interior un fiero afán de sensaciones, de impresiones fuertes, una rabia de esta vida degradada, superficial, esterilizada y sujeta a normas, un deseo frenético de hacer polvo alguna cosa, por ejemplo, unos grandes almacenes o una catedral, o a mí mismo, de cometer temerarias idioteces, de arrancar la peluca a un par de ídolos generalmente respetados, de equipar a un par de muchachos rebeldes con el soñado billete para Hamburgo, de seducir a una jovencita o retorcer el pescuezo a varios representantes del orden social burgués. Porque esto es lo que yo más odiaba, detestaba y maldecía principalmente en mi fuero interno: esta autosatisfacción, esta salud y comodidad, este cuidado optimismo del burgués, esta bien alimentada y próspera disciplina de todo lo mediocre, normal y corriente.

En tal disposición de ánimo terminaba yo, al oscurecer, aquel día adocenado y llevadero. No lo terminaba de la manera normal y conveniente para un hombre algo enfermo, entregándome a la cama preparada y provista de una botella de agua caliente a modo de imán; sino que insatisfecho y asqueado por mi poquito de trabajo y descorazonado, me calcé los zapatos, me embutí en el abrigo, dirigiéndome a la calle rodeado de niebla y oscuridad, para beber en la hostería del Casco de Acero lo que los hombres que beben llaman «un vaso de vino», según un convencionalismo antiguo.

Así bajaba yo, pues, la escalera de mi sotabanco, estas penosas escaleras de la tierra extraña, estas escaleras burguesas, cepilladas y limpias, de una decentísima casa de alquiler para tres familias, junto a cuyo tejado tenía yo mi celda. No sé cómo es esto, pero yo, el lobo estepario sin hogar, el enemigo solitario del mundo de la pequeña burguesía, yo vivo siempre en verdaderas casas burguesas. Esto debe ser un viejo sentimentalismo por mi parte. No vivo en palacios ni en casas de proletarios, sino siempre exclusivamente en estos nidos de la pequeña burguesía, decentísimos, aburridísimos e impecablemente cuidados, donde huele a un poco de trementina y a un poco de jabón y donde uno se asusta, si alguna vez se da un golpazo al cerrar la puerta de la casa o si se entra con los zapatos sucios. Me gusta sin duda esta atmósfera desde los años de mi infancia, y mi secreta nostalgia hacia algo así como un hogar me lleva, sin esperanza, una y otra vez, por estos necios caminos.

Así es, y me gusta también el contraste en el que está mi vida, mi vida solitaria, ajetreada y sin afectos, completamente desordenada, con este ambiente familiar y burgués. Me complace respirar en la escalera este olor de quietud, orden, limpieza, decencia y domesticidad, que a pesar de mi odio a la burguesía tiene siempre algo emotivo para mí, y me complace luego atravesar la puerta de mi cuarto, donde todo esto termina, donde entre los montones de libros me encuentro las colillas de los cigarros y las botellas de vino, donde todo es desorden, abandono e incuria, y donde todo, libros, manuscritos, ideas, está sellado e impregnado por la miseria del solitario, por la problemática de la naturaleza humana, por el vehemente afán de dotar de un nuevo sentido a la vida del hombre que ha perdido el que tenía.

Y entonces pasé junto a la araucaria. En efecto, en el primer piso de esta casa desemboca la escalera en el pequeño vestíbulo de una vivienda, que sin duda es aún más impecable, más limpia y más lustrosa que las demás, pues este modesto vestíbulo reluce por un cuidado sobrehumano, es un brillante y pequeño templo del orden. Sobre el suelo de parqué, que uno no se atreve a pisar, hay dos elegantes taburetes, y sobre cada taburete una gran maceta; en una crece una azalea, en la otra una araucaria bastante magnífica, un árbol infantil sano y recto, de la mayor perfección, y hasta la última hoja acicular de la última rama reluce con la más fresca nitidez. A veces, cuando me creo inobservado, uso este lugar como templo, me siento en un escalón sobre la araucaria, descanso un poco, junto las manos y miro con devoción hacia abajo a este jardín del orden, cuyo aspecto emotivo y ridícula soledad me conmueven el alma de un modo extraño. Detrás de este vestíbulo, por decirlo así, en la sombra sagrada de la araucaria, barrunto una vivienda llena de caoba reluciente, una vida llena de decencia y de salud, de levantarse temprano y cumplimiento del deber, fiestas familiares alegres con moderación, visitas a la iglesia los domingos y acostarse a primera hora.

Con fingida alegría me puse a trotar sobre el asfalto de las calles, húmedo por la niebla. Las luces de los faroles, lacrimosas y empañadas, miraban a través de la blanda opacidad y absorbían del suelo mojado los difusos reflejos. Mis años olvidados de la juventud se me representaron; cuánto me gustaban entonces aquellas noches turbias y sombrías de fines de otoño y del invierno; cuán ávido y embriagado aspiraba entonces el ambiente de soledad y melancolía, correteando hasta media noche por la naturaleza hostil y sin hojas, embutido en el gabán y bajo lluvia y tormenta, solo ya en aquella época también, pero lleno de profunda complacencia y de versos, que después en mi alcoba escribía a la luz de la vela y sentado sobre el borde de la cama. Ahora ya esto había pasado, este cáliz había sido apurado, y ya no me lo volverían a llenar. ¿Habría que lamentarlo? No. No había que lamentar nada de lo pasado. Era de lamentar lo de ahora, lo de hoy, todas estas horas y días que yo iba perdiendo, que yo en mi soledad iba sufriendo, que ya no traían ni dones agradables ni conmociones profundas. Pero, gracias a Dios, no dejaba también de haber excepciones: a veces, aunque raras, había también horas que traían hondas sacudidas y dones divinos, horas demoledoras, que a mí, extraviado, volvían a transportarme junto al palpitante corazón del mundo. Triste y, sin embargo, estimulado en lo más íntimo, procuré acordarme del último suceso de esta clase. Había sido en un concierto. Tocaban una antigua música magnífica. Entonces, entre dos compases de un pasaje pianístico tocado por oboes, se me había vuelto a abrir de repente la puerta del más allá, había cruzado los cielos y vi a Dios en su tarea, sufrí dolores bienaventurados, y ya no había de oponer resistencia a nada en el mundo, ni de temer en el mundo a nada ya, había de afirmar todo y de entregar a todo mi corazón.

No duró mucho tiempo, acaso un cuarto de hora; volvió en sueños aquella noche, y desde entonces, a través de los días de tristeza, surgía radiante alguna que otra vez de un modo furtivo; lo veía a veces cruzar claramente por mi vida durante algunos minutos, como una huella de oro, divina, envuelta casi siempre profundamente en cieno y en polvo, brillar luego otra vez con chispas de oro, pareciendo que no había de perderse ya nunca, y, sin embargo, perdida pronto de nuevo en los profundos abismos. Una vez sucedió por la noche que, estando despierto en la cama, empecé de pronto a recitar versos, versos demasiado bellos, demasiado singulares para que yo hubiera podido pensar en escribirlos, versos que a la mañana siguiente ya no recordaba y que, sin embargo, estaban guardados en mí como la nuez sana y hermosa dentro de una cáscara rugosa y vieja. Otra vez tomó la visión con la lectura de un poeta, con la meditación sobre un pensamiento de Descartes o de Pascal; aún en otra ocasión volvió a surgir, estando un día con mi amada, y a conducirme más adentro en el cielo. ¡Ah, es difícil encontrar esa huella de Dios en medio de esta vida que llevamos, en medio de este siglo tan contestadizo, tan burgués, tan falto de espiritualidad, a la vista de estas arquitecturas, de estos negocios, de esta política, de estos hombres! ¿Cómo no había yo de ser un lobo estepario y un pobre anacoreta en medio de un mundo, ninguno de cuyos fines comparto, ninguno de cuyos placeres me llama la atención? No puedo aguantar mucho tiempo ni en un teatro ni en un cine, apenas puedo leer un periódico, rara vez un libro moderno; no puedo comprender qué clase de placer y de alegría buscan los hombres en los hoteles y en los ferrocarriles totalmente llenos, en los cafés repletos de gente oyendo una música fastidiosa y pesada; en los bares y varietés de las elegantes ciudades lujosas, en las exposiciones universales, en las carreras, en las conferencias para los necesitados de ilustración, en los grandes lugares de deportes; no puedo entender ni compartir todos estos placeres, que a mí me serían desde luego asequibles y por los que tantos millares de personas se afanan y se agitan. Y lo que, por el contrario, me sucede a mí en las raras horas de placer, lo que para mí es delicia, suceso, elevación y éxtasis, eso no lo conoce, ni lo ama, ni lo busca el mundo más que si acaso en las novelas; en la vida, lo considera una locura. Y en efecto, si el mundo tiene razón, si esta música de los cafés, estas diversiones en masa, estos hombres americanos contentos con tan poco tienen razón, entonces soy yo el que no la tiene, entonces es verdad que estoy loco, entonces soy efectivamente el lobo estepario que tantas veces me he llamado, la bestia descarriada en un mundo que le es extraño e incomprensible, que ya no encuentra ni su hogar, ni su ambiente, ni su alimento.

Con estas ideas habituales seguí andando por la calle humedecida, atravesando uno de los más tranquilos y viejos barrios de la ciudad. De pronto vi en la oscuridad, al otro lado de la calle, enfrente de mí, una vieja tapia parda de piedras, que siempre me gustaba mirar; allí estaba siempre, tan vieja y tan despreocupada, entre una iglesia pequeña y un antiguo hospital; de día me gustaba poner los ojos

con frecuencia en su tosca superficie. Había pocas superficies tan calladas, tan buenas y tranquilas en el interior de la ciudad, donde, por otra parte, en cada medio metro cuadrado le gritaba a uno a la cara su anuncio una tienda, un abogado, un inventor, un médico, un barbero o un callista. También ahora volví a ver a la vieja tapia gozando tranquila de su paz, y, sin embargo, algo había cambiado en ella; vi una pequeña y linda puerta en medio de la tapia con un arco ojival y me desconcerté, pues no sabía ya en realidad si esta puerta había estado siempre allí, o la habían puesto recientemente. Vieja parecía, sin duda, viejísima; probablemente la pequeña entrada cerrada, con su puerta oscura de madera, había servido de paso hace ya siglos a un soñoliento patio conventual, y todavía hoy servía para lo mismo, aun cuando el convento ya no existiera; y probablemente había visto yo cien veces la puerta, sólo que no me había dado cuenta de ella, quizás estaba recién pintada y por eso me llamaba la atención. Sea como fuere, me quedé parado mirando atentamente hacia aquella acera, sin atravesar, sin embargo; la calle por el centro tenía el piso tan blando y mojado... Me quedé en la otra acera, mirando simplemente hacia aquel lado, era ya de noche, y me pareció que en torno de la puerta había una guirnalda o alguna cosa de colores. Y entonces, al esforzarme por ver con más precisión, distinguí sobre el hueco de la puerta un escudo luminoso, en el que me parecía que había algo escrito. Apliqué con afán los ojos y por fin atravesé la calle, a pesar del lodo y el barro. Entones vi sobre la puerta, en el verde parduzco y viejo de la tapia, un espacio tenuemente iluminado, por el que corrían y desaparecían rápidamente letras movibles de colores, volvían a aparecer y se esfumaban. También han profanado, pensé, esta vieja y buena tapia para un anuncio luminoso. Entretanto, descifré algunas de las palabras fugitivas, eran difíciles de leer y había que adivinarlas en parte, las letras aparecían con intervalos desiguales, pálidas y borrosas, y desaparecían inmediatamente.

El hombre que quería hacer su negocio con esto, no era hábil, era un lobo estepario, un pobre diablo. ¿Por qué ponía en juego sus letras aquí, sobre esta tapia, en la calleja más tenebrosa de la ciudad vieja, a esta hora, cuando nadie pasa por aquí, y por qué eran tan fugitivas y ligeras las letras, tan caprichosas y tan ilegibles? Pero... ya lo logré: conseguí atrapar varias palabras, unas detrás de otras, que decían:

Teatro mágico.

Entrada no para cualquiera.

No para cualquiera.

Intenté abrir la puerta, el viejo y pesado picaporte no cedía a ningún esfuerzo. El juego de las letras había terminado, cesó de pronto, tristemente, como consciente de su inutilidad. Retrocedí algunos pasos, me metí en el fango hasta los tobillos, ya no aparecían más letras. El juego se había extinguido. Permanecí mucho rato de pie en el lodo y esperé; en vano.

Luego, cuando ya hube renunciado y estaba otra vez sobre la acera, cayeron por delante de mí un par de letras luminosas de colores sobre el espejo del asfalto. Leí:

¡Sólo... para... lo... cos!

Se me habían mojado los pies, y me estaba helando, pero aún permanecí un gran rato en acecho. Nada más. Mientras estuve allí de pie pensando cómo los bonitos fuegos fatuos de las tenues y pintadas letras habían bailoteado sobre la tapia húmeda y sobre el asfalto negro brillante, se me volvió a ocurrir de repente una fracción de mi anterior pensamiento: la alegría de la huella de oro resplandeciente, que se aleja tan pronto y no puede encontrarse.

Me helaba y seguí andando, soñando con aquella huella, suspirando por la puerta de un teatro mágico, sólo para locos. Entretanto había entrado en el barrio del mercado, donde no faltaban diversiones nocturnas. Cada dos pasos había un anuncio y atraía un cartel: «Orquesta femenina. Varietés. Cine. Dancing.» Pero todo esto no era nada para mí, era para «cualquiera», para normales, como en efecto los veía penetrar en grandes grupos por aquellas puertas. A pesar de todo, mi tristeza estaba un poco aclarada: ¡como que me había tocado un saludo del otro mundo!, un par de letras de colores habían bailado y jugueteado sobre mi alma y habían rozado acordes íntimos, un resplandor de la huella de oro se había hecho otra vez visible.

Busqué la pequeña y antigua taberna, en la que nada había cambiado desde mi primera estancia en esta ciudad hace unos veinticinco años, también la tabernera era todavía la de antes, y algunos de los parroquianos de hoy estuvieron ya entonces sentados aquí, en el mismo sitio, ante los mismos vasos. Entré en el modesto cafetín, aquí podía uno refugiarse. Ciertamente que era sólo un refugio como, por ejemplo, el de la escalera junto a la araucaria; aquí tampoco encontraba yo hogar ni comunidad, sólo hallaba un lugar de observación, ante un escenario, en el cual gente extraña representaba extrañas comedias; pero al menos este lugar apacible tenía en sí algo de valor: no había muchedumbre, ni gritería, ni música, solamente un par de ciudadanos tranquilos ante mesas de madera sin tapete (¡ni mármoles, ni porcelana, ni peluche, ni latón dorado!), y ante cada uno, un buen vaso, un buen vino fuerte. Quizás este par de parroquianos, a todos los cuales conocía yo de vista, eran verdaderos filisteos y tenían en sus casas, en sus viviendas de filisteos, pobres altares domésticos con ídolos de buen conformar; quizá también eran mozos solitarios y descarrilados como yo, tranquilos y meditabundos bebedores, de quebrados ideales, lobos de la estepa y pobres diablos ellos también; yo no lo sabía. De cada uno de ellos tiraba hacia aquí una nostalgia, un desengaño, una necesidad de compensación; el casado buscaba la atmósfera de su época de soltero, el viejo funcionario, la reminiscencia de sus años de estudiante; todos ellos eran bastante taciturnos, y todos eran bebedores y preferían, lo mismo que yo, estar aquí sentados ante medio litro de vino de Alsacia a oír una orquesta de señoritas. Aquí atraqué, aquí se podía aguantar una hora, acaso dos. Apenas hube tomado un trago del Alsacia, cuando noté que hoy no había comido nada fuera del desayuno.

Es maravilloso todo lo que el hombre puede tragar. Durante unos buenos diez minutos estuve leyendo un periódico, dejando entrar por los ojos el espíritu de un individuo irresponsable, que rumia y mastica las palabras de otro, pero las devuelve sin digerir. Esto ingerí, toda una columna entera. Y luego devoré un buen trozo de hígado, recortado del cuerpo de una ternera sacrificada. ¡Maravilloso! Lo mejor era el alsaciano. No me gustan los vinos de fuerza, fogosos, por lo menos no son para todos los días, vinos que atraen con fuertes encantos y tienen sabores famosos y especiales. Prefiero generalmente vinos de la tierra muy puros, ligeros, modestos, sin nombre especial; se puede tolerar mucho de estos vinos, y tienen un sabor tan bueno y agradable, a campo, a tierra, a cielo y a bosque. Un vaso de vino de Alsacia y un trozo de buen pan, esa es la mejor de todas las 'comidas. Ahora ya tenía yo dentro una porción de hígado, goce especialísimo para mí, que rara vez como carne, y tenía delante el segundo vaso. También esto era maravilloso, que en verdes valles de alguna parte buena gente vigorosa cultivara vides y se sacara vino, para que acá y allá por todo el mundo, lejos de ellos, algunos ciudadanos desengañados y que empujan el codo calladamente, algunos incorregibles lobos esteparios pudieran extraer a sus vasos un poco de confianza y de alegría.

Y por mí, ¡que siga siendo tan maravilloso! Estaba bien, entonces, volvía el buen humor. A propósito de la ensalada de palabras del artículo del periódico, me salió tardía una carcajada liberadora, y repentinamente volví a acordarme de la olvidada melodía de aquellos dulces compases de oboes: como una pequeña y reluciente pompa de jabón la sentí ascender dentro de mí, brillar, reflejar policromo y pequeño el mundo entero y romperse de nuevo suavemente. Si había sido posible que esta pequeña melodía celestial echara misteriosamente raíces en mi alma y un día dentro de mí hiciera brotar su encantadora flor con todos los bellos matices, ¿podía estar yo irremisiblemente perdido? Y aunque yo fuera una bestia descarriada, incapaz de comprender al mundo que la rodea, no dejaba de haber un sentido en mi vida insensata, algo dentro de mí respondía, era receptor de llamadas de lejanos mundos superiores, en mi cerebro se habían animado mil imágenes:

Coros de ángeles de Giotto, de una pequeña bóveda azul en una iglesia de Padua, y junto a ellos iban Hamlet y Ofelia coronada de flores, bellas alegorías de toda la tristeza y de toda incompreensión en el mundo; allí estaba en el globo ardiendo el aeronauta Gianozzo y tocaba la trompeta; Atila Schmelzle llevaba en la mano su sombrero nuevo; el Borobudur hacía saltar su montaña de esculturas. Y aun cuando todas estas bellas figuras vivieran también en otros mil corazones, todavía quedaban otras diez mil imágenes y melodías desconocidas, para las cuales sólo dentro de mí había un asilo, unos ojos que las vieran, unos oídos que las escucharan. La vieja tapia del hospital con el viejo color verde pardo, sucia y ruinosa, en cuyas grietas y ruinas podía uno imaginarse cientos de frescos, ¿quién se ponía a tono con ella, quién se adentraba en su espíritu, quién la amaba, quién percibía el encanto de sus

colores en dulce agonía? Los viejos libros de los monjes, con las miniaturas tenuemente brillantes, y los libros olvidados por su pueblo de los poetas alemanes de hace doscientos y de hace cien años, todos los tomos manoseados y carcomidos por la humedad, y los impresos y manuscritos de los músicos antiguos, las tiesas y amarillentas hojas de notas con fosilizados sueños de armonías, ¿quién escuchaba sus voces espirituales, picarescas y nostálgicas, quién llevaba el corazón lleno de su espíritu y de su encanto a través de una edad tan diferente y tan lejana a ellos? ¿Quién se acordaba ya de aquel pequeño y duro ciprés en lo más alto de la montaña sobre Gubbio, tronchado y partido por una roca desprendida y aferrado, sin embargo, a vivir, hasta el punto de echar una nueva copa modesta y fragante? ¿Quién hacía justicia a la cuidadosa señora del primer piso y a su reluciente araucaria? ¿Quién leía de noche sobre las aguas del Rin las escrituras que dejaban trazadas en el cielo las nubes viajeras? Era el lobo estepario. ¿Y quién buscaba entre los escombros de la propia vida el sentido que se había llevado el viento, quién sufría lo aparentemente absurdo y vivía lo aparentemente loco y esperaba secretamente aún en el último caos errante la revelación y proximidad de Dios?

Aparté mi vaso, que la tabernera quería volver a llenarme, y me levanté. Ya no necesitaba más vino. La huella de oro había relampagueado, me había hecho recordar lo eterno, a Mozart y a las estrellas. Podía volver a respirar una hora, podía vivir, podía existir, no necesitaba sufrir tormentos, ni tener miedo, ni avergonzarme.

La finísima y tenue lluvia impulsada por el viento frío tremaba en torno a los faroles y brillaba con helado centelleo, cuando salí a la calle desierta ya. ¿Adónde ahora? Si hubiese dispuesto en aquel momento de una varita de virtud, se me hubiera presentado al punto un pequeño y lindo salón estilo Luis XVI, en donde un par de buenos músicos me hubiesen tocado dos o tres piezas de Händel y de Mozart. Para una cosa así tenía mi espíritu dispuesto en aquel instante, y me hubiera sorbido la música noble y serena, como los dioses beben el néctar. Oh, ¡si yo hubiese tenido ahora un amigo, un amigo en una bohardilla cualquiera, ocupado en cualquier cosa a la luz de una bujía y con un violín por allí en cualquier lado! ¡Cómo me hubiese deslizado hasta su callado refugio nocturno, hubiera trepado sin hacer ruido por las revueltas de la escalera y lo hubiera sorprendido, celebrando en su compañía con el diálogo y la música dos horas celestiales aquella noche! Con frecuencia había gustado esta felicidad antiguamente, en años pasados ya, pero también esto se me había alejado con el tiempo y estaba privado de ello; años marchitos se habían interpuesto entre aquello y esto.

Lentamente emprendí el camino hacia mi casa, me levanté el cuello del gabán y apoyé el bastón en el suelo mojado. Aun cuando quisiera recorrer el camino muy despacio, pronto me hallaría sentado otra vez en mi sotabanco, en mi pequeña ficción de hogar, que no era de mi gusto, pero de la cual no podía prescindir, pues para mí había pasado ya el tiempo en que pudiera andar ambulando al aire libre toda una madrugada lluviosa de invierno. Ea, ¡en el nombre de Dios! Yo no quería estropearme el buen humor de la noche, ni con la lluvia, ni con la gota, ni con la araucaria; y aunque no podía contar con una orquesta de cámara y aunque no pudiera encontrarse un amigo solitario con un violín, aquella linda melodía seguía, sin embargo, en mi interior, y yo mismo podía tarareármela con toda claridad cantándola por lo bajo en rítmicas inspiraciones. No, también se las podía uno arreglar sin música de salón y sin el amigo, y era ridículo consumirse en impotentes afanes sociales. Soledad era independencia, yo me la había deseado y la había conseguido al cabo de largos años. Era fría, es cierto, pero también era tranquila, maravillosamente tranquila y grande, como el tranquilo espacio frío en que se mueven las estrellas.

De un salón de baile por el que pasé, salí a mi encuentro una violenta música de jazz, ruda y cálida como el vaho de carne cruda. Me quedé parado un instante: siempre tuvo esta clase de música, aunque la execraba tanto, un secreto atractivo para mí. El jazz me producía aversión, pero me era diez veces preferible a toda la música académica de hoy, llegaba con su rudo y alegre salvajismo también hondamente hasta el mundo de mis instintos, y respiraba una honrada e ingenua sensualidad.

Estuve un rato olfateando, aspirando por la nariz esta música chillona y sangrienta; venteeé, con envidia y perversidad, la atmósfera de estas salas. Una mitad de esta música, la lírica, era pegajosa, súper azucarada y goteaba sentimentalismo; la otra mitad era salvaje, caprichosa y enérgica, y, sin embargo, ambas mitades marchaban juntas ingenua y pacíficamente y formaban un todo. Era música decadentista. En la Roma de los últimos emperadores tuvo que haber música parecida. Naturalmente

que comparada con Bach y con Mozart y con música verdadera, era una porquería..., pero esto mismo era todo nuestro arte, todo nuestro pensamiento, toda nuestra aparente cultura, si la comparamos con cultura auténtica. Y esta música tenía la ventaja de una gran sinceridad, de un negrismo innegable evidente y de un humorismo alegre e infantil. Tenía algo de los negros y algo del americano, que a nosotros los europeos, dentro de toda su pujanza, se nos antoja tan infantilmente nuevo y tan añinado. ¿Llegaría también Europa a ser así? ¿Estaba ya en camino de ello? ¿Erramos nosotros, los viejos concededores del mundo antiguo, de la antigua música verdadera, de la antigua poesía legítima, éramos nosotros únicamente una exigua y necia minoría de complicados neuróticos, que mañana seríamos olvidados y puestos en ridículo? Lo que nosotros llamábamos «cultura», espíritu, alma, lo que teníamos por bello y por sagrado, ¿era todo un fantasma no más, muerto hace tiempo y tenido por auténtico y vivo todavía solamente por un par de locos como nosotros? ¿Acaso no habría sido auténtico nunca, ni habría estado vivo jamás? ¿Habría podido ser siempre una quimera y sólo una quimera eso por lo que tanto nos afanamos nosotros los locos?

El viejo barrio de la ciudad me acogió. Esfumada e irreal, allí estaba la pequeña iglesia, envuelta en tonalidad gris. De pronto se me representó de nuevo el suceso de la tarde, con la enigmática puerta de arco ojival, con la enigmática placa encima, con las letras luminosas bailoteando burlescamente. ¿Qué decían sus inscripciones? «Entrada no para cualquiera» y «Sólo para locos». Examiné con la mirada la vieja tapia de la otra acera, deseando íntimamente que el encanto volviese a empezar y la inscripción me invitara de nuevo a mí, loco, y la pequeña puerta me dejara pasar. Allí quizás estuviera lo que yo anhelaba, allí tal vez tocaran música.

Tranquila me miraba la oscura pared de piedra, envuelta en niebla profunda, hermética, hondamente abismada en su sueño. Y en ninguna parte había una puerta, en parte alguna un arco ojival, sólo la tapia oscura, callada, sin paso. Sonriente, seguí mi camino, saludé amable con la cabeza al tapial: «Buenas noches, tapia; yo no te despierto. El tiempo vendrá en que te derribarán, te llenarán de codiciosos anuncios comerciales, pero entretanto aún estás ahí, aún eres bella y callada y me gustas.»

Surgiendo ante mí de una oscura bocacalle, me asustó un individuo, un solitario que se recogía tarde, con paso cansino, vestido de blusa azul y con una gorra en la cabeza; sobre los hombros llevaba un palo con un anuncio y delante del vientre, sujeto por una correa, un cajón abierto, como suelen llevarlos los vendedores en las ferias. Lentamente iba caminando delante de mí. No se volvió a mirarme; si no, lo hubiera saludado y le hubiese dado un cigarro. A la luz del primer farol intenté leer su estandarte, su anuncio rojo pendiente del palo, pero iba oscilando, no podía descifrarse nada. Entonces lo llamé y le rogué que me enseñara el anuncio. Se quedó parado y sostuvo el asta un poco más derecha; en aquel momento pude leer letras vacilantes e inseguras:

VELADA ANARQUISTA

TEATRO MÁGICO

ENTRADA NO PARA CUAL...

—He estado buscándole grité radiante. ¿Qué es esa velada? ¿Dónde? ¿Cuándo es?

Él volvió a su camino: No es para cualquiera dijo indiferente, con voz de sueño, y apretó el paso.

Ya iba cansado, y quería llegar cuanto antes a su casa.

Espere le grité, corriendo tras él. ¿Qué lleva usted en el cajón? Le compraré algo.

Sin pararse, metió mano el hombre en su cajón; mecánicamente, sacó un pequeño folleto y me lo alargó. Lo cogí en seguida y me lo guardé. Mientras me desabrochaba el abrigo, para sacar dinero, torció él por una puerta cochera, cerró la puerta tras de sí y desapareció. En el patio aún resonaron sus pesados pasos, primero sobre losas de piedra, después subiendo una escalera de madera, luego ya no oí nada más. Y de pronto también yo me encontré muy cansado y tuve la sensación de que era muy tarde y de que estaría bien llegar a casa. Corrí más de prisa, y atravesando la dormida calleja del suburbio llegué a mi barrio de las antiguas murallas, donde viven los empleados y los pequeños rentistas en casas de alquiler modestas y limpias, tras de un poco de césped y de hiedra. Pasando por la hiedra, por el césped, por el pequeño abeto, alcancé la puerta de mi casa, di con la cerradura, hallé

la llave de la luz, me deslicé junto a las puertas de cristales, pasé por los armarios barnizados y junto a las macetas, abrí mi cuarto, mi pequeña apariencia de hogar, donde me esperan el sillón y la estufa, el tintero y la caja de pinturas, Novalis y Dostoiewski, igual que los otros, a los hombres verdaderos, cuando vuelven a sus casas, los esperan la madre o la mujer, los hijos, las criadas, los perros y los gatos.

Cuando me quité el abrigo mojado, volví a tocar el pequeño opúsculo. Lo saqué, era un librito mal impreso, en papel malo, como aquellos cuadernos *El hombre que había nacido en enero o Arte de hacerse en ocho días veinte años más joven*.

Pero cuando me hube acomodado en la butaca y me puse las gafas de leer, vi, con asombro y con la impresión de que de pronto se me abría de par en par la puerta del destino, el título en la cubierta de este folleto de feria: *Tractat del lobo estepario. No para cualquiera*.

Y lo que sigue era el contenido del escrito, que yo leí de un tirón, con tensión siempre creciente.

Tractat del Lobo Estepario

No para cualquiera

Érase una vez un individuo, de nombre Harry, llamado el lobo estepario. Andaba en dos pies, llevaba vestidos y era un hombre, pero en el fondo era, en verdad, un lobo estepario. Había aprendido mucho de lo que las personas con buen entendimiento pueden aprender, y era un hombre bastante inteligente. Pero lo que no había aprendido era una cosa: a estar satisfecho de sí mismo y de su vida. Esto no pudo conseguirlo. Acaso ello proviniera de que en el fondo de su corazón sabía (o creía saber) en todo momento que no era realmente un ser humano, sino un lobo de la estepa. Que discutan los inteligentes acerca de si era en realidad un lobo, si en alguna ocasión, acaso antes de su nacimiento ya, había sido convertido por arte de encantamiento de lobo en hombre, o si había nacido desde luego hombre, pero dotado del alma de un lobo estepario y poseído o dominado por ella, o por último, si esta creencia de ser un lobo no era más que un producto de su imaginación o de un estado patológico. No dejaría de ser posible, por ejemplo, que este hombre, en su niñez, hubiera sido acaso fiero e indómito y desordenado, que sus educadores hubiesen tratado de matar en él a la bestia y precisamente por eso hubieran hecho arraigar en su imaginación la idea de que, en efecto, era realmente una bestia, cubierta sólo de una tenue funda de educación y sentido humano. Mucho e interesante podría decirse de esto y hasta escribir libros sobre el particular; pero con ello no se prestaría servicio alguno al lobo estepario, pues para él era completamente indiferente que el lobo se hubiera introducido en su persona por arte de magia o a fuerza de golpes, o que se tratara sólo de una fantasía de su espíritu. Lo que los demás pudieran pensar de todo esto, y hasta lo que él mismo de ello pensara, no tenía valor para el propio interesado, no conseguiría de ningún modo ahuyentar al lobo de su persona.

El lobo estepario tenía, por consiguiente, dos naturalezas, una humana y otra lobuna; ése era su sino. Y puede ser también que este sino no sea tan singular y raro. Se han visto ya muchos hombres que dentro de sí tenían no poco de perro, de zorro, de pez o de serpiente, sin que por eso hubiesen tenido mayores dificultades en la vida. En esta clase de personas vivían el hombre y el zorro, o el hombre y el pez, el uno junto al otro, y ninguno de los dos hacía daño a su compañero, es más, se ayudaban mutuamente, y en muchos hombres que han hecho buena carrera y son envidiados, fue más el zorro o el mono que el hombre quien hizo su fortuna. Esto lo sabe todo el mundo. En Harry, por el contrario, era otra cosa; en él no corrían el hombre y el lobo paralelamente, y mucho menos se prestaban mutua ayuda, sino que estaban en odio constante y mortal, y cada uno vivía exclusivamente para martirio del otro, y cuando dos son enemigos mortales y están dentro de una misma sangre y de una misma alma, entonces resulta una vida imposible. Pero en fin, cada uno tiene su suerte, y fácil no es ninguna.

Ahora bien, a nuestro lobo estepario ocurría, como a todos los seres mixtos, que, en cuanto a su sentimiento, vivía naturalmente unas veces como lobo, otras como hombre; pero que cuando era lobo, el hombre en su interior estaba siempre en acecho, observando, enjuiciando y criticando, y en las épocas en que era hombre, hacía el lobo otro tanto. Por ejemplo, cuando Harry en su calidad de hombre tenía un bello pensamiento, o experimentaba una sensación noble y delicada, o ejecutaba una de las llamadas buenas acciones, entonces el lobo que llevaba dentro enseñaba los dientes, se reía y le mostraba con sangriento sarcasmo cuán ridícula le resultaba toda esta distinguida farsa a un lobo de la estepa, a un lobo que en su corazón tenía perfecta conciencia de lo que le sentaba bien, que era trotar solitario por las

estepas, beber a ratos sangre o cazar una loba, y desde el punto de vista del lobo toda acción humana tenía entonces que resultar horriblemente cómica y absurda, estúpida y vana. Pero exactamente lo mismo ocurría cuando Harry se sentía lobo y obraba como tal, cuando le enseñaba los dientes a los demás, cuando respiraba odio y enemiga terribles hacia todos los hombres y sus maneras y costumbres mentidas y desnaturalizadas. Entonces era cuando se ponía en acecho en él precisamente la parte de hombre que llevaba, lo llamaba animal y bestia y le echaba a perder y le corrompía toda la satisfacción en su esencia de lobo, simple, salvaje y llena de salud.

Así estaban las cosas con el lobo estepario, y es fácil imaginarse que Harry no llevaba precisamente una vida agradable y venturosa. Pero con esto no se quiere decir que fuera desgraciado en una medida singularísima (aunque a él mismo así le pareciese, como todo hombre cree que los sufrimientos que le han tocado en suerte son los mayores del mundo). Esto no debiera decirse de ninguna persona. Quien no lleva dentro un lobo, no tiene por eso que ser feliz tampoco. Y hasta la vida más desgraciada tiene también sus horas luminosas y sus pequeñas flores de ventura entre la arena y el peñascal. Y esto ocurría también al lobo estepario. Por lo general era muy desgraciado, eso no puede negarse, y también podía hacer desgraciados a otros, especialmente si los amaba y ellos a él. Pues todos los que le tomaban cariño, no veían nunca en él más que uno de los dos lados. Algunos le querían como hombre distinguido, inteligente y original y se quedaban aterrados y defraudados cuando de pronto descubrían en él al lobo. Y esto era irremediable, pues Harry quería, como todo individuo, ser amado en su totalidad y no podía, por lo mismo, principalmente ante aquellos cuyo afecto le importaba mucho, esconder al lobo y repudiarlo. Pero también había otros que precisamente amaban en él al lobo, precisamente a lo espontáneo, salvaje, indómito, peligroso y violento, y a éstos, a su vez, les producía luego extraordinaria decepción y pena que de pronto el fiero y perverso lobo fuera además un hombre, tuviera dentro de sí afanes de bondad y de dulzura y quisiera además escuchar a Mozart, leer versos y tener ideales de humanidad. Singularmente éstos eran, por lo general, los más decepcionados e irritados, y de este modo llevaba el lobo estepario su propia duplicidad y discordia interna también a todas las existencias extrañas con las que se ponía en contacto.

Quien, sin embargo, suponga que conoce al lobo estepario y que puede imaginarse su vida deplorable y desgarrada, está, no obstante, equivocado, no sabe, ni con mucho, todo. No sabe (ya que no hay regla sin excepción y un solo pecador es en determinadas circunstancias preferido de Dios a noventa y nueve justos) que en el caso de Harry no dejaba de haber excepciones y momentos venturosos, que él podía dejar respirar, pensar y sentir alguna vez al lobo y alguna vez al hombre con libertad y sin molestarse, es más, que en momentos muy raros, hacían los dos alguna vez las paces y vivían juntos en amor y compañía, de modo que no sólo dormía el uno cuando el otro velaba, sino que ambos se fortalecían y cada uno de ellos redoblaba el valor del otro. También en la vida de este hombre parecía, como por doquiera en el mundo, que con frecuencia todo lo habitual, lo conocido, lo trivial y lo ordinario no habían de tener más objeto que lograr aquí o allí, un intervalo aunque fuera pequeñísimo, una interrupción, para hacer sitio a lo extraordinario, a lo maravilloso, a la gracia. Si estas horas breves y raras de felicidad compensaban y amortiguaban el destino siniestro del lobo estepario, de manera que la ventura y el infortunio en fin de cuentas quedaban equiparados, o si acaso todavía más, la dicha corta, pero intensa de aquellas pocas horas absorbía todo el sufrimiento y aun arrojaba un saldo favorable, ello es de nuevo una cuestión, sobre la cual la gente ociosa puede meditar a su gusto. También el lobo meditaba con frecuencia sobre ella, y éstos eran sus días más ociosos e inútiles.

A propósito de esto, aún hay que decir una cosa. Hay bastantes personas de índole parecida a como era Harry; muchos artistas principalmente pertenecen a esta especie. Estos hombres tienen todos dentro de sí dos almas, dos naturalezas; en ellos existe lo divino y lo demoníaco, la sangre materna y la paterna, la capacidad de ventura y la capacidad de sufrimiento, tan hostiles y confusos lo uno junto y dentro de lo otro, como estaban en Harry el lobo y el hombre. Y estas personas, cuya existencia es muy agitada, viven a veces en sus raros momentos de felicidad algo tan fuerte y tan indeciblemente hermoso, la espuma de la dicha momentánea salta con frecuencia tan alta y deslumbrante por encima del mar del sufrimiento, que este breve relámpago de ventura alcanza y encanta radiante a otras personas. Así se producen, como preciosa y fugitiva espuma de felicidad sobre el mar de sufrimiento, todas aquellas obras de arte, en las cuales un solo hombre atormentado se eleva por un momento tan alto sobre su

propio destino, que su dicha luce como una estrella, y a todos aquellos que la ven, les parece algo eterno y como su propio sueño de felicidad. Todos estos hombres, llámense como se quieran sus hechos y sus obras, no tienen realmente, por lo general, una verdadera vida, es decir, su vida no es ninguna esencia, no tiene forma, no son héroes o artistas o pensadores a la manera como otros son jueces, médicos, zapateros o maestros, sino que su existencia es un movimiento y un flujo y reflujo eternos y penosos, está infeliz y dolorosamente desgarrada, es terrible y no tiene sentido, si no se está dispuesto a ver dicho sentido precisamente en aquellos escasos sucesos, hechos, ideas y obras que irradian por encima del caos de una vida así. Entre los hombres de esta especie ha surgido el pensamiento peligroso y horrible de que acaso toda la vida humana no sea sino un tremendo error, un aborto violento y desgraciado de la madre universal, un ensayo salvaje y horriblemente desafortunado de la naturaleza. Pero también entre ellos es donde ha surgido la otra idea de que el hombre acaso no sea sólo un animal medio razonable, sino un hijo de los dioses y destinado a la inmortalidad.

Toda especie humana tiene sus caracteres, sus sellos, cada una tiene sus virtudes y sus vicios, cada una, su pecado mortal. A los caracteres del lobo estepario pertenecía el que era un hombre nocturno. La mañana era para él una mala parte del día, que le asustaba y que nunca le trajo nada agradable. Nunca estuvo verdaderamente contento en una mañana cualquiera de su vida, nunca hizo nada bueno en las horas antes de mediodía, nunca tuvo buenas ocurrencias ni pudo proporcionarse a sí mismo ni a los demás alegrías en esas horas. Sólo en el transcurso de la tarde se iba entonando y animando, y únicamente hacia la noche se mostraba, en sus buenos días, fecundo, activo y a veces fogoso y alegre. Nunca ha tenido hombre alguno una necesidad más profunda y apasionada de independencia que él. En su juventud, siendo todavía pobre y costándole trabajo ganarse el pan, prefería pasar hambre y andar con los vestidos rotos, si así salvaba un poco de independencia. No se vendió nunca por dinero ni por comodidades, nunca a mujeres ni a poderosos; más de cien veces tiró y apartó de sí lo que a los ojos de todo el mundo constituía sus excelencias y ventajas, para conservar en cambio su libertad. Ninguna idea le era más odiosa y horrible que la de tener que ejercer un cargo, someterse a una distribución del tiempo, obedecer a otros. Una oficina, una cancellería, un negociado eran cosas para él tan execrables como la muerte, y lo más terrible que pudo vivir en sueños fue la reclusión en un cuartel. A todas estas situaciones supo sustraerse, a veces mediante grandes sacrificios. En esto estaba su fortaleza y su virtud, aquí era inflexible, aquí era su carácter firme y rectilíneo. Pero a esta virtud estaban íntimamente ligados su sufrimiento y su destino. Le sucedía lo que les sucede a todos; lo que él, por un impulso muy íntimo de su ser, buscó y anheló con la mayor obstinación, logró obtenerlo, pero en mayor medida de la que es conveniente a los hombres. En un principio fue su sueño y su ventura, después su amargo destino. El hombre poderoso en el poder sucumbe; el hombre del dinero, en el dinero; el servil y humilde, en el servicio; el que busca el placer, en los placeres. Y así sucumbió el lobo estepario en su independencia. Alcanzó su objetivo, fue cada vez más independiente, nadie tenía nada que ordenarle, a nadie tenía que ajustar sus actos, sólo y libremente determinaba él a su antojo lo que había de hacer y lo que había de dejar. Pues todo hombre fuerte alcanza indefectiblemente aquello que va buscando con verdadero ahínco. Pero en medio de la libertad lograda se dio bien pronto cuenta Harry de que esa su independencia era una muerte, que estaba solo, que el mundo lo abandonaba de un modo siniestro, que los hombres no le importaban nada; es más, que él mismo a sí tampoco, que lentamente iba ahogándose en una atmósfera cada vez más tenue de falta de trato y de aislamiento. Porque ya resultaba que la soledad y la independencia no eran su afán y su objetivo, eran su destino y su condenación, que su mágico deseo se había cumplido y ya no era posible retirarlo, que ya no servía de nada extender los brazos abiertos lleno de nostalgia y con el corazón henchido de buena voluntad, brindando solidaridad y unión; ahora lo dejaban solo. Y no es que fuera odioso y detestado y antipático a los demás. Al contrario, tenía muchos amigos. Muchos lo querían bien. Pero siempre era únicamente simpatía y amabilidad lo que encontraba; lo invitaban, le hacían regalos, le escribían bonitas cartas, pero nadie se le aproximaba espiritualmente, por ninguna parte surgía compenetración con nadie, y nadie estaba dispuesto ni era capaz de compartir su vida. Ahora lo envolvía el ambiente de soledad, una atmósfera de quietud, un apartamiento del mundo que lo rodeaba, una incapacidad de relación, contra la cual no podía nada ni la voluntad, ni el afán, ni la nostalgia. Este era uno de los caracteres más importantes de su vida.

Otro era que había que clasificarlo entre los suicidas. Aquí debe decirse que es erróneo llamar suicidas sólo a las personas que se asesinan realmente. Entre éstas hay, sin embargo, muchas que se hacen suicidas en cierto modo por casualidad y de cuya esencia no forma parte el suicidismo. Entre los hombres sin personalidad, sin sello marcado, sin fuerte destino, entre los hombres adocenados y de rebaño hay muchos que perecen por suicidio, sin pertenecer por eso en toda su característica al tipo de los suicidas, en tanto que, por otra parte, de aquellos que por su naturaleza deben contarse entre los suicidas, muchos, quizá la mayoría, no ponen nunca mano sobre sí en la realidad. El «suicida» y Harry era uno no es absolutamente preciso que esté en una relación especialmente violenta con la muerte; esto puede darse también sin ser suicida. Pero es peculiar del suicida sentir su yo, lo mismo da con razón que sin ella, como un germen especialmente peligroso, incierto y comprometido, que se considera siempre muy expuesto y en peligro, como si estuviera sobre el pico estrechísimo de una roca, donde un pequeño empuje externo o una ligera debilidad interior bastarían para precipitarlo en el vacío. Esta clase de hombres se caracteriza en la trayectoria de su destino porque el suicidio es para ellos el modo más probable de morir, al menos según su propia idea. Este temperamento, que casi siempre se manifiesta ya en la primera juventud y no abandona a estos hombres durante toda su vida, no presupone de ninguna manera una fuerza vital especialmente debilitada; por el contrario, entre los «suicidas» se hallan naturalezas extraordinariamente duras, ambiciosas y hasta audaces. Pero así como hay naturalezas que a la menor indisposición propenden a la fiebre, así estas naturalezas, que llamamos «suicidas», y que son siempre muy delicadas y sensibles, propenden, a la más pequeña conmoción, a entregarse intensamente a la idea del suicidio. Si tuviéramos una ciencia con el valor y la fuerza de responsabilidad para ocuparse del hombre y no solamente de los mecanismos de los fenómenos vitales, si tuviéramos algo como lo que debiera ser una antropología, algo así como una psicología, serían conocidas estas realidades de todo el mundo.

Lo que hemos dicho aquí acerca de los suicidas se refiere todo, naturalmente, a la superficie, es psicología, esto es, un pedazo de física. Metafísicamente considerada, la cuestión está de otro modo y mucho más clara, pues en este sentido los «suicidas» se nos ofrecen como los atacados del sentimiento de la individuación, como aquellas almas para las cuales ya no es fin de su vida sus propias perfección y evolución, sino su disolución, tornando a la madre, a Dios, al todo. De estas naturalezas hay muchísimas perfectamente incapaces de cometer jamás el suicidio real, porque han reconocido profundamente su pecado. Para nosotros, son, sin embargo, suicidas, pues ven la redención en la muerte, no en la vida; están dispuestos a eliminarse y entregarse, a extinguirse y volver al principio.

Como toda fuerza puede también convertirse en una flaqueza (es más, en determinadas circunstancias se convierte necesariamente), así puede a la inversa el suicida típico hacer a menudo de su aparente debilidad una fuerza y un apoyo, lo hace en efecto con extraordinaria frecuencia. Entre estos casos cuenta también el de Harry, el lobo estepario. Como millares de su especie, de la idea de que en todo momento le estaba abierto el camino de la muerte no sólo se hacía una trama fantástica melancólicoinfantil, sino que de la misma idea se forjaba un consuelo y un sostén. Ciertamente que en él, como en todos los individuos de su clase, toda conmoción, todo dolor, toda mala situación en la vida, despertaba al punto el deseo de sustraerse a ella por medio de la muerte. Pero poco a poco se creó de esta predisposición una filosofía útil para la vida. La familiaridad con la idea de que aquella salida extrema estaba constantemente abierta, le daba fuerza, lo hacía curioso para apurar los dolores y las situaciones desagradables, y cuando le iba muy mal, podía expresar su sentimiento con feroz alegría, con una especie de maligna alegría: «Tengo gran curiosidad por ver cuánto es realmente capaz de aguantar un hombre. En cuanto alcance el límite de lo soportable, no habrá más que abrir la puerta y ya estaré fuera.» Hay muchos suicidas que de esta idea logran extraer fuerzas extraordinarias.

Por otra parte, a todos los suicidas les es familiar la lucha con la tentación del suicidio. Todos saben muy bien, en alguno de los rincones de su alma, que el suicidio es, en efecto, una salida, pero muy vergonzante e ilegal, que en el fondo, es más noble y más bello dejarse vencer y sucumbir por la vida misma que por la propia mano. Esta conciencia, esta mala conciencia, cuyo origen es el mismo que el de la mala conciencia de los llamados autosatisfechos, obliga a los suicidas a una lucha constante contra su tentación. Estos luchan, como lucha el cleptómano contra su vicio. También al lobo estepario le era perfectamente conocida esta lucha; con toda clase de armas la había sostenido. Finalmente, llegó, a la

edad de unos cuarenta y siete años, a una ocurrencia feliz y no exenta de humorismo, que le producía gran alegría. Fijó la fecha en que cumpliera cincuenta años como el día en el cual había de poder permitirse el suicidio. En dicho día, así lo convino consigo mismo, habría de estar en libertad de utilizar la salida para caso de apuro, o no utilizarla, según el cariz del tiempo. Aunque le pasase lo que quisiera, aunque se pusiera enfermo, perdiese su dinero, experimentara sufrimientos y amarguras, ¡todo estaba emplazado, todo podía a lo sumo durar estos pocos años, meses, días, cuyo número iba disminuyendo constantemente! Y, en efecto, soportaba ahora con mucha más facilidad muchas incomodidades que antes lo martirizaban más y más tiempo, y acaso lo conmovían hasta los tuétanos. Cuando por cualquier motivo le iba particularmente mal, cuando a la desolación, al aislamiento y a la depravación de su vida se le agregaban además dolores o pérdidas especiales, entonces podía decirles a los dolores: « ¡Esperad dos años no más y seré vuestro dueño!» Y luego se abismaba con cariño en la idea de que el día en que cumpliera los cincuenta años, llegarían por la mañana las cartas y las felicitaciones, mientras que él, seguro de su navaja de afeitar, se despedía de todos los dolores y cerraba la puerta tras sí. Entonces verían la gota en las articulaciones, la melancolía, el dolor de cabeza y el dolor de estómago dónde se quedaban.

Aún resta explicar el fenómeno específico del lobo estepario y, sobre todo, su relación particular con la burguesía, refiriendo estos hechos a sus leyes fundamentales. Tomemos como punto de partida, puesto que ello se ofrece por sí mismo, aquella su relación con lo «burgués».

El lobo estepario estaba, según su propia apreciación, completamente fuera del mundo burgués, ya que no conocía ni vida familiar ni ambiciones sociales. Se sentía en absoluto como individualidad aislada, ya como ser extraño y enfermizo anacoreta, ya como hipernormal, como un individuo de disposiciones geniales y elevado sobre las pequeñas normas de la vida corriente. Consciente, despreciaba al hombre burgués y tenía a orgullo no serlo. Esto no obstante, vivía en muchos aspectos de un modo enteramente burgués; tenía dinero en el Banco y ayudaba a parientes pobres, es verdad que se vestía sin atildamiento, pero con decencia y para no llamar la atención; procuraba vivir en buena paz con la Policía, con el recaudador de contribuciones y otros poderes parecidos. Pero, además, lo atraía también un fuerte y secreto afán constante hacia el mundo de la pequeña burguesía, hacia las tranquilas y decentes casas de familia, con jardinillos limpios, escaleras relucientes y toda su modesta atmósfera de orden y de pulcritud. Le gustaba tener sus pequeños vicios y sus extravagancias, sentirse extraburgués, como ente raro o como genio, pero no habitaba ni vivía nunca, por decirlo así, en los suburbios de la vida, donde no hay burguesía ya. Ni estaba en su elemento entre los hombres violentos y de excepción, ni entre los criminales y mal avenidos con la ley, sino que se quedaba siempre viviendo en los dominios de la burguesía, con cuyos hábitos, normas y ambiente no dejaba de estar en relación, aunque fuera antagónica y rebelde. Además, se había criado en una educación de pequeña burguesía y había conservado desde entonces una multitud de conceptos y rutinas. Teóricamente no tenía nada contra la prostitución, pero hubiera sido incapaz de tomar en serio personalmente a una prostituta y de considerarla realmente como su igual. Al acusado de delitos políticos, al revolucionario o al inductor espiritual perseguido por el Estado y por la sociedad podía estimar como a un hermano, pero con un ladrón, salteador o asesino no hubiese sabido qué hacerse, como no fuera compadecerlos de un modo un tanto burgués.

De esta manera reconocía y afirmaba siempre con una mitad de su ser y de su actividad, lo que con la otra mitad negaba y combatía. Educado con severidad y buenas costumbres en una casa culta de la burguesía, estaba siempre apegado con parte de su alma a los órdenes de este mundo, aun después de haberse individualizado hacía mucho tiempo por encima de toda medida posible en un ambiente burgués y de haberse libertado del contenido ideal y del credo de la burguesía.

Lo «burgués», pues, como un estado siempre latente dentro de lo humano, no es otra cosa que el ensayo de una compensación, que el afán de un término medio de avenencia entre los numerosos extremos y dilemas contrapuestos de la humana conducta. Si tomamos como ejemplo cualquiera de estos dilemas de contraposición, a saber, el de un santo y un libertino, se comprenderá al punto nuestra alegría. El hombre tiene la facultad de entregarse por entero a lo espiritual, al intento de aproximación a lo divino, al ideal de los santos. Tiene también, por el contrario, la facultad de entregarse por completo a la vida del instinto, a los apetitos sensuales y de dirigir todo su afán a la obtención de placeres del

momento. Uno de los caminos acaba en el santo, en el mártir del espíritu, en la propia renunciación y sacrificio por amor a Dios. El otro camino acaba en el libertino, en el mártir de los instintos, en el propio sacrificio en aras de la descomposición y el aniquilamiento. Ahora bien, el burgués trata de vivir en un término medio confortable entre ambas sendas. Nunca habrá de sacrificarse o de entregarse ni a la embriaguez ni al ascetismo, nunca será mártir ni consentirá en su aniquilamiento. Al contrario, su ideal no es sacrificio, sino conservación del yo, su afán no se dirige ni a la santidad ni a lo contrario; la incondicionalidad le es insoportable; sí quiere servir a Dios, pero también a los placeres del mundo; sí quiere ser virtuoso, pero al mismo tiempo pasarlo en la tierra un poquito bien y con comodidad. En resumen, trata de colocarse en el centro, entre los extremos, en una zona templada y agradable, sin violentas tempestades ni tormentas, y esto lo consigue, desde luego, aun a costa de aquella intensidad de vida y de sensaciones que proporciona una existencia enfocada hacia lo incondicional y extremo. Intensivamente no se puede vivir más que a costa del yo. Pero el burgués no estima nada tanto como al yo (claro que un yo desarrollado sólo rudimentariamente). A costa de la intensidad alcanza seguridad y conservación; en vez de posesión de Dios, no cosecha sino tranquilidad de conciencia; en lugar de placer, bienestar; en vez de libertad, comodidad; en vez de fuego abrasador, una temperatura agradable. El burgués es consiguientemente por naturaleza una criatura de débil impulso vital, miedoso, temiendo la entrega de sí mismo, fácil de gobernar. Por eso ha sustituido el poder por el régimen de mayorías, la fuerza por la ley, la responsabilidad por el sistema de votación.

Es evidente que este ser débil y asustadizo, aun existiendo en cantidad tan considerable, no puede sostenerse, que por razón de sus cualidades no podría representar en el mundo otro papel que el de rebaño de corderos entre lobos errantes. Sin embargo, vemos que, aunque en tiempos de los gobiernos de naturalezas muy vigorosas el ciudadano burgués es inmediatamente aplastado contra la pared, no perece nunca, y a veces hasta se nos antoja que domina en el mundo. ¿Cómo es esto posible? Ni el gran número de sus rebaños, ni la virtud, ni el common sense, ni la organización serían lo bastante fuertes para salvarlo de la derrota. No hay medicina en el mundo que pueda sostener a quien tiene la intensidad vital tan debilitada desde el principio. Y sin embargo, la burguesía vive, es poderosa y próspera. ¿Por qué?

La respuesta es la siguiente: por los lobos esteparios. En efecto, la fuerza vital de la burguesía no descansa en modo alguno sobre las cualidades de sus miembros normales, sino sobre las de los extraordinariamente numerosos outsiders que puede contener aquélla gracias a lo desdibujado y a la elasticidad de sus ideales. Viven siempre dentro de la burguesía una gran cantidad de temperamentos vigorosos y fieros. Nuestro lobo estepario, Harry, es un ejemplo característico. Él, que se ha individualizado mucho más allá de la medida posible a un hombre burgués, que conoce las delicias de la meditación, igual que las tenebrosas alegrías del odio a todo y a sí mismo, que desprecia la ley, la virtud y el common sense es un adepto forzoso de la burguesía y no puede sustraerse a ella. Y así acampan en torno de la masa burguesa, verdadera y auténtica, grandes sectores de la humanidad, muchos millares de vidas y de inteligencias, cada una de las cuales, aunque se sale del marco de la burguesía y estaría llamada a una vida de incondicionalidades, es, sin embargo, atraída por sentimientos infantiles hacia las formas burguesas y contagiada un tanto de su debilitación en la intensidad vital, se aferra de cierta manera a la burguesía, quedando de algún modo sujeta, sometida y obligada a ella. Pues a ésta le cuadra, a la inversa, el principio de los poderosos: «Quien no está contra mí, está conmigo.»

Si examinamos en este aspecto el alma del lobo estepario, se nos manifiesta éste como un hombre al cual su grado elevado de individuación lo clasifica ya entre los no burgueses, pues toda individuación superior se orienta hacia el yo y propende luego a su aniquilamiento. Vemos cómo siente dentro de sí fuertes estímulos, tanto hacia la santidad como hacia el libertinaje, pero a causa de alguna debilitación o pereza no pudo dar el salto en el insondable espacio vacío, quedando ligado al pesado astro materno de la burguesía. Esta es su situación en el Universo, éste su atadero. La inmensa mayoría de los intelectuales, la mayor parte de los artistas pertenecen a este tipo. Únicamente los más vigorosos de ellos traspasan la atmósfera de la tierra burguesa y llegan al cosmos, todos los demás se resignan o transigen, desprecian la burguesía y pertenecen a ella sin embargo, la robustecen y glorifican, al tener que acabar por afirmarla para poder seguir viviendo. Estas numerosas existencias no llegan a lo trágico, pero sí a un infortunio y a una desventura muy considerables, en cuyo infierno han de cocerse y fructificar sus

talentos. Los pocos que consiguen desgarrarse con violencia, logran lo absoluto y sucumben de manera admirable; son los trágicos, su número es reducido. Pero a los otros, a los que permanecen sometidos, cuyos talentos son con frecuencia objeto de grandes honores por parte de la burguesía, a éstos les está abierto un tercer imperio, un mundo imaginario, pero soberano: estos mártires perpetuos, a los cuales les es negada la potencia necesaria para lo trágico, para abrirse camino hasta los espacios siderales, que se sienten llamados hacia lo absoluto y, sin embargo, no pueden vivir en él: a ellos se les ofrece, cuando su espíritu se ha fortalecido y se ha hecho elástico en el sufrimiento, la salida acomodaticia al humorismo. El humorismo es siempre un poco burgués, aun cuando el verdadero burgués es incapaz de comprenderlo. En su esfera imaginaria encuentra realización el ideal enmarañado y complicado de todos los lobos esteparios: aquí es posible no sólo afirmar a la vez al santo y al libertino, plegando los polos hasta juntarlos, sino comprender además en la afirmación al propio burgués. Al poseído de Dios le es, sin duda, muy posible afirmar al criminal, y viceversa; pero a ambos, y a todos los otros seres absolutos, les es imposible afirmar aquel término tibio y neutral, lo burgués. Sólo el humorismo, el magnífico invento de los detenidos en su llamamiento hacia lo más grande, de los casi trágicos, de los infelices de la máxima capacidad, sólo el humorismo (quizás el producto más característico y más genial de la humanidad) lleva a cabo este imposible, cubre y combina todos los círculos de la naturaleza humana con las irradiaciones de sus prismas. Vivir en el mundo, como si no fuera el mundo, respetar la ley y al propio tiempo estar por encima de ella, poseer, «como si no se poseyera», renunciar, como si no se tratara de una renunciación tan sólo el humorismo está en condiciones de realizar todas estas exigencias, favoritas y formuladas con frecuencia, de una sabiduría superior de la vida.

Y en caso de que el lobo estepario, a quien no faltan facultades y disposición para ello, lograra en el laberinto de su infierno acabar de cocer y de transpirar esta bebida mágica, entonces estaría salvado. Aún le falta mucho para ello. Pero la posibilidad, la esperanza, existe. Quien lo quiera, quien sienta simpatías por él, debe desearle esta salvación. Ciertamente que de este modo él se quedaría para siempre dentro de lo burgués, pero sus tormentos serían llevaderos y fructíferos. Su relación con la burguesía, en amor y en odio, perdería la sentimentalidad, y su ligadura a este mundo cesaría de martirizarlo constantemente como una vergüenza.

Para alcanzar esto o acaso para, al final, poder todavía osar el salto en el espacio, tendría un lobo estepario así que enfrentarse alguna vez consigo mismo, mirar hondamente en el caos de la propia alma y llegar a la plena conciencia de sí. Su existencia enigmática se le revelaría al instante en su plena invariabilidad, y a partir de entonces sería imposible volver a refugiarse una y otra vez desde el infierno de sus instintos en los consuelos filosóficos sentimentales, y de éstos en el ciego torbellino de su esencia lobuna. El hombre y el lobo se verían obligados a reconocerse mutuamente, sin caretas sentimentales engañosas, y a mirarse fijamente a los ojos. Entonces, o bien explotarían, disgregándose para siempre, de modo que se acabara el lobo estepario, o bien concertarían un matrimonio de razón a la luz naciente del humorismo.

Es posible que Harry se encuentre un día ante esta última posibilidad. Es posible que un día llegue a reconocerse, bien porque caiga en sus manos uno de nuestros pequeños espejos, o porque tropiece con los inmortales, o porque encuentre quizás en uno de nuestros teatros de magia aquello que necesita para la liberación de su alma abandonada en la miseria. Mil posibilidades así lo aguardan, su destino las atrae con fuerza irresistible, todos estos individuos al margen de la burguesía viven en la atmósfera de estas posibilidades. Una insignificancia basta, y surge la chispa.

Y todo esto lo conoce muy bien el lobo estepario, aun cuando no llegue nunca a ver este trozo de su biografía interna. Presiente su situación dentro del edificio del mundo, presiente y conoce a los inmortales, presiente y teme la posibilidad de un encuentro consigo mismo, sabe de la existencia de aquel espejo, en el cual siente tan terrible necesidad de mirarse y en el cual teme con mortal angustia verse reflejado.

Para terminar nuestro estudio queda por resolver todavía una última ficción, una mixtificación fundamental. Todas las «aclaraciones», toda la psicología, todos los intentos de comprensión necesitan, desde luego, de los medios auxiliares, teorías, mitologías, ficciones; y un autor honrado no debería omitir al final de una exposición la resolución en lo posible de estas ficciones. Cuando digo «arriba» o «abajo», ya es esto una afirmación que necesita explicarse, pues un arriba y un abajo no los hay más

que en el pensamiento, en la abstracción. El mundo mismo no conoce ningún arriba ni abajo.

Así es también, para decirlo pronto, una mentira el lobo estepario. Cuando Harry se considera a sí mismo como hombrelobo y piensa que está compuesto de dos seres hostiles y contrarios, ello es puramente una mitología simplificadora. Harry no es un hombrelobo, y si nosotros también acogimos, aparentemente sin fijarnos, su ficción, por él mismo inventada y creída, tratando de considerarlo y de explicarlo realmente como un ente doble, como lobo estepario, nos aprovechamos de un engaño con la esperanza de ser comprendidos más fácilmente, engaño cuya depuración debe intentarse ahora.

La bidivisión en lobo y hombre, en instinto y espíritu, por la cual Harry procura hacerse más comprensible su sino, es una simplificación muy grosera, una violencia ejercida sobre la realidad en beneficio de una explicación plausible, pero equivocada, de las contradicciones que este hombre encuentra dentro de sí y que le parecen la fuente de sus no escasos sufrimientos. Harry encuentra en sí un «hombre», esto es, un mundo de ideas, sentimientos, de cultura, de naturaleza dominada y sublimada, y a la vez encuentra allí al lado, también dentro de sí, un «lobo», es decir, un mundo sombrío de instintos, de fiereza, de crueldad, de naturaleza ruda, no sublimada. A pesar de esta división aparentemente tan clara de su ser en dos esferas que le son hostiles, ha comprobado, sin embargó, alguna vez que por un rato, durante algún feliz momento, se reconcilian el lobo y el hombre. Si Harry quisiera tratar de determinar en cada instante aislado de su vida, en cada uno de sus actos, en cada una de sus sensaciones, qué participación tuviera el hombre y cuál el lobo, se encontraría en un callejón sin salida y se vendría abajo toda su bella teoría del lobo. Pues no hay un solo hombre, ni siquiera el negro primitivo, ni tampoco el idiota, tan lindamente sencillo que su naturaleza pueda explicarse como la suma de sólo dos o tres elementos principales; y querer explicar a un hombre precisamente tan diferenciado como Harry con la división pueril en lobo y hombre, es un intento infantil desesperado. Harry no está compuesto de dos seres, sino de ciento, de millares. Su vida oscila (como la vida de todos los hombres) no ya entre dos polos, por ejemplo el instinto y el alma, o el santo y el libertino, sino que oscila entre millares, entre incontables pares de polos.

No ha de asombrarnos que un hombre tan instruido y tan inteligente como Harry se tenga por un lobo estepario, crea poder encerrar la rica y complicada trama de su vida en una fórmula tan llana, tan primitiva y brutal. El hombre no posee muy desarrollada la capacidad de pensar, y hasta el más espiritual y cultivado mira al mundo y a sí propio siempre a través del lente de fórmulas muy ingenuas, simplificadoras y engañosas; especialmente a sí propio!. Pues, a lo que parece, es una necesidad innata fatal en todos los hombres representarse cada uno su yo como una unidad. Y aunque esta quimera sufra con frecuencia algún grave contratiempo y alguna sacudida, vuelve siempre a curar y surgir lozana. El juez, sentado frente al asesino y mirándolo a los ojos, que oye hablar todo un rato al criminal con su propia voz (la del juez) y encuentra además en su propio interior todos los matices y capacidades y posibilidades del otro, vuelve ya al momento siguiente a su propia identidad, a ser Juez, se cobija de nuevo rápidamente en la funda de su yo imaginario, cumple con su deber y condena a muerte al asesino. Y si alguna vez en las almas humanas organizadas delicadamente y de especiales condiciones de talento surge el presentimiento de su diversidad, si ellas, como todos los genios, rompen el mito de la unidad de la persona y se consideran como polipartitas, como un haz de muchos yos, entonces, con sólo que lleguen a expresar esto, las encierra inmediatamente la mayoría, llama en auxilio a la ciencia, comprueba esquizofrenia y protege al mundo de que de la boca de estos desgraciados tenga que oír un eco de la verdad. Pero ¿a qué perder aquí palabras, a qué expresar cosas cuyo conocimiento se sobreentiende para todo el que piense, pero que no es costumbre expresarlas? Cuando, por consiguiente, un hombre se adelanta a extender a una duplicidad la unidad imaginada del yo, resulta ya casi un genio, al menos en todo caso una excepción rara e interesante. Pero en realidad ningún yo, ni siquiera el más ingenuo, es una unidad, sino un mundo altamente multiforme, un pequeño cielo de estrellas, un caos de formas, de gradaciones y de estados, de herencias y de posibilidades. Que cada uno individualmente se afane por tomar a este caos por una unidad y hable de su yo como si fuera un fenómeno simple, sólidamente conformado y delimitado claramente: esta ilusión natural a todo hombre (aun al más elevado) parece ser una necesidad, una exigencia de la vida, lo mismo que el respirar y el comer.

La ilusión descansa en una sencilla traslación. Como cuerpo, cada hombre es uno; como alma, jamás. También en poesía, hasta en la más refinada, se viene operando siempre desde tiempo inmemorial

con personajes aparentemente completos, aparentemente de unidad. En la poesía que hasta ahora se conoce, los especialistas, los competentes, prefieren el drama, y con razón, pues ofrece (u ofrecería) la posibilidad máxima de representar al yo como una multiplicidad si a esto no lo contradijera la grosera apariencia de que cada personaje aislado del drama ha de antojársenos una unidad, ya que está metido dentro de un cuerpo solo, unitario y cerrado. Y es el caso también que la estética ingenua considera lo más elevado al llamado drama de caracteres, en el cual cada figura aparece como unidad perfectamente destacada y distinta. Sólo poco a poco, y visto desde lejos, va surgiendo en algunos la sospecha de que quizá todo esto es una barata estética superficial, de que nos engañamos al aplicar a nuestros grandes dramáticos los conceptos, magníficos, pero no innatos a nosotros, sino sencillamente imbuidos, de belleza de la Antigüedad, la cual, partiendo siempre del cuerpo visible, inventó muy propiamente la ficción del yo, de la persona. En los poemas de la vieja India, este concepto es totalmente desconocido; los héroes de las epopeyas indias no son personas, sino nudos de personas, series de encarnaciones. Y en nuestro mundo moderno hay obras poéticas en las cuales, tras el velo del personaje o del carácter, del que el autor apenas si tiene plena conciencia, se intenta representar una multiplicidad anímica. Quien quiera llegar a conocer esto ha de decidirse a considerar a las figuras de una poesía así no como seres singulares, sino como partes o lados o aspectos diferentes de una unidad superior (sea el alma del poeta). El que examine, por ejemplo, al Fausto de esta manera, obtendrá de Fausto, Mefistófeles, Wagner y todos los demás una unidad, un hiperpersonaje, y únicamente en esta unidad superior, no en las figuras aisladas, es donde se denota algo de la verdadera esencia del alma humana. Cuando Fausto dice aquella sentencia tan famosa entre los maestros de escuela y admirada con tanto horror por el filisteo: Hay viviendo dos almas en mi pecho, entonces se olvida de Mefistófeles y de una multitud entera de otras almas, que lleva igualmente en su pecho. También nuestro lobo estepario cree firmemente llevar dentro de su pecho dos almas (lobo y hombre), y por ello se siente ya fuertemente oprimido. Y es que, claro, el pecho, el cuerpo no es nunca más que uno; pero las almas que viven dentro no son dos, ni cinco, sino innumerables; el hombre es una cebolla de cien telas, un tejido compuesto de muchos hilos. Esto lo reconocieron y lo supieron con exactitud los antiguos asiarcas, y en el yoga budista se inventó una técnica precisa para desenmascarar el mito de la personalidad. Pintoresco y complejo es el juego de la vida: este mito, por desenmascarar el cual se afaná tanto la India durante mil años, es el mismo por cuyo sostenimiento y vigorización ha trabajado el mundo occidental también con tanto ahínco.

Si observamos desde este punto de vista al lobo estepario, nos explicamos por qué sufre tanto bajo su ridícula duplicidad. Cree, como Fausto, que dos almas son ya demasiado para un solo pecho y habrían de romperlo. Pero, por el contrario, son demasiado poco, y Harry comete una horrible violencia con su alma al tratar de explicársela de un aspecto tan rudimentario. Harry, a pesar de ser un hombre muy ilustrado, se produce como, por ejemplo, un salvaje que no supiera contar más que hasta dos. A un trozo de silo llama hombre; a otro, lobo, y con ello cree estar al fin de la cuenta y haberse agotado. En el «hombre» mete todo lo espiritual, sublimado o, por lo menos, cultivado, que encuentra dentro de sí, y en el «lobo» todo lo instintivo, fiero y caótico. Pero de un modo tan simple como en nuestros pensamientos, de un modo tan grosero como en nuestro ingenuo lenguaje, no ocurren las cosas en la vida, y Harry se engaña doblemente al aplicar esta teoría primitiva del lobo. Tememos que Harry atribuya ya al hombre regiones enteras de su alma que aún están muy distantes del hombre, y en cambio al lobo partes de su ser que hace ya mucho se han salido de la fiera.

Como todos los hombres, cree también Harry que sabe muy bien lo que es el ser humano, y, sin embargo, no lo sabe en absoluto, aun cuando lo sospecha con alguna frecuencia en sueños y en otros estados de conciencia difíciles de comprobar. ¡Si no olvidara estas sospechas! ¡Si al menos se las asimilara en todo lo posible! El hombre no es de ninguna manera un producto firme y duradero (éste fue, a pesar de los presentimientos contrapuestos de sus sabios, el ideal de la Antigüedad), es más bien un ensayo y una transición; no es otra cosa sino el puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu. Hacia el espíritu, hacia Dios lo impulsa la determinación más íntima; hacia la naturaleza, en retorno a la madre, lo atrae el más íntimo deseo: entre ambos poderes vacila su vida temblando de miedo. Lo que los hombres, la mayor parte de las veces, entienden bajo el concepto «hombre», es siempre no más que un transitorio convencionalismo burgués. Ciertos instintos muy rudos son rechazados y prohibidos por este convencionalismo; se pide un poco de conciencia, de civilidad y desbestialización, una pequeña

porción de espíritu no sólo se permite, sino que es necesaria. El «hombre» de esta convención es, como todo ideal burgués, un compromiso, un tímido ensayo de ingenua travesura para frustrar tanto a la perversa madre primitiva Naturaleza como al molesto padre primitivo Espíritu en sus vehementes exigencias, y lograr vivir en un término medio entre ellos. Por esto permite y tolera el burgués eso que llama «personalidad»; pero al mismo tiempo entrega la personalidad a aquel moloc «Estado» y enzarza continuamente al uno contra la otra. Por eso el burgués quema hoy por hereje o cuelga por criminal a quien pasado mañana ha de levantar estatuas.

Que el «hombre» no es algo creado ya, sino una exigencia del espíritu, una posibilidad lejana, tan deseada como temida, y que el camino que a él conduce sólo se va recorriendo a pequeños trocitos y bajo terribles tormentos y éxtasis, precisamente por aquellas raras individualidades a las que hoy se prepara el patíbulo y mañana el monumento; esta sospecha vive también en el lobo estepario. Pero lo que él dentro de sí llama «hombre», en contraposición a su «lobo», no es, en gran parte, otra cosa más que precisamente aquel «hombre» mediocre del convencionalismo burgués. El camino al verdadero hombre, el camino a los inmortales, no deja Harry de adivinarlo perfectamente y lo recorre también aquí y allá con timidez muy poco a poco, pagando esto con graves tormentos, con aislamiento doloroso. Pero afirmar y aspirar a aquella suprema exigencia, a aquella encarnación pura y buscada por el espíritu, caminar la única senda estrecha hacia la inmortalidad, eso lo teme él en lo más profundo de su alma. Se da perfecta cuenta: ello conduce a tormentos aún mayores, a la proscripción, al renunciamiento de todo, quizás al cadalso; y aunque al final de este camino sonrío seductora la inmortalidad, no está dispuesto a sufrir todos estos sufrimientos, a morir todas estas muertes. Aun teniendo más conciencia del fin de la encarnación que los burgueses, cierra, sin embargo, los ojos y no quiere saber que el apego desesperado al yo, el desesperado no querer morir, es el camino más seguro para la muerte eterna, en tanto que sabe morir, rasgar el velo del arcano, ir buscando eternamente mutaciones al yo, conduce a la inmortalidad. Cuando adora a sus favoritos entre los inmortales, por ejemplo a Mozart, no lo mira en último término nunca sino con ojos de burgués, y tiende a explicarse doctoralmente la perfección de Mozart sólo por sus altas dotes de músico, en lugar de por la grandeza de su abnegación, paciencia en el sufrimiento e independencia frente a los ideales de la burguesía, por su resignación para con aquel extremo aislamiento, parecido al del huerto de Getsemani, que en torno del que sufre y del que está en trance de reencarnación enrarece toda la atmósfera burguesa hasta convertirla en helado éter cósmico.

Pero, en fin, nuestro lobo estepario ha descubierto dentro de sí, al menos, la duplicidad fáustica; ha logrado hallar que a la unidad de su cuerpo no le es inherente una unidad espiritual, sino que, en el mejor de los casos, sólo se encuentra en camino, con una larga peregrinación por delante, hacia el ideal de esta armonía. Quisiera o vencer dentro de sí al lobo y vivir enteramente como hombre o, por el contrario, renunciar al hombre y vivir, al menos, como lobo, una vida uniforme, sin desgarramientos. Probablemente no ha observado nunca con atención a un lobo auténtico; hubiese visto entonces quizá que tampoco los animales tienen un alma unitaria, que también en ellos, detrás de la bella y austera forma del cuerpo, viven una multiplicidad de afanes y de estados; que también el lobo tiene abismos en su interior, que también el lobo sufre. No, con la « ¡Vuelta a la naturaleza!» va siempre el hombre por un falso camino, lleno de penalidades y sin esperanzas. Harry no puede volver a convertirse enteramente en lobo, y si lo pudiera, vería que tampoco el lobo es a su vez nada sencillo y originario, sino algo ya muy complicado y complejo. También el lobo tiene dos y más de dos almas dentro de su pecho de lobo, y quien desea ser un lobo incurre en el mismo olvido que el hombre de aquella canción: « ¡Feliz quien volviera a ser niño!» El hombre simpático, pero sentimental, que canta la canción del niño dichoso, quisiera volver también a la naturaleza, a la inocencia, a los principios, y ha olvidado por completo que los niños no son felices en absoluto, que son capaces de muchos conflictos, de muchas desarmonías, de todos los sufrimientos.

Hacia atrás no conduce, en suma, ninguna senda, ni hacia el lobo ni hacia el niño. En el principio de las cosas no hay sencillez ni inocencia; todo lo creado, hasta lo que parece más simple, es ya culpable, es ya complejo, ha sido arrojado al sucio torbellino del desarrollo y no puede ya, no puede nunca más nadar contra corriente. El camino hacia la inocencia, hacia lo increado, hacia Dios, no va para atrás, sino hacia delante; no hacia el lobo o el niño, sino cada vez más hacia la culpa, cada vez más hondamente dentro de la encarnación humana. Tampoco con el suicidio, pobre lobo estepario, se te saca

de apuro realmente; tienes que recorrer el camino más largo, más penoso y más difícil de la humana encarnación; habrás de multiplicar todavía con frecuencia tu duplicidad; tendrás que complicar aún más tu complicación. En lugar de estrechar tu mundo, de simplificar tu alma, tendrás que acoger cada vez más mundo, tendrás que acoger a la postre al mundo entero en tu alma dolorosamente ensanchada, para llegar acaso algún día al fin, al descanso. Por este camino marcharon Buda y todos los grandes hombres, unos a sabiendas, otros inconscientemente, mientras la aventura les salía bien. Nacimiento significa desunión del todo, significa limitación, apartamiento de Dios, penosa reencarnación. Vuelta al todo, anulación de la dolorosa individualidad, llegar a ser Dios quiere decir: haber ensanchado tanto el alma que pueda volver a comprender nuevamente al todo.

No se trata aquí del hombre que conoce la escuela, la economía política ni la estadística, ni del hombre que a millones anda por la calle y que no tiene más importancia que la arena o que la espuma de los mares: da lo mismo un par de millones más o menos; son material nada más. No, nosotros hablamos aquí del hombre en sentido elevado, del término del largo camino de la encarnación humana, del hombre verdaderamente regio, de los inmortales. El genio no es tan raro como quiere antojársenos con frecuencia; claro que tampoco es tan frecuente, como se figuran las historias literarias y la historia universal y hasta los periódicos. El lobo estepario Harry, a nuestro juicio, sería genio bastante para intentar la aventura de la encarnación humana, en lugar de sacar a colación lastimeramente a cada dificultad su estúpido lobo estepario.

Que hombres de tales posibilidades salgan del paso con lobos esteparios y «hay viviendo dos almas en mi pecho», es tan extraño y entristecedor como que muestren con frecuencia aquella afición cobarde a lo burgués. Un hombre capaz de comprender a Buda, un hombre que tiene noción de los cielos y abismos de la naturaleza humana, no debería vivir en un mundo en el que dominan el common sense, la democracia y la educación burguesa. Sólo por cobardía sigue viviendo en él, y cuando sus dimensiones lo oprimen, cuando la angosta celda de burgués le resulta demasiado estrecha, entonces se lo apunta a la cuenta del «lobo» y no quiere enterarse de que a veces el lobo es su parte mejor. A todo lo fiero dentro de silo llama lobo y lo tiene por malo, por peligroso, por terror de los burgueses; pero él, que cree, sin embargo, ser un artista y tener sentidos delicados, no es capaz de ver que fuera del lobo, detrás del lobo, viven otras muchas cosas en su interior; que no es lobo todo lo que muere; que allí habitan además zorro, dragón, tigre, mono y ave del paraíso. Y que todo este mundo, este completo edén de miles de seres, terribles y lindos, grandes y pequeños, fuertes y delicados, es ahogado y apresado por el mito del lobo, lo mismo que el verdadero hombre que hay en él es ahogado y preso por la apariencia de hombre, por el burgués.

Imagínese un jardín con cien clases de árboles, con mil variedades de flores, con cien especies de frutas y otros tantos géneros de hierbas. Pues bien: si el jardinero de este jardín no conoce otra diferenciación botánica que lo «comestible» y la «mala hierba», entonces no sabrá qué hacer con nueve décimas partes de su jardín, arrancará las flores más encantadoras, talará los árboles más nobles, o los odiará y mirará con malos ojos. Así hace el lobo estepario con las mil flores de su alma. Lo que no cabe en las casillas de «hombre» o de «lobo», ni lo mira siquiera. ¡Y qué de cosas no clasifica como «hombre»! Todo lo cobarde, todo lo simio, todo lo estúpido y minúsculo, como no sea muy directamente lobuno, lo cuenta al lado del «hombre», así como atribuye al lobo todo lo fuerte y noble sólo porque aún no consiguiera dominarlo.

Nos despedimos de Harry. Lo dejamos seguir solo su camino. Si ya estuviese con los inmortales, si ya hubiera llegado allí donde su penosa marcha parece apuntar, ¡cómo miraría asombrado este ir y venir, este fiero e irresoluto zigzag de su ruta, cómo sonreiría a este lobo estepario, animándolo, censurándolo, con lástima y con complacencia!

Siguen las Anotaciones de Harry Haller

Sólo para locos

Cuando hube terminado de leer, se me ocurrió que algunas semanas antes había escrito una noche una poesía un tanto singular que también trataba del lobo estepario. Estuve buscándola en el torbellino de mi revuelta mesa de escritorio, la encontré y leí:

Yo voy, lobo estepario, trotando
por el mundo de nieve cubierto;
del abedul sale un cuervo volando,
y no cruzan ni liebres ni corzas el campo desierto.

Me enamora una corza ligera,
en el mundo no hay nada tan lindo y hermoso;
con mis dientes y zarpas de fiera
destrozara su cuerpo sabroso.

Y volviera mi afán a mi amada,
en sus muslos mordiendo la carne blanquísima
y saciando mi sed en su sangre por mí derramada,
para aullar luego solo en la noche tristísima.

Una liebre bastara también a mi anhelo;
dulce sabe su carne en la noche callada y oscura.
¡Ay! ¿Por qué me abandona en letal desconsuelo
de la vida la parte más noble y más pura?

Vetas grises adquiere mi rabo peludo;
voy perdiendo la vista, me atacan las fiebres;
hace tiempo que ya estoy sin hogar y viudo
y que troto y que sueño con corzas y liebres

que mi triste destino me ahuyenta y espanta.
Oigo al aire soplar en la noche de invierno,
hundo en nieve mi ardiente garganta,
y así voy llevando mi mísera alma al infierno.

Allí tenía yo, pues, dos retratos míos en la mano; el uno, un autorretrato en malos versos, triste y receloso como mi propia persona; el otro, frío y trazado con apariencia de alta objetividad por persona extraña, visto desde fuera y desde lo alto, escrito por uno que sabía más y al propio tiempo también

menos que yo mismo. Y estos dos retratos juntos, mi poesía melancólica y vacilante y el inteligente estudio de mano desconocida, los dos me hacían daño, los dos tenían razón, ambos dibujaban con sinceridad mi existencia sin consuelo, ambos mostraban claramente lo insoportable e insostenible de mi estado. Este lobo estepario debía morir, debía poner fin con propia mano a su odiosa existencia, o debía, fundido en el fuego mortal de una nueva autoinspección, transformarse, arrancarse la careta y sufrir otra vez una autoencarnación. ¡Ay! Este proceso no me era raro y desconocido; lo sabía, lo había vivido ya varias veces, siempre en épocas de extrema desesperación. Cada vez en este trance que me desgarraba terriblemente las entrañas, había saltado roto en pedazos mi yo de cada época, siempre lo habían sacudido violentamente y lo habían destrozado potencias del abismo, cada vez me había hecho traición un trozo favorito y especialmente amado de mi vida y lo había perdido para siempre. En una ocasión hube de perder mi buen nombre burgués juntamente con mi fortuna y aprender a renunciar a la consideración de aquellos que hasta entonces se habían quitado el sombrero delante de mí. Otra vez, de la noche a la mañana, se vino abajo mi vida familiar: mi mujer, atacada de locura, me había arrojado de mi casa y de mis comodidades; el amor y la confianza se habían trocado repentinamente en odio y guerra a muerte; llenos de compasión y de desprecio me miraban los vecinos. Entonces empezó mi aislamiento. Y más tarde, al cabo de los años, años amargos y difíciles, después de haberme construido, en severa soledad y penosa disciplina de mí mismo, una nueva vida ascético espiritual y un nuevo ideal y de haber logrado cierta tranquilidad y alteza en el vivir, entregado a ejercicios intelectuales y a una meditación ordenada con severidad, se me vino abajo también nuevamente esta forma de vida, perdiendo en un momento su elevado y noble sentido; de nuevo me lanzó por el mundo en fieros y fatigosos viajes, se me amontonaban nuevos sufrimientos y nueva culpa. Y cada vez, al arrancarme una careta, al derrumbamiento de un ideal, precedía este horrible vacío y quietud, este mortal acorralamiento, aislamiento y carencia de relaciones, este triste y sombrío infierno de la falta de afectos y de desesperanza, como también ahora tenía que volver a soportar.

En todos estos sacudimientos de mi vida salía al final ganando alguna cosa, eso no podía negarse, algo de espiritualidad, de profundidad, de liberación; pero también algo de soledad, de ser incomprendido, de desaliento. Mirada desde el punto de vista burgués, mi vida había sido, de una a otra de estas sacudidas, un constante descenso, una distancia cada vez mayor de lo normal, de lo permitido, de lo saludable. En el curso de los años había perdido profesión, familia y patria; estaba al margen de todos los grupos sociales, solo, amado de nadie, mirado por muchos con desconfianza, en conflicto amargo y constante con la opinión pública y con la moral; y aunque seguía viviendo todavía dentro del marco burgués era yo, sin embargo, con todo mi sentir y mi pensar, un extraño en medio de este mundo. Religión, patria, familia, Estado, habían perdido su valor para mí y no me importaban ya nada; la pedantería de la ciencia, de las profesiones, de las artes, me daba asco; mis puntos de vista, mi gusto, toda mi manera de pensar, con la cual yo en otro tiempo había sabido brillar como un hombre de talento y admirado, estaba ahora olvidada y en abandono y era sospechosa a la gente. Aunque en todas mis dolorosas transformaciones hubiera ganado algo invisible e imponderable, caro había tenido que pagarlo, y de una a otra vez mi vida se había vuelto más dura, más difícil, más solitaria y peligrosa. En verdad que no tenía ningún motivo para desear una continuación de este camino, que me llevaba a atmósferas cada vez más enrarecidas, iguales a aquel humo en la canción de otoño de Nietzsche. ¡Ah, ya lo creo, yo conocía esos trances, estos cambios que el destino tiene reservados a sus hijos predilectos y más descontentadizos, demasiado bien los conocía! Los conocía como un cazador ambicioso, pero desafortunado, conoce las etapas de una cacería, como un viejo jugador de Bolsa puede conocer las etapas de la especulación, de la ganancia, de la inseguridad, de la vacilación, de la quiebra. ¿Habría de vivir yo esto ahora otra vez en la realidad? ¿Todo este tormento, toda esta errante miseria, todos estos aspectos de la bajeza y poco valor del propio yo, todo este terrible miedo ante la derrota, toda esta angustia de muerte? ¿No era más prudente y sencillo evitar la repetición de tantos sufrimientos, quitarse de en medio? Ciertamente que era más sencillo y más prudente. Y aunque lo que se afirmaba en el folleto del lobo estepario acerca de los «suicidas» fuera así o de otra manera, nadie podía impedirme la satisfacción de ahorrarme con ayuda del gas, la navaja de afeitar o la pistola la repetición de un proceso, cuyo amargo dolor había tenido que gustar, en efecto, tantas veces y tan hondamente. No, por todos los diablos, no había poder en el mundo que pudiera exigir de mí pasar

una vez más por las pruebas de un encuentro conmigo mismo, con todos sus horrores de muerte, de una nueva conformación, de una nueva encarnación, cuyo término y fin no era de ningún modo paz y tranquilidad, sino siempre nueva autodestrucción, en todo caso nueva autoconformación. Y aunque el suicidio fuese estúpido, cobarde y ordinario, aunque fuese una salida vulgar y vergonzante para huir de este torbellino de los sufrimientos, cualquier salida, hasta la más ignominiosa, era deseable; aquí no había comedia de nobleza y heroísmo, aquí estaba yo colocado ante la sencilla elección entre un pequeño dolor pasajero y un sufrimiento infinito que quema lo indecible. Con frecuencia bastante en mi vida tan difícil y tan descarriada había sido yo el noble Don Quijote, había preferido el honor a la comodidad, el heroísmo a la razón. ¡Basta ya y acabemos con todo ello!

Por los cristales bostezaba ya la mañana, la mañana plomiza y condenada a un día lluvioso de invierno, cuando por fin me metí en la cama. A la cama llevé conmigo mi resolución. Pero a última hora, en el último límite de la conciencia, en el instante de quedarme dormido, brilló como un relámpago ante mí durante un segundo aquel pasaje admirable del librito del lobo estepario, en donde se hablaba de los «inmortales», y a esto se unía el recuerdo, que en mi interior se despertaba, de que en alguna ocasión, y precisamente la última vez hacía muy poco tiempo, me había sentido lo bastante cerca de los inmortales para saborear con ellos, en un compás de música antigua, toda su sabiduría serena, esclarecida y sonriente. Esto se despertó en mí, volvió a brillar y se extinguió, y, pesado como una montaña, se posó el sueño sobre mi frente.

Al despertar a mediodía, volví a encontrar dentro de mí la situación aclarada; el pequeño librito estaba sobre la mesa de noche, juntamente con mi poesía, y con amable frialdad, de entre el torbellino de los recientes sucesos de mi vida, se destacaba mirándome mi decisión, afirmada y redondeada durante el sueño, después de pasada la noche. No corría prisa; mi resolución de morir no era el capricho de una hora: era una fruta sana, madura, criada despacio y bien sazónada, sacudida suavemente por el viento del destino, cuyo próximo soplo había de hacerla caer del árbol.

En mi botiquín de viaje tenía yo un remedio excelente para acallar los dolores, un preparado de opio especialmente fuerte, cuyo goce no me permitía sino en muy pocas ocasiones, y a menudo durante meses enteros prescindía de él; tomaba este grave estupefaciente sólo cuando ya no podía aguantar los dolores materiales. Por desgracia, no era a propósito para el suicidio. Ya lo había experimentado una vez hacía varios años. Entonces, en una época en que también me envolvía la desesperación, hube de ingerir una bonita porción, lo suficiente para matar a seis hombres, y, sin embargo, no me había matado. Me quedé dormido y estuve algunas horas tendido en un completo letargo; pero luego, para mi tremendo desengaño, me medio despertaron violentas sacudidas del estómago, vomité todo el veneno sin haber vuelto por completo en mí, y me dormí otra vez para despertar definitivamente en el centro del día siguiente, con el cerebro hecho cenizas y vacío y casi sin memoria. Fuera de un período de insomnio y de molestos dolores de estómago, no quedó ningún efecto del veneno.

Con este remedio, por tanto, no había que contar. Entonces di a mi resolución la siguiente forma: tan pronto como volviera a encontrarme en un estado en que me fuera preciso echar mano de aquel preparado de opio, en ese momento había de serme permitido acudir, en lugar de a esta breve redención, a la grande, a la muerte; pero una muerte segura y positiva, con una bala o con la navaja de afeitar. Con esto quedó aclarada la situación: esperar hasta el día en que cumpliera los cincuenta años, según la chusca receta del librito del lobo estepario, eso no me parecía demasiado dilatado; aún faltaban hasta entonces dos años. Podía ser dentro de un año, dentro de un mes; podía ser mañana mismo: la puerta estaba abierta.

No puedo decir que la «resolución» hubiese alterado grandemente mi vida. Me hizo un poco más indiferente para con los achaques, un poco más descuidado en el uso del opio y del vino, un poco más curioso por lo que se refiere al límite de lo soportable: esto fue todo. Con mayor intensidad siguieron actuando los otros sucesos de aquella noche. Alguna vez volví a leer todavía el tratado del lobo estepario, ora con devoción y gratitud, como si supiera de un mago invisible que estaba dirigiendo sabiamente mi vida, ora con sarcasmo y desprecio contra la insulsez del tratado, que no me parecía entender en absoluto la tensión y el tono específicos de mi existencia. Lo que allí estaba escrito de lobos esteparios y de suicidas podía estar muy bien y atinado; se refería a la especie, al tipo, era una abstracción ingeniosa; a mi persona, en cambio, a mi verdadera alma, a mi sino propio y peculiar, se

me antojaba, sin embargo, que no se podía encerrar en red tan burda.

Más hondamente que todo lo demás me preocupaba aquella visión o alucinación de la pared de la iglesia, el prometedor anuncio de aquella danzante escritura de luces, que coincidía con alusiones del tratado. Mucho se me había prometido allí, poderosamente habían aguijoneado mi curiosidad los ecos de aquel mundo extraño; con frecuencia medité horas enteras profundamente sobre esto. Y cada vez con mayor claridad me hablaba el aviso de aquellas inscripciones: « ¡No para cualquiera!» y « ¡Sólo para locos!» Loco, pues, tenía yo que estar y muy alejado de «cualquiera» si aquellas voces habían de llegar hasta mí y hablarme aquellos mundos. Dios mío, ¿no estaba yo hacía ya muchísimo tiempo bastante alejado de la vida de todos los hombres, de la existencia y del pensamiento de las personas normales, no estaba yo hacía muchísimo tiempo bastante apartado y loco? Y, sin embargo, en lo más íntimo de mi ser comprendía perfectamente la llamada, la invitación a estar loco, a arrojar lejos de mí la razón, el obstáculo, el sentido burgués, a entregarme al mundo hondamente agitado y sin leyes del espíritu y de la fantasía.

Un día, después de haber buscado en vano por calles y plazas al hombre del anuncio estandarte y de haber pasado varias veces en acecho por la tapia con la puerta invisible, me encontré en el suburbio de San Martín con un entierro. Al contemplar la cara de los deudos del muerto, que iban trotando detrás del coche fúnebre, tuve este pensamiento: ¿Dónde vive en esta ciudad, dónde vive en este mundo la persona cuya muerte me representara a mí una pérdida? ¿Y dónde la persona a la cual mi muerte pudiera significar algo? Ahí estaba Erica, mi querida, es verdad; pero desde hace mucho tiempo vivíamos en una relación muy desligada, nos veíamos rara vez, no nos peleábamos, y por aquel entonces hasta ignoraba yo en qué lugar estaría. Alguna vez me buscaba ella o iba a verla yo, y como los dos somos personas solitarias y dificultosas, afines en algún punto del alma y en la enfermedad espiritual, se conservaba a pesar de todo una relación entre ambos. Pero ¿no respiraría ella quizás y no se sentiría bien aligerada cuando supiera la noticia de mi muerte? No lo sabía, como tampoco sabía nada acerca de la autenticidad de mis propios sentimientos. Hay que vivir dentro de lo normal y de lo posible para poder saber algo acerca de estas cosas.

Entretanto, y siguiendo un capricho, me había agregado a la comitiva y fui caminando tras el duelo con dirección al cementerio, un cementerio moderno, de cemento, patentado, con crematorio y todos los aditamentos. Pero nuestro muerto no fue incinerado, sino que su caja fue descargada ante una sencilla fosa hecha en la tierra, y yo miraba al párroco y a los demás buitres de la muerte, empleados de una funeraria, en sus manipulaciones, a las cuales trataban todos de dar la apariencia de una alta ceremonia y de una gran tristeza, hasta el punto de acabar rendidos de tanta teatralidad y confusión e hipocresía y por hacer el ridículo. Vi cómo el negro uniforme de su oficio iba flotando de un lado para otro y cómo se afanaban por poner a tono al acompañamiento fúnebre y por obligarlo a rendirse ante la majestad de la muerte. Era trabajo perdido, no lloraba nadie; el muerto parecía ser innecesario a todos. Tampoco con la palabra se podía persuadir a ninguno de que se sintiera en un ambiente de piedad, y cuando el párroco hablaba a los circunstantes llamándolos una y otra vez «caros hermanos en Cristo», todos los callados rostros de estos comerciantes y panaderos y de sus mujeres miraban al suelo con forzada seriedad, hipócritas y confusos, y movidos únicamente por el deseo de que todo este acto desagradable acabara pronto. Por fin acabó; los dos primeros entre los hermanos en Cristo estrecharon la mano al orador, se limpiaron en el primer borde de césped los zapatos llenos del húmedo limo en el que habían colocado a su muerto, adquirieron al instante sus rostros otra vez el aspecto corriente y humano, y uno de ellos se me antojó de pronto conocido: era, a lo que me figuré, el hombre que aquella noche llevaba el anuncio y que me había dado el librito.

En el momento en que creí reconocerlo, daba media vuelta y se agachaba para arreglarse los pantalones, que acabó por doblárselos por encima de los zapatos, y se alejó rápidamente con un paraguas sujeto debajo del brazo. Corrí tras él, lo alcancé, lo saludé con la cabeza; pero él pareció no conocerme.

¿No hay velada esta noche? pregunté, y traté de hacerle un guiño, como hacen entre sí los que están en un secreto.

Pero hacía ya demasiado tiempo desde que tales ejercicios mímicos me eran corrientes. ¡Si en mi manera de vivir casi había olvidado yo ya el habla! Me di cuenta yo mismo de que sólo había hecho

una mueca estúpida.

¿Velada? gruñó el individuo, y me miró extrañado a la cara. Vaya usted al Águila Negra, hombre, si se lo pide el cuerpo.

En realidad yo no sabía si era él. Desilusionado, seguí mi camino, no sabía adónde, para mi no había objetivos, ni aspiraciones, ni deberes. La vida sabía horriblemente amarga; yo sentía cómo el asco creciente desde hace tiempo alcanzaba su máxima altura, como la vida me repelía y me arrojaba fuera. Furioso, corrí a través de la ciudad gris, todo me parecía oler a tierra húmeda y a enterramiento. No; junto a mi fosa no había de estar ninguno de estos cuervos, con su traje talar y su sermoneo sentimental y de hermano en Cristo. Ah, dondequiera que mirara, dondequiera que enviase mis pensamientos, en parte alguna me aguardaba una alegría ni un atractivo, en parte alguna atisbaba una seducción, todo hedía a corrupción manida, a putrefacta medioconformidad, todo era viejo, marchito, pardo, macilento, agotado. Santo Dios, ¿cómo era posible? ¿Cómo había podido yo llegar a tal extremo, yo, el joven lleno de entusiasmo, el poeta, el amigo de las musas, el infatigable viajero, el ardoroso idealista? ¿Cómo había venido esto tan lenta y solapadamente sobre mí, esta paralización, este odio contra la propia persona y contra los demás, esta cerrazón de todos los sentimientos, este maligno y profundo fastidio, este infierno miserable de la falta de corazón y de la desesperanza?

Cuando pasaba por la Biblioteca, me encontré con un joven profesor, con quien yo en otro tiempo hablaba alguna vez, al cual, en mi última estancia en esta ciudad hace algunos años, había llegado hasta a visitar en su casa para conversar con él acerca de mitologías orientales, materia a la que me dedicaba entonces bastante. El erudito venía en dirección opuesta, tieso y algo miope, y sólo me conoció cuando ya estaba a punto de pasar a mi lado. Se lanzó hacia mí con gran efusión, y yo, en mi estado deplorable, se lo agradecí casi. Se había alegrado y se animó, me recordó detalles de aquellas nuestras conversaciones, aseguró que debía mucho a mis estímulos y que había pensado con frecuencia en mí; rara vez había vuelto a tener desde entonces controversias tan emotivas y fecundas con colegas. Me preguntó desde cuándo estaba en la ciudad (mentí: desde hacia pocos días) y por qué no lo había buscado. Miré al hombre amable a su buena cara de sabio, hallaba la escena verdaderamente ridícula, pero saboreé la migaja de calor, el sorbo de afecto, el bocado de reconocimiento. Emocionado abría la boca el lobo estepario Harry, en el seco gatzate le fluía la baba; se apoderó de él, en contra de su voluntad, el sentimentalismo. Sí; salí del paso, pues, engañándolo bonitamente y diciéndole que sólo estaba aquí por una corta temporada, y que no me encontraba muy bien; de otro modo ya lo hubiera visitado, naturalmente. Y cuando entonces me invitó, afectuosamente, a pasar aquella velada con él, acepté agradecido, le rogué que saludara a su señora, y a todo esto, por la vivacidad de las palabras y sonrisas, me dolían las mejillas que ya no estaban acostumbradas a estos esfuerzos. Y en tanto que yo, Harry Haller, estaba allí en medio de la calle, sorprendido y adulado, azorado y cortés, sonriendo al hombre amable y mirando su rostro bueno y miope, a mi lado el otro Harry abría la boca también, estaba haciendo muecas y pensando qué clase de compañero tan particular, absurdo e hipócrita era yo, que aun dos minutos antes había estado furioso y rechinando los dientes contra todo el maldito mundo, y ahora, a la primera excitación, al primer cándido saludo de un honrado hombre de bien, asentía a todo y me revolcaba como un lechón en el goce de un poquito de afecto, consideración y amabilidad. De este modo se hallaban allí, frente al profesor, los dos Harrys, ambas figuras extraordinariamente antipáticas, burlándose uno de otro, observándose mutuamente y escupiéndose al rostro y planteándose, como siempre en tales situaciones, una vez más la cuestión: si esto era sencillamente estulticia y flaqueza humanas, determinación general de la humanidad, o si este egoísmo sentimental, esta falta de carácter, esta impureza y contradicción de los sentimientos era solamente una especialidad personal y loboestepariesca. Si la vileza era genérica de la humanidad, ¡ah!, entonces mi desprecio del mundo podía desatarse con pujanza renovada; si era solamente flaqueza personal mía, se me presentaba motivo para una orgía del autodesprecio.

Con la lucha entre los dos Harrys quedó casi olvidado el profesor; de repente volvió a serme molesto, y me apresuré a librarme de él. Mucho tiempo estuve mirando cómo desaparecía por entre los árboles sin hojas del paseo, con el paso bonachón y algo cómico de un idealista, de un creyente. Violenta, se libraba la batalla en mi interior, y mientras yo cerraba y volvía a estirar los dedos agarrotados, en la lucha con la gota que iba trabajando secretamente, hube de confesarme que me había dejado

atrapar, que había cargado con una invitación para comer a las siete y media, con la obligación de cortesías, charla científica y contemplación de dicha extraña. Encolerizado, me fui a casa, mezclé agua con coñac, me tragué con ella mis píldoras para la gota, me tumbé en el diván e intenté leer. Cuando, por fin, conseguí leer un rato en el Viaje de Sofía, de Memel a Sajonia, un delicioso novelón del siglo XVIII, volví a acordarme de pronto de la invitación y de que no estaba afeitado y tenía que vestirme. ¡Sabe Dios por qué se me habría ocurrido aceptar! En fin, Harry, ¡levántate, pon a un lado tu libro, enjabónate, ráscate la barba hasta hacerte sangre, vístete y ten una complacencia en tus semejantes! Y mientras me enjabonaba, pensé en el sucio hoyo de barro del cementerio, y en las caras contraídas de los aburridos hermanos en Cristo, y ni siquiera podía reírme de todo ello. Me parecía que allí acababa, en aquel hoyo sucio de barro, con las estúpidas palabras confusas del predicador, con los estúpidos rostros confusos de la comitiva fúnebre, a la vista desconsoladora de todas las cruces y lápidas de mármol y latón, con todas estas flores falsas de alambre y de vidrio, no sólo el desconocido, y acabaría un día u otro también yo mismo, enterrado en el lodo ante la confusión y la hipocresía de los asistentes, no, sino que así acababa todo, todos nuestros afanes, toda nuestra cultura, toda nuestra fe, toda nuestra alegría y nuestro placer de vivir, que estaba tan enfermo y pronto habría de ser enterrado allí también. Un cementerio era nuestro mundo cultural, aquí era Jesucristo y Sócrates, eran Mozart y Haydn, Dante y Goethe, nombres borrosos sobre lápidas de hojalata llenas de orín, rodeados de hipócritas y confusos circunstantes, que hubieran dado cualquier cosa por haber podido creer todavía en las lápidas de latón que en otro tiempo les habían sido sagradas, y cualquier cosa por poder decir aunque sólo fuera una palabra seria y honrada de tristeza y desesperanza acerca de este mundo desaparecido, y a los cuales, en lugar de todo, no les quedaba otra cosa que el confuso y ridículo estar dando vueltas alrededor de una tumba. Furioso, acabé por cortarme la barba en el sitio de costumbre y estuve un rato tratando de arreglarme la herida; pero hube, sin embargo, de volver a cambiarme el cuello que acababa de ponerme limpio y no podía explicarme por qué hacía todas estas cosas, pues no tenía la menor gana de acudir a aquella invitación. Pero uno de los trozos de Harry estaba representando una comedia otra vez, llamaba al profesor un hombre simpático, suspiraba por un poco de aroma de humanidad, de sociedad y de charla, se acordó de la bella señora del profesor, encontró en el fondo muy agradable la idea de pasar una velada junto a amables anfitriones y me ayudó a pegarme a la barbilla un tafetán, me ayudó a vestirme y a ponerme una corbata a propósito, y suavemente me desvió de seguir mi verdadero deseo y quedarme en casa. Al propio tiempo estaba pensando: lo mismo que yo ahora me visto y salgo a la calle, voy a visitar al profesor y cambio con él galanterías, todo ello realmente sin querer, así hacen, viven y actúan un día y otro, a todas horas, la mayor parte de los hombres; a la fuerza y, en realidad, sin quererlo, hacen visitas, sostienen una conversación, están horas enteras sentados en sus negociados y oficinas, todo a la fuerza, mecánicamente, sin apetecerlo: todo podía ser realizado lo mismo por máquinas o dejar de realizarse. Y esta mecánica eternamente ininterrumpida es lo que les impide, igual que a mí, ejercer la crítica sobre la propia vida, reconocer y sentir su estupidez y ligereza, su insignificancia horrorosamente ridícula, su tristeza y su irremediable vanidad. ¡Oh, y tienen razón, infinita razón, los hombres en vivir así, en jugar sus jueguecitos, en afanarse por esas sus cosas importantes, en lugar de defenderse contra la entristecedora mecánica y mirar desesperados en el vacío, como hago yo, hombre descarriado! Cuando en estas hojas desprecio a veces y hasta ridiculizo a los hombres, ¡no crea por eso nadie que les achaco la culpa, que los acuso, que quisiera hacer responsables a otros de mi propia miseria! ¡Pero yo, que ya he llegado tan allá que estoy al borde de la vida, donde se cae en la oscuridad sin fondo, cometo una injusticia y miento si trato de engañarme a mí mismo y a los demás, de que esta mecánica aún sigue funcionando para mí, como si yo también perteneciera todavía a aquel lindo mundo infantil del eterno Jugueteo!

La noche se desarrolló, a su vez, de un modo magnífico, en armonía con todo esto. Ante la casa de mi conocido me quedé parado un momento, mirando hacia arriba a las ventanas. Aquí vive este hombre pensó, y va haciendo año tras año su labor, lee y comenta textos, busca las relaciones entre las mitologías del Asia Menor y de la India, y al propio tiempo, está contento, pues cree en el valor de su trabajo, cree en la ciencia cuyo siervo es, cree en el valor de la mera ciencia, del almacenamiento, pues tiene fe en el progreso, en la evolución. No estuvo en la guerra, no ha experimentado el estremecimiento debido a Einstein de los fundamentos del pensamiento humano hasta hoy (esto cree él que importa

sólo a los matemáticos), no ve cómo por todas partes se está preparando la próxima conflagración; estima odiosos a los judíos y a los comunistas, es un niño bueno, falto de ideas, alegre, que se concede importancia a sí mismo, es muy envidiable. Me decidí de golpe y entré, fui recibido por la criada con delantal blanco, y me fijé, por no sé qué presentimiento, con toda exactitud dónde llevaba mi sombrero y mi abrigo. Fui conducido a una habitación clara y templada e invitado a esperar, y en vez de musitar una oración o dormitar un poco, seguí un impulso juguetón y cogí en las manos el objeto más próximo que se me ofrecía. Era un cuadro pequeño con su marco, que tenía su puesto encima de la mesa redonda, obligado a estar de pie con una ligera inclinación por un soporte de cartulina en la parte posterior. Era un grabado y representaba al poeta Goethe, un anciano lleno de carácter y caprichosamente peinado, con el rostro bellamente dibujado, en el cual no faltaban ni los célebres ojos de fuego, ni el rasgo de soledad con un ligero velo de cortesanía, ni el aspecto trágico, en los cuales el pintor había puesto tan especial esmero. Había conseguido dar a este viejo demoníaco, sin perjuicio de su profundidad, un tinte algo académico y a la vez teatral de autodominio y de probidad, y representarlo, dentro de todo, como un viejo señor verdaderamente hermoso, que podía servir de adorno en toda casa burguesa. Probablemente este cuadro no era más necio que todos los cuadros de esta clase, todos estos lindos redentores, apóstoles, héroes, genios y políticos producidos por aplicados artífices; quizá me excitaba de aquella manera sólo por una cierta pedantería virtuosa; sea de ello lo que quiera, me puso de todos modos los pelos de punta, a mí que ya estaba suficientemente excitado y cargado, esta reproducción vanidosa y complacida de sí misma del viejo Goethe como un desacorde fatal y me hizo ver que no me hallaba en el lugar apropiado. Aquí estaban en su elemento maestros antiguos bellamente estilizados y grandezas nacionales, pero no lobos esteparios.

Si en aquel instante hubiera entrado el dueño de la casa, quizás hubiese tenido la suerte de poder llevar a cabo mi retirada con pretextos aceptables. Pero fue su mujer quien entró y yo me entregué a mi destino, aunque presintiendo la catástrofe. Nos saludamos, y a la primera disarmonía fueron siguiendo otras nuevas. La señora me felicitó por mi buen aspecto, y, sin embargo, yo tenía perfecta conciencia de cómo había envejecido en los años desde nuestro último encuentro; ya al darme ella la mano, me había hecho recordar fatalmente el dolor en los dedos atacados de gota. Sí, y a continuación me preguntó cómo estaba mi buena mujer, y hube de decirle que mi mujer me había abandonado y que nuestro matrimonio estaba disuelto. Respiramos cuando el profesor entró. También él me saludó cordialmente, y la tiesura y comicidad de la situación encontraron entonces la expresión más deliciosa que puede imaginarse. Traía un periódico en la mano, el diario a que estaba suscrito, un periódico del partido militarista e instigador de la guerra, y después de haberme dado la mano, señaló el periódico y refirió que allí se decía algo de un tocayo mío, un publicista Haller, que tenía que ser un mal bicho y un socio sin patria, que se había burlado del káiser y había expuesto su opinión de que su patria no era en nada menos culpable que los países enemigos en el desencadenamiento de la guerra. ¡Vaya un tipo que tenía que ser! Ah, pero aquí llevaba el mozo lo suyo, la redacción había dado buena cuenta del mal bicho y lo había puesto en la picota. Pasamos a otra cosa, cuando vio que este tema no me interesaba, pero los dos no pudieron pensar ni por asomo en la posibilidad de que aquel energúmeno estuviera sentado ante ellos, y, sin embargo, así era, el energúmeno era yo mismo. Bien, ¿a qué armar un escándalo e inquietar a la gente? Me reí en mi fuero interno, pero di ya por perdida la esperanza de gozar esta noche de nada agradable. Precisamente en aquel momento, cuando el profesor hablaba del traidor a la patria, Haller, se condensaba en mí el maligno sentimiento de depresión y desesperanza que se había ido amontonando en mi interior desde la escena del cementerio, y no había dejado de aumentar hasta convertirse en una tremenda opresión, en un malestar corporal (en el bajo vientre), en una sensación sofocante y angustiosa de fatalidad. Yo sentía que algo estaba en acecho contra mí, que un peligro me amenazaba por detrás. Afortunadamente llegó el aviso de que la comida estaba dispuesta. Fuimos al comedor, y en tanto que yo me esforzaba por decir una y otra vez, o por preguntar cosas indiferentes, iba comiendo más de lo que tenía por costumbre y me sentía más deplorable por momentos. ¡Dios mío! pensaba. ¿Por qué nos atormentamos de este modo? Me daba cuenta perfectamente de que mis anfitriones tampoco se sentían bien y de que su animación les costaba trabajo, ya porque yo produjera un efecto tan deplorable, ya porque hubiera acaso algún disgusto en la casa. Me preguntaron una multitud de cosas, a las cuales no se podía dar una respuesta sincera; pronto me hallé envuelto en

una porción de verdaderos embustes y a cada palabra tenía que luchar con una sensación de asco. Por último, y para variar de rumbo, empecé a referir el entierro cuyo espectador había sido. Pero no lograba encontrar el tono, mis incursiones por el campo del humorismo producían un efecto desconcertante, cada vez nos íbamos apartando más; dentro de mí el lobo estepario se reía a mandíbula batiente, y a los postres estábamos todos, los tres, bien silenciosos.

Volvimos a aquella primera habitación para tomar café y licor, quizás esto viniera un poco en nuestro auxilio. Pero entonces me fijé de nuevo en el príncipe de los poetas, aunque había sido colocado a un lado sobre una cómoda. No podía desentenderme de él, y, no sin oír dentro de mí voces que me anunciaban el peligro, volví a tomarlo en la mano y empecé a habérmelas con él. Yo estaba como poseído del sentimiento de que la situación era insostenible, de que ahora había de lograr entusiasmar a mis huéspedes, arrebatárselos y templarlos a mi tono, o por el contrario, provocar de una vez la explosión.

Es de suponer dije que Goethe en la realidad no haya tenido este aspecto. Esta vanidad y esta noble actitud, esta majestad lanzando amables miradas a los distinguidos circustantes y bajo la máscara varonil de este mundo, de la más encantadora sentimentalidad. Mucho se puede tener ciertamente contra él, también yo tengo a veces muchas cosas contra el viejo lleno de suficiencia, pero representarlo así, no, eso es ya demasiado.

La señora de la casa acabó de servir el café con una cara de profundo sufrimiento, luego salió precipitadamente de la habitación, y su marido me confesó medio turbado, medio lleno de censura, que este retrato de Goethe pertenecía a su mujer, la cual sentía por él una predilección especial. «Y aunque objetivamente estuviera usted en lo cierto, lo que yo, por lo demás, pongo en tela de juicio, no tiene usted derecho a expresarse tan crudamente.»

Tiene usted razón en esto concedí. Por desgracia, es una costumbre, un vicio en mí decidirme siempre por la expresión más cruda posible. Lo que por otra parte hacía también Goethe en sus buenos momentos. Es verdad que este melifluido y almibarado Goethe de salón no hubiese empleado nunca una expresión cruda, franca, inmediata. Pido a usted y a su señora mil perdones, tenga la bondad de decirle que soy esquizofrénico. Y, al propio tiempo, pido permiso para despedirme.

El caballero, lleno de azoramiento, no dejó de oponer algunas objeciones; volvió otra vez a decir, qué hermosos y llenos de estímulo habían sido en otro tiempo nuestros diálogos, más aún, que mis hipótesis acerca de Mitra y de Krichna le habían hecho profunda impresión, y que también hoy esperaba otra vez..., etc. Le di las gracias y le dije que estas eran palabras muy amables, pero que desgraciadamente mi interés por Krichna, lo mismo que mi complacencia en diálogos científicos habían desaparecido por completo y definitivamente, que hoy le había mentado una porción de veces, por ejemplo, que no llevaba en la ciudad algunos días, sino muchos meses, pero que hacía una vida para mí solo y que no estaba ya en condiciones de visitar casas distinguidas, porque en primer lugar siempre estoy de muy mal humor y atacado de gota, y en segundo término, borracho la mayor parte de las veces. Además, para dejar las cosas en su punto y por lo menos no quedar como un embustero, tenía que confesar al estimado señor que me había ofendido muy gravemente. Él había hecho suya la posición estúpida y obstinada digna de un militar sin ocupación, pero no de hombre de ciencia, en que se colocaba un periódico reaccionario con respecto a las opiniones de Haller. Que este «mozo» y socio sin patria Haller era yo mismo, y mejor le iría a nuestro país y al mundo, si al menos los contados hombres capaces de pensar se declararan partidarios de la razón y del amor a la paz, en vez de instigar ciegos y fanáticos a una nueva guerra. Esto es, y con ello, adiós.

Me levanté, me despedí de Goethe y del profesor, agarré mis cosas del perchero y salí corriendo. Con estrépito aullaba dentro de mi alma el lobo dañino. Una formidable escena se desarrolló entre los dos Harrys. Pues al punto comprendí claramente que esta hora vespertina poco reconfortante tenía para mí mucha más importancia que para el indignado profesor; para él era un desengaño y un pequeño disgusto; pero para mí, era un último fracaso y un echar a correr, era mi despedida del mundo burgués, moral y erudito, era una victoria completa del lobo estepario. Y era un despedirse vencido y huyendo, una propia declaración de quiebra, una despedida inconsolable, irreflexiva y sin humor. Me despedí de mi mundo anterior y de mi patria, de la burguesía, la moral y la erudición, no de otro modo que el hombre que tiene una úlcera de estómago se despide de la carne de cerdo. Furioso, corrí a la luz de

los faroles, furioso y lleno de mortal tristeza. ¡Qué día tan sin consuelo había sido, tan vergonzante, tan siniestro, desde la mañana hasta la noche, desde el cementerio a la escena en casa del profesor! ¿Para qué? ¿Había alguna razón para seguir echando sobre sí más días como éste? ¡No! Y por eso había que poner fin esta noche a la comedia. ¡Vete a casa, Harry, y córtate el cuello! Bastante tiempo has esperado ya.

De un lado para otro corrí por las calles, en miserable estado. Naturalmente, había sido necio por mi parte manchar a la buena gente el adorno de su salón, era necio y grosero, pero yo no podía y no pude de ninguna manera otra cosa, ya no podía soportar esta vida dócil, de fingimiento y corrección. Y ya que por lo visto tampoco podía aguantar la soledad, ya que la compañía de mí mismo se me había vuelto tan indeciblemente odiada y me producía tal asco, ya que en el vacío de mi infierno me ahogaba dando vueltas, ¿qué salida podía haber todavía? No había ninguna. ¡Oh, padre y madre míos! ¡Oh, fuego sagrado lejano de mi juventud, oh vosotros, miles de alegrías, de trabajos y de afanes de mi vida! Nada de todo ello me quedaba, ni siquiera arrepentimiento, sólo asco y dolor. Nunca como en esta hora me parece que me había hecho tanto daño el mero tener que vivir.

En una desventurada taberna de las afueras descansé un momento, bebí agua con coñac, volví a seguir correteando, perseguido por el diablo, y a subir y a bajar las callejas empinadas y retorcidas de la parte antigua de la ciudad y ambular por los paseos, por la plaza de la estación. ¡Tomar un tren!, pensé. Entré en la estación, me quedé mirando fijamente a los itinerarios pegados en las paredes, bebí un poco de vino, traté de reflexionar. Cada vez más cerca, cada vez más distintamente comencé a ver el fantasma que tanto miedo me producía. Era la vuelta a mi casa, el retorno a mi cuarto, el tener que pararme ante la desesperación. A esto no podía escapar, aun cuando estuviera corriendo todavía horas enteras: al regreso hasta mi puerta, hasta la mesa con los libros, hasta el diván con el retrato de mi querida colgado encima; no podía escapar al momento en que tuviera que abrir la navaja de afeitar y darme un tajo en el cuello. Cada vez con mayor claridad se presentaba ante mí este cuadro, cada vez más distintamente; con violentos latidos del corazón, sentía yo la angustia de todas las angustias: el miedo a la muerte. Sí; tenía un horrible miedo a la muerte. Aun cuando no veía otra salida, aun cuando en torno se amontonaban el asco, el dolor y la desesperación, aun cuando ya nada estaba en condiciones de seducirme, ni de proporcionarme una alegría o una esperanza, me horrorizaba sin embargo de un modo indecible la ejecución, el último momento, el corte tajante y frío en la propia carne.

No veía medio alguno de sustraerme a lo temido. Si en la lucha entre la desesperación y la cobardía venciera hoy aun acaso la cobardía, mañana y todos los días habría de tener ante mí de nuevo a la desesperación, aumentada con el desprecio de mí mismo. Volvería a coger en la mano la navaja tantas veces y a dejarla después, hasta que al fin alguna vez estuviera desde luego consumado. Por eso, mejor hoy que mañana. Razonablemente, trataba de persuadirme a mí mismo como a un niño miedoso, pero el niño no escuchaba, se escapaba, quería vivir. Bruscamente seguí siendo arrastrado a través de la ciudad, en amplios círculos estuve dando vueltas en torno a mi vivienda, siempre con el regreso en la mente, siempre retardándolo. Acá y allá me entretenía en una taberna, para tomar una copa, para tomar dos copas; luego seguía mi correría, en amplio círculo alrededor del objeto, de la navaja de afeitar, de la muerte. Muerto de cansancio, estuve sentado varias veces en algún banco, en el borde de alguna fuente, en un guardacantón, oía palpar el corazón, me secaba el sudor de la frente, volvía a correr, lleno de mortal angustia, lleno de ardiente deseo de vivir.

Así fui a dar, a la hora ya muy avanzada de la noche y por un suburbio extraviado y para mí casi desconocido, en un restaurante, detrás de cuyas ventanas resonaba violenta música de baile. Sobre la puerta leí al entrar un viejo letrero: «Al Águila Negra.» Dentro había ambiente de juerga, algarabía de muchedumbre, humo, vaho de vino y gritería; en el segundo salón se bailaba, allí se debatía furiosa la música de danza. Me quedé en el primer salón, lleno de gente sencilla, en parte vestida pobremente, en tanto que detrás, en la sala de baile, se divisaban también figuras elegantes. Empujado por la multitud de un lado a otro por el salón, fui apretado contra una mesa cerca del mostrador; en el diván junto a la pared estaba sentada una bonita muchacha pálida, con un ligero vestido de baile, con gran escote, en el cabello una flor marchita. La muchacha me miró con atención y amablemente cuando me vio llegar; sonriendo, se hizo un poco a un lado y me dejó sitio.

¿Me permite? pregunté, y me senté junto a ella.

Naturalmente que te permito dijo. ¿Quién eres tú que no te conozco? Gracias dije; me es imposible ir a casa; no puedo, no puedo, quiero quedarme aquí, a su lado, si es usted tan amable. No, no puedo volver a casa.

Hizo un ademán como si me comprendiera, y al bajar la cabeza, observé su bucle que le caía de la frente hasta junto al oído, y vi que la flor marchita era una camelia. Del otro lado tronaba la música, delante del mostrador las camareras gritaban con precipitación sus pedidos.

Quédate aquí me dijo con una voz que me hizo bien. ¿Por qué es por lo que no puedes volver a tu casa?

No puedo. En casa me espera algo... No, no puedo; es demasiado terrible.

Entonces déjalo estar y quédate aquí. Ven, límpiame primero las gafas, no es posible que veas nada. Así, dame tu pañuelo. ¿Qué vamos a beber? ¿Borgoña?

Me limpió las gafas; entonces pude verla claramente: la cara pálida bien perfilada, con la boca pintada de rojo desangre; los ojos, grises claros; la frente, lisa y serena; el bucle derecho, por delante de la oreja. Bondadosa y un poco burlona, se cuidó de mí, pidió vino, brindó conmigo y al propio tiempo miró hacia el suelo a mis zapatos.

¡Dios mío! ¿De dónde vienes? Parece como si hubieras llegado a pie desde París. Así no se viene a un baile.

Dije que sí y que no, reí un poco, la dejé hablar. Me gustaba mucho, y esto me causaba admiración, pues hasta ahora había evitado siempre a esta clase de muchachas y las había mirado más bien con desconfianza. Y ella era para conmigo precisamente como en este momento me convenía que fuera. ¡Oh, y así ha sido siempre conmigo desde aquella hora! Me trataba con tanto cuidado como yo necesitaba, y tan burlonamente como necesitaba también. Pidió un bocadillo y me ordenó que lo comiera. Me echó vino y me mandó también beber un trago, pero no muy de prisa. Luego alabó mi docilidad.

Eres bueno dijo tratando de animarme. Le haces a una fácil el trabajo. Vamos a apostar a que hace mucho tiempo desde la última vez que tuviste que obedecer a alguien.

Sí, usted ha ganado la apuesta. Pero, ¿de dónde sabe usted esto? No tiene arte. Obedecer es como comer y beber. El que se pasa mucho tiempo prescindiendo de ello, a ése ya no le importa nada. ¿No es verdad que a mí vas a obedecerme tú con mucho gusto?

Con muchísimo. Usted lo sabe todo.

Tú facilitas a una el camino. Quizás, amigo, pudiera yo decirte también qué es lo que en tu casa te espera y de lo cual tienes tanto miedo. Pero tú lo sabes también, no tenemos necesidad de hablar de ello, ¿no es eso? ¡Pamplinas! O uno se ahorca, bueno, entonces si se ahorca uno, desde luego será porque tenga motivo. O vive uno, y entonces no tiene que ocuparse más que de la vida. No hay nada más sencillo.

¡Oh! exclamé. Si eso fuera tan sencillo... Yo me he ocupado bastante de la vida, Dios lo sabe, y no ha servido de nada. Ahorcarse es tal vez difícil, no lo sé. Pero vivir es mucho, muchísimo más difícil. ¡Dios sabe lo difícil que es! Ya verás cómo es sumamente fácil. Por algo se empieza. Te has limpiado las gafas, has comido, has bebido. Ahora vamos y limpiamos tus pantalones y tus zapatos, lo necesitan. Y luego vas a bailar un shimmy conmigo. ¿Ve usted dije animado cómo yo tenía razón? Nada me molesta más que no poder ejecutar una orden de usted. Pero ésta no puedo cumplirla. No puedo bailar un shimmy, ni un vals, ni una polca y como se llamen todas esas cosas, nunca en mi vida he aprendido a bailar. ¿Ve usted cómo no todo es tan sencillo como usted se figura?

La hermosa muchacha sonrió con sus labios rojos como la sangre y movió la cabeza atusada y peinada a lo garçon. Al mirarla, se me antojó que se parecía a Rosa Kreisler, la primera muchacha de la que yo me había enamorado siendo un mozalbete, pero aquélla era morena y con el pelo oscuro. No, realmente no sabía yo a quién me recordaba esta extraña muchacha; sólo sabía que era algo de la lejana juventud, de la época de niño.

Despacio gritó ella, vamos por partes. ¿De modo que no sabes bailar? ¿Ni siquiera un onestep? Y al propio tiempo aseguras que la vida te ha costado sabe Dios cuánto trabajo. Eso es una trola, amigo, y a tu edad ya no está bien. Sí, ¿cómo puedes decir que te ha costado tanto trabajo la vida, si ni siquiera quieres bailar?

Si es que no sé. No he aprendido nunca.

Ella se echó a reír.

Pero a leer y a escribir sí has aprendido, vamos, y cuentas y probablemente también latín y francés y toda clase de cosas de esta naturaleza. Apuesto a que has estado diez o doce años en el colegio y además has estudiado en alguna otra parte y hasta tienes el título de doctor y sabes chino o español. ¿O no? ¡Ah! ¿Ves? Pero no has podido disponer del poquito de tiempo y de dinero para unas cuantas clases de baile. ¿No es eso? Fueron mis padres me justificué. Ellos me hicieron aprender latín y griego y todas esas cosas. Pero no me hicieron aprender a bailar, no era moda entre nosotros; mis padres mismos no bailaron nunca.

Me miró fría y despreciativa, y de nuevo vi en su cara algo que me hizo recordar la época de mi primera juventud.

¡Ah, vamos, van a tener la culpa tus padres! ¿Les has preguntado también si esta noche podías venir al Águila Negra? ¿Lo has hecho? ¿Que se han muerto hace mucho tiempo, dices? ¡Ah, vamos! Si tú por obediencia tan sólo no has querido aprender a bailar en tu juventud, está bien. Aunque no creo que entonces fueras un muchacho modelo. Pero después.. ¿qué has estado haciendo luego tantos años? ¡Ah confesé, ya no lo sé yo mismo! He estudiado, hecho música, he leído libros, he escrito libros, he viajado...

¡Vaya ideas raras que tienes de la vida! De modo que has hecho siempre cosas difíciles y complicadas y las más sencillas ni las has aprendido. ¿No has tenido tiempo? ¿No has tenido ganas? Bueno, por mí... Gracias a Dios no soy tu madre. Pero hacer como si hubieses gustado la vida por completo sin encontrar nada en ella, no, a eso no hay derecho.

No me riña usted supliqué. Ya sé que estoy loco.

Anda ya; no me vengas con historias. ¡Qué vas a estar loco, señor profesor! Lo que me resultas es demasiado cuerdo. Se me antoja que eres prudente de un modo estúpido, justo como un profesor. Ven, cómete ahora otro panecillo. Después sigues hablando.

Me pidió otra vez un bocadillo, le echó un poco de sal, le puso un poco de mostaza, se cortó un trocito para sí misma y me mandó comer. Comí. Hubiese hecho todo lo que me hubiera mandado, todo menos bailar. Era muy bueno obedecer a alguien, estar sentado junto a alguien que lo interrogara a uno, le mandara y le riñera. Si el profesor o su mujer hubiesen hecho esto hace un par de horas, se me habría ahorrado mucho. Pero no; estaba bien así, hubiese perdido mucho.

¿Cómo te llamas? me preguntó de repente.

Harry

¿Harry? ¡Un nombre de muchacho! Y un muchacho eres realmente, Harry, a pesar de las manchas grises en el pelo. Eres un muchacho y deberías tener a alguien que se ocupara un poco de ti. Del baile no digo nada más. ¡Pero cómo vas peinado! ¿Es que no tienes mujer, ni siquiera una amiga?

No tengo mujer ya; estamos divorciados. Una amiga sí tengo, pero no vive aquí; la veo de tarde en tarde, no nos llevamos muy bien.

Ella siseó un poco por lo bajo.

Parece que has de ser un caballero bien difícil, ya que ninguna para a tu lado. Pero dime ahora: ¿qué pasaba esta noche tan extraordinario, que has andado correteando por el mundo como un alma en pena? ¿Te has arruinado? ¿Has perdido en el juego?

Verdaderamente era difícil decirlo.

Verá usted empecé. Ha sido en realidad una futesa. Yo estaba convidado, en casa de un profesor yo por mi parte no lo soy, y en verdad no hubiera debido ir, ya no estoy acostumbrado a estar sentado así con la gente y charlar; he olvidado esto. Entré ya en la casa con la sensación de que no iba a salir bien la cosa. Cuando colgué mi sombrero pensé que acaso muy pronto tendría que volver a necesitarlo. Bueno, y en casa de este profesor había allí sobre la mesa un cuadro... necio, que me puso de mal humor...

¿Qué cuadro era ése? ¿Por qué te puso de mal humor? me interrumpió ella.

Sí, era un retrato que representaba a Goethe, ¿sabe usted?, al poeta Goethe. Pero allí no estaba como en realidad era. Claro que esto, a decir verdad, no lo sabe nadie con exactitud, murió hace cien años. Sino que cualquier pintor moderno había representado allí a Goethe tan almibarado y peinadito

como él se lo había figurado, y este retrato me exasperó y me fue horrorosamente antipático. No sé si comprende usted esto.

Puedo comprenderlo muy bien, no se preocupe. ¡Siga!

Ya antes había estado en desacuerdo con el profesor; es éste, como casi todos los profesores, un gran patriota y ayudó bravamente durante la guerra a engañar al pueblo, con la mejor fe, naturalmente. Yo, en cambio, soy contrario a la guerra. Bueno, da lo mismo. Sigamos. Claro que yo no hubiese tenido necesidad de mirar el retrato...

Desde luego que no habías tenido ninguna necesidad.

Pero en primer lugar me molestaba por el propio Goethe, a quien yo, en verdad, quiero mucho, y luego que tuve que pensar pensé o sentí sobre poco más o menos esto: aquí estoy sentado con personas a las que considero mis iguales y de las que yo pienso que también ellos han de amar a Goethe como yo y se habrán forjado de él un retrato semejante al que yo me he forjado, y ahora resulta que tienen ahí de pie este retrato sin gusto, falseado y dulzón y lo encuentran magnífico y no se dan cuenta de que el espíritu de este cuadro es precisamente lo contrario del espíritu de Goethe. Hallan maravilloso el retrato, y por mí pueden hacerlo si quieren, pero para mí se acabó de una vez toda confianza en estas personas, toda amistad con ellas y todo sentimiento de afinidad y de solidaridad. Por lo demás, la amistad no era grande tampoco. Me puse, pues, furioso y triste, y vi que estaba solo y que nadie me entendía. ¿Comprende usted?

Es bien fácil de comprender, Harry. ¿Y luego? ¿Les tiraste el retrato a la cabeza?

No; empecé a lanzar improperios y eché a correr, quería ir a casa, pero...

Pero allí no te hubieras encontrado a la mamá que consolara o reprendiera al hijo incauto. Está bien, Harry; casi me das lástima; eres un espíritu infantil sin igual. Y verdaderamente me pareció comprenderlo así.

Ella me dio a beber un vaso de vino. Me trataba, en efecto, como una verdadera madre. Pero entretanto iba viendo yo por instantes qué hermosa y joven era.

Vamos a ver empezó ella de nuevo. Resulta que Goethe se murió hace cien años y Harry lo quiere mucho y se ha hecho una maravillosa idea de él y del aspecto que tendría, y a esto tiene Harry perfecto derecho, ¿no es eso? Pero el pintor, que también siente su entusiasmo por Goethe y se ha forjado de él una imagen, ése no tiene derecho, y el profesor tampoco; y en realidad nadie, porque eso no le gusta a Harry, no lo tolera, porque tiene que vociferar y echar a correr. Si fuese prudente se reinaría sencillamente del pintor y del profesor. Si fuese un loco, les tiraría su Goethe a la cara. Pero como no es más que un niño pequeño, se va corriendo a su casa y quiere ahorcarse. He comprendido muy bien tu historia. Es una historia cómica. Me hace reír. Aguarda, no bebas tan de prisa. El borgoña se bebe despacio, da mucho calor si no. Pero a ti hay que decírtelo todo, niño.

Su mirada era severa y reprensiva como de una aya de sesenta años.

Oh, sí supliqué complacido. No deje de decírmelo todo.

¿Qué he de decirte yo?

Todo lo que usted quiera.

Bueno, voy a decirte una cosa. Desde hace una hora estás oyendo que yo te hablo de tú, y tú sigues diciéndome a mí usted. Siempre latín y griego, siempre lo más complicado posible. Cuando una muchacha te llama de tú y no te es antipática, entonces debes llamarla de tú a ella también. ¿Ves? Ya has aprendido algo nuevo. Y segundo: desde hace media hora sé que te llamas Harry. Lo sé porque te lo he preguntado. Tú, en cambio, no quieres saber cómo me llamo yo.

¡Oh, ya lo creo, con mucho gusto querría saberlo!

¡Es tarde, amigo! Cuando nos volvamos a ver, me lo preguntas de nuevo. Hoy no te lo digo ya. Bueno, y ahora, voy a bailar.

Al hacer ademán de levantarse, se deprimió profundamente mi ánimo, tuve miedo de que se fuera y me dejara solo, y entonces volvería todo a ser como antes había sido. Como un dolor de muelas, desaparecido por un instante, se presenta otra vez de pronto y quema como el fuego, así se me presentaron al punto otra vez el miedo y el terror. ¡Oh, Dios! ¿Había podido yo olvidar lo que estaba aguardándome? ¿Es que había cambiado alguna cosa?

¡Alto! grité, suplicante. No se vaya usted. No te vayas. Claro que puedes bailar cuanto quieras, pero no estés mucho tiempo por ahí; vuelve pronto.

Se levantó riendo. Me la había figurado más alta, era esbelta, pero no alta. De nuevo volvió a recordarme a alguien. ¿A quién? No podía acordarme.

¿Vuelves?

Vuelvo, pero puedo tardar un rato, media hora, o acaso una entera. Voy a decirte una cosa: cierra los ojos y duerme un poco; eso es lo que necesitas.

Le hice sitio y salí; su vestido rozó mi rodilla, al salir se miró en un pequeñísimo espejo redondo de bolsillo, levantó las cejas, se pasó por la barbilla una minúscula borla de polvos y desapareció en el salón de baile. Miré en torno mío; caras extrañas, hombres fumando, cerveza derramada sobre las mesas de mármol, algazara y griterío por doquiera, al lado la música de baile. Había dicho que me durmiera. Ah, buena niña, vaya una idea que tienes de mi sueño, que es más tímido que una gacela. ¡Dormir en esta feria, aquí sentado, entre los tarros de cerveza con sus tapaderas ruidosas! Bebí un sorbo de vino, saqué del bolsillo un cigarro, busqué las cerillas, pero en realidad no sentía ganas de fumar, dejé el cigarro delante de mí sobre la mesa. «Cierra los ojos», me había dicho. Dios sabe de dónde tenía la muchacha esta voz, esta voz buena, algo profunda, una voz maternal. Era bueno obedecer a esta voz, ya lo había experimentado. Obediente, cerré los ojos, apoyé la cabeza en la mano, oí zumbar a mi alrededor cien ruidos violentos, me hizo sonreír la idea de dormir en este lugar, decidí ir a la puerta del salón y echar una mirada furtiva por el baile tenía que ver bailar a mi bella muchacha, moví los pies debajo del asiento y hasta entonces no sentí cuán tremendamente cansado estaba del ambular errante horas enteras, y me quedé sentado. Y entonces me dormí en efecto, fiel a la orden maternal, dormí ávido y agradecido y soñé, soñé más clara y agradablemente que había soñado desde hacia mucho tiempo. Soñé.

Yo estaba sentado y esperaba en una antesala pasada de moda. En un principio sólo sabía que había sido anunciado a un excelentísimo señor, luego me di cuenta de que era el señor Goethe, por quien había de ser recibido. Desgraciadamente no estaba yo allí del todo como particular, sino como corresponsal de una revista; esto me molestaba mucho y no podía comprender qué diablo me había colocado en esta situación. Además me inquietaba un escorpión, que acababa de hacerse visible y había intentado gatear por mi pierna arriba. Yo me había defendido desde luego del pequeño y negro animalejo y me había sacudido, pero no sabía dónde se había metido después y no osaba echar mano a ninguna parte.

No estaba tampoco seguro de sí por equivocación, en lugar de a Goethe, no había sido anunciado a Matthisson, al cual, sin embargo, en el sueño confundía con Bürger, pues le atribuía las poesías a Molly. Por otra parte me hubiera sido muy a propósito un encuentro con Molly, yo me la imaginaba maravillosa, blanda, musical, occidental. ¡Si no hubiera estado yo allí sentado por encargo de aquella maldita redacción! Mi mal humor por esto aumentaba en cada instante y se fue trasladando poco a poco también a Goethe, contra el cual tuve de pronto toda clase de escrúpulos y censuras. ¡Podía resultar bonita la audiencia! El escorpión, en cambio, aun cuando peligroso y escondido quizá cerca de mí, acaso no fuera tan grave; pensé también ser presagio de algo agradable, me parecía muy posible que tuviera alguna relación con Molly, que fuera una especie de mensajero suyo o su escudo de armas, un bonito y peligroso animal heráldico de la feminidad y del pecado. ¿No se llamaría acaso Vulpius el animal heráldico? Pero en aquel instante abrió un criado la puerta, me levanté y entré.

Allí estaba el viejo Goethe, pequeño y muy tiesecillo, y tenía, en efecto, una gran placa de condecoración sobre su pecho clásico. Aún parecía que estaba gobernando, que seguía constantemente recibiendo audiencias y controlando el mundo desde su museo de Weimar. Pues apenas me hubo visto, me saludó con un rápido movimiento de cabeza, lo mismo que un viejo cuervo, y habló solemnemente: ¿De modo que vosotros la gente joven estáis bien poco conformes con nosotros y con nuestros afanes?

Exactamente dije, y me dejó helado su mirada de ministro. Nosotros la gente joven no estamos, en efecto, conformes con usted, viejo señor. Usted nos resulta demasiado solemne, excelencia, demasiado vanidoso y presumido y demasiado poco sincero. Esto acaso sea lo esencial: demasiado poco sincero.

El hombre chiquitín, anciano, movió la severa cabeza un poco hacia adelante, y al distenderse en una pequeña sonrisa su boca dura y plegada a la manera oficial y al animarse de un modo encantador,

me palpitó el corazón de repente, pues me acordé de pronto de la poesía «Bajó de arriba la tarde» y de que este hombre y esta boca eran de donde habían salido las palabras de aquella poesía. En realidad ya en aquel momento estaba yo totalmente desarmado y aplanado, y con el mayor gusto me hubiera arrodillado ante él. Pero me mantuve firme y oí de su boca sonriente estas palabras: ¡Ah! ¿Entonces ustedes me acusan de insinceridad? ¡Vaya qué palabras! ¿No querría usted explicarse un poco mejor?

Lo estaba deseando:

Usted, señor de Goethe, como todos los grandes espíritus, ha conocido y ha sentido perfectamente el problema, la desconfianza de la vida humana: la grandiosidad del momento y su miserable marchitarse, la imposibilidad de corresponder a una elevada sublimidad del sentimiento de otro modo que con la cárcel de lo cotidiano, la aspiración ardiente hacia el reino del espíritu que está en eterna lucha a muerte con el amor también ardiente y también santo a la pérdida inocencia de la naturaleza, todo este terrible flotar en el vacío y en la incertidumbre, este estar condenado a lo efímero, a lo incompleto, a lo eternamente en ensayo y diletantesco, en suma, la falta de horizontes y de comprensión y la desesperación agobiante de la naturaleza humana. Todo esto lo ha conocido usted y alguna vez se ha declarado partidario de ello, y, sin embargo, con toda su vida ha predicado lo contrario, ha expresado fe y optimismo, ha fingido a sí mismo y a los demás una perdurabilidad y un sentido a nuestros esfuerzos espirituales. Usted ha rechazado y oprimido a los que profesan una profundidad de pensamiento y a las voces de la desesperada verdad, lo mismo en usted que en Kleist y en Beethoven. Durante decenios enteros ha actuado como si el amontonamiento de ciencia y de colecciones, el escribir y conservar cartas y toda su dilatada existencia en Weimar fuera, en efecto, un camino para eternizar el momento, que en el fondo usted sólo lograba momificar, para espiritualizar a la naturaleza, a la que sólo conseguía estilizar en caricatura. Esta es la insinceridad que le echamos en cara.

Pensativo, me miró el viejo consejero a los ojos; su boca seguía sonriendo.

Luego, para mi asombro, me preguntó: « ¿Entonces La Flauta encantada de Mozart le tiene que ser a usted sin duda profundamente desagradable?»

Y antes de que yo pudiera protestar, continuó:

La Flauta encantada representa a la vida como un canto delicioso, ensalza nuestros sentimientos, que son perecederos, como algo eterno y divino, no está de acuerdo ni con el señor de Kleist ni con el señor Beethoven, sino que predica optimismo y fe.

¡Ya lo sé, ya lo sé! grité furioso. ¡Sabe Dios por qué se le ha ocurrido a usted La Flauta encantada, que es para mí lo más excelso del mundo! Pero Mozart no llegó a los ochenta y dos años, y en su vida privada no tuvo estas pretensiones de perdurabilidad, orden y almidonada majestad que usted. No se dio nunca tanta importancia. Cantó sus divinas melodías, fue pobre y se murió pronto, en la miseria y mal conocido...

Me faltaba el aliento. Mil cosas se hubieran podido decir en diez palabras, empecé a sudar por la frente.

Pero Goethe me dijo con mucha amabilidad:

El haber llegado yo a los ochenta y dos años puede que sea, desde luego, imperdonable. Pero el placer que yo en ello tuve, fue sin duda menor de lo que usted puede imaginarse. Tiene usted razón; me consumió siempre un gran deseo de perdurabilidad, siempre temí y combatí a la muerte. Creo que la lucha contra la muerte, el afán absoluto y terco de querer vivir es el estímulo por el cual han actuado y han vivido todos los hombres sobresalientes. Que al final hay, sin embargo, que morir, esto, en cambio, mi joven amigo, lo he demostrado a los ochenta y dos años de modo tan concluyente como si hubiera muerto siendo niño. Por si pudiera servir para mi justificación, aún habría que añadir una cosa: en mi naturaleza ha habido mucho de infantil, mucha curiosidad y afán de juego, mucho placer en perder el tiempo. Claro, y he tenido que necesitar un poco más hasta comprender que era ya hora de dar por terminado el juego.

Al decir esto, sonreía de un modo tremendo, retorciéndose de risa. Su figura se había agrandado, habían desaparecido la tiesura y la violenta majestad del rostro. Y el aire en torno nuestro estaba lleno ahora por completo de toda suerte de melodías, de toda clase de canciones de Goethe, oí claramente la Violeta, de Mozart, y el Llenas el bosque y el valle, de Schubert. Y la cara de Goethe era ahora rosada y joven, y reía y se parecía ya a Mozart ya a Schubert, como si fuera su hermano, y la placa sobre

su pecho estaba formada sólo por flores campestres, una primula amarilla se destacaba en el centro, alegre y plena.

Me molestaba que el anciano quisiera sustraerse a mis preguntas y a mis quejas de una manera tan bromista, y lo miré lleno de enojo. Entonces se inclinó un poco hacia adelante, puso su boca muy cerca de mi oreja, su boca ya enteramente infantil y me susurró quedo al oído: Hijo mío, tomas demasiado en serio al viejo Goethe. A los viejos, que ya se han muerto, no se les puede tomar en serio, eso sería no hacerles justicia. A nosotros los inmortales no nos gusta que se nos tome en serio, nos gusta la broma. La seriedad, joven, es cosa del tiempo; se produce, esto por lo menos quiero revelártelo, se produce por una hipertensión del tiempo. También yo estimé demasiado en mis días el valor del tiempo, por eso quería llegar a los cien años. En la eternidad, sin embargo, no hay tiempo, como ves: la eternidad es un instante, lo suficiente largo para una broma.

En efecto, ya no se podía hablar una palabra en serio con aquel hombre; bailoteaba para arriba y para abajo, alegre y ágil, y hacía salir a la primula de su estrella como un cohete, o la iba escondiendo hasta hacerla desaparecer. Mientras daba sus pasos y figuras de baile, hube de pensar que este hombre por lo menos no había omitido aprender a bailar. Lo hacía maravillosamente. En aquel momento se me representó otra vez el escorpión, o mejor dicho, Molly, y dije a Goethe: «Diga usted, ¿no está Molly ahí?»

Goethe soltó una carcajada. Fue a su mesa, abrió un cajón, sacó un precioso estuche de piel o de terciopelo, lo abrió y me lo puso delante de los ojos. Allí estaba sobre el oscuro terciopelo, pequeña, impecable y reluciente, una minúscula pierna de mujer, una pierna encantadora, un poco doblada por la rodilla, con el pie estirado hacia abajo, terminando en punta en los más deliciosos dedos.

Alargué la mano queriendo coger la pequeña pierna que me enamoraba, pero al ir a tocarla con los dedos, pareció que el minúsculo juguete se movía con una pequeña contracción, y se me ocurrió de repente la sospecha de que éste podía ser el escorpión. Goethe pareció comprenderlo, es más, parecía como si precisamente hubiese querido y provocado esta profunda inquietud, esta brusca lucha de deseo y temor. Me tuvo el encantador escorpioncillo delante de la cara, me vio desearlo con ansiedad, me vio echarme atrás con espanto ante él, y esto parecía proporcionarle un gran placer. Mientras se burlaba de mí con la linda cosita peligrosa, se había vuelto otra vez enteramente viejo, viejísimo, milenario, con el cabello blanco como la nieve; y su marchito rostro de anciano reía tranquila y calladamente, por dentro, de un modo impetuoso, con el insondable humorismo de los viejos.

Cuando desperté, había olvidado el sueño; sólo más tarde volví a darme cuenta de él. Había dormido seguramente como cosa de una hora, en medio de la música y de la algarabía, en la mesa del restaurante; nunca lo hubiera creído posible. La bella muchacha estaba ante mí, con una mano sobre mi hombro.

Dame dos o tres marcos dijo. Al otro lado he hecho algún consumo.

Le di mi portamonedas, se fue con él y volvió a poco.

Bueno, ahora puedo estarme sentada contigo todavía un ratito; luego tengo que irme: tengo una cita.

Me asusté.

¿Con quién, pues? inquirí de prisa.

Con un caballero, pequeño Harry. Me ha invitado al «Bar Odeón».

¡Oh, pensé que no me dejarías solo!

Para eso habrías tenido que ser tú el que me hubieras convidado. Se te ha adelantado uno. Nada, con eso ahorras algo. ¿Conoces el «Odeón»? A partir de media noche, sólo champaña, sillones, orquesta de negros, muy distinguido.

No contaba con esto.

¡Ah dije suplicante, deja que yo te invite! Me pareció que esto se sobreentendía; ¿no nos hemos hecho amigos? Déjate invitar adonde tú quieras, te lo ruego.

Eso está muy bien por tu parte. Pero mira, una palabra es una palabra; he aceptado y tengo que ir. ¡No te preocupes más! Ven, toma todavía un trago, aún tenemos vino en la botella. Te lo acabas de beber y te vas luego bonitamente a casa y duermes. Prométemelo.

No, oye; a casa no puedo ir.

¡Ah, vamos, tus historias! ¿Aún no has terminado con Goethe? (En este momento se me presentó nuevamente el sueño de Goethe.) Pero si verdaderamente no quieres ir a tu casa, quédate aquí. Hay habitaciones para forasteros. ¿Quieres que te pida una?

Me pareció bien y le pregunté dónde podría volver a verla. ¿Dónde vivía? Esto no me lo dijo. Que no tenía más que buscarla un poco y ya la encontraría.

¿No me permites que te invite?

¿Adónde?

Adonde te plazca y cuando quieras.

Bien. El martes, a cenar en el «Viejo Franciscano», en el primer piso. Adiós.

Me dio la mano, y ahora fue cuando me fijé en esta mano, una mano en perfecta armonía con su voz, linda y plena, inteligente y bondadosa. Cuando le besé la mano, se reía burlona.

Y todavía en el último momento se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

Aún tengo que decirte una cosa, a propósito de Goethe. Mira, lo mismo que te ha pasado a ti con Goethe, que no has podido soportar su retrato, así me pasa a mí algunas veces con los santos.

¿Con los santos? ¿Eres tan devota?

No, no soy devota, por desgracia; pero lo he sido ya una vez y volveré a serlo. No hay tiempo para ser devota.

¿No hay tiempo? ¿Es que se necesita tiempo para eso?

Oh, ya lo creo; para ser devoto se necesita tiempo, mejor dicho, se necesita algo más: independencia del tiempo. No puedes ser seriamente devoto y a la vez vivir en la realidad y, además, tomarla en serio; el tiempo, el dinero, el «Bar Odeón» y todas estas cosas.

Comprendo. Pero, ¿qué era eso de los santos?

Si, hay algunos santos a los que quiero especialmente: San Esteban, San Francisco y otros. De ellos veo algunas veces cuadros, y también del Redentor y de la Virgen, cuadros hipócritas, falsos y condenados, y los puedo sufrir tan poco como tú a aquel cuadro de Goethe. Cuando veo uno de estos Redentores o San Franciscos dulzones y necios y me doy cuenta de que otras personas hallan bellos y edificantes estos cuadros, entonces siento como una ofensa del verdadero Redentor, y pienso: ¡Ah! ¿Para qué ha vivido y sufrido tan tremendamente, si a la gente le basta de él un estúpido cuadro así? Pero yo sé, a pesar de esto, que también mi imagen del Redentor o de San Francisco es hechura humana y no alcanza al original, que al propio Redentor mi imagen suya habría de resultarle tan necia y tan insuficiente como a mí aquellas imitaciones dulzonas. No te digo esto para darte la razón en tu mal humor y furia contra el retrato de Goethe, no; en eso tienes razón. Lo digo solamente para demostrarte que puedo entretenerte. Vosotros los sabios y artistas tenéis toda clase de cosas raras dentro de la cabeza, pero sois hombres como los demás, y también nosotros tenemos nuestros sueños y nuestros juegos en el magín. Porque observé, señor sabio, que te apurabas un poquito al ir a contarme tu historia de Goethe, tenías que esforzarte por hacer comprensibles tus cosas ideales a una muchacha tan sencilla. Y por eso he querido hacerte ver que no necesitas esforzarte. Yo te entiendo ya. Bueno, ¡y ahora, punto! Te está esperando la cama.

Se fue, y a mí me condujo un anciano camarero al segundo piso, mejor dicho, primero me preguntó por el equipaje, y cuando oyó que no había ninguno, hube de pagar por anticipado lo que él llamó precio de la cama. Luego me llevó, por una vieja escalera siniestra, a una habitación de arriba y me dejó solo. Allí había una miserable cama de madera, pequeña y dura, y de la pared colgaba un sable y un retrato en colores de Garibaldi, además una corona marchita, de la fiesta de alguna Asociación. Hubiera dado cualquier cosa por una camisa de dormir. Al menos había agua y una pequeña toalla, pude lavarme y me eché en la cama vestido, dejé la luz encendida y tuve tiempo de meditar. «Bueno, con Goethe estaba yo ahora en orden. Era magnífico que hubiera venido hasta mí en sueños. Y esta maravillosa muchacha... ¡Si yo hubiese sabido al menos su nombre! De pronto un ser humano, una persona viva que rompe la turbia campana de cristal de mi aislamiento y me alarga la mano, una mano cálida, buena y hermosa. De repente, otra vez cosas que me importaban algo, en las que podía pensar con alegría, con preocupación, con interés. Pronto una puerta abierta, por la cual la vida entraba hacia mí. Acaso pudiera vivir de nuevo, acaso pudiera volver a ser un hombre. Mi alma, adormecida de frío y casi yerta, volvía a respirar, aleteaba soñolienta con débiles alas minúsculas. Goethe estaba conmigo.

Una muchacha me había hecho comer, beber, dormir, me había demostrado amabilidad, se había reído de mí y me había llamado joven y tonto. Y la maravillosa amiga me había referido también cosas de los santos y me había demostrado que hasta en mis más raras extravagancias no estaba yo solo e incomprendido y no era una excepción enfermiza, sino que tenía hermanos y que alguien me entendía. ¿Volvería a verla? Sí; seguramente, era de fiar. «Una palabra es una palabra.»

Y así volví a dormirme; dormí cuatro, cinco horas. Habían dado las diez cuando desperté, con el traje arrugado, lleno de cansancio, deshecho, con el recuerdo de algo horroroso del día anterior en la cabeza, pero animado, lleno de esperanzas y de buenos pensamientos. Al volver a mi casa, ya no sentí nada del miedo que este regreso había tenido ayer para mí.

En la escalera, más arriba de la araucaria, me encontré con la «tía», mi casera, a la que yo rara vez me echaba a la cara, pero cuya amable manera de ser me complacía mucho. El encuentro no me fue muy agradable, como que yo estaba en estado un poco lastimoso y con las huellas de haber trasnochado, sin peinar y sin afeitarse. Saludé y quise pasar de largo. Otras veces respetaba ella siempre mi afán de quedarme solo y de pasar inadvertido, pero hoy parecía, en efecto, que entre el mundo a mi alrededor se había roto un velo, se había derrumbado una barrera. Sonrió y se quedó parada.

Ha estado usted de diversión, señor Haller, esta noche ni siquiera ha deshecho usted la cama. ¡Estará usted muy cansado!

Sí dije, y hube de reírme también. Esta noche ha sido un poco animada, y como no quería turbar las costumbres de su casa, he dormido en un hotel. Mi consideración para con la tranquilidad y respetabilidad de su casa es grande, a veces se me antoja que soy en ella como un cuerpo extraño.

¡No se burle usted, señor Haller!

¡Oh, yo sólo me burlo de mí mismo!

Precisamente eso no debería usted hacerlo. En mi casa no debe usted sentirse como cuerpo extraño. Usted viva como le plazca y haga lo que quiera. He tenido ya muchos inquilinos muy respetables, joyas de respetabilidad, pero ninguno era más tranquilo, ni nos ha molestado menos que usted. Y ahora... ¿quiere usted una taza de té?

No me opuse. En su salón, con los hermosos cuadros y muebles de los abuelos, me sirvieron té, y charlamos un poco; la amable señora se enteró, realmente sin preguntarlo, de estas y las otras cosas de mi vida y de mis pensamientos, y ponía atención con esa mezcla de respeto y de indulgencia maternal que tienen las mujeres inteligentes para las complicaciones de los hombres. También se habló de su sobrino, y me enseñó en la habitación de al lado su último trabajo hecho en una tarde de fiesta, un aparato de radio. Allí se sentaba el aplicado joven por las noches y armaba una de estas máquinas, arrebatado por la idea de la transmisión sin hilos, adorando de rodillas al dios de la técnica, que después de millares de años había conseguido descubrir y representar, aunque muy imperfectamente, cosas que cualquier pensador ha sabido de siempre y ha utilizado con mayor inteligencia. Hablamos de esto, pues la tía tiene un poco de inclinación a la religiosidad, y los diálogos sobre religión no le son desagradables. Le dije que la omnipresencia de todas las fuerzas y acciones era bien conocida de los antiguos indios y que la técnica no había hecho sino traer a la conciencia general un trozo pequeño de esta realidad, construyendo para ello, verbigracia, para las ondas sonoras, un receptor y un transmisor al principio todavía terriblemente imperfectos. Lo principal de aquella idea antigua, la irrealidad del tiempo no ha sido observada aún por la técnica, pero al fin será «descubierta» naturalmente también y se les vendrá a las manos a los laboriosos ingenieros. Se descubrirá acaso ya muy pronto, que no sólo nos rodean constantemente las imágenes y los sucesos actuales, del momento, como por ejemplo se puede oír en Francfort o en Zurich la música de París o de Berlín, sino que todo lo que alguna vez haya existido quede de igual modo registrado por completo y existente, y que nosotros seguramente un buen día, con o sin hilos, con o sin ruidos perturbadores, oiremos hablar al rey Salomón y a Walter von der Vogelweide. Y que todo esto, lo mismo que hoy los primeros pasos de la radio, sólo servirá al hombre para huir de sí mismo y de su fin y para revestirse de una red cada vez más espesa de distracción y de inútil estar ocupado. Pero yo dije estas cosas, para mí corrientes, no con el tono acostumbrado de irritación y de sarcasmo contra la época y contra la técnica, sino en broma y jugando, y la tía sonreía, y estuvimos así sentados con seguridad una hora, tomamos té y estábamos contentos.

Para el martes por la noche había invitado a la hermosa y admirable muchacha del «Águila Negra», y no me costó poco trabajo pasar el tiempo hasta entonces. Y cuando por fin llegó el martes, se me había hecho clara, hasta darme miedo, la importancia de mi relación con la muchacha desconocida. Sólo pensaba en ella, lo esperaba todo de ella, me hallaba dispuesto a sacrificarle todo y ponérselo todo a los pies, sin estar enamorado de ella en lo más mínimo. No necesitaba más que imaginarme que quebrantaría nuestra cita, o que pudiera olvidarla, entonces veía claramente lo que pasaba por mí; entonces se quedaría para mí el mundo otra vez vacío, volvería a ser un día tan gris y sin valor como otro, me envolvería de nuevo la quietud totalmente horripilante y el aniquilamiento, y no habría otra salida de este infierno callado más que la navaja de afeitar. Y la navaja de afeitar no se me había hecho más agradable en este par de días, no había perdido nada de su horror. Esto era precisamente lo terrible. Yo sentía un miedo profundo y angustioso del corte a través de mi garganta, temía a la muerte con una resistencia tan tenaz, tan firme, tan decidida y terca, como si yo hubiera sido el hombre de más salud del mundo y mi vida un paraíso. Me daba cuenta de mi estado con una claridad completa y absoluta y reconocía que la insoportable tensión entre no poder vivir y no poder morir era lo que daba importancia a la desconocida, la linda bailarina del «Águila Negra». Ella era la pequeña ventanita, el minúsculo agujero luminoso en mi sombría cueva de angustia. Era la redención, el camino de la liberación. Ella tenía que enseñarme a vivir o enseñarme a morir; ella, con su mano segura y bonita, tenía que tocar mi corazón entumecido, para que al contacto de la vida floreciera o se deshiciese en cenizas. De dónde ella sacaba estas fuerzas, de dónde le venía la magia, por qué razones misteriosas había adquirido para mí esta profunda significación, sobre esto no me era posible reflexionar, además daba igual; yo no tenía el menor interés en saberlo. Ya no me importaba en absoluto saber nada, ni meditar nada, de todo ello estaba ya supersaturado, precisamente estaban para mí el tormento y la vergüenza más agudos y mortificantes, en que me daba cuenta tan exactamente de mi propio estado, tenía tan plena conciencia de él. Veía ante mí a este tipo, a este animal de lobo estepario, como una mosca en las redes, y notaba cómo su sino lo empujaba a la decisión, cómo colgaba enredado e indefenso de la tela, cómo la araña estaba preparada para picar, cómo surgió a la misma distancia la mano salvadora. Hubiese podido decir las más prudentes y atinadas cosas acerca de las relaciones y causas de mi sufrimiento, de la enfermedad de mi alma, de mi embrujamiento y neurosis, la mecánica me era transparente. Pero lo que más me hacía falta, por lo que suspiraba tan desesperadamente, no era saber y comprender, sino vida, decisión, sacudimiento e impulso.

Aun cuando durante aquellos dos días de espera no dudé un instante de que mi amiga cumpliría su palabra, no dejé de estar el último día muy agitado e incierto; jamás en toda mi vida he esperado con mayor impaciencia la noche de ningún día. Y conforme se me iba haciendo insoportable la tensión y la impaciencia, me producía al mismo tiempo un maravilloso bienestar; hermoso sobre toda ponderación, y nuevo fue para mí, el desencantado, que desde hacía mucho tiempo no había aguardado nada, no se había alegrado por nada, maravilloso fue correr de un lado para otro este día entero, lleno de inquietud, de miedo y de violencia y expectante ansiedad, imaginarme por anticipado el encuentro, la conversación, los sucesos de la noche, afeitarme con este fin y vestirme (con cuidado especial, camisa nueva, corbata nueva, cordones nuevos en los zapatos). Fuese quien quisiera esta muchachita inteligente y misteriosa, fuera cualquiera el modo de haber llegado a esta relación conmigo, me era igual; ella estaba allí, el milagro se había realizado de que yo hubiera encontrado una persona y un interés en la vida. Importante era sólo que esto continuara, que yo me entregase a esta atracción, siguiera a esta estrella.

¡Momento inolvidable cuando la vi de nuevo! Yo estaba sentado en una pequeña mesa del viejo y confortable restaurante, mesa que sin necesidad había mandado reservar previamente por teléfono, estudiaba la lista, y había colocado en la copa para el agua dos hermosas orquídeas que había comprado para mi amiga. Tuve que esperar un gran rato, pero me sentía seguro de su llegada y ya no estaba excitado. Y llegó, por fin, se quedó parada en el guardarropa y me saludó sencillamente con una atenta e investigadora mirada de sus claros ojos grises. Desconfiado, me puse a observar cómo se conducía con ella el camarero. No, gracias a Dios no había familiaridad, no faltaban las distancias; él era intachablemente correcto. Y, sin embargo, se conocían; ella lo llamaba Emilio. Cuando le di las orquídeas, se puso contenta y río.

Es muy bonito por tu parte, Harry. Tú querías hacerme un regalo, ¿no es verdad?, y no sabías bien qué elegir, no sabías así con seguridad hasta qué punto estabas realmente autorizado para hacerme un obsequio sin ofenderme, y has comprado orquídeas, esto no son más que unas flores, y, sin embargo, son bien caras. Por otra parte, no quiero dejar de decirte en seguida: no quiero que me regales nada. Yo vivo de los hombres, pero de ti no quiero vivir. Pero, ¡cómo te has transformado! Ya no te conoce una. El otro día parecía como si acabaran de librarte de la horca, y ahora eres casi otra vez una persona. Bueno, ¿has cumplido mi mandato?

¿Qué mandato?

¿Tan olvidadizo? Me refiero a que si sabes ya bailar el foxtrot. Me dijiste que no deseabas cosa mejor que recibir órdenes mías, que para ti no había nada más agradable que obedecerme. ¿Te acuerdas?

Oh, sí, ¡y lo sostengo! Era en serio.

¿Y, sin embargo, aún no has aprendido a bailar? ¿Se puede hacer eso tan de prisa, sólo en un par de días? Naturalmente, el fox puedes aprenderlo en una hora, el boston en dos, el tango requiere más tiempo, pero el tango no te hace falta.

Ahora, al fin, tengo que saber tu nombre.

Me miró, silenciosa, un rato.

Tal vez puedas adivinarlo. Me sería muy agradable que lo adivinaras. Fíjate un momento y mírame bien. ¿No has observado todavía que yo alguna vez tengo cara de muchacho? ¿Por ejemplo, ahora?

Sí, al mirar en este momento fijamente su rostro, tuve que darle la razón; era una cara de muchacho. Y al tomarme un minuto de tiempo, empezó la cara a hablarme y a recordar mi propia infancia y a mi compañero de entonces, que se llamaba Armando. Por un momento me pareció ella completamente transformada en aquel Armando.

Si fueses un muchacho le dije con asombro tendrías que llamarte Armando.

Quién sabe, quizá lo sea; sólo que esté disfrazado dijo ella juguetona.

¿Te llamas Armanda?

Asintió radiante, porque yo lo hubiera adivinado. En aquel momento llegó la sopa, nos pusimos a comer, y ella derrochó una infantil alegría. De todo lo que en ella me gustaba y me encantaba, lo más delicioso y particular era ver cómo podía pasar completamente de pronto de la más profunda seriedad a la jovialidad más encantadora, y viceversa, sin inmutarse ni descomponerse en absoluto, era como un niño extraordinario. Ahora estuvo un rato contenta, se burló de mí con el foxtrot, hasta me dio con los pies, elogió con ardor la comida, observó que había puesto yo gran cuidado en mi indumentaria, pero aún hubo de criticar muchas cosas en mi exterior.

Entretanto, le pregunté:

¿Cómo te las has arreglado para parecer de pronto un muchacho y que yo pudiera adivinar tu nombre?

¡Oh, todo eso lo has hecho tú mismo! ¿No comprendes, señor erudito, que yo te gusto y represento algo para ti, porque en mi interior hay algo que responde a tu ser y te comprende? En realidad todos los hombres debían ser espejos así los unos para los otros y responder y corresponderse mutuamente de esta manera, pero los pájaros como tú son todas personas extrañas y caen con facilidad en un encantamiento que les impide ver y leer nada en los ojos de los demás, y ya no les importa nada de nada. Y si uno de estos pájaros vuelve a encontrar así de pronto una cara que lo mira verdaderamente y en la que nota algo como respuesta y afinidad, ¡ah!, entonces experimenta naturalmente un placer.

Tú lo sabes todo, Armanda exclamé asombrado. Es exactamente tal como estás diciendo. Y, sin embargo, tú eres tan completa y absolutamente diferente a mí... Eres mi polo opuesto; tienes todo lo que a mí me falta.

Así te lo parece dijo lacónicamente, y eso es bueno.

Y ahora cruzó por su rostro, que en efecto me era como un espejo mágico, una densa nube de seriedad; de pronto toda esta cara no expresaba ya sino circunspección y sentido trágico, sin fondo, como si mirara de los ojos vacíos de una máscara. Lentamente, cual si fuesen saliendo a la fuerza las palabras, dijo:

Tú, no olvides lo que me has dicho. Has dicho que yo te mande, que para ti sería una alegría obedecer todas mis órdenes. No lo olvides. Has de saber, pequeño Harry, que lo mismo que a ti te pasa

conmigo, que mi cara te da respuesta, que algo dentro de mí sale a tu encuentro y te inspira confianza, exactamente lo mismo me pasa también a mí contigo. Cuando el otro día te vi entrar en el «Águila Negra», tan cansado y ausente y ya casi fuera de este mundo, entonces presentí al punto: éste ha de obedecerme, éste se consume porque yo le dé órdenes. Y he de hacerlo. Por eso te hablé y por eso nos hemos hecho amigos.

De este modo habló ella, llena de grave seriedad, bajo una fuerte presión del alma, hasta el punto de que yo no podía seguirla y traté de tranquilizarla y de desviarla. Ella se desentendió con una contracción de las cejas, me miró imperativa y continuó con una voz de entera frialdad:

Has de cumplir tu palabra, amigo, o ha de pesarte. Recibirás muchas órdenes mías y las acatarás, órdenes deliciosas, órdenes agradables, te será un placer obedecerlas. Y al final habrás de cumplir mi última orden también, Harry.

La cumpliré dije medio inconsciente. ¿Cuál habrá de ser tu última orden para mí?

Sin embargo, yo la presentía ya, sabe Dios por qué.

Ella se estremeció como bajo los efectos de un ligero escalofrío y parecía que lentamente despertaba de su letargo. Sus ojos no se apartaban de mí. De pronto se puso aún más sombría.

Sería prudente en mí no decírtelo. Pero no quiero ser prudente, Harry, esta vez no. Quiero precisamente todo lo contrario. Atiende, escucha. Lo oirás, lo olvidarás otra vez, te reirás de ello, te hará llorar. Atiende, pequeño. Voy a jugar contigo a vida o muerte, hermanito, y quiero enseñarte mis cartas boca arriba antes de que empecemos a jugar.

¡Qué hermosa era su cara, qué supraterránea, cuando decía esto! En los ojos flotaba serena y fría una tristeza de hielo, estos ojos parecían haber sufrido ya todo el dolor imaginable y haber dicho amén a todo. La boca hablaba con dificultad y como impedida, algo así como se habla cuando a uno le ha paralizado la cara un frío terrible. Pero entre los labios, en las comisuras de la boca, en el jugueteo de la punta de la lengua, que sólo rara vez se hacía visible, no fluía, en contraposición con la mirada y con la voz, más que dulce y juguetona sensualidad, íntimo afán de placer. En la frente callada y serena pendía un corto bucle, de allí, de ese rincón de la frente con el bucle irradiaba de cuando en cuando como hálito de vida aquella ola de parecido a un muchacho, de magia hermafrodita. Lleno de angustia estaba escuchándola, y, sin embargo, como aturdido, como presente sólo a medias.

Yo te gusto continuó ella, por el motivo que ya te he dicho: he roto tu soledad, te he recogido precisamente ante la puerta del infierno y te he despertado de nuevo. Pero quiero de ti más, mucho más. Quiero hacer que te enamores de mí. No, no me contradigas, déjame hablar. Te gusto mucho, de eso me doy cuenta, y tú me estás agradecido, pero enamorado de mí no lo estás. Yo voy a hacer que lo estés, esto pertenece a mi profesión; como que vivo de eso, de poder hacer que los hombres se enamoren de mí, Pero entérate bien: no hago esto porque te encuentre francamente encantador. No estoy enamorada de ti, Harry, tan poco enamorada como tú de mí. Pero te necesito, como tú me necesitas. Tú me necesitas actualmente, de momento, porque estás desesperado y te hace falta un impulso que te eche al agua y te vuelva a reanimar. Me necesitas para aprender a bailar, para aprender a reír, para aprender a vivir. Yo, en cambio, también te necesito a ti, no hoy, más adelante, para algo muy importante y hermoso. Te daré mi última orden cuando estés enamorado de mí, y tú obedecerás, y ello será bueno para ti y para mí.

Levantó un poco en la copa una de las orquídeas de color violeta oscuro, con sus fibras verdosas; inclinó su rostro un momento sobre ella y estuvo mirando fijamente la flor.

No te ha de ser cosa fácil, pero lo harás. Cumplirás mi mandato y me matarás. Esto es todo. No preguntes nada.

Con los ojos fijos aún en la orquídea, se quedó callada, su rostro perdió la violencia. Como un capullo que se abre, fue libertándose de la tensión y el peso, y de pronto se pintó en sus labios una sonrisa encantadora, en tanto que los ojos aún continuaron un momento inmóviles y fascinados. Luego sacudió la cabeza con el pequeño mechón varonil, bebió un trago de agua, volvió a darse cuenta de pronto de que estábamos comiendo y cayó con alegre apetito sobre los manjares.

Yo había escuchado con toda claridad palabra a palabra su siniestro discurso, llegando hasta a adivinar su «última orden», antes de que ella la expresara, y ya no me asustó con él «me matarás». Todo lo que iba diciendo me sonaba convincente y fatal, lo aceptaba y no me defendía contra ello, y

sin embargo, a pesar de la terrible severidad con que había hablado, era para mí todo sin verdadera realidad ni para tomarlo en serio. Una parte de mi alma aspiraba sus palabras y las creía, otra parte de mi alma asentía bondadosa y comprendiendo que esta Armanda tan inteligente, sana y segura, tenía por lo visto también sus fantasías y sus estados crepusculares. Apenas hubo resonado su última palabra, se extendió por toda la escena un velo de irrealdad y de ineficiencia.

De todos modos, yo no podía dar el salto a lo probable y real con la misma ligereza equilibrista que Armanda.

¿De manera que un día he de matarte? pregunté, soñando en voz baja, mientras ella volvía a su risa y trinchaba con afán su ración de ave.

Naturalmente asintió ella, como de paso; basta ya de eso; es hora de comer. Harry, sé amable y pídemme todavía un poco de ensalada. ¿Tú no tienes apetito? Voy creyendo que has de empezar por aprender todo lo que en los demás hombres se sobreentiende por sí mismo, hasta la alegría de comer. Mira, pues, esto es un muslito de pato, y cuando uno desprende del hueso la magnífica carne blanca, entonces es una delicia, y uno se siente tan lleno de apetito, de expectación y de gratitud como un enamorado cuando ayuda a su amada por primera vez a quitarse el corpiño. ¿Me has entendido? ¿No? eres un borrego. Atiende, voy a darte un trocito de este bello muslo de pato, ya verás. Así, ¡Abre la boca! ¡Qué estúpido eres! ¡Pues no ha tenido que mirar a hurtadillas a los demás comensales, para comprobar que no lo ven coger un bocado de mi tenedor! No tengas cuidado, tú, hijo perdido, no te pondré en evidencia. Pero si para divertirme necesitas el permiso de los demás, entonces eres verdaderamente un pobre diablo.

Cada vez más irreal iba haciéndose la anterior escena, cada vez más increíble que estos ojos hubiesen podido mirar tan desencajados y fijos hace aún pocos minutos, con tanta gravedad y tan terriblemente. Oh, en esto era Armanda como la vida misma: siempre momento, no mas, nunca calculable de antemano. Ahora estaba comiendo, y el muslo de pato y la ensalada, la tarta y el licor se tomaban en serio, y se hacían objeto de alegría y de crítica, de conversación y de fantasía. Cuando un plato era retirado, empezaba un nuevo capítulo. Esta mujer, que me había penetrado tan perfectamente, que parecía saber de la vida más que todos los sabios, se dedicaba a ser niña, al pequeño juego de la vida del momento, con un arte que me convirtió desde luego en su discípulo. Y lo mismo da que fuese todo ello alta sabiduría o sencillísima candidez. Quien sabía vivir de esta manera el momento, quien vivía de este modo tan actual y sabía estimar tan cuidadosa y amablemente toda flor pequeña del camino, todo minúsculo valor sin importancia del instante, éste estaba por encima de todo y no le importaba nada la vida. Y esta alegre criatura, con su buen apetito, con su buen gusto retozón, ¿era al propio tiempo una soñadora y una histérica que se deseaba la muerte, o una despierta calculadora que, conscientemente y con toda frialdad quería enamorarme y hacerme su esclavo? Esto no podía ser. No; se entregaba sencillamente al momento de tal suerte, que estaba abierta por entero, lo mismo que a toda ocurrencia placentera, también a todo fugitivo y negro horror de lejanas profundidades del alma y lo gustaba hasta el fin.

Esta Armanda, a la que hoy veía yo por segunda vez, sabía todo lo mío, no me parecía posible tener nunca ya un secreto para ella. Podía ocurrir que ella acaso no hubiese comprendido del todo mi vida espiritual; en mis relaciones con la música, con Goethe, con Novalis o Baudelaire no podría acaso seguirme, pero también esto era muy dudoso, probablemente tampoco le costaría trabajo. Y aunque así fuera, ¿qué quedaba ya de mi «vida espiritual»? ¿No había saltado todo en astillas y no había perdido su sentido? Todo lo demás que me importaba, todos mis otros problemas personales, éstos sí había de comprenderlos, en ello no tenía yo duda. Pronto hablaría con ella del lobo estepario, del tratado, de tantas y tantas cosas que hasta entonces sólo habían existido para mí y de las cuales nunca había hablado una palabra con persona humana. No pude resistirme a empezar en seguida.

Armanda dije: el otro día me sucedió algo maravilloso. Un desconocido me dio un pequeño librito impreso, algo así como un cuaderno de feria, y allí estaba descrita con exactitud toda mi historia y todo lo que me importa. Di, ¿no es asombroso?

¿Y cómo se llama el librito? preguntó indiferente.

Se llama Tractat del lobo estepario.

¡Oh, lobo estepario, es magnífico! ¿Y el lobo estepario eres tú? ¿Eso eres tú?

Sí, soy yo. Yo soy un ente, que es medio hombre y medio lobo, o que al menos se lo figura así.

Ella no respondió. Me miró a los ojos con atención investigadora, miró mis manos, y por un momento volvió a su mirada y a su rostro la profunda seriedad y el velo sombrío de antes. Creí adivinar sus pensamientos, a saber, si yo sería bastante lobo para poder ejecutar su «última orden».

Eso es naturalmente una figuración tuya dijo ella, volviendo a la jovialidad; o si quieres, una fantasía. Algo hay, sin embargo, indudablemente. Hoy no eres lobo, pero el otro día, cuando entraste en el salón, como caído de la luna, entonces no dejabas de ser un pedazo de bestia, precisamente esto me gustó.

Se interrumpió por algo que se le había ocurrido de pronto, y dijo con amargura:

Suena esto tan mal, una palabra de esta clase como bestia o bruto. No se debería hablar así de los animales. Es verdad que a veces son terribles, pero desde luego son mucho más justos que los hombres.

¿«Qué es eso de «justo»? ¿Qué quieres decir con eso?

Bueno, observa un animal cualquiera: un gato, un pájaro, o uno de los hermosos ejemplares en el Parque Zoológico: un puma o una jirafa. Verás que todos son justos, que ni siquiera un solo animal está violento o no sabe lo que ha de hacer y cómo ha de conducirse. No quieren adularte, no pretenden imponérsete. No hay comedia. Son como son, como la piedra y las flores o como las estrellas en el cielo. ¿Me comprendes?

Comprendía.

Por lo general, los animales son tristes continuó. Y cuando un hombre está muy triste, no porque tenga dolor de muelas o haya perdido dinero, sino porque alguna vez por un momento se da cuenta de cómo es todo, cómo es la vida entera y está justamente triste, entonces se parece siempre un poco a un animal; entonces tiene un aspecto de tristeza, pero es más justo y más hermoso que nunca. Así es, y ese aspecto tenías, lobo estepario, cuando te vi por primera vez.

Bien, Armanda, ¿y qué piensas tú de aquel libro en el que yo estoy descrito?

Ah, sabes, yo no estoy en todo momento para pensar. En otra ocasión hablaremos de esto. Puedes dármele alguna vez para que lo lea. O no, si yo algún día hubiera de volver a leer, entonces dame uno de los libros que tú mismo has escrito.

Pidió café y un rato estuvo inatenta y distraída, luego, de repente, brillaron sus ojos y pareció haber llegado a un término con sus cavilaciones.

Ya está exclamó, ya lo tengo.

¿El qué?

Lo del foxtrot, todo el tiempo he estado pensando en ello. Dime: ¿tú tienes una habitación, en la que alguna que otra vez nosotros dos pudiéramos bailar una hora? Aunque sea pequeña, no importa; lo único que hace falta es que precisamente debajo no viva alguien que suba y escandalice porque resuena un poco sobre su cabeza. Bien, muy bien. Entonces puedes aprender a bailar en tu propia casa.

Sí dije tímidamente; tanto mejor. Pero creía que para eso se necesitaba además música.

Naturalmente que se necesita. Verás, la música te la vas a comprar, cuesta a lo sumo lo que un curso de baile con una profesora. La profesora te la ahorras; la pongo yo misma. Así tenemos música siempre que queramos, y, además, nos queda el gramófono.

¿El gramófono?

¡Naturalmente! Compras un pequeño aparato de esos y un par de discos de baile...

Magnífico exclamé, y si consigues en efecto enseñarme a bailar, recibes luego el gramófono como honorarios. ¿Hecho?

Dije esto muy convencido, pero no me salía del corazón. En mi cuartito de trabajo, con los libros, no podía imaginarme un aparato de éstos, que no me son nada simpáticos, y hasta al mismo baile había mucho que oponer. Así, cuando hubiera ocasión, había pensado que se podía acaso probar alguna vez, aun cuando estaba convencido de que era ya demasiado viejo y duro y de que no lograría aprender. Pero así, de buenas a primeras, me resultaba muy atropellado y muy violento, y notaba que dentro de mí hacía oposición todo lo que yo tenía que echar en cara como viejo y delicado conocedor de música a los gramófonos, al jazz y a toda la moderna música de baile. Que ahora en mi cuarto, junto a Novalis y a Jean Paul, en la celda de mis pensamientos, en mi refugio, habían de resonar piezas de moda de bailes americanos y que además, a sus sonos, había yo de bailar, era realmente más de lo que un hombre

tenía derecho a exigir de mí. Pero es el caso que no era «un hombre» el que lo exigía: era Armanda, y ésta no tenía más que ordenar. Yo, obedecer. Naturalmente que obedecí.

Nos encontramos a la tarde siguiente en un café. Armanda estaba allí sentada ya cuando llegué; tomaba té y me enseñó sonriendo un periódico en el que había descubierto mi nombre. Era uno de los libelos reaccionarios de mi tierra, en los que de cuando en cuando iban dando la vuelta violentos artículos difamatorios contra mí. Yo fui durante la guerra enemigo de ésta, y después, cuando se presentó ocasión, prediqué tranquilidad, paciencia, humanidad y autocrítica y combatí la instigación nacionalista que cada día se iba haciendo más aguda, más necia y más descarada. Allí había otra vez un ataque de éstos, mal escrito, a medias compuesto por el redactor mismo, a medias plagiado de los muchos artículos parecidos de la Prensa de su propio sector. Es sabido que nadie escribe tan mal como los defensores de ideologías que envejecen, que nadie ejerce su oficio con menos pulcritud y cuidado. Armanda había leído el artículo y había sabido por él que Harry Haller era un ser nocivo y un socio sin patria, y que naturalmente a la patria no le podía ir sino muy mal en tanto fueran tolerados estos hombres y estas teorías, y se educara a la juventud en ideas sentimentales de humanidad, en lugar de despertar el afán de venganza guerrera contra el enemigo histórico.

¿Eres tú éste? preguntó Armanda señalando mi nombre. Pues te has proporcionado serios adversarios, Harry... ¿Te molesta esto?

Leí algunas líneas; era lo de siempre: cada una de estas frases difamatorias estereotipadas me era conocida hasta la saciedad desde hace años.

No dije; no me molesta; estoy acostumbrado a ello hace muchísimo tiempo. Un par de veces he expresado la opinión de que todo pueblo y hasta todo hombre aislado, en vez de soñar con mentidas «responsabilidades» políticas, debía reflexionar dentro de sí, hasta qué punto él mismo, por errores, negligencias y malos hábitos, tiene parte también en la guerra y en todos los demás males del mundo; éste acaso sea el único camino de evitar la próxima guerra. Esto no me lo perdonan, pues es natural que ellos mismos se crean perfectamente inocentes: el káiser, los generales, los grandes industriales, los políticos, nadie tiene que echarse en cara lo más mínimo, nadie tiene ninguna clase de culpa. Se diría que todo estaba magníficamente en el mundo..., sólo yacen dentro de la tierra una docena de millones de hombres asesinados. Y mira, Armanda, aun cuando estos artículos difamatorios ya no puedan molestarme, alguna vez no dejan de entristecerme. Dos tercios de mis compatriotas leen esta clase de periódicos, leen todas las mañanas y todas las noches estos ecos, son trabajados, exhortados, excitados, los van haciendo descontentos y malvados, y el objetivo y fin de todo esto es la guerra otra vez, la guerra próxima que se acerca, que será aún más horrorosa que lo ha sido esta última. Todo esto es claro y sencillo; todo hombre podría comprenderlo, podría llegar a la misma conclusión con una sola hora de meditación. Pero ninguno quiere eso, ninguno quiere evitar la guerra próxima, ninguno quiere ahorrarse así mismo y a sus hijos la próxima matanza de millones de seres, si no puede tenerlo más barato. Meditar una hora, entrar un rato dentro de sí e inquirir hasta qué punto tiene una parte y es corresponsable en el desorden y en la maldad del mundo; mira, eso no lo quiere nadie. Y así seguirá todo, y la próxima guerra se prepara con ardor día tras día por muchos miles de hombres. Esto, desde que lo sé, me ha paralizado y me ha llevado a la desesperación, ya que no hay para mí «patria» ni ideales, todo eso no es más que escenario para los señores que preparan la próxima carnicería. No sirve para nada pensar, ni decir, ni escribir nada humano, no tiene sentido dar vueltas a buenas ideas dentro de la cabeza; para dos o tres hombres que hacen esto, hay día por día miles de periódicos, revistas, discursos, sesiones públicas y secretas, que aspiran a lo contrario y lo consiguen.

Armanda había escuchado con interés.

Sí dijo al fin, tienes razón. Es evidente que volverá a haber guerra, no hace falta leer periódicos para saberlo. Por ello es natural que esté uno triste; pero esto no tiene valor alguno. Es exactamente lo mismo que si estuviéramos tristes porque, a pesar de todo lo que hagamos en contra, un día indefectiblemente hayamos de tener que morir. La lucha contra la muerte, querido Harry, es siempre una cosa hermosa, noble, digna y sublime; por tanto, también la lucha contra la guerra. Pero no deja de ser en todo caso una quijotada sin esperanza.

Quizá sea verdad exclamé violento, pero con tales verdades como la de que todos tenemos que morir en plazo breve y, por tanto, que todo es igual y nada merece la pena, con esto se hace uno la vida

superficial y tonta. ¿Es que hemos de prescindir de todo, de renunciar a todo espíritu, a todo afán, a toda humanidad, dejar que siga triunfando la ambición y el dinero y aguardar la próxima movilización tomando un vaso de cerveza?

Extraordinaria fue la mirada que me dirigió Armanda, una mirada llena de complacencia, de burla y picardía y de camaradería comprensiva, y al mismo tiempo tan llena de gravedad, de ciencia y de seriedad insondable.

Eso no lo harás dijo maternalmente. Tu vida no ha de ser superficial y tonta, porque sepas que tu lucha ha de ser estéril. Es mucho más superficial, Harry, que luches por algo bueno e ideal y creas que has de conseguirlo. ¿Es que los ideales están ahí para que los alcancemos? ¿Vivimos nosotros los hombres para suprimir la muerte? No; vivimos para temerla, y luego, para amarla, y precisamente por ella se enciende el poquito de vida alguna vez de modo tan bello durante una hora. Eres un niño, Harry. Sé dócil ahora y vente conmigo, tenemos hoy mucho que hacer. Hoy no he de volver a ocuparme de la guerra y de los periódicos. ¿Y tú?

¡Oh, no! También yo estaba dispuesto a no preocuparme de nada.

Fuimos juntos era nuestro primer paseo común por la ciudad a una tienda de música y vimos gramófonos, los abrimos y cerramos, hicimos que tocasen algunos, y cuando hubimos encontrado uno de ellos muy apropiado y bonito y barato, quise comprarlo, pero Armanda no había terminado tan pronto. Me contuvo y hube de buscar con ella todavía una segunda tienda y ver y oír allí también todos los sistemas y tamaños, desde el más barato al más caro, y sólo entonces estuvo ella conforme en volver a la primera tienda y comprar el aparato que nos había gustado.

¿Ves? dije. Esto lo hubiésemos podido hacer de modo más sencillo.

¿Dices? Y entonces acaso hubiésemos visto mañana el mismo aparato expuesto en otro escaparate veinte francos más barato. Y, además, que el comprar divierte, y lo que divierte, hay que saborearlo. Tú tienes que aprender todavía muchas cosas.

Con un criado llevamos nuestra compra a mi casa.

Armanda observó atentamente mi gabinete, elogió la estufa y el diván, probó las sillas, cogió libros en la mano, se quedó parada bastante rato ante la fotografía de mi querida. Pusimos el gramófono sobre la cómoda, entre montones de libros. Y luego empezó mi aprendizaje. Ella hizo tocar un foxtrot, dio sola, para que yo los viera, los primeros pasos, me cogió la mano y empezó a llevarme. Yo marchaba obediente, tropezaba con las sillas, oía sus órdenes, no las entendía, le pisaba los pies y me mostraba tan inhábil como aplicado. Después de la segunda pieza se tiró sobre el diván, riendo como un niño.

¡Dios mío, pareces de palo! Anda sencillamente, de modo natural, como si fueras de paseo. No es necesario que te esfuerces. Hasta creo que te has acalorado. Vamos a descansar cinco minutos. Mira, bailar, cuando se sabe, es tan sencillo como pensar y de aprender es mucho más fácil. Ahora comprenderás un poco mejor por qué los hombres no quieren acostumbrarse a pensar, sino que prefieren llamar al señor Haller un traidor a la patria y esperar tranquilamente la próxima guerra.

Al cabo de una hora se fue, asegurándome que la próxima vez habría de resultar mejor. Yo pensaba de otra manera y estaba muy desilusionado por mi inhabilidad y torpeza. A lo que me parecía, en esta clase no había aprendido absolutamente nada, y no creía que otra vez hubiera de ir mejor. No; para bailar había que tener condiciones que me faltaban por completo: alegría, inocencia, ligereza, impulso. Ya me lo había figurado yo hace mucho tiempo.

Pero mira, en la próxima vez fue la cosa, en efecto, mejor, y hasta empezó a divertirme, y al final de la clase afirmó Armanda que el foxtrot lo sabía yo ya; pero cuando sacó de esto la consecuencia de que al día siguiente tenía que ir a bailar a un restaurante, me asustó terriblemente y me defendí con calor. Con toda tranquilidad me recordó mi voto de obediencia y me citó para el día siguiente al té en el hotel Balances.

Aquella noche estuve sentado en casa queriendo leer y no pude. Tenía miedo al día próximo; me era terrible la idea de que yo, viejo, tímido y sensible solitario, no sólo había de visitar uno de esos modernos y antipáticos salones de té y de baile con música de jazz, sino que tenía que mostrarme allí entre extraños como bailarín, sin saber todavía absolutamente nada. Y confieso que me reí de mí mismo y me avergoncé en mi interior, cuando solo, en mi callado cuarto de estudio, di cuerda al aparato y lo puse en marcha y despacio y en zapatillas repetí los pasos de mi fox.

En el hotel Balances al otro día tocaba una pequeña orquesta, se tomaba té y whisky. Intenté sobornar a Armanda, le presenté pastas, traté de invitarla a una botella de vino bueno, pero permaneció inexorable.

Tú no estás aquí hoy por gusto. Es clase de baile.

Tuve que bailar con ella dos o tres veces, y en un intermedio me presentó al que tocaba el saxofón, un hombre moreno, joven y bello, de origen español o sudamericano, el cual, como ella dijo, sabía tocar todos los instrumentos y hablar todos los idiomas del mundo. Este «señor» parecía ser muy conocido y amigo de Armanda, tenía ante sí dos saxofones de diferente tamaño, que tocaba alternativamente, mientras que sus ojos negros y relucientes estudiaban atentos y alegres a los bailarines. Para mi propio asombro, sentí contra este bello músico inofensivo algo como celos, no celos de amor, pues de amor no existía absolutamente nada entre Armanda y yo, pero unos celos de amistad, más bien espirituales; no me parecía tan justamente digno del interés y de la distinción sorprendente, puede decirse veneración, que ella mostraba por él. Voy a tener que hacer aquí conocimientos raros, pensé descorazonado.

Luego fue Armanda solicitada una y otra vez para bailar; me quedé sentado solo ante el té; escuché la música, una especie de música que yo hasta entonces no había podido aguantar. ¡Santo Dios, pensé, ahora tengo, pues, que ser introducido aquí y sentirme en mi elemento, en este mundo de los juerguistas y los hombres dedicados a los placeres, que me es tan extraño y repulsivo, del que he huido hasta ahora con tanto cuidado, al que desprecio tan profundamente en este mundo rutinario y pulido de las mesitas de mármol, de la música de jazz, de las cocotas y de los viajantes de comercio! Entristecido, sorbí mi té y miré fijamente a la multitud pseudoelegante. Dos bellas muchachas atraieron mis miradas, las dos buenas bailarinas, a las que con admiración y envidia había ido siguiendo con la vista, cómo bailaban elásticas, hermosas, alegres y seguras.

Entonces apareció Armanda de nuevo y se mostró descontenta conmigo. Yo no estaba aquí, me riñó, para poner esta cara y estar sentado junto a la mesa de té sin moverme, yo tenía ahora que darme un impulso y bailar. ¿Cómo, que no conocía a nadie? Eso no hacía falta tampoco. ¿No había muchachas allí que me gustaran?

Le mostré una de aquellas dos, la más hermosa, que estaba precisamente cerca de nosotros y daba una impresión encantadora con su bonito vestido de terciopelo, con la rubia melena corta y vigorosa y con los brazos plenos y femeninos. Armanda insistió en que yo fuera inmediatamente y la solicitara. Yo me defendía desesperado.

¡Pero si no puedo! decía yo en toda mi desgracia ¡Si al menos fuera un buen mozo joven y guapo! Pero un pobre hombre endurecido y viejo, que ni siquiera sabe bailar, se reina de mí...

Armanda me miró despreciativa.

Y si yo me río de ti ¿no te importa entonces? ¡Qué cobarde eres! El ridículo lo aventura todo el que se acerca a una muchacha. Esa es la entrada. Arriesga, Harry, y en el peor de los casos deja que se ría de ti, si no, se acabó mi fe en tu obediencia.

No cedía. Lleno de angustia, me levanté y me dirigí a la bella muchacha, en el preciso momento en que volvía a empezar la música.

Realmente no estoy libre dijo, y me miró llena de curiosidad con sus grandes ojos frescos. Pero mi pareja parece quedarse allá arriba en el bar. Bueno, ¡venga usted!

La cogí por el talle y di los primeros pasos, admirado todavía de que no me hubiera despedido de su lado; notó pronto cómo andaba yo en esto del baile y se apoderó de la dirección. Bailaba maravillosamente, y yo me dejé llevar; por momentos olvidaba todos mis deberes y reglas de baile, iba nadando sencillamente, sentía las caderas apretadas, las rodillas raudas y flexibles de mi danzarina, le miraba la cara joven y radiante, le confesé que bailaba hoy por primera vez en mi vida. Ella sonreía y me animaba y contestaba a mis miradas de éxtasis y a mis frases lisonjeras de un modo maravillosamente insinuante, no con palabras, sino con callados movimientos expresivos, que nos aproximaban de un modo encantador. Yo apretaba la mano derecha por encima de su talle, seguía entusiasmado los movimientos de sus piernas, de sus brazos, de sus hombros: para mi admiración no le pisé los pies ni una vez siquiera, y cuando acabó la música, nos quedamos los dos parados y aplaudimos hasta que la pieza volvió a repetirse, y yo ejecuté otra vez el rito, lleno de afán, enamorado y con devoción.

Cuando hubo terminado el baile, demasiado pronto, se retiró la hermosa muchacha de terciopelo, y de repente hallé junto a mí a Armanda, que nos había estado mirando.

¿Vas notando algo? preguntó en son de alabanza. ¿Has descubierto que las piernas de mujer no son patas de una mesa? ¡Bien, bravo! El fox ya lo sabes, gracias a Dios; mañana la emprenderemos con el boston, y dentro de tres semanas hay baile de máscaras en los salones del Globo.

Había un intermedio, nos habíamos sentado y entonces acudió también el lindo y joven señor Pablo, el del saxofón, nos saludó con la cabeza y se sentó junto a Armanda. Me pareció ser muy buen amigo suyo. Pero a mí, confieso, en aquel primer encuentro no acababa de gustarme en absoluto este señor. Hermoso era, no podía negarse, hermoso de estatura y de cara; pero otras prendas no pude descubrir en él. También aquello de los muchos idiomas le resultaba una futesa; en efecto, no hablaba absolutamente nada, sólo palabras como perdón, gracias, desde luego, ciertamente, haló y otras por el estilo, que efectivamente sabía en varias lenguas. No; no hablaba nada el «señor» Pablo, y tampoco parecía pensar precisamente mucho este lindo «caballero». Su ocupación era tocar el saxofón en la orquesta del jazz, y a esta ocupación parecía entregado con cariño y apasionamiento, alguna vez salía aplaudiendo de pronto durante el número o se permitía otras expresiones de entusiasmo; soltaba algunas palabras cantadas en voz alta, como «¡hooo, ho, ho, halo!». Pero por lo demás no estaba evidentemente en el mundo más que para ser bello, gustar a las mujeres, llevar los cuellos y corbatas de última moda y también muchas sortijas en los dedos. Su conversación consistía en estar sentado con nosotros, sonreímos, mirar a su reloj de pulsera y liar cigarrillos, en lo que era muy diestro. Sus ojos de criollo, bellos y oscuros, sus negros bucles no ocultaban ningún romanticismo, ningunos problemas, ningunas ideas; visto desde cerca era el bello semidiós exótico un joven alegre y un tanto consentido, de maneras agradables y nada más. Hablé con él de su instrumento y de tonalidades en la música de jazz; él no pudo por menos de darse cuenta de que tenía que habérselas con un viejo catador y conocedor de cosas musicales. Pero él no abordaba en modo alguno estas cuestiones, y mientras que yo, por cortesía hacia él, o más verdaderamente hacia Armanda, emprendía algo así como una justificación teórico-musical del jazz, se sonreía inofensivo de mí y de mis esfuerzos, y probablemente le era enteramente desconocido que antes y además del jazz había habido alguna otra clase de música. Era lindo, lindo y gracioso, sonreía de modo encantador con sus grandes ojos vacíos; pero entre él y yo parecía no haber nada común; nada de lo que para él venía a resultar importante y sagrado, podía serlo también para mí, nosotros veníamos de partes del mundo opuestas, no teníamos una sola palabra común en nuestros idiomas. (Pero más tarde me contó Armanda cosas maravillosas. Refirió que Pablo, después de aquella conversación, le dijo acerca de mí que ella debía tener mucho cuidado con este hombre, que era el pobre tan desgraciado. Y al preguntarle ella de dónde lo deducía, dijo: «Pobre, pobre hombre. Mira sus ojos. No sabe reír.»)

Cuando aquel día el de los ojos negros se hubo despedido y la música volvió a tocar, se levantó Armanda.

Ahora podrías volver a bailar conmigo, Harry. ¿O no quieres bailar más?

También con ella bailé ahora más fácil, más libre y más alegremente, aun cuando no tan ingrátido y olvidado de mi mismo como con aquella otra. Armanda dejó que yo la llevara y se plegaba a mí delicada y suavemente, como la hoja de una flor, y también en ella encontré y sentí ahora todas aquellas delicias que unas veces venían a mi encuentro y otras se me alejaban; también ella olía a mujer y a amor, también su baile cantaba delicada e íntimamente la atrayente canción deliciosa del sexo; y, sin embargo, a todo esto no podía yo responder con plena libertad y alegría, no podía olvidarme y entregarme por completo. Armanda me estaba demasiado cerca, era mi camarada, mi hermana, era mi igual, se parecía a mi mismo y se parecía a mi amigo de la juventud, Armando, el soñador, el poeta, el compañero de mis ejercicios y correrías espirituales.

Lo sé dijo ella después, cuando hablamos de esto; lo sé bien. Yo he de hacer desde luego todavía que te enamores de mí, pero no hay prisa. Primero, somos camaradas, somos personas que esperan llegar a ser amigos, porque nos hemos conocido mutuamente. Ahora queremos los dos aprender el uno del otro y jugar uno con otro. Yo te enseño mi pequeño teatro, te enseño a bailar y a ser un poquito alegre y tonto, y tú me enseñas tus ideas y algo de tu ciencia.

Ah, Armanda, en eso no hay mucho que enseñar; tú sabes muchísimo más que yo. ¡Qué persona tan extraordinaria eres, muchacha! En todo me comprendes y te me adelantas. ¿Soy yo, acaso, algo para ti? ¿No te resulto aburrido?

Ella miraba al suelo con la vista nublada.

Así no me gusta oírte. Piensa en la noche en que maltrecho y desesperado, saliendo de tu tormento y de tu soledad, te interpusiste en mi camino y te hiciste mi compañero. ¿Por qué crees tú, pues, que pude entonces conocerte y comprenderte?

—¿Por qué, Armanda? ¡Dímelo!

Porque yo soy como tú. Porque estoy precisamente tan sola como tú y como tú no puedo amar ni tomar en serio a la vida ni a las personas ni a mi misma. Siempre hay alguna de esas personas que pide a la vida lo más elevado y a quien no puede satisfacer la insulsez y rudeza de ambiente.

¡Tú, tú! exclamé hondamente admirado. Te comprendo, camarada; nadie te comprende como yo. Y, sin embargo, eres para mí un enigma. Tú te las arreglas con la vida jugando, tienes esa maravillosa consideración ante las cosas y los goces minúsculos, eres una artista de la vida. ¿Cómo puedes sufrir con el mundo? ¿Cómo puedes desesperar?

No desespero, Harry. Pero sufrir por la vida, oh, sí; en eso tengo experiencia. Tú te asombras de que yo soy feliz porque sé bailar y me arreglo tan perfectamente en la superficie de la vida. Y yo, amigo mío, me admiro de que tú estés tan desengañado del mundo, hallándote en tu elemento precisamente en las cosas más bellas y profundas, en el espíritu, en el arte, en el pensamiento. Por eso nos hemos atraído mutuamente, por eso somos hermanos. Yo te enseñaré a bailar y a jugar y a sonreír y a no estar contento, sin embargo. Y aprenderé de ti a pensar y a saber y a no estar satisfecha, a pesar de todo. ¿Sabes que los dos somos hijos del diablo?

Sí, lo somos. El diablo es el espíritu; nosotros sus desgraciados hijos. Nos hemos salido de la naturaleza y pendemos en el vacío. Pero ahora se me ocurre una cosa: en el tratado del lobo estepario, del que te he hablado, hay algo acerca de que es sólo una fantasía de Harry el creer que tiene una o dos almas, que consiste en una o dos personalidades. Todo hombre, dice, consta de diez, de cien, de mil almas.

Eso me gusta mucho exclamó Armanda. En ti, por ejemplo, lo espiritual está altamente desarrollado, y a cambio de eso te has quedado muy atrás en toda clase de pequeñas artes de la vida. El pensador Harry tiene cien años, pero el bailarín Harry apenas tiene medio día. A éste vamos a ver ahora silo sacamos adelante, y a todos sus pequeños hermanitos, que son tan chiquitines, inexpertos e incautos como él.

Sonriente, me miró ella. Y preguntó bajito, con la voz alterada:

Y dime, ¿te ha gustado Mana? ¿María? ¿Quién es María?

Esa con la que has bailado. Una muchacha hermosa, una muchacha muy hermosa. Estabas un tanto entusiasmado con ella, a lo que pude ver

¿Es que la conoces?

Oh, ya lo creo, nos conocemos muy bien. ¿Te importa mucho?

Me ha gustado, y estoy contento de que haya sido tan indulgente con mi baile.

¡Bah! Y eso es todo... Debieras hecerle un poco la corte, Harry. Es muy bonita y baila tan bien, y un poco enamorado de ella sí que estás. Creo que tendrás un éxito.

Ah, no es esa mi ambición.

Ahora mientes un poquito. Yo ya sé que en alguna parte del mundo tienes una querida y que la ves cada medio año para pelearte con ella. Es muy bonito por tu parte que quieras guardar fidelidad a esta amiga maravillosa, pero permíteme, no tomes esto tan completamente en serio. Ya tengo de ti la sospecha de que tomas el amor terriblemente en serio. Puedes hacerlo, puedes amar a tu manera ideal cuanto quieras, eso es cosa tuya. Pero de lo que yo tengo que cuidar es de que aprendas las pequeñas y fáciles artes y juegos de la vida un poco mejor; en este terreno soy tu profesora y he de serte una profesora mejor que lo ha sido tu querida ideal; de eso, descuida. Tú tienes una gran necesidad de volver a dormir una noche con una muchacha bonita, lobo estepario.

Armanda exclamé martirizado, mírame bien, soy un viejo.

Un joven muy niño eres. Y lo mismo que eras muy comodón para aprender a bailar, hasta el punto de que casi ya era tarde, así eras también muy comodón para aprender a amar. Amar ideal y trágicamente, oh amigo, eso lo sabes con seguridad de un modo magnífico, no lo dudo, todo mi respeto ante ello. Pero ahora has de aprender a amar también un poco a lo vulgar y humano. El primer paso ya está dado, ya se te puede dejar pronto ir a un baile. El boston tienes que aprenderlo antes todavía; mañana empezamos con él. Yo voy a las tres. Bueno, ¿y qué te ha parecido por lo demás esta música de aquí?

Excelente.

¿Ves? Esto es ya un progreso; te han servido las lecciones. Hasta ahora no podías sufrir toda esta música de baile y de jazz, te resultaba demasiado poco seria y poco profunda, y ahora has visto que no es preciso tomarla en serio, pero que puede ser muy linda y encantadora. Por lo demás, sin Pablo no sería nada toda la orquesta. El la lleva, la caldea.

Como el gramófono echaba a perder en mi cuarto de estudio el aire de ascética espiritualidad, como los bailes americanos irrumpían extraños y perturbadores, hasta destructores, en mi cuidado mundo musical, así penetraba de todos lados algo nuevo, temido, disolvente en mi vida hasta entonces de trazos tan firmes y tan severamente delimitada. El tratado del lobo estepario y Armanda tenían razón con su teoría de las mil almas; diariamente se mostraban en mí, junto a todas las antiguas, algunas nuevas almas más; tenían aspiraciones, armaban ruido, y yo veía ahora claramente, como una imagen ante mi vista, la quimera de mi personalidad anterior. Había dejado valer exclusivamente el par de facultades y ejercicios en los que por casualidad estaba fuerte y me había pintado la imagen de un Harry y había vivido la vida de un Harry, que en realidad no era más que un especialista, formado muy a la ligera, de poesía, música y filosofía; todo lo demás de mi persona, todo el restante caos de facultades, afanes, anhelos, me resultaba molesto y le había puesto el nombre de «lobo estepario».

A pesar de todo, esta conversión de mi quimera, esta disolución de mi personalidad, no era en modo alguno sólo una aventura agradable y divertida; era, por el contrario, a veces amargamente dolorosa, con frecuencia casi insoportable. El gramófono sonaba a menudo de una manera verdaderamente endiablada en medio de este ambiente, donde todo estaba templado a otros tonos tan distintos. Y alguna vez, al bailar mis onesteps en cualquier restaurante de moda entre todos los elegantes hombres de mundo y caballeros de industria, me resultaba yo a mí mismo un traidor de todo lo que durante la vida entera me había sido respetable y sagrado. Si Armanda me hubiera dejado solo, aunque no hubiera sido más que una semana, me hubiese vuelto a escapar muy pronto de estos penosos y ridículos ensayos de mundología. Pero Armanda estaba siempre ahí, aunque no la veía todos los días, siempre era yo observado, dirigido, custodiado, sancionado por ella; hasta mis furiosas ideas de rebeldía y de huida me las leía ella, sonriente, de mi cara.

Con la progresiva destrucción de aquello que yo había llamado antes mi personalidad, empecé también a comprender por qué, a pesar de toda la desesperación, había tenido que temer de modo tan terrible a la muerte, y empecé a notar que también este horrible y vergonzoso miedo a la muerte era un pedazo de mi antigua existencia burguesa y fementida. Este señor Haller de hasta entonces, el escritor de talento, el conocedor de Mozart y de Goethe, el autor de observaciones dignas de ser leídas sobre la metafísica del arte, sobre el genio y sobre lo trágico, el melancólico ermitaño en su celda abarrotada de libros, iba siendo entregado por momentos a la autocrítica y no resistía por ninguna parte. Es verdad que este inteligente e interesante señor Haller había predicado buen sentido y fraternidad humana, había protestado contra la barbarie de la guerra, pero durante la guerra no se había dejado poner junto a una tapia y fusilar, como hubiera sido la consecuencia apropiada de su ideología, sino que había encontrado alguna clase de acomodo, un acomodo naturalmente muy digno y muy noble, pero de todas formas, un compromiso. Era, además, enemigo de todo poder y explotación, pero guardaba en el Banco varios valores de empresas industriales, cuyos intereses iba consumiendo sin remordimientos de conciencia. Y así pasaba con todo. Ciertamente que Harry Haller se había disfrazado en forma maravillosa de idealista y despreciador del mundo, de anacoreta lastimero y de iracundo profeta, pero en el fondo era un burgués, encontraba reprochable una vida como la de Armanda, le molestaban las noches desperdiciadas en el restaurante y los duros malgastados allí mismo, y le remordía la conciencia y suspiraba no precisamente por su liberación y perfeccionamiento, sino por el contrario, suspiraba con

afán por volver a los tiempos cómodos, cuando sus juguetes espirituales aún le divertían y le habían proporcionado renombre. Exactamente lo mismo los lectores de periódicos desdeñados y despreciados por él suspiraban por volver a la época ideal de antes de la guerra, porque ello era más cómodo que sacar consecuencias de lo sufrido. ¡Ah, demonio, daba asco este señor Haller! Y, sin embargo, yo me aferraba a él y a su larva que ya iba disolviéndose, a su coqueteo con lo espiritual, a su miedo burgués a lo desordenado y casual (entre lo que había que contar también la muerte) y comparaba con sarcasmo y lleno de envidia al nuevo Harry que se estaba formando, a este algo tímido y cómico diletante de los salones de baile, con aquella imagen de Harry antigua y pseudoideal, en la cual, entretanto, había descubierto todos los rasgos fatales que tanto le habían atormentado entonces cuando el grabado de Goethe en casa del profesor. El mismo, el viejo Harry había sido un Goethe así burguesamente idealizado, un héroe espiritual de esta clase con nobilísima mirada, radiante de sublimidad, de espíritu y de sentido humano, lo mismo que de brillantina, y emocionado casi de su propia nobleza de alma. Diabolo, a este lindo retrato le habían hecho, sin duda, grandes agujeros, lastimosamente había sido desmontado el ideal señor Haller. Parecía un dignatario saqueado en la calle por bandidos, con los pantalones hechos jirones, que hubiese debido aprender ahora el papel de andrajoso, pero que llevaba sus andrajos como si aún colgaran órdenes de ellos y siguiera pretendiendo lastimeramente conservar la dignidad perdida.

Una y otra vez hube de coincidir con Pablo, el músico, y tuve que revisar mi juicio acerca de él, porque a Armanda le gustaba y buscaba con afán su compañía. Yo me había pintado a Pablo en mi imaginación como una bonita nulidad, como un pequeño Adonis un tanto vanidoso, como un niño alegre y sin preocupaciones, que toca con placer su trompeta de feria y es fácil de gobernar con unas palabras de elogio y con chocolate. Pero Pablo no preguntaba por mis juicios, le eran indiferentes, como mis teorías musicales. Cortés y amable, me escuchaba siempre sonriente, pero no daba nunca una verdadera respuesta. En cambio, parecía que, a pesar de todo, había yo excitado su interés. Se esforzaba ostensiblemente por agradarme y por demostrarme su amabilidad. Cuando una vez, en uno de estos diálogos sin resultado, me irrité y casi me puse grosero, me miró consternado y triste a la cara, me cogió la mano izquierda y me la acarició, y me ofreció de una pequeña cauta dorada algo para aspirar, diciéndome que me sentaría bien. Pregunté con los ojos a Armanda, ésta me dijo que sí con la cabeza y yo lo tomé y aspiré por la nariz. En efecto, pronto me refresqué y me puse más alegre, probablemente había algo de cocaína en polvo. Armanda me contó que Pablo poseía muchos de estos remedios, que recibía clandestinamente y que a veces los ofrecía a los amigos y en cuya mezcla y dosificación era maestro: remedios para aletargar los dolores, para dormir, para producir bellos sueños, para ponerse de buen humor, para enamorarse.

Un día lo encontré en la calle, en el malecón, y se me agregó en seguida. Esta vez logré por fin hacerlo hablar.

Señor Pablo le dije; iba jugando con un bastoncito delgado, negro y con adornos de plata. Usted es amigo de Armanda; éste es el motivo por el cual yo me intereso por usted. Pero he de decir que usted no me hace la conversación precisamente fácil. Muchas veces he intentado hablar con usted de música; me hubiera interesado oír su opinión, sus contradicciones, su juicio; pero usted ha desdeñado darme ni siquiera la más pequeña respuesta.

Me miró riendo cordialmente, y en esta ocasión no me dejó a deber la contestación, sino que dijo con toda tranquilidad:

¿Ve usted? A mi juicio no sirve de nada hablar de música. Yo no hablo nunca de música. ¿Qué hubiese podido responderle yo a sus palabras tan inteligentes y apropiadas? Usted tenía tanta razón en todo lo que decía... Pero vea usted, yo soy músico y no erudito, y no creo que en música el tener razón tenga el menor valor. En música no se trata de que uno tenga razón, de que se tenga gusto y educación y todas esas cosas.

Bien; pero, entonces, ¿de qué se trata?

Se trata de hacer música, señor Haller, de hacer música tan bien, tanta y tan intensiva, como sea posible. Esto es, monsieur. Si yo tengo en la cabeza todas las obras de Bach y de Haydn y sé decir sobre ellas las cosas más juiciosas, con ello no se hace un servicio a nadie. Pero si yo cojo mi tubo y toco un shimmy de moda, lo mismo da que sea bueno o malo, ha de alegrar sin duda a la gente, se les entra en las piernas y en la sangre. De esto se trata nada más. Observe usted en un salón de baile las

caras en el momento en que se desata la música después de un largo descanso; ¡cómo brillan entonces los ojos, se ponen a temblar las piernas, empiezan a reír los rostros! Para esto se toca la música.

Muy bien, señor Pablo. Pero no hay sólo música sensual, la hay también espiritual. No hay sólo aquella que se toca precisamente para el momento, sino también música inmortal, que continúa viviendo, aun cuando no se toque. Cualquiera puede estar solo tendido en su cama y despertar en sus pensamientos una melodía de La Flauta encantada o de la Pasión de San Mateo; entonces se produce música sin que nadie sople en una flauta ni rasque un violín.

Ciertamente, señor Haller. También el Yearning y el Valencia son reproducidos calladamente todas las noches por personas solitarias y soñadoras; hasta la más pobre mecanógrafa en su oficina tiene en la cabeza el último onestep y teclea en las letras llevando su compás. Usted tiene razón, todos estos seres solitarios, yo les concedo a todos la música muda, sea el Yearning o La Flauta encantada o el Valencia. Pero, ¿de dónde han sacado, sin embargo, estos hombres su música solitaria y silenciosa? La toman de nosotros, de los músicos, antes hay que tocarla y oírla y tiene que entrar en la sangre, para poder luego uno en su casa pensar en ella en su cámara y soñar con ella.

Conformes dije secamente. Sin embargo, no es posible colocar en un mismo plano a Mozart y al último foxtrot. Y no es lo mismo que toque usted a la gente música divina y eterna, o barata música del día.

Cuando Pablo percibió la excitación en mi voz puso en seguida su rostro más delicioso, me pasó la mano por el brazo, acariciándome, y dio a su voz una dulzura increíble.

Ah, caro señor; con los planos puede que tenga usted razón por completo. Yo no tengo ciertamente nada en contra de que usted coloque a Mozart y a Haydn y al Valencia en el plano que usted guste. A mí me es enteramente lo mismo; yo no soy quien ha de decidir en esto de los planos, a mí no han de preguntarme sobre el particular. A Mozart quizá lo toquen todavía dentro de cien años, y el Valencia acaso dentro de dos ya no se toque; creo que esto se lo podemos dejar tranquilamente al buen Dios, que es justo y tiene en su mano la duración de la vida de todos nosotros y la de todos los valeses y todos los foxtrots y hará seguramente lo más adecuado. Pero nosotros los músicos tenemos que hacer lo nuestro, lo que constituye nuestro deber y nuestra obligación; hemos de tocar precisamente lo que la gente pide en cada momento, y lo hemos de tocar tan bien, tan bella y persuasivamente como sea posible.

Suspirando, hube de desistir. Con este hombre no se podían atar cabos.

En algunos instantes aparecía revuelto de una manera enteramente extraña lo antiguo y lo nuevo, el dolor y el placer, el temor y la alegría. Tan pronto estaba yo en el cielo como en el infierno, la mayoría de las veces en los dos sitios a un tiempo. El viejo Harry y el nuevo vivían juntos ora en paz, ora en la lucha encarnizada. De cuando en cuando el viejo Harry parecía estar totalmente inerte, muerto y sepultado, y surgir luego de pronto dando órdenes tiránicas y sabiéndolo todo mejor, y el Harry nuevo, pequeño y joven, se avergonzaba, callaba y se dejaba apretar contra la pared. En otras horas cogía el nuevo Harry al viejo por el cuello y le apretaba valientemente, había grandes alaridos, una lucha a muerte, mucho pensar en la navaja de afeitar.

Pero con frecuencia se agolpaban sobre mí en una misma oleada la dicha y el sufrimiento. Un momento así fue aquel en que, pocos días después de mi primer ensayo público de baile, al entrar una noche en mi alcoba, encontré, para mi inenarrable asombro y extrañeza, para mi temor y mi encanto, a la bella María acostada en mi cama.

De todas las sorpresas a las que les había expuesto Armanda hasta entonces, fue ésta la más violenta. Porque no dudé ni un instante de que era «ella» la que me había enviado este ave del paraíso. Por excepción aquella tarde no había estado con Armanda, sino que había ido a la catedral a oír una buena audición de música religiosa; había sido una bella excursión melancólica a mi vida de otro tiempo, a los campos de mi juventud, a las comarcas del Harry ideal. En el alto espacio gótico de la iglesia, cuyas hermosas bóvedas de redes oscilaban de un lado para otro como espectros vivos en el juego de las contadas luces, había oído piezas de Buxtehude, de Pachebel, de Bach y de Haydn, había marchado otra vez por los viejos senderos amados, había vuelto a oír la magnífica voz de una cantante de obras de Bach, que había sido amiga mía en otro tiempo y me había hecho vivir muchas audiciones extraordinarias. Los ecos de la vieja música, su infinita grandeza y santidad me habían despertado

todas las sublimidades, delicias y entusiasmos de la juventud; triste y abismado estuve sentado en el elevado coro de la iglesia, huésped durante una hora de este mundo noble y bienaventurado que fue un día mi elemento. En un dúo de Haydn se me habían saltado de pronto las lágrimas, no esperé el fin del concierto, renuncié a volver a ver a la cantante (¡oh, cuántas noches radiantes había pasado yo en otro tiempo con los artistas después de conciertos así!), me escurrí de la catedral y anduve corriendo hasta cansarme por las oscuras callejas, en donde aquí y allá, tras las ventanas de los restaurantes tocaban orquestas de jazz las melodías de mi existencia presente. ¡Oh, en qué siniestro torbellino se había convertido mi vida...!

Mucho tiempo estuve reflexionando también durante aquel paseo nocturno acerca de mi extraña relación con la música, y reconocí una vez más que esta relación tan emotiva como fatal para con la música era el sino de toda la intelectualidad alemana. En el espíritu alemán domina el derecho materno, el sometimiento a la naturaleza en forma de una hegemonía de la música, como no lo ha conocido nunca ningún otro pueblo. Nosotros, las personas espirituales, en lugar de defendernos virilmente contra ellos y de prestar obediencia y procurar que se preste oídos al espíritu, al logos, al verbo, soñamos todos con un lenguaje sin palabras, que diga lo inexpresable, que refleje lo irrepresentable. En lugar de tocar su instrumento lo más fiel y honradamente posible, el alemán espiritual ha vituperado siempre a la palabra y a la razón y ha mariposeado con la música. Y en la música, en las maravillosas y benditas obras musicales, en los maravillosos y elevados sentimientos y estados de ánimo, que no fueron impelidos nunca a una realización, se ha consumido voluptuosamente el espíritu alemán, y ha descuidado la mayor parte de sus verdaderas obligaciones. Nosotros los hombres espirituales todos no nos hallábamos en nuestro elemento dentro de la realidad, le éramos extraños y hostiles; por eso también era tan deplorable el papel del espíritu en nuestra realidad alemana, en nuestra historia, en nuestra política, en nuestra opinión pública. Con frecuencia en otras ocasiones había yo meditado sobre estas ideas, no sin sentir a veces un violento deseo de producir realidad también en alguna ocasión, de actuar alguna vez seriamente y con responsabilidad, en lugar de dedicarme siempre sólo a la estética y a oficios artísticos espirituales. Pero siempre acababa en la resignación, en la sumisión a la fatalidad. Los señores generales y los grandes industriales tenían razón por completo: no servíamos para nada los «espirituales», éramos una gente inútil, extraña a la realidad, sin responsabilidad alguna, de ingeniosos charlatanes. ¡Ah, diablo! ¡La navaja de afeitar!

Saturado así de pensamientos y del eco de la música, con el corazón agobiado por la tristeza y por el desesperado afán de vida, de realidad, de sentido y de las cosas irremisiblemente perdidas, había vuelto al fin a casa, había subido mis escaleras, había encendido la luz en mi gabinete e intentado en vano leer un poco, había pensado en la cita que me obligaba a ir al día siguiente por la noche al bar Cecil a tomar un whisky y a bailar, y había sentido rencor y amargura no sólo contra mí mismo, sino también contra Armanda. No hay duda de que su intención había sido buena y cordial, de que era una maravilla de criatura; pero hubiera sido preferible que aquel primer día me hubiese dejado sucumbir, en lugar de atraerme hacia el interior y hacia la profundidad de este mundo de la broma, confuso, raro y agitado, en el cual yo de todos modos habría de ser siempre un extraño y donde lo mejor de mi ser se derrumbaba y sufría horriblemente.

Y en este estado de ánimo apagué, lleno de tristeza, la luz de mi gabinete; lleno de tristeza, busqué la alcoba, empecé a desnudarme lleno de tristeza; entonces me llamó la atención un aroma desusado, olía ligeramente a perfume, y al volverme, vi acostada dentro de mi cama a la hermosa María, sonriendo algo asustada con sus grandes ojos azules.

¡María! dije.

Y mi primer pensamiento fue que mi casera me despediría cuando se enterara de esto.

He venido dijo ella en voz baja. ¿Se ha enfadado usted conmigo?

No, no. Ya sé que Armanda le ha dado a usted la llave. Bien esta.

Oh, usted se ha enfadado. Me voy otra vez...

No, hermosa María, quédese usted. Sólo que yo precisamente esta noche estoy muy triste, hoy no puedo estar alegre; acaso mañana pueda volver a estarlo.

Me había inclinado un poco hacia ella, entonces cogió mi cabeza con sus dos manos grandes y firmes, la atrajo hacia sí y me dio un beso largo. Luego me senté en la cama a su lado, cogí su mano,

le rogué que hablara bajo, pues no debían oírnos, y le miré a la cara hermosa y plena. ¡Qué extraña y maravillosa descansaba allí sobre mi almohada, como una flor grande! Lentamente llevó mi mano a su boca, la metió debajo de la sábana y la puso sobre su cálido pecho, que respiraba tranquilamente.

No es preciso que estés alegre dijo; ya me ha dicho Armanda que tienes penas. Ya puede una hacerse cargo. Oye, ¿te gusto todavía? La otra noche, al bailar, estabas muy entusiasmado.

La besé en los ojos, en la boca, en el cuello y en los pechos. Precisamente hacía poco había estado pensando en Armanda con amargura y en son de queja. Y ahora tenía en mis manos su presente y estaba agradecido. Las caricias de María no hacían daño a la música maravillosa que había escuchado yo aquella tarde, eran dignas de ella y como su realización. Lentamente fui levantando la sábana de la bella mujer, hasta llegar a sus pies con mis besos. Cuando me acosté a su lado, me sonreía omnisciente y bondadosa su cara de flor.

Aquella noche, junto a María, no dormí mucho tiempo, pero dormí profundamente y bien, como un niño. Y entre los ratos de sueño sorbí su hermosa y alegre juventud y aprendí en la conversación a media voz una multitud de cosas dignas de saberse acerca de su vida y de la de Armanda. Sabía muy poco de esta clase de criaturas y de vidas; sólo en el teatro había encontrado antes alguna vez existencias semejantes, hombres y mujeres, semiartistas, semimundanos. Ahora por vez primera miraba yo un poco en estas vidas extrañas, inocentes de una manera rara y de un modo raro pervertidas. Estas muchachas, pobres la mayor parte por su casa, demasiado inteligentes y demasiado bellas para estar toda su vida entregadas a cualquier ocupación mal pagada y sin alegría, vivían todas ellas unas veces de trabajos ocasionales, otras de sus gracias y de su amabilidad. En ocasiones se pasaban un par de meses tras una máquina de escribir, alguna temporada eran las entretenidas de hombres de mundo con dinero, recibían propinas y regalos, a veces vivían con abrigos de pieles en hoteles lujosos y con autos, en otras épocas en buhardillas, y para el matrimonio podía alguna vez ganárselas por medio de algún gran ofrecimiento, pero en general no llevaban esa idea. Algunas de ellas no ponían en el amor grandes afanes y sólo daban sus favores de mala gana y regateando el elevado precio. Otras, y a ellas pertenecía María, estaban extraordinariamente dotadas para lo erótico y necesitadas de cariño, la mayoría experimentadas también en el trato con los dos sexos; vivían exclusivamente para el amor, y al lado del amigo oficial, que pagaba, sostenían florecientes aún otras relaciones amorosas. Afanosas y ocupadas, llenas de preocupaciones y al mismo tiempo ligeras, inteligentes y a la vez inconscientes, vivían estas mariposas su vida tan pueril como refinada, con independencia, no en venta para cualquiera, esperando lo suyo de la suerte y del buen tiempo, enamoradas de la vida, y, sin embargo, mucho menos apegadas a ella que los burgueses, dispuestas siempre a seguir a su castillo a un príncipe de hadas y ciertas siempre de manera semiconsciente de un fin triste y difícil.

María me enseñó en aquella primera noche singular y en los días siguientes muchas cosas, no sólo lindos juguetes desconocidos para mí y arrobamientos de los sentidos, sino también nueva comprensión, nuevos horizontes, amor nuevo. El mundo de los locales de baile y de placer, de los cines, de los bares y de las rotondas de los hoteles, que para mí, solitario y estético, seguía teniendo siempre algo de inferior, prohibido y degradante, era para María, Armanda y sus compañeras, sencillamente el mundo, ni bueno ni malo, ni odiado ni apetecible; en este mundo florecía su vida breve y llena de deseos; en él estaban ellas en su elemento y tenían experiencia. Les gustaba un champaña o un plato especial en el grillroom, como a uno de nosotros puede gustarnos un compositor o un poeta, y en un nuevo baile de moda o en la canción sentimental y pegajosa de un cantante de jazz ponían y derrochaban ellas el mismo entusiasmo, la misma emoción y ternura que uno de nosotros en Nietzsche o en Hamsun. María me hablaba de aquel guapo tocador de saxofón, Pablo, y de su song americano, que él les había cantado alguna vez, y hablaba de esto con un arrobamiento, una admiración y un cariño, que me emocionaba y conmovía mucho más que los éxtasis de cualquier gran erudito sobre goces artísticos elegidos con exquisito gusto. Yo estaba dispuesto a entusiasmarme con ella, fuese como quisiera el song; las frases amorosas de María, su mirada voluptuosamente radiante abrían amplias brechas en mi estética. Ciertamente que había algo bello, poco y escogido, que me parecía por encima de toda duda y discusión, a la cabeza de todo Mozart, pero ¿dónde estaba el límite? ¿No habíamos ensalzado de jóvenes todos nosotros, los conocedores y críticos, a obras de arte y artistas, que nos resultaban hoy muy dudosas y absurdas? ¿No nos había ocurrido esto con Liszt, con Wagner, a muchos hasta

con Beethoven? ¿No era la floreciente emoción infantil de María por el song de América una impresión artística tan pura, tan hermosa, tan fuera de toda duda como la emoción de cualquier profesor por el Tristán o el éxtasis de un director de orquesta ante la Novena Sinfonía? ¿Y no se acomodaba todo esto a los puntos de vista del señor Pablo y le daba la razón?

A este Pablo, al hermoso Pablo, parecía también querer mucho María.

Es guapo decía yo; también a mí me gusta mucho. Pero dime, María, ¿cómo puedes al propio tiempo quererme a mí también, que soy un tipo viejo y aburrido, que no soy bello y tengo ya canas y no sé tocar el saxofón ni cantar canciones inglesas de amor?

No hables de esa manera tan fea corregía ella. Es completamente natural. También tú me gustas, también tienes tú algo bonito, amable y especial; no debes ser de otra manera más que como eres. No hace falta hablar de estas cosas ni pedir cuentas de todo esto. Mira, cuando me besas el cuello o las orejas, entonces me doy cuenta de que me quieres, de que te gusto; sabes besar de una manera..., un poco así como tímidamente, y esto me dice: te quiere, te está agradecido porque eres bonita. Esto me gusta mucho, muchísimo. Y otras veces, con otro hombre, me gusta precisamente lo contrario, que parece no importarle yo nada y me besa como si fuera una merced por su parte.

Nos volvimos a dormir. Me desperté de nuevo, sin haber dejado de tener abrazada a mi hermosa, hermosísima flor.

¡Y qué extraño! Siempre la hermosa flor seguía siendo el regalo que me había hecho Armanda. Constantemente estaba ésta detrás, encerrada en ella como una máscara. Y de pronto, en un intermedio, pensé en Erica, mi lejana y malhumorada querida, mi pobre amiga. Apenas era menos bonita que María, aun cuando no tan floreciente y fresca y más pobre en pequeñas y geniales artes amatorias, y un rato tuve ante mí su imagen, clara y dolorosa, amada y entretregida tan hondamente con mi destino, y volvió a esfumarse en el sueño, en olvido, en lejanía medio deplorada.

Y de este mismo modo surgieron ante mí en esta noche hermosa y delicada muchas imágenes de mi vida, llevada tanto tiempo de una manera pobre y vacua y sin recuerdos. Ahora, alumbrado mágicamente por Eros, se destacó profundo y rico el manantial de las antiguas imágenes, y en algunos momentos se me paraba el corazón de arrobamiento y de tristeza, al pensar qué abundante había sido la galería de mi vida, cuán llena de altos astros y de constelaciones había estado el alma del pobre lobo estepario. Mi niñez y mi madre me miraban tiernas y radiantes como desde una alta montaña lejana y confundida con el azul infinito; metálico y claro resonaba el coro de mis amistades, al frente el legendario Armando, el hermano espiritual de Armanda; vaporosos y supraterranos, como húmedas flores marinas que sobresalían de la superficie de las aguas, venían flotando los retratos de muchas mujeres, que yo había amado, deseado y cantado, de las cuales sólo a pocas hube conseguido e intentado hacerlas mías. También apareció mi mujer, con la que había vivido varios años y la cual me enseñara camaradería, conflicto y resignación y hacia quien, a pesar de toda su incompreensión personal, había quedado viva en mí una profunda confianza hasta el día en que, enloquecida y enferma, me abandonó en repentina huida y fiera rebelión, y conocí cuánto tenía que haberla amado y cuán profundamente había tenido que confiar en ella, para que su abuso de confianza me hubiera podido alcanzar de un modo tan grave y para toda la vida.

Estas imágenes eran cientos, con y sin nombre surgieron todas otra vez; subían jóvenes y nuevas del pozo de esta noche de amor, y volví a darme cuenta de lo que en mi miseria hacía tiempo había olvidado, que ellas constituían la propiedad y el valor de mi existencia, que seguían viviendo indestructibles, sucesos eternizados como estrellas que había olvidado y, sin embargo, no podía destruir, cuya serie era la leyenda de mi vida y cuyo brillo astral era el valor indestructible de mi ser. Mi vida había sido penosa, errabunda y desventurada; conducía a negación y a renunciamento, había sido amarga por la sal del destino de todo lo humano, pero había sido rica, altiva y señorial, hasta en la miseria una vida regia. Y aunque el poquito de camino hasta el fin la desfigurase por entero de un modo tan lamentable, la levadura de esta vida era noble, tenía clase y dignidad, no era cuestión de ochavos, era cuestión de mundos siderales.

Ya hace de esto nuevamente una temporada, muchas cosas han ocurrido desde entonces y se han modificado, sólo puedo recordar algunas concretas de aquella noche, palabras sueltas cambiadas entre los dos, momentos y detalles eróticos de profunda ternura, fugaces claridades de estrellas al despertar

del pesado sueño de la extenuación amorosa. Pero aquella noche fue cuando de nuevo por vez primera desde la época de mi derrota me miraba mi propia vida con los ojos inexorablemente radiantes, y volví a reconocer a la casualidad como destino y a las ruinas de mi vida como fragmento celestial. Mi alma respiraba de nuevo, mis ojos veían otra vez, y durante algunos instantes volví a presentir ardientemente que no tenía más que juntar el mundo disperso de imágenes, elevar a imagen el complejo de mi personalísima vida de lobo estepario, para penetrar a mi vez en el mundo de las figuras y ser inmortal. ¿No era éste, acaso, el fin hacia el cual toda mi vida humana significaba un impulso y un ensayo?

Por la mañana, después de compartir conmigo mi desayuno María, tuve que sacarla de contrabando de la casa, y lo logré. Aun en el mismo día alquilé para ella y para mí en sitio próximo de la ciudad un cuartito, destinado sólo para nuestras citas. Mi profesora de baile, Armanda, compareció fiel a su obligación, y hube de aprender el boston. Era severa e inexorable y no me perdonaba ni una lección, pues estaba convenido que yo había de ir con ella al próximo baile de máscaras. Me había pedido dinero para su disfraz, acerca del cual, sin embargo, me negaba toda noticia. Y aún seguía estándome prohibido visitarla o saber dónde vivía.

Esta temporada hasta el baile de máscaras, unas tres semanas, fue extraordinariamente hermosa. María me parecía que era la primera querida verdadera que yo hubiera tenido en mi vida. Siempre había exigido de las mujeres, a las que amara, espiritualidad e ilustración, sin darme cuenta por completo nunca de que la mujer, hasta la más espiritual y la relativamente más ilustrada, no respondía jamás al logos dentro de mí, sino que en todo momento estaba en contradicción con él; yo les llevaba a las mujeres mis problemas y mis ideas, y me hubiese parecido de todo punto imposible amar más de una hora a una muchacha que no había leído un libro, que apenas sabía lo que era leer y no hubiese podido distinguir a un Tchaikowski de un Beethoven; María no tenía ninguna ilustración, no necesitaba estos rodeos y estos mundos de compensación; sus problemas surgían todos de un modo inmediato de los sentidos. Conseguir tanta ventura sensual y amorosa como fuera humanamente posible con las dotes que le habían sido dadas, con su figura singular, sus colores, su cabello, su voz, su piel y su temperamento, hallar y producir en el amante respuesta, comprensión y contrajuego animado y embriagador a todas sus facultades, a la flexibilidad de sus líneas, al delicadísimo modelado de su cuerpo, era lo que constituía su arte y su cometido. Ya en aquel primer tímido baile con ella había yo sentido esto, había aspirado este perfume de una sensualidad genial y encantadoramente refinada y había sido fascinado por ella. Ciertamente, que tampoco había sido por casualidad por lo que Armanda, la omnisciente, me había escogido a esta María. Su aroma y todo su sello era estival, era rosado.

No tuve la fortuna de ser el amante único o preferido de María, yo era uno de varios. A veces no tenía tiempo para mí; algunos días, una hora por la tarde; pocas veces, una noche entera. No quería tomar dinero de mí; detrás de esto se conocía a Armanda. Pero regalos, aceptaba con gusto. Y si le regalaba un nuevo portamonedas pequeño de piel roja acharolada, podía poner dentro también dos o tres monedas de oro. Por lo demás, a causa del bolsillito encarnado, se burló bien de mí. Era muy bonito, pero era una antigualla, pasado de moda. En estas cosas, de las cuales yo entendía y sabía hasta entonces menos que de cualquier lengua esquimal, aprendí mucho de María. Aprendí ante todo que estos pequeños juguetes, objetos de moda y de lujo, no sólo son bagatelas y una invención de ambiciosos fabricantes y comerciantes, sino justificados, bellos, variados, un pequeño, o mejor dicho, un gran mundo de cosas, que todas tienen la única finalidad de servir al amor, refinar los sentidos, animar el mundo muerto que nos rodea, y dotarlo de un modo mágico de nuevos órganos amatorios, desde los polvos y el perfume hasta el zapato de baile, desde la sortija a la pitillera; desde la hebilla del cinturón hasta el bolso de mano. Este bolso no era bolso, el portamonedas no era portamonedas, las flores no eran flores, el abanico no era abanico; todo era materia plástica del amor, de la magia, de la seducción; era mensajero, intermediario, arma y grito de combate.

Muchas veces pensé a quién querría María realmente. Más que a ninguno creo que quería al joven Pablo del saxofón, con sus negros ojos perdidos y las manos alargadas, pálidas, nobles y melancólicas. Yo hubiera tenido a este Pablo por un poco soporífero, caprichoso y pasivo en el amor, pero María me aseguró que, en efecto, sólo muy lentamente se conseguía ponerlo al rojo, pero que entonces era más pujante, más fuerte y varonil y más retador que cualquier as de boxeo o maestro de equitación. Y de

esta manera aprendí y supe secretos de muchos individuos, del músico del jazz, del actor, de más de cuatro mujeres, de muchachas y de hombres de nuestro medio ambiente; supe toda suerte de secretos, vi bajo la superficie relaciones y enemistades, fui haciéndome poco a poco confidente e iniciado (yo, que en esta clase de mundo había sido un cuerpo extraño completamente sin conexión). También aprendí muchas cosas referentes a Armanda. Pero ahora me reunía con frecuencia preferentemente con el señor Pablo, a quien María quería mucho. A menudo empleaba ella también sus remedios clandestinos, y a mí mismo me proporcionaba alguna vez estos goces, y siempre se mostraba Pablo especialmente servicial. Una vez me lo dijo sin circunloquios.

Usted es tan desgraciado... Eso no está bien. No hay que ser así. Me da mucha pena. Fúmesse usted una pequeña pipa de opio...

Mi juicio sobre este hombre alegre, inteligente, aniñado y a la vez insondable, cambiaba continuamente; nos hicimos amigos. Con alguna frecuencia aceptaba yo alguno de sus remedios. Un tanto divertido, asistía él a mi enamoramiento de María. Una vez organizó una «fiesta» en su cuarto, la buhardilla de un hotel de las afueras. No había allí más que una silla; María y yo tuvimos que sentarnos en la cama. Nos dio a beber un licor misterioso, maravilloso, mezclado de tres botellitas. Y luego, cuando me hube puesto de muy buen humor, nos propuso con las pupilas brillantes celebrar una orgía erótica los tres juntos. Yo rehusé con brusquedad; a mí no me era posible una cosa así; mas a pesar de todo miré un momento a María, para ver qué actitud adoptaba, y aunque inmediatamente asintió a mi negativa, vi, sin embargo, el fulgor de sus ojos y me di cuenta de su pena por mi renuncia. Pablo sufrió una decepción con mi negativa, pero no se molestó.

Es lástima dijo; Harry tiene muchos escrúpulos morales. No se puede con él. ¡Hubiera sido, sin embargo, tan hermoso, tan hermosísimo! Pero tengo un sustitutivo.

Tomamos cada uno una chupada de opio, y sentados inmóviles, con los ojos abiertos, vivimos los tres la escena por él sugerida; María, en ese tiempo, temblando de delicia. Cuando al cabo de un rato me sentí un poco mareado, me colocó Pablo en la cama, me dio unas gotas de una medicina, y al cerrar yo por algunos minutos los ojos, sentí sobre cada uno de los párpados como el aliento de un beso fugitivo. Lo admití como si creyera que me lo había dado María. Pero sabía perfectamente que era de él.

Y una tarde me sorprendió aún más. Apareció en mi casa, me contó que necesitaba veinte francos y me rogaba que le diera este dinero. Me ofrecía, en cambio, que aquella noche dispusiera de María en su lugar.

Pablo dije asustado, usted no sabe lo que está diciendo. Ceder su querida a otro por dinero, eso es entre nosotros lo más indigno que cabe. No he oído su proposición, Pablo.

Me miró compasivo.

¿No quiere usted, señor Harry? Bien. Usted no hace más que proporcionarse dificultades a sí mismo. Entonces no duerma usted esta noche con María, si así lo prefiere, y déme usted el dinero; ya se lo devolveré sin falta. Me es absolutamente preciso.

¿Para qué lo quiere?

Para Agostino, ¿sabe usted? Es el pequeño del segundo violín. Lleva ocho días enfermo, y nadie se ocupa de él, no tiene un céntimo, y mi dinero se ha acabado también ya.

Por curiosidad y un poco también por autocastigo, fui con él a casa de Agostino. Le llevó a la buhardilla leche y unas medicinas, una bien miserable buhardilla; le arregló la cama, le aireó la habitación y le puso en la cabeza calenturienta una artística compresa, todo rápida y delicadamente y bien hecho, como una buena hermana de la Caridad. Aquella misma noche lo vi tocar la música en el CityBar hasta la madrugada.

Con Armanda hablaba yo a menudo larga y objetivamente acerca de María, de sus manos, de sus hombros, de sus caderas, de su manera de reír, de besar, de bailar.

¿Te ha enseñado ya esto? me preguntó Armanda una vez, y me describió un juego especial de la lengua al dar un beso. Yo le pedí que me lo enseñara ella misma, pero ella rehusó con seriedad. Eso viene después dijo; aún no soy tu querida.

Le pregunté de qué conocía las artes del beso en María y algunas otras secretas particularidades de su cuerpo, sólo conocidas del hombre amante.

¡Oh! exclamó. Somos amigas. ¿Crees acaso que nosotras tenemos secretos entre las dos? He dormido y he jugado bastantes veces con ella. Tienes suerte, has atrapado una hermosa muchacha, que sabe más que otras.

Creo, sin embargo, Armanda, que aún tendréis algunos secretos entre vosotras. ¿O le has dicho también acerca de milo que sabes?

No; esas son otras cosas que no entendería ella. María es maravillosa, puedes estar satisfecho; pero entre tú y yo hay cosas de las cuales ella no tiene ni noción. Le he dicho muchas cosas acerca de ti, naturalmente mucho más de lo que a ti te hubiera gustado entonces; me importaba seducirla para ti. Pero comprenderte, amigo, como yo te comprendo, no te comprenderá María nunca, ni ninguna otra. Por ella he adquirido también algunos conocimientos; estoy al corriente acerca de ti, en lo que María sabe. Ya te conozco casi tan perfectamente como si hubiéramos dormido juntos con frecuencia.

Cuando volví a reunirme con María, me resultaba extraño y misterioso saber que ella había tenido a Armanda junto a su corazón lo mismo que a mí, que había palpado, besado, gustado y probado sus miembros, sus cabellos, su piel exactamente igual que los míos. Ante mi surgían relaciones y nexos nuevos, indirectos, complicados, nuevas modalidades de amor y de vida, y pensé en las mil almas del tratado del lobo estepario.

En aquella corta temporada entre mi conocimiento con María y el gran baile de máscaras, era yo francamente feliz, pero no tenía por ello el presentimiento de que aquello fuera una redención, una lograda bienaventuranza, sino que me daba cuenta claramente de que todo era preludeo y preparación, de que todo se afanaba con violencia hacia adelante y que lo verdadero venía ahora.

Del baile había aprendido ya tanto que me parecía posible concurrir a la fiesta, de la cual se hablaba más cada día. Armanda tenía un secreto, se empeñó en no revelarme con qué disfraz iba a presentarse. Pensaba que yo ya la reconocería, y si me equivocaba, entonces me ayudaría ella; pero que con anticipación, yo no debía saberlo. Así tampoco tenía ella curiosidad por mis planes de disfraz, y yo resolví no disfrazarme. María, cuando quise invitarla al baile, me declaró que para esta fiesta tenía ya un caballero, poseía ya en efecto una entrada, y yo me di cuenta un poco descorazonado de que iba a tener que ir solo a la fiesta. Era el baile de trajes más distinguido de la ciudad, que se organizaba todos los años por elementos artísticos en los salones del Globo.

En aquellos días veía poco a Armanda, pero la víspera del baile estuvo un rato en mi casa; vino para recoger su entrada, de la que yo me había encargado, y estuvo sentada conmigo pacíficamente en mi cuarto, y allí se llegó a un diálogo que me fue muy singular y me produjo una impresión profunda.

Ahora estás realmente muy bien dijo ella; te prueba el baile. Quien no te haya visto desde hace un mes, apenas te reconocería.

Sí asentí; desde hace años no me he encontrado tan perfectamente. Esto proviene todo de ti, Armanda.

Oh, ¿no de tu hermosa María?

No. Esa también es un regalo tuyo. Es maravilloso.

Es la amiga que necesitabas, lobo estepario. Bonita, joven, alegre, muy inteligente en amor, y sin que puedas disponer de ella todos los días. Si no tuvieras que compartirla con otros, si no fuese para ti siempre un huésped fugitivo, no irían las cosas tan bien.

Sí; también esto tenía que concedérselo.

Entonces, ¿tienes ahora, realmente, todo lo que necesitas?

No, Armanda, no es así. Tengo algo muy bello y delicioso, una gran alegría, un amable consuelo. Soy verdaderamente feliz...

Bien, entonces, ¿qué más quieres?

Quiero más. No estoy contento con ser feliz, no he sido creado para ello, no es mi sino. Mi determinación es lo contrario.

Entonces, ¿es ser desdichado? ¡Ah! Esto ya lo has sido con exceso antes, cuando a causa de la navaja de afeitarse no podías ir a tu casa.

No, Armanda; se trata de otra cosa. Entonces era yo muy desdichado, concedido. Pero era una desventura estúpida, estéril.

¿Por qué?

Porque de otro modo, no hubiese debido tener aquel miedo a la muerte, que, sin embargo, me estaba deseando. La desventura que necesito y anhelo, es otra; es de tal clase que me hiciera sufrir con afán y morir con voluptuosidad. Esa es la desventura o la felicidad que espero.

Te comprendo. En esto somos hermanos. Pero ¿qué tienes contra la dicha que has encontrado ahora con María? ¿Por qué no estás contento?

No tengo nada contra esta dicha, ¡oh, no!; la quiero, le estoy agradecido. Es hermosa como un día de sol en medio de una primavera lluviosa. Pero me doy cuenta de que no puede durar. También esta dicha es estéril. Satisface, pero la satisfacción no es alimento para mí. Adormece al lobo estepario, lo sacia. Pero no es felicidad para morir por ella.

Entonces, ¿hay que morir, lobo estepario?

¡Creo que sí! Yo estoy muy satisfecho de mi ventura, aún puedo soportarla durante una temporada. Pero cuando la dicha me deja alguna vez una hora de tiempo para estar despierto, para sentir anhelos íntimos, entonces todo mi anhelo no se cifra en conservar por siempre esta ventura, sino en volver a sufrir, aunque más bella y menos miserablemente que antes.

Armanda me miró con ternura a los ojos, con la sombría mirada que tan repentinamente podía aparecer en ella. ¡Ojos magníficos, terribles! Lentamente, eligiendo una a una las palabras y colocándolas con cuidado, dijo... en voz tan baja, que tuve que esforzarme para oírlo:

Voy a decirte hoy una cosa, algo que sé hace ya tiempo, y tú también lo sabes ya, pero quizá no te lo has dicho a ti mismo todavía. Ahora te digo lo que sé acerca de ti y de mi y de nuestra suerte. Tú, Harry, has sido un artista y un pensador, un hombre lleno de alegría y de fe, siempre tras la huella de lo grande y de lo eterno, nunca satisfecho con lo bonito y lo minúsculo. Pero cuanto más te ha despertado la vida y te ha conducido hacia ti mismo, más ha ido aumentando tu miseria y tanto más hondamente te has sumido hasta el cuello en pesares, temor y desesperanza, y todo lo que tú en otro tiempo has conocido, amado y venerado como hermoso y santo, toda tu antigua fe en los hombres y en nuestro alto destino, no ha podido ayudarte, ha perdido su valor y se ha hecho añicos. Tu fe ya no tenía aire para respirar. Y la asfixia es una muerte muy dura. ¿Es exacto Harry? ¿Es ésta tu suerte?

Yo asentía y asentía.

Tú llevabas dentro de ti una imagen de la vida, estabas dispuesto a hechos, a sufrimientos y sacrificios, y entonces fuiste notando poco a poco que el mundo no exigía de ti hechos ningunos, ni sacrificios, ni nada de eso, que la vida no es una epopeya con figuras de héroes y cosas por el estilo, sino una buena habitación burguesa, en donde uno está perfectamente satisfecho con la comida y la bebida, con el café y la calceta, con el juego de tarot y la música de la radio. Y el que ama y lleva dentro de sí otro, lo heroico y bello, la veneración de los grandes poetas o la veneración de los santos, ése es un necio y un quijote. Bueno. ¡Y a mí me ha ocurrido exactamente lo mismo, amigo mío! Yo era una muchacha de buenas disposiciones y destinada a vivir con arreglo a un elevado modelo, a tener para conmigo grandes exigencias, a cumplir dignos cometidos. Podía tomar sobre mí un gran papel, ser la mujer de un rey, la querida de un revolucionario, la hermana de un genio, la madre de un mártir. Y la vida no me ha permitido más que llegar a ser una cortesana de mediano buen gusto; ¡ya esto solo se ha hecho bastante difícil! Así me ha sucedido. Estuve una temporada inconsolable, y durante mucho tiempo busqué en mí la culpa. La vida, pensé, ha de tener al fin razón siempre; y si la vida se burlaba de mis hermosos sueños, habrán sido necios mis sueños, decía yo, y no habrán tenido razón. Pero esta consideración no servía de nada absolutamente. Y como yo tenía buenos ojos, y buenos oídos y era además un tanto curiosa, me fijé con todo interés en la llamada vida, en mis vecinos y en mis amistades, medio centenar largo de personas y de destinos, y entonces vi, Harry, que mis sueños habían tenido razón, mil veces razón, lo mismo que los tuyos. Pero la vida, la realidad, no la tenía. Que una mujer de mi especie no tuviera otra opción que envejecer pobre y absurdamente junto a una máquina de escribir al servicio de un ganadineros, o casarse con uno de estos ganadineros por su posición, o si no, convertirse en una especie de meretriz, eso era tan poco justo como que un hombre como tú tenga, solitario, receloso y desesperado, que echar mano de la navaja de afeitar. En mí era la miseria quizá más material y moral; en ti, más espiritual; la senda era la misma. ¿Crees que no soy capaz de comprender tu terror ante el foxtrot, tu repugnancia hacia los bares y los locales de baile, tu resistencia contra la música de jazz y todas estas cosas? Demasiado bien lo comprendo, y lo mismo tú

aversión a la política, tu tristeza por la palabrería y el irresponsable hacer que hacemos de los partidos y de la Prensa, tu desesperación por la guerra, por la pasada y por la venidera, por la manera cómo hoy se piensa, se lee, se construye, se hace música, se celebran fiestas, se promueve la cultura. Tienes razón, lobo estepario, mil veces razón, y, sin embargo, has de sucumbir. Para este mundo sencillo de hoy, cómodo y satisfecho con tan poco, eres tú demasiado exigente y hambriento; el mundo te rechaza, tienes para él una dimensión de más. El que hoy quiera vivir y alegrarse de su vida, no ha de ser un hombre como tú ni como yo. El que en lugar de chinchín exija música, en lugar de placer alegría, en lugar de dinero alma, en vez de loca actividad verdadero trabajo, en vez de jugueteo pura pasión, para ése no es hogar este bonito mundo que padecemos...

Ella miraba al suelo meditando.

¡Armanda exclamé conmovido, hermana! ¡Qué ojos tan buenos tienes! Y, sin embargo, tú me enseñaste el foxtrot. ¿Cómo te explicas esto, que hombres como nosotros, hombres con una dimensión de más, no podamos vivir aquí? ¿En qué consiste? ¿No pasa esto más que en nuestra época actual? ¿O fue siempre lo mismo?

No sé. Quiero admitir en honor del mundo, que sólo sea nuestra época, que sólo sea una enfermedad, una desdicha momentánea. Los jefes trabajan con ahínco y con resultado preparando la próxima guerra, los demás bailamos foxtrots entretanto, ganamos dinero y comemos pralinés; en una época así ha de presentar el mundo un aspecto bien modesto. Esperamos que otros tiempos hayan sido y vuelvan a ser mejores, más ricos, más amplios, más profundos. Pero con eso no vamos ganando nada nosotros. Y acaso haya sido siempre igual...

¿Siempre así como hoy? ¿Siempre sólo un mundo para políticos, arrivistas, camareros y vividores, y sin aire para las personas?

No lo sé, nadie lo sabe. Además, da lo mismo. Pero yo pienso ahora en tu favorito, amigo mío, del cual me has referido a veces muchas cosas y hasta que has leído sus cartas: de Mozart. ¿Qué ocurriría con él? ¿Quién gobernó el mundo en su época, quién se llevó la espuma, quién daba el tono y representaba algo: Mozart o los negociantes, Mozart o los hombres adocenados y superficiales? ¿Y cómo murió y fue enterrado? Y así, pienso yo que ha sido acaso siempre y que siempre será lo mismo, y lo que en los colegios se llama «Historia Universal» y allí hay que aprendérselo de memoria para la cultura, con todos los héroes, genios, grandes acciones y sentimientos, eso es sencillamente una superchería, inventada por los maestros de escuela, para fines de ilustración y para que los niños durante los años prescritos tengan algo en qué ocuparse. Siempre ha sido así y siempre será igual, que el tiempo y el mundo, el dinero y el poder, pertenecen a los mediocres y superficiales, y a los otros, a los verdaderos hombres, no les pertenece nada. Nada más que la muerte.

¿Fuera de eso, nada en absoluto?

Si, la eternidad.

¿Quieres decir el nombre, la fama para edades futuras?

No, lobito; la fama, no. ¿Tiene ésta, acaso, algún valor? ¿Y crees tú por ventura que todos los hombres realmente verdaderos y completos han alcanzado la celebridad y son conocidos de las generaciones posteriores?

No; naturalmente que no.

Por consiguiente, la fama no es. La fama sólo existe también para la ilustración, es un asunto de los maestros de escuela. La fama no lo es, ¡oh, no! Lo es lo que yo llamo la eternidad. Los místicos lo llaman el reino de Dios. Yo me imagino que nosotros los hombres todos, los de mayores exigencias, nosotros los de los anhelos, los de la dimensión de más, no podríamos vivir en absoluto si para respirar, además del aire de este mundo, no hubiese también otro aire, si además del tiempo no existiese también la eternidad, y ésta es el reino de lo puro. A él pertenecen la música de Mozart y las poesías de los grandes poetas; a él pertenecen también los santos, que hicieron milagros y sufrieron el martirio y dieron un gran ejemplo a los hombres. Pero también pertenece del mismo modo a la eternidad la imagen de cualquier acción noble, la fuerza de todo sentimiento puro, aun cuando nadie sepa nada de ello, ni lo vea, ni lo escriba, ni lo conserve para la posteridad. En lo eterno no hay futuro, no hay más que presente.

Tienes razón dije.

Los místicos continuó ella con aire pensativo son los que han sabido más de estas cosas. Por eso han establecido los santos y lo que ellos llaman la «comuni3n de los santos». Los santos son los hombres verdaderos, los hermanos menores del Salvador. Hacia ellos vamos de camino nosotros durante toda nuestra vida, con toda buena acci3n, con todo pensamiento audaz, con todo amor. La comuni3n de los santos, que en otro tiempo era representada por los pintores dentro de un cielo de oro, radiante, hermosa y apacible, no es otra cosa que lo que yo antes he llamado la «eternidad». Es el reino m1s all1 del tiempo y de la apariencia. All1 pertenecemos nosotros, all1 est1 nuestra patria, hacia ella tiende nuestro coraz3n, lobo estepario, y por eso anhelamos la muerte. All1 volver1s a encontrar a tu Goethe y a tu Novalis y a Mozart, y yo a mis santos, a San Crist3bal, a Felipe Neri y a todos. Hay muchos santos que en un principio fueron graves pecadores; tambi3n el pecado puede ser un camino para la santidad, el pecado y el vicio, Te vas a reír, pero yo me imagino con frecuencia que acaso tambi3n mi amigo Pablo pudiera ser un santo. ¡Ah, Harry, nos vemos precisados a taconear por tanta basura y por tanta idiotez para poder llegar a nuestra casa! Y no tenemos a nadie que nos lleve; nuestro 3nico gu1a es nuestro anhelo nost1lgico.

Sus 3ltimas palabras las pronunci3 otra vez en voz muy queda, y luego hubo un silencio apacible en la estancia; el sol estaba en el ocaso y hac1a brillar las letras doradas en el lomo de los muchos libros de mi biblioteca. Cog1 en mis manos la cabeza de Armanda, la bes3 en la frente y puse fraternal su mejilla junto a la m1a; as1 nos quedamos un momento. As1 hubiera deseado quedarme y no salir aquel d1a a la calle. Pero para esta noche, la 3ltima antes del gran baile, se me hab1a prometido Mar1a.

Pero en el camino no iba pensando en Mar1a, sino en lo que Armanda hab1a dicho. Me pareci3 que todos estos no eran tal vez sus propios pensamientos, sino los m1os, que la clarividente hab1a le1do y aspirado y me devolv1a, haciendo que ahora se concretaran y surgieran nuevos ante m1. Por haber expresado la idea de la eternidad le estaba especial y profundamente agradecido. La necesitaba; sin esa idea no pod1a vivir, ni morir tampoco. El sagrado m1s all1, lo que est1 fuera del tiempo, el mundo del valor imperecedero, de la sustancia divina me hab1a sido regalado hoy por mi amiga y profesora de baile. Hube de pensar en mi sue1o de Goethe, en la imagen del viejo sabio, que se hab1a re1do de un modo tan sobrehumano y me hab1a hecho objeto de su broma inmortal. Ahora es cuando comprend1 la risa de Goethe, la risa de los inmortales. No ten1a objetivo esta risa, no era m1s que luz y claridad; era lo que queda cuando un hombre verdadero ha atravesado 105 sufrimientos, los vicios, los errores, las pasiones y las equivocaciones del g3nero humano y penetra en lo eterno, en el espacio universal. Y la «eternidad» no era otra cosa que la liberaci3n del tiempo, era en cierto modo su vuelta a la inocencia, su retransformaci3n en espacio.

Busqu3 a Mar1a en el sitio en donde sol1amos comer en nuestras noches, pero a3n no hab1a llegado. En el callado cafet1n del suburbio estuve sentado esperando ante la mesa preparada, con mis ideas todav1a en nuestro di1logo. Todas estas ideas que hab1an surgido all1 entre Armanda y yo, me parecieron tan profundamente familiares, tan conocidas de siempre, tan sacadas de mi m1s íntima mitolog1a y mundo de im1genes. Los inmortales, en la forma en que viven en el espacio sin tiempo, desplazados, hechos im1genes, y la eternidad cristalina como el 3ter en torno de ellos, y la alegr1a serena, radiante y sid3rea de este mundo extraterreno, ¿de d3nde me era todo esto tan familiar? Medit3 y se me ocurrieron trozos de las Casaciones, de Mozart; del Piano bien afinado, de Bach, y por doquiera en esta m3sica me parec1a brillar esta serena claridad de estrellas, flotar este et3reo resplandor. S1; eso era; esta m3sica era algo as1 como tiempo congelado y convertido en espacio, y por encima, flotando, infinita, una alegr1a sobrehumana, una eterna risa divina. ¡Oh, y a esto se acomodaba tan perfectamente el viejo Goethe de mi sue1o! Y de pronto o1 en torno m1o esta insondable risa, o1 reír a los inmortales. Encantado, estuve sentado all1; encantado, saqu3 mi l1piz del bolsillo del chaleco, busqu3 papel, hall3 la carta de los vinos ante m1, le di media vuelta y escrib1 al dorso, escrib1 versos, que al d1a siguiente me los encontr3 en el bolsillo. Dec1an:

Los Inmortales

Hasta nosotros sube de los confines del mundo el anhelo febril de la vida:

con el lujo la miseria confundida, vaho sangriento de mil fúnebres festines, espasmos de deleite, afanes, espantos, manos de criminales, de usureros, de santos; la humanidad con sus ansias y temores, a la vez que sus cálidos y pútridos olores, transpira santidades y pasiones groseras, se devora ella misma y devuelve después lo tragado, incuba nobles artes y bélicas quimeras, y adorna de ilusión la casa en llamas del pecado; se retuerce y consume y degrada en los goces de feria de su mundo infantil, a todos les resurge radiante y renovada, y al final se les trueca en polvo vil.

Nosotros, en cambio, vivimos las frías mansiones del éter cuajado de mil claridades, sin horas ni días, sin sexos ni edades. Y vuestros pecados y vuestras pasiones y hasta vuestros crímenes nos son distracciones, igual y único es para nosotros el menor momento. Viendo silenciosos vuestras pobres vidas inquietas, mirando en silencio girar los planetas, gozamos del gélido invierno espacial. Al dragón celeste nos une amistad perdurable; es nuestra existencia serena, inmutable, nuestra eterna risa, serena y astral.

Luego llegó María, y después de una comida alegre me fui con ella a nuestro cuartito. Estuvo en esa noche más hermosa, más ardiente y más íntima que nunca, y me dio a gustar delicadezas y juegos que consideré como el límite del placer humano.

María dije, eres pródiga hoy como una diosa. No nos mates por completo a los dos, que mañana es el baile de máscaras. ¿Qué clase de pareja va a ser la tuya en la fiesta? Temo, mi querida florcilla, que sea un príncipe de hadas y te rapte y no vuelvas ya nunca a mi lado. Hoy me quieres casi como se quieren los buenos amantes en el momento de la despedida, en la vez postrera.

Ella oprimió los labios fuertemente a mi oído y susurró:

¡Calla, Harry! Cada vez puede ser la última. Cuando Armanda te haga suyo, no volverás más a mi lado. Quizá sea mañana ya.

Nunca percibí el sentimiento característico de aquellos días, aquel doble estado de ánimo deliciosamente agrisado, de un modo más violento que en aquella noche víspera del baile. Lo que sentía era felicidad: la belleza y el abandono de María, el gozar, el palpar, el respirar cien delicadas y amables sensualidades, que yo había conocido tan tarde, como hombre ya de cierta edad, el chapoteo en una suave y ondulante ola de placer. Y, sin embargo, esto no era más que la cáscara; por dentro estaba todo lleno de significación, de tensión y de fatalidad, y en tanto yo estaba ocupado amable y delicadamente con las dulces y emotivas pequeñeces del amor, nadando al parecer en tibia ventura, me daba cuenta dentro del corazón de cómo mi destino se afanaba atropelladamente hacia adelante, corriendo impetuoso como un corcel bravío, cara al abismo, cara al precipicio, lleno de angustia, lleno de anhelos, entregado con complacencia a la muerte. Así como todavía hace poco me defendía con temor y espanto de la alegre frivolidad del amor exclusivamente sensual, y lo mismo que había sentido pánico ante la belleza riante y dispuesta a entregarse de María, así sentía yo ahora también miedo a la muerte, pero un miedo consciente de que ya pronto habría de convertirse en total entrega y redención.

Mientras nosotros estábamos abismados calladamente en los juegos afanosos de nuestro amor, perteneciendo el uno al otro más íntimamente que nunca, se despedía mi alma de María y de todo lo que ella me había significado. Por ella aprendí a entregarme infantilmente una vez más en el último

instante al jugueteo de la superficie, a buscar las alegrías más fugaces, a ser niño y bestia en la inocencia del sexo, un estado que en mi vida anterior sólo había conocido como excepción rara, pues la vida sensual y el sexo habían tenido para mí casi siempre el amargo sabor de culpa, el gusto dulce, pero timorato, de la fruta prohibida, ante la cual debe ponerse en guardia un hombre espiritual. Ahora, Armanda y María me habían enseñado este jardín en toda su inocencia; agradecido, había sido yo su huésped; pero pronto se hacía tiempo ya para mí de seguir andando, resultaba demasiado bonito y demasiado confortante este jardín. Seguir aspirando a la corona de la vida, seguir purgando la culpa infinita de la vida, era lo que me estaba reservado. Una vida fácil, un fácil amor, una muerte fácil, no eran cosas para mí.

Por alusiones de la muchacha deduje que para el baile del día siguiente, o a continuación de él, estaban planeados voluptuosidades y goces especialísimos. Quizá esto fuera el fin, quizá tuviese razón María con su presentimiento, y nosotros estábamos acostados aquella noche juntos por última vez. ¿Acaso empezaba mañana la nueva senda del destino? Yo estaba lleno de anhelos ardientes, lleno de angustia sofocante, y me agarré fuertemente y con fiereza a María, recorrí una vez más, ávido y ebrio, todos los senderos y malezas de su jardín, me cebé una vez más en la dulce fruta del árbol del paraíso.

Recuperé al día siguiente el sueño perdido aquella noche. Por la mañana tomé un coche y fui a darme un baño; luego a casa, muerto de cansancio; puse a oscuras mi alcoba; al desnudarme encontré en el bolsillo mi poesía, la olvidé otra vez, me acosté inmediatamente, olvidé a María, a Armanda y al baile de máscaras, y dormí durante todo el día. Cuando a la tarde me levanté, hasta que no estaba afeitándome no me volví a acordar de que una hora después empezaba ya la fiesta y yo tenía que sacar una camisa para el frac. De buen humor acabé de arreglarme y salí, para ir primeramente a comer en cualquier lado.

Era el primer baile de máscaras al que yo concurría. Es verdad que en otros tiempos había visitado acá y allá estas fiestas, a veces hasta encontrándolas bonitas, pero no había bailado nunca y había sido tan sólo espectador, y siempre me había resultado cómico el entusiasmo con que oía hablar a otros de estas fiestas y hallar en ellas una diversión. Pero en el día de hoy era el baile también para mí un acontecimiento, del que me alegraba con impaciencia y no sin miedo. Como no tenía que llevar a ninguna señora, decidí no ir hasta tarde; esto me lo había recomendado también Armanda.

Al «Casco de Acero», mi refugio de otros tiempos, donde los hombres desengañados perdían sentados las noches, libaban su vino y jugaban a los solteros, iba yo ya rara vez en la última época; ya no se adecuaba al estilo de mi vida presente. Pero esta noche me sentí de nuevo atraído hacia allí como cosa enteramente natural. En el estado de ánimo, a un tiempo alegre y temeroso, de fatalidad y despedida, que me dominaba en aquella época, adquirirían todos los pasos y lugares de mis recuerdos una vez más el brillo dolorosamente hermoso del pasado, y así también el pequeño cafetín lleno de humo, donde no ha mucho aún contaba yo entre los parroquianos y donde todavía hace poco bastaba el narcótico primitivo de una botella de vino de la tierra para poder irme por una noche más a mi cama solitaria y para poder aguantar la vida por otro día más. Desde entonces había gustado otros remedios, excitantes más fuertes, había ingerido venenos más dulces. Sonriente, pisé el viejo local y fui recibido por el saludo de la hostelera y una inclinación de cabeza de los silenciosos parroquianos. Me recomendaron y me sirvieron un pequeño pollo asado, el vino nuevo de la Alsacia corrió claro en el vaso rústico y de un dedo de grueso; amablemente me miraban las limpias y blancas mesas de madera, la vieja vajilla gualda. Y en tanto yo comía y bebía, iba aumentando dentro de mí este sentimiento de marchitez y de fiesta de despedida, este sentimiento dulce e íntimamente doloroso de mezcla con todos los escenarios y cosas de mi vida anterior, que no había sido resuelta nunca por completo, pero cuya solución estaba ahora a punto de madurar. El hombre «moderno» llama a esto sentimentalismo; no ama ya las cosas, ni siquiera lo que le es más sagrado, el automóvil, que espera poder cambiar lo antes posible por otra marca mejor. Este hombre moderno es decidido, sano, activo, sereno y austero, un tipo admirable; se portará a las mil maravillas en la próxima guerra. No me importaba nada; yo no era un hombre moderno ni tampoco enteramente pasado de moda; me había salido de la época y seguía adelante acercándome a la muerte, dispuesto a morir. No tenía aversión a sentimentalismos, estaba contento y agradecido de notar en mi abrasado corazón todavía algo así como sentimientos. De esta manera me entregué a los recuerdos del viejo cafetín, a mi apego a las viejas y toscas sillas; me entregué al vaho de humo y de vino, al

sentido esfumado del hábito, de calor y de semejanza de hogar que tenía para mí todo aquello. El despedirse es hermoso, entona dulcemente. Me gustaba el asiento duro y mi vaso rústico, me gustaba el sabor fresco y las frutas del alsaciano, me gustaba la familiaridad con todo y con todos en este lugar; las caras de los bebedores acurrucados y soñadores, de los desengañados, cuyo hermano había sido yo mucho tiempo. Eran sentimentalidades burguesas las que yo sentía aquí, ligeramente salpicadas con un perfume de romanticismo pasado de moda, procedente de la época de muchacho, cuando el café, el vino y el cigarro eran aún cosas prohibidas, extrañas y magníficas. Pero no se alzó ningún lobo estepario para rechinar los dientes y hacer jirones mis sentimentalismos. Apaciblemente estuve sentado, inflamado por el pretérito, por la débil radiación de un astro que acababa de ponerse.

Llegó un vendedor ambulante con castañas asadas y le compré un puñado. Llegó una vieja con flores, le compré un par de claveles y se los regalé a la hostelera. Sólo cuando fui a pagar y busqué en vano el bolsillo acostumbrado, me di cuenta nuevamente de que iba de frac. ¡Baile de máscaras! ¡Armanda!

Pero aún era excesivamente temprano, no podía decidirme a ir a los salones del Globo. También me daba cuenta, como me había ocurrido en los últimos tiempos con todas estas diversiones, de algunos obstáculos y resistencias, una aversión a entrar en locales grandes, repletos de gente y bulliciosos, una timidez escolar ante la atmósfera extraña, ante el mundo de los elegantes, ante el baile.

Correteando, vine a pasar por un cine, vi brillar haces de rayos y gigantescos anuncios de colores; pasé de largo unos metros, volví otra vez y entré. Allí podía yo estar sentado bonitamente en la oscuridad hasta eso de las once. Conducido por el botones con la linterna, tropecé con las cortinas y di en el salón en tinieblas, encontré un sitio y de pronto estuve en medio del Antiguo Testamento. El film era uno de esos que se dicen producidos con gran lujo y refinamiento no para ganar dinero, sino con fines nobles y santos, y al cual, por las tardes, hasta escolares eran llevados por sus profesores de religión. Allí se representaba la historia de Moisés y de los israelitas en Egipto con un enorme aparato de hombres, caballos, camellos, palacios, pompa faraónica y fatigas de los judíos en la arena abrasadora del desierto. Vi a Moisés, peinado un poco según el modelo de Walt Whitman, un magnífico Moisés de guardarropía, caminando por el desierto, delante de los judíos, fogoso y sombrío, con su largo báculo y con pasos como Wotan. Lo vi junto al mar Rojo implorando a Dios y vi separarse al mar Rojo dejando libre una calle, un desfiladero entre altas montañas de agua (los catecúmenos llevados por el párroco a este film religioso podían discutir largamente sobre la manera cómo los directores de la película habían operado esta escena); vi atravesar por el desfiladero al profeta y al pueblo temeroso; aparecer detrás de ellos a los carros del Faraón; vi vacilar y con miedo a los egipcios a la orilla del mar y luego aventurarse dentro valerosamente, y vi cerrarse los montes de agua sobre el magnífico Faraón con su armadura de oro y sobre todos sus carros y guerreros, no sin acordarme de un dúo para dos bajos de Händel, en donde se canta magistralmente este acontecimiento. Vi después con transparencia a Moisés subir al Sinaí, un héroe sombrío en un sombrío páramo de piedras, y presencié cómo allí Jehová le transmitía los diez mandamientos por medio de tempestad, relámpagos y truenos, en tanto que su pueblo indigno al pie de la montaña erigía el ternero de oro y se entregaba a placeres bastante impetuosos. Me resultaba tan extraño e increíble presenciar todo esto, ver cómo, ante un público agradecido que calladamente devoraba sus panecillos, se representaba, por sólo el dinero del billete, las historias sagradas, sus héroes y milagros, que derramaron sobre nuestra infancia el primer presentimiento de otro mundo, de algo sobrehumano; un lindo ejemplo minúsculo del gigantesco saldo y liquidación de cultura de esta época. Dios mío, para evitar esta repugnancia hubiese sido preferible que sucumbieran también entonces, además de los egipcios, los judíos y todo el género humano, logrando una muerte violenta y digna, en lugar de esta afrentosa muerte aparente y mediocre que hoy sufrimos nosotros. ¡Mil veces preferible!

Mis secretos obstáculos, mi miedo inconfesado al baile de máscaras, no se habían aminorado con el cine y sus estímulos, sino que habían crecido de un modo desagradable, y yo, pensando en Armanda, hube de hacer un esfuerzo para que, por último, me llevara un coche a los salones del Globo y entrar. Se había hecho tarde y el baile estaba en marcha hacía tiempo. Tímido y perplejo, me vi envuelto al punto, antes de quitarme el abrigo, en un violento torbellino de máscaras, fui empujado sin miramientos; muchachas me invitaban a visitar los cuartos del champaña, clowns me daban golpes en la espalda y me llamaban de tú. No les hacía caso, a empujones me abrí camino trabajosamente por los locales

sobrelenos hasta llegar al guardarropa, y cuando me dieron el número lo guardé con gran cuidado en el bolsillo, pensando que acaso ya pronto lo necesitase otra vez, cuando estuviera harto del bullicio.

En todas las estancias del gran edificio había fiebre de fiesta, en todos los salones se bailaba, hasta en el sótano, todos los pasillos y escaleras estaban abarrotados de máscaras, de baile, de música, de carcajadas y barullo. Apretujado me fui deslizado por entre la multitud, desde la orquesta de negros hasta la murga de aldea, desde el radiante gran salón principal, por los pasillos y escaleras, por los bares, hasta los buffets y los cuartos del champaña. En la mayor parte de las paredes pendían las fieras y alegres pinturas de los artistas modernísimos. Todo el mundo estaba allí, artistas, periodistas, profesores, hombres de negocios, además, naturalmente, toda la gente de viso de la ciudad. Formando en una de las orquestas estaba sentado mister Pablo, soplando con entusiasmo en su tubo arqueado; cuando me conoció, me lanzó con estrépito su saludo musical. Empujado por el gentío, fui pasando por diversos aposentos, subí y bajé escaleras; un pasillo en el sótano había sido dispuesto por los artistas como infierno, y una murga de demonios armaba allí una frenética algarabía. Luego empecé a buscar con la vista a Armanda y a María, traté de encontrarlas, me esforcé varias veces por penetrar en el salón principal, pero me perdía siempre o me hallaba de cara con la corriente de la multitud. Hacia media noche aún no había encontrado a nadie; aun cuando todavía no me había decidido a bailar, ya tenía calor y me sentía mareado, me tiré en la silla más cercana, entre gente extraña toda, me hice servir vino y encontré que el asistir a estas fiestas bulliciosas no era cosa para un hombre viejo como yo. Resignado bebí mi vaso de vino, miré absorto los brazos y las espaldas desnudas de las mujeres, vi pasar flotando innúmeras máscaras grotescas, me dejé dar empujones y sin decir una palabra hice seguir su camino a un par de muchachas que querían sentarse sobre mis rodillas o bailar conmigo. «Viejo oso gruñón», gritó una, y tenía razón. Decidí infundirme algo de valor y de humor bebiendo, pero tampoco el vino me hacía bien, apenas pude apurar el segundo vaso. Y poco a poco fui sintiendo cómo el lobo estepario estaba detrás de mí y me sacaba la lengua. No se podía hacer nada conmigo, yo estaba allí en falso lugar. Había ido con la mejor intención, pero no podía animarme, y la alegría bulliciosa y zumbante, las risotadas y todo el frenesí en torno mío se me antojaba necio y forzado.

Así sucedió que a eso de la una, desengañado y de mal talante, me escabullí hacia atrás al guardarropa, para ponerme el gabán y marcharme. Era una derrota, un retroceso al lobo estepario, y no sé si Armanda me lo perdonaría. Pero yo no podía hacer otra cosa. En el penoso camino a través de las aperturas hasta el guardarropa, había vuelto a mirar con cuidado a todas partes, por si veía a alguna de las amigas. En vano. Por fin estuve de pie ante el mostrador, el hombre cortés del otro lado alargaba ya la mano esperando mi número, yo busqué en el bolsillo del chaleco ¡el número no estaba allí ya!. Diablo, no faltaba más que esto. Varias veces, durante mis tristes correrías por los salones, cuando estuve sentado ante el vino insulso, había metido la mano en el bolsillo, luchando con la resolución de volver a marcharme, y siempre había notado en su sitio la contraseña plana y redonda. Y ahora había desaparecido. Todo se me ponía mal.

¿Has perdido la contraseña? me preguntó con voz chillona un pequeño diablo rojo y amarillo, a mi lado. Ahí puedes quedarte con la mía, compañero y me la alargó efectivamente. Mientras yo la tomaba de un modo mecánico y le daba vueltas en los dedos, había desaparecido el ágil diablejo.

Pero cuando hube levantado hasta los ojos la redonda moneda de cartón, para ver el número, allí no había número alguno, sino unos garabatos de letra pequeña. Rogué al hombre del guardarropa que esperara, fui bajo la lámpara más próxima y leí. Allí decía, en minúsculas letras vacilantes, difíciles de leer, algo borrosas:

Esta noche, a partir de las cuatro, Teatro Mágico

sólo para locos.

La entrada cuesta la razón.

Como un polichinela cuyo alambre se le hubiera escapado de las manos por un momento al artista, vuelve a revivir tras una muerte corta y un estúpido letargo, toma parte de nuevo en el juego, bailotea y funciona otra vez; así yo también, llevado por el mágico alambre, volví a correr elástico, joven y

afanoso al tumulto, del cual acababa de escaparme cansado, sin gana y viejo. Jamás ha tenido más prisa un pecador por llegar al infierno. Hace un instante me habían apretado los zapatos de charol, me había repugnado el aire perfumado y denso, me había aplanado el calor; ahora corría de prisa sobre mis pies alados, en el compás de onestep, por todos los salones, camino del infierno; sentía el aire lleno de encanto, fui mecido y llevado por el calor, por toda la música zumbona, por el vértigo de colores, por el perfume de los hombros de las mujeres, por la embriaguez de cientos de personas, por la risa, por el compás del baile, por el brillo de todos los ojos inflamados. Una bailarina española voló a mis brazos: «Baila conmigo.» «No puede ser», dije, «voy al infierno. Pero un beso tuyo me lo llevo con gusto». La boca roja bajo el antifaz vino a mi encuentro, y sólo entonces, en el beso, reconocí a María. La apreté en mis brazos, como una fragante rosa de verano florecía su boca plena. Y luego bailamos, claro está, con los labios todavía juntos, y pasamos bailando cerca de Pablo, éste pendía enamorado de su tubo acústico que aullaba tiernamente; radiante y semiausente nos acogió su hermosa mirada ininteligente. Pero antes de que hubiésemos dado veinte pasos de baile, se interrumpió la música, con disgusto solté a María de mis manos.

Me hubiese gustado bailar contigo otra vez dije, embriagado por su calor; sigue conmigo unos pasos, María; estoy enamorado de tu hermoso brazo; ¡déjame todavía un momento! Pero, mira, Armanda me ha llamado. Está en el infierno.

Me lo figuré. Adiós, Harry; yo sigo queriéndote.

Se despidió. Despedida era, otoño era, sino era, lo que me había dejado el perfume de la rosa de verano tan plena y tan fragante.

Seguí corriendo a través de los largos pasillos llenos de tiernas apreturas y por las escaleras abajo hacia el infierno. Allí ardían en los muros, negros como la pez, lámparas chillonas y malignas, y la orquesta de diablos tocaba febril. En una alta silla del bar había sentado un joven bello sin careta, de frac, el cual me pasó revista brevemente con una mirada burlona. Fui oprimido contra la pared por el torbellino del baile; unas veinte parejas bailaban en el pequeñísimo espacio. Ávido y temeroso observé a todas las mujeres; la mayoría aún llevaban antifaz; algunas me miraban riendo; pero ninguna era Armanda. Burlón miraba el bello jovencuelo hacia abajo desde su alta silla barera. Pensé que en el próximo intermedio del baile llegaría ella y me llamaría. El baile acabó, pero no vino nadie.

Pasé al otro lado, al bar, que estaba embutido en un rincón de la pequeña estancia baja de techo. Fui a ponerme junto a la silla del jovencito y me hice servir whisky. Mientras bebía, vi el perfil del joven; parecía tan conocido y encantador como un retrato de tiempo muy remoto, valioso por el silente velo polvoriento del pasado. ¡Oh, en aquel momento sufrí una sacudida! ¡Sí, era Armando, mi amigo de la infancia!

¡Armando! dije a media voz.

El sonrió.

Harry, ¿me has encontrado?

Era Armanda, sólo un poco alterado el peinado y ligeramente pintada. Su rostro inteligente me miró de un modo singular con toda su palidez, asomándose a su cuello tieso de moda; llamativamente pequeñas, surgían sus manos de las amplias mangas negras del frac y de los puños blancos, y llamativamente lindos surgían sus pies en botines de seda blanca y negra de los negros pantalones largos.

¿Es éste el traje, Armanda, con el que quieres hacer que me enamore de ti?

Hasta ahora asintió ella sólo he enamorado a algunas señoras. Pero ahora te toca a ti el turno. Bebamos antes una copa de champaña.

Así lo hicimos, agachados sobre nuestras altas sillas del bar, en tanto que a nuestro lado continuaba el baile y se hinchaba la cálida y violenta música. Y sin que Armanda pareciera esforzarse en absoluto por lograrlo, me enamoré muy pronto de ella. Como iba vestida de hombre, no podíamos bailar, no podía permitirme ninguna caricia, ningún ataque; y mientras aparecía alejada y neutral en su disfraz masculino, me iba envolviendo en miradas, en palabras y gestos, con todos los encantos de su feminidad. Sin haber llegado a tocarla siquiera, sucumbí a su encanto, y esta misma magia seguía en su papel, era un poco hermafrodita. Pues ella estuvo conversando conmigo acerca de Armando y de la niñez, la mía y la suya propia, aquellos años anteriores a la madurez sexual, en los cuales la capacidad de amar abarca no sólo a los sexos, sino a todo y a todas las cosas, lo material y lo espiritual, y todo dotado de

la magia del amor y de la fabulosa capacidad de transformación, que únicamente a los elegidos y a los poetas les retorna a veces en las últimas épocas de la vida. Ella representaba perfectamente su papel de moza, fumaba cigarrillos y charlaba ingeniosa y con soltura, a menudo un poco burlona; pero todo estaba impregnado por Eros, todo se transmutaba en linda seducción al pasar a mis sentidos.

¡Qué bien y qué exactamente había creído yo conocer a Armada y cuán nueva del todo se me revelaba en esta noche! ¡De qué manera tan dulce e imperceptible me tendía la anhelada red, de qué forma tan divertida y embrujada me daba a beber el dulce veneno!

Estuvimos sentados charlando y bebiendo champaña. Dimos, curiosos, una vuelta por los salones, como descubridores aventureros; estuvimos observando diversas parejas y acechamos sus juegos de amor. Ella me mostraba mujeres con las que me incitaba a bailar, y me daba consejos acerca de las artes de seducción que había que emplear con ésta y con aquélla. Nos presentamos como rivales, hicimos la corte los dos un rato a la misma mujer, bailamos alternativamente con ella, tratando los dos de conquistarla. Y, sin embargo, todo esto no era más que juego de máscaras, era sólo una diversión entre nosotros dos que nos enlazaba a ambos más estrechamente, nos inflamaba más al uno para el otro. Todo era cuento de hadas, todo estaba enriquecido con una dimensión de más, con una nueva significación; todo era juego y símbolo. Vimos a una mujer joven, muy hermosa, que parecía algo apenada y descontenta. Armando bailó con ella, la puso hecha un ascua, se la llevó a un quiosco de champaña, y me contó después que había conquistado a aquella mujer no como hombre, sino como mujer, con la magia de Lesbos. Pero a mí, poco a poco, todo este palacio bullicioso lleno de salones en los que zumbaba el baile, esta ebria multitud de máscaras, se me convertía en un desenfrenado paraíso de ensueño; una y otra flor me seducían con su perfume, con una fruta y con otra estuve jugueteando, examinándolas con los dedos; serpientes me miraban seductoramente desde verdes sombras de follaje; la flor del loto se alzaba espiritual sobre el negro cieno; pájaros encantados incitaban desde la enramada, y, sin embargo, todo no hacía más que llevarme al fin anhelado, todo me invitaba cada vez más con afán ardiente hacia la única. Un momento bailé con una muchacha desconocida, entusiasmado, conquistador; la arrastré al vértigo y a la embriaguez, y, mientras flotábamos en lo irreal, dijo ella, riendo, de pronto:

Estás desconocido. A primera hora te encontrabas tan tonto y tan insípido...

Y reconocí a la que horas antes me había llamado «viejo oso gruñón». Ahora creyó haberme conseguido; pero al baile siguiente era ya otra la que me enardecía. Bailé dos horas o aún más, sin parar, todos los bailes, muchos que no había aprendido nunca. Una y otra vez aparecía a mi lado Armando, el joven sonriente, me saludaba con la cabeza, desaparecía de nuevo en el tumulto.

En esta noche de baile se me logró un acontecimiento que me había sido desconocido durante cincuenta años, aun cuando lo ha experimentado cualquier tobillero y cualquier estudiante: el suceso de una fiesta, la embriaguez de la comunidad en una fiesta, el secreto de la pérdida de la personalidad entre la multitud, de la unio mystica de la alegría. Con frecuencia había oído hablar de ello, era conocido de toda criada de servir, y con frecuencia había visto brillar los ojos del narrador y siempre me había sonreído un poco con aire de superioridad, un poco con envidia. Aquel brillo en los ojos ebrios de un desplazado, de un redimido de sí mismo; aquella sonrisa y aquel decaimiento medio extraviado del que se deshace en el torbellino de la comunidad, lo había visto cien veces en la vida, en ejemplos nobles y plebeyos, en reclutas y en marineros borrachos, lo mismo que en grandes artistas en el entusiasmo de representaciones solemnes, y no menos en soldados jóvenes al ir a la guerra, y aun en época recentísima había admirado, amado, ridiculizado y envidiado este fulgor y esta sonrisa del que se encuentra felizmente fuera de lugar, en mi amigo Pablo, cuando él, dichoso en el estruendo de la música, estaba pendiente de su saxofón en la orquesta, o miraba arrobado y en éxtasis al director, al tambor o al hombre con el banjo. A veces había pensado que esta sonrisa, este fulgor infantil, no sería posible más que a personas muy jóvenes y a aquellos pueblos que no podían permitirse una fuerte individuación y diferenciación de los hombres en particular. Pero hoy, en esta bendita noche, irradiaba yo mismo, el lobo estepario Harry, esta sonrisa, nadaba yo mismo en esta felicidad honda, infantil, de fábula; respiraba yo mismo este dulce sueño y esta embriaguez de comunidad, de música y de ritmo, de vino y de placer sexual, cuyo elogio en la referencia de un baile dada por cualquier estudiante había escuchado yo tantas veces con un poco de soma y con aire de pobre suficiencia. Yo

ya no era yo; mi personalidad se había disuelto en el torrente de la fiesta como la sal en el agua. Bailé con muchas mujeres; también que nadaban conmigo en el mismo salón, en el mismo baile, en la misma música, y cuyas caras radiantes flotaban delante de mi vista como grandes flores fantásticas; todas me pertenecían, a todas pertenecía yo, todos participábamos unos de otros. Y hasta los hombres había que contarlos también; también en ellos estaba yo; tampoco ellos me eran extraños a mí; su sonrisa era la mía, sus aspiraciones mis aspiraciones, mis deseos los suyos.

Un baile nuevo, un foxtrot, titulado *Yearning*, se apoderaba del mundo aquel invierno. Una y otra vez tocaron este *Yearning*, y no dejaban de pedirlo nuevamente; todos estábamos impregnados de él y embriagados; todos íbamos tarareando su melodía. Bailé sin interrupción con todas las que encontraba en mi camino, con muchachas jovencitas, con señoras jóvenes florecientes, con otras en plena madurez estival y con las que empezaban a marchitarse melancólicamente: por todas ellas encantado, sonriente, feliz, radiante. Y cuando Pablo me vio entusiasmado de este modo, a mi, a quien había tenido siempre por un pobre diablo muy digno de lástima, entonces me miró venturoso con sus ojos de fuego, se levantó entusiasmado de su asiento en la orquesta, sopló con violencia en su cuerna, se subió de pie encima de la silla, y desde allí arriba soplaba hinchando los carrillos y balanceándose con el instrumento fiera y dichosamente al compás del *Yearning*, y yo y mi pareja le tirábamos besos con la mano y acompañábamos la música cantando a grandes voces. «¡Ah pensaba yo entretanto, ya puede sucederme lo que quiera; ya he sido yo también feliz por una vez, radiante, desligado de mí mismo, un hermano de Pablo, un niño!»

Había perdido la noción del tiempo; no sé cuántas horas o cuántos instantes duró esta dicha embriagadora. Tampoco me daba cuenta de que la fiesta, cuanto más al rojo se iba poniendo, se comprimía en un espacio tanto más reducido. La mayor parte de la gente se había ido ya; en los pasillos se había hecho el silencio, y estaban apagadas muchas de las luces; la escalera estaba desierta; en los salones de arriba, una orquesta tras la otra había enmudecido y se había marchado; únicamente en el salón principal y en el infierno, allá abajo, se agitaba todavía el abigarrado frenesí de la fiesta, que aumentaba en ardor constantemente. Como no podía bailar con Armanda, el jovencuelo, sólo habíamos podido volver a encontrarnos y a saludarnos rápidamente en los intermedios del baile, y últimamente se me había eclipsado en absoluto, no sólo a la vista, sino también al pensamiento. Ya no había pensamientos. Yo flotaba disuelto en el embriagado torbellino del baile, alcanzado por notas, suspiros, perfumes, saludado por ojos extraños, inflamado, rodeado de rostros, mejillas, labios, rodillas, pechos y brazos desconocidos, arrojado de un lado para otro por la música como en un oleaje acompasado.

Entonces vi de pronto, en un momento de medio lucidez, entre los últimos huéspedes que aún quedaban llenando ahora uno de los salones pequeños, el último en el que aún resonaba la música; entonces vi de pronto una negra Pierrette con la cara pintada de blanco, una hermosa y fresca muchacha, la única cubierta con un antifaz, una figura encantadora que yo no había visto aún en toda la noche. Mientras que a todas las demás se les conocía lo tarde que era en los rostros encendidos, los trajes en desorden, los cuellos y las chorreras arrugados, estaba la negra Pierrette rozagante y pulcra con su rostro blanco tras la careta, en un vestido impecable, con la gola intacta, los puños de pico brillantes y con un peinado recién hecho. Me sentí atraído hacia ella, la cogí por el talle y nos pusimos a bailar. Plena de aroma, su gola me hacía cosquillas en la barba, me rozó la cara su cabello; con más delicadeza y con mayor intimidad que cualquiera otra bailarina de esta noche, respondía su cuerpo mórbido y juvenil a mis movimientos, los evitaba, y jugueteando obligaba, seductora, cada vez a nuevos contactos. Y de pronto, al inclinarme durante el baile buscando su boca con la mía, sonrió aquella boca con un aire superior y de antigua familiaridad; reconocí la firme barbilla, reconocí feliz los hombros, los codos, las manos. Era Armanda, ya no era Armando, cambiada de traje, perfumada ligeramente y con muy pocos polvos en la cara. Ardientes se juntaron nuestros labios, un instante se plegó a mí todo su cuerpo hasta abajo a las rodillas, llena de deseo y de abandono; luego me retiró su boca y bailó muy discreta y huyendo. Cuando acabó la música nos quedamos de pie, abrazados; todas las parejas, enardecidas a nuestro alrededor, aplaudían, daban golpes en el suelo con los pies, gritaban, hostigaban a la agotada orquesta para que repitiera el *Yearning*. Y en aquel momento percibimos todos la mañana, vimos la pálida luz tras las cortinas, nos dimos cuenta del cercano fin del placer, presentimos próximo el cansancio y nos precipitamos ciegos, con grandes risotadas y desesperados otra vez en el baile, en

la música, en la marea de luz, cogimos frenéticos el compás, apretadas unas parejas junto a otras, sentimos una vez más, dichosos, que nos tragaba el inmenso oleaje. En este baile abandonó Armanda su superioridad, su burla, su frialdad: sabía que ya no necesitaba hacer nada para enamorarme. Yo era suyo. Y ella se entregó en el baile, en las miradas, en los besos, en la sonrisa. Todas las mujeres de esta noche febril, todas aquellas con quienes yo había bailado, todas las que yo había inflamado y las que me habían inflamado a mí, aquellas a las que yo había solicitado y a las que me había plegado lleno de ilusión, todas a las que había mirado con ansias de amor, se habían fundido y estaban convertidas en una sola y única que florecía en mis brazos.

Mucho tiempo duró este baile de boda. Dos y tres veces enmudeció la orquesta, dejaron caer los músicos sus instrumentos, se separó el pianista del teclado, movió la cabeza negativamente el primer violín; pero siempre fueron enardecidos de nuevo por tocaban más de prisa, tocaban de una manera más salvaje. Luego nosotros aún estábamos abrazados y respirando penosamente por el último baile afanoso se cerró de un golpe seco la tapa del piano, cayeron cansados nuestros brazos como los de los trompeteros y violinistas, y el tocador de flauta guiñó los ojos y guardó el instrumento en su funda, se abrieron las puertas y entró a torrentes el aire frío, aparecieron unos camareros con manteles y el encargado del bar apagó la luz. Todo el mundo se dispersó con horror y como espectros; los bailarines, que hasta entonces estaban enardecidos con calor, se embutieron escalofriantes en sus abrigos y se subieron los cuellos. Armanda estaba allí de pie, pálida, pero sonriente. Poco a poco levantó los brazos y se echó para atrás el cabello, brilló a la luz su axila, una tenue sombra infinitamente delicada corría desde allí hacia el pecho oculto, y la pequeña línea ligera de sombras me pareció abarcar, como una sonrisa, todos sus encantos, todos los juguetes y posibilidades de su hermoso cuerpo.

Allí estábamos los dos, mirándonos, los últimos en el salón, los últimos en el edificio. En alguna parte, abajo, oí cerrar una puerta, romperse una copa, perderse unas risas ahogadas, mezcladas con el estruendo maligno y raudo de los automóviles que arrancaban. En alguna parte, a una distancia y a una altura imprecisas, oí resonar una carcajada, una carcajada extraordinariamente clara y alegre y, sin embargo, horrible y extraña, una risa como de hielo y de cristal, luminosa y radiante, pero inexorable y fría. ¿De dónde me sonaba a conocida esta risa extraña? No podía darme cuenta.

Allí estábamos los dos mirándonos. Por un momento me desperté y volví a tener plena conciencia de las cosas, sentí que por la espalda me invadía un enorme cansancio, sentí en mi cuerpo desagradablemente húmedas y tibias las ropas resudadas, vi sobresalir de los puños arrugados y reblandecidos por el sudor mis manos encarnadas y con las venas gruesas. Pero inmediatamente pasó esto otra vez, lo borré una mirada de Armanda. Ante su mirada, por la cual parecía estar mirándome mi propia alma, se derrumbé toda la realidad, hasta la realidad de mi deseo sensual hacia ella. Encantados nos miramos el uno al otro, me miré a mí mi pobre alma pequeña.

¿Estás dispuesto? preguntó Armanda, y se disipó su sonrisa, lo mismo que se había disipado la sombra sobre su pecho. Lejana y elevada resonó aquella extraña risa en espacios desconocidos.

Asentí. ¡Oh, ya lo creo, estaba dispuesto!

Ahora apareció en la puerta Pablo, el músico, y nos deslumbré con sus ojos alegres, que realmente eran ojos irracionales; pero los ojos de los animales están siempre serios, y los suyos reían sin cesar, y su risa los convertía en ojos humanos. Con toda su cordial amabilidad nos hizo una seña. Tenía puesto un batín de seda de colores sobre cuyas vueltas encarnadas aparecían notablemente marchitos y descoloridos el cuello reblandecido de su camisa y su rostro sobrecansado y pálido; pero los negros ojos radiantes borraban esto. También borraban la realidad, también me encantaban.

Seguimos su seña, y en la puerta me dijo a mí en voz baja:

Hermano Harry, invito a usted a una pequeña diversión. Entrada sólo para locos, cuesta la razón. ¿Está usted dispuesto?

De nuevo asentí.

¡Amable sujeto! Delicada y cuidadosamente nos cogió del brazo, a Armanda a la derecha, a mí a la izquierda, y nos llevó por una escalera a una pequeña habitación redonda, alumbrada de azul desde arriba y casi completamente vacía; no había dentro más que una pequeña mesa redonda y tres butacas, en las que nos sentamos.

¿Dónde estábamos? ¿Estaba yo durmiendo? ¿Me encontraba en mi casa? ¿Iba sentado en un auto caminando? No, estaba sentado en la habitación redonda iluminada de azul, en una atmósfera enraecida, en una capa de realidad que se había hecho muy tenue. ¿Por qué estaba Armanda tan pálida? ¿Por qué hablaba Pablo tanto? ¿No era acaso yo mismo quien le hacía hablar, quien hablaba por él? ¿No era acaso también sólo mi propia alma, el ave temerosa y perdida, la que me miraba por sus ojos negros, lo mismo que por los ojos grises de Armanda?

Con toda su bondad amable y un poco ceremoniosa nos miraba Pablo y hablaba, hablaba mucho y largamente. El, a quien yo no había oído hablar seguido, a quien no interesaban las disputas ni los formalismos, a quien yo apenas concedía una idea, estaba hablando ahora, charlaba corrientemente y sin faltas, con su voz buena y cálida:

Amigos, os he invitado a una diversión, que Harry está deseando hace ya mucho tiempo, con la que ha soñado muchas veces. Un poco tarde es, y probablemente estamos todos algo cansados. Por eso vamos a descansar aquí antes y a fortalecernos.

De un nicho que había en la pared tomó tres vasitos y una pequeña botella singular. Sacó una cauta exótica de madera de colores, llenó de la botella los tres vasitos, cogió de la caja tres cigarrillos delgados, largos y amarillos, sacó de su batín de seda un encendedor y nos ofreció fuego. Cada uno de nosotros, recostado en su butaca, se puso entonces a fumar lentamente su cigarrillo, cuyo humo era espeso como el incienso, y a pequeños y lentos sorbos bebimos el líquido agridulce, que sabía a algo extrañamente desconocido y exótico, y que, en efecto, actuaba animando extraordinariamente y haciendo feliz, como si lo llenasen a uno de gas y perdiera su gravedad. Así estuvimos sentados fumando a pequeñas chupadas, descansando y saboreando los vasos, sentimos que nos aligerábamos y que nos poníamos alegres. Además, hablaba Pablo amortiguadamente con su cálida voz:

Es para mí una alegría, querido Harry, poder hacerle a usted hoy un poco los honores. Muchas veces ha estado usted muy cansado de la vida; usted se afanaba por salir de aquí, ¿no es verdad? Anhelaba abandonar este tiempo, este mundo, esta realidad, y entrar en otra realidad más adecuada a usted, en un mundo sin tiempo. Hágalo usted, querido amigo, yo le invito a ello. Usted sabe muy bien dónde se oculta ese otro mundo, y que lo que usted busca es el mundo de su propia alma. Únicamente dentro de su mismo interior vive aquella otra realidad por la que usted suspira. Yo no puedo darle nada que no exista ya dentro de usted. Yo no puedo presentarle ninguna otra galería de cuadros que la de su alma. No puedo dar a usted nada: sólo la ocasión, el impulso, la clave. Yo he de ayudar a hacer visible su propio mundo; esto es todo.

Metió otra vez la mano en el bolsillo de su batín policromo y sacó un espejo redondo de mano.

Vea usted: así se ha visto usted hasta ahora.

Me tuvo el espejito delante de los ojos (se me ocurrió un verso infantil: «Espejito, espejito en mi mano»), y vi, algo esfumado y nebuloso, un retrato siniestro que se agitaba, trabajaba y fermentaba dentro de sí mismo: vi a mi propia imagen, a Harry Haller, y dentro de este Harry, al lobo estepario, un lobo hermoso y farruco, pero con una mirada descarriada y temerosa, con los ojos brillantes, a ratos fiero y a ratos triste, y esta figura de lobo fluía en incesante movimiento por el interior de Harry, lo mismo que en un río un afluente de otro color enturbia y remueve, en lucha penosa, infiltrándose el uno en el otro, llenos de afán incumplido de concreción. Triste, triste me miraba el lobo deshecho, a medio conformar, con sus tímidos ojos hermosos.

Así se ha visto usted siempre repitió Pablo dulcemente, y volvió a guardar el espejo en el bolsillo.

Agradecido, cerré los ojos y tomé un sorbito del elixir.

Ya hemos descansado dijo Pablo, nos hemos fortalecido y hemos charlado un poco. Si ya no os sentís cansados, entonces voy a llevaros ahora a mis vistas y a enseñaros mi pequeño teatro. ¿Estáis conformes?

Nos levantamos. Pablo iba delante, sonriente; abrió una puerta, describió una cortina y nos encontramos en el pasillo redondo, en forma de herradura, de un teatro exactamente en el centro, y a ambos lados el corredor, en forma de arco, ofrecía un número grandísimo, un número increíble de estrechas puertas de palcos.

Este es mi teatro explicó Pablo, un teatro divertido; es de esperar que encontréis toda clase de cosas para reír.

Y al decir esto, reía él con estrépito, sólo un par de notas, pero ellas me atravesaron violentamente; era otra vez la risa clara y extraña que ya antes había oído resonar desde arriba.

Mi teatrillo tiene tantas puertas de palcos como queráis: diez, o ciento, o mil, y detrás de cada puerta os espera lo que vosotros vayáis buscando precisamente. Es una bonita galería de vistas, caro amigo; pero no le serviría de nada recorrerlo así como está usted. Se encontraría atado y deslumbrado por lo que viene usted llamando su personalidad. Sin duda ha adivinado usted hace mucho que el dominio del tiempo, la redención de la realidad y cualesquiera que sean los nombres que haya dado a sus anhelos, no representan otra cosa que el deseo de desprenderse de su llamada personalidad. Esta es la cárcel que lo aprisiona. Y si usted, tal como está, entrase en el teatro, lo vería todo con los ojos de Harry, todo a través de las viejas gafas del lobo estepario. Por eso se le invita a que se desprenda de sus gafas y a que tenga la bondad de dejar esa muy honorable personalidad aquí en el guardarropa, donde volverá a tenerla a su disposición en el momento en que lo desee. La preciosa noche de baile que tiene usted tras sí, el Tractat del lobo estepario y, finalmente, el pequeño excitante que acabamos de tomarnos, lo habrán preparado sin duda suficientemente. Usted, Harry, después de quitarse su respetable personalidad, tendrá a su disposición el lado izquierdo del teatro; Armanda, el derecho; en el interior pueden ustedes volver a encontrarse cuantas veces quieran. Haz el favor, Armanda, de irte por ahora detrás de la cortina; voy a iniciar primeramente a Harry.

Armanda desapareció hacia la derecha, pasando por delante de un gran espejo que cubría la pared posterior desde el suelo hasta el techo.

Así, Harry, venga usted y esté muy contento. Ponerlo de buen humor, enseñarle a reír, es la finalidad de todos estos preparativos; yo espero que usted se abrevie el camino. Usted se encuentra perfectamente, ¿no es eso? ¿Sí? ¿No tendrá usted miedo? Está bien, muy bien. Ahora, sin temor y con cordial alegría, va usted a entrar en nuestro mundo fantástico, empezando, como es costumbre, por un pequeño suicidio aparente.

Volvió a sacar otra vez el pequeño espejo del bolsillo y me lo puso delante de la cara. De nuevo me miró el Harry desconcertado y nebuloso e infiltrado de la figura del lobo que se debatía dentro, un cuadro que me era bien conocido y que en verdad no me resultaba simpático, cuya destrucción no me daba cuidado alguno.

Esta imagen, de la que ya se puede prescindir, tiene usted ahora que extinguirla, caro amigo; otra cosa no hace falta. Basta con que usted, cuando su humor lo permita, observe esta imagen con una risa sincera. Usted está aquí en una escuela de humorismo, tiene que aprender a reír. Pues todo humorismo superior empieza porque ya no se toma en serio a la propia persona.

Miré con fijeza en el espejito, espejito en la mano, en el cual el lobo Harry ejecutaba sus sacudidas. Por un instante sentí yo también unos sacudimientos dentro de mí, muy hondos, calladamente, pero dolorosos, como recuerdo, como nostalgia, como arrepentimiento. Luego cedió la ligera opresión a un sentimiento nuevo, parecido a aquel que se nota cuando se extrae un diente enfermo de la mandíbula anestesiada con cocaína, una sensación de aligeramiento, de ensancharse el pecho y al mismo tiempo de admiración porque no haya dolido. Y a este sentimiento se agregaba una rozagante satisfacción y una gana de reír irresistible, hasta el punto de que hube de soltar una carcajada liberadora.

La borrosa imagencita del espejo hizo unas contracciones y se esfumó; la pequeña superficie redonda del cristal estaba como si de pronto se hubiera quemado; se había vuelto gris y basta y opaca. Riendo arrojó Pablo aquel tiesto, que se perdió rodando por el suelo del pasillo sin fin.

Bien reído gritó Pablo; aún aprenderás a reír como los inmortales. Ya, por fin, has matado al lobo estepario. Con navajas de afeitar no se consigue esto. ¡Cuídate de que permanezca muerto! En seguida podrás abandonar la necia realidad. En la próxima ocasión beberemos fraternidad, querido; nunca me has gustado tanto como hoy. Y si luego le das aún algo de valor, podemos también filosofar juntos y disputar y hablar acerca de música y acerca de Mozart y de Gluck y de Platón todo cuanto quieras. Ahora comprenderás por qué antes no era posible. Es de esperar que consigas por hoy deshacerte del lobo estepario. Porque, naturalmente, tu suicidio no es definitivo; nosotros estamos aquí en un teatro de magia; aquí no hay más que fantasías, no hay realidad. Elígete cuadros bellos y alegres y demuestra que realmente no estás enamorado ya de tu dudosa personalidad. Mas si, a pesar de todo, la volvieras a desear, no necesitas más que mirarte de nuevo en el espejo que ahora voy a enseñarte. Tú conoces,

desde luego, la antigua y sabia sentencia: «Un espejito en la mano, es mejor quedos en la pared.» ¡Ja, ja! (De nuevo volvió a reír de un modo tan hermoso y tan terrible.) Así, y ahora no falta por ejecutar más que una muy pequeña ceremonia y muy divertida. Has tirado ya las gafas de tu personalidad; ahora ven y mira en un espejo verdadero. Te hará pasar un buen rato. Entre risas y pequeñas caricias extravagantes me hizo dar media vuelta, de modo que quedé frente al espejo gigante de la pared. En él me vi.

Vi, durante un pequeñísimo momento, al Harry que yo conocía, pero con una cara placentera, contra mi costumbre, radiante y risueña. Pero apenas lo hube reconocido, se desplomó, segregándose de él una segunda figura, una tercera, una décima, una vigésima, y todo el enorme espejo se llenó por todas partes de Harrys y de trozos de Harry, de numerosos Harrys, a cada uno de los cuales sólo vi y reconocí un momento brevísimo. Algunos estos Harrys eran tan viejos como yo; algunos, más viejos; otros, completamente jóvenes, mozalbetes, muchachos, colegiales, arrapiezos, niños. Harrys de cincuenta y de veinte años corrían y saltaban atropellándose; de treinta años y de cinco, serios y joviales, respetables y ridículos, bien vestidos y harapientos y hasta enteramente desnudos, calvos y con grandes melenas, y todos eran yo, y cada uno fue visto y reconocido por mí con la rapidez del relámpago, y desapareció; se dispersaron en todas direcciones, hacia la izquierda, hacia la derecha, hacia dentro en el fondo de espejo, hacia fuera, saliéndose de él. Uno, un tipo joven y elegante, saltó riendo al pecho de Pablo, lo abrazó y echó a correr con él. Y otro, que me gustaba a mí singularmente, un jovencuelo de dieciséis o diecisiete años, echó a correr como un rayo por el pasillo, se puso a leer, ávido, las inscripciones de todas las puertas. Yo corrí tras él; se quedó parado ante una; leí el letrero:

Todas las muchachas son tuyas.

Échese un marco.

El simpático joven se incorporó de un salto, de cabeza se arrojó por la ranura y desapareció detrás de la puerta.

También Pablo había desaparecido, también el espejo parecía que se había disipado y con él todas las numerosas imágenes de Harry. Me di cuenta de que ahora me encontraba abandonado a mí mismo y al teatro, y fui pasando curioso de puerta en puerta, y en cada una leía una inscripción, una seducción, una promesa.

La inscripción me atrajo, abrí la puerta estrechita y entré.

¡A cazar alegremente!

Montería de automóviles

Me encontré arrebatado, en un mundo agitado y bullicioso. Por las calles corrían los automóviles a toda velocidad y se dedicaban a la caza de los peatones, los atropellaban haciéndolos papilla, los aplastaban horrorosamente contra las paredes de las casas. Comprendí al punto: era la lucha entre los hombres y las máquinas, preparada, esperada y temida desde hace mucho tiempo, la que por fin había estallado. Por todas partes yacían muertos y mutilados, por todas partes también automóviles apedreados, retorcidos, medio quemados; sobre la espantosa confusión volaban aeroplanos, y también a éstos se les tiraba desde muchos tejados y ventanas con fusiles y con ametralladoras. En todas las paredes anuncios fieros y magníficamente llamativos invitaban a toda la nación, en letras gigantescas que ardían como antorchas, a ponerse al fin al lado de los hombres contra las máquinas, a asesinar por fin a los ricos opulentos, bien vestidos y perfumados, que con ayuda de las máquinas sacaban el jugo a los demás y hacer polvo a la vez sus grandes automóviles, que no cesaban de toser, de gruñir con mala intención y de hacer un ruido infernal, a incendiar por último las fábricas y barrer y despoblar un poco la tierra profanada, para que pudiera volver a salir la hierba y surgir otra vez del polvoriento mundo de cemento algo así como bosques, praderas, pastos, arroyos y marismas. Otros anuncios, en cambio, en colores más finos y menos infantiles, redactados en una forma muy inteligente y espiritual, prevenían con afán a todos los propietarios y a todos los circunspectos contra el caos amenazador de la anarquía, cantaban con verdadera emoción la bendición del orden, del trabajo, de la propiedad, de la

cultura, del derecho, y ensalzaban las máquinas como la más alta y última conquista del hombre, con cuya ayuda habríamos de convertirnos en dioses. Pensativo y admirado leí los anuncios, los rojos y los verdes; de un modo extraño me impresionó su inflamada oratoria, su lógica aplastante; tenían razón, y, hondamente convencido, me quedé parado ya ante uno, ya ante el otro, y, sin embargo, un tanto inquieto por el tiroteo bastante vivo. El caso es que lo principal estaba claro: había guerra, una guerra violenta, racial y altamente simpática, en donde no se trataba de emperadores, repúblicas, fronteras, ni de banderas y colores y otras cosas por el estilo, más bien decorativas y teatrales, de fruslerías en el fondo, sino en donde todo aquel a quien le faltaba aire para respirar y a quien ya no le sabía bien la vida, daba persuasiva expresión a su malestar y trataba de preparar la destrucción general del mundo civilizado de hojalata. Vi cómo a todos les salía risueño a los ojos, claro y sincero, el afán de destrucción y de exterminio, y dentro de mí mismo florecían estas salvajes flores rojas, grandes y lozanas, y no reían menos. Con alegría me incorporé a la lucha.

Pero lo más hermoso de todo fue que junto a mí surgió de pronto mi compañero de colegio, Gustavo, del cual no había vuelto a saber nada en tantos decenios, y que en otro tiempo había sido el más fiero, el más fuerte y el más sediento de vida entre los amigos de mi primera niñez. Se me alegró el corazón cuando vi que sus ojos azules claros me miraban de nuevo moviendo los párpados. Me hizo una seña y le seguí inmediatamente con alegría.

Hola, Gustavo grité feliz, ¡cuánto me place volver a verte! ¿Qué ha sido de ti?

Furioso, empezó a reír, enteramente como en la infancia.

¡Bárbaro! ¿No hay que hacer más que empezar a preguntar ya y a perder el tiempo en palabrería? Me hice teólogo, ya lo sabes; pero ahora, afortunadamente, ya no hay más teología, muchacho, sino guerra. Anda, ven.

De un pequeño automóvil, que en aquel momento venía hacia nosotros resoplando, echó abajo de un tiro al conductor, saltó listo como un mono al volante, lo hizo parar y me mandó subir; luego corrimos rápidos como el diablo, entre balas de fusil y coches volcados, fuera de la ciudad y del suburbio.

¿Tú estás al lado de los fabricantes? pregunté a mi amigo.

¿Qué dices? Eso es cuestión de gusto; ya lo pensaremos luego. Pero no, espera; es preferible que escojamos el otro partido, aun cuando en el fondo es perfectamente igual. Yo soy teólogo, y mi antecesor Lutero ayudó en su tiempo a los príncipes y poderosos contra los campesinos, vamos a ver si corregimos aquello ahora un poquitín. Maldito coche, es de esperar que aún aguante todavía un par de kilómetros.

Rápidos como el viento, en el cielo engendrado, salimos de allí crepitantes hasta llegar a un paisaje verde y tranquilo, distante cuatro millas, a través de una gran llanura, y subiendo luego lentamente por una enorme montaña. Aquí hicimos alto en una carretera lisa y reluciente, que conducía hacia arriba en curvas atrevidas, entre una escarpada roca y un pequeño muro de protección, y que dominaba desde lo alto un brillante lago azul.

Hermosa comarca dije.

Muy bonita. Podemos llamarla la carretera de los ejes; aquí han de saltar, hechos pedazos, más de cuatro ejes. Harrycito, pon atención.

Junto a la carretera había un pino grande, y arriba, en la copa, vimos construida de tablas como una especie de cabaña, una atalaya y mirador. Gustavo me miró riendo claramente, guiñando astuto sus ojos azules, y presurosos nos bajamos de nuestro coche y gateamos por el tronco, ocultándonos en la atalaya que nos gustó mucho, y allí pudimos respirar a nuestras anchas. Allí encontramos fusiles, pistolas, cajas con cartuchos. Apenas nos hubimos refrescado un poco y acomodado en aquel puesto de caza, cuando ya resonó por la curva más próxima, ronco y dominador, el ruido de un gran coche de lujo, que venía caminando crepitante a gran velocidad por la reluciente carretera de la montaña. Ya teníamos las escopetas en la mano. Fue un momento de tensión maravillosa.

Apunta al chófer ordenó rápidamente Gustavo, al tiempo que el pesado coche cruzaba corriendo por debajo de nosotros. Y ya apuntaba yo y disparé a la gorra azul del conductor. El hombre se desplomó, el coche siguió zumbando, chocó contra la roca, rebotó hacia atrás, chocó gravemente y con furia como un abejorro gordo y grande contra el muro de contención, dio la vuelta y cayó por encima con ruido seco en el abismo.

A otra cosa dijo Gustavo riendo. El próximo me toca a mí.

Ya llegaba corriendo otro coche pequeño; en los asientos venían dos o tres personas; de la cabeza de una mujer ondeaba un trozo de velo rígido y horizontal, hacia atrás, un velo azul claro; realmente me daba lástima de él; quién sabe si la más linda cara de mujer reía bajo aquel velo. Santo Dios, si estuviésemos jugando a los bandidos, quizás hubiese sido más justo y más bonito, siguiendo el ejemplo de grandes predecesores, no extender a las bellas damas nuestro bravo afán de matar. Pero Gustavo ya había disparado. El chófer hizo unas contracciones, se desplomó, dio el coche un salto contra la roca vertical, volcó hacia atrás, cayendo sobre la carretera con las ruedas hacia arriba. Esperamos un momento, nada se movía; en silencio yacían allí, presos como en una ratonera, los ocupantes bajo su coche. Este zumbaba y se movía aún y hacía dar vueltas a las ruedas en el aire de un modo cómico; pero de repente dejó escapar un terrible estampido y se halló envuelto en llamas luminosas.

Un Ford dijo Gustavo. Tenemos que bajarnos y dejar otra vez la carretera libre.

Descendimos y estuvimos contemplando aquella hoguera. Se quemó por completo, rápidamente; entretanto preparamos unos troncos de madera y lo empujamos hacia un lado, echándolo por encima del borde de la carretera al abismo; aún estuvo crujiendo un rato al chocar con los matorrales. Al dar la vuelta al coche se habían caído dos de los muertos, y allí estaban tendidos, con las ropas quemadas en parte. Uno tenía el traje todavía bastante bien conservado; registré sus bolsillos por si encontrábamos quién hubiera sido: una cartera de piel apareció; dentro, había tarjetas de visita. Cogí una y leí en ella las palabras *Tat twam asi*.

Tiene gracia dijo Gustavo. Pero, en realidad, es indiferente cómo se llamen las personas que asesinamos aquí. Son pobres diablos como nosotros, los nombres no hacen al caso. Este mundo tiene que ser destruido, y nosotros con él. Diez minutos debajo del agua sería la solución menos dolorosa. ¡Ea, a trabajar!

Arrojamos a los muertos en pos del coche. Ya se acercaba bocinando un nuevo auto. Le hicimos fuego en seguida desde la misma carretera. Siguió un rato, vacilante como un borracho, se estrelló luego y quedó tendido jadeante; uno que iba dentro permaneció sentado en el interior, pero una bonita muchacha se apeó ilesa, aunque pálida y temblando violentamente. La saludamos amables y le ofrecimos nuestros servicios. Estaba demasiado asustada, no podía hablar y un rato nos miró con los ojos desencajados, como loca.

Ea, vamos a cuidarnos primeramente de aquel pobre señor anciano dijo Gustavo.

Y se dirigió al viajero, que aún continuaba pegado a su Sitio detrás del chófer muerto. Era un señor con el cabello gris, tenía abiertos los inteligentes ojos grises claros; pero parecía estar gravemente herido, por lo menos le salía sangre de la boca y el cuello lo tenía horrorosamente torcido y rígido.

Permita usted, anciano; mi nombre es Gustavo. Nos hemos tomado la libertad de pegar un tiro a su chófer. ¿Podemos preguntar con quién tenemos el honor...? El viejo miraba fría y tristemente con sus pequeños ojos grises.

Soy el fiscal Loering dijo lentamente. Ustedes no han asesinado sólo a mi chófer, sino a mí también; siento que esto se acaba. ¿Se puede saber por qué han disparado contra nosotros?

Por exceso de velocidad.

Nosotros veníamos con velocidad normal.

Lo que ayer era normal, ya no lo es hoy, señor fiscal. Hoy somos de opinión que cualquier velocidad a la que pueda marchar un auto es excesiva. Nosotros destrozamos ahora los autos todos, y las demás máquinas también.

—¿También sus escopetas?

También a ellas ha de llegarles su turno, si aún nos queda tiempo. Probablemente mañana o pasado estaremos liquidados todos. Usted no ignora que nuestro continente estaba horrorosamente sobrepoblado. Ahora ya va a sobrar aire.

¿Y tiran ustedes a todo el mundo, sin distinción? Claro. Por algunos puede sin duda que sea una lástima. Por ejemplo, por la dama joven y bella lo hubiera sentido mucho. ¿Es seguramente su hija?

No, es mi mecanógrafa.

Tanto mejor. Y ahora haga usted el favor de apearse, o permita usted que lo saquemos del coche, pues el coche ha de ser destruido.

Prefiero que me destruyan ustedes con él.

Como guste. Permita todavía una pregunta: usted es fiscal. Nunca he llegado a comprender cómo un hombre puede ser fiscal. Usted vive de acusar y de condenar a otras personas, por lo general, pobres diablos. ¿No es así?

Así es. Yo cumplía con mi deber. Era mi profesión. Lo mismo que la profesión de verdugo es matar a los condenados por mí. Usted mismo se ha encargado, a lo que se ve, de idéntico oficio. Usted mata también.

Exacto. Sólo que nosotros no matamos por obligación, sino por gusto, o mejor dicho, por disgusto, por desesperación del mundo. Por eso, matar nos proporciona cierta diversión. ¿No le ha divertido a usted nunca matar?

Me está usted fastidiando. Tenga la bondad de terminar su cometido. Si la noción del deber le es a usted desconocida...

Calló y contrajo los labios, como si quisiera escupir. Pero no salió más que un poco de sangre que se quedó pegada a su barbilla.

Espere usted dijo cortésmente Gustavo. La noción del deber ciertamente que no la conozco; no la conozco ya. En otro tiempo me dio mucho que hacer por razón de mi oficio; yo era profesor de Teología. Además fui soldado y estuve en la guerra. Lo que me parecía que era el deber y lo que me fue ordenado en toda ocasión por las autoridades y los superiores, todo ello no era bueno de verdad; hubiera preferido hacer siempre lo contrario. Pero aun cuando no conozca ya el concepto del deber, conozco, sin embargo, el de la culpa; acaso son los dos la misma cosa. Por haberme traído al mundo una madre, ya soy culpable, ya estoy condenado a vivir, estoy obligado a pertenecer a un Estado, a ser soldado, a pagar impuestos para armamentos. Y ahora, en este momento, la culpa de vivir me ha llevado otra vez, como antaño en la guerra, a tener que matar. Y en esta ocasión no mato con repugnancia, me he rendido a la culpa, no tengo nada en contra de que este mundo sobrecargado y necio salte en pedazos; yo ayudo con gusto, y con gusto sucumbo yo mismo a la vez.

El fiscal hizo un gran esfuerzo para sonreír un poco con sus labios llenos de sangre coagulada. No lo consiguió de un modo muy brillante; pero fue perceptible la buena intención.

Está bien dijo; somos, pues, compañeros. Tenga la bondad de cumplir ahora con su deber, señor colega.

La linda muchacha se había sentado entretanto en el borde de la cuneta y estaba desmayada.

En este momento se oyó de nuevo la bocina de un coche que venía zumbando a toda marcha. Retiramos a la muchacha un poco a un lado, nos apretamos contra las rocas y dejamos al coche que llegaba chocar contra los restos del otro. Frenó violentamente y se encalabrino hacia lo alto, pero se quedó parado indemne. Rápidamente cogimos nuestras escopetas y apuntamos a los recién llegados.

¡Abajo del coche! ordenó Gustavo. ¡Manos arriba!

Tres hombres bajaron del auto y, obedientes, levantaron las manos.

¿Es médico alguno de ustedes? preguntó Gustavo.

Dijeron que no.

Entonces tengan ustedes la bondad de sacar con cuidado de su asiento a este señor, está gravemente herido. Y luego llévenlo en el coche que han traído ustedes hasta la ciudad más próxima. ¡Vamos, manos a la obra!

Prontamente fue acomodado el viejo señor en el otro coche; Gustavo dio la orden y todos partieron precipitadamente.

Entretanto había vuelto en sí nuestra mecanógrafa y había estado presenciando los acontecimientos. Me gustaba haber hecho este precioso botín.

Señorita dijo Gustavo, ha perdido usted a su jefe. Es de suponer que por lo demás no tuviera mayores vínculos con usted. Queda usted contratada por mí. ¡Séanos un buen camarada! Ea, el tiempo apremia. Pronto se va a estar aquí poco confortablemente. ¿Sabe usted gatear, señorita? ¿Sí? Pues vamos allá. La cogemos entre los dos y la ayudaremos.

Trepamos a nuestra cabaña del árbol los tres todo lo rápidamente posible. La señorita se puso mala arriba, pero tomó una copa de coñac y pronto estuvo tan repuesta que pudo apreciar la magnífica perspectiva sobre el lago y la montaña y hacernos saber que se llamaba Dora.

Al poco tiempo ya había llegado abajo un nuevo coche, el cual pasó con precaución junto al auto destrozado, sin pararse, y luego aceleró inmediatamente su velocidad. ¡Pretencioso! dijo riendo Gustavo, y echó abajo de un tiro al conductor. Bailó un poco el coche, dio un salto contra el muro, lo hundió en parte y se quedó pendiente, inclinado sobre el abismo.

Dora dijo, ¿sabe usted manejar escopetas?

No sabía, pero le enseñamos a cargar un fusil. Al principio estaba torpe y se hizo sangre en un dedo, lloró y pidió un tafetán. Pero Gustavo le explicó que estábamos en la guerra y que ella tenía que mostrar que era una muchacha valiente. Así se calmó.

Pero ¿qué va a ser de nosotros? preguntó ella luego.

No lo sé dijo Gustavo. A mi amigo Harry le gustan las mujeres bonitas; él será su amigo de usted.

Pero van a venir con policía y soldados y nos matarán.

Ya no hay policía ni cosas de esas. Nosotros podemos elegir, Dora. O nos quedamos aquí arriba tranquilamente y hacemos fuego contra todos los coches que quieran pasar, o tomamos a nuestra vez un coche, salimos corriendo y dejamos que otros nos tiren. Da igual tomar un partido u otro. Yo estoy porque nos quedemos aquí.

Abajo había ya otro coche, resonando hacia arriba su bocina.

Pronto se dio cuenta de él, y quedó tumbado, con las ruedas en alto.

Es cómico dije que divierta tanto el pegar tiros. Y eso que yo era antes enemigo de la guerra.

Gustavo sonreía.

—Sí, es que hay demasiadas personas en el mundo. Antes no se notaba tanto. Pero ahora, que cada uno no sólo quiere respirar el aire que le corresponde, sino hasta tener un auto, ahora es cuando lo notamos precisamente. Claro que lo que hacemos no es razonable, es una niñada, como también la guerra era una niñada monstruosa. Andando el tiempo, la humanidad tendrá que aprender alguna vez a contener su multiplicación por medios de razón. Por el momento, reaccionamos contra el insufrible estado de cosas de una manera bastante poco razonable, pero en el fondo hacemos lo justo: reducimos el número.

Sí dije; lo que hacemos es acaso una locura y, sin embargo, es probablemente bueno y necesario. No está bien que la humanidad esfuerce excesivamente la inteligencia y trate, con la ayuda de la razón, de poner orden en las cosas, que aún están lejos de ser accesibles a la razón misma. De aquí que surjan esos ideales como el del americano o el del bolchevique, que los dos son extraordinariamente razonables y que, sin embargo, violentan y despojan a la vida de un modo tan terrible, porque la simplifican de una forma tan pueril. La imagen del hombre, en otro tiempo un alto ideal, está a punto de convertirse en un cliché. Nosotros los locos acaso la ennoblecemos otra vez.

Riendo, respondió Gustavo:

Muchacho, hablas de un modo extraordinariamente sensato; es un placer y da gusto prestar atención a este pozo de ciencia. Y quizá tengas hasta un poquito de razón. Pero haz el favor de cargar de nuevo tu escopeta, me resultas algo soñador de más. A cada momento pueden aparecer corriendo otra vez un par de cervatillos; a éstos no podemos matarlos con filosofía, no hay más remedio que tener balas en el cañón.

Vino un auto y cayó en seguida. La carretera estaba interceptada. Un superviviente, un hombre gordo y con la cabeza colorada, gesticulaba fiero junto a las máquinas destrozadas, buscó por todas partes con los ojos muy abiertos, descubrió nuestra guarida, vino corriendo dando grandes voces y disparó contra nosotros muchas veces hacia lo alto con un revólver.

Váyase usted ya o disparo gritó Gustavo hacia abajo.

El hombre le apuntó y disparó aún otra vez. Entonces lo abatimos con dos tiros. Aún llegaron dos coches, que tendimos por tierra. Luego se quedó silenciosa y vacía la carretera; la noticia de su peligro parecía haberse extendido. Tuvimos tiempo de observar el hermoso panorama. Al otro lado del lago había en el fondo una pequeña ciudad; allí empezó a elevarse una columna de humo, y pronto vimos cómo el fuego se propagaba de uno a otro tejado. También se oían disparos. Dora lloraba un poco; yo acaricié sus húmedas mejillas.

¿Es que vamos a perecer todos? preguntó.

Nadie le dio respuesta. Entretanto pasaba por abajo un caminante, vio en el suelo los automóviles destrozados, anduvo rebuscando en ellos, metió la cabeza dentro de uno, sacó una sombrilla de colores, un bolso de señora y una botella de vino, se sentó apaciblemente en el muro, bebió en la botella, comió algo liado en platilla que había en el bolso, vació por completo la botella y continuó alegre su camino, con la sombrilla apretada debajo del brazo. Se marchó pacíficamente, y yo le dije a Gustavo:

¿Te sería ahora posible disparar a este tipo simpático y hacerle un agujero en la cabeza? Dios sabe bien que yo no podría.

Tampoco se nos exige gruñó mi amigo.

Pero también a él le había entrado en el ánimo cierta desazón. Apenas nos hubimos echado a la cara a una persona que se conducía todavía cándida, pacífica e infantilmente, que aún vivía en el estado de inocencia, al punto nos pareció tonta y repulsiva toda nuestra conducta, tan laudable y necesaria. ¡Ah, diablo, tanta sangre! Nos avergonzamos. Pero es fama que en la guerra alguna vez los mismos generales han tenido una sensación así.

No permanezcamos más tiempo aquí gimió Dora; vamos a bajarnos. Con seguridad encontraremos en los coches algo que comer. ¿Es que vosotros no tenéis hambre, bolcheviques?

Allá abajo, al otro lado, en la ciudad ardiendo, empezaron a tocar las campanas a rebato y con angustia. Nos dispusimos al descenso. Cuando ayudé a Dora a trepar por encima del parapeto, le di un beso en la rodilla. Ella se echó a reír. En aquel momento cedieron las estacas y los dos nos precipitamos en el vacío...

De nuevo me encontré en el pasillo circular, excitado por la aventura cinegética. Y por doquiera, en las innumerables puertas, atraían las inscripciones:

Kamasutram. Lecciones de arte amatorio indio.
Curso para principiantes. Cuarenta y dos métodos diferentes de ejercicios amatorios.

¡Suicidio deleitoso!
Te mueres de risa.

¿Quiere usted espiritualizarse?
Sabiduría oriental.

¡Quién tuviera mil lenguas!
Sólo para caballeros.

Decadencia de Occidente.
Precios reducidos. Todavía insuperada.

<p>Quintaesencia del arte.</p> <p>La transformación del tiempo en espacio por medio de la música.</p>
<p>La lágrima riente.</p> <p>Gabinete de humorismo.</p>
<p>Juegos de anacoreta.</p> <p>Plena compensación para todo sentido de sociabilidad.</p>
<p>Instrucciones para la reconstrucción de la personalidad. Resultado garantizado.</p>

Esto se me antojó interesante y entré en aquella puerta.

Me acogió una estancia a media luz y en silencio; allí estaba sentado en el suelo, sin silla, al uso oriental, un hombre que tenía ante sí una cosa parecida a un tablero grande de ajedrez. En el primer momento me pareció que era el amigo Pablo, por lo menos llevaba el hombre un batín de seda multicolor por el estilo y tenía los mismos ojos radiantes oscuros.

¿Es usted Pablo? pregunté.

No soy nadie declaró amablemente. Aquí no tenemos nombres, aquí no somos personas. Yo soy un jugador de ajedrez. ¿Desea usted una lección acerca de la reconstrucción de la personalidad?

Sí, se lo suplico.

Entonces tenga la bondad de poner a mi disposición un par de docenas de sus figuras.

¿De mis figuras?...

Las figuras en las que ha visto usted descomponerse su llamada personalidad. Sin figuras no me es posible jugar.

Me puso un espejo delante de la cara, otra vez vi allí la unidad de mi persona descompuesta en muchos yos, su número parecía haber aumentado más. Pero las figuras eran ahora muy pequeñas, aproximadamente como figuras manejables de ajedrez, y el jugador, con sus dedos silenciosos y seguros, cogió unas docenas de ellas y las puso en el suelo junto al tablero. Luego habló como el hombre que repite un discurso o una lección dicha muchas veces:

La idea equivocada y funesta de que el hombre sea una unidad permanente, le es a usted conocida. También sabe que el hombre consta de una multitud de almas, de muchísimos yos. Descomponer en estas numerosas figuras la aparente unidad de la persona se tiene por locura, la ciencia ha inventado para ello el nombre de esquizofrenia. La ciencia tiene en esto razón en cuanto es natural que ninguna multiplicidad puede dominarse sin dirección, sin un cierto orden y agrupamiento. En cambio, no tiene razón en creer que sólo es posible un orden único, férreo y para toda la vida, de los muchos subyos. Este error de la ciencia trae no pocas consecuencias desagradables; su valor está exclusivamente en que los maestros y educadores puestos por el Estado ven su trabajo simplificado y se evitan el pensar y la

experimentación. Como consecuencia de aquel error pasan muchos hombres por «normales», y hasta por representar un gran valor social, que están irremisiblemente locos, y a la inversa, tienen a muchos por locos, que son genios. Nosotros completamos por eso la psicología defectuosa de la ciencia con el concepto de lo que llamamos arte reconstructivo. Al que ha experimentado la descomposición de su yo> le enseñamos que los trozos pueden acoplarse siempre en el orden que se quiera, y que con ellos se logra una ilimitada diversidad del juego de la vida. Lo mismo que los poetas crean un drama con un puñado de figuras, así construimos nosotros con las figuras de nuestros yos separados constantemente grupos nuevos, con distintos juegos y perspectivas, con situaciones eternamente renovadas. ¡Vea usted!

Con los dedos silenciosos e inteligentes, cogió mis figuras, todos los ancianos, jóvenes, niños y mujeres, todas las piecicillas alegres y las tristes, las vigorosas y las débiles, las ágiles y las pesadas; las ordenó con rapidez sobre el tablero formando una combinación, en la que aquéllas se reunían al punto en grupos y familias, en juegos y en luchas, en amistades y en bandos enemigos, reflejando al mundo en miniatura. Ante mis ojos arrobados hizo moverse un rato al pequeño mundo lleno de agitación, y al mismo tiempo tan en orden; lo hizo jugar y luchar, concertar alianzas y librar batallas, comprometerse entre sí, casarse, multiplicarse; era en efecto un drama de muchos personajes, interesante y movido.

Luego pasó la mano con un gesto sereno por el tablero, tumbó suavemente todas las figuras, las juntó en un montón y fue construyendo, artista complicado, con las mismas figuras un juego completamente nuevo, con grupos, relaciones y nexos diferentes en absoluto. El segundo juego se parecía al primero; era el mismo mundo, estaba compuesto del mismo material, pero la tonalidad había variado, el compás era distinto, los motivos estaban subrayados de otra manera, las situaciones, colocadas de otro modo.

Y así construyendo el inteligente artífice con las figuras, cada una de las cuales era un pedazo de mí mismo, numerosos juegos, todos parecidos entre sí desde cierta distancia, todos como pertenecientes al mismo mundo, como comprometidos al mismo origen, cada uno, sin embargo, enteramente nuevo.

Esto es arte de vivir dijo doctoralmente; usted mismo puede ya de aquí en adelante seguir conformando y animando, complicando y enriqueciendo a su capricho el juego de su vida; está en su mano. Así como la locura, en un grado superior, es el principio de toda ciencia, así es la esquizofrenia el principio de todo arte, de toda fantasía. Hay sabios que se han dado cuenta ya de esto a medias, como puede comprobarse, por ejemplo, en *El cuerno maravilloso del príncipe*, aquel libro encantador, en el cual el trabajo penoso y aplicado de un sabio es ennoblecido por la cooperación genial de una multitud de artistas locos y encerrados en manicomios. Tome, guarde usted para sí sus figuritas; el juego le proporcionará placer aún muchas veces. La figura que hoy, haciendo de coco insoportable, le eche a perder el juego, mañana podrá usted degradarla, convirtiéndola en un comparsa insignificante. Usted, al juego siguiente, puede hacer una princesa de la pobre y simpática figurilla que durante toda una combinación parecía condenada a irremediable desventura. Le deseo que se divierta mucho, caballero.

Me incliné profundamente y, agradecido ante este inteligente jugador de ajedrez, guardé las figuritas en mi bolsillo y me retiré por la puerta angosta.

En realidad me había figurado que al momento me sentaría en el suelo en el corredor para jugar con las figuras horas enteras, toda una eternidad; pero apenas estuve otra vez en el pasillo luminoso y redondo del teatro, cuando nuevas corrientes, más fuertes que yo, me apartaron de esto. Un anuncio flameaba llamativo ante mis ojos:

Maravillosa doma del lobo estepario.

Una pluralidad de sentimientos excitó dentro de mí esta inscripción; toda clase de angustias y de violencias de mi vida anterior, de la abandonada realidad, me oprimieron el corazón. Con mano temblorosa abrí la puerta y entré en una barraca de feria, allí vi una verja de hierro que me separaba del mísero escenario. Y en éste estaba un domador, un hombre de aspecto algo charlatán y pretencioso, el cual, a pesar del bigote grande, los brazos de abultados músculos y del traje de circo, se me parecía a mí mismo de un modo muy ladino y antipático. Este hombre forzado conducía espectáculo deplorable de una cadena como a un perro a un lobo grande, hermoso, pero terriblemente demacrado y con una mirada de esclava timidez. Y resultaba tan repulsivo como interesante, tan feo y a la vez tan íntimamente divertido, ver a este hombre brutal presentar a la fiera tan noble, y al propio tiempo tan ignominiosamente sumisa, en una serie de trucos y escenas sensacionales.

El hombre aquel, mi maldita caricatura, había amaestrado a su lobo ciertamente de una manera portentosa. El animal obedecía atentamente a toda orden, reaccionaba como un perro a todo grito y zumbido de látigo, caía de rodillas, se hacía el muerto, imitaba a las personas, llevaba en sus fauces, obediente y gracioso, un panecillo, un huevo, un pedazo de carne, una cestita; es más, tenía que cogerle del suelo al domador el látigo que aquél había dejado caer y llevárselo en la boca, moviendo el rabo a la par con una zalamería insoportable. Le pusieron delante un conejo y luego un cordero blanco, y aunque es verdad que enseñaba los dientes y se le caía la baba con ávido temblor, no osó, sin embargo, tocar a ninguno de los animales, sino que a la voz de mando saltaba con elegante destreza por encima de ellos, que temblorosos estaban agazapados en el suelo, y hasta se echó entre el conejo y el cordero, abrazó a ambos con las patas de delante, formando con ellos un tierno grupo de familia. Y, además, comía de la mano del hombre una tableta de chocolate. Era un tormento presenciar hasta qué grado tan fantástico había aprendido este lobo a renegar de su naturaleza, y con todo ello, a mí se me ponían los pelos de punta.

De este tormento fue, sin embargo, compensado el agitado espectador en la segunda parte de la representación. En efecto, después de desarrollar aquel refinado programa de doma, y una vez que el domador se hubo inclinado triunfante con dulce sonrisa sobre el grupo del cordero y el lobo, se tornaron los papeles. El domador, parecido a Harry, puso de pronto su látigo con una reverencia a los pies del lobo y empezó a temblar, a encogerse y a adquirir un aspecto miserable, igual que antes la bestia. Pero el lobo se relamía riendo, el espasmo y la hipocresía se esfumaron, su mirada brillaba, todo su cuerpo adquirió vigor y floreció en su recuperada fiereza.

Y ahora era el lobo el que mandaba, y el hombre tenía que obedecer. A una orden cayó el hombre de rodillas; hacia el lobo, dejaba caer la lengua colgando; con los dientes empastados se arrancaba los vestidos del cuerpo. Iba marchando con dos o con cuatro pies, según lo ordenaba el domador; imitaba al hombre, se hacía el muerto, dejaba al lobo que cabalgara encima de él, iba detrás llevándole el látigo. Servil, inteligente, acomodaba su fantasía a toda humillación y a toda perversidad. Una bella muchacha vino a la escena, se acercó al hombre domesticado, acarició su barbilla, puso su cara junto a la de él, pero éste continuaba a cuatro patas, seguía siendo bestia, movió la cabeza y empezó a enseñarle los dientes a la hermosa muchacha, al final tan amenazador y lobuno, que ella huyó. Le trajeron chocolate, que despectivamente olisqueó y tiró a un lado. Y, por último, volvieron a sacar al cordero blanco y al conejo gordo y con manchas albas, y el dócil hombre dio de sí todo lo que sabía y representó el papel de lobo que era un encanto. Con los dedos y con los dientes agarró a los animalitos que no cesaban de chillar, les sacó tiras de pellejo y de carne, masticó, haciendo muecas, su carne viva, y bebió con delectación, ebrio y cerrando los ojos de gusto, su sangre caliente. Espantado, salí huyendo por la puerta. Vi que este teatro mágico no era un puro paraíso, todos los infiernos se ocultaban bajo su linda superficie. Oh, Dios, ¿es que aquí tampoco había redención?

Atemorizado, corrí de un lado para otro; notaba en la boca el gusto a sangre y el gusto a chocolate, lo uno tan repugnante como lo otro; deseaba ardientemente escapar de este turbulento oleaje; luché con fervor dentro de mí mismo por imágenes más agradables y más llevaderas. «¡Oh, amigos; no estos acordes!», resonaba dentro de mí, y con espanto me acordé de aquellas tremendas fotografías del frente, que se habían visto a veces durante la guerra, de aquellos montones de cadáveres apilados unos contra otros, cuyos rostros estaban transformados en sarcásticas muecas infernales por efecto de las caretas contra los gases. Cuán necio e infantil había sido yo entonces, yo, un enemigo de la guerra, con ideas filantrópicas, al indignarme por aquellos cuadros. Hoy sabía que ningún domador, ningún ministro, ningún general, ningún loco era capaz de incubar en su cerebro ideas e imágenes, que no vivieran tan espantosas, tan salvajes y perversas, tan bárbaras y tan insensatas dentro de mí mismo.

Al tomar aire para respirar me acordé de aquella inscripción, tras de la cual había visto antes, al empezar el teatro, correr tan impetuosamente al lindo mozalbeta, de aquella inscripción que decía:

Todas las muchachas son tuyas

Y me pareció que en fin de cuentas no había realmente nada tan codiciable como esto. Contento por poder abandonar de nuevo al maldito mundo lobuno, entré.

Extraño tan encantador y a la vez tan hondamente familiar, que me horrorizó me salió al paso aquí el aroma de mi juventud, la atmósfera de mis años de niño y de adolescente, y por mi corazón volvió a correr la sangre de entonces. Lo que acababa de hacer y de pensar y de ser, se derrumbó detrás de mí, y volví a ser joven. Hacía una hora todavía, hacía unos momentos, había creído saber muy bien lo que era amor, lo que eran deseos y anhelos; pero todo ello habían sido amor y anhelos de un viejo. Ahora era joven otra vez, y lo que sentía dentro de mí, este ardiente fuego vivo, este afán atrayente y poderoso, esta pasión disolvente como el viento de deshielo en el mes de marzo, era joven, nuevo y puro. ¡ Oh, cómo se inflamaban otra vez los fuegos olvidados, cómo resonaban hinchados y graves los tonos de antaño, cómo flameaba hirviendo en la sangre, cómo gritaba y cantaba dentro de mi alma! Yo era un muchacho, de quince o dieciséis años; mi cabeza estaba llena de latín y griego y de hermosos versos; mis pensamientos, llenos de afán y de ambición; mis fantasías, llenas de ensueños artísticos; pero mucho más hondo, más fuerte y más terrible que todos estos fuegos abrasadores ardía y se agitaba dentro de mí el fuego del amor, el hambre sexual, el presentimiento devorador de la voluptuosidad.

Me encontré en pie sobre una roca dominando a mi pequeña ciudad natal; olía a viento de primavera y a las violetas tempranas; desde allí arriba se podía ver el reflejo del río al salir de la ciudad, y se veían también las ventanas de mi casa paterna, y todo ello miraba, resonaba y olía tan armoniosamente, tan nuevo y tan extasiado ante la creación, irradiaba con colores tan acusados y ondeaba al viento primaveral de modo tan sublime y transfigurado, como yo había visto al mundo en otro tiempo durante las horas más plenas y poéticas de mi primera juventud. En pie sobre la colina, sentía al viento acariciarme el largo cabello; con mano vacilante, perdido en amoroso anhelo soñador, arranqué del arbusto que empezaba a verdear un capullo nuevo medio abierto, lo estuve examinando, lo oh (y ya al olerlo se me volvió a aparecer ardiente todo lo de antes), después cogí jugando la pequeña florecilla verde entre mis labios, que aún no habían besado a ninguna muchacha, y empecé a mordisquearla. Y a este sabor fuerte y de amargo aroma me di cuenta de pronto con exactitud de lo que pasaba por mí: todo estaba allí otra vez. Volví a vivir una hora de mis últimos años de adolescente, un domingo por la tarde de la temprana primavera, aquel día en el cual en mi paseo solitario encontré a Rosa Kreisler y la saludé tan tímidamente y me enamoré de ella sin remedio...

En aquella ocasión había estado yo contemplando lleno de expectación temerosa a la hermosa muchacha que venía subiendo la montaña, sola y ensoñadora, y aún no me había visto; había mirado su cabello recogido en grandes trenzas y que, sin embargo, tenía a ambos lados de la cara bucles sueltos que jugueteaban y ondeaban al viento. Había visto, por vez primera en mi vida, qué hermosa era esta muchacha, qué hermoso y fantástico este jugueteo del viento en su cabello delicado, qué hermosa e incitante la caída de su fino vestido azul sobre los miembros juveniles, y lo mismo que me había saturado el dulce y tímido placer y la angustia de la primavera con el sabor a especias amargas del capullo masticado, así también a la vista de la muchacha se apoderó de mí toda la concepción mortal del amor, la intuición de lo femenino, el presentimiento arrollador y emotivo de posibilidades y promesas enormes, de indecibles delicias, de turbaciones, temores y sufrimientos imaginables, de la más íntima redención y del más hondo sentido de la culpa. ¡Oh, cómo me quemaba la lengua el acre sabor de la primavera! ¡Oh, cómo soplaba el viento jugueteón por entre el cabello suelto junto a sus mejillas encarnadas! Luego llegó muy cerca de mí, levantó los ojos y me reconoció, enrojeció suavemente un instante y volvió la vista; después la saludé yo con mi primer sombrero de hombre, y Rosa, repuesta en seguida, saludó un poco señoril y circunspecta, con la cara levantada, y pasó lentamente, serena y con aire de superioridad, envuelta en los miles deseos amorosos, anhelos y homenajes que yo le enviaba.

Así había sido en otro tiempo, un domingo, hace treinta y cinco años, y todo lo de entonces había vuelto en este instante: la colina y la ciudad, el viento primaveral y el aroma de capullo, Rosa y su cabello castaño, anhelos inflamados y dulces angustias de muerte. Todo era como antaño, y me parecía que jamás había vuelto a querer en mi vida como entonces quise a Rosa. Pero esta vez me había sido dado recibirla de otro modo que en aquella ocasión. Vi cómo se ponía encarnada al reconocerme, vi su esfuerzo para ocultar su turbación y comprendí al punto que le gustaba, que para ella este encuentro significaba lo mismo que para mí. Y en lugar de quitarme otra vez el sombrero y quedarme descubierto e inmóvil hasta que hubiera pasado, ahora, a pesar del temor y del azoramiento, hice lo que la sangre me mandaba hacer, y exclamé: « ¡Rosa! Gracias a Dios que has llegado, hermosa, hermosísima muchacha.

¡Te quiero tanto!» Esto no era acaso lo más espiritual que en aquel momento pudiera decirse, pero aquí no hacía falta ninguna el espíritu, bastaba aquello perfectamente. Rosa se detuvo, me miró y se puso aún más encarnada que antes, y dijo: «Dios te guarde, Harry. ¿De veras me quieres?» Y al decir esto, brillaban de su cara vigorosa los ojos oscuros, y yo me di cuenta: toda mi vida y mis amores pasados habían sido falsos y difusos y llenos de necia desventura desde el momento en que aquel domingo había dejado marchar a Rosa. Pero ahora se corregía el error, y todo se hacía de otra manera, se haría todo bien.

Nos cogimos de las manos y así seguimos andando despacio, indefectiblemente felices, muy azorados; no sabíamos lo que decir ni lo que hacer; por azoramiento empezamos a correr más de prisa, nos pusimos a trotar hasta que nos quedamos sin aliento y hubimos de pararnos; pero sin soltarnos de la mano. Aún estábamos los dos en la niñez y no sabíamos bien lo que hacernos el uno con el otro; aquel domingo no llegamos siquiera a un primer beso, pero fuimos enormemente felices. Nos quedamos parados y respiramos, nos sentamos en la hierba y yo acaricié su mano, y ella me pasó tímidamente la otra suya por el cabello, y luego nos volvimos a levantar y medimos cuál de los dos era más alto, y, en realidad, era yo un dedo más alto, pero no quise reconocerlo, sino que hice constar que éramos exactamente iguales y que Dios nos había determinado al uno para el otro, y más tarde habríamos de casarnos. Luego dijo Rosa que olía a violetas, y nos pusimos de rodillas sobre la pequeña hierba primaveral y buscamos y encontramos un par de violetas con el tallo muy corto, y cada uno regaló al otro las suyas, y cuando refrescó y la luz caía ya oblicua sobre las rocas, dijo Rosa que tenía que regresar a su casa, y entonces nos pusimos los dos muy tristes, pues acompañarla no podía; pero ya teníamos ambos un secreto entre los dos, y esto era lo más delicioso que poseíamos. Yo me quedé arriba entre las rocas, aspiré el perfume de las violetas de Rosa, me tumbé en el suelo al borde de un precipicio, con la cara sobre el abismo y estuve mirando hacia abajo a la ciudad y atisbando hasta que su dulce y pequeña figura apareció allá muy abajo y pasó presurosa junto al pozo y por encima del puente. Y entonces ya sabía que había llegado a la casa de su padre, y que andaba allí por las estancias, y yo estaba tendido aquí arriba lejos de ella, pero de mí hasta ella corría un lazo, se extendía una corriente, flotaba un secreto.

Volvimos a vernos acá y allá, sobre las rocas, junto a las bardas del jardín, durante toda esta primavera, y, cuando las lilas empezaban a florecer, nos dimos el primer tímido beso. Pero era lo que nosotros, niños, podíamos darnos, y nuestro beso era todavía sin ardor ni plenitud, y sólo muy suavemente me atreví a acariciar los sueltos tirabuzones al lado de sus orejas, pero todo era nuestro, todo aquello de que éramos capaces en amor y alegría; y con todo tímido contacto, con toda frase de amor sin madurar, con toda temerosa espera, aprendíamos una nueva dicha, subíamos un pequeño peldaño en la escala del amor.

Así volví a vivir otra vez, bajo estrellas más venturosas, toda mi vida de amoríos, empezando por Rosa y las violetas. Rosa se esfumó y apareció Irmgard, y el sol se hacía más ardiente, las estrellas más embriagadoras, pero ni Rosa ni Irmgard llegaron a ser mías; peldaño a peldaño hube de ir ascendiendo, hube de vivir muchas cosas, aprender mucho, tuve que volver a perder a Irmgard también y también a Ana. Volví a querer a todas las muchachas a las que había querido antaño en mi juventud, pero a cada una de ellas podía inspirar amor, a todas podía darles algo, de todas y cada una podía recibir una dádiva. Deseos, sueños y posibilidades, que antes solamente en mi fantasía habían vivido, eran ahora realidad y tomaron vida. ¡Oh, vosotras todas las flores fragantes, Ida y Lore, vosotras todas, a las que en otro tiempo amé todo un verano, un mes entero, un día!

Comprendí que yo ahora era el lindo y ardiente jovencuelo, al que sabía visto correr poco antes hacia la puerta del amor, que yo ahora dejaba vivir y crecer a este trozo de mi persona, a este pedazo de mi naturaleza y de mi vida, que sólo llenaba una décima, una milésima parte de ella, libre de todas las otras figuras de mi yo, no turbado por el pensador, no martirizado por el lobo estepario, sin cohibir por el poeta, por el soñador, por el moralista. No; ahora no era yo sino amador, no respiraba ninguna otra ventura ni ninguna otra pena que la del amor. Ya Irmgard me había enseñado a bailar, Ida a besar, y la más hermosa, Emma, fue la primera que en una tarde de otoño, bajo el follaje de los olmos mecidos por el viento, me dio a besar sus pechos morenos y a beber el cáliz del placer. Muchas cosas viví en el pequeño teatro de Pablo, y ni una milésima parte de ello puede expresarse con palabras.

Todas las muchachas que en alguna ocasión había amado, fueron ahora mías; cada una me dio lo que sólo ella podía dar; a cada una le di yo lo que sólo ella podía tomar de mí. Mucho amor, mucha ventura, mucha voluptuosidad, mucho desasosiego también y desazón me fue dado a gustar; todo el amor desperdiciado de mi vida floreció de una manera encantadora en mi jardín durante esta hora de ensueño: castas flores delicadas, vivas flores ardientes, oscuras flores en trance de marchitez, llameante voluptuosidad, tiernos delirios, igníferas melancolías, angustiosos desfallecimientos, radiante renacer. Hallé mujeres, a las que sólo apresuradamente y en raudo torbellino se podía conquistar, y otras, a las que era delicioso pretender durante mucho tiempo y con ternura; volvió a surgir de nuevo todo rincón incierto de mi vida, en el que alguna vez, aunque sólo hubiera sido por un minuto, me llamara la voz del sexo, me inflamara una mirada femenina, me sedujera el resplandor de una piel nacarada de mujer, y ahora se ganaba todo el tiempo perdido. Todas fueron siendo mías, cada una a su manera. Allí estaba la señora con los ojos extraños, hondamente oscuros bajo el cabello claro como el lino, junto a la cual estuve un día durante un cuarto de hora al lado de la ventana en el pasillo de un tren expreso y que después muchas veces se me había aparecido en sueños; no hablaba una palabra, pero me enseñó artes eróticas insospechadas, tremendas, mortales. Y la china lisa y silenciosa del puerto de Marsella, con su sonrisa de cristal, el cabello negro como el azabache y las y los ojos flotantes; también ella sabía cosas inauditas. Cada una tenía su secreto, exhalaba el aroma de su tierra natal, besaba y reía a su manera, tenía su modo especial de ser pudorosa y su modo especial de ser impúdica. Venían y se marchaban, la corriente me las traía, me arrastraba hacia ellas, me apartaba, era un flotar jugueteo infantil en el flujo del sexo, lleno de encanto, lleno de peligros, lleno de sorpresas. Y me asombré de cuán rica en amoríos, en propicios instantes, en redenciones había sido mi vida, mi vida de lobo estepario aparentemente tan pobre y sin cariño. Había desperdiciado y evitado casi todas las ocasiones, había pasado por encima de ellas, las había olvidado inmediatamente; pero aquí estaban todas guardadas, sin que faltara una, a centenares. Y ahora las vi, me entregué a ellas, les abrí mi pecho, me hundí en su abismo vagamente rosado. También volvió aquella tentación que Pablo un día me brindara, y otras, anteriores, que en su época yo ni siquiera comprendía del todo, jugueteos fantásticos entre tres y cuatro personas me arrastraron sonrientes en su cadencia. Muchas cosas sucedieron, muchos juegos se jugaron que no son para expresarlos con palabras.

Del torrente infinito de seducciones, de vicios, de complicaciones, volvía yo a surgir callado, tranquilo, animado, saturado de ciencia, sabio, con gran experiencia, maduro para Armanda. Como última figura en mi mitología de miles de seres, como último nombre en la serie inacabable, surgió ella, Armanda, y al punto recobré la conciencia y puse fin al cuento de amor, pues a ella no quería encontrarla yo aquí en el claroscuro de un espejo mágico, a ella no le pertenecía solamente aquella figura aislada de mi ajedrez, le pertenecía el Harry entero. ¡Oh!, yo reconstruiría ahora mi juego de figuras, con el fin de que todo se refiriera a ella y caminara hacia la realización.

El torrente me había arrojado a la playa, y de nuevo me encontré en el silencioso pasillo del teatro. ¿Qué hacer ahora? Fui a sacar las figurillas de mi bolsillo, pero al momento se desvaneció el impulso. Inagotable, me rodeaba este mundo de las puertas, de las inscripciones, de los espejos mágicos. Inconscientemente leí el letrero más cercano y me horrorice:

Cómo se mata por amor.

Decía allí. Con un rápido estremecimiento se alzó por un segundo dentro de mí la imagen de un recuerdo: Armanda junto a la mesa de un restaurante, abstraída un momento del vino y de los manjares y perdida en un diálogo sin fondo, con una terrible serenidad en la mirada, cuando me dijo que sólo iba a hacer que me enamorara de ella, para ser muerta por mi mano. Una pesada ola de angustia y de tinieblas pasó sobre mi corazón; de repente volví a sentir de nuevo en lo más íntimo de mí ser la tribulación y la fatalidad. Desesperado, metí la mano al bolsillo para sacar las figuras y hacer un poco de magia y permutar el orden de mi tablero. Ya no estaban las figuras. En vez de las figuras saqué del bolsillo un puñal. Con angustia de muerte me puse a correr por el pasillo, pasando por delante de las puertas; me paré de pronto frente al espejo gigantesco, y me miré en él. En el espejo estaba, como yo de alto, un hermoso lobo enorme, estaba quieto, relampagueaba recelosa su mirada intranquila. Flameante, me

guiñaba los ojos, reía un poco, de modo que al entreabrir por un momento las fauces, se podía ver la lengua encarnada.

¿Dónde estaba Pablo? ¿Dónde estaba Armanda? ¿Dónde estaba el tipo inteligente que había charlado de modo tan delicioso de la reconstrucción de la personalidad?

De nuevo miré al espejo. Yo había estado tonto. Detrás del alto cristal no había lobo ninguno que estuviera dando vueltas a la lengua dentro de la boca. En el espejo estaba yo, estaba Harry, con su rostro gris, abandonado de todos los juegos, fatigado de todos los vicios, horriblemente pálido, pero de todos modos, un hombre, de todos modos alguien, con quien poder hablar.

Harry dije, ¿qué haces ahí?

Nada dijo el del espejo. No hago más que esperar. Espero a la muerte.

¿Y dónde está la muerte? pregunté.

Ya viene dijo el otro.

Y a través de las estancias vacías del interior del teatro oí resonar una música hermosa y terrible, aquella música del Don Juan, que acompaña la salida del convidado de piedra. Horribles retumbaban los compases de hielo por la casa espectral, procedentes del otro mundo, de los inmortales.

¡Mozart! pensé, evocando con ello las imágenes más amadas y más sublimes de mi vida anterior.

Entonces se oyó detrás de mí una carcajada, una carcajada clara y glacial, surgida de un mundo de sufrimientos y de humorismo de dioses que los hombres desconocían. Di media vuelta, con la sangre helada y como transportado a otras esferas por aquella risa, y entonces llegó andando Mozart, cruzó sonriente a mi lado, se dirigió sereno y con paso menudo a una de las puertas de los palcos, la abrió y entró, y yo seguí ávido al dios de mi juventud, al perenne ideal de mi amor y veneración. La música seguía sonando. Mozart estaba junto a la barandilla del palco; del teatro no se veía nada, tinieblas llenaban el espacio sin límites.

¿Ve usted? dijo Mozart. Nos podemos pasar sin saxofón. Aunque yo, ciertamente, no quisiera acercarme mucho a este famoso instrumento.

¿Dónde estamos? pregunte.

Estamos en el último acto del Don Juan. Leporrello está ya de rodillas. Una escena magnífica, y hasta la música se puede oír, vaya. Aun cuando tiene todavía toda clase de matices humanos dentro de sí, se manifiesta ya el otro mundo, la risa, ¿no?

Es la última música grande que se ha escrito dije solemnemente, como un profesor. Ciertamente que vino todavía Schubert, que vino después Hugo Wolf, y tampoco debo olvidar al pobre y magnífico Chopin. Arruga usted la frente, maestro. ¡Oh, desde luego! También está ahí Beethoven, también él es maravilloso. Pero todo esto, por muy hermoso que sea, tiene ya algo de fragmentario en sí mismo, de disolvente; una obra tan perfectamente acabada no se ha vuelto a hacer ya por los hombres desde el Don Juan.

No se esfuerce usted reía Mozart de una manera terriblemente burlona. ¿Usted mismo es seguramente músico, por lo visto? Bueno, yo ya he dejado la profesión; ya estoy retirado. Sólo por broma me dedico todavía alguna vez al oficio.

Levantó las manos como si estuviera dirigiendo, y una luna, o un astro pálido por el estilo, salió en alguna parte; por encima de la barandilla extendí la vista sobre inmensos abismos espaciales, nubes y nieblas cruzaron por ellos, tenuemente se divisaban los montes y las playas; debajo de nosotros se extendía inmensa una llanura semejante al desierto. En esta llanura vimos a un anciano de aspecto venerable con luenga barba, el cual, con cara melancólica, iba conduciendo una enorme procesión de varias decenas de millares de hombres vestidos de negro. Parecía afligido y sin esperanza, y Mozart dijo:

Vea usted: ése es Brahms. Va en pos de la redención, pero aún le queda un buen rato.

Supe que los millares de enlutados eran todos los artistas de las voces y notas puestas de más en sus partituras, según el juicio divino.

Excesiva instrumentación, demasiado material desperdiciado asintió Mozart.

E inmediatamente vimos caminar, a la cabeza de otro ejército tan grande, a Ricardo Wagner, y sentimos cómo los millares de taciturnos acompañantes lo abrumaban; cansino y con resignado andar, lo vimos arrastrarse a él también.

En mi juventud observé con tristeza pasaban estos dos músicos por lo más antitético imaginable. Mozart se echó a reír.

Sí, eso pasa siempre. Vistos desde alguna distancia, suelen ir pareciéndose cada vez más estos contrastes. Por otra parte, la excesiva instrumentación no fue defecto personal de Wagner ni de Brahms, fue de su tiempo.

¿Cómo? ¿Y por qué han de hacer una penitencia tan tremenda? exclamé en tono de acusación.

Naturalmente. Son los trámites. Sólo cuando hayan lavado la culpa de su tiempo, se demostrará si queda algo personal todavía que valga la pena hacer el balance.

Pero ninguno de los dos tiene la culpa.

Naturalmente que no. Tampoco tiene usted la culpa de que Adán devorara la manzana, y, sin embargo, ha de purgarlo también.

Pero eso es terrible.

Es verdad; la vida es siempre terrible. Nosotros no tenemos la culpa y somos responsables, sin embargo. Se nace y ya es uno culpable. Usted tiene que haber recibido una mediana enseñanza de Religión, si no sabe esto.

Me había ido sumiendo en un estado de ánimo verdaderamente lastimoso. Me veía a mí mismo, un peregrino muerto de cansancio, caminar errante por los desiertos del más allá, cargado con los muchos libros inútiles que había escrito, con todos los ensayos, con todos los folletones, seguido del ejército de cajistas que habían tenido que trabajar en ellos, del ejército de lectores que habían tenido que tragarse toda mi obra. ¡Dios mío! Y Adán, y la manzana, y toda la restante culpa hereditaria estaban además allí. Es decir, que todo esto había que purgarlo, purgatorio infinito, y entonces surgiría la cuestión de si detrás de todo esto existía todavía algo personal, algo propio, o si todo mi trabajo y sus consecuencias no eran más que espuma vacía sobre la superficie del mar, juego sin sentido no más en el torrente de los sucesos.

Mozart empezó a reír con estrépito, cuando vio mi cara larga. De risa daba saltos en el aire y empezó a hacer cabriolas con las piernas. Luego me gritó a la cara:

Je, hijo mío, te estás haciendo un lío, y no dices ni pío. ¿Piensas en tus lectores, sufridos pecadores, los ávidos roedores? ¿Piensas en tus cajistas y linotipistas, herejes y anabaptistas, cizañeros y trapisondistas, y no más que medianos artistas? Me da mucha risa tu angustia imprecisa, tu torpe sonrisa; ¡es para morirse de risa y como para hacérselo en la camisa! Veo tu lucha incruenta, con la tinta de imprenta, con tu pena violenta, y por evitarte la afrenta, aunque sea una broma tremenda, voy a hacerte de un cirio la ofrenda. ¡Vaya un galimatías que te has armado; te sientes en ridículo, desgraciado, y estás en evidencia y condenado y ante tus propios ojos menospreciado! No sabes lo que hacer ni qué emprender. Con Dios logres quedarte, pero el diablo vendrá a llevarte, y a zurrarte y a apalearte, por tu literatura y arte, como que todo lo has apandado en cualquier parte. Esto, en cambio, era ya demasiado fuerte para mí, la ira no me dejaba tiempo de seguir entregado a la melancolía. Cogí a Mozart por la trenza, salió volando, la trenza se fue estirando como la cola de un cometa, en cuyo extremo colgaba yo, y fui lanzado a dar vueltas por el mundo. ¡Diablo, hacía frío en este mundo! Estos inmortales aguantaban un aire helado horrorosamente tenue. Pero daba gusto este aire de hielo. Me di cuenta de ello en los breves segundos antes de perder el sentido. Me invadió una alegría amarga y punzante, reluciente como el acero y helada, una gana de reír tan clara y fieramente, y de modo tan supraterreno, como lo había hecho Mozart. Pero en el mismo instante me quedé sin hálito y sin conocimiento.

Confuso y maltrecho volví en mí, la luz blanca del pasillo se reflejaba en el suelo brillante. No me encontraba entre los inmortales, todavía no. Seguía estando aún al lado de acá, con los enigmas, los sufrimientos, los lobos esteparios, las complicaciones atormentadoras. No era un buen lugar, no era una mansión agradable. A esto había que ponerle término.

En el gran espejo de la pared estaba Harry frente a mí. No tenía buen aspecto, no tenía un aspecto muy diferente del de aquella noche de la visita al profesor y del baile en el Águila Negra. Pero de esto hacía mucho tiempo, años, siglos. Harry se había hecho viejo, había aprendido a bailar, había visitado teatros mágicos, había oído reír a Mozart, ya no tenía miedo de bailes, de mujeres ni de navajas. Hasta una inteligencia mediana adquiere madurez si ha andado correteando un par de siglos. Mucho tiempo

estuve mirando a Harry en el espejo; aún lo conocía bien, aún seguía pareciéndose un poquito al Harry de quince años, que un domingo de marzo se encontró entre las peñas a Rosa y se quitó ante ella su primer sombrero de hombre. Y, sin embargo, desde entonces había envejecido unos cuantos cientos de años, se había dedicado a la música y a la filosofía hasta hartarse, había bebido vino de Alsacia en el «Casco de Acero» y había discutido acerca de Krichna con honrados eruditos, había amado a Erica y a María, se había hecho amigo de Armanda, y disparado a los automóviles, y dormido con la escurrida chinita, había encontrado a Goethe y a Mozart, y hecho algunos desgarrones en la red, que aún lo apesaba, del tiempo y de la aparente realidad. Y si había vuelto a perder sus lindas figuras de ajedrez, tenía en cambio un buen puñal en el bolsillo. ¡Adelante, viejo Harry, viejo y cansado compañero!

¡Ah, diablo, qué amarga sabía la vida! Escupí a la cara al Harry del espejo, le di un golpe con el pie y lo hice añicos. Lentamente fui dando la vuelta por el pasillo, que resonaba a mis pisadas, observé con atención las puertas que tantas lindezas habían prometido; ya no había inscripción en ninguna. Despacio fui recorriendo todas las cien entradas del teatro mágico. ¿No había estado yo en un baile de máscaras? Cien años habían transcurrido desde entonces. Pronto ya no habrá años. Algo había que hacer aún. Armanda estaba esperando. Iba a ser una boda singular. En una ola sombría iba yo nadando, llevado por la tristeza, yo esclavo, yo lobo estepario. ¡Ah, demonio!

Ante la última puerta me quedé parado. Allí me había llevado ~ ola de melancolía. ¡Oh, Rosa; oh, juventud lejana; oh, Goethe y Mozart!

Abrí. Lo que encontré al otro lado de la puerta fue un cuadro sencillo y hermoso. Sobre tapices en el suelo hallé tendidas a dos personas desnudas, la bella Armanda y el bello Pablo, muy juntos, durmiendo profundamente, hondamente agotados por el juego de amor que parece tan insaciable y sin embargo, sacia tan pronto. Tipos hermosos, hermosísimos, imágenes magníficas, cuerpos de maravilla. Debajo del pecho izquierdo de Armanda había una señal redonda y reciente, como un cardenal, un mordisco amoroso de los dientes brillantes y bellos de Pablo. Allí donde estaba la huella introduje mi puñal, todo lo larga que era la hoja. Corrió la sangre sobre la delicada y nívea piel de Armanda. Con mis besos hubiera absorbido aquella sangre, si todo hubiese sido de otra manera, si se hubiese producido de otro modo. Y ahora no lo hice, sólo estuve mirando cómo corría la sangre y vi abrirse sus ojos un momento, plenos de dolor, profundamente admirados. ¿Por qué se admira?, pensé. Luego creí que debería cerrarle los ojos. Pero éstos volvieron a cerrarse por sí mismos. Consumado estaba. Hizo un ligerísimo movimiento sobre el costado. Desde la axila hasta el pecho vi jugar una sombra delicada y tenue, que quería recordarme alguna cosa. ¡Todo olvidado! Luego quedó tendida inmóvil.

Mucho tiempo estuve mirándola. Por último sentí un estremecimiento, como si despertara de mi letargo, y quise marcharme. Entonces vi a Pablo revolverse, lo vi abrir los ojos, lo vi estirarse, inclinarse sobre la hermosa muerta y sonreír. Nunca ha de ponerse serio este tipo, pensé, todo le produce una sonrisa. Con cuidado dobló Pablo una esquina del tapiz y cubrió a Armanda hasta el pecho, de manera que ya no se veía la herida, y luego se salió del palco sin hacer el menor ruido. ¿Adónde iba? ¿Me dejaban solo todos? Solo me quedé con la muerta a medio tapar, con la muerta para mí tan querida y tan envidiada. Sobre su pálida frente pendía el mechón varonil, la boca se destacaba roja de toda la cara exangüe y estaba un poco entreabierta, su cabello exhalaba un delicado aroma y dejaba medio traslucir la minúscula oreja.

Ya estaba cumplido su deseo. Sin haber llegado a ser enteramente mía, había yo matado a mi amada. Había ejecutado lo inconcebible, y luego me arrodillé y estuve mirando con los ojos fijos, sin saber lo que aquel hecho significaba, sin saber siquiera si había sido bueno y justo, o lo contrario. ¿Qué diría de esto el inteligente jugador de ajedrez, qué diría Pablo? Yo no sabía nada, no estaba en condiciones de reflexionar. Cada vez más roja ardía la boca pintada en el rostro que iba apagándose. Así había sido toda mi vida, así había sido mi poquito de felicidad y de amor, como esta boca rígida: un poco de carmín sobre una cara de muerto.

Y esta cara muerta, estos hombros y estos brazos blancos muertos exhalaban, ascendiendo lentamente, un escalofrío, un espanto y una soledad invernales, un frío poco a poco en aumento que empezaba a congelarme los dedos y los labios. ¿Es que había yo apagado el sol? ¿Había matado acaso el venero de toda vida? ¿Irrumpía el frío de muerte del espacio universal?

Estremecido estuve mirando la frente petrificada, el mechón rígido, el pálido resplandor helado del pabellón de la oreja. El frío que irradiaba de ellos era mortal y, al mismo tiempo, era hermoso: vibraba y sonaba maravillosamente, ¡era música!

¿No había sentido yo ya una vez, en otra época pretérita, este estremecimiento, que era a la par como una felicidad? ¿No había escuchado yo ya otra vez esta música? Sí, con Mozart, con los inmortales.

Vinieron a mi mente unos versos que una vez, tiempo atrás, había encontrado en alguna parte:

*Nosotros, en cambio, vivimos las frías
mansiones del éter cuajado de mil claridades,
sin horas ni días,
sin sexos ni edades...
Es nuestra existencia serena, inmutable;
nuestra eterna risa, serena y astral.*

En aquel momento se abrió la puerta del palco y entró, sin que yo lo conociera hasta la segunda mirada que le dirigí, Mozart, sin trenza, sin calzón corto, sin zapatos de hebilla, vestido a la moderna.

Se sentó muy cerca de mí, estuve por llamarle la atención y sujetarlo para que no se manchara con la sangre del pecho de Armanda que había corrido por el suelo. Se sentó y se entretuvo con unos pequeños aparatos e instrumentos que había por allí; le daba a aquello mucha importancia; anduvo dando vueltas a tornillos y clavijas, y yo estuve mirando con asombro sus dedos hábiles y ligeros que con tanto gusto hubiera visto alguna vez tocar el piano. Pensativo, lo miré, o mejor dicho, pensativo no, sino alucinado y como perdido en la contemplación de sus dedos hermosos e inteligentes, y reconfortado y a la vez un poco sobrecogido por la sensación de su proximidad. Y no puse el menor cuidado en lo que realmente hacía ni en lo que andaba atornillando y manipulando.

Era un aparato de radio lo que acababa de montar y poner en marcha, y luego conectó el altavoz y dijo:

Se oye Munich, el Concerto grosso en fa mayor, de Händel.

Y en efecto, para mi indescriptible asombro e indignación, el endiablado embudo de latón empezó a vomitar al punto esa mezcla de mucosa bronquial y de goma masticada que los dueños de gramófonos y los abonados a la radio han convenido en llamar música, y detrás de la turbia viscosidad y del restañeo, como se ve tras una gruesa costra de suciedad un precioso cuadro antiguo, podía reconocerse verdaderamente la noble estructura de aquella música divina, la armadura regia, el hálito amplio y sereno, la plena y majestuosa melodía.

¡Dios mío! grité indignado. ¿Qué hace usted, Mozart? ¿Pero en serio nos hace usted esta porquería a usted mismo y a mí? ¿Nos dispara usted este horrible aparato, el triunfo de nuestro siglo, la última arma victoriosa en la lucha a muerte contra el arte? ¿Está bien esto, Mozart?

¡Cómo se reía entonces el hombre siniestro, cómo reía de un modo frío y espectral, sin ruido, y, sin embargo, destrozando todo con su risa! Con placer íntimo observaba mis tormentos, daba vueltas a los malditos tornillos, manipulaba en el embudo de latón. Riendo, dejó que la música desfigurada, envenenada y sin espíritu, siguiera infiltrándose por el espacio. Riendo, me contestó:

Por favor, no se ponga usted patético, vecino. ¿Ha oído usted por lo demás el ritardando? Un capricho, ¿eh? Si, pues deje usted, hombre impaciente, deje entrar en su alma el pensamiento de este ritardando... ¿Oye usted los bajos? Avanzan como dioses; y deje usted penetrar este capricho del viejo Händel en su inquieto corazón y tranquilizarlo. Escuche usted, hombrecito, por una vez siquiera sin aspavientos ni broma, cómo detrás del velo en efecto irremediabilmente idiota de este ridículo aparato, pasa majestuosa la lejana figura de esta música divina. Ponga usted atención; algo se puede aprender en ello. Observe cómo esta absurda caja de resonancia hace en apariencia lo más necio, lo más inútil, lo más, execrable del mundo y arroja una música cualquiera, tocada en cualquier parte, la arroja necia y crudamente, y al propio tiempo, lastimosamente desfigurada, a sitios inadecuados, y cómo a pesar de todo no puede destruir el alma prístina de esta música, sino únicamente poner de manifiesto en ella la propia técnica torpe y la fiebre de actividad falta de todo espíritu. ¡Escuche usted bien, hombrecito; le hace falta! ¡Ea, atención! Así. Y ahora no sólo oye usted a un Händel oprimido por la radio, que, sin embargo, hasta en esta horrorosa forma de aparición sigue siendo divino; oye usted y ve, carísimo,

al propio tiempo una valiosa parábola de la vida entera. Cuando está usted escuchando la radio, oye y ve la lucha eterna entre la idea y el fenómeno, entre la eternidad y el tiempo, entre lo divino y lo humano. Precisamente, amigo, igual que la radio va arrojando a ciegas la música más magnífica del mundo durante diez minutos por los lugares más absurdos, por salones burgueses y por sotabancos, entre abonados que están charlando, comiendo, bostezando o durmiendo, así como despoja a esta música de su belleza sensual, la estropea, la embadurna y la desgarrar y, sin embargo, no puede matar por completo su espíritu; exacta mente lo mismo actúa en la vida la llamada realidad, con el magnífico juego de imágenes ofrece a continuación de Händel una disertación acerca del modo de desfigurar los balances en las Empresas industriales al uso, hace de encantadores acordes orquestales un bodrio poco apetecible de sonidos, introduce por todas partes su técnica, su actividad febril, su miserable incultura y su frivolidad entre el pensamiento y la realidad, entre la orquesta y el oído. Toda la vida es así, hijo, y así tenemos que dejar que sea, y si no somos asnos, nos reímos, además. A personas de su clase no les cuadra criticar la radio ni la vida. Es preferible que aprenda usted antes a escuchar. ¡Aprenda a tomar en serio lo que es digno de que se tome en serio, y ríase usted de lo demás! ¿O es que usted mismo lo ha hecho acaso mejor, más noblemente, más inteligentemente, con más gusto? No, monsieur Harry; no lo ha hecho usted. Usted ha hecho de su vida una horrorosa historia clínica, de su talento una desgracia. Y usted, a lo que veo, no ha sabido emplear a una muchacha tan linda, para otra cosa más que para introducirle un puñal en el cuerpo y destrozarla. ¿Considera usted justo esto?

¿Justo? ¡Oh, no! grité desesperado. ¡Dios mío, si todo es tan falso, tan endiabladamente tonto y malo! Yo soy una bestia, Mozart, una bestia necia y malvada, enferma y echada a perder; en eso tiene usted mil veces razón. Pero, por lo que atañe a esta muchacha, ella misma lo ha querido así; yo sólo he cumplido su propio deseo.

Mozart reía en silencio, pero, en cambio, tuvo ahora la excelsa bondad de desenchufar la radio.

Mi defensa me sonó a mí mismo, de pronto, bien estúpida; a mí, que hacía un momento nada más había creído sinceramente en ella. Cuando en una ocasión Armanda así volví a acordarme de repente me había hablado del tiempo y de la eternidad, entonces había estado yo dispuesto inmediatamente a considerar a sus pensamientos como reflejos de los míos propios. Pero que la idea de dejarse matar por mí era el capricho y el deseo más íntimo de Armanda y no estaba influido por mí en lo más mínimo, me había parecido indudable. ¿Por qué entonces no sólo había aceptado y creído esta idea tan terrible y tan extraña, sino que hasta la había adivinado de antemano? ¿Acaso porque era mi propio pensamiento? ¿Y por qué había asesinado a Armanda precisamente en el momento de encontrarla desnuda en los brazos de otro? Omnisciente y llena de sarcasmo, resonaba la risa callada de Mozart.

Harry dijo, es usted un farsante. ¿No había de haber deseado de usted realmente esta pobre muchacha otra cosa que una puñalada? ¡Eso, cuénteselo usted a otro! Vaya, y, por lo menos, ha tenido usted buen tino; la pobre criatura está bien muerta. Acaso sería ya hora de que se diese usted cuenta de las consecuencias de su galantería hacia esta dama. ¿O querría usted esquivar las consecuencias?

¡No! grité. ¿Es que no comprende usted nada? ¡Yo esquivar las consecuencias! No anhele otra cosa más que expiar, expiar, expiar, poner la cabeza debajo de la guillotina y dejarme castigar y destruir.

Insoportablemente burlón, me miraba Mozart.

¡Qué patético se pone usted siempre! Pero aún ha de aprender usted humorismo, Harry. El humorismo siempre es algo patibulario, y si es preciso, lo aprenderá usted en el patíbulo. ¿Está usted dispuesto a ello? ¿Sí? Bien, entonces acuda usted al juez y sufra con paciencia todo el aparato poco divertido de los agentes de la Justicia, hasta la fría decapitación una mañana temprano en el patio de la cárcel. ¿Está usted realmente dispuesto a ello?

Una inscripción brilló, de repente, ante mí:

Ejecución de Harry

Y yo di con la cabeza mi asentimiento. Un patio dismantelado entre cuatro paredes, con ventanas pequeñas de rejas; una guillotina automática bien cuidada; una docena de caballeros en trajes talarés y de levita, y en medio, yo, tiritando en un ambiente gris de madrugada, con el corazón oprimido por un miedo que daba compasión, pero dispuesto y conforme. A una voz de mando avancé; a una

voz de mando me puse de rodillas. El juez se quitó el birrete y carraspeó; también los otros señores carraspearon. Aquél desenrolló un papel solemne y leyó:

Señores, ante ustedes está Harry Haller, acusado y responsable del abuso temerario de nuestro teatro mágico. Haller no sólo ha ofendido el arte sublime, al confundir nuestra hermosa galería de imágenes con la llamada realidad, y apuñalar a una muchacha fantástica con un fantástico puñal; ha tenido, además, intención de servirse de nuestro teatro, sin la menor pizca de humorismo, como de una máquina de suicidio. Nosotros, por ello, condenamos a Haller al castigo de vida eterna y a la pérdida por doce horas del permiso de entrada en nuestro teatro. Tampoco puede remitírsele al acusado la pena de ser objeto por una vez de nuestra risa. Señores, atención: A la una, a las dos, ¡a las tres!

Y a las tres prorrumpieron todos los presentes con impecable precisión, en una carcajada sonora y a coro, una carcajada del otro mundo, terrible y apenas soportable para los hombres.

Cuando volví en mí, estaba Mozart sentado a mi lado como antes; me dio un golpe en el hombro y dijo:

Ya ha escuchado usted su sentencia. No tendrá más remedio que acostumbrarse a seguir oyendo la música de radio de la vida. Le sentará bien. Tiene usted poquísimo talento, querido y estúpido amigo; pero así, poco a poco, habrá ido comprendiendo ya lo que se exige de usted. Ha de hacerse cargo del humorismo de la vida, del humor patibulario de esta vida. Claro que usted está dispuesto en este mundo a todo menos a lo que se le exige. Está dispuesto a asesinar muchachas, está dispuesto a dejarse ejecutar solemnemente. Estaría dispuesto también con seguridad a martirizarse y a flagelarse durante cien años. ¿O no?

¡Oh, sí con toda mi alma! exclamé en mi estado miserable.

¡Naturalmente! Para todo espectáculo necio y falto de humor se puede contar con usted, señor de altos vuelos, para todo lo patético y sin gracia. Sí; pero a mí eso no me gusta; por toda su romántica penitencia no le doy a usted ni cinco céntimos. Usted quiere ser ajusticiado, quiere que le corten la cabeza, sanguinario. Por este ideal idiota sería usted capaz de cometer diez asesinatos. Usted quiere morir, cobarde; pero no vivir. Al diablo, si precisamente lo que tiene usted que hacer es vivir. Merecería usted ser condenado a la pena más grave de todas.

¡Oh! ¿Y qué pena sería esa?

Podríamos, por ejemplo, hacer revivir a la muchacha y casar a usted con ella.

No; a eso no estaría dispuesto. Habría una desgracia.

Como si no fuese ya bastante desgracia todo lo que ha hecho usted. Pero con lo patético y con los asesinatos hay que acabar ya. Sea usted razonable por una vez. Usted ha de acostumbrarse a la vida y ha de aprender a reír. Ha de escuchar la maldita música de la radio de este mundo y venerar el espíritu que lleva dentro y reírse de ¡a demás murga. Listo, otra cosa no se le exige.

En voz baja, y como entre dientes, pregunté:

¿Y si yo me opusiera? ¿Y si yo le negara a usted, señor Mozart, el derecho de disponer del lobo estepario y de intervenir en su destino?

Entonces dijo apaciblemente Mozart te propondría que fumaras aún uno de mis preciosos cigarrillos.

Y al decir esto y sacar del bolsillo del chaleco por arte de magia un cigarrillo y ofrecérmelo, de pronto ya no era Mozart, sino que miraba expresivo, con sus oscuros ojos exóticos, y era mi amigo Pablo, y se parecía como un hermano gemelo al hombre que me había enseñado el juego de ajedrez con las figuritas.

¡Pablo! grité dando un salto. Pablo, ¿dónde estamos?

Estamos sonrió en mi teatro mágico, y si por caso quieres aprender el tango, o llegar a general, o tener una conversación con Alejandro Magno, todo esto está la vez próxima a tu disposición. Pero he de confesarte, Harry, que me has decepcionado un poco. Te has olvidado malamente, has quebrado el humor de mí pequeño teatro y has cometido una felonía; has andado pinchando con puñales y has ensuciado nuestro bonito mundo alegórico con manchas de realidad. Esto no ha estado bien en ti. Es de esperar que lo hayas hecho al menos por celos, cuando nos viste tendidos a Armanda y a mí. A esta figura, desgraciadamente, no has sabido manejarla; creí que habías aprendido mejor el juego. En fin, podrá corregirse.

Cogió a Armanda, la cual, entre sus dedos, se achicó al punto hasta convertirse en una figurita del juego, y la guardó en aquel mismo bolsillo del chaleco del que había sacado antes el cigarrillo.

Aroma agradable exhalaba el humo dulce y denso; me sentí aligerado y dispuesto a dormir un año entero.

Oh, lo comprendí todo; comprendí a Pablo, comprendí a Mozart, oí en alguna parte detrás de mí su risa terrible; sabía que estaban en mi bolsillo todas las cien mil figuras del juego de la vida: aniquilado, barruntaba su significación; tenía el propósito de empezar otra vez el juego, de gustar sus tormentos otra vez, de estremecerme de nuevo y recorrer una y muchas veces más el infierno de mi interior.

Alguna vez llegaría a saber jugar mejor el juego de las figuras. Alguna vez aprendería a reír. Pablo me estaba esperando. Mozart me estaba esperando.

Relatos

Juegos de Sombras

La amplia fachada principal del castillo era de piedra clara y sus grandes ventanales miraban al Rin y a los cañaverales, y más allá a un paisaje luminoso y abierto de agua, juncos y pasto donde, más lejos aún, las montañas arqueadas de bosques azulados formaban una suave curva que seguía el desplazamiento de las nubes; sólo cuando soplaban el Foehn, el viento del Sur, se veía brillar los castillos y los caseríos, diminutas y blancas edificaciones en la lontananza. La fachada del castillo se reflejaba en la corriente tranquila, alegre y frívola como una muchacha; los arbustos del parque dejaban que su verde ramaje colgara hasta el agua, y a lo largo de los muros unas góndolas suntuosas pintadas de blanco se mecían en la corriente. Esta parte risueña y soleada del castillo estaba deshabitada. Desde que la baronesa había desaparecido, todas las habitaciones permanecían vacías, salvo la más pequeña, en la que como antaño seguía viviendo el poeta Floriberto. La dueña de la casa era la culpable de la deshonra que había recaído sobre su esposo y sus dominios, y de la antigua corte y de los numerosos y vistosos cortesanos de antaño ya nada quedaba excepto las blancas y suntuosas góndolas y el versificador silencioso.

El señor del castillo vivía, desde que la desgracia se había abatido sobre él, en la parte trasera del edificio, donde una enorme torre aislada de la época de los romanos oscurecía el patio angosto, donde los muros eran siniestros y húmedos, y las ventanas estrechas y bajas, pegadas al parque sombrío de árboles centenarios, grupos de grandes arcos, de álamos, de hayas.

El poeta vivía en total soledad en su ala soleada. Comía en la cocina y a menudo transcurrían muchos días sin que viera al barón.

—Vivimos en este castillo como sombras —le dijo un día a uno de sus amigos de la infancia que había acudido a visitarlo y que no resistió más de un día en las inhóspitas habitaciones del castillo muerto. Antaño, Floriberto se había dedicado a componer fábulas y rimas galantes para los invitados de la baronesa y, tras la disolución de la alegre compañía, había permanecido en el castillo sin que nadie le preguntara nada, sencillamente porque su ingenuo y modesto talante temía mucho más los vericuetos de la vida y la lucha por el sustento que la soledad del triste castillo. Hacía mucho tiempo que no componía ya poemas. Cuando, con viento de poniente, contemplaba más allá del río y de la mancha amarillenta de los cañaverales el círculo lejano de las montañas azuladas y el paso de las nubes, y cuando, en la oscuridad de la noche, oía el balanceo de los árboles inmensos en el viejo parque, componía extensos poemas, pero que carecían de palabras y que nunca podían ser escritos. Unos de estos poemas se titulaba «El aliento de Dios» y trataba del cálido viento del sur, y otro se llamaba «Consuelo del alma» y era una contemplación del esplendor de los prados primaverales. Floriberto era incapaz de recitar o de cantar estos poemas, porque no tenían palabras, pero los soñaba y también los sentía, en particular por las noches. Por lo demás solía pasar la mayor parte de su tiempo en el pueblo, jugando con los niños rubios y haciendo reír a las muchachas y a las mujeres jóvenes con las que se cruzaba, quitándose el sombrero a su paso como si fueran damas de la nobleza. Sus días de mayor felicidad eran aquellos en los que se topaba con doña Inés, la hermosa doña Inés, la famosa doña Inés de finos rasgos virginales. La saludaba con gesto amplio y profunda inclinación, y la hermosa mujer se inclinaba y reía a su vez y, clavando su mirada clara en los ojos turbados de Floriberto, proseguía sonriente su camino resplandeciente como un rayo de sol.

Doña Inés vivía en la única casa que había junto al parque asilvestrado del castillo y que antaño había sido un pabellón anexo de la baronesa. El padre de doña Inés, un antiguo guarda forestal, había

recibido la casa en compensación por algún favor excepcional que le había hecho al padre del actual dueño del castillo. Doña Inés se había casado muy joven regresando al pueblo poco después convertida en una joven viuda, y vivía ahora, tras la muerte de su padre, en la casa solitaria, sola con una sirvienta, y una tía ciega.

Doña Inés siempre llevaba unos vestidos sencillos pero bonitos, y siempre nuevos y de suaves colores; seguía teniendo el rostro juvenil y fino, y su abundante y morena cabellera recogida en gruesas trenzas ceñía su hermosa cabeza. El barón había estado enamorado de ella, antes incluso de haber repudiado a su mujer de costumbres disolutas, y ahora volvía a estarlo. Se encontraba por las mañanas en el bosque con ella, y por las noches la llevaba en barca por el río a una cabaña de juncos en los cañaverales; allí, su sonriente rostro virginal descansaba contra la barba prematuramente encanecida del barón, y los dedos finos de ella jugaban con la dura y cruel mano de cazador de él.

Doña Inés iba todas las fiestas de guardar a la iglesia, rezaba y daba limosna para los pobres. Visitaba a las ancianas menesterosas del pueblo, les regalaba zapatos, peinaba a sus nietos, las ayudaba en las labores de costura y, al marchar, dejaba en sus humildes cabañas el suave resplandor de una joven santa. Todos los hombres la deseaban, y al que fuera de su agrado y llegara en buen momento le concedía, además del beso en la mano, un beso en los labios, y el que fuera afortunado y bien parecido podía atreverse, cuando llegara la noche, a escalar su ventana.

Todo el mundo lo sabía, incluso el barón, pese a lo cual la hermosa mujer proseguía en total inocencia y con mirada sonriente su camino, como una muchachita ajena a cualquier deseo de un hombre. De tanto en tanto, aparecía un amante nuevo, que la cortejaba discretamente como a una belleza inaccesible, henchido de orgullo y de felicidad por la valiosa conquista, asombrado de que los demás hombres no se la disputaran y le sonrieran. La casa de doña Inés se levantaba apacible junto al lindero del parque siniestro, rodeada de rosales trepadores y aislada como en un cuento de hadas, y allí vivía ella, entraba y salía, fresca y tierna como una rosa una mañana de verano, con un resplandor puro en su rostro de niña y las pesadas trenzas aureolando su cabeza de finas facciones. Las ancianas pobres del pueblo la bendecían y le besaban las manos, los hombres la saludaban con profunda inclinación y sonreían a su paso, y los niños corrían hacia ella tendiéndole las manitas y dejándose acariciar en las mejillas.

—¿Por qué eres así? —le preguntaba a veces el barón amenazándola con mirada severa.

—¿Acaso tienes algún derecho sobre mí? —respondía doña Inés con ojos asombrados y jugando con sus trenzas morenas.

Quien más enamorado estaba era Floriberto, el poeta. A él el corazón le daba brincos cuando la veía. Cuando oía algún comentario malévolo sobre ella, sufría, sacudía la cabeza y no le daba crédito. Si los niños se ponían a hablar de ella, se le iluminaba el rostro y prestaba el oído como si escuchara una canción. Y de todos sus sueños, el más hermoso consistía en soñar despierto con doña Inés. Entonces lo adornaba con todo, con lo que amaba y con lo que le parecía hermoso, con el viento de poniente y con el horizonte azulado, y con todos los luminosos prados primaverales, que disponía a su alrededor; y en ese cuadro introducía toda la nostalgia y el cariño inútil de su existencia de niño inútil. Una noche, a principios de verano, tras un largo período de silencio, un soplo de vida nueva sacudió la torpeza del castillo. El estruendo de un cuerno atronó en el patio donde penetró un coche que se detuvo entre chirridos. Se trataba del hermano del barón que venía de visita, un hombre alto y bien parecido, que lucía una perilla puntiaguda y una mirada enojada de soldado, acompañado por un único sirviente. Se entretenía bañándose en las aguas del Rin y disparando a las gaviotas plateadas para pasar el rato. Iba con frecuencia a caballo a la ciudad cercana de donde regresaba por las noches, borracho, y también hostigaba ocasionalmente al pobre poeta y se peleaba cada dos por tres con su hermano. No paraba de darle consejos, de proponerle arreglos y nuevas dependencias, de recomendarle transformaciones y mejoras, que nada representaban en su caso, ya que él nadaba en la abundancia gracias a su matrimonio, mientras que el barón era pobre y no había conocido más que desdichas y sinsabores durante la mayor parte de su vida.

Su visita al castillo se debía a un capricho que ya le empezó a pesar al cabo de la primera semana. No obstante se quedó y no dijo ni palabra de marcharse, pese a que a su hermano la idea no le habría disgustado en absoluto. Y es que había visto a doña Inés y había empezado a cortejarla.

No pasó mucho tiempo y, un día, la sirvienta de la hermosa mujer lució un vestido nuevo, regalo del barón forastero. Y al cabo de otro poco, ya recogía junto a muro del parque los mensajes y las flores que le entregaba el sirviente del mismo barón forastero. Y tras unos pocos días más, el barón forastero y doña Inés se encontraron un hermoso día de verano en una cabaña en medio del bosque y él le besó la mano, y la boquita menuda y el cuello tan blanco. Pero cuando doña Inés iba al pueblo y él se cruzaba con ella, entonces el barón forastero la saludaba con una profunda reverencia y ella le agradecía el saludo como una muchacha de diecisiete años

Volvieron a transcurrir unos días, y una noche que se había quedado solo, el barón forastero vio una nave con un remero y una mujer deslumbrante a bordo que descendía la corriente. Y lo que su curiosidad en la oscuridad no pudo saciar le quedó confirmado con creces al cabo de unos días: aquella a la que había estrechado contra su corazón a mediodía en la cabaña del bosque y al que había encandilado con sus besos surcaba las oscuras aguas del Rin por las noches en compañía de su hermano y desaparecía con él en los cañaverales.

El forastero se volvió taciturno y tuvo pesadillas. Su amor por doña Inés no era como el que se siente por un trofeo de caza apetecible sino como el que se siente por un valioso tesoro. Cada uno de sus besos lo colmaba de dicha y de asombro, asustado de que tanta pureza y tanta dulzura hubieran sucumbido a su reclamo. Con lo que a ella la había amado más que a otras mujeres, y junto a ella había recordado su juventud, y así la había abrazado con ternura, agradecimiento, y consideración a la vez. A ella que, cuando llegaba la noche, se perdía en la oscuridad con su hermano. Entonces se mordió los labios y sus ojos lanzaron destellos de ira.

Indiferente a todo lo que estaba sucediendo e insensible a la atmósfera de velada pesadumbre que se cernía sobre el castillo, el poeta Floriberto seguía llevando su apacible existencia. Le disgustaban las vejaciones y tormentos ocasionales del huésped del castillo, pero de antaño estaba acostumbrado a soportar escarnios de este tipo. Evitaba al forastero, se pasaba el día entero en el pueblo o con los pescadores a orillas del Rin, y se dedicaba a fantasear vaporosas ensoñaciones en el calor de la noche. Y una mañana tomó conciencia de que las primeras rosas de té junto al muro del patio del castillo empezaban a florecer. Hacía ya tres veranos que solía depositar las primicias de estas insólitas rosas en el umbral de la puerta de doña Inés y se alegraba de poder ofrecerle por cuarta vez consecutiva este modesto y anónimo regalo.

Aquel mismo día, a mediodía, el forastero se encontró con la hermosa doña Inés en el bosque de hayas. No le preguntó dónde había ido la víspera y la antevíspera a la caída de la noche. Clavó su mirada casi horrorizada en los ojos inocentes y apacibles y, antes de irse, le dijo:

—Vendré esta noche a tu casa cuando anochezca. ¡Deja la ventana abierta!

—Hoy no — respondió suavemente ella —, hoy no.

—Pues vendré.

—Mejor otro día. ¿Te parece? Hoy no, hoy no puedo.

—Vendré esta noche. Esta noche o nunca. Haz lo que quieras.

Ella se separó de su abrazo y se alejó.

Al anochecer, el forastero estuvo al acecho del río hasta que cayó la noche. Pero la barca no se presentó. Entonces se encaminó hacia la casa de su amada y se ocultó detrás de un matorral con el fusil entre las piernas.

El aire era cálido y apacible. Los jazmines perfumaban la atmósfera y tras una hilera de nubecitas blancas el cielo se fue llenando de pequeñas estrellitas apagadas. El canto profundo de un pájaro solitario se elevó en el parque.

Cuando ya casi era noche cerrada, giró con paso taimado un hombre junto a la casa, casi furtivo. Llevaba el sombrero profundamente hundido sobre los ojos, pero estaba todo tan oscuro que se trataba de una precaución inútil. En la mano derecha llevaba un ramo de rosas blancas que proyectaban una claridad apagada en la noche. El que estaba al acecho agudizó la mirada y armó el fusil.

El recién llegado alzó la mirada hacia las ventanas de las que no brillaba luz alguna. Entonces se acercó a la puerta, se agachó y estampó un beso en el picaporte metálico de la puerta.

En ese instante surgió la llama, se oyó un estampido seco que el eco repitió suavemente en las profundidades del parque. El portador de las rosas dobló las rodillas, después cayó hacia atrás y tras

unos breves espasmos silenciosos quedó tumbado de espaldas en la gravilla.

El que estaba al acecho permaneció todavía un buen rato oculto, pero nadie apareció y tampoco nada se movió en la casa silenciosa. Entonces salió con prudencia de su escondite y se agachó sobre la víctima de su disparo, que yacía con la cabeza descubierta pues había perdido el sombrero en su caída. Compungido, reconoció con asombro al poeta Floriberto.

—¡Así que él también! —se lamentó alejándose

Las rosas quedaron esparcidas por el suelo, una de ellas en medio del charco de sangre del poeta. En el campanario del pueblo sonó la hora. El cielo se cubrió de nubes blancuzcas, hacia las que la inmensa torre del castillo se alzaba como un gigante que se hubiese dormido erguido. La corriente perezosa del Rin cantaba su dulce melodía y, en el interior del parque sombrío el pájaro solitario siguió cantando hasta pasada la medianoche.

El Cuento del Sillon de Mimbre

Un joven estaba sentado en su solitaria buhardilla. Le hubiese gustado llegar a ser pintor; pero para ello debía superar algunas cosas bastante difíciles, y para empezar vivía tranquilamente en su buhardilla, se iba haciendo —algo mayor y había adquirido la costumbre de pasarse horas ante un pequeño espejo y dibujar bocetos de autorretratos. Estos dibujos llenaban ya todo un cuaderno, y algunos le habían complacido mucho.

—Considerando que aún no poseo ninguna preparación en absoluto —decía para sus adentros-, esta hoja me ha salido francamente bien. Y qué arruga más interesante allí, junto a la nariz. Se nota que tengo algo de pensador o cosa por el estilo. Únicamente me falta bajar un poquito más las comisuras de la boca, eso crea una impresión singular, claramente melancólica.

Sólo que al volver a contemplar los dibujos al cabo de cierto tiempo, en general ya no le gustaban nada. Eso le incomodaba, pero dedujo que se debía a que estaba progresando y cada vez se exigía más.

La relación del joven con su buhardilla y con las cosas que allí tenía no era de las más deseables e íntimas, pero no obstante tampoco era mala. No les hacía más ni menos injusticia de lo habitual entre la mayoría de la gente, a duras penas las veía y las conocía poco.

En ocasiones, cuando no acababa, una vez más, de lograr un autorretrato, leía libros en los que trababa conocimiento con las experiencias de otros hombres que, al igual que él, habían comenzado siendo jóvenes modestos y totalmente desconocidos, y después habían llegado a ser muy famosos. Le gustaba leer esos libros, y en ellos leía su futuro.

Un día estaba sentado en casa, malhumorado otra vez y deprimido, leyendo el relato de la vida de un pintor holandés muy famoso. Leyó que ese pintor sufría una verdadera pasión, incluso un delirio, que estaba absolutamente dominado por una urgencia de llegar a ser un buen pintor. El joven pensó que ese pintor holandés se le parecía bastante. Al proseguir la lectura fue descubriendo muchos detalles que muy poco tenían en común con su propia experiencia. Entre otras cosas leyó que cuando hacía mal tiempo y no era posible pintar al aire libre, ese holandés pintaba, con tenacidad y lleno de pasión, todos los objetos sobre los que se posaba su mirada, incluso los más insignificantes. Así, una vez había pintado un viejo taburete desvencijado, un basto, burdo taburete de cocina campesina hecho de madera ordinaria, con un asiento de paja trenzada bastante gastado. Con tanto amor y tanta fe, con tanta pasión y tanta entrega había pintado el artista ese taburete, el cual con toda certeza nunca hubiese merecido la atención de nadie de no mediar esa circunstancia que había llegado a constituir uno de sus cuadros más bellos. El escritor empleaba muchas palabras hermosas, incluso conmovedoras, para describir ese taburete pintado.

Llegado a ese punto, el lector se detuvo y reflexionó. Había descubierto algo nuevo y debía intentarlo. Inmediatamente —pues era un joven de determinaciones extraordinariamente rápidas- decidió imitar el ejemplo de ese gran maestro y probar también ese camino hacia la fama.

Echó un vistazo a su buhardilla y advirtió que, de hecho, hasta entonces se había fijado realmente muy poco en las cosas entre las cuales vivía. No logró encontrar ningún taburete desvencijado con un asiento de paja trenzada, tampoco había ningún par de zuecos; ello le afligió y le desanimó un instante y estuvo a punto de sucederle lo de tantas otras veces, cuando la lectura del relato de la vida de los grandes hombres le había hecho desfallecer: entonces comprendió que le faltaban y buscaba en vano precisamente todas esas menudencias e inspiraciones y maravillosas providencias que de modo tan agradable intervenían en la vida de aquellos otros. Pero pronto se recompuso y se hizo cargo de que en

ese momento era totalmente cosa suya emprender con tesón el duro camino hacia la fama. Examinó todos los objetos de su cuartito y descubrió un sillón de mimbre, que muy bien podría servirle de modelo.

Acercó un poco el sillón con el pie, afiló su lápiz de dibujante, apoyó el cuaderno de bocetos sobre la rodilla y comenzó a dibujar. Consideró que la forma ya quedaba bastante bien indicada con un par de ligeros trazos iniciales y, con rapidez y energía, pasó a delinear el contorno con un par de trazos gruesos. Le cautivó una profunda sombra triangular en un rincón, vigorosamente la reprodujo, y así fue tirando adelante hasta que algo comenzó a estorbarle.

Continuó aún un rato más, luego levantó el cuaderno a cierta distancia y contempló su dibujo con ojo crítico. Entonces advirtió que el sillón de mimbre quedaba muy desfigurado.

Encolerizado, añadió una línea, y después fijó una mirada furibunda sobre el sillón. Algo fallaba. Eso le enfadó:

—¡Maldito sillón de mimbre! —gritó con vehemencia, ¡en mi vida había visto un bicho tan caprichoso!

El sillón crujió un poco y replicó serenamente:

—¡Vamos, mírame! Soy como soy y ya no cambiaré.

El pintor le dio un puntapié. Entonces el sillón retrocedió y volvió a adquirir un aspecto totalmente distinto.

—¡Estúpido sillón —gritó el jovencuelo-, todo lo tienes torcido e inclinado!

El sillón sonrió un poco y dijo con dulzura:

—Eso es la perspectiva, jovencito.

Al oírlo, el joven gritó:

—¡Perspectiva! —gritó airado-. ¡Ahora este zafio sillón quiere dárseles de maestro! ¡La perspectiva es asunto mío, no tuyo, no lo olvides!

Con eso, el sillón no volvió a hablar. El pintor se puso a recorrer enérgicamente el cuarto, hasta que abajo alguien golpeó enfurecido. el techo con un palo. Ahí abajo vivía un anciano, un estudioso, que no soportaba ningún ruido.

El joven se sentó y volvió a ocuparse de su último autorretrato. Pero no le gustó. Pensó que en realidad su aspecto era más atractivo e interesante, y era cierto.

Entonces quiso proseguir la lectura de su libro. Pero seguía hablando de ese taburete de paja holandés y eso le molestó. Le parecía que verdaderamente armaban demasiado alboroto por ese taburete y que en realidad...

El joven sacó su sombrero de artista y decidió ir a dar una vuelta. Recordó que en otra ocasión, mucho tiempo atrás, ya le había llamado la atención cuán insatisfactoria resultaba la pintura. Sólo deparaba molestias y desengaños y, por último, incluso el mejor pintor del mundo sólo podía representar la simple superficie de las cosas. A fin de cuentas ésa no era profesión adecuada para una persona amante de lo profundo. Y, de nuevo, como ya tantas otras veces, consideró seriamente la idea de seguir una vocación aún más temprana: mejor ser escritor. El sillón de mimbre quedó olvidado en la buhardilla. Le dolió que su joven amo se hubiese marchado ya. Había abrigado la esperanza de que por fin llegaría a entablarse entre ellos la debida relación. Le hubiese gustado muchísimo decir una palabra de vez en cuando, y sabía que podía enseñar bastantes cosas útiles a un joven. Pero, desgraciadamente, todo se malogró.

Sueño de Flautas

«Toma esto», dijo mi padre, y me alcanzó una pequeña flauta de hueso, «tómala y no olvides a tu anciano padre cuando alegres a la gente con tu música en países lejanos. Es tiempo de que veas el mundo y aprendas algo. He mandado hacer esta flauta, porque no te gusta ninguna otra tarea, excepto cantar. Piensa también que debes tocar siempre canciones bonitas y amables, de lo contrario sería malgastar el don que Dios te ha concedido. »

Mi querido padre entendía poco de música, era un erudito. Él pensaba que yo no tenía más que soplar en la linda flauta para que todo anduviera bien. Como no lo quería despojar de su creencia, le agradecí, guardé la flauta y procedí a despedirme.

Nuestro valle me era conocido hasta el gran molino del caserío; detrás comenzaba el mundo, y debo admitir que me gustó mucho. Una abeja fatigada de volar se había posado sobre mi manga, y la llevé conmigo para tener, en mi primer descanso, un mensajero que llevara enseguida mis saludos a la patria que dejaba atrás.

Bosques y praderas acompañaban mi camino, y muy lozano también el río me acompañaba. Descubrí que el mundo se diferenciaba poco de mi patria. Los árboles y flores, las espigas de trigo y los avellanos me hablaban; yo cantaba sus canciones con ellos, y ellos me comprendían, como en casa. De pronto mi abeja despertó, se arrastró despaciosamente hasta mi hombro, levantó el vuelo y giró dos veces en torno a mí con su zumbido dulce y profundo; luego se orientó rectamente hacia atrás, hacia el hogar.

En eso surgió del bosque una muchacha joven, que llevaba un cesto en el brazo y un sombrero de paja de ala ancha que dejaba en sombras la rubia cabeza.

«Dios te guarde», le dije, «¿adónde vas?»

«Debo llevar la comida a los segadores», dijo. Y se puso a caminar a mi lado. «¿Y tú, dónde quieres ir?»

«Voy a conocer el mundo, mi padre me ha enviado. Él cree que yo debo tocar mi flauta en público, ante la gente, pero yo no sé hacerlo bien todavía, antes debo aprender mucho.»

«Bueno, bueno. ¿Y qué sabes hacer en realidad? Porque algo debes saber.»

«Nada en especial. Puedo cantar canciones.»

«¿Qué clase de canciones?»

«De todo tipo ¿sabes? A la mañana y a la noche, ¿a los árboles, a las bestias, a las flores. Ahora, por ejemplo, podría cantar una canción bonita acerca de una muchacha joven que sale del bosque para llevar la comida a los segadores.»

«¿Puedes hacerlo? ¡Cántala entonces!»

«Lo haré, pero, ¿cómo te llamas?»

«Brigitte.»

Entonces entoné la canción de la linda Brigitte con el sombrero de paja, y lo que llevaba en el cesto, y de cómo las flores la miraban cuando pasaba y los vientos azules la seguían a lo largo del cerco del jardín, y todo lo relacionado con ello. Atendió seriamente a la canción, y me dijo que era buena. Y cuando le comenté que estaba hambriento, levantó la tapa del cesto y extrajo un pedazo de pan. Mientras yo le echaba el diente con ahinco, al tiempo que continuaba ágilmente la marcha, ella me dijo: «No se debe comer a la carrera. Una cosa después de la otra». Entonces nos sentamos sobre la hierba, yo comí mi pan y ella se abrazó las rodillas con sus manos bronceadas y me miró.

«¿Quieres volver a cantarme alguna otra cosa?». preguntó cuando dejé de comer.

«Con gusto. ¿Qué quieres que cante?»

«Algo acerca de una chica que está triste porque ha sido abandonada por su novio.»

«No, no puedo. No conozco eso, y tampoco debe uno estar triste. Mi padre dijo que debo cantar siempre canciones graciosas y amables. Te cantaré algo acerca del cuclillo o de la mariposa.»

«Y de amor, ¿no sabes ninguna?» preguntó luego.

«¿De amor? Oh sí, eso es lo más lindo de todo.»

Enseguida empecé una canción acerca de cómo el rayo de sol está enamorado de las rojas amapolas y juega con ellas lleno de alegría. Y de la hembra del pinzón, cuando aguarda al pinzón y al llegar éste vuela como si estuviera asustada. Y seguí cantando acerca de la muchacha de ojos pardos y del joven que llega y canta y recibe un pan de regalo; pero ahora no quiere más pan, quiere un beso de la doncella y quiere ver dentro de sus ojos pardos, y canta y canta hasta que ella empieza a sonreír y le cierra la boca con sus labios.

Entonces Brigitte se inclinó y cerró mi boca con sus labios; luego cerró los ojos y los volvió a abrir. Y yo miré las estrellas cercanas de un dorado oscuro y en ellas estábamos reflejados yo mismo y un par de blancas flores del prado.

«El mundo es muy hermoso», dije, «mi padre tenía razón. Pero ahora te ayudaré a llevar estas cosas hasta donde está esa gente.»

Tomé su cesto y proseguimos el camino. Su paso sonaba con el mío y su alegría coincidía con la mía, y el bosque hablaba delicado y fresco desde la montaña. Yo nunca había caminado tan contento. Durante un largo rato canté con fuerza, hasta que tuve que cesar de puro exceso; era demasiado todo lo que susurraba y hablaba desde el valle y la montaña, desde la hierba y el follaje, desde el río y los matorrales.

Entonces pensé: si pudiera comprender y cantar al mismo tiempo las mil canciones del universo, del pasto y las flores, de los hombres y las nubes, de la floresta y el bosque de pinares, y también de los animales. Y asimismo todas las canciones de los mares lejanos y las montañas, de las estrellas y la luna; y si todo eso pudiera simultáneamente resonar en mi interior y ser cantado, entonces yo sería como el buen Dios y cada canción debería ser como una estrella en el cielo.

Pero mientras yo pensaba de este modo, lo cual me había dejado silencioso y maravillado, pues antes jamás se me habían ocurrido cosas así, Brigitte se detuvo y sujetó firmemente el asa del cesto.

«Ahora debo subir», dijo. «Allá arriba está nuestra gente. ¿Y tú, a dónde vas? ¿Por qué no vienes conmigo?»

«No, no puedo ir contigo. Tengo que ver el mundo. Muchas gracias por el pan, Brigitte, y por el beso. Pensaré en ti.»

Ella tomó su cesto con la comida; y otra vez sus ojos de sombras pardas se inclinaron sobre mí, y sus labios se adherieron a los míos. Su beso fue tan bueno y dulce, que casi me puse triste de pura felicidad. Entonces le dije adiós y marché presuroso carretera abajo.

La muchacha subió lentamente por la montaña; se detuvo bajo el follaje que caía al borde del bosque, y miró hacia abajo donde yo estaba. Y cuando le hice señas y, agité el sombrero sobre mi cabeza, inclinó ella la suya una vez más y desapareció en silencio, como una imagen, entre la sombra de las hayas.

Yo, por mi parte, continué tranquilo el camino sumido en mis pensamientos, hasta que el sendero dio la vuelta en un recodo.

Allí había un molino, y junto al molino se hallaba una barca en el agua. Un hombre sentado en la barca parecía estar esperándome; en efecto, cuando me saqué el sombrero y subí a bordo, la barca comenzó a navegar enseguida río abajo. Me senté en la mitad de la embarcación, y el hombre atrás, al timón. Y cuando le pregunté a dónde íbamos, levantó la vista y me miró con ojos grises y velados.

«Donde quieras», dijo con voz apagada. «Río abajo hacia el mar o a las grandes ciudades, la elección es tuya. Todo me pertenece.»

«¿Todo te pertenece? ¿Entonces eres el rey?»

Quizá dijo él. «Y tú eres un poeta, según creo. ¡Cántame entonces una canción de viaje!»

Me infundía temor ese hombre serio y sombrío, y además nuestra barca navegaba tan rápido y sin ruido río abajo, que saqué fuerzas de flaqueza y canté acerca del río que lleva las naves y en el que se

refleja el sol; el río, que es más ruidoso en contacto con las orillas rocosas y termina alegremente su peregrinaje.

El semblante de aquel hombre permanecía impassible; cuando finalicé, asintió silenciosamente, como uno que sueña. Y enseguida, ante mi asombro, él mismo comenzó a cantar. Y también cantó acerca del río y del viaje del río por los valles, y su canción era más bella y vigorosa que la mía, pero todo sonaba muy distinto.

El río, tal como él lo cantaba, bajaba como un ser destructor dando tumbos desde las montañas, hosco y salvaje, rechinando los dientes al sentirse refrenado por los molinos y presionando por los puentes; odiaba a todos los barcos que debía sostener; y bajo sus olas, y entre largas y verdes plantas acuáticas, mecía sonriente los blancos cuerpos de los ahogados.

Nada de esto me gustaba; pero su tono era tan hermoso y enigmático que quedé completamente confundido, y angustiado callé. Si lo que aquel cantor viejo, sutil e inteligente cantaba con su voz sofocada era cierto, entonces todas mis canciones habían sido nada más que tontería, torpes juegos infantiles. Entonces el mundo no era básicamente bueno y lleno de luz, como el corazón de Dios, sino opaco y sufriente, malo y sombrío; los bosques no susurraban de placer, susurraban de dolor.

Seguimos navegando. Las sombras se hicieron más largas, y cada vez que yo comenzaba a cantar mi voz sonaba menos clara, e iba apagándose. Y cada vez el extrafío cantor respondía con una canción que hacía al mundo más y más incomprensible y doloroso, y a mí me dejaba más y más desconcertado y triste.

Me dolía el alma, y sentía no haberme quedado en tierra junto a las flores o al lado de la bella Brigitte; para consolarme, empecé a cantar en la oscuridad creciente, con voz fuerte a través del rojo resplandor del anochecer, la canción de Brigitte y de sus besos.

Entonces se inició el ocaso y enmudecí. El hombre al timón cantó, y también él cantó del amor y del placer del amor, de ojos oscuros y ojos azules, de labios rojos y húmedos, y era hermoso y conmovedor lo que cantaba Reno de pena a medida que oscurecía sobre el río. Pero en su canción el amor era también lúgubre y temible, y se había convertido en un secreto mortal, dentro del cual los hombres, extraviados y dolidos, tanteaban entre penurias y anhelos, y se torturaban y mataban los unos a los otros.

Yo escuchaba y quedé muy fatigado y entristecido, como si hubiera estado viajando durante años a través de la mayor miseria y aflicción. Sentía que del desconocido emanaba y se deslizaba en mi corazón una permanente, silenciosa, fría corriente de pena y mortal angustia.

«Así que la vida no es lo más elevado y hermoso», dije finalmente con amargura, «sino la muerte. Entonces te ruego, olí triste monarca, que cantes una canción a la muerte.»

El hombre al timón cantó de la muerte, y cantó más bellamente que antes. Pero tampoco era la muerte lo más hermoso y alto, tampoco en ella había consuelo. La muerte era vida, y la vida muerte, y estaban enzarzadas entre sí en un furioso combate de amor, y esto era lo último y el sentido del mundo, y de allí se desprendía un resplandor que podía, a pesar de todo, alabar toda miseria, pero también una sombra que enturbiaba todo placer y belleza rodeándolos de tiniebla. Pero desde esa tiniebla ardía el placer más bella e íntimamente, y el amor ardía más profundo en medio de esa noche.

Yo escuchaba y me había quedado totalmente en silencio; no existía en mí otra voluntad que la del extranjero. Su mirada descansó sobre mí, callada y con una cierta bondad melancólica, y sus ojos grises estaban cargados del dolor y la belleza del mundo. Me sonrió, y entonces cobré ánimos y le rogué en mi necesidad: «¡Ah, retorna, por favor! Tengo miedo aquí en la noche, quisiera volver a la casa de mi padre, o volver para encontrar a Brigitte.»

El hombre se levantó y señaló la noche; el farol resplandeció claramente sobre su rostro enjuto e imperturbable. «Ningún camino va hacia atrás», dijo seria y amablemente, «hay que proseguir siempre hacia delante, si se quiere conocer el mundo. Y de la muchacha de los ojos oscuros ya has tenido lo mejor y más hermoso, y cuanto más te alejes de ella, tanto más hermoso y mejor será. Pero marcha hacia donde quieras; te daré mi lugar al timón.»

Yo me hallaba tremendamente entristecido, pero sabía que él tenía razón. Lleno de nostalgia pensé en Brigitte y en mi país y en todo lo que había sido hasta entonces cercano, luminoso y mío, y en todo lo que había perdido. Pero en ese momento iba a tomar el sitio del extraño y conducir el timón. Así

debía ser.

Me levanté en silencio y me dirigí a través de la barca al asiento del timonel; el hombre se acercó a mí también en silencio, y cuando estuvimos el uno frente al otro me miró fijamente a la cara y me dio su farol.

Pero cuando me senté al timón y hube afianzado el farol junto a mí, me encontré solo en la barca; advertí con un profundo estremecimiento que el hombre había desaparecido. Sin embargo, no me sentía asustado, lo había sentido. Me parecía que el hermoso día de viaje, Brigitte, mi padre y la patria habían sido sólo un sueño, y que yo era un viejo apenado y que siempre había viajado a través de aquel río nocturno.

Comprendí que no debía llamar a ese hombre, y el reconocimiento de la verdad se desplomó sobre mí como una helada.

Para saber lo que ya presentía, me incliné sobre el agua y alcé el farol, y desde la negra superficie me miró un rostro penetrante y serio con ojos grises, un rostro viejo y sabio. Era el mío.

Y como ningún camino lleva hacia atrás, continué el viaje por las aguas oscuras a través de la noche.

Noticia Curiosa de Otra Estrella

En una de las provincias meridionales de nuestra hermosa estrella había ocurrido una desgracia espantosa. Un terremoto acompañado por tremendas tormentas e inundaciones había dañado tres grandes pueblos y todos sus jardines, campos, bosques y plantaciones. Muchísimas personas y numerosos animales habían perecido, y, lo más penoso de todo, faltaban las flores necesarias para revestir a los muertos y adornar en debida forma sus sepulcros.

Todo lo demás ya había sido atendido. Apenas pasadas las peores horas, mensajeros con el gran llamado de amor recorrían aprisa las comarcas vecinas. Y desde las torres de la provincia entera se escuchaba cantar a los chantres aquel versículo emotivo y conmovedor, que es conocido desde la antigüedad como el Saludo a la Diosa de la piedad, y cuyos acentos nadie es capaz de resistir. Desde todas las ciudades y comunidades acudían caravanas de gente altruista y compasiva; los infelices que habían perdido su techo fueron abrumados con invitaciones y ruegos amistosos, fuera por parientes, amigos y extraños, para residir en sus casas. Alimento y vestidos, coches y caballos, herramientas, piedras, madera y muchas otras cosas fueron traídos en calidad de ayuda. Y mientras los ancianos, mujeres y niños eran recogidos todavía por manos caritativas y hospitalarias, mientras se lavaba y vendaba cuidadosamente a los heridos y se buscaba a los muertos entre los escombros, otras personas ya se ocupaban en despejar los lugares donde los tejados se habían caído, en apuntalar con vigas las paredes tambaleantes, y en disponer todo lo necesario para una rápida reconstrucción. Y a pesar de que aún flotaba en el aire un hálito de espanto ante la desgracia ocurrida, y de todos los muertos emanaba un requerimiento al luto y al silencio respetuoso, no obstante podía notarse en todos los rostros y voces una disposición alegre y una cierta festividad tierna. Pues la comunidad, en su obrar laborioso y su certeza dinámica de estar haciendo algo tan excepcionalmente necesario, tan hermoso y digno de agradecimiento, se derramaba en todos los corazones. En un comienzo todo había ocurrido con timidez y silencio, pero pronto fue posible escuchar aquí y allá una voz alegre, una canción cantada suavemente en homenaje a una labor común, y, como puede imaginarse, entre lo cantado figuraban en primer término estos dos viejos versos proverbiales: «Bienaventurado el que lleva ayuda a quien ha sido recién atacado por la desgracia; ¿no bebe su corazón el beneficio como un jardín reseco la primera lluvia, y da una respuesta con flores y agradecimiento?»; y aquel otro: «La alegría de Dios fluye a partir del quehacer común.»

Pero justamente entonces surgió aquella lamentable escasez de flores. Por cierto que los muertos encontrados en primer término habían sido adornados con las flores y ramos que pudieron juntarse de los jardines destruidos. Luego se habían empezado a traer de los lugares vecinos todas las flores asequibles. Pero la desgracia singular consistía en que precisamente las tres comunidades arrasadas eran las poseedoras de las mayores y más bellas flores de la temporada. Allí concurría la gente año tras año para ver los narcisos y los azafrales, pues en ninguna parte había una cantidad tan inmensa ni especies tan cultivadas y de tan maravillosos colores. Y todo eso estaba ahora destruido y perdido. De modo que la gente, muy desconcertada, no sabía cómo cumplir con el ritual impuesto por la costumbre a la memoria de esos muertos, el que exige que cada persona fallecida y cada animal muerto sea adornado solemnemente con las flores de la estación, y que su entierro sea tanto más rico y luminoso cuanto más repentina y tristemente haya uno fallecido.

El hombre más viejo de la provincia, uno de los primeros que había llegado en su coche para proporcionar ayuda, se encontró pronto asediado por tantas preguntas, ruegos y lamentos, que le costó

bastante conservar la calma y la serenidad. Pero mantuvo el corazón en su sitio, sus ojos permanecieron límpidos y amistosos, su voz clara y cortés, y sus labios entre la barba blanca no olvidaron un instante la sonrisa tranquila y benévola que convenía a su condición de sabio y consejero.

«Amigos míos», dijo, «ha caído sobre nosotros una desgracia con la que los dioses han querido probarnos. Todo cuanto aquí ha sido aniquilado podemos reconstruirlo y devolverlo pronto a nuestros hermanos. Y yo agradezco a los dioses que mi avanzada edad me haya permitido ver de qué modo habéis venido y habéis abandonado lo vuestro para acudir en ayuda de nuestros hermanos. Pero, ¿de dónde tomaremos las flores, a fin de adornar decorosa y hermosamente a todos estos difuntos para la fiesta de su transmutación? Porque, en tanto nosotros estemos aquí con vida, ninguno de estos fatigados peregrinos debe ser sepultado sin su correspondiente ofrenda floral. Esta es seguramente también vuestra opinión.»

«Sí», exclamaron todos, «esta es también nuestra opinión». «Lo sé», dijo el anciano con voz patriarcal. «Les diré, amigos, qué es lo que debemos hacer. Todos aquellos caídos, a los que hoy no podemos enterrar, tendrán que ser llevados al Gran Templo del verano que está en lo alto de la montaña, donde aún hay nieve. Allí estarán seguros y no sufrirán alteración mientras no les sean llevadas las flores. Pero sólo una persona nos puede procurar tantas flores en esta estación del año. Eso lo puede hacer únicamente el rey. De modo que debemos enviar a uno de los nuestros al rey para pedirle ayuda.»

Y de nuevo asintieron todos, y exclamaron: «¡Sí, sí, al rey!» «Así es», prosiguió el anciano, y bajo la blanca barba cada uno vio qué alegremente brillaba su hermosa sonrisa. «¿A quién, sin embargo, debemos enviar a ver al rey? Tendrá que ser joven y robusto, pues el camino es largo, y debemos facilitarle el mejor caballo. Ha de tener también un porte gentil, buen ánimo y brillo en la mirada, para que el corazón del rey no pueda menos que conmoverse. No es necesario que diga muchas palabras, pero sus ojos deben saber hablar. Lo mejor sería enviar un niño, el niño más hermoso del pueblo, pero, ¿cómo podría resistir tal viaje? Debéis ayudarme, amigos míos; si entre vosotros hay alguno que quiera tomar sobre sí esta embajada, o si sabe de alguien, le ruego que lo diga.»

El anciano guardó silencio y miró en torno con sus ojos claros, pero nadie se adelantó y ninguna voz se dejó oír.

Tras haber formulado su pregunta por tercera vez, salió de la multitud un adolescente de dieciséis años, casi un niño todavía. Bajó la mirada y enrojeció al ir a saludar al anciano.

Éste lo miró y de inmediato se dio cuenta de que se trataba del mensajero adecuado. Pero sonrió y dijo: «Está bien que quieras ser nuestro enviado. Pero, ¿cómo es posible que entre tanta gente seas el único que se ha ofrecido?»

El joven levantó la vista hacia el anciano y dijo: «Si no hay otro que quiera ir, entonces dejad que vaya yo.»

Y uno entre la multitud gritó: «Envíalo, anciano, todos lo conocemos. Es oriundo de esta aldea y el terremoto ha devastado su jardín que era el más bello de este lugar. »

El viejo miró al joven amistosamente a los ojos y preguntó: «¿Tanto te apena lo ocurrido a tus flores?»

El joven respondió en voz baja: «Es cierto que me apena, pero no es por eso que me he presentado. Tenía un amigo muy querido y también un potrillo predilecto. Ambos perecieron en el terremoto y yacen en el pórtico de nuestra casa; debe haber flores para que puedan ser sepultados.»

El anciano lo bendijo con las manos extendidas, y de inmediato se requirió el mejor caballo para el joven, quien montó al instante, palmoteó el cuello del animal y se despidió con un gesto, para emprender luego el galope a través de la aldea sobre los campos húmedos y devastados.

El joven cabalgó el día entero. Para llegar más pronto a la lejana, capital y presentarse al rey, cortó camino por la montaña. Hacia la noche, cuando comenzaba a oscurecer, condujo a su cabalgadura por las riendas a través de una senda empinada a través del bosque y de las rocas.

Un gran pájaro oscuro, como nunca viera antes, lo precedía con su vuelo. Él lo seguía, hasta que el pájaro se posó en el tejado de un templete abierto. El joven dejó el caballo suelto en medio de la hierba y pasó entre las columnas de madera al interior del sencillo santuario. A modo de altar de sacrificio halló solamente un bloque de una piedra negra que no existía en esa región, y encima la extraña imagen de una deidad que el mensajero no conocía: un corazón devorado por un pájaro salvaje.

Tributó a la deidad sus respetos y trajo como ofrenda una campanilla azul que había recogido al pie de la montaña y luego prendido en su vestidura. Enseguida se acostó en un rincón, pues estaba muy cansado y quería dormir.

Pero no podía conciliar el sueño, a pesar de que éste solía Regar a su lecho cada noche sin ser llamado. La campanilla sobre la roca, la misma piedra negra, o tal vez alguna otra cosa, exhalaba un aroma peculiar, intenso y doloroso; la imagen inquietante de la divinidad brillaba como un espectro en la oscura galería; y sobre el tejado estaba posado el extraño pájaro que de tiempo en tiempo batía con fuerza sus enormes alas, que sonaban como un huracán entre los árboles.

Así ocurrió que en mitad de la noche el joven se levantó, salió del templo y levantó su vista hacia donde el pájaro se hallaba. Éste aleteó y lo miró.

«¿Por qué no duermes?», preguntó el pájaro.

«No lo sé», dijo el joven. «Quizá porque he sufrido un dolor.»

«¿Y cuál es ese dolor?»

«Mi amigo y mi caballo favorito, ambos han muerto.»

«¿Es la muerte algo tan malo?», preguntó burlescamente el pájaro.

«Oh, no, gran pájaro, no es algo tan malo, la muerte es sólo una despedida. Pero no es por eso que estoy triste. Lo malo es que no podemos enterrar a mi amigo y a mi hermoso caballo, porque ya no tenemos flores para ello.»

«Hay cosas peores», dijo el pájaro, y agitó malhumorado sus estrepitosas alas.

«No, querido pájaro, algo peor seguramente no existe. Al muerto que es sepultado sin una ofrenda de flores, le está vedado renacer según los deseos de su corazón. Y quien entierra a sus muertos y no celebra a continuación la fiesta de las flores, ve luego las sombras de los fallecidos en sus sueños. Comprendes entonces que no pueda seguir durmiendo mientras mis muertos carezcan de flores.»

El corvo pico del pájaro dejó escapar un graznido chillón.

«Muchacho, nada sabes del dolor si no has sufrido más que éste. ¿Acaso nunca has oído nada acerca de los grandes males? ¿Del odio, del asesinato, de los celos.»

El joven, al escuchar estas palabras, creyó que soñaba. Luego reflexionó y dijo con prudencia: «Por cierto, pájaro, lo recuerdo: sobre esas cosas hay algo escrito en las historias, y en los cuentos de hadas. Pero eso está ciertamente fuera de la realidad, o quizás ocurrió así en el mundo hace mucho tiempo, cuando no existían las flores ni los dioses buenos. ¡Quién se acuerda de ello ahora!»

El pájaro rió silenciosamente con su agudo timbre. Luego se irguió más alto y dijo al jovencito: «¿Así que quieres ir a ver al rey y que yo te indique el camino?»

«Oh, lo sabes ya», exclamó jubilosamente el joven. «Sí, te ruego que me guíes, si así lo quieres.»

Entonces el pájaro se posó sin ruido en el suelo, abrió también sin ruido sus alas y ordenó al joven dejar allí su caballo para poder viajar con él a fin de ver al rey.

El mensajero se sentó a horcajadas sobre el pájaro. «¡Cierra los ojos!» mandó el pájaro, y así fue hecho. Y volaron en silencio a través de la oscuridad del cielo, blandamente, como hacen las lechuzas. Sólo el aire frío zumbaba en las orejas del mensajero. Y volaron durante toda la noche.

A la mañana temprano tocaron tierra, y el pájaro gritó: «¡Abre los ojos!» Y el joven abrió sus ojos. Entonces vio que se encontraba en el lindero de un bosque, y con la primera claridad de la mañana una llanura resplandeciente lo cegaba con su luz.

«Aquí en el bosque me volverás a encontrar», dijo el pájaro. Se lanzó hacia las alturas como una flecha y de inmediato desapareció en el azul.

El joven, mientras marchaba desde el bosque y se internaba en la vasta llanura, sintió que todo le era extraño. Alrededor de él se hallaban las cosas tan cambiadas y trastocadas, que no sabía si estaba despierto o soñando. Los prados y las flores eran semejantes a los de su lugar natal, y el sol brillaba, y el viento jugaba entre la hierba florida; pero no se divisaban seres humanos ni animales, parecía como si allí un terremoto hubiera causado estragos lo mismo que en su patria. Pues en el suelo yacían esparcidos ruinas de edificios, ramas rotas y árboles arrancados, cercos destruidos y útiles de labor abandonados. De improviso advirtió en medio del campo un cadáver que no había sido sepultado y que se hallaba en horroroso estado de descomposición. Ante el espectáculo, el joven sintió que lo invadían un profundo espanto y un acceso de repugnancia, pues nunca había visto nada similar. El

muerto no tenía ni siquiera cubierto el rostro, ya medio echado a perder a causa de los pájaros y de la podredumbre. Desviando la mirada, buscó algunas hojas verdes y flores, y cubrió con ellas el semblante del difunto.

Un olor indefinible, repulsivo y agobiador se extendía, tibia y tenazmente, a través de la llanura. Otro cadáver yacía entre la hierba rodeado por una bandada de cuervos, y un caballo decapitado y huesos de hombres y bestias; todos estaban abandonados al sol, como si nadie hubiera pensado en funerales floridos y en tumbas. El joven temía que una hecatombe inimaginable hubiera acabado con todos los habitantes de ese país; y había tantos muertos que tuvo que cesar de cortar flores para ellos y de cubrirles el rostro con las mismas. Angustiado y con los ojos a medio cerrar, prosiguió su camino; de todas partes emanaba el olor a carroña y a sangre, mientras desde miles de lugares ruinosos y de los cadáveres partía una oleada cada vez más poderosa de dolor y desolación. El mensajero creyó que había caído en una pesadilla maligna y vio en ello una advertencia celestial, porque sus propios muertos carecían aún de su fiesta de las flores y de sepultura. Entonces volvió a recordar lo que la noche anterior le había dicho desde el tejado el pájaro oscuro, y le pareció oír otra vez su aguda voz que profería: «Hay cosas peores.»

Comprendió entonces que el pájaro lo había transportado a otra estrella, y que todo lo que sus ojos veían era real y verdadero. Recordó la impresión con que había oído algunas veces, siendo niño, narraciones terroríficas acerca de las épocas primitivas. Ahora volvía a experimentar una sensación similar; primero un escalofrío de pavor, y luego un silencioso y plácido alivio en el corazón, pues todo aquello era algo infinitamente distante y había ocurrido en tiempos muy remotos. Aquí todo acontecía como en los cuentos de terror. Todo ese mundo extraño de atrocidades, cadáveres y aves que se alimentaban de carroña, parecía obedecer sin sentido ni medida a reglas incomprensibles, de locura, según las cuales siempre acaecía lo malo, lo desatinado y lo deforme en lugar de lo hermoso y lo bueno.

De pronto observó a un ser viviente que andaba entre los campos; un aldeano o un criado. Corrió hacia él y lo llamó. Cuando lo vio de cerca, el joven se aterrorizó y su corazón fue invadido por la piedad, pues el aldeano era tremendamente feo y apenas un ser humano. Parecía un sujeto acostumbrado a pensar nada más que en sí mismo, a presenciar siempre lo negativo, un hombre que viviera permanentemente entre sueños angustiosos. En sus ojos, en su semblante y en toda su naturaleza no había nada de alegría ni de bondad, nada de gratitud o confianza. La virtud más sencilla y sobreentendida parecía faltarle a ese infortunado.

Pero el joven se dominó, se aproximó al hombre con gran amabilidad, como si se tratase de un ser marcado por la desgracia, lo saludó fraternalmente y lo encaró con una sonrisa. El hombre feo parecía pasmado y miró con asombro desde sus ojos grandes y tristes. Su voz era ruda y disonante, como el gruñido de seres inferiores. Sin embargo, no le fue posible resistirse a la serenidad, a la humilde confianza de la mirada del joven. Y después de haber observado fijamente durante un rato al forastero, surgió de su rostro tosco y agrietado una especie de sonrisa más o menos sardónica, bastante desagradable, pero suave y asombrada, tal como la primera pequeña sonrisa de un alma que acaba de renacer y que en ese momento llegara desde la región más interior de la tierra.

«¿Qué quieres de mí?», preguntó aquel hombre al joven forastero.

De acuerdo con los hábitos de su patria, el muchacho respondió: «Te agradezco, amigo, y te ruego me digas si puedo hacerte algún servicio.»

Y como el campesino callara sonriendo entre perplejo y desconcertado, el mensajero le preguntó: «Dime amigo, ¿qué significa este espectáculo espantoso?», y señaló en torno con la mano.

El campesino se esforzó en comprenderlo, y al repetir el mensajero su pregunta, dijo: «¿Nunca viste esto? Es la guerra. Éste es un campo de batalla». Y señalando un negro montón de ruinas, exclamó: «Aquella era mi casa». Y cuando el extranjero, lleno de una piedad que le nacía del corazón, mirara en sus ojos enturbiados, el campesino bajó la vista y la clavó en el suelo.

«-No tenéis un rey?», preguntó ahora el joven, y al asentir el campesino, interrogó: «¿Dónde está, pues?». El hombre indicó a lo lejos una tienda de campaña que podía divisarse muy remota y pequeña. Entonces el mensajero se despidió posando su mano en la frente de aquél, y continuó su camino. El campesino se palpó la frente con ambas manos, sacudió preocupado la pesada cabeza y se quedó largo rato parado en tanto que seguía mirando con fijeza al extranjero.

Este último corrió y corrió entre escombros y horrores, hasta llegar a la tienda de campaña. Por todas partes corrían hombres armados, pero nadie reparaba en él, y así pasó entre las tiendas y la gente, hasta encontrar la tienda más grande y hermosa del campamento, que era la del rey. Entonces se dispuso a entrar.

En la tienda estaba el rey sentado en una cama baja y sencilla. Su manto se extendía a un lado, y al fondo se acurrucaba dormitando un criado. El rey se hallaba sumido en profundos pensamientos. Su rostro era bello y triste, un mechón de cabellos grises caía sobre su frente tostada; la espada estaba tendida en el suelo delante de él.

El joven saludó sin decir palabra, con respeto, tal como hubiera saludado a su propio rey, y permaneció aguardando de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que el monarca lo miró.

«¿Quién eres?», preguntó severamente, y contrajo las oscuras cejas, pero su mirada quedó suspendida ante los rasgos puros y alegres del extranjero; y el joven lo miró tan lleno de confianza y gentileza, que la voz del rey se hizo más suave.

«Yo te he visto alguna vez», dijo, como si recordase, «o te pareces a alguien que conocí en mi infancia.»

«Soy extranjero», dijo el emisario.

«Habrá sido un sueño», dijo quedamente el rey. «Me recuerdas a mi madre. Habla. Cuéntame.»

El joven comenzó: «Me trajo un pájaro. En mi país hubo un terremoto, quisimos enterrar a nuestros muertos, pero no había flores.»

«¿No había flores?», dijo el rey.

«No, no quedaba ninguna. Y nada peor para nosotros que sepultar a un muerto sin ofrecerle nuestra fiesta de las flores, pues el primer paso de su transformación debe ser dado en medio del esplendor y la alegría.»

De pronto el mensajero recordó cuántos muertos insepultos había yaciendo afuera sobre ese campo de horror, y se contuvo. El rey lo miró, meneó la cabeza y suspiró profundamente.

«Yo quería llegar hasta nuestro rey y pedirle muchas flores», prosiguió el mensajero, «pero cuando estaba en el templo de la montaña, vino ese pájaro enorme y me dijo que me llevaría ante el rey y me trajo por los aires hacia ti. ¡Oh, amado rey, aquel templo era de una deidad desconocida para mí, en su tejado se había posado el pájaro, y este dios tenía una imagen sumamente curiosa sobre su piedra sagrada: un corazón, en el que se alimentaba un pájaro salvaje! Con aquel inmenso pájaro tuve una conversación durante la noche. Y sólo ahora puedo comprender sus palabras, pues me dijo que había mucho más dolor y maldad en el mundo de lo que yo podía imaginar. Y tenía razón, para llegar a este sitio he tenido que atravesar ese campo vastísimo, y durante esas horas he visto sufrimientos y calamidades infinitas, mucho mayores de lo que refieren nuestras leyendas más terroríficas. Entonces llegué hasta ti, ¡oh rey!, para preguntarte si puedo hacer algo en tu servicio.»

El rey, que había escuchado atentamente, trató de sonreír, pero había tanta gravedad y amargura en su hermoso semblante, que no pudo hacerlo.

«Te agradezco», dijo, «no puedes prestarme ningún servicio. Pero me has hecho recordar a mi madre, y te doy las gracias.»

El joven se sintió afligido porque el rey no podía sonreír. «Estás tan triste», le dijo, «¿es a causa de la guerra?»

«Sí», dijo el rey.

Frente a este hombre profundamente abatido y tan noble, sin embargo, el joven no pudo dejar de violar una regla de la cortesía. Y preguntó: «Pero dime, te suplico, ¿por qué os hacéis estas guerras en vuestra estrella? ¿Quién tiene la culpa? ¿Acaso la tienes tú?»

El rey miró fija y largamente al mensajero, parecía enfadado ante la impertinencia de la pregunta. Pero no pudo reflejar por mucho tiempo su mirada sombría en los ojos claros y desprevenidos del extranjero.

«Eres un niño», dijo el rey, «ay éstas son cosas que no podrías entender. La guerra no es culpa de nadie, llega por sí misma, como la tormenta y el rayo, y todos nosotros, los que debemos combatir, no somos sus iniciadores, sino sus víctimas.»

«¿Entonces entre vosotros el morir es cosa leve?», preguntó el joven. «En nuestro país la muerte no es, por cierto, algo muy temido, y la mayoría se entrega dócilmente a ella. E inclusive muchos se encaminan alegremente a su metamorfosis. Sin embargo, nadie se atrevería a dar muerte a su prójimo. En vuestra estrella esto debe ser diferente.»

El rey sacudió la cabeza. «Entre nosotros no se mata a menudo», dijo, «y esta acción es el delito más grave que puede cometerse. Sólo en la guerra se permite hacerlo, porque allí nadie mata por odio o envidia, o en su propio beneficio, sino que todos hacen lo que la comunidad exige de ellos. Pero estás equivocado si crees que nosotros morimos con agrado. Si observas los rostros de nuestros muertos, verás que ellos mueren penosamente, muy penosamente, y contra su deseo.»

El joven escuchó todo esto y se sorprendió por la tristeza y pesadumbre de la vida que los seres de esa estrella parecían soportar. Hubiera querido formular muchas otras preguntas, pero sentía claramente que nunca llegaría a comprender toda la relación de esas cosas oscuras y espantosas. Y ni siquiera tenía el deseo de comprenderlas. Y pensó que esos seres lamentables pertenecían a un orden inferior y no conocían aún a los dioses celestiales o estaban gobernados por demonios, o bien, que en esa estrella imperaba un infortunio, algún pecado o error. Y le pareció demasiado penoso y cruel seguir interrogando más a ese monarca y obligarlo a respuestas y confesiones, cada una de las cuales podía ser muy amarga y humillante para aquél. Esos hombres, que vivían con un oscuro temor ante la muerte, y a pesar de ello se aniquilaban en masa, esos hombres cuyas caras mostraban una rudeza tan indigna como la del campesino y una aflicción tan profunda y terrible como la del rey, le daban lástima y con todo le parecían curiosos y casi ridículos, ridículos y necios a través de su apariencia lamentable y vergonzosa.

Pero hubo una pregunta que no podía reprimir. Si esos pobres seres se habían quedado allí en esa estrella, a modo de criaturas retardadas, hijos de un astro tardío y sin paz, si la vida de esos hombres corría como una convulsión estremecida y terminaba en una desesperada matanza, si dejaban a sus muertos tirados en los campos de batalla y acaso hasta se los comían —porque también de eso se hablaba en aquellos horrorosos cuentos de hadas del remoto pasado—, así y todo tenía que existir en su interior un presentimiento del futuro, una imagen sonada de los dioses, algo como un germen del alma. ¿De otra manera, todo aquel mundo despojado de belleza hubiera sido sólo un error sin sentido.

«Perdóname, oh rey», dijo el joven con voz lisonjera, «perdona si me atrevo a hacerte una pregunta más, antes de abandonar este singular país tuyo.»

«¿Pregunta, pues!», accedió el rey, que sentía algo muy particular frente a este extranjero, pues en muchos aspectos se le revelaba como un espíritu sutil, maduro e incalculable, y en otros, sin embargo, parecía como un niño pequeño al que hay que tratar con cuidado y sin tomarlo demasiado en serio.

«Extraño rey», fueron las palabras del mensajero, «me has causado una gran tristeza. Mira, yo vengo de otras tierras, y veo que el gran pájaro del tejado del templo tenía razón; aquí entre vosotros hay un dolor infinitamente mayor del que yo me hubiera podido imaginar. Vuestra vida parece ser un sueño de angustia, y no sé si se encuentra gobernada por dioses o demonios. Sabe, oh rey, que entre nosotros hay una leyenda que yo tenía antes por una mezcla de cuentos de hadas y humo vacío. La misma refiere que en otros tiempos fueron también conocidos entre nosotros cosas tales como la guerra, el asesinato y la desesperación. Estas palabras espantosas, que nuestro idioma ignora desde hace mucho tiempo, las leemos en los viejos libros de cuentos; y nos suenan como algo terrible, y también un poco ridículas. Pero hoy aprendí que todo eso es real; y te veo a ti y a los tuyos hacer y padecer aquello que conocíamos por medio de esas terribles leyendas de nuestra época pretérita. Ahora dime: ¿no tenéis en vuestra alma el presentimiento de que no hacéis lo debido? ¿No tenéis el anhelo de dioses luminosos, risueños, de guías y gobernantes más comprensivos y felices? ¿No soñáis nunca con una existencia distinta y más hermosa, donde nadie quiera lo que los otros tampoco desean, donde reinen la razón y el orden, donde los hombres se reúnan entre sí con alegría y consideración recíproca? ¿No habéis tenido jamás el pensamiento de que el universo es un todo, y que reverenciándolo, amándolo, ese todo os curaría y os haría felices? ¿No sabéis nada de lo que nosotros en mi país llamamos música, ni del servicio de Dios, ni de la salvación?»

El rey, al escuchar estas palabras, había inclinado la cabeza. Pero, al levantarla, su semblante se había transformado, y resplandecía con el brillo de una sonrisa, pese a que sus ojos estaban llenos de

lágrimas.

«Gentil muchacho», dijo el rey, «no sé bien si eres un niño, un sabio o quizás una divinidad. Pero puedo responderte que conocemos todo aquello de lo que tú hablabas, y lo llevamos en el alma. Anhelamos la dicha, anhelamos la libertad, anhelamos a los dioses. Tenemos una leyenda según la cual un sabio de la antigüedad percibió la unidad del universo como una música armoniosa de los espacios celestes. ¿Te basta con eso? Quizás eres un bienaventurado del Más allá, pero aunque fueses el mismo Dios, no existe en tu corazón ninguna felicidad, poder o voluntad, de los cuales no aliente en nuestros corazones un presentimiento, un reflejo, una sombra por lejana que sea.»

Y de improviso se irguió cuan alto era, y el joven quedó maravillado, porque en un instante el rostro del rey se había bañado en una sonrisa luminosa, sin sombras, como el resplandor de la mañana.

«¡Vete, pues!», dijo al mensajero. «¡Vete y deja que hagamos la guerra y nos asesinemos! Me ablandaste el corazón, me recordaste a mi madre. ¡Basta, basta de ello, mi bello muchacho! Vete ahora, huye, antes de que comience la nueva batalla. Yo pensaré en ti cuando la sangre corra y las ciudades ardan; pensaré que el mundo es un Todo, del que ni siquiera nuestra necedad, nuestra cólera y nuestro salvajismo pueden separarnos. ¡Adiós! Saluda de mi parte a tu estrella, y a esa deidad, cuya imagen es un corazón devorado por un pájaro. Conozco bien ese corazón y a ese pájaro. Y advierte, mi lindo amigo de la lejanía: cuando pienses en tu amigo, en este pobre rey de la guerra, no lo recuerdes tal como lo viste cuando estaba sentado en el lecho, hundido en la aflicción, piénsalo sonriendo con lágrimas en los ojos y sangre en las manos.»

El rey alzó la lona de la tienda con su propia mano, sin despertar al criado, y dejó que el extranjero saliera. Con nuevos pensamientos volvió el joven sobre sus pasos a través de la llanura, y vio con las luces del anochecer en el horizonte una gran ciudad envuelta en llamas: se alejó, y subiendo entre cadáveres humanos y descompuestos despojos de caballos, alcanzó el linde del bosque de la montaña cuando ya había oscurecido.

Entonces descendió desde las nubes el gran pájaro, lo recibió sobre sus alas, y volaron durante la noche en silencio y blandamente, igual que las lechuzas.

Cuando el joven despertó tras un sueño intranquilo, estaba en el pequeño templo de la montaña; allí delante lo aguardaba, entre la hierba húmeda, su caballo, cuyo relincho saludaba al nuevo día. Pero del pájaro enorme, de su viaje a una estrella lejana, del rey y del campo de batalla, nada recordaba. Sólo una sombra había quedado en su alma, un leve dolor escondido como el que causa una espina menuda, así como duele una compasión desvalida y un vago deseo insatisfecho es capaz de atormentarnos en sueños; hasta que al cabo desentrañamos sus ansias secretas, que consisten en demostrar al ser amado cuánto deseamos participar de sus alegrías y contemplar su sonrisa.

El mensajero montó a caballo, y después de cabalgar todo el día llegó hasta la capital para ver a su rey. Y se demostró que había sido el mensajero adecuado. Porque el rey lo recibió con el saludo del mejor augurio, en tanto que le tocaba la frente y exclamaba: «Tus ojos han hablado a mi corazón, y mi corazón ha dicho que sí. Tu ruego se ha cumplido aun antes de haberlo yo escuchado.»

De inmediato, el mensajero obtuvo una carta del rey, por la cual debían serle facilitadas todas las flores del reino que necesitara. Y una escolta, acompañantes y sirvientes fueron con él, y se le agregaron coches y caballos. Y cuando, tras atravesar la montaña en el menor tiempo posible, regresó después de pocos días a la carretera llana de su provincia y entró en su pueblo, traía consigo coches, carros, canastos y acémilas, todos cargados con las flores más hermosas de los jardines y los invernáculos, de los que hay muchos en el norte. Había cantidades suficientes, no sólo para coronar los cuerpos de los difuntos y adornar sus tumbas profusamente, sino también para plantar en memoria de cada muerto una flor, una planta o un pequeño árbol frutal, según lo exige la costumbre. Así, el dolor por su amigo y por su caballo predilecto desapareció y pudo entregarse a una recordación serena y tranquila, después de haberlos adornado y dado sepultura, tras lo cual plantó sobre sus tumbas sendas flores, arbustos y árboles frutales.

Luego de haber satisfecho su corazón de esta manera y de haber cumplido con su deber, el recuerdo del viaje por aquella tiniebla empezó a removerse dentro de su alma. De modo que pidió a sus allegados que lo dejaran estar un día solo. Durante veinticuatro horas estuvo sentado bajo el árbol del pensamiento, y en su memoria se desplegó, limpia y llanamente, la representación de lo que había visto

en la estrella ajena. Luego de lo cual fue un día a ver al patriarca y le contó todo.

El anciano lo escuchó, quedó sumido en sus pensamientos y preguntó luego: «¿Todo esto, amigo mío, lo viste con tus propios ojos o ha sido un sueño?»

«No lo sé», dijo el joven. «Pienso que puede haber sido un sueño. De todos modos, y lo digo con respeto, no me parece que la diferencia tenga alguna importancia, dado que el asunto está instalado en mi mente con toda realidad. Una sombra de pesadumbre ha quedado en mí, y en medio de la dicha de vivir, un viento frío que viene desde aquella estrella sopla en mi interior. Por eso, ¡oh venerable!, te pregunto qué debo hacer.»

«Ve mañana», habló el anciano, «otra vez a la montaña hasta aquel sitio donde hallaste el templo. Me parece extraña la imagen de aquel dios, del que nunca oí hablar, y es posible que se trate de una deidad de otro astro. Puede ser también que aquel templo y su dios sean tan viejos que provengan de nuestros antepasados más remotos y de los tiempos pretéritos en los que pudieron haber reinado las armas, el miedo y la angustia ante la muerte. Ve a aquel templo, querido, y haz una ofrenda de flores, miel y canciones.»

El joven agradeció y obedeció el consejo del anciano. Tomó una jícara llena de miel refinada, como la que se acostumbra ofrecer en los comienzos del estío a los huéspedes distinguidos en ocasión de la primera fiesta de las abejas, y consigo llevó también el laúd. En la montaña volvió a dar de nuevo con el sitio donde antes había arrancado una campanilla azul, y encontró el empinado sendero rocoso que llevaba, monte arriba, al bosque, y por donde, hacía poco tiempo, había andado a pie delante de su cabalgadura. Pero no pudo volver a hallar, tampoco al día siguiente, ni el emplazamiento del templo ni el templo mismo, la negra piedra de sacrificio, las columnas de madera, o el techo con el gran pájaro-posado encima. Y nadie supo decirle nada de un templo semejante al que él describía.

De esta manera regresó a su tierra, y al pasar junto al santuario del Recuerdo Amoroso entró en él ofrendó la miel, cantó una canción con su laúd y recomendó a la deidad del Recuerdo Amoroso su sueño, el templo y el pájaro, el pobre campesino y los muertos en el campo de batalla, y en especial, al rey en su tienda de guerra. Entonces volvió con el corazón aliviado a su morada, colgó en la pared de su alcoba la imagen de la unidad del mundo, descansó con sueño profundo de los sucesos de aquellos días y a la mañana siguiente comenzó a ayudar a sus vecinos, que, en campos y jardines, se afanaban, entre cánticos, por borrar los últimos rastros del terremoto.

El Camio Difísil

Delante del desfiladero, junto a la oscura entrada rocosa, quedé vacilante y me volví mirando hacia atrás.

El sol brillaba sobre ese grato mundo verde y en los prados relucían tremolantes las pardas flores de la hierba. Allí se estaba bien, había calidez y placer amable, allí el alma vibraba en lo profundo, satisfecha como un velludo abejorro saturado de aroma y luz. Y quizá yo estaba loco por querer abandonarlo todo y disponerme a subir a la montaña.

El guía me tocó suavemente el brazo. Como uno que sale a la fuerza de un baño tibio, así desprendí mis ojos del querido paisaje. Entonces vi el desfiladero que yacía en una penumbra sin sol. Un arroyito negro se arrastraba al pie de la hendidura y en sus orillas la hierba crecía descolorida en pequeños racimos; y en su fondo se lavaban piedras de colores ya muertos, pálidas como los huesos de los seres que alguna vez estuvieron vivos.

«Descansernos un poco», dijo el guía.

Sonrió pacientemente y nos sentamos. Hacía fresco, y de la rocosa entrada venía una silenciosa corriente de aire sombrío, pétreo y frío.

¡Qué desagradable parecía iniciar ese camino! Desagradable resultaba atormentarse a través de ese lúgubre paso de piedra, cruzar ese arroyo frío, trepar en tinieblas por el desfiladero estrecho y escarpado.

«El camino parece detestable», dije titubeando.

Dentro de mí, como una lucecita moribunda, aleteaba la esperanza vehemente, increíble e insensata, de que quizá pudiéramos volver atrás, de que el guía se dejase persuadir y que finalmente se nos ahorrara todo esto. Y en realidad, ¿por qué no? ¿No era acaso mil veces más hermoso el lugar de donde veníamos? ¿No fluía la vida allí más rica, más cálida y estimable? ¿Y acaso no era yo un hombre, un ser ingenuo y efímero con derecho a un poquito de dicha, a un rinconcito de sol, a una vista llena de azul y de flores?

No, yo quería quedarme. No tenía ganas de hacerme el héroe o el mártir. Pasaría toda mi vida satisfecho si pudiera quedarme en el valle bajo el sol.

Entonces comencé a tiritar; en ese lugar era imposible permanecer mucho tiempo.

«Te estás helando», dijo el guía, «es mejor que nos vayamos.»

Dicho esto se levantó, se estiró cuan largo era y me miró sonriente. Ni burla o compasión ni dureza o indulgencia existían en su sonrisa. En ella no había sino comprensión y sabiduría. Esta sonrisa decía: «Te conozco. Conozco tu miedo, sé lo que sientes y no he olvidado para nada tu fanfarronería de ayer y de anteayer. Cada desesperado brinco de liebre cobarde que ahora da tu alma y cada coqueteo con la amable luz del sol me son conocidos y familiares desde antes de que los pusieras en ejecución.»

Con esa sonrisa me estuvo mirando el guía, y luego se adelantó dando el primer paso hacia el oscuro valle rocoso; y entonces lo odié y lo amé como un condenado ama y odia el hacha sobre su nuca. Pero más que otra cosa yo odiaba y despreciaba su saber, su dominio y frialdad, su carencia de debilidades gratas. Y odiaba en mí mismo todo aquello que le otorgaba la razón, incluso lo que admitía de él, lo que en mí quería seguirlo.

Ya había dado muchos pasos hacia adelante, a través de las piedras del negro arroyo, y estaba a punto de desaparecer tras el primer recodo del barranco...

«¡Detente!», exclamé lleno de tal miedo que no tuve más remedio que pensar: si, esto fuera un sueño, en este mismo instante mi espanto lo destruiría y yo volvería a despertarme. «Detente», volví a decir, «no puedo, no estoy preparado todavía.»

El guía se detuvo y miró en silencio hacia mí, sin un reproche, pero con aquella tremenda comprensión, con aquella sapiencia, presentimiento y ese saber-de-antemano tan difíciles de soportar.

«¿Prefieres que volvamos?», preguntó entonces, y todavía no había terminado de decir la última palabra, cuando ya sabía yo, muy a pesar mío, que le diría que no, que debía negarme. Y al mismo tiempo, todo lo viejo, acostumbrado, amado y familiar gritaban desesperadamente dentro de mí: «¡Di que sí, di que sí!» Y mi patria y el mundo entero colgaban de mis pies como una bola.

Y yo quería decir que sí, aunque sabía bien que me sería imposible.

Entonces, con su mano extendida, el guía me señaló hacia el valle, atrás, y yo me volví nuevamente hacia a amada región. Y ahora vi lo más penoso que podía ocurrirme: mis queridos valles y llanuras yacían pálidos y desanimados bajo un sol sin fuerzas; los colores sonaban falsos y chillones, las sombras parecían llenas de negro hollín y sin encanto. Y a todo se le había extirpado el corazón, a todo le había sido sustraído el encanto y el aroma, todo tenía el olor y el sabor de las cosas de las que uno se ha indigestado hasta las náuseas. ¡Oh, qué bien conocía yo aquello, cómo temía y odiaba esa espantosa modalidad del guía de hacerme despreciar lo que me era querido y agradable, de hacer que se escaparan su savia y espíritu, de falsificar los aromas y de envenenar silenciosamente los colores! ¡Ah, ya conocía yo todo eso: lo que ayer fuera vino hoy se convertía en vinagre! Y nunca más el vinagre se convertiría en vino. Nunca más.

Callé y seguí al guía lúgubrementemente. Él tenía razón, como siempre. Y todo no resultaría tan malo si por lo menos permaneciera cerca de mí y visible, en vez de desaparecer de improviso —como a menudo hacía— cuando había que tomar una decisión, dejándome solo... solo con aquella voz extraña dentro de mi pecho en la que se había transformado.

Yo callaba, pero mi corazón gritó fervorosamente: «¡Quédate un instante, ya te sigo!»

Las piedras del arroyo eran desagradablemente resbaladizas; era agotador, daba vértigo andar así, paso a paso sobre una piedra estrecha y mojada que se achicaba y cedía bajo las suelas. Cerca de allí el sendero del arroyo empezaba a elevarse rápidamente, y las sombrías paredes del desfiladero convergían más, se extendían hoscas, y cada una de sus aristas mostraba la intención maligna de querer apretarnos con sus pinzas y cortarnos para siempre el camino de regreso. Sobre verrugosas peñas amarillas fluía espesa y viscosa una capa de agua. El cielo, la nube y el azul habían desaparecido sobre nosotros.

Marché y marché detrás del guía, y a menudo cerraba los ojos del miedo y la repugnancia que sentía. Una oscura flor al borde del camino se irguió entonces, aterciopeladamente negra y con una mirada melancólica. Era hermosa y me habló con familiaridad. Pero el gula caminaba deprisa y yo sentía que si llegaba a bajar la vista una sola vez hasta ese triste ojo de terciopelo, entonces mi aflicción y desesperada pesadumbre serían tan onerosas e insoportables, que mi espíritu permanecería siempre proscripto en esa sarcástica región del absurdo de la demencia.

Mojado y sucio continué arrastrándome, y cuando las húmedas paredes se iban cerrando sobre nosotros, el guía comenzó a cantar su vieja canción de consuelo. Con voz juvenil, clara y firme cantaba al compás de sus pasos palabras: «¡Quiero, quiero, quiero!» Yo sabía que él quería animarme, que deseaba ahuyentar de mí el ingrato esfuerzo y el desconsuelo de ese viaje infernal. También sabía que él esperaba que uniera mi voz a la suya. Pero yo no quería tal cosa, no quería concederle esa victoria. ¿Acaso tenía yo algún deseo de cantar? ¿Y no era yo un hombre un pobre tipo que había sido arrastrado contra u voluntad hacia cosas y hechos que Dios no podía explicarle? ¿No podía permanecer cada clavel y cada nomeolvides junto al arroyo, allí donde estaba, y florecer y marchitarse según los dictados de su naturaleza?

«¡Quiero, quiero, quiero!», cantaba el guía sin cesar. ¡Oh, si hubiese podido regresar! Pero, con la ayuda asombrosa del guía, hacia tiempo que trepaba por los paredones y sobre los precipicios, para los que no existía ningún camino de vuelta. El llanto me ahogaba por dentro, pero no podía llorar, eso menos que nada. De manera que me uní con voz fuerte y porfiada al canto del guía, con su mismo compás y tono, pero yo no cantaba lo que él, sino esto: «¡Debo, debo, debo!» Sólo que no era fácil cantar mientras trepaba, y pronto perdí el aliento y jadeando me vi obligado a callar. Pero él prosiguió

cantando incansablemente: «¡Quiero, quiero, quiero!», y con el tiempo llegó a obligarme a que cantara lo mismo que él. Ahora la subida empezó a mejorar, y sentí que ya no debía, sino que quería hacerlo. En cuanto a fatigarme por causa del canto, nada de eso sentía ya.

Entonces se hizo una mayor claridad en mi interior, y a medida que esa claridad aumentaba, retrocedió también la roca alisada; se hacía más seca, más benigna, ayudaba a menudo al pie inseguro, y sobre nosotros se fue mostrando más y más el claro cielo azul, ya como un arroyuelo azul entre las márgenes de piedra, ya como un pequeño lago azul que creciera ganando anchura.

Probé a querer con mayor fuerza y concentración, y el lago celestial siguió creciendo y el sendero se hizo más transitable. Y hasta podía correr un largo trecho ligero y grácil junto al guía. E inesperadamente vi la cercana cumbre sobre nosotros, empinada y resplandeciente entre el ardiente aire del sol.

Algo más abajo de la cima interrumpimos nuestra subida a gatas y salimos de la estrecha hendidura. El sol entró con fuerza en mis ojos enceguecidos, y al abrirlos de nuevo, las rodillas me temblaron de angustia, pues me veía aislado y sin apoyo en la empinada cresta mientras me rodeaba un espacio celeste sin límites y sólo se erguía delante de nosotros la angosta cima. Pero de nuevo había cielo y sol, y así asistidos escalamos, palmo a palmo, con los labios apretados y la frente contraída, la cuesta angustiosa. Por fin estábamos arriba, sobre un estrecho peñasco candente, en medio de un aire duro, burlón y sutil.

Era una montaña singular, y singular también era su cima. En aquella cúspide, a la que trepáramos por interminables y desnudas paredes de piedra, había brotado de la piedra un árbol pequeño y compacto con algunas ramas breves y vigorosas. Allí estaba, inconcebiblemente solo y extraño, recio y tieso sobre la roca, el frío azul del cielo entre sus ramas. Y en lo más elevado del árbol se posaba un pájaro negro que cantaba una canción áspera.

Sueño silencioso de un descanso breve, bien arriba mundo: el sol llameaba, la piedra ardía, el árbol miraba rígida y severamente, el pájaro cantaba con aspereza. Su áspera canción se llamaba: «¡Eternidad, eternidad!». El pájaro negro cantó, y sus ojos relucientes y duros nos miraron como si fueran un cristal negro. Difícil de soportar era esa mirada, difícil de soportar era su canto, y terrible, sobre todas las cosas, la soledad y el vacío de esos parajes, la extensión de los desiertos espacios celestes que producía vértigo. Morir allí era una delicia inimaginable; permanecer, un tormento sin nombre. Alguna cosa tenía que ocurrir, pronto, al instante. De otro modo, nosotros y el mundo quedaríamos petrificados por el horror. Sentí entonces el hálito opresor y ardiente de algo que iba a suceder, como las ráfagas de viento antes de la tempestad. Lo sentí revolotear sobre mi cuerpo y sobre alma como una fiebre ardiente. Amenazaba, se acercaba... ya estaba aquí.

De pronto el pájaro se balanceó desde la rama y se precipitó al espacio.

Mi guía dio un salto y se arrojó al azul, cayó en el cielo palpitante, voló.

Ahora la ola del destino se hallaba en su apogeo, ahora arrebató mi corazón, ahora se deshizo sin ruido.

Y yo caía, me precipitaba, saltaba, volé; agarrotado en el frío torbellino del aire, me sentí feliz y estremecido por la tortura del deleite a través del infinito, hacia el seno materno.

Una Sucesión de Sueños

Me pareció que permanecía una cantidad de tiempo denso e inútil en el tibio salón, desde cuya ventana situada al norte miraba el falso lago con sus fiordos postizos, y donde nada me-atraía y retenía excepto la presencia de la bella y sospechosa dama a quien tomé por una pecadora. Contemplar debidamente su rostro constituía mi anhelo insatisfecho. Aquel rostro estaba confusamente rodeado por un cabello suelto y oscuro, y sólo se componía de una dulce palidez, otra cosa no había. Acaso los ojos fueran de color castaño oscuro; íntimamente yo esperaba que fuera así. Pero entonces los ojos no se adecuaban al semblante que mi mirada deseaba leer en su imprecisa palidez, y cuya conformación descansaba en mí en estratos del recuerdo tan hondos como inalcanzables.

Algo sucedió por fin. Los dos jóvenes entraron. Saludaron a la dama con muy buenos modales y me fueron presentados. Petimetres, pensé, y me enojé conmigo mismo, porque la chaqueta color tabaco de uno de ellos con su coqueto talle y corte me avergonzaba y daba envidia. ¡Era un repugnante sentimiento de envidia contra esos impecables y desenvueltos seres sonrientes! «¡Domínate!», me dije en voz baja. Ambos jóvenes estrecharon con indiferencia la mano que les ofrecí —¿por qué lo había hecho?- y pusieron cara de burla.

Entonces noté que algo no estaba en orden en mi persona, y sentí dentro de mí molestos escalofríos. Bajé la vista y palidecí al ver que no llevaba zapatos, que sólo calzaba medias. ¡Otra vez, siempre esos impedimentos y contratiempos insulsos, lamentables, mezquinos! ¡A los demás nunca les ocurría aparecer desnudos o semidesnudos ante la gente irreprochable e inflexible! Apesadumbrado, traté de cubrir por lo menos el pie izquierdo con el derecho, cuando mi vista cayó sobre la ventana. Tras ella surgía la empinada orilla del lago que amenazaba azul y salvaje con sus lúgubres tonalidades falsas que querían ser demoníacas. Apenado y deseoso de ayuda miré a los recién llegados pleno de odio contra ellos y con mayor odio aún hacia mí mismo nada era mío, nada me salía bien. ¿Por qué habría de sentirme responsable con respecto a ese lago tonto? Miré insistentemente a la cara al de la chaqueta color tabaco: sus mejillas resplandecían llenas de salud y de cuidados delicados; y yo sabía, sin embargo, que mi entrega era inútil, que él no habría de conmoverse.

Justo en ese momento reparaba él en mis pies cubiertos por las toscas medias verdinegras —¡ay, debía sentirme contento porque no estaban agujereadas!-, y sonrió de manera odiosa. Tocó con el codo a su compañero y le señaló mis pies. El otro rió también lleno de burla.

«¡Pero vean ustedes el lago!», exclamé, indicando la ventana.

El de la chaqueta color tabaco se encogió de hombros, ni siquiera se dignó mirar hacia la ventana, y le dijo algo al otro que entendí sólo en parte, pero que estaba destinado a mí y se refería a tipos en medias que no debían ser tolerados en un salón como éste. La palabra salón volvió a tener una significación similar a la que tuvo en mis años de muchacho, con una resonancia algo bella y algo falsa de distinción y mundanidad.

A punto de llorar, me incliné hacia mis pies por si podía mejorar alguna cosa, y entonces comprendí que resbalando, resbalando, se me habían salido las holgadas zapatillas de casa; por lo menos había aparecido detrás de mí en el suelo una pantufla muy grande, mullida, de color punzó. Indeciso, casi lloriqueando, la tomé con la mano asiéndola del tacón. Se me resbaló, la atrapé antes de llegar al piso —ahora había aumentado de tamaño-. agarrándola esta vez por la punta.

Entonces, íntimamente liberado, percibí el profundo valor de la pantufla que oscilaba en mi mano por el peso del tacón. ¡Qué cosa magnífica, una zapatilla roja y blanda, tan suave y pesada.¡ A manera

de ensayo la blandí un poco en el aire; era algo delicioso y una sensación de placer me recorrió hasta la punta de los cabellos. Una cachiporra, una manguera de goma no eran nada ., .Comparados con mi gran zapato. Le puse entonces un nombre italiano: calziglione.

Cuando le asesté al de la chaqueta color tabaco un golpe juguetón con el calziglione en la cabeza, el irreprochable joven, tambaleándose, se desplomó en el diván. Y los demás, el cuarto y ese lago espantoso perdieron todo su dominio sobre mí. Yo era grande y fuerte, ya era libre, y luego de un segundo golpe en la cabeza al de la *chaqueta color tabaco, ni lucha hubo. Ni siquiera una mezquina defensa frente a mis golpes, sino júbilo y el deliberado capricho del triunfador. Dejé también de odiar a mi enemigo vencido: ahora me resultaba interesante, valioso y querido, yo era su señor y creador. Pues cada golpe de mi zapato-porra italiano iba modelando esa cabeza inmadura de petimetre, la forjaba, la construía, la inventaba. Con cada golpe configurador se hacía más agradable, más bonita, más fina, se convertía en mi criatura, en mi obra, en algo que me apaciguaba y que amaba. Con un tierno golpe postrero de forjador le ubiqué el puntiagudo occipucio bastante adentro. Estaba listo. Me agradeció y acarició mi mano. «Ya está bien», señalé yo. Entonces cruzó las manos sobre su pecho y tímidamente dijo: «Me llamo Pablo.»

Sentimientos maravillosos, llenos de poder y alegría dilataron mi pecho y dilataron asimismo el espacio ante mí. El aposento —nada de «salón» ahora— se retiró avergonzado y se escondió como algo nulo. Yo me encontraba junto al lago, y el lago era de un color azul oscuro; nubes aceradas oprimían las montañas sombrías; en los fiordos bullía espumosa un agua oscura; ráfagas de viento sur vagaban violenta y temerosamente en remolinos. Alcé la vista y extendí la mano señalando que la tormenta podía comenzar. Un relámpago estalló claro y frío desde la azulada dureza; un huracán caliente se precipitó con bramidos; en el cielo se disolvía un tumulto de formas grises en vetas marmóreas. Del lago azotado ascendían de manera aterradora enormes olas rotundas, de cuyos lomos la tormenta arrancaba cendales de espuma y partículas de agua que chasqueaban al ser arrojadas contra mi cara. Las negras montañas petrificadas abrían sus ojos llenos de espanto. Aquel acurrucarse las unas contra las otras y el silencio que de ellas surgía sonaban como una imploración.

En medio de la espléndida tormenta, entre su galopar sobre gigantescos corceles fantasmales, sonó cerca de mí una tímida voz. «¡Oh, yo no te había olvidado, pálida mujer de larga cabellera negra!» Me incliné hacia ella y habló de un modo infantil: «El lago se acerca, uno no puede quedarse.» Miré conmovido a la dulce pecadora, su rostro no era más que una palidez callada entre un amplio crepúsculo de cabellos. El ruidoso oleaje golpeaba ya mis rodillas, ya mi pecho, y la pecadora se balanceaba indefensa y silenciosa en medio de las olas ascendentes. Me reí un poco, abracé sus rodillas, la levanté hasta mí. También esto parecía hermoso y redentor, la mujer era singularmente liviana y pequeña, llena de una tibieza reciente; i y sus ojos eran confiados y temerosos. Entonces comprendí que no era una pecadora, ni una dama lejana o turbia. Ningún pecado, ningún secreto: era simplemente una niña.

La saqué de entre las olas y la llevé, a través de las rocas, hasta un parque sombrío a causa de la lluvia, lleno de una tristeza regia, donde la tormenta no llegaba. Allí, desde las copas inclinadas de viejos árboles, se manifestaba una belleza pura y plena de suave humanidad: poemas y sinfonías, mundo de bellos presentimientos y goces gratamente moderados, amables árboles pintados por Corot y música de Schubert dulcemente idílica, para instrumentos de viento y madera, todo lo cual, con el fugaz y palpitante aliento de la nostalgia, me atraía dulcemente hacia su amado templo. Y aunque el mundo, vanamente o no, tiene muchas voces, para cada una de ellas guarda el alma sus horas, sus momentos.

Dios sabe cómo nos despedimos, cómo perdí de vista a la pecadora, a la mujer pálida, a la criatura. Había una escalinata de piedra, y un pórtico, y servidumbre, todo frágil y lechoso, como detrás de un vidrio empañado; y otras formas, más inconsistentes y borrosas todavía, como agitadas por el viento, y cierto matiz de censura y reproche contra mí despertó mi enojo hacia ese torbellino de sombras. Luego no quedó de él otra cosa que la figura de Pablo, mi amigo e hijo Pablo. Y en sus rasgos se mostraba y escondía un rostro que no podía nombrarse con un nombre y que era, sin embargo, archiconocido: el rostro de un compañero de colegio, un rostro de niñera prehistórico y legendario, nutrido de los buenos y sustanciosos recuerdos a medias del fabuloso año primero de vida

Se abre entonces una oscuridad interior, la cálida cuna del alma, y se empieza a fijar la patria

perdida, el tiempo de la existencia informe, la indeterminada efusión inicial del hontanar, bajo el cual duerme el pretérito de los ascendientes con los sueños de la selva virgen. ¡Tienta, pues, oh alma, yerta, revuelve ciegamente en las termas saciadas de los inocentes instintos aurorales! Te conozco, ala medrosa, nada es más urgente para ti, ninguna cosa es más alimento, bebida y sueño para ti, que el regreso a tus comienzos. Las olas murmuran a tu alrededor y entonces tú eres ola; murmura el bosque y tú eres bosque; ya no hay más un afuera y un adentro. Vuelas, eres un pájaro en el aire; nadas, eres un pez en el mar; absorbes la luz y eres luz; saboreas la oscuridad y eres oscuridad. Caminamos, alma, nadamos y volamos y sonreímos y volvemos a anudar con delicados dedos del espíritu los hilos rotos; y dichosamente resuenan las destruidas vibraciones. Ya no buscamos más a Dios. Somos Dios. Somos el mundo. Matamos y morimos juntamente, creamos y resucitamos con nuestros sueños. Nuestro sueño más hermoso es el cielo azul; nuestro sueño más hermoso es el mar; nuestro sueño más hermoso es la noche iluminada por estrellas; y es el pez, y es el sonido claro y alegre, y es la luz clara y alegre: todos son nuestros sueños, cada uno de ellos es nuestro sueño más hermoso. Acabamos de morirnos para convertirnos en tierra. Acabamos de inventar la risa. Acabamos de poner en orden una constelación.

Suenan voces, y cada una de ellas es la voz de la madre. Susurran los árboles, y cada uno de ellos ha susurrado sobre nuestra cuna. Las calles se abren como estrellas, y cada calle es el retorno a casa.

El llamado Pablo, mi creación y mi amigo, estaba otra vez aquí y tenía mi misma edad. Se parecía a un amigo mío de juventud, pero yo no sabía a cuál, y por eso me sentía algo inseguro frente a él y le demostraba cierta cortesía. De donde sacó una ventaja apreciable. El mundo dejó de pertenecerme, le obedecía a él; debido a esto, todo lo anterior se había desvanecido y hundido en una inverosimilitud humillante, avergonzado de él, que gobernaba ahora.

Estábamos en una plaza, el lugar se llamaba París. Ante mí se alzaba un poste altísimo de hierro que era una escalera, pues tenía a ambos lados angostos escalones de hierro, a los que uno podía asirse con las manos y que asimismo servían para subir con los pies. De acuerdo con los deseos de Pablo, trepé junto a él por semejante escalera. Cuando estuvimos tan arriba como el tejado de una casa o un árbol muy alto, comencé a sentir temor. Miré hacia Pablo que no sentía ningún temor, pero que al adivinar el mío se sonrió.

Durante un momento, mientras tomaba aliento en tanto sonreía, estuve a punto de reconocer su rostro y recordar su nombre. Una rendija del pasado se abrió y ensanchó hasta la época de la escuela, hasta el tiempo en que yo tenía doce años, la edad más espléndida de la vida, cuando todo estaba lleno de aroma y era genial, cuando todo estaba dorado con un aroma apetitoso de pan fresco y una vislumbre embriagadora de heroísmo y aventura —doce años contaba Jesús cuando confundió a los doctores en el templo: con doce años habíamos apabullado a nuestros sabios y maestros, éramos más inteligentes que ellos, más geniales, más valientes. Reminiscencias e imágenes me asaltaron en tumulto: cuadernos escolares olvidados, penitencias a la hora de comer, un pájaro muerto con una honda, el bolsillo de un abrigo pegajoso lleno de ciruelas robadas, un salvaje chapotear de muchachos en la piscina, pantalones de domingo rotos e íntimos remordimientos de conciencia, una ferviente oración al atardecer ante preocupaciones terrenales, sentimientos de un maravilloso heroísmo sugeridos por un verso de Schiller..

Fue solamente durante una fracción de segundo, como un relámpago, una serie ansiosamente arrebatada de imágenes sin centro; al momento el rostro de Pablo volvía a contemplarme, inquietante, conocido a medias. Ya no estaba yo seguro de mi edad, era posible que ambos fuéramos todavía muchachos. Abajo, muy abajo de nuestros delgados escalones, yacía esa aglomeración de calles que lleva el nombre de París. Cuando estuvimos más alto que cualquier torre, nuestras barras de hierro se acabaron y apareció, coronada por una tabla horizontal, una plataforma diminuta. Parecía imposible encaramarse a ella. Pero Pablo lo hizo con desenvoltura y yo no pude menos que hacerlo.

Ya encima, me acosté sobre la tabla y miré hacia abajo desde el borde, como desde una elevada nubecita. Mi mirada cayó como una piedra en el vacío y no dio en ningún blanco. De pronto, mi camarada hizo un gesto indicador, y yo quedé suspendido de un espectáculo prodigioso que flotaba en medio de los aires. Sobre una calle ancha, a la altura de los tejados más altos, pero infinitamente más abajo que nosotros, vi una sociedad extraña y aérea: parecían ser equilibristas, y precisamente una de las figuras corría sobre una cuerda o una barra. Luego descubrí que eran muchos y casi exclusivamente

jovencitas, y me parecieron ser gitanos o gente vagabunda. Iban y venían, se acostaban o sentaban, se agitaban a la altura de los tejados sobre un tablado aéreo de listones muy angostos y un varillaje parecido a una enramada. Habitaban allí y eran nativos de aquella región. Debajo de ellos podía entreverse la calle, y desde el fondo hasta la proximidad de sus pies llegaba una niebla sutil y flotante.

Pablo dijo algo al respecto. «Sí», respondí yo, «es conmovedor, todas esas muchachas ... »

Cierto, yo estaba mucho más arriba que ellas, pero me adhería temerosamente a mi puesto, mientras ellas flotaban ligeras y sin recelo. Entonces comprendí que estaba demasiado alto, en una posición falsa. Ellas sí que estaban a la altura debida, no al nivel del piso, pero tampoco tan endemoniadamente arriba y lejanas como yo; no entre la gente y tampoco tan aisladas. Además, eran muchas. Supe entonces que ellas representaban una felicidad que yo no había alcanzado aún.

Pero yo sabía que en cualquier momento tendría que volver a bajar por mi descomunal escalera, y la sola idea de hacerlo era tan angustiosa que sentí náuseas; no podía aguantar un momento más allí arriba. Con desesperación y temblando de vértigo, tanteé con los pies en busca de los escalones —no podía verlos desde la plataforma y quedé suspendido, convulsivamente asido durante unos minutos espantosos, en aquella altura dañina. Nadie me socorría. Pablo ya se había ido.

Con profunda angustia daba peligrosos puntapiés y manotones, hasta que una sensación me envolvió como si fuese niebla, la sensación de que no eran la alta escalera ni el vértigo lo que yo tenía que sufrir y las cosas por las que debía pasar. Y de inmediato se desvanecieron también la visibilidad y hasta el parecido de las cosas; todo era nebuloso e impreciso. Ya me veía colgando de los escalones y sentía vértigo, ya me arrastraba, pequeñito y angustiado, entre galerías de minas y corredores subterráneos terriblemente angostos, ya chapoteaba con desesperación en medio de lodazales y estiércol y sentía elevarse hasta mi boca un cieno inmundado. Oscuridad y paralización lo cubrían todo. Misiones formidables, con un sentido serio pero todavía oculto. Angustia y sudores, mutilación y escalofríos. Un dificultoso morir, un dificultoso renacer.

¡Cuántas noches hay en tomo nuestro! ¡Cuántos caminos de tortura, angustiosos y duros, recorreremos! En las profundidades del pozo camina nuestra alma cegada, pobre héroe eterno, pobre Odiseo. Pero seguimos caminando, nos agachamos y pasamos un vado, nadamos ahogándonos en el fango, trepamos arrastrándonos por malignos paredones lisos. Lloramos y nos desanimamos, gemimos atemorizados y aullamos con llanto doloroso. Pero seguimos adelante, caminamos y padecemos, caminamos y nos abrimos paso a mordiscos.

De nuevo surgieron, de la turbia humareda infernal, los símbolos; allí estaba otra vez un breve trozo del sendero sombrío, iluminado por la luz conformadora de los recuerdos. Y el alma brotó desde lo primitivo para afincarse en la región nativa del tiempo.

¿Dónde estaba aquello? Objetos conocidos me contemplaron; respiré un aire que volví a reconocer. Una habitación casi en penumbras, una lámpara de petróleo sobre la mesa, algo semejante a un piano. Mi hermana estaba allí, y mi cuñado, tal vez de visita en casa o yo en la de ellos. Estaban silenciosos y muy preocupados, llenos de preocupación por mí. Y yo estaba de pie en el cuarto grande y triste, iba de un lado para el otro, envuelto en una nube de tristeza, dentro de una corriente de tristeza amarga, sofocante. Y entonces comencé a buscar cualquier cosa, nada importante, un libro o unas tijeras o algo parecido, y era incapaz de encontrarlo. Así tomé la lámpara, era pesada y yo estaba terriblemente cansado, pronto volví a dejarla y a continuación la volví a tomar, y quería buscar, buscar, aunque sabía que era en vano. No iba a encontrar nada, sólo embrollaría más las cosas, la lámpara se me caería de las manos —era tan pesada, tan penosamente pesada y yo seguiría buscando a tientas y errando a través de la habitación durante toda mi pobre vida.

Mi cuñado me miró, y en su mirada había temor y algo de censura. «Advierten que me estoy volviendo loco», pensé rápidamente, y volví a tomar la lámpara. Mi hermana se me acercó, muda, con ojos implorantes, tan llena de angustia y amor que el corazón se me quería romper. No podía decir nada, solamente tender la mano, hacer señas, señas de rechazo. Y yo quería decir: «¡Dejadme ya, dejadme ya! ¡Vosotros no lo podéis saber que me pasa, cuánto sufro, que terriblemente sufro!» Y otra vez: «¡Dejadme ya, dejadme ya!»

La rojiza luz de la lámpara se esparcía débilmente por el espacioso cuarto, afuera los árboles gemían con el viento. Por un instante creí ver y palpar en la más honda intimidad la noche que estaba ahí

afuera: ¡viento y humedad, otoño, amargo olor de la hojarasca, arremolinadas hojas de los olmos, otoño, otoño! Y por otro momento dejé de ser yo mismo, y me vi como una efigie: yo era un músico pálido, enjuto, de ojos llameantes, llamado Hugo Wolf, y aquella noche me encontraba al borde de la locura.

Entretanto, debía continuar buscando, debía buscar sin esperanzas, y tenía que alzar la pesada lámpara y colocarla sobre la mesa redonda, sobre el sillón, sobre una pila de libros. Y debía defenderme con gestos suplicantes cuando mi hermana volvía a contemplarme triste y delicadamente, cuando quería consolarme o aproximarse con propósito de ayuda. La pena crecía dentro de mí y me llenaba casi hasta estallar; las imágenes que me rodeaban eran de una claridad y una elocuencia conmovedora, mucho más darás que cualquier realidad común; un par de flores otoñales en el florero, entre ellas una dalia de un rojo pardo oscuro, ardían en una soledad tan hermosa y sonriente... Y cada objeto, aun el brillante pie de latón de la lámpara, era tan mágicamente bello y penetrado por un halo de soledad tan fatal como en los cuadros de los grandes pintores.

Percibí con nitidez mi destino. Una sombra más en aquella tristeza, una mirada más de mi hermana, otra mirada más de las flores, de esas flores hermosas llenas de alma... y luego aquello se desvaneció y me sumergí en el desvarío. «¡Dejadme! ¡Vosotros no sabéis nada! » Sobre la cubierta bruñida del piano caía un rayo de la lámpara reflejado en la oscura madera, con arrobadora belleza, misteriosamente impregnado de melancolía.

Ahora se volvió a levantar mi hermana, se dirigió al piano. Yo quise suplicar, quise defenderme cordialmente, pero no pude. Desde mi total soledad no podía emanar ningún poder que llegara hasta ella. ¡Oh, yo sabía lo que ahora ocurriría! Yo conocía la melodía que ahora debía ponerse en palabras y que debía decirlo todo y destruirlo todo. Una tensión formidable me oprimía el corazón, y mientras las primeras gotas abrasadoras saltaban de mis ojos, caí de bruces sobre la mesa y escuché y sentí con todos mis sentidos y con nuevos sentidos agregados texto y música simultáneamente, la siguiente estrofa de la melodía de Hugo Wolf:

¿Qué sabéis, vosotras, oscuras cimas,
de los bellos viejos tiempos?
Detrás de las cumbres la patria
¡qué lejos está, qué lejos!

Con esto, el mundo se deslizó ante mí y dentro de mí, hundido en lágrimas y sonidos. ¡Cómo decir que difusa y torrencialmente, qué benéfica y dolorosamente! ¡Oh, llanto, dulce derrumbamiento, venturosa fusión! Todos los libros del mundo, llenos de pensamiento y y poesía, nada son ante un minuto de sollozos, cuando el sentimiento se agita en torrentes, y el alma se siente y se encuentra profundamente a sí misma. Las lágrimas son hielo del alma derretido; todos los ángeles están próximos al que llora.

Lloré copiosamente, olvidado de todas las causas y razones, mientras caía desde lo alto de una tensión insoportable en el suave crepúsculo de los sentimientos cotidianos-, sin pensamientos, sin testigos. En el medio, entre imágenes que revoloteaban, un ataúd. En él yacía una persona muy querida, muy importante para mí, pero yo no sabía quién era. Quizá tú mismo, pensé, cuando, deesde una remota y tierna lejanía, se me ocurrió otra imagen. ¿No había visto yo una vez, años atrás o en una vida anterior, cierta imagen maravillosa: un grupo de jovencitas morando arriba en los aires, nebuloso e ingrávito, hermoso y feliz, cerniéndose con la levedad del aire y pleno como música de cuerdas?

Los años cayeron deprisa, y el mundo se había transformado. Afligido, caminaba yo hacia una casita. Lo hacía muy a disgusto, pues una sensación de temor en la boca me tenía como cautivo; medrosamente tanteé con la lengua un diente flojo, y al tocarlo de costado se me cayó. ¡Y también el de al lado! Había por allí un médico muy joven al que me quejé, mientras implorante le señalaba el diente que sostenía entre mis dedos. Se rió despreocupadamente, dijo que no con inexorables gestos profesionales y luego sacudió la juvenil cabeza: la cosa no era nada, no tenía importancia, todos los días ocurría algo así. «¡Dios santo!», pensé. Pero él prosiguió y señaló mi rodilla izquierda: «Allí está el asunto, con eso no se puede jugar.» Con tremenda rapidez toqué la rodilla izquierda... ¡allí estaba! Allí tenía un agujero en el que me cabía el dedo, y en vez de piel y carne no palpaba más que una masa insensible, blanda y fofa, ligera y fibrosa, como el tejido marchito de una planta. ¡Oh Dios mío, aquello era el principio del fin, aquello era la putrefacción y la muerte! «No hay que se pueda hacer?»,

pregunté con amabilidad forzada. «Nada Ya», dijo el joven médico y se marchó.

Me dirigí hacia la casita, extenuado, Dero no tan desesperado como hubiera debido estar. Casi estaba indiferente. Ahora era necesario llegar hasta la casita, donde mi madre me aguardaba. ¿No había escuchado su voz, acaso no había visto su semblante? Unos peldaños llevaban arriba, peldaños disparatados, altos y lisos, sin baranda, cada uno de ellos una montaña, un picacho, un ventisquero. Seguro que se me había hecho demasiado tarde ya... ¿Se habría ella marchado, acaso estaba muerta? ¿No terminaba de oír cómo llamaba de nuevo? Calladamente luché con los empinados escalones-montañas, cayéndome, y magullado, furioso y sollozando, me apreté contra el suelo apoyándome en mis maltrechos brazos y rodillas. Y me hallé arriba, junto al portal, y los peldaños volvían a ser pequeños, bonitos y adornados con boj. Cada paso se me hacía pegajoso y difícil como si pisara fango y cola de carpintero. No lograba avanzar, la puerta estaba abierta, y adentro andaba mi madre con un vestido gris, un cesto al brazo, en silencio y pensativa. ¡Oh, su cabello oscuro, apenas encanecido, bajo la redecilla! ¡Y su andar, su figura tan menuda! ¡Y su vestido, ese vestido gris! ¿Es que en todos aquellos muchos, muchos años, había perdido totalmente su imagen, es que nunca había pensado, en ella debidamente? ¡Pero allí estaba, de pie, caminando, y mirada de atrás, tal como había sido, enteramente clara y hermosa, puro amor, puro pensamiento amoroso! Furioso, mi paso de paralítico intentó vadear la atmósfera pegajosa; zarcillos de plantas trepadoras se me enroscaban más y más como cuerdas delgadas y fuertes, por todas partes obstáculos hostiles, ningún adelanto. «¡Madre!», grité... Pero no se escuchó voz alguna... No se escuchó nada. Entre ella y yo se interponía un vidrio.

Mi madre se alejó lentamente, sin mirar atrás, en silencio, ensimismada en pensamientos bellos y cuidadosos, en tanto desprendía con esa mano que me era tan conocida una hebra invisible del vestido. Luego se inclinó sobre el cestito buscando sus enseres de costura. ¡Oh el cestito! En él me había escondido en una oportunidad huevos de Pascua. Grité desesperado y sin voz. Eché a correr ¡y no me movía del sitio! Ternura y furor tiraban violentamente de mí.

Ella continuó andando despacio, atravesó el pabellón del jardín, se detuvo en la puerta abierta del otro lado, y salió al aire libre. Luego inclinó la cabeza suavemente hacia un costado, como si estuviera escuchando el curso de sus pensamientos, alzaba y bajaba el cestito ... Entonces me vino a la memoria un papel que había encontrado una vez, siendo muchacho, en aquel cestito. Allí había escrito ella con su letra ligera lo que tenía que hacer y recordar ese día; pantalones de Hermann deshilachados; poner en remojo la ropa; pedir prestado libro de Dickens; Hermann no ha rezado ayer. ¡Torrentes del recuerdo, cargas del amor!

Inmovilizado, atado de pies y manos, quedé junto a la puerta de entrada; por el lado opuesto, la mujer vestida de gris cruzó lentamente el jardín y desapareció.

Faldum

La Feria

La carretera que llevaba a la ciudad de Faldum a lo largo del montañoso país, atravesaba bosques, trigales, prados verdes y extensos. Y cuanto más se acercaba a la ciudad, tanto más frecuentes eran las granjas, huertos y casas de campo a lo largo del camino. El mar se hallaba a gran distancia —no se lo veía y el mundo no parecía consistir sino en colinas, valles pequeños y hermosos, praderas, bosques, labrantíos y huertos frutales. Era un país que no sufría carencia alguna de frutas y madera, leche y carne, manzanas y nueces. Las aldeas eran muy bonitas y limpias, y las gentes en general honradas y laboriosas, nada amigas de empresas arriesgadas o inquietantes. Y cada cual estaba contento de que al vecino no le fuera peor que a uno mismo. Tal era la naturaleza del país de Faldum, y de un modo similar lo es la de la mayoría de los países del mundo, en tanto no ocurran cosas extraordinarias.

La bonita carretera que conducía a la ciudad (se la llamaba Faldum, igual que el país), aquella mañana, desde el primer canto del gallo, estaba tan vivamente animada y concurrida como sólo podía vérsela una vez al año. Pues ese día se celebraba la gran feria de la ciudad, y en veinte millas a la redonda no había campesino o campesina, maestro, oficial o aprendiz, peón o criada, muchacho o muchacha que no hubiera estado pensando durante semanas en la gran feria, soñando con visitarla. Por supuesto, no todos podían ir: también había que cuidar el ganado, los niños pequeños, los ancianos y enfermos. Y aquel a quien le había tocado quedarse a vigilar la casa y el corral, creía haber perdido casi un año de su existencia, y hasta le dolía ese hermoso sol que desde muy temprano se mostraba cálido y festivo en el cielo azul de fines del verano.

Las mujeres y las sirvientas venían con sus canastitos al brazo, y los jóvenes de mejillas afeitadas, con sendos claveles o amelos en el ojal, todos bien endomingados; y también venían las colegialas con sus cabellos brillantes, todavía húmedos y opulentos, cuidadosamente trenzados. Los conductores de coches llevaban una flor o una cintita roja anudada al mango del látigo, y el que podía permitírsele engalanaba sus corceles con grandes jaeces de cuero hasta las corvas, de los que pendían relucientes discos de latón. Marchaban también carromatos, sobre los cuales se había armado un toldo verde con ramas de haya arqueadas, y debajo se sentaba muy apretada la gente con canastos o niños en el regazo; la mayoría cantaba a coro en voz bien alta. Entre aquellos vehículos circulaba a ratos un coche, adornado con banderas y flores de papel rojas, azules y blancas entre el verde follaje de hayas, del que provenía una música aldeana estridente, y en medio de las ramas se veían en la penumbra las doradas trompas y trompetas que relucían suave y deliciosamente. Chiquillos que desde el amanecer habían estado jugando y corriendo empezaron a lloriquear, y eran consolados por sus madres sudorosas: alguno encontraba refugio al lado de un cochero bondadoso. Una anciana empujaba un cochecito con dos mellizas que iban durmiendo; y entre las dormidas cabecitas infantiles, sobre la almohada, no menos redondas y rubicundas, yacían dos muñecas bien peinadas y primorosamente vestidas.

Aquellos que tenían su morada junto a la carretera y no estaban ese día camino a la feria, disfrutaban de una mañana entretenida y podían distraer sus ojos sin cesar. Pero de esos había pocos. Sentado en una escalera de jardinero, un niño de diez años lloraba, ese día tendría que quedarse en casa con la abuela. Pero tras haber comido y Horado bastante, al ver pasar corriendo a un par de chicos de la aldea, pegó de improviso un salto y se unió a ellos. No lejos de ese sitio vivía un viejo solterón que

no quería saber nada de la feria, porque sentía gastar su dinero en esas cosas. Se había propuesto, mientras todo el mundo estaba de fiesta, recortar, sin que nadie lo viera, el crecido seto de espino blanco de su jardín, pues buena falta le hacía; y en efecto, apenas se disipó un poco el rocío mañanero, puso animosamente manos a la obra con las grandes tijeras de podar. Pero poco antes de una hora tuvo que dejar el trabajo y se metió, irritado, en su casa, pues no había jovencito que pasase a pie o en coche por allí, que no contemplase asombrado al podador y le hiciera luego alguna broma respecto a su laboriosidad intempestiva, lo que hacía reír a las muchachas. Y como se enfureciese y los amenazara con sus largas tijeras de podar, entonces todo el mundo se quitaba el sombrero, lo agitaba y hacía ostentosos saludos con risas y ademanes burlones. Así acabó por sentarse adentro tras los postigos cerrados, pero desde allí dirigía miradas envidiosas a través de las rendijas; y cuando con el tiempo se le fue calmando la furia y vio pasar deprisa o corriendo a los contados y últimos concurrentes a la feria, como si estuvieran por perder el alma, se puso los zapatos, echó un escudo en la bolsa, empuñó el bastón y se dispuso a salir. Pero de pronto se le ocurrió que un escudo era mucho dinero. Lo sacó, lo sustituyó por medio escudo y volvió a atar la bolsa de cuero. Acto seguido la metió en el bolsillo, cerró la puerta de la casa y del jardín, y salió corriendo tan apresuradamente que antes de llegar a la ciudad se adelantó a varios peatones e incluso a dos carruajes.

Ya estaba lejos; su casa y su jardín habían quedado vacíos, y el polvo de la carretera ya comenzaba a posarse. El trote de los caballos y la música de los instrumentos de viento se habían extinguido y perdido. Los gorriones venían desde las rastrojeras, se bañaban en el blanco polvo y observaban lo que había quedado del tumulto. La carretera se extendía despoblada, muerta y caliente, y desde muy lejos, débil y extraviado, llegaba de vez en cuando algún grito de alegría, y algún tono como de música marcial.

En eso, salió del bosque un hombre con un sombrero de ala ancha calado hasta los ojos, caminando solo y sin prisa alguna por la desierta carretera. Era muy corpulento y tenía el paso firme y sosegado de los viajeros que han andado mucho. Vestía de gris y modestamente; desde la sombra proyectada por el sombrero sus ojos miraban con el cuidado y la calma propios de un hombre que no pretende nada más del mundo, pero que contempla con atención cada cosa y no pasa por alto ninguna. Lo observaba todo: los incontables y confundidos rastros de los carruajes; las huellas de la herradura de cierto caballo cuya pata trasera izquierda se venía arrastrando; la lejana ciudad de Faldum, pequeña aún, envuelta en un vaho polvoriento, que se elevaba sobre una colina con sus tejados brillantes; a una viejecita que, llena de miedo y en dificultades, andaba desconcertada por un jardín llamando- a alguien que no contestaba. En uno de los bordes del camino vio también el destello de un pequeño objeto de metal: se agachó y recogió un brillante disco de latón que seguramente se le había caído de la collera a algún caballo y se lo puso como una especie de insignia. Y luego vio junto a la carretera un viejo seto de espino blanco recientemente podado a lo largo de unos pocos metros. Al principio el trabajo parecía haber sido realizado con precisión, prolijidad y gusto, pero luego, a cada medio metro, la cosa empeoraba, pues aquí se había dado un corte demasiado profundo, allí sobresalían olvidadas algunas ramas hirsutas y espinosas. Más adelante encontró el forastero una muñeca tirada en la carretera, sobre cuya cabeza debió haber pasado la rueda de un coche, y un trozo de pan de centeno que brillaba todavía a causa de la mantequilla derretida untada sobre él; y por último halló una bolsa de recio cuero, dentro de la que había una moneda de medio escudo. Recostó la muñeca a la orilla del camino contra un guardacantón; ¡desmigajó el pan y lo repartió entre los gorriones; y metió en su bolsillo la bolsa con el medio escudo.

Todo estaba indeciblemente calmo en la carretera abandonada. El césped de las orillas aparecía cubierto de una espesa capa de polvo y agostado a causa del sol. Cerca de allí, en el corral de una granja, las gallinas —no se veía un alma— cacareaban y tartamudeaban soñolientas por el calor del sol. En un azulado huerto de coles, una vieja encorvada arrancaba yuyos del suelo reseco. El caminante le preguntó cuánto faltaba todavía para llegar a la ciudad. Pero era sorda, y aunque él luego le habló más fuerte, ella sólo pudo mirarlo con cara de súplica y sacudió la cabeza canosa.

Mientras seguía adelante, comenzó a oír la lejana música de la ciudad, que por momentos se percibía y por momentos no; a medida que se aproximaba, los sonidos se hacían más frecuentes y prolongados. Por último se escuchó la música y una confusión de voces ininterrumpidamente —parecía una cascada

remota como si todo el gentío allí reunido estuviera en plena diversión. Un arroyo corría ahora junto a la carretera, ancho y tranquilo, en el que nadaban patos, mientras bajo el espejo azul crecían las algas verdeoscuros. En aquel punto la carretera empezaba a subir, el arroyo hacía una curva y un puente de piedra lo cruzaba. Sobre el angosto pretil del puente estaba sentado un hombre —una flaca silueta de sastre— durmiendo con la cabeza agachada. El sombrero se le había caído en el polvo y junto a él, como vigilando, había un gracioso perrito. El forastero intentó despertar al que dormía, pues corría peligro de caerse del puente. No obstante, miró primero abajo y vio que la altura era escasa y las aguas poco profundas; dejó entonces que el sastre continuase durmiendo en su asiento.

Y ahora, tras una pequeña subida empinada, la puerta de la ciudad de Faldum, que se ofrecía abierta de par en par, sin ninguna persona a la vista. El hombre la traspuso y sus pasos retumbaron de pronto con fuerza en una calle empedrada, donde a lo largo de las casas, a ambos lados de la calzada, había una hilera de carros y calesas vacíos y desenganchados. Desde otras calles venían ruidos y un sordo rodar de coches, pero allí no podía verse a nadie. La callejuela yacía en plena sombra y sólo las ventanas superiores de las casas reflejaban la dorada luz del día. Allí se detuvo el caminante a descansar un poco, sentándose en la lanza de un carromato. Al continuar la marcha, dejó sobre el pescante el disco de latón que había encontrado un rato antes.

Apenas había terminado de recorrer otra calle, cuando se vio rodeado por los ruidos y alborotos de la feria. En cien barracas, vendedores gritones pregonaban sus mercaderías; los niños soplaban en plateadas trompetas; los carniceros sacaban ristras enteras de frescas y húmedas salchichas de las enormes calderas hirvientes; un charlatán, de pie sobre una tribuna elevada, miraba con vehemencia a través de unos gruesos anteojos de cuerno y señalaba hacia una pizarra donde constaban todas las enfermedades y achaques del género humano. Cerca del caminante pasó un hombre de largos cabellos negros, que llevaba un camello de una cuerda. El animal miró orgullosamente desde su largo pescuezo a la multitud abajo, rumiando en todas direcciones con sus labios hendididos.

El hombre del bosque lo contemplaba todo con atención. Se dejaba apretujar y empujar por el gentío; miraba en la barraca de un hombre que ofrecía pliegos de aleluyas; y más allá leía los proverbios y marbetes estampados en los alfajores azucarados. Pero no se detenía en sitio alguno, y parecía como si no encontrara lo que estaba buscando. Así fue avanzando lentamente hasta llegar a la gran plaza principal, en una esquina en la cual anidaba un vendedor de pájaros. Se quedó allí un rato escuchando las voces que provenían de las muchas as, y contestó con suave silbido al pardillo y a la codorniz, al canario y a la curruca.

De pronto advirtió cerca de sí algo que centelleaba tan clara y cegadoramente, como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en un solo sitio. Habiéndose aproximado más, vio que se trataba de un gran espejo que colgaba en un puesto de la feria, y junto al cual pendían otros muchos, decenas, un centenar o más: grandes y pequeños, cuadrados, redondos y ovales, espejos de pared y para ser montados, espejos de mano, y asimismo espejitos finos de bolsillo, de los que uno puede llevar consigo para no olvidar la propia cara. El vendedor, con un centelleante espejo de mano en alto, recogía la luz del sol, haciendo luego bailar reflejos fulgurantes sobre su barraca, en tanto que gritaba incansablemente: «¡Espejos, caballeros, aquí se venden espejos! ¡Los mejores espejos, los espejos más baratos de Faldum! ¡Espejos, señoras, magníficos espejos! ¡Fíjense ustedes bien: todo auténtico, todo del mejor cristal!»

El forastero se estacionó junto al puesto de los espejos, como alguien que ha encontrado lo que buscaba. Entre la gente que contemplaba los espejos, había tres muchachas oriundas del país; él se puso a su lado y las miró atentamente. Eran jóvenes campesinas frescas y sanas, ni lindas ni feas. Calzaban zapatos de suela fuerte y medias blancas; tenían trenzas rubias, algo descoloridas por el sol, y animados ojos jóvenes. Las tres sostenían sendos espejos en la mano, aunque no de los grandes y caros; y mientras dudaban en comprarlos y gustaban el dulce tormento de la elección, dirigían de tanto en tanto perdidas y soñadoras miradas sobre la pulida profundidad de los espejos y contemplaban su propia efigie, boca y ojos, el pequeño adorno colgado al cuello, el ,par de pecas de la nariz, la lisa raya del pelo, la oreja sonrosada. Todo lo cual fue llevándolas al silencio y a poner una cara seria, de modo que el forastero, que estaba detrás de las jóvenes, veía cómo sus rostros miraban desde los espejos con ojos muy abiertos y casi solemnemente.

«¡Ay!», oyó que decía la primera, «¡quisiera. que mi pelo fuese todo rubio como el oro y tan largo

que me llegara a las rodillas!»

La segunda muchacha, tras oír el deseo de su amiga, suspiró quedamente y miró de manera entrañable a su espejo, y confesando con rubor también lo que su corazón soñaba, dijo tímidamente: «A mí, si me fuera permitido desear, me gustaría tener las manos más hermosas del mundo, enteramente blancas y tersas con dedos largos y delgados y uñas rosadas.» Al mismo tiempo miraba su mano, que sostenía un espejo oval. La mano no era fea, pero sí un poco ancha y corta y se había puesto tosca y dura a causa del trabajo.

La tercera, que era la menor y la más alegre de las tres, tres, se rió de todo ello y dijo divertida: «No está mal ese deseo, pero las manos no son tan importantes. A mí lo que más me gustaría es convertirme a partir de hoy en la mejor y más ágil bailarina de todo Faldum.»

Pero en ese momento la muchacha se asustó y se volvió, porque desde el espejo y tras su propio rostro la miraba un desconocido de ojos negros y brillantes. Era el forastero, que se había situado detrás de ella, y en el que ninguna de las tres había reparado hasta entonces. Lo miraron asombradas cuando él saludó con una inclinación de cabeza y exclamó: «Por cierto que habéis manifestado tres hermosos deseos, señoritas. ¿Los habéis pedido verdaderamente en serio?»

La menor había colocado a un lado el espejo y escondido las manos tras la espalda. Tenía ganas de hacer pagar al hombre el pequeño susto que le había dado, y pensó contestarle con una palabra cortante. Pero al mirar su rostro, le vio tanto poder en la mirada, que se quedó sin saber qué hacer. «¿Qué puede importaros lo que deseo para mí?» dijo simplemente y se ruborizó.

Pero la otra, la que había deseado para sí unas manos finas, cobró confianza hacia aquel hombrón, de cuya naturaleza emanaba algo paternal y digno. «Por cierto que sí», dijo, «lo pedíamos en serio. ¿Es que pueden desearse cosas más hermosas?»

El vendedor de espejos se había aproximado y otras personas prestaban asimismo atención. El forastero se había levantado el ala del sombrero, de modo que se le veían una frente clara y despejada y los ojos imperiosos. Se inclinó ante las tres muchachas y exclamó sonriente: «¡Ved, ya tenéis todo lo que habéis deseado!»

Las muchachas se miraron unas a otras, y luego rápidamente en un espejo. Las tres palidieron entonces de asombro y alegría. Una había adquirido espesos rizos dorados que le llegaban hasta las rodillas. La segunda sostenía su espejo con manos blanquísimas y muy esbeltas, propias de una princesa. Y la tercera se halló de pronto erguida sobre zapatillas de baile de cuero rojo, mientras sus tobillos se habían vuelto tan finos como los de una corza. No podían comprender nada de lo que había sucedido, pero la de las manos aristocráticas rompió en un piadoso llanto, y tras apoyarse en el hombro de su amiga lloró de felicidad en su larga cabellera de oro.

Enseguida se empezó a comentar y a gritar la historia del milagro por todo el ámbito de la feria. Un joven menestral que lo había visto todo, estaba allí parado con ojos desorbitados y miraba al desconocido fijamente, como petrificado.

«¿Por qué no deseas tú también algo?», le preguntó de sopetón el desconocido.

El operario se sobresaltó, estaba completamente desorientado y dejó correr desvalido la mirada en derredor, en acecho de algo que pudiera desear. Vio entonces, colgada en la tienda de un carnicero, una enorme ror de un grueso y rojo salchichón ahumado, y señalando en aquella dirección, tartamudeó: «Me gustaría una ristra de salchichón ahumado como ésa.» Y en el acto la, ristra le colgaba del cuello, y todos los que lo vieron empezaron a reír y a gritar, y cada uno trataba de arrimarse al forastero y quería formular también su deseo. Así lo hicieron, en efecto, y el que estaba más cerca en la fila fue más atrevido y pidió un traje de paño nuevo para pasear los domingos. Y apenas formulara su deseo, estaba metido en un traje elegantísimo y flamante, comparable a los del burgomaestre. Después le tocó a una campesina, que tuvo el ánimo de pedir francamente diez escudos, e inmediatamente los diez escudos tintineaban en su bolsillo.

Con esto la gente vio que ocurrían allí milagros verdaderos, y pronto rodaron las noticias por toda la plaza del mercado y a través de la ciudad. La multitud formó entonces rápidamente una gigantesca masa compacta en torno a la barraca del vendedor de espejos. Muchos se reían todavía y tomaban aquello a broma; otros no creían nada y hablaban con desconfianza. Pero muchos, atacados por la fiebre de los deseos, acudían corriendo con Ojos ardientes y rostros sofocados que la codicia y la inquietud

desfiguraba, pues temían que el manantial pudiera agotarse antes de que ellos alcanzaran a extraer el agua. Los niños pedían pasteles, ballestas, perros, sacos llenos de nueces, libros y juegos de bolos; las muchachas se marchaban de allí felices con nuevos vestidos, cintas, guantes y sombrillas. Un pequeño de diez años, que se había escapado de casa de la abuela, y a quien la magnificencia y el brillo de la feria habían sacado de quicio, pidió con voz clara un caballito vivo, pero negro, tenía que ser negro. De inmediato relinchó tras él un potrillo negro y restregó confiadamente su cabeza contra la espalda del niño.

Entre la muchedumbre totalmente ebria a causa del prodigio, se abrió paso a la fuerza un solterón entrado en años, bastón de paseo en mano, que se adelantó temblando y apenas podía pronunciar palabras debido a la excitación que traía.

«Deseo», dijo tartamudeando, «de ... seo doscientos ... » El forastero lo miró, como inspeccionándolo, sacó una bolsa de cuero de sus bolsillos y la puso ante los ojos del excitado hombrecito. «¡Esperad un momento!», dijo. «¿No habéis perdido por ventura este monedero? Hay medio escudo dentro.»

«¡Sí, sí, yo lo he perdido!», exclamó el solterón. «Es mío.»

«¿Queréis recuperarlo?»

«¡Sí, sí, dádmelo!»

De este modo recibió la bolsa, con lo cual malgastó su deseo, y entonces, al darse cuenta, levantó su bastón, lleno de ira, contra el desconocido, pero no le acertó y sólo llegó a derribar un espejo. El ruido de los fragmentos no se había disipado aún, cuando se presentó el vendedor y exigió el dinero correspondiente, que el solterón tuvo que pagar.

En ese momento se adelantó un propietario gordo y formuló un deseo importante, a saber: un nuevo tejado para su casa. De inmediato le llegó desde la calle donde estaba situada la casa el resplandor de aquél, con sus tejas flamantes y la blanca chimenea encalada. Todos se agitaron de nuevo, y sus deseos crecieron cada vez más. Pronto surgió uno que sin la menor vergüenza y con la mayor modestia pidió una casa nueva de cuatro pisos en —la plaza principal. Y un cuarto de hora más tarde se apoyaba sobre el alféizar de su propia ventana y contemplaba la feria desde allí.

En realidad, ya no había feria. Toda la vida de la ciudad salía, como el río de la fuente, del lugar donde estaba la barraca de los espejos en la que se hallaba el desconocido y donde era posible satisfacer los deseos de cada uno. Gritos de admiración, envidia o carcajadas seguían a cada deseo, y cuando un chiquilín hambriento deseó para sí nada más que un sombrero lleno de ciruelas, le fue llenado con escudos el sombrero de alguien que no había sido demasiado modesto en su solicitud. Gran alborozo y aplauso provocó la gruesa mujer de un tendero que quería verse libre de un molesto bocio. Aquí se mostró, sin embargo, lo que la saña y la envidia son capaces de hacer. Pues el propio marido, malavenido como estaba con ella —precisamente acababan de reñir-, utilizó el deseo que hubiera podido volverlo rico, para pedir que el bocio desaparecido volviera a su antiguo lugar. Pero el ejemplo había sido dado, y fueron traídos un montón de lisiados y enfermos. Y la multitud entró en un nuevo estado de embriaguez cuando los tullidos empezaron a bailar y los ciegos saludaron a la luz con ojos dichosos.

Entretanto, la gente menor había estado correteando por todas partes y divulgando el espléndido prodigio. Así hablaban, por ejemplo, de una vieja y fiel cocinera que estando junto al horno ocupada en asar un ganso para su amo, sintió llegar a través de la ventana también esas voces. No pudiendo resistirse, salió corriendo hacia la plaza del mercado, para pedir que se le cumpliera su anhelo de vida opulenta y feliz. Pero a medida que iba avanzando entre la muchedumbre, tanto más claramente le remordía la conciencia, y cuando le llegó el turno y pudo formular su deseo, renunció a todo y sólo pidió que el ganso no se hubiera achicharrado antes de estar ella de vuelta.

El tumulto no tenía fin. Las niñeras salían precipitadamente de sus casas y llevaban a los críos en los brazos, los enfermos se levantaban de sus camas y corrían afanosos en camisa por las calles. También acudió, completamente trastornada y desesperada, una viejecita que había venido andando desde el campo, y cuando se enteró del asunto de los deseos, rogó entre sollozos que pudiera volver a ver sano y salvo al nieto que se le había perdido. Y he aquí que llegó de inmediato el chico montado en un caballito negro y cayó riendo en sus brazos.

Por último, la ciudad entera, trastornada, se encontró en pleno delirio. Parejas de enamorados, cuyos deseos se habían cumplido, andaban del brazo; familias pobres se paseaban en calesas vistiendo aún las

ropas remendadas que se habían puesto esa misma mañana. Todos los que estaban ya arrepentidos, y no eran pocos, de haber formulado un deseo poco inteligente, se alejaban tristes o bebían para olvidar en el viejo pozo del mercado, que se había llenado del mejor vino por el deseo de un bromista.

Y finalmente quedaron en la ciudad de Faldum sólo dos hombres que no sabían nada del prodigio y no habían solicitado ningún deseo para sí. Eran dos jóvenes que se pasaban el tiempo metidos en la alta buhardilla de una vieja casa del suburbio, con las ventanas cerradas. Uno de ellos estaba en el centro del cuarto, sujetaba el violín bajo la barbilla y tocaba con pasión; el otro, sentado en un rincón, sostenía la cabeza entre las manos y estaba completamente sumido en lo que escuchaba. A través de los pequeños vidrios de la ventana entraba un sol oblicuo y crepuscular y encendía con su luz intensa un ramillete de flores que se hallaba sobre la mesa, jugando sobre el papel pintado y roto de la pared. La habitación se veía colmada de una cálida luz y de las notas ardientes del violín, igual que una pequeña y escondida cámara de tesoros con el resplandor de las piedras preciosas allí reunidas. El violinista se mecía a uno y otro lado mientras tocaba, y tenía los Ojos cerrados. El oyente miraba mudo el piso, tan inmóvil y ausente como si la vida se le hubiera paralizado.

Entonces se sintieron pasos fuertes en la calle, el portal fue abierto bruscamente, y los pasos se fueron acercando, firmes y ruidosos, escaleras arriba, hasta llegar a la buhardilla. Era el dueño de la casa, que abrió de un empujón la puerta de la estancia y entró dando voces y riendo, de modo que la música se interrumpió abruptamente y el absorto oyente dio un salto furioso y disgustado. También el violinista se mostró triste y colérico ante la interrupción y miró con reproche la risueña cara del dueño de la casa. Pero éste no reparó en ello, agitó los brazos como un borracho y gritó: «¡Eh, vosotros, chiflados, estáis ahí sentados y tocando el violín, y afuera el mando entero se está transformando! ¡Despertad y corred, que no es demasiado tarde aún; en la plaza del mercado hay un hombre que puede realizar los deseos de cada uno! Ya no necesitaréis vivir bajo este J

seguir debiendo un alquiler insignificante. ¡Arriba y adelante, antes de que sea demasiado tarde! También yo me he convertido hoy en un hombre rico.»

El violinista escuchó atónito, y puesto que el hombre no le daba paz, dejó a un lado el violín y se encasquetó el sombrero en la cabeza; su amigo lo siguió en silencio. Apenas habían salido de la casa, cuando vieron media ciudad transformada del modo más extraordinario. Con el pecho oprimido, como en mitad de un suefío, pasaron por delante de casas que el día anterior se asentaban grises, contrahechas y miserables, y ahora se erguían altas y adornadas cual palacios. Gentes a las que conocieron como mendigos, iban en coches de cuatro caballos o miraban, alardeando orgullosos, desde las ventanas de sus hermosas casas. Un hombre flaco, con apariencia de sastre, al que seguía un perrito minúsculo, se arrastraba agotado y sudoroso con un saco grande y pesado a cuestras, del cual goteaban, por un agujerito, monedas de oro sobre el empedrado.

Ambos jóvenes llegaron como autómatas a la plaza del mercado, hasta la barraca de los espejos. Allí estaba el desconocido, que les dijo: «No tenéis mucho apuro, según parece, en solicitar vuestros deseos. Precisamente me disponía a irme. Decid, pues, lo que deseáis, sin ningún reparo. »

El violinista meneó la cabeza y dijo: «¡Ay, si me hubiérais dejado en paz! No necesito nada.»

«¿No? ¡Piénsalo bien!», exclamó el desconocido. «No tienes más que pedir aquello que se te ocurra.»

Entonces el violinista cerró los ojos un rato y meditó. Y luego dijo en voz baja: «Quiero un violín en el que pueda tocar tan maravillosamente, que todo el mundo con sus ruidos no pueda llegar hasta mí.»

Acto seguido, tenía en sus manos un hermoso violín y un arco. Apretó el violín contra sí y comenzó a tocar: el sonido era dulce y poderoso como una melodía del paraíso. Quien lo oía, se detenía a escuchar con atención y sus ojos adquirían gravedad. Pero como tocase de un modo cada vez más entrañable y majestuoso, fue arrebatado por los Invisibles y se desvaneció en las alturas. Y todavía llegaba desde la lejanía el eco de su música como el suave resplandor del atardecer.

«¿Y tú? ¿Qué vas a desear», preguntó el forastero al otro muchacho.

«¡Me habéis quitado ahora también al violinista!», dijo el joven. «Yo no quería otra cosa de la vida más que oír y contemplar, y pensar sólo en aquello que es imperecedero. Por eso desearía convertirme en una montaña, tan grande como el país de Faldum y tan alta que mi cumbre se elevara por encima de las nubes.»

Entonces comenzó a tronar bajo la tierra, y todo empezó a vacilar; sonó un estrepitoso entrechocar de vidrios, los espejos cayeron hecho añicos sobre el empedrado de la calle; la plaza del mercado se alzó oscilando, así como se alza un paño bajo el que duerme un gato cuando éste despierta y arquea el lomo. Un terror inmenso se adueñó del pueblo; millares de personas huyeron de la ciudad dando gritos, en dirección al campo. Aquellos, empero, que permanecieron en la plaza, vieron surgir detrás de la ciudad una montaña imponente que penetró en las nubes del atardecer. Y simultáneamente vieron que el tranquilo arroyo se metamorfoseaba en un torrente blanco y bravío que, desde lo alto de la montaña llegaba espumeando al valle, tras formar muchos saltos y cascadas.

Había transcurrido un instante y ya el país de Faldum se había convertido en una montaña gigantesca, en cuya falda yacía la ciudad; a lo lejos, en lo hondo, se divisaba el mar. Pero nadie había sufrido daño alguno.

Un viejo que se había quedado junto a la barraca de los espejos y que lo había presenciado todo, dijo a su vecino: «El mundo se ha vuelto loco; estoy contento de no tener que vivir ya mucho tiempo. Sólo siento pena por el violinista, me hubiera gustado oír su música otra vez.»

«Sí», dijo el otro. «Pero decidrme, ¿adónde se ha marchado el desconocido?»

Miraron en torno: había desaparecido. Y cuando dirigieron la vista arriba, a la nueva montaña, vieron en lo alto al forastero, que se alejaba envuelto en una capa tremolante, recortado por unos instantes, enorme, contra el cielo del ocaso, y se desvaneció tras una arista de la roca.

La Montaña

Todo transcurre, y todo lo nuevo envejece alguna vez. Mucho tiempo pasó desde aquella feria, y más de uno de los que entonces se enriquecieron, había vuelto a ser pobre. La muchacha de los largos cabellos de oro rojo estaba casada desde bastante tiempo atrás y ya tenía hijos que frecuentaban las ferias de la ciudad en las postrimerías de cada verano. La muchacha de los ágiles pies de bailarina era ahora la esposa de un maestro artesano de la ciudad. Aún sabía bailar magníficamente, mejor que muchas jóvenes; tenía tanto dinero como su marido había deseado en otro tiempo, y, según las perspectivas, a la alegre pareja el dinero le duraría toda la vida. La tercera muchacha' la de las manos lindas, era la que más pensaba en el hombre extraño de la barraca de los espejos. Ella no se había casado, es cierto, y tampoco se había enriquecido, pero conservaba sus manos delicadas que la privaron, por causa de su misma delicadeza, de volver a las tareas campesinas. En cambio, cuidaba a los niños de su aldea cuando era necesario, y les relataba cuentos de hadas e historias. Precisamente, por su intermedio, los niños habían conocido la historia de la fantástica feria, de los pobres que se habían enriquecido y de la transformación del país de Faldum en una montaña. Cuando refería aquellos sucesos, se miraba sonriente sus esbeltas manos de princesa, y podía creerse, dadas su emoción y ternura, que nadie había conseguido, excepto ella, una fortuna más radiante junto a los espejos, no obstante haberse quedado soltera y pobre y tener que dedicarse a contar sus bellas historias a niños ajenos.

Los que fueron jóvenes en aquellos tiempos, eran ahora viejos, y los viejos de entonces habían fallecido. Inmutable y sin edad se elevaba solamente la montaña; y cuando la nieve sobre su cumbre enceguecía a través de las nubes, parecía sonreír y estar contenta de no ser más un hombre, de no tener que contar más el tiempo de acuerdo con la medida humana. En lo alto, por encima de la ciudad y la campiña, brillaban las peñas de l montaña; su sombra poderosa se trasladaba cada día sobre el país; sus arroyos y torrentes anunciaban abajo, en e Rano, la llegada y el término de las estaciones del año; l montaña se había convertido en el sostén y padre de todas las cosas. Crecían sobre ella bosques y praderas con hierba ondulante y flores; las fuentes brotaban de ella, y también la nieve, el hielo y las piedras; de estas últimas brotaba un musgo colorido y junto a sus arroyos surgían nomeolvides. En sus entrañas había cuevas, por las que el agua goteaba como hebras de plata, año tras año y de piedra en piedra con una música inmutable; y en sus abismos había cámaras secretas donde con paciencia milenaria se iban formando cristales. En la cumbre de la montaña jamás había estado hombre alguno. Pero muchos pretendían saber que arriba de todo había un pequeño lago redondo, en el que nunca se había reflejado otra cosa que el sol, la luna, las nubes y los astros. Ningún hombre ni animal se había

asomado a aquella taza que la montaña ofrecía al cielo, porque ni las águilas volaban tan alto.

Los habitantes de Faldum vivían contentos en la ciudad y en los numerosos valles; bautizaban a sus hijos, se dedicaban al comercio y a la industria, y unos sepultaban a los otros. Y todo lo que pasaba de generación en generación y que sobrevivía, era su conocimiento y sus sueños acerca de la montaña. Pastores y cazadores de gamuzas, los que recogían el heno en las laderas de la montaña y los buscadores de flores, vaqueros y viajeros incrementaban el tesoro de esa tradición, y tanto los poetas líricos como los narradores se encargaban de transmitirlo. Ellos sabían de cavernas oscuras e interminables, de cascadas sombrías en abismos escondidos, de glaciares profundamente hendididos y también aprendían a conocer los cursos de los aludes y los cambios meteorológicos. Y lo que llegaba a la campiña en lo concerniente al calor y al frío, al agua o al crecimiento, al tiempo bueno o malo y a los vientos, todo esto provenía de la montaña.

De los tiempos primitivos ya nadie sabía nada. Es cierto que existía la hermosa leyenda de la feria maravillosa en la que todas las almas de Faldum pudieron formular su deseo. Pero el que la montaña también hubiese surgido ese día, eso no quería creerlo nadie. La montaña, se daba por cierto, estaba en su sitio desde el origen de las cosas y allí seguiría por toda la eternidad. La montaña era la patria, era Faldum. Pero la historia de las tres muchachas y la del violinista eran escuchadas con placer. Y siempre se hallaba, aquí o allá, a un muchacho que se abstraía profundamente tocando el violín a puertas cerradas, soñando con disiparse tras la creación de su melodía más bella, para luego volar hacia el cielo como el celestial violinista del cuento.

La montaña continuaba viviendo serenamente en su grandeza. Todos los días veía salir del océano al lejano y rojo sol y presenciaba su paseo circular en torno de su apogeo, del este hacia el oeste, y todas las noches contemplaba el mismo tranquilo camino de las estrellas. Cada año el invierno la cubría con una profunda capa de nieve e hielo; y cada año, en el momento indicado, los aludes buscaban su ruta, y lindando con los restos de nieve reían los ojos de las flores de verano con colores azules y amarillos, y los arroyos saltaban rebosantes, y los lagos ofrecían un cálido azul a la luz del día. En abismos invisibles tronaban sordamente las aguas perdidas; el lago en la cima, redondo y pequeño, yacía cubierto de hielo compacto y aguardaba todo el año para —en el breve plazo de la culminación del estío—, abrir su ojo límpido y reflejar el sol durante unos pocos días y las estrellas durante unas pocas noches. En cavernas tenebrosas se detenían las aguas; las rocas resonaban con un gotear continuo; y en gargantas escondidas crecían con exactitud los cristales en busca de su perfección.

Al pie de la montaña, y algo más alto que la ciudad, se extendía un valle, por donde discurría un arroyo ancho de claros reflejos, entre chopos y sauces. Allí se dirigían los jóvenes enamorados y aprendían de la montaña y de los árboles las maravillas de las estaciones. En otro valle se ejercitaban los hombres con sus armas y caballos. Y en la más elevada cima de un peñasco cortado a pique ardía una hoguera imponente la primera noche de verano de cada año.

Transcurrió el tiempo y la montaña proseguía amparando el valle del amor y el campo de maniobras; ofrecía espacio a pastores y a leñadores, a cazadores y balseiros; proporcionaba piedras para la construcción y el hierro para las fundiciones. Indiferente, contemplaba y toleraba el primer fuego de verano sobre su cúspide; lo vio cien veces y luego centenares de veces más. Vio cómo la ciudad se extendía allí abajo con sus pequeños brazos truncados y cómo crecía más allá de las viejas murallas. Vio a los cazadores olvidarse de sus ballestas y disparar con armas de fuego. Los siglos le pasaban volando como si fueran las estaciones del año, y los años como horas.

No le preocupó que durante el curso de los años, en una ocasión, dejase de brillar el rojo fuego del solsticio sobre la plana superficie del peñasco, allá en la cumbre. Tampoco le causó preocupación que en el extenso correr de los tiempos el valle de los ejercicios militares quedara abandonado y que en el campo de maniobras crecieran llantenes y cardos. Y no se opuso a que una vez, en el largo decurso de los siglos, un hundimiento alterara su forma, ni que bajo las rocas desprendidas media ciudad de Faldum quedara reducida a escombros. Apenas si miró hacia abajo, y no percibió que la arruinada ciudad no volvió a ser reconstruida.

Nada de aquello llegó a preocuparle. Pero otras cosas sí comenzaron a darle cuidado. Los tiempos pasaban volando, y la montaña se había puesto vieja. Cuando veía salir el sol, hacer su carrera y desaparecer, ya no era como antes; y cuando las estrellas se reflejaban en el descolorido glaciar, ya no

se sentía semejante a ellas. Las estrellas y el sol dejaron de ser ahora importantes en su vida. Ahora lo importante era lo que le acontecía a ella misma, lo que pasaba en su interior. Pues experimentaba cómo en lo más hondo, dentro de sus peñas y oquedades, iba trabajando una mano desconocida, cómo se iba desmoronando su fuerte sustancia pétreo primitiva y se descomponía en depósitos de pizarra, cómo los arroyos y cascadas se devoraban con un impulso cada vez mayor. Habían desaparecido glaciares y nacido lagos; hubo bosques que se transformaron en pedregales y praderas en negros pantanos; corrían hacia el infinito en forma de puntiagudas lenguas los yermos cordones de morenas y las estrías de cantos rodados, extendiéndose por el país, el cual, en sus partes inferiores, también había experimentado extraños cambios, pues se había vuelto singularmente pedregoso, estaba calcinado y envuelto en silencio. La montaña se recluiría más y más en sí misma. Advertía bien que ni el sol ni los astros eran ya sus semejantes. Sus semejantes eran el viento y la nieve, el agua y el hielo. Su semejante era lo que parece eterno y, no obstante, desaparece lentamente, hasta irse extinguiendo de a poco.

Mientras tanto, guiaba más fervorosamente sus arroyos hacia el valle; hacía rodar con mayor solicitud sus aludes; ofrecía con más ternura sus praderas de flores al sol. Y le sucedió que en su avanzada vejez recordase nuevamente a los hombres. No es que hubiese considerado a los hombres como sus semejantes, pero comenzó a buscarlos con la vista, a sentirse abandonada, comenzó a pensar en el pasado. Sólo que la ciudad ya no estaba en su sitio, ni había canciones en el valle del amor, ni tampoco quedaban cabañas entre los pastos alpestres. Ya no había hombres allí. También ellos habían pasado. Imperaban el silencio y lo marchito, una sombra se extendía por el aire.

La montaña se estremeció al percatarse de lo que la extinción significaba, y después del estremecimiento su cima se desplomó hacia un costado. Y fragmentos de roca rodaron a continuación por el valle del amor —que desde mucho tiempo atrás yacía lleno de piedras— y llegaron al mar.

Sí, los tiempos eran diferentes. ¿Por qué, si no, se acordaría incesantemente de los hombres? ¿No hubiera constituido aquello un hecho maravilloso antaño, cuando ardían las hogueras estivales, y cuando la juventud, en parejas, concurría al valle del amor? ¡Oh, cuán dulces y cálidas habían resonado allí esas canciones!

La vieja montaña se abismó por completo en sus recuerdos; apenas advertía el paso de los siglos; apenas sentía que en sus grutas, aquí y allá, algo se desmoronaba o cedía con un tronar sordo. Cuando pensaba en los hombres, le dolía como una reminiscencia vaga de edades pretéritas, una emoción y amor difíciles de comprender, un sueño oscuro y flotante como si en el pasado ella misma hubiera sido un hombre o semejante a ellos, como si hubiese cantado y oído cantar, como si alguna vez, en sus días más tempranos, hubiese pasado por su corazón el pensamiento de lo precedero.

Las edades transcurrieron. Mientras se iba hundiendo, rodeada por ásperos desiertos pedregosos, la montaña moribunda se entregaba a sus sueños. ¿Cómo había sido ella en el pasado? ¿No quedaría algún eco, un fino hilo de plata que la uniera al mundo anterior? Afanosamente escarbaba en la noche de los recuerdos enmohecidos, repasaba incansablemente los hilos estropeados, se inclinaba cada vez más hacia el abismo de las cosas ya ocurridas... En tiempos lejanos, ¿no había ardido dentro de ella un sentimiento de comunidad, un amor? Ella, la solitaria, la gigantesca, ¿no había sido también, allá en el tiempo más remoto, un igual entre iguales? ¿No le había cantado también una madre en el principio de las cosas? A fuerza de pensar y pensar, sus ojos, los lagos azules, se enturbiaron y se volvieron espesos, se transformaron en ciénagas y pantanos, y sobre las fajas de césped y los pequeños espacios con flores, brotaba la rocalla. Siguió pensando, y de una lejanía increíble le llegó una resonancia; percibió el flotar de unas notas, una canción, una melodía humana, y tembló ante el doloroso placer del reconocimiento. Escuchó los sonidos, y vio a un hombre, a un adolescente, totalmente envuelto en ellos, que se cernía en el soleado cielo a través del aire. Cien recuerdos sepultados se agitaron y comenzaron a brotar y a crecer. Vio un rostro humano de ojos oscuros, y los ojos le preguntaban apremiantes: «¿No quieres expresar un deseo?»

Y entonces formuló un deseo, un deseo silencioso. Y mientras lo hacía, la abandonó aquel tormento de verse constreñida a recordar cosas tan remotas y ya desaparecidas, y se alejó de ella todo lo que la había afligido. Montaña y país se hundieron, y donde había estado Faldum, se agitó ancho y tumultuoso el mar infinito. Y encima, el sol y las estrellas siguieron su curso.

Iris

En la primavera de su infancia, Anselmo correteaba por el verde jardín. Una flor entre las flores que su madre.. cultivaba y que había recibido el nombre de lirio, le era particularmente grata. Arrimaba sus mejillas a sus hojas altas, de color verde claro, apretaba con cuidado los dedos contra las puntas agudas, y miraba largamente en su interior aspirando su floración grande y maravillosa. Había allí largas ringleras de dedos amarillos que brotaban desde el pálido fondo azulado de la flor: entre las mismas se alejaba una vereda luminosa que, bajando por el cáliz, se adentraba en el remoto misterio azul de la flor. Anselmo la quería mucho, pasaba largo tiempo mirándola por dentro y contemplaba los delicados órganos amarillos que le parecían de oro como el cerco de un jardín real, o como una doble avenida de bellos árboles de ensueño a los que ningún viento movía y entre los que corría límpido, veteado por animadas arterias de suaves transparencias, el secreto camino que llevaba a su interior. Era prodigioso ver cómo se dilataba la bóveda, hacia atrás, el camino infinitamente profundo se perdía, entre árboles dorados, en abismos inconcebibles. Sobre él se curvaba la bóveda violeta con gesto soberano y arrojaba una tenue sombra encantada sobre la maravilla inmóvil y a la espera. Anselmo sabía que ésa era la boca de la flor, que tras la magnificencia de esa planta amarilla, tras su garganta azul, moraban el corazón y los pensamientos de la flor. Y que por aquel hermoso, claro, transparente camino estriado entraban y salían su aliento y sus sueños.

Y al lado de la flor grande existían otras más pequeñas, no abiertas aún. Sostenidas por pedúnculos firmes y jugosos, dentro de un pequeño cáliz de una piel verde pardusca, emergería de ellas la flor recién nacida, tranquila y vigorosa, sólidamente envuelta en lila y verdeclaro. De sus finos picos asomaba, enrollado con suave tirantez, un flamante e intenso violeta. También en estos pétalos nuevos, todavía firmemente enrollados, había vetas y centenares de dibujos para observar.

Por las mañanas, cuando Anselmo salía de casa, del sueño y el ensueño, y regresaba a su extraño mundo, allí estaba el jardín, siempre nuevo, aguardándolo como de costumbre. Y donde ayer contemplara con detenimiento un duro botón azul densamente enrollado, ahora, bajo su verde cubierta, tenue y azul como el aire, un tierno pétalo pendía, similar a una lengua y a unos labios, buscando a tientas la forma y la convexidad largo tiempo soñadas; y en la parte interior, donde proseguía la lucha silenciosa con la envoltura, se adivinaban, ya dispuestos, las finas florescencias amarillas, los claros caminos veteados y las remotas y perfumadas cimas del alma. Tal vez al mediodía, tal vez por la noche, el botón se abriría, desplegaría su abovedada tienda de campaña de seda azul sobre el dorado bosque de sueños, y sus primeros ensueños, pensamientos y canciones surgirían apacibles, alentados por el impulso de aquel abismo mágico.

Llegó un día en que, de entre la hierba, no brotaron más que campanillas azules. Llegó un día en que, de pronto, hubo una resonancia nueva, un perfume nuevo en el jardín: sobre el follaje rojizo y asoleado pendía, blanda y bermeja, la primera rosa de té. Llegó el día en que desaparecieron los lirios. Se habían ido; ningún sendero entre cercos dorados bajaba ya suavemente al fragante misterio; era extraño encontrar esas hojas rígidas, frescas y terminadas en pico. Pero había bayas maduras en los matorrales, y encima de los narcisos revoloteaban, libre y juguetonamente, nuevas e inexplicables mariposas de color pardo rojizo y dorso nacarado, así como esfinges zumbadoras de alas cristalinas. Anselmo hablaba con las mariposas y con los guijarros; tenía por amigos al escarabajo y a la lagartija; los pájaros le contaban historias de pájaros; los helechos le dejaban ver sus pardas y concentradas semillas escondidas bajo la cubierta de las gigantescas hojas; trozos de vidrio verde y cristalino apresaban para él los rayos

del sol y se convertían en palacios, jardines y centelleantes cámaras de tesoros. Los lirios se habían ido, pero en cambio florecían las capuchinas; si las rosas de té se marchitaban, maduraban las moras; todas las cosas se desplazaban, aparecían, duraban, se desvanecían y a su tiempo volvían a aparecer; inclusive esos días temibles y caprichosos, cuando el viento frío alborotaba entre los abetos y el follaje marchito crujía macilento y agónico en todo el jardín, traían también consigo una canción, una experiencia, una historia, hasta que todo nuevamente declinaba; la nieve caía ante las ventanas y bosques de palmeras crecían junto a los vidrios; ángeles con campanas de plata volaban en la noche; el zaguán y el desván olían a frutas desecadas. Jamás se extinguían la amistad ni la confianza en aquel universo de bondad. Y si en alguna ocasión, de repente, brillaban las campanillas blancas entre las negras hojas de la hiedra y volaban los primeros pájaros por las alturas nuevamente azules, era como si todo hubiera sido siempre así. Hasta que otro día, inesperadamente, pero siempre en el instante preciso y deseado, volvía a mirar la primera yema azulada desde uno de los tallos del lirio.

Todo era lindo para Anselmo, todas las cosas eran familiares y amistosas, a todas les daba la bienvenida; pero el momento supremo del milagro y la gracia era, para el muchacho, cada año, el del primer lirio. En su cáliz —una vez, en sus sueños infantiles más tempranos— había leído por primera vez en el libro de las maravillas; su aroma y su azul ondulado y múltiple habían significado para él llamada y clave de la Creación. Así lo acompañó el lirio a través de todos sus años de inocencia, renovándose cada verano y haciéndose más enigmático y conmovedor. También otras flores tenían boca, también de otras flores emanaban fragancia y pensamientos, y otras atraían asimismo abejas y escarabajos a sus pequeñas y dulces cámaras. Pero el lirio azul era la flor más importante para el muchacho y aquella a la que amaba más entre todas: se convirtió en símbolo y ejemplo de todo lo prodigioso y digno de reflexión. Cuando miraba dentro de su cáliz y seguía mentalmente absorto aquel diáfano sendero de ensueño por entre los extraños cogollos amarillos hasta la crepuscular intimidad de la flor, entonces su alma veía en ese pórtico en el que la apariencia se convierte en enigma y la visión en presentimiento. Algunas veces, de noche, soñaba con ese cáliz, lo veía enormemente grande y abierto ante él, como la puerta abierta de un palacio celestial; ingresaba a caballo o volando en un cisne; y con él volaba y montaba y se deslizaba sin ruido el mundo entero, atraído por arte de magia hacia la hermosa garganta, hacia abajo, donde la espera debía cumplirse y el presentimiento volverse verdad.

Todo fenómeno sobre la tierra es un símbolo, y todo símbolo es una puerta abierta, por la que el alma, si está preparada, puede entrar en la intimidad del mundo, donde el tú y el yo, el día y la noche, son uno. Ante cada hombre, alguna vez en su vida, aparece la puerta abierta en el camino; en cada hombre aletea en una ocasión la idea de que todos los objetos visibles son símbolos y de que, tras cada símbolo, habitan el espíritu y la vida eterna. Pocos pasan, es cierto, por esa puerta y renuncian a las bellas apariencias a cambio de la presentida realidad de lo íntimo.

Así, el muchacho Anselmo creía que el cáliz de su flor era como una pregunta abierta y silenciosa que, en medio de vislumbres borboteantes, instaba a su alma a dar una respuesta feliz. Después volvía a tironear de él la deliciosa multiplicidad de las cosas: hablaba y jugaba con la hierba y con las piedras, raíces, arbustos, bichos y todas las amistades de su mundo. A menudo se sumía en profundas meditaciones respecto de sí mismo; sentado, examinaba las peculiaridades de su cuerpo; sentía con los Ojos cerrados al tragar, cuando cantaba o respiraba, extraños movimientos, sensaciones y percepciones en la boca y en el cuello; sentía también que allí estaban el camino y la puerta por los que un alma puede llegar a otra; observaba con admiración las significativas figuras coloreadas que se le aparecían con frecuencia desde la purpúrea oscuridad de sus ojos cerrados; manchas y semicírculos de azul y rojo subido, con claras líneas cristalinas entrelazadas. Muchas veces advertía Anselmo, con una emoción entre regocijada y temerosa, las conexiones múltiples y sutiles entre ojo y oído, olfato y tacto; durante bellos y fugaces instantes percibía sonidos, acentos, letras vinculadas entre sí y similares al rojo y al azul, a lo duro y a lo blando; o se admiraba al oler una planta o un trozo de verde corteza arrancada, o de lo extrañamente próximos que están el olfato y el gusto, y cuán a menudo uno se cambia en otro o se convierten en algo único.

Todos los niños tienen esa sensibilidad, si bien no todos la desarrollan con la misma fuerza y sutil en muchos de ellos pronto desaparece, aun antes de haber aprendido las primeras letras, como si nunca la hubiesen tenido. En otros subsiste largo tiempo ese misterio de la infancia; y llegan a conservar para

sí un resto y eco de él hasta la época de los cabellos blancos y los fatigados días postreros. Todos los niños, en tanto que están en el secreto, se ocupan de continuo y con toda el alma del único asunto importante, vale decir, de sí mismos y de las enigmáticas conexiones existentes entre su propia persona y el mundo circundante.

Buscadores de la verdad y sabios retornan con los años de madurez a estas ocupaciones, pero la mayor parte de los hombres olvidan y abandonan desde temprano este mundo interior de lo verdaderamente trascendental y vagan a lo largo de su existencia por los laberintos confusos de las preocupaciones, los deseos y los objetivos, ninguno de los cuales vive en lo íntimo ni los volverá a conducir a su intimidad y a su morada.

Los veranos y otoños de la infancia de Anselmo llegaban suavemente y se marchaban sin ser oídos; una y otra vez florecían y se marchitaban las campanillas blancas, las violetas, los alelíos amarillos, las siemprevivas, rosas y lirios, hermosos y abundantes como siempre. Convivía con ellos; la flor y el pájaro le hablaban; el árbol y la fuente lo escuchaban; llevó consigo, según la vieja costumbre, las primeras letras escritas en su cuaderno, los primeros disgustos con sus amiguitos, el jardín, su madre, el arriate adornado de coloridas piedras.

Pero una vez llegó cierta primavera que no olía ni sonaba como las anteriores; el mirlo cantaba, pero no la vieja canción; se abrió el lirio azul, y por el sendero de su cáliz, flanqueado con cercos de oro, no entraban ni salían ensueños ni historias legendarias. Reían las frutillas escondidas en su verde sombra; las mariposas revoloteaban brillantes sobre las altas umbelas; pero ya no era como antes y otras cosas empezaban a interesar al muchacho, que ahora discutía mucho con su madre. Él mismo no sabía qué le pasaba ni la razón de su sufrimiento, ni la causa de aquellos disgustos continuos. Únicamente veía que el mundo había cambiado, que las amistades de otrora se alejaban y lo dejaban solo.

Así transcurrió un año, y otro; Anselmo ya no era un niño. Los variados guijarros que rodeaban el arriate se habían vuelto fastidiosos, y las flores estúpidas; guardaba los escarabajos clavados con alfileres en una caja; su alma había iniciado el largo y duro rodeo, y los antiguos amigos se habían secado y agostado.

Impetuosamente irrumpió el joven en la vida, que sólo ahora creía que comenzaba. Borracho y olvidado quedó el mundo de las alegorías; nuevos deseos y caminos le atraían. Aún permanecía suspendida de él la niñez como una fragancia en la mirada azul y en el cabello suave, pero no le agradaba que le recordasen esos años. De esta manera se hizo cortar el pelo al rape y puso en la mirada tanta audacia y experiencia como le fue posible. Se precipitó con veleidad a través de aquellos inquietos años de espera, ora como buen estudiante y amigo, ora solitario y huraño, unas veces enfrascado en los libros, hasta por las noches, otras indómito y estrepitoso en las primeras orgías juveniles. Tuvo que abandonar su patria y sólo volvió a verla raras veces en cortas visitas, cuando, transformado, alto y bien vestido, visitaba a su madre. Traía consigo amigos, libros, siempre diferentes los unos y los otros, y cuando cruzaba el viejo jardín, éste parecía pequeño y callaba ante su mirar distraído. Nunca más volvió a leer historias en las vetas coloreadas de las piedras y las hojas, no volvió a ver jamás a Dios y a la eternidad habitando en el misterio floral del iris azul.

Anselmo fue colegial, fue estudiante; volvió a la ciudad natal con una gorra roja, luego con otra amarilla, con bozo encima de los labios y luego con barba incipiente. Trajo libros en idiomas extranjeros; una vez un perro; y en una cartera de cuero que guardaba junto al pecho llevaba poesías reservadas, o copias que contenían una sabiduría muy antigua, o retratos y cartas de lindas muchachas. Regresó de nuevo; había estado lejos en tierras extranjeras y había estado embarcado en grandes buques surcando los mares. Y otra vez regresó. Ya era un joven sabio, traía sombrero negro y guantes oscuros; y sus antiguos vecinos se quitaban el sombrero para saludarlo y le daban el nombre de profesor, aunque todavía no lo era. Vino otra vez, y esbelto y grave en su traje negro, caminó tras el lento carruaje que llevaba a su madre anciana, yacente en un ataúd engalanado. Después volvió en muy contadas ocasiones.

En la gran ciudad, donde ahora Anselmo enseñaba a los estudiantes y era considerado como un prestigioso erudito, se paseaba, se sentaba o se ponía de pie igual que tantos otros individuos en el mundo, con su elegante traje y su sombrero, serio o afable, con la mirada viva —a veces un tanto fatigada y era todo un señor, un investigador, tal como lo había deseado. Ahora le pasaba algo similar

a lo que le había pasado al término de su infancia. Notaba los muchos años que habían ido deslizándose a lo largo de su vida, y se hallaba extrañamente solo e insatisfecho en medio de aquel mundo al que siempre aspirara. No constituía realmente una felicidad ser un señor profesor, no había verdadero placer en ser saludado respetuosamente por burgueses y por estudiantes. Todo aquello estaba como marchita y cubierto de polvo y la felicidad yacía de nuevo lejos, en el futuro, y el camino hacia ella parecía sofocante, polvoriento y vulgar.

En aquella época Anselmo frecuentaba la casa de un amigo suyo, atraído por su hermana. Ya no corría fácilmente detrás de un lindo rostro —también en esto había cambiado—, y sentía que la felicidad tendría que venir hacia él de una manera particular, que no podía estar guardada tras cada ventana. La hermana de su amigo le agradaba mucho, y a menudo creía tener conciencia de que realmente la amaba. Pero ella era una joven singular: cada paso y cada palabra suya estaban coloreados y acunados de un modo propio, y no siempre resultaba fácil ir con ella y acompañarla al mismo paso. Cuando Anselmo se paseaba a veces por las noches de un lado a otro en la soledad de su habitación, y escuchaba pensativo sus propios pasos en el cuarto, entonces luchaba consigo mismo a causa de su amiga. Ésta tenía más años de los que él hubiera deseado para su mujer; era muy especial, y resultaba difícil vivir a su lado y que ella le siguiese en su ambición de erudito, pues no quería oír hablar de esas cosas. Tampoco era muy fuerte ni gozaba de buena salud, y por ello difícilmente podría soportar la vida social de reuniones y fiestas. Ella prefería vivir entre flores y música y tal vez con algún libro, en una soledad callada; esperaba que alguien llegara hasta ella y dejaba que el mundo siguiese su marcha. Era tan tierna y sensible, que muchas veces lo extraño le producía dolor y rompía en llanto con facilidad, después de lo cual irradiaba serenidad y delicadeza dentro de su felicidad solitaria. Y quien presenciaba todo esto, sentía lo difícil que sería dar algo a aquella hermosa y extraña mujer, y que ese algo fuera importante para ella. En ocasiones creía Anselmo que ella lo amaba; otras veces le parecía que no amaba a nadie, que simplemente era tierna y afectuosa con todos, y que no ansiaba del mundo más que vivir en paz y que la dejaran tranquila. Pero él pretendía otras cosas de la existencia, y de tener una esposa, soñaba con una casa donde hubiera vida, sucesos, hospitalidad.

«Iris», le decía, «querida Iris, ¡si el mundo estuviera organizado de otro modo! Si no existiese en absoluto nada más que tu bello y tierno mundo de flores, pensamientos y música, entonces yo no desearía más que pasar toda la vida a tu lado, escuchar tus relatos y participar en tus pensamientos. Ya de por sí tu nombre me hace bien; Iris es un nombre maravilloso, y no sé qué me recuerda.»

«Pero tú sabes», dijo ella, «que los lirios azules y amarillos se llaman así.»

«Sí», —exclamó él con una sensación opresiva, «lo sé, y ya esa relación es muy hermosa. Pero siempre que pronuncio tu nombre, quiere recordarme, además, alguna otra cosa, no sé cuál, como si estuviera ligado a recuerdos muy profundos, remotos e importantes, y sin embargo no sé ni caigo en la cuenta de cuáles pueden ser.»

Iris le sonrió, mientras él, perplejo, estaba ante ella y se pasaba la mano por la frente.

«A mí me sucede eso cada vez que huelo una flor», dijo ella con su ligera voz de ave. «Entonces mi corazón cree siempre que el aroma está vinculado a la memoria de algo sumamente preciado y hermoso, que hace mucho tiempo fue mío y que perdí. Con la música me ocurre también lo mismo, y a veces también con la poesía... De pronto algo centellea, y por un instante es como si uno divisara abajo, en el valle, a sus pies, una patria perdida; luego, súbitamente, vuelve a desaparecer, volvemos a olvidar. Querido Anselmo, pienso que ése es el sentido de nuestra presencia en la tierra, esa meditación y búsqueda, ese escuchar de lejanas melodías perdidas; tras ellas se extiende nuestra verdadera patria.»

«¡Qué hermoso es eso que acabas de decir», la halagó Anselmo, al tiempo que sentía en su pecho una conmoción casi dolorosa, como si una brújula allí oculta señalara su remoto destino irremisible. Pero aquel destino era totalmente distinto del que había querido dar a su existencia, y eso dolía. ¿Era digno de él perder el tiempo de su vida en ensueños ocultos detrás de bonitos cuentos de hadas?

Llegó luego un día en que, habiendo regresado Anselmo de un viaje solitario, se sintió tan fría y abrumadoramente recibido por su desnuda habitación de erudito, que corrió a casa de su amigo, dispuesto a solicitar la mano de la hermosa Iris.

«Iris», le dijo, «no puedo seguir viviendo así. Siempre has sido mi buena amiga y debo confesártelo todo. Necesito una esposa, de lo contrario tendría la sensación de llevar una vida vacía y sin sentido.»

¿Y a quién debo desear por esposa, sino a ti, mi amada flor? ¿Quieres, Iris? Tendrás flores, tantas como pueda haber; tendrás el más bello jardín. ¿Quieres venir a mi casa?»

Iris lo miró larga y serenamente a los ojos; no sonrió ni se ruborizó. Su voz fue firme al contestarle:

«Anselmo, tu pregunta no me ha extrañado. Te quiero, aunque nunca he pensado en convertirme en tu mujer. Pero, querido amigo, exijo mucho del que haya de ser mi marido; exijo mucho más que la mayoría de las mujeres. Me has ofrecido flores, y tu intención es buena. Pero yo puedo vivir sin flores y también sin música; podría prescindir de éstas y de muchas otras cosas si fuera necesario. Sin embargo, hay una cosa de la que no puedo ni quiero prescindir; tampoco podría vivir un solo día sin ella, pues la música de mi corazón es lo esencial para mí. Si he de convivir con un hombre, debe ser con uno cuya música interior armonice perfecta y delicadamente con la mía; su única aspiración debe consistir en que su propia música sea pura y suene de acuerdo con la mía. ¿Eres capaz de hacerlo, amigo mío.» Con ello probablemente no te harás muy célebre ni obtendrás honores; tu casa estará silenciosa y las arrugas de tu frente, que conozco hace varios años, habrán desaparecido. ¡Ay Anselmo, esto no marchará. Mira, tú eres de tal condición que nuevas arrugas vendrán constantemente a surcar tu frente y te crearás continuamente nuevas preocupaciones; amas, sin duda, lo que yo pienso y soy y lo encuentras atractivo, pero para ti, como para los demás, se trata apenas de un juguete delicado. ¡Oh, escúchame bien! Todo esto que representa para ti un juguete, es para mí la vida misma y también debería serlo para ti; y todo a lo que tú te dedicas con esfuerzo y con cuidado, es para mí un juguete y, según mi juicio, no es digno de que uno viva para ello. Yo ya no cambiaré, Anselmo, porque vivo de acuerdo a una ley que está dentro de mí. ¿Podrías tú convertirte en otro? Porque sólo de ese modo podría yo transformarme en tu mujer.»

Anselmo guardó silencio, sorprendido por la voluntad de aquélla que él había juzgado débil y juguetera. Callaba y en la excitada mano estrujaba una flor que había tomado de la mesa.

Iris le quitó suavemente la flor de la mano esto le llegó al corazón como un serio reproche y luego, de improviso, sonrió luminosa y afectuosamente, como si del modo más inesperado hubiera encontrado un camino en medio de la oscuridad.

«Tengo una idea», dijo a media voz, y se sonrojó al decirlo. «La hallarás rara, te parecerá un capricho. Pero no lo es. ¿Quieres escucharla? ¿Podrás admitirla como algo decisivo entre nosotros?»

Sin comprender, Anselmo miraba a su amiga con la preocupación reflejada en el pálido semblante. La sonrisa de ella lo subyugó de tal manera que cobró confianza y asintió.

«Quisiera proponerte una prueba», dijo Iris, y enseguida volvió a ponerse muy seria.

«Hazlo, estás en tu derecho», se sometió su amigo.

«Se trata de algo serio para mí», dijo ella, «de mi última palabra. ¿Querrás tomar esto como cosa que me brota del alma, sin regatear, aunque no lo comprendas en un primer momento?»

Anselmo lo prometió. Entonces ella, mientras se levantaba y le daba la mano, dijo:

«Muchas veces me has dicho que al pronunciar mi nombre invariablemente evocabas alguna cosa olvidada que fue importante y sagrada para ti hace mucho tiempo. Ésta es una señal, Anselmo, y la misma ha hecho que te sintieras atraído hacia mí todo estos años. También yo creo que en el fondo de tu alma has perdido y olvidado algo importante y sacro, que tiene que volver a despertar para que puedas hallar la felicidad y alcanzar lo que te ha sido destinado. ¡Vete con Dios, Anselmo! Te doy mi mano y te ruego que partas y trates de recuperar en tu memoria eso que mi nombre te evoca. El día que lo hayas vuelto a encontrar, me iré contigo, como tu mujer, a donde quieras y no tendré otros deseos que los tuyos.»

Estupefacto y confuso, intentó Anselmo replicarle y considerar como un capricho esa demanda; pero ella le recordó su promesa con una mirada terminante de advertencia, y él se calló. Col, los ojos bajos tomó la mano de ella, se la llevó a sus labios y se marchó.

Muchos problemas había tenido que enfrentar en su vida, muchos los había solucionado; pero ninguno había sido extraño, de tanto peso y a la vez tan descorazonador como aquél. Días y días se los pasaba dando vueltas y pensando en él hasta el cansancio, y siempre llegaba un momento en que, desesperado y furioso, calificaba de maniático capricho de mujer todo ese asunto y lo alejaba de su mente. Pero más tarde, algo muy hondo en su interior le decía que no; era como un dolor muy sutil u

oculto, una advertencia suavísima y apenas perceptible... Aquella delicada voz, que surgía de su propio corazón, le daba la razón a Iris y hacía la misma recomendación que ella.

Pero aquel problema era demasiado difícil para el sabio. Debía acordarse de algo olvidado mucho tiempo atrás; de entre la telaraña de los años sumergidos, debía recuperar una hebra dorada y única; debía apresar con sus manos alguna cosa y ofrecerla a su amada, fuera un apagado trino de pájaro, un dejo placentero o triste al escuchar una melodía, algo acaso más sutil, efímero e incorpóreo que una idea, más vano que el sueño de una noche, más incierto que la niebla de la mañana.

En muchas ocasiones, cuando, desanimado, había apartado de su mente todo eso y lo había abandonado de malhumor, al poco tiempo y de improviso llegaba a él una especie de soplo, como un aliento de jardines remotos: murmuraba entonces para sí el nombre de «Iris» diez y más veces, en voz baja y juguetonamente, como quien busca un tono en una cuerda tensa. «Iris», susurraba, «Iris»... y sentía un dolor sutil, como algo que se moviera en su interior, al igual que cuando en una casa vieja y abandonada se abre una puerta o rechina un postigo sin que se sepa la causa. Buceaba en sus recuerdos, que creía tener bien ordenados, y realizaba descubrimientos tan asombrosos como desconcertantes. Su riqueza de recuerdos era infinitamente menor de lo que se había figurado. Cuando intentaba evocarlos, le faltaban años enteros que quedaban vacíos igual que páginas en blanco. Encontró que le costaba gran esfuerzo volver a representarse con claridad la imagen de su madre. Había olvidado totalmente cómo se llamaba una muchacha a la que, en su juventud, había perseguido con ardientes peticiones de mano. Se acordó sí de un perro que había comprado por capricho hacía mucho, cuando estudiante, y que lo había acompañado una larga temporada, pero necesitó días para volver a recordar el nombre del perro.

Dolorido, el pobre hombre fue observando con creciente tristeza y angustia, qué pérdida y vacía quedaba detrás de él su vida pasada, ajena y sin relación con su propia persona, a la manera de algo que se ha aprendido de memoria en otro tiempo y de lo cual se consiguen reconstruir con mucho esfuerzo ciertos fragmentos solitarios. Empezó a escribir; quería fijar por escrito sus vivencias más importantes, año por año, para tenerlas así otra vez bajo su dominio. Pero, ¿dónde estaban sus vivencias principales? ¿Que había llegado a ser profesor? ¿Que una vez hizo el doctorado, que fue colegial, estudiante universitario? ¿O que en tiempos pasados le había gustado esta o aquella muchacha por una temporada? Aterrado alzaba la vista. ¿Era esto la vida? ¿Eso era todo? Y se golpeaba la frente y reía con violencia.

Entretanto, el tiempo corría, ¡jamás había corrido tan rápida e inexorablemente! Transcurrió un año, y le parecía que se hallaba todavía en el mismo punto que cuando se alejara de Iris. Sin embargo, en ese lapso había cambiado mucho, cosa de la que todo el mundo, excepto él, se daba cuenta. Había envejecido tanto como había rejuvenecido. Para sus conocidos se convirtió casi en un extraño; se lo hallaba distraído, voluble, raro; cobró fama de persona extravagante. Era una lástima... pero había estado soltero demasiado tiempo. Llegó a ocurrir que se olvidara de sus obligaciones y que sus alumnos lo aguardaran en vano. A veces, sumido en cavilaciones, se deslizaba por las calles arrimado a las casas, y con el abrigo desastrado iba rozando las molduras y quitándoles el polvo. Algunos creían que había empezado a beber. Otras veces, empero, se detenía en medio de una disertación, ante sus discípulos, intentaba acordarse de algo, sonreía de un modo infantil y cordial que nadie le había conocido antes, y continuaba con un acento cálido y emocionado que a muchos les tocaba el corazón.

El mucho tiempo de desesperada correría en pos de los perfumes y las borradas huellas de los años lejanos, le había otorgado un nuevo sentido, del que él mismo, no obstante, no se daba cuenta. Tenía la impresión, cada vez más frecuente, de que tras aquello que él había denominado sus recuerdos, existían otros recuerdos, lo mismo que en una pared con pinturas antiguas yacen, a veces debajo de las viejas imágenes, otras más antiguas todavía, que duermen ocultas por la más reciente. Quería traer a la memoria cualquier cosa, acaso el nombre de una ciudad en la que había pasado algunos días durante sus viajes, o la fecha del cumpleaños de un amigo, o cualquier otra cosa; mientras escarbaba y desenterraba, como si fueran escombros, un pequeño trozo del pasado, se le aparecía de improviso algo completamente distinto a lo que buscaba. Lo sorprendía como un hálito, como el viento de una mañana de abril, o como un día nebuloso de setiembre; olía su perfume, gustaba su sabor, experimentaba oscuras y delicadas sensaciones en alguna parte, en la piel, en los ojos, en el corazón. Y lentamente empezó

a comprender: tuvo que haber existido un día azul, cálido o frío, gris o comoquiera que fuese, y la esencia de ese día tuvo que haber penetrado en él, y luego haberse adherido a modo de un oscuro recuerdo. En el pasado real no podía reencontrar ese día de primavera o de invierno que él olía y sentía nítidamente; faltaban nombres y cifras para ello; tal vez había sido en su época de estudiante, tal vez mucho antes, en la cuna; pero el aroma estaba allí, y él sentía vivir dentro de sí algo cuya naturaleza ignoraba y que no podía nombrar ni definir. A veces le parecía que aquellos recuerdos bien podían trascender desde el pretérito de una existencia anterior a la suya, aunque la ocurrencia le provocaba risa.

Muchas cosas encontró Anselmo en su peregrinaje desorientado a través de los abismos de la memoria. Muchas cosas encontró que lo enternecieron y conmovieron, y muchas que le produjeron angustia y terror; pero lo que no encontró fue eso que el nombre «Iris» significaba para él.

En una ocasión volvió a visitar, en el tormento de su búsqueda impotente, la vieja patria. Volvió a ver sus bosques y calles, sus senderos y vallados, estuvo en el jardín de su niñez y sintió una agitación de olas en su corazón. El pasado lo envolvió como un sueño. Triste y silencioso regresó de ese lugar. Hizo correr la voz de que estaba enfermo y despidió a quienes se interesaban por su estado.

Uno, sin embargo, llegó hasta él. Era su amigo, al que no había vuelto a ver desde su petición de mano a Iris. Llegó y vio a Anselmo desaseado, sentado en su melancólica reclusión.

«Levántate», le dijo, «y ven conmigo. Iris quiere verte.»

«¿Iris? ¿Qué le ocurre?... ¡Oh, ya lo se, ya lo sé!»

«Sí», dijo el amigo «ven conmigo. Va a morir, está enferma desde hace mucho tiempo.»

Fueron a casa de Iris, quien, ligera y delgada como un niño, yacía en su lecho y sonreía luminosamente, con los ojos agrandados. Dio a Anselmo su leve y blanca mano de niño, que quedó como una flor en la de él, y su rostro estaba como iluminado.

«Anselmo», dijo. «¿Estás enojado conmigo? Te he impuesto una tarea difícil y veo que has permanecido fiel a ella. ¡Sigue buscando y ve por ese camino hasta que llegues a la meta! Creías seguirlo por mi causa, pero vas en él por tu propia causa. ¿Lo sabías?»

«Lo presentía», dijo Anselmo, «y ahora lo sé. Es un largo camino, Iris, y habría retrocedido hace mucho tiempo, pero no encuentro el camino de vuelta. No sé qué va a ser de mí.»

Ella miró sus ojos tristes y sonrió con una sonrisa luminosa y consoladora; él se inclinó sobre su fina mano y lloró largo tiempo, de manera que la mano quedó humedecida por sus lágrimas.

«Lo que vaya a ser de ti», dijo ella con una voz que parecía la evocación de un recuerdo, «lo que vaya a ser de ti, no necesitas preguntarlo. Has buscado muchas cosas en tu vida. Has buscado honores, y la felicidad, y la sabiduría, y me has buscado a mí, a tu pequeña Iris. Todas han sido lindas imágenes, y te abandonaron, lo mismo que yo tengo que abandonarte ahora. Igual me sucedió a mí. Siempre he buscado, y siempre se trataba de imágenes bonitas y placenteras, pero siempre continuamente fueron decayendo y marchitándose. Ahora no sé de ninguna imagen, no busco nada más; he regresado y sólo me falta dar un paso pequeño para estar ya en mi casa. También tú llegarás allí, Anselmo, y entonces no habrá más arrugas en tu frente.»

Estaba tan pálida que Anselmo, desesperado, exclamó: «¡Oh, espera todavía, Iris, no te marches aún! ¡Déjame una señal de que no te perderás para mí definitivamente!»

Ella asintió con la cabeza, y de un vaso que tenía al lado, tomó un lirio azul recién florecido y se lo dio.

«Ten mi flor, el iris, y no me olvides. Búscame, busca el iris, y después vendrás a mi casa.»

Llorando tomó Anselmo la flor en sus manos y llorando se despidió. Y habiéndole más tarde enviado su amigo un aviso, regresó a la casa y ayudó a adornar con flores el ataúd de Iris y a darle sepultura.

Después, su vida se derrumbó; no le parecía posible seguir hilando aquella hebra. Lo dejó todo, abandonó la ciudad y el cargo, y se perdió por el mundo. Fue visto aquí y allá; un día apareció en su tierra y se apoyó en el cercado del viejo jardín; pero cuando la gente llegó para hacerle preguntas y recibirlo, se volvió a marchar y desapareció.

Perduró su amor a los lirios. A menudo se inclinaba sobre alguno, y entonces ella se le hacía siempre visible, y cuando hundía largo tiempo su mirada en la corola, le parecía que desde las azuladas profundidades ascendían hasta él el aroma y el presentimiento de todo lo pasado y de lo venidero, hasta

que proseguía triste su camino, porque la consumación no llegaba. Era como si escuchase junto a una puerta que se hubiera quedado entreabierta y percibiese tras ella el aliento del secreto más encantador, y precisamente cuando creía que todo iba a dársele y cumplírsele en ese momento, la puerta se cerraba de golpe y el viento del mundo azotaba fríamente su soledad.

En sus sueños le hablaba su madre, cuya figura y rostro veía ahora tan claros y próximos como nunca en tantos largos años. Iris también le hablaba, de modo que cuando despertaba permanecía el sonido de sus palabras, y en ello se detenía a pensar toda la jornada. No tenía residencia fija; recorría, desconocido, los países; dormía en casas, dormía en bosques; comía pan o comía bayas; bebía vino o bebía el rocío de las hojas de los matorrales. De nada se daba cuenta. Para unos, era un loco; para otros, un mago. Muchos le temían, muchos se reían de él, muchos lo amaban. Aprendió a estar entre niños, cosa que nunca había sabido, y a participar en sus extraños Juegos, a dialogar con una rama desgajada y con una piedrecita. Inviernos y veranos desfilaron por delante de él; miraba dentro de las corolas de las flores, en los arroyos y los lagos.

«Alegorías», se decía de vez en cuando, «todo es alegoría.»

Pero en su interior sentía un ser que no era alegoría y detrás del cual iba; ese ser le hablaba en ocasiones y su voz era la de Iris y la de su madre, y le traía consuelo y esperanza.

Le sucedían cosas asombrosas y no lo asombraban. Así, una vez, en invierno, caminaba por tierras cubiertas de nieve, y en su barba se había formado hielo. Y en la nieve se erguía, puntiagudo y esbelto, un tallo de iris, del que había brotado una hermosa flor única. Se inclinó hacia ella y sonrió, pues entonces cayó en la cuenta de aquello que el nombre Iris le sugería incesantemente. Recordó su sueño de la infancia, y vio, entre varas de oro, la estriada ruta azul claro luminosa, que llevaba al misterio y al corazón de la flor; y supo que allí estaba lo que él iba buscando; allí estaba el ser que ya no es más imagen.

Y de nuevo le llegaron advertencias; sueños lo conducían. Fue a parar a una cabaña en la que había niños, y jugó con ellos; le contaron historias; le contaron que en el bosque, cerca de la cabaña de los carboneros, había ocurrido un milagro. Allí podía verse abierto el portal de los espíritus, que sólo se abre cada mil años. Él escuchaba y asentía con la cabeza a la imagen querida. Y prosiguió su camino; delante de él iba cantando un pájaro en la aliseda, un pájaro de voz dulce y extraña, como la voz de la fallecida Iris. Lo siguió; volaba y saltaba más allá, al otro lado del arroyo y hasta pleno bosque.

Cuando el pájaro calló y ya no se lo veía ni oía, Anselmo se detuvo y miró en torno. Se hallaba en un profundo valle del bosque; bajo las verdes y anchas hojas corrían las aguas; todo lo demás estaba silencioso y en actitud de espera. Pero dentro de su pecho seguía cantando el pájaro con la voz amada, lo que le dio deseos de avanzar, hasta encontrarse frente a un muro rocoso en el que crecía el musgo y en cuyo centro se abría una grieta, la cual llevaba, con dificultad y estrechez, al interior de la montaña.

Un anciano, que estaba sentado ante la abertura, se levantó al ver venir a Anselmo, y exclamó:

«¡Atrás, oh mortal, atrás! Ésta es ta puerta de los espíritus. Ninguno de los que entraron aquí ha regresado.»

Anselmo alzó la vista y contempló el portal rocoso; por allí vio perderse en las honduras de la montaña un sendero azul, y a los dos costados se levantaban columnas de oro muy apretadas. El camino se hundía hacia el interior, descendiendo, como dentro del cáliz de una flor enorme.

El pájaro cantó claramente en su pecho, y Anselmo, pasando cerca del guardián, penetró por la hendidura y se adelantó entre las columnas doradas hacia el misterio azul del interior. Era Iris, en cuyo corazón estaba penetrando, y era el lirio del jardín materno, en cuyo cáliz azul entraba como flotando. Y mientras iba silenciosamente al encuentro del crepúsculo de oro, todos los recuerdos y todo el saber concurrieron al mismo tiempo a él; tocó su propia mano y era pequeña y blanda; en su oído sonaron, próximas y familiares, voces de amor; sonaban cálidas, y las doradas columnas resplandecían como en las primaveras de la infancia.

Y también su sueño estaba de nuevo allí, el que había soñado de niño, cuando descendía dentro del cáliz y detrás de él se deslizaba y lo acompañaba el mundo de las imágenes, y él se sumergía en el misterio que yace detrás de todas las imágenes.

Suavemente comenzó a cantar, y su camino suavemente descendía hacia la patria.

Conversación con la Estufa

Está ante mí, corpulenta, panzuda, con las grandes fauces llenas de fuego. Se llama Franklin...

—¿Eres tú Benjamín Franklin?- le pregunté.

—No, sólo Franklin, Francolino. Soy una estufa italiana, una excelente invención. No caliento mucho, pero como invento, como producción de una industria muy desarrollada...

—Sí, ya lo sé. Todas las estufas con nombres hermosos calientan mucho, todas son invenciones excelentes,

algunas son productos gloriosos de la industria, como se demuestra en los prospectos. Yo las aprecio mucho, merecen admiración. Pero dime, Franklin, ¿cómo es que una estufa italiana lleva un nombre americano? ¿No es esto extraño?

—No, esto es un secreto, ¿sabes? Los pueblos cobardes tienen canciones populares en que se ensalza el valor. Los pueblos sin amor tienen obras teatrales en que se glorifica al amor. Así nos sucede también a nosotras, las estufas. Una estufa italiana tiene, la mayoría de las veces, un nombre americano, como una estufa alemana tiene, casi siempre, un nombre griego. Son alemanas y no son mejores que yo en nada, pero se llaman Eureka o Fénix o Despedida de Héctor. Esto despierta grandes recuerdos. Por eso me llamo Franklín. Soy una estufa, pero también podía ser un estadista. Tengo una gran boca, caliento poco, escupo humo por un tubo, tengo un buen nombre y despierto grandes recuerdos. Así soy.

—Es cierto —dije yo-; siento gran admiración por usted. Puesto que es usted una estufa italiana, ¿podrían asarse castañas en usted, verdad?

—Ciertamente que sí; cualquiera es libre de hacerlo. Es un pasatiempo que a muchos agrada. Otros hacen versos o juegan al ajedrez. Es cierto que se pueden asar castañas en mí. Es verdad que se queman y no hay quien las coma, pero en eso reside el pasatiempo. Los hombres no aman nada tanto como los pasatiempos, y yo soy una obra humana y debo servir al hombre. Cumplimos con nuestro deber, con nuestro sencillo deber; somos monumentos, ni más ni menos.

—¿Monumentos, dice usted? ¿Se consideran ustedes monumentos?

—Todos nosotros somos monumentos. Nosotros, los productos de la industria, somos monumentos de una cualidad que escasea en la Naturaleza y sólo se encuentra en elevada perfección en los hombres.

—¿Qué cualidad es esa, señor Franklin?

—El sentido de lo poco práctico. Yo soy, como muchos de mis semejantes, un monumento de ese sentido. Me llamo Franklin, soy una estufa, tengo una boca grande que devora la madera, y un gran tubo por el que el calor encuentra el camino más rápido para salir al exterior. Tengo, también, lo que no carece de importancia adornos, leones y otras cosas, y tengo algunas llaves que se pueden abrir y cerrar, lo cual causa mucho placer. Esto también sirve de pasatiempo, igual que las llaves de una flauta que el músico puede abrir o cerrar a discreción. —Esto le da la ilusión de que hace algo simbólico, y así es, en efecto.

—Me maravilla usted, Franklin. Es usted la estufa más juiciosa que he visto hasta ahora. Pero acláreme esto ¿Es usted una estufa en realidad o un monumento?

—¡Cuánta pregunta! Ya sabe usted que el hombre es el único ser que da un sentido a las cosas. El hombre es así; yo estoy a su servicio, soy su obra, me limito a señalar los hechos. El hombre es idealista, es un pensador. Para los animales, un roble es un roble, una montaña es una montaña, el viento es viento, y no un hijo del Cielo. Pero para los hombres todo es divino, todo es profundo, todo

es simbólico. Todo significa algo enteramente distinto de lo que es. El ser y el parecer están en litigio. La cosa es una antigua invención, creo que se remonta a Platón. Una muerte es una heroicidad, una epidemia es el dedo de Dios, una guerra es una glorificación de Dios, un cáncer de estómago es una evolución. ¿Cómo podría ser una estufa solamente una estufa? No; ella es un símbolo, un monumento, un mensajero. Ciertamente parece ser una estufa, y hasta lo es en algún sentido, pero desde su rostro simple le está sonriendo a usted la antiquísima Esfinge. Ella también es portadora de una idea; también es una voz de lo divino. Por eso se la quiere, por eso se la tributa admiración. Por eso calienta poco y sólo accidentalmente. Por eso se llama Franklin.

La Metamorfosis de Píctor

Apenas había caminado unos pasos por el paraíso cuando Píctor se dio de bruces con un árbol que era hombre y mujer a la vez. Saludó al árbol con deferencia y dijo:

—¿Eres tú el árbol de la vida?

Pero cuando vio que quien se aprestaba a responder era la serpiente en lugar del árbol, dio media vuelta y prosiguió su camino. Era todo ojos: ¡le gustaba todo tanto! Sintió intensamente que se encontraba en la fuente y origen de la vida.

Se topó con otro árbol, que era sol y luna a la vez. Y dijo Píctor:

—¿Eres tú el árbol de la vida?

El sol asintió riendo, la luna asintió sonriendo.

Las flores más maravillosas le miraban, con los colores y reflejos más variados, con los ojos y los rostros más diversos. Algunas asentían riendo, otras asentían sonriendo, otras no asentían ni sonreían: callaban arrobadas, ensimismadas, como en su propio aroma ahogadas. Una cantaba la canción de las lilas, otra la canción de cuna azul marino. Una flor tenía unos inmensos ojos azules, otra le recordó a su primer amor. Una olía al jardín de la infancia, su perfume suave resonaba como la voz de su madre. Otra se burló de él y le sacó la lengua, una lengua muy roja y arqueada. La lamió, tenía un sabor fuerte y silvestre, sabía a resina y a miel, y también a beso de mujer.

Allí estaba Píctor, entre todas las flores, desbordante de nostalgia y de temerosa alegría. Su corazón apesadumbrado latía con fuerza, como si fuera una campana; ardía en deseo por lo desconocido, presintiendo un encantamiento.

Píctor vio un pájaro sentado, lo vio en la hierba posado, y de mil colores pintado; de todos los colores parecía el hermoso pájaro estar dotado. Preguntó al hermoso pájaro multicolor:

—Dime, ¡oh, pajarito! ¿Dónde está la felicidad?

—La felicidad —dijo el hermoso pájaro riendo con su pico de oro—, la felicidad, amigo mío, no hay donde no se halle, en la montaña y en el valle, y se encuentra por un igual en la flor y en el cristal.

Tras estas palabras, el pájaro risueño sacudió su plumaje, estiró el cuello, meneó la cola, guiñó el ojo, volvió a reír, y después permaneció inmóvil, sentado en la hierba y, mira por donde, el pájaro quedó convertido en una flor multicolor, sus plumas transformadas en hojas y sus patas en raíces. Con sus resplandores, y el fulgor de sus colores, era ahora flor entre las flores. Píctor se lo quedó mirando maravillado.

Y justo después, el pájaro-flor sacudió sus hojas y sus hilos de polvo, ya estaba harto del reino de las flores. Dejó de tener raíces, se movió con suavidad, y lentamente se elevó por los aires; se había convertido en una mariposa que se balanceó sin peso ni luz, como un ente reluciente, de rostro resplandeciente. Píctor abría ojos como platos.

Pero la nueva mariposa, el risueño pájaro-flor-mariposa multicolor de rostro resplandeciente, revoloteó en torno al asombrado Píctor, relampagueó con el sol, y después se dejó suavemente caer como un copo ingrátido a tierra, pegadito a los pies de Píctor, respiró tiernamente, se estremeció ligeramente agitando sus alas deslumbrantes, y en el acto se transformó en un cristal de colores cuyas aristas despedían una luz rojiza. Sobre la hierba verde, la gema rojiza resplandecía maravillosamente con la claridad de un alegre repique de campanas. Pero parecía como si su hogar, las entrañas de la tierra, la estuviera llamando, pues muy pronto se volvió diminuta, a punto de desaparecer.

Entonces Píctor, presa de un deseo irresistible, se apoderó de la piedra minúscula. Maravillado contemplaba su mágico resplandor que parecía un anticipo de todas las dichas que iban a colmar su corazón.

De repente la serpiente se enroscó en la rama de un árbol muerto y le susurró al oído:

—Esta piedra te metamorfosará en lo que tú quieras. Dile rápido tu deseo, ¡antes de que sea tarde!

Píctor se sobresaltó y tuvo miedo de que se le escapara su felicidad. Rápidamente pronunció la palabra y se metamorfoseó en árbol. Pues ya había soñado alguna vez con ser árbol, porque los árboles le parecían la encarnación de la placidez, de la fuerza y de la dignidad.

Píctor se convirtió en árbol. Sus raíces se hundieron en la tierra y creció en altura, y de sus miembros brota ron ramas y hojas. Estaba la mar de satisfecho con su suerte. Sus fibras sedientas absorbieron el frescor profundo de la tierra y sus hojas ligeras se mecieron allá arriba en el azul del cielo. Los insectos instalaron su morada en su corteza, a sus pies anidaron liebres y erizos, y pájaros en sus ramas.

El árbol Píctor era feliz y no contaba los años que iban transcurriendo. Pasaron muchos antes de que se diera cuenta de que su felicidad no era perfecta. Poco a poco, sólo lentamente, fue aprendiendo a considerar las cosas con ojos de árbol. Por fin, acabó viéndolo todo claro y se puso triste.

Vio que casi todos los seres a su alrededor, en el paraíso, se metamorfoseaban con frecuencia, e incluso que todo discurría en una corriente mágica de eterna metamorfosis. Vio flores que se transformaban en piedras preciosas, o que alzaban el vuelo convertidas en resplandecientes pájaros. Vio muy cerca de él a muchos árboles que de repente desaparecían: uno se había fundido en un manantial, otro se había transformado en cocodrilo, otro, convertido en pez, nadaba alegre y feliz, desbordante de voluptuosos deseos, y pletórico se lanzaba a nuevos juegos con renovadas energías. Había elefantes que intercambiaban su ropaje con rocas, y jirafas su cuerpo con flores.

Pero él, el árbol Píctor, permanecía inalterable, él no podía ya metamorfosearse. Desde que había tomado conciencia de su inmutabilidad, toda su felicidad se había volatilizado; empezó a envejecer, y cada vez fue adoptando más y más esa actitud cansada, seria y preocupada que suele observarse en la mayoría de los árboles viejos. También suele observarse en los caballos, los pájaros, los humanos y en todas las criaturas: cuando no poseen el don de metamorfosearse, se sumen con el tiempo en la tristeza y en la preocupación y acaban perdiendo su belleza y hermosura.

Pero un día pasó por aquel rincón del paraíso una joven de rubios cabellos vestida de azul. Entre canciones y bailes, la hermosa rubia corría entre los árboles, y hasta entonces jamás se le había ocurrido plantearse si deseaba poseer el don de la metamorfosis.

Más de un mono sabio sonreía a sus espaldas, algunos matorrales la acariciaban con sus ramas, algún que otro árbol le tiraba una flor, o una nuez, o una manzana sin que ella le hiciera el más mínimo caso.

Cuando el árbol Píctor vio a la joven, una nostalgia inmensa se apoderó de él, un ansia de felicidad como no la había conocido hasta entonces. Y al mismo tiempo se sumió en una profunda reflexión, pues le pareció oír su propia sangre que le gritaba:

—¡Acuérdate! Acuérdate de toda tu existencia en este momento. Encuéntrale el sentido, si no será demasiado tarde y nunca jamás volverás a encontrar la felicidad.

Y obedeció. Lo recordó todo, su origen, sus años de ser humano, su mudanza al paraíso y muy particularmente aquel instante en el que se había metamorfoseado en árbol, aquel instante maravilloso en el que había tenido la piedra mágica en la palma de la mano. En aquel momento, cuando todas las posibilidades de metamorfosis se abrían ante él, ¡nunca antes había ardido así en su interior la vida! Pensó en el pájaro que se había reído, en el árbol que era sol y luna a la vez: tuvo entonces la intuición de que antaño algo se le había escapado, de que había olvidado algo y de que la serpiente no le había aconsejado bien.

La muchacha oyó un murmullo en las hojas del árbol Píctor. Alzó la mirada y la embargaron, con un repentino dolor de corazón, nuevos pensamientos, nuevas ansias, nuevos sueños que despertaban dentro de su ser. Impulsada por una fuerza desconocida, se sentó al pie del árbol. Le pareció muy solitario, solitario y triste, no obstante hermoso, conmovedor y noble en su silenciosa tristeza; seductora le sonó la suave melodía del murmullo tembloroso de su copa. Apoyó su cuerpo contra el tronco rugoso, sintió que el árbol se estremecía profundamente, sintió el mismo estremecimiento en su propio corazón. Un

extraño dolor percibió en su corazón; corrían las nubes por el cielo de su alma; y lentamente unas lágrimas pesadas fluyeron de sus ojos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué tanto sufrimiento? ¿Por qué anhelaba su corazón salirse del pecho para saltar hacia él y fundirse en él, en el hermoso árbol solitario?

El árbol se estremeció suavemente hasta la raíz, debido al esfuerzo realizado para concentrar toda su fuerza vital y proyectarla hacia la muchacha, en el abrasador anhelo de la unión. ¡Ay! ¡Haberse dejado engañar por la serpiente y haberse convertido para siempre en un árbol solitario! ¡Qué ciego, qué insensato había sido! ¿Acaso tan ignorante había sido, tan ajeno al secreto de la vida había permanecido? No, ya lo había intuido oscuramente entonces, confusamente ya lo había sentido —¡ay, con qué pesar recordó y comprendió entonces al árbol que era hombre y mujer a la vez!

Pasó volando un pájaro, era rojo y verde el pájaro que pasó, y alrededor del árbol voló, el hermoso y valiente pájaro. La muchacha lo siguió con la mirada, vio que de su pico caía algo, rojo como la sangre, rojo como las brasas, que caía y relucía en la hierba verde, con unos destellos rojos tan poderosos que la muchacha se agachó, y en la hierba la piedra roja recogió. Era un carbunco, era un rubí, y donde hay un carbunco, oscuridad no puede haber allí.

Apenas la muchacha hubo recogido la piedra mágica en su mano blanca que el deseo anhelado que henchía su corazón se realizó. La joven se volatilizó, se fundió, formó una sola cosa con el árbol. Una rama joven y vigorosa brotó del tronco y de prisa se disparó hacia arriba hasta él.

Ahora todo estaba como ha de estar, todo estaba en su lugar, el mundo estaba en orden, por fin había encontrado el paraíso. Píctor dejó de ser un árbol viejo y preocupado. Ahora cantaba a voz en grito: ¡Pictoria! ¡Victoria.’

Estaba metamorfoseado. Y debido a que, esta vez, por fin había sabido encontrar la metamorfosis eterna, debido a que de una mitad había hecho un todo, a partir de aquel momento podía seguir metamorfoseándose cuanto quisiera. La corriente mágica del devenir fluyó perenne por sus venas y para siempre formó parte de la constante y permanente creación eterna.

Se transformó en ciervo, se transformó en pez, se transformó en ser humano y en serpiente, y también en nube y en pájaro. Pero bajo cualquier apariencia, siempre formó un todo, una pareja, sol y luna, hombre y mujer, y como ríos gemelos fluyó a través de las tierras y como estrellas gemelas brilló en el firmamento.

Rastro de un Sueño

Notas

Érase un hombre que practicaba el poco respetable oficio de escritor de amenidades. Formaba parte, empero, de aquel reducido número de literatos que, en la medida de lo posible, toman en serio su profesión, y a quienes algunos entusiastas manifiestan un respeto semejante al que solía ofrecerse a los verdaderos poetas en tiempos pasados, cuando aún existían poesía y poetas. Este literato escribía todo tipo de cosas agradables, novelas, relatos y también poemas, y se esforzaba todo lo imaginable por hacerlo bien. Sin embargo, raras veces lograba ver satisfecha su ambición, ya que, aun cuando se tenía por humilde, caía presuntuosamente en el error de no tomar como medida de comparación a sus colegas y contemporáneos, los otros escritores de amenidades, sino a los poetas del pasado —o sea, aquellos ya consagrados durante generaciones—. Y, en consecuencia, una y otra vez debía reconocer con aflicción que incluso la mejor y más afortunada página por él escrita quedaba muy a la zaga de la frase o verso más recóndito de cualquier verdadero poeta. Así, su insatisfacción iba en aumento y su trabajo llegó a no complacerle en absoluto. Y si bien aún escribía alguna pequeñez de vez en cuando, sólo lo hacía con objeto de expresar esta insatisfacción y aridez interior y darles salida en forma de amargas críticas a su época y a sí mismo. Con ello, naturalmente, no mejoraban las cosas. A veces también, intentaba emprender el retorno a los jardines encantados de la poética pura y rendía homenaje a la belleza en hermosas creaciones lingüísticas, en las que erigía esmerados monumentos a la naturaleza, las mujeres, la amistad. Y en efecto, estas composiciones tenían cierta música y una semejanza con la auténtica poesía de los poetas auténticos, en los que hacían pensar, tal como un amor o una emoción pasajeros pueden, ocasionalmente, recordar a un hombre de negocios y de mundo el espíritu que ha perdido.

Un día de la temporada que media entre el invierno y la primavera, este escritor, que tanto hubiese deseado ser poeta y a quien muchos incluso tenían por tal, estaba sentado una vez más ante su mesa de trabajo. Como de costumbre, se había levantado tarde, no antes de mediodía, después de pasar la mitad de la noche leyendo. Estaba sentado, con la mirada fija en el punto del papel donde dejara de escribir el día anterior. El papel decía cosas inteligentes, expuestas en un lenguaje ágil y cultivado, contenía ideas sutiles, ingeniosas descripciones, de las líneas y páginas se desprendía más de un hermoso cohe y alguna esfera luminosa, en ellas resonaba más de un sentimiento delicado... pero, no obstante, lo que leyó en su escrito decepcionó al escritor. Desengañado contempló lo que comenzara la víspera con cierta alegría y entusiasmo, lo que durante una hora crepuscular semejava narrativa, para convertirse otra vez en literatura de la noche a la mañana, un enojoso papel escrito que, en realidad, daba lástima.

Como tantas otras veces a esta hora algo lastimera del mediodía, percibió y consideró su situación extraordinariamente tragicómica, su necia aspiración secreta a una auténtica composición poética (cuando en la realidad actual no existía ni podía existir auténtica poesía) y las fatigas infantiles y tontamente inútiles que sufría por su deseo de crear, con ayuda de su amor a la antigua poesía, con ayuda de su gran cultura, de su delicado oído para las palabras de los auténticos poetas, algo que estuviese a la altura de la antigua poesía o se asemejase a la misma hasta el punto de inducir a confusión (cuando sabía perfectamente que es imposible crear nada a base de cultura e imitación).

También sabía a medias y hasta cierto punto tenía conciencia de que esta ambición sin esperanza

y esta ilusión infantil que inspiraba todos sus esfuerzos no constituía en modo alguno una situación particular y personal, sino que cada ser humano, incluso el de apariencia normal, incluso el que aparentemente era afortunado y feliz, abrigaba la misma aridez y el mismo desesperado desengaño; que cada hombre buscaba constante y continuamente algo imposible; que incluso el menos atractivo acariciaba el ideal de Adonis, el más tonto el ideal de sabio, el más pobre la ilusión de Cresos. Sí, incluso sabía a medias que ese tan venerado ideal de la «auténtica poesía» no significaba nada, que Goethe consideraba a Homero o a Shakespeare como algo inalcanzable con el mismo desánimo con que un literato actual podría contemplar a Goethe, y que el concepto de «poeta» no era más que una abstracción vacía; que también Homero y Shakespeare habían sido sólo literatos, especialistas dotados, que lograron prestar a sus obras esa apariencia de lo suprapersonal y eterno. Sabía todo esto a medias, como suelen saber estas cosas evidentes y terribles las personas inteligentes y habituadas a pensar. Sabía o intuía que también una parte de sus propias tentativas de escritor causarían a lectores de épocas posteriores la impresión de «auténtica poesía», que tal vez literatos posteriores pensarían con nostalgia en él y su época como si de una edad de oro se tratase, en la que aún hubieran existido verdaderos poetas, verdaderos sentimientos, hombres verdaderos, una verdadera naturaleza y un verdadero espíritu. Como él bien sabía, ya el apacible provinciano de la época feudal y el gordo burgués de una pequeña ciudad medieval habían comparado con idéntica actitud crítica y sentimental su propia época refinada y corrupta con un ayer inocente, ingenuo, espiritual, y habían considerado a sus antepasados y su modo de vida con la misma mezcla de envidia y compasión con que el hombre actual tendía a considerar la bienaventurada época anterior al invento de la máquina de vapor.

Al literato le eran familiares todos estos pensamientos, conocidas todas estas verdades. Lo sabía: el mismo juego, el mismo anhelo ávido, noble, sin esperanza, de algo auténtico, eterno, valioso en sí mismo, que le impulsaba a llenar hojas de papel escrito, empujaba también a todos los demás, al general, al ministro, al diputado, a la elegante dama, al aprendiz de tendero. Todos los hombres, iluminados por secretas ilusiones, cegados por ideas preconcebidas, seducidos por ideales, anhelaban de algún modo, muy inteligente o muy tonto, poco importaba, salir de sí mismos y de los límites de lo posible. No había teniente que no llevase consigo la imagen de Napoleón... ni Napoleón que en su época no se sintiera como un imitador, no considerara sus hazañas medallas de juguete, sus objetivos ilusiones. Nadie había quedado fuera de ese baile. Nadie tampoco había dejado de experimentar en algún momento, a través de alguna hendidura, la certeza de ese engaño. Ciertamente existían los perfectos, los dioses humanos, había existido Buda, Jesús, Sócrates. Pero incluso ellos sólo habían alcanzado la plenitud y habían sido penetrados totalmente por la omnisciencia en un único instante: el instante de su muerte. En efecto, su muerte no había sido más que la última penetración de conocimiento, el último don por fin logrado. Y posiblemente cada muerte tenía ese significado, posiblemente cada moribundo era una persona que estaba alcanzando su plenitud, que desechaba el engaño de la muerte, que se abandonaba, que no deseaba ser nada.

Este tipo de reflexiones, aun cuando tan poco complicadas, estorban mucho los esfuerzos, las acciones del hombre, su continua participación en su juego. Y así, el trabajo del poeta aplicado tampoco progresaba mucho a esa hora. No existía palabra alguna que mereciera ser escrita, ni pensamiento alguno que realmente fuese necesario comunicar. No, era una lástima desperdiciar papel, más valía dejarlo sin escribir.

El literato apartó la pluma y guardó sus papeles en el cajón con esa sensación; de haber tenido un fuego a mano, los hubiese arrojado al mismo. La situación no era nueva; se trataba de una desesperación paladeada ya con frecuencia, que ya había sido domada y al mismo tiempo había adquirido una cierta resistencia. Se lavó las manos, se puso el abrigo y el sombrero, y salió. Cambiar de lugar era uno de sus recursos largo tiempo acreditados; sabía que no era bueno permanecer largo rato en la misma habitación con todo el papel escrito y en blanco cuando se hallaba en ese estado de ánimo. Más valía salir, tomar el aire y ejercitar la vista en las escenas callejeras. Podía suceder que le viniese al encuentro una mujer hermosa o que topase con un amigo, que una horda de colegiales o cualquier entretenimiento gracioso de un escaparate le llevaran a cambiar de pensamientos, podía resultar que en una esquina le atropellase el automóvil de uno de los señores de este mundo, de un editor de periódicos o de un rico panadero: meras posibilidades de cambiar de situación, de crear nuevas circunstancias.

Vagabundó lentamente en medio del aire casi primaveral, vio matas de campanillas que inclinaban la cabeza en los tristes y reducidos céspedes plantados frente a las casas de pisos, respiró el húmedo y tibio aire de marzo, que le indujo a dirigirse a un parque. Allí se sentó en un banco, al sol, entre los árboles deshojados, cerró los ojos y se entregó al juego de los sentidos a esa hora soleada de primavera temprana: qué suave el contacto del viento en las mejillas, qué hirviente ya el sol lleno de oculto ardor, qué penetrante e inquieto el olor de la tierra, qué alegres los pasos infantiles que de tanto en tanto pisaban juguetones la arena de los senderos, qué cariñoso y perfectamente dulce el canto de un mirlo en algún lugar del desnudo arbolado. Sí, todo era muy hermoso, y puesto que la primavera, el sol, los niños, el mirlo no eran más que cosas muy antiguas, que ya habían alegrado al hombre millares y millares de años atrás, en realidad resultaba incomprensible que en el momento presente no fuese posible escribir un poema de primavera tan hermoso como los compuestos hacía cincuenta o cien años. Y sin embargo no era así. El más tenue recuerdo de la canción de primavera de Uhland (naturalmente con la música de Schubert, cuya fabulosa obertura, tan penetrante y conmovedora, sabía a primavera temprana) bastaba para indicar a un poeta actual que esas cosas cautivadoras ya habían sido narradas por el momento y que no tenía sentido querer imitar a toda costa esas creaciones de tan insuperable plenitud, que exhalaban bienaventuranza.

En el preciso instante en que sus pensamientos iban a entrar de nuevo en ese viejo derrotero estéril, el poeta frunció los ojos con los párpados cerrados y a través de una pequeña rendija de los ojos —aunque no sólo con éstos— percibió una ligera reverberación y un tenue destello, islas de rayos de sol, reflejos luminosos, espacios de sombra, cielo azul veteado de blanco, un cono centelleante de luces movedizas, lo que cualquiera puede ver al guiñar los ojos, pero reforzado de algún modo, de alguna forma valioso y único, transformado de percepción en experiencia por la acción de alguna sustancia secreta. Lo que centelleaba con múltiples destellos, reverberaba, se desvanecía, ondeaba y batía alas no era un mero tumulto de luz procedente del exterior, y esos fenómenos no se desarrollaban sólo en el ojo, también eran vida, bullente impulso interior, y correspondían al espíritu, al propio destino. Ésta es la manera de ver de los poetas, de los «visionarios»; de este modo embelesador y conmovedor ven quienes han sido alcanzados por Eros. Se había desvanecido el recuerdo de Uhland y Schubert, ya no había un Uhland, ya no había poesía, ya no había pasado, todo era instante eterno, experiencia, verdad íntima.

Entregado a la maravilla, que ya otras veces experimentara, pero para la que creía haber perdido tiempo ha toda vocación y toda gracia, permaneció instantes eternos suspendido en lo intemporal, en la conjunción del mundo y el espíritu, vio moverse las nubes al impulso de su aliento, sintió girar el cálido sol dentro de su pecho.

Pero mientras miraba fijamente con los ojos entornados, abandonado a la rara experiencia, entrecerrando todos los sentidos, pues sabía perfectamente que la corriente fatua procedía del interior, allí cerca, en el suelo, percibió algo que le cautivó. Tardó un rato en advertir, paulatinamente, que se trataba del pequeño pie de una niña. Lo cubría un zapato de cuero marrón y pisaba la arena del sendero con vigor y alegría, apoyando el peso en el tacón. Ese zapatito de niña, ese cuero marrón, esa alegría infantil de la pequeña suela al pisar, ese trocito de media de seda que cubría el tierno tobillo, recordaron algo al poeta, inundaron su corazón de forma repentina y apremiante como si formasen parte del recuerdo de una experiencia importante, pero no logró dar con la clave. Un zapato de niña, un pie de niña, una media de niña: ¿qué importancia tenía todo eso? ¿Dónde se hallaba la pista? ¿Dónde se encontraba el manantial de su espíritu que respondía ante esa imagen entre millones, la acariciaba, la atraía, la tenía por cosa cara e importante? Abrió del todo los ojos un instante y pudo ver la figura completa de la niña, una niña bonita, por el lapso que dura un medio latido de corazón. Pero inmediatamente advirtió que esa imagen ya nada tenía que ver con él, que no se trataba de la que tenía importancia para él, e involuntariamente, a toda prisa, volvió a cerrar los ojos con tal fuerza que sólo Regó a divisar durante el resto de un instante el pie infantil que desaparecía. Luego cerró completamente los ojos, recordando el pie, palpando su significado, pero sin saberlo, afligido por esa búsqueda inútil, satisfecho por la fuerza de esa imagen en su espíritu. En algún lugar, en algún momento, había percibido ese piececito en el zapato marrón, esa imagen ahogada luego por las experiencias. ¿Cuándo había sucedido eso? Oh, debía haber ocurrido mucho tiempo atrás, en su prehistoria, tan lejano semejaba, tan remoto se

le aparecía, procedente de una profundidad tan inconcebible, tan hondo había caído en el pozo de sus pensamientos. Era posible que lo hubiera llevado consigo, perdido y jamás reencontrado hasta ese día, desde su primera infancia, desde aquella época fabulosa cuyos recuerdos aparecen todos tan borrosos e irrepresentables y tan difíciles de invocar, y sin embargo resultan más llenos de colorido, más cálidos y más plenos que todos los recuerdos posteriores. Meció largo rato la cabeza, cerrados los ojos, mucho tiempo estuvo reflexionando y una y otra vez, vio perfilarse ese, aquel hilo, esa serie, aquella cadena de vivencias, era la niña, el zapatito marrón, no se adecuaban a ninguna de ellas. No, no podía dar con ello, era inútil proseguir esa búsqueda.

Hurgaba entre los recuerdos afectado por el mismo error de óptica que sufre aquel que no logra reconocer lo que tiene muy próximo, porque lo cree muy distante y por consiguiente confunde todas las formas. Pero en cuanto renunció a sus esfuerzos, dispuesto ya a dejar esa ridícula pequeña vivencia y a olvidarlo todo, cambió la situación y el zapatito se situó en la perspectiva adecuada. De súbito, con un profundo suspiro, el hombre advirtió que el zapatito no estaba debajo de todo en el atestado cuarto de imágenes de su ser íntimo, que no formaba parte de las posesiones más antiguas, sino que era una adquisición muy nueva y reciente. Le parecía que hacía sólo unas horas que había tenido relación con esa niña, que prácticamente acababa de ver correr ese zapato.

Y entonces, de golpe, lo supo. Sí, claro que sí; eso era, ahí estaba la niña que correspondía al zapato, y ésta formaba parte del fragmento de un sueño que el escritor había tenido la noche pasada. Dios mío, ¿cómo era posible olvidar de ese modo? Se había despertado en medio de la noche, lleno de felicidad y conmovido por la fuerza secreta de su sueño, con la sensación de haber adquirido una experiencia importante, magnífica... y al cabo de poco se había vuelto a dormir, y una hora de sueño matutino había sido suficiente para borrar otra vez toda la magnífica experiencia, de tal forma que no la había recordado más hasta que se la rememorara la visión fugaz de un pie de niña. ¡Tan fugaces, tan pasajeras, tan presas del azar resultaban las experiencias más profundas, más maravillosas del espíritu! E incluso en esos momentos no lograba reconstruir todo el sueño de la pasada noche. Sólo quedaban escenas sueltas, en parte inconexas, algunas frescas y llenas de vitalidad, otras ya grises y polvorientas, captadas ya en proceso de desvanecimiento. Pero ¡qué hermoso, qué profundo, qué exaltante había sido el sueño! ¡Cómo le había latido el corazón al despertar por primera vez, embelesado e inquieto como en las festividades de la infancia! ¡Cómo le había inundado la viva sensación de haber experimentado algo noble, importante, inolvidable, imposible de perder! ¡Y un par de horas más tarde sólo le quedaba ese fragmento, ese par de imágenes ya desvaídas, ese débil eco en el corazón; el resto se había perdido, había pasado, ya no tenía vida!

Al menos ese poco se habría salvado de forma definitiva. El escritor tomó en seguida la decisión de recolectar todo lo que aún quedase del sueño en sus recuerdos y transcribirlo con la máxima fidelidad y exactitud posibles. En el acto sacó una libreta del bolsillo y tomó las primeras notas a fin de recuperar como pudiese la estructura y el entorno de todo el sueño, sus líneas principales. Pero de nada le sirvió. Ya no le era posible identificar ni el comienzo ni el final del sueño, y no sabía el lugar que ocupaban dentro de la historia soñada la mayor parte de los fragmentos aún a mano. No, era preciso comenzar de otra forma. Ante todo debía salvar lo que aún estaba a su alcance, debía retener en seguida el par de imágenes aún vivas —sobre todo el zapatito— antes de que también saliesen volando, tímidas aves encantadas.

Del mismo modo que un excavador intenta descifrar la inscripción que ha hallado en una antigua lápida a partir de las pocas letras o signos que aún resultan comprensibles, nuestro hombre deseaba leer su sueño recomponiéndolo pedazo a pedazo.

En el sueño se había relacionado de algún modo con una niña, una niña extraordinaria, tal vez no verdaderamente hermosa, pero maravillosa en algún sentido, una niña de unos trece o catorce años, pero que aparentaba tener menos. Tenía el rostro tostado por el sol. ¿Los ojos? No, no podía verlos. ¿El nombre? Desconocido. ¿Relación con él, la persona que soñaba? ¡Alto, ahí estaba el zapatito marrón! Vio el mismo pie que se movía acompañado de su hermano gemelo, lo vio bailar, lo vio dar pasos de baile, los pasos de un boston. Oh, sí, volvía a saber un montón de cosas. Tenía que empezar todo de nuevo.

En resumen: en el sueño había bailado con una maravillosa niña desconocida, una niña de rostro

moreno, con zapatos marrones: ¿no lo tenía todo de esa tonalidad? ¿También el cabello? ¿También los ojos? ¿También el vestido? No, eso ya no lo sabía; era de suponer, parecía posible, pero no era seguro. Debía mantenerse dentro de los límites de lo seguro, de lo que daba base real a sus reflexiones, de lo contrario perdía todo punto de referencia. Ya entonces comenzó a intuir que esa investigación del sueño lo llevaría muy lejos, que había emprendido un camino largo, sin fin. Y precisamente entonces dio con otro fragmento.

Sí, había bailado con la pequeña, o había querido, o debido, bailar con ella, y la niña había ejecutado, todavía por su cuenta, una serie de lozanos pasos de baile, muy elásticos y dotados de una energía encantadora. ¿Habían llegado a bailar en realidad los dos? ¿No lo había hecho ella sola? No. No, él no había bailado, sólo había querido hacerlo, más aún, había acordado con alguien que bailarían con esa morenita. Pero después ella había comenzado a bailar sola, sin él, y él había sentido cierto temor o timidez ante la idea de bailar; se trataba de un boston, no conocía bien ese baile. No obstante, ella había empezado a bailar, sola, juguetona, sus zapatitos marrones habían descrito cuidadosamente, con un ritmo maravilloso, las figuras del baile sobre la alfombra. Pero ¿por qué no había bailado también él? ¿O ¿por qué había deseado bailar en un principio? ¿Que acuerdo había sido ése? No logró descubrirlo.

Se hizo otra pregunta: ¿qué aspecto tenía la simpática muchachita? ¿A quién le recordaba? Pensó largo rato en vano, todo parecía inútil otra vez, y por un momento llegó a impacientarse y a irritarse, estuvo a punto de dejarlo correr todo de nuevo. Pero ya comenzaba a aparecer una nueva idea, se divisaba otro rastro. La pequeña se parecía a su amada... olí, no, no se le parecía, incluso le había sorprendido encontrarla tan distinta, pese a ser efectivamente su hermana. ¡Alto! ¿Su hermana? Olí, ahora todo el rastro resultaba dato otra vez, todo adquiría sentido, todo estaba de nuevo al descubierto. Volvió a comenzar las notas, entusiasmado con la inscripción que de pronto empezaba a perfilarse, profundamente conmovido por la recuperación de las imágenes que creía perdidas.

Había sucedido así: en el sueño había aparecido su amada, Magda, y no se había mostrado penderciera y malhumorada como en los últimos tiempos, sino extraordinariamente amable, algo callada, pero alegre y bonita. Magda le había recibido con una curiosa ternura silenciosa, le había dado la mano, sin un beso, y le había explicado que deseaba presentarle por fin a su madre; y además de la madre había conocido a la hermana pequeña, que estaba destinada a ser más tarde su amada y esposa. La hermana era mucho más joven y le gustaba el baile; la mejor forma de conquistarla sería bailar con ella.

¡Qué hermosa había aparecido Magda en ese sueño! ¡Cómo había brillado en sus ojos, en su frente clara, en su espesa cabellera fragante todo lo extraordinario, adorable, espiritual, tierno de su ser, tal como él lo viviera en las primeras imágenes que de ella se formara en la época de máximo amor!

Y entonces, en el sueño, le había llevado a una casa, a su casa, a la casa de su madre y de su infancia, a la casa de su espíritu, para que viera a su madre y a su hermanita más bonita, para que conociera a esa hermana y la amase, puesto que le estaba destinada como amada. Pero ya no podía recordar la casa, sólo un vestíbulo vacío en el que tuvo que esperar, y tampoco podía representarse ya a la madre; al fondo sólo se vislumbraba una mujer de edad, una ama o enfermera, vestida de gris o de negro. Pero entonces había venido la pequeña, la hermana, una niña encantadora, de unos diez u once años pero cuya manera de ser parecía de catorce. En particular, su pie resultaba tan infantil en el zapato marrón, tan absolutamente inocente, risueño e incauto, tan poco aseñorado y, sin embargo, ¡tan femenino! Había recibido su saludo con simpatía, y a partir de ese momento Magda había desaparecido, sólo quedaba la pequeña. Recordando el consejo de Magda, la había invitado a bailar. Y ella había aceptado en seguida, arrebolada, y había comenzado a bailar, sola, sin vacilación, y él no había osado enlazarla y bailar con ella, en primer lugar porque resultaba tan bella y perfecta en su danza infantil, y también porque bailaba un boston, un baile que no era su fuerte.

En medio de sus esfuerzos por recuperar las imágenes del sueño, el literato tuvo que reírse un instante de sí mismo. Le vino a la memoria que poco antes aún había estado pensando en lo inútil que resultaba esforzarse por componer un nuevo poema de primavera, considerando que todo eso ya había sido dicho antes de forma insuperable; pero al recordar el pie de la niña cuando bailaba, los ligeros movimientos adorables del zapatito marrón, la nitidez del paso de baile que trazaba sobre la alfombra, y el hecho de que, no obstante, toda esa hermosa gracia y seguridad estaba cubierta de una capa de timidez, de un olor de vergüenza infantil, comprendió que bastaba componer un canto a este pie de

niña para superar todo lo que habían dicho los poetas anteriores sobre la primavera y la juventud y el presentimiento del amor. Pero en cuanto sus reflexiones comenzaron a perderse por estos derroteros, en cuanto comenzó a jugar distraído con la idea de un poema «A un pie en un zapato marrón», percibió con temor que todo el sueño estaba a punto de escapársele de nuevo, que todas las imágenes anímicas perdían densidad y se esfumaban. Angustiado, impuso orden en sus ideas, advirtiéndolo, empero, que en ese momento, aun cuando hubiese tomado nota de su contenido, el sueño había dejado de pertenecerle por completo, que comenzaba a hacerse viejo y extraño. Y al instante tuvo también la sensación de que siempre sucedería lo mismo: que esas encantadoras imágenes sólo le pertenecerían e impregnarían su espíritu con su fragancia mientras permaneciese junto a ellas de todo corazón, sin otras ideas, sin proyectos, sin preocupaciones.

El poeta emprendió el camino de regreso pensativo, transportando el sueño ante sí como si se tratase de un juguete infinitamente frágil, hecho de finísimo cristal. Iba lleno de inquietud por su sueño. ¡Ay, si sólo lograra volver a reconstruir plenamente la figura de la amada del sueño! Recomponer el todo a partir del zapato marrón, del paso de baile, del resplandor del rostro moreno de la pequeña, a partir de esos escasos y preciosos restos, le parecía lo más importante del mundo. Y, de hecho, ¿no le había sido prometido como amor?, ¿no había nacido en los mejores y más profundos manantiales de su alma?, ¿no se le había aparecido como la imagen de su futuro, como presagio de las posibilidades de su destino, como su más auténtico sueño de dicha? Y mientras se inquietaba, muy en el fondo se sentía, empero, infinitamente feliz. ¿No era maravilloso que fuese posible soñar tales cosas, que uno llevase consigo ese mundo hecho de la más etérea materia mágica, que en el alma, tantas veces escudriñada con desespero en busca de algún resto de fe, de alegría, de vida, que en esa alma pudiesen brotar tales flores?

Al llegar a casa, el literato cerró la puerta tras sí y se echó en un diván. Libreta en mano, relejó atentamente las anotaciones y descubrió que de nada le servían, que no ofrecían nada, que sólo creaban obstáculos y confusión. Arrancó las hojas y las destruyó meticulosamente, al tiempo que decidía no concentrarse, y súbitamente volvió a encontrarse esperando en ese vestíbulo vacío de la casa desconocida; al fondo divisó a una señora de edad, vestida de negro, que caminaba arriba y abajo muy inquieta, volvió a percibir el momento predestinado: Magda acababa de salir en busca de su nueva amada, más joven, más hermosa, la verdadera y eterna amada. La mujer lo contempló amable y preocupada, y bajo sus facciones y bajo su vestido gris aparecieron otras facciones y otros vestidos, rostros de amas y enfermeras de su propia infancia, el rostro y la bata gris de su madre. Y sintió que el futuro, el amor, también le salían al encuentro en esa casa de recuerdos, en ese círculo de imágenes maternas, fraternales. Al amparo de ese vestíbulo vacío, bajo las miradas de preocupadas, amables, fieles madres y Magdas, había crecido la niña cuyo amor debía favorecerlo, cuya posesión debía hacer su dicha, cuyo futuro también sería el suyo.

Y vio también cómo extraordinariamente tierna y sincera, sin un beso, lo saludaba Magda; su rostro encerraba de nuevo, bajo la luz dorada del crepúsculo, todo el encanto que antaño ofreciera para él; en el momento de la renuncia y la separación refulgía una vez más tan adorable como en sus tiempos más bienaventurados; su rostro más denso y profundo anticipaba a la más joven, la más hermosa, la auténtica, la única, a la que había venido a presentarle y ayudarle a conquistar. Parecía la propia imagen del amor, con su humildad, su capacidad de transformación, su magia entre maternal e infantil. Su rostro reunía todo lo que un día viera, soñara, deseara y cantara en esa mujer, toda la transfiguración y la adoración que le había aportado en la época cumbre de su amor; toda su alma, unida a su propio amor, se había hecho rostro, fulguraba visiblemente en las facciones sinceras, queridas, sonreía triste y amistosa por sus ojos. ¿Sería posible decir adiós a tal amada? Pero la mirada de ella decía que era preciso despedirse, que debía suceder algo nuevo.

Y lo nuevo entró sobre ágiles piecitos: entró la hermana, pero no se le veía el rostro, nada se le veía claramente excepto que era pequeña y graciosa, que llevaba zapatos marrones, que tenía el rostro moreno y que sus vestidos eran castaños, y que sabía bailar con una perfección embelesadora. Y además el boston, el baile que su futuro amante no sabía nada bien. Nada podía expresar mejor la superioridad de la niña sobre el adulto —experimentado, con frecuencia desengañado— que el hecho de que bailase con tanta ligereza y gracia y perfección, ¡y además el baile que él no dominaba, en el que él no tenía esperanza de superarla!

El literato pasó todo el día ocupado con su sueño, y cuanto más profundizaba en él, más bello le resultaba, más le parecía que superaba todas las composiciones de los mejores poetas. Mucho tiempo, durante días enteros, acarició deseos y planes de escribir este sueño de forma que manifestase esa infinita belleza, profundidad e intimidad, no sólo para el que lo soñara, sino también para otros. Tardó en abandonar estos deseos y esfuerzos y en comprender que debía contentarse, en su interior, con ser un verdadero poeta, un soñador, un visionario de espíritu, pero que su obra debería seguir siendo la de un simple literato.

Entre los Masagetas

Pese a que mi patria —si es que yo tengo patria— aventaja sin género de duda al resto de los países del globo terráqueo en encantos y espléndidas realidades de todo d de hace algún tiempo volví a sentir la comezón tipo, es de viajar e hice un viaje al lejano país de los masagetas que no había visitado desde la época del descubrimiento de la pólvora. Experimentaba curiosidad por ver hasta qué punto este pueblo tan famoso y valiente, cuyos guerreros antaño derrotaran al gran Ciro, había podido evolucionar y adaptarse a los usos de los tiempos que corren.

Y, efectivamente, en modo alguno quedé defraudado en mis expectativas sobre los intrépidos masagetas. Al igual que otros países que tienen la ambición de contarse entre los más avanzados, últimamente el país de los masagetas suele destacar a un reportero para todo visitante extranjero que se acerca a sus fronteras... sin perjuicio. naturalmente, de aquellos casos en que se trata de personas significadas, respetables y distinguidas, a las cuales se les tributa, como es obvio, más altos honores, siempre según su categoría. Si se trata de boxeadores o futbolistas, son recibidos por el ministro de Sanidad, si de nadadores, por el ministro de Cultura, y si poseen el título de campeones mundiales, son recibidos por el propio presidente de la nación o por su representante.

A mí no me dedicaron tales atenciones; yo era literato, y en la frontera me salió al encuentro un simple periodista, un joven agradable, de bella estampa, que me rogó le hiciera, antes de entrar en el país, una breve exposición de mi ideología y, en particular, de mis opiniones sobre los masagetas. Resulta, pues, que también aquí se había introducido ya este uso tan simpático.

—Señor —le dije-, permítame, ya que no domino su espléndido idioma, que me cifia a lo imprescindible. Mi ideología es la del país que voy a visitar, eso cae de su peso. Por lo que hace a mis conocimientos sobre su célebre país y pueblo, provienen de las mejores y más verídicas fuentes, a saber, del libro Clío del gran Herodoto. Lleno de profunda admiración por la valentía de su poderoso ejército y por la gloriosa memoria de la heroína la reina Tomyris, tuve ya en tiempos pasados el honor de visitar su país y recientemente he querido repetir esta visita.

—Muy reconocido —continuó, un poco más sombrío, el masageta-. Su nombre no nos es desconocido. Nuestro ministerio de Propaganda sigue atentamente todas las declaraciones que se producen en el extranjero acerca de nosotros, y así no ignoramos que usted es autor de un escrito de treinta líneas sobre usos y costumbres de los masagetas que apareció en un periódico. Será para mí un honor acompañarle en este viaje por nuestro país y hacer que usted advierta hasta qué punto han cambiado nuestras costumbres a partir de aquellas fechas.

Su tono de voz un tanto hosco me indicaba que mis anteriores declaraciones sobre los masagetas, a los cuales yo realmente quería y admiraba mucho, no encontraron ni mucho menos, un eco favorable en el país. Por un momento pensé en volverme, acordándome de la reina Tomyris, que sumergió la cabeza del gran Ciro en un odre lleno de sangre, y de otras hazañas de este pueblo temperamental. Pero al fin yo tenía mi pasaporte y mi visado, y los tiempos de Tomyris ya habían pasado.

—Discúlpeme —dijo mi guía algo más amable- si tengo que insistir en poner en claro su ideología. No es que exista la menor acusación contra usted, pese a que ya visitó anteriormente nuestro país. No, se trata sólo de una formalidad, y en razón de que se ha referido a Herodoto un tanto unilateralmente. Como usted sabe, en tiempos de aquel escritor jónico, muy capacitado por cierto, aún no existía un Servicio de Propaganda y Cultura; por eso sus impresiones, algo frívolas, sobre nuestro país están desfasadas. Lo que no podemos tolerar es que un autor de nuestros días se apoye en Herodoto, y

exclusivamente en él... Dígame, pues, señor colega, en pocas palabras qué piensa sobre los masagetas y qué actitud adopta frente a ellos.

—Yo estoy perfectamente enterado, por supuesto, de que los masagetas no solamente son el pueblo más antiguo, más humano, más culto y al mismo tiempo más valeroso de la tierra, de que sus invictos ejércitos son los más grandes, su flota la más poderosa, su carácter el más inflexible a la par que el más amable, sus mujeres las más hermosas, sus escuelas e instituciones públicas las más ejemplares del mundo, sino que además poseen en grado eminente aquella virtud tan apreciada en el mundo entero y que tanto se echa en falta en otros grandes pueblos, a saber, el mostrarse bondadosos y comprensivos con el extranjero, en razón de su misma superioridad, y no esperar del pobre forastero, nacido en un país inferior, que se encuentre a la altura de la perfección masagética. También sobre este punto procuraré informar con toda veracidad en mi patria.

—Muy bien —exclamó mi acompañante con bondad—. En la enumeración de nuestras virtudes usted ha dado, efectivamente, en el clavo o, mejor dicho, en los clavos. Veo que está informado sobre nosotros mejor de lo que aparentaba en un principio, y desde el fondo de nuestro fiel corazón le damos la bienvenida a nuestro hermoso país. Algunos detalles de sus conocimientos requieren todavía un complemento. En particular me ha sorprendido que no hiciera mención de nuestras valiosas aportaciones en dos importantes campos: en el deporte y en el cristianismo. Fue un masageta, señor mío, el que en la competición internacional de salto hacia atrás con los ojos vendados batió el récord mundial con 11,098.

—Efectivamente —mentí cortésmente—, ¿cómo se me ha podido pasar por alto? Pero usted se ha referido también al cristianismo como otro campo en el que su pueblo ha batido récords. ¿Puede proporcionarme informes sobre este punto?

—Por supuesto —contestó el joven—. Quería decir únicamente que sería bien acogido el que en su informe sobre este tema agregase amablemente algún que otro superlativo. Por ejemplo, tenemos un anciano sacerdote en una pequeña ciudad, a orillas del río Araxe, que ha celebrado no menos de 63.000 misas, y en otra ciudad hay una famosa iglesia moderna en la que todo es de cemento, y de cemento indígena: paredes, torre, suelos, columnas, altares, tejado, pila bautismal, púlpito, etcétera, hasta la última lámpara, hasta el cepillo de las ofrendas.

—Ah, ya —pensé para mí—, entonces tenéis también un párroco de cemento que predica desde el púlpito de cemento. —Pero me callé.

—Mire usted —prosiguió mi guía—, le voy a ser sincero. Nos interesa propagar todo lo posible nuestra fama como cristianos. Pese a que nuestro país abrazó desde hace siglos la religión cristiana y no queda ya huella alguna de los antiguos dioses y cultos masagetas, hay un pequeño partido, muy fanático, que quiere introducir, como primer paso, los antiguos dioses de la época del rey de los persas, Ciro, y de la reina Tomyris. Ya sabe, una chifladura de algunos tipos extravagantes; pero la prensa de los países vecinos se ha hecho eco del ridículo asunto y lo relaciona con la reorganización de nuestro ejército. Se sospecha de nosotros en el sentido de que pretendemos suprimir el cristianismo para, en la próxima guerra, desembarazarnos más fácilmente de los últimos reparos contra el empleo de todos los medios de destrucción. Esta es la razón por la que veríamos consagrado que se subraye el espíritu cristiano de nuestro país. Por supuesto que no pretendemos influir en lo más mínimo sobre sus informes objetivos, pero le puedo decir en confianza que su buena disposición para escribir algo sobre nuestro cristianismo podría tener como consecuencia una invitación personal por parte de nuestro Canciller del Imperio. Esto, en confianza.

—Tengo que pensarlo —repuse—. El cristianismo no es mi especialidad... Y ahora me gustaría volver a ver el magnífico monumento que sus antepasados erigieron al heroico Spargapises.

—¿Spargapises? —murmuró mi colega—. ¿Quién es ese personaje?

—El hijo de Tomyris, que no pudo soportar la ignominia de haber sido engañado por Ciro y, al ser hecho prisionero, se quitó la vida.

—Ah, ya —exclamó mi acompañante—, veo que usted aterriza siempre en Herodoto. Sí, aquel monumento era muy hermoso. Desapareció en forma extraña. Mire, nosotros tenemos, como usted sabe, un gran interés por la ciencia, especialmente por los trabajos de investigación sobre la antigüedad, y en relación al número de kilómetros cuadrados excavados con fines de estudio, nuestro país ocupa

en la estadística mundial el tercero o cuarto puesto. Estas importantes excavaciones, que se orientan principalmente a la búsqueda de yacimientos prehistóricos, llegaron hasta las inmediaciones de aquel monumento de la época de Tornyris; y como el terreno prometía grandes hallazgos, sobre todo en huesos de mamuts masagéticos, se intentó excavar a una cierta profundidad del monumento. Y éste se desplomó. Sus restos pueden verse en el Museo Masagético.

Me condujo al coche, que nos esperaba, y en animada conversación viajamos hacia el interior del país.

El Rey Yu

Un relato de la antigua China

La historia de la antigua China ofrece escasos ejemplos de monarcas y estadistas que fuesen derrocados a causa de haber caído bajo la influencia de una mujer y de un enamoramiento. Uno de estos raros ejemplos-y uno muy notable- es el del rey Yu de Tchou y su mujer Bau Si.

El país de Tchou lindaba por el oeste con los territorios de los bárbaros mongoles, y la sede de su Corte, Fong, se encontraba en medio de una región poco segura, que de vez en cuando se veía expuesta a los asaltos y saqueos de aquellas tribus bárbaras. Por ello fue preciso ocuparse de reforzar al máximo las fortificaciones fronterizas y, sobre todo, de proteger mejor la Corte.

Los libros de historia nos dicen que el rey Yu, el cual no era un mal estadista y sabía prestar atención a los buenos consejos, supo compensar las desventajas de su frontera adoptando inteligentes medidas, pero que todas estas inteligentes y meritorias obras quedaron destruidas por los caprichos de una bonita mujer.

En efecto, con ayuda de todos sus príncipes vasallos, el rey estableció en la frontera occidental una línea de defensa, línea de defensa que, como todas las creaciones políticas, presentaba un doble carácter, a saber: moral, por una parte, y mecánico, por otra. El fundamento moral del tratado era el juramento y la fidelidad de los príncipes y sus oficiales, cada uno de los cuales se comprometía a acudir con sus soldados a la Corte a socorrer al rey a la primera señal de alarma. A su vez, el principio mecánico, del cual se ocupaba el rey, consistía en un bien pensado sistema de torres, que hizo construir en su frontera occidental. En cada una de estas torres debía montarse guardia día y noche; las torres estaban provistas de tambores muy potentes. En caso de una invasión enemiga por cualquier punto de la frontera, la torre más próxima redoblaría su tambor; de torre en torre esta señal recorrería todo el país en un tiempo mínimo.

Este inteligente y loable dispositivo ocupó largo tiempo al rey Yu, quien tuvo que celebrar conferencias con sus príncipes, considerar los informes de los arquitectos, organizar la instrucción del servicio de guardia. Ahora bien, el rey tenía una favorita llamada Bau Si, una mujer hermosa que supo hacerse con una influencia sobre el corazón y los sentidos del rey, mayor de lo que puede convenir a un monarca y a su reino. Al igual que su señor, Bau Si seguía con curiosidad e interés los trabajos que se realizaban en la frontera, del mismo modo que una niña vivaracha e inteligente contempla, de vez en cuando, con admiración y envidia los juegos de los muchachos. Para que lo comprendiese todo perfectamente, uno de los arquitectos le había construido un delicado modelo —de arcilla pintada y cocida- de la línea de defensa; este modelo representaba la frontera y el sistema de torres, y en cada una de las graciosas torrecillas había un guardia de arcilla infinitamente pequeño y que en vez de tambor llevaba colgada una diminuta campanilla. Este bonito juguete constituía el pasatiempo favorito de la mujer del rey, y cuando alguna vez estaba de malhumor, sus doncellas solían proponerle jugar al «ataque bárbaro».

Entonces colocaban todas las torrecillas, hacían tañer las campanillas enanas, y así disfrutaban y se entretenían mucho.

El día astrológicamente favorable en que, concluidas al fin las obras, instalados los tambores y preparado el servicio de guardia, se puso a prueba, previo acuerdo, la nueva línea de defensa, fue una ocasión gloriosa para el rey. Orgulloso de su realización, se mostraba muy impaciente; los cortesanos

esperaban para darle sus parabienes, pero la más ansiosa y excitada era la hermosa mujer Bau Si, la cual casi no podía esperar que concluyesen todas las ceremonias y rogaciones previas.

Por fin llegó la hora señalada, y por primera vez comenzó a desarrollarse en gran escala y de verdad el juego de las torres y los tambores que tan a menudo había hecho pasar un buen rato a la mujer del rey. Ésta apenas podía contener sus ansias de comenzar a intervenir en el juego y a dar órdenes, tan grande era su alegre excitación. El rey le lanzó una grave mirada, y con esto se controló. Había llegado el momento; ahora jugarían al «ataque bárbaro» en grande y con torres de verdad, con hombres y tambores de verdad, para ver cómo resultaba todo. El rey dio la señal, el mayordomo mayor transmitió la orden al capitán de la caballería, éste trotó hasta la primera torre y dio orden de redoblar el tambor. El redoble retumbó potente y profundo, su sonido alcanzó todos los oídos, festivo y profundamente conmovedor. Bau Si se había puesto pálida de emoción y comenzó a temblar. El gran tambor de batalla redoblaba con fuerza su basto ritmo estremecedor, un canto lleno de presagios y amenazas, lleno de lo venidero, de guerra y miseria, de miedo y derrota. Todos lo escuchaban con profundo respeto. Cuando el sonido comenzaba a extinguirse, de la torre siguiente salió la réplica, lejana y débil, la cual se fue perdiendo rápidamente, y después no se oyó nada más, y al cabo de unos instantes se rompió el festivo silencio, la gente volvió a alzar la voz, se pusieron en pie y comenzaron a charlar.

Entretanto, el profundo y atronador redoble fue pasando de la segunda a la tercera y a la décima y a la trigésima torre, y cuando se dejaba oír, todos los soldados de esa zona tenían estrictas órdenes de presentarse de inmediato en el lugar convenido, armados y con la bolsa de provisiones llena; todos los capitanes y coroneles debían prepararse para la marcha sin pérdida de tiempo y apresurarse al máximo; también debían enviar ciertas órdenes preestablecidas al interior del país. Dondequiera que se oía el redoble del tambor se interrumpían el trabajo y las comidas, los juegos y el sueño, se empaquetaba, se ensillaba, se recogía, se emprendía la marcha a pie y a caballo. En breve espacio de tiempo, de todos los distritos de los alrededores salían tropas presurosas con destino a la Corte de Fong.

En Fong, en el patio de palacio, se había relajado pronto la profunda emoción e interés que se habían apoderado de todos los ánimos al redoblar el terrible tambor. La gente paseaba por el jardín de la Corte charlando animadamente, toda la ciudad estaba de fiesta, y cuando, transcurridas menos de tres horas, comenzaron a aproximarse ya cabalgatas pequeñas y más grandes, procedentes de dos direcciones, y luego, de hora en hora, fueron llegando más y más —lo cual duró todo ese día y los dos siguientes—, el rey, sus cortesanos y sus oficiales fueron presa de un creciente entusiasmo.

El rey se vio colmado de agasajos y congratulaciones, los arquitectos fueron invitados a un banquete y el tambor de la primera torre, el que había dado el primer redoble, fue coronado por el pueblo, paseado en andas por las calles y obsequiado por todos.

La mujer del rey, Bau Si, estaba absolutamente entusiasmada y como embriagada. Su juego de torrecitas y campanillas se había hecho realidad de forma mucho más espléndida de lo que nunca hubiese podido imaginar. Por arte de magia, la orden había desaparecido en el solitario país, envuelta en la amplia onda sonora del redoble del tambor; y su resultado llegaba ahora, vivo, real, como un eco de lontananza, el emocionante bramido de ese tambor había producido un ejército, un ejército de cientos y miles de hombres bien armados que iban llegando por el horizonte, a pie y a caballo, en continuo flujo, en continuo y rápido avance: arqueros, caballería ligera y pesada, lanceros, iban llenando gradualmente, con creciente barullo, todo el espacio disponible alrededor de la ciudad, donde eran acogidos y se les indicaban sus posiciones, donde eran aclamados y obsequiados, donde acampaban, levantaban tiendas y encendían fogatas. Esto continuó día y noche; como duendes de fábula surgían de la tierra gris, lejanos, diminutos, envueltos en nubes de polvo, para finalmente formar filas, hechos sobrecogedora realidad, bajo las miradas de la Corte y de la embelesada Bau Si.

El rey Yu estaba muy satisfecho, y en particular le complacía el arrobamiento de su favorita; llena de felicidad, resplandecía como una flor y el rey nunca la había visto tan bella. Pero las festividades duran poco. También esta gran fiesta se extinguió y dio paso a la vida de todos los días: dejaron de ocurrir maravillas, no se hicieron realidad nuevos sueños de fábula. Esto resulta insoportable a las personas desocupadas y veleidosas. Pasadas unas semanas de la fiesta, Bau Si volvió a perder todo su buen humor. El pequeño juego con las torrecillas de arcilla y las campanillas colgadas de un hilo

resultaba tan insulso ahora, después de haber probado el gran juego. ¡Oh, cuán embriagador había resultado éste! Y todo estaba allí dispuesto, listo para repetir el sublime juego: allí estaban las torres y colgaban los tambores, allí montaban guardia los soldados y permanecían alerta los tambores en sus uniformes, todo estaba a la expectativa, pendiente de la gran orden, ¡y todo permanecía muerto e inservible en tanto no llegase esa orden!

Bau Si perdió la sonrisa, desapareció su aspecto resplandeciente; el rey contemplaba preocupado a su compañera preferida, privado de su consuelo nocturno. Tuvo que incrementar al máximo sus presentes, con tal de poder sacarle una sonrisa. Había llegado el momento de comprender la situación y sacrificar al deber la pequeña y dulce preciosidad. Pero Yu era débil. Que Bau Si recuperase la alegría, le parecía lo principal.

Así, sucumbió a la tentación que le preparaba la mujer, poco a poco y ofreciendo resistencia, pero sucumbió. Bau Si le arrastró tan lejos, que llegó a olvidar sus deberes. Cediendo a las súplicas mil veces repetidas, satisfizo el único gran deseo de su corazón: accedió a dar la señal a la guardia fronteriza, como si se avecinase el enemigo. En el acto resonó el profundo, conmovedor redoble del tambor de guerra. Esta vez, al rey le pareció un sonido terrible, y también Bau Si se asustó al oírlo. Mas luego se fue repitiendo todo el delicioso juego: en el horizonte se alzaron las pequeñas nubes de polvo, las tropas fueron llegando, a pie y a caballo, durante tres días seguidos, los generales hicieron reverencias, los soldados montaron sus tiendas. Bau Si estaba encantada, su rostro resplandecía. Pero el rey Yu pasó momentos difíciles. Se veía obligado a reconocer que no le había atacado ningún enemigo, que todo estaba en calma. Conque intentó justificar la falsa alarma diciendo que se trataba de un provechoso ejercicio. Nadie se lo discutió, todos se inclinaron y lo aceptaron. Pero los oficiales comenzaron a rumorear que habían sido víctimas de una desleal travesura del rey; éste había alarmado a toda la frontera y los había movilizado a todos, miles de hombres, con el mero objeto de complacer a su favorita. Y la mayor parte de los oficiales estuvieron de acuerdo en no volver a responder en el futuro a una orden de este tipo. Entretanto, el rey se esforzaba por levantar los ánimos de las disgustadas tropas con espléndidos obsequios. Bau Si había conseguido lo que quería.

Pero cuando comenzaba a retornar su malhumor y empezaba a sentirse nuevamente deseosa de repetir el insensato juego, ambos recibieron su castigo. Tal vez por casualidad, tal vez porque les habían llegado noticias de esos acontecimientos, un buen día los bárbaros cruzaron inesperadamente la frontera en grandes bandadas de jinetes. Las torres dieron su señal sin tardanza, el redoble lanzó su imperiosa exhortación y se fue difundiendo hasta el último recodo. Pero el exquisito juguete, con su mecánica tan admirable, parecía haberse roto: los tambores ya podían sonar, pero nada tañía en los corazones de los soldados y oficiales del país. Éstos no respondieron al tambor. Y el rey y Bau Si otearon en vano en todas direcciones; por ningún lado se levantaba la polvareda, en ninguna dirección se veían acercarse caracoleantes las pequeñas cabalgatas grises, nadie acudió en su ayuda.

El rey salió presuroso al encuentro de los bárbaros con las escasas tropas que tenía a mano. Pero el enemigo era —numeroso; derrotó a las tropas, tomó la Corte de Fong, destruyó el palacio, derribó las torres. El rey Yu perdió el reino y la vida, y otro tanto le ocurrió a su favorita Bau Si, de cuya pernicioso sonrisa aún siguen hablando los libros de historia.

Fong fue destruida, la cosa iba en serio. Éste fue el fin del juego de los tambores y del rey Yu y la sonriente Bau Si. El sucesor de Yu, el rey Ping, no tuvo más remedio que abandonar Fong y trasladar la Corte más hacia Oriente; Se vio obligado a comprar la futura seguridad de sus dominios por medio de pactos con monarcas vecinos y la cesión a éstos de grandes extensiones de territorio.

El Salto

Al intentar recoger para la preciada posteridad la vida del noble Willibald vom Ármel, el Joven, somos perfectamente conscientes tanto de la dificultad de nuestra tarea como de lo poco modernos que son estos trabajos y cuán mal considerados están. Una época que teje coronas para el inventor del cascanueces atómico y sólo consigue contener la afluencia del público a los viajes dominicales a Saturno con ayuda de grandes efectivos policiales, una época que sólo reconoce y venera el éxito material y los esfuerzos deportivos mesurables, no respetará, ni hará justicia ni tampoco se interesará por las hazañas de la estilística ni por los intentos de afinar el piano de Gottwalt Peter Harnischen, por no citar ya nuestra tentativa de honrar la memoria de Willibald vom Ármel, el Joven. En cambio, nos consuela y nos da ánimos pensar que los adoradores de esos estilistas, de ese Walt Harnisch o de nuestro bienaventurado Willibald vom Ármel, y quienes desdeñan el éxito y el progreso, saldrían muy malparados si actuaron pensando en la aprobación de los héroes recordman o de los excursionistas que pasan los domingos en la luna. Suponiendo que exista algo así como una ambición, que nos espolonee y nos anime, ésta es de otro tipo, más noble y más elevada.

El noble arte que Willibald practicó durante toda su vida no fue un invento suyo, lo aprendió ya de niño de su padre, y también éste ya había tenido antepasados y predecesores hasta un remoto pasado. En cualquier caso, él, Willibald el Viejo, no aprendió y comenzó a practicar el elevado ejercicio, que por lo general suele designarse como «El salto», a edad demasiado temprana, sino sólo cuando ya era adulto. Lo poco que sabemos de su vida puede resumirse en breves palabras. Era hijo de un oficial, que le educó con métodos severos y soldadescos y quería hacer de él también un oficial, pero no consiguió este propósito, pues Willibald, amargado por la dureza y severidad del padre, se resistió con firme obstinación a aquellos planes. Aunque por naturaleza se parecía a su padre y estaba muy bien dotado para los ejercicios deportivos y militares, se negó constantemente a seguir la profesión que aquél le había destinado y, con testaruda obstinación, dedicó su atención precisamente a aquellas ocupaciones y estudios que veía eran objeto de la mofa y el desprecio del padre: la literatura, la música, las ciencias filológicas. Logró imponer su voluntad y se hizo profesor. Adquirió fama como autor de la canción *Cómo alegra abril el corazón* la cual se cantó mucho durante décadas y fue una de las piezas favoritas de todos los cancioneros para estudiantes secundarios. Verdad es que las generaciones posteriores olvidaron tanto el texto como la melodía de la canción, se burlaron de su estilo, que había alegrado a toda una generación, y la eliminaron de los libros escolares. No sabemos si Willibald el Viejo alcanzó a vivir estos hechos, aunque sin duda le habría preocupado muy poco, pues cuando llevaba algunos años enseñando en escuelas secundarias, murió su padre, y nada más suceder esto, desapareció la actitud despectiva de Willibald con respecto a la vida de los soldados y oficiales, y con ella desaparecieron también sus aficiones musicales, que había exagerado por orgullo. Una vez desvanecida la autoridad contra la que tan firmemente se había rebelado, siguió alegremente las aptitudes e impulsos heredados, abandonó la gramática y la lira, inició la carrera de oficial y pronto dejó atrás los primeros escalafones. Luego, gracias a una misión en tierras del Este, conoció el Oriente y allí tuvo un encuentro que sería determinante en su vida. Tuvo oportunidad de contemplar las danzas derviches. Al principio lo hizo con esa actitud de curiosidad algo desdeñosa y escéptica que tantos occidentales consideran obligada en esas tierras, pero cada vez fue quedando más cautivo por la fuerza del entusiasmo y la entrega total que animaba a esos devotos danzarines y uno de ellos, un joven derviche de alta talla y actitud casi sobrehumana, cautivó particularmente su atención y conquistó su admiración y su amor. No cejó

hasta conseguir establecer contacto y finalmente una amistad con ese Achmed. Y a través de él aprendió Willibald ese raro ejercicio a cuyo servicio estaría dedicada su vida y más adelante la de su hijo: el salto sobre la propia sombra. Desde el momento en que descubrió que Achmed se retiraba frecuentemente para ejecutar ciertos ejercicios, durante los cuales se protegía cuidadosamente de cualquier mirada curiosa, no paró hasta conseguir que el derviche le confiara su secreto. A su apremiante pregunta de qué hacía tan solitario y escondido, Willibald recibió con sorpresa esta breve respuesta: «Salto sobre mi propia sombra.»

«Pero eso es imposible», exclamó Willibald, «es una locura.» «Ya lo verás», fue la respuesta de Achmed y convocó a su amigo para el día siguiente a una cierta hora en un lugar apartado detrás de los establos de una caravana. Y allí el occidental le vio saltar sobre su sombra, es decir: le vio saltar con tanta agilidad y rapidez, que no pudo dictaminar si el saltador había sido realmente más rápido o no que la sombra que competía con sus saltos sobre la arena. La sombra no permanecía quieta ni un momento, y el dueño de la sombra no parecía sentir la gravedad, saltaba y giraba en incesantes y veloces saltos como una mariposa o una libélula, plenamente concentrado en los brinco, giros, vueltas. Y no sólo no quedó claro si había saltado o no por encima de la sombra, sino que ello había perdido toda importancia para el sorprendido espectador, se había olvidado de prestarle atención, contemplaba al saltarín con la misma emoción y admiración, con la misma intuición de un milagro y una gracia divina, con que había contemplado en aquella ocasión la danza del coro derviche. Cuando Achmed concluyó su ejercicio, permaneció un rato quieto con los ojos cerrados, aparentemente ni acalorado ni mareado ni cansado, con una expresión de íntima satisfacción en el rostro. Cuando abrió los ojos, Willibald le dio las gracias con una profunda reverencia, como la que había practicado para la recepción del sultán. Le preguntó al amigo en qué pensaba mientras saltaba. «¿En quién?», dijo éste en voz baja. «En Aquél que no necesita saltar.» De momento, Willibald no comprendió. «... ¿no necesita saltar?», repitió en tono interrogante. Y Achmed: «Él es la luz misma y no tiene sombra.»

Hasta ese momento, la vida de Willibald el Viejo había sido una vida de metas, de esfuerzos y de ambición, primero había procurado ganar fama y admiración como maestro, como poeta y músico, luego siendo oficial había buscado la consideración y bienquerencia de sus superiores. En ese momento todo cambió. Su meta ya no estaba fuera de su persona y su felicidad, su satisfacción ya no podían ser realizadas o disminuidas desde el exterior. Desde ese momento, su meta fue alcanzar algo de la satisfacción y la luz que había visto brillar en la cara de Achmed después de saltar su sombra, su ansiedad tenía ese grado de fervor que había presenciado por primera vez en la danza revoloteante de los derviches y que ahora acababa de ver, más callada pero también más sublimada, en la devota danza del salto de la sombra.

Pese a que estaba acostumbrado a hacer rigurosos ejercicios físicos de muchas clases, tardó mucho tiempo en alcanzar, no ya la perfección de su amigo, pero sí al menos una cierta habilidad.

Los Dos Hermanos

(Para Marula)

Érase una vez un padre que tenía dos hijos. El uno era hermoso y fuerte, el otro pequeño y contrahecho; por ello despreciaba el grande al pequeño. Esto no le gustaba nada al menor y decidió emigrar lejos e ir por el mundo. Cuando hubo caminado un trecho, se cruzó con un carretero, y al preguntarle dónde iba con su carro, le contestó el carretero que tenía que llevar a los enanos sus tesoros a una montaña de cristal. El pequeño le preguntó cuál era la recompensa. La contestación fue que en pago recibía algunos diamantes. Entonces el pequeño tuvo ganas de ir también a donde estaban los enanos. Por eso preguntó al carretero si creía que los enanos le admitirían. El carretero dijo que no lo sabía, pero llevó al pequeño consigo. Por fin llegaron al monte de cristal, y el guardián de los enanos recompensó ricamente al carretero por su molestia y le despidió. Entonces se lo dijo todo. El enano dijo que le siguiera. Los enanitos le admitieron de buena gana y llevó desde entonces una vida espléndida.

Ahora veamos lo que pasó con el otro hermano. Éste, durante mucho tiempo, lo pasó muy bien en casa. Pero cuando se hizo mayor, tuvo que ser soldado e irse a la guerra. Fue herido en el brazo derecho y tuvo que pedir limosna. Así llegó el pobre también una vez a la montaña de cristal y vio allí a un hombre contrahecho, pero no sospechaba que fuera su hermano. Mas éste le reconoció en seguida y le preguntó qué era lo que deseaba.

—¡Oh!, señor, estaré agradecido si me dais una corteza de pan, que tengo mucha hambre.

—Ven conmigo —dijo el pequeño.

Y entró en la cueva cuyas paredes refulgían de diamantes puros.

—Puedes tomar un puñado de ellos si eres capaz de desprender las piedras sin ayuda —dijo el contrahecho.

El mendigo intentó con su mano sana desprender algo de la roca de diamantes, pero naturalmente no le fue posible. Entonces dijo el pequeño:

—Tal vez tengas un hermano, te permito que él te ayude.

El mendigo rompió en llanto y dijo:

—Ciertamente, tenía antaño un hermano, pequeño y contrahecho como usted, y tan bueno y amable, él seguramente me habría ayudado, pero yo le eché inhumanamente de mi lado, y hace ya mucho tiempo que no sé nada de él.

Entonces dijo el pequeño:

—Pues yo soy tu pequeño. No sufrirás más privaciones, quédate conmigo.

Que entre mi cuento y el de mi nieto y colega existe un parecido o parentesco no es seguramente ningún error de apreciación del abuelo. Un psicólogo vulgar acaso interpretaría los dos ensayos infantiles de este modo: cada uno de los dos narradores habrá de ser identificado con el héroe de su cuento, y tanto el piadoso muchacho Pablo como el pequeño contrahecho se inventan un doble cumplimiento de su deseo, o sea, en primer lugar, recibir una cantidad masiva de regalos, sean juguetes y libros o toda una montaña de piedras preciosas y una vida regalada con los enanitos, o sea, con sus semejantes, lejos de los mayores, adultos, normales. Más allá de ello, empero, se atribuye cada uno de los narradores de cuentos poéticamente una gloria moral, una corona de virtudes, pues compasivamente da su tesoro al pobre (lo que en realidad no habrían hecho ni el «viejo» de diez años ni el mozuelo de diez años). Será cierto así, no quiero hacer objeciones. Pero también me parece que el cumplimiento del deseo se realiza en la región de lo imaginario y del juego, por lo menos de mí mismo puedo decir que a la edad de diez

años no era ni capitalista ni comerciante de joyas, y que con seguridad aún no había visto nunca a sabiendas un diamante. En cambio, ya conocía algunos cuentos de Grimm, y tal vez también a Aladino y su lámpara maravillosa, y la montaña de piedras preciosas era para el niño menos la representación de riquezas que un sueño de inaudita belleza y poder mágico. Y singular me pareció también que en mi cuento no aparezca ningún «buen Dios», a pesar de que en mí hubiera sido probablemente más natural y más real la alusión que en mi nieto, que sólo «en el colegio» había llegado a tener curiosidad por Él.

Lástima que la vida sea tan corta y esté tan sobrecargada de obligaciones y tareas de actualidad, aparentemente importantes e indispensables; a veces por la mañana, no se atreve uno a levantarse de la cama porque sabe que la gran mesa de despacho está todavía colmada de asuntos sin despachar y que durante el día, el correo los duplicará encima.

Si no, aún se podría hacer algún que otro juego divertido de meditación con los dos manuscritos infantiles. A mí, por ejemplo, nada me parecería más interesante que una investigación comparativa del estilo y de la sintaxis en los dos ensayos. Pero para juegos tan atractivos no es nuestra vida lo bastante larga. Al fin y al cabo no estaría tampoco indicado perturbar tal vez el desarrollo del sesenta y tres años menor de los dos autores por medio del análisis y la crítica. Pues es, el menor según las circunstancias, puede llegar todavía a ser alguien, pero no así el viejo.

La Ejecución

En su peregrinación, el maestro y algunos de sus discípulos bajaron de la montaña al llano y se encaminaron hacia las murallas de la gran ciudad. Ante la puerta se había congregado una gran muchedumbre. Cuando se hallaron más cerca vieron un cadalso levantado y los verdugos ocupados en llevar a rastras hacia el tajo a un individuo ya muy debilitado por el calabozo y los tormentos. La plebe se agolpaba alrededor del espectáculo. Hacían mofa del reo y le escupían, movían bulla y esperaban con impaciencia la decapitación.

—¿Quién será y qué delitos habrá perpetrado —se preguntaban unos a otros los discípulos- para que la multitud desee su muerte con tanto afán? Aquí no se ve a nadie que manifieste compasión ni que llore.

—Supongo que será un hereje —dijo el maestro con tristeza.

Siguieron acercándose, y cuando se vieron confundidos con el gentío los discípulos preguntaron a izquierda y derecha quién era y qué crímenes había cometido el que en aquellos momentos se arrodillaba frente al tajo.

—Es un hereje —decía la gente muy indignada-. ¡Hola! ¡Ahora inclina su cabeza condenada! ¡Acabemos de una vez! En verdad ese perro quiso enseñarnos que la ciudad del Paraíso tiene sólo dos puertas, ¡cuando a todos nosotros nos consta perfectamente que las puertas son doce!

Asombrados, los discípulos se reunieron alrededor del maestro y le preguntaron:

—¿Cómo lo adivinaste, maestro?

Él sonrió y, mientras echaba de nuevo a andar, dijo en voz baja:

—No ha sido difícil. Si fuese un asesino, o un bandolero o cualquier otra especie de criminal, habríamos visto entre las gentes del pueblo pena y compasión. Muchos llorarían y algunos hasta pondrían el grito en el cielo proclamando su inocencia. Al que tiene una creencia diferente, en cambio, se le puede sacrificar y echar su cadáver a los perros sin que el pueblo se inmute.

La Fábula de los Ciegos

Durante los primeros años del hospital de ciegos, como se sabe, todos los internos detentaban los mismos derechos y sus pequeñas cuestiones se resolvían por mayoría simple, sacándolas a votación. Con el sentido del tacto sabían distinguir las monedas de cobre y las de plata, y nunca se dio el caso de que ninguno de ellos confundiese el vino de Mosela con el de Borgoña. Tenían el olfato mucho más sensible que el de sus vecinos videntes. Acerca de los cuatro sentidos consiguieron establecer brillantes razonamientos, es decir que sabían de ellos cuanto hay que saber, y de esta manera vivían tranquilos y felices en la medida en que tal cosa sea posible para unos ciegos.

Por desgracia sucedió entonces que uno de sus maestros manifestó la pretensión de saber algo concreto acerca del sentido de la vista. Pronunció discursos, agitó cuanto pudo, ganó seguidores y por último consiguió hacerse nombrar principal del gremio de los ciegos. Sentaba cátedra sobre el mundo de los colores, y desde entonces todo empezó a salir mal.

Este primer dictador de los ciegos empezó por crear un círculo restringido de consejeros, mediante lo cual se adueñó de todas las limosnas. A partir de entonces nadie pudo oponérsele, y sentenció que la indumentaria de todos los ciegos era blanca. Ellos lo creyeron y hablaban mucho de sus hermosas ropas blancas, aunque ninguno de ellos las llevaba de tal color. De modo que el mundo se burlaba de ellos, por lo que se quejaron al dictador. Éste los recibió de muy mal talante, los trató de innovadores, de libertinos y de rebeldes que adoptaban las necias opiniones de las gentes que tenían vista. Eran rebeldes porque, caso inaudito, se atrevían a dudar de la infalibilidad de su jefe. Esta cuestión suscitó la aparición de dos partidos.

Para sosegar los ánimos, el sumo príncipe de los ciegos lanzó un nuevo edicto, que declaraba que la vestimenta de los ciegos era roja. Pero esto tampoco resultó cierto; ningún ciego llevaba prendas de color rojo. Las mofas arreciaron y la comunidad de los ciegos estaba cada vez más quejosa. El jefe montó en cólera, y los demás también. La batalla duró largo tiempo y no hubo paz hasta que los ciegos tomaron la decisión de suspender provisionalmente todo juicio acerca de los colores.

Un sordo que leyó este cuento admitió que el error de los ciegos había consistido en atreverse a opinar sobre colores. Por su parte, sin embargo, siguió firmemente convencido de que los sordos eran las únicas personas autorizadas a opinar en materia de música.

La Leyenda del Rey Indio

En la antigua India de los dioses, muchos siglos antes del advenimiento de Gotama Buda el excelso, sucedió que los brahmanes ungieron a un nuevo rey. Este joven monarca gozó de la confianza y las enseñanzas de dos sabios varones que le enseñaron a purificarse mediante el ayuno, a someter a la voluntad los impulsos tormentosos de su sangre y a preparar su mente para el entendimiento del Todo y Uno.

En efecto, por esta época habían estallado entre los brahmanes ardorosas polémicas sobre los atributos de los dioses, sobre las relaciones de unas divinidades con otras y sobre las de éstas con el Todo y Uno. Algunos pensadores empezaban a negar la existencia de múltiples divinidades, y postulaban que los nombres de éstas no eran más que denominaciones de los aspectos sensibles del Uno invisible. Otros negaban con apasionamiento estas doctrinas y se aferraban a las viejas divinidades, sus nombres y sus imágenes; ellos precisamente no creían que el Todo y Uno fuese un ser concreto, sino sólo un nombre aplicado al conjunto de todas las divinidades. De manera similar, para unos las palabras sagradas de los himnos eran creaciones temporales, y por consiguiente mudables, mientras otros las tenían por primigenias y la única cosa auténticamente inmutable. En estos aspectos del conocimiento de lo sagrado, lo mismo que en los de... se manifestaba el afán de llegar a conocer las verdades últimas, y por eso dudaban y discutían sin descanso de qué fuese el Espíritu mismo, o sólo su nombre, otros rechazaban esta distinción entre el Espíritu y la palabra, considerando que el ser y su imagen eran entidades inseparables. Casi dos mil años más tarde los mejores ingenios de la Edad Media occidental discutirían casi exactamente los mismos puntos. Y aquende como allende hubo pensadores serios y luchadores desinteresados, pero también hubo prebendados desprovistos de espíritu y de caridad a quienes preocupaba únicamente que tales discusiones no redundasen en el desprestigio del culto o del templo, ni que la libertad de pensamiento o de discusión sobre la naturaleza de las divinidades fuese a mermar, por ventura, el poderío ni las rentas de la casta sacerdotal. Lo que ellos querían era seguir viviendo como parásitos del pueblo; cuando el hijo o la vaca de alguno caían enfermos, los sacerdotes se le metían en casa durante semanas y le chupaban toda la hacienda en forma de ofrendas y de sacrificios.

Y también aquellos dos brahmanes de cuyas enseñanzas disfrutaba el rey, siempre ávido de saber, estaban reñidos en cuanto a las verdades últimas. Pero como ambos tenían fama de gran sabiduría, el rey, entristecido por tal desavenencia, solía decirse: «Si ni siquiera estos dos sabios consiguen ponerse de acuerdo en cuanto a la verdad, ¿cómo podré conocerla nunca yo, con mi flaco entendimiento? No dudo de que debe existir una verdad única e indivisible, pero me temo que ni siquiera los brahmanes puedan llegar a conocerla con seguridad».

Cuando los interrogaba al respecto, sus dos preceptores contestaban:

—Muchos son los caminos, pero el destino es único. Ayuna, mortifica las pasiones de tu corazón, recita las estrofas sagradas y medita acerca de ellas.

El rey hizo de buena gana lo que le aconsejaban, y realizó grandes progresos en la sabiduría, pero sin alcanzar nunca su meta de poder contemplar la verdad última. Ciertamente logró superar las pasiones de la sangre, así como aborrecer los deseos y los placeres animales. E incluso para comer y beber tomaba solamente lo indispensable (un plátano al día y unos granos de arroz). Así se purificaba de cuerpo y espíritu, y enfocaba al objetivo definitivo todas sus fuerzas e impulsos de su alma. Las palabras sagradas, cuyas sílabas antes le parecían monótonas y vacías, desplegaban ahora para él todos los encantos de su magia y le dispensaban consuelo íntimo. En estos torneos y ejercicios de la razón

iba conquistando premio tras premio. Pero siguió sin hallar la clave del secreto final y de todos los misterios del ser, y eso lo tenía triste y cariacontecido.

Entonces decidió disciplinarse por medio de una gran penitencia. Para lo cual se encerró durante cuarenta días en la más apartada de sus estancias sin probar bocado y durmiendo en el suelo, sin manta ni almohada. Su cuerpo enflaquecido exhalaba un aroma de pureza, su rostro delgado relucía de un brillo interior y su mirada avergonzaba a los brahmanes por la ecuanimidad purísima que traslucía. Superada esta prueba de cuarenta días, convocó a todos los brahmanes en el atrio del templo para que ejercitasen su ingenio en la resolución de las cuestiones más difíciles. Y mandó traer vacas blancas con las frentes adornadas de cadenas de oro, como premio para los vencedores del concurso.

Los sacerdotes y los sabios acudieron, tomaron asiento y se enzarzaron sin demora en la batalla de las ideas y de las palabras. Paso a paso demostraron la exacta correspondencia entre los dos mundos, el sensible y el del espíritu, afilaron sus inteligencias en la interpretación de los versículos sagrados y disertaron sobre el Brahma y el Atman. El ser elemental de cien brazos fue comparado con el viento, con el fuego, con el agua, con la sal disuelta en el agua, con la unión del hombre y la mujer. También idearon parábolas e imágenes para describir el Brahma creador de dioses que son más grandes que el mismo Brahma, y distinguieron entre el Brahma creador y el que encierra en sí lo creado, de manera que procuraban compararlo consigo mismo. Y argumentaron brillantemente sobre si el Atman es anterior a su nombre, o si su nombre es idéntico a su esencia o sólo una creación de ésta.

Una y otra vez intervino el rey proponiendo temas para nuevos interrogantes. Sin embargo, cuanto más prodigaban los brahmanes sus respuestas y sus explicaciones, más solo y abandonado se hallaba entre ellos el rey. Cuando más preguntaba y asentía al escuchar las respuestas, y mandaban que fuesen premiadas las más ingeniosas, más ardía en su interior el anhelo de la verdad misma. Pues bien se daba cuenta de que todos aquellos discursos y análisis no servían sino para dar vueltas alrededor de ella, pero sin tocarla nunca. Nadie lograba entrar en el círculo interior. De manera que, conforme iba proponiendo preguntas y repartía honores, se veía a sí mismo como un niño dedicado junto con otros niños a una especie de juego. Hermoso, sí, pero de los que provocan sonrisas indulgentes por parte de los hombres adultos.

Por eso el rey fue ensimismándose cada vez más, pese a hallarse en medio de la gran asamblea. Cerró todos los sentidos y dirigió su voluntad ardiente a ese foco, la verdad, pues sabía que todos los seres participan de ella y duerme en el interior de cada uno, también en el de los reyes. Y como era un ser puro, en cuyo interior no subsistía ninguna escoria, fue encontrando suficiencia y claridad dentro de sí mismo. Cuanto más se sumía en sí, mayor era la luz que percibía, como el que camina dentro de una caverna y cada paso le lleva más y más cerca del resplandor de la salida.

Mientras tanto, los brahmanes continuaron largo rato hablando y discutiendo, sin darse cuenta de que el rey estaba como sordo y mudo. Se exaltaban, alzaban las voces cada vez más, y no pocos manifestaban así la envidia por las vacas que habían correspondido a otros.

Hasta que, por fin, uno de ellos reparó en la distracción del monarca. Interrumpiendo su discurso, levantó la mano y lo señaló con el dedo, y su interlocutor calló e hizo lo mismo, y el vecino de éste también. Al fondo del atrio algunos grupos alborotaban y charlaban todavía, pero la mayoría guardaba un silencio sepulcral. Hasta que callaron todos, sentados sin decir nada y mirando al rey, que se mantenía erguido, el semblante impassible, la vista dirigida al infinito. Y su rostro irradiaba una luz fría y clara como la de una estrella. Entonces todos los brahmanes se inclinaron ante su éxtasis y comprendieron que cuanto estaban haciendo era sólo un juego de niños, mientras que el personaje real estaba habitado por Dios mismo, el epítome de todos los dioses.

Pero el rey, cuyos sentidos estaban fundidos en la unidad y vueltos hacia lo interior, seguía contemplando la verdad misma, indivisible, en forma de luz pura que infundía en su interior una certeza dulcísima, a la manera en que un rayo de sol cuando atraviesa una piedra preciosa la convierte en luz y sol, con lo que criatura y creador se hacen uno.

Luego volvió en sí, y cuando miró a su alrededor, sus ojos reían y su frente brillaba como un lucero. Despojándose de sus ropas, salió del templo, salió de la ciudad y del reino, y se adentró desnudo en la selva, donde desapareció para siempre.

Leyenda China

Esto se cuenta acerca de Meng Hsie.

Cuando supo que últimamente los artistas jóvenes se ejercitaban en colocarse cabeza abajo, decían que para ensayar una nueva visión, inmediatamente Meng Hsie practicó también este ejercicio. Y después de probarlo un rato declaró a sus discípulos:

—Cuando me coloco cabeza abajo se me presenta el mundo bajo un aspecto nuevo y más hermoso.

Esto se comentó, y los jóvenes artistas se ufanaban no poco de que el anciano maestro hubiese respaldado así sus experimentos.

Se sabía que apenas hablaba, y que enseñaba a sus discípulos no mediante doctrinas sino con su simple presencia y su ejemplo. Por eso sus manifestaciones llamaban mucho la atención y se difundían por todas partes.

Poco después de que aquellas palabras suyas hubiesen hecho las delicias de los innovadores y sorprendido e incluso indignado a muchos de los antiguos, se supo que había hablado otra vez. Contaban que había dicho:

—Es bueno que el hombre tenga dos piernas, porque ponerse cabeza abajo no favorece la salud. Además, cuando se incorpora el que estuvo cabeza abajo el mundo se le representa doblemente más hermoso que antes.

Estas palabras del maestro escandalizaron a los jóvenes antipodistas, que se sintieron traicionados o burlados, y también a los mandarines.

—Tal día dice Meng Hsie tal cosa, y al día siguiente dice lo contrario —comentaban los mandarines—. Es imposible que ambas sean verdaderas. ¿Quién hace caso del anciano cuando le flaquea el entendimiento?

Algunos fueron a contarle al maestro lo que decían de él tanto los innovadores como los mandarines. Él se limitó a reír. Y como sus seguidores le demandaran una explicación, dijo:

—La realidad existe, pequeños míos, y ésa es incontrovertible. Verdades, en cambio, es decir, opiniones acerca de la realidad expresadas mediante palabras, hay muchas, y todas ellas son tan verdaderas como falsas.

Y por mucho que insistieron, los discípulos no consiguieron sacarle una palabra más.

Parábola China

Un anciano llamado Chunglang, que quiere decir «Maese La Roca», tenía una pequeña propiedad en la montaña. Sucedió cierto día que se le escapó uno de sus caballos y los vecinos se acercaron a manifestarle su condolencia.

Sin embargo el anciano replicó:

—¡Quién sabe si eso ha sido una desgracia!

Y hete aquí que varios días después el caballo regresó, y traía consigo toda una manada de caballos cimarrones. De nuevo se presentaron los vecinos y lo felicitaron por su buena suerte.

Pero el viejo de la montaña les dijo:

—¡Quién sabe si eso ha sido un suceso afortunado!

Como tenían tantos caballos, el hijo del anciano se aficionó a montarlos, pero un día se cayó y se rompió una pierna. Otra vez los vecinos fueron a darle el pésame, y nuevamente les replicó el viejo:

—¡Quién sabe si eso ha sido una desgracia!

Al año siguiente se presentaron en la montaña los comisionados de «los Varas Largas». Reclutaban jóvenes fuertes para mensajeros del emperador y para llevar su litera. Al hijo del anciano, que todavía estaba impedido de la pierna, no se lo llevaron.

Chunglang sonreía.

La Conversión de Casanova

En Stuttgart, hacia donde lo atrajo la fama mundial de la lujuriosa corte de Carlos Eugenio, no le fue bien a Giacomo Casanova, el caballero de fortuna. Ciertamente, como en toda ciudad del orbe volvió a encontrarse enseguida con una cantidad de viejos conocidos, entre ellos la veneciana Gardella, por entonces favorita del duque; y pasó algunos días alegre y despreocupado en compañía de bailarines y bailarinas, músicos y actrices de su amistad. Asimismo parecía que tenía asegurada una buena acogida en casa del embajador austríaco, en la corte y aun en la del propio duque. Pero apenas entrado en calor, el tarambana salió una noche de francachela en compañía de algunos oficiales. Se intercambiaron apuestas y corrió vino de Hungría y el final de la diversión fue que Casanova perdió en el juego marcos por un equivalente a cuatro mil luises de oro, sus costosos relojes y sortijas y tuvo que hacerse llevar en coche a su casa en deplorable estado de ánimo. A todo esto se agregó un desgraciado proceso. Las cosas habían llegado tan lejos para el temerario que amén de la pérdida de sus bienes también se vio en peligro de ser incorporado al regimiento del duque en calidad de soldado forzoso. Por supuesto, no le faltó tiempo para poner los pies en polvorosa. Él, a quien había convertido en una celebridad su huida de las cámaras de plomo venecianas, también pudo escapar de la captura que pesaba sobre él en Stuttgart y hasta le fue posible salvar su baúl con el que pudo llegar a salvo a Furstenberg, después de pasar por Tubingia.

Sin embargo, aquel individuo ágil no causaba la menor impresión de ser un hombre golpeado por el destino. En la posada fue servido como viajero de primera categoría a causa de su atuendo y de la prestancia de su porte. Lucía un reloj de oro adornado con piedras preciosas, a veces tomaba una pizca de rapé de una cajita de oro, a veces de otra de plata, vestía ropas extraordinariamente finas, delicadas, calzas de seda y puntillas holandesas. El valor de sus prendas, piedras, puntillas y joyas había sido justipreciado hacía poco en Stuttgart por un entendido en cien mil francos. No hablaba alemán, pero su francés era perfecto y sus modales los de un acaudalado, mimado pero bondadoso caballero en viaje de placer. Era exigente, pero no escatimaba propinas ni se mostraba remiso en el pago de la consumición.

Al cabo de un viaje precipitado había llegado a aquella localidad de noche. Mientras se lavaba y empolvaba le prepararon a su pedido una cena excelente que, acompañada de una botella de vino del Rin, le ayudó a pasar pronto y de manera agradable el resto de aquella jornada. Seguidamente se retiró a descansar a hora temprana y durmió maravillosamente hasta la mañana. Sólo entonces consideró llegado el momento de poner en orden sus asuntos.

Después el desayuno que tomó mientras se vestía, hizo sonar la campanilla para pedir tinta, una pluma y papel. Enseguida apareció una bonita muchacha de buenas maneras y dejó sobre la mesa las cosas pedidas. Casanova agradeció con cortesía, primeramente en italiano, luego en francés y comprobó de tal modo que la preciosa rubia entendía el segundo idioma,

— Usted no puede ser una mucama — dijo en tono serio pero cordial—. Sin duda, es la hija del posadero.

— Usted lo ha adivinado, mi señor.

—¿Verdad? Envidio a vuestro padre, bella señorita. Es un hombre afortunado.

—¿Por qué lo dice?

— Porque no me cabe ni la menor duda. Todas las mañanas y todas las noches puede besar a la más hermosa y amable de las hijas.

—¡Qué va, distinguido señor! Jamás lo hace.

— Entonces comete una injusticia y es de lamentar. Yo, en su lugar, sabría valorar semejante dicha.

— Pretendéis turbarme

—¡Pero niña! ¿Acaso tengo aspecto de Don Juan? Por mis años podría ser vuestro padre.

Tomó su mano y prosiguió:

— Estampar en esa frente un beso de padre debe ser una dicha plena de emoción.

Depositó en la frente de la niña un tierno beso.

— Permita esto a un hombre que es padre. Además, debo ponderar su mano.

—¿Mi mano?

— He besado las manos de princesas que junto a las suyas no merecerían ser exhibidas. ¡Por mi honor!

Diciendo esto beso su diestra. Primeramente la besó con suavidad y respeto en el dorso, luego la volvió y la beso en el lugar del pulso y en seguida besó también cada uno de los dedos.

La niña arrebolada por completo se echó a reír y con una genuflexión burlona retrocedió y abandonó la habitación.

Casanova sonrió y se sentó a la mesa. Tomó un pliego de papel y con caligrafía leve y elegante escribió la fecha: "Fürstenberg, 6 de abril de 1760". Luego empezó a meditar. Hizo la hoja de papel a un lado, extrajo un diminuto cortaplumas de tocador de plata del bolsillo de su chaleco de terciopelo y durante un rato estuvo limándose las uñas.

A continuación escribió a pluma corriente y pocas interrupciones una de sus ágiles misivas. Iba dirigida a aquellos oficiales de Stuttgart, que lo había puesto en situación desesperada. Los culpaba de haber echado en su vino de Tokay un brebaje narcotizante para engañarlo en el juego y hacer que las meretrices lo despojaran de sus objetos de valor. La carta concluía con un audaz desafío. Los esperaba en Fürstenberg dentro de los próximos tres días y abrigaba la esperanza de poden matarlos a los tres y de este modo duplicar su fama en Europa.

Hizo tres copias del mismo tenor y las dirigió a Stuttgart a los distintos destinatarios. Estaba en este menester cuando golpearon a la puerta. Era de nuevo la bonita hija del posadero. Pidió disculpas por haberlo importunado, pero había olvidado traer en su primera visita el recipiente de arena. Y bien, se lo había traído y renovaba sus excusas.

—¡Qué ocasión tan favorable! — exclamó el caballero en tanto se ponía de pie—. También yo olvide algo que quisiera reparar en este momento.

— ¿De veras? ¿Que es?

— Ha sido una afrenta a su belleza. Me siento muy feliz de poder enmendar mi falta.

Antes de que la niña pudiera apartarse la tomo por el talle y la atrajo hacia sí. La joven chilló y opuso resistencia, pero con tan poco énfasis que el experto amante vislumbró su seguro triunfo. Con fina sonrisa beso su boca y ella devolvió el ósculo. Se instaló en el sillón, la sentó en su regazo y le dijo mil palabras tiernas y zalameras, de las que siempre tenía disponibles en tres idiomas diferentes. Unos cuantos besos más, una chanza amorosa, una risa ahogada y la rubia consideró llegado el momento de emprender la retirada.

— No me delate, queridísima. ¡Hasta la vista!

La joven abandono la estancia y Casanova se puso a silbar una melodía veneciana, ordenó la mesa y reanudó su trabajo. Selló las tres cartas y las llevó al posadero para que se las despachara por el correo rápido. Al mismo tiempo echó una mirada a la cocina, donde pendían muchas ollas sobre el fuego. El posadero lo acompañó.

—¿Qué hay de bueno el día de hoy?

— Truchas tiernas, distinguido señor.

—¿Asadas?

— Asadas, ciertamente.

—¿Qué aceite usa?

— Nada de aceite, señor Barón. Aquí cocinamos con manteca.

—¡Vaya! ¿Dónde tiene la manteca?

Se la mostraron, la olió y la probó.

— Procure tener manteca fresca todos los días, en tanto dure mi permanencia en su posada. Por supuesto con cargo a mi cuenta.

— Descuide.

— Señor posadero, tiene usted perla por hija, sana, bonita y juiciosa. Yo soy padre también y tal circunstancia aguza el ojo.

— Tengo dos, señor Barón.

—¿Cómo, dos hijas? ¿Y ambas crecidas?

Por cierto. Quien lo sirvió es la mayor. La otra atenderá su mesa.

— Sin duda no hará menos honor a su educación que la mayor. Nada valoro tanto en las jovencitas como la modestia y la inocencia. Sólo quien tiene familia puede saber cuanto dice esto y con cuanto esmero debe ser protegida la juventud.

El viajero dedicó las horas previas al almuerzo a su arreglo personal. Se rasuro por sus propios medios pues su sirviente no lo había podido acompañar en su precipitada fuga de Stultgart. Se empolvo se mudo de chaqueta. Y cambió las pantuflas por zapatos de fino y suave cuero, cuya hebilla reproducía la forma de un lirio y provenía de París. Como faltaba aun la hora del almuerzo extrajo de una carpeta un cuadernillo manuscrito a cuyo estudio se dedicó, lápiz en mano. Se trataba de tablas de números y cálculos de probabilidades. En París, Casanova había ayudado a sanear las finanzas harto desquiciadas del rey mediante la inauguración de una agencia de lotería, y con ello ganó para si una fortuna. Uno de sus cien planes futuros era perfeccionar su sistema e introducirlo en las residencias necesitadas de fondos, como por ejemplo en Berlín o San Petersburgo. Con presteza y seguridad su mirada recordó las hileras de números, ayudada por su dedo índice; y ante su visión interior se balancearon sumas millonarias y multimillonarias.

Ya en la mesa, las dos hermanas se dividieron su atención. La comida era excelente y el vino bueno. Además, entre los comensales Casanova encontró por lo menos uno con quien valía la pena iniciar una conversación. Era un joven hombre de ingenio, semierudito, vestido de manera mediocre y dueño de un italiano bastante bueno. Afirmó que se hallaba en un viaje de estudios por Europa y trabajaba en la refutación del libro de Voltaire.

—¿Me enviará su libro cuando esté impreso, verdad ? Tendré el honor de retribuirle con una obra de míos horas de inspiración.

— Será un honor para mí. ¿Puede adelantarme su título

— Con placer. Se trata de una traducción al italiano de la Odisea a la cual estoy trabajando desde hace tiempo.

Y charló con fluidez y ligereza sobre muchas cosas ingeniosas, sobre la originalidad la métrica y la poesía de su lengua vernácula, sobre la rima y el ritmo, sobre Homero y Ariosto, el divino Ariosto, de quien declamó unos diez versos.

Pero entretanto, encontraba oportunidad para halagar con alguna gentileza a las dos bonitas hermanas y cuando se levantó de la mesa se acercó a la más joven, le dijo unas cuantas lisonjas respetuosas y le preguntó si dominaba el arte del peinado. Como le contestó afirmativamente, le solicitó que le brindara ese servicio a la mañana siguiente.

—¡Oh, yo también lo hago con igual perfección! — exclamó la mayor.

—¿De veras? Entonces os turnaréis —y dirigiéndose a la menor agregó—. La espero después del desayuno, ¿de acuerdo?

Por la tarde escribió unas cuantas cartas más, otras a la bailarina Binetti en Stuttgart, que lo había ayudado en su fuga y a quien le rogaba que se ocupara de su sirviente que se había quedado rezagado en esa ciudad. Este servidor se llamaba Leduc, pasaba por se español y era un inservible de gran fidelidad, y Casanova dependía más de él de lo que hubiera podido sospecharse dada su frivolidad.

Otra carta iba dirigida a su banquero holandés y una tercera a una de sus amantes, radicada en Londres. Seguidamente se dedicó a meditar sobre otros menesteres que reclamaban su atención. En primer lugar debía esperar la llegada de los tres oficiales, así como también noticias de su sirviente. El Pensamiento de los inminentes duelos a pistola lo tornó grave y taciturno y resolvió volver a revisar su testamento al día siguiente. Si todo también salía bien, pensaba dirigirse a Viena dando algunos rodeos. Disponía de varias recomendaciones en esa ciudad.

Después de un paseo tomó su cena y luego se dedicó a la lectura en su habitación para mantenerse despierto pues a las once esperaba la visita de la hija mayor del posadero.

Cálidas ráfagas de viento soplaron en derredor de la casa y trajeron consigo breves chaparrones. Casanova pasó los días que siguieron del mismo modo que el primero, con la única variación de que la hija menor del posadero venía a menudo a brindarle su compañía. Así pues, además de la lectura y la correspondencia, tenía bastante que hacer amén de gozar del amor y ponerse en guardia contra las constantes escenas de sorpresa y celos de las dos rubias. Pasaba las horas del día y de la noche meditando sabiamente, sin olvidar su testamento y manteniendo a punto sus hermosas pistolas y sus accesorios.

Pero los tres oficiales desafiados no se presentaron. No aparecieron ni escribieron el segundo ni el tercer día. El aventurero, en quien la primera oleada de ira hacía tiempo había cedido, en el fondo no tenía grandes objeciones que hacer a la conducta de aquellos hombres.

Pero más lo intranquilizaba la ausencia de Leluc, su sirviente. Decidió esperar un día más. Mientras tanto, las enamoradas niñas lo compensaban por sus lecciones en el arte amatorio enseñándole algo de alemán a él, el eterno sediento de aprender.

Al cuarto día la paciencia de Casanova amenazaba con haber llegado a su fin. Pero muy temprano por la mañana llegó Leduc montado en jadeante cabalgadura, salpicado del barro de los caminos empantanados por las lluvias, anuncio de la próxima primavera. Alegre y emocionado, el amo fue a darle la bienvenida y Leluc se apresuró a proporcionarle las noticias que traía antes de lanzarse sobre el pan, el jamón y el vino.

— Ante todo, señor caballero — empezó —, encargue caballos y tome las providencias necesarias para que hoy mismo alcancemos la frontera suiza. Por cierto no vendrán los oficiales a batirse en duelo con usted, pero sé con toda certeza que si se queda aquí muy pronto será molestado por espías, perseguidores y asesino a sueldo. El duque mismo parece que está indignado con usted y que le ha negado su protección. Así pues, dése prisa.

Casanova no perdió tiempo en pensar. Tampoco se dejó ganar por la agitación. Ya en otros tiempos el infortunio le había estado pisando los talones, pero hizo caso a su sirviente y encargó caballos para dirigirse a Schaffhausen.

No disponía de tiempo para despedidas. Pagó su cuenta, regaló a la mayor un peine de carey como recuerdo y a la menor le hizo la solemne promesa de regresar a la mayor brevedad. Llenó su baúl y a las tres horas de la llegada de Leluc ambos se encontraban sentados en la diligencia. Hubo agitar de pañuelos y voces de despedida. El coche equipado con rápidos caballos abandonó el patio de la posada y empezó a correr velozmente por la carretera mojada.

Augusto

En la Mostackerstrasse vivía una joven mujer que poco después de su casamiento había perdido a su marido a causa de una desgracia. Pobre y abandonada en su pequeño cuarto, esperaba un hijo que no tendría a su padre. Y porque se encontraba tan sola, todos sus pensamientos se demoraban siempre en torno a la criatura aguardada, y no había nada tan hermoso, espléndido y digno de envidia que no hubiera pensado, deseado y soñado para este hijo. Una casa de piedra con espejos y una fuente en el jardín le parecían algo bastante bueno para el pequeño, y en lo que hacía al futuro, su hijo habría de convertirse por lo menos en profesor o en rey.

Junto a la pobre señora Elisabeth vivía un viejo al que pocas veces se veía salir, un tipo raro, pequeño y gris, que llevaba un gorro con borla y un paraguas verde, cuyas varillas eran de barbas de ballena como en los tiempos de antes. Los chicos le temían, y los grandes decían que algo debía esconder para vivir tan retraído. A veces no era visto durante largo tiempo por persona alguna, pero ocasionalmente se oía de noche una música suave que salía de su casita ruinoso, y que parecía sonar a través de muchos instrumentos pequeños y delicados. Entonces las criaturas que pasaban por allí preguntaban a sus madres si allí dentro no estarían cantando los ángeles, o quizá las ondinas, pero aquéllas no sabían nada y decían: «No, no, eso debe ser una cajita de música».

Este hombrecito, a quien los vecinos se dirigían con el nombre de señor Bisswanger, tenía una amistad peculiar con la señora Elisabeth. Nunca cambiaban una palabra entre sí, pero el pequeño y viejo señor Bisswanger saludaba siempre del modo más amable cuando pasaba junto a la ventana de su vecina, y ella respondía con una agradecida inclinación de cabeza y lo apreciaba. Ambos se decían: si alguna vez me llegara a ir muy mal, seguro que entonces me presento en la casa vecina para pedir consejo. Y cuando comenzaba a oscurecer, y la señora Elisabeth estaba sola junto a su ventana, llorando la muerte de su amado o soñando pensativa en su criaturita, entonces el señor Bisswanger abría suavemente el batiente de una Ventana, y desde su oscura habitación llegaba suave y plateada una música consoladora como un rayo de luna a través de la hendidura de una nube. Por otra parte, tenía el vecino al pie de su ventana trasera unas viejas plantas de geranios que siempre olvidaba regar, no obstante lo cual estaban siempre verdes y llenas de flores, sin un solo pétalo marchito, pues cada mañana bien temprano eran regados y cuidados por la señora Elisabeth.

Al llegar el otoño y en un anochecer lluvioso, desapacible y con viento, cuando ninguna persona se divisaba a lo largo de la Mostackerstrasse, la pobre mujer advirtió que había llegado la hora y sintió miedo, pues estaba completamente sola. Pero al caer la noche llegó una mujer vieja con una linterna, entró en la casa, hirvió el agua, dispuso la ropa blanca e hizo todo lo que debe hacerse cuando una criatura está por venir al mundo. La señora Elisabeth dejó que todo ocurriera sin decir nada, y sólo cuando la criaturita ya había nacido y comenzaba a dormir su primer sueño sobre la tierra envuelto en sus nuevos y finos pañales, preguntó a la vieja mujer de dónde venía.

«El señor Bisswanger me mandó», dijo la vieja, tras lo cual la fatigada señora Elisabeth se durmió. Cuando a la mañana siguiente despertó, había leche hervida ya preparada, y toda la habitación se hallaba limpia y dispuesta. Junto a ella estaba el pequeñín y lloraba porque tenía hambre, pero la vieja mujer se había ido. La madre acercó el bebé a su seno y se alegró de que fuera tan lindo y robusto. Pensaba en el padre ya fallecido, que no podía verlo, y le vinieron lágrimas a los ojos. Estrechó al huerfanito contra su pecho y no pudo más que sonreír, después de lo cual se durmieron juntos. Y cuando la madre despertó, había otra vez leche y una sopa, y la criatura estaba envuelta en nuevos

pañales.

Pronto, sin embargo, estuvo sana y fuerte, y pudo cuidar de sí misma y del pequeño Augusto. Entonces le sobrevino el pensamiento de que su hijo debía ser bautizado y que no tenía un padrino para él. Al anoecer, cuando oscurecía y desde la casita del vecino sonaba de nuevo una dulce música, cruzó hacia la morada del señor Bisswanger. Golpeó con timidez la puerta oscura; él dijo amistosamente: «¡Adelante!» y vino a su encuentro. Pero la música había llegado de improviso a su fin, y en la habitación se erguía una pequeña y vieja lámpara de mesa ante un libro, y todo era como entre cualquier otra gente.

«He venido hacia vos», dijo la señora Elisabeth, «para agradeceros por haberme enviado a esa buena mujer. También quiero pagarle apenas pueda trabajar y ganar algo. Pero ahora tengo otra preocupación. El chico debe ser bautizado y se llamará Augusto, tal como se llamó su padre, pero no conozco a nadie y no sé de ningún padrino para él».

«Sí, yo también había pensado en esto», dijo el vecino y acarició su barba gris. «Lo mejor sería que tuviese un padrino bueno y rico, que cuidara de él sí a vos os fuera mal alguna vez. Pero yo soy un hombre viejo y solitario, y tengo pocos amigos, por lo que no puedo aconsejaros a nadie, a menos que me eligierais a mí mismo como padrino».

Con esto la pobre madre quedó contenta y agradeció al hombrecito, eligiéndolo como padrino. El domingo siguiente llevaron al pequeño a la iglesia y lo hicieron bautizar, y entonces apareció la vieja mujer de nuevo y le regaló un escudo. Y como la madre no quería recibirlo, la vieja mujer dijo: «Tomadlo, yo soy vieja y tengo lo que necesito. Acaso el escudo le traiga suerte. Al señor Bisswanger le hice una vez un favor con gusto, somos antiguos amigos».

Luego se dirigieron todos a casa, y la señora Elisabeth hizo café para sus huéspedes. Y como el vecino había traído una torta, todo se convirtió en una fiesta de bautismo. Y después que hubieron bebido y comido y que la criaturita estuviese dormida desde hacía un rato, el señor Bisswanger dijo con modestia: «Bien, ahora soy el padrino del pequeño Augusto, y quisiera regalarle un palacio real y una bolsa llena de monedas de oro, pero estas cosas no las tengo, y sólo puedo poner un escudo junto al de la madrina. Entretanto, haré por él todo lo que pueda. Señora Elisabeth, seguramente vos habéis deseado a vuestro hijo mucho de bueno y hermoso. Pensad ahora qué puede ser lo mejor para él, y yo procuraré que se convierta en realidad. Tenéis un deseo libre, sea cual fuere, pero uno solo. Reflexionadlo bien, y cuando hoy por la noche escuchéis sonar mi cajita de música, entonces pronunciad el deseo en el oído izquierdo de vuestro pequeño, y ese deseo se cumplirá».

Con esto se despidió rápidamente, y la madrina se fue con él. La señora Elisabeth se quedó sola y maravillada, y si los dos escudos no hubieran estado en la cuna y la torta sobre la mesa, hubiera tomado todo por un sueño. Entonces se sentó al lado de la cuna y acunó a su hijo y pensó mucho? deseos hermosos. Al principio quería que fuera rico, luego hermoso, o poderosamente fuerte, o inteligente y listo, pero en todo aparecía una dificultad. Y finalmente pensó que se había tratado de una broma del viejo hombrecito.

Ya estaba oscuro, y se hubiera quedado casi dormida sentada al lado de la cuna, cansada de los festejos, las preocupaciones y los muchos deseos, cuando desde la casa vecina sonó una música delicada y suave, tan tierna y preciosa como nunca la escuchara de una cajita de música. Con esos sonidos la señora Elisabeth volvió en sí, y ahora creyó en el vecino Bisswanger y en su regalo de padrino. Y cuanto más reflexionaba y más cosas deseaba, tanto más se enredaban sus pensamientos, de modo que no podía decidirse por nada. Se sintió muy afligida y había lágrimas en sus ojos cuando la música empezó a oírse más baja y débil. Entonces pensó que si en ese instante no formulaba su deseo, ya sería tarde y todo estaría perdido.

Tras un suspiro se inclinó hacia el muchachito y susurró en su oído izquierdo: «Hijito mío, te deseo... te deseo ...» Y cuando la hermosa música estaba por desvanecerse del todo, se asustó y dijo rápidamente: «Te deseo, hijito, que todos los hombres te amen».

Los sonidos se habían extinguido, y un silencio de muerte reinaba en el cuarto en sombras. Ella, empero, se arrojó sobre la cuna, lloró llena de angustia y temor, y dijo: «Ay, ahora he deseado para ti lo mejor que sé, y quizás ello no haya sido lo acertado. Y aunque todos los seres humanos te lleguen a amar, nadie podrá amarte tanto como tu madre».

Augusto creció como las otras criaturas. Era un muchacho lindo y rubio, con ojos claros y animosos, mimado por la madre y bien mirado en todas partes.

La señora Elisabeth advirtió pronto que el deseo del día del bautismo se iba cumpliendo sobre la criatura, pues cuando el pequeño apenas caminaba, en la calle y en todas partes la gente lo encontraba tan bonito, decidido e inteligente como raras veces ocurría con un niño. Y todo el mundo le daba la mano, le miraba los ojos y le mostraba su favor. Jóvenes madres le sonreían, las viejecitas le regalaban manzanas, y cuándo cometía una travesura, nadie creía que pudiese haber sido él. Y en el caso de que no hubiese dudas sobre su culpabilidad, la gente se encogía de hombros y decía: «Verdaderamente, no puede tomarse nada a mal en tan gentil hombrecito».

Mucha gente, advertida de la existencia del hermoso muchacho, llegaba a la casa de su madre. Y ésta, a la que nadie conociera antes y que recibiera en tiempos anteriores muy pocos trabajos de costura, era ahora bien conocida como la madre de Augusto y tenía más clientes de los que pudiera desear. Le iba bien, lo mismo que al niño, y allí donde se dirigían, los vecinos mostraban su contento, los saludaban, y miraban 'argo rato a ese ser dotado de felicidad.

Pero lo más hermoso "lo teñir Augusto al lado, en casa de su padrino. Éste lo invitaba a veces al anochecer allí, donde se estaba a oscuras, y sólo una llamita roja ardía en el hueco de la chimenea. El viejo hombrecito llevaba entonces al niño junto a sí, sobre una piel tendida en el suelo, contemplaba con él las llamas silenciosas y le contaba largas historias. Pero a veces, cuando una de estas largas historias había llegado a su fin y el pequeño tenía ya sueño y miraba en el oscuro silencio con ojos entreabiertos hacia el fuego, entonces llegaba desde la oscuridad una música dulce, como proveniente de muchas voces.. Y cuando ambos la habían escuchado largamente y callados, entonces solía ocurrir que de improviso todo el cuarto se llenara de pequeños niños resplandecientes, que volaban de aquí para allá en círculos con sus alas claras y doradas. Y lo hacían en hermosas danzas, primorosamente en torno de sí mismos y en pareja, a lo que agregaban el canto y todo sonaba cien veces más lleno de felicidad y de alegre belleza. Nada de lo visto y oído por Augusto era más hermoso que esto. Y cuando años más tarde pensaba en su infancia, era el cuarto silencioso y oscuro del viejo padrino, como la roja llama en el hogar con la música y el vuelo encantado, festivo y áureo de los seres angelicales, lo que volvía a surgir en el recuerdo y le causaba nostalgias.

Entretanto, el muchacho iba haciéndose grande, y había horas en las que su madre se entristecía y volvía a pensar en aquella noche del bautismo. Augusto correteaba feliz por la» calles de la vecindad y era bien recibido en todas partes. Le regalaban nueces y peras, dulces y juguetes, le daban de beber y de comer, lo dejaban montarse en las rodillas ajenas y arrancar las flores de los jardines, de modo que a veces llegaba tarde a casa y apartaba con disgusto la sopa que la madre le había preparado. Cuando ella se ponía triste por esa causa y lloraba, él se aburría y malhumorado se iba a su camita. Y cierta vez, luego que ella lo regañara y castigara, él gritó con fuerza quejándose de que todo el mundo lo quería y era amable con él, excepto su propia madre. Así, pues, menudeaban para ella las horas de pena, y a veces se enojaba seriamente con su hijo. Pero cuando más tarde yacía durmiendo sobre su almohada y la luz de la vela brillaba sobre el inocente rostro infantil, entonces toda la dureza se desvanecía dentro de su corazón, y lo besaba con cuidado, no sea que fuera a despertarse. Era culpa suya que todo el mundo quisiera bien a Augusto, y en ocasiones pensaba con aflicción, y casi con espanto, que acaso hubiese sido mejor no haber formulado jamás aquel deseo.

Una vez estaba junto a la ventana de geranios del señor Bisswanger y cortaba con una tijera pequeña las flores marchitas de los tallos, cuando escuchó en el patio común, ubicado en la parte trasera de ambas casas, la voz de su hijo, y se asomó para ver qué ocurría. Lo vio apoyado en la tapia, con su lindo y algo orgulloso semblante, y enfrente estaba una muchacha algo mayor que lo miraba suplicante y le decía: «Oye, ¿por qué no eres bueno y me das un beso?»

«No quiero», dijo Augusto y metió las manos en los bolsillos.

«Oh, por favor», dijo ella de nuevo. «Yo también te regalaré algo lindo».

«¿Qué cosa?», preguntó el muchacho.

«Tengo dos manzanas», dijo ella con timidez.

Pero él se volvió y torció el gesto.

«Las manzanas no me gustan», respondió desdeñoso y trató de irse corriendo.

Pero la muchacha lo retuvo firmemente y le dijo zalamera: «Mira, tengo también un lindo anillo». «¡Muéstramelo!», dijo Augusto.

Ella le mostró entonces el anillo, y él lo miró con atención. Luego lo sacó del dedo de ella y lo colocó en uno de los propios, lo acercó a la luz y lo encontró de su agrado.

«Bueno, puedes tener tu beso», dijo enseguida, y dejó en la boca de la niña un beso fugitivo.

«¿Quieres venir a jugar conmigo?», preguntó ella, colgándose de su brazo muy familiarmente.

Pero él la rechazó y dijo con disgusto: «¡Déjame en paz de una vez! Hay otros chicos con los que puedo jugar».

Y mientras la muchacha comenzaba a sollozar y se deslizaba por el patio, él hizo una mueca entre aburrido y enojado. Luego volvió el anillo alrededor de su dedo, lo contempló, y empezó a silbar en tanto se alejaba lentamente.

Su madre, empero, había quedado con las tijeras en la mano y estaba aterrada por la dureza y desprecio con los cuales su hijo había recibido el amor del prójimo. Dejó las flores, meneó la cabeza y se dijo repetidamente: «Es malo, no tiene corazón».

Pero luego, al regresar Augusto a su casa, cuando ella quiso pedirle explicaciones, él la miró sonriendo con sus ojos azules, sin asomo de sentimiento de culpa.

No sólo eso, al rato comenzó a cantar y a lisonjearla, y era tan gracioso y amable y tierno con ella, que no tuvo más remedio que reír y comprendió que, tratándose de niños, las cosas no debían tomarse tan en serio.

Sin embargo, no todas sus fechorías pasaban sin castigo. El padrino Bisswanger era el único ser al que respetaba, y cuando al anoecer el niño llegaba a su habitación y el padrino decía: «Hoy no hay fuego en la chimenea, y no hay música, los angelitos están tristes porque te portaste mal», entonces salía en silencio y se arrojaba en su cama, llorando. Después se empeñaba durante todo un día en ser bueno y cariñoso.

Con todo, el fuego de la chimenea ardía cada vez menos, y no era posible sobornar al padrino con lágrimas o caricias. Cuando Augusto cumplió los doce años, ya el vuelo de los ángeles en el cuarto del padrino se había convertido en un sueño lejano. Y cuando lo soñaba alguna vez de noche, al día siguiente se mostraba doblemente indómito y ruidoso y comandaba a sus muchos camaradas como un general en los campos de batalla.

A su madre hacía ya tiempo que le resultaba cansador escuchar el elogio que hacían de su muchacho, de lo fino y cordial que era. Sólo preocupaciones recibía de él. Y cuando un día el maestro le contó que conocía a alguien que estaría dispuesto a mandar al muchacho a una escuela lejana para que pudiera estudiar allí, tuvo una conversación con el vecino. Muy pronto, en una mañana de primavera, llegó un coche. Y Augusto, con un nuevo y lindo trajecito, subió en él y se despidió de su madre, del padrino y de los vecinos, porque proseguiría sus estudios en la capital. Su madre había peinado por última vez con esmero sus cabellos rubios y le había dado la bendición. Luego los caballos emprendieron su marcha y Augusto viajó hacia el mundo desconocido.

Después de algunos años, Augusto, convertido ya en un joven estudiante, de gorra roja y bigote, volvió a su tierra, porque el padrino le había escrito que su madre estaba muy enferma y no viviría mucho tiempo más. El joven llegó al anoecer, y la gente vio asombrada cómo descendía del coche, y cómo el cochero llevaba a la casita un baúl de cuero. Pero la madre yacía moribunda en el viejo y humilde cuarto.

Y cuando el apuesto estudiante vio sobre la blanca almohada un rostro blanco y marchito, que sólo podía saludarlo con ojos silenciosos, cayó llorando junto al lecho, besó las frías manos de su madre y se arrodilló a su lado toda la noche, hasta que las manos se enfriaron y los ojos se apagaron del todo.

Sepultada la madre, el señor Bisswanger lo tomó de un brazo y lo llevó a su casita. Al joven le pareció más inclinada y oscura que nunca. Luego, tras haber estado largo tiempo sentados uno junto al otro, cuando las ventanas brillaban muy débilmente en la oscuridad, el viejo hombrecito acarició su barba entrecana con sus dedos flacos y dijo a Augusto: «Haré fuego en la chimenea, así no necesitaremos la lámpara. Sé que mañana debes emprender el viaje de regreso, y ahora que tu madre ha muerto, no se te volverá a ver pronto por aquí».

Mientras decía esto, encendió un poco de fuego en la chimenea y arrió su sillón, y lo mismo hizo el estudiante con el suyo. Permanecieron un buen rato sentados mirando los tizones ardientes, hasta que las chispas casi dejaron de volar. Entonces el viejo dijo suavemente: «Adiós, Augusto, te deseo toda la felicidad. Has tenido una buena madre, y ella ha hecho por ti más de lo que puedes imaginar. Con gusto te hubiera ofrecido música una vez más y con gusto te hubiese mostrado a los pequeños bienaventurados, pero sabes que eso ya no puede ser. Sin embargo, no debes olvidar que aún continúan cantando, y que quizá tú mismo puedas volverlos a escuchar, si alguna vez los anhelas con un corazón solitario y añorante. Dame ahora la mano, muchacho, soy viejo y necesito dormir».

Augusto le dio la mano y no pudo decir palabra, regresó triste a su casita desierta y se tendió a dormir por última vez en el lugar donde había nacido. Y antes de dormirse, le pareció volver a oír desde muy lejos y suavemente la dulce música de su infancia. A la mañana siguiente partió de allí y por mucho tiempo no se oyó más de él.

Pronto olvidó al padrino Bisswanger y a sus ángeles. La vida caudalosa lo rodeó con su abundancia, y él fue arrastrado sobre sus olas. Nadie podía cabalgar por las calles resonantes como él y saludar con mirada burlona a las muchachas que lo contemplaban, nadie sabía bailar de un modo tan leve y arrebatador, conducir un carruaje tan airosa y finamente, o empinar el codo con ruidosa alegría en un jardín durante una noche de verano. La rica viuda, cuyo amante era, le proporcionaba dinero, trajes, caballos y todo lo que necesitaba y apetecía, con ella viajaba a París y Roma y dormía en su cama llena de sedas. Pero su amor pertenecía a una joven de la clase media, suave y rubia, a la que visitaba arriesgadamente de noche en el jardín de su padre. También le escribía cartas extensas y cálidas cuando se hallaba de viaje.

Pero una vez no regresó. Había encontrado amigos en París, y debido a que se había aburrido de la rica amante y el estudio hacía mucho que lo fastidiaba, se quedó en el país lejano. Vivía como viven las gentes del gran mundo, mantenía caballos, perros, mujeres, perdió y ganó dinero en grandes cantidades. Y en todas partes había gente que se entregaba a él y lo servía; él todo lo aceptaba sonriendo, tal como en una ocasión, siendo un muchacho, había aceptado el anillo de la chiquilla. La fascinación se concentraba en sus ojos y labios, las mujeres lo rodeaban con ternura y los amigos deliraban por él, y nadie veía —él mismo apenas lo notaba— cómo su corazón se había vaciado y se tornaba codicioso, y cómo su alma estaba enferma y padecía. A veces, cansado de ser amado por todos de esa manera, vagaba disfrazado por ciudades extranjeras. Y en todas partes encontraba a los seres humanos necios y demasiado fáciles de ser conquistados, y en todas partes le parecía ridículo un amor que corría tras él tan ansiosamente y se contentaba con tan poco. Hombres y mujeres a menudo le repugnaban por su falta de orgullo y pasaba días enteros solo con sus perros o en cotos de caza en la montaña. Y un ciervo, al que había rastreado y cazado a tiros, le complacía más que cortejar a una mujer mimada y hermosa.

En una ocasión, durante un viaje por mar, vio a la joven esposa de un embajador, una dama severa y esbelta que procedía de la nobleza nórdica. Estaba asombrosamente apartada entre muchas otras mujeres distinguidas y hombres de mundo, orgullosa y en silencio, como si nadie pudiera equipararsele. Y cuando la miró, sintió que los ojos de ella lo rozaban, aunque fuera fugaz e indiferentemente. Experimentó entonces por primera vez lo que significaba enamorarse. Se propuso conquistarla, y a partir de ese momento se mantuvo a su alrededor y bajo su mirada a cualquier hora del día. Y como él mismo se hallaba siempre rodeado de mujeres y hombres que lo admiraban y buscaban su trato, él y la severa beldad aparecían, en medio de la sociedad de viajeros, como un príncipe con su princesa. Y hasta el marido de la rubia lo distinguía y se empeñaba en agradecerle.

Hasta que en un puerto del sur todos los viajeros dejaron el barco, para pasear durante un par de horas por la ciudad y sentir un poco de tierra bajo las suelas, no le fue posible estar a solas con la extranjera. Procuró no apartarse de la amada, hasta que, aprovechando el gentío que colmaba la plaza del mercado, consiguió retenerla. Infinidad de callejuelas sombrías desembocaban en ese lugar, y él, que se había ganado la confianza de la dama, la llevó por una de esas calles, la que le resultaba más familiar. Pero ella, al sentirse de pronto a solas con él, lejos de su grupo, se asustó. Él la miró radiante, tomó sus manos remisas y le propuso, entre súplicas, que se quedara en tierra para que huyesen juntos.

La extranjera se puso pálida y desvió los ojos al suelo. "¡Oh, esto no es caballeresco!", dijo en voz

baja. «¡Permítame olvidar esto que ha dicho!»

«Yo no soy un caballero», exclamó Augusto, «soy un enamorado, y un enamorado no conoce más que a la amada, y no tiene otro pensamiento que el de estar junto a ella. Ay, hermosa, ven conmigo, seremos felices».-

Ella lo miró muy seria con sus ojos azul claro, en los que se leía una reconvencción. «¿Cómo puede usted saber que lo quiero?», murmuró quejosa. «No puedo mentir: yo lo amo y a menudo he deseado que usted fuera mi esposo. Pues usted es el primer hombre a quien amo de corazón. Ay, ¡cómo puede el amor equivocarse tanto! Nunca hubiera pensado que fuese posible amar a una persona que no fuera buena y pura. ¡Oh!, es mil veces preferible quedarme junto a mi marido, al que amo poco, pero es un caballero pleno de honor e hidalguía, cosas que usted no comprende. Y ahora no me diga una palabra más y lléveme de vuelta al barco, de otro modo llamaré en mi auxilio al primer extraño para que me libre de sus impertinencias».

Y a pesar de que él rogó hasta enronquecer, ella le volvió la espalda, y se hubiera marchado sola, si Augusto no la hubiera acompañado en silencio hasta el barco. Allí ordenó que llevaran sus baúles a tierra y no se despidió de nadie.

Desde ese momento fue declinando la suerte del muy amado Augusto. Virtud y honorabilidad se le volvieron valores odiosos: los pisoteaba, y llegó a encontrar placer en seducir a mujeres virtuosas mediante todas las artes de su encanto, y en explotar a hombres ingenuos, cuya amistad conquistaba rápidamente, para luego abandonarlos con escarnio. Redujo a la pobreza a mujeres y a doncellas, a las que luego fingía no conocer, y buscó adolescentes de familias nobles, a las que sedujo y corrompió. Ningún placer hubo que no buscara y agotase, ningún vicio que no aprendiera y luego desechase. Pero en su corazón no había alegría, y del amor, que le llegaba complaciente de todas partes, no se hallaba el menor eco en su alma.

Sombrío y adusto, vivía en una hermosa finca junto al mar, y atormentaba a las mujeres y hombres que allí lo visitaban con los caprichos y maldades más desenfrenados. Ansiaba rebajar a los seres humanos y mostrarles todo su desprecio; estaba harto y fastidiado de sentirse envuelto en un amor no solicitado, ni ganado, ni merecido; sentía la falsedad de su vida disipada y arruinada, que nunca había otorgado nada y que, por el contrario, siempre había recibido de los demás. A veces se privaba de comer, sólo para sentir un ansia verdadera y poder dar satisfacción a una necesidad.

Difundió entre sus amigos la noticia de que estaba enfermo y necesitaba calma y soledad. Llegaron cartas que jamás leyó, y personas solícitas preguntaban a la servidumbre por su estado de salud. Pero él permanecía solo y profundamente amargado en el salón que daba al mar; su vida yacía vaciada y devastada, estéril y sin huella de amor, tal como el lúgubre oleaje salado. Desfigurado, se acurrucaba en el sillón junto a la elevada ventana y trataba de ajustar cuentas consigo mismo. Las blancas gaviotas pasaban volando con el viento de la playa; él las seguía con mirada desierta, de la que había desaparecido toda alegría y solidaridad. Sólo sus labios sonreían duros y malignos, hasta que un día, poniendo fin a sus pensamientos, llamó al criado con la campanilla. Ordenó que en una fecha determinada se invitara a todos sus amigos a una fiesta. Pero su intención era aterrorizar y escarnecer a los asistentes mediante la contemplación de una casa deshabitada y de su propio cadáver, pues previamente estaba decidido a quitarse la vida con veneno.

Al anochecer de la supuesta fiesta despidió de la casa a toda la servidumbre; cuando hubo silencio en todas las habitaciones se encaminó a su dormitorio, disolvió un veneno fuerte en un vaso con vino de Chipre y lo acercó a los labios.

En el momento en que iba a beberlo, llamaron a la puerta, y como no respondiera nadie, aquélla se abrió y apareció un hombrecito. Éste se dirigió hacia Augusto, le quitó con cuidado el vaso lleno de la mano, y dijo con voz bien conocida: «Buenas noches, Augusto, ¿cómo estás?» Sorprendido, con rabia y algo también de vergüenza, sonrió burlonamente y dijo: «Señor Bisswanger, ¿vive usted aún? Ha pasado ya mucho tiempo, y usted no parece haber envejecido. Pero en este momento usted me molesta, querido señor. Estoy cansado y precisamente me disponía a tomar un soporífero».

«Ya lo veo», respondió tranquilamente el padrino. «Ibas a tomar un soporífero y tienes razón: éste es el último vino que puede ayudarte. Pero antes hablemos un rato, hijo, y puesto que hice un largo camino, no tomarás a mal que me refresque con un traguito».

Diciendo esto, tomó el vaso, lo llevó a su boca, y antes de que Augusto pudiera detenerlo, lo empujó y vació de un tirón.

Augusto quedó pálido como un muerto. Se abalanzó sobre el padrino, lo sacudió por los hombros y gritó con voz estridente: «Anciano, ¿sabes lo que has bebido?»

El señor Bisswanger asintió con la canosa e inteligente cabeza y sonrió: «Es vino de Chipre, según veo, y nada malo. No parece que sufras privaciones. Pero dispongo de poco tiempo y no quiero molestarte mucho, si es que quieres escucharme».

El perturbado Augusto miró con espanto en los ojos claros del padrino y aguardó, instante tras instante, verlo desplomarse.

El padrino, empero, se arrellanó en un sillón e hizo un guiño bondadoso a su joven amigo.

«¿Temes que el trago de vino pueda hacerme mal? ¡Quédate tranquilo! Es muy amable de tu parte que te preocupes por mí, yo no lo hubiera imaginado. ¡Pero ahora hablemos como en los viejos tiempos! A mí me parece que te has hartado de esta vida liviana. Eso creo, y cuando me vaya, puedes volver a llenar tu copa y bebértela. Pero antes es necesario que te cuente una cosa.»

Augusto se apoyó contra la pared y oyó la buena y agradable voz del viejo hombrecito, que le había inspirado confianza desde los días de la infancia y que despertaba en su alma las sombras del pasado. Una profunda vergüenza y pena lo embargaron, como si contemplase su propia infancia inocente ante los ojos de aquél.

«He bebido tu veneno», prosiguió el viejo, «porque yo soy el culpable de tu desgracia. Tu madre formuló en tu bautismo un deseo para ti, y yo satisfice ese deseo, aunque era insensato. No necesitas conocerlo; se ha convertido en una maldición que tú mismo has experimentado. Me duele que todo haya ocurrido así, y por cierto me alegraría si todavía pudiese hacer que estuvieras de nuevo en casa sentado conmigo ante la chimenea y oyeras cantar a los angelitos. Esto no es sencillo; y por el momento quizá te parezca imposible que tu corazón pueda recobrar la salud, la pureza y la alegría. Sin embargo, ello es todavía posible, y yo te ruego que lo intentes. El deseo de tu pobre madre te ha resultado dañoso, Augusto. ¿Qué pasaría si tú me permitieras que yo te cumpliera otro deseo, uno cualquiera? Es de suponer que no ansiarás dinero ni bienes, tampoco poder o mujeres; de todo eso has tenido bastante. Reflexiona, y si te parece que existe algún sortilegio capaz de lograr que tu vida depravada vuelva a ser hermosa y mejor, entonces, ¡pídelo!»

Augusto quedó sumido en honda meditación y calló; pero se sentía demasiado cansado y sin esperanzas, y por eso, al cabo de un rato, dijo: «Te agradezco, padrino Bisswanger, pero creo que mi vida no puede volver a alisarse de nuevo como con un peine. Es mejor que haga aquello que pensaba hacer cuando entraste. Pero te agradezco, no obstante, que hayas venido».

«Sí», dijo el viejo, pensativamente, «comprendo que no es algo fácil para ti. Pero quizá puedas pensar alguna cosa, Augusto, quizá se te ocurra pensar en aquello que te ha faltado más hasta ahora, o quizá puedas recordar las épocas pasadas, cuando tu madre vivía aún, y venías con frecuencia a casa al anochecer. Allí fuiste algunas veces feliz, ¿no es cierto?»

«En aquellos tiempos», asintió Augusto, y la imagen de su infancia resplandeciente lo contempló lejano y pálido, como desde un espejo antiquísimo. «Pero eso no puede retornar. No puedo desear volver a convertirme otra vez en un niño. Ay, ¡entonces todo volvería a empezar de nuevo!»

«Tienes razón, eso no tendría sentido. Pero piensa de nuevo en la época en que nos reuníamos en casa, y en la pobre muchacha que visitabas de noche en el jardín de su padre, y piensa también en la hermosa mujer rubia, con la que una vez hiciste un viaje por mar; y piensa en todos los momentos en que fuiste feliz y la vida te parecía buena y valiosa. Quizá puedas reconocer aquello que en ese momento te dio felicidad y puedas desearlo ahora. ¡Hazlo por amor a mí, hijo mío!»

Augusto cerró los ojos y volvió a ver su vida pasada, tal como desde un oscuro corredor se mira hacia el lejano punto luminoso del que se ha venido. Y volvió a ver cómo alguna vez todo fue claro y hermoso a su alrededor, y luego lentamente cada vez más oscuro y oscuro, hasta concluir en la más absoluta tiniebla y sin que nada pudiese ya alegrarlo. Y cuanto más reflexionaba y recordaba, tanto más hermosa, codiciable y digna de ser amada le parecía la lejana claridad. Hasta que por último la reconoció, y lágrimas brotaron de sus ojos.

«Lo intentaré», dijo a su padrino. «¡Quítame el viejo embrujo, que nada me ha ayudado, y concédeme en cambio que pueda amar a los demás!»

Llorando se arrodilló ante su viejo amigo, y ya de rodillas sintió cómo el amor se le encendía hacia ese anciano y luchaba para que palabras y gestos olvidados volvieran a él. Pero el padrino, aunque menudo, lo tomó suavemente en sus brazos y lo llevó a la cama. Allí lo acostó y le apartó los cabellos de la ardorosa frente.

«Ya está bien», le susurró con dulzura. «Ya está bien, hijo mío, todo saldrá perfectamente.»

Luego Augusto se sintió invadido por un pesado cansancio, como si en ese momento hubiera envejecido muchos años, y cayó en un sueño profundo; el anciano dejó en silencio esa mansión desamparada.

Augusto despertó ante un ruido furioso que llenaba toda la casa. Al levantarse y abrir la puerta más próxima, encontró el salón y todas las habitaciones repletas de sus amigos de antaño que habían venido a la fiesta y encontrado la casa vacía. Estaban furiosos y se creían víctimas de un engaño, Salió al encuentro de aquellos, dispuesto, como siempre, a conquistarlos con una sonrisa y una palabra chistosa; pero de pronto sintió que esa facultad lo había abandonado. Apenas lo divisaron, comenzaron a gritarle todos a una; y cuando, con una sonrisa desvalida, tendió las manos como defendiéndose, cayeron furiosos sobre él.

«Estafador», vociferaba uno. «¿Dónde está el dinero que me debes?» Y otro: «¿Y el caballo que te presté?» Y una mujer bonita y colérica: «¡Todo el mundo conoce mis secretos, que tú has propalado por ahí! ¡Oh, cómo te odio, monstruo!» Y un joven de ojos hundidos, con el semblante desfigurado, gritó: «¡Mira lo que hiciste de mí, Satanás, corruptor de la juventud!»

Y así continuó la cosa, y cada uno acumuló ultrajes e insultos sobre él; todos tenían razón, y muchos hasta le pegaron. Y al retirarse, rompían los espejos que hallaban a su paso y se llevaron muchos objetos de valor. Augusto se alzó del piso, golpeado y deshonrado. Al entrar en su dormitorio y mirarse en el espejo, para lavarse, su rostro lo miraba a su vez ajado y deforme, los ojos lagrimeaban enrojecidos, y la frente manaba sangre.

«Ésta es la recompensa», se dijo a sí mismo, y lavó la sangre de su cara. Y apenas se había tranquilizado un poco, otra vez lo apremió el ruido de la casa. La gente subía tumultuosamente por las escaleras: prestamistas, a cuyo favor había hipotecado la casa, un marido, a cuya mujer sedujera, padres, a cuyos hijos había arrastrado al vicio y la desdicha, sirvientes despedidos, policías y abogados. Una hora más tarde estaba encadenado y fue llevado a la cárcel. Detrás de él la gente gritaba o cantaba coplas burlescas, y un chiquillo arrojó a través de la ventanilla del coche que lo conducía un puñado de barro que dio en su rostro.

La ciudad estaba llena de las vilezas de ese hombre, al que tantos habían conocido y amado. No había vicio del que no fuera acusado, y ninguno que él negara. Hombres, a los que había olvidado hacía mucho tiempo, comparecían ante los jueces y declaraban cosas que él había perpetrado años atrás. Sirvientes, a los que había colmado de regalos y que, no obstante, le robaban, contaron los secretos de sus vicios. Todos los semblantes estaban impregnados de repulsión y odio. Nadie hubo que hablara en su favor, que lo elogiara, que lo disculpara, que recordara algo bueno acerca de él.

Dejó que todo siguiera su curso, que lo llevaran a su celda y de allí ante los jueces y testigos. Miraba asombrado y triste desde sus ojos enfermos los muchos rostros malignos, encolerizados, rencorosos, y en todos descubrió bajo la corteza de odio que los desfiguraba, ocultos atractivos y cierto resplandor de cordialidad. Todos ellos lo habían amado en otro tiempo, y él a ninguno. A todos pidió perdón y trató de recordar la parte buena de cada uno.

Al final fue encerrado en prisión y nadie quiso acercarse hasta él.

En medio de sueños febriles hablaba con su madre y con la primera amante, con el padrino Bisswanger y con la dama nórdica del barco. Cuando despertaba, pasaba días espantosos solo y vencido; entonces sufría todos los padecimientos de la nostalgia y del abandono y se desvivía por ver gente, como jamás antes se había desvivido por el placer o alguna posesión.

Y cuando salió de la cárcel, ya viejo y enfermo, nadie lo conocía. El mundo seguía su curso; por las calles la gente iba a caballo y se paseaba; se vendían frutas y flores, juguetes y periódicos, pero nadie se volvía para mirar a Augusto. Mujeres hermosas, que él había tenido otrora en sus brazos entre música y champaña, pasaban en carruaje ante su presencia, y tras los coches el polvo que levantaban

caía sobre Augusto.

Pero el tremendo vacío y soledad que lo había ahogado en medio de su espléndida vida anterior, lo abandonaron ya por completo. Cuando entraba en un portal para protegerse de los ardores del sol, o cuando solicitaba en el patio interior de una casa un trago de agua, entonces se asombraba del modo malhumorado y hostil con que la gente lo escuchaba, esa misma que antaño había contestado agradecida y con ojos brillantes a sus palabras altivas y sin amor. Pero ahora se alegraba y conmovía ante el aspecto de cada ser humano; amaba a los niños, a quienes veía jugar o ir a la escuela, y amaba a los ancianos, que sentados en banquillos delante de sus casitas, calentaban sus manos débiles al sol. Cuando veía a un muchachito persiguiendo a una chica con miradas anhelantes; o a un trabajador, que de regreso a casa después de la jornada llevaba en brazos a sus hijos; o a un médico de apariencia airosa e inteligente, que viajaba en su coche taciturno y presuroso pensando en sus enfermos; o cuando veía a una pobre y mal vestida prostituta, que aguardaba de noche en un suburbio bajo un farol ofreciendo su amor incluso a parias como él mismo; a todos los consideraba sus hermanos y hermanas. Y en cada uno presentía la memoria de una madre querida y un porvenir mejor, o la señal secreta de un destino que pudo haber sido más noble y hermoso que el suyo. Cada uno le era querido y digno de atención y cada uno le daba motivos para reflexionar, y nadie podía ser peor de lo que él mismo sentía que era.

Augusto decidió recorrer el mundo para encontrar un sitio donde le fuera posible servir de alguna manera a los hombres y demostrarles su amor. Tenía que habituarse a que su aspecto no alegrara a nadie; su semblante había enflaquecido, sus ropas y zapatos eran los de un pordiosero; tampoco su voz y porte guardaban nada de lo que una vez había regocijado y encantado a la gente. Los niños le temían porque su barba gris e hirsuta era demasiado larga; los bien vestidos evitaban su proximidad, en la que se sentían a disgusto y como manchados; los pobres desconfiaban de aquel intruso que parecía querer despojarlos de sus pocos bocados. Le costaba trabajo servir a los hombres. Pero aprendió a no dejarse descorazonar por nada. Cuando veía a un pequeño que tendía sus manos hacia el picaporte de una panadería sin alcanzarlo, lo ayudaba. Y a veces había alguno que era todavía más pobre que él, un ciego o un paralítico, al que podía auxiliar y hacer algo de bien en su camino. Y cuando esto no era posible, entonces daba alegremente lo poco que tenía: una mirada clara y bondadosa y un saludo fraternal, un gesto de comprensión y de piedad. A su manera aprendió a considerar en los demás lo que esperaban de él, aquello que los alegraría. Para unos era un saludo fresco y jovial, para otros una mirada silenciosa; a otros bastaba con no molestarlos. Todos los días se asombraba de la mucha miseria que había en el mundo; no obstante, los hombres podían seguir contentos. Y halló espléndido y fascinante volver a ver que junto a cada pena podía hallarse una risa alegre; junto a cada doblar de difuntos un canto infantil; junto a cada penuria e infamia una gentileza, un chiste, un consuelo, una sonrisa.

La vida humana le pareció dispuesta de un modo admirable. Cuando doblaba una esquina y se topaba con una banda de escolares que venían corriendo, ¡cómo relucía en sus miradas la animación y el placer de vivir! Y aunque se burlaran de él o lo mortificaran, eso no era tan serio; cuando se veía reflejado en una vidriera o mientras tomaba agua de una fuente y miraba su faz enjuta y ajada, y ese aspecto de indigencia, comprendía que no lo amaran. No, en lo que a él concernía, ya no se trataba de agradar a la gente ni de ejercitar ningún dominio; de eso había tenido suficiente. Para él lo hermoso y edificante era ver a otros esforzarse por aquellos caminos y sentirse tal como él se había sentido cuando los había andado y experimentado. Y que todas las personas se dirigieran hacia sus objetivos tan celosamente y con tanta fuerza, orgullo y alegría, constituía para él un espectáculo maravilloso.

Entretanto llegó el invierno y luego el verano. Augusto estuvo largo tiempo enfermo en un hospital para pobres. Y allí disfrutó silenciosa y agradecidamente la dicha de ver a pobres postrados que, centuplicando sus fuerzas tenazmente y aferrándose a la vida, vencían a la muerte. Era magnífico ver florecer en las facciones de los gravemente enfermos la paciencia, y en los ojos de los convalecientes el gusto por la vida. Y bellos eran también los serenos y dignos rostros de los muertos. Y más hermoso que todo era el amor y la paciencia de las lindas y pulcras enfermeras. Pero también esta etapa llegó a su fin: el otoñal viento sopló, y Augusto prosiguió marchando hacia el invierno. La impaciencia se apoderó de él cuando notó con qué infinita lentitud avanzaba a pesar de su voluntad de llegar a todas partes y mirar en los ojos a muchos, muchos seres humanos. Había encanecido, y sus ojos sonreían tontamente

tras los párpados rojos y enfermos; y paulatinamente también se le fue apagando la memoria, de suerte que le pareció que jamás había visto el mundo tal como ahora. Pero estaba satisfecho y encontraba que el mundo era magnífico y digno de ser amado.

Así, con la entrada del invierno llegó a una ciudad. La nieve caía sobre las calles oscuras, y un par de chicos rezagados arrojaron bolas de nieve al caminante. Por lo demás, todo estaba silencioso mientras anochecía. Augusto estaba muy cansado; llegó a una callecita angosta que le pareció muy conocida, y luego a otra. Y allí estaban las casas de su madre y del padrino Bisswanger, chicas y viejas entre la nieve que caía; en la del padrino había una ventana iluminada que brillaba roja y apacible en la noche invernal.

Augusto entró y golpeó en la puerta de la habitación; el hombrecito fue a su encuentro y silenciosamente lo llevó a su cuarto, que estaba caldeado y tranquilo; un fuego claro y pequeño ardía en la chimenea.

«¿Tienes hambre?», le preguntó el padrino. Pero Augusto no estaba hambriento; se sonreía y sacudía la cabeza.

«Pero sí estarás cansado, ¿verdad?», volvió a preguntar el padrino. Y extendió la ancha piel sobre el piso; entonces los dos viejos se acurrucaron juntos y contemplaron el fuego.

«Has andado un largo camino», dijo el padrino.

«Oh, fue muy lindo, sólo que me he fatigado un poco. ¿Puedo dormir aquí? Mañana he de proseguir mi viaje».

«Sí, puedes hacerlo. ¿No quieres también volver a ver bailar a los ángeles?»

«¿Los ángeles? ¡Oh, sí! Me gustaría, si es que alguna vez vuelvo a ser niño».

«No nos hemos visto en mucho tiempo», comenzó de nuevo el padrino. «Te has puesto otra vez tan lindo, tus ojos son de nuevo tan dulces y suaves como en los viejos tiempos, cuando tu madre aún vivía. Fue amable de tu parte venir a visitarme».

El viajero, con sus ropas hechas jirones, estaba sentado junto a su amigo. Nunca se había sentido tan fatigado, y tanto el agradable calorcito como el resplandor de la lumbre lo confundieron de tal modo que no podía distinguir claramente entre el hoy y el ayer.

«Padrino Bisswanger», dijo, «nuevamente rae he portado mal, y mi madre ha llorado en casa. Tienes que hablar con ella y decirle, que volveré a ser bueno, ¿quieres?»

«Lo haré», dijo el padrino. «Quédate tranquilo, ella te ama».

El fuego languidecía, y Augusto miraba absorto en la tenue brasa con los mismos ojos grandes y adormilados de su infancia. El padrino tomó la cabeza de Augusto y la puso en su regazo; una delicada y alegre música sonó tierna y dichosamente a través del cuarto sombrío, y miles de pequeños y resplandecientes espíritus llegaron volando. Gozosos, giraban por los aires, ya entrelazados primorosamente, ya en parejas. Y Augusto miraba y escuchaba con todos sus tiernos sentidos infantiles, abiertos ante aquel paraíso recobrado.

De pronto, le pareció como si su madre lo hubiera llamado, pero estaba tan cansado, y, además, el padrino le había prometido que hablaría con ella. Cuando se durmió, el padrino juntó sus manos y permaneció con el oído sobre su corazón, que había callado, hasta que la noche irrumpió totalmente en el aposento.

El Poeta

Se cuenta que el poeta chino Han Fook fue animado en su juventud por un impulso maravilloso, el de aprender y perfeccionarse en todo aquello que concierne al arte de la poesía. Por entonces, cuando todavía vivía en su patria junto al río Amarillo, se había comprometido con una joven de buena familia, de acuerdo con su propia decisión y con el apoyo de sus padres, que lo amaban tiernamente. La boda debía ser fijada pronto, y ese día estaría lleno de promesas dichosas. Han Fook tenía por entonces alrededor de veinte años y era un lindo joven, modesto y de agradables modales, instruido en las varias disciplinas científicas y, no obstante su juventud, ya conocido entre los literatos de su país por algunos excelentes poemas. Sin ser precisamente rico, estaba en condiciones de esperar una fortuna suficiente, que sería aumentada por la dote de su novia, y como ésta era además muy hermosa y llena de virtudes, nada parecía faltarle a su felicidad. Sin embargo, no era completamente feliz; su corazón estaba poseído por la ambición de convertirse en un poeta perfecto.

Entonces sucedió algo. Anocheceía mientras se celebraba la fiesta de los faroles en el río y Han Fook paseaba en soledad a lo largo de una de sus márgenes. Se recostó contra el tronco de un árbol inclinado sobre el agua, y vio en el reflejo del río mil luces que nadaban temblorosas, vio en las barcas y almadías a hombres, mujeres y jóvenes muchachas que se saludaban recíprocamente y brillaban en sus vestidos de fiesta como hermosas flores; escuchó el débil murmullo de las aguas iluminadas, el canto de las cantantes, la vibración de las cítaras, los dulces sonos de los flautistas, y vio, por encima de todo, la noche azulada cerniéndose en los espacios como la bóveda de un templo. Al joven le latió el corazón mientras —como un espectador solitario que obedeciera a sus antojos— contemplaba toda esa belleza. Y aunque deseaba cruzar el río y disfrutar la fiesta en compañía de su novia y sus amigos, anhelaba con mayor vehemencia captar todo aquello como un espectador sutil para poder reflejarlo en un poema absolutamente perfecto: el azul de la noche, los juegos de las luces en la corriente, la alegría de los participantes, la añoranza del espectador silencioso recostado en el tronco del árbol junto a la orilla. Entonces sintió que todas las fiestas y los placeres de esta tierra jamás podrían dar bienestar ni alegría a su corazón; que aun en medio del quehacer de la vida permanecería siendo un solitario y en cierto modo un espectador y un extranjero. Y sintió que su alma estaba hecha de manera que no podía dejar de percibir simultáneamente la belleza de la tierra y el anhelo secreto del forastero. Entristecido, reflexionó acerca de ello, y llegó a la conclusión de que sólo podría participar de una dicha verdadera y una profunda satisfacción si alguna vez le fuera dado reflejar el mundo en poemas tan perfectos que, a través de sus imágenes, pudiera poseerlo purificado y eternizado.

Apenas sabía Han Fook si estaba despierto o dormido, cuando percibió un pequeño ruido y vio de pie junto al tronco a un desconocido, un anciano con una vestidura color violeta y aspecto venerable. Se levantó y lo saludó con el saludo que se debe a los ancianos y a las personas de calidad. El extranjero sonrió y recitó algunos versos en los que se contenía todo aquello que el joven acababa de sentir, expresado con tal belleza y respeto por las reglas de los grandes poetas, que el asombro detuvo el corazón del joven.

«Oh, ¿quién eres?», exclamó, mientras se inclinaba profundamente. «¿Cómo puedes ver dentro de mi alma y decir versos más bellos que cuantos he oído de mis maestros?»

El extraño volvió a sonreír con la risa del que sabe la última palabra y dijo: «Si quieres convertirte en un poeta, ven conmigo. Encontrarás mi cabaña junto a la fuente del gran río en las montañas del noroeste. Me llamo el Maestro de la Palabra Perfecta».

Dicho esto, el anciano ingresó en la exigua sombra del árbol y se desvaneció rápidamente. Han Fook, que lo buscaba en vano y no encontraba la menor huella, acabó por creer firmemente que todo había sido un sueño provocado por su cansancio. Corrió hacia los botes que estaban enfrente y participó de la fiesta, pero entre la conversación y el sonido de las flautas siguió percibiendo la voz misteriosa del extraño. Y le parecía que su alma debía estar reunida con aquél, pues se mostraba alejado y con ojos soñadores entre la alegre compañía, que se burlaba de su estado de arrobamiento.

Pocos días después, el padre de Han Fook quiso convocar a parientes y amigos para fijar el día de la boda. El novio se opuso a ello y le dijo: «Perdóname si parezco faltar a la obediencia que el hijo debe a su padre. Pero sabes cuánto anhelo destacarme en el arte de la poesía, y aunque algunos de mis amigos alaban mis poemas, sé bien que sólo soy un principiante y estoy en los primeros pasos de mi camino. Por ello te ruego que, por un tiempo, me dejes estar solo y proseguir mis estudios, pues me parece que el gobierno de una casa y una mujer me apartarán de aquellas cosas. Y como todavía soy joven y sin mayores obligaciones, quisiera vivir por un tiempo para mi poesía, de la que espero alegría y fama».

Este discurso asombró al padre, que respondió: «Ese arte debe ser para ti preferible a todo, pues a causa de él hasta quieres postergar tu casamiento. Pero si ha ocurrido algo entre tú y tu novia, dímelo, para que yo pueda ayudarte a que os reconciliéis o a procurararte otra».

El hijo, empero, juró que amaba a su novia como siempre, y que ni la sombra de una disputa había surgido entre ellos. Y al mismo tiempo contó a su padre que el día de la fiesta de los faroles se le había manifestado en sueños un maestro, de quien, antes que tener toda la dicha del mundo, ansiaba convertirse en discípulo.

«Está bien», dijo el padre, «te concedo entonces un año. En ese tiempo puedes seguir tu sueño, que quizá te haya sido enviado por un dios».

«Es posible que sean dos años», repuso Han Fook, titubeando «¿quién puede saberlo?»

El padre lo dejó ir con tristeza; el joven escribió una carta a su novia despidiéndose, y partió.

Tras un largo peregrinar alcanzó las fuentes del río y encontró una cabaña de bambú en medio de una gran soledad. Delante, sentado sobre una estera, estaba el anciano al que había visto en la orilla junto al tronco del árbol. Tañía un laúd, y cuando vio que el viajero se acercaba respetuosamente, no se levantó ni lo saludó. Sólo sonrió y dejó correr los dedos sensibles sobre las cuerdas; una música hechicera se expandió como una nube plateada a través del valle, de modo que el joven se detuvo maravillado y en un dulce estado de asombro lo olvidó todo, hasta que el Maestro de la Palabra Perfecta dejó a un lado su pequeño laúd y entró en la cabaña. Entonces Han Fook lo siguió lleno de unción y permaneció con él como su servidor y discípulo.

Transcurrió un mes, y en ese lapso aprendió a despreciar todas las canciones que hasta entonces había compuesto, y las borró de su memoria. Y después de unos meses borró también de su memoria las canciones que había aprendido en su patria de sus preceptores. El Maestro apenas si hablaba una palabra con él; le enseñaba en silencio el arte del laúd, hasta que la naturaleza del discípulo estuvo totalmente saturada de música. En una ocasión, Han Fook compuso un pequeño poema, en el que describía el vuelo de dos pájaros en el cielo otoñal, y que le gustó. No se atrevió a enseñárselo al Maestro, pero al cantarlo una noche junto a la cabaña, el Maestro lo oyó. Sin embargo, no dijo una sola palabra. Lo único que hizo fue tocar suavemente en su laúd y pronto el aire se hizo fresco, el crepúsculo se precipitó, se levantó un viento frío, aunque estaban en pleno verano, y sobre el cielo, ahora gris, volaron dos garzas con enormes ansias viajeras. Y todo esto era mucho más hermoso y perfecto que los versos del discípulo, de modo que éste se entristeció, guardó silencio y comprendió que lo suyo carecía de valor. Así procedía el anciano en cada oportunidad. Al cabo de un año Han Fook había aprendido a tocar el laúd casi a la perfección, pero veía el arte de la poesía como algo cada vez más difícil y sublime.

Transcurridos dos años, el joven sintió una viva nostalgia por los suyos, por la patria y por la prometida, y rogó al Maestro que le permitiera marcharse.

El Maestro sonrió y asintió con la cabeza. «Eres libre», dijo, «y puedes ir a donde quieras. Puedes volver, puedes quedarte allí, si lo prefieres».

El discípulo emprendió entonces el viaje y marchó sin descanso, hasta que una mañana, a la hora

del alba, llegó a orillas de la patria y divisó, desde el puente abovedado, la ciudad natal. Se deslizó furtivamente en el jardín de la casa paterna, y escuchó a través del dormitorio la respiración de su padre, que aún dormía. Luego entró a hurtadillas en el huerto de su novia, y subiéndose a lo alto de un peral, la vio en la alcoba peinándose los cabellos. Y mientras comparaba todo lo que veía con sus ojos con la imagen que se había forjado en su nostalgia, le resultó evidente que, a pesar de todo, estaba destinado a ser un poeta. Y descubrió que en los sueños del poeta alientan una belleza y una gracia que se buscan vanamente en los objetos de la realidad. Descendió del árbol, huyó del jardín y cruzando el puente salió de la ciudad natal y regresó a la montaña a través del profundo valle. Ahí estaba, como la primera vez, el viejo Maestro ante su cabaña, sentado en la modesta estera, y tañía con sus dedos el laúd. Y en lugar del saludo pronunció dos versos acerca de la felicidad que proporciona el arte, cuya hondura y musicalidad llenó de lágrimas los ojos del joven.

De nuevo permaneció Han Fook junto al Maestro de la Palabra Perfecta, quien, ahora que aquél dominaba el laúd, le enseñó a tocar la cítara. Y los meses volaron como la nieve con el viento del oeste. Dos veces ocurrió todavía que la nostalgia lo dominara. En la primera huyó secretamente durante la noche, pero antes de haber llegado a la última estribación del valle, el viento nocturno sopló en la cítara colgada de la puerta de la cabaña, y los sonidos volaron hacia él y lo llamaron de vuelta de un modo irresistible. Otra vez soñó que plantaba un arbolito en su jardín; su mujer estaba junto a él, y los hijos regaban el árbol con vino y leche. Al despertar, brillaba la luna en su cuarto; se irguió turbado y vio junto a él al Maestro que dormía con un leve temblor en su barba canosa. Entonces lo invadió un odio amargo hacia aquel hombre que, a su entender, le había destruido la vida engañándolo con respecto a su porvenir. Sintió deseos de arrojarse sobre él para asesinarlo, pero el anciano abrió los ojos y comenzó a sonreír con una dulzura tierna y sutil que desarmó al discípulo.

«Recuerda, Han Fook», dijo en voz baja el anciano, «eres libre para hacer lo que quieras. Puedes volver a tu patria y plantar árboles allí, puedes odiarme y matarme, eso no importa mucho».

«¡Ay, cómo podría odiarte!», exclamó el poeta con una emoción viva, «esto sería como querer odiar al mismo cielo».

Y permaneció allí y aprendió a tocar la cítara, y luego la flauta. Más tarde, bajo la dirección del Maestro, comenzó a componer poemas. Despacio aprendió aquel arte secreto de decir aparentemente sólo lo sencillo y lo simple, pero de modo que lograra una revolución en el alma del oyente como la del viento en la superficie del agua. Describió la salida del sol, cuando se demora al borde de la montaña, y el silencioso deslizarse de los peces, cuando huyen como sombras bajo el agua, o el movimiento de un tierno sauce meciéndose con el viento de la primavera. Y al oírle no sólo se evocaba el sol y el juego de los peces y el susurro del sauce, sino que parecía como si por un instante el cielo y el mundo se concertaran en una música perfecta. Y cada oyente evocaba entonces con placer o dolor lo que amaba u odiaba: el muchacho evocaba sus juegos, el joven a su amada, y el viejo presentía la muerte.

Han Fook ya no supo cuántos años permaneció junto al Maestro en la fuente del gran río; a menudo le parecía que había pisado ese valle en la víspera del día anterior y que había sido recibido allí por la música del anciano. En otras ocasiones sentía como si todas las generaciones de la humanidad y los siglos hubiesen rodado detrás de él y que ello carecía de importancia.

Una mañana, al despertar en la cabaña, se halló solo, y por más que buscó y llamó, el Maestro no dio señales de vida. Durante la noche pareció que el otoño hubiese llegado de improviso; un viento áspero sacudía la vieja cabaña, y sobre la cuesta de la montaña volaban grandes bandadas de aves de paso, aunque todavía no era la época.

Entonces Han Fook tomó el pequeño laúd y descendió al país natal; y allí donde se encontraba con gente, lo saludaban con la ceremonia debida a los ancianos y a las personas de calidad. Y cuando llegó a la ciudad paterna, su padre, su novia y sus parientes ya habían fallecido, y otras personas vivían en las casas de aquellos. Al anoecer fue celebrada la fiesta de los faroles sobre el río, y el poeta Han Fook se quedó en la orilla más oscura, recostado contra el tronco de un viejo árbol. Y cuando comenzó a tocar en su pequeño laúd, las mujeres suspiraron y miraron encantadas y con ansiedad en medio de la noche. Y los hombres jóvenes llamaron al tocador de laúd, al que no podían encontrar, y lo llamaron con ardor, pues ninguno de ellos había oído jamás tales sonidos de un laúd. Pero Han Fook sonreía. Miró el río, donde flotaban los reflejos de los mil faroles, y cuando no pudo distinguir más los reflejos

de la realidad, no halló dentro de su alma ninguna diferencia entre esta fiesta y aquella otra a la que asistiera en sus mocedades, y durante la cual percibiera las palabras del extraño Maestro.

Alma de Niño

A VECES ACTUAMOS, vamos de un sitio a otro, hacemos esto o aquello y todo resulta fácil, ingrátido, incluso gratuito. Todo podría ser distinto, naturalmente. En otras ocasiones, sin embargo, nada podría ser diferente de como es, nada gratuito ni fácil; cada uno de nuestros gestos está ya determinado, marcado por el destino.

Los actos de nuestra vida considerados buenos y sobre los que nos gusta hablar pertenecen a ese primer tipo, al «fácil»; los olvidamos con rapidez. Los otros, de los que raramente hablamos, no los olvidamos nunca, nos pertenecen más y su sombra cubre todos los días de nuestra vida.

La casa paterna, grande y clara, se halla en una calle luminosa. Se entra por una puerta alta. Pero, apenas dentro, te apresa el frío, la penumbra, el aire húmedo, pétreo. Nos recibe un sombrío vestíbulo alto y silencioso. El suelo de ladrillos rojos conduce, en ligera pendiente, hacia la escalera situada al fondo, en el claroscuro. Mil veces pasé por esta puerta sin prestarle atención, sin fijarme ni en el pasillo, ni en las baldosas, ni en la escalera. De todas formas constituye el paso a otro mundo, a «nuestro» mundo. El vestíbulo huele a piedra, es tenebroso; la escalera conduce de la fría oscuridad a la luz, arriba, a la luminosa felicidad. Pero siempre antes que todo está el vestíbulo y las lúgubres sombras. Algo del padre, algo de su majestad y poder, algo de culpabilidad y castigo. Mil veces lo crucé riendo. Pero en algunas ocasiones, al entrar, inmediatamente sentía sofoco, opresión, miedo; en seguida buscaba la escalera liberadora.

Un día, tenía yo once años, llegué de la escuela. Era uno de esos días en que el destino está al acecho en cada rincón, en que fácilmente puede pasar algo. En semejantes días parece que cada perturbación y trastorno de nuestra alma se refleja en el mundo circundante y lo altera. Miedo y desasosiego oprimen el corazón y buscamos — y encontramos— la presunta causa fuera de nosotros. Consideramos mal hecho el mundo y tropezamos por doquier con resistencias.

Así era aquel día. Desde temprano sentía opresión. ¿Quién sabe por qué? Tal vez por una pesadilla. Me oprimía un sentimiento de mala conciencia, a pesar de que no había hecho nada especial. Por la mañana la cara de mi padre tenía una expresión de dolor, estaba llena de mudos reproches; la leche del desayuno resultó insípida, fría. En la escuela no tuve, realmente, problemas, pero de pronto todo tenía un sabor desesperante, apagado y desalentador. A ello se unía la sensación, que ya conocía, de impotencia y desazón, sensación que nos dice que el tiempo es infinito y que nosotros seremos pequeños y débiles eternamente. Siempre estaremos en esa estúpida y hedionda escuela. Años y años. La vida, toda, es absurda y repugnante.

Aquel día incluso me enfadé con mi mejor amigo. Hacía poco que había hecho amistad con Oskar Weber, hijo de un maquinista, sin saber a ciencia cierta lo que en él me atraía. En una ocasión se jactó de que su padre ganaba al día siete marcos y yo le repliqué, al azar, que el mío ganaba catorce. Se dejó impresionar sin hacer ninguna objeción. Así comenzó todo. Unos días después Weber y yo fundamos una asociación. Hicimos un fondo común con el que más tarde pensábamos comprar una pistola. La pistola estaba en el escaparate de una ferretería. Era un arma maciza con dos cañones azulados. Weber había calculado que con sólo ahorrar en serio una temporada podríamos comprarla. Dinero siempre había, él lo recibía con frecuencia, para sus gastos, o a veces lo encontraba en un callejón, o hallaba cosas de valor como herraduras, pedazos de plomo que se vendían bien. En seguida aportó unas monedas y me convenció de que nuestro plan era perfectamente posible y realizable.

Mientras aquel mediodía penetraba en el vestíbulo de mi casa y me sumergía en la fría y cavernosa

atmósfera, entre oscuras advertencias de mil cosas incómodas y odiosas, mis pensamientos estaban ocupados en Oskar Weber. Sentía que no le quería, a pesar de que su rostro bondadoso, que recordaba el de una lavandera, me era simpático.

Lo que me atraía en él no era su persona, sino otra cosa: su manera de ser que se reflejaba en todas sus hazañas, un cierto modo de vivir audazmente, una desenvoltura ante el peligro y la adversidad, una seguridad en las pequeñas cosas prácticas de la vida, con el dinero, con las tiendas, con los talleres, con las mercancías y los precios, con la cocina y la ropa. Los muchachos como Weber, a quienes los golpes de la escuela no parecían doler y que se hacían amigos de cocheros, criados y obreras, estaban en el mundo de otra manera, más seguros; eran, como quien dice, adultos. Sabían cuánto ganaba su padre y sabían, sin duda, otras muchas cosas de las que yo no tenía ninguna experiencia. Se reían de expresiones y de chistes que yo no entendía. Y reían de un modo inalcanzable para mí, de forma grosera y cruda, pero indiscutiblemente «adulta» y «varonil». No servía de nada el que yo fuera más inteligente que ellos, que supiera más en la escuela. Como no servía de nada ir mejor vestido, peinado y más limpio. Al contrario, estas diferencias les favorecían. Muchachos como Weber podían penetrar sin ninguna dificultad en este mundo que flotaba ante mis ojos, en fantástico claroscuro, mientras que para mí estaba excesivamente cerrado y cada una de sus puertas debía ser conquistada a fuerza de crecer, de infinitos años de escuela, de exámenes y ardua educación. Naturalmente tales muchachos encontraban además herraduras, dinero, trozos de plomo, recibían una cantidad para sus gastos y propinas y regalos, y, de cualquier modo, prosperaban.

Presentía que mi amistad con Weber, nuestro fondo común, eran sólo nostalgia de «aquel mundo». Lo que realmente apreciaba en Weber era su gran secreto, gracias al cual estaba más cerca de los adultos que yo, con mis sueños; vivía en un mundo sin velos, desnudo, robusto. Y presentía la decepción: no conseguiría arrebatarse su secreto ni la llave mágica para entrar en la vida.

Acababa de dejarle. Sabía que iba a casa, ancho y corpulento, silbando alegre sin preocuparle ninguna nostalgia ni pensamiento. Si tropezaba con chicas de servicio y obreros, y veía su vida enigmática, tal vez prodigiosa, tal vez criminal, no se sentía ante ningún enigma o misterio, ante ningún peligro, ante nada salvaje ni emocionante, sino ante algo natural, conocido y familiar para él como el agua. Así era. Y yo, en cambio, siempre me quedaría al margen, solo e inseguro, lleno de presentimientos, pero sin certeza.

Aquel día la vida sabía a desesperación, a insipidez; el día tenía algo de lunes, a pesar de ser sábado, olía a lunes, tres veces más largo y tres veces más aburrido que los demás días. Esta vida era condenada y antipática, falaz y asquerosa. Los adultos actuaban como si el mundo fuera perfecto y ellos semidioses, y nosotros, los chicos, sólo heces y escoria. ¡Qué maestro! Uno sentía aspiración, ambición, tomaba decisiones honradas y apasionadas encaminadas al bien: para aprender los verbos irregulares griegos o para conservar limpio el traje, para obedecer a los padres o para soportar callada y heroicamente todos los dolores y humillaciones. Sí, uno siempre vuelve a levantarse, ardiente y devoto, para consagrarse a Dios y para ir por la senda ideal, limpia y noble hacia la altura, para ejercer la virtud, para sufrir silenciosamente el mal, para ayudar a los demás. ¡Ah, soportar! Siempre quedaba un arranque, un intento y el corto vuelo. Siempre volvía a pasar algo, después de unos días o después de unas horas, que no debería pasar, algo miserable, triste y humillante. ¡Siempre, dejando las firmes y nobles determinaciones y promesas, se recaía inevitablemente en el pecado y la infamia! ¿Por qué uno comprendía tan perfecta y profundamente la belleza y corrección de los buenos propósitos y los sentía en el corazón, mientras que toda la vida —adultos incluidos—apestaba a rutina y estaba siempre dispuesta a dejar triunfar lo sórdido y lo vulgar? ¿Cómo era posible que por la mañana de rodillas sobre la cama, o por la noche ante velas encendidas, uno se uniese con sagrado juramento a lo bueno y a lo divino, llamase a Dios y declarase la guerra para siempre a todos los vicios, y quizá sólo un par de horas más tarde pudiese traicionar miserablemente este juramento sagrado con una risa seductora o con una tonta broma de colegial escuchada con complacencia? ¿Por qué era así? ¿Era distinto para los otros? ¿Los héroes, los romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos habían sido todos distintos, mejores, más perfectos, sin malos instintos, equipados con algún órgano que a mí me faltaba, que les impedía caer del cielo a lo vulgar, de lo sublime a lo deficiente y mísero? ¿Desconocían los héroes y los santos el pecado original? ¿Quizá lo santo y lo noble sólo era posible de forma reducida, rara

y selecta? ¿Pero por qué había nacido en mí, si no era ningún elegido, esta inclinación hacia lo bello y noble, este anhelo salvaje y sollozante de pureza, bondad y virtud? ¿No era para escarnio? ¿En el mundo de Dios podía ser que un hombre, un muchacho, tuviese al mismo tiempo elevados sentimientos y malos instintos y hubiese de sufrir y desesperar, como una figura desgraciada y cómica, para dar gusto al Dios espectador? ¿Sucería así? ¿Y no era el mundo entero una burla diabólica, digna de desprecio? ¿No era Dios un monstruo, un loco, un bufón necio y repugnante? ¡Ah, mientras yo pensaba esto con dejo de lujuria rebelde, mi inquieto corazón me castigaba ya temblando por la blasfemia!

¡Qué claramente vuelvo a ver ante mí, después de treinta años, aquella escalera con las altas y sucias ventanas que se abrían a la pared vecina y que daban tan poca luz, con los fregados peldaños de abeto y los rellanos y la barandilla de madera dura y lisa que yo había pulido- con mis infinitos descensos a toda velocidad. Queda tan lejos la infancia y en suma me parece tan incomprensible y fabulosa; sin embargo, recuerdo perfectamente todo el dolor y la discrepancia que ya entonces, en plena felicidad, existía en mí. Todos estos sentimientos ya estaban en el corazón del niño, idénticos a los que han quedado: duda en el propio valor, vacilación entre la autovaloración y la cobardía, entre la idealización despreciativa del mundo y la vulgar sensualidad. E igual que entonces, más tarde y centenares de veces, vi en esos rasgos de mí ser tanto despreciable enfermedad como perfección. A veces creo que Dios quiere llevarme por este camino angustioso haría un especial retiro y ahondamiento, y otras veces sólo hallo los síntomas de una mezquina debilidad de carácter, de una neurosis, que en la vida arrastran penosamente millares de almas.

Si tuviera que reducir todos los sentimientos y sus angustiosas contradicciones a un sentimiento fundamental y designarlo con un solo nombre, no sabría más palabra que la de miedo. Era miedo, era miedo e inseguridad lo que sentía todas aquellas horas de interrumpida felicidad infantil: miedo al castigo, miedo a la propia conciencia, miedo a los impulsos de mi alma que consideraba prohibidos y criminales.

También aquel día, en el momento que subía la escalera, me sobrecogió este sentimiento de miedo; la escalera se iluminaba al acercarme a la puerta de cristal. El miedo empezaba con una angustia en el bajo vientre que subía hasta el cuello y allí se convertía en sofoco o en náuseas. Siempre sentía simultáneamente, como ahora, una penosa vergüenza, una desconfianza ante todo espectador, un ansia de estar solo y escondido.

Con aquel mísero y maldito sentimiento, un verdadero sentimiento de delincuente, llegué al corredor y a la habitación. Me decía: hoy el diablo anda suelto, pasará algo. Lo captaba como el barómetro registra los cambios de presión, con irremediable pasividad. ¡Ah, volvía de nuevo lo indecible! El demonio rondaba sigilosamente por casa, el pecado original roía el corazón; detrás de cada pared había un espíritu colosal e invisible, un padre y un juez.

Aún no sabía nada, todo era pura sospecha, presentimiento, corrosiva desazón. En tales situaciones, cuando se estaba enfermo, lo mejor, en general, era vomitar y meterse en cama. Muchas veces pasaba sin dolor, venía la madre o la hermana, me daban té y me sentía rodeado de amorosos cuidados; podía llorar o dormir, para despertar luego sano y contento en un mundo completamente distinto, redimido y claro. Mi madre no estaba en la sala de estar y en la cocina sólo había la criada. Decidí ir a ver a mi padre. Una pequeña escalera conducía a su despacho. Aunque también tenía miedo de él, a veces era bueno dirigirse a él, a quien uno tenía que pedir tanto perdón. Era más sencillo y más fácil hallar consuelo en la madre, pero con el padre el consuelo era más valioso, significaba una paz con la recta conciencia, una reconciliación y una nueva alianza con las fuerzas del bien. Después de terribles escenas, investigaciones, confesiones y castigos, a menudo salía del despacho de mi padre bueno y limpio, castigado y amonestado naturalmente, pero lleno de nuevos propósitos, gracias a la unión de fuerzas frente al mal hostil. Decidí ir a ver a mi padre y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que llevaba al despacho. Esta pequeña escalera con su olor peculiar y con el sonido seco de los peldaños de madera huecos y ligeros, era, más que el vestíbulo, un camino significativo y una puerta del destino; muchas idas importantes me habían llevado por estos peldaños, centenares de veces había arrastrado por ellos miedo y tormento moral, obstinación e ira feroz, y no pocas veces había obtenido la salvación y una nueva seguridad. La planta baja de nuestra vivienda era el lugar de la madre y del hijo, allí flotaba una atmósfera inofensiva; arriba vivían el poder y el espíritu,

había el tribunal y el templo, el «reino del padre». Algo angustiado, como siempre, giré el anticuado picaporte y entreabrí la puerta. Aspiré el olor del despacho paterno: olor a libros y a tinta, diluido por el aire azul de las ventanas entreabiertas, cortinas limpias, blancas, un hilo perdido de perfume de agua de Colonia, y sobre la mesa de escribir una manzana. Pero la habitación estaba vacía.

Entré con un sentimiento mitad de decepción y mitad de alivio. Amortigué mis pasos y anduve de puntillas, tal como teníamos que andar ahí arriba con frecuencia cuando el padre dormía o tenía dolor de cabeza. Apenas recordé ese andar silencioso y tuve palpitaciones, volví a sentir con más fuerza la angustiosa presión en el bajo vientre y en la garganta. Seguí adelante de puntillas y angustiado, paso a paso; ya no era un visitante inocente ni un suplicante, sino un intruso. Muchas veces, en ausencia de mi padre, me había colado a escondidas en sus dos habitaciones, había espiado y escudriñado su reino secreto y dos veces había robado algo de dentro.

Recordé este detalle e inmediatamente lo supe: la desgracia estaba aquí, pasaría algo; hacía ahora lo que estaba prohibido. ¡Ni hablar de huir! Pensaba en ello, pensaba con impaciencia y fervor en escapar escaleras abajo a mi cuarto o al jardín, pero sabía que no lo haría, no podría hacerlo. Deseaba interiormente que mi padre se moviese en la habitación contigua, que entrase y rompiese toda la horrible fascinación que me arrastraba y encadenaba diabólicamente. ¡Que venga! ¡Que venga, aunque me riña, pero que venga antes de que sea demasiado tarde!

Tosí para indicar mi presencia y como no recibí ninguna respuesta, llamé en voz baja: «¡Papá!» Todo estaba silencioso, numerosos libros callaban en las paredes, un batiente de la ventana se movía al viento y arrojaba un precipitado reflejo del sol sobre el suelo. Nadie me salvaba y dentro de mí mismo no había ninguna libertad para actuar de otra forma a como el demonio quería. El sentimiento de ser un delincuente me contrajo el estómago y me heló las puntas de los dedos; mi corazón aleteaba angustiosamente. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Sólo sabía que sería algo malo.

Estaba junto a la mesa de escribir, cogí un libro y leí un título inglés que no comprendía. Odiaba el inglés, que mi padre hablaba siempre con mi madre cuando no querían que les comprendiésemos o cuando se peleaban. En una bandeja había toda clase de objetos, mondadientes, plumas, alfileres. Cogí dos plumas y me las metí en el bolsillo, Dios sabe por qué, ni las necesitaba ni carecía de plumas. Sólo lo hice para seguir la presión que me estaba sofocando, que me empujaba a hacer el mal, a perjudicarme a mí mismo, a cargar con la culpa. Eché un vistazo a los papeles de mi padre; vi que había una carta empezada y leí estas palabras: «nosotros y los niños, gracias a Dios, estamos muy bien», y los caracteres latinos de su escritura me parecieron ojos.

Luego, sin hacer ruido y de puntillas, entré en el dormitorio. Allí estaba la cama de hierro del padre, sus zapatillas marrones debajo. Sobre la mesilla de noche había un pañuelo. Aspiré el aire del padre en la fría y clara habitación: su retrato se erigía claramente ante mí. El respeto profundo y la rebeldía luchaban en mi agobiado corazón. Por unos momentos le odié y recordé con malicia y con maligna satisfacción cómo los días en que le dolía la cabeza yacía en su cama, largo y estirado, con un paño mojado sobre la frente, gimiendo de vez en cuando. Sospeché que él, el poderoso, tampoco tenía una vida fácil, que también él, el venerable, conocía la duda en sí mismo y la inquietud. Tan pronto como se desvaneció mi extraño odio, le siguieron la compasión y la ternura. Pero entretanto había abierto un cajón de la cómoda. Había ropa apilada y una botella de agua de Colonia que le gustaba; quise olería, pero la botella estaba aún sin abrir y bien tapada; la volví a dejar en su sitio. A su lado encontré una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz; me metí unas cuantas en la boca. Me invadió una cierta decepción y desilusión, y al mismo tiempo me alegré de no haber encontrado ni cogido nada más.

Cuando ya había renunciado, tiré de otro cajón con el sentimiento algo aliviado y con el propósito de volver a dejar en su sitio las dos plumas robadas. Quizás era posible volver atrás, arrepentirse, corregirse y redimirse. Quizá tenía más fuerza sobre mí la mano de Dios que toda tentación. ..

Eché una rápida mirada por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Ah, si hubiera habido calcetines o camisas o periódicos viejos! Pero allí había precisamente la tentación y en pocos segundos volvió el calambre y el hechizo del miedo; mis manos temblaban y mi corazón palpitaba vertiginosamente. En una caja india o exótica, trenzada con corteza de árbol, vi algo sorprendente, en cualquier caso seductor: una corona entera de higos secos azucarados.

La tomé en la mano, era prodigiosamente pesada. Luego saqué dos o tres higos, me metí uno en la boca y los demás en el bolsillo. Así pues, todo el miedo y toda la aventura no habían sido en vano. De aquí ya no podía obtener ninguna salvación, ningún consuelo. Y no quería salir con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más, casi no se notó. Después otros. Cuando mis bolsillos estuvieron llenos, la corona había quedado reducida a la mitad. Arreglé los higos restantes colocándolos más espaciados, de manera que pareciese que faltaban menos. Sobresaltado cerré violentamente el cajón y salí corriendo por las dos habitaciones, bajé las escaleras y llegué a mi cuarto donde permanecí de pie, apoyado en mi pequeño pupitre; se me doblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

Poco después sonó la campanilla de la comida. Con la cabeza vacía y lleno de desilusión y hastío, metí los higos en mi estantería de libros, los escondí detrás y fui a la mesa. En la puerta del comedor me di cuenta de que tenía las manos pegajosas. Me las lavé en la cocina. En el comedor les encontré a todos esperando. Dije de prisa «Buenos días». Mi padre bendijo la mesa y yo me incliné sobre la sopa. No tenía hambre y me costaba tragar cada sorbo. A mi lado estaban sentadas mis hermanas, enfrente mis padres, todos resplandecientes, alegres y respetables; sólo yo, miserable criminal, solo e indigno, temiendo cualquier mirada amistosa, con el sabor de los higos aún en la boca. ¿Había cerrado la puerta del dormitorio de arriba? ¿Y el cajón?

Era mi desgracia. Me hubiera dejado cortar las manos a cambio de que los higos estuvieran otra vez en la cómoda. Decidí tirarlos, llevármelos a la escuela, regalarlos. ¡Que se marchasen, que no tuviera que verlos nunca más!

—Tienes mala cara hoy —dijo mi padre por encima de la mesa. Miré fijamente mi plato y sentí su mirada sobre mi rostro. Lo notaría. Lo notaba todo siempre. ¿Por qué me atormentaba? Por mí podía llevarme fuera y matarme—. ¿Te pasa algo? —volví a oír su voz. Mentí y dije que tenía dolor de cabeza—. Debes echarte un poco después de comer —dijo—. ¿Cuántas clases tenéis esta tarde?

—Sólo gimnasia.

—Bien, hacer gimnasia no te perjudicará. ¡Pero también debes comer! ¡Haz un esfuerzo! ¡Ya pasará!

Miré de reojo. La madre no decía nada, pero yo sabía que me miraba. Tragué la sopa, luché con la carne y la verdura, bebí agua dos veces. No sucedió nada más. Me dejaron en paz. Al terminar, mi padre dijo la oración de acción de gracias: «Señor, te damos las gracias por tu benevolencia y tu eterna bondad»; un corte corrosivo me separó otra vez de las claras, sagradas y confiadas palabras y de todos los que estaban sentados a la mesa; las arrugas de mis manos eran mentiras y mi actitud devota era blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre pasó su mano por mi cabello y la dejó un instante sobre mi frente para ver si estaba caliente.

¡Qué amargo era todo aquello!

Una vez en mi habitación permanecí de pie ante la estantería. La mañana no había mentido, todos los presagios se habían cumplido. Había sido un día desgraciado, el peor que jamás había vivido. Nadie podía soportar uno peor. De existir un día peor era necesario suicidarse. Lo mejor era el veneno, o colgarse. Era preferible estar muerto que vivir. Todo era tan falso y desagradable. Reflexionando distraído eché mano a los higos ocultos y me comí algunos sin darme cuenta.

Me llamó la atención nuestra hucha, estaba debajo de los libros, en la estantería. Era una caja de puros que yo había cerrado con clavos; en la tapa había abierto una tosca ranura con la navaja para meter las monedas. Estaba mal cortada y salían astillas. Ni esto sabía hacer bien. Tenía compañeros que podían hacerlo con mucha maña, paciencia y de forma tan impecable que parecía cepillado por un carpintero. Pero yo siempre era chapucero, me apresuraba y no dejaba nada bien acabado. Lo mismo sucedía con mis trabajos en madera, lo mismo con mi escritura y mis dibujos, lo mismo sucedía con mi colección de mariposas y con todo. No tenía solución. Estaba ahora aquí y había vuelto a robar, peor que nunca. Aún tenía las plumas en mi bolsillo. ¿Para qué? ¿Por qué las había tenido que coger? ¿Por qué uno tenía que hacer lo que no quería?

En la hucha sonaba una sola moneda, la moneda de diez pennigs de Oskar Weber. Desde entonces no habíamos echado nada más. ¡También esta historia de la hucha era una de mis operaciones! Nada servía, todo salía mal. Y lo que empezaba, en seguida se atascaba. No quería saber nada más de aquella hucha.

En días como hoy el rato entre el almuerzo y la escuela era desagradable y duro de pasar. En los días buenos, días tranquilos, sosegados y agradables, era una hora bonita y deseada. Leía un libro de indios en mi habitación o regresaba a todo correr, terminada la comida, al patio de la escuela donde siempre encontraba a algunos compañeros emprendedores y entonces jugábamos, gritábamos y corríamos y nos acalorábamos hasta que el toque de campana nos devolvía a una «realidad» totalmente olvidada. ¿Pero en los días como hoy, con quién quería uno jugar y cómo podía acallar el demonio en el pecho? Yo lo veía venir. Hoy tal vez no, pero la próxima vez, quizá pronto. Entonces mi destino estallaría por completo. Sólo faltaba una pequeñez, un diminuto suplemento de miedo, de mal y de perplejidad, entonces se produciría la explosión, vendría el gran sobresalto. Un día, exactamente un día como hoy, me hundiría por completo en el mal, haría algo atroz y decisivo con obstinación y furia. Debido a la absurda intolerancia de esta vida, sería algo atroz, pero liberador, que pondría fin para siempre al miedo y al tormento. Desconocía qué sería. Pero muchas veces por mi cabeza habían pasado fantasías y obsesiones desconcertantes sobre esta cuestión, imágenes del crimen con que me vengaría del mundo y al mismo tiempo me descubriría y me aniquilaría a mí mismo. A veces prendía fuego a nuestra casa: enormes llamas volarían a través de la noche, casas y calles serían pasto del fuego, toda la ciudad lanzaría llamas colosales contra el cielo negro. En otros momentos el crimen de mis sueños consistía en vengarme en mi padre, un asesinato, un horrible homicidio. Entonces me comportaría como aquel criminal, el único criminal de verdad que había visto conducir por las callejas de nuestra ciudad. Se trataba de un ladrón al que habían detenido y llevaban al juzgado municipal, esposado, un sombrero hongo ladeado sobre la cabeza, con un gendarme delante y otro detrás. Aquel hombre al que llevaban por la calle, a través de una enorme masa de curiosos, acompañado de maldiciones, bromas maliciosas y malos deseos expresados a voces, aquel hombre no se parecía en nada al pobre diablo huraño que se veía a veces por la calle acompañado de policías y que en la mayoría de los casos era tan sólo un pobre artesano ambulante que había pedido limosna. No, aquél no era ningún artesano, ni parecía indefenso, ni tosco, ni llorón; no recurría a una sonrisa tímida y bobalicona, como ya había visto en otras ocasiones; aquél era un verdadero delincuente que llevaba un sombrero algo abollado sobre su cráneo altanero y firme, estaba pálido y sonreía despectivo, y el pueblo, que le insultaba y escupía, se convertía en gentuza y chusma ante él. Yo mismo había gritado entonces: «¡Carne de horca!», pero después vi su andar orgulloso, erguido, vi cómo llevaba las manos esposadas delante, el sombrero hongo sobre su cabeza enérgica y maliciosa, igual que una fantástica corona, y cómo sonreía. Y entonces callé. Igual que aquel delincuente, yo también sonreiría y mantendría la cabeza erguida, cuando me llevaran al tribunal y al cadalso; y si la gente me empujaba y me lanzaba gritos de burla, yo no diría ni sí ni no, simplemente callaría y les despreciaría.

Y si se me ajusticiaba y mataba, cuando llegase al cielo ante el juez eterno, no iba a doblegarme ni someterme en absoluto. ¡Oh no, aunque le rodearan todos los coros de ángeles y de él brotase toda la santidad y dignidad! ¡Él iba a querer condenarme, dejarme consumir en el fuego! ¡Pero yo no me disculparía, no me humillaría, no le pediría perdón, no me arrepentiría! Si él me preguntaba: «¿Has hecho tal cosa y tal otra?», le diría: «Ya lo creo que lo he hecho y, más aún, está bien que lo haya hecho y si pudiera lo volvería a hacer. He matado, he incendiado casas, porque me divertía y porque quería mofarme de ti y enojarte. Sí, Dios, te odio y te escupo a los pies. Me has atormentado y maltratado, has hecho leyes que nadie puede respetar, has inducido a los adultos a que nos ensucien la vida a nosotros, los jóvenes.»

Si lograba imaginarme todo esto de manera completamente clara y lograba creer firmemente que iba a actuar y hablar así, me sentía téticamente bien por unos momentos. Pero en seguida volvían las dudas. ¿No flaquearía, no me dejaría intimidar, no cedería? Y, si lo hacía todo tal como era mi obstinada voluntad, ¿no hallaría Dios una salida, alguna superioridad, alguna patraña, como los adultos y poderosos que siempre lograban llegar triunfantes al final, avergonzarle a uno, no tomarle en serio, humillarle bajo la maldita máscara de la benevolencia? Naturalmente que terminaría así.

Mis fantasías iban y venían, me hacían ganar a Dios con rapidez, me elevaban a criminal inflexible y me volvían a arrojar al fondo, al niño débil y sin energía.

Estaba ante la ventana y miraba el pequeño patio interior de la casa vecina en el que se apoyaban los arbotantes de la casa y donde en un minúsculo jardín verdeaban unas cuantas plantas. De repente,

en el silencio de la tarde, oí resonar varias campanadas; firme y serenamente penetraron en mis sueños, primero una campanada clara, exacta, y luego otra. Eran las dos y, asustado, pasé del miedo de los sueños al de la realidad. Empezaba nuestra hora de gimnasia y, aunque saliese volando sobre mágicas alas y me precipitase en la sala de gimnasia, llegaría tarde de todas formas. ¡Otra desgracia! Pasado mañana habría amonestación, injurias y castigo. Mejor sería no ir. Quizá con una buena excusa, sutil y creíble... Pero en aquel momento no se me ocurría ninguna, a pesar de lo maravillosamente que el maestro me había educado para mentir. Ahora ya no estaba en condiciones de mentir, de encontrar, de construir. Mejor era quedarse fuera toda la hora. ¡Qué importaba si a una gran desgracia ahora se sumaba otra pequeña!

Pero la campanada me había despertado y había paralizado mis sueños de fantasía. De repente me sentía muy débil, mi habitación me parecía terriblemente real: el pupitre, los cuadros, la cama, la librería, todo estaba cargado de estricta realidad, todo eran gritos del mundo en el que uno debía vivir y que para mí hoy se había convertido en un mundo hostil y peligroso. ¿Por qué? ¿No había faltado a la hora de gimnasia? ¿Y no había robado miserablemente y había colocado los condenados higos en la estantería antes de comérmelos? ¡Qué me importaba ahora el criminal, Dios y el juicio final! Ya llegaría todo a su tiempo, pero ahora, ahora, en este instante, estaba lejos y eran tonterías, nada más. Había robado y a cada instante podía descubrirse el delito. Quizá ya se había descubierto, quizá mi padre ya había abierto aquel cajón, allí arriba, y se hallaba ante mi infame acción, ofendido y enojado, y pensaba de qué forma podía castigarme. Posiblemente ya venía hacia mí y, si no huía en seguida, dentro de unos minutos ya tendría ante mí su serio rostro con gafas. Pues él, naturalmente, sabía en seguida que yo era el ladrón. En nuestra casa no había más delincuente que yo, mis hermanas nunca harían una cosa semejante, Dios sabe por qué. ¿Pero para qué necesitaba mi padre tener escondidas en su cómoda aquellas ristras de higos?

Ya había abandonado mi habitación y me había largado por la puerta trasera de la casa y a través del jardín. La hierba yacía bajo el claro sol y las mariposas revoloteaban por el caminito. Ahora todo parecía malo y amenazador, mucho peor que esta mañana. ¡Oh, todo aquello ya lo conocía yo y pensaba que nunca había sentido nada tan angustioso! Todo me miraba desde su trivialidad, desde su tranquila conciencia, la ciudad y el campanario, el césped y el camino, las flores y las mariposas; todo lo que es bonito y alegre, todo lo que se mira con placer, ahora era extraño y maligno. Era como cuando se pasa por sitios conocidos, pero se tiene miedo. Ahora podía volar sobre el prado la mariposa más rara y posarse a mis pies: no significaría nada, no interesaría, no consolaría. Ahora el soberbio cerezo podía ofrecer sus ramas rebosantes, no tendría ningún valor, no produciría ningún placer. Ahora sólo existía una cosa: huir de mi padre, del castigo, de mí mismo, de mi conciencia; fugitivo y desamparado. Inexorable e inevitablemente sucedió todo lo que tenía que suceder.

Corrí desamparado, huí cuesta arriba hasta el bosque, por el monte de robles hasta el molino, pasé por la fuente y seguí cuesta arriba, bosque a través. Aquí habíamos hecho nuestros últimos campamentos de indios. Aquí, el año pasado, cuando mi padre estuvo de viaje, habíamos celebrado la Pascua los niños acompañados por mi madre, habíamos escondido los huevos por el bosque y en el musgo. Aquí, un día de vacaciones, había construido un castillo con mis primos; aún se conservaba la mitad. ¡Por doquier restos de antaño, por doquier la imagen de otro yo distinto al de hoy! ¿Había sido yo así? ¿Tan alegre, tan contento, tan agradecido, lleno de compañerismo, tan cariñoso con mi madre, sin miedo, inconcebiblemente feliz? ¿Lo había sido? ¿Y cómo había podido convertirme en un ser tan distinto, tan malo, tan lleno de miedo, tan destruido? Todo seguía como siempre; el bosque y el río, los helechos y las flores, el castillo y los hormigueros, y en cambio todo estaba envenenado y devastado. ¿No había ningún camino para regresar adonde estaba la felicidad y la inocencia? ¿Ya no podía ser nunca más como había sido? ¿No volvería jamás a reír, a jugar con mis hermanas, a buscar huevos de Pascua?

Corrí y corrí, con sudor en la frente, y tras de mí corría mi culpa y corría la gran sombra monstruosa de mi padre, el perseguidor.

Junto a mí se deslizaban los senderos, se hundían las lindes de los bosques. Me detuve en un altozano, me tumbé a un lado del camino, sobre la hierba, tenía palpitations, seguramente debido a la carrera que había hecho monte arriba; pronto estaría mejor. Veía abajo la ciudad y el río, veía

el gimnasio donde se terminaba la clase y los chicos se dispersaban, veía el ancho tejado de mi casa. Allí estaba el dormitorio de mi padre y el cajón en el que faltaban los higos. Allí estaba mi pequeña habitación. Allí, cuando regresase, sería juzgado. Pero ¿y si no regresaba?

Sabía que regresaría. Siempre se regresaba, siempre. Siempre terminaba así. Uno no podía largarse, no podía volar a África o a Berlín. Uno era pequeño, no tenía dinero ni a nadie que le ayudase. ¡Si todos los niños se unieran y se ayudaran mutuamente! Éramos muchos, había más niños que padres. Pero no todos los niños eran ladrones y criminales. Había pocos como yo. Quizá yo era el único. Pero no, sabía que a veces ocurrían cosas como las mías. Un tío mío también había robado de niño y había hecho muchas cosas que yo sabía por una conversación de mis padres que había oído a escondidas, sí, a escondidas que es como uno tiene que escuchar todas las cosas interesantes. ¡Pero todo esto no me servía de nada, y si aquel mismo tío estuviera aquí, tampoco me ayudaría! Ahora era muy gordo y adulto, era pastor, y seguro que defendería a los adultos y a mí me abandonaría. Así eran todos. Con nosotros, los niños, todos eran en parte falsos y mentirosos, representaban un papel, se presentaban diferentes a como eran. La madre quizá no, o menos.

¿Y si no regresaba más? Podía pasar algo, podía romperme el pescuezo o ahogarme, o ponerme bajo un tren. Entonces todo parecería distinto. Me llevarían a casa y todo el mundo estaría callado y horrorizado, y lloraría; a todos les daría lástima y ya no se hablaría más de los higos.

Sabía muy bien que uno puede quitarse la vida a sí mismo. Y pensaba que yo también lo haría un día, más tarde, cuando las cosas fueran muy mal. Hubiera ido bien estar enfermo, pero no solamente con tos, sino realmente enfermo de muerte, como cuando tuve la escarlatina.

Mientras tanto había pasado la hora de gimnasia hacía rato, y también la hora en que se me esperaba en casa para tomar el café. Ahora tal vez me llamaban y me buscaban en mi habitación, en el jardín, en el patio. Pero si mi padre ya había descubierto el robo, no me buscaría porque sabría la razón.

No podía seguir más tiempo tumbado. El destino no me olvidaba, iba tras de mí. Reanudé la carrera. Llegué hasta un banco del parque del que pendía otro recuerdo, otro más, que había sido bonito y querido, pero que ahora quemaba como el fuego. Mi padre me había regalado una navaja y nos fuimos juntos a pasear, contentos y en buena armonía; él se había sentado en este banco mientras yo quería cortar una vara de avellano. Y entonces se me rompió la hoja del cuchillo nuevo. Regresé junto a mi padre, aterrado, quería ocultárselo, pero en seguida mi padre me preguntó por la navaja. Me sentía muy desgraciado por el cuchillo y por las palabras de reproche que esperaba. Pero mi padre había sonreído, me había tocado el hombro ligeramente y me había dicho: «¡Qué lástima, pobre muchacho!» ¡Cuánto le había querido entonces, dentro de mí le pedí perdón fervorosamente! ¡Y ahora, al recordar el rostro de mi padre, su voz, su compasión de entonces, me preguntaba qué clase de monstruo era yo que había afligido tan a menudo a este padre, le había mentado y hoy le había robado!

Cuando regresé a la ciudad, cerca del puente superior y lejos de nuestra casa, ya había empezado el crepúsculo. De una tienda, tras cuya puerta de cristal ardía ya la luz, llegó corriendo un muchacho que se detuvo de pronto y me llamó por mi nombre. Era Oskar Weber. Nadie podía llegar en un momento más inoportuno. De todas formas, por él supe que el maestro no había notado mi ausencia en la clase de gimnasia. ¿Dónde había estado?

—En ningún sitio —dije—, no me encontraba bien.

Yo estaba taciturno y huraño, y después de un rato, que para mí fue escandalosamente largo, le dije que me estaba cargando. Entonces él se enojó.

—Déjame en paz —dije fríamente—, puedo volver solo a casa.

—¡Ah, sí! —dijo entonces—. ¡Yo puedo ir tan solo como tú, tonto de Fratz! ¡No soy tu perro de aguas, para que lo sepas! ¡Pero antes quisiera saber qué pasa con nuestra hucha! Yo he metido una moneda de diez pfennigs y tú nada.

—Tu moneda puedes volver a tenerla hoy mismo si tanto te preocupa. Así no tendré que volverte a ver más. ¡Como si yo te hubiera quitado algo!

—El otro día bien la cogiste —dijo con ironía, pero dejando una puerta abierta para la reconciliación.

Pero yo me había acalorado y enfadado, todo el miedo y la perplejidad acumulados en mí estallaban en viva cólera. ¡Weber no tenía qué decirme! Frente a él yo tenía razón, frente a él yo tenía la conciencia

tranquila. Y necesitaba a alguien ante quien poder pavonearme, ante quien poder estar orgulloso y seguro. Todo lo que había en mí de desordenado y tenebroso fluía salvajemente hacia esta salida. Hice lo que hasta entonces había evitado con tanto cuidado: me mostré como un hijo de papá, le di a entender que yo no perdía nada renunciando a la amistad de un chico de la calle. Le dije que ya se le había terminado el comer bayas en nuestro jardín y el jugar con mis cosas, Me sentía enardecer y reanimarme: tenía un enemigo, un adversario, alguien que era culpable, alguien a quien poder agarrar. Todos mis impulsos vitales se reunían en este furor redentor, oportuno, liberador, en el feroz placer ante el enemigo que esta vez no vivía en mí mismo, sino que estaba enfrente, me miraba con ojos asustados, al principio, y enojados luego; oía su voz, despreciaba sus reproches y podía sobrepujar sus injurias.

Durante el creciente intercambio de palabras, muy rápido, bajamos el oscuro callejón; desde alguna puerta nos seguían con la mirada. Toda la ira y el desprecio que yo sentía contra mí mismo se volvían contra el desgraciado Weber. Cuando me amenazó con denunciarme al profesor de gimnasia, sentí un verdadero placer: se colocaba en la injusticia, se hacía ruín. Me fortalecía.

Cerca de la calle Metzger comenzamos a pegarnos; algunas personas se quedaban mirándonos. Nos pegamos al estómago, a la cara; nos dimos patadas. Por un instante lo había olvidado todo, tenía razón, no era un delincuente; el entusiasmo de la lucha me hacía feliz y, aunque Weber era más fuerte, yo era más ágil, listo, rápido y fogoso. Nos calentamos y nos pegamos con furia. Con un golpe desesperado me rompió el cuello de la camisa y sentí una fría corriente de aire sobre mi piel ardiente.

En medio de los golpes, los forcejeos, las patadas, apretones y abrazos, no cesábamos de hostigarnos, injuriarnos y anonadarnos con palabras que cada vez eran más apasionadas, insensatas y malignas, más poéticas y fantásticas. En esto también era yo el más agudo, original, inventivo. Él decía «perro», yo respondía «puerco perro». Él gritaba «canalla», yo replicaba «satán». Ambos sangrábamos, pero no sentíamos nada. Nuestras palabras acumulaban deseos y encantos maléficos; nos enviábamos mutuamente a la horca, deseábamos tener cuchillos para clavarlos en el pecho del contrincante y hurgar en sus entrañas, insultábamos nuestros nombres, a nuestras familias, a nuestros padres.

Fue la primera y única vez que he luchado así, con entrega total a la guerra, hasta el fin, con absoluta crueldad, contundencia, injuria. Muchas veces había oído con horrorizado placer estas blasfemias e insultos vulgares y primitivos. Ahora los gritaba como si los utilizase desde pequeño. Las lágrimas me brotaban de los ojos y la sangre de la boca. El mundo, sin embargo, era encantador, tenía sentido; era bello vivir, pegar, sangrar y hacer sangrar.

Jamás he sido capaz de recordar el final de esta lucha. En algún momento terminó, me quedé solo. En la tranquila oscuridad reconocí calles y casas, me encontraba cerca de la mía. Lentamente huyó la pasión, lentamente cesó la efervescencia y la ira, y la realidad penetró poco a poco en mi sensibilidad. Primero por los ojos. La fuente. El puente. Sangre en mi mano, el traje roto, los calcetines caídos, dolor en la rodilla, en un ojo. Mi gorra. Todo llegaba a pedazos, se hacía realidad y me hablaba. De repente me sentí profundamente cansado, me temblaban las rodillas y los brazos, me apoyé en una pared.

Allí estaba mi casa. ¡Gracias a Dios! Sólo sabía que allí había refugio, paz, luz, alivio. Jadeando abrí el alto portón.

Una vez dentro, con el olor a piedra y a fría humedad, me inundó el recuerdo, centuplicado. ¡Oh, Dios! Olía a estrechez, ley y responsabilidad, a padre y a Dios. Había robado. No era un héroe herido que regresaba a casa después de la batalla. No era un pobre niño que llegaba a casa para encontrar el calor y la compasión de la madre. Era un ladrón, un delincuente. Arriba no había ningún refugio para mí, ni cama, ni descanso, ni comida ni cuidados, ni consuelo ni olvido. Me esperaba la culpa y el tribunal.

En el corredor, con la oscuridad del atardecer, y en la escalera cuyos peldaños subí penosamente, respiré, creo que por primera vez en mi vida, el aire frío, la soledad, el destino. No veía ninguna salida, no tenía ningún plan, tampoco miedo, sólo el frío y crudo sentimiento de que «tiene que ser». Subí agarrado a la barandilla, ante la puerta de cristal sentí el deseo de permanecer un instante en la escalera, de tomar aliento, tranquilizarme. No lo hice, no tenía sentido. Tenía que entrar. Al abrir la puerta pensé: «¿Qué hora debe de ser?»

Penetré en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, habían terminado de comer, aún

había un plato con manzanas. Eran cerca de las ocho. Nunca había llegado tan tarde a casa, nunca había faltado a la cena.

—¡Gracias a Dios que has llegado! —gritó mi madre. Comprendí que estaba preocupada por mí. Se me acercó corriendo y se detuvo espantada cuando vio mi cara y mi traje sucio y roto. Yo no decía nada ni miraba a nadie, pero percibí claramente que mis padres se comunicaban con la mirada. Mi padre callaba, se dominaba, sentía, sin embargo, su cólera. Mi madre me cogió por su cuenta, me lavó la cara y las manos, me puso esparadrapo. Después me dio de comer. Me envolvían la compasión y los cuidados; estaba sentado en silencio, profundamente avergonzado; sentía el calor y lo saboreaba con mala conciencia. Después me mandaron a la cama. Di la mano a mi padre sin mirarle.

Cuando ya estaba en la cama, mi madre vino a verme. Cogió mis ropas de la silla y puso otras; el día siguiente era domingo. Después, con tacto, empezó a preguntarme y yo tuve que contarle mi riña. Naturalmente lo encontró muy mal, pero no me reprendió. Se mostró un poco sorprendida de que por esto estuviera tan abatido y asustado. Luego se marchó.

Y pensé que estaba convencida de que todo iba bien. Me había peleado, me habían golpeado hasta hacerme sangre, pero mañana todo se habría olvidado. De lo otro, del verdadero motivo, no sabía nada. Se había apenado, pero estaba serena y cariñosa. Era muy probable que mi padre tampoco supiera nada.

Me asaltó un terrible sentimiento de decepción. Ahora notaba que, desde el instante en que penetré en nuestra casa, sólo tenía un deseo ardiente y devorador. Sólo había pensado, deseado, esperado que estallase por fin la tormenta, que se me juzgase, que lo terrible se convirtiera en realidad y terminara así el horrible miedo. Estaba preparado y dispuesto a todo. Deseaba ser duramente castigado, golpeado y encerrado. ¡Que no me dieran de comer! ¡Que me maldijeran y me repudiaran! ¡Con tal de que terminase el miedo y la tensión!

En lugar de todo esto, estaba ahí, tumbado, disfrutaba de cariño y de cuidados, me trataban amistosamente. No había sido juzgado por mis delitos; de nuevo podía esperar y temer. Me habían perdonado el traje roto, la ausencia, la cena perdida, porque estaba cansado y sangraba y les daba lástima, pero, sobre todo, porque no sospechaban lo otro, porque sólo conocían mi travesura, pero no mi delito. ¡Me iría mucho peor cuando todo se supiera! Tal vez me enviarían, como habían amenazado otras veces, a un reformatorio, donde se comía pan duro, donde uno tenía que cortar leña y limpiar botas en su tiempo libre, donde había grandes dormitorios con vigilantes que te pegaban con un bastón y te despertaban a las cuatro de la mañana con agua fría. ¿O me entregarían a la policía?

Pero, de todas formas, fuese como fuese, volvía a disponer de un tiempo de espera. Aún tenía que soportar el miedo, andar con mi secreto auestas, temblar ante cualquier mirada o paso; no podía mirar a nadie a la cara.

¿O era posible que mi robo nunca se descubriera? ¿Que todo quedase como estaba? ¿Que hubiese padecido tanto miedo y tormento en vano? ¡Oh, si sucediera esto, si fuera posible lo impensable, lo maravilloso, entonces quisiera empezar una vida totalmente nueva, quisiera dar gracias a Dios y hacerme digno de Él viviendo hora tras hora completamente limpio y sin mancha! Lo que ya antes había intentado, y había fracasado, ahora sucedería, ahora mi propósito y mi voluntad eran fuertes. ¡Ahora sí, después de tanta angustia, de este infierno lleno de tortura! Todo mi ser se impregnaba de esta idea y la absorbía fervientemente. Aunque llovía, el futuro se abría azul y soleado. Por fin me dormí con estas fantasías. Dormí toda la noche sin preocupaciones.

Al día siguiente era domingo y, aún en la cama, noté, como sabor de una fruta, el peculiar sentimiento de domingo, confuso, pero delicioso, tal como lo conocía desde que había empezado a ir a la escuela. La mañana del domingo era algo bueno: dormir, sin escuela, la perspectiva de un buen almuerzo, ningún olor a maestro ni a tinta, una gran cantidad de tiempo libre. Esto era lo principal. Tan sólo más débilmente sonaban otros tonos extraños, sosos: ir a la iglesia o a la escuela dominical, pasear con la familia, tener cuidado del traje bonito. Por ello, el sabor y el perfume limpio, bueno y exquisito, se adulteraban un poco y se descomponían. Era como si se comieran dos platos a la vez, budín con caldo, que no encajaban por completo, o como los caramelos y pasteles que le regalan a uno en una cajita y tienen un fatal saborcillo a queso o a petróleo. Uno los comía y eran buenos, pero nada era completo ni extraordinario y uno tenía que cerrar un ojo. Así, más o menos, era la mayoría de los

domingos, especialmente cuando tenía que ir a la iglesia o a la escuela dominical, lo que no pasaba siempre por fortuna. El día libre llegaba, pues, con un gustillo a deber y a aburrimiento. Y durante los paseos con la familia, aunque muchas veces podían ser bonitos, en general solía pasar algo: había pelea con las hermanas, uno iba demasiado aprisa o demasiado despacio, uno se ensuciaba el traje con resina; casi siempre había algún problema.

Bien, podía venir lo que fuese. Me sentía bien. Desde ayer había pasado mucho tiempo. No había olvidado mi acción infame, por la mañana ya se me presentó de nuevo, pero había pasado tanto tiempo desde entonces que el espanto se había alejado y hecho irreal. Ayer había expiado mi culpa, aunque sólo fuese por los remordimientos de conciencia. Había pasado un día malo, lamentable. Ahora volvía a inclinarme por la confianza y la candidez y no me sentía preocupado. El asunto no estaba completamente liquidado, aún provocaba cierta amenaza y ciertos escrúpulos, como sucedía con cada deber y cuidado en los bellos domingos.

A la hora del desayuno todos estábamos contentos. A mí me habían dejado escoger entre la iglesia y la escuela dominical. Preferí, como siempre, la iglesia. Allí, al menos, se le dejaba a uno en paz y podía dejar volar sus pensamientos; además el solemne y elevado recinto con sus ventanas multicolores era, en general, bonito y venerable. Y si uno miraba con ojos distraídos hacia el órgano, a lo largo de la oscura y profunda nave, veía a menudo imágenes maravillosas; los tubos del órgano que se elevaban en las tinieblas parecían a veces una ciudad reluciente con centenares de torres. Además, cuando la iglesia no estaba llena, podía leer tranquilamente un libro de cuentos.

Aquel día no cogí ninguno ni pensé en escabullirme del oficio, como había hecho en otras ocasiones. Habían resonado tantas cosas en mi interior desde ayer por la tarde, que tenía buenos y rectos propósitos y había decidido comportarme amable y dócilmente con Dios, con mis padres y con el mundo. Incluso se había desvanecido por completo mi cólera contra Oskar Weber. Si hubiera venido, le habría recibido con los brazos abiertos.

Empezó el servicio divino, canté con todos; se trataba del himno Pastor de tus ovejas que habíamos aprendido de memoria en la escuela. Me llamó la atención comprobar que un versículo cantado lenta y prolongadamente, como se hace en la iglesia, tenía un aire completamente distinto del mismo versículo leído o recitado. Leído, un verso era completo, tenía sentido, constaba de frases. Cantado, sólo constaba de palabras, las frases no se realizaban, no tenían ningún sentido, pero en cambio las palabras, las palabras aisladas, cantadas y muy prolongadas, cobraban una vida muy fuerte, independiente. Sí, muchas veces sólo eran sílabas, algo completamente absurdo en sí, que en el canto se independizaba y tomaba forma. El versículo Pastor de tus ovejas que no siente sueño, por ejemplo, aquel día se cantaba en la iglesia sin ninguna relación ni sentido, uno no pensaba en nada. Pero no era aburrido. Palabras sueltas, por ejemplo, «o-ve-jas», resultaban tan extrañamente llenas y bonitas que uno se mecía en ellas. También el «siente» sonaba misterioso y grave, recordaba a «vientre» y a cosas oscuras, sensibles, poco conocidas, que uno tiene en las entrañas. ¡Además, el órgano!

Luego llegó el pastor de la ciudad y dijo el sermón, que siempre era tan incomprensiblemente largo. Uno escuchaba de manera tan especial, que oía el sonido de la voz flotando como campanadas, luego percibía palabras sueltas, claras y agudas, unidas a su sentido, y uno se esforzaba por seguirlas, mientras duraban. Si al menos hubiera podido sentarme en el coro, en lugar de estar entre los hombres de la tribuna. En el coro, donde me había sentado durante los conciertos de la iglesia, uno se hundía en macizas sillas aisladas; cada una de ellas era un pequeño edificio sólido y encima había una bóveda muy atrayente, vasta y reticular, y arriba en la pared estaba pintado en colores suaves el sermón de la montaña; las vestiduras azules y rojas del Salvador sobre el cielo azul pálido resultaban tiernas y agradables de mirar.

A veces crujía la sillería de la iglesia, lo que me producía una profunda aversión; las sillas estaban pintadas con un barniz amarillo, triste, en el que uno siempre se quedaba un poco pegado. De vez en cuando, arriba, zumbaba una mosca que se lanzaba contra alguna de las ventanas, cuyos arcos tenían pintadas flores azulgranas y estrellas verdes. Y de improviso se terminaba el sermón y yo me echaba hacia adelante para ver desaparecer al pastor por la estrecha y oscura escalera de tubo. La gente volvía a cantar tomando aliento, muy fuerte, y se ponía en pie y salía en masa. Eché la moneda de cinco pfennigs en la caja de ofrendas; aquel sonido de hojalata cuadraba mal con la solemnidad. Me dejé

arrastrar hacia el portal por la oleada humana que me empujó al aire libre.

Ahora llegaba el momento más bonito del domingo, las dos horas entre la iglesia y el almuerzo. Había cumplido mi deber. Después de estar mucho tiempo sentado, ansiaba moverme, jugar o pasear, leer un libro. Era completamente libre hasta el mediodía, en que, en general, había algo bueno de comer. Contento, anduve hacia casa, lleno de alegres pensamientos y sentimientos. El mundo estaba en orden, en él se podía vivir. Pacífico, atravesé el vestíbulo y la escalera al trote.

En mi habitacioncita brillaba el sol. Miré mis cajas de gusanos de seda que el día antes había descuidado, encontré un par de crisálidas nuevas, puse agua fresca a las plantas.

La puerta se movió.

Al principio no reparé en ello. Tras un instante noté un silencio extraño. Me volví. Allí estaba mi padre. Estaba pálido y parecía atormentado. El saludo se me quedó en la garganta. ¡Comprendí que lo sabía! Estaba allí. Empezaba el juicio. ¡Nada había mejorado, nada se había expiado, nada se había olvidado! El sol palideció y la mañana de domingo se marchitó.

Arrancado de todos los cielos, yo miraba fijamente a mi padre. Le odiaba. ¿Por qué no vino ayer? Ahora yo no estaba preparado para nada, no tenía nada dispuesto, ni siquiera arrepentimiento ni sentimiento de culpabilidad. ¿Y para qué necesitaba tener higos arriba, en su cómoda?

Fue a mi estantería, metió la mano detrás de los libros y sacó algunos higos. Quedaban pocos. Me miró con una pregunta muda, penosa. No pude decir nada. El pesar y la terquedad me ahogaban.

—¿Qué sucede? —dije entonces.

—¿De dónde has sacado estos higos? —preguntó con una voz contenida y suave que me era amargamente odiosa.

Empecé a hablar en seguida. A mentir. Conté que había comprado los higos a un pastelero, toda una ristra. ¿De dónde procedía el dinero? El dinero procedía de una hucha que yo tenía junto con un amigo. Los dos habíamos metido todas las monedas que recibíamos de vez en cuando. Por lo demás, aquí estaba la hucha. Traje la caja con la ranura. Ahora no había dentro más que una moneda de diez pfennigs, porque precisamente ayer habíamos comprado los higos.

Mi padre escuchó con rostro tranquilo y contenido que no me engañaba.

—¿Cuánto costaron los higos? —preguntó con voz demasiado baja.

—Un marco sesenta.

—¿Y dónde los compraste?

—En la pastelería.

—¿En cuál?

—En Haager.

Hubo una pausa. Yo seguí sosteniendo la caja del dinero con dedos temblorosos. Todo en mí estaba frío y helado. Preguntó con una amenaza en la voz:

—¿Es cierto?

Yo volví a hablar de prisa. Sí, naturalmente que era cierto, y mi amigo Weber había entrado en la tienda, yo sólo le había acompañado. El dinero era casi todo de él, de Weber; mío había muy poco.

—Coge tu gorra —dijo mi padre—, vamos a ir juntos a la pastelería Haager. Vamos a comprobar si es verdad.

Intenté sonreír. Entonces el frío me llegó hasta el corazón y el estómago. Me adelanté y en el corredor cogí mi gorra azul. Mi padre abrió la puerta encristalada; él también había cogido su sombrero.

—Un momento —dije—, tengo que ir al retrete en seguida.

Asintió. Fui al retrete, cerré. Estaba solo, por un momento estaba en seguridad. ¡Oh, si muriese ahora! Permanecí dentro un minuto o dos. No sirvió de nada. No moría. Resistía. Abrí la puerta y salí. Bajamos la escalera.

Cuando cruzamos la puerta de casa, se me ocurrió una idea salvadora y dije rápidamente:

—Pero hoy es domingo y Haager no abre.

Era una esperanza que duró dos segundos. Mi padre dijo con serenidad:

—Entonces iremos a su casa. Vamos.

Nos fuimos. Enderecé mi gorra, metí una mano en el bolsillo e intenté ir junto a él como si no pasara nada especial. Aunque sabía que toda la gente me miraba, que era un delincuente conducido,

intenté, sin embargo, disimularlo de mil maneras. Me esforcé por respirar de forma sencilla y leve; no era necesario que nadie viese cómo se contraía mi pecho. Me veía obligado a poner cara ingenua, a fingir trivialidad y seguridad. Me subí un calcetín sin que fuese necesario hacerlo. Y sonreía aunque sabía que esta sonrisa parecía terriblemente necia y artificial. En mi interior, en mi garganta y en mis entrañas, se había instalado el diablo y me ahogaba.

Pasamos por delante de la fonda, junto a la herrería, junto a los coches de alquiler, junto al puente del ferrocarril. Allí arriba me había peleado la tarde pasada con Weber. ¿Aún me dolía el rasguño del ojo? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Seguía andando sin energía. Bajamos por la calle de la estación. ¡Qué buena e inofensiva era ayer esta calle! ¡No pensar! ¡Adelante! ¡Adelante!

Estábamos muy cerca de la casa de Haager. En estos minutos había imaginado cien veces la escena que me esperaba allí. Ya llegábamos. Era el momento.

Pero no pude resistirlo. Me detuve.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi padre.

—Yo no entro —dije en voz baja.

Me miró. Él lo sabía desde el principio. ¿Por qué había hecho yo toda la comedia con tanto esmero? No tenía ningún sentido.

—¿No compraste los higos en casa de Haager? —preguntó.

Meneé la cabeza negativamente.

—¡Ah! Bueno —dijo con aparente tranquilidad—. Entonces podemos irnos a casa.

Se comportaba cortésmente, me respetaba en la calle, ante la gente. Había muchas personas por el camino, a cada momento saludaban a mi padre; ¡Qué comedia! ¡Qué tormento absurdo, necio! No podía agradecerle esta indulgencia. ¡Lo sabía todo! Y me dejaba danzar, dejaba que realizara mis inútiles piruetas, como si dejara bailar a una razón cogido en la trampa, antes de ahogarlo. Ojalá me hubiera pegado en la cabeza con un bastón, desde un principio, sin preguntarme nada, sin interrogarme; hubiera sido, en el fondo, mejor que esta tranquilidad y justicia con que me cercaba, cogido en mi necia sarta de embustes, y me asfixiaba lentamente.

Tal vez hubiera sido mejor tener un padre más rudo que no uno tan distinguido y justo. Un padre como aparecía en las historietas y folletines, que apalea a sus hijos cuando está iracundo o borracho, que no tiene razón. Aunque la paliza duela, al menos uno puede encogerse interiormente de hombros y despreciarle. Con mi padre no se podía, era demasiado distinguido, irreprochable, no se equivocaba jamás. Ante él uno era siempre pequeño y miserable.

Con los dientes apretados marché delante de él, a casa, a mi habitación otra vez. Él seguía tranquilo y frío. Lo parecía, al menos. Pues, en realidad, estaba muy enfadado y yo lo notaba claramente. Empezó a hablar en su forma acostumbrada.

—Sólo quisiera saber para qué sirve esta comedia. ¿Puedes decírmelo? En seguida supe que toda tu bonita historia era falsa. ¿Por qué las excusas? ¿No me tendrás, en serio, por tan tonto como para creerte?

Seguía mordiéndome los dientes y me entró el hipo. ¡Si quisiera callarse! ¡Como si yo mismo supiera por qué inventé esta historia! ¡Como si supiera por qué no podía confesar mi delito, ni pedir perdón! ¡Como si supiera por qué robé estos estúpidos higos! ¿Es que lo había querido, lo había hecho a conciencia, con premeditación y fundamento? ¿No me dolía? ¿No sufría, en el fondo, más que él?

Esperaba con la cara tensa, llena de penosa paciencia. Tras un momento la situación fue completamente clara para mí mismo, en mi subconsciente, pero no hubiera podido explicarlo, como hoy, con palabras. Era ésta: había robado porque había llegado a la habitación de mi padre desconsolado y, con gran decepción, la encontré vacía. Yo no hubiera querido robar. Al no encontrar al padre, sólo quise espiar, fisgar. Esto era todo. Pero allí estaban los higos y robé. Me arrepentí inmediatamente y estuve atormentado todo ayer y con dudas. Deseé morir, me condené, hice nuevos y buenos propósitos. Pero hoy sí, hoy era distinto. Ayer soporté este arrepentimiento y todo lo demás, pero ahora estaba en ayunas y sentía una resistencia inexplicable, muy fuerte, ante mi padre y ante todo lo que él esperaba obtener de mí.

Hubiera podido decírselo y me hubiera comprendido. Pero también los niños, por muy superiores en inteligencia que sean a los adultos, están perplejos y solos ante el destino.

Abrumado por la obstinación y el enorme dolor, seguí callado, le dejé hablar sabiamente y vi con pena y con extraña malicia cómo todo fracasaba y empeoraba sin cesar, cómo sufría él, cómo estaba decepcionado y apelaba vanamente a todo lo mejor que había en mí.

Cuando preguntó: «¿Entonces has robado tú los higos?», sólo pude asentir con la cabeza. Y cuando quiso saber si lo sentía, no hice más que afirmar débilmente. ¡Cómo podía él, el gran hombre sabio, preguntar tan tontamente! ¡Como si no me hubiera dolido! ¡Como si él no hubiera podido ver cuánto me dolía y me revolvía el corazón toda la historia! ¡Como si yo hubiera podido alegrarme algo de mi hazaña y de los miserables higos!

Quizá por primera vez en mi vida infantil sentí, en el límite del entendimiento y de la conciencia, cómo dos personas muy próximas, que se quieren, no se comprenden y pueden atormentarse y martirizarse, y cómo toda la conversación, toda la voluntad de ser inteligente, toda la razón, sólo consiguen inyectar veneno, nuevos tormentos, nuevos pinchazos, nuevos errores. ¿Cómo era posible? Pero era posible, sucedía. Era absurdo, era demencial, risible y dudoso. Pero así era.

¡Basta de esta historia! El domingo concluyó con mi encierro en el desván. El duro castigo perdió parte de su horror por circunstancias que, naturalmente, eran mi secreto. En el oscuro y abandonado desván hallé una caja medio llena de libros viejos que no eran en ningún caso apropiados para niños. Conseguí luz para poder leer apartando una teja. Por la noche de aquel triste domingo mi padre consiguió tener una breve conversación conmigo poco antes de ir a dormir. Nos reconciamos. Una vez en la cama, tuve el convencimiento de que mi padre me había perdonado completamente. Más que yo a él.

El Caballero Sobre el Hielo

Era un invierno largo y riguroso, y nuestro hermoso río, que discurría por la Selva Negra, permaneció durante semanas completamente helado. No puedo olvidar aquel sentimiento peculiar, de repulsión y hechizo a la vez, con el que al inicio de un día gélido me adentré en el río, ya que éste era tan profundo y el hielo tan claro que dejaba ver, como a través de un fino cristal, el agua verde, el lecho arenoso con piedras, las fantásticas y emarañadas plantas acuáticas y, de cuando en cuando, el dorso oscuro de un pez.

Pasaba la mitad del día sobre el hielo con mis compañeros, las mejillas ardientes y las manos amaratadas, el corazón palpitando enérgicamente por el fuerte y rítmico movimiento del patinaje, pletórico de la maravillosa y despreocupada capacidad de fruición de la adolescencia. Nos entrenábamos haciendo carreras, saltos de longitud, saltos de altura, y jugábamos a pillarnos. Los que todavía llevábamos los anticuados patines de bota, que se anudaban fuertemente con cordones, no éramos los que corríamos peor. Pero un chico, hijo de un fabricante, poseía un par de «Halifax», que no se sujetaban con cordones ni correas y que se ponían y quitaban en un abrir y cerrar de ojos. La palabra Halifax se mantuvo desde entonces durante muchos años en mi lista de regalos deseados por Navidad, pero sin ningún éxito; y cuando doce años más tarde, al querer comprar lo mejor en patines, pedí unos Halifax en una tienda, tuve que desprenderme, con gran consternación, de un ideal y de una parcela de mi fe infantil cuando me aseguraron sonriendo que los Halifax eran un modelo viejo, superado ya desde hacía tiempo. Prefería correr solo, a menudo hasta la caída de la noche. Iba a toda velocidad, y mientras patinaba, aprendía a detenerme o a dar la vuelta en el punto deseado; me balanceaba con el deleite de un aviador que mantiene el equilibrio mientras describe hermosas piruetas. Muchos de mis compañeros aprovechaban aquellos momentos sobre el hielo para ir detrás de las chicas y cortejarlas. Para mí, las chicas no existían. Mientras algunos se recreaban en el galanteo, ya fuera para rodearlas ansiosos y tímidos o para seguirlas en parejas con atrevimiento y desparpajo, yo disfrutaba del libre placer de deslizarme. A los «perseguidores de chicas» los observaba sólo con compasión o sorna. Porque gracias a las confesiones de varios de mis amigos, creía yo saber cuán dudosos eran en el fondo sus regodeos galantes.

Un día, hacia finales de invierno, de la escuela llegó a mis oídos la noticia de que «Cafre del Norte» había vuelto a besar a Emma Meier al quitarse los patines. ¡Besado! Se me agolpó la sangre en las mejillas. Sin duda, eso nada tenía que ver con las vagas conversaciones y los tímidos apretujones de manos que, de ordinario, bastaban para hacer las delicias de los perseguidores de chicas. ¡Besado! Aquello provenía de un mundo extraño, cerrado, vagamente intuido, que desprendía el aroma exquisito de las frutas prohibidas. Tenía algo de misterioso, de poético, de innombrable; pertenecía a aquel terrible y agridulce territorio, oculto a todos, pero lleno de presentimientos y someramente esclarecido con las lejanas y míticas aventuras amorosas de los héroes galanes expulsados de la escuela. «Cafre del Norte» era un escolar hamburgués de catorce años, fanfarrón hasta la médula, a quien yo veneraba profundamente y cuya fama, que trascendía los límites de la escuela, a menudo me impedía dormir. Y Emma Meier era indiscutiblemente la chica más guapa de Gebersau, rubia, despierta, orgullosa y de mi misma edad.

A partir de aquel día discurrí planes y preocupaciones de índole parecida. Besar a una chica: aquello sí superaba todos los ideales que me había forjado hasta entonces. Era un ideal tanto por lo que representaba en sí mismo como también porque, sin duda alguna, estaba prohibido y sancionado

por el reglamento escolar. Pronto se me hizo evidente que nada mejor que la pista de hielo para dar pie a mi cortejo solemne. Acto seguido, procuré mejorar mi aspecto para hacerlo más presentable. Dedicaba tiempo y atención a mi peinado; cuidaba con esmero la limpieza de mi ropa; como seña de hombría, me ponía ladeada la gorra de piel, y tras implorárselo a mis hermanas, conseguí un pañuelo de seda rosa. Al mismo tiempo, empecé a saludar cortésmente a las chicas que me interesaban y constaté que ese desacostumbrado homenaje, aunque sorprendía, no era acogido con desagrado.

Me resultaba mucho más difícil, en cambio, llegar a entablar una primera conversación, porque jamás en mi vida me había «comprometido» con chica alguna. Intenté espiar a mis amigos en esta ceremonia de aproximación. Algunos se limitaban a hacer una reverencia y ofrecían la mano; otros tartamudeaban algo incomprensible; pero la gran mayoría se servía de la elegante fórmula: ¿Me concede el honor? La frase me impresionó y la practiqué en casa, en mi habitación, inclinándome delante de la estufa mientras pronunciaba las caballerosas palabras.

Llegó el momento de dar ese difícil primer paso. El día anterior había tenido veleidades de seductor, pero, acobardado, había vuelto a casa sin haberme atrevido a emprender nada. Por fin me había propuesto llevar a cabo, sin falta, lo que tanto temía y anhelaba. Con palpitaciones, acongojado como si fuera un criminal, fui a la pista de hielo y, al ponerme los patines, creí notar que me temblaban las manos. Me metí entre la multitud y tomé carrera con amplias piruetas procurando asimismo conservar algún residuo de mi seguridad y aplomo habituales. Crucé dos veces la pista entera a gran velocidad; el aire cortante y el movimiento intenso me sentaban bien. De pronto, justo debajo del puente, choque violentamente contra alguien y, aturdido, me fui tambaleante hacia un lado. Pero sobre el hielo estaba sentada la hermosa muchacha, Emma, que reprimiendo a ojos vista su dolor, me lanzo una mirada llena de reproches. La cabeza me daba vueltas. «¡Ayudadme!», dijo a sus amigas. Entonces, ruborizado, me quite la gorra, me arrodille y la ayude a levantarse. Estábamos el uno delante del otro, asustados y desconcertados; no dijimos palabra. La pelliza, la cara y los cabellos de la hermosa chica me azoraban por su novedosa proximidad. Busque sin éxito una forma de disculparme, a la vez que sujetaba la gorra con la mano. Y, de repente, mientras me parecía tener los ojos nublados, hice mecánicamente una profunda reverencia y balbucí: ¿Me concede el honor? No me contesto, pero tomo mis manos con sus delicados dedos, cuya calidez percibí a través de los guantes, y me siguió. Me sentía como en un extraño sueño. El sentimiento de felicidad, vergüenza, calidez, deseo y turbación me dejaba casi sin aliento. Corrimos juntos un cuarto de hora largo. De pronto, en un descanso, sus pequeñas manos se desasieron delicadamente de las mías, dijo un «muchas gracias» y siguió adelante, mientras yo, con cierta demora, me quite la gorra y permanecí todavía un buen rato en el mismo sitio. Sólo mucho Después caí en la cuenta de que durante todo aquel tiempo ella no había pronunciado ni una palabra.

El hielo se derritió y no pude repetir mi intento. Fue mi primera aventura amorosa. Pero habían de pasar años antes de que mi sueño se cumpliera y mi boca se posara en los rojos labios de una chica.

Acerca de los Besos

PIERO CONTÓ:

Esta noche hemos hablado de nuevo sobre el beso y hemos discutido acerca de que clase de beso era el que nos procuraba mas felicidad. Es propio de los jóvenes responder a eso; a nosotros, a la gente mayor, ya nos ha pasado la edad de tentativas y probaturas y, para esos importantes menesteres, sólo podemos recurrir a nuestra engañosa memoria. De mis humildes recuerdos, os quiero, pues, contar la historia de dos besos que fueron para mí a la vez los más dulces y los más amargos de mi vida.

A mis dieciséis o diecisiete años, mi padre poseía una casa de campo en la vertiente bolonesa de los Apeninos en la que pase buena parte de mis años de adolescencia y juventud, época que ahora — lo entendáis o no — me parece la más bonita de toda mi vida. Ya hace tiempo que habría vuelto a ver esa casa o que me la habría quedado como lugar de reposo, si no hubiera sido porque, a causa de una desgraciada herencia, fue a parar a un primo mío con quien ya desde niño me llevaba mal y que, además, tiene un papel importante en esta historia.

Era un hermoso verano, no demasiado caluroso, y mi padre estaba en aquella pequeña casa conmigo y el citado primo, al que había invitado. Por aquel entonces, ya hacía tiempo que mi madre no vivía. Mi padre, todavía de buen ver, era un hombre apuesto, refinado, que a los jóvenes nos servía de modelo tanto en lo tocante a la equitación, la caza, la esgrima y los juegos como in artibus vivendi et amandi. Aún se movía ágilmente y casi de forma juvenil; tenía prestancia y fuerza y, poco antes se había casado por segunda vez.

El primo, que se llamaba Alvise, contaba con veintitrés años y era, tengo que reconocerlo, un hermoso joven. Esbelto y bien formado, con largos rizos y de cara fresca y sonrosadas mejillas, tenía además elegancia y aplomo; era un conversador y un cantante bien dispuesto; bailaba excelentemente y, ya entonces, era reputado por ser uno de los hombres mas codiciados entre las mujeres de nuestra región. Que no nos pudiésemos ver uno a otro tenía su buena razón de ser. Conmigo, actuaba con altanería o con una insufrible condescendencia irónica, y aquella forma desdeñosa de tratarme, a mí, que precisamente superaba en sensatez a los de mi edad, me zahería cada vez más. Asimismo, yo, como buen observador que era, descubría muchos de sus secretos e intrigas, lo que naturalmente, a él, por su parte, le disgustaba sobremanera. Algunas veces intento ganarse mi favor mediante una actitud falsamente amistosa, pero no me deje engatusar. Si yo hubiese sido un poco mayor y más inteligente, le habría correspondido con el doble de astucia, me habría granjeado sus simpatías y le habría hecho caer en mi trampa en el momento oportuno. ¡Es tan fácil engañar a la gente mimada por el éxito y la fortuna! Pero aunque ya era lo suficientemente mayor para detestarlo, seguía siendo muy niño para conocer otras armas que no fuesen la frialdad y la oposición y, en lugar de devolverle con elegancia su saeta envenenada, sólo conseguía, con mi furia impotente, hundirla más profundamente en mi propia carne. Mi padre, a quien, como es lógico, no le pasaba desapercibida nuestra mutua animadversión, se reía de ella y se burlaba de nosotros. Apreciaba al guapo y elegante Alvise, y mi comportamiento hostil no le disuadía de invitarlo a menudo.

De esta forma pasamos juntos aquel verano. Nuestra casa de campo estaba espléndidamente situada en la colina y desde ella se divisaban, por encima de los viñedos, las lejanas llanuras. Por lo que sé, había sido construida por uno de los propietarios Albizzi, un florentino exiliado. Estaba rodeada de un bello jardín alrededor del cual mi padre había hecho levantar un nuevo muro. También hizo esculpir en piedra su blasón en el portal, mientras que, encima de la puerta de la casa todavía pendía el blasón

del primer propietario, trabajado en piedra quebradiza y prácticamente irreconocible. Mas allá, hacia la montaña, la caza era abundante; yo iba allí a pie o a caballo casi todos los días, ya fuera solo o con mi padre, que me instruía entonces en el arte de la cetrería.

Como he dicho, yo era todavía un chico, o casi. Pero en realidad ya no lo era, y me encontraba mas bien en mitad de aquel período breve y peculiar en el que los jóvenes deambulan, ansiosos sin razón y tristes sin motivo, por una tórrida calle situada entre el perdido alborozo infantil y la todavía incompleta pubertad, como entre dos jardines perdidos. Naturalmente, escribía un montón de tercetos y poemas, pero aún no me había enamorado de otra cosa que no fuera un ensueño, aunque, de puro anhelo, creyera desvivirme por un amor verdadero. Así que corría de un lado a otro febrilmente, buscaba la soledad y me sentía desgraciado hasta lo indecible. Mis sufrimientos se multiplicaban por el hecho de tener que mantenerlos celosamente escondidos. Porque ni mi padre ni el odiado Alvisé, como yo bien sabía, me habrían escatimado sus burlas. También escondía mis hermosas poesías por precaución, como habría hecho un avaro con sus ducados, y cuando me parecía que el cofre había dejado de ser un lugar seguro, llevaba la caja con los papeles al bosque y la enterraba; eso sí, comprobando todos los días que continuaba en su lugar.

En una de aquellas expediciones en busca del tesoro, vi por casualidad a mi primo, que esperaba en el linde del bosque. Como el no se había percatado de mi presencia, tome inmediatamente otra dirección, pero no lo perdí de vista, tan acostumbrado estaba a observarlo, ya fuera por curiosidad o antipatía. Al cabo de poco, vi que una joven sirvienta perteneciente a nuestra casa, avanzaba y se acercaba a Alvisé, que la aguardaba. Él le pasó el brazo por la cintura, la atrajo hacia sí y desapareció con ella en el bosque.

Entonces me invadió una cierta fiebre y sentí una violenta envidia hacia aquel primo mayor que yo, a quien veía coger frutos inaccesibles para mí. En la cena clave mis ojos en los suyos, porque creía que por su mirada o sus labios se sabría de alguna forma que había besado y disfrutado del amor. Pero era el mismo de siempre y estaba tan alegre y locuaz como de costumbre. A partir de aquel momento me fue imposible observar a aquella sirvienta y a Alvisé sin sentir un estremecimiento voluptuoso que me causaba placer y aflicción a la vez.

Por aquel entonces — estábamos en pleno verano — mi primo nos notificó un día que tendríamos nuevos vecinos. Un señor rico de Bolonia y su joven y hermosa esposa, a los que Alvisé conocía desde hacia tiempo, se habían instalado en su casa de campo, situada a menos de medía hora de la nuestra y un poco internada en el bosque.

Aquel señor también era un conocido de mi padre, y creo incluso que se trataba de un pariente lejano de mi difunta madre, quien procedía de la casa de los Pepoli; aunque de esto no estoy muy seguro. Su casa en Bolonia se hallaba cerca del Colegio de España. La casa de campo, en cambio, era propiedad de la mujer. El matrimonio e incluso sus tres hijos, que por aquella época todavía no habían nacido, han muerto ya. Y, a excepción de mí mismo, de los que nos reunimos en aquella ocasión sólo mi primo Alvisé continúa vivo, y tanto él como yo ya somos viejos sin que, a pesar de ello, nos llevemos mejor.

Al día siguiente, en un paseo a caballo, nos encontramos con el boloñés. Lo saludamos, y mi padre lo animó a visitarnos pronto junto con su mujer. Aquel señor no me pareció mayor que mi padre, pero no cabía comparar a aquellos dos hombres, pues mi padre era alto y de distinguida figura, y el otro, bajo y poco agraciado. Se mostró muy cortés con mi padre, me dirigió algunas palabras y aseguró que nos visitaría al día siguiente, a lo que mi padre correspondió inmediatamente con una invitación a comer de lo más amistosa. El vecino nos lo agradeció, y nos despedimos obsequiosamente y con la mayor de las satisfacciones.

Al día siguiente, mi padre encargó una buena comida y también hizo poner una guirnalda de flores en la mesa en honor de la dama forastera. Esperábamos a nuestros invitados con gran júbilo y emoción y, cuando llegaron, mi padre fue a su encuentro al portal y el mismo ayudó a la dama a desmontar del caballo. Nos sentamos alegremente a la mesa, y durante la comida no pude por menos que admirar a Alvisé por encima de mi propio padre. Sabía contar a los forasteros, especialmente a la dama, tantas cosas ocurrentes, lisonjeras y divertidas, que provocaba el alborozo general sin que, ni por un momento, decayeran las charlas y las risas. En aquella ocasión me propuse adquirir yo también aquella valiosa

habilidad.

Pero sobre todo me entretuve con la contemplación de aquella noble dama. Era excepcionalmente hermosa, alta y esbelta, iba lujosamente vestida y sus gestos rezumaban naturalidad y seducción. Me acuerdo a la perfección de que en su mano izquierda, justo a mi lado, llevaba tres anillos de oro con grandes piedras preciosas y, en el cuello, una cadenita de oro con pequeñas láminas cinceladas al estilo florentino. Cuando la comida llegaba a su fin y, tras haber contemplado a la dama a placer, yo ya me sentía perdidamente enamorado de ella y experimentaba por vez primera, y de verdad, aquella dulce y pernicioso pasión con la que tanto había soñado y que tantos poemas me había inspirado.

Una vez retirada la mesa nos fuimos todos a descansar un rato. Al salir después al jardín nos instalamos a la sombra y nos deleitamos con entretenimientos varios, en el transcurso de los cuales tuve ocasión de declamar una oda latina y cosechar algunas alabanzas. Al atardecer, comimos en la logia y cuando empezó a oscurecer, los invitados se prepararon para volver a casa. Me ofrecí inmediatamente a acompañarlos, pero Alvise ya había mandado buscar su caballo. Nos despedimos, los tres caballos emprendieron el camino, y yo me quedé con las ganas.

Aquella tarde y por la noche tuve la oportunidad de experimentar por primera vez algo de la verdadera esencia del amor. A lo largo del día me había sentido tan plenamente feliz con la contemplación de la dama, como afligido y desconsolado me quedé a partir del momento en que ella abandonó nuestra casa. Al cabo de una hora oí con desolación y envidia como mi primo volvía, cerraba el portal y entraba en su habitación. Después, me pasé la noche entera en la cama sin poder dormir, exhalando suspiros y lleno de inquietud. Intentaba reproducir con exactitud los rasgos de la dama; sus ojos, cabellos y labios, sus manos y dedos y cada una de las palabras que había pronunciado. Murmuré por lo bajo su nombre más de cien veces, tierna y tristemente, y fue un milagro que al día siguiente nadie reparara en mi alterado aspecto. Durante todo el día no hice otra cosa que idear estratagemas y medios que me permitieran volver a ver a la dama y obtener de ella, en lo posible, algún que otro gesto amable. Naturalmente, me torture en vano: no tenía experiencia alguna, y en el amor todos, incluso los más afortunados, empiezan necesariamente con una derrota.

Un día después me atreví a acercarme a aquella casa de campo, lo que podía hacer fácilmente a hurtadillas, puesto que se hallaba cerca del bosque. Me escondí cauteloso en el linde de la arboleda y a lo largo de varias horas estuve espionando sin que apareciera nada más que un gordo e indolente pavo real, una doncella cantando y una bandada de blancas palomas. A partir de entonces, corría todos los días hacia allí; en un par o tres de ocasiones, tuve incluso el placer de ver a Donna Isabella pasear por el jardín o asomarse a una ventana.

Poco a poco me volví más audaz y me abrí paso varias veces hacia el jardín, cuya puerta abierta, estaba protegida por altos matorrales. Me camuflaba debajo de ellos de tal forma que podía divisar varios caminos y situarme asimismo bastante cerca de un pequeño pabellón, a que por las mañanas Isabella gustaba de visitar. Allí pasaba yo la mitad del día, sin sentir hambre ni fatiga, temblado de gozo y angustia apenas lograba atisbar a la hermosa mujer.

Un día me encontré con el boloñés y corrí doblemente feliz hacia mi puesto, pues sabía que él no estaría en casa. Por esta razón me atreví a internarme más que de costumbre en el jardín y me escondí cerca del pabellón, agazapado tras un oscuro matorral de laurel. Al percibir ruidos en el interior, supe que Isabella estaba allí. En un momento me pareció incluso oír su voz, pero tan débilmente que no estuve del todo seguro. Desde mi penoso acecho, esperaba con paciencia la ocasión de ver su cara, al tiempo que me atenazaba constantemente el miedo a que su marido volviera y me descubriese por azar. Para mi mayor fastidio y pesar, la ventana del pabellón que daba a mi escondrijo estaba cubierta por una cortina de seda azul, de manera que no me era posible atisbar el interior. Con todo, me tranquilizó un poco pensar que desde aquel lado de la villa la tampoco yo podía ser visto.

Tras haber aguardado más de una hora me pareció que la cortina azul empezaba a moverse, como si desde dentro alguien intentase escudriñar el jardín a través de una rendija. Permanecí bien escondido y, emocionado, me mantuve a la expectativa, ya que no estaba ni a tres pasos de la ventana. El sudor se deslizaba por la frente y mi corazón palpitaba con tanta fuerza que temí que pudieran oírlo.

Lo que aconteció después me hirió más que si un sablazo hubiera atravesado mi corazón inexperto. De un tirón, la cortina se descorrió a un lado y, rápido como un rayo, aunque con mucho sigilo, salto

un hombre por la ventana. Apenas me había recuperado de aquella indecible consternación y ya me enfrentaba a otra nueva sorpresa: porque acto seguido reconoció en aquel hombre audaz a mi primo y enemigo. Como si un relámpago hubiera cruzado mi mente, en un instante lo comprendí todo. Me puse a temblar de rabia y celos y estuve en un tris de saltar y precipitarme sobre él.

Alvise se había incorporado, sonreía y miraba con cautela a su alrededor. En aquel mismo instante, Isabella, que había abandonado el pabellón por la puerta principal, apareció en la esquina, se aproximó hacia el sonriente, y dulce y suavemente le murmuró: «!Ahora vete, Alvise, vete! !Addio!».

Mientras ella se inclinaba, él la abrazó y apretó sus labios a los suyos. Se besaron una sola vez, pero tan largamente y con tal avidez y ardor, que en aquel minuto mi corazón debió latir cuando menos mil veces. Nunca había visto tan de cerca la pasión, hasta entonces sólo conocida a través de poemas y relatos, y la visión de mi Donna posando sus labios rojos, sedientos y golosos, sobre la boca de mi primo casi me hizo perder la cabeza.

Aquel beso, señores míos, fue a la vez el más dulce y el más amargo de todos los que yo mismo he dado y recibido en mi vida, a excepción quizá de uno del que pronto os hablaré. Aquel mismo día, mientras mi alma todavía temblaba como un pájaro lastimado, fuimos invitados a pasar el día siguiente en la casa del boloñés. Yo no quería ir, pero mi padre me lo ordenó. Así pues, pasé otra noche atormentado y sin dormir. Montamos al fin los caballos y nos dirigimos sin prisa hacia aquella puerta y aquel jardín que yo tan a menudo había franqueado en secreto. Pero mientras que para mí aquello era de lo más penoso y mortificante, Alvise observaba el pabellón y el matorral de laurel con una sonrisa que a mí no podía por menos que sacarme de quicio.

Aunque mis ojos estuvieron también esa vez continuamente pendientes de Donna Isabella, cada una de aquellas miradas me causaba un sufrimiento atroz, puesto que, delante de ella, en la mesa, se sentaba el odiado Alvise, y no me era posible observar a la hermosa dama sin representarme con todo lujo de detalles la escena del día anterior. Sin embargo no paré de contemplar sus labios seductores. La mesa estaba espléndidamente abastecida de manjares y vino, la charla transcurría chispeante y animosa, pero ningún bocado me parecía sabroso y, a lo largo de la conversación, no me atreví a despegar los labios. Mientras que todos estaban contentos a más no poder, a mí la tarde me pareció más larga y difícil, que una semana de penitencia.

Durante la cena el sirviente anunció que en el patio había un mensajero que deseaba hablar con el propietario de la casa. Así que éste se disculpó, prometió volver enseguida y se fue. Mi primo llevaba de nuevo el peso de la conversación. Pero mi padre, creo, había adivinado lo que pasaba entre él e Isabella y se complacía en importunarles con alusiones y extrañas preguntas. Entre otras cosas le preguntó a la dama bromeando:

— Dígame, pues, Donna, ¿a quién de nosotros daría usted más gustosamente un beso?

Entonces, la hermosa mujer estalló en risas y respondió rauda:

— ¡Gustosamente le daría un beso a aquel guapo muchacho de allí!

Con ésas, se levantó de la mesa, se dirigió hacia mí y me dio un beso; pero éste no fue como el del día anterior, largo y ardiente, sino frío y escueto.

Y creo que, de todos los besos nunca recibidos de una mujer amada, aquél fue el que mayor placer y mayor daño me causó.

Carta de un Adolescente

QUERIDA SEÑORA,

Una vez me invitó a escribirle. Creía usted que para un joven con talento literario sería una delicia poder escribir una carta a una hermosa y honorable dama. Tiene usted razón: es un placer.

Y además ya se habrá percatado de que escribo mil veces mejor de lo que hablo. Así que le escribo. Éste es el único medio de que dispongo para complacerla mínimamente, cosa que deseo de todo corazón. Porque la amo, querida señora. Permítame explicárselo bien. Es necesario que lo aclare puesto que en caso contrario me podría usted malinterpretar y también quizá me corresponde en justicia hacerlo, ya que ésta es la única carta que le escribiré. Y ahora, dejémonos ya de preámbulos.

A mis dieciséis años, con una peculiar y quizá precoz melancolía, constaté que las alegrías de la infancia se me hacían cada vez más extrañas y que se desvanecían al fin. Veía a mi hermano pequeño construir canales de arena, arrojar lanzas, cazar mariposas, y envidiaba el placer que todo ello le reportaba, y de cuyo apasionado fervor todavía me acordaba yo muy bien. Para mí era ya algo perdido; no sabía desde cuándo ni por qué, y en su lugar, puesto que tampoco podía participar de los placeres adultos, habían interrumpido la insatisfacción y la nostalgia.

Con gran ahínco, pero sin constancia alguna, me ocupaba ora en la historia, ora en las ciencias naturales. Me pasaba una semana entera, día y noche, elaborando preparados botánicos para luego, durante los catorce días siguientes, no dedicarme a otra cosa que a leer a Goethe. Me sentía solo, desvinculado de la vida a mi pesar, y procuraba instintivamente salvar este abismo a través del estudio, el saber y el conocimiento. Por vez primera, veía nuestro jardín como una parte de la ciudad y del valle; el valle, como un recorte de las montañas; las montañas como una porción claramente delimitada de la superficie terrestre.

Por vez primera consideraba las estrellas como cuerpos cósmicos; los montes, como formas originadas por fuerzas terrestres; y, también por vez primera, interpretaba la historia de los pueblos como una parte de la historia de la Tierra. Entonces aún no lo podía expresar ni tenía palabras para describirlo, pero todo ello palpitaba en lo más hondo de mi ser.

Resumiendo, en aquella época empecé a pensar. De manera que contemplaba mi vida como algo condicionado y limitado, y eso despertó en mi el deseo, que el niño todavía desconoce, de convertir mi existencia en lo más bueno y hermoso posible. Probablemente todos los jóvenes experimentan mas o menos lo mismo, pero yo lo relato como si hubiera sido una vivencia excesivamente personal porque es lo que, a fin de cuentas, fue para mí.

Insatisfecho y consumido por el deseo de lograr lo inalcanzable, iba viviendo de aquella forma: industrioso, pero inconstante, febril, y aun así a la búsqueda de nuevos ardores. Entretanto, la naturaleza fue más sabia y resolvió el difícil rompecabezas en el que me encontraba. Un día me enamoré y reanudé de improviso todos los vínculos con la vida, con más intensidad y mayor riqueza que antes.

Desde entonces he vivido horas y días sublimes y deliciosos, pero nada comparable con aquellas semanas y meses en los que, enardecido y plenamente colmado, me inundaba un constante fluir de sentimientos. No pretendo contarle la historia de mi primer amor; no viene al caso, y las circunstancias externas también hubieran podido ser otras. Pero me gustaría describirle en pocas palabras la vida que llevaba en aquel tiempo, aunque sé de antemano que no lo lograré. Aquel irrefrenable afán llegó a su fin. De pronto me encontré en medio de un mundo vivo, y miles de lazos me unieron de nuevo a la Tierra y a los hombres. Mis sentidos parecían transformados; más agudizados y despiertos. Especialmente la

vista. Lo percibía todo de una forma completamente distinta. Como un artista, veía las cosas con más claridad, más color, y era feliz con la mera contemplación.

El jardín de mi padre se hallaba en todo su esplendor. Los arbustos florecientes y los árboles, con su espeso follaje estival, se recortaban sobre el cielo profundo; las enredaderas trepaban a lo largo del alto muro de contención, y por encima descansaba la montaña, con sus rojizos peñascos y sus bosques de abetos azul oscuro. Me detenía a contemplarlo, embelesado al ver lo maravillosamente hermosa, vital, llamativa y radiante que era cada una de aquellas imágenes. Las flores balanceaban sus tallos con tal suavidad y sus vistosas corolas me resultaban tan conmovedoramente delicadas y tiernas, que me veía impedido amarlas y disfrutarlas como si de composiciones poéticas se tratara. Incluso me llamaban la atención muchos ruidos que nunca antes había percibido: el rumor del viento entre los abetos y la hierba, el canto de los grillos en los campos, el trueno de una tormenta lejana, el murmullo del río que se aproxima a un dique y los gorjeos de los pájaros. Al atardecer, veía y oía a los insectos que revoloteaban en la dorada luz del crepúsculo y escuchaba el croar de las ranas en el estanque. De repente miles de menudencias pasaron a ser valiosas e importantes para mí; me llegaban al corazón como verdaderos acontecimientos. Así sucedía, por ejemplo, cuando por la mañana regaba algunos parterres del jardín, para pasar el rato, y veía como las raíces y la tierra bebían tan agradecidas y ávidas. O cuando la hora del calor, en pleno día, contemplaba a una pequeña mariposa azul zigzaguear como si estuviera borracha. O bien observaba el despliegue de una tierna rosa. O cuando desde la barca, de noche, sumergía la mano y notaba el delicado y tibio transcurrir del río entre mis dedos.

Padecía el tormento de un desconcertante primer amor, me acuciaba una incomprensible desazón y convivía con el anhelo, la esperanza y el desánimo. Pero a pesar de la nostalgia y la angustia amorosa, era, en todos y cada uno de aquellos instantes, profundamente feliz. Todo lo que me rodeaba me resultaba precioso y lleno de sentido; no había lugar para la muerte o el vacío. No he perdido del todo aquellas sensaciones, pero no han vuelto nunca más con la misma fuerza y continuidad. Y experimentar de nuevo todo aquello, apropiármelo y conservarlo, es ahora mi imagen de la felicidad.

¿Quiere continuar leyendo? Desde aquella época hasta aquí, he estado siempre enamorado de una forma u otra. De todo lo que he conocido, me parece que nada hay más noble, ardiente e irresistible que el amor a las mujeres. No siempre he mantenido relaciones con mujeres o muchachas; tampoco he amado siempre a conciencia a una sola de ellas, pero de alguna manera mi mente ha estado siempre ocupada en el amor, y mi culto a la belleza se ha manifestado, de hecho, en una constante adoración a las mujeres.

No quiero contarle historias de amor. Una vez, durante algunos meses, tuve una amante y recogí casi sin querer y de paso, esporádicos besos, miradas y noches de amor; pero mis amores verdaderos han sido siempre desventurados. Si hago memoria constato que el sufrimiento por un amor imposible, la angustia, la incertidumbre y las noches en vela han sido infinitamente mejores que todos los pequeños éxitos y golpes de suerte juntos.

¿Sabe que estoy profundamente enamorado de usted? La conozco desde hace ya un año, aunque sólo he ido a su casa en cuatro ocasiones. Cuando la vi por primera vez, llevaba usted en su blusa gris perla un broche decorado con el lis florentino. Otro día la divisé en la estación mientras subía a exprés parisino. Tenía un billete para Estrasburgo. Por aquel entonces, usted todavía no me conocía.

Más adelante fui a su casa en compañía de mi amigo; en aquella ocasión yo ya estaba enamorado de usted. Sólo se percató de ello en mi tercera visita; la noche del concierto de Schubert. O al menos, eso me pareció. Bromeé primero a propósito de mi formalidad, después sobre el lirismo con el que me expresaba y, al despedirnos, se mostró usted bondadosa y un poco maternal. Y la última vez, tras haberme facilitado su dirección de veraneo, para escribirle. Y esto es lo que he hecho ahora, después de darle muchas vueltas.

¿Cómo encontrar las palabras para despedirme? Le he dicho que esta primera carta mía también sería la última. Acoja estas confesiones, que quizá tienen algo de ridículo, como lo único que puedo darle y como muestra de mi estima y amor. Al pensar en usted y admitir lo mal que he representado el papel de enamorado, experimento ciertamente algo de aquella maravilla que le he estado describiendo. Ya es de noche delante de mi ventana; todavía cantan los grillos en la hierba húmeda del jardín, y en buena medida, reconozco en este entorno algo de aquel fantástico verano. Me digo que quizá podré

revivir todo aquello algún día si me mantengo fiel al sentimiento que me ha impulsado a escribir esta carta. Me gustaría renunciar a todas las astucias que para la mayoría de los jóvenes se derivan del enamoramiento y que son de sobra conocidas para mí: me refiero a aquel juego, medio sincero medio artificial, de la mirada y el gesto; al servirse mezquinamente del ambiente y el momento oportuno; al jugueteo de los pies bajo la mesa y al uso impropio de un besamanos.

No acierto a expresar debidamente lo que siento. Pero sin duda alguna me habrá comprendido. Si es usted tal y como a mí me gusta imaginar, mis confusas palabras le podrán hacer reír de buena gana sin que, por ello, disminuya ni un ápice su aprecio por mí. Es posible que yo mismo me ría un día de eso; hoy por hoy, no puedo ni me apetece hacerlo.

Con todos mis respetos, de su leal admirador,

B.

Amor

De entre todos mis conocidos, es sin duda mi amigo Thomas Höpfner el que más experiencia posee en el amor. Por lo menos ha tenido muchas aventuras, conoce el arte de la seducción de tanto practicarlo y puede jactarse de sus múltiples conquistas. Cuando me habla de ellas, tengo la sensación de no ser más que un chiquillo. Sin embargo, de vez en cuando, me da por pensar que de la verdadera esencia del amor entiende él tan poco como un servidor. No creo que a lo largo de su vida se haya pasado muchas noches en vela o llorando por una mujer. En cualquier caso, raramente ha tenido necesidad de ello y lo celebro por él ya que, a pesar de su éxito, no es un hombre feliz. Antes bien constato que no es raro que se adueñe de él una cierta melancolía, y de su conducta en general se desprende un algo de resignada calma y contención que nada tiene que ver con la complacencia.

Ahora bien, todo esto son elucubraciones y quizá espejismos. La psicología sirve para escribir libros, pero no para ahondar en la personalidad de los hombres; y además, no soy psicólogo. Sea como fuere, a mi juicio, mi amigo Thomas es solo un experto en el juego amoroso porque carece de aquello que le permitiría acceder al amor, donde ya no cabe hablar de juego. En consecuencia es una persona melancólica porque reconoce su deficiencia y la lamenta. En fin, meras elucubraciones, espejismos, quizá.

Me llamo la atención, lo que me contó no hace mucho de la señora Förster a pesar de no tratarse de una verdadera experiencia ni siquiera de una aventura, sino simplemente de un sentimiento, de una anécdota lírica.

Coincidió con Höpfner cuando se disponía justamente a abandonar La Estrella Azul, y le persuadí de que tomásemos juntos una botella de vino. Para que fuera él quien me invitase a una bebida de mas calidad, encargué una botella de vino de Mosela corriente, que yo tampoco suelo beber. Mi amigo, enojado, requirió al camarero:

— Espere, ¡vino de Mosela, no!

E hizo que nos sirvieran uno de buena marca. A mí me pareció bien y, bajo los efectos del buen vino, pronto nos pusimos a charlar. Con tiento, saqué a colación el tema de la señora Förster. Era una hermosa mujer de poco mas de treinta años, que no hacia mucho que vivía en la ciudad y de quien se decía que había tenido numerosos romances.

Su marido era una nulidad, y recientemente me había enterado de que mi amigo frecuentaba su casa.

— Pues hablemos de la señora Förster – dijo él finalmente, dándose por vencido – puesto que tanto te interesa. ¿Qué decir? No ha pasado nada entre nosotros.

— ¿Nada de nada?

— De lo que la gente supone, no. Nada de lo que pueda realmente decir algo. Tendría que ser poeta. Me eché a reír.

— No sueles tener a los poetas en mucha estima.

— ¿Por qué debería tenérsela? Los poetas son en su mayor parte gente a quien nada acontece. Te puedo asegurar que en mi vida han sucedido ya miles de cosas dignas de ser escritas. En cada una de estas ocasiones, me he preguntado por qué no había poeta alguno que experimentase algo parecido y pudiera inmortalizarlo. En vosotros es más el ruido que las nueces; una bagatela cualquiera cosa os basta para elaborar un cuento entero.

— ¿Y lo de la señora Förster? ¿Es también un cuento?

— No, es un boceto, un poema. Un sentimiento, ya ves.

— Bueno, pues te escucho.

— Pues me parecía una mujer interesante, lo que la gente decía, ya sabes. A tenor de lo que podía juzgar desde lejos, debía de haber vivido lo suyo. Me daba la impresión de que había conocido y amado a hombres de toda condición sin haber aguantado a ninguno de ellos por mucho tiempo. Además, era hermosa.

— ¿Qué entiendes por hermosa?

— Muy sencillo; no hay en ella nada superfluo, nada que esté de más. Cultiva su cuerpo, lo domina y pone la voluntad a su servicio. Nada en él es indisciplinado, fallido o inerte. No puedo concebir circunstancia alguna en la que ella no haya intentado sacar el máximo partido posible de su belleza. Justamente esto me atraía, pues lo ingenuo, de ordinario, me resulta aburrido. Busco la belleza consciente, las formas educadas, la cultura. Pero ¡dejemos estar la teoría!

— Sí, mejor.

— Así que me di a conocer y le hice algunas visitas. En aquel momento era fácil advertir que no tenía amante. El marido, por su parte, no es más que un títere. Empecé a abordarla: le lanzaba alguna que otra mirada en la mesa, le susurraba una dulce palabra al entrechocar nuestras copas en un brindis, le daba un prolongado beso en la mano. Ella lo aceptaba aguardando lo que vendría a continuación. Así que le hice una visita en un momento en el que sabía que estaría sola; y me recibió.

»Cuando me senté frente a frente, enseguida me di cuenta de que allí no valían las estrategias. De modo que me lo jugué todo a una carta y le dije simplemente que estaba enamorado de ella y que me tenía a su disposición. Después entablamos poco más o menos la conversación que sigue:

»- Hablemos de algo más interesante.

»- No hay nada que pueda interesarme más que usted, señora. He venido para decirle esto. Si la aburro, me voy.

»- Vamos al grano, ¿qué quiere de mí?

»- ¡Amor, señora!

»- ¡Amor! Apenas lo conozco y no le amo.

»- Ya verá que no se trata de una broma. Le ofrezco todo mi ser y todo mi potencial, y soy capaz de mucho si ha de redundar en su bien.

»- Sí, esto dicen todos. En su declaración de amor no hay nada nuevo. ¿Cómo pretende usted encender mi fervor? Si de verdad me hubiera usted amado, ya hace tiempo que habría hecho algo.

»- ¿Qué, por ejemplo?

»- Eso debe saberlo usted mismo. Habría podido ayunar durante ocho días o matarse de un tiro o, cuando menos, escribir poesía.

»- No soy poeta.

»- ¿Por qué no? Quien ama de la única forma que cabría amar se transforma en poeta o en héroe para obtener una sonrisa, una señal, una palabra de la persona amada. Aunque sus poemas no fueran buenos, tendrían sin embargo pasión y estarían llenos de amor.

»- Tiene razón, señora. No soy poeta ni héroe, y tampoco estoy dispuesto a dar mi vida. Si lo hiciera, sería por el dolor que me causa no alcanzar la intensidad y el arrobamiento que usted reclama del amor. Pero en cambio tengo otra cosa; mi única pequeña ventaja por encima de su amante ideal: la entiendo.

»- ¿Qué es lo que entiende?

»- Que siente nostalgia, como yo. No desea un amante, sino amar; amar total y perdidamente. Y no lo consigue.

»- ¿Eso cree?

»- Sí. Busca el amor, como yo. ¿No es así?

»- Puede.

»- Esta es la razón por la que no me necesita y, ya que así es, dejaré de molestarla. Pero a lo mejor, antes de que me vaya, me podrá decir si tan siquiera una vez ha hallado usted el verdadero amor.

»- Una vez, quizá. Ya que hemos llegado hasta aquí, se lo puedo confesar. Sucedió hace tres años. Entonces tuve por vez primera el sentimiento de ser verdaderamente amada.

»- ¿Puedo saber mas?

»- Si quiere... En una ocasión, vino un hombre, nos conocimos y se enamoro de mí. Al saber que yo estaba casada, no se me insinúo. Y al percatarse de que no me llevaba bien con mi marido y tenia un amante, me propuso disolver mi matrimonio. No fue posible, y a partir de entonces se ocupo de mí, nos protegió, me aconsejó y se convirtió en mi mejor apoyo y amigo. Y cuando, por causa suya, abandoné finalmente al amante para aceptarlo a él, me rechazó y no volvió nunca más. Este es el único hombre que no ha amado; no ha habido nadie más.

»- Entiendo.

»-¿Ahora se va usted, no? Quizá hemos hablado ya demasiado.

»- Le digo adiós, sí, y es mejor que no vuelva.

Mi amigo callo; al cabo de un rato llamo al camarero, pago y se fue. Y por este relato, entre otros, deduje que no era capaz de amar de todo corazón.

Hasta él mismo lo había reconocido. Sin embargo, es justamente en las ocasiones en las que un hombre habla de sus defectos cuando menos crédito hay que dar a sus palabras. Muchas personas están la mar de satisfechas de cómo son simplemente porque se exigen poco a sí mismas. Éste no es el caso de mi amigo y también es posible que precisamente el ideal de lograr el amor verdadero lo haya convertido en lo que es. También puede ser que mi amigo, que tiene mucho de listo, se haya burlado de mí y aquella conversación con la señora Förster no fuera más que una invención. Porque hay en él, por más que se resista a admitirlo, un poeta encubierto.

En fin, meras elucubraciones; espejismos, quizá.

Víctima del Amor

Durante tres años trabajé como ayudante en una librería. Al principio cobraba ochenta marcos al mes, después noventa, más tarde noventa y cinco, y me sentía contento y orgulloso de ganarme el pan sin necesidad de aceptar un penique de nadie. Mi máxima ambición era llegar a trabajar de librero de viejo, de forma que pudiera, como un bibliotecario, vivir entre viejos libros y datar incunables y grabados en madera. En las buenas librerías de ocasión había puestos que se remuneraban con doscientos cincuenta marcos o más. De todos modos, aún me quedaba mucho camino por recorrer. Era cuestión de trabajar y trabajar...

Entre mis compañeros había tipos raros. Con frecuencia me daba la impresión de que la librería era un asilo para marginados de toda condición. A mi lado, en el pupitre, se sentaban pastores que habían perdido la fe, eternos estudiantes desmoralizados, doctores en filosofía sin empleo, redactores que ya no eran aptos para su trabajo y oficinistas que recibían una modesta pensión. Muchos tenían mujer e hijos y andaban con la ropa hecha jirones; otros vivían con relativa comodidad; a la mayoría, sin embargo, el sueldo sólo les alcanzaba hasta el primer tercio del mes, y durante el resto del tiempo se contentaban con cerveza, queso y fanfarronas soflamas. Sin embargo, todos ellos guardaban, de tiempos más gloriosos, un asomo de buenas maneras y de cultivada retórica y estaban convencidos de que sólo una inaudita mala suerte explicaba su descenso hasta aquellos humildes puestos.

Gente rara, como he dicho. Pero, sin embargo, a un hombre como Columban HuB todavía no lo había visto nunca. Vino un día a mendigar a la oficina y casualmente encontró un modesto puesto vacante como escribiente, que aceptó agradecido y que conservo durante más de un año. En realidad no hacía ni decía nada de particular y vivía, aparentemente, como cualquiera de los otros pobres empleados. Pero se veía que no siempre había sido así. Debía de tener algo más de cincuenta años y era de complexión robusta, como un soldado. Se movía con nobleza y distinción y su mirada semejaba a la que, según me figuraba yo entonces, debían de tener los poetas.

Como HuB se oía mi secreta estima y mi aprecio, un día se vino conmigo a la fonda. En esos casos, se perdía en trascendentales disquisiciones sobre la vida y permitía que yo le pagara la consumición. Lo que ahora relataré es lo que él me dijo en el atardecer de un día de julio. Al ser mi cumpleaños, fuimos juntos a tomar una pequeña cena; habíamos bebido vino y paseábamos río arriba por la avenida en medio de la cálida noche. Se estiró en un banco de piedra situado debajo del último tilo, mientras que yo me tumbé en la hierba. Empezó a hablar:

— Usted no es más que un pipiolo y no sabe todavía nada de la vida. Yo soy un perro viejo; si no fuera así, no le contaría esto. Si es usted una persona cabal, se lo guardara para sí y no irá con chismes. Pero haga lo que quiera.

»Al mirarme, ve usted a un pobre escribiente de curvos dedos y raídos pantalones. Y si quisiera usted acabar conmigo, no me opondría a ello. En mi queda poco por matar. Y si le digo que mi vida ha sido tempestuosa y ardiente... ¡pues, sí, ríase usted! Pero se le pasarán las ganas, jovencito, si una noche de verano, escucha la fábula que le cuenta un viejo.

»Ya ha estado enamorado, ¿no? Varias veces, ¿verdad? Sí, sí. Pero todavía no sabe lo que es el amor. No lo sabe, le digo. ¿Quizás ha estado llorando durante toda una noche? ¿Y ha pasado un mes entero durmiendo mal? ¿Tal vez ha llegado a escribir poemas y ha jugado un poco con la idea del suicidio? Sí, ya conozco todo eso, pero eso no es amor. El amor es otra cosa.

»No hace ni diez años que yo era todavía un hombre respetable que pertenecía a la mejor sociedad.

Era funcionario y oficial de la reserva; vivía con cierto lujo y era independiente; poseía un caballo de silla y un sirviente, tenía toda suerte de comodidades y me daba la buena vida: asientos de palco, viajes en verano, una pequeña colección de arte, equitación, vela, tertulias nocturnas regadas con burdeos blanco y tinto y desayunos con champán y sherry.

»Me acostumbré durante muchos años a ese tren de vida, pero también he prescindido de ello con relativa facilidad. ¿Qué hay, en definitiva, en comer y beber, ir a caballo y viajar? Un poco de filosofía, y todo se torna superfluo y ridículo. Incluso la sociedad y la buena reputación y el hecho de que la gente se quite el sombrero delante de uno, por agradable que sea, resulta a fin de cuentas irrelevante.

»Queríamos hablar de amor, ¿no? Pues bien, ¿qué es el amor? Hoy en día rara vez se está dispuesto a dar la vida por una mujer. Eso sería, claro está, lo más hermoso. No me interrumpa. No me estoy refiriendo al amor entre dos personas, a besarse, dormir juntos y contraer matrimonio. Hablo del amor que se ha convertido en el único sentimiento que rige una vida. Este amor se vive en solitario, incluso en el caso de que, tal y como dice la gente, sea «correspondido». Consiste en que toda la voluntad y capacidad de un hombre se vean impetuosamente arrastradas hacia un único fin y en el hecho de que cualquier sacrificio se trueque en deleite. Esta forma de amor no hace feliz; quema, hace sufrir y destruye; es fuego y no puede morir sin haber consumido todo lo que encuentra a su paso.

»Sobre la mujer que yo amé no es preciso que sepa nada. Quizá era extraordinariamente hermosa, quizá simplemente guapa. Tal vez era un genio, tal vez no. ¡Qué más da, Dios mío! Ella fue el abismo en el que ineludiblemente me precipité; fue la mano de Dios que se asió un día a mi humilde existencia. Y a partir de entonces, esta humilde existencia pasó a ser grande y regia. Entiéndalo, de repente ya no llevé la vida de un hombre de posición, sino la de un dios y la de un niño, delirante y disparatada; era fuego y ardor.

»Desde entonces todo lo que había sido importante para mí se volvió baladí y aburrido. Descuidaba cosas que nunca antes había descuidado; urdía triquiñuelas y emprendía viajes sólo para verla sonreír un instante. Por ella me convertía en el hombre que podía hacerla feliz: por ella era yo alegre y serio, locuaz y callado, correcto y alocado, rico y pobre. Cuando se percató de mi forma de actuar me sometió a innumerables pruebas. Para mí era un placer servirla; por imposible que fuera su ocurrencia o inimaginable su deseo, yo lo satisfacía como si de una nimiedad se tratara.

»Entonces se dio cuenta de que la quería más que a nada en el mundo y vinieron tiempos tranquilos en los que me comprendió y aceptó mi amor.

Nos vimos miles de veces, emprendimos viajes e hicimos lo imposible para estar juntos y confundir el mundo.

»Entonces habría podido ser feliz. Ella me quería. Tal vez durante algún tiempo fui feliz.

»Pero mi objetivo no era conquistar a esa mujer. Empecé a inquietarme después de haber disfrutado durante una temporada de aquella felicidad y ver que mis sacrificios no eran ya necesarios, al constatar que sin esfuerzo alguno obtenía de ella una sonrisa, un beso y una noche de amor. No sabía lo que echaba en falta; había llegado mas lejos de lo que nunca me habría atrevido a soñar. Pero estaba inquieto. Como he dicho, mi objetivo no era conquistar a esa mujer. Fue una casualidad que eso sucediera. Mi objetivo era sufrir de amor y, cuando la posesión de la amada empezó a aliviar y enfriar mis tormentos, fui presa de la inquietud. Lo resistí durante cierto tiempo; después me sentí espoleado de repente a ir mas allá. Abandoné a la mujer. Me tomé unas vacaciones e hice un largo viaje. Por aquel entonces mi fortuna ya había mermado considerablemente, pero ¿qué importaba? Viajé y no volví hasta al cabo de un año. ¡Extraño viaje! Apenas me había alejado y ya ardía de nuevo el fuego de otros tiempos. Cuanto más lejos me iba y más prolongaba mi ausencia, tanto más acuciante me resultaba la pasión. Me dediqué a observar, a divertirme, y continúe viajando a lo largo de un año, sin pausa ni descanso, hasta que la llama se me hizo insostenible y necesité de nuevo la proximidad de mi amada.

»Resolví volver a casa y la encontré furiosa y profundamente humillada. ¡Qué duda cabe de que ella se había entregado a mí, me había hecho feliz, y que era yo quien la había abandonado! Tenía otro amante, pero vi que no le quería. Lo había aceptado por despecho.

»No le podía decir o escribir que era lo que en su momento me había impulsado a apartarme de ella y que a mi regreso me impelía asimismo a correr a su lado. Quizá no lo sabía ni yo. Así que empece otra vez a cortejarla y a batallar por su conquista. De nuevo recorrí largos trechos, descuide

importantes asuntos y gasté un considerable dineral para oír una palabra suya o para verla sonreír. Abandoné al amante, pero pronto acepté a otro, puesto que ya no confiaba en mí. A pesar de ello, a ratos le complacía verme. Algunas veces en una velada o en el teatro se desentendía de repente de las personas que había a su alrededor y me echaba una mirada extrañamente dulce e interrogativa.

»Siempre me tuvo por una persona extraordinariamente rica. Yo había despertado en ella esa creencia y la mantenía viva, solo para poder ofrecerle en todo momento aquellas cosas que ella no habría aceptado de un pobre. En otros tiempos le habría hecho regalos; pero eso estaba ya superado y me hallaba en la tesitura de encontrar nuevos sacrificios y nuevas formas de hacerla feliz. Organizaba conciertos en los que los músicos que ella más apreciaba tocaban y cantaban sus fragmentos favoritos. Hacía acopio de entradas de palco para poder ofrecérselas en los estrenos. De nuevo tomó por costumbre que fuera yo quien se ocupase de todo.

»Por ella, me metí en una frenética vorágine de transacciones. Mi fortuna se había disipado y empezaron las deudas y los malabarismos financieros. Vendí mis cuadros, mi antigua porcelana, mi caballo de silla y compré a cambio un automóvil que debía quedar a su disposición.

»Había llegado tan lejos, que veía el final ante mí. Mi esperanza de conseguirla de nuevo corría pareja con el agotamiento de mis últimos recursos. Pero no quería parar. Todavía conservaba mi empleo, mi influencia, mi distinguida posición. ¿Para qué, si no me servía de nada? Eso explica que mintiera, malversara fondos y dejara de temer la acción de la justicia, pues había algo mucho más temible para mí. Pero mi desgracia no fue en balde. Ella había roto también con su segundo amante y yo sabía que ya no tomaría a ningún otro que no fuera yo.

»Me tomó a mí, sí. Eso significa que se fue a Suiza y que permitió que la siguiera. A la mañana siguiente solicite un período de vacaciones. En vez de una respuesta, obtuve mi detención. Falsificación de documentos, malversación de dinero público. No diga nada, no hace falta. Ya lo sé. Pero ¿sabe usted que también en mi deshonra y en mi condena y en el hecho de quedarme sin camisa por amor, en todo eso, ardía todavía la pasión? ¿Qué todo eso no era sino el precio del amor? ¿Entiende usted eso, como joven enamorado que es?

»Le he explicado una fábula, jovencito. No soy yo el hombre que lo ha vivido. Yo soy un pobre librero que se deja invitar a una botella de vino. Pero ahora quiero volver a casa. No, quédese todavía un rato, iré solo ¡Quédese!

La Petición de Mano

En la Hirschengasse hay una discreta tienda de lencería que, al igual que el vecindario, se ha mantenido imperturbable ante las transformaciones de los nuevos tiempos y que cuenta con una nada menospreciable clientela. Allí, al despedirse de cada parroquiano, y aunque éste haya ido regularmente durante los últimos veinte años, aún lo hacen con un: «Háganos usted el honor de visitarnos de nuevo», y de tarde en tarde todavía se dejan caer por allí dos o tres viejas clientas que hacen sus pedidos de cinta o galón en varas y a quienes se les sirve usando esa medida. Se encargan de despachar una hija de la casa, que se ha quedado soltera, y una dependienta empleada. El mismo propietario, que está en la tienda todo el santo día, se halla permanentemente ocupado, aunque no dice nunca ni palabra. Ahora debe de tener unos setenta años; es de baja estatura, tiene unas mejillas sonrosadas bien definidas y una pequeña barba gris; en la cabeza, probablemente calva desde hace mucho, lleva a todas horas una rígida gorra redonda de estameña con flores y cenefas bordadas. Se llama Andreas Ohngelt y pertenece a la burguesía auténtica y ciudad.

Nadie ve nada de particular en es comerciante taciturno; hace años que tiene el mismo aspecto y tanto cuesta percibir en él el paso del tiempo como creer que fuera joven alguna vez. Sin embargo, también Andreas Ohngelt fue chiquillo y mozo un día, y cuando uno interroga a la gente mayor, descubre que en el pasado se le había llamado «el pequeño Ohngelt» y que disfrutaba de cierta fama no buscada. En una ocasión, hace unos treinta y cinco años, incluso vivió una «historia» que llegó a ser conocida por todos los habitantes de Gebersau, aunque ahora nadie tenga el menor interés en contarla ni escucharla. Fue la historia de su compromiso.

Ya en la escuela, el joven Andreas aborrecía el trato y la vida social: tenía la sensación de estorbar dondequiera que fuese y creía ser observado por todo el mundo. Era lo suficientemente temeroso y humilde para ceder y retirarse a tiempo. Sentía por los profesores un inmenso respeto y por los compañeros un temor mezclado con admiración. No se le veía nunca en la calle o en los lugares de recreo, sólo raramente tomando un baño en el río; y en invierno se sobresaltaba y se agachaba tan pronto advertía que un chico le iba a lanzar una bola de nieve. Por eso se quedaba en casa tan contento jugando tiernamente muñecas que habían sido de su hermana mayor. También se entretenía con una pequeña tienda, en cuyas balanzas pesaba harina, sal y arena y lo empaquetaba todo en saquitos para después de nuevo, entremezclarlos, vaciarlos, volverlos a empaquetar y pesarlos otra vez. Asimismo, ayudaba gustosamente a su madre en las pequeñas tareas domésticas, le hacía la compra o, en el jardín, retiraba las babosas de las lechugas.

Aunque sus compañeros de escuela lo mortificaban y lo ridiculizaban con harta frecuencia, al no tomarse él nada a pecho ni encolerizarse gozaba en general de una vida relativamente apacible y feliz. Lo que de amistad y afecto para con sus semejantes no recibía ni podía ofrecer, lo consagraba a sus muñecas. A su padre lo había perdido pronto; él había sido un fruto tardío, y aunque la madre habría preferido que hubiera sido totalmente distinto, le dejaba plena libertad y respondía a su dócil apego con un amor algo compasivo.

Sin embargo, esa tolerable situación se mantuvo únicamente mientras el pequeño Andreas fue a la escuela y realizó su aprendizaje despachando en una tienda de los Dierlamm, en el mercado. Por aquel entonces, cuando tenía unos diecisiete años, su naturaleza ávida de cariño empezó a tomar otros derroteros. Aquel mozuelo, que todavía conservaba su timidez, comenzó a poner los ojos en las muchachas y erigió en su corazón un altar dedicado al amor por las mujeres, con tan mala fortuna

que cuanto más ardía la llama de su pasión, tanto más desventurada era la suerte que corrían sus enamoramientos.

Se le presentaban no pocas ocasiones para conocer y contemplar mujeres de todas las edades, ya que al término de su período de formación, el joven Ohngelt había entrado en la lencería, propiedad de su tía, que más adelante debería tomar a su cargo. Allí, un día y otro, niñas, escolares, señoritas, solteras, doncellas y señoras revolvían cintas y telas, escogían ribetes y patrones, alababan y criticaban, regateaban, pedían consejo sin intención de escucharlo, compraban y cambiaban de nuevo lo adquirido. En medio de todo ello, el chico, cortés e intimidado, abría cajones, subía y bajaba del taburete, enseñaba las telas y las volvía a empaquetar, anotaba los encargos, informaba sobre precios y cada ocho días se enamoraba de una nueva clienta. Arrebolado, recomendaba galones y lanas; temblando, facturaba las cuentas; y si una hermosa y altiva joven abandonaba la lencería, le abría él la puerta, palpitándole el corazón, y soltaba la consabida fórmula del «háganos usted el honor».

Para resultar verdaderamente complaciente y agradable a sus hermosas clientas, Andreas cultivó delicadas y cuidadas maneras. Se peinaba a diario con especial esmero el rubio cabello, mantenía muy limpia su indumentaria y su ropa interior y seguía con impaciencia la evolución de su cada vez más visible bigotillo. Aprendió a recibir a sus clientas con elegantes reverencias; se entrenó a enseñar las telas apoyando el dorso de la mano izquierda en el mostrador y a mantenerse en pie con una sola pierna; llegó a dominar con gran maestría el arte de la sonrisa, que le permitía tanto revelar una moderada satisfacción como irradiar el más sincero de los contentos. Asimismo, estaba de continuo al acecho de nuevas frases hermosas, las más de las veces adverbios, con los cuales siempre iba descubriendo nuevas y deliciosas combinaciones. Como ya desde pequeño se había sentido torpe y temeroso a la hora de hablar, y como antes rara vez había llegado a pronunciar una frase entera con sujeto y predicado, halló en aquel peculiar repertorio una ayuda considerable, se acostumbró a él, en perjuicio del sentido y la comprensión, y simuló para consigo mismo y los demás una suerte de capacidad oratoria.

Alguien decía: «¡Qué día más radiante hace hoy!», y respondía el pequeño Ohngelt: «es verdad; sí, ciertamente»; «pues con permiso sea dicho»; «por supuesto». Inquiría una compradora si determinado artículo de lencería era todavía resistente, a lo que él decía: «Por Dios», «sí, sin duda alguna»; «como si dijéramos»; «bien cierto». Al interesarse uno por su opinión, correspondía él: «Gracias, para servirle»; «bien, de verdad»; «de lo mejor». En las situaciones particularmente importantes y honrosas no renunciaba tampoco a expresiones tales como. «No obstante»; «pero a fin de cuentas», «de ninguna manera», «al contrario». Además, cada uno de sus miembros, desde la cabeza ladeada hasta las basculantes puntas de los pies, era todo deferencia, cortesía y expresividad. Pero lo más expresivo en él era su cuello, relativamente largo, magro y nervudo, dotado de una nuez sorprendentemente voluminosa y móvil. Cuando el pequeño y enamorado dependiente daba en staccato una de sus respuestas, tenía uno la impresión de que una tercera parte de él se constituía en laringe.

La naturaleza no reparte sus dones porque sí, y aunque el significativo cuello de Ohngelt no guardaba proporción alguna con su capacidad oratoria, sí se legitimaba con creces como propiedad y emblema de un apasionado cantante. Andreas era un gran aficionado al canto. Ni siquiera los más logrados cumplimientos, ni la gesticulación comercial más exquisita, ni sus más conmovedores «a fin de cuentas» y «aun cuando» le procuraban, en lo más profundo del alma, un bienestar tan dulce como el canto. Aquel talento, oculto durante la época escolar, se había desplegado cada vez más brillantemente tras el cambio de voz, aunque siempre con la máxima discreción. Porque a Ohngelt, por su temeroso y tímido encogimiento, no le habría cabido en la cabeza la posibilidad de desarrollar su arte y placer secretos en otra situación que no fuera la más estricta intimidad.

Por la noche, después de la cena y antes de acostarse, permanecía un rato en su habitación; ejecutaba sus cantos en la oscuridad y se entregaba a sus líricos arrobos. Tenía una voz de tenor bastante aguda, y lo que le faltaba en formación lo suplía con el carácter. Húmedos destellos inundaban sus ojos; la cabeza, con la raya bien marcada, se inclinaba hacia atrás hasta la nuca, y la nuez se le movía arriba y abajo al acorde de las notas. Su canto favorito era Cuando las golondrinas se van. En la estrofa «Despedirse, ay despedirse cómo duele» prolongaba temblorosamente el tono y, a veces, hasta se le saltaban las lágrimas.

Su carrera comercial avanzaba a buen paso. Habían previsto enviarlo algún tiempo a una ciudad

más importante. Pero llegó a resultar tan imprescindible en el negocio de la tía que ésta ya no quería dejarlo escapar, y como él debía responsabilizarse de la tienda al heredarla, su prosperidad quedaba asegurada para el futuro. En cambio, no tenía la misma fortuna en los asuntos del corazón. Para todas las muchachas de su edad, especialmente para las más guapas, y a pesar de sus miradas y zalemas, él no era más que una figura cómica. Estaba enamorado de todas, una por una, y habría aceptado a cualquiera que hubiera dado un paso hacia él. Pero el paso no lo daba ninguna, a pesar de que él no se cansaba de enriquecer su retórica con las más elaboradas frases, y su aseo personal con los más agradables aderezos.

Se daba una honrosa excepción, aunque él apenas si se daba cuenta. La señorita Paula Kircher, a quien apodaban Kircherspaule, siempre se mostraba simpática con él y parecía tomarlo en serio. Preciso es decir que no era joven ni guapa; le llevaba bastantes años y era más bien poquita cosa. Pero aparte de eso, era una buena chica, bien considerada, perteneciente a una acomodada familia de artesanos. Cuando Andreas la saludaba en la calle, ella correspondía seria y amablemente, y cuando iba a la tienda, era afable, sencilla y discreta, le facilitaba el trabajo y tenía en cuenta sus deferencias de vendedor. Ello explicaba que él la viera no sin cierto placer y que le tuviera confianza, pero por lo demás le era completamente indiferente y pertenecía al reducido grupo de muchachas solteras a las que, fuera de la tienda, no dedicaba ni un pensamiento de más.

Tan pronto depositaba sus esperanzas en unos finos zapatos nuevos como en un bonito pañuelo de cuello, por no hablar, desde luego, del bigote, que crecía paulatinamente y al que cuidaba como si fuera la niña de sus ojos. En una ocasión llegó incluso a comprarle a un viajante de comercio un anillo de oro con un gran ópalo incrustado. A la sazón, tenía veintiséis años.

Pero cuando alcanzó los treinta y dado que sus periplos alrededor del matrimonio quedaban estancados en una nostálgica lejanía, madre y tía consideraron que había llegado el momento de pasar definitivamente a la acción. La tía, ya bien entrada en años, le hizo una oferta: sólo le traspasaría el negocio, estando ella con vida, el día que se casara con una muchacha irreprochable de Gebersau. Para la madre ésa fue la señal de ataque. Después de darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que su hijo debía acceder a algún círculo para coincidir con más gente y aprender a tratar a las mujeres. Y como conocía de sobra la pasión de su hijo por el canto, utilizando esa afición como anzuelo, le instó a afiliarse a la sociedad coral.

A pesar de su temor a la vida social, Andreas, en principio, estuvo de acuerdo. Pero en lugar de la sociedad coral se decidió por la sociedad de música sacra, porque dijo preferir la música más solemne. El verdadero motivo era, sin embargo, que Margret Dierlamm formaba parte de la sociedad de música sacra. Esta, hija del anterior maestro de Ohngelt, era una muchacha de poco más de veinte años, muy guapa y alegre, de quien Andreas se había enamorado recientemente, puesto que desde hacía algún tiempo ya no quedaban solteras de su edad y, menos aun, que fueran guapas.

La madre no tenía ninguna razón de peso que oponer a la sociedad de música sacra. Era cierto que esta no organizaba ni la mitad de veladas y fiestas que la sociedad coral, pero justamente por ello afiliarse resultaba más económico. Y además, tampoco estaba mal surtida de muchachas de buena familia con las que Andreas tendría que coincidir en ensayos y audiciones. Así que, sin demorarse, fue a hablar con el director, el señor Sohn, un anciano profesor de escuela, que les recibió amablemente.

— Así que, señor Ohngelt — dijo —, desea usted cantar con nosotros.

— Sí, ciertamente, por favor.

— ¿Ha cantado ya con anterioridad?

— ¡Oh sí!, es decir, en cierto modo.

— Bien, hagamos una prueba. Cante usted algo que se sepa de memoria.

Ohngelt se ruborizó como un chiquillo y no quería empezar por nada del mundo. Pero el profesor insistió y hasta estuvo a punto de enfadarse, de manera que Ohngelt, en última instancia, tuvo que vencer su pavor y, echando una mirada resignada a su madre, que permanecía tranquilamente sentada, entonó su canto favorito. Se dejó llevar por su entusiasmo y cantó el primer verso de carrerilla.

El director indicó que ya era suficiente. Se mostró de nuevo muy cortés y dijo que lo había cantado graciosamente y que uno se daba cuenta de que lo hacía con amor, pero que quizá sería más apto para la música profana, y que por qué no probaba con la sociedad coral. Apenas empezó el señor

Ohngelt a balbucear una tímida respuesta cuando su madre ya estaba poniendo el máximo empeño en defenderlo. Cantaba realmente bien, decía ella, ahora sólo se había mostrado un tanto apocado, pero le resultaría tan grato que fuera aceptado, puesto que la sociedad coral no tenía nada que ver y no era tan distinguida, y ella también cumplía cada año con sus aportaciones a la iglesia, y, en pocas palabras, si el señor profesor quisiera ser tan amable le pondría al menos un tiempo a prueba, y después, en su momento, ya se vería. El anciano, conciliador, intentó por dos veces meter baza alegando que pertenecer a la sociedad de música sacra no era ningún divertimento y que, de todas formas, casi no se cabía en la tribuna del órgano; pero finalmente triunfó la elocuencia de la madre. El avejentado director nunca había visto nada parecido: que un hombre de más de treinta años se apuntara a cantar y lo hiciera acompañado de su madre para que ésta lo sacara de apuros. Por más inusual y sin duda incómoda que resultara aquella incorporación a su coro, en el fondo el asunto le causaba al director un cierto regocijo, aunque no precisamente porque redundara en el bien de la música. Cito a Andreas para el siguiente ensayo y dejó que madre e hijo se marcharan sonriendo.

El miércoles por la noche el pequeño Ohngelt se presentó puntualmente en la sala de la escuela donde se ensayaba una coral para las fiestas de Semana Santa. Los cantores y cantoras que iban llegando saludaron muy amablemente al nuevo miembro y demostraron tener todos un natural tan festivo y risueño que Ohngelt no pudo por menos que sentirse en el séptimo cielo. También Margret Dierlamm estaba allí, e incluso hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo y le dirigió una amable sonrisa. Oyó claramente alguna que otra risa sofocada a sus espaldas, pero ya estaba acostumbrado a ser tomado un poco a broma y no dejó que eso lo atribulara. En cambio, lo que sí le chocó fue el comportamiento serio y reservado de la Kircherspaule, que también estaba allí y que, como pronto pudo comprobar, inclusive formaba parte de las cantoras más valoradas. Si hasta entonces siempre le había brindado una buena amistad, en aquel momento, en cambio, se mostraba particularmente fría e incluso parecía escandalizarse de que el se hubiera infiltrado en aquel círculo. Pero ¿qué importancia tenía la Kircherspaule?

En los ensayos, Ohngelt mantenía su prudencia por encima de todo. Por más que le hubiera quedado de su época escolar una ligera noción de las notas musicales y que en muchos compases, con la voz achicada, hiciera ver que cantaba como los demás, con en general se sentía poco seguro de su arte y albergaba angustiosas dudas sobre la posibilidad de que algún día eso cambiara. El director, a quien aquel encogimiento le resultaba divertido y conmovedor a la vez, era indulgente con él hasta el punto incluso de despedirse con las palabras: «Con el tiempo ya verá como mejora, si persevera usted». Aquella noche Andreas gozó de la proximidad de Margret y de la posibilidad de contemplarla a menudo. Pensó que en las audiciones públicas, antes y después del servicio religioso, los tenores estaban emplazados justo detrás de las muchachas, en la tribuna del órgano, y se imaginó la delicia de estar cerca de la señorita Dierlamm en las fiestas de Semana Santa y ocasiones venideras y poder observarla sin temor. Entonces cayó dolorosamente en la cuenta de lo pequeño y bajo que era y concluyó que, en medio de los otros cantores no podría ver nada. Con grandes esfuerzos y mucho tartamudeo, le explicó a uno de sus colegas la crítica situación que le esperaba en la tribuna del órgano, aunque naturalmente guardó de especificar el verdadero motivo de tal desazón. Entonces, el compañero lo tranquilizó sonriendo y aseguró que le proporcionaría un acomodo preferente.

Al final del ensayo, todo el mundo se fue sin apenas despedirse. Algunos caballeros acompañaron a las damas a casa; otros se fueron a tomar una jarra de cerveza. Ohngelt se quedó solo y triste delante del oscuro edificio escolar, con la mirada angustiosamente puesta en los demás, y especialmente en Margret, y con la decepción pintada en el rostro. Entonces se le acercó la Kircherspaule y, al ver que se ponía el sombrero le dijo:

— ¿Va hacia a su casa? Si es así, seguimos la misma dirección y podemos ir juntos.

Se avino a ello agradecido y le siguió el paso a través de los húmedos callejones, impregnados del típico frío de marzo, sin que mediaran entre ellos más palabras que un simple «buenas noches».

Al día siguiente, Margret Dierlamm fue a la tienda y él tuvo ocasión de atenderla. Sostuvo cada tela como si fuera seda y manejó el metro como lo habría hecho con el arco de un violín; ponía sentimiento y donaire en cada pequeño servicio y en su fuero interno se atrevió a desear que ella mencionase el ensayo del día anterior. Y eso fue exactamente lo que hizo. Cuando ya se iba, le preguntó:

— No sabía que usted también cantara, señor Ohngelt. ¿Hace tiempo que se dedica a ello? Por su parte él, con el corazón desbocado, balbució:

— Sí... mejor dicho, sólo algo... con su permiso. Ella, asintiendo con la cabeza, se esfumó en la calle. «Bueno, bueno», pensó él para sus adentros, y fue tal el empeño con que alentó sueños futuros que, al poner las telas en orden, confundió por vez primera los galones de pura lana con los de semilana.

Mientras tanto, se acercaba Semana Santa y, como el coro debía cantar tanto el Viernes Santo como el Domingo de Pascua, aquellos días se celebraron más ensayos. Ohngelt era siempre puntual y hacia todo lo posible para no echar nada a perder y, por su parte, los demás lo trataban con benevolencia. La única que parecía no estar contenta con su presencia era la Kircherspaule, y eso a él no le gustaba, máxime teniendo en cuenta que, al fin y al cabo, ella era la única dama en quien tenía una confianza absoluta. También se resignó a recorrer habitualmente el camino de vuelta con ella ya que, aunque su más íntimo deseo y determinación seguía siendo el de ofrecer su compañía a Margret, no encontraba nunca el valor de hacerlo. Así pues iba con la Paule. Las primeras veces que volvieron juntos no intercambiaron palabra. Un día, sin embargo, la Kircher le sometió a un interrogatorio y le preguntó por qué se mostraba tan lacónico y si le tenía miedo.

— No — balbució él, asustado —. Eso no, antes bien, ciertamente no, al contrario.

Ella se echó a reír dulcemente e inquirió:

— ¿Y cómo le va entonces con el canto? ¿Le gusta?

— Por supuesto que sí; mucho; bien, esto es.

Ella meneó la cabeza y le dijo en voz baja:

— ¿Es que no puede uno hablar francamente con usted, señor Ohngelt? En cada respuesta escurre usted el bulto.

— Él la miró desvalido y acertó a balbucear algo.

— Lo hago por su bien — continuó ella — ¿no me cree?

Él asintió violentamente con la cabeza.

— ¡Pues, entonces! ¿No puede usted hablar de otra forma que no sea con aunques y a fin de cuentas y con permiso sea dicho y expresiones parecidas?

— Sí, claro, claro que puedo, aunque... por supuesto.

— Sí, aunque y por supuesto. Dígame usted, de noche, con su señora madre y su tía, ¿sabe expresarse con claridad, o no? Si es así, hágalo también conmigo y con todo el mundo. De esta forma podríamos entablar una conversación razonable. ¿Quiere usted?

— Sí, claro que quiero, ciertamente.

— Bien; eso es sensato de su parte. Ahora puedo hablar con usted. De hecho, tengo algo que decirle.

Y se puso a hablar de una forma desacostumbrada para él. Le preguntó qué era lo que buscaba en la sociedad de música sacra, cuando estaba claro que no sabía cantar y donde casi todos eran más jóvenes que él, y que si no se daba cuenta de que allí a veces le tomaban el pelo; y continuó hablando de aquella manera. Sin embargo, cuanto más humillado se sentía él, tanto más profundamente comprendía la buena intención y la benevolencia que se escondían detrás de aquellas palabras. Medio compungido, oscilaba entre un sentimiento de frío rechazo y otro de enternecido reconocimiento. Cuando llegaron a la casa de los Kircher, Paula le dio la mano y le dijo seriamente:

— Buenas noches, señor Ohngelt, y no se lo tome a mal. La próxima vez, continuamos la conversación, ¿de acuerdo?

Confuso, se fue hacia casa y tan penoso le resultaba pensar en aquellas revelaciones como nuevo y reconfortante que alguien le hubiera hablado de forma tan seria, juiciosa y amigable.

De vuelta a casa tras el siguiente ensayo, consiguió expresarse sin demasiados ambages, y con ese logro se acrecentó su coraje y confianza. Era tal su progreso que la noche después se dispuso a revelar sus íntimos deseos; estaba incluso medio decidido a mencionar a la Dierlamm por su nombre, porque esperaba lo imposible de la complicidad y el apoyo de la Paule. Pero ella no le dejó llegar hasta el final. Interrumpió a tiempo su confesión y le dijo:

— Quiere casarse, ¿no es eso? Eso es justamente lo más sensato que puede hacer. Ya tiene edad para ello, qué duda cabe.

— La edad, sí, eso sí — dijo él tristemente.

Pero ella se limitó a sonreír y dejó que se fuera desconsolado hacia casa. Más adelante, Ohngelt sacó de nuevo el tema a colación. La Paule le replicó simplemente que él bien debía de saber a quién quería; lo que sí podía decirle ella a ciencia cierta era que el papel que él representaba en la sociedad de música sacra no le hacía ningún favor, puesto que las chicas jóvenes lo aceptan todo de un prometido excepto que haga el ridículo.

Los tormentos en que le sumieron aquellas palabras se mitigaron un tanto con el trajín y los preparativos para el Viernes Santo, día en el que por vez primera Ohngelt debía aparecer, junto con el coro, en la tribuna del órgano. Aquella mañana puso especial cuidado en vestirse y, con su más distinguido sombrero de copa, se presentó temprano en la iglesia. Después de que se le indicara su lugar, se dirigió de nuevo al colega que había prometido ayudarlo en su acomodo. Efectivamente, éste parecía no haber olvidado el asunto y avisó al pedalier, el cual, con una satisfecha sonrisa, acercó una pequeña caja. El cacharro en cuestión debía situarse en el puesto de Ohngelt, quien, tras subirse encima, podría ver, ser visto y gozar de las ventajas de los más espigados tenores. Pero aguantar de pie en aquella posición resultó ser complicado y peligroso: debido a que el suelo, formado por estrechas tarimas de gran pendiente, descendía hacia la nave de la iglesia, era preciso mantenerse en perfecto equilibrio; y Ohngelt sudó la gota gorda ante la idea de que podía caer, romperse las piernas y precipitarse por debajo de la balastrada, donde se acomodaban las chicas. Pero, a cambio, aquello le procuraba el placer de poder ver la nuca de la hermosa Margret Dierlamm desde tal proximidad que casi sentía el corazón en un puño. Cuando los cantos y el servicio religioso llegaron a su fin, estaba exhausto y respiró aliviado al ver que se abrían las puertas y empezaban a repicar las campanas.

Al día siguiente la Kircherspaule le echó en cara lo arrogante y ridícula que le había parecido su posición artificiosamente elevada. Él prometió no avergonzarse nunca más de su baja estatura, pero se mostró decidido a utilizar de nuevo aquel apaño en las fiestas de Semana Santa para no agraviar al compañero que se lo había ofrecido. Ella no se atrevió a preguntarle si no se daba cuenta de que éste se lo había ofrecido para burlarse de él y, meneando la cabeza, no insistió más, conmovida tanto por su estupidez como por su ingenuidad.

El domingo de Pascua, en el coro de la iglesia, el ambiente era más solemne que de costumbre. Mientras se ejecutaba una música difícil, Ohngelt, en su andamiaje, procuraba con denuedo mantener el equilibrio. Hacia el final de la coral, consternado, se percató de que la plataforma flaqueaba bajo sus pies y se volvía inestable. No podía hacer otra cosa que quedarse quieto y evitar en la medida de lo posible caer tarima abajo. Lo logró, efectivamente, y en lugar de un escándalo y una desgracia, lo único que sucedió fue que, tras un leve estampido, el tenor Ohngelt pareció encoger poco a poco y, con el semblante demudado, se hundió hasta desaparecer por completo. Perdió todas las cosas de vista, una tras otra: el director, la nave de la iglesia, los coros altos y la hermosa nuca de la rubia Margret, pero llegó sano y salvo al suelo, y en la iglesia, fuera de los sarcásticos miembros del coro, sólo una parte de la juventud masculina de las escuelas, sentada cerca de él, presencié la escena. Aquel día, por encima del puesto en el que había tenido lugar su humillación, la primorosa coral se deshizo en alborozadas manifestaciones de júbilo.

Tras la música de fin de fiesta del organista, y al abandonar la multitud la iglesia, los miembros círculo se quedaron todavía en la tribuna para ultimar cuatro detalles, ya que a la mañana siguiente, Lunes de Pascua, debía organizarse como cada año una excursión festiva para los miembros de la sociedad. Andreas Ohngelt había depositado desde el principio grandes esperanzas en aquella salida. Incluso tuvo el coraje de preguntar a la señorita Dierlamm si tenía la intención de participar en la caminata, y las palabras afluyeron a sus labios sin grandes tropiezos.

— Si, claro que iré — dijo la hermosa muchacha en tono calmado, y agregó —:

Por cierto, ¿no se habrá hecho daño, verdad? Y al decirlo, se le escapó la risa de tal modo que salió corriendo sin aguardar repuesta alguna. En aquel mismo momento, la Paule observaba la escena con una mirada compasiva y sería que acentuó el desconcierto de Ohngelt. Su efímero coraje, inflamado momentáneamente, se disipó con la misma rapidez con que había hecho presa en su corazón, y si no hubiera sido porque ya había hablado con su mamá de la excursión, habría dado marcha atrás: habría renunciado a la caminata, a aquella sociedad y a todas sus esperanzas.

El Lunes de Pascua amaneció despejado y soleado y a las dos casi todos los miembros del círculo

cantor, junto con varios invitados y parientes, acudieron a la Larchensallee, situada mas allá de la ciudad. Ohngelt fue con su madre. La víspera le había anunciado que estaba enamorado de Margret y, aunque había reconocido alimentar pocas esperanzas, todavía confiaba algo en el apoyo de su madre y en la excursión prevista para la tarde siguiente. Si bien la madre quería lo mejor para su pequeño, le parecía, sin embargo, que Margret era demasiado bonita y joven para él. De todos modos, se podía intentar: lo principal era que Andreas consiguiera una mujer, aunque sólo fuera por el bien del negocio.

Emprendieron el camino sin cantar ya que el sendero del bosque, que ascendía cuesta arriba, era bastante empinado y resultaba fatigoso. La señora Ohngelt, sin embargo, tuvo fuerza y aliento suficientes para darle seriamente las últimas indicaciones a su hijo relativas al comportamiento a seguir durante las siguientes horas e iniciar después una jovial conversación con la señora Dierlamm. En plena subida, la madre de Margret, que se esforzaba en conservar el aire suficiente para responder a lo imprescindible, tuvo la ocasión de oír una serie de agradables e interesantes comentarios. La señora Ohngelt empezó hablando del tiempo, que era espléndido, para pasar luego a valorar la música sacra, alabar el aspecto saludable de la señora Dierlamm y mostrar acto seguido un gran entusiasmo por el vestido primaveral de Margret; fue más prolija a la hora de comentar cuestiones de tocador y finalmente relató el sorprendente crecimiento que había experimentado la tienda de lencería de su cuñada en los últimos años. Llegados a ese punto, la señora Dierlamm no pudo por menos que hablar en términos elogiosos del joven Ohngelt, cuyo buen gusto y habilidades comerciales ya había detectado y apreciado su marido muchos años antes, años antes, en su época de aprendiz. A este agasajo respondió la madre, encandilada, con medio suspiro. Sin duda, Andreas era muy capaz y llegaría lejos, teniendo en cuenta, además, que aquella espléndida tienda era ya prácticamente suya; lástima sólo que fuera tan tímido con las mujeres. Por su parte no le faltaban ni las ganas ni las virtudes deseables para casarse, pero carecía de confianza y capacidad de iniciativa.

La señora Dierlamm empezó entonces a reconfortar a la atribulada madre y, aun cuando ni remotamente pensara en su hija, le aseguró sin embargo que cualquier muchacha soltera de la ciudad aceptaría encantada un enlace con Andreas. La Ohngelt sorbió estas palabras como si de miel se tratara.

Mientras tanto, Margret, junto con otros miembros de la sociedad, iba bastante por delante, y en medio de aquel pequeño grupo, que reunía a los más jóvenes y chistosos, se hallaba también Ohngelt, aunque éste, con sus cortas piernas, pasaba verdaderos apuros para seguir el paso.

De nuevo se mostraban todos excepcionalmente amables con él, ya que a aquellos bromistas, el apocado hombrecillo de mirada enamorada les venía de maravilla. Incluso la guapa Margret simulaba tomarse cada vez más en serio la conversación con su admirador, de forma que éste, de puro emocionado y tragándose las palabras, se iba acalorando cada vez más.

Sin embargo, su gozo fue breve. El pobre infeliz se dio cuenta poco a poco de que se reían a sus espaldas y, aunque estaba habituado a resignarse a ello, se sintió alicaído y abandonó de nuevo toda esperanza. Externamente, sin embargo, procuró que no se notara su aflicción. El desmadre de los jóvenes aumentaba por momentos. Y cuanto más veía Andreas que los chistes y alusiones se hacían a costa de él, tanto más se esforzaba por sumarse a las risas con sonoras carcajadas. Finalmente, el más osado de los jóvenes, un ayudante de farmacia, alto como un varal, puso fin a aquella jarana con una broma de verdadero mal gusto.

Se estaban acercando a una vieja e imponente encina, y el farmacéutico se propuso alcanzar con las manos la rama más baja de aquel gran árbol. Colocándose en posición, dio varios saltos hacia arriba, pero al no lograr su propósito, el grupo de espectadores que se había formado a su alrededor empezó a reírse de él. Entonces se le ocurrió recuperar su pundonor por medio de otra broma, haciendo que fuera otro el blanco de las burlas. De repente, cogió al pequeño Ohngelt por el vientre, lo subió por los aires y lo conminó a asirse de la rama y a mantenerse agarrado. El otro, sorprendido, estaba furioso y no se habría prestado a ello si no hubiera sido porque desde su posición tambaleante tenía miedo de caer. De forma que se sujetó, y tan pronto el farmacéutico se dio cuenta de que se aguantaba por su cuenta, dejó de sostenerlo. Ohngelt, desvalido, quedó suspendido en la rama, pataleando y profiriendo coléricos gritos, en medio del regocijo general.

— Bájeme — chillaba violentamente —. ¡Haga el favor de bajarme inmediatamente, eh, usted!

Se le quebró la voz y, completamente anonadado, se sintió a merced de una vergüenza infinita. El

farmacéutico, sin embargo, opinaba que para redimirse debía pagar prenda, ocurrencia unánimemente aplaudida con manifestaciones de alborozo.

— ¡Debe usted redimirse! —le gritaba también Margret Dierlamm.

No había forma de oponerse.

— ¡Sí, sí! — exclamaba él —, ¡pero rápido!

Su ajusticiador improvisó entonces un pequeño discurso en el que expuso que el señor Ohngelt hacía ya tres semanas que era miembro de la sociedad de música sacra y que aún no había llegado el día en que alguien le hubiera oído cantar. Así que no se libraría de su elevada y peligrosa posición hasta que no hubiese cantado una canción ante aquel auditorio.

Apenas terminó aquella alocución, Andreas, sintiendo que le abandonaban las fuerzas, se puso a cantar. Entre sollozo y sollozo, entonó: ¿Te acuerdas todavía de aquel instante?, y sin que le diera tiempo de acabar la primera estrofa, tuvo que soltarse y se precipitó lanzando un grito. Todos se sobresaltaron y, si se hubiera roto una pierna, habría cundido sin duda un sentimiento de arrepentida conmiseración. Pero a pesar de su palidez, Andreas estaba ileso; se puso de nuevo en pie, cogió el sombrero, que yacía en el musgo, se lo encasquetó cuidadosamente y retomó el camino de vuelta sin decir palabra. En el siguiente recodo se sentó a la vera del camino e intentó reponerse del susto.

Allí fue donde lo encontró el farmacéutico que, impelido por su mala conciencia, lo había seguido en secreto. Le pidió perdón, sin obtener respuesta alguna.

— Lo siento mucho, de verdad — repitió suplicante —. En el fondo, no tenía mala intención. Por favor, perdóneme y vuelva con nosotros.

— No pasa nada — dijo Ohngelt, mientras hacía un gesto de negación.

Y el otro se fue insatisfecho.

Al cabo de un rato se aproximaron lentamente los que habían quedado rezagados, entre los que cabía contar a la gente mayor y a las madres. Ohngelt se acercó a la suya y le dijo:

— Quiero volver a casa.

— ¿A casa? ¿Y a qué viene esto ahora? ¿Ha pasado algo?

— No. Pero ya no vale la pena quedarse, lo tengo claro.

— ¿Y eso? ¿Te han dado calabazas?

— No, pero sé de cierto que... Ella lo interrumpió y lo arrastró con los demás.

— ¡Déjate de tonterías! Tú te vienes y todo irá bien. En el café, te pondré al lado de Margret, estáte atento.

Él, reticente, sacudió la cabeza, pero obedeció y se añadió al grupo. La Kircherspaule procuró entablar conversación con él, pero tuvo que dejarlo correr, porque Ohngelt, con la vista fija hacia adelante, tenía el semblante más tenso y amargado que nadie había visto nunca.

Una media hora más tarde, el grupo llegó al término de la excursión: una pequeña aldea forestal, cuya posada era famosa por su buen café y en las proximidades de la cual se hallaban las ruinas de un castillo, antiguo refugio de conquistadores. En el jardín de la fonda, los jóvenes, que ya hacía rato que habían llegado, estaban enfrascados en bulliciosos juegos. En aquel momento sacaban las mesas de la casa, las arrimaban unas a otras, y acercaban sillas y bancos; después se desplegaron mantelerías limpias y se hizo provisión de tazas, jarras, platos y pastelería. La señora Ohngelt se salió con la suya y logró sentar a su hijo al lado de Margret Dierlamm. Pero éste, desconsolado, hizo caso omiso de su ventaja y, en cambio, fue tomando conciencia de su infortunio; removía maquinalmente la cuchara en el café enfriado y, a pesar de las miradas que le lanzaba su madre, callaba obstinadamente.

Tras la segunda taza de café, algunos de los organizadores decidieron dar un paseo hasta el castillo en ruinas para reanudar los juegos. Los muchachos se alzaron con gran alboroto, y a la propuesta pronto se sumaron las chicas. Margret Dierlamm también se puso en pie y, al levantarse, le entregó a Ohngelt, que continuaba sumido en su desaliento, un bonito bolso adornado con perlas, mientras le decía:

— ¿Puede hacerme el favor de guardarlo, señor, Ohngelt?, nosotros vamos a jugar.

Él asintió y lo tomó consigo. Ya no le sorprendió que ella diera cruelmente por hecho que él debía quedarse con los mayores en lugar de participar en los juegos. Sólo le sorprendía no haber reparado

en todo ello desde el principio: en aquella peculiar amabilidad que le habían mostrado durante los ensayos, en la historia de la pequeña caja, y en todo lo demás.

Cuando ya los jóvenes se habían ido y mientras el resto bebía más café o se entretenía en la charla, abandonó Ohngelt discretamente su asiento y campo a través salió del jardín y se internó en el bosque. El bonito bolso que llevaba en la mano centelleaba alegremente a la luz del sol. Se detuvo delante de un tronco de árbol recién cortado. Sacó su pañuelo, lo extendió en la todavía luminosa y húmeda madera y se sentó encima. Luego, sostuvo la cabeza con las manos y se sumergió en tristes pensamientos. Cuando, echándole otra mirada al llamativo bolso, una corriente de aire le aproximó el eco de los chillidos y alegres gritos del grupo, hundió todavía más su pesada cabeza y se puso a llorar silenciosamente, como un niño.

Permaneció allí sentado cuando menos una hora. Se le secaron los ojos y se disipó su agitación, pero era más lúcido que antes y comprendía lo triste de su circunstancia y lo inútil de sus afanes. En aquel momento, oyó pasos que se acercaban y el crujir de un vestido, y antes de que hubiera podido saltar de su asiento, tenía ya a Paula Kircher de pie a su lado.

— ¿Completamente solo? — le preguntó bromeando. Y al no decir nada él y observarlo ella más atentamente, se puso seria de repente y le preguntó con femenina amabilidad:

— ¿Algo va mal? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

— No — respondió Ohngelt en voz baja y sin recurrir a palabras rimbombantes —. No. Sólo acabo de comprender que no estoy hecho para estar en sociedad. Que yo he sido un bufón para ellos.

— Bueno, no será tanto.

— Sí, exactamente. He sido para ellos un bufón, y especialmente para las chicas. Porque soy bonachón y actúo de buena fe. Tenía usted razón; no debía haber entrado en este círculo.

— Puede usted retirarse y todo se arreglará.

— Claro que puedo retirarme, y mejor hoy que mañana. Pero con hacerlo no se arreglará todo.

— ¿Por qué no?

— Porque me he convertido en el blanco de las burlas. Y porque ahora, para colmo de desgracias, ninguna otra...

Tenía un nudo en la garganta y estuvo en un tris de ponerse a llorar. Entonces ella inquirió.

— ¿Y por qué ahora ninguna otra ... ?

Con voz temblorosa, él continuó:

— Porque ahora, por todo lo que ha pasado, ninguna otra chica querrá hacerme caso y tomarme en serio.

— Señor Ohngelt — replicó la Paule lentamente —. ¿No está siendo usted injusto? ¿O piensa usted que yo no le hago caso ni le tomo en serio?

— Sí, eso, sí. Ya lo creo que todavía me hace caso. Pero no es eso.

— Ya, pues entonces, ¿qué es?

— Ay, Dios mío, no debería hablar de esto. Pero me vuelvo loco cuando pienso que al primero que pasa le va mejor que a mí, cuando, al fin y al cabo, también yo soy una persona, ¿no? Pero conmigo... conmigo no quiere casarse ninguna.

— Se produjo una larga pausa. Entonces la Paule habló de nuevo:

— Comprendo. ¿Ha preguntado usted a una u otra si le quiere?

— ¡Preguntado! No, eso no. Además, ¿para qué? Ya sé de antemano que ninguna querrá.

— Entonces pretende que las chicas se acerquen a usted y le digan: ¡Ay, señor Ohngelt, perdóneme, pero me gustaría tanto que se casara conmigo!

Sí es así, ya puede usted esperar sentado.

— Lo sé — suspiró Andreas —. Ya sabe a lo que me refiero, señorita Paule. Si yo supiera que alguna chica quiere mi bien y que me podría aguantar tan siquiera un poco, entonces...

— ¡Entonces, quizá sería usted tan benévolo para guiñarle un ojo o hacerle una señal con el dedo índice para que se acercara! Por el amor de Dios, es usted... es usted...

Diciendo eso, se fue corriendo, pero no con una carcajada, sino con lágrimas en los ojos. Ohngelt no lo podía ver, pero en su voz y en su forma de huir había notado algo raro que lo empujó a seguirla. Y

cuando e estuvo a su lado, y sin que ninguno de los dos supiera qué decir, se abrazaron repentinamente y se dieron un beso. Así fue como se comprometió en matrimonio el pequeño Ohngelt.

Cuando volvió al jardín de la posada con su prometida, con quien, a pesar de la vergüenza, iba orgullosamente del brazo, todo estaba ya a punto para la partida y sólo les esperaban a ellos dos. En medio del tumulto general, la sorpresa, los movimientos de cabeza de un lado a otro y las felicitaciones, se presentó la hermosa Margret ante Ohngelt y le preguntó:

— Y bien, ¿dónde ha dejado usted mi bolso?

Consternado, el novio le informó del paradero y acompañado de la Paule, volvió corriendo a toda prisa hacia el bosque. En el lugar en el que él durante tanto rato había estado sentado y llorando, entre las hojas amarronadas, yacía resplandeciente el bolso. Y su prometida le dijo entonces:

— Es una suerte que hayamos vuelto. También tu pañuelo se había quedado aquí.

Lo Que Vio el Poeta al Anochecer

En el sur, en el encendido crepúsculo de un día de julio, las cumbres rosadas de las montañas flotaban entre las azules brumas veraniegas; en la campiña hervía sofocante la espesa vegetación; el maíz, alto y recio, estaba rebosante; en muchos campos se había cortado ya el trigo; las flores de los prados y jardines exhalaban dulces y penetrantes fragancias que se mezclaban con el suave y fino olor del polvo de la carretera. Entre el denso verdor, la tierra aún conservaba el calor del día; las fachadas doradas de los pueblos desprendían cálidos destellos nocturnos en el anochecer incipiente.

Una pareja de enamorados iba de un pueblo a otro, lentamente y sin rumbo fijo, por la tórrida carretera. Demoraban el momento del adiós, ya cogidos de la mano, ya enlazados, hombro con hombro. Bellos y gráciles, radiantes con sus ligeras ropas de verano, el calzado blanco, la cabeza al descubierto, arropados por el amor e invadidos por una suave fiebre nocturna. La joven tenía la tez y el cuello blancos, el hombre estaba curtido por el sol. Ambos eran esbeltos y caminaban erguidos; ambos guapos, ambos unidos en aquel instante por el sentimiento de ser una sola cosa, corno alimentados e impulsados por un único corazón; ambos, sin embargo, eran claramente distintos y estaban alejados el uno del otro. Vivían el momento en el que la camaradería se transforma en amor y el juego se convierte en destino. Ambos sonreían, y ambos estaban serios, casi tristes.

En aquellos momentos no pasaba nadie por la carretera para ir de un pueblo a otro; ya hacía rato que los campesinos habían terminado su jornada. Los enamorados se detuvieron y se abrazaron cerca de una casa de campo que resplandecía luminosa a través de los árboles, como si aún le diera el sol. Tiernamente, el hombre, condujo a la muchacha al borde de la carretera, donde se alzaba un muro bajo. Se sentaron allí para seguir estando juntos, para no tener que volver al pueblo con sus gentes ni reanudar el trecho de camino que aún les quedaba por recorrer. Se quedaron sentados en el muro, silenciosos, debajo de una parra, entre claveles y saxífragas. En medio del polvo y de los olores, les llegaban los murmullos del pueblo: niños que jugaban, el grito de una madre, risas de hombres, el lejano y vacilante sonido de un viejo piano. Sentados tranquilamente, se apoyaban el uno contra el otro, sin decir palabra. Percibían juntos, a su alrededor, el follaje que oscurecía, los aromas que fluían, el aire cálido que se estremecía ante el primer indicio de rocío y frescor.

La muchacha era joven, muy joven y hermosa; el cuello alto y delgado sobresalía fina y delicadamente de su vaporoso vestido; las cortas mangas dejaban ver la blancura de brazos y manos, en toda su gracilidad y esbeltez. Quería a su amigo; creía amarlo de corazón. Sabía muchas cosas de él, lo conocía francamente bien: habían sido amigos durante largo tiempo. A menudo, se habían dado cuenta por un instante de su atractivo, de su diferencia sexual: habían prolongado tiernamente un apretón de manos y, jugando, se había dado algún que otro beso furtivo. Él había sido su amigo; también había hecho las veces de consejero y confidente; era mayor, más sabio y sólo en alguna ocasión, durante unos segundos, un débil relámpago había cruzado el cielo de su amistad para recordarles breve y oportunamente que entre ellos no sólo había confianza y camaradería, sino que también se interponga la vanidad, la ambición de poder y la dulce hostilidad que desata la atracción entre sexos. En aquel momento eran ésos los sentimientos que estaban en sazón y se manifestaban con todo su ardor.

El hombre también era hermoso, aunque no poseía la juventud ni la íntima pujanza de la joven. Era mucho mayor que ella; había degustado el amor y la vida, había experimentado naufragios y despedidas. En la gravedad de su enjuto y moreno semblante se podía leer la reflexión y el aplomo; el destino le había surcado frente y mejillas. Aquel anochecer, sin embargo, su mirada reflejaba dulzura

y abandono. Su mano jugaba con la de ella; corría suave y respetuosamente sobre el brazo y la nuca, sobre el hombro y el pecho de la amiga; tanteaba pequeños y alegres caminos de ternura. Cuando la boca del plácido rostro de ella, escondido en la oscuridad del crepúsculo, fue a su encuentro, tierna y expectante como una flor, sintió que le invadía una oleada de ternura y de renovada pasión. Pero, al mismo tiempo, no podía alejar de su mente el pensamiento de que otros atardeceres de verano también muchas otras amantes habían paseado con él; que también, al acariciar otros brazos y cabellos, al abrazar otros hombros y caderas, sus dedos habían recorrido los mismos tiernos caminos. Que rehacía gestos conocidos y repetía lo vivido; que, para él, aquel tempestuoso sentimiento no era lo mismo que para la muchacha; era algo hermoso y querido, pero ya nada tenía de nuevo e inaudito: no podía vivirlo como algo único y sagrado.

También con esta poción puedo deleitarme, se dijo él, también es dulce y maravillosa; y el amor que yo puedo darle a esta joven en flor puede ser mejor, más sabio, más respetuoso y más puro que el de un jovencuelo o el que yo mismo hubiera podido brindarle diez o quince años antes. Yo puedo ayudarla a cruzar el umbral de una primera experiencia con más ternura, inteligencia y afecto que cualquier otro, y puedo degustar este noble y refinado vino con más delicadeza y reconocimiento que un joven cualquiera. Pero no puedo ocultarle que tras la embriaguez viene la saciedad; que tras un primer estadio de exaltación, no podré ser para ella el amante de sus sueños; el que nunca pierde la ilusión. La veré temblar y llorar, pero me habré convertido en una persona fría e interiormente impaciente. Me aterrorará — ya ahora me aterra — pensar en el momento en el que ella, al abrir los ojos, deba catar el desencanto; el día en el que, cuando ya no conserve el frescor de otros tiempos, su semblante, ante la visión de la plenitud perdida, se demude repentinamente.

Estaban sentados en el muro, rodeados de vegetación, arrimados el uno al otro; recorridos de vez en cuando por voluptuosos estremecimientos e impulsados a estar cada vez más cerca el uno del otro. Sólo de vez en cuando decían una palabra: una palabra apenas farfullada, pronunciada infinitamente: amor... cariño... criatura... ¿me quieres?

Una niña salió entonces de la casa de campo, cuya luminosidad empezaba en aquel momento a atenuarse. La chiquilla, de unos diez años, iba descalza, sus piernas eran espigadas y morenas, llevaba un vestido corto de tonos apagados y sus largos y oscuros cabellos le enmarcaban el rostro, ligeramente tostado.

Se acercó jugando, indecisa, algo cohibida, con una cuerda de saltar en la mano; sus pies desnudos se deslizaban silenciosos por la calle. Se acercaba con aire travieso y daba caprichosos pasos hacia el lugar donde estaban los enamorados. Al llegar a su altura, su marcha se hizo más lenta, como si no quisiera pasar de largo; parecía que algo la atrayese hacia allí de la misma forma que una mariposa nocturna se siente atraída por la flor de flox. En voz baja, les dirigió un melodioso saludo. Buona sera. Desde el muro, la joven le hizo un amable gesto con la cabeza, mientras el hombre correspondía afablemente: Ciao, cara mia.

La niña se dispuso a volver, poco a poco, de mala gana, cada vez más dubitativa; al cabo de cincuenta pasos se quedó quieta, dio la vuelta, irresoluta, se acercó de nuevo, se aproximó a la pareja de enamorados, les miró con una sonrisa compungido, se fue otra vez y desapareció en el jardín de la casa.

— ¡Qué bonita era! — dijo el hombre.

Al poco rato, sin dar tiempo a que oscureciera mucho más, la niña salió de nuevo al portón del jardín. Se quedó un momento quieta, miró recelosamente hacia la carretera, atisbó el muro, la parra y a la pareja enamorada. Entonces, empezó a correr a un paso rápido por la calle con sus ágiles pies descalzos; alcanzó a la pareja, dio la vuelta corriendo, fue de nuevo hasta el portón, se detuvo un minuto, y así repitió sus solitarias y silenciosas idas y venidas una y otra vez. Sin decir nada, los enamorados observaban cómo corría, cómo volvía atrás, cómo la pequeña falda oscura se agitaba alrededor de sus largas piernas infantiles. Sentían que aquel vaivén les estaba dedicado; que de ellos emanaba un embrujo, y que la pequeña, en su sueño infantil, vislumbraba el amor y la silenciosa embriaguez de aquel sentimiento.

A continuación las correrías de la niña se transformaron en una danza. Se acercó dando pasos rítmicos, meciéndose, caminando caprichosamente. Al anochecer, aquella pequeña figura solitaria dan-

zaba en medio de la blanca carretera. Su danza era un homenaje; su pequeña danza infantil era una canción, una plegaria al futuro y al amor. Consumó su sacrificio seria y entregada, fue de un lado a otro balanceándose, hasta que finalmente se perdió de nuevo en el sombrío jardín.

— La hemos fascinado — dijo la enamorada —. Ha sentido la presencia del amor.

El amigo calló. Pensó: quizás esta niña, en el hechizo de su danza, ha disfrutado más del amor ahora, en lo que tiene de hermoso y pleno, de lo que jamás pueda llegar a experimentar. Continuó reflexionando: quizá también nosotros dos hemos probado ya lo mejor y lo más profundo del amor, y ahora todo lo que nos quede por vivir no sea más que un mero declive.

Se levantó y ayudó a su amiga a bajar del muro.

— Debes irte — le dijo —. Se ha hecho tarde. Te acompaño hasta el cruce del camino.

Al pasar por delante del portón vieron que la casa de campo y el jardín estaban adormilados. Por encima de la puerta colgaba la flor del granado, cuyo alegre rojo, a pesar de la oscuridad del anochecer, todavía resaltaba intensamente.

Se fueron entrelazados hasta el cruce. Al despedirse, se besaron con fervor, se soltaron, se separaron, dieron la vuelta de nuevo, se besaron otra vez; el beso ya no les saciaba, sólo les procuraba mayor avidez. La chica empezó a alejarse rápidamente y él la siguió con la mirada durante largo rato. Pero, incluso entonces, sintió que llevaba consigo el lastre del pasado; ante sus ojos se reprodujeron escenas de otros tiempos: otros adioses, otros besos nocturnos, otros labios, otros nombres. Le invadió la tristeza. Volvió lentamente por la carretera, mientras las estrellas asomaban sobre los árboles.

Aquella noche, en la que no durmió, sus reflexiones le llevaron a la siguiente conclusión:

Es inútil repetir lo que ya se ha vivido. Todavía podría querer a muchas mujeres, quizás aún durante años les podría ofrecer mi intensa mirada, mis tiernas manos y mis sabrosos besos. Pero debe uno aceptar que llega el momento de despedirse de todo esto. Llegada la ocasión, la despedida, que hoy todavía puedo aceptar voluntariamente, se produce en medio de la derrota y la desesperación. Así que la renuncia, que hoy es un triunfo, mañana sería sólo vergüenza. Por todo esto, debo renunciar hoy: es hoy cuando debo despedirme de todo ello.

Mucho he aprendido hoy y mucho me queda todavía por aprender. Debo aprender de esa niña que, con su silenciosa danza, nos ha cautivado. Al ver a una pareja enamorada en el crepúsculo, ha florecido en ella el amor. Una ola prematura, un presentimiento del placer, inquietante y hermoso a la vez, ha recorrido sus venas y, como todavía no puede amar, se ha puesto a danzar. Así pues, también yo debo aprender a danzar; debo cambiar la ávida búsqueda del placer por la música, la sensualidad por la plegaria. Sólo así seré siempre capaz de amar; no tendré por qué revivir inútilmente el pasado. Es éste camino que quiero seguir.

La No Fumadora

Los viejos vagones que recorren Gotthard no se caracterizan precisamente por su comodidad, pero están provistos de un agradable y gentil detalle en el mobiliario que a mí siempre me ha gustado y que me parece digno de ser imitado. Me refiero a los compartimentos para fumadores y no fumadores: están separados por puertas que no son de madera, sino de cristal, y cuando un pasajero se despide momentáneamente de su mujer para irse a fumar, ambos pueden observarse y saludarse de vez en cuando a través de la puerta transparente.

Un día, iba yo hacia el sur en uno de esos vagones con mi amigo Othmar, y ambos compartíamos aquel estado de ánimo expectante fruto de la euforia vacacional y de la impaciencia, entre inquieta y feliz, propia de los años jóvenes, cuando uno va hacia Italia por el famoso túnel y atraviesa la gran montaña. La nieve derretida fluía con afán por las escarpadas paredes rocosas; entre las barandas de hierro de los puentes, a una impresionante profundidad, refulgía el agua espumosa; el humo de nuestro tren invadía el túnel y los desfiladeros, y cuando uno se asomaba a la ventana y alzaba la vista, veía a lo alto, muy arriba, más allá de los grises peñascos, apacibles paisajes nevados y una pequeña rendija de frío cielo azul.

Mi amigo estaba sentado con la espalda apoyada en la pared medianera del vagón, mientras que yo, enfrente, podía atisbar a los no fumadores a través de la puerta de cristal. Consumíamos largos y buenos cigarros de Brissago y bebíamos, por turnos, una botella de buen vino de Yvorne. Todavía hoy es posible adquirir ese vino en el mostrador de la estación de Göschén, y cuando paso por Tesino en dirección sur nunca me olvido de comprarlo. Hacia un tiempo espléndido, teníamos vacaciones y dinero suficiente y no nos movía otro empeño que el de dejarnos llevar felizmente, juntos o cada uno por su lado, por el antojo y las circunstancias.

El Tesino nos deslumbraba con sus rojizos y luminosos peñascos, con sus altos pueblos blancos y sus sombras azuladas. Justo en aquel instante estábamos atravesando el túnel, y por el retumbar del tren uno se percataba de que éste corría cuesta abajo. Nos mostrábamos uno al otro las hermosas cascadas, las empuñecidas cimas montañosas — que, observadas desde abajo, parecían haber encogido considerablemente —, los campanarios de las iglesias y las casas de campo. Todo en éstas preludiva el sur: las glorietas aireadas, los alegres y luminosos colores; y en las fondas, los rótulos en italiano.

Mientras tanto yo ponía todo mi interés en mirar hacia el compartimento de los no fumadores a través del cristal y de los travesaños de latón. Justo enfrente había un pequeño grupo de personas que tenían todas las trazas de ser alemanes del norte: eran una pareja bastante joven y un hombre campechano, algo mayor, que los acompañaba. Debía de ser un amigo, un tío o un simple conocido de viaje. El joven, de quien yo no podía deducir si estaba casado con la muchacha o era sólo un pariente, mostraba un dominio de sí mismo a toda prueba y una seriedad imperturbable tanto hacia la, para mí, inaudible conversación como hacia el paisaje de su alrededor. Inmediatamente, basándome sólo en su semblante algo reservado, lo encasillé como uno de esos funcionarios expeditivos a quienes tanto debe la prosperidad actual del Imperio alemán. En cambio, el amigo o tío parecía ser un buen hombre inofensivo y poseer con creces el humor del que carecía su vecino. Resultaba interesante ver y comparar a los dos personajes, uno junto al otro: el hombre campechano, todo buena voluntad y plácido talante, sintetizaba una época y una forma de ser ya extinguidas, y con su sonrisa parecía despedir aquellos viejos tiempos; el otro representaba la nueva generación floreciente: frío, conecedor de su fuerza, cultivado y con el tipo de insensibilidad que tan útil resulta para lograr las metas perseguidas.

Sí, aquel contraste era interesante, y empecé a reflexionar más y más sobre ello. De todos modos, mis miradas se iban posando una y otra vez con curiosidad en el rostro de la mujer joven o muchacha que, a mi modo de ver, poseía una belleza casi perfecta. Su bonita boca, de color rojo amapola y algo aniñada, resplandecía en un puro semblante de cuidada tersura, bastante joven aún. Bajo las negras y largas pestañas, se veían los grandes ojos azul oscuro. Y, en medio de la inmaculada blancura de su piel, las cejas y cabellos oscuros emergían con un encanto particularmente intenso. Era, sin duda alguna, muy hermosa; iba bien vestida y desde Göschen llevaba un fino pañuelo blanco de viaje para proteger sus cabellos del polvo.

Con gozo renovado, me placía contemplar en todo momento y sin ser visto aquel fascinante rostro femenino hasta el punto de familiarizarme con él. En ocasiones, ella parecía notar mi admiración y hasta permitirla; o al menos, no se molestaba en eludir mi mirada, lo que fácilmente habría podido hacer si se hubiera recostado más atrás o hubiera intercambiado el asiento con el de su acompañante. Éste, que quizás era su marido, iba destacando cada vez más a mis ojos, y cuando me paraba a pensar por un instante en él, lo hacía de una forma desapegada y crítica. Podía ser todo lo sesudo y ambicioso que quisiera, sí, pero al fin y al cabo, no era más que un fatuo sin alma y en absoluto digno de una mujer como aquélla. Poco antes de que llegáramos a Bellinzona, a mi amigo Othmar le empezaron a causar cierta extrañeza mis distraídas respuestas y mis desganadas miradas hacia aquel paisaje formidable, que él se empeñaba solícito en señalarme con el dedo. Aún no le había dado tiempo a concebir sospecha alguna cuando, ya de pie, miraba inquisitivamente a través de la puerta de cristal. Una vez hubo descubierto a la hermosa no fumadora, se sentó en el respaldo de su banco y empezó también a dirigir ávidas miradas hacía allí. No dijimos una palabra, pero el semblante de Othmar estaba sombrío, como si yo le hubiera infligido una traición. Sólo se dignó a hacerme una pregunta cuando llegábamos a las proximidades de Lugano:

— ¿Desde cuándo está este grupo en nuestro vagón?

— Creo que desde Flüelen — le contesté, lo que no era del todo verdad, puesto que recordaba perfectamente que aquellos señores habían subido justo en dicha parada. Callamos de nuevo, mientras Othmar me daba la espalda. Por más incómoda que le resultara aquella posición, con el cuello torcido, él no apartaba los ojos de la bella muchacha.

— ¿Quieres ir hasta Milán? — preguntó de nuevo tras una larga pausa.

— No sé, me da igual.

Cuanto más callábamos y cuanto más nos rendíamos embelesados a la hermosa escena de enfrente, tanto más nos percatábamos, cada uno por su cuenta, de que resultaba un verdadero engorro tener que depender de alguien durante el viaje. Bien es verdad que teníamos por delante toda la libertad del mundo y habíamos acordado que, sin necesidad de dar explicaciones, cada uno seguiría únicamente el dictado de su corazón; sólo que en aquel momento parecían existir ciertas trabas y dificultades de por medio. Cada uno, de haber estado solo, habría tirado su largo cigarro de Brissago por la ventana y, tras atusarse el bigote, se habría ido a por un poco de aire fresco al

salón de los no fumadores. Sin embargo, eso no lo haría ni el uno ni el otro, ni tampoco nos permitiríamos ningún tipo de confesión mutuamente; cada uno se sentía interiormente molesto y le reprochaba al otro el estar allí sentado y estorbar. La situación llegó a ser insoportable, y como yo anhelaba restablecer la paz, encendí de nuevo mi cigarro apagado al tiempo que bostezaba afectadamente, le dije:

— Mira, yo me bajo en Como. Este viaje interminable en tren es para volver loco a cualquiera. Sonrió amablemente:

— ¿Ah sí? Yo me encuentro la mar de bien, sólo el vino de Yvorne me hace estar un poco espeso. Con esos vinos del oeste de Suiza es siempre la misma historia: uno los bebe como agua y después se suben a la cabeza. Pero por mí no te tomes ninguna molestia. Seguro que nos encontraremos de nuevo en Milán.

— Sí, claro. Es agradable volver al palacio de Brera e ir a la Scala por la noche. Tengo ganas de disfrutar de la buena música de Verdi.

De pronto, nos hallábamos conversando de nuevo, y Othmar parecía de tan buen humor, que yo ya casi me arrepentía de mi decisión. Así que en mi fuero interno resolví que bajaría en Como, pero para

continuar el trayecto en otro vagón. Total, eso no le incumbía a nadie y, en resumidas cuentas...

Habíamos dejado atrás Lugano y la frontera y entrábamos en Como; el viejo villorrio descansaba perezoso bajo el sol del atardecer; en lo alto de la montaña de Brunate sonreían irónicamente los enormes reclamos publicitarios. Le di la mano a Othmar y cogí mi mochila.

Desde que habíamos cruzado la aduana estábamos sentados en vagones italianos; las puertas de cristal habían desaparecido y, con ellas, la bella alemana del norte, pero sabíamos que continuaba en el tren. Me bajé y, mientras aún dubitativo tropezaba con las vías, vi llegar de repente al hombre mayor, a la bella muchacha y al licenciado en derecho. Iban cargados con su equipaje y, chapurreando italiano, se disponían a llamar a un mozo. Acto seguido les ofrecí mi ayuda, y una vez les fueron proporcionados los servicios de un mozo y un taxi, los tres se dirigieron hacia el pueblecito. Yo confiaba en verlos de nuevo, puesto que había oído el nombre de su hotel.

Justamente entonces el tren silbó y abandonó la estación; hice un gesto de salutación hacia arriba, pero ya no vi a mi amigo en la ventanilla. En cualquier caso, aquello le estaba bien empleado. Me fui andando tan contento hasta Como, me alojé en un hotel, me arreglé, y me senté en la Piazza a tomar un vermut. No esperaba grandes aventuras, pero me apetecía reencontrarme con el pequeño grupo en cuestión aquella misma noche. Tal como había podido observar en la estación, la pareja era efectivamente un joven matrimonio, por lo que desde aquel momento mi interés por la esposa del futuro funcionario había pasado a ser de orden puramente estético. A fin de cuentas, ella era guapa, extraordinariamente guapa...

Tras la cena, me fui a pasear sin prisas, mudado y bien afeitado, hacia el hotel de los alemanes; llevaba un hermoso clavel amarillo en el ojal y el primer cigarrillo italiano en los labios.

En el comedor no había nadie, todos los huéspedes estaban sentados o paseaban detrás del edificio, en el jardín, bajo las grandes marquesinas de rayas rojas y blancas que durante el día se instalaban para proteger del sol. En una pequeña terraza que daba al lago había adolescentes con cañas de pescar; en las mesas individuales, se bebía café. La bella dama, acompañada por su marido y por el tío, caminaba por el jardín; era obvio que estaba en el sur por vez primera: tocaba las hojas de una camelia, duras como el cuero, con la extrañeza de una colegiala.

Pero no fue poca mi sorpresa cuando me percaté de que, detrás de ella, mi amigo Othmar merodeaba con paso indolente. Me retiré y pregunté al portero; el señor se hospedaba allí, en aquel hotel. Así, pues, debía de haber descendido del tren secretamente a mis espaldas. Me sentí engañado.

Sin embargo, el asunto tenía más de ridículo que de lamentable. Mi arrobó se había apagado. No se albergan grandes esperanzas hacia una joven mujer que está en su viaje de luna de a Othmar y me hice el escurridizo antes de que pudiera darse cuenta de mi presencia. Desde fuera lo vi de nuevo a través del vallado justo en el momento que paseaba como si nada por delante de los forasteros y le lanzaba una inflamada mirada a la mujer. También observé el semblante de ella, pero mi encaprichamiento se había disipado, y aquellos bonitos rasgos parecían haber perdido su encanto y se habían vuelto un tanto vacíos e insignificantes.

Al día siguiente, al subir a primera hora de la mañana al viejo tren que iba a Milán, Othmar ya estaba allí. Recogió del portero su bolsa de mano y subió detrás de mí, como si nada hubiera pasado.

— Buenos días — dijo tranquilamente.

— Buenos días — le respondí —. ¿Has visto? Hoy noche, en la Scala, representarán Aida.

— Sí, sí, ya lo sé. ¡Es fantástico!

El tren empezó a rodar, dejando atrás el pueblecito.

— Por cierto — dije para reanudar la conversación —, la guapa mujer del licenciado en derecho tiene algo de muñeca. Finalmente me ha decepcionado. Bein mirado, no es tan hermosa como parece. Es atractiva y nada más.

Othmar asintió con la cabeza.

— Él no es licenciado en derecho — dijo él —, es un comerciante y también subteniente en la reserva. Sí, tienes razón. Esa mujer es sólo una niña bonita. Cuando me di cuenta de ello, me quedé súbitamente conmocionado. ¿No reparaste en que tenía los defectos que más afean una cara hermosa? ¿No? Tiene una boca demasiado pequeña, la pobre! Es horrible ¡No sabes cómo me afectan esos detalles!

— También parece un poco coqueta — insistí de nuevo.

— ¿Coqueta? ¡No lo sabes bien! Te puedo decir que el tipo jovial es el único simpático de los tres ¿Sabes? Ayer me resultaba inconcebible que aquel pequeño petimetre pudiera merecérsele. Y ahora si me da lástima, verdadera lástima. Aún se llevará una buena sorpresa. Pero quizás el tipo será feliz con ella. A lo mejor nunca se dará cuenta.

— ¿De qué?

— ¡De que ella es sólo apariencia! No es más que una bella máscara, hermosa por fuera y sin nada por dentro, nada de nada.

— Oh, pues yo no la considero tonta ni mucho menos.

— ¿No? Entonces, baja y ve hacia Como; todavía se quedan ocho días más. He tenido la desgracia de conversar con ella. Venga, no hablemos más de esto. Estoy contento de llegar a Italia. Aquí aprende uno de nuevo a ver la belleza como algo natural.

También yo estaba satisfecho y al cabo de dos horas caminábamos felices y ociosos por Milán y mirábamos con placer y sin ningún atisbo de mutua envidia a las hermosas mujeres que, como reinas, se nos cruzaban en aquella bendita ciudad.

Chagrin D'Amour

De esto hace ya mucho tiempo. Los señores se habían instalado con sus ostentosas tiendas delante de Kanvoleis, la capital de la tierra de Valois. Cada día comenzaba de nuevo el torneo, cuya recompensa era la reina Herzeloyde, la joven viuda de Kastis, la hermosa hija de Frimutel, rey de los Graal. Entre los participantes, se encontraban los grandes señores: el rey Pendragon de Inglaterra, el rey Lot de Noruega, el rey de Aragón, el duque de Brabante, condes célebres, caballeros y héroes como Morholt y Riwalin; sus nombres se mencionan en el segundo canto de Parzival de Wolfram von Eschenbach. Algunos luchaban para obtener gloria militar, otros lo hacían por los hermosos y tímidos ojos azules de la joven reina; la mayoría, sin embargo, se batía con el fin de adquirir su tierra, rica y fecunda, sus ciudades y su fortaleza.

Además de muchos augustos soberanos y célebres héroes, se había congregado allí una considerable multitud de anónimos caballeros, de aventureros, bandoleros y pobres diablos. Muchos de ellos ni siquiera tenían su propia tienda; campaban aquí y allá, a menudo a cielo descubierto en medio de los campos, con un abrigo por toda protección. Dejaban que sus caballos pacieran en los prados de los alrededores; acudían, fueran o no invitados, a las mesas ajenas para conseguir comida y bebida, y, especialmente si tenían la intención de concursar, depositaban todas sus esperanzas en la suerte y el azar. En realidad, sus probabilidades de éxito eran muy reducidas porque tenían malos caballos. Montado en un mal rocín, ni el más intrépido puede lograr gran cosa. De ahí que muchos ya ni se planteasen vencer y no se propusieran nada más que estar allí, tomar parte en el espectáculo y sacarle algún provecho a todo ello. Estaban todos de muy buen humor. Cada día se organizaban banquetes y fiestas, tanto en el castillo de la reina como en los campamentos de los señores ricos y poderosos, y muchos de los caballeros pobres se alegraban de que el resultado de las apuestas se fuera demorando día tras día. Paseaban montados a caballo, cazaban, conversaban, bebían y jugaban, contemplaban el torneo, participaban ocasionalmente en él, cuidaban a los caballos heridos, observaban el pomposo despliegue de los grandes, no se perdían detalle y se concedían así unos días agradables.

Entre los luchadores pobres y sin gloria había uno que se llamaba Marcel; era el hijastro de un pequeño barón del sur, un guapo y algo famélico joven caballero que no tenía más que una armadura modesta y un jamelgo débil apodado Melissa. Como los demás, había ido hasta allí para saciar su curiosidad, para probar su suerte, y sentirse un poco partícipe del bullicio y de la suntuosidad reinante. El tal Marcel se había labrado una cierta fama entre sus semejantes y también entre algunos distinguidos caballeros no precisamente como paladín sino como trovador y juglar, puesto que era muy diestro en componer y cantar sus canciones acompañado del laúd. Se sentía bien en medio de la agitación, que le recordaba las ferias anuales, y aspiraba únicamente a que aquel alegre campamento, con toda su espectacularidad, durara todavía una buena temporada. Fue entonces cuando el duque de Brabante, su bienhechor, le exhortó a participar en la cena que organizaba la reina en honor de los nobles caballeros. Marcel se fue con él a la capital y, ya en el castillo, ambos vieron resplandecer la sala con magnificencia y pudieron deleitarse con manjares y bebidas. Pero el pobre joven no salió de allí con el corazón alegre. Había visto a la reina Herzeloyde, oído su voz, clara y vibrante y degustado sus dulces miradas. Desde aquel momento su corazón empezó a palpitar de amor por aquella augusta dama, que, no por parecer tan suave y modesta como una muchacha, dejaba de serle superior e inaccesible.

Bien es cierto que, como cualquier otro caballero, podía luchar por ella. Tenía vía libre para probar fortuna en el torneo. Sólo que ni su caballo ni sus armas estaban en unas condiciones especialmente

buenas; tampoco podía ser considerado un gran héroe. A pesar de ello, no tenía miedo alguno y por momentos se sentía plenamente dispuesto a arriesgar su vida por la reina venerada. Pero sus fuerzas no podían compararse a las de Morholt o el rey Lot, ni siquiera a las de Riwalin o a las de cualquier otro héroe; eso lo sabía de sobra. Con todo, no estaba dispuesto a renunciar. Alimentó su caballo Melissa con pan y heno fino, que tuvo que mendigar; se cuidó a sí mismo comiendo y durmiendo regularmente, y limpió y restregó con gran esmero su algo deslucida armadura. Algunos días después, por la mañana temprano, se dirigió hacia el campo y se presentó en el torneo. Se batió con un caballero español: ambos se abalanzaron al galope con sus largas lanzas uno contra el otro y Marcel y su rocín acabaron derribados. La sangre fluía de su boca y le dolían todos los miembros, pero se levantó sin ayuda, se llevó consigo a su trémulo caballo y fue a lavarse en un arroyo recóndito, en el que pasó el resto del día solo y humillado.

Al anoecer, al volver al campamento y cuando ya ardían aquí y allá las bujías, le llamó el duque de Brabante por su nombre.

— Ya veo que hoy has probado tu suerte con las armas — le dijo, bondadoso —. La próxima vez que tengas ganas de intentarlo, coge uno de mis caballos, amigo mío, y si vences, considéralo tuyo. ¡Pero ahora deja que nos divirtamos y cántanos una bonita canción tras la jornada de hoy!

El modesto caballero no estaba para canciones ni alegrías. Pero, en aras del caballo prometido, aceptó. Entró en la tienda del duque, bebió un vaso de vino tinto y accedió a que le llevaran el laúd. Cantó una canción, y después otra. Los compañeros y señores lo alabaron y bebieron a su salud.

— ¡Que Dios te bendiga, trovador! — exclamó complacido el duque —. Abandona los combates y ven conmigo a la corte; podrás darte la gran vida.

— Sois bondadoso — dijo Marcel suavemente —, pero me habéis prometido un buen caballo, y antes de pensar en otra cosa quiero volver a luchar. ¿De qué me servirían la buena vida y las hermosas canciones, si sé que otros caballeros se baten para conseguir la gloria y el amor? Uno de ellos se echó a reír:

— ¿Queréis conseguir a la reina, Marcel?

Él continuó:

— A pesar de no ser más que un caballero pobre, quiero lo mismo que queréis vosotros. Aunque no pueda obtener su mano, sí puedo luchar y dar mi sangre por ella, sufrir la derrota y el dolor. Para mí es más dulce morir por ella que darme una buena vida sin ella. Y por si alguien quiere burlarse de lo que acabo de decir, aquí tengo, caballeros, mi afilada espada.

El duque les exhortó a poner paz, y pronto se fueron todos a descansar a sus respectivas tiendas. Iba también el trovador a retirarse cuando el duque lo retuvo con un gesto. Lo miró a los ojos y le dijo con benevolencia:

— Eres muy joven, hijo. ¿Quieres luchar a todo trance por una quimera con todo lo que comporta de peligro, sangre y dolor? Bien sabes que no puedes convertirte en el rey de Valois ni hacer de la reina Herzeloide tu amante. ¿De qué te sirve derribar a uno o dos caballeros de poca monta? ¡Para lograr tus fines tendrías que matar a los reyes, a Riwalin e incluso a mí y a todos los héroes aquí presentes! Por eso te digo: si quieres luchar, empieza conmigo, y si no puedes vencerme, abandona tu quimera y ponte a mi servicio, tal y como ya te he ofrecido.

Marcel enrojeció, pero respondió sin vacilar:

— Os lo agradezco, señor duque, y mañana mismo quiero batirme con vos.

Se fue inmediatamente a buscar su caballo. El animal lo recibió resoplando amistosamente, comió pan de su mano y apoyó la cabeza en su hombro.

— Sí, Melissa — dijo en voz baja mientras le acariciaba la cabeza —, ya sé que me quieres, Melissa, mi pequeño caballo, pero hubiera sido mejor perecer en los bosques mientras veníamos hasta aquí antes que llegar a este lugar. Que duermas bien, Melissa, mi pequeño caballo.

A la mañana siguiente, a primera hora, se dirigió hacia Kanvoleis y vendió su caballo Melissa a un habitante de la ciudad para obtener a cambio yelmo y escarpes nuevos. Mientras se alejaba, el animal alargaba el cuello hacia él, pero Marcel continuó su camino y no se volvió para mirarlo. Un mozo del duque le proporcionó entonces un rojizo semental, joven y fuerte, y al cabo de una hora, el duque en persona se presentó para batirse en duelo con él. Al ser un señor noble el que luchaba, se agolparon los

curiosos. En el primer asalto no ganó ninguno de los dos, ya que el duque de Brabante fue indulgente con él. Pero después, enojado con aquel joven insensato, lo embistió con tal violencia que Marcel cayó hacia atrás, quedó colgando del estribo y fue arrastrado por el semental.

Mientras el aventurero, con heridas e hinchazones por todo el cuerpo, yacía en una tienda del servicio del duque donde se le prodigaban cuidados, por la ciudad y el campamento creció el rumor de la inminente llegada de Gamureth, el héroe célebre en todo el mundo. Apareció con toda pompa y fastuosidad; ya su nombre le había precedido rutilante como una estrella. Los grandes caballeros fruncieron el entrecejo; los pobres y humildes fueron a su encuentro alborozados, mientras que la hermosa Herzeloide, ruborizada, lo seguía con los ojos. Algunos días después se acercó Gamureth sin prisas al campamento; empezó desafiando y luchando y acabó por derribar a los grandes caballeros, uno tras otro. No se hablaba de otra cosa: él era el vencedor; a él le correspondían la mano y las tierras de la reina. Los rumores, difundidos por todo el campamento, llegaron también a oídos de Marcel, todavía doliente. Por ellos supo que ya no podía albergar esperanzas para con Herzeloide; oyó cómo elogiaban y ensalzaban a Gamureth y deambuló silencioso por la tienda, apretando los dientes y deseando que le llegara la muerte. Aún hubo de saber más. Efectivamente, lo visitó el duque, le regaló vestidos y le habló del ganador. Y Marcel se enteró de que la reina Herzeloide palidecía de amor por Gamureth. Del tal Gamureth le llegó la noticia, sin embargo, de que no sólo era un caballero de la reina Anflise de Francia, sino que en tierras paganas también había dejado a una princesa morisca de piel negra, de quien había sido esposo. Cuando el duque hubo partido, se levantó con esfuerzo de su lecho, se vistió y, a pesar del dolor, fue a la ciudad para ver al vencedor, a Gamureth. Y lo vio: era un luchador, moreno y violento; un titán de poderosos miembros que le hizo pensar en un matarife. Logró introducirse furtivamente en el castillo y mezclarse entre los invitados sin ser visto. Allí avistó a la reina, aquella dulce mujer de frágil aspecto que, ardiendo de felicidad y vergüenza, ofrecía sus labios al héroe advenedizo. Sin embargo, ya hacia el final del banquete fue reconocido por su bienhechor, el duque, que lo hizo acercarse.

— Permittedme — dijo el duque a la reina — que os presente a este joven caballero. Se llama Marcel y es un trovador con cuyo arte nos deleita a menudo. Si lo deseáis, puede interpretarnos una canción.

Herzeloide respondió al duque y también al caballero asintiendo amablemente con la cabeza, sonrió y solicitó que le llevaran un laúd. El joven caballero estaba pálido; hizo una profunda reverencia y tomó titubeante el instrumento. Pero pronto sus dedos acariciaron ágilmente las cuerdas, mientras mantenía la mirada fija en la reina y cantaba una canción que en otros tiempos había compuesto en su país. Como estribillo había insertado dos versos simples tras cada estrofa que, inspirados en su corazón herido, resonaban con tristeza. Y aquellos dos versos, entonados aquella noche por primera vez en el castillo, pronto alcanzaron una gran popularidad más allá de aquel lugar y fueron cantados con harta frecuencia. Sonaban así:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment,
Chagrin d'amour dure toute la vie.

Acabada la canción, acompañado por el claro resplandor de las bujías, que se filtraba a través de las ventanas, Marcel abandonó el castillo. En plena noche, no volvió al campamento sino que partió en otra dirección, fuera de la ciudad. De esa forma, libre de la caballería, se dedicó a llevar la vida errante de un tañedor de laúd.

Aquellas fiestas son agua pasada, y de las tiendas ya no queda nada; ya hace años que el duque de Brabante, el héroe Gamureth y la hermosa reina están muertos; nadie se acuerda de Kanvoleis ni de los torneos de Herzeloide. Al cabo de los siglos sólo se han salvado sus nombres, que nos parecen extraños y trasnochados, y los versos del joven caballero, que todavía se cantan hoy.

El Alumno de Latín

En el centro de la pequeña y antigua ciudad de estrechas callejuelas se encuentra una imponente casa de enormes dimensiones, con muchas ventanas pequeñas y unos peldaños en la entrada tan gastados como los de la escalera, medio respetable y medio ridícula; ésta era precisamente la impresión que producía al joven Karl Bauer, un estudiante de dieciséis años, que cada mañana y cada mediodía entraba en esa casa con su bolsa llena de libros. Entre aquellas paredes disfrutaba con el bello, claro y noble latín y los antiguos poetas alemanes, y sufría con el difícil griego y con el álgebra, que ahora, en el tercer curso, le gustaban tan poco como en el primero; asimismo lo pasaba muy bien con algunos profesores de barba blanca y muy mal con algunos profesores jóvenes.

Cerca de la escuela había una tienda muy vieja. La gente subía y bajaba sin cesar los escalones oscuros y mohosos que conducían a la puerta siempre abierta del establecimiento; el zaguán, tan oscuro como la boca de un lobo, olía a alcohol, queroseno y queso. Karl podía orientarse bien en la oscuridad, ya que en la parte superior de aquella casa estaba su habitación, que la madre del dueño de la tienda le alquilaba para dormir, con comida incluida. Todo lo que tenía de oscura la planta inferior lo tenía de claro y diáfano el piso de arriba; tenían sol, siempre y cuando éste saliera, y su vista alcanzaba más de media ciudad, cuyos tejados conocían casi en su totalidad y sabían identificarlos uno a uno por sus nombres.

De la gran y variada gama de exquisiteces que había en la tienda, sólo unas pocas subían las empinadas escaleras e iban a parar a la habitación de Karl Bauer, pues la mesa de su vieja casera, la señora Kusterer, siempre estaba pobremente surtida y nunca conseguía calmar su hambre. Aparte de eso, los dos se llevaban muy bien, y el chico disponía de su cuarto como un príncipe de su castillo. Cuando estaba allí nadie le molestaba, podía hacer lo que le placía y a fe mía que le placían muchas cosas. Que tuviera dos pájaros en una jaula era lo de menos, pero es que, además, había montado una especie de taller de carpintería, y en el horno derretía y fundía plomo y estaño, y durante el verano criaba en un cajón luciones y lagartijas, que al poco tiempo siempre se escapaban por algún agujero en la malla de alambre. Tenía también un violín, y cuando no leía ni hacía trabajos de carpintería, lo tocaba a cualquier hora, ya fuera de día o de noche.

El muchacho se pasaba el día entretenido y no tenía tiempo para aburrirse, entre otras cosas porque nunca le faltaban libros, que pedía prestados a todo el mundo. Leía mucho, pero no cualquier cosa, ya que tenía predilección por los cuentos y las leyendas, así como las tragedias en verso.

Pero todo esto, aunque fuera muy bonito, no llegaba a saciar su apetito. Por eso, cuando el hambre se hacía sentir, bajaba las viejas y oscuras escaleras, y, sigiloso como una comadreja, se escurría por el pasillo iluminado tenuemente por la luz procedente de la tienda. Una vez allí, a menudo encontraba en alguna caja vacía un trocito de un buen queso, o al lado de la puerta había una lata de arenques medio vacía, y en los días buenos, o cuando Karl se aventuraba a entrar en la tienda con el pretexto de ayudar, se metía en el bolsillo algunos puñados de ciruelas secas, orejones o cosas parecidas.

Estas expediciones no las emprendía con codicia o mala conciencia, sino en parte con la inocencia del hambriento, en parte con el sentimiento de un ladrón de buen corazón que no conoce el miedo y que mira cara a cara el peligro con orgullo y sangre fría. Incluso le parecía acorde con las leyes morales sustraer de las arcas repletas del hijo todo lo que la vieja mezquina ahorrara con él.

Esta variedad de costumbres, ocupaciones y aficiones, junto con la todopoderosa escuela, deberían bastar para ocupar su tiempo y sus pensamientos. Pero todo esto no era suficiente para Karl Bauer.

Ya sea por imitar a sus discípulos, como consecuencia de sus lecturas románticas o por los propios impulsos de su corazón, entró por aquel entonces en el hermoso y sugestivo reino del amor femenino. Y como de antemano sabía que sus escarceos amorosos no lo llevarían, de momento, a una meta concreta, no fue nada modesto y dedicó sus atenciones a la muchacha más hermosa de la ciudad, que era de familia rica y que por su llamativa forma de vestir destacaba entre todas las de su edad. El estudiante pasaba todos los días frente a su casa, y cuando se encontraba con ella se quitaba el sombrero y le hacía una reverencia mucho más profunda que al rector.

Así pasaban sus días cuando, por una circunstancia fortuita, su existencia tomó nuevos rumbos y se abrieron otras puertas a su vida.

Una tarde, a finales del otoño, Karl había quedado una vez más insatisfecho después de una magra taza de café con leche y el hambre lo obligó a salir de casa. Se deslizó en silencio por la escalera y, ya junto a la entrada de la casa y tras una breve búsqueda, vio un plato de loza con dos peras de invierno, hermosas en tamaño y color, que reposaban junto a un trozo de queso holandés de envoltura roja. El hambriento muchacho habría podido deducir fácilmente que aquella colación estaba destinada a la mesa del dueño de la casa, y que la criada había dejado allí sólo por unos instantes; pero entusiasmado por la inusitada visión sólo pudo pensar en la generosidad del destino y escondió el regalo en su bolsillo con profunda gratitud. Sin embargo, antes de que pudiera llevar a término la operación y desaparecer, la criada Babett salió por la puerta del sótano en zapatillas, silenciosa, con una vela en la mano, y descubrió horrorizada la fechoría. El joven ladrón aún tenía el queso en la mano; quedó inmóvil, con la vista fija en el suelo, desplomándose en su interior y cayendo en un abismo de ignominia. Así estaban los dos, iluminados por la luz de la vela, y aunque desde entonces la vida le deparó muchos momentos dolorosos, jamás vivió ninguno tan embarazoso como aquél.

— ¡No me lo puedo creer! — dijo Babett finalmente, y miró al compungido malhechor como si fuera el malo de un cuento de terror. Él no pudo responder.

— ¡La has hecho buena! — prosiguió —. ¿No sabes que eso es robar?

— Sí, claro que lo sé.

— ¡Dios mío! ¿Y cómo has podido hacer eso?

— Estaba ahí, Babett, y he pensado...

— ¿Qué has pensado?

— Como tenía tanta, tanta hambre...

Al oír estas palabras, la criada, ya entrada en años, abrió desmesuradamente los ojos y miró al pobre muchacho con infinita comprensión, asombro y piedad.

— ¿Tienes hambre? ¿Arriba no te dan de comer?

— Poco, Babett, poco

— Bueno, bueno. Quédate con lo que tienes en el bolsillo, y también con el queso, hay más en la casa. Pero ahora vete para arriba, que puede venir alguien.

Karl volvió a su habitación en un extraño estado de ánimo; pensativo, se sentó y se comió primero el queso y luego las peras. Cuando terminó, se sintió más libre, respiró, se desperezó y luego tocó en su violín una especie de salmo de acción de gracias. Apenas había terminado cuando oyó que llamaban suavemente a su puerta, y cuando abrió se encontró con Babett que le llevaba una gran rebanada de pan untada generosamente con mantequilla.

Aunque le apetecía el regalo, lo rehusó por cortesía, pero ella no lo permitió y al final lo aceptó gustosamente.

— Tocas muy bien el violín — dijo, admirada —, ya te he oído varias veces. Y por la comida no te preocupes, ya me encargaré yo. Por las tardes siempre podré traerte algo, nadie se enterará. ¡Por qué no te alimentan mejor, si tu padre seguro que paga su dinero por tu manutención!

El joven intentó rehusar el obsequio una vez más, mostrándose tímidamente agradecido, pero ella hizo oídos sordos y él se conformó. Al final acordaron que, los días que Karl tuviera hambre, silbaría la canción Dorado sol del atardecer al subir las escaleras, y al cabo de un rato ella le llevaría algo de comer. En caso de que silbara otra cosa o que simplemente no silbara, sería la señal de que no necesitaba nada. Conmovido y con mucha gratitud, el muchacho le tendió la mano, que ella apretó con su ancha diestra, sellando el pacto.

A partir de aquella hora el muchacho disfrutó, con gusto y emoción, de los cuidados y atenciones de una buena mujer, cosa que no le sucedía desde su infancia, ya que desde muy temprana edad estaba en una pensión porque sus padres vivían en el campo. Recordó con frecuencia aquellos años de su niñez, pues Babett le cuidaba y mimaba como una madre, que dada su edad, bien podría serlo. Tendría más o menos cuarenta años, y en el fondo era de una naturaleza de hierro, inflexible y enérgica; pero la ocasión hace al ladrón, y como en el muchacho había encontrado inesperadamente un amigo y un protegido agradecido, un pajarillo para alimentar, fue saliendo del fondo de su alma endurecida, hasta ahora ignorado, un tímido sentimiento de dulzura y generosidad desinteresada.

Su actitud le vino bien a Karl Bauer, que se acostumbró muy pronto a aceptar todo con la mayor naturalidad, aunque fuera la fruta más exótica, casi como teniendo derecho sobre todo lo que le ofrecía. Y así fue como, a los pocos días, la escena vergonzosa en la puerta del sótano había caído en el olvido y entonces todas las tardes, como la cosa más natural del mundo, su Dorado sol del atardecer.

Si las acciones benefactoras de Babett se hubieran limitado sólo a la alimentación, Karl no habría guardado un recuerdo tan vivo y agradecido. La juventud siempre tiene hambre, pero no por eso necesita menos pasión, y a la larga una relación con jóvenes no puede subsistir mucho tiempo sólo a base de queso y jamón, fruta de la bodega y vino.

Babett no sólo estaba muy bien considerada y era imprescindible en la casa de los Kusterer, sino que en todo el vecindario se le atribuía una irreprochable honradez. Donde ella estuviera, había garantía de honestidad y también de alegría. Esto lo sabían las vecinas, y por eso veían con agrado que sus criadas, sobre todo las más jóvenes, trataran con esa mujer. La persona que ella recomendaba era bien recibida, y quien gozara de su trato familiar estaba en mejores manos que en una institución o un centro social para chicas.

Por eso, después de las jornadas de trabajo o en las tardes de domingo, Babett raras veces estaba sola, más bien al contrario, siempre estaba rodeada de un círculo de criadas jóvenes, a las que ayudaba a pasar el rato y daba toda clase de consejos. Organizaban juegos, cantaban canciones, hacían adivinanzas y la que tuviera un novio o un hermano podía llevarlo sin más complicación. En realidad, esto sólo ocurría en raras ocasiones, porque las chicas que tenían novio se olvidaban muy pronto de las reuniones, y los jóvenes aprendices y los criados no eran tan bien recibidos por Babett como las chicas. No soportaba los amoríos frívolos; si alguna de sus protegidas tomaba ese camino y no se enmendaba tras una amonestación seria, quedaba excluida del grupo.

El alumno de latín fue recibido como huésped en aquel alegre círculo de doncellas y quizás ésta fuera una escuela mejor que el instituto. Nunca olvidaría la tarde de su ingreso. Sé encontraban en el patio interior; las chicas estaban sentadas en las escaleras o sobre cajas vacías; ya estaba oscuro y el recorte de cielo vespertino que las paredes del patio enmarcaban tenía un color azul pálido. Babett estaba sentada sobre un pequeño tonel, junto a la entrada semicircular de la bodega, y Karl de pie a su lado, apoyado en la puerta, tímidamente; guardaba silencio y miraba en la penumbra los rostros de las jóvenes. Entonces pensó, con algo de temor, en lo que dirían sus compañeros si se enteraban de aquella tertulia vespertina

¡Ay, los rostros de las chicas! A casi todas las conocía de vista, pero en aquel momento, a media luz, eran completamente diferentes y le parecían enigmas puros. Hoy aún recuerda todos los nombres y todas las caras, y también muchas historias. ¡Qué historias! ¡Cuántos destinos, cosas graves y fuertes y también entrañables, en aquellas tiernas muchachas!

Allí estaba Anna, la del Grünen Baum, que siendo muy jovencita, en su primer trabajo, había robado algo y tuvo que pasar un mes a la sombra. Desde hacía años era fiel y honrada y se la tenía por una joya. Tenía grandes ojos pardos y en la boca un gesto amargo; estaba sentada en silencio y miraba al muchacho con fría curiosidad. Su novio, que la había abandonado cuando había ocurrido aquella historia con la policía, se había casado con otra y después había enviudado. Y ahora le iba detrás y quería conquistarla de nuevo, pero ella se mostraba fría y parecía no querer nada con él, aunque en el fondo estaba tan enamorada como antes.

Margret, que trabajaba en la casa del encuadernador, estaba siempre alegre, cantaba y reía, llevaba el sol en sus cabellos rojizos y ensortijados. Vestía con mucha pulcritud y siempre llevaba un pequeño detalle bello y vistoso, una cinta azul o unas flores, pero nunca gastaba dinero sino que se lo enviaba

todo a su padrastro, que se lo gastaba en bebida y no le daba ni las gracias. Más tarde tuvo una vida difícil: un matrimonio infeliz y toda clase de desgracias, pero a pesar de todo se mantuvo airosa y bella, limpia y pulida, y si bien sonreía menos lo hacía con mucho más encanto.

Y así casi todas, una detrás de otra: ¡qué poca alegría, dinero y cariño habían tenido y cuánto trabajo, preocupaciones y penurias, y cómo, con algunas excepciones, lucharon y salieron adelante, de forma valerosa y perseverante! ¡Cómo reían en sus pocas horas libres y cómo se alegraban con casi nada, con un chiste y una canción, con algunas nueces y una pequeña cinta roja! ¡Cómo se estremecían de placer con una historia truculenta, y cómo acompañaban las canciones tristes mientras suspiraban y gruesas lágrimas asomaban a sus ojos!

Había también algunas que eran antipáticas, caprichosas, criticonas y dispuestas al chismorreó; pero cuando era necesario, Babett se cuidaba de tapparles la boca. Aun así, también ellas llevaban su carga, que no era nada ligera. Gret, la del Bischofseck, era la más desgraciada. Tenía una vida muy difícil, dada su gran virtud; la asociación de solteras no le parecía demasiado piadosa y severa, y cuando oía una expresión soez suspiraba profundamente, se mordía los labios y susurraba: “El justo tiene mucho que sufrir”. Sufría siempre, y al final llegó a prosperar; pero cuando contaba y recontaba sus monedas escondidas en el calcetín se emocionaba y rompía a llorar. En dos ocasiones tuvo la oportunidad de casarse con un maestro artesano, pero las dos veces dijo que no, porque el primero era un vividor y el segundo era tan noble y correcto que ella habría tenido que renunciar a sus suspiros y a su conciencia de incomprendida.

Todas ellas estaban sentadas en la esquina del patio oscuro, se contaban sus historias y aguardaban lo que de bueno y alegre les pudiera traer la velada. Al principio, el lenguaje y los gestos de las muchachas no le parecieron los más sabios y elegantes al instruido joven, pero pronto, cuando su timidez empezó a ceder, comenzó a sentirse más libre y más a gusto y veía a las chicas reunidas en la oscuridad como quien contempla un bello y extraño cuadro.

— Bien éste es el señor estudiante de latín — dijo Babett y quiso contar la triste historia de su hambre, pero él le tiró de la manga en actitud suplicante, y ella, por generosidad, no quiso molestarle.

— Entonces ¡usted tendrá que estudiar muchísimo! — le dijo Margret, la pelirroja del encuadernador, y añadió —: ¿Qué será cuando finalice sus estudios?

— Aún no lo sé con seguridad. Tal vez doctor.

Estas palabras suscitaron admiración y todas le miraron atentamente.

— Pero antes tendrá que dejarse bigote — — opinó Lene, la que trabajaba con el farmacéutico, lo que provocó las risas, en parte sofocadas y en parte sonoras, de las muchachas, que empezaron a dirigirle toda clase de bromas de las cuales le tuvo que proteger Babett.

Finalmente le exigieron que les contara una historia. Pero, a pesar de lo mucho que había leído, sólo se le ocurrió la historia del hombre que quiso saber lo que era el miedo, pero en cuanto comenzó se echaron a reír diciendo:

— Ese cuento ya lo sabemos.

Gret dijo, en tono despectivo:

— Ése es para niños.

Él calló, avergonzado, y Babett prometió en su nombre:

— La próxima vez contará otra cosa, tiene muchos libros en casa.

Esto le pareció muy bien, y se prometió que quedarían muy satisfechas.

Entretanto, el cielo había perdido su última resplandor azul y en el negro opaco despuntaba una estrella.

— Ahora tenéis que volver a casa — aconsejó Babett, y las chicas se levantaron agitando sus trenzas y arreglándose los delantales, se despidieron y se fueron, unas por la puerta trasera del patio y otras por el pasillo y la puerta de la casa.

Karl Bauer también se despidió y se dirigió a su cuarto, aunque no del todo satisfecho, con una sensación confusa. Pues aunque trataba de encontrar refugio en su orgullo juvenil y en su arrogancia de alumno de latín, había descubierto que en el nuevo círculo que acababa de conocer se vivía una vida diferente de la suya, y que casi todas aquellas muchachas, aunque atadas con fuertes cadenas a su dura realidad diaria, se sentían con fuerzas y conocían cosas que para él eran tan extrañas como

un cuento. No sin cierto halo de investigador, pensó en estudiar profundamente la interesante poesía de esas vidas ingenuas, el mundo de las gentes de pueblo, de las historias de terror y de las canciones de soldados. Pero su intuición le decía que, en ciertos aspectos, aquel mundo superaba extrañamente al suyo, y temió ser tiranizado y aplastado por él.

Por el momento no hubo ningún peligro en ese sentido: las reuniones vespertinas de las muchachas eran cada vez más cortas, pues se aproximaba el invierno, y aunque las temperaturas se mantenían suaves, en cualquier momento podría caer la primera nevada. De todos modos, Karl encontró la oportunidad de relatar su historia. Se trataba del cuento de Zundelheiner y Zundelfrieder, que había leído en el Cofrecito de joyas, que obtuvo muchos aplausos. Omitió la moraleja final, pero Babetz añadió una de su propia cosecha. Las chicas, con excepción de Gret, alabaron al narrador, repitieron las escenas principales y le pidieron que la próxima vez contara otra historia de ese estilo. Karl lo prometió, pero ya al día siguiente hizo tanto frío que no se podía pensar en reuniones al aire libre, y a medida que se acercaba la Navidad, otros pensamientos y alegrías comenzaron a rondar por su cabeza.

Todas las tardes tallaba para su padre una caja de puros, que quería acompañar con un verso en latín. Sin embargo, el verso se resistía en adquirir aquella nobleza clásica sin la cual ningún dístico latino no llega a tenerse en pie; de manera que decidió escribir en la tapa simplemente «¡Salud!», con grandes letras de caracteres rebuscados, repasó las líneas con la navaja y pulió la caja con piedra pómez y cera. Luego se marchó de vacaciones, de muy buen talante.

Enero fue un mes frío y despejado, Karl iba a patinar a la pista de hielo siempre que tenía un rato libre. Allí perdió un día su amor, un tanto quimérico, por aquella muchacha burguesa. Sus compañeros la cortejaban con mil pequeñas galanterías, y pudo comprobar que a todos los trataba con fría cortesía y una coquetería un poco burlona. Entonces hizo acopio de valor y la invitó a pasear, sin ruborizarse ni tartamudear, aunque su corazón latía con fuerza. Ella puso su pequeña mano izquierda enfundada en un suave guante de piel sobre la derecha, helada y enrojada del muchacho, paseó con él, e intentó disimular la risa que le provocaban los intentos torpes del chico por iniciar una conversación galante. Finalmente se separó de él inclinando ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento y enseguida se sintió como, cuando se reunió con sus amigas, algunas de las cuales le miraban de reojo con picardía, empezó a reírse con descaro y maldad, como sólo saben hacerlo las niñas mimadas.

Eso fue demasiado para él; a partir de entonces se deshizo de aquel enamoramiento artificial y se concedió el placer de no saludar más, ni en la pista de hielo ni en la calle a la «descarada», como empezó a llamarla.

La alegría que sintió al verse libre de las indignas cadenas de un descolorido enamoramiento intentó expresarla, y de ser posible acrecentarla, buscando por las tardes aventuras con sus compañeros más osados. Se burlaban de los policías, daban golpecitos en las ventanas iluminadas de los pisos bajos, hacían sonar las campanas, bloqueaban con cerillas los timbres eléctricos, hacían enfurecer a los perros atados de las casas y asustaban a muchachas y mujeres en apartadas callejuelas de los arrabales con silbatos y pequeños petardos.

Por un tiempo, Karl Bauer se sintió complacido con estas aventuras, amparado en la penumbra de las tardes invernales; una enorme alegría mezclada con un ansia febril de experiencias le volvían salvaje y osado, y le producían un palpitar que no revelaba a nadie y del cual disfrutaba como si se tratara de un éxtasis. Después, en casa, tocaba el violín durante largo rato o leía libros excitantes, y se sentía como un caballero conquistador que volvía con su botín, limpiaba su espada, la colgaba en la pared y encendía una tea pacíficamente.

Pero cuando se dio cuenta de que estas salidas vespertinas terminaban siempre con las mismas bromas y algaradas y nunca se vivían las auténticas aventuras que secretamente anhelaba, poco a poco fue perdiendo las ganas y, decepcionado, se fue alejando de sus alocados compañeros. Y precisamente la noche en que ya había decidido no volver a salir y participaba sólo a medias, se vio involucrado en un pequeño incidente.

Los chicos iban en un grupo de cuatro por la callejuela de Brühl, jugaban con pequeños bastones y tramaban pillerías. Uno llevaba anteojos de hojalata en la nariz, y los cuatro exhibían frívolamente sus gorras y sombreros, echados sobre la nuca. Al cabo de un rato fueron alcanzados por una chica de servicio que, apresurada, pasó a su lado con una cesta en el brazo. De la cesta caía un largo trozo de

cinta negra, que ondeaba alegremente y pronto tocó el suelo, ensuciando el borde.

Sin pensar en lo que hacía, Karl Bauer asió impulsivamente la cinta. Mientras la chica seguía su camino sin preocuparse, la cinta se desenrollaba más y más, y los chicos estallaron en una carcajada. Entonces la chica se dio la vuelta y como un rayo se plantó, joven y rubia, delante de los muchachos, dio una bofetada a Karl Bauer, enrolló la cinta precipitadamente y se alejó a paso rápido.

Entonces la burla fue para el castigado, pero Karl se había quedado callado y en la siguiente esquina se despidió con pocas palabras.

Tenía una sensación extraña. La muchacha, cuyo rostro sólo había podido vislumbrar un momento en la callejuela oscura, le había parecido muy hermosa y buena, y la bofetada, pese a la vergüenza que le había hecho sentir, le había causado más satisfacción que dolor. Pero al pensar que le había hecho una broma tonta a la encantadora joven y que le guardaría rencor y le consideraría un necio, se apoderó de él un sentimiento de tristeza y vergüenza.

Volvió a casa a paso lento, y esta vez no silbó ninguna canción mientras subía la empinada escalera sino que se deslizó en silencio y abatido hasta su habitación. Durante media hora estuvo sentado en el pequeño cuarto, oscuro y frío, con la frente apoyada en el cristal de la ventana. Luego cogió su violín y tocó dulces y antiguas canciones de su infancia, algunas de las cuales no había tocado ni cantado desde hacía cinco o seis años. Recordó a su hermana y el jardín de su casa, pensó en el castaño y en las rojas capuchinas del balcón, y en su madre. Y cuando, cansado y triste, se acostó, no pudo dormir; entonces el aventurero bravucón y héroe de las callejuelas empezó a llorar, muy callada y dulcemente, y siguió llorando en silencio hasta que se durmió.

A partir de aquel día, Karl cobró fama de cobarde y desertor entre sus antiguos compañeros de andanzas, pues nunca volvió a acompañarlos. En su lugar leyó Don Carlos, los versos de Emanuel Geibel y el Hallig, de Biernatzki, comenzó a escribir un diario y sólo rara vez aceptaba la ayuda de Babett.

Ésta tuvo la impresión de que alguna cosa no andaba bien en el muchacho, y como se había obligado a protegerlo, un día se presentó en su cuarto para ver cómo estaba y sacar algo en claro. Por supuesto que no subió con las manos vacías, sino que llevaba un buen trozo de salchicha y se empeñó en que Karl se la comiera delante de ella.

— Por favor, Babett, déjalo, ahora no tengo hambre — le dijo.

Pero para ella los jóvenes podían comer a cualquier hora, y no cejó hasta que se cumplió su voluntad. Había oído hablar de la gran carga de trabajo que soportaban los jóvenes en los institutos, pero no tenía ni idea de hasta dónde su protegido miraba de no esforzarse más de la cuenta en sus estudios. Le parecía que su rara inapetencia se debía a una enfermedad incipiente y le habló con seriedad, se informó al detalle sobre su salud, y al final le ofreció un famoso laxante casero. Karl no pudo evitar reírse y le explicó que su salud era inmejorable y que su falta de apetito se debía a su estado de ánimo, unas veces bueno, otras malo. La mujer lo comprendió enseguida.

— Pero tampoco se te oye silbar — dijo con vivacidad —, y no se te ha muerto nadie. Dime, ¿no estarás enamorado?

Karl no pudo impedir sonrojarse un poco, pero rechazó la suposición con vehemencia y aseguró que sólo le faltaba algo de distracción, que estaba aburrido.

— Entonces ya sé qué haremos — exclamó Babett alegremente —. Mañana celebra su boda la pequeña Lies, de la esquina de abajo. Ha estado mucho tiempo prometida a un obrero. Podría haber conseguido algo mejor, pero el hombre no es malo y el dinero solo no hace la felicidad. Tienes que ir a la boda, Lies ya te conoce y todos se alegrarán si vas y muestras que no eres tan presumido. Irán Anna, la del Grünen Baum y Gret la del Bischofseck, y yo también, pero no mucha gente más. ¿Quién lo podría pagar? Es una boda sencilla, en casa, y no habrá una gran comida ni baile ni nada de eso. También así se puede ser feliz.

— Pero yo no estoy invitado — dijo Karl sin convicción porque la cosa no le parecía tan atrayente. Pero Babett sólo se rió.

— Bueno, deja eso de mi cuenta. Y sólo se trata de una o dos horas por la tarde. Y ahora se me ocurre lo mejor: ¡trae tu violín! ¿Por qué no? ¡No pongas excusas! Te lo llevas, así los entretendrás; incluso te darán las gracias.

El joven no tardó en asentir.

Babett fue a buscarle al día siguiente, por la tarde; se había puesto un magnífico vestido de su juventud, bien conservado, que le quedaba estrecho y le daba calor, y estaba muy entusiasmada y encendida por la alegría de la fiesta. Pero no consintió en que Karl se cambiara de traje, sólo le permitió ponerse un cuello nuevo, y ella misma le lustró las botas, así vestida, con su traje de gala. Entonces se fueron juntos hacia la pequeña casa de los suburbios, donde la joven pareja había alquilado una modesta vivienda, con habitación y cocina. Y Karl llevó su violín.

Caminaban lentamente y poniendo cuidado, pues desde el día anterior había comenzado el deshielo y querían que las botas de Karl estuvieran limpias cuando llegaran. Babett llevaba un paraguas enorme y tosco apretado bajo el brazo, y levantaba su falda de color pardo rojizo con ambas manos para zozobra de Karl, que se avergonzaba un poco de que le vieran con ella.

En la sala muy modesta y pintada de blanco de los recién casados, se hallaban, además de la pareja, siete u ocho personas sentadas alrededor de una mesa de abeto cubierta por un pulcro mantel: eran dos compañeros del novio y un par de primas y amigas de la novia. El festín había consistido en asado de cochinillo con ensalada, además de una tarta que ya estaba en la mesa, y dos cántaros de cerveza que habían dejado en el suelo. Cuando Karl Bauer llegó con Babette, todos se pusieron de pie, el dueño de la casa hizo dos tímidas reverencias, la elocuente mujer les dio la bienvenida e hizo las presentaciones y cada uno de los huéspedes dio la mano a los recién llegados.

— Tomad de la tarta — dijo la anfitriona.

Y el marido colocó en silencio dos nuevos vasos y los llenó de cerveza. Como estaba oscureciendo y aún no había ninguna lámpara encendida, Karl sólo reconoció a Gret, la del Bischofseck. Siguiendo una señal de Babett, puso en la mano de la dueña una moneda envuelta en papel, que previamente ella le había dado para ese fin, deseándole muchas felicidades. Luego le acercaron una silla y se sentó ante su vaso de cerveza.

En aquel momento descubrió con espanto a su lado el rostro de la muchacha que le había dado la bofetada en la callejuela de Brühl. Pareció que no lo había reconocido porque lo miró a la cara y, en el momento en que la anfitriona invitó a todos a brindar, levantó amistosamente su vaso hacia él. Karl se tranquilizó un poco y se atrevió a mirarla abiertamente. En los últimos días había recordado a diario y con bastante frecuencia aquella cara, que sólo había podido ver un instante hacía tiempo, y se sorprendió de lo diferente que era. La chica era más suave y delicada, también más esbelta y ágil que la imagen que llevaba en su mente. No era menos bonita pero sí mucho más atractiva y le pareció que apenas era un poco mayor que él.

Mientras los demás, sobre todo Babett y Anna, hablaban animadamente, Karl no sabía qué decir y estaba muy quieto, hacia girar su vaso de cerveza y no podía apartar la mirada de la rubia muchacha. Cuando pensó en las veces que había deseado besar aquella boca casi se asustó, pues en aquel momento le parecía, cuanto más la contemplaba, que era algo muy difícil y temerario, por no decir imposible.

Se puso triste y permaneció un rato en silencio, entonces Babett lo animó a que cogiera el violín y tocara algo. El joven se resistió, simulando un poco de modestia, pero finalmente tomó el instrumento, afinó y tocó una melodía muy apreciada que, aunque la ejecutaba en un tono demasiado alto, fue coreada por todos los comensales.

Así se rompió el hielo y creció una franca alegría en torno a la mesa. Llevaron una flamante lámpara de pie, la llenaron de aceite y la encendieron; en la habitación las canciones se iban encadenando una tras otra, trajeron otra jarra fresca de cerveza, y cuando Karl Bauer entonó una de las pocas danzas que conocía, tres parejas se animaron y, riendo, bailaron en el estrecho espacio libre.

Los invitados comenzaron a despedirse hacia las nueve. La chica rubia tenía que tomar un camino en la misma dirección que Karl y Babett, y en ese trayecto el chico se atrevió a entablar una conversación con la muchacha.

— ¿Dónde trabaja usted? — preguntó tímidamente.

— En casa del comerciante Kolderer, en la esquina de la Salzgasse.

— Ah, ya.

— Sí

— Por supuesto. Ya...

Hubo una larga pausa. Pero él se arriesgó y comenzó de nuevo.

— ¿Hace mucho que vive usted por aquí?

— Medio año.

— Me parece que ya la he visto alguna vez.

— Yo a usted no le recuerdo.

— ¿No nos vimos una tarde en la calle de Brühl?

— No me acuerdo. Bueno, una no se puede fijar en todas las personas que pasan por la calle.

Respiró aliviado porque no lo había reconocido como al gamberro de entonces; ya estaba decidido a pedirle perdón.

Habían llegado a la esquina de su calle y ella se detuvo para despedirse. Le dio la mano a Babett y a Karl le dijo:

— Adiós, señor estudiante. Y muchas gracias.

— ¿Por qué?

— Por la música tan bonita. Buenas noches a los dos. Karl le tendió la mano en el momento que la chica se giraba, y ella la tendió la suya rápidamente. Luego se marchó.

Más tarde, cuando Karl le deseó las buenas noches a Babett en el descansillo de la escalera, ella le preguntó:

— ¿Ha estado bien o no?

— Oh sí, bien, muy bien, sí — contestó, feliz, y se alegró de que estuviera tan oscuro y no se pudiera ver su rostro encendido.

Poco a poco los días se fueron haciendo más largos. El tiempo era más cálido y el cielo más azul, el hielo gris y viejo en las hondonadas y en las esquinas de los patios se iba derritiendo, y en las tardes claras se intuía un aire de primavera.

Babett volvió a abrir en el patio su círculo vespertino y, cuando el tiempo lo permitía, se sentaba a la entrada de la bodega rodeada de sus amigas y protegidas. Pero Karl se mantenía alejado, mecido en la nube de su enamoramiento. Los animalitos que criaba en su cuarto desaparecieron; y tanto la talla como la carpintería dejaron de interesarle. En su lugar había conseguido unas pesas de gran tamaño y, cuando el violín ya no le bastaba, hacía gimnasia en la habitación hasta quedar agotado.

Tres o cuatro veces se encontró con la rubia muchacha en la calle, y cada vez le parecía más atractiva y hermosa. Pero no le había hablado y tampoco veía ninguna posibilidad de hacerlo.

La tarde del primer domingo de marzo, Karl salía de casa cuando oyó las voces de las criadas reunidas en el patio y, atacado, por una repentina curiosidad, fisgoneó por la rendija que dejaba libre la puerta ajustada. Vio a Gret y a la alegre Margret del encuadernador, y detrás de ellas sobresalía una cabeza rubia, que justo en ese momento se levantó. Karl reconoció a la muchacha, la rubia Tine, y sintió tanta alegría que tuvo que tomar primero aliento y reponerse antes de abrir la puerta y dirigirse a la reunión.

— Ya pensábamos que el señor quizá se habría vuelto demasiado orgulloso — dijo Margret con voz risueña y le tendió la mano. Babett hizo un gesto de amenaza con el dedo, pero le hizo sitio y le ordenó sentarse. Las mujeres siguieron con sus conversaciones. Karl abandonó su lugar tan pronto como pudo, y se puso a andar de un lado para otro hasta que se paró junto a Tine.

— ¿Usted también aquí? — le preguntó en voz baja.

— Sí, ¿por qué no? Siempre pensé que usted vendría alguna vez. Pero seguramente tendrá mucho que estudiar.

— Bueno, lo del estudio no es tan difícil, eso lo puedo arreglar. Pero si hubiera sabido que usted estaba aquí habría venido siempre.

— ¡Ah, déjese de cumplidos!

— Es cierto, se lo juro. Sabe, cuando tuvo lugar la boda... fue muy bonito.

— Sí, estuvo muy bien.

— Pero sólo porque usted estaba allí.

— No diga esas cosas; sólo está bromeando.

— No, no. No debe enfadarse conmigo.

— ¿Por qué he de enfadarme?

— Tenía miedo de no verla nunca más.

— Bueno, y entonces ¿qué?

— Entonces... entonces no sé lo que habría hecho. Quizá me habría arrojado al río.

— Ay, pero eso es malo para la piel. Podría haberse mojado.

— Sí, para usted sólo sería una cuestión de risa.

— Claro que no. Pero dice usted unas cosas tan raras, que podría trastornarse la cabeza a una. Tenga cuidado, que a lo mejor me creo lo que dice.

— Pues créame, no es otra mi intención.

Su voz fue tapada por la de Gret, un poco áspera. Estaba contando con voz estridente y llorosa la horrible y larga historia de unos malos señores que trataban cruelmente a una criada a la que apenas daban algo de comer y que cuando cayó enferma la despidieron sin más. En cuanto terminó su relato, el coro de las demás la acompañó con gritos y lamentos, hasta que Babett tuvo que poner orden en la reunión. En el calor de la discusión, la chica que estaba al lado de Tine puso el brazo alrededor de su cintura, y Karl Bauer se dio cuenta de que por esta vez tendría que renunciar a proseguir con la conversación.

Ya no pudo acercarse a ella, aunque estuvo esperando la ocasión durante casi dos horas hasta que Margret dio la señal de retirada. Ya oscurecía y hacía frío. Él se despidió brevemente y se fue deprisa.

Cuando, un cuarto de hora más tarde Tine se despedía cerca de su casa de la última compañera y hacía sola el último tramo del trayecto, el estudiante de latín salió de detrás de un arce y la saludó tímidamente. La joven se asustó un poco y le miró casi con ira.

— Pero ¿qué quiere?

Entonces se percató de que el pobre chico estaba angustiado y pálido, y suavizó considerablemente la voz y la mirada.

— Vamos a ver, ¿qué le pasa?

Él comenzó a tartamudear y no pudo decir nada coherente. Sin embargo, Tine comprendió lo que quería decir, se dio cuenta de que para él aquello era muy serio, y, al ver al muchacho tan desvalido y tan entregado en sus manos, sintió compasión y, a la vez, no, poco orgullo y alegría por su triunfo.

— No haga ninguna tontería — le dijo dulcemente. Y cuando oyó su voz ahogada por los sollozos, añadió —: Hablaremos en otro momento; ahora tengo que ir a casa. No debe exaltarse tanto, ¿de acuerdo? Venga, hasta la vista.

Se marchó rápidamente tras despedirse, y empezó a caminar despacio mientras caía la noche y la oscuridad se hacía más intensa. Atravesó calles y plazas, pasó delante de casas, muros y jardines, de fuentes de agua que corría con suavidad, salió al campo para volver de nuevo a la ciudad y pasear entre los arcos del ayuntamiento y la plaza Mayor; pero ya nada era igual y todo estaba cambiado, convertido en un país de hadas desconocido. Amaba a una chica y se lo había confesado, ella se había mostrado bondadosa con él y le había dicho: Hasta la vista»

Deambuló largo tiempo sin rumbo fijo, y como sentía frío llevaba las manos en los bolsillos del pantalón; cuando, al llegar a la esquina de su callejuela, levantó la vista y reconoció el lugar, despertó del sueño y comenzó a silbar con todas sus fuerzas, sin pensar en lo avanzado de la hora. El eco de las notas resonó por toda la calle, apagándose sólo en la fría entrada de la casa de la viuda Kusterer.

Tine caviló mucho sobre el asunto, más incluso que el joven enamorado, el cual, en su febril expectación, en su dulce excitación, no podía reflexionar. La muchacha, cuanto más pensaba sobre lo que había sucedido menos podía censurar al encantador joven; a ella también la embargaba un sentimiento nuevo y delicioso, al saberse amada por un muchacho tan fino e instruido y, además, inocente. Sin embargo, en ningún momento pensó en una relación formal, que podría acarrearle problemas o incluso perjuicios; y que de todos modos no tendría futuro.

Sin embargo, la idea de herir al joven con una respuesta dura o dejarle sin ella se le hacía insoportable. Le habría gustado hablarle como una hermana o una madre, en tono bondadoso y jovial. En esa edad las chicas son más maduras y más seguras que los chicos, y una asistenta, que tiene que ganarse su propio pan, está muy por encima de un estudiante en las cosas de la vida, sobre todo si éste está enamorado y se abandona con docilidad a sus caprichos.

Las ideas y las decisiones preocuparon a la atareada muchacha durante dos días. En cuanto decidía que lo mejor era un duro y claro rechazo, su corazón se defendía y, aunque no estaba enamorada, albergaba un sentimiento entre compasivo y bondadoso hacia él.

Y al final hizo lo que hace la mayoría de las personas en situaciones semejantes: sopesó tanto sus decisiones que de tanto menearlas se desgastaron y desembocaron en la misma actitud vacilante del principio. Y cuando llegó la hora de la verdad, no dijo ni hizo nada de todo lo que había pensado y se entregó por completo a la inspiración de ese momento, igual que Karl Bauer.

Pasaron tres días y volvió a encontrarse con él cuando, ya bastante tarde, la mandaron a hacer un recado cerca de su casa. El muchacho la saludó en actitud humilde, cohibido. Los dos jóvenes estaban frente a frente y no sabían qué decir. Tine, temiendo que la vieran, entró rápidamente en un oscuro portal que estaba abierto, y Karl la siguió, angustiado. Unos caballos relinchaban en un establo cercano, y en un patio o jardín un principiante inexperto hacía sus primeras prácticas con una flauta metálica.

— ¡Qué mal que sopla ése! — dijo Tine en voz baja, forzada.

— ¡Tine!

— Sí, ¿qué?

— Ay, Tine...

El tímido muchacho no sabía qué debía esperar de ella, pero le pareció que no estaba demasiado enfadada.

— Eres tan buena — dijo con mucha suavidad, e inmediatamente se asustó por haberla tratado de tú sin su consentimiento.

La joven tardó en responderle y él, que estaba turbado y sentía un vacío en su cabeza, le cogió la mano con tanta timidez y de una manera tan suplicante que ella no pudo reprochárselo. Sonrió y pasó la mano izquierda, despacio, por el cabello de su pobre enamorado.

— Entonces ¿no estás enfadada conmigo? — le preguntó, temblando de felicidad.

— No, pequeño — rió Tine con amabilidad —. Pero ahora debo irme; me esperan en casa y aún tengo que ir a comprar el embutido.

— ¿Puedo acompañarte?

— ¡No! ¿Cómo se te ocurre? Vete tú primero y márchate a casa, que no nos vean juntos.

— Buenas noches, Tine.

— Sí, Vete ya. Buenas noches.

Quería hacerle más preguntas y pedirle más cosas, pero ya lo había olvidado y caminaba contento, con paso ligero y tranquilo, como si la calle empedrada fuese un césped blando, y con los ojos cegados, mirando hacia su interior, como si hubiese estado en un país alucinante. Casi no habían hablado, pero se habían tratado de tú, le había tomado la mano y ella le había acariciado el cabello. Todo esto le pareció más que suficiente y, al cabo de muchos años, al recordar aquella tarde, su alma se sentía embargada por un sentimiento de felicidad y de gratitud, como una luz resplandeciente.

Tine, en cambio, cuando meditó sobre lo ocurrido, no pudo comprender cómo había llegado hasta allí. Se dio cuenta de que aquella tarde Karl había sido feliz y que le estaba agradecido; tampoco olvidó el pudor infantil del chico y al final se convenció de que lo que había sucedido no tenía nada de reprochable. De todos modos, a partir de aquel instante la prudente joven se sintió responsable del enamoramiento y se propuso llevarlo a buen fin de la manera más considerada y segura posible. Pues el primer amor de una persona, por sagrado y sublime que parezca, sólo es un episodio provisional que ella conocía dolorosamente bien, por una experiencia no muy reciente. Y tenía la esperanza de ayudar al chico sin ocasionarle un sufrimiento.

El siguiente encuentro tuvo lugar el domingo, en casa de Babett. Tine allí saludó amistosamente al estudiante, le sonrió un par de veces, le hizo participar en la conversación y, por lo demás, todo fue igual que en anteriores ocasiones. Pero para él cada sonrisa de la muchacha era un regalo inestimable y cada mirada una llama que le envolvía en luz y calor.

Pero después de unos días Tine habló claramente con él. Fue por la tarde, después de clase, y Karl estaba una vez más al acecho, cerca de su casa, cosa que a ella le disgustaba. Le llevó por el pequeño jardín a un almacén de maderas, detrás de la casa, donde olía a serrín y a haya seca. Allí le habló, le

prohibió seguirla y vigilarla y le explicó cómo se esperaba que fuera el comportamiento de un joven enamorado como él.

— Tú me verás siempre en casa de Babett, y, después, si quieres, me puedes acompañar, pero sólo hasta donde vayan las demás, no todo el camino. No debes ir solo conmigo, y si ante los demás no pones cuidado y no te contienes, todo irá mal. La gente lo ve todo, y donde hay humo ya gritan fuego.

— De acuerdo, pero es que yo soy tu novio — le recordó Karl con lastimera. Ella rió.

— ¡Mi novio! ¿Pero qué dices? ¿Por qué no se lo comentas a Babett, o a tu padre, o a tu profesor? Yo te aprecio, y no quiero ser injusta contigo, pero antes de poder ser mi novio tendrías que ser dueño de ti mismo y comer tu propio pan, y hasta llegar a eso, aún pasará mucho tiempo. Por ahora sólo eres un escolar enamorado, y si yo no pensara bien de ti, jamás hablaría contigo de estas cosas. No es motivo para que agaches la cabeza, que así no podrás remediar nada.

— Pero ¿qué debo hacer? ¿Tú no me quieres?

— ¡Eres una criatura! No se trata de eso. Sólo debes ser razonable, y no exijas cosas que no se pueden tener a tu edad. Seamos buenos amigos y el tiempo lo arreglará todo.

— ¿Tú lo crees? Pero oye, quiero decirte otra cosa...

— ¿Qué? — Sí... mira, pues...

— ¡Pero habla!

—...a ver, si te importaría darme un beso.

Tine contempló el rostro ruborizado del chico, con su expresión de inseguridad expectante, vio su bella boca de adolescente, y por un momento pensó que podría complacerle. Pero rápidamente se contuvo y negó sacudiendo la rubia cabeza.

— ¿Un beso? ¿Y para qué?

— Es lo único que te pido. No seas mala.

— Yo no soy mala. Pero tú no debes ser desvergonzado. Ya hablaremos sobre eso. ¡Casi no me conoces y ya quieres besarme! Ésas son cosas con las que no se juega. Venga, tienes que ser más formal, y el domingo nos volveremos a ver; ¿verdad que traerás tu violín?

— Sí, con mucho gusto. Entonces le dijo que se fuera y le siguió con la mirada mientras se alejaba, pensativo y algo decepcionado. Y ella pensó que era un chico cabal, al que no tenía derecho a hacer sufrir.

Aunque las amonestaciones de Tine habían sido una píldora amarga para Karl, siguió sus consejos y no le fue mal. Tenía una idea diferente del amor y estaba bastante decepcionado, pero pronto descubrió la vieja verdad según la cual es mejor dar que recibir, y que amar es más hermoso y hace más feliz que ser amado. El hecho de que él no hubiera ocultado su amor ni se había avergonzado, confesándolo, le dio un sentimiento de alegría y libertad y lo sacó de su limitada existencia anterior, elevándolo al mundo sublime de los grandes sentimientos e ideales. A partir de entonces, en las reuniones de las chicas siempre tocaba algunas piezas con su violín.

— Esto es sólo para ti, Tine — le decía después —, porque no puedo brindarte nada más para demostrarte mi amor.

Llegó la primavera, con sus narcisos amarillos sobre suaves matas verdes, con el profundo azul de lejanas montañas boscosas, con los finos velos de las hojas nuevas en la arboleda y el retorno de las aves migratorias. Las amas de casa plantaban jacintos y geranios en las jardineras verdes y las colocaban delante de las ventanas. Los hombres descansaban a mediodía en las puertas de las casas, en mangas de camisa y por las tardes podían jugar a los bolos al aire libre. Los jóvenes estaban inquietos, se apasionaban y se enamoraban.

Un domingo, que había amanecido azul pálido y risueño sobre el valle ya verde, Tine salió con una amiga a dar un paseo. Querían caminar una hora hasta llegar al castillo de Emanuel, una ruina en pleno bosque. Ya en las afueras de la ciudad, al pasar por delante de un hostel con un precioso jardín, vieron un grupo de personas que bailaban un vals en una pista redonda de hierba, pero no quisieron caer en la tentación, aunque siguieron despacio y dudando; al tomar una curva del camino aún llegaban a sus oídos las suaves melodías y su paso fue aún más lento hasta que al final se detuvieron y se apoyaron en la verja de un prado cerca del camino; se pusieron a escuchar y cuando pasado un rato recobraron sus fuerzas para andar, la alegre y nostálgica música las atrajo y volvieron sobre sus pasos.

— El viejo castillo de Emanuel puede esperar — dijo la amiga y ésta fue la disculpa que ambas encontraron; así entraron en el jardín, ruborizadas y con la mirada baja, donde a través de las ramas pardas y resinosas de los castaños entrelazadas como una red se veía sonreír el cielo, aún más azul. Era una tarde magnífica y, cuando al caer la noche Tine volvía a la ciudad, no lo hacía sola sino acompañada por un señor apuesto y fornido.

Y esta vez la bella Tine había encontrado lo que buscaba. Era un oficial de carpintero, al que le faltaba poco para llegar a maestro y casarse. Habló de forma breve y precipitada de su amor y señaló con lenguaje claro y preciso sus posibilidades y perspectivas. Aunque no la había tratado, estaba claro que había visto a Tine en algunas ocasiones y le había gustado, y no se trataba de un capricho pasajero. Durante una semana se vieron diariamente y su amor fue creciendo; al mismo tiempo hablaron sobre todo lo necesario y estuvieron de acuerdo en considerarse novios y ser vistos como tales por su círculo de amigos.

Después del primer sueño romántico, a Tine la invadió una alegría tranquila, casi solemne, que la hizo olvidarse todo, también del pobre Karl, que inútilmente estuvo esperando durante todo aquel tiempo.

Cuando de nuevo le vino a la memoria el pobre muchacho abandonado, le dio tanta pena que pensó esperar algún tiempo antes de decírselo. Pero luego su decisión no le pareció ni correcta ni leal, y cuantas más vueltas le daba al asunto más difícil se tornaba. Tenía miedo de hablar abiertamente con el joven de algo que ni sospechaba y, sin embargo, sabía que ése era el único camino justo; y sólo entonces se percató del peligro que podía significar su inocente juego con el muchacho. De todos modos algo tenía que hacer antes de que el joven se enterase por otros de su nueva relación. No quería que pensara mal de ella. Intuía, sin aceptarlo del todo, que había despertado en el chico sentimientos que le eran desconocidos, algo que podía pasar por amor y que, al sentirse defraudado, le haría daño y le envenenaría los recuerdos. Nunca habría pensado que aquel episodio juvenil le iba a causar tantas dificultades.

En su desconcierto acudió finalmente a ver a Babett, que en verdad no era la persona más indicada para juzgar asuntos de amor. Pero sabía que Babett quería al estudiante de latín y que se preocupaba por sus cosas, así que se resignó a recibir una reprimenda antes que abandonar al enamorado muchacho a su suerte.

La niña no se hizo esperar. Babett, después de escuchar todo el relato atenta y callada, pateó el suelo con rabia y se mostró justamente indignada con su humilde confesión.

— ¡No me vengas con palabras bonitas! — exclamó con tono enérgico —. Te has burlado de él, y te has divertido sin compasión a su costa, y nada más.

— No tiene sentido que me insultes, Babett. Sabes que si sólo hubiera querido divertirme a su costa no estaría ahora aquí, ni te lo habría dicho. No me ha sido nada fácil tomar esta decisión.

— Ah, ¿sí? Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Quién va a arreglar el daño? ¿Yo acaso? Y el chico sufrirá las consecuencias, el pobre.

— Sí, me da mucha pena. Pero escucha. Pienso hablar con él y explicárselo todo, y acepto mis responsabilidades. Sólo quiero que tú lo sepas par que luego puedas ayudarle si lo ves muy afectado. ¿Si es que quieres...?

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? Ah, hijo, tonto, quizás aprendas esta vez. Tanta vanidad y quererte hacer la importante, de aquí viene todo, me parece. Bueno, tampoco le irá mal.

Esta plática tuvo como resultado que la vieja empleada arreglara, el mismo día, un encuentro entre los dos jóvenes en el patio, sin que Karl tuviera idea de su objeto. Al atardecer, el trozo de cielo iluminado que daba al pequeño patio tenía un pálido destello dorado. Sin embargo, el rincón de la puerta estaba oscuro y nadie podía ver allí a los dos jóvenes.

— Tengo que decirte algo, Karl — comenzó la muchacha —. Hoy tenemos que decirnos adiós. Todo llega alguna vez a su final.

— Pero ¿qué dices?, ¿por qué?

— Porque ahora tengo novio ...

— Tienes...

— ¡Cálmate, por favor, y escucha lo que tengo que decir! Mira, tú te encaprichaste conmigo y yo no te quería rechazar así como así. Seguramente recordarás que te dije que no debías considerarte un novio mío, ¿verdad?

Karl no decía nada.

— ¿No es cierto?

— Bueno, sí.

Ahora tenemos que terminar, y tú no debes sentirte mal por ello; en la calle hay muchas chicas y yo no soy la única ni la más indicada para ti porque estudias y en el día de mañana serás un señor, o tal vez un doctor.

— ¡No, Tine, no digas eso!

— Es así y no lo puedes cambiar. Y también te quiero decir que el primer amor no es nunca el verdadero. Siendo tan joven no sabes aún lo que quieres. Nunca resulta y con el tiempo ves las cosas de otra manera, y te convences de que lo primero no era lo que te convenía.

Karl quiso replicar, tenía argumentos de sobras para rebatir lo que decía, pero su dolor no le permitió articular ni una palabra.

— ¿Querías decir algo? — le preguntó Tine.

— Pero tú, tú no sabes...

— ¿Qué, Karl?

— Ah, nada. Ay Tine, ¿qué quieres que haga ahora?

— No tienes que hacer nada. Sólo quédate tranquilo. Pronto se te pasará, y más tarde te alegrarás de que todo haya salido así.

— Eso lo dices tú...

— Yo sólo digo las cosas como son. Ya verás que tengo razón, aunque ahora no lo puedas creer. Lo siento, lo siento de verdad.

— ¿Lo sientes?... Tine, no digo que no tengas razón, pero que todo se tenga que terminar así de pronto, todo...

No pudo seguir, y ella le puso la mano sobre el hombro tembloroso y guardó silencio, hasta que su llanto cesó.

— Escúchame — dijo la joven resueltamente —. Ahora tienes que prometerme que serás bueno y sensato.

— ¡No quiero ser sensato! Quiero morir, prefiero estar muerto que así...

— Karl, cálmate, no te pongas así. Mira, una vez me pediste que te diera un beso, ¿lo recuerdas?

— Sí.

— Pues, si me prometes que serás bueno... Mira, no quiero que tengas un mal recuerdo de mí; quisiera despedirme de ti como una amiga. Si prometes ser bueno, ahora te daré un beso. ¿Lo prometes? Él sólo asintió y la miró, confundido. Y la muchacha se acercó y le dio el beso, suave y sin pasión, dado y recibido con pureza. Entonces ella estrechó ligeramente su mano, sin decir palabra; después se fue rápidamente, atravesó la puerta y desapareció por el pasillo de la casa.

Karl Bauer oyó sus pasos resonar y apagarse en el corredor; la oyó cómo salía de la casa y bajaba a la calle por los escalones de la entrada. La oyó, pero pensaba en otras cosas.

Pensó en un atardecer de invierno, cuando una muchacha rubia le dio una bofetada en la calle, y pensó en una tarde casi de primavera, cuando en la sombra de un portal la mano de una muchacha le acarició el cabello, y el mundo parecía estar hechizado y las calles eran lugares extraños de cautivadora belleza. Recordó melodías que nunca había tocado en su violín, y aquella tarde de boda en el suburbio, con cerveza y tarta. Cerveza y tarta, una combinación que le parecía curiosa, pero ya no podía seguir pensando, porque había perdido a su amor y se sentía engañado y abandonado. Sí, le había dado un beso... un beso... ¡Oh, Tine!

Cansado, se sentó sobre uno de los muchos cajones vacíos que había desparramados por el patio. El pequeño rectángulo de cielo se tornó rojizo y plateado, luego se apagó y quedó largo tiempo muerto y oscuro. Y después de unas horas, cuando la claridad de la luna iluminó la noche, Karl Bauer aún seguía sentado sobre el cajón, y su sombra, entonces más corta, se proyectaba negra y deformada sobre el empedrado irregular.

El joven Bauer sólo había lanzado breves y fugaces miradas de espectador al país del amor, pero eran suficientes para que la vida le pareciese triste y fútil sin el consuelo de un amor de mujer. Sus días eran vacíos y melancólicos, y su actitud ausente respecto a los acontecimientos y las obligaciones de la vida cotidiana, como si estuviera fuera de ella. El profesor de griego trató inútilmente de llamar la atención del soñador distraído; tampoco los succulentos platos de la fiel Babett surtieron efecto, y sus bienintencionadas palabras de consuelo cayeron en saco roto.

Fue necesario que el rector le diera una fuerte reprimenda y que sufriera una leve pena de arresto para hacer volver al descarriado a la vía del trabajo y la razón. Consideró que era imprudente y fastidioso perder el curso, cuando sólo le quedaba un año para acabar, y comenzó a estudiar por las tardes cada vez más largas del incipiente verano cada vez más concentrado. Fue el comienzo de su curación.

A veces visitaba aún la Salzgasse, donde había vivido Tine, y no entendía por qué no se la había vuelto a encontrar ni una sola vez. Pero eso tenía su explicación. Después de su última conversación con Karl, la muchacha había partido de viaje hacia su tierra para preparar el ajuar. Él creía que seguía en la ciudad y que le rehuía, pero no quería preguntar a nadie por ella, ni siquiera a Babett. Después de esos paseos erráticos volvía siempre de mal humor o triste a casa, atacaba con fiereza su violín o pasaba mucho tiempo mirando los tejados desde su pequeña ventana.

De todos modos estaba superando el momento, en parte gracias a Babett. Cuando notaba que Karl tenía un mal día, subía al atardecer y llamaba a su puerta. Se sentaba largas horas junto a él y le daba consuelo, sin hacerle saber que conocía el motivo de su dolor. No le hablaba de Tine, pero le contaba historias divertidas, anécdotas graciosas, le llevaba media botella de mosto o de vino, o le pedía que tocara alguna canción al violín o le leyese algún cuento. Así pasaba la tarde en paz y cuando habían transcurrido las horas y Babett se marchaba, Karl estaba tranquilo y podía dormir sin que las pesadillas le acosaran. Y la vieja criada le agradecía siempre, cuando se iba, la hermosa tarde que habían pasado juntos.

Lentamente el enfermo de amor fue recuperando su anterior carácter y alegría, pero sin saber que Tine a menudo preguntaba por él en sus cartas a Babett. Se había hecho más hombre y había madurado; había recuperado sus estudios atrasados y llevaba una vida parecida a la del año anterior, aunque no volvió a coleccionar lagartijas ni a tener pájaros. De las conversaciones de los alumnos del último curso, que se encontraban a las puertas de su examen final, llegaban a sus oídos frases cautivantes sobre las maravillas universitarias; y tuvo la agradable sensación de que para él este paraíso ya estaba cerca, y, a la vez, empezó a esperar con alegría e impaciencia las vacaciones de verano. Sólo entonces supo, por Babett, que Tine se había alejado hacía tiempo de la ciudad y, aunque la herida aún le causaba dolor y ardía con suavidad, ya estaba curada y casi cicatrizada.

Aunque no hubiera ocurrido nada más, Karl habría guardado un recuerdo entrañable y agradecido de su primer amor, y seguramente nunca lo habría olvidado. Pero todavía hubo un pequeño epílogo, que aún olvidaría menos.

Ocho días antes de acabar el curso, la alegría por las vacaciones apagó los ecos de aquel mal de amores en su alma sensible. Había comenzado a hacer las maletas y a destruir los viejos cuadernos escolares. La perspectiva de dar paseos por el bosque, bañarse en el río y hacer excursiones en canoa, de comer arándanos y manzanas tempraneras, y de tener días de despreocupado deambular lo hacían tan feliz como no lo había sido en los últimos tiempos. Paseaba alegremente por las calles calurosas, y hacía varios días que no pensaba en Tine.

Tanto mayor fue su sobresalto cuando una tarde, al volver a casa después de la clase de gimnasia, se encontró inesperadamente con Tine en la Salzgasse. Se quedó parado, le dio la mano en medio de su confusión y la saludó sin poder ocultar su angustia. A pesar de su aturdimiento, enseguida notó que ella tenía un aspecto triste y contrariado.

— ¿Cómo te va, Tine? — preguntó tímidamente, sin saber si hablarle de tú o de usted.

— No muy bien — dijo la chica —. ¿Quieres acompañarme un trecho?

Se volvió y desanduvo la calle a su lado, mientras pensaba en las precauciones que ella tomaba antes para que no la vieran con él. «Claro ahora está prometida, pensó, y sólo por decir algo le preguntó cómo estaba su novio. Entonces Tine se estremeció con una expresión tan dolorosa que Karl también

se quedó consternado.

— Entonces ¿aún no sabes nada? — dijo Tine con suavidad—. — Está en el hospital y no saben si saldrá con vida... ¿Qué tiene? Se cayó de una casa en construcción y desde ayer no ha recuperado el conocimiento.

Siguieron caminando en silencio. Karl buscaba, sin lograrlo, palabras de condolencia; ir juntos por la calle y sentir compasión de ella le parecía un sueño angustioso.

— ¿A dónde vas ahora? — preguntó finalmente, al no poder soportar más el silencio.

— A verlo otra vez. A mediodía me mandaron que me fuera porque no me sentía bien.

La acompañó hasta el gran hospital, que se alzaba silencioso entre un jardín vallado rodeado de frondosos árboles, y, estremecido, subió con ella la amplia escalinata y se internó por limpios pasillos, cuyo aire impregnado de olores a medicamentos le llenó de aversión y miedo.

Entonces Tine entró sola por una puerta numerada. Él esperó en el pasillo, en silencio; era la primera vez que se encontraba en un hospital, y se estremeció con horror sólo de pensar en todos los sufrimientos y casos atroces, ocultos tras todas aquellas puertas pintadas de gris claro. Apenas osó moverse hasta que salió Tine.

Está un poco mejor, dicen, y quizás hoy mismo recobre el conocimiento. Adiós Karl, yo ahora me quedo aquí, y muchas gracias por todo.

Volvió a entrar sin hacer ruido y cerró la puerta, sobre la que Karl leyó por centésima vez y sin pensar, la cifra diecisiete. Con una excitación extraña abandonó el inquietante edificio. La alegría que había sentido desde hacía algún tiempo había desaparecido por completo, pero lo que en aquel momento sentía no era la misma pena amorosa de hace unas semanas, porque una sensación y una vivencia más profunda y trascendentes envolvían este dolor. Su sufrimiento por el fracaso amoroso le pareció pequeño y ridículo ante la desgracia que tanto le había trastocado al verla. De pronto se dio cuenta de que la pena por su frustración amorosa no tenía nada de especial y no constituía ninguna cruel excepción, y que el destino tampoco perdonaba a aquellos que él había considerado afortunados.

Pero aún aprendería más, y cosas aún mejores y más importantes. En los días siguientes, cuando iba al hospital a ver a Tine, y algunas veces al enfermo cuando estaba en condiciones de recibir su visita, Karl tuvo una nueva experiencia. Allí aprendió a ver que el destino más inexorable no es la fuerza suprema ni lo definitivo, sino que los seres humanos débiles, llenos de temor, abatidos, pueden superarlo y vencerlo. Aún no se sabía si el accidentado tendría que resignarse a la existencia desvalida y mísera de un inválido y paralítico. Pero, por encima de esa dolorosa preocupación, Karl Bauer vio a la pobre pareja disfrutar de la riqueza de su amor; vio cómo la muchacha, cansada y consumida por el sufrimiento, se mantenía firme y emanaba luz y alegría a su alrededor; y vio cómo el pálido rostro del hombre, a pesar de su dolor, irradiaba un resplandor gozoso de tierna gratitud.

Y se quedó, a pesar de que las vacaciones ya habían comenzado, varios días más hasta que la propia Tine le obligó a partir.

En el pasillo, delante de las salas de los pacientes, se despidió de ella, y lo hizo de una forma diferente y más hermosa que unas semanas antes, en el patio de la tienda de Kusterer. Se limitó a apretar su mano y le dio las gracias sin palabras, y ella se despidió con un gesto con la cabeza, entre lágrimas. Le deseó lo mejor; y dentro de él no tenía otro anhelo que amar y ser amado un día como la pobre muchacha y su prometido.

Hans Amstein

De acuerdo, jóvenes, basta, no me atosiguéis. Voy a contaros un episodio de mis años de estudiante, la historia de la hermosa Salomé y mi querido amigo Hans Amstein. Pero tenéis que escuchar en silencio, y no vayáis a creer que se trata de una simple aventura amorosa. Lo que pasó no tiene nada de cómico. ¡Y ponedme otro vaso de vino! No, del blanco. ¿Queréis cerrar las ventanas? No, señor. Que se oigan los truenos, que le vienen bien a mi historia. Rayos, truenos y noches bochornosas, ése es el ambiente de esta historia. Los jóvenes modernos como vosotros tenéis que daros cuenta de que también nosotros hemos vivido lo nuestro, las hemos pasado buenas y malas, tal como venían, y no fueron pocas. ¿Tenéis también el vaso lleno?

Perdí a mis padres cuando era muy pequeño y casi siempre pasaba las vacaciones con mi tío Otto en su casita de piedra de la Selva Negra, comiendo mucha fruta, leyendo historias de bandidos y pescando truchas, pues compartía los mismos gustos de mi tío, como buen sobrino agradecido. Le visitaba en verano, en otoño y Navidad; llegaba con la barriga y el zurrón vacío y allí engordaba, cogía buen color y me enamoraba una y otra vez de mi querida prima, a la que olvidaba en cuanto volvía a la escuela, porque tampoco era un sentimiento muy profundo. Emulaba a mi tío fumando sus tóxicos cigarrillos italianos, iba a pescar con él, leía libros de su truculenta biblioteca y, por las noches, cuando me lo permitía, le acompañaba a tomar una cerveza. Aquello no estaba mal y me parecía loable y varonil, por más que mi rubia prima me mirara de vez en cuando con expresión de súplica o de reproche; era una muchacha de carácter tranquilo a la que no le gustaban las peleas.

Durante las últimas vacaciones de verano antes de ir a la universidad, volví a casa de mi tío. Por aquel entonces yo era un joven charlatán, arrogante y jactancioso, como suelen ser los bachilleres. Un día llegó a la región un nuevo guardabosque. Era un hombre bueno y apacible, «un poco mayor y no muy saludables, que había encontrado el puesto ideal para pasar los años que le quedaban hasta retirarse.

Enseguida se vio que el recién llegado daría poco que hablar. Traía un buen ajuar para la casa, pues era un hombre pudiente, además de unos perros magníficos, un elegante caballito de cola larga y un delicado carricoche, ambos demasiado finos para aquellos parajes, una buena escopeta y un aparejo de pesca inglés muy moderno, todo muy elegante y bien cuidado, como corresponde a una persona de su clase. Estas cosas por sí solas ya eran bastante bonitas y agradables de ver. Pero también trajo a su hija adoptiva, Salomé, que eclipsaba todo lo demás. ¡Sabe Dios cómo llegaría a manos de un señor tan serio y tranquilo aquella muchacha tan turbulenta! Era una criatura exótica, hija de un primo lejano, de Brasil o Tierra del Fuego, una hermosa joven de modales muy extravagantes.

Naturalmente, querréis saber qué aspecto tenía. No resulta nada fácil describirla. Era, sobre todo, atractiva y exótica. Bastante alta, tenía casi veinte años y una figura perfecta y todo su cuerpo poseía un aspecto sano y agradable. Cuello, hombros, brazos y manos eran robustos y fuertes, pero también armoniosos y ágiles. El pelo abundante, grueso, largo, rubio oscuro, un poco rizado en la frente y recogido en la nuca en un gran moño atravesado por una aguja muy larga en forma de flecha. En cuanto a su cara no me extenderé mucho; quizá fuera demasiado redonda, y la boca quizás un poco grande, pero al mirarla a los ojos te quedabas prendido de ellos para siempre. Eran enormes, de un tono castaño dorado y algo saltones. Cuando tenía la mirada perdida, sonriendo como de costumbre, sus ojos se iluminaban, parecía un cuadro. Pero cuando te miraba fijamente, te dejaba aturdido. Su mirada era muy directa, unas veces penetrante, otras indiferente, sin asomo de rubor ni timidez. No

es que fuera desvergonzada, era más bien un hermoso animal, sin malicia ni secretos.

Y se comportaba de igual manera. No ocultaba lo que la complacía o la contrariaba. Si una conversación le resultaba aburrida, guardaba un obstinado silencio, miraba para otro lado o bien te observaba con tanto hastío que te hacía sentir vergüenza.

Las consecuencias eran previsibles. Las mujeres la encontraban insoportable y los hombres perdían la cabeza por ella. Que yo me enamorara de Salomé en cuanto la vi, es algo que se comprende. También se enamoraron de ella los ayudantes del guarda forestal, el farmacéutico, los maestros jóvenes, el teniente de alcalde, los hijos del rico dueño del aserradero, los del fabricante y los del médico. Puesto que la hermosa Salomé entraba y salía con total libertad, paseaba sola, hacía muchas visitas y recorría el campo en el pequeño carricoche, no era difícil acercarse a ella. En poco tiempo, reunió una buena colección de declaraciones de amor.

Una vez, cuando mi tío y mi prima habían salido, estuvo en casa y se sentó a mi lado, en el banco del jardín. Las cerezas ya tenían color, la hayas estaban maduras y Salomé estiraba con indolencia la mano hacia los arbustos de grosellas que tenía a sus espaldas. De tanto en tanto decía algo. Al cabo de un rato la conversación se había animado de tal modo que yo, con las mejillas encendidas, acabé por confesarle que estaba locamente enamorado de ella.

— ¡Oh, qué amable! — respondió —. Usted me resulta muy simpático. ¿Conoce al mayor de los Griebel?

— ¿A Karl? Sí, lo conozco.

— Es un joven muy agradable y tiene unos ojos muy bonitos. También está enamorado de mí.

— ¿Él mismo se lo ha dicho?

— Sí, desde luego. Anteayer. Fue muy gracioso.

Se rió, echando la cabeza hacia atrás, y pude ver cómo las venas de su cuello blanco y redondo temblaban. Me habría gustado cogerla de la mano, pero no me atreví, me limité a extender la mía, en ademán interrogativo. Salomé puso en mi mano abierta dos grosellas, dijo adiós y se marchó.

Poco a poco, empecé a darme cuenta de que ella jugaba con todos sus pretendientes y se divertía nuestra costa. Desde entonces soporté mi amor como se soporta una fiebre o un mareo de un viaje en barco, una enfermedad que compartía con muchos otros y que esperaba que terminara tarde o temprano sin que me costara la vida. De todos modos, pasé malos días y malas noches... ¿Queda algo de vino?

Gracias. En fin, así estaban las cosas y así siguieron, y no sólo aquel verano, sino durante más de un año. De vez en cuando, uno de los pretendientes se daba por vencido, desmoralizado, y buscaba fortuna en otros lares. Otras veces llegaba alguno nuevo. Salomé seguía siendo la misma, ya vivaz, ya callada o burlona, y parecía sentirse muy bien y divertirse muchísimo. Yo me acostumbré a sufrir recaídas cada vez que me iba de vacaciones, como si se tratara de una extraña fiebre afín a aquellos parajes, que debía aguantar. Un compañero de infortunio me dijo confidencialmente que habíamos sido muy ingenuos al declararle nuestros sentimientos, puesto que Salomé había manifestado que le gustaría que todos los hombres se enamoraran de ella, y por ello dedicaba atenciones especiales a los pocos que se le resistían.

Entretanto, en Tubinga, yo había ingresado en una hermandad de estudiantes, y entre copas, peleas y paseos, habían transcurrido ya dos semestres muy animados. Durante aquel tiempo, Hans Amstein y yo nos hicimos íntimos amigos. Éramos de la misma edad, entusiastas miembros de la hermandad y no tan entusiastas estudiantes de medicina. A los dos nos gustaba la música y, a pesar de algunas desavenencias, poco a poco nos volvimos inseparables.

En las vacaciones de Navidad, Hans vino conmigo a casa de mi tío, porque también él había perdido a sus padres hacía mucho tiempo. Contrariamente a lo que yo esperaba, no se interesó por la hermosa Salomé sino por mi prima rubia. También era un seductor. Era apuesto y educado, tenía habilidad para la música y era locuaz y extrovertido. Yo veía, complacido, cómo galanteaba con la primita y ella lo aceptaba, se mostraba cada vez más dispuesta y menos reservada. Mientras, yo recorría todos los caminos que pudieran llevarme a Salomé.

Por Pascua, los dos volvimos a la Selva Negra, y mientras yo acompañaba a mi tío a pescar, mi amigo hacía rápidos progresos con la prima. Aquellos días, Salomé iba a menudo por casa, intentaba

volverme loco y lo conseguía, al tiempo que miraba con aparente benevolencia las relaciones entre Hans y Berta. Dábamos paseos por el bosque, íbamos de pesca y buscábamos anémonas, y mientras Salomé me hacía enloquecer, no perdía de vista a los otros dos, a quienes miraba con aire de superioridad y desdén; sus comentarios sobre el amor y la felicidad en el noviazgo eran irónicos. Un día le cogí una mano y se la besé furtivamente; ella se hizo la ofendida y clamó venganza.

— Eso le va a costar un mordisco en el dedo. ¡Acérquese! Le ofrecí el dedo y sentí en la carne sus dientes grandes y uniformes.

— ¿Quiere que le muerda más fuerte?

Asentí y entonces empezó a sangrarme la mano. Salomé me soltó y echó a reír. Aquello dolía, y la marca me duró una buena temporada.

Cuando volvimos a Tubinga, Hans me dijo que él y Berta se entendían muy bien y que esperaba pedirla en matrimonio el verano siguiente. Durante aquel semestre, hice de intermediario de unas cuantas cartas, y en agosto los dos volvimos a sentarnos a la mesa de mi tío. Hans aún no había hablado con él, aunque éste parecía estar al corriente de la situación, y probablemente no pondría inconvenientes. Un día Salomé pasó a vernos de nuevo, lo inspeccionó todo con su mirada inquisidora y tuvo la mala idea de jugarle una mala pasada a la dulce Berta. La forma en que empezó a perseguir al cándido Amstein, a ir detrás de él y hacer zalamerías resultaba sencillamente desagradable. El joven, que era un bonachón, le seguía la corriente, y habría sido un milagro que aquellas miradas, aquellos halagos y aquellos acercamientos no le hubieran alterado. Aun así, Hans seguía fiel a sus propósitos, y ya había elegido el domingo en que pensaba sorprender a mi tío y celebrar el compromiso. Mi rubia prima estaba radiante y tenía una actitud muy nupcial y tímida.

Hans y yo dormíamos en la planta baja, en dos pequeños cuartos contiguos cuyas ventanas estaban a muy poca altura, de manera que, por la mañana, dando un pequeño salto estábamos en el jardín.

Una tarde, la bella Salomé volvió a visitarnos, pasó varias horas con nosotros. Como Berta tenía trabajo en la casa, nuestra visitante pudo acaparar la atención de mi amigo. Su forma de coquetear e insinuársele acabó por irritarme profundamente, de tal modo que me marché, tonto de mí, dejándolos solos. Cuando volví por la noche, Salomé se había ido, pero mi pobre amigo tenía el entrecejo fruncido y la mirada abatida. Al notar que su lamentable aspecto lo delataba, dijo que le dolía la cabeza.

«Sí, claro, dolor de cabeza», pensé yo, y me lo llevé aparte.

— ¿Qué te ocurre? — le pregunté, muy serio —. Quiero saberlo.

— Nada, es el calor — dijo él, zafándose.

Pero no acepté tal mentira y le pregunté sin rodeos si la hija del guardabosques le había hecho perder la cabeza.

— ¡Tonterías, déjame en paz! — dijo él, mirando hacia otro lado, con muy mal aspecto,

o estaba más o menos al corriente de la situación y mi amigo me daba mucha lástima. Estaba demacrado y tenso y su rostro tenía una expresión de sufrimiento profundo. Decidí que lo mejor era dejarle en paz. También a mí me hacían daño aquellos coqueteos de Salomé y de buena gana habría arrancado de raíz aquel tormento de mi alma. Ya no sentía ningún respeto por esa joven. Para mí cualquier otra mujer me parecía más digna de consideración que ella, pero pensar eso no servía de nada, me había robado el corazón: era demasiado guapa y demasiado encantadora para que yo pudiera librarme de ella.

Vaya, ya vuelve a tronar. Aquella noche era parecida, también amenazaba tormenta y hacía calor y nosotros dos estábamos solos en la glorieta, bebiendo vino blanco y casi no nos hablábamos. Como tenía sed y estaba de muy mal humor, bebía un vaso tras otro de aquel vino fresco. Hans se sentía desgraciado y miraba su vaso con tristeza y preocupación. Las hojas secas de los arbustos exhalaban un aroma penetrante y un viento cálido e irritante las agitaba. Dieron las nueve, y las diez, y nosotros seguíamos sin hablar, allí sentados, con las caras muy tristes, viendo reducir el nivel de vino de la jarra y oscurecerse el jardín. Luego nos separamos, él fue hacia la puerta de la casa y yo entré en mi habitación por la ventana.

Como hacía mucho calor, me quedé en mangas de camisa, me senté en una silla, llené la pipa y, trastocado y melancólico, contemplé la oscuridad. Tenía que haber luna, pero el cielo estaba cubierto de nubes y, a lo lejos, se oían pelear dos tormentas.

Corría un aire cálido. Pero, ¿de qué sirven estas bonitas descripciones? Sigamos con la maldita historia.

Se me había apagado la pipa y me había acostado desanimado en la cama, con la cabeza llena de pensamientos desagradables. De pronto oí un ruido en la ventana. Una figura se asomó cautelosamente, mirando al interior de la habitación. Ni yo sé por qué me quedé tumbado y sin decir una palabra.

La figura desapareció y se alejó tres pasos, hasta la ventana del cuarto de Hans. Agitó ligeramente los postigos, haciéndolos crujir un poco. Luego, otra vez silencio.

Entonces se oyó una voz que susurraba. «¡Hans Amstein!». Se me erizaron los cabellos al reconocer la voz de Salomé. Estaba petrificado agucé el oído, con la misma atención

Que un cazador. ¡Dios Santo, qué iba a pasar! Y, nuevamente, la voz: «¡Hans Amstein!». Un susurro agudo y penetrante. El sudor me empapaba el cuello.

En la habitación de mi amigo se oyó un ruido leve. Se levantó, se vistió rápidamente y se acercó a la ventana. Oí un murmullo, vivo y enérgico, pero a la vez suave e inquietante. ¡Dios santo! Yo sentía un dolor inmenso por todo el cuerpo, quería levantarme, gritar, pero permanecía quieto, asombrándome a mí mismo. Me moría de sed, y tenía en la boca el regusto agrio del vino.

De nuevo, se oyó un breve ruido y, enseguida, Hans Amstein apareció en el jardín, al lado de la muchacha. Al principio permanecían separados, pero luego se acercaron y se abrazaron con tanta fuerza que parecían estar atados con una cuerda. Iban tan juntos que casi no podían mover los pies. Entonces cruzaron el jardín poco a poco, pasando junto a la glorieta y la fuente, y salieron por la puerta hacia el bosque. Tenía que forzar la vista para verlos, y en dos ocasiones conté con la ayuda del resplandor de los relámpagos...

— ¿No tenéis sed? ¡Bebed, pues!

Sí, ya lo he contado. ¡Pero sigamos! Ella había salido a buscarlo, de noche, para sacarlo de la cama, y yo sabía que él ya nunca podría quitársela de la cabeza, que allá fuera, en el bosque, con palabras dulces y caricias lo había envuelto en sus redes. Pero también sabía que Hans a pesar de su carácter alegre, era un hombre de honor, mucho más estricto que yo, y que ni uno solo de los besos que recibía o daba allí fuera dejaba de desgarrarle el alma por la traición en que incurría respecto a Berta. Y al mismo tiempo no podía dejar de pensar que yo tendría el duro deber de hacerlo reflexionar al día siguiente. Se sumaba a todo ello la encantadora imagen de la mujer que yo amaba con otro hombre, de noche, en el bosque. Por fin me obligué a levantarme para beber un trago de agua y me eché en el frío suelo hasta que, al cabo de una hora, mi amigo volvió lenta y sigilosamente y entró en su cuarto por la ventana. Lo oí respirar con fuerza y pasear un buen rato en calcetines, hasta que me dormí.

A la mañana siguiente me desperté temprano; antes de las cinco ya estaba vestido y enfrente de la ventana de Hans. Dormía en la cama revuelta, con un sueño profundo y atormentado, tenía sudor en la frente expresión de sufrimiento. Empecé a correr a campo traviesa; observé tranquilo y con serenidad la pequeña y bonita casa del guardabosques, los hermosos prados, los huertos de frutas, las tierras de labranza y los bosques. Todo era como siempre. Tenía la cabeza más pesada que si hubiera pasado la noche en la taberna y, mientras merodeaba por aquellos parajes me olvidé, durante un momento, de lo sucedido, como si fuera una pesadilla que desaparece al despertar, y era como si no hubiese pasado nada.

Cuando volví a entrar en el jardín, mi amigo estaba en la ventana de su habitación, pero al verme desapareció en el interior. Esa reacción cobarde, esa pequeña prueba de remordimiento, me dolió profundamente. Pero de nada servía lamentarlo. Entré en su cuarto y cuando se dio la vuelta para mirarme, me asusté, porque vi su cara sombría y llena de arrugas; casi no podía tenerse en pie, como un jamelgo maltrecho.

— ¿Qué te ocurre, Hans? — le pregunté.

— Nada. No he podido dormir. Este bochorno es asfixiante.

Pero esquivó mi mirada, y volví a sentir el mismo dolor de antes, cuando él, al verme, se retiró de la ventana. Me senté en el alféizar y le miré.

— Hans — le dije —, sé quién ha estado aquí. ¿Qué se trae Salomé entre manos?

Me miró con desamparo y dolor, como un animal al dispararle.

— Déjalo — me dijo —, no te metas. No hay nada que hacer.

— No — respondí; me debes una explicación. No voy a hablarte de Berta ni de la casa de su padre, de la que tú y yo somos huéspedes. Eso no es lo más importante. Pero, ¿qué va a ser de nosotros, de ti, de mí y de esa Salomé? Hans, ¿piensas volver a salir con ella otra vez esta noche?

Él gimió.

— No lo sé. Ahora no puedo decir nada. Más tarde, más tarde.

De momento no se podía hacer nada. Subí a tomar café y les dije que Hans aún dormía. Luego cogí la caña para ir a pescar al arroyo, donde debía de hacer más fresco. Pero sin quererlo mis pies me llevaron a la casa del guardabosques. Me tendí en el camino, junto a unos avellanos, y me puse a esperar, casi sin notar lo sofocante y calurosa que estaba la mañana. Me quedé un rato, adormecido y al poco tiempo me despertaron unas voces y un rumor de cascos de caballo. La bella Salomé iba hacia el bosque en su pequeño coche con un ayudante del guardabosques: llevaba una caña y una cesta para la pesca y su risa sonaba como el canto de la alondra en la mañana. El joven guardabosques la protegía con una sombrilla mientras ella empujaba las riendas. Él reía con cierta turbación. Salomé llevaba un vestido claro y vaporoso y un enorme sombrero de paja fina, y se la veía tan fresca y tan contenta como un chiquillo en su primer día de vacaciones. Yo me acordé de mi Hans y de su cara sombría de penitente, me quedé perplejo y asombrado. Habría preferido mil veces verla triste. El coche se adentraba en el valle a trote ligero, y pronto desapareció.

Quizás entonces habría sido mejor regresar a casa a ocuparme de Hans. Pero me horrorizaba la idea; así que seguí el coche en dirección al desfiladero. Yo creía que era compasión hacia mi amigo y el deseo de paz y frescor lo que me atraía al bosque, pero quizá fuera más bien aquella muchacha hermosa y extraña. Un poco más adelante me crucé con el coche que regresaba lentamente, conducido por el ayudante del guardabosques, y entonces supe, sin lugar a dudas, que la encontraría en el arroyo de las truchas. En aquel momento, a pesar de que hacía ya un rato que caminaba a la sombra de los árboles, sentí de pronto aquel calor sofocante y aflojé el paso y me enjugué el sudor que me caía por la cara. Cuando llegué al arroyo, no vi a la muchacha. Me detuve y metí la cabeza en el agua veloz y fresca hasta que empecé a temblar de frío. Luego seguí el arroyo cauce abajo, andando con cautela sobre las rocas. El agua corría formando espuma, ruidosamente, y yo resbalaba a cada momento sobre las rocas húmedas, porque no hacía más que buscar a Salomé con la mirada.

De pronto me sobresalté al verla tan cerca, detrás de una peña cubierta de musgo, con las faldas subidas hasta la rodilla y descalza. Me paré y casi se me cortó la respiración, al verla allí tan bonita, tan fresca y sola. Tenía un pie dentro del agua, cubierto por la espuma, y el otro, muy blanco y de una forma exquisita, se apoyaba sobre el musgo.

—Buenos días, señorita.

Me saludó inclinando la cabeza y yo me instalé muy cerca, preparé la caña y me puse a pescar. No tenía ganas de hablar, pero tampoco me interesaba la pesca, estaba cansado y la cabeza me daba vueltas. De manera que dejé colgar el anzuelo, sin ponerle el cebo, y cuando me pareció que Salomé lo observaba con expresión burlona, tiré la caña y me tumbé, un poco alejado de ella, en la roca cubierta de musgo. Allí sentado, al fresco, veía cómo se remojaba los pies y trasteaba con la caña. No tardó mucho en cansarse a su vez, me salpicó con la mano y preguntó:

— ¿Quiere que vaya con usted?

Entonces empezó a ponerse las medias y los zapatos. Cuando tuvo un pie calzado, preguntó:

— ¿No me ayuda?

— No me parece correcto — repuse.

Ella preguntó en un tono inocente:

— ¿Por qué?

No supe qué contestar. Aquella fue, para mí, una hora extraña y nada agradable. Cuanto más bonita me parecía y más confianza me demostraba, más me acordaba yo de mi amigo Hans Amstein y de Berta, y me sentía más furioso con Salomé, porque veía como jugaba con todos nosotros y como, para divertirse, nos había hecho desgraciados a los tres. Me pareció que había llegado el momento de luchar contra mi infausto enamoramiento y hacer lo posible por terminar aquel juego.

— ¿Me permite que la acompañe hasta su casa? — pregunté.

— Me quedaré aquí un poco más — dijo ella —. ¿Usted no?

— No, me marchó.

— Oh, ¿no querrá dejarme sola? Podríamos pasarlo muy bien aquí sentados, juntos, charlando. A veces su conversación es tan divertida...

Me puse de pie.

— Señorita Salomé, es usted muy amable pero ahora debo irme. Ya tiene bastantes hombres con los que jugar.

Rompió a reír.

— Entonces, ¡adiós! — gritó, divertida, y yo me alejé como si me hubieran dado una paliza.

Era imposible hablar en serio con aquella muchacha. Por el camino me asaltó la idea de tomarla tal como era, volver sobre mis pasos y aprovechar la ocasión. Pero su manera de rebajarse me avergonzaba. Además, ¿cómo habría podido hablar después con Hans?

Cuando llegué a casa, Hans estaba esperándome y me llevó rápidamente a su cuarto. Lo que me dijo fue bastante claro y comprensible, pero no dejó de desconcertarme. Mi amigo estaba tan obsesionado por Salomé que a la pobre Berta casi ni la mencionó. Él comprendía que no podía seguir siendo huésped de aquella casa y anunció que se marcharía aquella misma tarde. Era natural y comprensible, y yo nada podía objetar; pero le hice prometerme que hablaría sinceramente con Berta antes de partir. Y ahora venía la parte importante. Puesto que Hans aborrecía por naturaleza las ambigüedades, antes de marchar, quería estar seguro de los sentimientos de Salomé y de que ella o su padre adoptivo le confirmaran el noviazgo, puesto que de otro modo no habría tenido ninguna excusa para volver al pueblo.

Yo le sugerí que se concediera un tiempo para recapacitar, pero fue en vano. Estaba perdido de emoción, y más tarde me di cuenta de que, probablemente, su profundo sentido del honor le exigía dar aquel paso para salir vencedor de una situación no muy honrosa para él, y así justificarse ante sí mismo y ante los demás con una actitud resuelta, ya que aquella pasión hasta entonces no había sido del todo inocente.

Traté de disuadirle. Hasta llegué a hablar mal de mi bien amada Salomé, y le insinué que aquella pasión por él no era sincera, que sólo era un pequeño capricho que quizás, en aquel instante, ella misma tomaba a risa.

Fue inútil, ya que apenas me escuchaba. Entonces me suplicó que le acompañara a la casa del guardabosques. Ya se había puesto la levita. Todo me parecía muy extraño. Tenía que ayudarle a conseguir la mano de la muchacha de la que, desde hacía tantos semestres, yo mismo estaba enamorado, aunque sin ninguna esperanza.

Discutimos un buen rato, pero finalmente tuve que ceder, porque Hans sufría un arrebató pasional tan insólito que parecía poseído por un demonio irresistible.

Así que yo también me puse mi chaqueta negra y me fui con Hans Amstein a casa del guardabosques. El trayecto se convirtió en un suplicio para los dos, era casi mediodía y el calor era infernal; yo, con mi traje de gala abotonado hasta arriba, casi no podía respirar. Mi misión consistiría en distraer a toda costa al guardabosques para que Hans pudiera hablar con Salomé.

— La criada nos hizo pasar al bonito salón, el guardabosques y su hija entraron al mismo tiempo y, al poco rato, el viejo me llevó a la habitación contigua para enseñarme unas escopetas de caza. Ellos se quedaron solos en el salón.

El guardabosques, un señor educado y tranquilo, fue muy amable conmigo, y yo examiné cada escopeta con la mayor minuciosidad posible. Pero no me sentía a gusto, pues tenía el oído atento a lo que ocurría en la habitación contigua, y lo que podía oír no contribuía precisamente a calmarme.

Su conversación, que había iniciado a media voz, pronto se convirtió en un susurro que se prolongó un buen rato; luego se oyeron algunas exclamaciones y, de pronto, al cabo de algunos minutos durante los cuales yo, con el alma en vilo, continuaba haciendo mi comedia, pude oír y, por desgracia también el guardabosques, cómo Hans Amstein hablaba encrespado y alzando la voz, casi gritando.

— Pero ¿qué ocurre? — exclamó el guardabosques y abrió la puerta bruscamente.

Salomé se había puesto de pie y dijo serenamente:

— El señor Amstein me ha hecho el honor de proponerme matrimonio, papá. Yo creo que debo rehusar... Hans estaba fuera de sí.

— ¡Debería darte vergüenza! — gritó —. Primero me alejas de la otra casi a la fuerza y ahora...

El guardabosques le interrumpió. En tono muy frío y con un dejo de altivez exigió que le explicaran qué significaba la escena. Puesto que Hans, después de un largo silencio y con la voz ronca de ira, empezó a dar explicaciones, tartamudeando, yo creí que debía intervenir, y a buen seguro acabé de echarlo todo a perder irremisiblemente. Pedí al guardabosques que me concediera algunos minutos para hablar solos, y le conté todo cuanto sabía. No oculté ninguna de las artes con las que Salomé había atraído a mi amigo. Tampoco callé lo que había visto aquella noche. El hombre no decía nada, escuchaba atentamente con los ojos cerrados y en su rostro se dibujó una expresión de sufrimiento. Después de cinco minutos volvimos al salón, donde Hans nos esperaba, solo.

— He oído cosas sorprendentes — dijo el guardabosques con una voz que pretendía ser firme —. Al parecer, mi hija le ha hecho insinuaciones. Pero usted olvidó que Salomé es todavía una niña.

— ¡Una niña! — exclamó él —. ¡Una niña!

— Hablaré con ella. Venga a verme mañana a esta misma hora y seguiremos la conversación.

Nos despidió con un gesto de fría cortesía y nosotros emprendimos el regreso, humillados y en silencio. Pero muy pronto tuvimos que apresurarnos, ya que se desató una fuerte tormenta, y a pesar de toda nuestra congoja, corrimos como lebreles para salvar nuestros trajes de gala.

A mediodía mi tío estaba de muy buen humor, pero nosotros tres no teníamos ganas de comer ni de conversar. Berta sentía que Hans se había distanciado y nos miraba con tanta tristeza y temor que dolía profundamente. Después del almuerzo fuimos a fumar nuestros cigarros al balcón de madera y oímos los truenos. Al contacto con la tierra caliente, la lluvia se evaporaba formando una niebla que cubría los prados y huertos, y el aire, cargado de humedad, olía intensamente a hierba. Yo no tenía ganas de hablar con Hans. Cada vez que le miraba me invadía un sentimiento de rencor y amargura. A mi memoria volvía la escena de la noche anterior: los dos saliendo del jardín en silencio y abrasándose casi con furia. Me hacía duros reproches a mí mismo por haber relatado la escena nocturna al guardabosques, y entonces comprendí lo mucho que se puede sufrir por una mujer, aunque hubiera renunciado a ella y no la pudiera aceptar por nada del mundo.

De pronto se abrió la puerta del balcón y entró una figura alta y oscura, que chorreaba agua de lluvia. Cuando se quitó la capa negra, reconocí a la hermosa Salomé y, antes de que ninguno de nosotros pronunciara una sola palabra, abandoné el balcón y ella se apresuró a cerrar la puerta. En la sala estaba Berta bordando y parecía muy triste. Durante un momento sentí una gran compasión por la pobre muchacha que me hizo olvidar todo lo demás.

— Berta, en el balcón está Salomé con Hans — le dije.

Se levantó, dejó el bordado y se puso muy pálida. Vi que temblaba y pensé que se echaría a llorar. Pero se mordió los labios y se mantuvo serena.

— Tengo que ir — dijo de pronto, y se fue.

La vi cómo caminaba, muy erguida, y abría la puerta del balcón y la cerraba tras de sí. Me quedé contemplando aquella puerta, tratando de imaginar lo que estaría ocurriendo al otro lado. Pero allí ya no podía hacer nada. Bajé a mi habitación, me senté con las piernas estiradas sobre una silla y me quedé fumando y escuchando la lluvia. Trataba de imaginar lo que pasaría arriba, entre los tres, y esta vez era a Berta a quien más compadecía.

Ya no llovía y el suelo caliente se había vuelto a secar casi por completo. Subí al comedor y encontré a Berta poniendo la mesa.

— ¿Se ha marchado Salomé? — pregunté.

— Hace rato. ¿Y tú dónde estabas?

— Me quedé dormido. ¿Y Hans?

— Se ha marchado.

— ¿Qué ha pasado entre vosotros?

— ¡Bueno, déjalo ya!

Pero yo no lo dejé, y ella tuvo que contármelo. Lo hizo en voz baja, tranquila, mirándome fijamente con su carita pálida. Aquella muchacha tan dulce era mucho más valiente de lo que yo imaginaba, incluso más que nosotros, los dos chicos.

Cuando Berta entró en el balcón, encontró a Hans arrodillado delante de Salomé, muy erguida y en actitud arrogante. Berta hizo un esfuerzo para sobreponerse y obligó a Hans a levantarse y le pidió una explicación. Lo confesó todo delante de Salomé, que se rió en no pocas ocasiones. Cuando él terminó, se produjo un largo silencio que se rompió en el momento en que Salomé se puso la capa e hizo ademán de marcharse. Entonces Berta dijo:

— ¡Tú te quedas!

Y a Hans:

— Te ha atrapado, pues que se quede contigo. Entre tú y yo todo ha terminado.

No llegué a enterarme de lo que Salomé contestó entonces, pero debió de ser algo fuerte. «No tiene corazón», dijo Berta, y cuando Salomé se dirigió hacia la puerta, nadie la detuvo ni la acompañó abajo. Entonces Hans pidió perdón a mi pobre prima. Le dijo que se marchaba aquel mismo día, que le olvidara, que no la merecía y cosas por el estilo. Y se fue.

Cuando Berta acabó de contármelo, yo quise intervenir para consolarla, pero antes de que pudiera abrir la boca, ella se echó sobre la mesa a medio poner, sacudida por sollozos sobrecogedores, sin aceptar ni una palabra ni un gesto de consuelo, y yo sólo pude quedarme allí de pie, esperando a que se calmara.

— ¡Vete, anda, vete ya! — dijo por fin.

Y me fui.

No me sorprendió que Hans no apareciera a cenar ni a dormir. Lo más probable era que hubiera regresado a Tubinga. Aún estaba allí la maleta pequeña, pero seguramente escribiría para pedir que se la mandáramos. Aquella huida no era digna, pero sí absolutamente comprensible. Lo malo era que yo estaba obligado a contarle aquel doloroso asunto a mi tío. Empezó a caer una fortísima tormenta y yo me retiré temprano a mi habitación.

A la mañana siguiente me despertaron voces y ruidos delante de la casa. Eran poco más de las cinco. Llamaron a la puerta. Me puse los pantalones y salí.

Sobre unas ramas de abeto, estaba tendido Hans Amstein con su chaqueta de lana gris. Un guardabosques y tres leñadores lo habían encontrado. Por supuesto, ya se habían sumado al grupo varios curiosos.

¿Sigo? No, amigos. La historia terminó. Hoy en día el suicidio de un estudiante no es un caso aislado, pero entonces había respeto por la vida y la muerte. Se habló durante mucho tiempo de mi amigo Hans. Y yo aún no he podido perdonar a la frívola Salomé.

Aunque ella ya lo pagó. Entonces se lo tomó muy a la ligera, pero también le llegó el momento de vivir la vida en serio. Su camino no fue nada fácil, tampoco llegó a vieja. ¡Otra buena historia! Pero la dejamos para otro día. ¿Descorchamos otra botella?

Julio

La casa de campo Erlenhof se encontraba en la alta planicie, no muy lejos del bosque y la montaña.

Delante de la casa había una amplia explanada de gravilla, donde desembocaba la carretera. Allí se podían estacionar los coches cuando llegaba alguna visita. Fuera de estas ocasiones, la plaza cuadrangular siempre estaba vacía y silenciosa, y parecía más grande de lo que era, especialmente durante el buen tiempo estival, cuando la deslumbrante luz del sol y el aire cálido la llenaban de tal manera que la idea de atravesarla no resultaba nada agradable.

Esta explanada y la carretera separaban la casa del jardín. Al menos era así como lo llamábamos, «jardín», aunque en realidad fuera un parque de regulares dimensiones, no muy amplio pero frondoso, con olmos espléndidos, arces y plátanos, caminos sinuosos, un grupo de abetos jóvenes y muchos bancos para descansar. Había varios espacios con césped iluminados por el sol, algunos vacíos y otros adornados con círculos de flores o arbustos ornamentales, y en medio de aquel alegre y cálido prado se erguían, solitarios y extraños, dos grandes árboles.

Uno era un sauce llorón. Su tronco estaba rodeado por un estrecho banco de listones de madera, y a su alrededor colgaban las ramas suaves y lánguidas, tan densas que el interior semejaba un toldo o un pequeño templo donde, a pesar de las perennes sombras y la luz mortecina, la temperatura se mantenía constante.

El otro árbol, separado del sauce por un prado rodeado por una cerca baja, era una imponente haya roja. De lejos parecía de color marrón oscuro, casi negro. Pero si te acercabas o te situabas debajo y mirabas hacia arriba, las hojas de las ramas exteriores ardían, traspasadas por la luz del sol, en un cálido y suave fuego color púrpura y relumbraban festivamente como el vitral de una iglesia. La vieja haya roja no sólo era la pieza más bella del jardín, sino también la más famosa y extraordinaria, y se veía desde todos los ángulos. Se alzaba, solitaria y oscura, en la claridad del prado, y era tan alta que cuando se la contemplaba desde el parque su copa redonda y espesa, hermosa y bellamente abovedada, se recortaba en el azul del cielo, y cuanto más claro y brillante era el azul, tanto más oscura y solemne destacaba. Su aspecto cambiaba según el tiempo que hiciera o la hora del día. Muchas veces se diría que era consciente de su belleza, y que no en vano se erguía, solitaria y orgullosa, lejos de los otros árboles. Estaba ufana, y miraba a su alrededor con frialdad, elevándose hacia el cielo. Pero otras veces parecía darse cuenta de que era la única de su especie en el jardín, y de que no tenía hermanas. Entonces contemplaba en la lejanía a los demás árboles, buscaba algo y sentía nostalgia. Por las mañanas destacaba su hermosura, y también por las tardes, hasta que el sol se volvía rojo; pero llegaba un momento en que se apagaba repentinamente y parecía que a su alrededor se hacía la noche una hora antes que en cualquier otro sitio. Pero sin duda el aspecto más singular y tenebroso lo tenía en los días de lluvia. Mientras los demás árboles respiraban y se estiraban y relucían con un verde más claro, ella estaba como muerta en su soledad, negra desde la copa hasta el suelo. Aunque no temblaba, se veía que tenía frío y malestar y que sentía vergüenza por estar tan sola y abandonada.

Antes, el parque de recreo, cuidado con esmero, era una verdadera obra de arte. Pero llegó una época en que los hombres se cansaron de cuidarlo, cultivarlo y podarlo, y como ya no se encargaban jardines con plantas modeladas a base de esfuerzo y trabajo, los árboles pasaron a depender de ellos mismos. Se hicieron amigos entre sí, olvidaron su función decorativa y su aislamiento, y, por necesidad, recordaron su antiguo origen silvestre, se aproximaron, se abrazaron y se protegieron los unos a los otros. Cubrieron los rectilíneos caminos con su espeso follaje, y extendieron sus raíces para atraparlos

y convertirlos en suelo nutritivo; sus copas se abrazaron y entrelazaron y vieron que bajo su protección nacían multitud de arbolitos, que fueron llenando los espacios vacíos con sus troncos más lisos y los colores más claros de su follaje, reconquistando el suelo, y con su sombra y la caída de las hojas volvieron la tierra negra, blanda y fértil, y así pudieron ayudar también un poco a los musgos, las hierbas y los matorrales.

Cuando más tarde llegó gente nueva y quiso utilizar el antiguo jardín para solaz y recreo, éste ya se había convertido en un pequeño bosque. No quedó más remedio que conformarse. Se reconstruyó el viejo camino entre las dos filas de plátanos, pero en lo demás tuvieron que contentarse con trazar algunos estrechos y serpenteantes senderos entre la espesura, sembrar hierba en los claros desnudos y colocar en lugares más apropiados algunos bancos pintados de verde. Y los descendientes de quienes habían plantado los plátanos perfectamente alineados y los habían podado y arreglado a su gusto, volvieron como huéspedes con sus hijos, y se alegraban de que tras el prolongado abandono los paseos se hubieran convertido en un bosque donde el sol y el viento podían descansar, los pájaros cantar y los hombres perderse en sus pensamientos, sueños y pasiones.

Paul Abderegg estaba tendido en la penumbra, entre los árboles y la pradera, y tenía en las manos un libro encuadrado en blanco y rojo. Leía, levantaba la mirada sobre los prados, hacia el infinito. Iba justo en el pasaje donde Frithjof se hacía a la mar; Frithjof, el amante, el ladrón de templos, el desterrado de la patria. Con resentimiento y pesar en su pecho, navega por mares inhóspitos, de pie delante del timón. La tempestad y el oleaje amenazan al frágil velero, y una amarga nostalgia embarga al esforzado timonel.

En el prado subía la temperatura, las cigarras entonaban su canto sonoro y estridente y en el interior del bosque los pájaros trinaban en un tono más moderado y dulce. Era muy hermoso, en aquella confusión de aromas, sonidos y rayos de sol, mirar parpadeando el cielo ardiente, escuchar el rumor de los árboles, o cerrar los ojos y estremecerse, sintiendo el profundo y cálido bienestar en todo el cuerpo. Pero Frithjof navegaba en el mar y al día siguiente habría visita, y si Paul no terminaba el libro hoy, ya no lo haría, como le pasó el otoño anterior. Entonces se tendió en el mismo lugar y comenzó con La saga de Frithjof, pero llegó una visita y ése fue el fin de la lectura. Allí se quedó el libro, pero él volvió a la ciudad y a sus estudios, y pensaba, entre Homero y Tácito, en el libro empezado y en lo que sucedería en el templo con el anillo y la estatua. Leía con renovado afán, en voz baja, y encima de él la brisa se filtraba entre las coronas de los olmos, los pájaros cantaban y brillantes mariposas, mosquitos y abejas revoloteaban. Y cuando terminó y se puso de pie de un salto, ya había leído el libro hasta el final, y el prado estaba lleno de sombras y en el cielo rojizo se apagaba la tarde. Una abeja cansada se posó en su brazo y se dejaba llevar. Las cigarras seguían cantando. Paul empezó a andar a paso rápido, entre los arbustos y por el camino de los plátanos y luego por la calle y la silenciosa explanada, hasta la casa. Era hermoso verle, en la esbelta fuerza de sus dieciséis años, con la cabeza agachada y los ojos tranquilos, absorto aún en las aventuras del héroe nórdico que le habían sumido en un estado de profunda reflexión.

El salón de verano, donde se servían las comidas, estaba en la parte posterior de la casa. En realidad, era un pabellón, separado del jardín por una pared de vidrio, que sobresalía de la casa formando una pequeña ala lateral. Allí estaba el verdadero jardín, que en otras épocas se había llamado «del lago», aunque en lugar de lago había sólo un pequeño estanque alargado que se extendía entre bancales, emparrados, senderos y árboles frutales. La escalera que comunicaba el pabellón con el exterior estaba adornada con adelfas y palmeras; por lo demás, el jardín «del lago» no tenía un aspecto señorial, sino agradablemente campestre.

— Así que mañana llegan los invitados — dijo el padre —. Espero que te alegrarás, ¿no, Paul?

— Sí, por supuesto.

— Pero no de corazón, ¿verdad? Sí, hijo mío, así son las cosas. Para las pocas personas que somos, la casa y el jardín son demasiado grandes, y sería una pena que nadie más disfrutara de este sitio tan magnífico. Una casa de campo y un parque existen para que los disfruten gentes alegres, y cuantos más sean, mejor. Por cierto, llegas con un solemne retraso; ya han retirado la sopa.

Entonces se dirigió al preceptor:

— Mi apreciado señor, ¿cómo que no se le ve nunca en el jardín? Yo creía que a usted le entusiasmaba

la vida en el campo.

El señor Homburger frunció el entrecejo.

— Quizá tenga usted razón. Pero quisiera dedicar el mayor tiempo posible de mis vacaciones a mis estudios privados.

— ¡Muy loable, señor Homburger! Cuando su fama se extienda por el mundo mandaré colocar una placa debajo de la ventana de su habitación. Espero vivirlo, se lo aseguro.

El preceptor tenía un gesto contrariado. Estaba muy nervioso.

— Usted exagera mis ambiciones — dijo en tono gélido —. Me es totalmente indiferente si mi nombre llega a conocerse o no. En cuanto a la placa...

— Oh, no se preocupe, señor mío. Realmente, es demasiado modesto. Paul, ¡toma ejemplo!

A la tía le pareció que había llegado la hora de echarle una mano al preceptor. Conocía bien ese tipo de diálogos que tanto entusiasmaban al dueño de casa y que tanto temía. Preguntó si alguien quería vino y con esta excusa desvió la conversación por otros derroteros y mantuvo el control.

Las conversaciones giraban en torno a la llegada de los huéspedes. Paul apenas escuchaba. Comía con voracidad y al mismo tiempo se preguntaba cómo era posible que el joven preceptor pareciese siempre mayor que su padre, que ya tenía canas.

Frente a las ventanas y las puertas de cristal, el jardín, el arbolado, el estanque y el cielo comenzaron a transformarse, tocados por las primeras sombras de la noche. Los arbustos se volvieron negros y se unieron en olas oscuras, y los árboles, cuyas copas recortaban el lejano perfil de las colinas, se estiraron hacia el diáfano cielo con una pasión silenciosa y adquirían formas insospechadas nunca vistas de día. El paisaje, diverso y fecundo, iba perdiendo poco a poco su carácter plácidamente variopinto y disperso, contrayéndose en grandes masas compactas. Las montañas lejanas se levantaban con mayor decisión y nitidez; la planicie yacía entre sombras y sólo dejaba entrever las ondas más pronunciadas del terreno. Delante de las ventanas, la poca luz del día que aún quedaba luchaba sin fuerzas con los fulgores de las lámparas.

Paul estaba de pie ante la puerta abierta, mirando sin atención y sin pensar. Debía de pensar en algo, pero no en lo que veía. Veía cómo anocheecía. Pero no podía apreciar la belleza. Era demasiado joven y vivaz para fijarse en eso o contemplarla y sentir una gran admiración. Paul pensaba en una noche en el mar del Norte. En una orilla, entre la oscura arboleda, el templo incendiado lanza tétricas llamaradas, fuego y humo hacia el cielo; el mar se rompe en las rocas y refleja salvajes luces rojas; en la oscuridad, una nave vikinga huye con las velas desplegadas.

— Oye, muchacho — gritó el padre —, ¿qué novelón estabas leyendo aquí fuera?

— Ah, el Frithjof.

— Vaya, vaya. ¿Los jóvenes aún leen eso? Señor Homburger, ¿qué opina? ¿Qué concepto se tiene hoy sobre este viejo sueco? ¿Aún conserva algún valor?

— ¿Se refiere usted a Esaias Tegnér?

— Sí, a Esaias. ¿Y bien?

— Está muerto, señor Abderegg; completamente muerto.

— ¡Ya lo creo! En mis tiempos, es decir, cuando yo lo leía, ya lo estaba. Lo que le preguntaba es si aún está de moda.

— Lo siento, no sé nada de la moda. Por lo que respecta a su valoración científica y estética...

— Sí, a eso me refería. ¿Qué dice la ciencia?

— La historia de la literatura sólo menciona el nombre. Fue, como usted bien decía, una moda. Lo auténtico, la calidad, nunca ha sido moda, pero perviven. Y Tegnér, como ya he dicho antes, está muerto. Para nosotros no existe. Nos parece falso, amanerado, empalagoso...

Paul se volvió bruscamente.

— ¡Eso no puede ser, señor Homburger!

— ¿Puedo preguntar por qué no?

— Porque es hermoso. ¡Es simplemente hermoso!

— Ah, ¿sí? Pero eso no es motivo para ponerse de esta manera.

— Usted dice que es empalagoso y que no vale nada. Pero es realmente hermoso.

— ¿Eso es lo que usted cree? De acuerdo, si usted está tan seguro de saber lo que es hermoso, le deberían asignar una cátedra. Pero ya ve, Paul, que esta vez su juicio no concuerda con la estética. Fíjese, es justamente lo contrario de lo que sucede con Tucídides. Para la ciencia es hermoso y para usted es horrible. Y el Frithjof.

— ¡Pero eso no tiene nada que ver con la ciencia!

— No hay nada, absolutamente nada en el mundo que no tenga que ver con la ciencia. Pero, señor Abderegg, si usted lo permite, voy a retirarme.

— ¿Tan pronto?

— Debería seguir escribiendo.

— Es una lástima, precisamente ahora que habíamos empezado una conversación tan amena. Pero la libertad ante todo. ¡Buenas noches!

El señor Homburger abandonó la sala en actitud cortés y ceremoniosa, y se perdió por el pasillo sin hacer ruido.

— Paul, ¿así que te han gustado las viejas aventuras? — dijo el dueño de la casa riendo —. Entonces, no permitas que ninguna ciencia te las haga aborrecer, si no, la culpa es tuya. ¿No estarás enfadado?

— Bah, no es nada. Pero, ¿sabes?, tenía la esperanza de que el señor Homburger no viniese al campo con nosotros. Tú dijiste que en estas vacaciones no era necesario que me dedicara a estudiar.

— Sí, si lo he dicho es así, y puedes estar contento. Pero el señor Homburger no te va a comer.

— ¿Por qué ha venido?

— Ya ves, hijo. ¿Dónde se iba a quedar? La casa donde vive no es lo que se dice bonita. ¡Y yo también quiero distraerme! Tratar con personas instruidas y doctas es siempre beneficioso, recuérdalo. No quisiera prescindir del señor Homburger.

— Bueno, papá, nunca se sabe si hablas en serio o en broma.

— Pues aprende a distinguir, hijo. Te será de provecho. Pero ahora vamos a tocar un poco de música, ¿de acuerdo?

Paul recuperó el buen humor y siguió a su padre hasta la sala contigua. No era frecuente que su padre tocara con él sin habérselo pedido. Y no era de extrañar, pues el padre era un virtuoso tocando el piano, y el chico, comparado con él, sólo aporreaba las teclas.

La tía Gret se quedó sola en la otra habitación. Padre e hijo eran de ese tipo de músicos a los que no les gusta tener espectadores, pero sí alguien que no ven aunque saben que está sentado y escucha. La tía lo sabía bien. ¿Cómo no lo iba a saber? ¿Cómo podía desconocer ningún detalle, por pequeño que fuera, de las dos personas a las que consideraba como hijos y que desde hacía años rodeaba de amor y protección?

Se sentó tranquilamente en uno de los sillones de mimbre y escuchó. Se trataba de una obertura a cuatro manos que no era la primera vez que oía, pero cuyo nombre no sabría decir; y es que aunque le gustaba la música, no entendía mucho. Sabía que al terminar, el padre o el hijo saldrían y le preguntarían:

— Tía, ¿qué pieza era?

Y ella contestaría «una de Mozart» o «de la ópera Carmen», y ellos se reírían, pues nunca acertaba.

Escuchaba, se recostaba y sonreía. Lástima que nadie pudiera verla, pues su sonrisa era una maravilla. Sonreía menos con los labios que con los ojos; todo el rostro, la frente y las mejillas resplandecían desde su interior y reflejaban una comprensión y un amor profundos.

Sonreía y escuchaba. Era una música hermosa y le gustó sobremanera. Pero no sólo estaba pendiente de la obertura, aunque intentaba no perderse ni una nota. Sobre todo trataba de averiguar quién se sentaba frente a las notas agudas y quién frente a las graves. Paul se sentaba frente a las graves, lo distinguió enseguida. No es que Paul desafinara, pero las notas altas sonaban tan ligeras, intrépidas y entonadas que ningún alumno podría tocarlas así. Y entonces la tía pudo imaginarse toda la escena. Los veía a ambos sentados ante el piano de cola. En los pasajes brillantes veía al padre sonreír satisfecho y con cariño. A Paul, en cambio, en esos pasajes lo veía irguiéndose sobre el asiento, con la boca abierta y la mirada encendida. En los compases más alegres, trataba de oír si Paul reía. En esos momentos el padre solía hacer alguna mueca, o un jovial movimiento de brazos, por lo que a los jóvenes no les resultaba nada fácil contener la risa.

A medida que avanzaba la obertura, la señorita imaginaba con más claridad a los dos hombres y leía más hondo en sus rostros excitados por la música. Y con el ritmo veloz de la pieza, pasaba ante ella una gran parte de vida, de experiencia y de amor.

Ya era de noche; se habían deseado las buenas noches y cada uno había entrado en su habitación. Aquí y allá se abría o cerraba una puerta o una ventana. Luego, todo quedó en silencio.

Algo tan natural en el campo como es el silencio de la noche, para la gente de la ciudad es siempre como un milagro. Para el que llega de la ciudad a una finca o una casa de labranza y la primera noche está frente a la ventana o tendido en la cama, este silencio le sobrecoge como un encantamiento o un puerto de descanso, como si estuviera más cerca de lo verdadero y saludable y sintiera un halo de eternidad.

Aun así, el silencio no es perfecto. Está lleno de sonidos, pero se trata de sonidos oscuros, apagados y misteriosos de la noche, mientras que en la ciudad los ruidos nocturnos son tan molestos como los del día. Es el croar de los sapos, el susurro de los árboles, el cantar del riachuelo, el vuelo de un ave nocturna o de un murciélago. Y cuando pasa un carro rezagado o un perro ladra en un patio, es un saludo deseado de la vida y queda majestuosamente apagado y absorbido en el espacio.

El preceptor tenía aún la luz encendida y caminaba por la habitación, inquieto y cansado. Había leído casi hasta la medianoche. El señor Homburger no era lo que parecía o pretendía ser. No era un pensador. Ni tampoco era una mente apta para la ciencia. Pero tenía algunas cualidades, y era joven. Por lo tanto, y ya que en su ser no había esa esencia, no podían faltarle ideales.

Por aquel tiempo estaba ocupado con ciertos libros, en los cuales algunos jóvenes con unas mentes extrañamente flexibles se imaginaban que contribuían a una nueva cultura hablando en un lenguaje blando y armonioso, robando pequeñas joyas de Ruskin o Nietzsche, de fácil aceptación. Resultaba más divertido leer aquellos libros que no al propio Ruskin o a Nietzsche, ya que poseían una gracia coqueta, eran ricos en pequeños matices y distinguidos, como de seda. Y cuando hacía falta un golpe certero, o palabras autoritarias y apasionadas, entonces citaban a Dante o a Zaratustra.

Por eso Homburger tenía el entrecejo adusto, la mirada fatigada como si la hubiera paseado por espacios inmensos y su andar era nervioso e irregular. Sentía que la vacía realidad diaria que le rodeaba estaba a punto de resquebrajarse y que había que aceptar a los nuevos profetas y portadores de felicidad. La belleza y el talento inundarían aquel nuevo mundo, y cada paso que se diera estaría lleno de poesía y sabiduría.

Ante su ventana se abría el cielo estrellado, las nubes suspendidas, el parque adormecido, el campo respirando soñoliento y la noche con toda su belleza. La noche esperaba que él se asomase a la ventana para contemplarla. Esperaba asombrar su corazón con anhelo y nostalgia, refrescar sus ojos, liberar las alas atadas de su alma. Pero él se acostó, acercó la lámpara y continuó leyendo.

Paul Abderegg no tenía la luz encendida, pero aún no dormía sino que estaba sentado en camión en el alféizar de la ventana y contemplaba las copas inmóviles de los árboles. Había olvidado al héroe Frithjof. No pensaba en nada concreto, simplemente gozaba de la hora tardía, que despertaba en él una intensa felicidad que no le dejaba dormir. ¡Qué hermosas se veían las estrellas en la oscuridad! ¡Y qué bien había tocado hoy su padre! ¡Y qué tranquilo y fabuloso era el jardín en medio de las sombras!

La noche de julio envolvía al muchacho tierna y profundamente, le acogía en silencio, refrescaba lo que en él había aún de cálido y ardiente. Suavemente le quitaba la exuberancia de su juventud, hasta que sus ojos descansaron y las sienas se enfriaron, y luego le miró sonriendo a los ojos, como una buena madre. El muchacho ya no sabía quién le miraba ni dónde estaba; se encontraba adormilado en el lecho, su respiración era honda y miraba abstraído unos grandes ojos serenos en cuyo espejo el ayer y el hoy que se convertían en imágenes extrañamente compenetradas y en sagas difíciles de descifrar.

También en la ventana del preceptor oscureció. Si en aquellas horas algún caminante nocturno hubiera pasado por la carretera y hubiera visto la casa y la explanada, el jardín y el parque sumidos en aquel silencio, quizás habría sentido algo de nostalgia del hogar y se habría alegrado, con un toque de envidia, del tranquilo espectáculo. Y si se hubiera tratado de un pobre vagabundo sin techo habría podido entrar con confianza en el parque, que permanecía abierto y sin vigilancia, y buscar el banco más largo para pasar la noche.

Por la mañana, el preceptor había madrugado, contra su costumbre, más que todos los demás. No

por eso estaba de buen humor. Tanto rato leyendo junto a la lámpara le había provocado dolor de cabeza; cuando finalmente apagó la luz, la cama estaba demasiado caliente y revuelta para dormir y se levantó sin ánimos, con escalofríos y con los ojos turbios. Percibió más claramente que nunca la necesidad de un nuevo Renacimiento, pero de momento no tenía ganas de seguir estudiando, sino que sintió el imperioso deseo de respirar aire fresco. Abandonó la casa sin hacer ruido y se adentró por los campos, lentamente.

Por todos lados había campesinos que trabajaban y echaban miradas fugaces al caminante, al cual le pareció ver de vez en cuando alguna expresión burlona. Esto le dolía y se apresuró a llegar al bosque cercano, donde le envolvió el frescor y la suave penumbra. Durante media hora estuvo dando vueltas, malhumorado. Luego sintió un vacío interior y empezó a pensar si no era ya hora de tomar un café. Retornó a la casa, a través de campos ya inundados de sol y calor, pasando nuevamente junto a los incansables campesinos.

De pronto, cuando ya se encontraba en la puerta de la casa, le pareció poco elegante presentarse a desayunar con tanta ansia y avidez. Se obligó a dar media vuelta, y decidió dar un paseo por los caminos del parque, a paso moderado, para evitar sentarse a la mesa sin aliento. Caminaba con forzada lentitud por la avenida de los plátanos cuando al girar hacia el rincón de los olmos, le asustó un espectáculo inesperado.

Sobre el último banco, un poco oculto entre los saúcos, yacía un hombre. Estaba tendido boca abajo y su cara reposaba entre los codos y las manos. En su primera impresión, el señor Homburger pensó en un horrible crimen, pero, por la fuerte y profunda respiración del yacente enseguida se dio cuenta de que era un hombre dormido. Su aspecto era andrajoso, y a medida que el preceptor se percataba de que estaba frente a una persona joven y débil, más se enardecía y más fuerte crecía su indignación. Lleno de superioridad y orgullo viril, tras un largo titubeo se acercó decidido y sacudió al durmiente.

— ¡Levántese, hombre! ¿Qué hace usted aquí?

El jovencito se incorporó, alarmado y tambaleándose, y miró a su alrededor, aturdido y sin entender nada. Ante sí vio a un señor con levita que le interrogaba en tono imperioso y, mientras pensaba qué significaba eso, recordó que por la noche había entrado en un jardín abierto y había pernoctado allí. Su intención era marcharse al despuntar el día, pero se había dormido y ahora le pedían cuentas.

— ¿No puede decirme qué está haciendo aquí?

— Sólo estaba durmiendo — musitó y acabó de incorporarse.

Cuando se puso de pie, su complexión delgada confirmó lo que ya anunciaba la expresión adolescente, casi infantil, de su rostro. Podría tener dieciocho años, a lo sumo.

— ¡Venga conmigo! — ordenó el preceptor, y condujo al forastero, que le seguía con docilidad, hasta la casa, donde en aquel preciso momento el señor Abderegg se asomaba a la puerta.

— Buenos días, señor Homburger. Se ha levantado temprano. Pero ¿qué extraña compañía trae usted?

— Este mozo ha utilizado su parque como albergue nocturno. Me he sentido en la obligación de comunicárselo.

El dueño de la casa lo comprendió inmediatamente. Sonrió.

— Se lo agradezco, querido señor. Francamente, no pensaba que era usted un corazón tan blando. Pero tiene razón; es evidente que el pobre chico debe tornar, al menos, un café. ¿Quiere decirle a la señorita que le prepare el desayuno? O, si no, mejor vamos a llevarle a la cocina. Venga, hijo, todavía debe de quedar alguna cosa.

Durante el desayuno, el cofundador de una nueva cultura se rodeó de un halo majestuoso de seriedad y silencio, que regocijó al viejo señor. Sin embargo, no le gastó bromas, pues los huéspedes esperados para aquel mismo día ocupaban todos sus pensamientos.

La tía brincaba, solícita y sonriente, de una habitación a otra; las criadas participaban con moderación en el ajeteo, o reían, contemplándola jocosamente; y a mediodía, el dueño de casa y Paul cogieron el coche para ir a la cercana estación de tren.

Aunque Paul rehuía, dado su temperamento, las interrupciones causadas por las visitas en su vida habitualmente tranquila de vacaciones, también le gustaba conocer, a su modo, lo mejor posible a los huéspedes, observar su forma de ser y, de ser factible, asimilarla. Así, durante el viaje de vuelta a

casa en el coche algo sobrecargado, observó con atención a los tres huéspedes: primero al profesor, que hablaba animadamente y luego, con algo de timidez, a las dos muchachas.

El profesor le cayó bien, por el mero hecho de ser amigo íntimo de su padre. En general, le encontró un poco mayor y severo pero en absoluto antipático y, en cualquier caso, extremadamente inteligente. Resultó mucho más difícil aclararse sobre las muchachas. Una de las dos era muy jovencita, casi una criatura, más o menos de su misma edad. Lo importante consistiría en averiguar si eran de carácter burlón o amistoso y, según eso, habría discordia o amistad entre ellos. En el fondo, todas las muchachas de esa edad eran idénticas, y resultaba igual de difícil hablar o entenderse con ellas. Le gustó que al menos fuera silenciosa y no estallara en un mar de preguntas.

La otra le hizo pensar más. Tendría, aunque Paul no entendía de esos cálculos, veintitrés o veinticuatro años, y era de ese estilo de señoritas a las que le gustaba mirar y contemplar de lejos, pero cuya proximidad le intimidaba y le dejaba indefenso. En esas personas no sabía separar del todo la hermosura natural de la elegancia y la forma de vestir; generalmente encontraba que sus gustos y sus peinados eran amparados, e intuía que poseían una serie de amplios conocimientos superiores sobre cosas que para él eran un profundo misterio.

Cuando pensaba en ello, odiaba a las mujeres de esa clase. Todas eran hermosas, pero tenían la misma humillante arrogancia y seguridad en los ademanes, eran pretenciosas y con los chicos de su edad mostraban una forma de altiva condescendencia. Y cuando reían o sonreían, lo cual hacían con frecuencia, parecían insoportablemente falsas y afectadas. En ese aspecto, las muchachas eran mucho más soportables.

En la conversación sólo participó, además de los dos hombres, la señorita Thusnelde, que era la mayor, la elegante. La pequeña y rubia Berta callaba con la misma timidez y obstinación que Paul, frente al cual estaba sentada. Llevaba un gran sombrero de paja de color natural, algo ladeado, con grandes lazos azules y un ligero vestido veraniego, azul pálido, con el cinturón suelto y estrechas costuras blancas. Parecía totalmente perdida en la contemplación de los campos soleados y los tibios trigales. Pero de vez en cuando lanzaba breves miradas a Paul. Habría ido más a gusto a la finca si el muchacho no hubiera estado allí. Le parecía muy formal pero listo, y los listos eran, por regla general, los más antipáticos. De cuando en cuando le diría alguna palabra extranjera indescifrable o le haría una pregunta capciosa, por ejemplo, el nombre de una flor silvestre y, al comprobar que no lo sabía, sonreiría irónicamente, y así una y otra vez. Lo había aprendido de sus dos primos, uno universitario y el otro bachiller, y éste era peor, se mostraba impertinente algunas veces; otras, simulaba una galantería burlona que la ponía enferma y que tanto miedo le daba.

Pero Berta había aprendido una cosa, y había decidido cumplirla, costase lo que costase: no debía llorar nunca, bajo ningún pretexto. Ni llorar ni enfadarse, de lo contrario, estaba perdida. Y mientras estuviera allí no quería que esto ocurriese de ningún modo. Su consuelo era pensar que tenía una tía en la que podría refugiarse en caso de necesidad.

— Paul, ¿es que te has vuelto mudo? — exclamó de pronto el señor Abderegg.

— No, papá, ¿por qué?

— Porque olvidas que no estás solo en el coche. Podrías mostrarte algo más amable con Berta. Paul suspiró imperceptiblemente e inició conversación:

— Mire, señorita Berta, allí detrás está nuestra casa.

— Pero, hijos, ¿os vais a tratar de usted?

— No sé, papá... creo que sí.

— ¡Cómo queráis! Pero es completamente innecesario.

Berta se sonrojó y cuando Paul lo notó, le ocurrió lo mismo. Su diálogo ya había tocado fin, y ambos se alegraron de que los mayores no lo advirtieran. Se sentían molestos y respiraron aliviados cuando el coche se adentró con un crujido en la explanada y se detuvo ante la casa.

— Me permite, señorita — dijo Paul, y ayudó a Berta a bajar.

Y con esto había cumplido de momento con sus obligaciones, pues la tía ya estaba en la puerta y toda la casa parecía sonreír, se abría y los invitaba a entrar: los saludó de manera cordial, acogedora y alegre, y a cada uno le estrechó la mano hasta dos veces. Acompañó a los huéspedes a sus habitaciones y les rogó que acudiesen a la mesa cuanto antes y con mucho apetito.

Sobre los blancos manteles lucían dos ramos de flores, cuyos olores se mezclaban con los de los manjares. El señor Abderegg trinchó el asado; la tía supervisaba atentamente platos y fuentes. El profesor, de buen humor y vestido de levita, ocupó el puesto de honor, satisfecho y solemne; lanzaba delicadas miradas a la tía e importunaba al dueño de la casa, que estaba inmerso en su faena, con innumerables preguntas y chistes. La señorita Thusnelde ayudaba a pasar los platos, graciosa y sonriente, y no tenía la sensación de estar muy ocupada, pues su vecino de mesa, el preceptor, comía poco y hablaba aún menos. La presencia del venerable profesor y de las dos jóvenes damas ejercía sobre él un efecto paralizante. Angustiado por miedo a ser atacado constantemente o, incluso, ofendido en su joven dignidad, pretendía defenderse lanzando miradas glaciales y adoptando un forzado mutismo.

Berta se sentó junto a la tía y se sintió protegida. Paul se dedicó a comer copiosamente para no verse envuelto en la conversación, se desentendió de los demás y disfrutó de la comida más que nadie.

Hacia el final de la comida, el dueño de la casa, tras una dura contienda verbal con su amigo, tomó la palabra y ya no la dejó. Sólo entonces, el vencido profesor encontró tiempo para comer, haciéndolo con moderación. El señor Homburger se dio cuenta al fin de que nadie quería atacarle, pero reconoció, demasiado tarde, que su silencio había sido interpretado como una descortesía, y le pareció que su vecina le contemplaba con una expresión irónica. Por ello hundió tanto la cabeza, que se le formó un pliegue bajo la barbilla, enarcó la ceja y parecía como si su pensamiento diera vueltas a graves problemas.

Ante el retraimiento del preceptor, la señorita Thusnelde inició una conversación muy cariñosa con Berta, en la que también participó la tía.

Mientras tanto, Paul había comido abundantemente, y al sentirse satisfecho en demasía, dejó el cuchillo y el tenedor. Al levantar la mirada sorprendió al profesor, por casualidad, en un momento cómico: tenía entre los dientes un bocado considerable, del cual no había retirado aún el tenedor, cuando una frase contundente en el discurso del Abderegg le llamó la atención. De esa forma se olvidó de retirar el tenedor y miró asombrado, con la boca abierta, a su locuaz amigo. Entonces Paul no pudo resistir un repentino ataque de risa y estalló en unas carcajadas contenidas que apenas consiguió contener.

Enredado como estaba en su discurso, el señor Abderegg sólo encontró tiempo para lanzarle una rápida mirada llena de cólera. El preceptor pensó que él había provocado la risa y se mordió los labios. De pronto, Berta también se echó a reír, sin motivo aparente. Se alegró de que Paul hubiera mostrado esa faceta de chiquillo. Al menos no era uno de esos muchachos intachables.

— ¿Qué es lo que le ha provocado la risa? — preguntó la señorita Thusnelde.

— Oh, nada en especial. ¿Y a ti, Berta?

— Nada, tampoco; es que él me ha hecho reír.

— ¿Quieren que les sirva un poco más de vino? — preguntó el señor Homburger en tono cohibido.

— No, gracias.

— A mí sí, por favor — dijo la tía con amabilidad, aunque después ni lo cató.

Recogieron la mesa y se sirvió el café, el coñac y los cigarros.

La señorita Thusnelde le preguntó a Paul si él también fumaba.

— No — respondió él-, no me gusta. — Pero, tras una pausa, añadió con severidad —: Aún no me lo permiten.

Cuando dijo esto, la señorita Thusnelde le sonrió con picardía, ladeando un poco la cabeza. En ese momento al muchacho le pareció encantadora, y se arrepintió de su primer juicio de repulsa.

Quién sabe, incluso podía ser simpática.

La noche era tan cálida y agradable que hacia las once aún estaban sentados fuera, en el jardín, bajo el vacilante resplandor de las antorchas. Y ya nadie pensó en que los huéspedes debían de estar cansados del viaje y que deseaban acostarse pronto.

El aire cálido iba, inconstante y evocador, en suaves y bochornosas ráfagas. El cielo estrellado estaba claro y resplandeciente en lo alto, pero intensamente oscuro cerca de las montañas, y dorado cuando un relámpago lo cruzaba con sus venas febriles. Los arbustos despedían un olor suave y penetrante, y el blanco jazmín destacaba con pálido fulgor entre las sombras.

— ¿Así que usted cree que la reforma de nuestra cultura no surgirá de la conciencia colectiva, sino de algunos individuos geniales?

El profesor hizo la pregunta con cierto tono condescendiente.

— Eso es lo que pienso... — replicó el preceptor con cierta altivez, y soltó un larguísimo discurso que, excepto el profesor, nadie escuchó.

El señor Abderegg bromeaba con la pequeña Berta, y la tía acudió en su ayuda. Estaba cómodamente sentado en el sillón, y tomaba vino blanco con sifón.

— ¿Así que usted también leyó el Ekkehard? — preguntó Paul a la señorita Thusnelde. La muchacha estaba recostada en una tumbona muy baja, tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos fijos en el firmamento.

— Pues sí — dijo —. Pero a usted aún le deberían prohibir leer esos libros.

— ¿Ah sí?, ¿por qué?

— Porque aún no puede entenderlo todo.

— ¿Usted cree?

— Naturalmente.

— Pero hay pasajes que creo haber entendido mejor que usted.

— ¿De veras? ¿Cuáles?

— Los escritos en latín.

— ¡Qué chistes hace usted! Paul estaba alborozado. Le habían permitido beber algo de vino con la cena, la plácida y oscura noche le invitaba a hablar, y tenía curiosidad por averiguar si podía sacar a la elegante dama de su habitual serenidad e inducirle a replicarle con vehemencia o hacerla reír. Pero ella no le miraba. Estaba inmóvil, su rostro miraba hacia arriba, una mano sobre el sillón y la otra colgando hasta el suelo. Su blanco cuello y su cara pálida destacaban con una tenue luminosidad sobre el fondo oscuro de los árboles.

— ¿Qué es lo que más le ha gustado del Ekkehard? — preguntó ella, otra vez sin mirarle.

— La borrachera del señor Spazzo.

— ¿Ah sí?

— No; cómo expulsan a la vieja del bosque.

— ¿De verdad?

— O quizá lo que más me gustó fue cómo Práxedes le ayuda a escaparse de la cárcel. Es magnífico.

— Sí, muy bien. Pero ¿qué pasaba?

— Ella derrama ceniza...

— Ah, sí, sí. Ya lo recuerdo.

— Pero ahora usted me tiene que decir qué es lo que más le gustó.

— ¿Del Ekkehard?

— Sí, por supuesto.

— El mismo episodio. Cuando Práxedes ayuda al monje a huir y le da un beso y luego sonrío y vuelvo al castillo.

— Sí... sí — dijo Paul con lentitud, pero no podía recordar lo del beso.

La conversación del profesor con el preceptor había llega a su fin. El señor Abderegg encendió un puro de Virginia, y Berta observó con curiosidad cómo quemaba la punta del largo cigarro en la llama de la vela. La muchacha abrazaba con el brazo derecho a la tía, que estaba sentada junto a ella, y escuchaba asombrada las aventuras fantásticas que le relataba el viejo señor. Se trataba de relatos de viaje, concretamente en Nápoles.

— Pero ¿todo lo que usted dice es verdad? — osó preguntar una vez.

El señor Abderegg rió.

— Eso se lo dejo a usted, señorita. En una historia sólo es cierto aquello que cree la persona que escucha.

— Pero ¿no es verdad? Tengo que preguntárselo a papá.

— Pregúnteselo.

La tía acarició la mano de Berta, que ceñía su cintura.

— Hija, es una broma.

La tía escuchaba las conversaciones, espantaba los mosquitos que se acercaban a la copa de vino de su hermano, y respondía a todo el que se dirigía a ella con una mirada llena de bondad. Le alegraba verse rodeada por los dos viejos señores; por Berta y por Paul, que charlaban animadamente; por la bella Thusnelde que, evadiéndose de los contertulios, contemplaba la noche azul; y por el preceptor, que encontraba un placer particular en sus propios discursos. Aún era bastante joven y no había olvidado el placer que siente la juventud en esas reuniones nocturnas. ¡Cuántas sorpresas reservaba aún el destino a esta hermosa juventud y a aquellos viejos sabios! También al preceptor. ¡Qué importancia tenían para cada uno su propia vida, pensamientos y deseos! ¡Y qué hermosa era la señorita Thusnelde! Una auténtica belleza.

La bondadosa dama acariciaba la mano derecha de Berta, sonreía con cariño al preceptor, un tanto aislado, y de vez en cuando comprobaba si la botella de vino del dueño de la casa, detrás de la silla, aún tenía hielo.

— Cuénteme algo de sus estudios — le dijo Thusnelde a Paul.

— ¡Ay, los estudios! Pero ahora estamos en vacaciones.

— ¿Es que no le gusta ir al instituto?

— ¿Conoce usted a alguien que vaya a gusto?

— ¿Pero usted quiere estudiar en la universidad?

— Pues sí. Por supuesto que quiero.

— ¿Qué otra cosa le gustaría aún más?

— ¿Algo que me gustara aún más?... Ah, sí. Me gustaría ser pirata.

— ¿Pirata?

— Sí, pirata, bucanero.

— Pero entonces no podría leer tanto.

— No sería necesario. Ya me las arreglaría para pasar el tiempo.

— ¿Usted cree?

— Por supuesto. Haría...

— ¿Qué?

— Haría... ah, pero eso no se puede decir.

— Entonces no lo diga.

Paul empezaba a aburrirse. Se acercó a Berta y se puso a escuchar con ella. Papá estaba increíblemente ingenioso. En aquel momento hablaba sólo él, y todos escuchaban y reían.

Entonces se levantó la señorita Thusnelde, con su fino y suelto vestido inglés, y lentamente se acercó a la mesa.

— Quisiera desearles buenas noches.

Todos se pusieron de pie, miraron la hora y se asombraron de que ya fuera medianoche.

En el corto trayecto hasta la casa, Paul iba al lado de Berta, que de pronto le cayó muy bien, sobre todo desde que la había visto reírse con tantas ganas de los chistes de papá. Había sido un necio al enfadarse por la visita. Conversar así con dos muchachas era una manera excelente de pasar la velada.

Se sintió un caballero y comenzó a lamentarse por haberse interesado durante toda la tertulia sólo por la otra, que le había parecido una niña mimada. Berta le gustaba mucho más, y sentía haber sido tan poco deferente con ella. Y trató de decírselo. Ella sonrió.

— Oh, su padre estaba muy divertido. Es encantador...

Paul le propuso para el día siguiente un paseo por el encinar. No estaba lejos y era muy bonito. Se puso a describir el lugar, a hablarle del camino y el paisaje y cuanto más hablaba más entusiasmado estaba.

En aquel momento, cuando estaba en lo más ardiente de su discurso, pasó la señorita Thusnelde a su lado. La joven se volvió un poco y le miró a la cara. Fue un movimiento suave, con algo de curiosidad; pero a él le pareció burlón y de repente enmudeció. Berta le miró con sorpresa y le pareció que estaba enfadado, sin saber por qué.

Ya habían llegado a la casa. Berta le dio la mano a Paul. Él le deseó las buenas noches. Ella hizo un gesto con la cabeza y se fue.

Thusnelde había seguido su camino sin despedirse de él. La vio subiendo las escaleras, con una lámpara en la mano, y mientras la seguía con la vista se sintió irritado.

Paul estaba despierto en la cama y le invadió la sutil fiebre de la noche calurosa. El bochorno iba en aumento; el resplandor tembloroso de los relámpagos se reflejaba continuamente en la pared. A ratos creía oír el eco de un trueno en la lejanía. A intervalos soplaba un viento flojo, que apenas hacía vibrar las copas de los árboles.

El muchacho recordaba, medio en sueños, la velada pasada y sentía que su comportamiento había sido diferente del de otras veces. Se veía más maduro o, mejor dicho, le parecía que había representado el papel de adulto con más habilidad que en otras ocasiones. Había conversado con la señorita con mucha soltura y después también con Berta.

Se atormentaba al pensar si Thusnelde lo había tomado en serio. Quizá sólo jugaba con él. Y al día siguiente tendría que busca aquello del beso de Práxedes. ¿No lo habría entendido bien o simplemente lo habría olvidado?

Le habría gustado saber con seguridad si la señorita Thusnelde era realmente hermosa. A él le parecía que sí, pero no se fiaba de sí mismo ni de ella. Cuando estaba sentada, medio oculta bajo la trémula luz de una lámpara, tan esbelta y tranquila, con la mano colgando lánguidamente hasta el suelo, entonces sí que le había gustado. Cuando miraba hacia el cielo con languidez, entre risueña y desganada, reclinando su blanco y gracioso cuello, con su largo vestido de señora, de color claro... todo eso parecía sacado de un cuadro.

Pero, por supuesto, Berta le parecía mucho más simpática. Aún era un tanto ingenua, pero dulce y bella, y se podía hablar con ella sin temor de que por dentro se estuviera mofando de uno. Si hubiera entablado conversación con ella desde un principio en lugar de hacerlo al final, probablemente ya serían buenos amigos. Comenzó a sentir pena de que los huéspedes sólo se quedaran dos días.

Pero ¿por qué le había mirado de esa manera cuando reía con Berta de camino a casa?

Rememoró de nuevo el instante en que pasó junto a él y volvió la cabeza, y de nuevo sintió su mirada. Era muy hermosa. Recordó otra vez toda la escena con nitidez, y pudo confirmar que su mirada había sido burlona, orgullosa y burlona. ¿Por qué? ¿Acaso por el Ekkehard? ¿O porque se había reído con Berta?

El disgusto no le abandonó ni cuando se quedó dormido.

Por la mañana, el cielo estaba cubierto, pero aún no había comenzado a llover. Olía por doquier a heno y a polvo de tierra caliente.

— Lástima — dijo Berta, afligida, al bajar —. Hoy no podremos dar un paseo.

— Bueno, el tiempo puede aguantar sin que llueva todo el día — la consoló el señor Abderegg.

— Qué extraño que tengas tanta prisa por salir de paseo — opinó la señorita Thusnelde.

— ¡Pero es que estaremos tan poco tiempo aquí!

— Tenemos una cancha de bolos — propuso Paul —. En el jardín. También un juego de croquet. Pero el croquet es aburrido.

— A mí me gusta mucho el croquet — dijo la señorita Thusnelde.

— Entonces podemos jugar.

— Bien, más tarde. Vayamos primero a desayunar.

Después del desayuno los jóvenes bajaron al jardín; también se sumó el preceptor. Como el césped estaba demasiado alto para jugar al croquet, se decidieron por el otro juego. Paul enseguida se apresuró a traer los bolos y a colocarlos.

— ¿Quién empieza?

— Siempre el que pregunta.

— Bien. ¿Quién juega conmigo?

Paul hizo pareja con Thusnelde. Jugó muy bien y esperaba que la muchacha lo elogiara o que por lo menos le hiciera una broma. Pero ella ni lo notó y no prestaba la menor atención al juego. Cuando Paul le pasó la bola, tiró con desgana y ni siquiera contó cuántos bolos había derribado. En su lugar, dialogaba con el preceptor sobre Turguéniev. El señor Homburger estaba aquel día muy amable. Sólo Berta parecía prestar atención al juego. Ayudaba siempre a colocar los bolos y dejó que Paul la orientase para hacer puntería.

— ¡El bolo grande fuera del centro! — gritó Paul —. Señorita seguro que ganamos. Esto vale doce puntos.

La joven se limitó a asentir con la cabeza.

— En realidad, Turguéniev no era un ruso auténtico — dijo el preceptor, olvidando que le tocaba jugar. Paul se enfadó.

— ¡Señor Homburger, le toca a usted!

— ¿A mí?

— Pues claro. Estamos todos esperando.

Le habría gustado tirarle la bola contra la espinilla. Berta, que notó su cólera, también se puso nerviosa y ya nada salió bien.

— Entonces podemos terminar.

Nadie se opuso. La señorita Thusnelde se fue caminando despacio; el preceptor la siguió. Paul, enojado, pateó los bolos que aún quedaban en pie.

— ¿No vamos a seguir jugando? — preguntó Berta tímidamente.

— Entre dos no tiene gracia. Voy a recogerlo todo.

Ella le ayudó con humildad. Cuando todos los bolos estuvieron en la caja, Paul buscó a Thusnelde con la mirada. Había desaparecido por el parque. Por supuesto, para ella sólo era un niño tonto.

— ¿Qué hacemos ahora?

— ¿Quizá quiera enseñarme un poco el parque?

Comenzó a recorrer los caminos con tal celeridad, que Berta se quedó sin aliento, y tuvo que correr para alcanzarle. Él le enseñó el pequeño bosque y la avenida de los plátanos, luego el haya roja y las praderas. Aunque se sentía algo avergonzado por mostrarse tan rudo y parco en palabras, al mismo tiempo se sorprendía de no sentirse cohibido ante Berta. La trataba como si fuera un par de años más joven que él. Y ella se mostraba tranquila, dulce y tímida, casi no decía palabra y sólo a veces le miraba como pidiéndole disculpas por algo.

Cerca del sauce llorón se encontraron con la otra pareja. El preceptor continuaba hablando, la señorita estaba callada y parecía de mal humor. Paul se volvió de pronto más locuaz. Les llamó la atención sobre el viejo árbol, apartó las ramas colgantes y señaló el banco circular que rodeaba el tronco.

— Vamos a sentarnos — ordenó Thusnelde.

Todos se sentaron juntos en el banco. El ambiente era muy cálido y húmedo; la verde penumbra era lánguida y bochornosa, e inducía al sueño. Paul estaba a la derecha de Thusnelde.

— ¡Qué tranquilo está esto! — comenzó el señor Homburger. La señorita asintió con la cabeza.

— ¡Y qué calor! — dijo ella —. Vamos a quedarnos callados un rato.

Los cuatro permanecieron sentados en silencio. Muy cerca de Paul reposaba sobre el banco la mano de Thusnelde, una larga y delgada mano de mujer, de dedos finos y uñas delicadas, cuidadas y de un brillo opaco. Paul no quitaba la vista de la mano. Asomaba de una amplia manga color gris claro, tan blanca como el brazo que se veía por encima de la muñeca; yacía haciendo una pequeña flexión, inmóvil, como si estuviera fatigada.

Y todos callaban. Paul recordaba la noche anterior. Era la misma mano larga y pálida que colgaba con languidez, y la misma figura, como abandonada, medio sentada, medio estirada. Esta actitud se avenía bien con ella, con su tipo y con su vestido, con su voz deliciosamente suave, no del todo clara; también con su rostro, que la apacible mirada hacía tan inteligente, expectante y tranquilo.

El señor Homburger miró el reloj.

— Perdonen, señoritas; tengo que trabajar. ¿Usted se queda aquí, Paul?

Se despidió con una reverencia y se fue.

Los demás permanecieron sentados, en silencio. Paul había acercado, lentamente y con el mayor cuidado, como un delincuente, su mano izquierda a esa mano femenina, dejándola muy cerca de ésta. No sabía por qué lo hacía. Ocurrió sin querer, y sintió tal agobio y sofoco que su frente se empapó de sudor.

— A mí tampoco me gusta jugar al croquet — dijo Berta con suavidad, como saliendo de un sueño.

Con la marcha del preceptor había quedado un espacio vacío entre Paul y ella, y estuvo pensando todo el tiempo si debía arrimarse o no. Cuanto más dudaba más difícil se le hacía, y para no sentirse por más tiempo sola había empezado a hablar.

— En realidad no es un juego agradable — añadió, tras una prolongada pausa, con voz insegura. Pero nadie le contestó.

Otra vez reinó un silencio total. Paul creía oír los latidos de su corazón. Rabiaba por levantarse de golpe y decir algo gracioso, alguna tontería, o escapar. Pero se quedó sentado, con la mano sobre el banco, y tuvo la sensación de que poco a poco le faltaba aire, hasta ahogarse. Pero era grato, triste y dolorosamente grato.

La señorita Thusnelde observó el rostro de Paul con su mirada tranquila, algo cansada. Notó que él no apartaba los ojos de su mano izquierda, que descansaba en el banco, muy cerca de la mano derecha del muchacho.

Entonces levantó un poco la mano derecha, la puso firmemente sobre la mano de Paul y la dejó quieta.

Su mano era suave, pero fuerte, con un calor seco. Paul se asustó como un ladrón sorprendido, y comenzó a temblar, pero no retiró la mano. Casi no podía respirar, de tan fuerte que le latía el corazón, y sentía que todo su cuerpo ardía y se helaba a la vez. Palideció poco a poco y lanzó una mirada fugaz y temerosa a la señorita.

— ¿Se ha asustado? — preguntó la joven riendo con suavidad —. Creía que se había dormido.

Paul no pudo decir nada. La muchacha había retirado la mano, pero la de él seguía allí y aún sentía el contacto. Deseaba retirarla, pero estaba tan débil y confundido que no era capaz de pensar ni decidir nada, y nada podía hacer, ni siquiera eso.

De pronto le asustó un ruido ahogado, angustioso, que oyó a sus espaldas. Salió de su aturdimiento y se puso de pie respirando profundamente. También Thusnelde se había levantado.

Berta estaba sentada en su sitio, agachada, llorando.

— Ahora váyase — dijo Thusnelde a Paul —, nosotras iremos enseguida. — Y cuando Paul se alejaba, añadió —: Tiene dolor de cabeza. — Luego se dirigió a la muchacha —: Ven Berta. Aquí hace demasiado calor, es sofocante. Ven, tranquilízate. Vayamos a la casa.

Berta no respondió. Su fino cuello reposaba en la manga del vestido juvenil azul claro, del que colgaba su brazo delgado, anguloso, con una ancha muñeca. Y lloraba en silencio, entre suspiros, hasta que después de un rato se incorporó ruborizada y sorprendida, apartó sus cabellos y poco a poco comenzó a sonreír de una manera mecánica.

Paul no encontraba sosiego. ¿Por qué Thusnelde había puesto su mano sobre la suya? ¿Había sido una broma? ¿O sabía el extraño dolor que eso provocaba? Cada vez que recordaba la escena, tenía la misma sensación: una convulsión ahogada de multitud de nervios o arterias, una opresión o un ligero vértigo, un ardor en la garganta y un latir irregular, extraño y paralizante del corazón, como si el pulso se interrumpiera. Pero, por doloroso que fuera, resultaba agradable.

Pasó junto a la casa en dirección al estanque y paseó por los caminos de los frutales. Entretanto, el calor sofocante iba en aumento. El cielo se hallaba totalmente cubierto y se acercaba una tormenta. El aire estaba inmóvil, sólo de cuando en cuando una fina y tímida ráfaga de viento agitaba las ramas y, por unos instantes, el pálido y terso espejo del estanque se estremecía en ondas plateadas.

Al joven le llamó la atención el pequeño y viejo bote que se encontraba atado en la orilla cubierta de hierba. Se subió y se sentó en el único banco que quedaba. Aun así no desamarró el bote: hacía mucho tiempo que habían desaparecido los remos. Sumergió las manos en el agua, que estaba repulsivamente tibia.

Una tristeza inexplicable, completamente desconocida para él, lo fue dominando de forma inadvertida. Se sentía atrapado en un sueño asfixiante, sin poder mover ningún miembro, por más que lo quisiera. La luz mortecina, el cielo poblado de nubes densas, el tibio y húmedo estanque y el viejo bote de maderas enmohecidas y sin remos, todo le pareció triste, deprimente y lúgubre, como sumido en una pesada y desvaída desolación que él compartía sin motivo aparente.

De la casa le llegaban las dulces notas de un piano. Los demás debían de estar dentro y el padre les interpretaba alguna pieza. Paul reconoció pronto la melodía, era la música de Peer Gynt, de Grieg,

y sintió ganas de entrar en la casa para escucharla. Pero permaneció sentado, apartó la vista de la superficie inerte del estanque y, distraído, la dirigió al cielo mortecino que asomaba entre las inmóviles ramas de los frutales. Ni siquiera podía disfrutar de la tormenta, como otras veces, la cual pronto estallaría y sería, por cierto, la primera digna de ese nombre de todo el verano.

La música del piano cesó y hubo un momento de silencio total. Hasta que se oyeron un par de compases suaves y ondulantes, una música tímida y extraña. Y luego el canto de una voz de mujer. Paul desconocía la canción, nunca la había oído, y tampoco intentó recordarla. Pero aquella voz, un poco lánguida y cansada, sí que la conocía. Era la de Thusnelde. Su canto no tenía, quizá, nada de especial, pero turbó al muchacho, produciéndole el mismo efecto paralizante y doloroso que el contacto de la mano. Escuchaba atentamente sin moverse y así estaba, sentado, cuando empezaron a caer en el agua del estanque las primeras gotas, tibias y pesadas, que salpicaron sus manos y su cara sin que él lo advirtiera. Lo único que percibía era algo apremiante, efervescente, tenso, a su alrededor, y también dentro de sí mismo, que hervía y buscaba una salida. Le vino a la mente un pasaje del Ekkehard y en ese mismo momento una certidumbre le sorprendió y le sobrecogió. Supo que amaba a Thusnelde. Pero también sabía que era un colegial y ella era una persona adulta, una dama, y que se marcharía al día siguiente.

Entonces, cuando hacía rato que el canto había cesado, sonó el claro tañido de la campana que llamaba a comer y Paul se encaminó lentamente a la casa. Delante de la puerta secó las gotas de sus manos, se peinó y respiró hondo, como si estuviera ante un paso difícil.

— ¡Ay, ya está lloviendo! — se lamentó Berta —. ¿No habrá nada aquello?

— ¿De qué? — preguntó Paul, sin levantar la mirada del plato.

— Habíamos quedado... usted había prometido llevarme hoy al encinar.

— Ah, sí. Pero no podremos hacerlo con este tiempo.

Por un lado, deseaba que Paul la mirase y le preguntase cómo se encontraba, pero por otro lado se alegraba de que no lo hiciera. El muchacho había olvidado por completo el molesto episodio que había tenido lugar bajo el sauce, cuando ella rompió a llorar. El desahogo espontáneo no le había impresionado y sólo le había confirmado que aún era sólo una niña. En lugar de atenderla, miraba constantemente a la señorita Thusnelde.

Ésta sostenía una animada conversación sobre temas de deporte con el preceptor, que se avergonzaba por su necia actitud del día anterior. Al señor Homburger le pasaba lo que a muchas personas; hablaba mucho más a gusto y con mayor seguridad sobre cosas de las que nada entendía que sobre las que conocía y tenían importancia para él. En general, la dama llevaba la conversación, y él se contentaba haciendo preguntas, asintiendo con la cabeza y añadiendo frases de relleno en las pausas. La manera de hablar, un tanto coqueta, de la joven dama, atenuó la habitual gravedad del preceptor; incluso llegó a reírse de sí mismo al derramar el vino cuando servía una copa, y se lo tomó a la ligera mirando de encontrar el lado cómico. Sin embargo, su ofrecimiento, introducido con astucia, de leer un capítulo de su libro favorito a la señorita después de comer, fue amablemente rechazado.

— ¿Ya no tienes dolor de cabeza, hija? — preguntó la tía.

— Oh no, ya no — dijo Berta a media voz.

Pero aún tenía mal aspecto.

«¡Ay, criaturas!», pensó la tía, a quien tampoco había escapado la nerviosa inseguridad de Paul. Tenía sus sospechas y decidió estar atenta para proteger a los jóvenes de tonterías sin molestarlos innecesariamente. Para Paul era la primera vez, de eso estaba segura. Pero al cabo de poco tiempo se emanciparía, ya no requeriría sus cuidados y seguiría su propio camino, lejos de sus miradas... «¡Ay, chicos!»

En el exterior ya casi era de noche. La lluvia caía o remitía, según las rachas cambiantes del viento, la tormenta no se decidía a descargar y los truenos se oían todavía lejanos.

— ¿Usted teme a las tormentas? — preguntó el señor Homburger a la dama.

— Al contrario, no conozco nada más bonito. Podríamos ir luego al pabellón y quedarnos mirando. ¿Vienes conmigo, Berta?

— Si tú quieres, sí, con mucho gusto.

— ¿Y usted también, señor preceptor? Bien, será un placer. Es la primera tormenta del año, ¿verdad?

Salieron inmediatamente después de comer, provistos de paraguas, hacia el pabellón cercano. Berta se llevó un libro.

— ¿No quieres acompañarles, Paul? — le animó la tía.

— Gracias, no. Tengo que ensayar un poco.

Se fue al cuarto del piano, consumido por un caos de sentimientos que le atormentaban. Pero apenas había comenzado a tocar algo que ni él mismo sabía qué era, entró su padre.

— Hijo, ¿no podrías buscarte un cuarto más alejado? Me parece muy bien que te ejercites, pero todo tiene su momento, y con este bochorno las personas de más edad queremos intentar dormir un poco. Hasta luego, chico.

El muchacho atravesó el comedor y el pasillo y fue hasta la puerta de entrada. Desde allí vio a los demás entrar en el pabellón. Al oír tras sí los suaves pasos de la tía, salió rápidamente al aire libre y, con la cabeza descubierta y las manos en los bolsillos, corrió bajo la lluvia. Los truenos eran cada vez más fuertes y los primeros relámpagos tímidos rasgaban convulsivamente la oscuridad.

Paul rodeó la casa y se encaminó al estanque. Sentía con porfiado malestar cómo la lluvia le mojaba la ropa. El aire, que aún no se había refrescado, le ahogaba en sus ráfagas intermitentes y le producía sofoco; expuso sus manos y sus brazos, medio arremangados, a las gotas de lluvia que caían pesadamente. Los demás se divertían, sentados en el pabellón, riendo y charlando, y nadie lo echaba en falta. Sintió impulsos de reunirse con ellos, pero su obstinación fue más fuerte; no había querido ir con ellos y tampoco quería seguirlos en aquel momento. Además, Thusnelde no le había invitado. Había invitado a Berta y al señor Homburger a acompañarla, pero a él no. ¿Por qué a él no?

Llegó totalmente mojado, sin percatarse del camino que seguía, a la casita del jardinero. Los relámpagos se sucedían casi sin pausa, trazando en el cielo líneas horizontales y verticales, resueltas y fantásticas, mientras la lluvia caía con más fuerza. Debajo de la escalera de madera del cobertizo del jardinero se oyó un ruido y apareció, con furia contenida, el gran perro guardián. Cuando reconoció a Paul, se le arrimó, alegre y zalamero. Y Paul, en un repentino arranque de ternura, rodeó con el brazo el cuello del animal, le llevó a un rincón semioscuro de las escaleras y permaneció allí un largo rato, en cucullas, hablándole y haciéndole caricias hasta que se olvidó de todo.

En el pabellón, el señor Homburger había arrimado la mesa de hierro a la pared del fondo, que estaba pintada con un paisaje de la costa italiana. Los alegres colores, azul, blanco y rosa, no armonizaban con el tono triste del día y parecían tener frío, a pesar del bochorno.

— Han tenido mala suerte con el tiempo en Erlenhof — dijo el señor Homburger.

— ¿Por qué? La tormenta me parece fascinante.

— ¿A usted también, señorita Berta?

— ¡Oh, me gusta mucho verla!

Le había puesto furioso que la pequeña los acompañara. Precisamente cuando comenzaba a entenderse mejor con la bella Thusnelde.

— ¿Y mañana tendrán que regresar?

— ¿Por qué lo dice usted en un tono tan trágico?

— Porque lo siento, de verdad.

— ¿En serio?

— Pero, apreciada señorita...

La lluvia caía con fuerza sobre el frágil tejado y saltaba a borbotones por los desagües.

— Sabe, señor preceptor, tiene usted por discípulo a un chico encantador. Debe de ser un placer instruir a un muchacho así.

— ¿Habla en serio?

— Por supuesto. Es un gran muchacho. ¿No es así, Berta?

— Oh, no lo sé, apenas si le he visto.

— Pero ¿no te cae bien?

— Bueno, sí. Claro.

— ¿Qué representa el mural de la pared, señor preceptor? ¿Es un paisaje de la Riviera?

Paul había vuelto al cabo de dos horas, empapado y extenuado; tomó un baño frío y se cambió de ropa. Después esperó a que los tres volvieran a la casa, y cuando llegaron y se oyó en el pasillo la voz de Thusnelde, se estremeció y su corazón comenzó a latir con fuerza. Sin embargo, hizo algo que un momento antes no habría tenido valor de hacer.

Cuando la señorita subió sola las escaleras, la sorprendió en el rellano superior. Salió a su encuentro y le ofreció un pequeño ramo de rosas. Eran rosas silvestres, que había cortado fuera, bajo la lluvia.

— ¿Son para mí? — preguntó Thusnelde.

— Sí, para usted.

— ¿A qué se debe el honor? Ya me estaba temiendo que usted no pudiera soportarme.

— Vaya, se burla de mí.

— Claro que no, querido Paul. Y le agradezco mucho las flores. Rosas silvestres, ¿verdad?

— Escaramujos.

— Me pondré una, más tarde.

Y siguió su camino hacia la habitación.

Por la noche se quedaron sentados, esta vez en el vestíbulo. El ambiente era agradable y fresco, fuera aún caían las gotas de las ramas relucientes. Habían pensado dedicar un rato a la música, pero el profesor prefirió pasar esas horas dialogando con Abderegg. Así pues, todos estaban cómodamente sentados en el amplio recinto, los señores fumaban y los jóvenes tenían ante sí vasos de limonada.

La tía miraba un álbum con Berta y le contaba viejas historias. Thusnelde estaba de buen humor y reía mucho. El preceptor estaba muy cansado de su larga e infructuosa charla en el pabellón, volvía a estar nervioso y contraía con dolor los músculos de la cara. Que coquetease de una forma ridícula con el chiquillo lo encontró de muy mal gusto, y buscó con ahínco una manera elegante de decírselo.

Paul era el más eufórico de todos. Que Thusnelde llevara una de sus rosas en la cintura y le hubiera dicho «querido Paul» era algo que se le había subido como el vino a la cabeza. Hacía chistes, contaba historias, tenía las mejillas encendidas y no apartaba la mirada de su dama, que aceptaba con gracia su homenaje. Pero algo le gritaba desde lo más profundo de su alma: «Mañana se marcha, mañana se marcha», y cuanto más agudo y doloroso era el grito, tanto más fervorosamente se aferraba a aquel precioso instante y con más desenvoltura y gracia hablaba.

El señor Abderegg, que se paró un momento a escuchar, exclamó riendo:

— ¡Paul, qué pronto empiezas!

Él no hizo caso. Por momentos sentía la imperiosa necesidad de salir, apoyar la cabeza en las jambas de la puerta y ponerse a sollozar. Pero ¡no, no!

Durante la comida, Berta y la tía comenzaron a tratarse de tú; la chica se sentía muy a gusto bajo su protección. Le pesaba como una carga el que Paul no quisiera saber nada de ella, que apenas le hubiera dirigido una palabra en todo el día, y se abandonó, triste y fatigada, a la bondadosa ternura de la tía.

Los dos señores mayores rivalizaban en rememorar recuerdos y apenas se percataban de las pasiones juveniles no declaradas que se enfrentaban y combatían entre sí.

El señor Homburger fue quedándose cada vez más al margen de la conversación. De cuando en cuando lanzaba algún comentario ligeramente emponzoñado, que pasaba casi desapercibido, y cuanto más aumentaba su tribulación y despecho, más le costaba encontrar palabras. La desenvoltura de Paul le parecía infantil, e imperdonable la forma en que la señorita le correspondía. Lo mejor era deseárselas buenas noches y marcharse. Pero esto significaría aceptar su derrota, reconocer que ya no tenía más posibilidades y que era incapaz de seguir luchando. Prefirió quedarse y afrontar su mal humor. Y a pesar del rechazo que le provocaba la actitud juguetona y traviesa de Thusnelde aquella noche, no quería renunciar a la contemplación de sus suaves gestos y de su rostro ligeramente encendido.

Thusnelde se había dado cuenta de su estado de ánimo, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultar la satisfacción que le causaban las apasionadas atenciones de Paul, precisamente porque se daba cuenta de que esto sulfuraba al preceptor. Y éste, que de ningún modo tenía un carácter fuerte, sentía que poco a poco su ira se transformaba en esa resignación débil y pusilánime en la que habían terminado hasta entonces todos sus escarceos amorosos. Pero ¿es que alguna vez una mujer le había comprendido y apreciado en su justo valor? Ah, pero él era un artista hasta tal punto que podía disfrutar incluso de

la decepción, del dolor y de la soledad con todos sus encantos ocultos. Aunque sus labios temblaran, él gozaba de la situación; y aunque le ignorasen y se le menospreciara, no por eso dejaba de ser el héroe de la escena, el portador de una muda tragedia, capaz de sonreír con un puñal clavado en el corazón.

Se retiraron tarde. Cuando Paul entró en su fresco dormitorio, contempló a través de la ventana abierta el cielo sosegado y cubierto de blancas nubéculas inmóviles; a través de aquel velo vaporoso se filtraba, tenue e intensa, la luz de la luna, que se reflejaba infinitas veces en las hojas húmedas de los árboles del parque. A lo lejos, sobre las colinas, cerca del oscuro horizonte, se veía un trozo de cielo límpido, húmedo y suave, minúsculo y alargado como una isla, y dentro, una única y pálida estrella.

El muchacho estuvo mirando largo rato y no vio nada, sólo algo sutil y ondulante, sintió a su alrededor una brisa pura y refrescante, oyó voces profundas, nunca oídas, que bramaban como lejanas tormentas, y respiró un aire tenue, de otros mundos. Apoyado en la ventana miraba, sin ver nada, como encandilado, y ante él, bajo la cálida tormenta y ensombrecido por oscuros y pesados nubarrones, se extendía, poderoso, el paisaje de la vida y de las pasiones.

La tía fue la última en retirarse. Había comprobado que puertas y ventanas estuvieran bien cerradas, había mirado que las luces estuvieran apagadas y había echado un vistazo a la oscura cocina; luego entró en su habitación y, a la luz de la vela, se sentó en el viejo sillón. Sabía lo que le pasaba al pequeño, y en su fuero íntimo se alegraba de que los huéspedes partieran a la mañana siguiente. ¡Ojalá que todo saliera bien! Era una sensación muy especial la de perder a un niño de la noche a la mañana. Pues sabía muy bien que el alma de Paul cada vez se haría más extraña y opaca, que cada vez sería menos transparente, y observaba con preocupación cómo daba los primeros pasos juveniles en el jardín del amor, cuyos frutos ella apenas había saboreado en sus tiempos, y casi siempre los más amargos. Luego pensó en Berta, suspiró y sonrió un poco, y durante largo rato se entretuvo buscando en sus cajones algún regalo de despedida para la pequeña. De pronto se sobresaltó, al ver lo tarde que era.

Sobre la casa dormida y el jardín apenas iluminado por el alba, flotaban inmóviles delgadas nubes blanquecinas, la isla celeste que se dibujaba en el horizonte crecía lentamente hasta formar un espacio puro, iluminado suavemente por tenues estrellas, y por encima de las colinas más lejanas se extendía una débil línea plateada que las separaba del cielo. En el jardín, los árboles refrescados por la lluvia respiraban, profundamente complacidos, y sobre el prado las sombras sutiles e inmateriales de las nubes se confundían con el círculo oscuro del haya roja.

El aire suave, aún lleno de humedad, lanzaba jirones de niebla hacia el cielo raso. En la explanada y en la carretera, pequeños charcos reflejaban destellos dorados o la suavidad del azul. El coche se acercó traqueteando y los pasajeros subieron. El preceptor hizo varias reverencias profundas, la tía se despidió cariñosamente y, una vez más, estrechó todas las manos; desde el fondo del corredor las chicas de servicio contemplaban la partida.

En el coche, Paul se sentó frente a Thusnelde y aparentó alegría. Elogió el buen tiempo, habló en tono entusiasta de las bonitas excursiones estivales que proyectaba hacer por las montañas, y sorbía ávidamente cada palabra y cada sonrisa de la señorita. A primera hora de la mañana había entrado furtivamente en el jardín y, del banal que su padre más quería y más cuidaba con especial mimo, había cortado la más espléndida rosa de té, a medio abrir. La llevaba, envuelta en papel de seda, escondida en el bolsillo interior de la chaqueta, y sentía en todo momento temor de aplastarla. También temía la posibilidad de que su padre lo descubriera.

La pequeña Berta estaba callada y sostenía ante sí la rama florida de jazmín que le había regalado la tía. En el fondo estaba casi feliz de partir.

— ¿Puedo enviarle una tarjeta? — preguntó Thusnelde en tono animado.

— ¡Sí, sí, no lo olvide! Será un detalle. — Y luego añadió —: Pero usted también tiene que firmar, señorita Berta.

Ella se estremeció un poco y asintió con la cabeza.

— Bueno, espero que nos acordaremos — dijo Thusnelde.

— Sí, yo te lo recordaré.

Ya habían llegado a la estación. El tren tardaría un cuarto de hora en hacer su aparición. Paul recibió aquel cuarto de hora como una gracia inapreciable. Pero se sentía extraño; desde que se bajaron del coche y se pusieron a caminar delante de la estación, no se le ocurrió ni un chiste ni una palabra.

Se sintió de golpe cohibido e insignificante, miraba con frecuencia el reloj y estaba siempre pendiente por si oía llegar el tren. Sólo en el último momento sacó la rosa y la puso en la mano de la señorita, que estaba junto a la escalerilla. La joven inclinó la cabeza complacida y subió al vagón. Entonces el tren partió y todo terminó.

No le gustaba la idea de volver a casa con papá, y cuando éste ya había subido al coche Paul prefirió hacer el camino a pie, y así se lo dijo:

— Me gustaría volver andando.

— ¿Mala conciencia, hijo?

— Oh no, papá, si quieres puedo ir contigo.

Pero el señor Abderegg se despidió con un gesto de la mano, riendo, y partió solo.

«Ahora debe digerirlo», murmuraba por el camino, «esto no le matará».

Y pensó, después de muchos años, en su primera aventura amorosa, sorprendido de lo bien que la recordaba. ¡Y ya era el turno de su pequeño! Y le gustó que le hubiera robado la rosa. La había visto.

En casa permaneció un momento ante la biblioteca, en la sala de estar. Sacó el Werther y se lo metió en el bolsillo, pero volvió a sacarlo, lo hojeó un poco, empezó a silbar una canción y puso el libro nuevamente en su lugar.

Mientras tanto, Paul caminaba por la calurosa carretera y trataba de recordar la imagen de la bella Thusnelde. Sólo cuando, sofocado y cansado, dobló la esquina del parque, abrió los ojos y pensó en lo que debía hacer. Entonces, de pronto el recuerdo se hizo muy vivo y sintió la imperiosa necesidad de acercarse al sauce llorón. Buscó el árbol con una ansiedad desbordada, apartó las largas ramas colgantes y se sentó en el banco en el mismo sitio donde la víspera había estado junto a Thusnelde, y donde ésta había puesto la mano sobre la suya. Cerró los ojos, dejó reposar la mano sobre la madera y sintió una vez más todo el temporal que le había arrastrado, embriagado y conmocionado. Le envolvían llamas y mares rugientes y las llamas agitaban velozmente sus alas purpúreas.

No hacía mucho que Paul estaba sentado en su lugar del banco, cuando resonaron pasos y alguien se acercó. Miró asombrado, como si lo hubieran despertado de un sueño, y vio al señor Homburger ante sí.

— ¡Ah! Es usted, Paul. ¿Lleva aquí mucho tiempo?

— No, estuve en la estación. He vuelto andando.

— Y ahora se ha sentado aquí y está melancólico.

— Yo no estoy melancólico.

— Bueno, no. Pero le he visto más alegre. Paul no contestó.

— Estuvo muy atento con las damas.

— ¿Le parece?

— Especialmente con una. Yo pensaba que usted habría preferido a la señorita más joven.

— ¿La niña? ¡Bah!

— Exacto, la niña.

Entonces Paul vio que el preceptor sonreía con malicia y amargura y, sin decir ni una palabra más, se dio la vuelta y se fue cruzando la pradera.

Al mediodía, durante la comida, reinaba la calma.

— Parece que todos estamos un poco cansados — dijo el señor Abderegg con una sonrisa —. También tú, Paul. ¿Y usted, señor Homburger? Pero ha sido un cambio agradable, ¿verdad?

— Desde luego, señor Abderegg.

— ¿Conversó mucho con la señorita? Parece que es muy instruida.

— De eso Paul sabrá más. Yo sólo tuve el placer por breves momentos.

— ¿Qué dices, Paul?

— ¿Yo? ¿De quién habláis?

— De la señorita Thusnelde, si no te importa. Parece que estás un poco distraído...

— Bueno, el chico se ha mostrado amable con las señoritas, y ya está — intervino la tía.

Otra vez hacía calor. La explanada se caldeaba, y en la carretera se habían secado los últimos charcos que había dejado la lluvia. El haya roja se erguía sobre el prado soleado, envuelta en la cálida luz, y el joven Paul Abderegg se sentó en una de sus robustas ramas apoyando la espalda contra el

tronco, sumido en la penumbra rojiza y oscura del follaje. Aquél había sido uno de los lugares favoritos del muchacho, donde se sentía protegido de cualquier sorpresa. Allí, en la rama del haya, había leído a escondidas *Los bandidos*, tres años antes, en otoño; allí había fumado su primer medio cigarro, y también allí había compuesto la sátira contra su primer preceptor, cuyo descubrimiento tanto preocupó a la tía. Pensó en éstas y otras aventuras con un sentimiento de superioridad e indulgencia, como si todo hubiera pasado hace mucho tiempo. Niñerías, niñerías.

Con un suspiro se enderezó, se giró con cuidado sobre su asiento, sacó su navaja y comenzó a raspar el tronco. Debía dibujar un corazón, rodeando la letra T, y se propuso hacer un trabajo bello y limpio, aunque le llevara varios días.

Esa misma tarde le pidió al jardinero que le afilara la navaja. Él mismo puso la rueda en movimiento. De vuelta a casa se sentó un rato en el viejo bote, jugó con la mano en el agua y trató de recordar la melodía de la canción que el día anterior había estado escuchando desde allí mismo. El cielo se estaba cubriendo de nubes y parecía que por la noche descargaría otra tormenta.

La Primera Aventura

Es asombrosa la forma en que lo vivido puede parecerse extraña e incluso cómo puede desaparecer de la cabeza. Años enteros, con miles de vivencias, pueden perderse. A menudo veo niños que van a la escuela y no pienso en mi propia época escolar, veo estudiantes de bachillerato y apenas recuerdo que yo también lo fui. Veo cómo los mecánicos van a sus talleres y los frívolos empleados a sus oficinas y he olvidado completamente que una día recorrí el mismo camino, que llevé la misma bata azul y la misma chaqueta de escribiente, con los codos resplandecientes. En la librería observo sorprendentes librillos de versos escritos por jóvenes de dieciocho años, publicados por la editorial Pierson, de Dresde, y no pienso en que una vez yo mismo escribí versos parecidos, y que también caí en la trampa del mismo cazador de autores jóvenes.

Hasta que en algún momento, ya sea en un paseo o en un viaje en tren o en una noche insomne, aparece en mi memoria una etapa completamente olvidada de mi vida, brillantemente iluminada como una escena de teatro, con todos sus detalles, con todos los nombres y lugares, ruidos y olores. Esto es justo lo que me ocurrió la noche pasada. Se me apareció un episodio de mi vida, el cual en el momento de vivirlo estaba seguro que no olvidaría jamás, pero que había quedado relegado al olvido más absoluto durante años. Exactamente igual como se pierde un libro o un cortaplumas, al que primero se echa en falta y al cabo de un tiempo se olvida, hasta que un día aparece en un cajón entre trastos viejos y de nuevo nos pertenece.

Tenía dieciocho años y estaba a punto de acabar mi período de prácticas como aprendiz de mecánico. Hacía poco que tenía la convicción de que no llegaría lejos en este oficio y quería cambiar de rumbo. Mientras buscaba la ocasión de decírselo a mi padre, seguía en la empresa, medio hartado y medio contento, como alguien que ya se ha despedido y sabe que todos los caminos le están esperando.

En aquel tiempo teníamos en el taller un ayudante, cuya cualidad más relevante era su parentesco con una rica dama del pueblo vecino. Esta señora, joven viuda de un industrial, vivía en una pequeña villa, poseía un coche elegante y un caballo de montar y se la consideraba altiva y excéntrica porque en lugar de asistir a las reuniones de señoras, cabalgaba, pescaba, cultivaba tulipanes y tenía perros San Bernardo. Se hablaba de ella con envidia e irritación, sobre todo desde que se sabía que en Stuttgart y Munich, lugares a los cuales viajaba a menudo, solía ser muy sociable.

Desde que su sobrino o primo estaba con nosotros, este portento ya había visitado tres veces nuestro taller, saludaba a su pariente y dejaba que le enseñáramos nuestras máquinas. Su aspecto siempre era espléndido y me impresionó profundamente ver aquella mujer alta y rubia, tan elegante, pasear por la estancia llena de hollín, con la mirada curiosa y haciendo preguntas graciosas, con su rostro fresco e ingenuo como una niña pequeña. Nosotros, con la ropa de trabajo llena de grasa y las manos y cara manchadas de negro, teníamos la impresión de que nos visitaba una princesa. Esto no cuadraba con nuestras ideas socialdemócratas, cosa que siempre reconocíamos en cuanto se iba.

Un día, durante el descanso para merendar, el ayudante se acercó a mí y me dijo:

— ¿Quieres venir el domingo a visitar a mi tía? Te ha invitado.

— ¿Me ha invitado? Si te burlas de mí te hundo la cabeza en el cubo de agua.

Pero era verdad. Me había invitado para el domingo por la tarde. Podíamos volver a casa en el tren de las diez y si queríamos quedarnos hasta más tarde, quizá nos prestaría el coche.

Relacionarme con la dueña de un coche de lujo, ama de un mayordomo, dos criadas, un cochero y un jardinero era algo que chocaba con mis principios de entonces. Pero esto sólo se me ocurrió después

de asentir con entusiasmo y preguntar si sería correcto ponerme el traje de los domingos, que era de color crema.

Hasta el sábado viví un estado de alegría inmensa y excitación. Luego, el miedo se cernió sobre mí. ¿Qué iba a decir, cómo me debía comportar, como hablaría con ella? Mi traje, del cual siempre había estado orgulloso, se hallaba de pronto lleno de arrugas y manchas y los cuellos estaban todos deshilachados. Además, mi sombrero era viejo y desgastado y nada de esto lo podía paliar ninguna de mis tres piezas más valiosas: un par de zapatos de punta fina, una corbata roja brillante de sedalina y unos anteojos con montura de níquel.

El domingo al anochecer el ayudante y yo fuimos andando a Settlingen, y me sentí enfermo de emoción y nerviosismo. La villa surgió ante nosotros, estábamos delante de una reja bordeada de pinos y cipreses exóticos y los ladridos de los perros se mezclaban con el sonido de la campana del portón. Un mayordomo nos dejó entrar sin decir ni una palabra, tratándonos con altivez y casi sin apartar el gran San Bernardo que intentaba alcanzar mis pantalones. Miré mis manos con temor; hacía meses que no estaban tan pulcras. La noche anterior las había lavado durante media hora con queroseno y jabón de Marsella.

La dama nos recibió en el salón ataviada con un sencillo vestido azul claro. Nos dio la mano y pidió que tomáramos asiento, la cena estaría servida en unos instantes.

— ¿Es usted miope? — me preguntó.

— Un poco.

— ¿Sabe que los anteojos no le favorecen? — Me los quité y los guardé, poniendo una expresión porfiada —. Además, usted debe ser de los rojos, ¿verdad? — preguntó a continuación.

— ¿Se refiere a un socialdemócrata? Sí, por supuesto.

— ¿Y por qué?

— Por convicción.

— Entiendo. Pero la corbata sí que es bonita. Bien, vamos a cenar. Seguramente tendrán apetito.

En el salón contiguo estaba la mesa puesta con tres cubiertos. Con excepción de tres copas diferentes, no vi nada, contra mis temores, que pudiera ponerme en un apuro. Una sopa de sesos, lomo asado, verduras, ensalada y tarta, eran cosas que podía comer sin hacer el ridículo. Y los vinos los servía la misma dueña de la casa. Durante la cena habló casi exclusivamente con el ayudante y como la buena comida tuvo un efecto agradable, junto con el vino, pronto me sentí a gusto y bastante seguro de mí mismo.

Después de la cena nos llevaron las copas de vino al salón y cuando me ofrecieron un puro excelente, que, para mi sorpresa, fue encendido con una vela roja y dorada, mi bienestar se incrementó hasta convertirse en puro placer. Entonces me atreví a mirar a la dama, tan elegante y hermosa que me sentí orgulloso de adentrarme en el dichoso espacio de un mundo distinguido del cual sólo tenía una vaga idea gracias a algunas novelas y folletines.

La conversación se fue animando y me sentí tan audaz que osé hacer bromas sobre los anteriores comentarios de la señora referentes a la socialdemocracia y la corbata roja.

— Tiene razón — dijo sonriendo —. No traicione sus convicciones. Pero debería llevar su corbata un poco más derecha, así...

Estaba inclinada delante de mí y arreglaba mi corbata con ambas manos. De pronto sentí un temor profundo, cuando ella introdujo dos dedos por la abertura de mi camisa, acariciando suavemente mi pecho. Cuando levanté la vista, aterrorizado, volvió a hacer presión con los dedos, al tiempo que me miraba fijamente a los ojos.

«Oh Dios», pensé, mientras mi corazón latía con fuerza y ella daba un paso atrás simulando examinar mi corbata.

Sin embargo, volvió a mirarme de forma seria e intensa, asintiendo despacio un par de veces con la cabeza.

— ¿Podrías ir a la habitación de la esquina a buscar la caja de los juegos? — le dijo a su sobrino, que hojeaba una revista —. Ve, hazme el favor.

Él se fue y la dama se acercó a mí, despacio, con una mirada radiante.

— ¡Ah tú! — dijo bajito y con suavidad —. Eres un encanto.

Al mismo tiempo acercó su cara a la mía y nuestros labios se unieron, silenciosos y ardientes, una y otra vez. La abracé y se apretó contra mí con tanta fuerza que aquella mujer alta y hermosa debió de hacerse daño. Pero ella sólo buscaba mi boca y mientras me besaba sus ojos se humedecieron y brillaron como los de una jovencita.

El ayudante volvió con los juegos, nos sentamos y jugamos a los dados, apostando bombones. Ella conversaba animadamente y bromeaba cada vez que lanzaba los dados, pero yo no podía decir ni una palabra, respiraba con dificultad. De cuando en cuando, bajo la mesa, su mano jugueteaba con la mía o se posaba sobre mi rodilla.

Sobre las diez el ayudante decidió que debíamos irnos.

— ¿Usted también desea irse? — preguntó mirándome. Yo no tenía experiencia en asuntos amorosos y, tartamudeando, dije que seguramente ya era tarde y me puse de pie.

— Pues bien — exclamó ella y el ayudante se dispuso a marchar. Yo le seguí en el camino a la puerta, pero cuando él la cruzó, la dama me cogió con fuerza del brazo y me volvió a apretar contra su cuerpo. Y al salir me susurró —: ¡Sé prudente, por favor, sé prudente!

Esto tampoco lo entendí.

Nos despedimos y corrimos hacia la estación. Compramos los billetes y el ayudante subió al tren. Pero en aquel momento yo no necesitaba la compañía de nadie. Subí el primer escalón y, cuando sonó el silbato del tren, salté al andén y me volví. La noche ya era completamente oscura.

Aturdido y triste recorrí el largo tramo de carretera hasta llegar a la casa, pasando por delante de su reja y su jardín como un ladrón. ¡Una noble dama me amaba! Ante mí se abrían paisajes de ensueño y, cuando por casualidad encontré los anteojos de níquel en el bolsillo, los tiré a la cuneta.

El domingo siguiente el ayudante fue invitado otra vez a comer, pero yo no. Y ella tampoco volvió al taller.

Durante los tres meses siguientes fui a menudo a Settlingen, los domingos por la tarde o por la noche, y me detenía a escuchar delante de la reja o bordeaba el jardín, oía los ladridos de los perros y el viento entre los árboles exóticos, veía luz en las habitaciones y pensaba: quizá me vea alguna vez; me tiene cariño. Un día oí las notas de un piano, suaves y arrulladoras, y lloré apoyado en la pared.

Pero el mayordomo nunca más me invitó a pasar, ni me protegió de los perros, y nunca más la mano de la dama me acarició ni su boca rozó la mía. Sólo en sueños lo viví otra vez, sólo en sueños. Y bien entrado el otoño abandoné el oficio de mecánico, colgué para siempre la bata azul y me fui lejos, a otra ciudad.

La Marmolería

Era un verano tan espléndido que el buen tiempo no se contaba por días sino por semanas, y a finales de junio se acababa de cosechar el heno.

Para mucha gente no hay nada más bello que un verano como éste, en que los juncos arden entre los cañaverales todavía húmedos y el calor penetra hasta los huesos. Estas personas absorben tanto calor y tanto bienestar cuando llega este tiempo y experimentan una felicidad tan intensa por su existencia, en general poco activa, que se sienten completamente diferentes del resto de los mortales. Yo pertenezco a esa clase de gente. Por eso, aquel comienzo de verano me encontraba magníficamente bien, salvo durante algunas bruscas interrupciones que relataré más tarde.

Quizás haya sido el junio más alegre que he vivido, y ya sería hora de que volviera otro igual. El pequeño jardín de delante de la casa de mi primo, en la calle del pueblo, rebosaba de aromas y flores; las dalias, que cubrían la deteriorada cerca, crecían espesas y altas y tenían capullos grandes y redondos, de los que brotaban con fuerza los primeros pétalos amarillos, rojos y morados. Los alhelíes se encendían en un resplandor color miel y de ellos emanaba una fragancia muy intensa y alegre, como si supieran que su tiempo pasaría pronto para dejar lugar a las espesas resedas invasoras. Las balsaminas estaban quietas y ensimismadas con sus tallos gruesos, vidriosos; los lirios se veían esbeltos y soñadores, y los rosales silvestres tenían un alegre rojo vivo. Apenas se veía un palmo de tierra, como si todo el jardín fuese un enorme ramo de flores, multicolor y alegre, que pugnara por escabullirse de un florero demasiado pequeño, donde las capuchinas casi se ahogan entre las rosas y en el centro las azucenas de grandes flores exuberantes se expanden, insolentes y vigorosas.

Todo eso me gustaba muchísimo, pero mi primo y los campesinos apenas lo veían. Para ellos el jardín comienza a brindar algunas alegrías cuando llega el otoño y en los macizos quedan las últimas rosas, siemprevivas y margaritas. Durante el verano pasaban los días fuera, en los campos, de sol a sol, y por la noche se tumban en la cama cansados y pesados como soldados de plomo abatidos. Pero en otoño y primavera cuidaban y arreglaban fielmente el jardín, al que no reconocían utilidad alguna y apenas miraban cuando estaba más hermoso.

Desde hacía dos semanas, el cielo caluroso y azul se cernía sobre el paisaje, por la mañana puro y radiante, por la tarde siempre surcado por ovillos de nubes bajas, apretadas, que crecían lentamente. Por la noche las tormentas descargaban aquí y allá, pero todas las mañanas, al despertar, mientras los ecos de los truenos aún resonaban en los oídos, volvía a brillar el sol en el purísimo cielo azul que se inundaba de luz y calor. Entonces comenzaba, alegre y sin prisas, mi vida estival: breves paseos por caminos campestres ardientes y agrietados por la sed, entre altos trigales amarillentos que respiraban calidez y entre los que asomaban sonrientes amapolas y acianos, arvejas, neguillas y campánulas. Seguían largos descansos de varias horas entre las altas hierbas a la vera de los bosques; sobre mí, brillantes coleópteros, el zumbido de las abejas, ramas inmóviles con el viento en calma y la profundidad del cielo. Al atardecer, la vuelta a casa se hacía agradable y lenta, caminando a través del polvo dorado por el sol y de los campos rojizos, en un entorno lleno de frutos en sazón y de cansancio y del lánguido mugir de las vacas; y, al final, lentas y largas horas tibias hasta medianoche, sentado bajo un arce o tilo, solo o con algún conocido, hablando animadamente y sin prisas con una copa de vino dorado hasta que, al entrar la noche cálida, en algún lugar a lo lejos, empezaban a resonar los truenos y, en medio de las violentas ráfagas de viento, caían sobre la tierra polvorienta, de forma lenta y voluptuosa, las primeras gotas, pesadas, blandas y apenas audibles.

— No he conocido a nadie tan gandul como tú — decía mi querido primo mientras negaba con la cabeza, perplejo —. ¡No se te romperá ningún hueso!

— De momento aguantan — le tranquilicé yo.

Me gustaba verlo cansado, sudoroso y dolorido de tanto trabajar. Yo estaba en pleno derecho; había pasado un examen y largos meses agotadores, durante los cuales había sacrificado a diario la comodidad.

No quiero decir que mi primo Kilian no se alegrar de ver cómo me divertía. Tenía un profundo respeto por mi erudición, a sus ojos estaba rodeada por una aura sagrada que yo, naturalmente, procuraba mantener inmaculada.

Me sentía más a gusto que nunca. Caminaba lenta, plácidamente por campos y dehesas, entre los trigales, los henares y las altas cicutas; me tumbaba inmóvil en el agradable calor y respiraba como una culebra gozando de la profunda quietud de las horas.

Y luego, ¡esos rumores veraniegos! Esos sonidos que producen una sensación agradable y triste y que tanto amo: el interminable canto de las cigarras hasta más allá de la medianoche, que os puede extasiar tanto como contemplar el mar..., el enérgico susurro de las espigas ondulantes..., los suaves truenos lejanos, siempre al acecho...; al anochecer, el zumbido de los mosquitos y el distante y sobrecogedor martilleo de las hoces en el yunque...; por la noche, el viento tibio y la caída repentina de chubascos.

¡Y cómo florece y respira todo en esas semanas cortas y soberbias, cómo vive y huele más intensamente, cómo flamea con más ansia y fervor! ¡Cómo el aroma de los tilos inunda con suaves ráfagas valles enteros; y cómo, junto a las cansadas espigas maduras, las flores multicolores viven con avidez y presunción; cómo refulgen y arden en la brevedad del instante hasta que, demasiado pronto, susurra la hoz!

Tenía veinticuatro años, sentía que el mundo y yo mismo estábamos bien hechos y vivía la vida como un amante que se ejercita en el placentero arte del amor y miraba la vida casi siempre desde un punto de vista estético. Pero el enamoramiento llegó y transcurrió, sin darme opciones, según las reglas tradicionales. ¡Quién lo habría dicho! Después de las dudas y los titubeos naturales me decanté por una filosofía que afirmaba la vida y, tras varias experiencias difíciles, me parecía haber adquirido un enfoque tranquilo y objetivo de las cosas. Además, había aprobado el examen, tenía una bonita suma de dinero en el bolsillo y dos meses de vacaciones por delante.

Es probable que en toda vida existan tales períodos: a lo lejos y delante se ve un camino llano, sin obstáculos, sin baches, sin nubes en el cielo. Te meces, ufano, en la cima y crees reconocer cada vez más claramente que no existe ni la suerte ni la casualidad, sino que todo eso y la mitad del futuro te lo has ganado de forma honrada, y es tuyo simplemente porque eres quien eres. Y haces bien de alegrarte con esa ilusión, pues de ella está hecha la felicidad de los príncipes de los cuentos y la de los gorriones sobre el estiércol, y nunca dura lo suficiente.

De los dos primeros meses de vacaciones sólo se me habían escurrido algunos días entre los dedos. Desenvuelto y ágil, con la serenidad de un sabio, deambulaba por los valles fumando un cigarro, con una flor silvestre en el sombrero, una libra de cerezas y un buen libro en el bolsillo. Intercambiaba frases ingeniosas con los dueños de las fincas, hablaba aquí y allá amistosamente con los campesinos, dejaba que me invitaran a todos los festejos, grandes y pequeños, reuniones y banquetes, bautizos y degustaciones de cerveza; en ocasiones tomaba a última hora de la tarde un trago con el párroco; iba con los propietarios de las fábricas y los arrendatarios de aguas a pescar truchas; me mostraba alegre con moderación y me regocijaba cuando algún señor corpulento y experimentado me trataba como un semejante, sin mencionar mi juventud. Pues en realidad sólo mi apariencia era ridículamente joven. Hacía algún tiempo había descubierto que la edad de los juegos estaba superada y me había hecho un hombre; gozaba de mi madurez con una satisfacción serena que se hacía más intensa cada hora que pasaba y me gustaba usar esa expresión que compara la vida con un corcel vigoroso y veloz, que se debía montar como un buen jinete, con osadía y cautela.

Y allí estaba la tierra con su belleza estival, los trigales comenzaban a amarillear, el aire estaba lleno de olor a heno y el follaje de los árboles mostraba aún colores luminosos e intensos. Los niños llevaban pan y mosto al campo, los labradores se veían presurosos y alegres y, por las noches, grupos de muchachas paseaban por la calle, se echaban a reír sin motivo o entonaban, sin previo acuerdo,

sentimentales canciones populares. Desde la cumbre de mi madurez juvenil, las contemplaba compartir su alegría con niños, labradores y muchachas, y creía entenderlo todo.

En medio del bosque había un barranco sombrío por donde pasaba el riachuelo de Sattelbach, que cada doscientos metros debía mover un molino, y en la orilla se alzaba un imponente y pulcro aserradero de mármol: el cobertizo, la serrería, la esclusa, el patio, la casa y el pequeño jardín, todo sencillo, sólido y con aspecto agradable, ni deteriorado por el tiempo ni demasiado nuevo. Allí se aserraban bloques de mármol, de forma lenta y perfecta, en láminas y discos, que luego se lavaban y pulían; era un taller limpio donde reinaba la calma y donde el espectador podía recrearse contemplándolo. Aunque la vista era bonita y atrayente, era raro ver aparecer en medio del estrecho y sinuoso valle, entre los abetos, hayas y franjas de praderas, el patio del aserradero, lleno de grandes bloques de mármol, blanco, gris azulado y vetado, con láminas acabadas de todos los tamaños, con desechos y polvo de mármol fino y brillante. La primera vez que, por curiosidad, entré en aquel patio, me metí en el bolsillo un pequeño trozo de mármol blanco, pulido por un lado; lo conservé durante años y lo usaba como pisapapeles en mi escritorio.

El propietario de la marmolería se llamaba Lampart y era uno de los más singulares habitantes de aquella productiva región. Había envidiado joven y, en parte por su vida poco sociable, en parte por su peculiar oficio, que no propiciaba el contacto con los habitantes de las cercanías, había adquirido un carácter especial. Pasaba por ser muy adinerado, pero nadie lo sabía a ciencia cierta, pues en toda la región no había nadie que hubiera tenido un negocio parecido ni sabía nada sobre su marcha ni sobre sus beneficios. Por aquella época todavía no había conseguido averiguar en qué consistía la singularidad de aquel hombre. Pero estaba claro que tenía alguna cosa de particular, y esto te obligaba a tratar al señor Lampart de un modo diferente que a las demás personas. Quien le visitaba era bien recibido y encontraba una amable acogida, pero jamás había ocurrido que el dueño de la marmolería devolviera una visita. Si se dejaba ver en alguna ocasión en una fiesta oficial, en una cacería o en una junta, lo que ocurría con muy poca frecuencia, se le trataba con cortesía aunque con cierta timidez, buscando las palabras adecuadas, porque él siempre se mostraba taciturno y miraba a la cara a todo el mundo con la impasible seriedad de un ermitaño que ha salido de su bosque para volver pronto a él.

Cuando le preguntaban cómo iban los negocios, decía: «Gracias, van marchando», pero no hacía pregunta alguna. Cuando se manifestaba interés por si la última inundación o la última sequía le habían perjudicado, respondía: «Gracias, no mucho», pero jamás continuaba con un: «¿Y a usted?».

A juzgar por las apariencias, era un hombre que había vivido cargado de preocupaciones y quizás aún vivía así, pero estaba acostumbrado a no compartirlas con nadie.

Aquel verano adquirí la costumbre de visitar asiduamente la marmolería. A veces, durante mis paseos entraba, aunque sólo fuese por un cuarto de hora, en el patio o en el fresco y penumbroso taller de pulido, donde brillantes cintas de acero subían, bajaban y crujían rítmicamente y un fino chorro de granitos de arena caía sobre trabajadores silenciosos al tiempo que el agua murmuraba bajo las tablas del suelo. Observaba el trabajo de ruedas y correas, sentado sobre un bloque de piedra, mientras empujaba con los pies un rodillo de madera de un lado a otro o hacía crujir los granos y las astillas de mármol, escuchaba el ruido del agua, encendía un puro y disfrutaba durante un rato del fresco y la quietud de aquel lugar, y luego me marchaba. Casi nunca encontraba al dueño. Cuando quería verle, lo cual ocurría a menudo, entraba en la pequeña casa silenciosa y limpiaba mis botas en el suelo del pasillo al tiempo que tosía, hasta que el señor Lampart o su hija bajaban, abrían la puerta de la diáfana sala de estar y me ofrecían una silla y un vaso de vino.

Entonces, sentado ante la pesada mesa, bebía pequeños sorbos del vaso que giraba con los dedos hasta que finalmente empezábamos a hablar, pues ni el dueño de la casa ni su hija, que muy raras ocasiones coincidían, eran los primeros en iniciar conversación; en aquella casa, frente a aquellas personas, no me parecía adecuado recurrir a ninguno de los temas que suelen comentarse en situaciones parecidas. Después de transcurrida una buena media hora y cuando la conversación ya estaba encaminada, el vaso solía estar casi siempre vacío, a pesar de mi cautela. Nunca me ofrecían un segundo vaso, y como no quería pedirlo y me parecía un poco violento estar sentado ante un vaso vacío, me levantaba, les daba la mano y me ponía el sombrero.

En cuanto a la hija, al principio nada me llamó la atención, sólo el notable parecido con un padre.

Era tan alta y erguida como él, tenía su mismo cabello castaño y los mismos ojos negro mate, la misma nariz recta, angulosa y claramente definida y la boca tranquila y hermosa. También compartía con él la manera de andar, si es que una mujer puede hacerlo como un hombre, y la voz potente y grave. Tendía la mano con el mismo gesto que su padre, esperaba igual que él que expusieras lo que tenías que decir y contestaba las fútiles preguntas de cortesía de forma escueta, breve y un poco sorprendida.

Era de un tipo de belleza que se encuentra a menudo en las zonas fronterizas de Badén y Alsacia, basado principalmente en una mezcla armónica entre fuerza y temperamento, unida invariablemente a una estatura elevada y tez morena. Al principio la miraba como quien contempla un bonito cuadro, pero con el tiempo, la seguridad y la madurez de la bella muchacha me cautivaron cada vez más. Así comenzó mi enamoramiento, que pronto se convirtió en una pasión como no había conocido nunca. Seguramente no habría tardado mucho en demostrarle mis sentimientos, pero el carácter discreto de la muchacha y el ambiente tranquilo y frío de toda la casa me producían una especie de anquilosamiento y, apenas llegado allí, refrenaban mis impulsos.

Sentado frente a ella o su padre, mi fuego se reducía a una tímida llamita, que yo escondía cuidadosamente. La habitación tampoco se parecía a un escenario donde un joven caballero amante pudiera arrodillarse seguro de su éxito, era más bien un lugar sobrio y sumiso, donde dominan fuerzas tranquilas y se vive y soporta un período serio de la vida. A pesar de todo, detrás de la existencia lánguida de la muchacha yo entreveía una plenitud vital y una emotividad reprimida que raras veces se manifestaba en un gesto fugaz o en el fulgor repentino de una mirada cuando una conversación la hacía vibrar.

Muchas veces reflexioné sobre el verdadero carácter de aquella bella y estricta muchacha. En el fondo, quizás era apasionada, melancólica o incluso fuera una persona realmente apática. En todo caso, no mostraba su verdadera naturaleza. Aunque parecía tan libre para juzgar y vivir con independencia, su padre ejercía un poder ilimitado sobre ella; era evidente que no había escapado a la influencia paterna que, por cariñosa que fuera, la había doblegado desde la infancia y obligado a adaptarse a otros moldes. Cuando los veía juntos, cosa que no ocurría con frecuencia, creía sentir también esa influencia tiránica, quizá no intencionada, y tenía la oscura sensación de que posiblemente tuviera lugar entre los dos una lucha tenaz y mortal. Cuando me imaginaba que algo parecido podía ocurrirme, mi corazón latía deprisa y no podía reprimir cierto escalofrío de horror.

Si mi amistad con el señor Lampart no progresaba, prosperaban, en cambio de forma más satisfactoria mis relaciones con Gustav Becker, administrador de la finca de Rippach. Hacía poco, tras largas conversaciones que se prolongaron durante horas, brindamos por nuestra fraternidad, gesto que me llenó de orgullo a pesar de la decidida desaprobación de mi primo. Becker era un letrado de treinta y dos años, una persona astuta e inteligente. Tratándose de él, no me sentía ofendido cuando escuchaba con una sonrisa irónica mis bellas palabras de adulto sensato, pues con esa misma sonrisa le veía tratar a personas de más edad y dignidad. Se lo podía permitir, pues no sólo era el administrador y quizás el futuro comprador de la finca más grande de la región, sino que espiritualmente era superior a la mayoría de las personas de su entorno. Todo el mundo reconocía con admiración que era diabólicamente listo, pero no se le apreciaba. Imaginé que se sentía rechazado por la gente y que por eso a mí me hacía caso.

En realidad, a menudo me llevaba a la desesperación. Con frecuencia me hacía dudar de mis juicios sobre la vida y las personas, sin palabras, sólo con una mueca expresivamente cruel, y en ocasiones hasta osaba declarar directamente ridícula cualquier pretensión de sabiduría universal.

Una tarde, Gustav Becker y yo estábamos en el Jardín del Águila tomando una cerveza, sentados a una mesa orientada hacia los prados, tranquilos y solitarios. Era uno de esos atardeceres secos y calurosos en que todo está lleno de polvo dorado, el aroma de los tilos era casi embriagador y la intensidad de la luz no parecía aumentar ni disminuir.

— Oye, ¿tú no conocerás al aserrador de mármol que vive allí enfrente, en el valle de Sattelbach? — pregunté a mi amigo.

Gustav siguió cargando la pipa y sin levantar la mirada asintió con la cabeza.

— Dime, ¿qué clase de hombre es?

Becker rió y guardó el cargapipas en el bolsillo de su chaleco.

— Un hombre muy inteligente — contestó —. Por eso está siempre callado. ¿Por qué te interesas por él?

— Por nada, sólo preguntaba por curiosidad. Pero me produce una impresión muy extraña.

— Es lo que suele pasar con las personas inteligentes; no abundan.

— ¿Y aparte de esto no sabes nada más de él?

— Tiene una hija guapa.

— Sí. Pero no me refería a eso. ¿Por qué no se relaciona nunca con la gente?

— ¿Y por qué debería hacerlo?

— Ah, no importa. Pensaba que quizá le habría ocurrido algo extraño, no sé.

— Ya, ¿algo extraño? Molino silencioso en el valle... Mármol... Ermitaño taciturno... Enterrado en vida... Lo lamento, no hay nada de eso. Es un excelente hombre de negocios.

— ¿Estás seguro?

— Es listo. El hombre está haciendo dinero.

Entonces se tuvo que marchar. Tenía trabajo. Pagó la cerveza y atravesó directamente la pradera segada, y cuando ya había desaparecido tras la colina más cercana, aún me llegaba una ráfaga del humo de su pipa, pues Becker caminaba en dirección contraria al viento. En el establo, las vacas saciadas comenzaron a mugir cansinamente; por la calle del pueblo aparecieron las primeras personas agotadas tras la jornada de trabajo y, cuando al cabo de un rato, miré en derredor, los montes eran de un color negruzco, el cielo ya no estaba rojo sino azul verdoso, y la primera estrella estaba a punto de brillar.

La breve conversación con el administrador había herido ligeramente mi orgullo intelectual y, como la noche se presentaba muy hermosa y mi amor propio había sido tocado, sobrevino de repente mi amor hacia la muchacha, haciéndome sentir que no se puede jugar con las pasiones. Bebí alguna cerveza más, y cuando todas las estrellas salieron y desde el callejón sonó una tierna canción popular, abandoné mi sabiduría y mi sombrero sobre el banco, me adentré despacio en los campos oscuros y mientras lo hacía dejé que mis lágrimas corrieran libremente.

Pero a través de las lágrimas vi el paisaje nocturno de verano: la imponente extensión de los campos de cultivo se levantaba en el horizonte hacia el cielo como una ola fuerte y suave. A un lado dormía, respirando, el extenso bosque, y detrás de mí yacía el pueblo medio oculto, pocas luces encendidas, algunas voces suaves y lejanas. El cielo, el campo, el bosque, la aldea, los olores del campo y los cantos aislados de los grillos se fundieron, envolviéndome con tibieza, y hablaron del mismo modo que una bella melodía que alegra y entristece. Sólo las estrellas descansaban, claras e inmóviles, en el firmamento semioscuro. Dentro de mí una nostalgia, un ansia tímida pero al mismo tiempo ardiente; no supe si era un ansia de alegrías y dolores nuevos y desconocidos o el impulso de retroceder al país de mi infancia, apoyarme en la verja del jardín paterno, oír una vez más las voces de los difuntos padres y los ladridos de nuestro perro muerto y desahogarme en llanto.

Sin pensar entré en el bosque y caminé a través de las ramas secas y la sofocante oscuridad, hasta que de repente topé con un paraje amplio y claro, y permanecí largo rato de pie entre los altos abetos, sobre el estrecho valle de Sattelbach, en el fondo del cual se encontraba la propiedad de los Lampart, con los pálidos montones de mármol y la esclusa oscura y rugiente. Entonces sentí vergüenza y emprendí a través de los campos el camino de regreso más corto.

Al día siguiente Gustav Becker ya conocía mi secreto.

— No me vengas con evasivas — me dijo —, sucede que estás locamente enamorado de la Lampart. No es ninguna desgracia. Estás en una edad en que eso volverá a ocurrirte con frecuencia.

Mi orgullo volvió a manifestarse con fuerza.

— No, amigo mío — dije —, no me conoces bien. Ya he pasado de esos enamoramientos de adolescente. Lo he pensado todo muy bien y creo que no podría hacer un casamiento mejor.

— ¿Casarte? — preguntó Becker riendo —. Chico, eres encantador.

Entonces me enfadé, pero no me fui sino que le conté con todos los detalles mis ideas y planes al administrador.

— Olvidas una cosa importante — dijo luego en tono serio y recalcando las palabras —. Los Lampart no están hechos para ti, son de otra clase. Uno puede enamorarse de quien quiera, pero sólo

debe casarse con quien pueda entenderte y seguirte el ritmo. — Al ver que yo gesticulaba y quise interrumpir, de repente volvió a reír y dijo —: Entonces, hijo, adelante y ¡buena suerte!

A partir de aquel día y durante una buena temporada hablé a menudo con él sobre este asunto. Puesto que el trabajo estival pocas veces le dejaba un rato libre, solíamos mantener nuestras conversaciones andando por el campo, en el establo y en el granero. Y cuanto más hablaba más clara y perfecta me parecía esa idea.

De todas maneras, cuando estaba sentado en la marmolería me sentía oprimido y me volvía a dar cuenta de la distancia que faltaba para llegar a la meta. La muchacha mostraba la misma amabilidad de siempre, con un aire plácido y un poco varonil que me parecía delicioso y, no obstante, me intimidaba. A veces me pareció que le agradaba verme, que me amaba en secreto; de vez en cuando se quedaba absorta mirándome y escudriñándome como quien tiene delante algo que le gusta mucho. Se tomaba muy en serio mis inteligentes discursos, pero me parecía que, en el fondo, sus ideas eran otras, inamovibles.

Una vez dijo:

— Para las mujeres, o por lo menos para mí, la vida tiene otro aspecto. Hemos de hacer y dejar de hacer muchas cosas que un hombre podría hacer de otro modo. No somos tan libres...

Yo le respondí que todos tienen el destino en sus manos, y que deben crear una vida que sea su obra personal y les pertenezca.

— Un hombre pueda hacerlo, quizás — opinó —. No lo sé. Pero para nosotras es distinto. También podemos hacer algo de nuestra vida, pero se trata más de soportar lo inevitable con prudencia que de dar pasos propios.

Y cuando volví a contradecirla y solté un breve y bonito discurso, se acaloró y dijo casi con pasión:

— ¡Quédese usted con sus ideas y déjeme a mí con las mías! Elegir lo más hermoso de la vida, cuando puedes escoger, no tiene gran mérito. Pero ¿quién puede escoger? Si hoy o mañana usted cae bajo las ruedas de un coche y pierde brazos y piernas, ¿qué hace entonces con sus castillos en el aire? Entonces tendría bastante con aprender a vivir con lo que le ha dado el destino. Pero ¡intente ser feliz, se lo deseo, inténtelo, por favor!

Nunca la había visto tan animada. Luego se tranquilizó, sonrió extrañamente y no me retuvo cuando me levanté y me despedí por aquel día. Recordé a menudo sus palabras, que casi siempre pasaban por mi cabeza en los momentos más inoportunos. Me propuse hablar de ello con mi amigo de la finca de Rippach, pero al ver los fríos ojos de Becker y sus labios dispuestos a la burla, se me pasaron las ganas de hacerlo. De hecho, ocurrió poco a poco que, a medida que mis conversaciones con la señorita Lampart adquirían un carácter más personal y turbador, hablaba cada vez menos de ella con el administrador. El tema tampoco parecía importarle mucho. A lo sumo me preguntaba de vez en cuando si seguía visitando asiduamente la marmolería, me pinchaba un poquito y luego lo dejaba estar, como era propio de su forma de ser.

Para mi sorpresa, le encontré una vez en la ermita de Lampart. Cuando entré, estaba sentado en la sala con el dueño y tenía el habitual vaso de vino delante. Me causó cierta satisfacción constatar que tampoco se le ofrecía un segundo vaso de vino. Se despidió pronto, y como Lampart parecía hallarse ocupado y la hija no estaba, decidí acompañarle.

— ¿Qué te trae por aquí? — le pregunté cuando estuvimos en la carretera —. Parece que conoces muy bien a Lampart.

— Un tanto.

— ¿Tienes negocios con él?

— Negocios de dinero, sí. Y la corderita no estaba hoy, ¿eh? Tu visita fue muy breve.

— Ah, ¡déjalo!

Yo había llegado a tener con la muchacha un trato amistoso, muy familiar, pero había procurado no dejar notar nunca mi enamoramiento, que era cada vez mayor. De repente, al contrario de lo que yo esperaba, adoptó una actitud diferente que volvió a robarme toda esperanza. No era exactamente esquiva, pero parecía buscar un camino hacia el distanciamiento anterior y procuró fijar nuestra conversación en cosas externas y generales, sin alentar las cordiales relaciones del principio.

Cavilaba mientras caminaba por los bosques y se me ocurrieron mil suposiciones absurdas. Me volví inseguro en mi comportamiento frente a ella, lleno de penosas preocupaciones y dudas que eran una

burla para toda mi filosofía de la felicidad. Mientras tanto, habían transcurrido más de la mitad de mis vacaciones y comencé a contar los días, lamentando con envidia y desesperación cada día perdido inútilmente y desaprovechado, como si aquél fuera infinitamente importante e insustituible.

Pero llegó un día en que, aliviado y casi asustado, lo creí todo ganado y me encontré por un instante ante la puerta abierta de la felicidad. Pasando por delante del aserradero vi a Helene de pie en el pequeño jardín, entre las altas matas de dalias. Entonces entré, la saludé y la ayudé a clavar unas cuantas cañas y atar las plantas caídas. A lo sumo me quedé allí un cuarto de hora. Mi llegada la había sorprendido, estaba mucho más confusa y retraída que en otras ocasiones, y en su timidez hubo algo que creí poder leer como un mensaje escrito en letra clara y nítida. Sentí que me quería de todo corazón y me volví de repente seguro y alegre, contemplé a la muchacha alta y llamativa con cariño, casi con compasión y quise respetar su confusión y fingí no ver nada; luego me creí un héroe cuando, al poco rato, le di la mano y me marché sin volver la mirada. «Me ama», me decían todos mis sentidos, «y mañana todo irá bien».

Fue otro día espléndido. Con las preocupaciones y los malos ratos casi había olvidado que estábamos en la estación más bonita y vagaba de aquí para allá como si no tuviera ojos. La luz volvía a filtrarse entre los árboles del bosque, el riachuelo volvía a ser negro, marrón y plateado, la lejanía luminosa y tenue, y las faldas rojas y azules de las campesinas daban una nota de color a los caminos campestres que atravesaban los campos. Sentía una felicidad tan profunda que no habría podido asustar ni a una mariposa. Tras una cuesta fatigosa, llegué a la lindera del bosque, me tumbé y abarqué con la mirada la fértil extensión hasta el lejano y redondo monte Staufen, me entregué al sol del mediodía y me sentí plenamente reconciliado con el mundo maravilloso, conmigo y con todo.

Estuvo bien que soñara, cantara y disfrutara de aquel día con todas mis fuerzas. Por la noche, en el Águila, incluso tomé una copa del mejor tinto.

Cuando al día siguiente visité a los de la marmolería, todo volvió a ser frío. Al ver el aspecto de la sala, de los muebles y de aquella Helene callada y serena, toda mi seguridad y mi moral de victoria desaparecieron y estuve sentado como se siente un pobre viajero en la escalera, y luego me fui como un alma en pena, desengañado y triste. No había pasado nada. Helene incluso había estado muy amable. Pero no quedaba ni rastro del sentimiento del día anterior.

A partir de aquel día el asunto comenzó a llenarme de amargura y preocupación. Durante un instante había catado la miel de la felicidad.

El anhelo me consumía, como un hambre insaciable, el sueño y la tranquilidad de mi alma. El mundo se hundió a mi alrededor y quedé aislado en una soledad y un silencio en que sólo oía los gritos quedos y fuertes de mi pasión. Había soñado que la alta, bella y seria muchacha iba hacia mí y se recostaba en mi pecho; y en cambio en aquel momento extendía los brazos al vacío llorando y maldiciendo, rondando sigilosamente de día y de noche la marmolería, donde apenas me atrevía ya a entrar.

De nada me sirvió soportar sin protestar el sermón mordaz sobre el escepticismo y el desencanto que me soltó el administrador Becker. No me sirvió de nada correr horas y horas por los campos bajo un sol abrasador, ni remojar me en los fríos riachuelos del bosque hasta que me castañeteaban los dientes. De nada me sirvió que el sábado por la noche participara en una riña en el pueblo, me molieran a palos y dejaran mi cuerpo lleno de cardenales.

Y el tiempo corría como el agua. ¡Aún catorce días de vacaciones! ¡Aún doce días! ¡Aún diez! En ese tiempo fui dos veces a la marmolería. La primera vez sólo encontré al padre, le acompañé al taller y miré estúpidamente cómo ajustaban un nuevo bloque. El señor Lampart fue al almacén a buscar alguna cosa y como tardaba mucho en venir me largué con el propósito de no volver nunca más.

Sin embargo, a los dos días estaba de nuevo allí. Helene me recibió como siempre y no pude quitarle la vista de encima. Aquel voluble y desasosegado estado de ánimo que me corroía por dentro me incitó a contarle sin pensar una serie de chistes tontos, frases hechas y anécdotas que la contrariaban visiblemente.

— ¿Por qué está usted hoy así? — me preguntó al fin, mirándome de una manera tan hermosa y franca que mi corazón se puso a latir con fuerza.

— ¿Cómo? — le pregunté, y el diablo quiso que intentara reír al mismo tiempo.

La risa forzada no le gustó, se encogió de hombros y pareció triste. Por un instante tuve la sensación de que me había amado, había querido corresponderme y que aquello la apenaba. Durante un minuto permanecí en un silencio opresivo, pero de nuevo apareció el diablo, haciéndome recaer en mi anterior humor de bufón, y me puse a charlar de nuevo de una manera que me hacía sufrir a mí mismo y que incomodaba visiblemente a la chica. Fui tan infantil y tan necio que disfruté de mi dolor, ensanchando más aún con mi pueril obstinación el abismo que nos separaba, en lugar de morderme la lengua y pedir sinceramente perdón a Helene.

Para acabar de arreglarlo, me atraganté con el vino al beber con prisas, tuve que toser y salí de la casa más hundido que nunca.

Sólo me quedaban ocho días de vacaciones.

Había sido un bello verano, con un principio de lo más prometedor y alegre. Pero toda mi alegría había desaparecido; ¿qué debía hacer con los ocho días que me quedaban? Estaba decidido a partir al día siguiente.

Pero antes debía ir por última vez a su casa. Debía ir a contemplar su belleza enérgica y noble y decirle: «Te amo, ¿por qué has jugado conmigo?».

Primero fui a la finca de Rippach para hablar con Gustav Becker, a quien tenía abandonado en aquellos últimos días. Estaba de pie en una habitación grande y desnuda, ante un pupitre ridículamente estrecho, escribiendo cartas.

— Quiero despedirme — dije —, probablemente partiré mañana. ¿Sabes?, hay que volver a trabajar duro.

Para mi sorpresa, el administrador no me gastó ninguna broma. Me dio una palmada en el hombro, sonrió casi con compasión y dijo:

— Bien, sí. Entonces, ¡qué Dios te bendiga, chico! Y cuando ya estaba en el umbral de la puerta, me volvió a llevar a la habitación y dijo:

— Escucha, lo siento. Sabía desde un principio que aquello con la muchacha no resultaría. De cuando en cuando dejaste caer tus sabias sentencias... ¡Síguelas ahora y mantente firme, aunque te parezca que te va a estallar la cabeza!

Eso fue por la mañana.

Por la tarde estuve sentado sobre el musgo, en la ladera de la montaña que desciende en una cuesta hasta el desfiladero de Sattelbach, mirando el riachuelo, el taller y también la casa de los Lampart. No tuve prisa en despedirme y me tomé un tiempo para meditar y soñar, sobre todo por lo que me había dicho Becker. Paseé mi mirada con dolor por el barranco y por los pocos tejados de abajo, vi brillar el riachuelo y levantarse el polvo de la blanca carretera con el suave viento; pensé que no volvería a aquellos lugares durante una buena temporada, mientras que el riachuelo, el aserradero y las personas seguirían su curso. «Quizás Helene algún día abandonará su resignación y su impasibilidad al destino y, siguiendo sus deseos íntimos, se aferrará a la más intensa felicidad o al más profundo dolor hasta saciarse. Quizá, quién sabe, mi propio camino saldrá serpenteando de barrancos y valles enmarañados para conducirme a una tierra de felicidad clara y abierta... ¿Quién sabe?».

No creí en ello. Por primera vez una auténtica pasión me había hecho prisionero, y no conocía ningún poder en mí que fuera lo bastante fuerte y noble para vencerla.

Pensé que era mejor partir sin hablar antes con Helene. Sin lugar a dudas, sería lo más sensato. Saludé con una inclinación de cabeza su casa y su jardín, decidí no volver a verla y permanecí tumbado allí arriba hasta el anochecer.

Perdido en mis ensueños, me alejé bosque abajo, tropezando a menudo en la abrupta pendiente, y sólo desperté de mi ensimismamiento con un fuerte sobresalto cuando bajo mis pies oí crujir los fragmentos de mármol del patio y me encontré delante de la puerta que yo no había querido ver ni tocar. Ya era demasiado tarde.

Sin saber cómo, había entrado; me vi sentado ante la mesa, en el crepúsculo, y Helene estaba delante de mí, de espaldas a la ventana, callada, mirando al interior de la sala. Me pareció que ya hacía horas que estaba así, silenciosa y apocada. Y de pronto me sobresalté al darme cuenta de que era la última vez.

— Bien — dije —, he venido a despedirme. Mis vacaciones han terminado.

— ¡Oh!

Y nuevamente reinó el silencio. Se oía trajinar a los obreros en el almacén, por la carretera pasó lentamente un carro y escuché su ruido hasta que dobló la curva y desapareció. Me habría gustado seguir escuchándolo durante mucho, mucho tiempo. Entonces me levanté de la silla de un salto y quise marcharme.

Me acerqué a la ventana. También ella se levantó y me miró. Su mirada era firme y grave y no la apartó durante un largo rato.

— ¿Recuerda usted cuando estuvimos en el jardín?

— Sí, lo recuerdo.

— Helene, entonces creía que usted me amaba. Y ahora debo partir. Ella tomó mi mano tendida y me llevó a la ventana.

— Déjeme mirarle una vez más — dijo, levantando mi barbilla con la mano izquierda.

Entonces acercó sus ojos a los míos y me miró con una intensidad extraña, firme. Y al ver su cara tan cerca de la mía, no pude hacer más que poner mi boca sobre la suya. Ella cerró los ojos y me devolvió el beso, y yo la rodeé con mi brazo, apretándola con fuerza contra mí y pregunté en voz baja:

— Mi amor, ¿por qué sólo hoy, por qué no antes?

— Calla — dijo —. Ahora vete y vuelve dentro de una hora. He de ocuparme de los trabajadores. Mi padre no está hoy.

Me fui y caminé valle abajo por regiones desconocidas, extrañas, entre nubes cegadoramente luminosas que dibujaban imágenes cautivadoras, oí de tanto en tanto, como entre sueños, el susurro del riachuelo de Sattelbach y pensé en mil cosas lejanas, irreales, pequeñas escenas curiosas o conmovedoras de mi infancia e historias que salieron de las nubes borrosas y desaparecieron antes de que pudiera reconocerlas del todo. Caminando también canté, pero era una vulgar canción de moda. Así deambulé en espacios extraños hasta que un calor extraño y dulce me impregnó todo el cuerpo y por encima de mis pensamientos apareció la figura espléndida y fuerte de Helene. Entonces volví en mí y me encontré a la caída del crepúsculo lejos, abajo, en el valle, y volví corriendo, lleno de felicidad.

Ella ya esperaba, me hizo atravesar el portal y la puerta de la sala, y los dos nos sentamos al borde de la mesa, cogidos de la mano y sin hablar. El aire era tibio y reinaba la oscuridad; una ventana estaba abierta y en su parte superior se veía un estrecho trozo de cielo pálido, recortado por las puntas agudas y negras del bosque de abetos que cubría la montaña. Jugábamos con nuestros dedos, y a cada ligera presión me recorría un estremecimiento de felicidad.

— ¡Helene!

— ¿Sí?

— ¡Oh, Helene!

Y nuestros dedos seguían tocándose hasta que se quedaron quietos y descansaron, entrelazados. Miré el pálido trozo de cielo, y al volverme al cabo de un rato vi que también ella lo miraba, mientras, en medio de la oscuridad, un débil rayo de luz se reflejaba en sus ojos y en dos grandes lágrimas que pendían inmóviles de sus párpados. Se las quité con lentos besos y me sorprendió que supieran frías y saladas. Entonces me atrajo hacia ella, me besó larga y fuertemente y se levantó.

— Ha llegado la hora. Tendrás que irte.

Y cuando estuvimos en el umbral de la puerta, de repente me besó una vez más con vehemente pasión, y luego tembló de tal manera que me estremeció, y con voz ahogada, apenas perceptible, dijo:

— ¡Vete, vete! ¿Me oyes? ¡Vete ahora! Y cuando estuve fuera:

— ¡Adiós! ¡No vuelvas nunca, no vuelvas! ¡Adiós!

Antes de que pudiera decir una sola palabra, había cerrado la puerta. La angustia y la confusión se apoderaron de mí, pero ante todo prevaleció un intenso sentimiento de felicidad, que me envolvió de camino a casa como el susurro de unas alas. Caminé con pasos resonantes, sin darme cuenta de ello, y cuando llegué a casa me desnudé y me quedé en camisón apoyado en la ventana.

Quisiera volver a tener una noche como aquélla. El viento tibio me acariciaba como una mano maternal, y ante la alta ventanita, los frondosos castaños susurraban mientras se oscurecían, un ligero aroma del campo recorría la noche, perfumándola, y en la lejanía los relámpagos atravesaban el cielo cargado de lluvia con un temblor dorado. A intervalos se oían truenos lejanos, con una resonancia débil

y extraña, como si en algún lugar distante los bosques y las montañas se agitaran mientras dormían y balbucearan las palabras torpes y cansinas de sus sueños. Todo eso lo vi y oí como un rey desde mi alto palacio de felicidad, era mío y estaba allí con la finalidad de servir de bello punto de reposo de mi intensa pasión. Mi alma exultaba de felicidad y se derramó como un verso de amor, esparciéndose, inagotable, en la amplitud de la noche sobre el paisaje adormecido, rozando las nubes resplandecientes y lejanas, acariciado, como por manos amorosas, por cada árbol que se delineaba en la oscuridad y por cada cima difuminada de las colinas. No se puede definir con palabras, pero es una sensación que sigue viviendo imperecedera dentro de mí, y si hubiera un lenguaje para ello, aún podría describir con fidelidad cada ondulación del terreno que se adentra en la oscuridad, cada susurro de las copas de los árboles, las venas de los relámpagos lejanos y el misterioso ritmo del trueno.

No, no lo puedo describir. Lo más hermoso, íntimo y sublime no se puede expresar con palabras. Pero quisiera que aquella noche se repitiera sólo una vez más.

Si no me hubiera despedido del administrador Becker habría ido a verle la mañana siguiente. En lugar de esto, vagué por el pueblo y luego escribí una larga carta a Helene. Anuncié mi visita para la tarde y le hice muchas proposiciones, le expuse detallada y seriamente mis circunstancias y perspectivas y pregunté si estaba de acuerdo en que hablara enseguida con su padre, o si era más conveniente esperar hasta que yo estuviera seguro del empleo al que aspiraba y así afrontar el porvenir inmediato con más confianza. Y por la noche fui a visitarla. El padre tampoco estaba; desde hacía algunos días uno de sus proveedores se hallaba en la región y reclamaba su presencia.

Besé a mi bella amada, la llevé a la sala y pregunté por mi carta. Sí, la había recibido. ¿Y qué pensaba de ella? Helene calló y me miró con expresión suplicante; entonces, ante mis insistencias, puso su mano sobre mi boca, me besó en la frente y exhaló un suspiro suave pero tan lastimero que no supe qué hacer. Respondió a todas mis afectuosas preguntas negando con la cabeza; después sonrió con dolor, de un modo extraño, blando y delicado, me rodeó con su brazo y se sentó a mi lado como el día anterior, callada y entregada. Se arrimó a mí con fuerza, puso su cabeza en mi pecho y la besé lentamente, sin poder pensar en nada, en el cabello, la frente, las mejillas y la nuca, hasta que casi me desvanecí. Entonces me levanté de un salto.

— ¿Hablo mañana con tu padre o no?

— No — dijo ella — no, por favor.

— ¿Por qué no? ¿Tienes miedo? Negó con la cabeza.

— Entonces, ¿por qué no?

— ¡Déjalo! No hables de eso. Aún nos queda un cuarto de hora.

Estuvimos sentados, abrazándonos en silencio, y mientras ella se estrechaba contra mí, retenía el aliento y se estremecía con cada caricia, me contagió su angustia y su melancolía. Quise defenderme insistiéndole que creyera en mí y en nuestra felicidad.

— Sí, sí — dijo asintiendo con la cabeza —. ¡Pero no hables de ello! Somos felices ahora.

Después me besó muchas veces con callada vehemencia y pasión, quedando luego extenuada y cansada en mis brazos. Y cuando me tuve que marchar, ella, en la puerta, me acarició el cabello y dijo con voz apagada:

— Adiós, cariño. ¡No vuelvas mañana! ¡No vuelvas nunca más, por favor! Si no, traerás mi desgracia.

Fui a mi casa con el corazón encogido y atormentado, y cavilé durante la mitad de la noche. ¿Por qué se negaba a creer y ser feliz? No pude evitar pensar en lo que ella me había dicho una vez, hacía semanas: «Las mujeres no somos tan libres como vosotros; tenemos que aprender a soportar lo que nos trae el destino». ¿Y qué le había traído el destino?

Lo tenía que saber como fuera, y por eso le envié por la mañana una nota y, a la noche, cuando el taller paró y los trabajadores ya se habían ido, esperé detrás del almacén junto a los bloques de mármol. Ella acudió tarde y disgustada.

— ¿Por qué has venido? Dejémoslo. Mi padre está dentro.

— No — dije yo —; ahora me dirás lo que pesa sobre tu corazón, todo, absolutamente todo, y hasta que no me lo digas no me iré.

Helene me miró con calma pero tan pálida como las losas de mármol que tenía detrás.

— No me atormentes — susurró, cansada —. Ni quiero ni puedo decirte nada. Sólo te pido... que te vayas, hoy o mañana, y olvídale todo. No puedo ser tuya.

A pesar del aire tibio de aquel atardecer de julio parecía tener frío, tal era su estremecimiento. Difícilmente habré experimentado jamás un tormento como el de aquellos momentos. Pero no me podía ir así.

— Cuéntamelo todo ahora — repetí —, debo saberlo. Me miró de tal forma que me produjo un dolor terrible. Pero no tenía otro remedio.

— Habla — dije casi con rudeza —, si no, iré ahora mismo a hablar con tu padre.

Se irguió, contrariada, y a la luz crepuscular su palidez resaltaba con un esplendor triste y conmovedor. Habló sin pasión, pero con voz más alta que antes.

— Pues bien. No soy libre y no podré ser tuya. Ya hay otro. ¿Es suficiente?

— No — contesté —, no es suficiente. ¿Amas al otro? ¿Más que a mí?

— ¡Cariño! — exclamó con voz apasionada —. No, no, no le quiero. Pero estoy prometida, y nada se puede cambiar.

— ¿Por qué no? ¡Si no le amas!

— Entonces aún no sabía nada de ti. Me gustó; no le amaba pero era un hombre justo, y yo no conocía a ningún otro. Entonces dije que sí, y ahora es así y así ha de quedar.

— No ha de quedar así, Helene. Una cosa como ésta se puede revocar.

— Sí, ya. Pero no es por él, es por mi padre. No puedo traicionarle...

— Hablaré con él.

— ¡Oh, qué tonto eres! ¿Es que no entiendes nada? La miré. Ella casi reía.

— Estoy vendida, vendida por mi padre y con mi consentimiento, por dinero. La boda será en invierno.

Se dio la vuelta, se alejó y volvió sobre sus pasos para decir:

— ¡Mi amor, ten valor! No debes volver, no debes...

— ¿Y sólo por dinero? — hube de preguntar. Se encogió de hombros.

— ¿Qué importa? Mi padre ya no puede volverse atrás, está tan atado como yo. ¡Tú no le conoces! Si le abandono, ocurrirá una desgracia. ¡Sé razonable, por favor, sé buen chico!

Y de repente estalló:

— ¡Compréndeme y no me mates!... Todavía soy dueña de mis actos. Pero si me vuelves a tocar... no lo podré resistir... No puedo darte ni un beso más, si no, estaremos todos perdidos.

Por un momento reinó un silencio tan absoluto que se oía el ir y venir del padre dentro de la casa.

— Hoy no puedo decidir nada — fue mi respuesta —. ¿Me quieres decir... quién es él?

— ¿El otro? No, es mejor que no lo sepas. ¡Oh, no vuelvas más, por favor, hazlo por mí!

Entró en la casa y la seguí con la mirada. Quise irme, pero desistí y me senté sobre las frías piedras blancas, escuché el ruido del agua y dentro de mí sentí que todo fluía, fluía y se deslizaba sin fin. Fue como si mi vida y la de Helene e infinidad de destinos pasaran por delante de mí y se precipitaran barranco abajo, hacia la oscuridad, indiferentes y sin palabras, como agua. Como agua...

Volví a casa tarde y muerto de cansancio. Dormí y me levanté por la mañana decidido a hacer las maletas, pero deseché la idea y después del desayuno di un paseo por el bosque. Por más que reflexionara, ningún pensamiento cobraba forma, las ideas brotaban dentro de mí como burbujas en un estanque, estallaban y desaparecía todo.

«Bien, ahora todo ha terminado», pensaba de vez en cuando, pero con ello no asociaba ninguna imagen ni ninguna idea; eran sólo unas palabras. Podía respirar hondo y sacudir la cabeza al formularlas, pero sin conseguir nada.

Sólo en el curso de la tarde el amor y la desdicha volvieron a despertar dentro de mí, amenazando con vencerme. Este estado de ánimo no era buen terreno para una reflexión sensata y clara, y en lugar de calmarme y esperar a tener la mente más serena, me dejé llevar y me puse al acecho en las proximidades de la marmolería hasta que vi que el señor Lampart salía de su casa y desaparecía valle arriba, por la carretera, en dirección al pueblo.

Entonces me dirigí al otro lado del valle.

Helene, al verme entrar, lanzó un grito y me miró con aflicción.

— ¿Por qué? — gimió —. ¿Por qué has vuelto?

Estaba perplejo y avergonzado, y jamás me sentí tan desolado como entonces. Aún tenía la mano apoyada en la puerta pero no me marché sino que me acerqué lentamente a ella, que me miró con ojos angustiados, llenos de sufrimiento.

— Perdóname, Helene — dije entonces.

Negó con la cabeza muchas veces, miró al suelo y luego me miró a mí, repitiendo siempre:

— ¿Por qué? ¡Oh, mi amor! ¡Mi amor!

Su rostro y sus gestos la hacían parecer mayor, más madura, imponente; a su lado me sentí casi como un adolescente.

— Y ahora, ¿qué? — preguntó al fin e intentó sonreír.

— Dime algo más — le pedí, compungido —, para que pueda irme.

Su rostro se estremeció y creí que iba a estallar en lágrimas. Pero de repente sonrió con una dulzura y un sufrimiento indescriptibles, y dijo susurrando:

— Acércate. ¡No te quedes ahí tan quieto!

Di un paso y la abracé. Nos apretamos con todas nuestras fuerzas, y mientras mi felicidad se iba mezclando progresivamente con la angustia y el horror y un sollozo retenido, ella estaba cada vez más alegre, me acarició como a un niño, me dedicó cariñosos epítetos llenos de fantasía, me mordisqueó la mano y se mostró ingeniosa en pequeñas tonterías amorosas. Dentro de mí, una profunda sensación de angustia luchaba contra la fuerza de la pasión, no sabía qué decir y retenía a Helene entre mis brazos mientras ella, revoltosa y finalmente riendo, me acariciaba y provocaba.

— ¡Alégrate un poco, témpano de hielo! — me dijo, tirándome del bigote.

Y yo pregunté angustiado:

— ¿Crees que todo acabará bien? Si no puedes ser mía...

Tomó mi cabeza con ambas manos, me miró a la cara muy de cerca y dijo:

— Sí, ahora todo se arreglará.

— Entonces ¿me podré quedar, volver mañana y hablar con tu padre?

— Sí, tontito, puedes hacer todo eso. Incluso puedes venir en traje de etiqueta, si lo tienes. De todos modos, mañana es domingo.

— Sí, tengo uno — dije riendo, y me invadió una alegría tan pueril que la arrastré y bailé con ella por la habitación hasta que tropezamos con la esquina de la mesa. Allí la levanté y la senté en mis rodillas, ella puso su frente en mi mejilla y yo jugué con su espeso cabello oscuro, hasta que se puso de pie, dio un paso atrás para ordenar su pelo y amenazándome con el dedo exclamó:

— De un momento a otro puede entrar mi padre. ¡Somos como niños!

Me dio otro beso, y otro, y cogió una flor de reseda del ramo de la repisa de la ventana y me la puso en el sombrero.

Anocheceía y como era sábado encontré compañía variada en el Águila, bebí un vaso de vino, jugué una partida de bolos y me retiré pronto a casa. Saqué mi traje de etiqueta del armario, lo colgué en el respaldo de la silla y lo miré con complacencia. Estaba como nuevo, lo había comprado en su día para el examen y casi no me lo había puesto. La tela negra y brillante despertó en mí pensamientos solemnes y llenos de dignidad. En lugar de acostarme, me senté para meditar lo que diría al día siguiente al padre de Helene. Imaginé de forma precisa y clara cómo me presentaría ante él, humilde pero con dignidad. Me figuré las objeciones que plantearía, mis réplicas, e incluso los pensamientos y los gestos tanto suyos como míos. Hasta me puse a hablar en voz alta, como un predicador que se ejercita, e hice los ademanes necesarios, y ya en la cama y a punto de dormirme, declamé frases sueltas de la presunta conversación del día siguiente.

Así llegó el domingo. Para repararlo todo una vez más en calma, me quedé en la cama hasta que sonaron las campanas de la iglesia. Mientras duraba el servicio religioso me puse el traje de gala, con tanta ceremonia y esmero como entonces para el examen. Me afeité y tomé mi leche del desayuno; el corazón me palpitaba. Esperé con impaciencia a que terminara la ceremonia en la iglesia y, en cuanto se apagó el eco de las campanadas finales, fui caminando de forma lenta y solemne por la carretera de Sattelbach y, justo cuando apretaba el calor y la calima empezaba a empañar el cielo, descendí por el

valle hacia mi destino, evitando los lugares polvorientos. A pesar de mis precauciones, llegué a sudar ligeramente a causa del traje de etiqueta y el cuello alto.

Al llegar a la marmolería había, para mi sorpresa y contrariedad, alguna gente del pueblo esperando en el patio y hablando en voz baja en pequeños grupos, como se suele hacer, por ejemplo, en una subasta.

No quise preguntar a nadie qué significaba todo aquello y pasé de largo en dirección a la puerta de la casa, desasosegado y perplejo como en un sueño extraño, que llena el corazón de angustia. Al entrar tropecé en el pasillo con el administrador Becker, a quien saludé brevemente, confundido. Me resultó desagradable encontrarle allí, pues él debía creer que ya había partido hace tiempo. Pero no parecía pensar en eso. Se veía cansado, abrumado, y tenía la cara pálida.

— Hombre, ¿tú también has venido? — dijo negando con la cabeza y en tono bastante mordaz —. Me temo, querido, que hoy no harás ninguna falta aquí.

— ¿Está el señor Lampart? — pregunté yo, en respuesta.

— Pues sí, ¿dónde quieres que esté?

— ¿Y la señorita?

Él señaló la puerta de la sala.

— ¿Ahí dentro?

Becker asintió con la cabeza, y cuando quise llamar a la puerta, ésta se abrió y salió un hombre. Entonces vi que había un grupo de personas en la habitación y que algunos muebles estaban cambiados de sitio.

Entonces empecé a sospechar.

— Becker, oye, ¿qué ha sucedido? ¿Qué hace esta gente? Y tú, ¿por qué estás aquí?

El administrador se volvió y me miró con extrañeza.

— Pero ¿no lo sabes? — preguntó con la voz alterada.

— ¿Qué? No sé nada.

Se puso delante de mí y me miró a la cara.

— Entonces vuélvete a casa, chico — dijo en voz baja, casi con suavidad, y me puso la mano en el brazo.

Se me hizo un nudo en la garganta, una terrible angustia sacudió todo mi cuerpo.

Y Becker me miró una vez más, con una mirada extraña y escrutadora. Luego preguntó en una voz apenas perceptible:

— ¿Hablaste ayer con la muchacha?

Y al ver que me subían los colores tosió violentamente, pero sonó más como un gemido.

— ¿Qué pasa con Helene? ¿Dónde está? — grité, aterrorizado.

Becker iba de un lado a otro, parecía haberse olvidado de mí. Me apoyé en el poste de la barandilla de la escalera y sentí que a mi alrededor revoloteaban extrañas figuras burlonas, espectrales. Becker volvió a pasar cerca de mí, dijo:

— ¡Ven!

Y subió la escalera hasta el primer rellano. Allí se sentó en un escalón y yo me senté a su lado sin pararme a pensar que el traje se arrugaría. Por un instante hubo un silencio sepulcral en toda la casa; luego Becker empezó a hablar.

— Toma tu corazón en la mano y aprieta los dientes, pequeño. Pues Helene Lampart está muerta; esta mañana la sacamos del arroyo, delante de la esclusa inferior... ¡Calla, no digas nada! ¡Y no te hundas! No eres el único que lo pasa mal. Pon a prueba tu hombría, ahora. Allí está, tendida en aquella sala, y tiene otra vez un aspecto bastante hermoso, pero cuando la hemos sacado... qué horror... qué horror.

Calló y negó con la cabeza.

— ¡Calla, no digas nada! Más adelante habrá tiempo de sobra para hablar. Para mí es un golpe más duro que para ti... O no, dejémoslo; mañana te lo explicaré todo.

— No — le rogué —. Becker, ¡explícamelo ahora! Debo saberlo todo.

— De acuerdo. Para comentarios y todo lo demás ya tendremos tiempo. Ahora sólo puedo decirte que con buena intención permití que frecuntaras esta casa siempre que quisieras. Vete a saber por qué lo hice... Pues estaba prometido con Helene. Aún no era oficial, pero...

En ese momento me hubiera levantado y con todas mis fuerzas hubiera pegado al administrador en la cara. Él pareció darse cuenta.

— ¡Cálmate! — dijo tranquilamente, mirándome —. Como te he dicho, para explicaciones ya habrá tiempo.

Estuvimos sentados en silencio. Delante de mí pasó toda la historia entre Helene, Becker y yo, como una cabalgata de fantasmas, tan clara como veloz. ¿Por qué no me había enterado antes? ¿Por qué no lo había sospechado yo mismo? ¡Cuántas posibilidades que tuve! Una sola palabra, una sola sospecha y yo me habría ido tranquilamente, y ella no estaría allí dentro, muerta.

Mi ira ya se había ahogado. Intuí que Becker debía sospechar la verdad, y comprendí que a partir de aquel día tendría que soportar un peso enorme, ya que en su seguridad me había dejado seguir con el juego, y en aquel momento toda la culpa recaía sobre su conciencia. No pude evitar preguntarle una cosa más:

— Tú, Becker... ¿la amabas? ¿La amabas de verdad?

Él quiso decir algo, pero le falló la voz. Sólo asintió dos, tres veces. Y al verlo bajar la cabeza, al ver cómo a aquel hombre duro y tenaz le fallaba la voz y cómo los músculos de su cara pálida se estremecían con tanta claridad, entonces me sobrevino un dolor inmenso.

Después de un largo rato, cuando alcé la mirada con los ojos todavía húmedos, se hallaba de pie, delante de mí, tendiéndome la mano. La acepté y la apreté; bajó lentamente por la escalera y le seguí, abrió con suavidad la puerta de la sala donde yacía Helene y donde, con profundo horror, entré aquella mañana por última vez.

En Aquel Atardecer de Verano

Estaba delante de la ventana mirando el agua, que corría y se adentraba en la noche al encuentro de la lejanía, imparable y a la vez uniforme, que desfilaba igual que mis días vacíos, cada uno de los cuales podría haber sido espléndido y de irrecuperable valor, y tendría que haber sido así, pero que, uno tras otro, se sucedían sin trascendencia y sin recuerdos.

Esto ocurría desde hacía semanas y yo no sabía cuándo ni cómo cambiaría. Tenía veintitrés años y pasaba mis días en una oficina insignificante, donde ganaba, con un trabajo indolente, el dinero para alquilar una habitación de buhardilla y lo necesario para vestir y alimentarme. Los atardeceres, las noches y las primeras horas de la mañana, así como los domingos, los pasaba meditando en mi pequeña habitación, leía un par de libros que me pertenecían, a menudo dibujaba y pensaba en un invento que creía tener listo y cuya realización había fracasado cinco, diez o veinte veces...

Aquel bonito atardecer de verano no podía decidir si debía o no aceptar la invitación del director Gelbke para una reunión familiar en el jardín. No deseaba estar con otras personas ni hablar, escuchar o tener que dar respuestas; estaba demasiado cansado para ello, y la reunión me era indiferente, y también sabía que si iba me vería nuevamente obligado a mentir, a decir que estaba bien, y que todo se hallaba en orden. Por otro lado tenía la agradable y reconfortante impresión de que habría algo de comer y buena bebida, que allí las flores y los arbustos llenarían el jardín de suaves aromas, y que tranquilos caminos se extenderían entre plantas ornamentales y bajo los viejos árboles. El director Gelbke era el único conocido que tenía en la ciudad, además de unos pocos y pobres compañeros de oficina. Mi padre le había hecho algún favor hacía tiempo, o quizá también a su padre y, por consejo de mi madre yo lo había visitado hacía dos años, y desde entonces el amable señor me invitaba de vez en cuando a su casa, sin ofrecerme, en cambio, una posición social que permitiera que mi cultura y mi guardarropa crecieran.

La idea de sentarme en el fresco jardín del director hacía que mi estrecha y sofocante habitación me pareciera completamente insoportable, así que decidí ir. Me puse la mejor chaqueta, limpié el cuello de la camisa con la goma de borrar, cepillé mis pantalones y botas y cerré mi habitación con llave, aunque ningún ladrón habría podido llevarse nada. Un poco cansado, como solía estar entonces, bajé por la estrecha callejuela en sombras, crucé el puente que estaba muy concurrido y seguí por las calles tranquilas del barrio residencial hasta la casa del director, que se encontraba casi en las afueras de la ciudad, en una zona algo campestre de noble retiro, al lado de un jardín rodeado de muros. Levanté la vista, como ya había hecho tantas veces, hacia la casa de anchas y bajas formas, observé el portón bordeado por rosas trepadoras y las gruesas ventanas de anchas molduras con un anhelo angustioso. Toqué suavemente la campana y pasé delante de la criada al recibidor en penumbras, con la angustiosa turbación que me embargaba ante todo encuentro con personas desconocidas. Hasta el último momento tuve la esperanza de encontrar al señor Gelbke solo con su esposa o quizá con los niños; pero del jardín me llegaban voces desconocidas y me dirigí con paso vacilante por el pequeño vestíbulo hacia los senderos del jardín, iluminados tenuemente sólo por algunos faroles de papel.

La señora de la casa se aproximó, me tendió la mano y me guió más allá de los altos setos hacia una rotonda donde, iluminados por lámparas, estaban los invitados en dos mesas. El director me recibió de forma amistosa y alegre, varios amigos de la casa saludaron inclinando la cabeza, algunos de los invitados se levantaron, oí que mencionaban nombres, murmuré un saludo, me incliné frente a algunas damas que brillaban en la luz con sus vestidos claros y me observaron por unos instantes; luego me

acercaron una silla y me encontré sentado en una parte muy estrecha de una mesa, entre una esbelta muchacha y una señorita más mayor. Las damas mondaban naranjas, pero ante mí pusieron pan con mantequilla, jamón y un vaso de vino. La mayor me contempló por unos momentos y preguntó luego si yo era filólogo y si no nos habíamos visto antes aquí o allá. Negué y le dije que era hombre de negocios, o mejor dicho técnico, y comencé a darle una explicación sobre el tipo de persona que era; pero como ella miró casi enseguida hacia otro lado y evidentemente no me escuchaba, callé y comencé a disfrutar de la buena comida. A ello dediqué, como nadie me molestaba, un buen cuarto de hora, pues era una feliz novedad disponer de una comida tan lujosa y succulenta por la noche. Luego bebí lentamente el delicioso vino blanco y permanecí sentado, sin hacer nada, a la espera de lo que pudiera ocurrir.

Entonces la joven que tenía a mi derecha, con la cual aún no había cruzado ni una sola palabra, se volvió inesperadamente hacia mí y me ofreció, con su mano delgada y grácil, media naranja pelada. Mientras le agradecía y tomaba la fruta, tuve una desacostumbrada sensación de alegría y bienestar y pensé que una persona difícilmente podría encontrar una manera más agradable de acercarse a un desconocido de una forma más simpática que con un gesto tan amable y sencillo. Sólo entonces me fijé en mi vecina con atención y lo que vi fue una muchacha esbelta y delicada, de mi edad o un poco mayor, de formas casi frágiles y con un rostro fino y hermoso. Así me pareció en esos momentos, aunque más tarde pude comprobar que sus miembros eran finos y muy delgados, pero ella era fuerte, ágil y segura. Tan pronto como se puso de pie y caminó por los alrededores desapareció en mí la sensación de delicadeza en busca de protección, pues la muchacha era tranquila, orgullosa e independiente en su andar y en sus movimientos.

Comí la media naranja pensativo y me esforcé por decirle a la chica palabras amables y por mostrarme como una persona aceptablemente decente. Pero de pronto me invadió la sospecha de que ella me habría estado observando antes, durante mi silenciosa comida, y me habría tomado por un grosero que olvida a sus vecinos al comer, o por un hambriento, que para mí habría sido aún más molesto, pues se acercaba dolorosamente a la verdad. Entonces su hermoso gesto perdería toda la sencillez y se convertiría en un juego, quizás hasta en una ironía. Pero mis dudas eran infundadas. Por lo menos la señorita hablaba y se movía con una aplomada placidez, participaba en mi conversación y en ningún momento dejó traslucir que me tuviera por un comilón falto de cultura.

Sin embargo, el diálogo con ella no me resultaba fácil. Por aquel entonces, yo tenía, en relación con la mayoría de los jóvenes de mi edad, mucha menos experiencia en ciertas cosas de la vida, estaba rezagado en cultura general y prácticas sociales. Sea como fuere, un diálogo cortés con una joven dama de educados modales era para mí un acto muy osado. Al cabo de un rato pude notar que la bella muchacha se había dado cuenta de mis debilidades y me protegía. Eso me irritaba, no era en absoluto una ayuda para mi torpe confusión, sino que más bien me turbaba, de tal forma que a pesar del prometedor comienzo, pronto caí en un estado de ánimo fatal de desalentadora obstinación. Y cuando, después de un tiempo, la dama se enfrascó en las conversaciones de la otra mesa, no hice ningún intento de retenerla sino que me quedé sentado, en actitud porfiada y sombría, mientras ella charlaba con los demás, animada y divertida. Alguien me pasó una caja de puros, tomé uno y lo fumé sin ganas y en silencio, lanzando el humo hacia el azulado atardecer. Cuando poco después varios comensales se pusieron de pie y comenzaron a pasear dialogando por los senderos del jardín, yo también me puse de pie sin hacer ruido, me alejé y me puse a fumar mi puro bajo un árbol, donde nadie me molestara y desde donde podía observar la animación desde lejos.

Mi pedantería, que para mi desgracia nunca he podido cambiar, me enfurecía y me hacía reproches por mi comportamiento necio y caprichoso, pero ni así lo podía controlar. Como nadie se preocupaba por mí y yo tampoco tomaba la decisión de una retirada inocua, permanecí una buena media hora en mi discreto escondite y no salí, vacilante, hasta que oí que el dueño de la casa me llamaba. El director me arrastró a su mesa mientras yo daba respuestas evasivas a sus amables preguntas sobre mi vida y mi salud, y pronto fui participando nuevamente en la vida social. Tuve que aceptar un leve castigo por mi huida precipitada. La esbelta muchacha ahora estaba sentada frente a mí, y cuanto más me gustaba al observarla más me arrepentía de mi abandono y hacía reiterados intentos por conversar de nuevo con ella. Pero se mostraba orgullosa y no oía mis débiles tentativas de entrar en conversación. Una vez nuestras miradas se cruzaron, pero donde yo había esperado encontrar menosprecio o disgusto, sólo

encontré frialdad e indiferencia.

De nuevo me invadió aquella horrible y gris sensación de mezquindad, escepticismo y vacío. Veía el jardín con los senderos en penumbra y bellas y oscuras masas de hojas, las mesas con sus manteles blancos y sus faroles, fuentes con frutas, flores, peras y naranjas, los señores bien vestidos y las mujeres y muchachas con hermosas blusas claras y ligeras, veía blancas manos de mujer jugar con flores, olía el perfume de las frutas y el humo azul de los buenos puros, oía dialogar a personas atentas y educadas, divertidas y animadas, pero todo esto me parecía muy extraño, no me pertenecía y para mí era inalcanzable, hasta prohibido. Yo era el intruso, un huésped tolerado por educación y quizá por compasión, proveniente de un mundo más pequeño y pobre. Era un pequeño trabajador sin nombre, un pobre infeliz que por un tiempo había concebido sueños de llegar a una existencia más refinada y más libre, pero que ahora veía cómo el peso de su existencia sin esperanza volvía a hundirlo.

Así transcurrió para mí el bello atardecer estival y la alegre compañía como un disgusto sin consuelo que yo, con mi obstinación para mortificarme, llevé imprudentemente hasta las últimas consecuencias, en lugar de disfrutar con moderación del buen entorno. A las once, cuando los primeros huéspedes comenzaron a despedirse, yo también hice una breve reverencia y fui por el camino más corto a casa, para meterme en la cama. Pues desde hacía algún tiempo sentía cierta abulia y somnolencia, contra las cuales tenía que luchar a menudo durante las horas de trabajo y en las cuales caía sin querer en todos los momentos de ocio.

Pasaron algunos días en la acostumbrada rutina. Ya había perdido la convicción de que aquel estado en que vivía era triste y anormal; vivía en una apática indiferencia vacía de ideas y observaba, impasiblemente, cómo las horas y los días se deslizaban por mi lado, cada instante de los cuales se llevaba irreversiblemente un pequeño trozo de mi vida y de mi juventud. Operaba como un autómata, me levantaba pronto, iba al trabajo, hacía mi sencillo trabajo mecánico, compraba pan y un huevo para el almuerzo, volvía al trabajo y por las noches me recostaba en la ventana de mi buhardilla, donde a menudo me dormía. No pensé más en aquel atardecer en el jardín del director. En general, los días transcurrían sin dejarme recuerdos, y si alguna noche soñaba algo o si pensaba en otros tiempos, se trataba siempre de remotas evocaciones de la infancia, que más bien parecían ecos de una existencia anterior, olvidada y fabulosa.

Entonces, en un caluroso mediodía, el destino se acordó nuevamente de mí. Un italiano vestido de blanco con una estridente campanilla y un pequeño carro recorría con su traqueteo las estrechas callejuelas, vendiendo helados. Yo salía de la oficina y cedí a la tentación, cosa que no hacía en meses. Olvidando mi militancia ahorradora, saqué una moneda y dejé que el italiano llenara una terrina de cartón con un helado de frutas rojizo, que comí ansiosamente allí mismo, sentado en el suelo. El frescor me pareció exquisito y puedo recordar que lamí ávidamente la terrina húmeda. Después comí el pan como siempre en mi habitación, me adormecí y luego volví a la oficina. Allí comencé a sentirme mal, y pronto me desgarraron dolorosos retortijones; de manera que me así al borde de mi escritorio y durante algunas horas sufrí los dolores en silencio, y cuando la jornada de trabajo tocó a su fin, fui corriendo a mi médico. Como estaba en un congreso, me asignaron otro médico; pero éste estaba de vacaciones y tuve que buscar a su sustituto. Éste sí se encontraba en casa; era un hombre joven y amable, que casi me trató como a uno de los suyos. Cuando, en respuesta a sus preguntas concretas le describí con bastante exactitud mi situación y mi forma de vida cotidiana, me recomendó ir a un hospital donde estaría mejor atendido que en mi humilde habitación. Y como yo no podía disimular del todo los dolores, me preguntó sonriendo:

— ¿Usted no ha estado enfermo muy a menudo, verdad? En realidad, desde que tenía diez u once años nunca había padecido una enfermedad. Pero el médico dijo, casi contra su voluntad:

— Esta forma de vivir os acabará matando. Si no fuera tan resistente, con esta alimentación ya estaría enfermo. Ahora ha recibido un aviso.

Pensé que el médico, con su reloj de oro y sus anteojos, lo tendría muy fácil, pero también admití que mi estado indigno de los últimos tiempos tenía una causa real, y sentí cierto alivio moral. Pero los agudos dolores no me dejaban tiempo para pensar y recapacitar. Cogí el papel que me dio el doctor, le di las gracias y fui a hacer los trámites necesarios para ir al hospital, donde aún pude hacer sonar la campana con las pocas fuerzas que me quedaban, aunque me tuve que sentar en la escalera para no

caer.

Me recibieron con cierta rudeza; pero dado el desamparo en que me encontraba, me dieron un baño tibio y me llevaron a la cama, donde al cabo de poco mi conciencia desapareció en un ocaso de dolor y suaves gemidos. Durante tres días tuve la sensación de morir y diariamente me sorprendía que el trance fuera tan agotador, lento y doloroso. Pues cada hora se me hacía terriblemente larga, y cuando llegó el tercer día creía que habían transcurrido semanas. Finalmente logré dormir unas horas, y cuando desperté había recuperado el sentido del tiempo y la conciencia del estado en que me encontraba. Pero al mismo tiempo estaba muy débil, cada movimiento me resultaba agotador y hasta abrir y cerrar los ojos representaba un pequeño esfuerzo. Cuando apareció la enfermera me puse a hablar con ella pensando que mi voz tenía la fuerza habitual, pero ella tenía que inclinarse hacia mí y ni siquiera así podía entenderme bien. Entonces comprendí que no debía tener ninguna prisa en levantarme y me entregué, por cierto tiempo y sin remordimientos, a la dependencia infantil de las atenciones ajenas. Pasó mucho tiempo antes de que comenzara a recuperar mis fuerzas, pues las más pequeñas porciones de comida me ocasionaban dolores y molestias, aunque sólo fuera una cucharada de sopa de hospital.

En aquella época singular no estuve, para mi propio asombro, ni triste ni enfadado. La apática inutilidad de mi lánguida vida durante los últimos meses era para mí cada vez más evidente. Me asusté de lo que podría haber llegado a ser y me alegraba profundamente de mi vuelta a la sensatez. Era como si hubiera estado durmiendo durante un tiempo y entonces, una vez despierto, dejara nuevamente que mis pensamientos y mi mirada volvieran a pasear con renovado ánimo. Ocurrió que todas las impresiones y sucesos nebulosos de aquel maldito período, turbios y oscuros algunos, que yo creía olvidados, estaban de nuevo presentes en mi memoria con asombrosa fuerza y encendidos colores. Entre estos cuadros, con los cuales me solazaba en la anónima habitación del hospital, estaba en primer lugar el de aquella esbelta muchacha, sentada a mi lado en el jardín del director Gelbke y que me había ofrecido la naranja. No sabía su nombre, pero en las horas en que no estaba muy mal podía recordar con bastante exactitud toda su figura y el fino rostro, como sólo ocurre con viejos conocidos, con todo tipo de movimientos, su forma de moverse, de hablar y su voz, y todo el conjunto recreaba un cuadro de suave belleza que me hacía sentir bien y protegido, como un niño con su madre. Me parecía como si la hubiera visto y conocido en otra época y su delicada presencia aparecía, lejos de lo absurdo, como una compañera ajena a las leyes del tiempo, en todos mis recuerdos, hasta en mi infancia, indiferente a las contradicciones que esto planteaba. Contemplaba su delicada figura, tan suavemente cercana y apreciada, siempre con renovado placer, y aceptaba su silenciosa presencia en mis pensamientos con una naturalidad simple pero agradecida, como se aprecian las flores de cerezo en primavera y en verano el aroma del heno, sin asombro ni emoción, pero con profunda tranquilidad.

Esta ingenua y sencilla relación con la bella imagen de mi sueño sólo duró el tiempo que estuve completamente debilitado y alejado de la vida. Tan pronto como recuperé mis fuerzas y pude tolerar algo de comida e incorporarme solo de la cama sin que esto me provocara un cansancio desmesurado, la figura de la muchacha se alejaba con recato, y en lugar de aquella estima pura y sin pasión se hizo presente un deseo impaciente. Entonces sentía de repente y cada vez más a menudo un vivo anhelo de pronunciar el nombre de la esbelta joven, murmurarlo con ternura y cantarlo con suavidad, y no saber cómo se llamaba se transformó en un auténtico tormento.

Bella es la Juventud

Hasta mi tío Matthäus se alegró a su manera de verme otra vez. Cuando un joven que ha estado algunos años en el extranjero vuelve un día hecho una persona respetable, hasta los parientes más circunspectos le sonríen y le estrechan la mano con satisfacción.

La pequeña maleta marrón donde llevaba mis enseres estaba aún completamente nueva, con un buen cierre y correas lustrosas. Contenía dos trajes limpios, bastante ropa blanca, un par de botas nuevas, algunos libros y fotografías, dos hermosas pipas y una pistola de bolsillo. Además traía la caja de mi violín y una mochila llena de minucias, dos sombreros, un bastón y un paraguas, un abrigo ligero y un par de chanclos de goma, todo nuevo y sólido y, finalmente, cosidos en el bolsillo interior, mis ahorros de más de doscientos marcos y una carta con la promesa de un buen puesto en el extranjero para el próximo otoño. Tenía aspecto de persona importante y volvía con este equipaje, después de mucho tiempo viajando, como un señor a mi patria, de la que me había ido cuando aún era un niño tímido y enfermizo.

El tren bajaba la colina dibujando grandes curvas, con lentitud y prudencia, y a cada vuelta se veían más cercanas y nítidas las casas, los callejones, el río y los jardines de la ciudad situada en el fondo. Pronto distinguí los tejados y pude identificar los que conocía, también conté las ventanas y distinguí los nidos de cigüeña; mientras desde el valle me subía de forma envolvente la añoranza de la niñez y juventud y mil recuerdos maravillosos, poco a poco se iba diluyendo mi arrogancia y el deseo de impresionar a la gente, dejando paso a una admiración agradecida. La nostalgia, que con el paso de los años había desaparecido, volvió con fuerza en el último cuarto de hora; cada retama al borde de la vía y cada seto de jardines conocidos me resultaban maravillosamente entrañables y les pedía perdón por haberlos olvidado durante tanto tiempo.

Cuando el tren pasó por delante de nuestro jardín, alguien saludaba con un gran pañuelo desde la ventana de arriba de la vieja casa; debía de ser mi padre. Y en el balcón estaban mi madre y la criada con pañuelos, y de la chimenea más alta se desprendía un ligero humo azul del fuego del café que se mezclaba con el aire cálido y se esparcía por la pequeña ciudad. Todo esto me volvía a pertenecer, me había estado esperando y me daba la bienvenida.

En la estación, el viejo conserje barbudo se movía con la misma agitación de antaño, apartando a la gente de las vías; distinguí a mi hermana y a mi hermano menor, que me buscaban atentamente. Mi hermano, para transportar mi equipaje, había llevado el pequeño carrito de mano que había sido nuestro orgullo durante la niñez. Cargamos la maleta y la mochila, Fritz tiró del carro y yo le seguí con mi hermana. Ella me reprochó que llevaba el pelo muy corto; en cambio, le gustó mi bigote y encontró que mi nueva maleta era muy elegante. Nos reímos y nos miramos a los ojos, de cuando en cuando nos dábamos otra vez la mano y hacíamos señas a Fritz, que iba delante con el carrito y se daba la vuelta a cada momento. Era tan alto como yo y corpulento. Viéndolo caminar delante de nosotros, recordé que de muchacho le había pegado muchas veces en peleas, y volví a ver su cara de niño y sus ojos resentidos o tristes, y sentí aquel arrepentimiento profundo que me abrumaba en aquellas ocasiones, cuando se me había pasado el momento de cólera. Fritz ya era alto y mayor, y tenía un vello rubio en la barbilla.

Fuimos por la avenida de los cerezos y acerolos, dejando atrás el embarcadero superior, un comercio nuevo y muchas casas viejas que no habían cambiado nada. Luego seguía la esquina del puente, y allí estaba, como siempre, la casa de mi padre con las ventanas abiertas, a través de las cuales oí silbar a

nuestro loro, y con los recuerdos y la alegría mi corazón empezó a latir con fuerza. Entré por el fresco y oscuro portal de piedra y la gran puerta de hierro del vestíbulo, subí corriendo las escaleras, donde mi padre me salió al encuentro. Me besó sonriendo, dándome golpecitos en la espalda; luego me llevó de la mano, en silencio, hasta la puerta del piso superior, donde estaba mi madre, que me acogió en sus brazos.

Luego fui corriendo hacia Cristina, la criada, que me dio la mano, y en la sala de estar, donde nos esperaba el café, saludé al loro Polly. Me reconoció enseguida, abandonó el techo de su jaula para posarse en mi mano y bajó su bella cabeza gris para dejarse acariciar. La sala había sido tapizada hacía poco, pero todo lo demás estaba igual, desde los retratos de los bisabuelos y la vitrina de cristal hasta el antiguo reloj de pared pintado con flores lila pasadas de moda. Las tazas estaban sobre la mesa puesta y en la mía había un ramito de resedas, que tomé y me puse en el ojal.

Frente a mí se sentó mi madre, me miró y me ofreció panecillos de leche; me pidió que la conversación no hiciera que me olvidara de comer, pero ella misma me hacía una pregunta tras otra, que yo tenía que contestar. Mi padre escuchaba en silencio, acariciaba su barba ya encanecida, y a través de las gafas me estudiaba con aprecio. Y mientras yo relataba mis experiencias, aventuras y éxitos sin excesiva modestia, sentía que lo mejor que me había pasado se lo debía a aquellas dos personas.

Aquel primer día no quise ver nada más que la vieja casa paterna, para todo lo demás habría tiempo más tarde. Así, después del café recorrimos las habitaciones, la cocina, los pasillos y los cuartos; casi todo estaba como antes, y cuando descubría algo nuevo, a los demás les parecía viejo y rutinario y se ponían a discutir si no estaba ya en mis tiempos.

En el pequeño jardín, situado entre muros recubiertos de hiedra en la ladera del monte, el sol del atardecer iluminaba los caminos despejados y las formaciones de estalactitas sobre el pilón de agua a medio llenar y el bancal florecido en deslumbrantes colores, envolviéndolo todo con una sonrisa. Nos sentamos en el balcón, en cómodos sillones; a través de las hojas transparentes de la jeringuilla se colaba la penetrante luz del sol, atenuada, cálida y verdosa; algunas abejas que habían perdido el camino zumbaban, lentas y confundidas. Mi padre rezó con la cabeza descubierta un padrenuestro en acción de gracias por mi regreso; nosotros permanecemos callados, con las manos juntas, y aunque la desacostumbrada solemnidad me intimidó un poco, seguí las palabras santas con gozo y dije un «amén» agradecido.

Mi padre se retiró a su estudio y mis hermanos salieron, se hizo un profundo silencio y yo quedé sentado a la mesa sólo con mi madre. Aquél era un momento ansiado y temido desde hacía tiempo. Pues, aunque mi retorno había sido acogido con alegría y plácemes, en los últimos años mi vida no había sido del todo limpia y transparente.

Mi madre me miraba con sus ojos hermosos y cálidos, leía en mi cara y quizá reflexionara sobre lo que debía decir o preguntar. Me sumí en un silencio incómodo, jugando con mis dedos, sometido a un examen que en conjunto no resultaría demasiado ignominioso, pero que en sus detalles podría avergonzarme mucho.

Por un tiempo estuvo mirándome serenamente a los ojos, luego tomó mi mano entre las suyas, finas y pequeñas.

— ¿Rezas de vez en cuando? — preguntó en un susurro.

— Últimamente no — tuve que decir, y me miró algo preocupada.

— Ya te acostumbrarás otra vez — dijo, y yo le respondí:

— Quizás.

Entonces permaneció un rato callada y luego dijo:

— Pero ¿verdad que quieres ser un hombre honrado?

Entonces pude decir que sí. Y ella, en lugar de seguir con preguntas dolorosas, acarició mi mano asintiendo con la cabeza, lo que quería decir que confiaba en mí, aun sin una confesión. Y luego preguntó por mi ropa, pues en los últimos dos años me había encargado de eso yo solo y ya no la enviaba a casa para lavar y remendar.

— Mañana la revisaremos juntos — dijo, después de escuchar mi relato, poniendo fin al examen.

Mi hermana volvió poco después para estar conmigo. En el «cuarto bonito» se sentó al piano y tocó las canciones de antes, que yo no había vuelto a oír ni a cantar, pero que sin embargo no había

olvidado. Cantamos canciones de Schubert y de Schumann, luego pasamos a Silcher y a las canciones populares alemanas y extranjeras, hasta que llegó la hora de la cena. Mi hermana puso la mesa mientras yo me entretenía con el loro, que, a pesar de su nombre, era macho, y se llamaba «el» Polly. Hablaba bastante, reconocía nuestras voces y nuestra risa y catalogaba a cada uno de nosotros en un grado de amistad determinado. La amistad más estrecha la tenía con mi padre, a quien le permitía todo; luego seguía mi hermano, mamá, yo, y por último mi hermana, que le infundía cierta desconfianza.

Polly era el único animal de nuestra casa y desde hacía veinte años era como un hijo más. Le gustaba la conversación, la risa y la música, pero no demasiado cerca. Cuando estaba solo y oía hablar animadamente en el cuarto contiguo, escuchaba con atención, participaba en la conversación y reía a su manera, entre irónico y benévolo. Y a veces, cuando nadie lo miraba y estaba solo en la varita de su jaula y reinaba el silencio y el cálido sol penetraba en la habitación, comenzaba a ensalzar la vida y loar a Dios, con notas graves y tonos aflautados; aquello era solemne, conmovedor e íntimo, como el canto ensimismado de un niño que juega solo.

Después de cenar pasé media hora regando el jardín, y al entrar en casa mojado y sucio, oí desde el pasillo la voz de una muchacha, no del todo desconocida, que estaba en la sala. Me lavé las manos rápidamente en la arpillera y entré. Allí estaba sentada, con un vestido lila y un ancho sombrero de paja, una bella muchacha que, cuando se levantó, me miró y me alargó la mano, reconocí como Helene Kurz, una amiga de mi hermana de la que yo hacía tiempo había estado enamorado.

— ¿Me ha reconocido? — pregunté, divertido.

— Lotte ya me ha contado que volvía — dijo amablemente.

Pero me habría alegrado mucho más si ella hubiera respondido simplemente «sí». Era muy alta y estaba muy bonita, no supe qué más decir y me fui a la ventana a mirar las flores, mientras ella seguía charlando con mi madre y Lotte.

Mi mirada se dirigió hacia la calle y mis dedos jugueteaban con las hojas de los geranios, pero mis pensamientos no estaban allí. Veía una tarde serena y fría de invierno, yo patinaba sobre el río helado entre los altos alisos, persiguiendo de lejos, en tímidos semicírculos, a una muchacha que aún no sabía patinar bien y se dejaba guiar por una amiga.

En aquel momento oía su voz, mucho más adulta y grave que entonces, y me parecía casi extraña; se había convertido en una joven dama y yo no me consideraba del mismo nivel ni de la misma edad, sino como si aún tuviera quince años. Cuando se marchó, le di la mano e hice una reverencia innecesaria, irónica y profunda y le dije: «Buenas noches, señorita Kurz».

— ¿Aún sigue ésta por aquí? — pregunté después.

— ¿Y por qué no? — respondió Lotte.

No quise hablar más del asunto.

A las diez en punto se cerró la casa y mis padres se retiraron para acostarse. Al darme las buenas noches, mi padre puso su mano en mi hombro y me dijo en voz baja:

— Me gusta que estés de nuevo en casa. ¿Tú también te alegras?

Todos se fueron a la cama; también la criada se había despedido momentos antes, y tras oír cómo se abrían y cerraban algunas puertas, toda la casa se sumió en un profundo silencio nocturno.

Yo, en cambio, me había procurado una pequeña jarra de cerveza y la dejaba reposar; la puse sobre la mesa de mi cuarto y, como no se podía fumar en el salón, preparé una pipa y la encendí. Las dos ventanas de mi habitación daban al oscuro y silencioso patio, desde donde una escalera de piedra conducía al jardín. Levanté la vista y vi los abetos negros que se recortaban sobre el cielo y, aún más arriba, las estrellas titilaban.

Estuve más de una hora despierto; miraba las pequeñas mariposas nocturnas girando como fantasmas alrededor de la lámpara, y lanzaba nubes de humo que se dirigían lentamente hacia las ventanas abiertas. Por mi espíritu pasaban en lento y silencioso desfile innumerables figuras de mi patria y de mi infancia, un gran torrente que ascendía, brillaba y luego desaparecía, como las olas en el mar.

Por la mañana me puse mi mejor traje, para agradar a mi ciudad natal y a mis muchas amistades de antes, para ofrecer una demostración evidente de que las cosas me habían ido bien y de que no volvía a casa como un pobre diablo. Sobre el estrecho valle resplandecía un cielo intensamente azul, las blancas calles estaban ligeramente envueltas en polvo, delante de la oficina de correos paraban los

coches de mensajería procedentes de las aldeas cercanas, y en las callejuelas los niños pequeños jugaban con canicas y pelotas de lana.

Mi primer paseo fue por el viejo puente de piedra, la construcción más antigua de la pequeña ciudad. Contemplé la capilla gótica del puente, por la que antes había pasado miles de veces; me apoyé sobre el pretil y estuve mirando, por un lado y por otro, la rápida corriente del río de aguas verdosas. El viejo y entrañable molino, que antiguamente tenía una rueda blanca pintada en la fachada, había desaparecido y en su lugar se veía una gran construcción de ladrillo; nada más había cambiado, y, como siempre, innumerables gansos y patos poblaban el agua y las orillas.

Más allá del puente me encontré con el primer conocido, un compañero de escuela que se había hecho curtidor. Llevaba un brillante delantal de color anaranjado y me miró asombrado, como tratando de recordar, sin acabar de reconocermelo. Le saludé divertido y seguí caminando, mientras él me miraba sin acordarse. Junto a la ventana de su taller encontré al calderero, con su imponente barba blanca, y lo saludé; también vi al tornero, que hacía gemir la cinta de su rueda y que me ofreció rapé. Luego estaba la plaza Mayor, con su gran fuente y el venerable vestíbulo del Ayuntamiento. Allí estaba la tienda del librero, y aunque el viejo dueño hacía años había contribuido a mi mala fama porque le encargué las obras de Heine, entré y le compré un lápiz y una tarjeta postal. Cerca de allí estaban los edificios de la escuela; al pasar miré los viejos caserones, desde la puerta oí el conocido e inquietante tufo escolar, y rápidamente seguí mi camino hacia la iglesia y la casa del párroco.

Tras recorrer algunos callejones y hacerme afeitado en la barbería, me di cuenta de que ya eran las diez, hora en la que debía visitar a mi tío Matthäus. Pasé por el magnífico portal de una hermosa casa, me sacudí los pantalones en el fresco corredor y llamé a la puerta de la vivienda. Dentro encontré a la tía y a sus dos hijas, que estaban cosiendo; el tío ya estaba en su trabajo. Todo en aquella casa respiraba un aire pulcro, cuidado, a la antigua usanza, un poco austero y evidentemente dirigido a lo práctico, pero también plácido y familiar. No puedo decir lo que allí se fríega, barre, lava, cose, teje e hila; y aun así, las hijas encontraban tiempo para dedicarse a la buena música. Ambas tocaban el piano y cantaban, y aunque no conocían a los compositores más recientes, estaban muy familiarizadas con Händel, Bach, Haydn y Mozart.

La tía se levantó y salió a mi encuentro, las hijas terminaron su labor y me estrecharon la mano. Me trataron, para mi sorpresa, como un huésped honorable y me llevaron a la elegante sala de visitas. La tía Berta, sin aceptar disculpas, hizo que me sirvieran un vaso de vino y pastelitos. Luego se sentó frente a mí en uno de los majestuosos sillones. Las hijas se quedaron fuera y siguieron con su trabajo.

El examen al cual mi buena madre me había sometido el día anterior se repitió entonces, aunque sólo en parte. En este caso tampoco tuve la necesidad de dar un poco más de brillo, con mis explicaciones, a los hechos menos nobles. Mi tía mostraba un profundo interés por la personalidad de los oradores más famosos, y me interrogó en detalle sobre las iglesias y los predicadores de todos los lugares donde había vivido. Después de superar algunos pequeños detalles embarazosos con buena voluntad, ambos lamentamos el fallecimiento, hacía diez años, de un famoso prelado cuyos sermones yo habría podido escuchar en Stuttgart.

La conversación se centró en mis aventuras, experiencias y perspectivas y ambos llegamos a la conclusión de que había tenido suerte y me encontraba en el buen camino.

— ¡Quién lo habría pensado hace seis años! — dijo ella.

— ¿Tan triste era entonces mi situación? — tuve que preguntar.

— No, tampoco es eso. Pero entonces eras una gran preocupación para tus padres.

Quería añadir: «También para mí», pero en el fondo tenía razón y no quería reanudar las peleas del pasado.

— Es verdad — admití, circunspecto.

— ¿Ya has probado toda clase de profesiones?

— Sí, por supuesto, tía, y no me arrepiento. Tampoco quiero hacer eternamente lo que hago ahora.

— ¡No lo dirás en serio! ¿Con un empleo tan bueno? Casi doscientos marcos al mes, es espléndido para un joven.

— Quién sabe cuánto durará, tía.

— ¡Qué dices! Durará, siempre que tú lo quieras.

— Bueno, esperemos. Ahora tengo que visitar a la tía Lydia y luego al tío en su oficina. Hasta luego, tía Berta.

— Sí, adiós. Ha sido un placer para mí. Ven a visitarme cuando quieras.

— Sí, con mucho gusto.

En la sala me despedí de las dos muchachas, y en la puerta dije adiós a la tía. Después, subí la amplia escalera iluminada y si hasta entonces había tenido la sensación de estar en un ambiente pasado de moda, ahora entraría en otro aún más rancio.

Arriba vivía, en dos pequeñas habitaciones, una tía abuela octogenaria, que me recibió con la delicadeza y galantería propia de épocas pretéritas. En el piso había retratos a la acuarela de antepasados, carpetitas bordadas con perlas de vidrio y bolsos con ramos de flores o paisajes dibujados, marcos de cuadros ovalados y aroma de sándalo y de viejo y delicado perfume.

La tía Lydia llevaba un vestido color lila oscuro, de corte sencillo y, aparte de su miopía y un ligero temblor de la cabeza, se la veía sorprendentemente fresca y joven. Me hizo sentar en un pequeño sofá y no me aturdió hablando de la época de los abuelos, sino que me preguntó por mi vida y mis ideas y se mostró atenta e interesada por todo. A pesar de sus años y con todo el aire antiguo que la rodeaba, hasta hacía menos de dos años había viajado mucho, y, aun sin aprobarlo en todo, tenía una idea clara y nada negativa del mundo actual, que le gustaba mantener al día y actualizar. Además, dominaba el arte de la conversación; cuando alguien se sentaba a su lado, la charla fluía sin pausa y siempre resultaba interesante y grata.

Cuando me marché, me dio un beso y me bendijo con un signo que yo nunca había visto.

Fui a ver al tío Matthäus a su oficina, donde le encontré entre periódicos y catálogos. No se opuso a mi decisión de no tomar asiento y marcharme enseguida.

— ¿Así que ya has vuelto a casa? — dijo.

— Sí, de nuevo por aquí. Había pasado mucho tiempo.

— Y ahora te va bien, según dicen.

— Muy bien, gracias.

— También irás a saludar a mi mujer, ¿verdad?

— Ya he estado con ella.

— Ah, magnífico. Entonces, todo en orden.

Hablando así bajó otra vez la mirada a su libro y me tendió la mano, y como más o menos me había indicado la puerta, le saludé con rapidez y salí, encantado.

Ya había hecho las visitas de cortesía y me fui a comer a casa, donde, en mi honor, había arroz y ternera al horno. Después de comer, mi hermano Fritz me llevó a su pequeña habitación donde estaba mi antigua colección de mariposas en una vitrina adosada a la pared. Mi hermana quería sumarse a la conversación y asomó la cabeza por la puerta, pero Fritz la ahuyentó con un gesto negativo y cierto aire de importancia, diciendo:

— No, tenemos un secreto.

Me miró con preocupación y cuando notó en mi rostro la tensión necesaria, sacó de debajo de su cama una caja cuya tapa estaba protegida con una chapa de metal y varias piedras pesadas.

— Adivina lo que hay dentro — dijo en tono furtivo y astuto. Pensé en nuestras antiguas diversiones y proyectos y exclamé:

— Lagartijas.

— No.

— ¿Culebras de agua?

— No.

— ¿Gusanos?

— No, nada que viva.

— ¿No? Y entonces ¿por qué está la caja tan bien guardada?

— Hay cosas más peligrosas que los gusanos.

— ¿Peligrosas? Ya lo tengo... ¿Pólvora?

Como única respuesta quitó la tapa y vi en la caja un importante arsenal de pequeños paquetes de pólvora de diversos tamaños, carbón vegetal, mechas, espoletas, pedazos de azufre, cajitas con salitre y limaduras de hierro.

— ¿Qué dices ahora?

Yo sabía que mi padre no habría podido dormir ni una noche sabiendo que en el cuarto de los chicos había una caja con semejante contenido. Pero Fritz mostraba tanto entusiasmo y placer por la sorpresa que me había dado, que le hice partícipe de mis temores sólo superficialmente, y él me tranquilizó enseguida con sus explicaciones. Moralmente yo ya me sentía comprometido y la perspectiva de fuegos artificiales me hacía sentir tan alegre como un aprendiz en vísperas de un día festivo.

— ¿Quieres colaborar? — preguntó Fritz.

— Naturalmente. Al anoecer podemos dispararlos, aquí y allá, en el jardín, ¿sí?

— Por supuesto que podemos. Hace poco hice estallar, ahí en el prado, media libra de pólvora. Sonó como un terremoto. Pero ya no tengo más dinero y aún necesitamos algunas cosas.

— Yo te doy un tálero.

— ¡Estupendo! Entonces habrá cohetes y bengalas.

— Pero con cuidado, ¿eh?

— Tendremos cuidado. A mí nunca me ha pasado nada.

Esto era una insinuación referente a un desgraciado accidente que tuve a los catorce años jugando con fuegos artificiales, que estuvo a punto de costarme la visión o la vida.

Me enseñó las provisiones y las piezas ya comenzadas, me introducía en sus ensayos e inventos y despertaba mi curiosidad por otras cosas que quería mostrarme pero que aún mantenía en secreto. Con esto se pasó su hora de descanso del mediodía y tuvo que volver a sus tareas. Y en cuanto tapé y escondí bajo la cama la extraña caja, Lotte entró para llevarme a pasear con mi padre.

— ¿Qué te ha parecido Fritz? — preguntó mi padre —. ¿Verdad que ha crecido mucho?

— Oh, sí, ya lo creo.

— Y se ha vuelto formal y serio, ¿verdad? Comienza a dejar las niñerías. Sí, ya tengo los hijos mayores.

«Pues sí», pensé, y sentí algo de vergüenza. Era una tarde magnífica. En los campos de trigo refulgía la amapola y reían las neguillas; paseábamos lentamente y hablábamos de cosas agradables. Caminos familiares, lindes de bosques y huertos me saludaban y hacían señas; volvían los viejos tiempos y me parecían tan cautivadores y atractivos como si entonces todo hubiera estado bien y perfecto.

— Te tengo que preguntar una cosa — comenzó Lotte —. Me gustaría invitar a una amiga a pasar unas semanas en casa.

— Ah sí, ¿y de dónde es?

— De Ulm. Es dos años mayor que yo. ¿Qué te parece? Ahora que estás aquí y eres lo más importante, tienes que decir si la visita te puede molestar.

— ¿Qué tipo de chica es?

— Ha hecho el examen de profesora...

— ¡Oh!

— Nada de «oh». Es muy simpática y nada presumida, te lo aseguro. Tampoco ha dado clases todavía.

— ¿Y por qué no?

— Eso tienes que preguntárselo a ella.

— O sea que viene.

— ¡No seas niño! Eso depende de ti. Si crees que vamos a estar mejor solos, ya la invitaré en otro momento, más tarde. Por eso te lo pregunto.

— Voy a echarlo a suerte.

— Entonces es mejor que digas que sí.

— Bueno, pues sí.

— Bien. Hoy mismo le escribiré.

— Salúdala de mi parte.

— No sé si se alegrará.

— ¿Y cómo se llama?

— Anna Amberg.

— Amberg es bonito. Y Anna es un nombre de santa, pero muy poco atractivo, para empezar no se puede abreviar.

— ¿Te gustaría más Anastasia?

— Sí, al menos podríamos llamarla Stasi o Stasel.

Entretanto habíamos llegado a la última cima de la colina, que nos había parecido más cercana pero en realidad estaba lejos. Desde una roca mirábamos los campos ondulados, extrañamente cerca, por los cuales habíamos subido, y en el fondo del estrecho valle estaba la ciudad. Detrás de nosotros se extendía, a una hora de camino, el negro bosque de abetos, a veces interrumpido por pequeños prados o campos de trigo que destacaban poderosamente entre la oscuridad azulada de los alrededores.

— No hay ningún lugar tan bello como éste — dije en tono pensativo. Mi padre sonrió y me miró.

— Hijo, es tu patria. Y es realmente hermosa.

— ¿La tuya es aún más hermosa, papá?

— No, pero el lugar de la infancia es siempre bello y sagrado. ¿Tú nunca has añorado tu tierra?

— Sí, algunas veces.

Cerca de allí había un lugar en el bosque, donde de niño más de una vez había cazado petirrojos. Y un poco más allá aún debían estar las ruinas de un castillo de piedra que habíamos construido de muchachos. Pero el padre estaba cansado, y tras un breve respiro volvimos, bajando por otro camino.

Me habría gustado saber algo más sobre Helene Kurz, pero no me atreví a tocar el tema por temor a delatarme. Con la indolencia de la vida hogareña y ante la perspectiva de varias semanas de ocio, mi alma juvenil se sintió tentada por incipientes anhelos y planes amorosos, para los que sólo necesitaba un punto de partida favorable. Pero justamente éste me faltaba, y cuanto más pensaba en la bella muchacha más me costaba encontrar la desenvoltura necesaria para preguntar por ella o por sus asuntos.

Durante la tranquila vuelta a casa cogimos unos magníficos ramos de flores de la vera de los caminos, un arte que hacía mucho tiempo no practicaba. En nuestra casa era costumbre de mi madre no sólo tener flores en tiestos en las habitaciones, sino también ramos frescos sobre las mesas y los armarios. En el transcurso de los años había aumentado la colección de floreros, vasos y jarrones, y los hermanos no volvíamos de un paseo sin llevar flores, helechos o ramas.

Tenía la impresión de no haber visto flores silvestres durante años, pues no es lo mismo contemplarlas al pasar, con su encanto multicolor, como breves islas irisadas en medio del verde paisaje, que cuando las vemos en detalle, arrodillados o agachados, buscando las más hermosas para cortarlas. Descubrí pequeñas plantas escondidas, cuyas flores me recordaban excursiones escolares, y otras, que gustaban especialmente a mi madre o a las que daba un nombre especial, inventado por ella misma. Todas estas plantas aún existían, y cada una de ellas despertaba en mí un recuerdo, y desde cada cáliz azul o amarillo mi alegre niñez me miraba a los ojos con un amor y una proximidad extraordinarios.

En el llamado salón de nuestra casa había muchos y altos estantes de madera de pino sin barnizar, en los que se amontonaba, de forma caótica y un poco descuidada, un tesoro en libros procedentes de los tiempos del abuelo. Allí había encontrado y leído, de niño, en ediciones ya amarillentas y con bonitos grabados, el Robinsón y el Gulliver, viejas historias de navegantes y descubridores, y también mucha literatura buena como Siegwart, una historia monástica, El nuevo Amadís, Los sufrimientos del joven Werther y Ossian; más tarde muchos libros de Jean Paul, Stilling, Walter Scott, Platen, Balzac y Víctor Hugo, así como la pequeña edición de la Fisionomía de Lavater, colecciones de graciosos almanaques, libros de bolsillo y calendarios populares, los más antiguos con grabados en cobre de Chodowiecki, los más recientes ilustrados por Ludwig Richter y los suizos con xilografías de Disteli.

Por las tardes tomaba algún tomo de este tesoro, cuando no había música ni me sentaba con Fritz sobre la caja de pólvora, y me lo llevaba al cuarto; entonces lanzaba el humo de mi pipa sobre sus páginas amarillentas, que tanto habían entusiasmado, emocionado y dado que pensar a mis abuelos. Mi hermano había usado un tomo del Titán, de Jean Paul para confeccionar sus fuegos artificiales. Me lo confesó un día, cuando yo ya había leído los dos primeros tomos y andaba buscando el tercero, pero él se defendió diciendo que de todos modos ya estaba estropeado.

Aquellas veladas eran siempre hermosas y entretenidas. Cantábamos, Lotte tocaba el piano y Fritz el violín, mamá contaba historias de su infancia, Polly silbaba en su jaula y no quería irse a dormir. Mi padre descansaba junto a la ventana o pegaba estampas en un libro ilustrado para sus sobrinos pequeños.

Sin embargo, no me molestó que una tarde acudiera Helene Kurz para charlar un rato. La miraba con admiración, pues estaba muy bella y madura. Cuando llegó, aún estaban encendidas las velas del piano y cantó conmigo una canción a dos voces. Pero yo canté muy bajo, para oír todos los tonos de su grave voz. Estaba detrás de ella y veía centellear a través de su cabello castaño la luz dorada de los cirios, la veía mover levemente los hombros al cantar y pensaba en lo maravilloso que debía ser acariciar un poco su pelo con la mano.

Tenía la impresión injustificada de que tenía con ella cierto vínculo, fruto de una serie de antiguos recuerdos, porque ya en la edad de la confirmación había estado enamorado de ella, y su discreta amabilidad había sido para mí una pequeña decepción. Porque yo no podía creer que aquella relación existiera sólo por mi parte y que ella la desconociera por completo.

Después, cuando se iba a marchar, tomé mi sombrero y la acompañé hasta la puerta de cristal.

— Buenas noches — dijo.

Pero no le tomé la mano sino que dije:

— La voy a acompañar.

— Oh, no es necesario, muchas gracias. Aquí ya no se estila.

— ¿No? — pregunté y la dejé pasar ante mí.

Pero en aquel momento mi hermana cogió su sombrero de paja de lazos azules y exclamó:

— Yo también voy.

Y los tres bajamos juntos las escaleras, abrí solícito la pesada puerta de la calle y salimos al tibio aire del crepúsculo; recorrimos lentamente la ciudad, pasando por el puente y la plaza Mayor, hasta llegar a la zona alta de las afueras donde vivían los padres de Helene. Las dos chicas charlaban animadamente, yo las escuchaba y estaba contento de pasar inadvertido. A veces caminaba más despacio, hacía como que miraba al cielo y me quedaba un paso atrás; entonces podía observar cómo sus cabellos oscuros caían sobre su cuello, erguido y suave, y cómo caminaba con pasos medidos y desenvueltos.

Delante de su casa nos dio la mano y entró; aún alcancé a ver el brillo de su sombrero en el oscuro pasillo, antes de que la puerta se cerrara de golpe.

— Pues sí — dijo Lotte —. Es una chica hermosa, ¿verdad? Y además tiene un encanto especial.

— Sí..., ¿y qué hay de tu amiga?, ¿vendrá pronto?

— Ayer le escribí.

— Ah, bien. ¿Vamos a volver por el mismo camino?

— Bueno, podríamos ir por el camino del jardín, ¿qué te parece?

Caminamos por el estrecho sendero que pasaba entre las cercas de los jardines. Ya estaba oscuro y teníamos que andar con cuidado, pues había muchos troncos partidos y estacas estropeadas por el camino.

Ya estábamos cerca de nuestro jardín y pudimos ver, a cierta distancia, que la lámpara iluminaba la sala de estar. De pronto oímos una voz queda:

— ¡Psst! ¡Psst! — y mi hermana tuvo miedo.

Pero era nuestro Fritz, que se había escondido allí y nos esperaba.

— ¡Atención! ¡Quietos! — nos gritó.

Entonces encendió una mecha con una cerilla y fue hacia nosotros.

— ¿Otra vez fuegos artificiales? — protestó Lotte.

— Casi no hace ruido — nos aseguró Fritz- —. Poned atención, es un invento mío.

Esperamos hasta que se consumió la mecha. Entonces empezó a crepitar y trabajosamente saltaron algunas chispas, como si fuera pólvora mojada. Fritz estaba eufórico.

— ¡Ahora viene! ¡Enseguida! Primero un fuego blanquecino, luego una pequeña detonación y una llama roja seguida de una hermosa llama azul.

Pero no pasó nada de lo anunciado. Sólo que tras alguna pequeña explosión y algún chispazo, de pronto todo el glorioso invento saltó por los aires con una fuerte detonación, envuelto en una blanca nube vaporosa.

Lotte reía y Fritz estaba desolado. Mientras yo trataba de consolarle, la gruesa nube de pólvora se desplazaba de forma lenta y majestuosa sobre los jardines en penumbra.

— Se ha podido ver un poco el azul — empezó Fritz, y asentí con la cabeza.

Luego me explicó, casi llorando, toda la construcción de su maravilloso castillo de fuegos artificiales y cómo debería haber salido todo.

— Lo haremos otra vez — le dije.

— ¿Mañana?

— No, Fritz. La semana que viene.

Habría podido decir «mañana». Pero en mi cabeza sólo había lugar para pensamientos relacionados con Helene Kurz y estaba obsesionado con la idea de que al día siguiente podría ocurrir algo agradable; quizás ella podría volver por la tarde y mostrar un poco de simpatía hacia mí. En fin, que en esos momentos estaba ocupado en cosas que para mí tenían más importancia y eran más estimulantes que todos los fuegos artificiales del mundo.

Cruzamos el jardín y encontramos a nuestros padres en la sala de estar jugando al ajedrez. Todo era así de simple y natural, y no podía ser de otro modo. Y sin embargo todo fue tan diferente, que hoy me parece infinitamente lejano. Pues hoy aquella patria ya no me pertenece. La vieja casa, el jardín y el balcón, las habitaciones entrañables, los muebles y los cuadros, el loro en su gran jaula, la vieja ciudad tan querida y todo el valle se han vuelto extraños, ya no me pertenecen. Mis padres han fallecido, y el suelo natal se ha convertido en recuerdo y añoranza; ningún camino me lleva allí.

Por la noche, sobre las once, cuando estaba leyendo un grueso tomo de Jean Paul, mi pequeña lámpara de aceite comenzó a apagarse. Vibró y dejó oír algún pequeño quejido, la llama se tornó roja y comenzó a ahumar y cuando miré y levanté el pabito vi que no quedaba aceite. Lo sentí por la hermosa novela que estaba leyendo, pero no era el momento de recorrer a tientas la casa buscando aceite.

Apagué la lámpara humeante y me acosté de mal humor. En el exterior se había levantado un viento cálido que mecía los abetos y los macizos de lilas. Abajo, en la hierba del patio cantaba un grillo. No me podía dormir y de nuevo me puse a pensar en Helene. No tenía la menor esperanza de que la elegante y bella muchacha me permitiera otra cosa que contemplarla con nostalgia, lo que me producía tanto dolor como gozo. Me enardecía y me sentía desgraciado cuando evocaba su rostro y el timbre de su voz profunda, y su forma de andar, la cadencia segura y enérgica de los pasos con que al atardecer cruzaba las calles y la plaza Mayor.

De pronto salté de la cama: tenía demasiado calor y estaba demasiado inquieto para poder dormir. Fui a la ventana y miré al exterior. Entre mechones de nubes flotaba pálida la luna menguante, el grillo continuaba cantando en el patio. Me habría gustado pasear fuera un rato. Pero en nuestra casa la puerta se cerraba a las diez y si alguna vez pasada esa hora se tenía que abrir nuevamente, era un acontecimiento insólito, molesto y alarmante. Por otra parte, tampoco sabía dónde se colgaba la llave de la casa.

Recordé tiempos pasados, cuando siendo un adolescente la vida doméstica con mis padres me parecía una esclavitud y por la noche, con mala conciencia y sed de aventuras, escapaba sigilosamente de casa para tomar una cerveza en una tasca de mala muerte. Para ello usaba la puerta trasera que daba al jardín y que sólo se cerraba con el pestillo, luego trepaba por la valla y a través del estrecho sendero que pasaba entre los jardines vecinos alcanzaba la calle.

Me puse los pantalones, no necesitaba nada más puesto que soplaba un aire cálido; cogí los zapatos y crucé la casa descalzo, salté la valla del jardín y caminé lentamente, cruzando la ciudad dormida valle arriba, a la vera del río que murmuraba cansado y jugueteaba con los tenues reflejos de la luna.

Caminar por la noche al aire libre, bajo el cielo silencioso, junto a un río de aguas tranquilas es siempre misterioso y remueve las profundidades del alma. En esos momentos estamos más cerca de nuestros orígenes, sentimos nuestra proximidad con animales y plantas, despertamos memorias de una vida primitiva, cuando aún no se habían construido casas ni ciudades y el hombre errante, sin suelo

fijo, podía amar y odiar el bosque, el río y la montaña, el lobo y el azor como sus semejantes, como amigos o enemigos. La noche también aleja el sentimiento tan común de una vida colectiva; cuando no hay ninguna luz encendida ni se oye una sola voz humana, el hombre en vela siente su aislamiento, se siente separado de todo y abandonado a sí mismo. Ese imponente sentimiento humano de estar irremediamente solo, vivir solo y probar y soportar solo el dolor, el miedo y la muerte, está presente en el fondo de cada pensamiento, para el fuerte y joven como una sombra y una advertencia, para el débil como un espanto.

También yo sentía algo de eso; por lo menos remitió mi mal humor y dejó paso a una tranquila reflexión. Me dolía pensar que la bella y atractiva Helene quizá nunca pensaría en mí con sentimientos parecidos a los que yo experimentaba hacia ella; pero también sabía que no iba a morir de la pena de un amor no correspondido, y tenía un ambiguo presentimiento de que la vida, en su inmenso misterio, esconde recodos más sombríos y destinos más serios que los sufrimientos de un joven en vacaciones.

Sin embargo, me quedó un sentimiento enardecido, que instintivamente convertía el cálido viento en unas manos acariciadoras y una oscura cabellera de muchacha, de tal modo que mi paseo a aquellas horas intempestivas no me produjo ni cansancio ni sueño. Atravesando los prados sombríos de Öhmd bajé al río, me quité la ropa y salté al agua fresca, cuya fuerte corriente me obligó a luchar y resistir. Nadé un cuarto de hora contracorriente y el bochorno y la melancolía desaparecieron con el agua del río. Volví, fresco y ligeramente cansado, a buscar la ropa y me vestí con el cuerpo aún mojado; la vuelta a casa y a la cama me resultó fácil y reconfortante.

Tras la tensión de los primeros días, poco a poco entré en la tranquila rutina de la vida familiar. Yo había rodado por esos mundos durante meses, de ciudad en ciudad, con toda clase de personas, entre trabajo y sueños, entre estudios y noches de juerga, viviendo unos días de pan y leche y otros de lecturas y cigarros. Y allí todo estaba igual como hacía diez o veinte años, allí los días y semanas tenían un ritmo pausado, sereno y tranquilo. Y yo, que me consideraba un extraño, acostumbrado a una vida inquieta y polifacética, volvía a adaptarme a aquella vida, como si nunca me hubiera ido; me interesaba por las personas y las cosas que durante años había olvidado por completo, y no añoraba nada de lo que el mundo extranjero había sido para mí.

Las horas y los días se deslizaban suavemente, sin dejar rastros, como nubarrones de verano, como una imagen irisada o un sentimiento pasajero, que susurraban y brillaban, para luego convertirse en un eco como salido de un sueño. Regaba el jardín, cantaba con Lotte, hacía fuegos artificiales con Fritz, charlaba con mi madre sobre ciudades lejanas y con mi padre sobre nuevos acontecimientos mundiales, leía a Goethe y a Jacobsen, y una cosa seguía a la otra armoniosamente y ninguna era el asunto principal.

El asunto principal me parecía que entonces era Helene Kurz y mi admiración por ella. Pero también esto era como todo lo demás, me emocionaba por unas horas y luego desaparecía por otras tantas, y lo único que se mantenía infatigable era mi gozoso sentimiento vital, el sentimiento de un nadador que avanza por la resplandeciente superficie del agua serena, sin prisas y sin rumbo, sin esfuerzos y sin contratiempos. En el bosque graznaba un cuervo y maduraban los arándanos, en el jardín florecían las rosas y las fogosas capuchinas, y me sentía parte de todo esto, el mundo me parecía espléndido y me preguntaba cómo sería cuando fuera un hombre hecho y derecho, maduro y sensato.

Una tarde pasó por la ciudad una balsa de gran tamaño, salté sobre ella y me recosté sobre un montón de tablones; viajé durante unas horas río abajo, dejando atrás caseríos y pueblos y cruzando puentes. Arriba vibraba el aire y flotaban unas nubes cargadas, acompañadas de truenos sordos, y abajo bullía y reía, fresca y espumosa, la corriente del río. Entonces imaginé que Helene estaba conmigo y yo la había raptado; estábamos sentados cogidos de la mano, contemplando las bellezas del mundo, desde allí hasta Holanda.

Al abandonar la balsa un buen trecho valle abajo, di un salto demasiado corto y me hundí en el agua hasta el pecho; pero durante el retorno a casa, mis ropas, humeantes de calor, se me secaron sobre el cuerpo. Y cuando tras la larga caminata llegué a la ciudad, lleno de polvo y cansado, de las primeras casas me salió al encuentro Helene Kurz, que llevaba una blusa roja. Me quité el sombrero y la saludé y ella me respondió inclinando la cabeza. Recordé mi sueño en que navegábamos bajando por el río cogidos de la mano y nos hablábamos de tú; aquella tarde volví a perder toda esperanza y me

vi como un estúpido visionario y soñador. Pero antes de ir a dormir me fumé mi pipa, cuya cazoleta estaba adornada con la pintura de dos ciervos pastando, y leí Wilhelm Meister hasta las once.

Al día siguiente, sobre las ocho y media de la tarde, subí con mi hermano al Hochstein. Nos alternábamos para llevar un gran paquete que contenía una docena de poderosos buscapiés, seis cohetes y tres petardos grandes y otras minucias.

El ambiente era cálido y el cielo azul estaba lleno de nubéculas desgarradas que se movían con lentitud, flotaban sobre la torre de la iglesia y las cumbres de los montes, y a veces ocultaban las primeras estrellas titilantes. Desde lo alto del Hochstein, donde descansamos un momento, vi nuestro estrecho valle envuelto en desdibujados colores vespertinos. Mientras contemplaba la ciudad y el pueblo próximo, los puentes, la presa del molino y el angosto río rodeado de vegetación, me sorprendió de nuevo el recuerdo de la hermosa muchacha, y me habría gustado estar solo para poder soñar, esperando la luna. Pero no podía ser, porque mi hermano ya había desembalado el paquete y me sorprendió por detrás con dos buscapiés que, tras atar a un palo, había hecho estallar cerca de mis orejas.

Me enfadé un poco. Pero Fritz rió con tantas ganas y estaba tan eufórico que pronto me contagié y comencé a colaborar. Encendimos rápidamente, uno tras otro, los tres potentes petardos y oímos el eco de las violentas detonaciones que resonaba arriba y abajo del valle. Luego siguieron los buscapiés, las tracas y una gran rueda, y finalmente lanzamos poco a poco, uno tras otro, nuestros hermosos cohetes al cielo nocturno ya en sombras.

— Un buen cohete es casi como un servicio religioso — dijo mi hermano, a quien entonces le gustaba expresarse en tales imágenes —, o como cuando se entona una bella canción, ¿verdad? Es muy festivo.

A la vuelta lanzamos nuestro último buscapiés en la granja de Schindel, contra el temible perro bravo, que primero aulló aterrorizado y luego estuvo ladrándonos furioso durante un cuarto de hora. Llegamos a casa alegres y con los dedos ennegrecidos, como dos chiquillos que han cometido una divertida travesura. A nuestros padres les hablamos en tono halagador del hermoso paseo vespertino, del paisaje del valle y del cielo estrellado.

Una mañana, mientras limpiaba mi pipa junto a la ventana, Lotte vino corriendo y exclamó:

— Oye, a las once llega mi amiga.

— ¿Anna Amberg?

— Sí. ¿Vamos a buscarla?

— Me parece bien.

La llegada de la esperada visita, en la que no había vuelto a pensar, me alegró sólo a medias. Pero no era cuestión de volverse atrás, así que cerca de las once fui a la estación con mi hermana. Llegamos demasiado pronto y nos pusimos a caminar de un lado al otro por la estación.

— A lo mejor viaja en segunda — dijo Lotte. La miré con incredulidad.

— Puede ser. Es de buena familia, y aunque es muy sencilla...

Me asusté. Imaginé una dama de modales exquisitos y gran equipaje, bajando de un vagón de segunda, a quien mi entrañable casa paterna parecería pobre y mi propia persona no lo bastante fina.

— ¿Sabes? Si viene en segunda, más vale que continúe el viaje. Lotte se enfadó y me iba a reprender cuando el tren entró en la estación y se detuvo; Lotte salió corriendo. La seguí sin prisas y vi que su amiga bajaba de un vagón de tercera clase, con un paraguas de seda gris, una manta de viaje y una modesta maleta de mano.

— Anna, éste es mi hermano.

La saludé y, como no sabía cómo pensaría ella, a pesar del detalle de la tercera clase, no cargué su ligerísima maleta, sino que avisé a un maletero y se la entregué. Me puse en camino a la ciudad junto a las dos señoritas y me asombraba lo mucho que las dos tenían que contarse. La señorita Amberg me cayó muy bien. Estaba un poco decepcionado de que no fuera especialmente bonita, pero tenía en la cara y en la voz algo atractivo que gustaba y despertaba confianza.

Aún veo cómo las recibió mi madre, junto a la puerta vidriera. Tenía buen sentido para los rostros de las personas y cuando, tras una primera mirada escrutadora, te daba la bienvenida con una sonrisa, podías estar seguro de ser bien acogido. Aún estoy viendo cómo miró a la señorita Amberg a los ojos, cómo luego la saludó tomando sus manos y sin mediar palabras se mostró confiada y familiar.

Mi desconfianza hacia la forastera desapareció, pues aceptó sinceramente y sin reparos la mano y la amistad que le ofrecíamos, y desde el primer momento se familiarizó con nosotros.

Con mi escasa sabiduría y conocimiento de la vida pude comprobar aquel primer día que la agradable muchacha poseía una serenidad ingenua y natural, y que sería una apreciada compañera, aunque quizás un tanto inexperta. La existencia de una serenidad superior y sublime, que sólo se adquiere con penurias y sufrimientos, era algo que intuía, pero de lo cual no tenía ninguna experiencia. Que nuestra huésped poseía esa singular forma de jovialidad fue algo que de momento escapó a mis observaciones.

Las chicas a las que se podía tratar como iguales y con las que se podía hablar sobre la vida o la literatura eran una rareza en el círculo en que me movía entonces. Hasta aquel momento, las amigas de mi hermana habían sido para mí objeto de enamoramiento o no les había hecho caso. Y me resultaba novedoso y grato tratar a una joven dama sin cumplidos y poder hablar con ella sobre cualquier tema, igual que con los míos. Pero, a pesar de la igualdad, su voz, lenguaje y mentalidad dejaban traslucir su feminidad, que me conmocionaba cálida y delicadamente.

Además advertí, no sin cierto sonrojo, que Anna se incorporaba a nuestra vida de forma sencilla y discreta, sin pretensiones, y se acostumbraba a nuestro ambiente. Todos mis amigos que habían sido nuestros huéspedes durante las vacaciones se mostraban reticentes y se ataban a ciertas normas; incluso yo mismo, los primeros días después de mi retorno a casa, me había comportado más presumido y envarado de lo necesario.

A veces me asombraba de la poca atención que Anna exigía de mí; en la conversación podía mostrarme casi grosero sin que ella se diera por ofendida. ¡Cuándo me acordaba de Helene Kurz...! Ante ella, aun en la discusión más acalorada, habría sopesado cautelosamente mis palabras.

Por aquellos días Helene nos visitaba con frecuencia y parecía que a la amiga de mi hermana le agradaba. Una vez el tío Matthäus nos invitó a todos a una reunión en su jardín. Había café y pasteles y luego vino de grosella; a ratos se organizaron juegos o paseábamos ceremoniosamente por los senderos del jardín, cuya exquisita pulcritud exigía por sí misma un comportamiento digno.

Me resultaba extraño ver juntas a Helene y a Anna, y hablar con ambas al mismo tiempo. Con Helene Kurz, que volvía a estar maravillosa, sólo podía hablar de temas superficiales y lo hacía con los modales más finos, mientras que con Anna charlaba sobre las cosas más interesantes sin tensiones ni molestias. Y, pese a que le estaba agradecido y que con su conversación me sentía tranquilo y seguro, constantemente mi mirada se dirigía a la bella Helene, cuya sola presencia me hacía feliz, aunque al mismo tiempo me dejaba insatisfecho.

Mi hermano Fritz se aburría solemnemente. Después de haber comido suficientes pasteles, propuso algunos juegos muy bruscos que en parte no fueron aceptados y en parte pronto abandonamos. Me llamó aparte y se quejó amargamente de la tarde aburrida que estaba pasando. Como me limité a encogerme de hombros, me asustó diciéndome que en el bolsillo guardaba un buscapiés que pensaba soltar más tarde, durante la habitual larga despedida de las muchachas. Sólo ante mis ruegos insistentes desistió de su plan. Entonces se fue a la parte más alejada del gran jardín y se echó bajo el arbusto de uva espina. Yo le traicioné, riéndome con los demás de su despecho infantil, aunque me daba pena y le comprendía perfectamente.

Con las dos primas era fácil entenderse. No eran caprichosas y recibían agradecidas y con interés las palabras de cortesía más rutinarias y gastadas. El tío se había marchado enseguida, después del café; la tía Berta charlaba sobre todo con Lotte, y después de que me entretuviera con ella hablando de la preparación de las bayas para confitura, quedó satisfecha conmigo. Así pude permanecer cerca de las dos señoritas, y en las pausas de la conversación me preguntaba por qué es más difícil hablar con una chica de la que se está enamorado que con las otras. Me habría gustado demostrarle a Helene mi admiración, pero no se me ocurría cómo. Finalmente, de entre las muchas rosas del jardín corté dos y le di una a Helene y la otra a Anna Amberg.

Ése fue el último día tranquilo de mis vacaciones. Al día siguiente le oí decir a un conocido en la ciudad que en los últimos tiempos la Kurz visitaba mucho una determinada casa y que seguramente pronto habría noviazgo. Contaba esto entre otras novedades y yo me cuidé de no dejar traslucir nada. Aunque sólo se tratara de un rumor, ya no esperaba mucho de Helene y estaba convencido de haberla perdido. Volví a casa desalentado y me refugié en mi habitación.

Dadas las circunstancias y mi frívola juventud, la tristeza no podía durar mucho tiempo. Sin embargo, estuve varios días sin ánimo para nada, buscaba los caminos solitarios en los bosques, en casa me echaba, triste y meditabundo, y al atardecer cerraba las ventanas e improvisaba con el violín.

— ¿Te falta algo, hijo? — dijo mi padre un día, poniendo su mano sobre mi hombro.

— He dormido mal — contesté, sin mentir. No di más explicaciones. Pero él me dijo algo que más tarde he recordado con frecuencia.

— Una noche de insomnio — dijo — es siempre una mala cosa. Pero se puede soportar cuando se tienen buenos pensamientos. Cuando estás acostado y no puedes dormir, te enfadas y tienes malos pensamientos con facilidad. Pero se puede usar la voluntad y pensar en cosas buenas.

— ¿Se puede? — pregunté.

En los últimos años había comenzado a dudar de la existencia del libre albedrío.

— Sí, se puede — dijo mi padre con vehemencia.

Aún recuerdo claramente la hora en que, tras varios días de silencio y angustia, me olvidé de mí mismo y de mis penas para convivir con los demás y recobrar la alegría. Estábamos todos sentados en la sala de estar, tomando el café de la tarde, sólo faltaba Fritz. Los otros estaban animados y locuaces, pero yo permanecía callado y no participaba, aunque en mi interior ya comenzaba a sentir la necesidad de hablar y

relacionarme. Como suelen hacer los jóvenes, había rodeado mi dolor con un muro protector de silencio y una actitud defensiva; los demás, siguiendo la buena costumbre de nuestra casa, me habían dejado en paz y habían respetado mi visible malhumor. Y ahora no me decidía a derribar el muro, y lo que en un principio había sido espontáneo y necesario se había convertido en una actuación que se prolongaba, mientras me aburría de mí mismo y me avergonzaba de la corta duración de mi ascetismo.

De pronto irrumpió en nuestra tranquila reunión un toque de trompeta, una audaz y agresiva serie de notas resonantes que nos hizo saltar a todos de nuestros asientos.

— ¡Un incendio! — gritó mi hermana, asustada.

— Sería un curioso aviso de incendio.

— O será el acantonamiento de soldados.

Entretanto, todos nos habíamos precipitado a las ventanas. En la calle, justo frente a nuestra casa, vimos una turba de chiquillos y en el medio un corcel blanco con un trompetista vestido de rojo fuego, cuya corneta y atuendo brillaban con los rayos del sol. El extraño personaje miraba a todas las ventanas al mismo tiempo que tocaba la trompeta, exhibiendo un rostro moreno adornado con un enorme mostacho al estilo húngaro. Seguía soplando con frenesí llamadas y todo tipo de variaciones espontáneas, hasta que todas las ventanas del vecindario se llenaron de curiosos. Entonces dejó el instrumento, se acarició el bigote, apoyó la mano izquierda en la cadera, mantuvo las riendas del brioso caballo con la derecha y pronunció un discurso. Aprovechando el paso por la pequeña ciudad, y sólo por aquel único día, su mundialmente famosa compañía hacía un alto, y cediendo a ruegos apremiantes, ofrecía aquella tarde en el Brühel una «exhibición de gala con caballos adiestrados, equilibrismo de alta categoría así como una gran pantomima». Los adultos pagarían veinte peniques y los niños la mitad. Apenas habíamos oído y observado todo, el jinete volvió a tocar la reluciente trompeta y siguió su camino, acompañado por el tropel de niños y envuelto en una espesa y blanca nube de polvo.

Las risas y la algarabía que el artista ecuestre había despertado en nosotros con su pregón me fueron muy oportunas y aproveché el momento para hacer a un lado mi oscuro mutismo y ser de nuevo un alegre entre los alegres. Inmediatamente invité a las dos muchachas al espectáculo de esa noche, papá dio su permiso después de alguna

resistencia y los tres nos pusimos en camino hacia el Brühel para ver primero el espectáculo por fuera. Encontramos a dos hombres limitando una arena circular con un cordel, luego comenzaron a construir una tarima mientras, a su lado, sentada sobre la oscilante escalera de un carromato color verde, una vieja gorda y tremendamente fea hacía calceta. Un bonito perro caniche blanco yacía a sus pies. Mientras contemplábamos la escena, el jinete volvió de su recorrido por la ciudad, ató el caballo a la parte trasera de la caravana, se quitó el rojo traje de gala y, en mangas de camisa, ayudó a sus compañeros en el montaje.

— ¡Pobre gente! — dijo Anna Amberg.

Pero desaprobé su compasión y tomé con entusiasmo partido por los artistas, loando su vida libre, nómada y aventurera. Declaré que me gustaría muchísimo ir con ellos, subir a lo alto de la cuerda y después de las representaciones pasar el platillo.

— Eso me gustaría verlo — dijo riendo burlescamente.

Entonces, en lugar del platillo tomé mi sombrero, hice el gesto de pasarlo y pedí humildemente una pequeña propina para el payaso. Ella hurgó en el bolsillo, buscó insegura un momento y luego lanzó un penique al sombrero, que guardé en el bolsillo del chaleco dándole las gracias.

La alegría reprimida por un tiempo se apoderó de mí como una borrachera, y aquel día estuve despreocupado como un chiquillo, con lo cual tal vez reconocía mi propia inconstancia.

Por la tarde fuimos con Fritz a la representación, entusiasmados y jovialmente enardecidos ya durante el camino. En el Brühel, una masa de gente se movía en las sombras, los niños con grandes ojos atentos esperaban callados y felices; pequeños gamberros importunaban a todo el mundo y se empujaban delante de la gente, los espectadores gorriones se subían a los castaños y un policía se había puesto el casco. Alrededor de la arena habían colocado una fila de sillas y en el centro había un armatoste con cuatro brazos, de los que pendían faroles de aceite. Procedieron a encenderlos, la multitud se acercaba, la fila de asientos se iba llenando poco a poco, y sobre la plaza y las cabezas de la gente se balanceaban con luz rojiza y humeante las antorchas de queroseno.

Habíamos encontrado lugar sobre una de las tablas. Sonó un organillo y apareció el director en la arena sobre un pequeño caballo negro. Salió el payaso e inició con él un diálogo salpicado de bofetadas, que provocó grandes aplausos. Todo comenzó con una pregunta impertinente del payaso que el otro respondía con una bofetada y decía:

— ¿Te crees que soy un camello? A lo que respondía el payaso:

— No, señor jefe. Conozco muy bien la diferencia que hay entre un camello y usted.

— ¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

— Señor jefe, un camello puede trabajar ocho días sin beber. En cambio, usted puede beber ocho días sin trabajar.

Otra bofetada, más aplausos. Así se desarrollaba el espectáculo, y a la vez que me asombraba la ingenuidad de las bromas y la simplicidad del público tan agradecido, yo también reía.

El caballito dio saltos, se sentó en un banco, contó hasta doce y se hizo el muerto. Luego salió un perro caniche, saltó por dentro de unos neumáticos, bailó sobre las dos patas traseras y desfiló con aire militar. En los intermedios, siempre aparecía el payaso. Le siguió una cabra, un precioso animal que se balanceó en un sillón.

De pronto alguien le preguntó al payaso si no sabía hacer nada más que estarse de pie y contar chistes. Entonces se despojó de su holgado traje de payaso, quedó en malla roja y subió a lo alto de la cuerda. Era un bello tipo e hizo su trabajo a la perfección. Y aparte de ello, ya era un espectáculo hermoso ver oscilar sobre la oscuridad del cielo nocturno aquella figura roja, iluminada por el fulgor de las antorchas.

La pantomima no se representó, pues se había sobrepasado el tiempo del espectáculo. También nosotros nos habíamos pasado del horario habitual y emprendimos sin demora el regreso a casa.

Durante la función habíamos charlado animadamente. Yo había estado sentado junto a Anna Amberg y aunque no nos habíamos dicho nada de particular, en el camino de vuelta echaba en falta su cálida proximidad.

Ya en la cama, estuve mucho rato sin poder dormir y tuve tiempo para pensar en ello. El reconocimiento de mi infidelidad me resultaba molesto y vergonzoso. ¿Cómo había podido renunciar tan pronto a la bella Helene Kurz? Pero aquella noche y en los días siguientes lo justifiqué todo con cierta sofistería y resolví, a mi conveniencia, todas las aparentes contradicciones.

Aquella misma noche encendí la luz y busqué en el bolsillo del chaleco el penique que Anna me había regalado en broma y lo miré con ternura. Llevaba grabado el año 1877; tenía, pues, la misma edad que yo. Lo envolví en un papel blanco, escribí las iniciales A.A. y la fecha, y lo escondí en lo más profundo de mi monedero, como un penique de la suerte.

La mitad de mis vacaciones, y en las vacaciones la primera mitad es siempre la más larga, había pasado y, tras una semana de fuertes tormentas, el verano comenzó a hacerse más viejo y pensativo.

Pero yo, como si en el mundo nada tuviese importancia, navegaba enamorado a toda vela a través de los días cada vez más cortos, cargaba cada uno de ellos con una esperanza dorada y en mi arrebato los veía venir, brillar e irse, sin querer retenerlos y sin lamentarlo.

De este entusiasmo era también responsable en una pequeña parte, junto a la irresponsabilidad de la juventud, mi querida madre, porque sin decir ni una sola palabra sobre el tema, dejaba entrever que mi amistad con Anna no le desagradaba. En realidad, el trato con la sensata y honesta muchacha me benefició, y estaba seguro de que una relación más profunda y próxima con ella encontraría la aprobación de mi madre. No necesitaba ni cautela ni secreto y en realidad me comportaba con Anna como con una querida hermana.

De todos modos, estaba aún lejos de alcanzar el objetivo de mis deseos, y al cabo de un tiempo aquel trato de invariable compañerismo me resultaba penoso, ya que deseaba pasar del jardín cercado de la amistad al país más libre del amor, pero no sabía cómo podría conducir a mi ingenua amiga hacia esos caminos sin que se notara. Y precisamente de aquí nació, en los últimos días de las vacaciones, un delicioso estado de ánimo libre, vacilante entre la satisfacción y el anhelo, del que guardo un recuerdo dichoso.

Así vivimos, en el ambiente feliz de nuestra casa, unos buenos días de verano. Entre tanto, yo había vuelto a la antigua relación infantil con mi madre, de forma que podría hablar con ella sobre mi vida sin timidez, confiarle el pasado y tenerla al tanto de mis ideas de futuro. Aún recuerdo cómo estábamos una mañana sentados en la glorieta, haciendo ovillos de hilo. Le había contado qué derroteros había tomado mi fe en Dios y terminé con la afirmación de que para volver a creer primero tendría que venir alguien a convencerme.

Mi madre sonrió y mirándome, tras un momento de reflexión, dijo:

— Probablemente ese alguien que te convenza no vendrá nunca. Pero poco a poco te irás convenciendo de que sin fe no se puede vivir. Porque el saber no es suficiente. Todos los días ocurre que alguien a quien creíamos conocer hace algo que nos demuestra que no le conocíamos. Y, a pesar de todo, todos necesitamos confianza y seguridad. Y entonces siempre es mejor recurrir a Jesucristo que a un profesor, o a Bismarck, o a quien sea.

— ¿Por qué? — pregunté —. De Jesucristo en verdad no se sabe mucho.

— Oh, se sabe lo suficiente. Y además... a lo largo de la historia ha habido personas, unas pocas, que han muerto con serenidad y sin angustia. Es lo que se dice de Sócrates y de algunos otros, no muchos. En realidad, son muy pocos, y si pudieron morir tranquilos y con consuelo no fue por su sabiduría, sino porque tenían puros el corazón y la conciencia. Por lo tanto, esas personas, cada una por su lado, tenían razón. Pero ¿quién de nosotros es como ellos? Por otra parte, al lado de estos pocos ves a miles y miles de personas normales y corrientes que, a pesar de todo, han podido morir en paz y consuelo porque creían en Jesucristo. Tu abuelo estuvo postrado catorce meses, plagado de dolores y con una gran aflicción, antes de morir y soportó los sufrimientos y la muerte casi con alegría, porque encontraba consuelo en Jesucristo. — Y para concluir dijo —: Sé muy bien que esto no va a convencerte. La fe, como el amor, no pasa por la razón. Pero algún día sabrás que la razón no lo es todo y, por tarde que sea, buscarás algo que pueda consolarte. Quizás entonces recuerdes muchas cosas de las que hemos hablado hoy.

Ayudaba a mi padre en el jardín, y a menudo, durante mis paseos, recogía tierra del bosque en una bolsita para sus tiestos. Con Fritz inventé nuevos fuegos de artificio y me quemé los dedos al lanzarlos. Con Lotte y Anna Amberg pasaba la mitad de los días en el bosque, las ayudaba a buscar bayas y a recoger flores, les leía libros y descubría nuevos caminos.

Los hermosos días de verano iban pasando uno tras otro. Me había acostumbrado a estar casi siempre al lado de Anna y cuando recordaba que eso terminaría pronto, negros nubarrones de tormenta oscurecían mi cielo azul de vacaciones.

Y como todo lo bello y también lo precioso es temporal y tiene un final ineludible, también se fue extinguiendo día a día aquel verano que, en mi recuerdo, supuso el fin de toda mi juventud. Se comenzó a hablar de mi próxima partida. Mi madre volvió a repasar mi ropa blanca y mis prendas, remendó algo, y el día en que hice el equipaje me regaló dos buenos pares de medias de lana gris que ella misma había tejido, y que ninguno de los dos sabía que sería su último regalo.

El último día, temido por largo tiempo, llegó sin embargo por sorpresa un día azul y claro de los últimos del verano, con pequeñas y tenues nubes viajeras y un suave viento del sudeste, que jugaba en el jardín con las todavía abundantes rosas y que, hacia el mediodía, cargado de aromas, se cansaba y adormecía. Como me había propuesto aprovechar al máximo todo el día y partir al anochecer, los jóvenes decidimos hacer por la tarde una hermosa excursión. Para mis padres me quedaron libres las horas de la mañana que pasé, sentado entre ellos en un sofá, en el estudio paterno. Mi padre me tenía preparados algunos regalos de despedida, que me entregó alegre y bromista para ocultar su emoción. Era una pequeña bolsa antigua con algunos táleros, una pluma de bolsillo y un cuadernillo de hermosa encuadernación hecho por él mismo, en el que había escrito una docena de máximas sobre la vida con su pulcra caligrafía latina. Con los táleros me recomendaba ahorrar pero no escatimar; con la pluma me pedía que escribiera a menudo a casa, y cuando tropezara con alguna nueva frase adecuada a mis necesidades, debía anotarla en el cuadernillo junto a las otras, que a él mismo, a lo largo de su vida, le habían parecido útiles y verdaderas.

Estuvimos sentados juntos durante más de dos horas, y mis padres me contaron cosas de mi propia infancia, de su vida y de la de sus padres, que para mí eran nuevas e importantes. Muchas las he olvidado, y como mis pensamientos se iban siempre hacia Anna, sólo oía y registraba a medias algunas de sus serias e importantes confidencias. Pero en mí quedó un gran recuerdo de aquella mañana en el estudio y una profunda gratitud y veneración hacia mis padres, a quienes contemplo hoy bajo una luz pura y sagrada que no puedo ver en ninguna otra persona.

Pero entonces ya estaba más cerca la despedida, que tendría lugar al atardecer. Después de comer me puse en camino con las dos muchachas hacia la montaña, a un hermoso desfiladero que era un valle escarpado perpendicular a nuestro río.

Al principio, mi estado de ánimo deprimido hizo que las muchachas caminaran pensativas y en silencio. Sólo al llegar a la cumbre de monte, desde donde se divisaban, entre altos troncos rojizos de pino, un valle estrecho y sinuoso y una amplia colina boscosa en la que se mecían al viento las flores de amento de largo tallo, rompí el silencio con un grito de júbilo. Las chicas se rieron y entonaron un canto peregrino; era ¡Oh, valles lejanos! ¡Oh, alturas!, una vieja canción que gustaba mucho a nuestra madre; al cantar con ellas recordé alegres excursiones de la infancia por los bosques y anteriores vacaciones de verano. Empezamos a hablar de ello y de mi madre, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, en cuanto cesó el último verso. Hablamos de aquellos tiempos con gratitud y orgullo, pues tuvimos una maravillosa niñez en una hermosa tierra; tomé a Lotte de la mano hasta que se nos unió Anna, entre risas. Recorrimos todo el camino de la cima de la montaña cogidos los tres de la mano, agitándolas en una especie de deliciosa danza.

Luego bajamos por una escarpada ladera hacia la sombría garganta de un riachuelo que saltaba entre piedras y rocas, con un rumor que se oía desde lejos. Más adelante, sobre el riachuelo, había una posada encantadora adonde invité a mis dos muchachas a tomar café, helado y pasteles. Tuvimos que bajar la montaña en fila india, siguiendo el río, y me quedé detrás de Anna, contemplándola y pensando en la posibilidad de hablarle a solas.

Finalmente se me ocurrió un ardid. Ya nos encontrábamos cerca de la posada, en un prado ribereño en el que abundaban los claveles silvestres. Entonces le pedí a Lotte que se adelantara y encargara el café e hiciera preparar una buena mesa en el jardín para nosotros, mientras hice con Anna un bello ramo de flores silvestres, aprovechando la exuberancia y la belleza de la vegetación. Lotte estuvo de acuerdo y se adelantó. Anna se sentó en una roca cubierta de musgo y comenzó a cortar helechos.

— Bien, es mi último día — comencé.

— Sí, es una pena. Pero pronto volverá otra vez, ¿no?

— ¿Quién sabe? Desde luego, el año que viene no, y aunque vuelva, ya no será como esta vez.

— ¿Por qué no?

— Lo sería si usted también estuviera aquí.

— Eso no sería imposible. Pero tampoco esta vez no he sido yo quien le ha hecho volver a casa.

— Porque aún no la conocía, señorita Anna.

— Bueno. ¡Pero no me está ayudando! Recójame algunos claveles, de los que tiene por ahí. Entonces me decidí.

— Después recogeré todos los que usted quiera. Pero ahora para mí hay algo mucho más importante. Mire, llevo algunos minutos a solas con usted y he estado esperando este momento todo el día. Pues... como hoy voy a partir, mire... en fin, Anna, yo quería preguntarle...

Me miró. Su rostro inteligente mostraba una expresión seria, casi de preocupación.

— ¡Espere! — interrumpió mi torpe disertación —. Creo saber lo que quiere decirme. Y ahora le pido de corazón que no me lo diga.

— ¿No?

— No, Hermann. No puedo contarle ahora por qué esto no puede ser, pero ya lo sabrá. Pregunte más tarde a su hermana, que lo sabe todo. Ahora no tenemos tiempo; es una historia triste y hoy no debemos estar tristes. Vamos a hacer ahora nuestro ramillete, hasta que vuelva Lotte. Y hoy seguiremos siendo buenos amigos y estaremos alegres. ¿Quiere?

— Sí que quiero, si tan sólo pudiera...

— Entonces, escúcheme. A mí me sucede lo que a usted, yo amo a una persona pero no puedo estar con ella. Cuando esto ocurre, tenemos que dar el doble de amistad, bondad y alegría, ¿no es cierto? Por lo tanto, propongo que sigamos siendo buenos amigos y por lo menos mostremos caras alegres en este último día. ¿De acuerdo?

Dije que sí en voz baja y nos dimos la mano. El riachuelo corría ruidosamente y jugueteaba salpicándonos con finas gotas, nuestro ramo cada vez era más grande y multicolor y no pasó mucho tiempo antes de que mi hermana estuviera de vuelta, cantando y riendo. Cuando estuvo con nosotros, hice como si quisiera beber, me arrodillé en la orilla y sumergí por un breve momento la frente y los ojos en las frías aguas. Tomé el ramo en la mano e hicimos juntos el camino hasta la posada.

Había una mesa preparada para nosotros, bajo un arce, con helado, café y pasteles; la posadera nos dio la bienvenida y para mi propio asombro, fui capaz de hablar, contestar y comer como si nada hubiera ocurrido. Estuve casi alegre, hice un pequeño brindis y reí con ganas cuando había que reír.

No olvidaré la sencillez y el cariño con que Anna me hizo superar aquella tarde mi abatimiento y mi tristeza. Sin dejar traslucir lo que había pasado entre nosotros, me trató con un agradable compañerismo que me ayudó a mantener el ánimo, y me llenó de admiración por la serenidad con que llevaba su antigua y profunda pena.

Cuando partimos, el estrecho valle se llenó con las primeras sombras de la tarde. Pero en lo alto de la montaña, que alcanzamos rápidamente, vimos de nuevo el sol que ya se acercaba al ocaso y caminamos aún una hora bajo sus cálidos rayos, hasta que en el descenso a la ciudad lo volvimos a perder de vista. Me di la vuelta para mirarlo, grande y rojizo entre las copas de los pinos, y pensé que al día siguiente lo volvería a ver desde lugares lejanos.

Al anochecer, después de despedirme de toda la familia, Lotte y Anna fueron conmigo a la estación y seguían saludando cuando yo ya me alejaba en el tren, internándome en las primeras sombras nocturnas.

Estaba de pie en la ventanilla y contemplaba la ciudad, donde brillaban las farolas y las ventanas iluminadas. Cerca de nuestro jardín vi un intenso fulgor rojizo. Allí estaba mi hermano Fritz y tenía en cada mano una bengala, y en el momento en que saludé y pasé por delante, disparó un cohete que se elevó por los aires. Asomado a la ventanilla vi cómo ascendía, se mantenía un instante suspendido, describía un leve arco y se deshacía en una lluvia de chispas rojas.

El Aprendizaje de Hans Dierlamm

1

El comerciante de pieles Ewald Dierlamm, que desde hacía tiempo no aceptaba que se le llamase curtidor, tenía un hijo llamado Hans, en quien tenía puestas muchas esperanzas y que cursaba la enseñanza media en Stuttgart. Allí, el fornido y alegre muchacho había crecido en años, pero no en sabiduría y virtud. Al tiempo que repetía todos los cursos, había llevado una vida feliz, asistiendo a teatros y tertulias de café, y a los dieciocho años ya era un hombre hecho y derecho, mientras que sus condiscípulos seguían siendo unos jovencitos imberbes e inmaduros. Pero como tampoco a esa edad hacía progresos sino que buscaba para su desenfreno y ambición círculos mundanos y masculinos nada cultos, su padre comprendió que tenía que sacar a su frívolo hijo de la escuela, porque sólo le servía para descarriarse y descarriar a otros. Así volvió Hans con su afligido padre a Gerbersau un hermoso día de primavera; entonces surgió la pregunta de lo que se podía hacer con el avieso joven para mandarlo al servicio militar aquella primavera, como había decidido el consejo familiar, ya era demasiado tarde.

Entonces el joven Hans, para gran asombro de sus padres, pidió que le dejaran ir como aprendiz a un taller de maquinaria, ya que sentía disposición y tenía cualidades para ser ingeniero. En principio su idea no carecía de seriedad, pero al mismo tiempo abrigaba la callada esperanza de que se le enviase a una gran ciudad, donde estarían las mejores fábricas, y donde también tendría buenas oportunidades para pasar el tiempo y divertirse. Pero sus esperanzas quedaron truncadas. El padre le comunicó que, tras las necesarias indagaciones, estaba dispuesto a acceder a sus deseos, pero que era más prudente que se quedara allí mismo, donde quizá no existieran tan buenos talleres ni puestos de aprendizaje, pero tampoco encontraría tentaciones y ocasiones de extravío. Esto último no era del todo exacto, como se pudo comprobar más tarde, pero la intención era buena, y así Hans Dierlamm tuvo que aceptar la nueva vida, bajo la vigilancia paterna en la pequeña ciudad natal. El mecánico Haager estuvo dispuesto a aceptarle y así el descarriado joven emprendía, algo confundido, su camino diario desde la Münzgasse hasta la Isla inferior, enfundado en un mono azul como cualquier otro trabajador. Al principio este trayecto le produjo algunas molestias, pues estaba acostumbrado a que sus conciudadanos le vieran vestido con cierta elegancia. Pero supo adaptarse pronto, y hacía como que llevaba su mono en plan de broma, como un disfraz. El trabajo, tras largos años inútiles en la escuela, le hizo mucho bien y hasta llegó a gustarle, primero despertó su curiosidad, luego su ambición y finalmente una sana alegría.

El taller de Haager estaba muy cerca del río, al lado de una gran fábrica, cuyas máquinas eran la principal fuente de trabajo de mantenimiento y reparaciones, y también de beneficios para el joven maestro Haager. El taller era pequeño y viejo; hasta hacía pocos años Haager padre, un artesano tenaz sin formación alguna, lo había dirigido y había obtenido importantes ganancias. El hijo, jefe y dueño del negocio, tenía ideas de renovación y ampliación, pero sus comienzos eran tímidos, como hijo sensato de un disciplinado artesano al viejo estilo, y le gustaba hablar de energía a vapor, motores y salas de máquinas, aunque seguía aferrado a la antigua usanza y, aparte de un torno inglés para metales, no había hecho ninguna nueva adquisición importante. Trabajaba con dos oficiales y un aprendiz y para el nuevo meritorio tenía un lugar en el banco de trabajo y un torno libre. Con las cinco personas, aquel espacio limitado quedaba totalmente lleno y colegas ambulantes en busca de trabajo no tenían las más mínimas posibilidades.

El aprendiz, para empezar desde abajo, era un mozalbeta asustado y dócil de catorce años, a quien el recién llegado meritorio consideró innecesario tener en cuenta. De los oficiales, uno se llamaba Johann Schömbeck, un hombre delgado de pelo negro y un avaro oportunista. El otro oficial era un hombre apuesto y fuerte de veintiocho años. Se llamaba Niklas Trefz, y trataba al jefe de tú porque habían sido compañeros de escuela. Niklas, como no podía ser de otra manera, dirigía la casa en franca camaradería con el jefe; pues no sólo era fuerte y aventajado en figura y presencia, sino también un mecánico hábil y esforzado, con dotes de patrono. En cuanto a Haager, el propietario, ante la gente se mostraba preocupado y diligente con la marcha de la empresa, pero en realidad estaba muy satisfecho y también con Hans hacía un buen negocio, pues el padre de Dierlamm tenía que pagar una suma nada despreciable por la instrucción de su hijo.

Así eran las personas con las cuales trabajaba Hans Dierlamm, o al menos así las vio él. Al comenzar, su nuevo trabajo le absorbió más que la nueva gente. Aprendió a usar una hoja de sierra, a trabajar con la piedra de afilar y el torno, a diferenciar los metales, a alimentar la fragua, a empuñar el martillo y a utilizar la primera lima gruesa. Rompió brocas y escoplos, encalló la lima en hierros malos, se ensució de hollín, limaduras y aceite de máquinas, se aplastó los dedos con el martillo o se los pilló en el torno, todo con el silencio mordaz de los presentes, que se mofaban viendo al hijo ya mayorcito de un hombre rico condenado a sufrir tales pruebas propias de los novatos. Pero Hans se mantenía tranquilo, observaba a los oficiales con atención, en los descansos le hacía preguntas al jefe, se esforzaba y trabajaba con ahínco. Pronto fue capaz de entregar trabajos sencillos que resultaron limpios y útiles, para beneficio y admiración del señor Haager, que había tenido muy poca confianza en la capacidad del novato.

— Pensé que usted sólo quería jugar un rato a ser mecánico — le confesó con reconocimiento —. Pero si sigue así, puede llegar a serlo.

A Hans, que en la época escolar los elogios y censuras de los profesores le habían dejado indiferente, aquel primer cumplido lo satisfizo como a un hambriento un delicioso manjar. Y como también los oficiales comenzaron a respetarle y ya no le consideraban un monigote, se sintió más libre y complacido, y comenzó a mirar a su alrededor con simpatía y curiosidad humanas.

El que más le gustaba era Niklas Trefz, el primer oficial, un gigantón pacífico, de cabellos rubios oscuros y vivaces ojos azules. Pero aún pasó algún tiempo antes de que permitiera al novato acercársele. Entretanto, se mantenía callado y algo precavido frente al hijo de una familia rica. El segundo oficial Johann Schömbeck se mostraba más amable. De vez en cuando aceptaba un cigarro o un vaso de cerveza de Hans, a veces le enseñaba pequeños trucos en el trabajo y se esforzaba en tener a Hans de su parte pero sin ceder ni un ápice en su dignidad de oficial.

Cuando Hans le invitó una vez a pasar la tarde con él aceptó con condescendencia; se citaron para las ocho en un pequeño restaurante, cerca del Puente del medio. Allí se sentaron. A través de las ventanas abiertas se oía el bramido de la presa del río, y con el segundo litro de vino Unterlander el oficial empezó a mostrarse comunicativo. Acompañando al suave rosado se fumó un buen cigarro e inició a Hans, con voz apagada, en los secretos de la empresa y de la familia del taller de Haager. Decía que le daba pena que el jefe estuviera tan dominado por Niklas Trefz. Éste era violento, decía, y hacía tiempo, durante una disputa, le había dado una gran tunda a Haager, que entonces trabajaba a las órdenes de su padre. Eso sí, era un buen trabajador, al menos cuando le interesaba, pero había dominado a todo el taller y era más orgulloso que un patrono, aunque no tenía ni un penique.

— Pero seguramente ganará un buen salario — opinó Hans. Schömbeck río y se golpeó la rodilla.

— No — dijo sonriendo —. Niklas sólo gana un marco más que yo. Y esto tiene su buen motivo. ¿Conoce usted a Maria Testolini?

— ¿De los italianos del barrio de la isla?

— Sí, de esa chusma. Sabe que Maria mantiene relaciones, desde hace años, con Trefz. Ella trabaja en la fábrica de tejidos que está enfrente de nuestro taller. Yo hasta pienso que ella no le quiere. Él es un tipo fuerte y eso le gusta a todas las chicas, pero no creo que lo de ella tenga que ver con enamoramiento.

— ¿Y qué tiene que ver todo esto con el salario?

— ¿Con el salario? Ah, sí. Bueno, Niklas tiene una relación con ella y hace tiempo que podría tener

otro trabajo, pero por ella se queda aquí. Y ésta es la ventaja del jefe. No le paga más salario, pero Niklas no se va porque no quiere separarse de la Testolini. En Gerbersau no hay mucho que hacer para un mecánico, yo tampoco seguiré aquí después de este año, pero Niklas no se mueve, se queda aquí.

Hans también se enteró de otras cosas que le interesaron menos. Schömbeck parecía saber mucho sobre la familia de la joven señora Haager, sobre su dote, cuyo resto el padre se negaba a entregar, y sobre los conflictos conyugales originados por esta causa. Todo esto lo escuchó Hans Dierlamm con la mayor paciencia hasta que le pareció que había llegado el momento de irse. Dejó a Schömbeck sentado ante la botella de vino y se marchó.

Mientras volvía a su casa en el cálido atardecer de mayo, pensaba en lo que acababa de oír de Niklas Trefz y no se le ocurrió pensar en él como en un loco por el supuesto hecho de negarse a abandonar el trabajo por un enamoramiento. Es más, esto le pareció muy significativo. No creyó en todo lo que le había contado el oficial de cabellos negros pero sí creyó en la historia de la chica, porque le gustó y era acorde con su estado de ánimo. Los esfuerzos y probabilidades de su nueva profesión no le obsesionaban como en las primeras semanas, y en los suaves atardeceres primaverales le atormentaba notablemente el secreto deseo de experimentar el amor. Cuando era estudiante, ya había hecho sus pinitos en este campo que, por cierto, habían sido bastante inocentes. Pero después, vistiendo el mono azul de mecánico y mezclado entre el pueblo, le parecía bueno y excitante participar también en las costumbres populares, duras y sencillas. Pero no quería adelantarse. A las chicas burguesas que conocía por medio de su hermana sólo se podía acercar en salones o en un baile de sociedad, y siempre bajo la estricta vigilancia materna. Y Hans aún no había conseguido que en el círculo de trabajadores y obreros se le aceptase como a uno de ellos.

Intentó evocar a aquella María Testolini, pero no recordaba nada. Los Testolini eran una complicada comunidad de familias afincadas en una zona triste y pobre y habitaban una vieja y miserable casita en la isla, con varias familias de apellidos extranjeros, hacinados como una gran manada. Hans recordaba que en sus años de juventud allí hormigueaban niños pequeños que en Año Nuevo, y a veces también en otras fechas, iban a mendigar a la casa de su padre. Uno de aquellos niños desamparados sería seguramente Maria, y él la imaginaba como una italiana morena, de grandes ojos y delgada, algo desgredada y con un vestido no muy limpio. Pero entre las jóvenes obreras que diariamente veía pasar junto al taller, algunas de las cuales le parecían muy hermosas, no podía reconocer a aquella Maria Testolini.

En realidad ella tenía un aspecto muy diferente, y no habían pasado ni dos semanas cuando inesperadamente tuvo ocasión de conocerla.

Entre las construcciones anexas del taller, bastante desvencijadas, había un cobertizo semioscuro a la orilla del río, donde se almacenaban todo tipo de materiales. Una tarde calurosa de junio, Hans tenía allí su trabajo: debía contar algunos cientos de barras de hierro y no tenía inconveniente en pasar media o una hora allí, al fresco, lejos del caluroso taller. Había ordenado las barras de hierro por tamaños y comenzó a contarlas, escribiendo de vez en cuando con tiza la cantidad sobre el oscuro tabique de madera. Contaba en voz baja: noventa y tres, noventa y cuatro... cuando una dulce y grave voz femenina dijo, con risa contenida:

— Noventa y cinco... cien... mil...

Sorprendido y molesto se volvió. Una bella muchacha rubia, de pie frente a la ventana baja sin cristales, le saludó sonriendo.

— ¿Qué hay? — preguntó él estúpidamente.

— ¡Hace buen tiempo! — exclamó ella —. Oye, ¿tú no eres el nuevo meritorio?

— Sí. ¿Y quién es usted?

— ¿Ahora me hablas de usted? ¿Tienes que ser siempre tan fino?

— Oh, si me lo permites, también puedo hablar de tú. Entró donde él estaba, se orientó en la penumbra, humedeció su dedo índice y borró las cifras en tiza que él había escrito.

— ¡Oye! — gritó él —. ¿Qué estás haciendo?

— ¿No puedes retenerlas en la memoria?

— ¿Para qué, habiendo tiza? Ahora tengo que empezar de nuevo.

— Ay, ¿puedo ayudarte?

- Sí, con mucho gusto.
- Ya lo creo. Pero tengo cosas que hacer.
- ¿Y qué es lo que tienes que hacer? No lo parece.
- Vaya, ahora te pones grosero. ¿No puedes ser un poco más amable?
- Sí, si me enseñas cómo hacerlo.

Ella sonrió, se acercó mucho, le pasó la cálida mano por el pelo, le acarició la mejilla y le miró a los ojos, sin dejar de sonreír. Nunca le había ocurrido algo semejante y se quedó confundido y turbado.

— Eres simpático, cautivador.

Él quiso responder: «Y tú también», pero la emoción no le permitió hablar. Le cogió la mano y la apretó.

— ¡Ay, no tan fuerte! — exclamó ella suavemente —. Me haces daño en los dedos. Él dijo:

— Perdón.

Pero ella apoyó brevemente la cabeza con el rubio y espeso cabello sobre su hombro, y le miró con ternura y zalamería. Luego volvió a reír con su voz profunda y cálida, le saludó con voz amable y despreocupada y se fue corriendo. Cuando se asomó a la puerta para mirarla, ella ya había desaparecido.

Hans permaneció un largo rato entre sus barras de hierro. Al principio estaba tan confundido, sonrojado y sorprendido que no pudo pensar en nada y respiraba con dificultad, con la mirada perdida. Pero esto se le pasó pronto y se sintió invadido por un irreprimible y extraño gozo. ¡Una aventura! Una bella y espléndida muchacha se le había acercado mostrándose tierna y cariñosa. Y él no había sabido corresponder, no dijo nada, no supo su nombre, no le dio ni un beso. Esto le atormentó y molestó todo el día. Pero se propuso, disgustado y ufano al mismo tiempo, enmendar todo aquello y no ser tan torpe y estúpido la próxima vez.

Ya no pensaba en italianas. Sólo pensaba en «la próxima vez». Y al día siguiente aprovechó todas las oportunidades para pasear unos minutos delante del taller y dejarse ver. Pero la rubia no apareció por ninguna parte. En cambio, por la tarde fue al taller con una compañera, despreocupada e indiferente; llevaba una pequeña banda de acero, parte de un telar y la hizo pulir. Parecía no conocer ni ver a Hans, en cambio bromeó un poco con el jefe y luego se acercó a Niklas Trefz, que estaba puliendo la pieza y con quien conversó en voz baja. Sólo al volver y despedirse, ya en la puerta, volvió la vista atrás y lanzó una corta y cálida mirada a Hans. Frunció un poco el entrecejo y parpadeó, queriendo decir que no había olvidado su secreto con él, que lo guardase bien. Y desapareció.

Johann Schömbeck pasó por el banco de trabajo de Hans, sonrió con malicia y susurró:

— Ésa era la Testolini.

— ¿La pequeña? — preguntó Hans.

— No, la grande y rubia.

El aprendiz se volcó en su trabajo y se concentró en limar con esmero. Lo hacía con tanta fuerza que la lima silbaba y el torno se estremecía. ¡Así que aquello era su aventura! ¿Quién era el engañado, el oficial o él? ¿Y qué debía hacer? Nunca habría pensado que una historia de amor pudiera empezar siendo tan complicada. Por la tarde y hasta la medianoche no pudo pensar en otra cosa.

Al principio pensó que debía renunciar. Pero se había pasado veinticuatro horas sumido en pensamientos amorosos, obsesionado con la hermosa muchacha, y el deseo de besarla y dejarse querer por ella era cada vez más fuerte. Además, era la primera vez que una mano de mujer le acariciaba así y una boca femenina le sonreía tan dulcemente. La razón y la moral desaparecían ante el amor naciente, que la mala conciencia no hacía peor pero tampoco debilitaba. Sea como fuere, Maria se había interesado por él y él pensaba correspondería.

Pero no estaba muy convencido. La siguiente vez, cuando se encontró con Maria en la escalera de la fábrica, le preguntó:

— Oye, ¿qué hay entre Niklas y tú? ¿De verdad es tu novio?

— Sí — dijo ella riendo —. ¿No se te ocurre nada más que preguntarme?

— Sí, por supuesto. Si le quieres a él, no podrás quererme también a mí.

— ¿Por qué no? Niklas es mi novio desde hace mucho tiempo, y eso no cambiará. Pero a ti te quiero porque eres un chico muy simpático. Niklas es exigente y rudo, ¿sabes?, y yo quiero tenerte a ti, mi pequeño, para besarte y amarte. ¿Te importa?

No, a él no le importaba. Puso suave y fervorosamente sus labios sobre aquella boca florida, y como ella se dio cuenta de su inexperiencia al besar, se echó a reír, pero fue comprensiva y se mostró aún más cariñosa.

2

Hasta entonces, Niklas Trefz, como oficial primero y amigo íntimo del joven jefe, tenía una buena amistad con éste, y en la casa y en el taller era quien generalmente daba las órdenes. Pero en los últimos tiempos esta armonía parecía algo deteriorada, y hacia finales de verano Haager se fue mostrando cada vez más retraído con el oficial. A veces recordaba frente a él su condición de patrono, ya no le pedía su consejo y aprovechaba todas las ocasiones para darle a entender que no deseaba continuar la antigua relación.

Trefz no se mostraba muy susceptible, pues se sentía superior a él. Al principio se sorprendió por aquella actitud fría, pero la consideró un nuevo capricho del patrono. Sonreía y lo tomaba con calma. Pero a medida que Haager se tornaba más impaciente e irascible, Trefz comenzó a observarlo y pronto creyó haber encontrado la causa de su mal humor.

Vio que entre el jefe y su mujer las cosas no andaban bien del todo. No había peleas ruidosas, para eso la mujer era demasiado sensata; pero la pareja se iba distanciando, la mujer nunca aparecía por el taller y el marido raras veces estaba al atardecer en casa. Tanto si las desavenencias eran causadas por el suegro que no quería aportar más dinero, como creía Johann Schömbeck, como si se debían a reproches personales, el caso es que había una atmósfera cargada en el ambiente, a la mujer se la veía a menudo llorosa y acongojada y el marido parecía haber probado el fruto del árbol prohibido.

Niklas estaba convencido de que aquella querrela conyugal era la culpable de todo, y no tomaba en cuenta la irritación y las impertinencias del patrono. Lo que en el fondo le molestaba y le hacía rabiarse era la manera ladina con que Schömbeck se aprovechaba de la situación. Desde que notó que el primer oficial había caído en desgracia, todos sus esfuerzos fueron para conquistar, con aire sumiso y remilgado, al patrono, y a Trefz le molestó profundamente que Haager aceptara y favoreciera abiertamente al farsante.

En aquellos tiempos difíciles, Hans Dierlamm tomó evidentemente partido por Trefz. En primer lugar, Niklas le impresionaba por su fuerza y virilidad; por otra parte, el servil Schömbeck le fue pareciendo sospechoso y despreciable, y por último parecía resarcir con su actitud una culpa inconfesada contra Niklas. Pues si bien sus relaciones con la Testolini se limitaban a encuentros furtivos y precipitados, donde no pasaban de algunos besos y caricias, sabía que andaba por caminos prohibidos y no tenía la conciencia limpia. Por lo mismo rechazaba las habladurías de Schömbeck con vehemencia, y sentía tanta admiración como compasión por Niklas. No pasó mucho tiempo sin que éste se diera cuenta. Hasta entonces no se había preocupado por el aprendiz, y veía en él sólo a un inútil hijo de papá. Después le miraba con más simpatía, a veces le dirigía la palabra y permitía a Hans sentarse a su lado durante los descansos vespertinos.

Por fin, una tarde le invitó a salir con él.

— Hoy es mi cumpleaños — dijo —, y tengo que tomar una botella de vino con alguien. El jefe está como embrujado y al tunante de Schömbeck no le quiero ni ver. Si quiere, Dierlamm, venga hoy conmigo. Podríamos encontrarnos, después de la cena, en la alameda. ¿Qué le parece?

Hans no ocultó su alegría y prometió ser puntual.

Era un atardecer caluroso de comienzos de julio. Hans cenó con prisas, se lavó un poco y se encaminó rápidamente a la alameda, donde Trefz ya le estaba esperando.

Se había puesto su traje dominguero, y cuando vio acercarse a Hans con el mono azul de trabajo le preguntó con un amable tono de reproche:

— ¿Aún con el uniforme?

Hans se excusó por las prisas y Niklas:

— Bueno, se ve que usted es aprendiz y aún le hace gracia, porque no hace mucho que lo lleva. A nosotros nos gusta quitárnoslo cuando salimos por las noches.

Juntos recorrieron la oscura alameda de los castaños bordeando la ciudad. Detrás de los últimos árboles apareció de pronto la alta figura de una joven que se asió al brazo del oficial. Era Maria. Trefz no le dijo ninguna palabra de saludo y la acogió sin más, y Hans no sabía si él la había invitado o si ella había ido por su cuenta. El corazón le latía con inquietud.

— Éste es el joven señor Dierlamm — dijo Niklas.

— ¡Ah, sí! — exclamó Maria riendo —, el aprendiz. ¿Viene también con nosotros?

— Sí, Niklas me ha invitado.

— Eso está muy bien. Y también por su parte, por haber venido. ¡Un joven tan correcto!

— ¡Qué tonterías! — exclamó Niklas —. Dierlamm es compañero mío. Y ahora vamos a festejar mi cumpleaños.

Habían llegado al restaurante Tres Cuervos, que daba sobre el río, en un pequeño jardín. De dentro llegaban voces de carreteros que charlaban y jugaban a las cartas, fuera no había nadie. Trefz llamó al posadero por la ventana para que llevara luz. Luego se sentó a una de las muchas mesas de madera rústica. Maria tomó asiento junto a él y Hans enfrente. El dueño llegó con una lámpara que quemaba mal y la colgó de un alambre, sobre la mesa. Trefz pidió un litro del mejor vino, pan, queso y cigarros.

— Esto está muy triste — dijo la muchacha, decepcionada —. ¿Por qué no entramos? Aquí ya no viene nadie.

— Nosotros nos bastamos — respondió Niklas con impaciencia.

Sirvió el vino en los vasos gruesos y panzudos, ofreció a Maria pan y queso y a Hans cigarros y se encendió uno. Brindaron. Luego Trefz, como si la chica no existiera, se enfrascó con Hans en una larga conversación sobre temas técnicos. Se sentaba echado hacia delante, con un codo sobre la mesa; en cambio Maria, a su lado, se echó hacia atrás y contempló con fijeza, en la semioscuridad, con ojos serenos y alegres el rostro de Hans. Éste no se sentía muy cómodo y la situación le hizo rodearse de espesas nubes de humo. Nunca habría pensado que los tres pudieran sentarse juntos a una mesa. Estaba satisfecho de que la pareja no hiciera ninguna demostración amorosa delante de él, y se sumergió ávidamente en la conversación con el oficial.

Sobre el jardín flotaban pálidas nubes nocturnas en el cielo estrellado; llegaban ecos de conversaciones y risas de la posada, a su lado bajaban las aguas oscuras del río, con un leve murmullo, hacia el valle. Maria continuaba sentada inmóvil, en la penumbra; oía discurrir la conversación de ambos y mantenía sus ojos fijos en Hans. Él la sentía, aunque no la mirara; unas veces le parecía un gesto seductor; otras, una risa burlona; otras, una fría mirada.

Así pasó fácilmente una hora, y la conversación se había tornado más lenta y pesada hasta apagarse, y por un breve lapso nadie pronunció ni una palabra. Entonces Maria se enderezó. Trefz quería volver a llenar su vaso pero ella lo retiró y dijo con frialdad:

— No es necesario, Niklas.

— ¿Qué pasa?

— Que estamos celebrando un cumpleaños. Y tu novia está a tu lado y se podría dormir. Ni una palabra, ni un beso, ¡sólo un vaso de vino y un pedazo de pan! Si mi novio fuese de piedra no lo haría mejor.

— Ah, ¡vete! — dijo Niklas riendo, incómodo.

— Sí, ¡vete! Ya me voy. A fin de cuentas hay otros que se pueden fijar en mí.

Niklas se sobresaltó.

— ¿Qué dices?

— Digo la verdad.

— ¿Ah, sí? Si es verdad, cuéntamelo todo ahora. Quiero saber quién es el que se fija en ti.

— Oh, eso lo hacen algunos.

— Quiero saber su nombre. Tú eres mía, y si alguien te sigue es un miserable y tendrá que vérselas conmigo.

— Me da igual. Si yo te pertenezco, tú también me perteneces y no debes ser tan rudo. No estamos casados.

— No, Maria, por desgracia, no lo estamos, y bien sabes que eso no depende de mí.

— De acuerdo, pero a ver si puedes ser más cariñoso y no tan salvaje. No sé qué tienes de un tiempo a esta parte.

— Disgustos son los que tengo, sólo disgustos. Pero bebamos otro vaso y seamos alegres, si no, Dierlamm pensará que estamos siempre riñendo. ¡Eh, camarero! ¡Otra botella!

Hans estaba muy asustado. Veía que la disputa, que había surgido tan súbitamente, desaparecía con la misma celeridad, y no puso reparo a la idea de tomar una última copa en una paz amistosa.

— ¡Salud! — exclamó Niklas; brindó con ambos y vació su vaso de un largo trago. Luego ríó brevemente y dijo, en un tono diferente:

— Ahora sí. Ahora sí. Ahora puedo decirles que el día que mi novia se vaya con otro habrá una desgracia.

— Tontuelo — dijo Maria riendo con suavidad —, qué cosas se te ocurren.

— Sólo es un decir — contestó Niklas tranquilo. Se echó con satisfacción hacia atrás, desabotonó su chaleco y comenzó a cantar:

— Un cerrajero tuvo un oficial...

Hans le acompañó en el canto, con entusiasmo. Pero en su fuero interno había decidido no querer nada más con Maria. Le había entrado el miedo.

Al regreso, Maria se detuvo en el Puente inferior.

— Voy a casa. ¿Me acompañas?

— Bueno — contestó el oficial y le dio la mano a Hans.

Éste les deseó las buenas noches y siguió solo, respirando profundamente, aliviado. Aquella noche se estremeció de terror. Una y otra vez trató de imaginar lo que habría podido pasar si el oficial le hubiera sorprendido hablando con Maria. Después de que esta horrible idea guió sus decisiones, le fue fácil cubrirse de un manto de moralidad. Ya después de una semana estaba convencido de que había renunciado a los juegos con Maria sólo por nobleza y por la amistad de Niklas. Lo principal era que ahora sí evitaba realmente encontrarse con la muchacha. Sólo al cabo de varios días la encontró inesperadamente a solas, y se apresuró a decirle que ya no le buscara más. Ella pareció desolada, y a él le fue muy difícil cuando ella se le echó al cuello y trató de disuadirle con sus besos. Pero él no los devolvió, y con aparente calma se separó de ella. Sin embargo, ella no cejó hasta que él, en su profunda angustia, la amenazó con contárselo todo a Niklas. Ella dio un grito y dijo:

— No lo harás. Sería mi muerte.

— ¿Es que no le amas? — preguntó Hans con amargura.

— ¡Qué dices! — suspiró —. No seas tonto, sabes muy bien que a ti te quiero mucho más. Pero Niklas me mataría. Así es él. Prométeme que no le dirás nada.

— Bien. Pero tú tienes que prometerme que me dejarás en paz.

— ¿Tan pronto te has cansado de mí?

— ¡Déjalo! Pero no puedo ocultarlo delante de él, no puedo, compréndelo. Así que, prométemelo.

Ella le dio la mano, pero él no la miró a los ojos. Se fue en silencio y ella le siguió negando con la cabeza, con rabia contenida. «¡Qué idiota!», pensó.

Para Hans volvieron los días malos. Su vehemencia amorosa, resurgida por la actitud de Maria y sólo reprimida momentáneamente, se desbordó por los caminos tórridos e inciertos de la melancolía exagerada, y sólo le salvó el ineludible trabajo diario. Con el creciente calor veraniego se cansaba el doble. En el taller hacía calor y bochorno, los trabajos duros los realizaban semidesnudos y el olor rancio del aceite se mezclaba con el acre del sudor. Al atardecer, Hans tomaba un baño en las frescas aguas del río, en la parte superior de la ciudad, a veces acompañado por Niklas; luego se acostaba, muerto de cansancio, y a la mañana siguiente era muy difícil despertarle.

También los demás, a excepción quizá de Schömbeck, atravesaban en el taller una mala racha. El aprendiz recibía reproches y bofetadas; el patrono se mostraba cada vez más arisco y furibundo, y Trefz lo tenía muy difícil para aguantar su carácter. Él también comenzó a ponerse taciturno. Al cabo de cierto tiempo se le agotó la paciencia y un día, después de comer, abordó al jefe en el patio.

— ¿Qué quieres? — le preguntó Haager en tono de pocos amigos.

— Quiero hablar contigo. Ya sabes por qué. Hago mi trabajo con toda la perfección que tú exiges, ¿no es cierto?

— Sí, así es.

— Bien, y me tratas casi como a un aprendiz. Debe haber una razón para que ya no me aceptes. Antes nos llevábamos bien.

— Dios mío, ¿qué quieres que te diga? Yo soy como soy, y no puedo ser diferente. Tú también tienes tus rarezas.

— Por supuesto, Haager, pero no en el trabajo, aquí está la diferencia. Yo sólo puedo decir que estás echando a perder tu negocio.

— Eso es cosa mía.

— Pues entonces, lo siento. No quiero seguir hablando. Quizás un día las cosas se aclararán por sí solas.

Se marchó. En la puerta se encontró con Schömbeck, que parecía haber estado escuchando y sonreía por lo bajo. Le entraron ganas de darle una paliza pero se contuvo y pasó tranquilamente a su lado.

Comprendió que entre Haager y él había algo más que una simple desavenencia y se propuso descubrirlo. Claro que le habría gustado rescindir su contrato aquel mismo día, antes que seguir trabajando en esas condiciones. Pero no podía ni quería dejar Gerbersau, por Maria. En cambio le pareció que el patrono no tenía ningún interés en retenerle, aunque su partida le perjudicaría. Cuando dio la una entró, irritado y triste, en el taller.

Por la tarde había que hacer una pequeña reparación en la fábrica de tejidos. Esto ocurría con frecuencia, pues el fabricante hacía ensayos con viejas máquinas restauradas, en los que participaba Haager. Antes, Niklas Trefz se ocupaba de estas reparaciones y cambios. Pero últimamente era el jefe en persona quien iba, y cuando necesitaba ayuda llevaba a Schömbeck o al aprendiz. Niklas no había dicho nada, pero le molestaba porque lo interpretaba como una señal de desconfianza. En esas ocasiones se había encontrado siempre con Maria Testolini, que trabajaba en la misma sala, y ya no quería insistir para trabajar allí, para que no pareciese que lo hacía por ella.

También aquel día el jefe fue con Schömbeck y dejó a Niklas al cuidado del taller. Pasó una hora y Schömbeck volvió con algunas herramientas.

— ¿En qué máquina estáis trabajando? — preguntó Hans, a quien le interesaban esas pruebas.

— En la tercera, la que está junto a la ventana de la esquina — dijo Schömbeck, y mirando a Niklas —: Lo he hecho todo yo solo, porque el jefe estaba muy entretenido.

Niklas prestó atención, porque en aquella máquina trabajaba Maria. Quiso dominarse y no enredarse con el oficial, pero involuntariamente se le escapó la pregunta:

— ¿Con quién? ¿Con Maria?

— Has adivinado — contestó Schömbeck riendo —. La corteja abiertamente. No es de extrañarse, con lo guapa que es.

Trefz no respondió. No quería oír el nombre de Maria de aquella boca y en aquel tono. Volvió enérgicamente a la lima y cuando tuvo que ajustar, midió con tanto cuidado con el calibre que parecía totalmente concentrado en el trabajo. Pero tenía otras ideas en la cabeza. Le torturaba una mala sospecha, y cuanto más pensaba en ello, mejor encajaban los hechos del pasado con la sospecha. El jefe andaba detrás de Maria, por eso desde hacía algún tiempo iba él mismo a la fábrica y no quería que él estuviera allí. Por eso le trataba de forma grosera e irritante. Sentía celos y quería provocar la marcha de Niklas.

Pero él no quería irse, precisamente en aquel momento, no.

Al anoecer se fue a casa de Maria. Ella no estaba, y la esperó en la calle hasta las diez, sentado en un banco, entre mujeres y mozos que pasaban allí la velada. Cuando llegó, subió con ella.

— ¿Me has estado esperando? — preguntó ella cuando subían las escaleras.

No respondió. Sin articular palabra la siguió hasta su habitación y cerró la puerta tras de sí.

Ella se volvió, preguntando:

— Bueno, ¿qué te pasa ahora?, ¿qué tienes? Él la miró.

— ¿De dónde vienes?

— De fuera. He estado con Lina y Christiane.

— Vaya.

— ¿Y tú?

— Yo he estado esperando abajo. Tengo que decirte algo.
 — ¡Ya estamos otra vez! Habla.
 — Es sobre el jefe. Creo que anda detrás de ti.
 — ¿Quién? ¿Haager? Dios mío, déjale que ande.
 — No, eso no lo permito. Quiero saber qué pasa. Ahora siempre va cuando hay algo que hacer en vuestra fábrica y hoy ha pasado media tarde contigo, en la máquina. Ahora quiero saber qué tiene contigo.

— No tiene nada. Charla conmigo, y eso no se lo puedes prohibir. Si fuera por ti, yo tendría que estar en una jaula de cristal.

— No bromeo. Precisamente quisiera saber qué bromas hace cuando charla contigo.

Ella suspiró, aburrida, y se sentó en la cama.

— ¡Deja a Haager! — exclamó con impaciencia —. ¿Qué le va a pasar? Que está un poquitín enamorado y me corteja.

— ¿No le has dado una bofetada?

— ¡Dios mío! ¡Y por qué no mejor lanzarle por la ventana! Mira, yo le dejo hablar y me río de él. Hoy me ha dicho que quería regalarme un broche...

— ¿Qué? ¿Cómo? ¿Y tú qué le has respondido?

— Que no necesito broches, y que se vaya a casa con su mujer... Y ahora, ¡basta! ¡Qué celos! Ni tú te lo crees.

— Sí, sí. Entonces, buenas noches. Tengo que irme a casa.

Se fue, sin entretenerse más. Pero no estaba tranquilo, aunque no desconfiara de la muchacha. Sólo que no estaba seguro, oscuramente presentía que su fidelidad se debía, en gran parte, al miedo que él le inspiraba. Mientras él estuviera allí, podía estar seguro, tal vez. Pero si tenía que marcharse, no. María era presumida y le gustaba oír galanterías, además, había empezado muy joven con las cosas del amor. Y Haager era empresario y tenía dinero. Él podía ofrecerle broches, a pesar de ser tan tacaño.

Niklas anduvo una hora por las callejuelas, donde las ventanas se iban oscureciendo una tras otra y finalmente sólo estaban iluminados los mesones. Intentó convencerse de que nada malo había pasado aún. Pero tenía miedo al futuro, al día siguiente y a todos los días que tuviera que trabajar y hablar con el jefe, sabiendo que el hombre perseguía a María. ¿Qué iba a pasar?

Fatigado y acongojado entró en una taberna, pidió una botella de cerveza, y cada vaso que bebía ávidamente era frescor y alivio. Bebía muy poco, por regla general cuando le invadía la ira o estaba inmensamente feliz, y hacía un año que no se emborrachaba. Aquella noche se entregó, casi sin pensarlo, y bebió sin control; cuando salió de la taberna estaba bastante borracho. Sin embargo, tuvo el sentido suficiente para no ir a la casa de Haager. Conocía un prado, al final de la alameda, que había sido segado el día anterior. Se encaminó hacia allí, con pasos inseguros, se echó en un montón de hierba recogida y se durmió de inmediato.

A la mañana siguiente, cuando Niklas llegó al taller, cansado y pálido pero con gran puntualidad, casualmente ya habían llegado el patrono y Schömbeck. Trefz fue en silencio a su puesto y se concentró en el trabajo. Entonces el jefe le gritó:

— Vaya, ¿por fin has llegado?

— He llegado puntual, como siempre — dijo Niklas con disimulada indiferencia —. Ahí está el reloj.

— ¿Y dónde te has metido toda la noche?

— ¿Eso te importa?

— Quiero saberlo. Tú vives en mi casa, y en la casa quiero orden. Niklas río abiertamente. Le daba igual lo que pudiera suceder. Estaba hastiado de Haager, de sus estúpidas impertinencias, de todo.

— ¿De qué te ríes? — gritó el jefe con ira.

— Tengo que reírme, Haager. Me pasa siempre que oigo algo gracioso.

— Aquí no hay nada gracioso. Ten cuidado.

— Quizá sí lo haya. Sabes, señor patrono, eso del orden lo has dicho bien. «¡En la casa quiero orden!» Lo has dicho muy concreto. Pero me hace reír cuando alguien habla de orden y es él mismo quien no lo guarda.

— ¿Qué? ¿Qué es lo que no guardo?

— El orden en la casa. A nosotros nos tratas con dureza y nos riñes por cualquier tontería. Pero ¿qué pasa con tu mujer, por ejemplo?

— ¡Calla! ¡Eres un perro, peor que un perro!

Haager de un salto se puso delante del oficial en actitud amenazadora. Pero Trefz, que era tres veces más fuerte que él, le miró entornando los ojos, casi con benevolencia.

— ¡Tranquilo! — dijo con calma —. Hay que ser cortés al hablar. Tú no me has dejado terminar. Por supuesto que tu mujer no me importa, aunque me da pena...

— Cállate la boca, o...

— Después, cuando haya terminado. He dicho que tu mujer no me importa, y tampoco me importa que andes detrás de las chicas de la fábrica, mono libidinoso. Pero Maria sí me importa, y tú lo sabes tan bien como yo. Y si la tocas con un solo dedo lo vas a pasar muy mal, de eso puedes estar seguro. Bien, ya te he dicho todo lo que tenía que decirte.

El patrono estaba pálido de ira, pero no se atrevió a ponerle la mano encima a Niklas.

Entretanto, habían llegado también Hans Dierlamm y el aprendiz, y se detuvieron a la entrada, sorprendidos por el griterío y las fuertes palabras a aquellas tempranas horas de la mañana. El jefe consideró más prudente no armar ningún escándalo. Hizo un esfuerzo y tragó saliva varias veces, para controlar el temblor de su voz. Luego dijo, en voz alta y tranquila:

— Ya basta. Puedes marcharte la semana próxima, me han propuesto un nuevo oficial... ¡Vamos, todos a trabajar!

Niklas asintió con la cabeza, sin dar ninguna respuesta. Extendió con sumo cuidado una plancha reluciente de acero en el torno, probó la cuchilla, la volvió a destornillar y fue a la pulidora. Los demás también se entregaron concentrados a sus trabajos y en toda la mañana no se cruzaron ni diez palabras en el taller. Sólo en el descanso Hans buscó al oficial y le preguntó, en voz baja, si se iba de verdad.

— Por supuesto — respondió Niklas y se dio la vuelta.

Al mediodía, sin ir a comer, se echó a dormir en el almacén sobre un saco de virutas. La noticia de su despido llegó después del mediodía, por boca de Schömbeck, a los trabajadores de la tejeduría y Maria Testolini se enteró esa misma tarde por una amiga.

— Oye, Niklas se marcha. Le han despedido.

— ¿A Trefz? ¡No es posible!

— Sí. Schömbeck acaba de traer la noticia. Lástima, ¿no?

— Sí, si es verdad. Pero ese Haager es un grosero. A mí también quiere liarme desde hace tiempo.

— Vaya, con ese hombre yo no me metería. No puedes andar con un hombre casado, sólo te da problemas y luego nadie quiere casarse contigo.

— Eso sería lo de menos. Yo me habría podido casar diez veces, hasta con un capataz. ¡Sólo si hubiera querido!

Ella quería seguir su relación con el patrono, de momento estaba segura de él. Pero también quería al joven Dierlamm, cuando Trefz se marchase. Dierlamm era guapo y lozano, y tenía buenos modales. Que además fuera hijo de un hombre rico no le importaba. El dinero lo podría sacar de Haager o de cualquier lado. Pero el aprendiz le gustaba, era apuesto y fuerte, y casi un niño. Por Niklas sentía pena y temía los próximos días, hasta su partida. Ella lo había amado y le seguía pareciendo espléndido y guapo, pero tenía muchas manías y preocupaciones innecesarias, estaba siempre soñando con casarse y en los últimos tiempos se mostraba tan celoso que ella en realidad no iba a perder gran cosa.

Al atardecer le esperó cerca de la casa de Haager. Llegó después de la cena, ella le saludó y le tomó del brazo y caminaron lentamente hacia las afueras de la ciudad.

— ¿Es verdad que te ha despedido? — le preguntó ella, ya que él no decía nada.

— Vaya, ¿tú también lo sabes?

— Sí. ¿Y qué piensas hacer?

— Me marchó a Esslingen. Hace tiempo que me ofrecieron un puesto allí. Y si allí no encuentro nada, emigraré.

— ¿Y no piensas en mí?

— Más de lo conveniente. No sé cómo me las arreglaré. Yo creo que deberías venir conmigo.

- Sí, eso estaría bien, si fuera posible.
- ¿Y por qué no es posible?
- Ay, debes ser razonable. Tú no puedes ir por el mundo con una mujer, como los vagabundos.
- Eso no. Pero si consigo el trabajo...
- Entonces, sí. Es justamente eso. ¿Cuándo te marchas?
- El domingo.
- Entonces escribe primero y anuncia tu llegada. Y cuando hayas encontrado alojamiento y te hayas situado bien, me escribes una carta, y ya veremos.
- Entonces tienes que venir, enseguida.
- No, primero tienes que ver si el trabajo es bueno y si puedes quedarte. Y luego, también podrías conseguir un trabajo para mí, ¿de acuerdo? Y entonces iré y podré consolarte. Por ahora debemos tener un poco de paciencia.
- Sí, como dice la canción: «¿Qué le espera al joven? Paciencia, paciencia, paciencia...». ¡Al diablo con la paciencia! Pero, tienes razón, es así.

Ella logró darle un poco más de confianza y no escatimó las buenas palabras. Por supuesto que no pensaba seguirle, pero de momento tenía que darle esperanzas, de lo contrario, los próximos días serían insoportables. Y cuando en su fuero íntimo ya se había despedido de él, y estaba convencida de que en Esslingen o donde fuera pronto la olvidaría y encontraría otra, ante la proximidad de la despedida, con su espíritu voluble, se volvió más afectuosa y tierna, como hacía mucho tiempo que no había estado con él. Al final, él casi estaba contento.

Pero le duró sólo el tiempo que Maria estuvo a su lado. En cuanto llegó a casa y se sentó al borde de la cama, toda su confianza se esfumó. Otra vez empezó a atormentarse con pensamientos angustiosos, llenos de desconfianza. De pronto recordó que ella no se había angustiado con la noticia de su despido. Lo había tomado a la ligera, sin siquiera preguntar si había la posibilidad de que se quedara. La realidad era que no podía, pero por lo menos debía habérselo preguntado. Y los planes de futuro que ella le había propuesto no le parecían nada claros.

Aquella misma noche quiso escribir a Esslingen. Pero su cabeza estaba vacía y se sentía tan deprimido y cansado que casi se durmió vestido. Se levantó sin fuerzas, se desnudó y se acostó. Pero no tuvo una noche tranquila. El bochorno, que desde hacía días se anunciaba en el estrecho valle, fue en aumento, los truenos retumbaban en la lejanía, tras las montañas, y el cielo estaba constantemente iluminado por relámpagos, sin que una tormenta o un aguacero llevara viento y frescor.

Por la mañana, Niklas estaba cansado, apático y desapacible. Incluso la entereza del día anterior había desaparecido, en parte. Un sentimiento de desolada nostalgia comenzó a oprimirle. Veía por doquier jefes, oficiales, aprendices, obreros y obreras que iban indiferentes a sus trabajos y volvían por las tardes; hasta los perros parecían alegrarse de tener un derecho a terruño y casa. Pero él tendría que abandonar, contra su voluntad y contra toda justicia, su trabajo, que le gustaba, y su pequeña ciudad, y buscar y comenzar de nuevo para tener lo que allí ya había tenido durante tanto tiempo en paz.

El hombre fuerte se volvió débil. Hacía su trabajo en silencio y a conciencia, daba los buenos días al patrono con amabilidad, incluso a Schömbeck, y cuando Haager pasaba junto a él su mirada era casi suplicante, pensaba que podría inspirarle pena a Haager, y que revocaría su despido, ya que su trabajo era eficiente. Pero Haager evitaba sus miradas y hacía como si ya no estuviera allí, como si ya no perteneciera ni al taller ni a la casa. Sólo Hans Dierlamm seguía estando de su parte y le daba a entender, con gestos subversivos, que ni el jefe ni Schömbeck le importaban, y que no estaba en absoluto de acuerdo con la situación. Esto no ayudaba nada a Niklas.

Al atardecer, Trefz acudió, triste y desolado, a ver a Maria Testolini, pero tampoco en ella encontró consuelo. Le mimaba con caricias y buenas palabras, pero hablaba con total indiferencia de su partida, como algo definitivo e irreparable. Y cuando él llevaba la conversación a los motivos de consuelo y planes de futuro que ella le había expuesto la víspera, la joven le apoyaba pero parecía no haberse tomado las cosas tan en serio o incluso parecía haber olvidado algunas propuestas. Había pensado pasar la noche con ella pero cambió de idea y se marchó pronto.

En su aflicción anduvo vagando por la ciudad. Al ver la pequeña casa de las afueras, en la que creció como huérfano entre gentes extrañas y donde ya vivía otra familia, le embargó fugazmente el recuerdo de su época escolar y de aprendiz y de vivencias hermosas; pero todo le parecía infinitamente lejano y los recuerdos le rozaban sólo como el eco de cosas perdidas y ajenas. Finalmente se sintió molesto por entregarse a tan insólitos pensamientos. Encendió un cigarro, adoptó un gesto despreocupado y entró en un mesón con jardín, donde pronto algunos trabajadores de la tejeduría lo reconocieron y lo llamaron.

— ¿Qué hay? — le gritó uno, que ya estaba bastante achispado —, celebrarás una despedida y pagarás, ¿verdad?

Niklas río y se sumó a la pequeña tertulia. Prometió pagar dos vasos de cerveza a cada uno y a cambio pudo oír de todos lados los comentarios de lástima porque eso le pasara a él, que tuviera que marcharse, un joven tan simpático y querido, y a ver si al final lograba quedarse. Por su parte dio a entender que había renunciado y alardeó de los buenos puestos de trabajo que le habían ofrecido. Se entonó una canción, brindaron, hubo algarabía y risotadas, y Niklas se entregó a una euforia artificial que le era ajena y de la cual, en el fondo, se avergonzaba. Pero por una ocasión quiso ser un tipo alegre y, para que la fiesta fuera completa, entró en la casa y compró una docena de cigarros para sus compañeros.

Cuando volvió al jardín del mesón oyó su nombre en aquella mesa. La mayoría de los que allí se encontraban estaban algo bebidos, hablaban dando golpes a la mesa y reían ruidosamente. Niklas se percató de que se hablaba de él, permaneció oculto detrás de un árbol y escuchó lo que decían. Al oír las salvajes risotadas, que según le pareció se referían a él, su euforia desapareció en un instante. Atento y lleno de amargura permaneció en la oscuridad, escuchando los comentarios.

— Es un loco — dijo uno de los más moderados —, pero quizás Haager sea aún más tonto. A lo mejor Trefz se alegra de librarse así de la extranjera.

— No le conoces bien — opinó otro —. Ése se prende de la extranjera como una lapa. Y con lo prendado que está, a lo mejor aún no se ha enterado. Luego le tantearemos y le buscaremos un poquito las cosquillas.

— ¡Ten mucho cuidado! ¡Niklas podría enfadarse!

— ¡Ay, ése no se entera de nada! Ayer por la tarde estuvo paseando con ella, y nada más se fue a casa, llega Haager y sale con ella. Ésa va con cualquiera. Sólo quisiera saber a quién tiene hoy en su casa.

— Sí, también se ha liado con Dierlamm, el aprendiz. Parece que siempre tiene que ser un mecánico.

— O tener dinero. Pero yo no sabía nada del joven Dierlamm. ¿Lo has visto tú mismo?

— Pues vaya si lo he visto. En el almacén de los sacos, y una vez en la escalera. Se besaron tanto que me quedé atónito. El niño comienza joven, igual que ella.

Niklas tuvo bastante. Sintió ganas de caer sobre aquellos hombres como un huracán. Pero no lo hizo, sino que se alejó en silencio.

Tampoco Hans Dierlamm había dormido bien las últimas noches. Los devaneos amorosos, el mal ambiente del taller y el calor sofocante le atormentaban y por las mañanas llegaba a menudo tarde al taller.

Al día siguiente, cuando bajaba las escaleras, tras beber precipitadamente su café, le salió al encuentro, para su asombro, Niklas Trefz.

— Buenos días — dijo Hans —, ¿qué hay de nuevo?

— Hay trabajo fuera, en el aserradero, tienes que venir conmigo.

Hans se extrañó, en parte por lo insólito del encargo, en parte porque Trefz, de repente, le tuteaba. Vio que llevaba un martillo y una pequeña caja de herramientas. Cargó con la caja y se encaminaron río abajo hacia las afueras de la ciudad, pasando por jardines y luego por prados. La mañana estaba cargada de niebla y calor, en las alturas parecía soplar viento del oeste, pero en el valle reinaba una calma total.

El oficial estaba taciturno y parecía destrozado, como después de una mala noche de borrachera. Al cabo de un rato Hans empezó a charlar, pero no obtuvo respuesta. Niklas le daba pena, pero no se atrevía a decirle nada más.

A medio camino del aserradero, donde el tortuoso curso del río había formado una pequeña península llena de jóvenes alisos, Niklas se detuvo repentinamente. Bajó hasta los alisos, se sentó en la hierba e hizo señas a Hans para que se acercara. Éste le siguió y durante un largo rato estuvieron echados, sin decir palabra, a cierta distancia uno del otro.

Finalmente, Dierlamm se durmió. Niklas le observaba y cuando estuvo dormido se inclinó sobre él y estuvo largo rato mirando su cara con atención. Suspiraba y murmuraba para sí.

Al final se levantó furioso y le dio un puntapié al durmiente.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Hans, perplejo —. ¿He dormido mucho rato?

Niklas volvió a mirarle como antes, con ojos extrañamente alterados. Le preguntó:

— ¿Estás despierto?

Hans asintió con la cabeza, atemorizado.

— Bueno, pon atención. Aquí a mi lado hay un martillo. ¿Lo ves?

— Sí.

— ¿Sabes para qué lo he traído?

Hans le miró a los ojos y le entró un miedo atroz. Horribles presagios le asaltaron. Quiso escapar corriendo, pero Trefz le retuvo con fuerza.

— ¡No te escapes! Tienes que escucharme. El martillo lo he traído porque yo... O sea... el martillo...

Hans comprendió todo y gritó con angustia mortal. Niklas sacudió la cabeza.

— No grites. ¿Vas a escucharme?

— Sí...

— Ya sabes de lo que hablo. Pues sí, quería golpear tu cabeza con el martillo... ¡Quédate quieto! ¡Escúchame! Pero no lo he hecho. No puedo hacerlo. Y tampoco es muy justo, hacerlo cuando el otro está durmiendo. Pero ahora estás despierto, y el martillo está ahí. Y ahora te digo: vamos a luchar, tú también eres fuerte. Luchamos, y el que tenga al otro debajo puede tomar el martillo y pegarle. Tú o yo, uno de los dos tiene que perder.

Pero Hans negaba con la cabeza. La angustia mortal había desaparecido, sólo sentía una profunda tristeza y una compasión casi insoportable.

— Espere un poco — dijo con calma —. Primero quiero decir algo. Podemos sentarnos, ¿le parece?

Y Niklas obedeció. Presentía que Hans tenía algo que decirle y que no todo era como él había oído o imaginado.

— ¿Es por Maria? — empezó Hans, y Trefz asintió con la cabeza. Hans se lo contó todo. No le ocultó nada ni trató de justificarse, pero tampoco calló nada sobre la chica, pues comprendió que Niklas debía alejarse a toda costa de ella. Le habló de aquella noche, cuando Niklas celebró su cumpleaños, y de su último encuentro con ella. Cuando terminó de hablar, Niklas le dio la mano y dijo:

— Sé que no ha mentido. ¿Volvemos ahora al taller?

— No — contestó Hans —. Yo sí, pero usted no. Usted debería partir ahora mismo, sería lo mejor.

— Es cierto. Pero necesito mi libreta de trabajo y un certificado del jefe.

— De eso me encargo yo. Venga por la tarde a mi casa, entonces le daré todo. Mientras tanto, usted puede hacer su equipaje, ¿de acuerdo? Niklas reflexionó.

— No — dijo —, eso no es lo correcto. Regreso con usted al taller y le pido a Haager que me deje marchar ahora mismo. Le agradezco que haya querido encargarse de todo, pero es mejor que vaya yo personalmente.

Volvieron juntos. Cuando llegaron había transcurrido más de media mañana y Haager los recibió con fuertes reproches. Pero Niklas le pidió hablar en tono amistoso y con calma, para despedirse, y le llevó delante de la puerta. Cuando volvieron, ambos fueron tranquilamente a sus puestos y continuaron con sus trabajos. Pero por la tarde Niklas ya no estaba allí, y la semana siguiente el patrono contrató a un nuevo oficial.

Taedium Vitae

PRIMERA VELADA

Estamos a comienzos de diciembre. El invierno aún vacila, rugen las tormentas y desde hace días cae una lluvia fina y rápida que, a veces, cuando se aburre, se convierte por unas horas en aguanieve. Las calles están intransitables, el día sólo dura seis horas.

Mi casa está aislada en pleno campo, cercada por el ululante viento del oeste, por el ocaso lluvioso y por el ruido del chapoteo, por el pardusco jardín empapado y por senderos campestres desaparecidos bajo las aguas que no llevan a ninguna parte. No viene nadie, no pasa nadie, el mundo se ha hundido en algún lugar en la lejanía. Todo está tal como lo he deseado a menudo... soledad, calma total, ni hombres ni animales, sólo yo en mi estudio mientras en la chimenea aúlla el viento y en las ventanas golpea la lluvia.

Así pasan los días: me levanto tarde, bebo leche, atiendo la estufa. Luego me siento en mi estudio, entre tres mil libros, de los que leo dos alternativamente. Uno es La enseñanza secreta, de la señora Blavatsky, una obra terrible. El otro es una novela de Balzac. A veces me levanto para coger un par de puros del cajón y dos veces para comer. La enseñanza secreta va engordando cada vez más, nunca llegará a su fin y me acompañará a la sepultura. Balzac se hace cada vez más ligero, adelgaza diariamente, aunque no le dedico mucho tiempo.

Cuando me duelen los ojos, me siento en el sillón y miro cómo la exhausta claridad del día se agota y muere sobre las paredes cubiertas de libros. O me pongo frente a las estanterías y observo los lomos de los libros. Éstos son mis amigos, me son fieles, ellos me sobrevivirán; y aunque mi interés por ellos esté empezando a flaquear, tengo que aferrarme a ellos, pues no tengo otra cosa. Contemplo a estos amigos mudos y fieles por necesidad, y pienso en sus historias. Hay un estupendo ejemplar en griego, editado en Leiden, de algún filósofo. No lo puedo leer porque hace tiempo que he olvidado el griego. Lo compré en Venecia porque era barato, y el anticuario estaba absolutamente convencido de que yo leía correctamente el griego. Me lo quedé por timidez, y lo he arrastrado por el mundo, en maletas y baúles, empacutado y desempacutado con mimo, hasta llegar aquí, donde ha encontrado su lugar y su reposo.

Así transcurre el día, y la noche transcurre a la luz de la lámpara, entre libros y cigarros, hasta las diez aproximadamente. Entonces voy a acostarme al frío cuarto de al lado, sin saber por qué, ya que no puedo dormir mucho. Veo el rectángulo de la ventana, el lavabo blanco, un cuadro blanco sobre la cama que flota en la oscuridad de la noche, oigo la tormenta que ruge en el tejado y tiembla en las ventanas, escucho los gemidos de los árboles, la caída de la lluvia restallante, mi propia respiración, mis latidos casi inaudibles. Abro los ojos, los vuelvo a cerrar; trato de recordar lo que he leído, pero no lo consigo. En lugar de eso recuerdo otras noches, diez, veinte noches como ésta, en que estaba acostado de la misma manera, en que la pálida ventana tenía el mismo resplandor y mis débiles latidos contaban igualmente las horas grises, triviales. Así transcurren las noches.

No tienen sentido, al igual que los días, pero pasan, y éste es su destino. Vendrán y pasarán, hasta que tengan otra vez un sentido o hasta que toquen a su fin, hasta que mis latidos no las puedan contar más. Entonces llegará el féretro, la sepultura, quizás un luminoso día azul de septiembre, quizá con viento y nieve, quizás en un junio espléndido, cuando florecen las lilas.

Sin embargo, no todas mis horas son así. Siempre hay una o una y media de entre cien que es diferente. Entonces recuerdo una idea en la que siempre quiero pensar, pero que los libros, el viento, la lluvia, la noche pálida me ocultan y roban. Y vuelvo a pensar: «¿Por qué es así? ¿Por qué Dios te ha abandonado? ¿Por qué se ha ido tu juventud? ¿Por qué estás tan muerto?».

Éstas son mis horas buenas. Entonces retrocede la niebla sofocante; desaparecen la resignación y la apatía; despabilado, miro el horrible desierto y puedo sentir otra vez. Siento la soledad como un lago helado a mi alrededor, siento la vergüenza y la incoherencia de esta vida, siento el cruel dolor ardiente por la juventud perdida. Hace daño, por supuesto, pero es dolor, es turbación, es suplicio, es vida, pensamiento, conciencia.

«¿Por qué Dios te ha abandonado? ¿Dónde ha quedado tu juventud?» No lo sé, no lo sabré nunca. Pero son preguntas, es rebeldía, ya no es muerte.

Y en lugar de respuestas, que ya no espero, encuentro nuevas preguntas. Por ejemplo: «¿Cuánto tiempo ha pasado?». «¿Cuándo fuiste joven por última vez?».

Cavilo, y la memoria helada se hace lentamente fluida, se mueve, abre los ojos, indecisa, y refleja de modo imperceptible sus imágenes claras, dormidas pero no perdidas bajo el manto de la muerte.

Al principio parece como si las imágenes fueran terriblemente arcaicas, por lo menos de diez años atrás. Pero mi entumecido sentido del tiempo se torna más lúcido por momentos, despliega la regla olvidada entre el ahora y el ayer, aprueba y mide. Me doy cuenta de que todo está mucho más cerca y la recobrada conciencia de mi identidad abre sus arrogantes ojos y confirma con vanidad las cosas más insólitas. Va de una imagen a la otra y dice: «Sí, ése era yo», y cada imagen va perdiendo su mera apariencia de fría belleza y se convierte en un trozo de vida, de mi vida. La conciencia de identidad es una cosa fascinante, animada pero turbadora. Se posee, aunque se puede estar sin ella, y de hecho es lo que hacemos con frecuencia, quizá casi siempre. Es maravillosa, porque destruye el tiempo; y es mala, porque niega el progreso.

Las funciones despiertas se ponen en marcha, y comprueban que hubo una tarde en la que me encontraba en plena posesión de mi juventud, y que de eso hace sólo un año. Fue un hecho sin importancia, demasiado irrisorio para que su sombra sea la culpable de que yo viva tanto tiempo sin luz. Pero fue una vivencia y como desde hace semanas, quizá meses, que no tengo vivencias, aquello me parece algo espléndido, se me da como un pequeño paraíso y lo considero más importante de lo que en realidad fue. Sólo para mí fue una vivencia preciosa y estoy enormemente agradecido por ello. Estoy en un buen momento. Los libros en fila, la sala, la estufa, la lluvia, la alcoba, la soledad, todo se disuelve, se derrite, se funde. Por una hora me muevo en libertad.

Esto me sucedía hace un año, a finales de noviembre, y hacía un tiempo parecido al de ahora, sólo que yo estaba alegre y todo tenía sentido. Llovía mucho, pero era una lluvia hermosa como una melodía y yo no la oía desde mi escritorio sino que paseaba fuera, en abrigo y en blandos y elásticos chanclos de goma, y contemplaba la ciudad. Mi andar, mis movimientos y mi respiración eran iguales a la lluvia, no mecánicos sino agradables, francos, llenos de sentido. Tampoco los días pasaban de forma tan estéril: transcurrían con ritmo, con altibajos, y las noches eran increíblemente cortas y alentadoras, pequeños descansos entre dos días, sólo regidas por los relojes. Qué maravilloso es pasar así las noches, consumir un tercio de la vida en estar alegre en lugar de estar acostado contando los minutos, sin ningún valor.

La ciudad era Munich. Había viajado allí para arreglar un asunto, que en realidad solucioné más tarde por carta, pues me encontré con tantos amigos, vi y oí tantas cosas agradables, que no podía pensar en negocios. Una tarde estuve en un precioso salón, magistralmente iluminado, y oí a un artista francés de anchas espaldas, de nombre Lamond, tocar piezas de Beethoven. La luz era rutilante, los hermosos vestidos de las damas refulgían alegremente, y por el alto salón volaban grandes ángeles llenos de luz; éstos anunciaban el juicio y traían la buena nueva, derramaban cuernos de abundancia y placer, y sollozaban cubriéndose el rostro con manos transparentes.

Una mañana, tras una noche de juerga, estuve paseando con amigos por el jardín inglés, cantando canciones y tomando café en Aumeister. La tarde la pasé totalmente rodeado de pinturas, imágenes, prados y costas marinas, y muchos de aquellos cuadros eran extraordinarios y tenían un aura idílica de nueva e inmaculada creación. Al anochecer contemplaba la magnificencia de los escaparates, atrocemente bellos y peligrosos para la gente del campo; vi fotos y libros expuestos y jarrones llenos de flores exóticas,

cigarros costosos envueltos en papel de estaño y finos artículos de piel, muy elegantes. Vi lámparas eléctricas reflejadas en las calles mojadas y vi que las cúpulas de las iglesias desaparecían entre las nubes del atardecer.

En este sentido con todas estas cosas el tiempo pasó raudo y veloz, tal como se vacía un vaso cuando cada sorbo produce placer. Era al anochecer, ya había hecho mi maleta, y aunque tenía que partir a la mañana siguiente, no sentía lástima. Gozaba ya pensando en el viaje en tren a través de las aldeas, los bosques y montañas cubiertos de nieve, y en el retorno a casa.

Estaba invitado por la noche a una hermosa casa nueva de una elegante calle de Schwabing, donde lo pasé muy a gusto entre conversaciones interesantes y manjares deliciosos. Había algunas señoras, pero preferí hablar con los hombres por mi timidez y apocamiento. Bebimos vino blanco en finas copas en forma de cáliz y fumamos excelentes puros, cuya ceniza dejábamos caer en ceniceros de plata de interior dorado. Hablamos de la ciudad y del campo, de caza y de teatro, también de cultura, de la que creíamos estar cerca. Hablamos gritando y en voz baja, con efusión y con astucia, serios y en broma, y nos miramos a los ojos con sagacidad y vivacidad.

Sólo cuando ya era tarde y casi concluía la velada y la conversación entre hombres se desviaba hacia la política, de la que yo poco entiendo, me fijé en las damas invitadas. Las acompañaban algunos pintores y escultores jóvenes, en realidad unos pobres diablos, que, sin embargo, vestían con gran elegancia, de modo que yo no podía sentir conmiseración hacia ellos, sino aprecio y deferencia. Ellos también me toleraban con amabilidad, incluso me animaban amistosamente como huésped que procede del campo, por lo que olvidé mi timidez y entablé con ellos una conversación muy afectuosa al mismo tiempo que lanzaba miradas llenas de curiosidad a las jóvenes damas.

Entre ellas descubrí una muy joven, de unos diecinueve años, de cabello infantil rubio claro, y un atractivo y delgado rostro aniñado por unos ojos zarcos. Llevaba un vestido claro con bordes azules y estaba sentada, atenta y alegre, en su sillón. En cuanto la vi, quedé fascinado; su delicada figura y su íntima e inocente belleza se apoderaron de mi corazón y sentí la melodía que envolvía todos sus movimientos. Una alegría serena y un dulce gozo aceleraron los latidos de mi corazón, y sentí el impulso de dirigirle la palabra, pero no supe decir nada coherente. Ella misma hablaba poco, sólo sonreía, asentía con la cabeza y daba lacónicas respuestas con voz suave y graciosa. Sobre su delgada muñeca caían los puños de blondas, de los que asomaba su mano de finos dedos, infantil y llena de vida. En sus pies, que balanceaba de forma juguetona, llevaba unas botas finas y altas de cuero marrón, y su forma y tamaño estaban, al igual que sus manos, en perfecta y agradable armonía con el resto de su figura.

«¡Amor mío — pensaba en mi interior mientras la miraba —, niña, bello pájaro! ¡Dichoso de mí que puedo contemplarte en tu bella primavera!»

Había otras señoras, más deslumbrantes y apetecibles en su espléndida y madura belleza, de mirada penetrante y perspicaz, pero ninguna poseía un aroma tal ni se sumergía en tan dulce música. Hablaban y reían y se hacían la guerra con miradas de todos los colores. También a mí me incluían en sus conversaciones, entre amables bromas y muestras de amabilidad, pero yo sólo daba alguna respuesta, me mostraba como aletargado, absorto con la rubia, intentando grabar en mí su imagen, decidido a no dejar escapar de mi alma el florecimiento de su ser.

Sin darme cuenta se hizo tarde, y de súbito todos se habían puesto de pie. Inquietos, caminaron de aquí para allá y comenzaron a despedirse. Yo también me levanté diligente e hice lo propio. Fuera nos pusimos los abrigos y oí que uno de los pintores le decía a la bella:

— ¿Me permite acompañarla? Y ella contestó:

— Sí, pero para usted es un gran rodeo. Puedo tomar un coche. Entonces me acerqué rápidamente y dije:

— Permítame que vaya con usted, voy por el mismo camino. Ella sonrió y dijo:

— Muy bien, gracias.

Y el pintor se despidió cortésmente, me miró con extrañeza y se fue.

Enfilé la calle, en medio de la noche, al lado de tan grata compañía. En una esquina estaba detenido un coche de punto rezagado, y parecía enfocarnos con sus débiles faroles. Ella dijo:

— ¿No sería mejor que subiera al coche? Aún hay media hora de camino. — Yo le rogué que no lo hiciera. De pronto me preguntó —: ¿Cómo sabe dónde vivo?

— Oh, eso no tiene importancia. En realidad, no lo sé.

— Pero usted ha dicho que tomaba el mismo camino.

— Sí, así es. Aún habría paseado media hora.

Miramos al cielo, se había despejado y estaba colmado de estrellas y por las amplias y silenciosas calles soplaba un viento agradable y frío.

Al principio me sentía cohibido, pues no sabía qué decirle. Pero ella caminaba con despreocupación y desenvoltura, aspiraba con placer el aire puro de la noche y soltaba, aquí o allá, a medida que se le ocurría, una exclamación o una pregunta, a la que yo respondía atentamente. Entonces también me relajé y me sentí contento y al ritmo de nuestro andar mantuvimos una afable conversación, de la que hoy no puedo recordar ni una sola palabra.

Lo que sí recuerdo es el tono de su voz; era una voz pura, ligera como un trino pero cálida, y su risa era tranquila y firme. Acompasó su paso al mío, nunca había caminado tan alegre y libre, y la ciudad dormida con sus palacios, arcos, jardines y monumentos se deslizó ante nosotros, silenciosa y en sombras.

Nos cruzamos con un hombre mayor, mal vestido, que ya no podía caminar bien. Quiso cedernos el paso, pero no lo consentimos y le hicimos pasar, dejándole lugar a ambos lados; y él se volvió lentamente y se quedó mirándonos.

— Sí, ya puedes mirarnos — dije, y la rubia joven rió divertida.

En las altas torres sonaron las campanadas dando las horas, que volaron claras y alegres sobre la ciudad, llevadas por el frío viento invernal, y se mezclaron en la distancia en un rumor de ecos que lentamente se extinguió. Un coche cruzó una plaza, los cascos de los caballos repicaban sobre el empedrado, pero no se oía el ruido de las ruedas pues eran de goma.

La bella muchacha caminaba a mi lado, fresca y jovial, la música de su cuerpo me envolvía también a mí, mi corazón latía al mismo ritmo que el suyo, mis ojos miraban todo lo que ella miraba. Ella no me conocía, y yo no sabía su nombre, pero ambos éramos jóvenes y despreocupados, éramos compañeros como dos estrellas y como dos nubes que recorren el mismo camino, que respiran el mismo aire y se sienten felices sin palabras, sin desear nada. Mi corazón volvía a tener diecinueve años y estaba íntegro.

Me pareció que nosotros dos teníamos que seguir caminando sin ninguna meta, incansables. Me pareció que ya habíamos caminado juntos desde tiempos inmemoriales, y que nuestro andar jamás tendría fin. El tiempo se había extinguido, aunque los relojes daban las horas.

Pero repentinamente ella se detuvo, sonrió, me dio la mano y desapareció en un portal.

SEGUNDA VELADA

He estado medio día leyendo y me duelen los ojos, y no entiendo por qué me esfuerzo tanto. Pero de algún modo tengo que pasar el tiempo. Ahora es la tarde y, al repasar lo que escribí ayer, vuelve a aparecer el pasado, pálido y distanciado, pero reconocible. Veo los días y las semanas, las experiencias y los deseos, los pensamientos y las vivencias que encajan y combinan mutuamente en una secuencia llena de sentido y ritmo como una vida real, con intereses y objetivos y con la maravillosa razón y naturalidad de una vida normal, sana, todo lo cual a partir de entonces se ha alejado de mí.

Al día siguiente de aquel maravilloso paseo nocturno con la singular muchacha, partí rumbo a mi lugar natal. Estaba casi solo en el vagón y gozaba de la comodidad y la rapidez del tren y de los lejanos Alpes, que durante largo rato se vieron claros y brillantes. En Kempten comí una salchicha en el restaurante y entablé conversación con el revisor, a quien compré un puro. Luego empeoró el tiempo, y vi el lago de Constanza gris y extenso como un mar, envuelto en la niebla y resistiendo una ligera nevada.

En casa y en el mismo cuarto donde ahora me encuentro, encendí un buen fuego en la estufa y me puse a trabajar con entusiasmo. Llegaron cartas y paquetes con libros que me entretuvieron; una vez

por semana iba a la pequeña ciudad, hacía algunas compras, tomaba un vaso de vino y jugaba una partida de billar.

Pero poco a poco advertí que el buen talante y el entusiasmo con los que recientemente me desenvolvía en Munich iban disminuyendo y se escapaban por alguna minúscula e insignificante grieta, hasta que caí en un estado de ánimo nebuloso, onírico. Al principio pensé que estaba incubando alguna enfermedad sin importancia, por eso fui a la ciudad y tomé un baño de vapor, que no sirvió de nada. Pronto supe que aquel mal no estaba ni en los huesos ni en la sangre, pues comenzaba a pensar, a sabiendas o contra mi voluntad, a todas horas y con cierta obsesión, en Munich, como si en esta agradable ciudad se me hubiera perdido algo esencial. Y poco a poco ese algo esencial fue tomando forma en mi conciencia: era la esbelta y encantadora figura de una rubia de diecinueve años. Sentí que su imagen y aquel grato y alegre paseo nocturno a su lado no eran para mí un plácido recuerdo sino una parte de mí mismo, que comenzaba a atormentarme y a hacerme sufrir.

La primavera iba acercándose despacio, el sentimiento había madurado y ardía, y ya no había forma de ocultarlo. Sabía que tendría que ver de nuevo a la adorada muchacha, antes de pensar en otras cosas. Si todo estaba en orden, no debía retroceder ante la idea de despedirme de la vida sosegada y orientar mi inocuo destino hacia el centro de la corriente. Si hasta entonces mi intención había sido andar mi camino en solitario, como un espectador externo, en aquel momento un fuerte instinto parecía pedir otra cosa.

Por eso reflexioné a conciencia y llegué a la conclusión de que podía y tenía derecho a comprometerme con una joven, si llegaba la ocasión. Tenía poco más de treinta años, salud y buen carácter y poseía la fortuna suficiente para que una mujer, si no estaba acostumbrada a una vida muy lujosa, confiase en mí sin preocupaciones. Hacia finales de marzo viajé de nuevo a Munich y, esta vez, durante el largo viaje en tren, tuve mucho tiempo para pensar. Me propuse como primer paso conocer mejor a la muchacha, y no encontré del todo imposible que mi estado de ánimo se hiciera menos dominante y hasta llegara a ser superable. Quizá, pensaba, el mero hecho de volver a verla me ayude a superar mi nostalgia y a recuperar el equilibrio.

Pero eso era sólo la insensata presunción de un inexperto. Ahora recuerdo muy bien con cuánto placer y sagacidad hurgaba en estas ideas durante el viaje, mientras en mi corazón sentía el gozo de encontrarme cerca de Munich y de la joven.

Nada más pisar el pavimento familiar de la ciudad, sentí un bienestar que durante semanas me había sido ajeno. Aunque no estaba libre de cierta ansiedad y desasosiego, hacía tiempo que no me sentía tan bien. Nuevamente me alegraba todo lo que veía, todo tenía un brillo mágico: las calles conocidas, las torres, las gentes en los tranvías hablando su dialecto, los grandes edificios y los mudos monumentos. Daba cinco céntimos de propina a todo conductor de tranvía, me dejaba atraer por los escaparates, compré un paraguas elegante, en un estanco me regalé algo mejor de lo habitual, que de hecho no correspondía a mi estado y fortuna, y con el aire reconfortante de marzo me sentí lleno de iniciativas.

A los dos días había concluido mis indagaciones secretas sobre la joven, y lo que supe no difería mucho de lo esperado. Era huérfana, de buena familia pero pobre, y asistía a una escuela de arte industrial. Tenía un parentesco lejano con mi amigo de la calle Leopold, donde la había conocido.

También allí volví a verla. Era una pequeña reunión vespertina donde volvieron a aparecer casi todas las personas de la vez anterior; algunos me reconocieron y me saludaron con amabilidad. Pero yo estaba inquieto y nervioso, hasta que por fin apareció ella con otros invitados. Entonces me calmé y me alegré, y cuando me reconoció, me saludó y pronto recordó aquella noche de invierno. Renació en mí la antigua confianza y pude hablar con ella y mirarla a los ojos, como si el tiempo no hubiera pasado y el mismo viento invernal aún nos envolviese a los dos. Pero no teníamos demasiadas cosas que decirnos; ella sólo me preguntó cómo me había ido desde entonces, y si había estado todo el tiempo en el campo. Calló unos instantes tras esta conversación, me miró sonriendo y se dirigió a su grupo de amigos, mientras que yo, a cierta distancia, la contemplaba con placer. Me pareció algo cambiada, pero no podía precisar cómo ni en qué detalles, y sólo más tarde, cuando ya se había ido y pude comparar las dos imágenes, descubrí que había cambiado de peinado y que sus mejillas estaban un poco más redondas. La contemplé serenamente y sentí el mismo placer y la misma fascinación por la existencia

de un ser tan joven y hermoso y por la oportunidad que tenía de relacionarme con aquella criatura y mirarla a los ojos.

Durante la cena, y luego con el vino del Mosela, me integré en las conversaciones de los caballeros y, aunque se tocaron temas diferentes de los de mi última visita, me pareció que era la continuación de la conversación de entonces, y pude confirmar, con cierta satisfacción, que aquellas gentes tan refinadas y caprichosas de la ciudad tienen, a pesar de todos los acontecimientos y novedades, un determinado círculo donde se mueve su espíritu y su vida, y que con los cambios y los progresos también allí el círculo es ineludible y relativamente reducido. Aunque yo me encontraba bien entre ellos, en el fondo me sentí decepcionado tras mi larga ausencia y no podía cambiar mi impresión de que aquellos señores seguían sentados y conversaban sobre lo mismo desde entonces. Por supuesto que esta impresión era injustificada y se debía a que mi interés y mi participación se apartaban con frecuencia de la charla.

Tan pronto como pude me fui a la sala contigua, donde se entretenían las damas y la juventud. No escapó a mi atención que los jóvenes artistas estaban impresionados por la belleza de la señorita y que su trato para con ella era entre familiar y galante. Sólo uno, un retratista de apellido Zündel, se mantenía reservado entre las señoras mayores, y nos miraba a nosotros, los románticos, con cierto aire de indulgente desdén. Conversaba discretamente, escuchando más que hablando, con una bella mujer de ojos castaños, de la que yo había oído decir que tenía fama de muy peligrosa y de ser protagonista de muchas aventuras amorosas antiguas o recientes.

Todo esto sólo lo percibía fortuitamente, distraído. Tenía toda mi atención centrada en la muchacha, pero no intervenía en la conversación general de su grupo. Sentía que vivía y se movía envuelta en una música apacible, y el suave y profundo encanto de su ser me embriagaba con la misma fuerza, ternura e intensidad que el aroma de una flor. A pesar del bien que esto me hacía, sin duda podía sentir que el verla no era suficiente para aplacarme y saciarme y que, al separarme otra vez de ella, mi sufrimiento sería un martirio aún mayor. Me parecía que su agraciada persona me reclamaba mi propia felicidad y la florida primavera de mi vida, para que la tomara y guardara, pues de lo contrario jamás volvería. No se trataba del deseo carnal del beso y de una noche de amor, que algunas bellas mujeres ya habían avivado en mí, y que me excitaba y atormentaba. Era más bien una alegre confianza de que ante aquella tierna imagen mi propia dicha salía a mi encuentro, y de que su alma era afín a la mía y mi felicidad tendría que ser también la suya.

Por eso decidí mantenerme cerca de ella, y formularle mi demanda en el momento oportuno.

TERCERA VELADA

Tengo que contarlo todo, por lo tanto, sigo adelante.

En Munich pasé una grata temporada. Mi vivienda no quedaba lejos del jardín inglés, adonde iba cada mañana. También frecuentaba las galerías de arte, y cuando veía algo especialmente hermoso, era como un encuentro entre el mundo exterior y la seductora imagen espiritual que guardaba dentro de mí.

Una tarde entré en el local de un pequeño anticuario a comprar algo para leer. Revolviendo estanterías polvorientas encontré una bella edición de Herodoto, de fina encuadernación, que adquirí. Entablé una conversación con el empleado que me atendía. Era un hombre especialmente atento, de suave cortesía y rostro comedido pero misteriosamente iluminado, y de todo su ser emanaba una dulce y tranquila bondad que se advertía al instante y se reflejaba en sus acciones y gestos. Demostró ser una persona instruida, y como me causó tan buena impresión, volví en repetidas ocasiones para comprar algo y dialogar con él un cuarto de hora. Sin que me dijera nada, tuve la impresión de que era un hombre que había olvidado o superado las tinieblas y tormentas de la vida y que llevaba una existencia apacible y feliz.

Después de pasar el día en la ciudad con amigos o en reuniones, me sentaba siempre en mi habitación alquilada, antes de acostarme, envuelto en una manta de lana y leía a Herodoto o dejaba vagar mis pensamientos en pos de la bella muchacha, que según supe se llamaba María.

En el siguiente encuentro con ella logré entretenerla un poco mejor, conversamos en confianza y me

enteré de algunas cosas de su vida. También me permitió acompañarla a su casa, y recorrer nuevamente con ella el mismo camino por las calles silenciosas fue como un sueño. Le dije que había recordado a menudo aquel retorno a casa y había deseado poder acompañarla otra vez. Ella rió divertida y me preguntó algunas cosas. Y finalmente, viendo que era un momento de confesiones, la miré y dije:

— He venido a Munich sólo por usted, señorita María.

Al momento temí haber sido demasiado impulsivo, y me sentí intimidado. Pero ella no dijo nada, y me miró con tranquila curiosidad. Después de un rato preguntó:

— El jueves, un compañero mío da una fiesta en su estudio. ¿Le apetece venir? Entonces, espéreme aquí a las ocho.

Estábamos frente a su casa. Le di las gracias y me despedí.

¡María me había invitado a una fiesta! Sentí una gran alegría. Sin esperar mucho de aquella fiesta, la idea de que ella me invitara y de poder agradecerse me resultaba absolutamente halagadora. Pensé en la forma en que podía mostrar mi reconocimiento y decidí llevarle el jueves un bello ramo de flores.

En los tres días que debía esperar, no recobré la sensación de alegre bienestar que había tenido en los últimos tiempos. Desde que le dije que había vuelto por ella, perdí la naturalidad y la calma. Pero aquello había sido como una confesión, y en aquel momento pensaba que ella estaba al corriente de mis sentimientos, y quizá reflexionara sobre la respuesta que me podría dar. Pasé estos días haciendo excursiones fuera de la ciudad, a los grandes parques de Nymphenburg y Schleissheim o a los bosques del valle del Isar.

Cuando llegó el jueves y cayó la tarde me vestí, compré un gran ramo de rosas rojas en la tienda y fui en un coche de alquiler hasta la casa de María. Bajó enseguida. La ayudé a subir al coche y le entregué las flores, pero a pesar de mi propia turbación pude advertir que ella estaba excitada y confusa. La dejé tranquila y me gustó verla con aquella excitación juvenil y aquel entusiasmo gozoso por una fiesta. Durante el viaje en el coche abierto por la ciudad me invadió también, lentamente, una gran alegría, al ver que María aceptaba, aunque fuera por una hora, la existencia de una especie de amistad y vínculo conmigo. Era una cuestión de honor para mí tenerla durante aquella noche bajo mi protección y en mi compañía, ya que seguramente no habrían faltado amigos dispuestos a ocupar mi puesto.

El coche se detuvo frente a una gran casa de alquiler, desnuda de todo ornamento, de la que teníamos que atravesar corredor y patio. Más tarde, en el interior del edificio, subimos unas escaleras sin fin, hasta que en el último piso nos sorprendió una cascada de luces y voces. Nos quitamos los abrigos en una habitación contigua, donde había una cama de hierro y algunos cajones ya cubiertos de abrigos y sombreros, y entramos en el estudio, que estaba profusamente iluminado y lleno de gente. Tres o cuatro personas me eran superficialmente conocidas, todos los demás, incluido el dueño de casa, eran extraños.

A éste me presentó María, diciendo:

— He traído a un amigo.

Esto me asustó un poco, pues creía que ella ya me había anunciado. Pero el pintor me dio tranquilamente la mano y dijo en tono impasible:

— Eso está muy bien.

El estudio estaba muy animado y los invitados se movían por él con toda libertad. Cada uno se sentaba donde encontraba un lugar y se acomodaban los unos junto a los otros, aunque no se conocieran. También cada uno se servía a discreción de los fiambres que había distribuidos por toda la estancia, y vino y cerveza; mientras algunos apenas llegaban iniciaban su cena, otros ya habían encendido sus puros, cuyo humo al principio desaparecía con facilidad en el alto recinto.

Como nadie se fijó en nosotros permanecimos juntos. Me ocupé de conseguir algo de comida para los dos, que saboreamos sin que nadie nos molestara, en una pequeña mesa baja de dibujo, junto a un simpático señor de barba roja, a quien no conocíamos, pero que nos acogió muy alegremente. De vez en cuando, alguno de los rezagados, para los cuales ya no había comida en las mesas, alargaba la mano por encima de nuestro hombro para tomar un bocadillo de jamón; y cuando las provisiones se agotaron, muchos aún tenían apetito, y dos de los huéspedes salieron para comprar algo, para lo cual uno de ellos pidió y recibió de sus compañeros pequeñas sumas de dinero.

El anfitrión contemplaba tranquilamente el jolgorio de aquella animada y algo ruidosa colectividad, comía un bocadillo y con éste y un vaso de vino en la mano iba y venía charlando con sus invitados. No encontré inconveniente en la desordenada reunión, pero en el fondo me disgustaba que Maria se sintiera a gusto y como en casa. Sabía que los artistas eran colegas suyos y, en parte, personas muy dignas, y no tenía ningún derecho a desear otra cosa. Pero para mí era un pequeño dolor y casi una pequeña desilusión ver que ella aceptaba con satisfacción aquella compañía que no era en absoluto refinada. Pronto me quedé solo, pues ella, tras una breve colación, se levantó y fue a saludar a sus amigos. Me presentó a los dos primeros, y trató de que me sumara a su conversación, en lo cual, por supuesto, fracasé. Luego ella estuvo aquí y allá charlando con sus conocidos, y como parecía que no me echaba en falta, me retiré a un rincón, me recosté en la pared y observé en silencio la animada celebración. No esperaba que Maria pasara toda la velada conmigo y me conformaba con verla, charlar algún rato con ella y acompañarla de vuelta a su casa. Pero poco a poco fue apoderándose de mí un malestar creciente, y cuanto más animados estaban los otros más inútil y extraño me sentía yo, pues sólo de vez en cuando alguien me dirigía brevemente la palabra.

Entre los invitados observé también a aquel retratista, Zündel, así como a la bella señora de ojos castaños que me habían descrito como peligrosa y de no muy buena fama. Al parecer la conocían bien en aquel círculo, y en general la trataban con cierta complaciente familiaridad, pero también con una franca admiración a causa de su belleza. Zündel era asimismo un hombre apuesto, alto y fuerte, de ojos oscuros y penetrantes y con una expresión segura, orgullosa y altiva, propia de una persona halagada y segura de la impresión que puede causar. Le observé con atención, ya que por naturaleza siento por tales caballeros un extraño interés, mezcla de humor y cierta envidia. Él trataba de burlarse del anfitrión por el mal servicio.

— No tienes siquiera sillas suficientes — dijo en tono despectivo.

Pero el dueño de la casa no se inmutó. Encogiéndose de hombros dijo:

— Si algún día me hago retratista, mi casa tendrá más comodidades.

Entonces Zündel comenzó a criticar los vasos:

— No se puede beber vino en cubos. ¿Nunca has oído que el vino se toma en vasos finos?

Y el anfitrión continuaba impávido:

— Quizás entiendas algo de vasos, pero de vinos no tienes ni idea. Prefiero un vino fino a un vaso fino.

La bella señora los escuchaba sonriendo y su semblante parecía extrañamente tranquilo y feliz, lo que difícilmente podía ser provocado por aquellas bromas. Pronto vi que por debajo de la mesa había puesto su mano en la manga izquierda de la chaqueta del pintor, mientras el pie de éste jugueteaba, ligero e indolente, con el de ella. Sin embargo, él parecía más cortés que cariñoso, mientras que ella estaba pendiente de él con un fervor desagradable y pronto me resultó insoportable mirarla.

Zündel se deshizo rápidamente de ella y se levantó. Por aquel entonces el estudio estaba envuelto en una gran humareda, incluso las señoras y las jóvenes fumaban cigarrillos; risas y conversaciones en voz alta se entremezclaban, todos se movían, se sentaban en sillas, en cajas, en paquetes del cartón, en el suelo. Sonó una flauta, y en medio de la confusión un joven algo ebrio leyó a un animado grupo un poema serio.

Yo observaba a Zündel, que se movía pausadamente y seguía muy tranquilo, sin entregarse a la bebida. Entretanto, seguía pendiente de Maria, que estaba en un diván con otras dos chicas, charlando con un grupo de jóvenes que permanecían de pie con sus vasos de vino en la mano. Cuanto más duraba el alboroto y más se animaba, más me invadía la tristeza y la desazón. Tenía la impresión de haber llegado con mi niña cautivadora a un lugar impuro, y esperaba que me hiciese alguna señal para marcharnos.

El pintor Zündel estaba apartado y había encendido un puro. Contemplaba las caras, y miró con atención también hacia el diván. Entonces Maria levantó los ojos, lo vi perfectamente, y los fijó por unos instantes en los de él. Él sonreía, pero en la mirada de ella había firmeza y tensión, y entonces vi que él guiñaba un ojo y levantaba la cabeza como preguntando, y que ella asentía brevemente.

Entonces sentí una angustia y una tristeza inmensas. Yo no sabía nada, podría ser una broma, una casualidad, un gesto casi espontáneo. Pero pensar en esto no me tranquilizaba. Había visto que existía

un entendimiento entre los dos, aunque habían estado extrañamente distanciados y no cruzaron una sola palabra en toda la velada.

En aquel momento se derrumbó mi felicidad y mi ingenua esperanza, de la que no quedaba el más insignificante rastro ni el más leve brillo. Ni tan sólo era una tristeza pura, franca, que habría soportado bien, sino sólo vergüenza y decepción, un sabor desagradable y aversión. Si hubiera visto a Maria con un novio o un amante alegre habría sentido envidia, pero en el fondo estaría contento. Pero se trataba de un conquistador y un mujeriego, cuyo pie jugaba media hora antes con el de la señora de los ojos castaños.

A pesar de todo me sobrepuse. Podría tratarse de un malentendido y tenía que dar a Maria la oportunidad de refutar mi sospecha.

Fui hacia ella y miré con tristeza su rostro fresco y encantador. Le dije:

— Es tarde, señorita Maria, ¿me permite acompañarla a casa?

Ay, entonces la vi disgustada y confundida, por primera vez. Su rostro perdió aquel halo divino, y también su voz era fingida y engañosa. Rió y dijo en voz alta:

— Oh, perdone usted, no había pensado en ello. Vendrán a buscarme. ¿Quiere marchar ya? Dije:

— Sí, quiero irme. Adiós, señorita Maria.

No me despedí de nadie ni nadie me retuvo. Lentamente bajé las innumerables escaleras, atravesé el patio y pasé por el edificio anterior. En el exterior reflexioné sobre lo que debía hacer, volví hacia atrás y me oculté en el patio, detrás de un coche vacío. Allí esperé largo rato, casi una hora. Entonces apareció Zündel, arrojó la colilla de su cigarro y se abrochó el abrigo; salió, pero pronto volvió y se quedó junto a la salida.

Pasaron cinco, diez minutos, y sentí necesidad de salir, gritarle, llamarle perro y cogerle por el cuello. Pero no lo hice, me quedé quieto en mi escondite y esperé. Y al poco tiempo oí de nuevo pasos en la escalera, se abrió la puerta y apareció Maria, miró a su alrededor, fue hacia la salida y sin decir palabra cogió del brazo al pintor. Salieron juntos deprisa, los seguí con la mirada y tomé el camino de regreso.

En casa me acosté, pero no encontraba sosiego; volví a levantarme y fui a pasear al jardín inglés. Estuve paseando más de media noche, luego volví a mi habitación y dormí profundamente hasta la mañana.

Por la noche había tomado la determinación de regresar aquella misma mañana. Pero me había despertado demasiado tarde y tendría que dejar pasar aún aquel día. Hice mis maletas y pagué, me despedí de mis amigos por escrito, comí en la ciudad y me senté en un café. El tiempo no pasaba, y estuve pensando en lo que podría hacer para ocupar la tarde. Empecé a sentir mi deplorable estado. Hacía años que no estaba en una situación tan espantosa y despreciable, que temía al tiempo y no sabía cómo matarlo. Pasear, ver una exposición de pinturas, oír música, ir en coche, jugar una partida de billar o leer, nada me atraía, todo me parecía tonto, insulso, sin sentido. Y cuando en la calle miraba a mi alrededor veía casas, árboles, gente, caballos, perros, coches, todo absolutamente aburrido, vacío e indiferente. Nada me atraía, nada me alegraba ni me hacía partícipe ni me llamaba la atención.

Mientras tomaba una taza de café para hacer tiempo y cumplir con una especie de deber, se me ocurrió que tendría que suicidarme. Me sentí contento de haber encontrado esta solución, y pensé objetivamente en todo lo necesario. Sólo que mis pensamientos eran demasiado vacilantes y volubles para durar siquiera unos minutos. Distraído, encendí un puro, que inmediatamente tiré, luego pedí la segunda o tercera taza de café, hojeé una revista y al final salí del local y seguí callejeando. Volví a recordar que había querido partir, y me propuse hacerlo, sin falta, al día siguiente. De pronto me embargó el recuerdo del hogar y por unos momentos sentí, en lugar del simple tedio, una tristeza verdadera y pura. Recordé el encanto de mi patria, la forma en que se levantan desde el lago, suavemente, las verdes y azules montañas, el sonido del viento en los álamos y el vuelo de las gaviotas, osado y caprichoso. Y pensé que debía alejarme de aquella maldita ciudad y retornar a mi tierra, para romper el maleficio y poder ver, comprender y amar de nuevo el mundo en todo su esplendor.

Vagando y pensando me perdí en los callejones de la parte antigua, sin saber cabalmente dónde estaba, hasta que de súbito me encontré frente a la tienda de mi anticuario. En el escaparate estaba expuesto el grabado en cobre de un erudito del siglo XVII, y alrededor había libros viejos encuadernados

en piel, pergamino y madera. Esto despertó en mi fatigada cabeza una nueva y fugaz sucesión de ideas, en las que busqué afanosamente consuelo y distracción. Eran imágenes gratas, un tanto pesadas, de estudios y vida monacal, de una silenciosa felicidad, tranquila, resignada y algo mohosa, junto a la lámpara y con olor a libros. Para retener un instante más el frágil consuelo, entré en la tienda y al momento me atendió aquel empleado tan amable. Subimos por una estrecha escalera de caracol al piso superior, donde había grandes estancias llenas de estanterías que ocupaban todo lo alto de las paredes. Los sabios y los poetas de muchas épocas me miraban tristemente con los ojos ciegos de los libros, y el silencioso anticuario esperaba, mirándome discretamente.

Entonces se me ocurrió pedir consuelo a aquel hombre afable. Miré su cara bondadosa y sincera y le dije:

— Por favor, aconséjeme algún libro que pueda leer. Usted debe saber dónde encontrar consuelo y estímulo. Usted parece una buena persona, y creo que se siente consolado.

— ¿Está usted enfermo? — me preguntó con suavidad.

— Un poco — dije. Y él:

— ¿Es algo grave?

— No lo sé, es *taedium vitae*.

Entonces su rostro franco reflejó una gran seriedad. Dijo, recalcando la frase con respeto:

— Conozco un buen remedio para usted.

Y cuando le interrogué con la mirada, comenzó a hablar de la Comunidad Teosófica, a la que él pertenecía. Muchas de las cosas que me dijo no me eran desconocidas, pero no pude escucharle con verdadera atención. Sólo percibí un razonamiento afable, bien intencionado, cordial, frases sobre *kharm* y sobre renacimiento, y cuando cesó de hablar y quedó casi tímidamente callado, no supe qué contestarle. Por fin le pregunté si podría aconsejarme libros en los que pudiera estudiar el tema. Inmediatamente me trajo un pequeño catálogo de libros teosóficos.

— ¿Cuál debo leer? — pregunté en tono vacilante.

— El libro esencial sobre la doctrina es el de madame Blavatsky — dijo sin dudar.

— ¡Démelo!

Nuevamente se mostró indeciso.

— No está aquí, tendría que encargarlo para usted. Pero, de todos modos..., la obra consta de dos volúmenes grandes, se necesita paciencia para leerla. Y lamentablemente es muy cara, cuesta más de cincuenta marcos. ¿Quiere que trate de conseguirla en préstamo?

— No, gracias. Encárguela, por favor.

Le escribí mi dirección, le rogué que me enviase la obra contra reembolso, me despedí y me fui.

Sabía ya entonces que La doctrina secreta no me ayudaría para nada. Sólo quería darle una pequeña alegría al anticuario. ¿Y por qué no habría de pasar unos meses con los libros de Blavatsky?

Presentí también que mis otras esperanzas tampoco serían realizables. Que en mi tierra todo me resultaría gris y trivial, y que adonde quiera que fuese me sucedería lo mismo.

En este presentimiento no me equivocaba. Se ha perdido algo que antes estaba en el mundo, cierto aroma a inocencia, a pureza, y no sé si puede volver.

El Bello Sueño

Cuando el estudiante de bachillerato Martín Haberland murió a la edad de diecisiete años a causa de una pulmonía, todo el mundo hablaba de él y de su gran inteligencia con tristeza, y se decía que su muerte era una gran desgracia, ya que había sobrevenido antes de que hubiera podido alcanzar éxitos, rentas y dinero con su talento.

Es verdad, yo también lamenté la muerte del agraciado y perspicaz joven, y pensé con cierto pesar: «¡Qué cantidad tan increíble de talento debe de haber en el mundo para que la naturaleza lo pueda desperdiciar en esta forma!». Pero a la naturaleza no le importa lo que pensemos de ella, y en lo que se refiere al talento, efectivamente, hay en tanta abundancia que nuestros artistas dentro de poco se quedarán sin público porque todos serán colegas.

Sin embargo, no puedo lamentar la muerte del joven en el sentido de que ésta significase para él un perjuicio y que se le haya privado de forma terrible de lo más bello y de lo mejor que tenía destinado.

Quien haya llegado a los diecinueve años con suerte y salud y haya tenido unos buenos padres, ha vivido en muchos sentidos lo mejor de su vida, aunque al final esa vida haya sido truncada y sus vivencias dolorosas, deslumbrantes y apasionantes escasas. Quizá su vida no sea comparable a una sinfonía de Beethoven, pero sí a la música de cámara de Haydn, y eso es algo de lo que no pueden vanagloriarse muchas personas.

En el caso de Haberland estoy muy seguro. El joven vivió, sin lugar a dudas, lo más hermoso que le fue posible vivir, bebió algunos compases de una música tan celestial que su muerte era necesaria, porque la vida a partir de allí sólo habría producido una disonancia. Que el joven haya vivido su dicha sólo en sueños no es ningún reparo, porque la mayoría de las personas viven los sueños con mucha más intensidad que la vida.

Al segundo día de su enfermedad, tres días antes de su muerte, el joven tuvo, al comenzar la fiebre, el siguiente sueño:

Su padre le ponía la mano sobre el hombro y decía: «Entiendo muy bien que ya no puedas aprender mucho más de nosotros. Tendrás que ser un hombre mayor y bueno y ganar una felicidad especial, y eso no se encuentra en el nido. Pon atención: primero tendrás que subir a la montaña del conocimiento, luego tendrás que realizar obras y más tarde tendrás que encontrar el amor y ser feliz».

Mientras el padre pronunciaba las últimas palabras, su barba parecía hacerse más larga y sus ojos más grandes; por un momento era semejante a un anciano rey. Luego besó al hijo en la frente y le conminó a irse y el hijo bajó por una escalera bella y amplia como la de un palacio, y cuando cruzó la calle y quiso abandonar la pequeña ciudad, se cruzó con su madre, que exclamó: «Escucha, Martín, ¿piensas irte sin siquiera despedirte de mí?». Él la miró azorado y se avergonzó de decirle que pensaba que ella estaba muerta hacía mucho tiempo, pues la veía viva delante de sí, y era más bella y más joven que en sus recuerdos; sí, tenía algo de juvenil, tanto que se ruborizó cuando ella le besó y no se atrevió a devolverle el beso. Ella le miró a los ojos con una mirada azul y clara que le envolvió como una luz, y le saludó inclinando la cabeza, mientras él, confundido, se alejaba precipitadamente.

Fuera de la ciudad, en lugar de la carretera, el valle y la avenida de fresnos, encontró, sin asombrarse, un puerto de mar con un barco antiguo que alzaba sus velas pardas hasta el cielo dorado, como en su cuadro preferido de Claude Lorrain, y en el cual se embarcó para buscar la montaña del conocimiento.

El barco y el cielo dorado desaparecieron imperceptiblemente de su vista, y después de un rato el joven Haberland caminaba por la carretera, ya lejos de su casa, dirigiéndose a una montaña que ardía

en la distancia al atardecer y que parecía no acercarse nunca, por más que caminara. Por fortuna, el profesor Seidler iba a su lado y le decía en tono paternal: «Aquí no se puede aplicar otra construcción que el ablativus absolutus; sólo si lo utiliza podrá llegar de repente al medias in res». Él obedeció y recordó un ablativus absolutus que en cierto modo encerraba en sí todo su pasado y el del mundo, y que acababa tan meticulosamente con todo tipo de pasado, que todo se aclaró, lleno de presente y futuro. Y así había llegado a la cima de la montaña, pero junto a él también estaba el profesor Seidler, y éste le hablaba repentinamente de tú, y Haberland también tuteaba al profesor, que le confiaba que en realidad era su padre, y mientras hablaba cada vez se parecía más a su padre, y el amor al padre y el amor a la ciencia se volvieron uno en el joven, y ambos se tornaron más fuertes y más bellos y mientras continuaba sentado y recapacitando, envuelto en una sorprendida premonición, dijo su padre a su lado: «Bien, ¡ahora mira a tu alrededor!».

Les envolvía una claridad indescriptible, todo en el mundo estaba en impecable orden y era claro como el sol; comprendió perfectamente por qué su madre estaba viva aunque hubiera muerto; entendió por qué las personas eran tan diferentes en su aspecto, costumbres e idiomas, y, en cambio, eran todas hijas de un mismo ser y hermanas entre sí; comprendió la pobreza, el dolor y la fealdad tanto como fue necesario. Y Dios quiso, o tuvo que hacer, que fueran bellos y claros y que formaran parte del orden y la libertad del mundo. Y antes de que él estuviese completamente seguro de que se hallaba en la cima de la montaña del conocimiento y se volvía más sabio, sintió la imperiosa necesidad de realizar un trabajo, y aunque durante los dos últimos años había estado indeciso sobre la profesión que seguiría y no habría elegido aún ninguna, allí estaba completamente seguro de que era un arquitecto y era maravilloso saberlo y no tener la menor duda.

Enseguida vio que allí había piedras blancas y grises, travesaños, máquinas y muchas personas que estaban cerca y no sabían qué hacer; pero él les daba órdenes haciendo gestos con las manos, explicaba y daba instrucciones, sostenía unos planos en las manos que sólo con un vistazo sabía interpretar, y las personas corrían y estaban felices de hacer un trabajo sensato, levantaban piedras y empujaban carretones, fijaban varillas y cincelaban bloques, y en todas las manos y en todos los ojos obraba la voluntad del arquitecto. Pero la casa iba subiendo y se había convertido en un palacio, con un mar de pináculos y antesalas, con patios y ventanas ojivales, que expresaba una belleza simple y llena de alegría, y estaba claro que sólo había que construir cosas como aquéllas para que el dolor y la pobreza, la insatisfacción y la violencia desaparecieran de la faz de la tierra.

Con la culminación de la obra, Martín estaba soñoliento y no cuidaba todos los detalles, oía algo parecido a música y celebración a su alrededor y se entregó con seriedad y una rara satisfacción a un cansancio profundo y hermoso. De allí salió nuevamente su conciencia cuando tuvo a su madre otra vez delante de él y le cogió las manos. Entonces comprendió que ella quería ir con él al país del amor, y se volvió tranquilo y atento y olvidó todo lo que había hecho y vivido en aquel viaje; sólo resplandecían, desde la montaña del conocimiento y desde el palacio que había construido, una luminosidad y una conciencia limpias hasta lo más profundo.

La madre sonreía y le cogía la mano, bajaba la montaña en un atardecer, ataviada con un vestido azul. Ella fue desapareciendo mientras andaban, y lo que había sido su vestido azul ahora era el azul de la profunda lejanía del valle, y mientras él lo aceptaba y no sabía si la madre había estado con él o no, le envolvió la tristeza y se sentó en el prado y comenzó a llorar, sin dolor, entregado y sereno, así como antes había construido en su afán impetuoso de trabajo y había reposado tras el cansancio. Entre lágrimas vislumbró que ahora le tocaba encontrarse con lo más dulce que puede vivir una persona, y cuando trataba de pensar en ello sabía que era el amor, pero no se lo podía imaginar bien y concluyó con la sensación de que el amor es como la muerte, una satisfacción y un ocaso, a lo que no debía seguir nada.

Aún no había concluido su pensamiento y ya todo había cambiado, abajo, del valle azul llegaba una música prodigiosa y lejana, y la señorita Vossler, la hija del alcalde, se acercaba caminando por las praderas; de pronto supo que la amaba. Ella tenía el mismo rostro de siempre, pero llevaba un vestido muy sencillo y noble, como el de una griega, y en cuanto ella llegó se hizo la noche, y sólo se veía un cielo lleno de estrellas grandes y luminosas.

La joven se detuvo ante Martín sonriendo. «Vaya, ¿así que estás aquí?», le dijo en tono amable,

como él había esperado que fuera.

«Sí — respondió él —, la madre me ha enseñado el camino. He terminado todo, también la casa grande que tenía que construir. Ahora tienes que ir a vivir allí.»

Ella sólo sonrió; su aspecto era maternal, prudente y un poco triste, como una persona mayor.

«¿Qué debo hacer ahora?», preguntó Martín y puso las manos sobre los hombros de la joven. Ella se acercó y le miró a los ojos con tal intensidad que él se asustó un poco; después sólo veía sus grandes ojos serenos y sobre ellos, en una neblina dorada, muchas estrellas. Su corazón latía con fuerza y le hacía daño.

La bella muchacha puso su boca sobre la de Martín, y cuando su ser comenzó a fundirse y toda su voluntad desaparecía, allí arriba, en la oscuridad del cielo, las estrellas iban tomando suaves matices. Y mientras Martín sabía que gozaba del amor y la muerte y lo más sublime que un hombre puede vivir, sentía que el mundo a su alrededor empezaba a girar como una rueda y que él se movía; sin apartar sus labios de la boca de la muchacha y sin querer ni desear nada más del mundo, sintió que él, ella y todo lo que les rodeaba se integraban en la rueda. Cerró los ojos y voló en suave vértigo por una vía melodiosa y predeterminada desde la eternidad, donde no le esperaba ningún reconocimiento, ni hazañas ni nada temporal.

La Novia

La señora Ricciotti, que desde hacía poco estaba alojada con su hija Margherita en el hotel Waldstätterhof de Brunnen, era una de esas italianas rubias, delicadas y algo abúlicas que se encuentran con frecuencia en la región de Venecia y en Lombardía. Llevaba muchos anillos hermosos en sus pequeños dedos regordetes, y su forma tan peculiar de andar, que hasta se podía definir como un balanceo entre elástico y voluptuoso, derivaba visiblemente en eso que la gente llama contoneo. Elegante y habituada, sin duda, a los halagos de otros tiempos, tenía una buena figura, muy representativa; vestía con buen gusto y a veces, al atardecer, cantaba acompañada del piano con una voz educada, débil y un poco empalagosa, sosteniendo los cuadernos de notas con sus brazos pequeños y gruesos y las muñecas marcadamente dobladas hacia fuera. Era oriunda de Padua, donde su difunto marido había sido un conocido comerciante y político. Con él había vivido en un ambiente de amable prosperidad, muy por encima de sus posibilidades, situación que ella trataba de prolongar con gran esfuerzo después de su muerte.

Pero, francamente, no nos interesaríamos por esta señora si no hubiera traído consigo a su joven y bella hija Margherita, que acababa de dejar atrás la edad de colegiala y que arrastraba un poco de anemia e inapetencia desde su época de pensionado. Era una joven agradablemente esbelta, callada y pálida, de abundante cabellera rubia oscura, que atraía todas las miradas cuando paseaba por jardines y calles con su sencillo vestido veraniego, blanco o azul pálido. Era el primer año que la señora Ricciotti se traía a su hija a ver mundo, pues en Padua llevaban una vida bastante retirada, y el aire resignado con que aceptaba verse desplazada por su hija ante la mayoría de los conocidos del hotel le sentaba muy bien. Hasta entonces la señora Ricciotti había sido siempre una buena madre, pero sin dejar de aspirar en secreto a un destino propio o, quizás, a un futuro propio; pero ahora empezaba a dejar a un lado estas esperanzas secretas y a embellecer con ellas a su pequeña, al igual que una buena madre se quita el collar que llevó desde su boda y se lo regala a su hija ya mayor.

Desde el comienzo no faltaron caballeros que se interesaran por la grácil y rubia paduana. Pero la madre vigilante se rodeó de una muralla de dignidad y de firmes exigencias que alejaron a más de un aventurero. Su hija necesitaba un marido con el que pudiera tener una vida desahogada, y como la belleza era su única dote, había que protegerla por partida doble.

Sin embargo, muy pronto apareció en Brunnen el futuro héroe de este relato, y todo se desarrolló de una forma más rápida y simple de lo que la preocupada madre podía suponer. Un día llegó al Waldstätterhof un joven alemán, que con sólo ver a Margherita se enamoró de ella e inmediatamente le declaró sus intenciones, con una determinación que sólo poseen las personas que tienen poco tiempo y no pueden andarse con rodeos. En efecto, el señor Statenfoss disponía de muy poco tiempo. Era gerente de una plantación de té en Ceilán y se encontraba de vacaciones en Europa, continente que abandonaría al cabo de dos meses y adonde no volvería hasta tres o cuatro años después.

Aquel joven delgado, dominante, tostado por el sol, no le gustó mucho a la señora Ricciotti, pero sí a la bella Margherita, a la que desde el primer momento halagó con su perentoria petición de mano. No tenía mala apariencia, y mostraba ese aire despreocupado y autoritario que adquieren los europeos en el trópico; además, sólo tenía veintiséis años. El proceder del fabuloso y lejano Ceilán le rodeaba de una aureola romántica, y su aire de ultramar le otorgaba una real superioridad sobre el promedio de la vida cotidiana local. Statenfoss vestía al estilo inglés: el esmoquin, el uniforme de tenis, el frac e incluso el equipo de montaña, todas sus prendas eran de primera calidad; las maletas que llevaba

consigo eran desusadamente numerosas y grandes para un soltero, y en todos los aspectos parecía un hombre acostumbrado a un modo de vida de primera clase. Se tomaba sus ocupaciones y diversiones veraniegas con tranquila naturalidad, hacía con exactitud y a la perfección lo que tenía que hacer, pero nunca se le veía mostrar entusiasmo, ni cuando practicaba alpinismo ni en el remo ni jugando al tenis ni en los juegos de cartas, sino que parecía practicar esas actividades como un huésped que estaba de paso, un huésped de un país lejano y fabuloso, donde hay palmeras y cocodrilos, donde las gentes de su rango se hacen abanicar y servir agua helada en sus haciendas, blancas y limpias, por un batallón laborioso de siervos de color. Sólo ante Margherita abandonaba su calma y su exótica superioridad, hablaba con ella en una mezcla encendida de alemán, italiano, francés e inglés, acechaba a las damas Ricciotti de la mañana a la noche, les leía periódicos y les llevaba hamacas, poniendo tan poco empeño en ocultar ante la gente su interés por Margherita que pronto todos siguieron con expectación sus esfuerzos por complacer a la bella italiana. Se asistía con un interés deportivo a su romance y ocasionalmente se hicieron apuestas.

Todo esto desagradaba notablemente a la señora Ricciotti, y hubo días en que protestaba con ofendida majestad, mientras Margherita se veía llorosa y el señor Statenfoss tomaba whisky con soda en el mirador, con semblante sombrío. Pero él pronto estuvo de acuerdo con la chica en que ya no habían de separarse. Y una mañana bochornosa, cuando la señora Ricciotti, ofuscada, retrajo airadamente a su hija que el trato familiar con el plantador de té perjudicaba su buen nombre y, sobre todo, que un hombre que no poseyera una gran fortuna no era el indicado para ella, la encantadora Margherita se encerró en su habitación y se bebió un frasquito de quitamanchas, que ella creía que era venenoso, y que en realidad sólo le robó el poco apetito que había recobrado e hizo que su rostro se volviera un poquito más pálido y espiritual.

Pero el mismo día, mientras Margherita permanecía recostada en un diván durante horas convaleciente, su madre mantenía una larga conversación con el señor Statenfoss en un bote de remos alquilado a tal efecto y se concretó el noviazgo, y al día siguiente se vio al enérgico personaje desayunando en la mesa de las damas. Margherita estaba feliz; su madre, en cambio, consideraba aquel noviazgo como un mal necesario pero con la esperanza de que fuera, con suerte, pasajero. «En último término — pensaba —, en casa nadie sabe nada de esto, y si en un futuro aparece un partido mejor, el novio estará en el lejano Ceilán y no habrá necesidad de consultarle.» Por eso, la señora Ricciotti insistió en que él no aplazara su viaje de regreso, y cuando el novio exigió casarse aquel mismo verano y llevarse consigo a su joven mujer a Ceilán, la madre amenazó con marcharse de allí y romper toda relación con él.

El novio tuvo que ceder, y lo hizo a regañadientes, pues desde el momento del compromiso las damas Ricciotti parecían como fundidas en una sola persona, y tuvo que recurrir a toda suerte de artimañas para estar por lo menos unos minutos a solas con su novia. En Lucerna le compró los más hermosos regalos de novia; pero pronto llegaron telegramas de su empresa reclamándole desde Inglaterra, y no volvió a ver a su hermosa prometida hasta que ésta fue a buscarle, en compañía de su madre, a la estación de trenes en Genova, para estar una tarde con él y acompañarle al puerto a primera hora de la mañana del día siguiente.

— Volveré, a más tardar, dentro de tres años, y entonces nos casaremos — gritó al pie de la escalerilla del barco, que fue retirada enseguida.

Entonces se oyó la música de a bordo y el vapor de la Lloyd se alejó lentamente del puerto.

Madre e hija volvieron a Padua en silencio y reanudaron su vida habitual. La señora Ricciotti aún no daba nada por perdido. «Dentro de un año — pensaba —, todo cambiará, y buscaremos otro balneario elegante donde, sin duda, muy pronto surgirán nuevas y brillantes oportunidades.» Entretanto, el novio lejano escribía a menudo largas cartas, y Margherita estaba feliz. Se recuperó por completo de los avatares de aquel verano inquieto, mejoró visiblemente, y de la anemia y la falta de apetito no quedaba ni rastro. Su corazón estaba atado, su destino asegurado, y en el modesto bienestar de su tranquila vida se entregó a sueños placenteros, aprendió algo de inglés y confeccionó un bonito álbum donde pegaba las espléndidas fotografías de palmeras, templos y elefantes que le enviaba el novio.

El verano siguiente no viajaron al extranjero, sino que pasaron unas pocas semanas en un modesto centro de veraneo en las montañas Eugéneas, y lentamente la madre se fue conformando y renunció a los ambiciosos planes que hacía para su obstinada hija. A veces llegaban envíos de la India con finas

muselinas y preciosas blondas, estuches de púas de puerco espín y pequeños objetos de marfil; todo esto se enseñaba a las amistades, y pronto se fue llenando la sala de visitas. Y cuando llegó la noticia de que Statenfoss se encontraba enfermo y tenía que ser trasladado a las montañas para su mejoría, la señora Ricciotti ya no abrigó esperanzas y rezó junto con la hija por la curación del lejano ser querido que afortunadamente sanó.

Para ambas damas este estado de tranquila satisfacción era una situación a la que no estaban acostumbradas. La signara se hizo más burguesa, como no lo había sido nunca en su vida; envejeció un poco y engordó tanto que el canto le resultaba difícil. Ya no tenían necesidad alguna de dejarse ver y dar la impresión de opulencia, gastaban poco en prendas de vestir y se encontraron a gusto con una modesta vida familiar, ya no ahorraron para viajes costosos y disfrutaron más del bienestar cotidiano.

Así se evidenció, sin que las interesadas lo percibieran expresamente, hasta qué punto Margherita era la hija de su madre. Desde el episodio del quitamanchas y la despedida en Genova apenas había tenido tribulaciones serias, florecía y ganaba peso velozmente, y a falta de congojas anímicas o esfuerzos físicos que dificultasen su crecimiento (también había dejado el tenis desde hacía tiempo), no sólo desapareció de su pálido y bello rostro el aspecto de melancolía o de sentimentalismo, sino que también su esbelta figura fue cambiando más y más y adquirió una apacible exuberancia que antaño nadie habría imaginado. Claro que lo que en la madre era cómico y grotesco, en la hija aún tenía frescor y quedaba atenuado por el encanto juvenil; pero sin lugar a dudas su tendencia era a engordar y se encontraba en el mejor camino de transformarse en una dama respetable e imponente.

Habían pasado ya tres años y el novio escribió desesperado, diciendo que no podía tomarse vacaciones aquel año. Sus ingresos, en cambio, se habían incrementado e invitaba a su amada, en caso de que el año próximo no pudiera viajar a Europa, a trasladarse allá y tomar posesión, como dueña, de la linda finca que estaba construyendo.

Procuraron sobreponerse a la decepción y aceptaron la propuesta. La señora Ricciotti no podía ocultar que su niña había perdido algo de su encanto exterior y que sería absurdo poner reparos, arriesgando un porvenir seguro.

Hasta aquí la historia tal como me la contaron más adelante; lo que sigue lo presencié por casualidad como testigo ocular.

Salí un día de Genova a bordo de un barco de la Lloyd del norte de Alemania, que zarpaba para Asia oriental. Entre los no muy numerosos pasajeros de primera clase destacaba una joven italiana que había embarcado conmigo en Genova y viajaba en calidad de novia hacia Colombo. Hablaba algo de inglés, y como también había a bordo otras novias que viajaban a Penang, Shanghai y Manila, las jóvenes y valientes muchachas formaron un grupo agradable y simpático que era la alegría del barco. Ya antes de cruzar el canal de Suez los más jóvenes nos habíamos hecho amigos y con frecuencia intentábamos usar nuestros conocimientos de italiano con la imponente paduana, a la que comenzamos a llamar «el coloso».

Infortunadamente, después de doblar el cabo Guardafui, el mar comenzó a agitarse un poco, y ella se mareó sin remedio, y la que hasta entonces habíamos mirado como un capricho divertido de la naturaleza, se pasaba todo el día en un estado deplorable, recostada en su silla de cubierta, con lo que se ganó nuestra compasión, y la rodeamos de toda clase de atenciones, sin poder ocultar a veces una sonrisa por su peso espectacular. Le llevábamos té y caldo, le leíamos en italiano, lo que a menudo provocaba su sonrisa, y cada mañana y cada mediodía la conducíamos en su silla de mimbre al lugar más sombreado y tranquilo de la cubierta. Poco antes de llegar a Colombo estaba algo recuperada; sin embargo, seguía tumbada, indiferente y desanimada, con una expresión infantil de sufrimiento y debilidad en el rostro gordinflón y bondadoso.

Ceilán estaba a la vista, y todos colaboramos tomando las maletas del coloso; ya estaban listas para desembarcar, y tras catorce días de navegación, se apoderó de todo el barco esa inquietud impetuosa con que se esperan los primeros puertos importantes.

Todos ansiaban llegar a tierra firme, se habían provisto de sombreros coloniales y sombrillas, tenían en la mano mapas y guías de viaje, miraban con catalejos la costa que se acercaba y se olvidaban por completo de las personas de las que una hora antes se habían despedido cordialmente, aunque aún estaban presentes. Todos tenían como único pensamiento llegar a tierra, cuanto antes, ya fuera para

volver al trabajo o al hogar tras un largo viaje, o para contemplar con curiosidad la primera playa tropical, los primeros cocoteros y los indígenas de piel bronceada, o sólo para abandonar durante unas horas el barco, que de pronto carecía de interés, y tomar en tierra firme un whisky en un cómodo hotel. Todos estaban febrilmente ocupados en cerrar sus camarotes o en pagar sus cuentas del salón de fumar, en preguntar por el correo recién llegado a bordo y en escuchar y transmitir las primeras noticias importantes del mundo y de la política.

En medio de esta algarabía, la obesa paduana yacía con aparente indiferencia en su lugar, todavía con mala cara y debilitada por los ayunos, con mejillas macilentas y ojos soñolientos. De vez en cuando, en medio del tumulto se le acercaba alguien que ya se había despedido de ella hacía rato y que de nuevo le daba la mano y la felicitaba por la llegada. Y de pronto la música sonó estrepitosamente, el segundo oficial se colocó junto a la escalera colgante para ordenar el tráfico de pasajeros y apareció el capitán, extraño y transformado, con traje gris de calle y sombrero almidonado. El bote del agente le subió a bordo, a él y a unos pocos huéspedes privilegiados, y los demás se abalanzaron a las lanchas de motor y embarcaciones de remo que se ofrecían al pasaje.

En aquel momento apareció un señor en traje tropical blanco con botones plateados, que venía de tierra.

No tenía mala apariencia; su rostro joven y tostado presentaba, bajo el casco colonial, ese aire duro y suficiente de las gentes de ultramar. En la mano llevaba un majestuoso ramo de grandes flores indias que le cubría del vientre a la barbilla. Se abrió paso entre la multitud con el andar de quien sabe desenvolverse en esos barcos, buscando algo con mirada inquieta, y cuando me rozó, imaginé de pronto que era el novio del coloso. Siguió presuroso de acá para allá, pasó dos veces por delante de su novia, desapareció en el salón de fumar, volvió sin aliento, llamó al encargado del equipaje y, finalmente, tropezó con el jefe de auxiliares, a quien retuvo e interrogó con impaciencia. Le vi darle una propina y preguntarle ansiosamente algo en voz baja, y el hombre sonrió, asintió de forma amable con la cabeza y señaló hacia la silla donde nuestra paduana aún seguía recostada, con los ojos entornados. El forastero se aproximó. Contempló la figura yacente, se volvió apresurado hacia el jefe de auxiliares, que le hacía gestos de confirmación, se adelantó de nuevo y lanzó desde cierta distancia una mirada escrutadora sobre la gruesa muchacha. Entonces apretó los dientes, dio la vuelta con lentitud y se retiró, indeciso.

Se fue a la sala de fumar, que en aquel preciso momento debía cerrar. Dio una propina al encargado y pidió un whisky doble, se sentó y lo tomó con aire pensativo. Luego el encargado le pidió cortésmente que se marchara y cerró el salón.

El forastero se encaminó, pálido y con un humor de mil demonios, a la cubierta de proa, donde los músicos estaban guardando sus instrumentos de viento. Se acercó a la borda, dejó caer cuidadosamente su gran ramo de flores al agua sucia, se recostó sobre la barandilla y escupió.

Entonces pareció haber tomado una decisión. Una vez más dio una vuelta lenta por la cubierta hasta llegar al lugar donde estaba la paduana, que entretanto se había levantado y miraba a su alrededor, fatigada y algo asustada. Se acercó, se quitó el casco de la cabeza, cuya frente blanca destacó sobre el rostro bronceado, y le dio la mano al coloso.

Ella se le echó al cuello sollozando y así quedó un rato mientras él, tenso y sombrío, miraba fijamente, por encima de la nuca que ella mantenía rendidamente doblada, hacia la costa. Entonces corrió hacia la borda, masculló una furiosa cascada de órdenes en el gutural idioma cingalés y luego tomó en silencio el brazo de su novia, para guiarla a su bote.

No sé cómo les va. Pero a la vuelta me enteré en el consulado de Colombo de que la boda se había celebrado.

El Ciclón

Era a mediados de los años noventa y yo trabajaba de meritorio en una pequeña fábrica de mi ciudad natal, que aquel año abandonaría para siempre. Tenía casi dieciocho años y no sabía lo hermosa que era mi juventud, aunque la disfrutaba diariamente y la sentía a mi alrededor como el pájaro siente el aire. A las personas mayores, que no recuerdan los años con precisión, me basta indicarles que el año en que sucedió lo que ahora relato nuestra región fue azotada por un ciclón o temporal de una violencia que nunca se ha vivido en el país. Sucedió aquel año. Dos o tres días antes yo me había clavado un cincel de acero en la mano izquierda. La mano tenía un agujero y se inflamó; tenía que llevarla vendada y no podía acudir al taller.

Recuerdo que durante todo aquel final de verano nuestro estrecho valle sufrió un increíble bochorno y que a veces una tormenta seguía a otra durante varios días. Había una cálida inquietud en la naturaleza, que a mí sólo me afectó de forma insensible e inconsciente, pero de la que recuerdo algunos pequeños detalles. Por ejemplo, al atardecer, cuando iba a pescar, encontraba a los peces extrañamente excitados por la cargada atmósfera, se lanzaban unos sobre otros en desorden, con frecuencia saltaban fuera del agua y se precipitaban a ciegas al anzuelo. Finalmente refrescó un poco y el tiempo se calmó, las tormentas se hicieron más escasas y en las madrugadas se empezaba ya a oler un ambiente otoñal.

Una mañana salí de la casa a corretear, con un libro y un pedazo de pan en el bolsillo. Siguiendo la costumbre adquirida en mi niñez, primero crucé el jardín de detrás de la casa, que aún estaba envuelto en sombras. Los abetos que había plantado mi padre y que yo había conocido cuando eran jóvenes y delgados, se erguían altos y robustos. Debajo de ellos se formaban montones de pinochas color marrón claro, en el mismo sitio donde años atrás no crecían más que siemprevivas. Pero al lado, en un bancal largo y estrecho, se alzaban las plantas vivaces de mi madre, que se veían florecientes y lozanas, y de las que cada domingo cogíamos grandes ramos de flores. Había una planta con haces de pequeñas flores color bermellón, que se llamaba «amor ardiente», y un tierno arbusto sostenía, en sus tallos delgados, flores en forma de corazón rojas y blancas, que se llamaban «corazones de mujer», y otra planta tenía por nombre «vanidad caída». Cerca de allí crecían ámelos de largos tallos que aún no habían llegado a florecer, y en medio reptaba por el suelo, con blandas espinas, el sedo de hojas carnosas y la graciosa verdolaga; y aquel bancal estirado y angosto era nuestro favorito, nuestro jardín de ensueño, porque en él crecían flores variadas y exóticas, más extraordinarias y preciosas que todas las rosas de los dos bancales circulares. Cuando el sol salía y brillaba sobre nuestro muro cubierto de hiedra, cada planta mostraba su peculiaridad y belleza; los gruesos gladiolos de colores brillantes resplandecían, el heliotropo era azul y estaba como hechizado, hundido en su intenso aroma, los amarantos colgaban, mustios y marchitos; pero la aguileña se mantenía firme y repicaba con sus campanillas cuádruples de verano. En torno a los vasos de oro y al flox azul zumbaban ruidosamente las abejas, y por la tupida hiedra corrían, presurosas y en desorden, pequeñas arañas parduscas. Sobre los alhelies temblaban en el aire las veloces mariposas de vientres abultados y alas transparentes, llamadas esfinges o colas de paloma.

En mi felicidad ociosa iba de una flor a otra, olía aquí y allá un pimpollo fragante o abría cuidadosamente con los dedos un cáliz para ver su interior y admirar el misterioso fondo pálido y el armonioso orden de nervios y pistilos, de blandas fibras vellosas y estrías claras como el cristal. Entretanto, estudiaba el nuboso cielo matinal, donde reinaba una extraña mezcla de jirones de niebla y pequeñas nubes lanosas. Me pareció que aquel día descargaría otra tormenta y decidí que por la tarde iría unas horas a

pescar. Aparté, con la esperanza de encontrar lombrices, unas rocas del cercado del camino, pero sólo aparecieron tropeles de cochinillas secas y grises, que huían en desbandada en todas direcciones.

Pensé en lo que podría hacer, pero de momento no se me ocurrió ningún plan. El año anterior, durante mis últimas vacaciones, todavía era un adolescente. Lo que más me gustaba entonces, disparar a la diana con un arco de avellano, hacer volar cometas y saltar con pólvora las cuevas de los ratones de campo, ya no tenía el atractivo y encanto de antes, como si una parte de mi alma estuviera cansada y no respondiera ya a las voces que antes la incitaban y la hacían feliz.

Extrañado y sintiendo una incipiente angustia, eché una ojeada al mundillo bien conocido de mis alegrías infantiles. El pequeño jardín, el balcón adornado de flores y el húmedo patio umbrío con su empedrado salpicado de verde musgo mostraban un aspecto diferente del de antes. Incluso las flores habían perdido algo de su inagotable encanto. El viejo barril con el canalón seguía en un rincón del jardín, sencillo y aburrido, y desde allí hacía correr el agua durante media jornada. Para tribulación de mi padre, instalé ruedas de molino de madera, construí diques y canales en el trayecto y ocasioné enormes inundaciones. El corroído barril había sido mi pasatiempo fiel y favorito, y cuando lo miraba sentía dentro de mí un eco de aquellas alegrías infantiles, pero el eco sonaba triste y el depósito ya no era un manantial, ni un torrente, ni un Niágara.

Crucé el cercado con paso meditabundo; una campanilla azul me rozó la cara, la arranqué y me la puse en la boca. Estaba decidido a dar un paseo y contemplar nuestra ciudad desde lo alto del monte. Pasear era una idea bastante placentera que antes jamás se me habría ocurrido. Un adolescente no sale de paseo. Va al bosque como bandido, caballero o indio, al río como balsero, pescador o constructor de molinos, y va a las praderas a la caza de mariposas y lagartijas. Y así mi paseo me pareció una actividad solemne y un tanto aburrida, de un adulto que no sabe bien qué hacer.

Mi campanilla azul se marchitó pronto y la tiré, y luego mordisqueé una ramita de boj que había arrancado; tenía un sabor amargo y aromático. En el terraplén de la vía del tren, donde crecía la alta retama, pasó corriendo a mis pies una lagartija verde; entonces sí se despertó en mí la adolescencia y no descansé, corrí, me deslicé y espié, hasta que tuve en mis manos al asustado animal, ávido de sol. Miré sus pequeños ojos brillantes como piedras preciosas y sentí, en una evocación de mi antigua afición de cazador, el cuerpecillo elástico y resistente y las fuertes patas que se defendían y forcejeaban entre mis dedos. Pero ahí terminó mi interés, y ya no supe qué hacer con el animal capturado. Aquello no me decía nada, no me hacía feliz. Me agaché y abrí la mano, la lagartija se mantuvo quieta un momento, asombrada; su violenta respiración se marcaba en sus flancos, y desapareció rápidamente entre la hierba. Ante mí pasó un tren sobre las vías relucientes, le seguí con la vista y de repente comprendí con toda claridad que aquella tierra no me podía brindar ya ningún placer y deseé con todas mis fuerzas irme con aquel tren y salir al mundo.

Miré alrededor, buscando al guarda en las proximidades, y al no ver a nadie ni oír nada, crucé rápidamente la vía; trepé por las altas rocas rojas de arenisca, en las que aún podían verse los agujeros ennegrecidos de los barrenos para la construcción de la vía. Conocía el atajo para llegar hasta arriba, agarrándome a las duras matas de retama, ya marchitas. En las piedras rojizas se respiraba un calor seco; mientras trepaba, la arena cálida se filtraba por mis mangas, y cuando alcé la vista apareció por encima de la pared vertical de piedras el cielo cálido y brillante, asombrosamente cercano y firme. Y de pronto me encontré arriba; pude apoyarme en el borde de las piedras, arrastrar las rodillas, agarrarme a un pequeño tronco de acacia, delgado y espinoso, y me hallé en una pradera perdida, que subía en pendiente.

Aquel tranquilo y pequeño páramo, bajo el cual pasaban los trenes en perspectiva vertical, había sido para mí, en otro tiempo, un apreciado sitio de descanso. Aparte de la hierba dura y salvaje, imposible de segar, crecían pequeños rosales de tiernas espinas y alguna que otra débil acacia sembrada por el viento, que dejaba pasar el sol a través de sus hojas finas y transparentes. En aquella isla de hierba, que en la parte superior estaba cortada por una franja de piedra roja, me instalé como un Robinson; aquel paraje solitario no pertenecía a nadie, sólo a quien tenía el valor y el espíritu aventurero de conquistarlo escalando en vertical. A los doce años grabé allí mi nombre en una piedra con un cincel, allí leí *La rosa de Tannenburg* y escribí un drama infantil que trataba de un valiente cacique de una tribu india en vías de desaparición.

La hierba, quemada por el sol, colgaba en mechones descoloridos y blanquecinos por la ladera escarpada, y la retama encendida despedía un aroma fuerte y áspero en la calidez del aire inmóvil. Me tendí sobre aquel árido suelo, contemplé cómo el sol deslumbrante traspasaba las finas hojas de las acacias meticulosamente ordenadas, que respiraban bajo el cielo de intenso azul, y me puse a pensar. Me pareció que era la hora indicada de desplegar ante mí mi vida y mi porvenir.

Pero no descubrí nada nuevo. Sólo me di cuenta del extraño empobrecimiento que me amenazaba por todas partes, de cómo palidecían y se marchitaban inquietantemente las alegrías pasadas y los pensamientos que había amado. Para lo que había tenido que dar contra mi voluntad, para toda la dicha perdida de la niñez, mi oficio no era un sustituto adecuado, no me gustaba mucho y le fui fiel durante poco tiempo. Para mí no existía la opción de salir al mundo, donde sin duda encontraría en alguna parte nuevas satisfacciones. ¿De qué tipo podrían ser?

Podía ver el mundo y ganar dinero, ya no había que preguntar al padre y a la madre antes de hacer o emprender algo, los domingos podía jugar a los bolos y beber cerveza. Pero veía perfectamente que todo eso eran cosas secundarias y no el sentido de la nueva vida que me esperaba. El sentido verdadero estaba en otra parte, era algo más profundo, más hermoso, más secreto, y presentía que estaba relacionado con las chicas y con el amor. Ahí tenía que ocultarse un placer y una satisfacción profundos, de otro modo, sacrificar los deleites infantiles carecería de sentido.

Sabía algo del amor, había observado a algunas parejas de amantes y leído poemas amorosos de maravilloso éxtasis. También me había enamorado en varias ocasiones y había experimentado en sueños parte de la dulzura por la que un hombre se juega la vida y que da sentido a sus actos y anhelos. Tenía compañeros de escuela que ya iban con chicas y colegas en el taller que hablaban sin miedo de los bailes dominicales y de ventanas escaladas por las noches. Mas para mí el amor era aún un jardín cerrado, ante cuyas puertas esperaba con tímida añoranza.

No fue hasta la última semana, poco antes de mi accidente con el cincel, que sentí claramente su llamada, y desde entonces me encontré enfrascado en los inquietos pensamientos de quien se va a despedir; desde entonces mi vida anterior se convirtió en pasado y se clarificó mi sentido del futuro. Una tarde nuestro segundo aprendiz me llamó aparte y me contó, mientras volvíamos a casa, que conocía a una chica guapa que aún no tenía novio y no quería tener a otro que a mí, y que había bordado un portamonedas de seda que me quería regalar. No quiso decir su nombre, yo mismo lo tendría que adivinar, pero ante mi insistencia, mis preguntas y, finalmente, mi indiferencia, se detuvo — nos hallábamos en el puente del molino que cruza el río — y me dijo en un murmullo:

— Viene detrás de nosotros.

Me di la vuelta, desconcertado, entre esperanzado y temeroso de que sólo fuera una broma tonta. En aquel momento subía las gradas del puente una muchacha de la hilandería de algodón, Berta Vögtlin, a la que ya conocía desde la catequesis de la confirmación. La muchacha se detuvo, me miró sonriendo y poco a poco se fue ruborizando, hasta que todo su rostro se convirtió en una llama. Seguí rápidamente el camino a casa.

Desde entonces volvió a abordarme en dos ocasiones, una en la hilandería, donde trabajábamos los dos, y otra al regresar a casa al atardecer, pero esta segunda vez sólo me saludó, diciendo:

— ¿Ya ha terminado el trabajo?

Esto significaba que deseaba comenzar una conversación, pero yo simplemente asentí con la cabeza y me marché, aturdido.

Mis pensamientos se aferraban a esta historia y no se aclaraban. A menudo había soñado ansiosamente con amar a una muchacha bonita. Ya tenía una, hermosa y rubia y algo más alta que yo, que quería que la besara y descansar en mis brazos. Era alta y fuerte, blanca y sonrosada y de rostro bello. En su nuca jugueteaban los rizos de un rubio oscuro y su mirada estaba llena de anhelo y amor. Pero yo nunca había pensado en ella, nunca me había enamorado de ella, nunca la había deseado en sueños cariñosos ni había susurrado su nombre temblando sobre mi almohada. Podía, si ella quería, acariciarla y hacerla mía, pero no podía cortejarla, arrodillarme ante ella y adorarla. ¿Cómo salir de aquella situación? ¿Qué debía hacer?

Me levanté malhumorado de mi lecho de hierba. Ay, era una mala época. Ojalá se acabase mañana mismo mi año de aprendizaje en la fábrica, para marcharme lejos de allí, empezar de nuevo y olvidar

todo aquello.

Sólo por hacer algo y sentirme vivo, decidí subir hasta la cima del monte, aunque percibí que se trataba de una tarea agotadora. Allá arriba estaría muy por encima de la pequeña ciudad y podría mirar a la lejanía. Subí impetuosamente por la montaña hasta alcanzar las peñas más altas, me agarré a las piedras y gané la cima, donde el inhóspito monte abundaba en matorrales y restos de piedras. Sudoroso y respirando con esfuerzo llegué hasta lo más alto y sentí con alivio el aire suave de la altura soleada. Rosas marchitas pendían sueltas de los tallos y dejaban caer pálidas hojas macilentas y cansadas cuando las rozaba al pasar. Verdes y pequeñas zarzamoras crecían por doquier y sólo el lado donde les daba el sol mostraba el primer tenue destello de marrón metálico. Las mariposas de cardo revoloteaban tranquilamente en el aire calmado y cálido, arrastrando destellos de color. Sobre la sombrilla azulada de una aquilea se posaban innumerables escarabajos rojos con manchas negras, en silencioso y extraño cóncave, moviendo como autómatas sus largas patas delgadas. Ya habían desaparecido todas las nubes del cielo, y ahora éste era de un azul puro, cortado con violencia por las negras puntas de los abetos de los montes cercanos.

Me detuve sobre el pico más alto, donde los escolares solíamos encender nuestras fogatas de otoño, y miré hacia atrás. En lo hondo del valle, sumido en la penumbra, vi el resplandor del río y el fulgor de la espuma blanca de las presas del molino, y recostada en la estrecha hondura nuestra vieja ciudad, con sus tejados terrosos, sobre los que se elevaba, tranquila y verticalmente, el humo azul de las chimeneas. Allí estaba la casa de mi padre y el viejo puente, nuestro taller, donde veía brillar, rojo y diminuto, el fuego de la fragua y, más allá, río abajo, la hilandería, en cuyo tejado plano crecía la hierba y tras sus relucientes cristales trabajaba, entre muchos otros, Berta Vögtlin. Ay, ¡ésa! No quería saber nada de ella.

La ciudad natal se mostraba ante mí tal y como la conocía, fiel a su imagen de siempre, con todos sus jardines, parques y rincones; los números dorados del reloj de la iglesia brillaban con la luz del sol, y en el umbrío canal del molino se reflejaban claramente las casas y los árboles que quedaban en la zona oscura y fresca. Sólo yo había cambiado y sólo de mí dependía que entre mi persona y aquel panorama se interpusiera un velo espectral de distanciamiento. Encerrada en aquel pequeño enclave de muros, río y bosque, mi vida no era segura ni feliz; aún estaba atada con fuertes hilos a aquellos lugares, pero ya no se sentía encerrada ni cercada, y pugnaba por franquear las estrechas fronteras, con las alas del anhelo, y salir al ancho mundo. Mientras miraba hacia abajo con una tristeza especial, brotaban en mi alma, festivas, las secretas esperanzas de mi vida, frases de mi padre y otras de poetas venerados, junto a mis propios deseos más íntimos; y me pareció una cosa seria y sumamente valiosa convertirme en un hombre y tomar de forma consciente el destino en mis manos. Entonces este pensamiento incidió como una luz sobre las dudas que me agobiaban por el asunto de Berta Vögtlin. Por muy bonita que fuera y por mucho que me amara, yo no recibiría el regalo de la felicidad de las manos de una muchacha sin antes trabajarlo y conquistarlo.

Faltaba poco para el mediodía. Se me habían disipado las ganas de escalar y bajé pensativo por el camino de sirga hacia la ciudad, pasando bajo el pequeño puente del ferrocarril — donde en mis años de niñez solía capturar, entre las matas de ortigas, las orugas peludas y grises de los pavones —, y bordeando los muros del cementerio, a cuya entrada un nogal desplegaba su densa sombra sobre el suelo tapizado de musgo. El portón estaba abierto y oí el murmullo de la fuente en su interior. Casi al lado, se hallaba la plaza de los juegos y las celebraciones, donde en la Fiesta de Mayo y el Día de la Victoria de Sedán se comía y bebía, se charlaba y bailaba. Ahora estaba en silencio y olvidada, a la sombra de los viejísimos y gruesos castaños, con deslumbrantes manchas de sol sobre la arena roja.

Allí abajo, en el valle, por el camino soleado que bordeaba el río, el calor del mediodía era implacable; en la orilla opuesta, donde el deslumbrante sol envolvía las casas, se erguían unos pocos fresnos y arces de débil follaje, ya con el color amarillo del fin de verano. Como tenía por costumbre, fui a la orilla e intenté ver los peces. En el agua cristalina oscilaban las algas, espesas y barbudas, con movimientos largos y ondulantes. Aquí y allá, en huecos oscuros que yo conocía muy bien, veía algún pez gordo y solitario, indolente e inmóvil, con la cabeza contra la corriente, y más arriba pequeños bancos de crías de albur huían corriendo. Vi que había hecho bien en no ir a pescar aquella mañana; pero el viento y el agua y la manera como un viejo y oscuro barbo descansaba entre dos piedras redondas en el agua

clara, me decían que aquella tarde podría pescar algo. Lo tomé en cuenta y seguí adelante, y respiré hondo cuando desde la calle cegada de sol entré en el fresco umbral de nuestra casa.

— Creo que hoy tendremos de nuevo tormenta — dijo en la mesa mi padre, que poseía un fino instinto para prever el tiempo.

Objeté que no se veía la más leve nube en el cielo y no soplabla el viento del oeste, pero él sonrió y dijo:

— ¿No sientes que el aire está tenso? Ya lo veremos.

Desde luego que había un ambiente bochornoso y el canal de desagüe olía muy fuerte, como cuando sopla el viento del sur. Estaba cansado por la escalada y por el calor que había pasado, y me senté en el balcón, mirando hacia el jardín. Poniendo poca atención, a veces interrumpido por un ligero dormitar, leí la historia del general Cordón, el héroe de Kartum, y poco a poco fue aumentando mi certeza de que pronto habría tormenta. El cielo seguía exhibiendo un azul puro, pero el aire era cada vez más sofocante, como si capas de nubes incandescentes se hubieran situado delante del sol, que seguía claramente definido en la altura. Hacia las dos volví a entrar en casa y empecé a acondicionar mis aparejos de pesca. Mientras buscaba los sedales y los anzuelos noté ya la íntima excitación previa a la pesca y me sentí agradecido porque aún conservaba ese placer profundo y apasionante.

La calma extraña y agobiante, opresiva, de aquella tarde se quedó grabada para siempre en mi memoria. Llevé mi cubo de pesca río abajo hasta el puente inferior, que ya se encontraba parcialmente cubierto por la sombra de las casas altas. De la cercana hilandería llegaba el susurro monótono y adormecedor de las máquinas, semejante a un zumbido de abejas, y del molino de arriba se oía a cada minuto el chirrido ronco e irritante de la sierra circular. Aparte de esto, todo estaba en calma; los obreros se habían retirado a la sombra de los talleres y en el callejón no se veía un alma. En la isla del molino un niño pequeño y desnudo se abría paso entre las piedras mojadas. Ante el taller del maestro tonelero, había planchas de madera sin pulir apoyadas en la pared que, debido al calor, desprendían un penetrante aroma que llegaba hasta mí y se podía diferenciar claramente del intenso olor, en parte a pescado, del agua.

También los peces habían advertido lo insólito de la atmósfera y se comportaban de forma caprichosa. Algunos escarches se acercaron al anzuelo durante el primer cuarto de hora, uno muy gordo y pesado con unas aletas pectorales de un rojo precioso me rompió el sedal cuando ya por poco lo tenía en las manos. Casi enseguida los animales se volvieron inquietos, los escarches se enterraron en lo profundo del fango y no volvieron a mirar el cebo, mientras salían a la superficie banales de pececillos jóvenes, de un año quizá, que nadaban en grupos cada vez más numerosos huyendo río arriba. Todo indicaba que se acercaba un cambio de tiempo, pero el aire continuaba quieto como un cristal y el cielo seguía immaculado.

Me pareció que algún tipo de aguas residuales habían ahuyentado a los peces, y como aún no quería darme por vencido, busqué otro sitio y me dirigí al canal de la hilandería. Encontré allí un lugar junto al almacén y saqué mis aparejos, y en aquel momento, en una ventana de las escaleras de la fábrica, apareció Berta, que al verme se puso a hacer señas. Pero yo hice como si no la hubiera visto y me incliné sobre mi caña de pescar.

El agua oscura corría entre las paredes del canal y vi reflejada mi figura, de contornos temblorosos a causa de las olas, sentada, con la cabeza entre las suelas de los zapatos. Berta, que aún seguía en la ventana, me llamó por mi nombre, pero yo me quedé inmóvil mirando el agua y no volví la cabeza.

No había manera de pescar; también allí los peces se movían exaltados, como si tuvieran alguna tarea apremiante que hacer. Fatigado por el calor sofocante, permanecí sentado sobre el pequeño muro, sin esperar ya nada de aquel día; deseaba que anocheciera. Detrás de mí, en las salas de la hilandería zumbaba la eterna melodía de las máquinas, el agua del canal rozaba con leve rumor las húmedas paredes revestidas de verde musgo. Me invadió una indiferencia soñolienta y permanecí sentado, porque me sentía demasiado indolente para volver a enrollar el sedal.

De este letargo perezoso desperté de pronto, quizás al cabo de una media hora, con un sentimiento de preocupación y de profundo malestar. Una ráfaga de viento se arremolinó con violencia, el aire era insípido y espeso y algunas golondrinas huían asustadas rozando el agua. Me sentía mareado y pensé que quizás había sufrido una insolación, el agua parecía despedir un olor más fuerte y una sensación

desagradable, como proveniente del estómago, se apoderó de mi cabeza; comencé a sudar. Saqué el sedal del agua para refrescar mis manos con las gotas que caían y empecé a recoger mis cosas.

Cuando me levanté, vi que en la plaza, frente a la hilandería, el polvo se arremolinaba en pequeñas nubes juguetonas que, de repente, se elevaron y formaron una sola nube; allá arriba en la atmósfera revuelta los pájaros huían como azotados por los remolinos, y seguidamente vi que más abajo, en el valle, el aire se tornaba blanco como durante una espesa tormenta de nieve. El viento, ya sorprendentemente fresco, se lanzó sobre mí como un adversario, barría los pececillos del agua, me quitó la gorra y me abofeteó el rostro.

Sentí que me envolvía la masa blanquecina que casi había acabado de posarse como un manto de nieve sobre los lejanos tejados, me rodeó súbitamente, fría e hiriente; el agua del canal salpicó hasta muy arriba como por efecto de unas rápidas ruedas de molino, el sedal desapareció, y a mi alrededor una tromba de agua blanca y aniquiladora bramaba, jadeando; yo recibía golpes en la cabeza y en las manos, la tierra me salpicaba desde abajo y en el aire había arena y trozos de madera formando remolinos.

Todo aquello me resultaba incomprensible; sólo sentía que algo terrible estaba sucediendo y que corría peligro. De un salto llegué al almacén y me guarecí dentro, ciego de sorpresa y de espanto. Me agarré a un poste de hierro y durante unos segundos estuve aturdido y sin aliento, mareado y con un miedo visceral, hasta que empecé a entender. Se había desatado una tempestad de mil demonios, como jamás había visto ni hubiera creído posible; en la altura resonaba un clamor amenazante o salvaje; sobre el tejado plano y en el suelo, a la entrada, un granizo de grueso calibre se precipitaba en masas blancas y espesas y de afuera me llegaban piedras tan grandes como un huevo. El fragor del granizo y del viento era horrible, el canal azotado por el huracán hervía de espuma y el agua fustigaba los muros subiendo y bajando en inquieto oleaje.

En un minuto vi tablas, losas de pizarra de los tejados y ramas de árboles arrancadas y lanzadas al aire, piedras que caían y trozos de argamasa que se precipitaban y quedaban sepultados inmediatamente bajo la masa de granizo que se acumulaba encima; vi que algunas tejas se rompían como si las estuvieran golpeando con un martillo, los cristales estallaban y los desagües de los tejados se desplomaban.

De pronto, una persona salió de la fábrica y cruzó el patio cubierto de granizo, con el vestido revolviéndose, plantando cara a la tormenta. Luchando y a trompicones se fue acercando, en medio del caos de un diluvio espantoso. Entró en el almacén, corrió hacia mí; un rostro dulce, extraño y familiar a la vez, con grandes ojos llenos de amor y dolorosa sonrisa, se ofreció muy próximo a mi mirada, una boca cálida y silenciosa buscó mi boca y me besó largo rato con vehemencia insaciable, unas manos rodearon mi cuello y un húmedo cabello rubio frotó mis mejillas; y mientras a nuestro alrededor la tempestad de granizo sacudía el mundo, una tempestad de amor, silenciosa y estremecedora, aún más honda y terrible, me atacaba a mí.

Nos sentamos sobre un montón de tablas, sin decir una palabra, abrazados con fuerza, yo acaricié, tímido y sorprendido, el cabello de Berta y apreté mis labios contra su boca fuerte y carnosa, y su calor, dulce y ardiente, me envolvió. Cerré los ojos, ella estrechó mi cabeza contra su pecho palpitante y contra su regazo, y me acarició el rostro y el pelo con manos suaves y enajenadas.

Cuando abrí los ojos, despertando de una caída en la oscuridad vertiginosa, su rostro grave, fuerte, de una belleza triste, se alzaba sobre mí, y sus ojos me miraban ausentes. De su frente clara, por debajo de sus cabellos revueltos, le caía un hilillo fino de sangre roja que le recorría todo el rostro hasta el cuello.

— ¿Qué es eso? ¿Qué te ha pasado? — exclamé, asustado. Me miró más profundamente a los ojos y sonrió débilmente.

— Creo que el mundo se viene abajo — dijo con suavidad, y el ruido de la tempestad ahogó sus palabras.

— Estás sangrando — dije.

— Es del granizo. ¡Deja! ¿Tienes miedo?

— No. ¿Y tú?

— Yo no tengo miedo. Fíjate, es como si se derrumbara la ciudad entera. Oye, ¿no me quieres?

Guardé silencio y contemplé fascinado sus grandes ojos claros, llenos de un amor desconsolado, y mientras se hundían en los míos y su boca se posaba sobre la mía con tanta energía y ternura, miré fijamente sus ojos serios, al tiempo que el delgado hilo de sangre roja corría desde el ojo izquierdo sobre la piel blanca y fresca. Y mientras mis sentidos desfallecían embriagados, el corazón se resistía y se defendía con desesperación de la posibilidad de ser conquistado así, con aquel ímpetu y contra su voluntad. Me erguí y ella leyó en mi mirada que me inspiraba compasión.

Entonces se echó hacia atrás y me miró con rencor, y cuando yo, en un gesto de pena y preocupación le di la mano, la tomó entre las suyas, hundió su rostro en ella, cayó sobre sus rodillas y comenzó a llorar, y sus cálidas lágrimas corrieron sobre mi mano temblorosa. La miré con desconcierto, su cabeza reposaba entre sollozos sobre mi mano, en su nuca había una suave pelusa que oscilaba con el viento. Si hubiera sido otra, pensé con rabia, si hubiera sido una que yo realmente amara y a la que pudiera entregar mi alma, habría deseado acariciar con dedos amorosos aquel suave cabello y besar aquella nuca tan blanca. Pero mi sangre se había sosegado y sufrí la tortura y la vergüenza de ver arrodillada a mis pies aquella a quien no había querido entregar mi juventud y mi orgullo.

Todo esto, que viví como un sueño que durase un año, y que aún hoy sigue en mi memoria con mil pequeñas emociones y signos como un largo período de tiempo, en realidad pasó en unos pocos minutos. De pronto irrumpió la claridad, trozos de cielo azul y húmedo aparecieron en señal de inocencia conciliadora, y el estruendo de la tormenta cesó de forma drástica y absoluta, envolviéndonos una paz maravillosa, sorprendente.

Salí del almacén como de una cueva fantástica y reencontré la luz del día, sorprendido de seguir vivo. El patio ofrecía un aspecto desolador, la tierra estaba removida, como pisoteada por caballos; había montones de chatarra por todas partes; mis aparejos de pesca habían desaparecido, y también el cubo de peces. La fábrica se llenó de voces, a través de los innumerables cristales rotos vi las salas llenas de gente, de todas las puertas salían hombres y mujeres. El suelo estaba lleno de vidrios y ladrillos rotos, un largo canalón de hojalata estaba arrancado y colgaba doblado y cruzado en medio de la fachada.

Me olvidé de todo lo que acababa de vivir y sólo sentí una curiosidad salvaje, angustiada, por ver lo que había pasado y todo el mal que el huracán había causado. En un primer momento todos los cristales y las tejas rotas de la fábrica ofrecían un aspecto desolador e irrecuperable, pero luego resultó que no era tan grave y no estaba en consonancia con el horrible impacto que el ciclón había producido en mí. Respiré con alivio y también, extrañamente, un tanto decepcionado y desilusionado: las casas estaban como antes y a ambos lados del valle se erguían aún las montañas. No, el mundo no se había hundido.

Tras abandonar el patio de la fábrica y llegar a través del puente a la primera calle, el siniestro mostró su peor cara. El callejón estaba lleno de pedazos de vidrio y postigos destrozados, el viento había arrancado algunas chimeneas, arrastrando consigo trozos de los tejados, la gente estaba delante de las puertas, consternada y lamentándose, todo era como yo había visto en los cuadros de ciudades sitiadas y conquistadas. Piedras y troncos de árboles bloqueaban el camino. Más allá de los escombros y las esquivas se veían las ventanas sin cristales, las cercas de los jardines yacían por los suelos o colgaban de los muros y crujían. Buscaban a niños desaparecidos, en los campos debía de haber personas heridas por el granizo. Enseñaban trozos de granizo del tamaño de una moneda de un tálero y aún más grandes.

Yo estaba todavía demasiado excitado para volver a casa y enfrentarme a los desperfectos de mi propio hogar y el jardín; tampoco se me ocurrió pensar que podían echarme de menos, ya que nada me había pasado. Decidí dar una vuelta por los alrededores en lugar de andar tropezando con los cascotes, y me vino a la memoria mi lugar preferido, la vieja plaza de celebraciones junto al cementerio, donde había celebrado todos los grandes acontecimientos de mi niñez. Constaté con sorpresa que había pasado por allí sólo cuatro o cinco horas antes, de regreso de la excursión a las rocas. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo.

Y así desanduve el callejón, pasando por el puente inferior; en el camino miré por el hueco en la cerca de un jardín la torre de nuestra iglesia, de piedra arenisca roja, que seguía tal cual, y vi también que el pabellón de gimnasia había sufrido pocos daños. Más adelante se alzaba solitaria una vieja posada, cuyo tejado reconocí de lejos. Estaba igual que antes, pero al mismo tiempo me pareció

extrañamente cambiada, sin saber por qué. Sólo cuando me tomé el trabajo de reflexionar caí en la cuenta de que delante de la posada solía haber dos álamos enormes. Los álamos ya no estaban. Una vieja imagen familiar había desaparecido, un sitio encantador quedaba mancillado.

Entonces tuve el mal presentimiento de que quizá se había malogrado algo aún más precioso. De pronto sentí con sorpresa emocionada cuánto amaba a mi patria, con cuánta profundidad mi corazón y mi dicha dependían de aquellos tejados y torres, puentes y calles, de aquellos árboles, jardines y bosques. Con inquietud y emoción renovadas, aceleré el paso hasta que me encontré en la plaza de las celebraciones.

En silencio, contemplé el lugar de mis más entrañables recuerdos increíblemente devastado y del todo destruido. Los viejos castaños, a cuya sombra celebrábamos las fiestas y cuyos troncos apenas podíamos abrazar entre tres o cuatro escolares, estaban destrozados, desgajados, con las raíces arrancadas y volcados, y los agujeros que habían quedado en el suelo eran del tamaño de una casa. No había ni uno que se encontrara en su antiguo sitio, todo era como un campo de batalla y también los tilos y los arces habían caído unos sobre otros. La amplia explanada se había convertido en un enorme montón de ramas, troncos partidos, raíces y bloques de tierra. Algunos troncos gruesos aún seguían enraizados, pero sin copa, rotos y quebrados en mil astillas pálidas y desnudas.

Me era imposible avanzar, la plaza y la calle estaban bloqueadas hasta una altura considerable por troncos y restos de árboles amontonados, y allí donde desde mis primeros años había conocido sólo profundas sombras sagradas y altos templos arbóreos, contemplaba ahora estupefacto el cielo vacío sobre la destrucción.

Me pareció como si también a mí mismo me hubieran arrancado mis raíces más íntimas y me hubieran arrojado a la intemperie más amarga. Estuve todo el día caminando sin rumbo y no encontré ningún sendero, ningún nogal de sombra familiar, ninguna de las encinas a las que trepaba de niño; por doquier, y en un amplio espacio en torno a la ciudad, sólo había escombros, socavones, laderas del bosque segadas como hierba y cadáveres de árboles lastimeros, con las raíces desnudas al sol. Entre mi infancia y yo se había abierto un abismo y mi suelo natal ya no era el de antes. El encanto y la ilusión de los años anteriores se desprendieron de mí y poco tiempo después abandoné la ciudad para hacerme un hombre y enfrentarme a la vida, cuyas primeras sombras me habían rozado en aquellos días.

Las Mutaciones de Piktor

En cuanto llegó al paraíso, Piktor se encontró ante un árbol que era hombre y mujer al mismo tiempo. Piktor saludó al árbol con profundo respeto y preguntó:

— ¿Eres el árbol de la vida?

Pero cuando la serpiente quiso responderle en lugar del árbol, dio la vuelta y siguió su camino. Miraba todo, todo le gustaba mucho. Era evidente que estaba en la tierra y la fuente de la vida.

A continuación vio otro árbol, que era al mismo tiempo sol y luna.

Piktor preguntó:

— ¿Eres el árbol de la vida?

El sol asintió y rió, la luna asintió y sonrió.

Las flores más fascinantes le observaban con infinitud de colores y luces, con infinitud de ojos y rostros. Algunas asentían y reían, otras asentían y sonreían, las demás no asentían ni sonreían: callaban, embriagadas, ensimismadas, como ahogadas en su propio aroma. Una cantaba la canción de la lila, otra cantaba una canción de cuna azul y negra. Una de las flores tenía grandes ojos azules, otra le recordaba su primer amor. Una olía al jardín de la infancia, su dulce aroma era como la voz de su madre. Otra le miraba y reía y le mostraba su larga y arqueada lengua roja. Él la lamía, tenía un sabor fuerte y salvaje, como a resina y a miel, y también como el beso de una mujer.

Piktor estaba entre todas estas flores, lleno de añoranza y ávida alegría. Su corazón, como si fuera una campana, golpeaba pesadamente, golpeaba muy fuerte; ardía por lo desconocido, por lo maravillosamente presentado.

Piktor vio un pájaro, lo vio sentado en la hierba y sus colores brillaban; el hermoso pájaro parecía poseer todos los colores. Preguntó al bello pájaro multicolor:

— ¡Oh, pájaro! ¿Dónde está entonces la felicidad?

— ¿La felicidad? — dijo el precioso pájaro riendo con su pico dorado —. La felicidad, oh, amigo, está en todas partes, en la montaña y en el valle, en la flor y en el cristal.

Con estas palabras el alegre pájaro agitó sus plumas, estiró el cuello, removió la cola, guiñó un ojo, rió una vez más, luego quedó sentado, inmóvil, quieto en la hierba y, fíjate, el pájaro se había convertido en una flor multicolor: sus plumas se tornaron pétalos y sus garras raíces. En el brillo de sus mil colores, en medio de la danza, se convirtió en planta. Piktor lo miró, maravillado.

Y a continuación el pájaro-flor movió sus pétalos y estambres, ya estaba cansado de ser flor, ya no tenía raíces, se movió con suavidad, lentamente levantó el vuelto y se transformó en una brillante mariposa, que se balanceaba en el aire, sin peso, sin luz, con todo el rostro encendido. Piktor abrió mucho los ojos.

Pero el nuevo insecto, el alegre y colorido pájaro-flor-mariposa de rostro luminoso, volaba en círculos alrededor del asombrado Piktor, centelleando al sol. Se posó suavemente como un copo sobre la tierra, cerca de los pies de Piktor, respirando con delicadeza. Sus resplandecientes alas temblaban un poco, y enseguida se transformó en un cristal de colores, de cuyas aristas se desprendía una luz roja. La roja piedra preciosa despedía un brillo deslumbrante entre el verde del césped y las hierbas, intenso como campanas de fiesta. Pero su hogar, el interior de la tierra, parecía reclamarlo; empezó a disminuir de tamaño rápidamente, como si quisiera esconderse bajo tierra.

Entonces Piktor, dominado por un deseo poderoso, cogió la piedra que desaparecía y la retuvo. Miró embelesado su mágica luz, que parecía brillar en su corazón como augurio de toda dicha.

De pronto, en la rama de un árbol muerto se enroscó la serpiente y le silbó al oído:

— La piedra te convierte en lo que tú quieras. ¡Dile rápido tu deseo, antes de que sea demasiado tarde!

Piktor se asustó y temió perder su felicidad. Rápidamente dijo la palabra y se transformó en un árbol, pues a veces había deseado ser un árbol, porque pensaba que éstos rebosaban paz, fuerza y dignidad.

Piktor se convirtió, pues, en árbol. Sus raíces crecieron en la tierra, su tronco se elevaba hacia el cielo, de sus miembros nacieron hojas y ramas. Esto le complacía. Absorbió con sus fibras sedientas el agua de la tierra y agitó sus hojas en las alturas azules. En su corteza habitaban escarabajos, a sus pies vivían conejos y erizos, en sus ramas anidaban los pájaros.

El árbol Piktor era feliz y no contaba los años que transcurrían. Pasaron muchos, antes de que se diera cuenta de que su dicha no era completa. Poco a poco aprendió a ver con los ojos de los árboles. Y cuando por fin pudo ver, se puso triste.

Vio que a su alrededor, en el paraíso, la mayoría de los seres se transformaban muy a menudo y que todo fluía en el río mágico y eterno de la metamorfosis. Vio flores que se transformaban en piedras preciosas, o en relucientes pájaros que salían volando. Vio que a su lado muchos árboles desaparecían de pronto: uno se fundió y se convirtió en una fuente, el otro se volvió cocodrilo, otro nadaba alegre y fresco, lleno de vida y animado, convertido en pez, para comenzar nuevos juegos con una nueva forma. Los elefantes cambiaban sus vestidos con las rocas; las jirafas, sus siluetas con las flores.

Pero él, el árbol Piktor, siempre era el mismo, ya no se podía transformar más. Desde que esta idea entró en su conciencia, desapareció su felicidad; comenzó a envejecer y su aspecto se volvió cansado, serio y preocupado, como se puede observar en muchos árboles viejos. También lo vemos a diario en caballos, pájaros, personas y en todos los seres vivos: si no poseen el don de la mutación, con el tiempo caen en la tristeza y el desaliento, y su belleza se extingue.

Un día se extravió en aquella parte del paraíso una muchacha rubia que llevaba un vestido azul. Cantando y bailando corría bajo los árboles, y hasta entonces nunca había pensado en desear el don de la metamorfosis.

Algún mono sabio le sonreía, algún arbusto le hacía una suave caricia con una rama, algún árbol le tiraba una flor, una nuez, una manzana, sin que ella se diese cuenta.

Cuando el árbol Piktor vio a la muchacha, le sobrecogió una enorme añoranza, un deseo de felicidad como no lo había sentido nunca. Y al mismo tiempo se adueñó de él una profunda cavilación; sentía como si su sangre le gritara: «¡Recapacita! Recuerda en esta hora toda tu vida, encuéntrale sentido, de otro modo será demasiado tarde y la felicidad nunca volverá a ti». Y él obedeció. Recordó todos sus orígenes, sus años de humano, su llegada al paraíso, y muy especialmente, el momento en que se convirtió en árbol, aquel momento fascinante cuando tenía la piedra mágica en sus manos. En aquel entonces, cuando cualquier mutación estaba a su alcance, la vida se había encendido dentro de él como nunca. Recordó al pájaro que había reído, y al árbol con el sol y la luna; entonces se dio cuenta de que algo se había pasado por alto, había olvidado algo, y de que el consejo de la serpiente no había sido bueno.

La muchacha oyó un susurro entre las hojas del árbol Piktor, alzó la vista y sintió, con repentino dolor en el corazón, nuevos pensamientos, nuevos deseos, nuevos sueños que se agitaban en su interior. Impulsada por una fuerza desconocida, se sentó debajo del árbol. Le parecía que estaba solo, solo y triste, pero eso era precioso, conmovedor y noble en su muda tristeza; el canto de su murmurante copa le parecía seductor. Ella se recostó en el tronco rugoso, sintió que el árbol se estremecía por una vibración profunda, y sintió la misma vibración en su corazón, que le dolía de forma extraña; las nubes recorrían el cielo de su alma y lentamente empezaron a fluir pesadas lágrimas de sus ojos. ¿Qué era aquello? ¿Por qué había que sufrir así? ¿Por qué amenazaba el corazón con hacer estallar el pecho y fundirse con él, en él, el bello árbol solitario?

El árbol Piktor se estremeció suavemente hasta las raíces e hizo acopio de todas sus fuerzas para dirigirlas hacia la muchacha, con el deseo ardiente de unirse a ella. ¡Ay, por qué se dejaría engañar por la serpiente, condenándose a sí mismo a sufrir las consecuencias de aquel hechizo, que le había convertido para siempre en un árbol solitario! ¡Qué ciego, qué estúpido había sido! ¿Tan poco sabía

entonces?, ¿le era tan ajeno el secreto de la vida? No, porque ya entonces había presentido alguna cosa oscura..., ay, y ahora con desconsuelo y honda comprensión pensó en el árbol que era hombre y mujer a la vez.

Un pájaro se acercó volando, un pájaro rojo y verde, un pájaro bello y audaz que se aproximó trazando un arco en el cielo. La muchacha lo vio volar y dejar caer algo de su pico, algo que brillaba rojo como la sangre, como las brasas, y que fue a parar a la verde hierba, brillante; aquello resplandeció con una confianza tan profunda y su roja luz era tan llamativa que la muchacha no pudo por menos de agacharse y recogerlo. Era un cristal, un rubí, y donde él está, no puede haber oscuridad.

Cuando la joven sostuvo la piedra mágica en su blanca mano, se realizó el deseo que tanto llenaba su corazón. La bella chica quedó en éxtasis, cayó y se fusionó con el árbol, transformándose en una rama fuerte y joven que nació del tronco, y creció rápidamente, elevándose hacia el cielo.

Por fin todo era perfecto, el mundo se puso en orden, hasta entonces no había encontrado el paraíso. Piktora ya no era un viejo árbol atribulado, ahora cantaba con fuerza: ¡Piktoria! ¡Victoria!

Estaba transformado. Como esta vez había alcanzado la verdadera, la eterna mutación, y como de una mitad había logrado un todo, podía, a partir de entonces, seguir mutando, tantas veces como quisiera. El río mágico del ser fluiría sin cesar en su sangre, formaría parte para siempre de la creación, en perpetua resurrección.

Se volvió cervatillo, se volvió pez, se volvió hombre y serpiente, nube y pájaro. Pero en cada figura era completo, en cada forma era un par, tenía luna y sol, tenía hombre y mujer dentro de sí, fluía como ríos gemelos por la tierra, brillaba como una estrella doble en el cielo.

Dentro y Fuera

Había una vez un hombre llamado Frederick; se dedicaba a tareas intelectuales y poseía una amplia extensión de conocimientos. Sin embargo, no todos los conocimientos significaban lo mismo para él, ni apreciaba cualquier actividad intelectual. Tenía preferencia por un cierto tipo de pensamiento, desdeñando y detestando los otros. Sentía un profundo amor y respeto por la lógica —ese método admirable— y, en general, por lo que él llamaba "ciencia".

"Dos y dos son cuatro —acostumbraba a decir—. Esto es lo que creo; y el hombre debe construir su pensamiento sobre la base de esta verdad."

No ignoraba, sin duda, que existían otras clases de pensamiento y cultura; pero no los consideraba como "ciencia", y tenía una pobre opinión de ellos. Aunque librepensador, no era intolerante con la religión. La religión estaba fundada en un tácito acuerdo entre científicos. Durante varios siglos su ciencia había abarcado casi todo lo que existía sobre la tierra y era digno de conocerse, con una sola excepción: el alma humana. Con el transcurso del tiempo, se convirtió en costumbre abandonar esta materia a la religión, y permitir sus especulaciones sobre el alma, aunque sin considerarlas seriamente. Según esto, Frederick era también tolerante en lo referente a la religión; no obstante, todo lo que significaba superstición le era profundamente odioso y repugnante. Pueblos lejanos, incultos y retrasados podían recurrir a ella; en la remota antigüedad podía admitirse el pensamiento místico o mágico; pero con el nacimiento de la ciencia y de la lógica esas anticuadas y dudosas herramientas carecían de sentido.

Eso es lo que decía y lo que pensaba. Cuando algún vestigio de superstición aparecía ante él, se encolerizaba y sentía como si hubiese sido atacado por algo hostil.

No obstante, lo que más le irritaba era hallar tales vestigios entre hombres de su propia clase, educados y versados en los principios del pensamiento científico. Y nada le era tan doloroso e intolerable como el concepto escandaloso —que había oído recientemente formulado y discutido incluso por hombres de gran cultura—, la idea absurda de que el "pensamiento científico" no era posiblemente un hecho supremo, independiente del tiempo, eterno, preordenado e inexpugnable, sino sólo uno de tantos, una transitoria manera de pensar, no impenetrable al cambio y a la decadencia. Esa creencia irreverente, destructiva y venenosa se extendía; ni el propio Frederick era capaz de negarlo; había surgido al azar como resultado de la angustia originada en todo el mundo por la guerra, la revolución, y el hambre, a la manera de un aviso, como espiritual escritura de una blanca mano sobre un blanco muro.

Mientras más sufría Frederick por la existencia de esa idea y por lo profundamente que lograba afligirle, más apasionadamente la atacaba, tanto a ella como a aquéllos a quienes sospechaba sus secretos defensores. Hasta entonces sólo muy pocas personas verdaderamente cultivadas habían proclamado abierta y francamente su fe en la nueva doctrina, que parecía destinada, de lograr difusión y fuerza, a destruir todos los valores espirituales sobre la tierra y a provocar el caos. Pero la situación no había llegado aún a tal extremo y los dispersos mantenedores eran tan pocos en número que cabía considerarlos como casos singulares y excéntricos, elementos peculiares. Pero una gota del veneno, una emanación de esa idea, podía ser percibida en cualquier momento. De un modo u otro podían surgir entre el pueblo y los medios cultivados una serie de nuevas doctrinas esotéricas, con sus sectas y discípulos; el mundo estaba lleno de ellas, por doquier se veía amenazado por la superstición, el misticismo, los cultos espirituales y otras fuerzas misteriosas, a las cuales era necesario combatir; pero la ciencia, por un particular sentimiento de debilidad, les había concedido hasta el presente vía libre.

Un día, Frederick visitó a uno de sus amigos, con quien frecuentemente había investigado. Hacía

algún tiempo que no lo había visto. Mientras iba subiendo por la escalera de la casa, intentó recordar cuándo y dónde había estado por última vez en compañía de su amigo, pero, aunque se enorgullecía de su excelente memoria, no lo conseguía. Imperceptiblemente molesto y malhumorado, mientras aguardaba ante la puerta de su amigo intentó liberarse de esta sensación.

Apenas había saludado a Erwin, su amigo, cuando advirtió en su cordial semblante una cierta aunque reprimida sonrisa, que le pareció advertir por primera vez. Apenas vio aquella sonrisa, en cierto modo burlona u hostil pese a su apariencia amistosa, recordó inmediatamente lo que estuvo buscando infructuosamente en su memoria: su último y anterior encuentro con Erwin. Recordó que se habían separado sin haber discutido, desde luego, pero con una sensación de discordia interna y disgusto, porque Erwin había prestado entonces muy escaso apoyo a sus ataques contra los dominios de la superstición.

Era extraño. ¿Cómo podía haber olvidado aquello por completo? Comprendió también que ésa era la única razón de haber evitado a su amigo durante tanto tiempo, simplemente ese descontento, y que desde el principio había sido consciente de ello, aunque se inventó una multitud de excusas para el repetido aplazamiento de esta visita.

Ahora se enfrentaban el uno al otro; Frederick sintió que la pequeña grieta de aquel día había experimentado un tremendo ensanchamiento. Intuyó que algo fallaba entre él y Erwin, algo que hasta entonces siempre estuvo presente: un aura de solidaridad, de espontánea comprensión, de afecto incluso. Ahora existía un vacío. Se saludaron; hablaron del tiempo, de sus conocidos, de su salud y —Dios sabe por qué— a cada palabra Frederick tuvo la molesta sensación de que no comprendía bien a su amigo, de que Erwin no lo conocía realmente, de que sus palabras estaban errando el blanco, de que no era posible hallar ninguna base común para una verdadera conversación. Con mayor motivo por cuanto Erwin exhibía aún en su rostro aquella amistosa sonrisa, que Frederick estaba empezando casi a odiar.

Durante una pausa en la laboriosa conversación, Frederick miró en torno suyo al estudio que conocía tan bien y vio una hoja de papel clavada con un alfiler en la pared. Esta imagen lo conmovió extrañamente y despertó antiguos recuerdos: hacía mucho tiempo, en sus años de estudiante, Erwin tenía ese hábito, a veces, para conservar el dicho de un pensador o el verso de un poeta frescos en su mente. Se levantó y se dirigió hacia la pared para leer el papel.

Allí, en la bella escritura de Erwin, leyó las siguientes palabras: "Nada está fuera, nada está dentro; pues lo que está fuera está dentro".

Pálido, permaneció inmóvil durante un momento. ¡Allí estaba! ¡Eso era lo que temía! En otra ocasión habría ignorado aquella hoja de papel, la habría tolerado caritativamente como una genialidad, como una debilidad inocente a la que cualquiera estaba expuesto, quizá como un frívolo sentimentalismo que pedía indulgencia. Pero ahora era diferente. Sintió que esas palabras no habían sido escritas por un fugaz impulso poético, no era por capricho que Erwin había vuelto después de tantos años a la práctica de su juventud. ¡Aquella frase era una confesión de misticismo!

Lentamente se volvió para mirarle el rostro, cuya sonrisa era de nuevo radiante.

-¡Explícame esto! —exigió.

Erwin hizo un gesto afirmativo con la cabeza, lleno de amistad.

-¿Nunca has leído este dicho?

-¡Naturalmente! —gritó Frederick—. Claro que lo conozco. Es misticismo, es gnosticismo. Quizá sea poético, pero... ¡De todas formas, explícamelo, y dime por qué lo has puesto en la pared!

-Con mucho gusto —dijo Erwin—. El dicho es una primera introducción a una epistemología que he estado investigando últimamente, y que me ha proporcionado ya muchas satisfacciones.

Frederick reprimió su arrebató. Preguntó:

-¿Una nueva epistemología? ¿Qué es? ¿Cómo se llama?

-¡Oh —contestó Erwin—, únicamente es nueva para mí. Es ya muy antigua y venerable. Se llama magia.

La palabra había sido pronunciada. Asombrado y sobrecogido por tan cándida confesión, Frederick comprendió con un estremecimiento que se hallaba enfrentado cara a cara con el archienemigo en la persona de Erwin. No sabía si estaba más cerca de la rabia o de las lágrimas; lo poseía un amargo sentimiento de irreparable pérdida. Durante una larga pausa permaneció callado.

Luego, con pretendida decisión en la voz, atacó:

-¿Así que deseas ahora convertirte en un mago?

-Sí —contestó Erwin sin vacilar.

-Una especie de aprendiz de brujo, ¿eh?

-Ciertamente.

Hubo tanta quietud que podía oírse el tictac de un reloj en la habitación contigua.

Frederick agregó después:

-Esto significa que abandonas toda relación con la ciencia seria y, por tanto, toda relación conmigo.

-Espero que no sea así —contestó Erwin-. Pero si no hay otro remedio, ¿qué puedo hacer?

-¿Qué puedes hacer? —estalló Frederick-. ¡Rompe, rompe de una vez por todas con esa puerilidad, con esa vil y despreciable creencia en la magia! Eso puedes hacer, si deseas conservar mi respeto.

Erwin sonrió un poco, aunque también su alegría se había desvanecido.

-Hablas como si... —murmuró, tan suavemente que a través de sus quedas palabras la irritada voz de Frederick aún parecía resonar por toda la habitación-, hablas como si eso estuviese dentro de mi voluntad, como si me quedara elección, Frederick. No es ése el caso. No tengo, ninguna elección. No fui yo quien escogió la magia: ella me escogió a mí.

Frederick suspiró, profundamente.

-Entonces, adiós —dijo hastiadamente, y se levantó sin ofrecerle su mano.

-¡Así, no! —exclamó Erwin-. No debes separarte de mí de ese modo. Imagina que uno de nosotros yace en su lecho de muerte —y en verdad que así es!-, y que debemos decirnos adiós.

-¿Pero quién de nosotros va a morir, Erwin?

-Hoy probablemente yo, amigo mío. Cualquiera que desee nacer de nuevo, debe estar preparado para morir.

Una vez más Frederick se dirigió a la hoja de papel y leyó el dicho.

-Muy bien —admitió al fin-. Tienes razón, no sirve para nada separarnos con ira. Haré lo que deseas; imaginaré que uno de nosotros se está muriendo. Antes de irme, quiero pedirte una última cosa.

-Me alegro —repuso Erwin-. Dime, ¿qué atención puedo demostrarte en nuestra despedida?

-Repito mi primera pregunta, y ésta es también mi petición: explícame ese dicho lo mejor que puedas.

Erwin reflexionó un momento y luego dijo:

-Nada está fuera, nada está dentro. Conoces el significado religioso de esto: Dios está en todas partes. Está en el espíritu y también en la naturaleza. Todo es divino, porque Dios es todo. Antiguamente esto recibía el nombre de panteísmo. En lo que concierne al significado filosófico, estamos acostumbrados a separar el dentro del fuera en nuestro pensamiento; sin embargo, esto no es necesario. Nuestro espíritu es capaz de superar los límites que hemos fijado para él, en el Más Allá. Más allá del par de antítesis que constituye nuestro mundo, comienza un nuevo y diferente conocimiento... Pero, mi querido amigo, debo confesarte que desde que mi pensamiento ha cambiado ya no existen para mí palabras ambiguas ni dichos: cada palabra tiene decenas, centenares de significados. Y ahí empieza lo que temes... la magia.

Frederick frunció las cejas y estuvo a punto de interrumpirle. Pero Erwin lo miró de forma desarmante y continuó, hablando más distintamente:

-Déjame darte un ejemplo. Llévate algo mío, cualquier objeto, y examínalo un poco de cuando en cuando. Pronto el principio del dentro y el fuera te revelará uno de sus muchos significados.

Dio una ojeada en tomo a la habitación, tomó una pequeña estatuilla de arcilla de un anaquel, y se la dio a Frederick, diciendo:

-Toma esto como regalo de despedida. ¡Cuando este objeto que coloco en tus manos cese de estar fuera de ti y esté dentro de ti, ven a mí de nuevo! ¡Pero si permanece fuera de ti, tal como está ahora, para siempre, entonces esta separación tuya de mí será también para siempre!

Frederick quiso hablar todavía, pero Erwin tomó su mano, la estrechó, y se despidió de él con una expresión que no admitía réplica.

Frederick se retiró; descendió la escalera (¡qué largo le pareció el tiempo desde que la había subido!); se dirigió a través de las calles a su casa, perplejo y angustiado, con la pequeña figura de barro en la mano.

Se detuvo frente a su morada, apretó fieramente el puño sobre la estatuilla durante un momento, y sintió un irresistible impulso de romper el ridículo objeto contra el suelo. Nunca se había sentido tan agitado, tan movido por emociones antagónicas.

Buscó un lugar para el obsequio de su amigo, y puso la figura en la parte superior de un estante de su librería. Por el momento la dejó allí.

Ocasionalmente, según fueron pasando los días, la miró, meditando sobre ella y sus orígenes, considerando el significado que tan disparatado objeto iba a tener para él. Se trataba de una pequeña figura que representaba un hombre, o un dios, o un ídolo, con dos rostros, como el dios romano Jano, modelada más bien toscamente en arcilla y cubierta con un barniz tostado y algo cuarteado. La pequeña imagen tenía un aspecto grosero e insignificante; no era desde luego una obra griega o romana; probablemente se trataba del trabajo de alguna raza inferior y primitiva de África o de los Mares del Sur. Los dos rostros, que eran exactamente iguales, mostraban una sonrisa apática, indolente y débilmente burlona; el pequeño gnomo prodigaba su estúpida sonrisa de modo en especial desagradable.

Frederick no pudo acostumbrarse a la figura. Le resultaba totalmente inestética y ofensiva, se interponía en su camino, lo turbaba. Ya al día siguiente la tomó para dejarla sobre la estufa, y pocos días después la trasladó a un aparador. Pero una y otra vez aparecía en el campo de su visión, como si le estuviese imponiendo su presencia; se reía de él fría y estúpidamente, se daba tono, exigía atención. Tras unas cuantas semanas la puso en la antecámara, entre las fotografías de Italia y los recuerdos triviales que jamás miraba nadie. Ahora, al menos, sólo veía al ídolo al entrar o al salir, pasaba junto a él rápidamente, sin prestarle atención. Pero, también allí el objeto lo fastidiaba, aunque no quiso admitirlo.

Con aquel juguete, con aquella monstruosidad de dos caras, la vejación y el tormento habían entrado en su vida.

Un día, meses más tarde, regresó de un corto viaje. Emprendía ahora tales excursiones de cuando en cuando, como si algo lo empujase secretamente. Entró en su casa, atravesó la antecámara, fue saludado por la criada, y leyó las cartas que lo aguardaban. Pero seguía intranquilo, como si hubiera olvidado algo importante; ningún libro lo tentaba, ningún sillón era cómodo. Empezó a torturar su mente, ¿cuál era la causa? ¿Había descuidado algo importante? ¿Comido algo que pudiese trastornarlo? Al reflexionar, descubrió que esta sensación de inquietud había aparecido al entrar en el apartamento. Volvió a la antecámara e involuntariamente su primera mirada buscó la figura de arcilla.

Un extraño terror se apoderó de él al no ver al ídolo. Había desaparecido. No estaba. ¿Se había marchado caminando con sus pequeñas piernas de barro? ¿Había volado? ¿Desapareció por artes mágicas?

Frederick recobró la calma y sonrió ante su nerviosismo. Luego empezó a buscar tranquilamente por toda la habitación. Al no encontrar nada, llamó a la criada. Parecía turbada, y admitió en seguida que se le había caído el objeto mientras limpiaba.

-¿Dónde está?

Ya no estaba en ninguna parte. Tan sólido como aparentaba ser el pequeño objeto, ella lo tuvo a menudo en sus manos. Sin embargo, se había roto en mil pedazos. Llevó los fragmentos a un taller, donde simplemente se rieron de ella. Luego los había tirado.

Frederick despidió a la criada. Sonrió. Se sentía contento. ¡Qué poco le importaba el ídolo! La abominación había desaparecido; ahora tendría paz. ¿Por qué no habría deshecho el objeto a golpes desde el primer día? ¿Cómo había sufrido todo aquel tiempo! ¿De qué forma indolente, extraña, astuta, perversa, diabólica le había sonreído el ídolo! Ahora que había desaparecido, podía admitir la verdad: había temido verdadera y sinceramente a aquel dios de barro. ¿No era emblema y símbolo de todo cuanto le era repugnante e intolerable, de todo cuanto reconoció siempre como pernicioso, hostil y digno de supresión? ¿Un estandarte de todas las supersticiones, de todas las tinieblas, de toda coerción de la conciencia y el espíritu? ¿No representaba la horrible fuerza que se siente a veces bramando en las entrañas de la tierra, ese lejano terremoto, esa próxima extinción de la cultura, ese naciente caos?

¿No le había robado aquella despreciable figura a su mejor amigo, es más, no robado, sino convertido en enemigo? Ahora el objeto había desaparecido. Desvanecido. Roto en mil pedazos. Acabado. Era mucho mejor que si lo hubiera destruido por sí mismo.

Eso pensó, o dijo. Y volvió a sus asuntos como antes.

Pero la maldición persistió. Justamente cuando había conseguido acostumbrarse más o menos a aquella ridícula figura, precisamente cuando verla en su lugar habitual en la mesa de la antecámara se le había hecho gradualmente familiar y nada importante, era cuando su ausencia empezó a atormentarlo. Sí, la echaba de menos cada vez que cruzaba aquella estancia; veía constantemente el espacio vacío donde había estado, y el vacío emanaba de aquel lugar y llenaba la habitación entera.

Malos días y peores noches empezaron para Frederick. Ya no podía atravesar la antecámara sin pensar en el ídolo de las dos caras, sin echarlo de menos, sin sentir que sus pensamientos estaban unidos a él. Una agónica obsesión creció en su interior. Y no era simplemente al cruzar aquel cuarto cuando se sentía prisionero de su obsesión. De la misma forma en que el vacío y la desolación irradiaban del ahora vacío lugar en la mesa de la antecámara, aquella idea obsesiva irradiaba dentro de él, empujaba todo lo demás a un lado, enconándolo y llenándolo de extrañeza y desolación.

Una y otra vez imaginó la figura con suma claridad, para demostrarse a sí mismo lo absurdo de afligirse por su pérdida. Pudo verla en toda su estúpida fealdad y barbarie, con su vacua pero astuta sonrisa, con sus dos caras; impulsado como por una coacción, lleno de odio y con la boca torcida, se descubrió a sí mismo intentando reproducir aquella sonrisa. Le incomodaba la duda de si las dos caras eran en realidad exactamente iguales. ¿No tenía una de ellas, quizá simplemente por una pequeña aspereza o cuarteo en el barniz, una expresión algo distinta? ¿Algo raro? ¿Algo enigmático? ¡Qué peculiar era el color de aquel barniz! El verde y el azul y el gris, pero también el rojo, se mezclaban en él. Era un barniz que ahora hallaba a menudo en otros objetos, en una reflexión del sol de la ventana o en los reflejos de un húmedo pavimento.

Cavilaba mucho sobre aquel barniz, incluso por la noche. Le extrañó igualmente lo extraña, rara, malsonante, poco familiar, casi maligna que era la palabra "barniz". La analizó hasta invertir el orden de sus letras. Entonces leía "zinrab". Pero, ¿de dónde demonios tomaba su sonido aquella palabra? Conocía la palabra "zinrab", por supuesto que sí; además, era una palabra hostil y mala, una palabra con perversas e inquietantes implicaciones. Durante mucho tiempo lo atormentó esa pregunta. Finalmente dio con la respuesta: "zinrab" le recordaba un libro que había comprado y leído hacía muchos años durante un viaje, y que lo había aterrado, atormentado, pero fascinado secretamente; se titulaba Princesa Zinraka. Era como una maldición: todo lo relacionado con la estatuilla —el barniz, el azul, el verde, la sonrisa— significaba hostilidad, eran sinónimos de torturas y venenos. ¡De qué forma tan peculiar en otro tiempo Erwin, su amigo, había sonreído mientras ponía el ídolo en su mano! Una forma muy peculiar, muy significativa, muy hostil.

Frederick resistió valientemente —y muchos días no sin éxito— la tendencia obsesiva de sus pensamientos. Presentía el peligro claramente: ¡volverse loco! No, era mejor morir. La razón es necesaria, la vida no. Y se le ocurrió que quizá eso era la magia, que Erwin, con la ayuda de aquella figura, lo había encantado en cierto modo, y que debería sucumbir en un sacrificio como el defensor de la razón y la ciencia contra aquellos funestos poderes. Sin embargo, de ser así, si eso era posible, la magia existía, la hechicería existía. ¡No, mejor era morir!

Un médico le recomendó paseos y baños. A veces, en busca de distracción, pasaba la noche en una posada. Pero no le sirvió de nada. Maldecía a Erwin y se maldecía a sí mismo.

Una noche, como solía hacer ahora con frecuencia, se retiró temprano y estuvo inquieto en la cama, imposibilitado de dormir. Se sentía indispuerto e intranquilo. Deseaba meditar, deseaba hallar tranquilidad, decirse cosas reconfortantes, tranquilizadoras, frases de recta serenidad y claridad. "Dos y dos son cuatro". Nada vino a su mente; en un estado casi de delirio musitó sonidos y sílabas para sí. Gradualmente las palabras se formaron en sus labios, y varias veces, sin comprender su significado, repitió la misma frase para sí, como si hubiese tomado forma en él de algún modo. La murmuró una y otra vez, como si absorbiese una droga, como si en ella buscase a tientas su camino hacia el sueño que lo eludía en el estrecho sendero que bordeaba el abismo.

Pero súbitamente, al levantar un poco la voz, las palabras que estaba musitando penetraron en su

conciencia. Las conocía: "¡Sí, ahora estás dentro de mí!" E instantáneamente comprendió. ¡Supo lo que significaban, que se referían al ídolo de arcilla, que entonces, en aquella hora gris de la noche, se había cumplido puntual y exactamente la profecía que Erwin le había hecho un espantoso día, que la figura que sostuvo desdeñosamente en sus dedos ya no estaba fuera de él sino dentro de él! "Pues lo que está fuera está dentro".

Incorporándose de un salto, experimentó como si le estuvieran haciendo una transfusión de hielo y fuego. El mundo vacilaba a su alrededor, los planetas lo miraban fija y alocadamente. Encendió la luz, se puso algunas ropas, abandonó su casa y corrió en plena noche hacia la casa de Erwin. Vio una luz encendida en la ventana del estudio que conocía tan bien; la puerta de la casa estaba abierta: todo parecía estar esperándolo. Subió precipitadamente la escalera. Penetró con paso inseguro en el estudio de Erwin y se apoyó con temblorosas manos sobre la mesa. Erwin se hallaba sentado junto a la lámpara, bajo su suave luz, pensativo y sonriente.

Cortésmente Erwin se puso en pie.

-Has venido. Eso está bien.

-¿Has estado esperándome? —preguntó Frederick.

-He estado esperándote, como sabes, desde el momento en que te fuiste de aquí con mi pequeño obsequio. ¿Ha sucedido lo que dije entonces?

-Ha sucedido —admitió-. El ídolo está dentro de mí. Ya no puedo soportarlo más.

-¿Puedo ayudarte? —preguntó Erwin.

-No lo sé. Haz lo que quieras. ¡Explícame más acerca de tu magia. Dime si el ídolo puede salir de mí otra vez.

Erwin puso su mano sobre el hombro de su amigo. Lo condujo hacia un sillón y lo obligó a sentarse en él. Luego dijo cordialmente, en un casi fraternal tono de voz:

-El ídolo saldrá de ti otra vez. Ten confianza en mí. Ten confianza en ti mismo. Has aprendido a creer en él. ¡Ahora aprende a amarlo! Está dentro de ti, pero continúa muerto, es aun un fantasma para ti. ¡Despiértalo, háblale, pregúntale! ¡Pues es tú mismo! ¡No lo odies, no le temas, no lo atormentes! ¡Cómo has atormentado a ese pobre ídolo, que sin embargo eras tú mismo! ¡Cómo te has atormentado a ti mismo!

-¿Es ése el camino de la magia? —preguntó Frederick. Se hallaba profundamente hundido en el sillón, como si hubiera envejecido, y su voz era débil.

-Ese es el camino —contestó Erwin-, y quizá has dado ya el paso más difícil. Has hallado por experiencia que el fuera puede convertirse en el dentro. Has estado más allá del par de antítesis. ¡Te pereció el infierno; aprende ahora, amigo mío, qué es el cielo! Porque es el cielo el que te espera. Mira, esto es la magia: intercambiar el fuera y el dentro. Pero no por el impulso, ni con la angustia, como tú lo has hecho, sino libremente, voluntariamente. Llama al pasado, llama al futuro: ¡ambos se hallan en ti! Hasta hoy has sido el esclavo del dentro. Aprende a ser su dueño. Eso es la magia.

El Lobo

Nunca en las montañas francesas había habido un invierno tan terriblemente largo y frío. Desde hacía semanas, el aire era claro y helado. De día, los grandes glaciares inclinados se extendían infinitos y de un blanco mate bajo el cielo de un color azul muy vivo; de noche, la luna, clara y pequeña, pasaba por encima de ellos; una luna gélida, de un brillo amarillento, cuya luz intensa adquiría tonos azules y broncos en la nieve, y parecía la personificación misma de la helada. Los hombres evitaban todos los caminos, y especialmente las cumbres; ateridos y maldicientes, permanecían en las cabañas de sus aldeas, cuyas ventanas, enrojecidos, brillaban y se extinguían pronto, por la noche, de un modo turbio y humoso, junto a la luz azulada de la luna.

Eran tiempos difíciles para los animales de la región. Los más pequeños parecían helados en gran cantidad; también los pájaros sucumbían a la helada, y los flacos cadáveres servían de botín a los azores y a los lobos.

Pero también éstos pasaban tremendas penalidades a causa del frío y el hambre.

Sólo unas pocas familias de lobos habitaban el lugar, y la necesidad los empujó a estrechar los vínculos. Se pasaron días andando solos. Aquí y allá, uno de ellos avanzaba por la nieve, flaco, hambriento y al acecho, silencioso y esquivo como un fantasma. Su delgada sombra se deslizaba junto a él por la nevada superficie. Tendía al viento, husmeando, su hocico puntiagudo, y dejaba oír de vez en cuando un aullido seco y atormentado. Pero por la noche se juntaban todos y rodeaban las aldeas con roncros aullidos. En ellas, el ganado y las aves de corral estaban a buen recaudo, y, tras los sólidos postigos, había carabinas apoyadas en la pared. Pocas veces obtenían un pequeño botín, por ejemplo, un perro, y habían sido ya abatidos dos miembros de la manada.

El frío persistía. A menudo, los lobos yacían juntos, silenciosos y ensimismados, dándose calor unos a otros, y acechaban ansiosos el yermo sin vida, hasta que uno, atormentado por los crueles martirios del hambre, saltaba de pronto con tremendos aullidos. Los demás volvían entonces sus hocicos hacia él y estallaban todos juntos en un alarido terrible, amenazador y plañidero.

Finalmente, la parte más pequeña de la manada se decidió a emigrar.

De madrugada, abandonaron sus guaridas, se reunieron y, llenos de miedo y excitación, husmearon el aire helado. Luego partieron con un trote rápido y regular. Los que se quedaban los siguieron con unos ojos muy abiertos y vidriosos, trotaron tras ellos algunas decenas de pasos, se detuvieron indecisos y desconcertados, y regresaron lentamente a las guaridas vacías.

Los emigrantes se separaron al llegar el mediodía. Tres de ellos se dirigieron al Este, hacia el Jura suizo, y los demás continuaron hacia el Sur. Los tres primeros eran unos animales hermosos y fuertes, pero terriblemente enflaquecidos. El vientre estrecho y de color claro era delgado como una correa; las costillas sobresalían de un modo lamentable; las fauces estaban secas, y los ojos, abiertos y desesperados.

Los tres penetraron juntos en el Jura, y al segundo día cobraron un carnero; al tercer día, un perro y un potro; pero se vieron acosados furiosamente por todas partes por la población campesina. En la comarca, abundante en pueblecitos y pequeñas ciudades, cundió el pánico ante aquellos intrusos inesperados.

Los trineos del correo fueron armados, y nadie podía ir de un pueblo a otro sin fusil. En la región desconocida, después de un botín tan bueno, los tres animales se sentían a la vez cómodos y amedrentados; se volvieron más temerarios que nunca y penetraron en pleno día en el establo de una hacienda.

Bramidos de vacas, de caballos y jadeos anhelantes llenaron el espacio cálido y angosto. Pero esta vez hubo gente que intervino. Se puso precio a los lobos y esto redobló el valor de los campesinos. Dos de ellos sucumbieron; uno con el cuello atravesado por una bala de un fúsil; el otro, abatido a hachazos.

El tercero escapó y corrió hasta caer medio muerto en la nieve. Era el más joven y hermoso de los lobos, una bestia orgullosa, de enorme fuerza y formas esbeltas. Permaneció largo tiempo jadeante en el suelo. Círculos de un rojo sangriento flotaban en remolino ante sus ojos, y de vez en cuando lanzaba un doloroso gemido sibilante. Un hachazo le había alcanzado el lomo. Pero se recuperó y pudo volver a levantarse. Sólo entonces se dió cuenta de lo mucho que se había alejado. No se veían seres humanos ni edificios por parte alguna.

Muy cerca se alzaba una gran montaña cubierta de nieve. Era el Chasseral.

Decidió rodearla. Como le atormentaba la sed arrancó pequeños bocados de la dura costra helada de la nevada superficie.

Al otro lado de la montaña se encontró en seguida con una aldea. Caía la noche Esperó en un espeso bosque de abetos. Después se deslizó con precaución alrededor de los vallados, siguiendo el olor a establos calientes.

No había nadie en la calle. Con temor y codicia, anduvo parpadeando por entre las casas.

Sonó un disparo. Levantaba la cabeza y tomaba impulso para echar a correr, cuando estalló un segundo disparo. Le había alcanzado. Su vientre blanquecino aparecía manchado de sangre en uno de los flancos, y la sangre caía en gruesas gotas persistentes. No obstante, consiguió escapar a grandes saltos y alcanzar el bosque del otro lado de la montaña. Allí esperó unos instantes al acecho y oyó voces levantó los ojos hacia la montaña. Era escarpada, boscosa y de difícil ascenso. Pero no había otra alternativa. Jadeante, abajo, una confusión de blasfemias, órdenes y luces de linternas se extendía a lo largo de la montaña. El lobo herido se enfilaba tembloros a través del bosque de abetos en la penumbra, mientras la sangre parduzca iba goteando lentamente de su flanco.

El frío había disminuido. Al Oeste, el cielo aparecía vaporoso y parecía anunciar una nevada.

Al fin, el agotado animal llegó a la cumbre. Estaba sobre una gran extensión nevada, ligeramente inclinada, cerca del Mont Crosin, muy por encima de la aldea de la que había escapado. No tenía hambre, pero sentía un dolor persistente y apagado que le venía de la herida. Un ladrido ronco y enfermizo salía de su hocico colgante; el corazón le palpitaba de un modo pesado y doloroso, y sentía la mano de la muerte oprimiéndole como una carga indeciblemente difícil de soportar. Le atraía un abeto de ancho ramaje, separado de los demás.

Allí se sentó y dirigió una mirada turbia a la terrible noche nevada.

Pasó media hora. Entonces cayó sobre la nieve una luz de un rojo tenue, suave, extraña.

El lobo se incorporó con un gemido y volvió la hermosa cabeza hacia la luz.

Era la luna que, gigantesca y roja como la sangre, salía por el Sureste y se alzaba lentamente en el cielo turbio. Hacía muchas semanas que no había sido tan grande y roja. Los ojos del animal agonizante se clavaban tristemente en el opaco disco lunar, y nuevamente un débil aullido resonó con un estertor, sordo y doloroso, en la noche.

Se aproximaron pasos y luces. Campesinos embutidos en gruesos capotes, cazadores y jóvenes con gorros de piel y pesadas polainas, venían pisando la nieve.

Sonaron gritos de júbilo. Habían descubierto el lobo moribundo; dispararon contra él dos tiros, que no dieron en el blanco. Luego vieron que se estaba muriendo, y cayeron sobre él con palos y estacas. Pero él ya no sentía nada.

Con los miembros destrozados, lo bajaron arrastrándole hasta St. Immer.

Reían, se ufanaban, se prometían unos buenos vasos de aguardiente y café, cantaban, renegaban. Ninguno de ellos veía la belleza del bosque nevado, ni el brillo de las cumbres, ni la luna roja que flotaba sobre el Chasseral y cuya luz tenue se reflejaba en los cañones de sus fusiles, en los cristales de la nieve y en los ojos vidriosos del lobo abatido.

Si La Guerra Dura Dos Años Más

Desde mis años de juventud he tenido la costumbre de ausentarme de cuando en cuando y sumergirme en otros mundos como en un baño de renovación; entonces solían buscarme y al cabo de cierto tiempo me daban por desaparecido, y cuando al fin regresaba, era para mí un placer escuchar los juicios sobre mi persona y sobre mis estados crepusculares o «ausencias» que emitía la llamada «ciencia». En realidad yo no hacía más que lo que me pedía la naturaleza y lo que tarde o temprano podría hacer la mayoría de los hombres; pero yo era considerado por estas gentes extrañas que son los científicos como una especie de «fenómeno», por unos como un poseso, por otros como un ser dotado de poderes milagrosos.

Me había ausentado, una vez más, por una temporada. A los dos o tres años de guerra, la actualidad había perdido mucho aliciente para mí y sentía necesidad de respirar otros aires. Abandoné, por la vía acostumbrada, la dimensión en que vivimos y emigré a otras dimensiones. Viví en pasados remotos, recorrí afanoso pueblos y épocas, contemplé las consabidas crueldades, los conflictos, los progresos y mejoras de la tierra, y luego me evadí por cierto tiempo en el espacio cósmico.

A mi regreso era ya el año 1920, y con gran desilusión mía los pueblos seguían enfrentados en la guerra con idéntica y necia obstinación. Se habían corrido algunas fronteras, viejas culturas superiores habían sido destruidas a conciencia, pero en conjunto y aparentemente la tierra no había cambiado mucho.

Se había alcanzado un notable progreso en la uniformidad. Por lo menos en Europa, según me dijeron, los países parecían exactamente iguales; incluso la diferencia entre países beligerantes y países neutrales casi había desaparecido. Desde que los bombardeos sobre la población civil se llevaban a cabo mecánicamente por medio de globos aerostáticos que de alturas de 15.000 a 20.000 metros dejaban caer sus proyectiles, los límites fronterizos entre los países, pese a estar vigilados estrechamente como antes, eran bastante ilusorios. La dispersión de esos vagos disparos desde el aire era tan grande, que los responsables de tales globos se daban por satisfechos cuando no alcanzaban la propia zona y les traía sin cuidado que muchas de las bombas cayeran en países neutrales e incluso aliados.

Este fue en realidad el único progreso que el espíritu bélico trajo consigo; en él se expresaba al fin con suficiente claridad el sentido de la guerra. El mundo quedó dividido en dos bandos que buscaban aniquilarse mutuamente, porque ambos aspiraban a lo mismo: la liberación de los oprimidos, la supresión de la violencia y el establecimiento de una paz duradera. Todos miraban con antipatía una paz que no pudiera durar eternamente: si la paz perpetua no era posible, se preferiría decididamente la guerra perpetua, y la desaprensión con que los globos mortíferos dejaban caer desde alturas enormes su bendita carga sobre los justos y pecadores expresaba a la perfección el sentido de la guerra. Por lo demás, se seguía combatiendo a la manera antigua, con efectivos considerables, pero insuficientes. La modesta fantasía de los militares y técnicos había inventado unos pocos medios de destrucción... pero aquel visionario que había ideado el globo mecánico fue el último ejemplar de su especie, pues a partir de entonces los intelectuales, los visionarios, poetas y soñadores fueron desinteresándose cada vez más de la guerra. Esta quedó, como digo, en manos de los militares y los técnicos, y por eso hizo pocos progresos. Con enorme perseverancia los ejércitos seguían enfrentados, y pese a que la penuria de materias primas obligó a fabricar condecoraciones de papel, el valor militar no había menguado de forma sensible.

Encontré mi vivienda parcialmente destruida por los bombardeos, pero aún se podía dormir en ella.

El ambiente era frío y desapacible, los escombros del suelo y el moho de las paredes me fastidiaron y pronto me largué a darme un paseo.

Anduve errante por algunas callejas de las ciudad, que encontré muy cambiadas, sobre todo porque no se veían tiendas. No había animación en las calles. Llevaba escaso rato caminado, cuando me abordó un hombre que ostentaba un número metálico en el sombrero y me preguntó qué hacía allí. Le contesté que estaba paseando. Y él: «¿Tiene usted permiso?» No le entedí bien, hubo un altercado y me obligó a seguirle al próximo negociado.

Llegamos a una calle donde todas las casas lucían etiquetas blancas en las que leí nombres de negociados con sus números y sus letras.

«Civiles desocupados», rezaba un rótulo, seguido de la cifra 2487 B 4. Entramos. Había las habituales dependencias oficiales, salas de espera y pasillos que olían a papel, a ropa húmeda y a aire de oficina. Tras algunas preguntas me condujeron a la sala 72 D d, donde fui sometido a interrogatorio.

Un funcionario se colocó frente a mí y me examinó atentamente.

-¿No sabe usted cuadrarse? – preguntó severo.

-No – repuse.

-¿Por qué no? – insistió.

-Nunca he aprendido – dije tímidamente.

-A usted le han detenido por andar paseando sin la correspondiente autorización. ¿Es cierto?

-Sí – dije –, es cierto. Yo no sabía nada. Mire, he estado mucho tiempo enfermo...

-Queda usted castigado a andar descalzo durante tres días. Quítese los zapatos.

Me quité los zapatos.

-¡Oiga! – gritó el funcionario aterrado –. ¡Oiga, usted lleva zapatos de piel! ¿De dónde los ha sacado? ¿Está usted loco?

-Quizá mentalmente yo no sea del todo normal, no puedo juzgarlo por mí mismo. Los zapatos los compré hace tiempo.

-Pero ¿usted no sabe que a las personas civiles les está severamente prohibido el uso de cualquier tipo de cuero...? Sus zapatos quedarán aquí, incautados. Y ahora enséñeme sus papeles de identidad. Dios mío, no los tenía.

-¡Hacía un año que no me pasaba una cosa así! – gimió el funcionario, que hizo entrar inmediatamente a un policía.

Me llevaron descalzo por algunas calles, luego volvimos a entrar en otro edificio oficial, atravesamos corredores, respiramos el olor a papel y a desolación, me impelieron a entrar en otra sala y fui interrogado por otro funcionario. Este llevaba uniforme.

- A usted le han sorprendido en la calle sin documento de identidad. Queda usted sancionado con la multa de dos mil gulden. Ahora mismo le hago el recibo.

- Perdone – dije atemorizado –. Ahora no tengo esa cantidad. ¿No podría, en lugar de esa multa, meterme en prisión por cierto tiempo?

Rió a placer.

- ¿Meterle en prisión? Pero, oiga, ¿qué se piensa usted? ¿Se imagina que encima le vamos a dar de comer...? No amigo, si usted no puede pagar esa insignificancia, no se librará de la pena máxima. Tengo que condenarle a la privación temporal del permiso de subsistencia. Entrégueme su cartilla de racionamiento.

No tenía.

El funcionario quedó mudo de estupor. Llamó a dos colegas, cuchicheó largo rato con ellos, señalándome varias veces, y todos se miraron con temor y profunda sorpresa. Luego me hizo llevar a una comisaría, en espera de que se resolviera mi caso.

Allí había, de pie o sentadas, varias personas; delante de la puerta vigilaba una guardia militar. Me chocó el que, aparte de la carencia de calzado, yo fuera con mucho el que mejor vestía de todos. Con un cierto respeto me dejaron sentar, e inmediatamente se arrimó a mí un hombrecillo de aire medroso, quien pegándose cautelosamente a mi oreja, me susurró:

-Oiga, le hago una fabulosa oferta. ¡Una remolacha azucarera entera, intacta! Pesa casi tres kilos. Puede ser suya. ¿Cuánto me ofrece?

Acercó su oreja a mis labios y yo musité:

-Hágame usted la oferta. ¿Cuánto pide?

-Digamos ciento quince gulden – me susurró al oído.

Rehusé con la cabeza y me hundí en mis reflexiones.

Caí en la cuenta de que había estado ausente demasiado tiempo. Era difícil aclimatarse de nuevo. Hubiera dado cualquier cosa por un par de zapatos o de medias, pues sentía un frío tremendo en mis pies desnudos, tras haber caminado por las calles mojadas. Pero en el local todos estaban descalzos.

Al cabo de unas horas vinieron a buscarme. Fui conducido a la oficina número 285, sala 19 f. Esta vez el policía permaneció a mi lado, colocándose entre el funcionario y yo. Me dió la impresión de que se trataba de un alto funcionario.

-Usted se encuentra en una situación muy mala – comenzó diciendo –. Usted está en esta ciudad y carece de cartilla de racionamiento. Ya sabrá que esto lleva aparejadas las más severas penas.

Hice una pequeña indicación.

-Perdone – dije –, sólo le pido una cosa. Me doy perfecta cuenta de que yo no puedo salir de este atolladero... ¿No podría hacerme el favor de condenarme a muerte? Le quedaría muy agradecido.

El alto funcionario me miró indulgente a los ojos.

-Comprendo – dijo con dulzura –. ¡Pero así todos se saldrían con la suya! De cualquier forma, usted tendría que adquirir una tarjeta de defunción. ¿Tiene dinero? Cuesta cuatro mil gulden.

-No, yo no dispongo de tanta cantidad. Pero daría todo lo que tengo. Siento verdadera necesidad de morir.

Sonrió extrañamente.

-No me cuesta creerlo, pues no es usted el único. Pero eso de morir no es cosa tan sencilla. Usted pertenece a un Estado, amigo mío, y se debe a ese Estado en cuerpo y alma. Esto usted debería saberlo. Además... ahora veo que le han inscrito bajo el nombre de Sinclair, Emil. ¿Es usted acaso el escritor Sinclair?

-Sí, el mismo.

-¡Oh, cuánto me alegro! Espero poderle ser útil. Policía, puede retirarse.

Salió el policía y el funcionario me dió la mano.

-He leído sus libros con mucho interés – dijo amablemente – y quiero ayudarle en la medida de mis posibilidades... Pero, por Dios, ¿cómo ha llegado usted a esta increíble situación?

-Bueno, he estado una temporada fuera. Me evadí por algún tiempo al espacio cósmico, habrán sido dos o tres años, y la verdad es que ya estaba casi convencido de que la guerra había terminado... Pero, dígame, ¿usted me puede procurar una tarjeta de defunción? Le quedaría profundamente agradecido.

- Tal vez sea posible. Pero antes necesita tener una cartilla de racionamiento. Sin esta cartilla no se puede dar un paso. Le voy a entregar una recomendación para el negociado ciento veintisiete, donde recibirá bajo mi garantía una cartilla provisional. Pero sólo es válida para dos días.

- Oh, es más que suficiente. - Muy bien. Cuando la tenga, vuelva a verme.

Le estreché la mano.

- Un momento – dije a media voz –. ¿Puedo hacerle otra pregunta? Ya se imaginará lo despistado que me encuentro en todo lo referente a la actualidad.

- Siga, siga.

- Bueno, pues... me interesaría saber cómo es posible que en estas condiciones la vida siga su curso. ¿Puede un hombre soportar esto?

- Oh, sí. Usted, como persona civil y sin documentación alguna, se encuentra en una situación especialmente ingrata. Ya quedan pocas personas civiles. El que no es soldado, es funcionario. De esta forma la vida para la mayoría es muy llevadera, incluso muchos se sienten felices. Y la gente se va acostumbrando poco a poco a las privaciones. Cuando llegaron a faltar las patatas y tuvimos que acostumbrarnos a la pasta de madera – ahora se tuesta ligeramente y así sabe muy buena –, todos pensaban que no se podría tolerar. Y la cosa dió resultado. Así ha pasado con todo.

- Comprendo – dije – En realidad no tiene nada de extraño. Sólo hay una cosa que no acabo de entender. Dígame: ¿a qué viene este ingente esfuerzo en todo el mundo? Estas privaciones, estas

leyes, estos miles de empleados y funcionarios... ¿qué es propiamente lo que se intenta proteger y salvaguardar?

El alto jefe me miró sorprendido.

- Vaya pregunta – exclamó meneando la cabeza –. Usted debe saber que hay guerra, guerra en todo el mundo. Y eso es lo que salvaguardamos, para eso hacemos leyes, para eso nos sacrificamos. Es la guerra. Sin estos enormes esfuerzos los ejércitos no podrían durar ni una semana en el frente. Morirían de hambre... sería insostenible.

- Sí – dije –, no había caído. Bueno, pero... permítame una extraña pregunta: ¿por qué tienen en tanta estimación la guerra? ¿Puede la guerra justificar todas estas privaciones? ¿La guerra es un bien?

El funcionario se encogió de hombros, en gesto de conmiseración. Vio que no le entencía.

- Querido Sinclair – dijo –, usted vive fuera de la realidad. Pero recorra usted una calle, hable con una sola persona, haga un pequeño esfuerzo mental y pregúntese: ¿Qué es lo que nos queda, hacia dónde se orienta nuestra vida? Tendrá que contestarse inmediatamente: la guerra es lo único que nos queda. El placer y el lucro personal, la ambición social, la codicia, el amor, el trabajo intelectual... nada de esto existe ya. Sólo a la guerra le debemos el que exista en el mundo eso que se llama orden, ley, pensamiento espíritu... ¿No se hace cargo?

Sí, me hice cargo y le di las gracias a aquel caballero.

Me despedí y guardé mecánicamente en el bolsillo la recomendación para la oficina 127. No tenía intención de hacer uso de ella, no me interesaba seguir importunando en alguno de aquellos negociados. Y antes de que nadie se fijara en mí y volviera a interrogarme, pronuncié la formulita mágica, paralicé mi corazón, hice desaparecer mi cuerpo a la sombra de un arbusto y proseguí mi anterior peregrinaje, sin pensar más en el retorno.

El Imperio

Erase un país grande, hermoso, no precisamente rico, en el que habitaba un pueblo honrado, modesto, pero vigoroso, y estaba contento con su suerte. No abundaba mucho la riqueza y la buena vida, la elegancia y el lujo, y países ricos miraban a veces con cierta sorna y una compasión zumbona al modesto pueblo del dilatado país.

En el oscuro pueblo prosperaban, sin embargo, algunas cosas que no se pueden comprar con dinero y son, no obstante, apreciadas de los hombres. Florecían cosas como la música, la poesía y la sabiduría, y de igual manera que a un gran sabio, predicador o poeta no se le exige que además sea rico, elegante y muy sociable, y sin embargo se le tiene en estima dentro de su género, así se comportaban otros pueblos más poderosos con este pueblo extraño y pobre. Dejaban de lado su pobreza y su forma de desenvolverse en el mundo, un tanto torpe e inhábil, pero hablaban con elogio y sin envidia de sus pensadores, poetas y músicos.

Y con el correr del tiempo ocurrió que el país del florecimiento intelectual siguió siendo pobre y con frecuencia fue oprimido por sus vecinos, más sobre estos y sobre todo el mundo se fue derramando una corriente constante, callada, fecunda de calor y de vida espiritual.

Había, sin embargo, un extremo, una circunstancia inmemorial y sorprendente, por la que el pueblo no sólo era mofado por los extranjeros, sino que también tuvo que sufrir y pasar penalidades: las muchas y diferentes razas de este país se llevaban muy mal, ya desde antiguo. Había luchas y celos constantes. Y aun cuando siempre se alzaba la voz de la inteligencia y los mejores hombres del pueblo declaraban que era preciso y colaborar en una labor amistosa y conjunta, sin embargo, la idea de que alguna de aquellas razas - o su príncipe - se impondrían sobre las otras y asumirían el mando, les resultaba a los más tan molesta, que nunca se llegó a la unión.

Con todo, la victoria sobre un príncipe conquistador extranjero que había tenido duramente sojuzgado el país, parecía iba a traer esta unión. Pero pronto se enzarzaron otra vez en las peleas; los pequeños príncipes se resistían, y los súbditos de estos pequeños príncipes habían recibido de ellos tantos favores en forma de cargos, título y condecoraciones, que todo el mundo estaba contento y no querían saber de novedades.

Entretanto tuvo lugar en todo el mundo aquella revolución, aquella extraña transformación de los hombres y de las cosas, que como un fantasma o una enfermedad irrumpió con el humo de las primeras máquinas a vapor y trastocó la vida en todas partes. El mundo se pobló de trabajo y estudio, fue regido por las máquinas e impelido a empresas siempre nuevas. Nacieron grandes Imperios, y el continente que había inventado las máquinas acaparó aún más poderío que antes, repartió el resto de los continentes entre los poderosos, quien no era poderoso se quedó con las manos vacías.

También al país de nuestra referencia llegó la ola de prosperidad, pero su lote fue exiguo, tal como competía a su rango. Parecía que los bienes del mundo se habían repartido una vez más, y una vez más parecía que el pobre país quedaba postergado.

Pero de pronto todo tomó un rumbo diferente. Las viejas voces que clamaban por una unión de las tribus nunca habían sido acalladas. Apareció un poderoso hombre de Estado, y a la afortunada y brillante victoria sobre una potencia vecina fortaleció y aunó al país, cuyas tribus todas se fundieron y constituyeron un gran Imperio. El país pobre de los soñadores, pensadores y músicos despertó, se hizo rico, se hizo grande, se hizo uno e inició su carrera como potencia recién nacida junto a sus hermanas mayores. Allá fuera, en el ancho del mundo, no quedaba gran cosa que expoliar y conquistar, la joven

potencia se encontró con que en los lejanos continentes los lotes ya estaban repartidos. Pero el espíritu maquinista, que en este país se había ido imponiendo muy gradualmente, floreció de pronto en forma espectacular. En breve plazo se transformó todo el país. Se hizo grande, se hizo rico, se hizo poderoso y fue respetado. Acumuló riqueza y se rodeó de un triple baluarte de soldados, cañones y fortificaciones. Pronto surgieron entre los pueblos vecinos, inquietos ante el nuevo país, los recelos y temores, y también éstos comenzaron a construir trincheras y a fabricar cañones y buques de guerra.

Pero no era esto lo peor. Había dinero suficiente para costear aquellas ingentes defensas, y nadie pensaba en una guerra; el país se rearmaba para toda eventualidad, porque a los ricos les gusta ver rodeado su dinero de muros de hierro.

Mucho peor era lo que acontecía dentro del nuevo Imperio. Este pueblo, que durante tanto tiempo fue ora mofado, ora ensalzado en el mundo, que poseyó tanto espíritu y tan poco dinero... este pueblo reconocía ahora las ventajas del dinero y del poder. Se edificaba y se ahorraba, se comerciaba y se financiaba, a todos faltaba tiempo para hacerse ricos, y el que poseía un molino o una fragua había de tener cuanto antes una fábrica, y el que había tenido tres oficiales debía contar ahora con diez o veinte, y muchos llegaron a tener cientos y miles. Y cuanto más rápido trabajaban las manos y las fábricas, más aceleradamente se acumulaba el dinero... entre aquellos que tenían habilidad para acumularlo. Pero la masa de trabajadores ya no se componía de oficiales y colaboradores de un maestro artesano, y se hundieron en la servidumbre y la esclavitud.

En otros países ocurrió algo similar, también en ellos los talleres se hicieron fábricas; el maestro, amo; los trabajadores, esclavos. Ningún país del mundo pudo sustraerse a este destino. Pero el nuevo Imperio tuvo la fatalidad de que este nuevo espíritu y movimiento mundial coincidiera con su propio nacimiento. No contaba con un largo pasado ni con una vieja riqueza, había ingresado en estos frenéticos nuevos tiempos como un niño impaciente; sus manos rezumaban trabajo y rezumaban oro.

Cierto que los profetas y agoreros le decían al pueblo que caminaba por sendas extraviadas. Le recordaban los tiempos pasados, la gloria humilde y discreta del país, la misión de tipo intelectual que antaño realizara, el torrente espiritual, noble e incesante, de pensamiento, de música y poesía que en el pasado vertiera sobre el mundo. Pero estas advertencias eran objeto de risa en la euforia del joven Imperio. El planeta era redondo y seguía girando, y si los abuelos habían compuesto poemas y escrito libros filosóficos, todo eso sería muy bonito, pero los nietos querían demostrar que en aquel país eran capaces de hacer otras cosas. Y así construían en sus miles de fábricas nuevas máquinas, nuevas vías férreas, nuevas mercancías, y por si acaso nuevos fusiles y cañones. Los ricos se distanciaron del pueblo, los pobres trabajadores se vieron abandonados a sí mismos, y tampoco pensaban ya en el pueblo, del que formaban parte, sino que sólo se preocupaban de sí mismos y se afanaban por sí mismos. Y los ricos y poderosos, que habían fabricado los cañones y fusiles contra los enemigos exteriores, se alegraban ahora de su previsión, pues en el interior había enemigos tal vez más peligrosos.

A todo esto puso fin la gran guerra que durante años asoló al mundo tan terriblemente y entre cuyos escombros seguimos aún nosotros, aturdidos con su ruido, amargados con su locura y enfermos con su torrente de sangre que fluye a través de nuestros ensueños.

Y la guerra acabó cuando se derrumbó aquel joven y prospero Imperio, cuyos hijos habían marchado al frente de batalla con entusiasmo, con euforia. El Imperio fue derrotado, ignominiosamente derrotado. Los vencedores exigieron, antes de entrar en negociaciones de paz, un fuerte tributo del pueblo vencido. Y ocurrió, que durante días y días, mientras el ejército derrotado se retiraba, se cruzó en el camino con largos trenes que transportaban desde la patria los símbolos del antiguo poder, para entregarlos al enemigo victorioso. Máquinas y dinero que fluían a torrentes desde el país vecino, para ir a parar a manos del enemigo.

Pero entretanto, en la hora de la extrema miseria, el pueblo vencido había despertado. Expulsó a sus jefes y príncipes y se declaró mayor de edad. Constituyó consejos por su cuenta y proclamó su voluntad de encontrarse a sí mismo, en medio de su desgracia, por sus propias fuerzas y desde su propio espíritu.

Este pueblo, llegado a mayor de edad bajo tan dura prueba, aún no sabe hoy adónde conduce su camino y quién será su guía y su servidor. Pero los dioses sí lo saben, y también saben porqué enviaron sobre este pueblo y sobre todo el mundo el flagelo de la guerra.

Y desde la oscuridad de estos días se perfila un camino, el camino que el pueblo derrotado tiene que recorrer.

Este pueblo no puede volver a la infancia. Ningún pueblo es capaz de hacerlo. No puede renunciar sin más a sus cañones, a sus máquinas y a su dinero, para dedicarse otra vez en sus pequeñas y apacibles ciudades a hacer poemas y tocar sonatas. Pero puede correr el mismo camino que toda persona que tiene que recorrer, cuando su vida se ha llevado a extravíos y sufrimientos. Ha de hacer memoria de su ruta anterior, de sus orígenes de su niñez, de su desarrollo, de su esplendor y de su decadencia, y sobre la base de este recuerdo podrá encontrar las fuerzas que le pertenecen radical y inalienablemente.

Tiene que «entrar dentro de sí mismo», como dicen los místicos. Y dentro de sí, en la intimidad, hallará el propio ser indestructible, y este ser no intentará sustraerse al auténtico destino, sino que responderá a éste afirmativamente, y a partir del reencuentro consigo mismo emprenderá nuevamente el camino.

Si así sucede, y si el pueblo aplastado recorre dócilmente y con sinceridad el camino del destino, recuperará algo de lo que fue en otros tiempos. De nuevo brotará en él un río, incesante y sosegado, que fluirá hacia el mundo, y los que hoy son aún sus enemigos, en el futuro volverán a poner oído atento al rumor de este manso río.

Si La Guerra Dura Cinco Años Más

En el *Regierungsblatt*, único periódico que en 1925 aparecía aún en el reino de Sajonia (semanalmente), se publicó en otoño del mismo año el siguiente artículo con el título un tanto rebuscado *Un nuevo Kaspar Hauser En Vogtland*, región de Ronnenburg, se hizo recientemente un descubrimiento tan enigmático como sospechoso, del que aún está por ver si se trata de un simple caso curioso o presenta un interés ulterior.

En la campaña de «eliminación de la población no apta para el servicio civil», tan bien organizada entre nosotros y tan humana pese a su inevitable dureza, ocurrió en la región de Ronnenburg uno de esos casos, bastante frecuentes, en que un individuo, después de haber sido declarado incapaz para servir al Estado y a la sociedad, ha sobrepasado notablemente (parece se trata de meses) el plazo de existencia fijado. El individuo, Philipp Gassner, con domicilio en una pequeña granja sita en las afueras de un pueblo, fue declarado hace ya un año, en razón de la edad, inútil total, y se le recordó en la forma acostumbrada su obligación de súbdito, rebajándole gradualmente el racionamiento. Una vez acabado el último plazo, y al no haberse anunciado su fallecimiento ni su solicitado para él los servicios de cloroformo del distrito, el suboficial Kille se personó, por encargo del comando regional, en la vivienda de Gassner para comunicarle en la forma prescrita y bajo amenaza de sanción penal al cumplimiento de sus deberes ciudadanos.

A pesar de que este aviso se llevó a efecto con arreglo a las normas vigentes, sin omitir el acostumbrado ofrecimiento de facilidades sin recargo, Gassner, a punto de cumplir los setenta años, fue presa de una extraordinaria excitación y rehusó obstinadamente dar cumplimiento a la ley. En vano le echó en cara el suboficial la falta de patriotismo que demostraba con semejante actitud y el triste espectáculo de una persona de edad, cargada de méritos ciudadanos, resistiéndose a hacer el necesario, sacrificio que toda la juventud acepta a diario en el campo de batalla. En el momento en el que iba a ser detenido, Gassner intentó incluso defenderse. El suboficial, a quien ya chocó la extraña fuerza corporal de aquel hombre a quien desde hacia un año se le iba privando de racionamiento, procedió a un registro de la casa. Y entonces se produjo lo increíble: en una habitación del primer piso, con salida al jardín, fue sorprendido un joven a quien el anciano mantenía oculto desde hacía años.

El joven, ventiséis años y de aspecto sano, resultó ser Alois Gassner, hijo del propietario de la casa. De qué forma consiguiera el astuto viejo evitarle al hijo durante años el cumplimiento del servicio militar y tenerle en casa, está aún por aclarar; probablemente se trata de un delito de falsificación de documentos. El emplazamiento solitario de la casa, la fortuna del padre, un huerto fértil y cultivado con esmero de muchas rentas vivían ambos holgadamente, explican en parte el hecho.

Lo interesante en este caso no es tanto lo insólito de un grave defraudación de impuestos y de incumplimiento del deber civil, como una característica psicológica que con esta ocasión se descubrió y en este momento es estudiada por expertos. Apenas se puede dar crédito, pero las noticias recogidas hasta ahora no dejan lugar a dudas.

¡Oigan ustedes!

Mentalmente, Alois Gassner parece ser, según testimonio unánime de los especialistas, totalmente normal. No sólo escribe, lee y calcula con soltura, sino que posee una elevada formación intelectual y con ayuda de una biblioteca privada muy buena se ha dedicado al estudio de la filosofía. Ha elaborado una serie de trabajos en los más diversos campos de historia de la filosofía y de teoría del conocimiento, aparte de poemas y ensayos literarios, trabajos todos ellos que delatan por lo menos un pensamiento

claro y un espíritu claro.

Pero el extraño desertor adolece en su vida intelectual y anímica de un vacío en extremo chocante: no sabe nada de la guerra. Ha vivido todos estos años fuera del mundo circundante. Al igual que carecía de existencia civil, espiritualmente vivía fuera de nuestro tiempo y nuestro espacio, siendo probablemente la única persona adulta de Europa que, en pleno ejercicio de sus facultades mentales, no sabe nada de su época, de la guerra mundial, de los acontecimientos y conmociones de estos diez años.

Podríamos comparar a este singular filósofo con aquel Kaspar Hauser que pasó toda su juventud en una oscura soledad, fuera de la realidad cotidiana.

En el caso relativamente simple de Gassner padre, no se hará esperar mucho tiempo el esclarecimiento de los hechos y la sentencia judicial. Ha incurrido en un delito grave y tendrá que cargar con las consecuencias. Sobre la inocencia o culpabilidad del hijo, en cambio, los pareceres son muy encontrados. Por ahora permanece en un establecimiento de salud, para ser estudiado. Las pocas cosas de las que hasta ahora se ha enterado en este centro sobre los acontecimientos mundiales, sobre el Estado y sobre los deberes cívicos han suscitado en él simplemente una sorpresa infantil y angustiada. Es evidente que no toma del todo en serio los esfuerzos que se hacen por introducirle en estos dominios; parece ser que los considera como estratagemas con las que se intenta explorar su salud mental. Preguntas y pruebas de asociación de los términos políticos más corrientes, conocidos de cualquier niño, no provocan en él reacción alguna.

Según noticias de última hora, la Facultad de Filosofía de la universidad de Leipzig acaba de hacerse cargo del caso. Los estudios y trabajos de Gassner van a ser sometidos a una investigación en este centro. Pero aun prescindiendo del valor hipotético de tales obras, la Facultad muestra gran interés en conocer a este hombre e incluso, eventualmente, adquirirlo para el centro, como el único ejemplar de una especie humana que ya no existe en la tierra. Este «hombre prebélico» será objeto de un estudio a fondo y posiblemente quedará retenido para la ciencia.